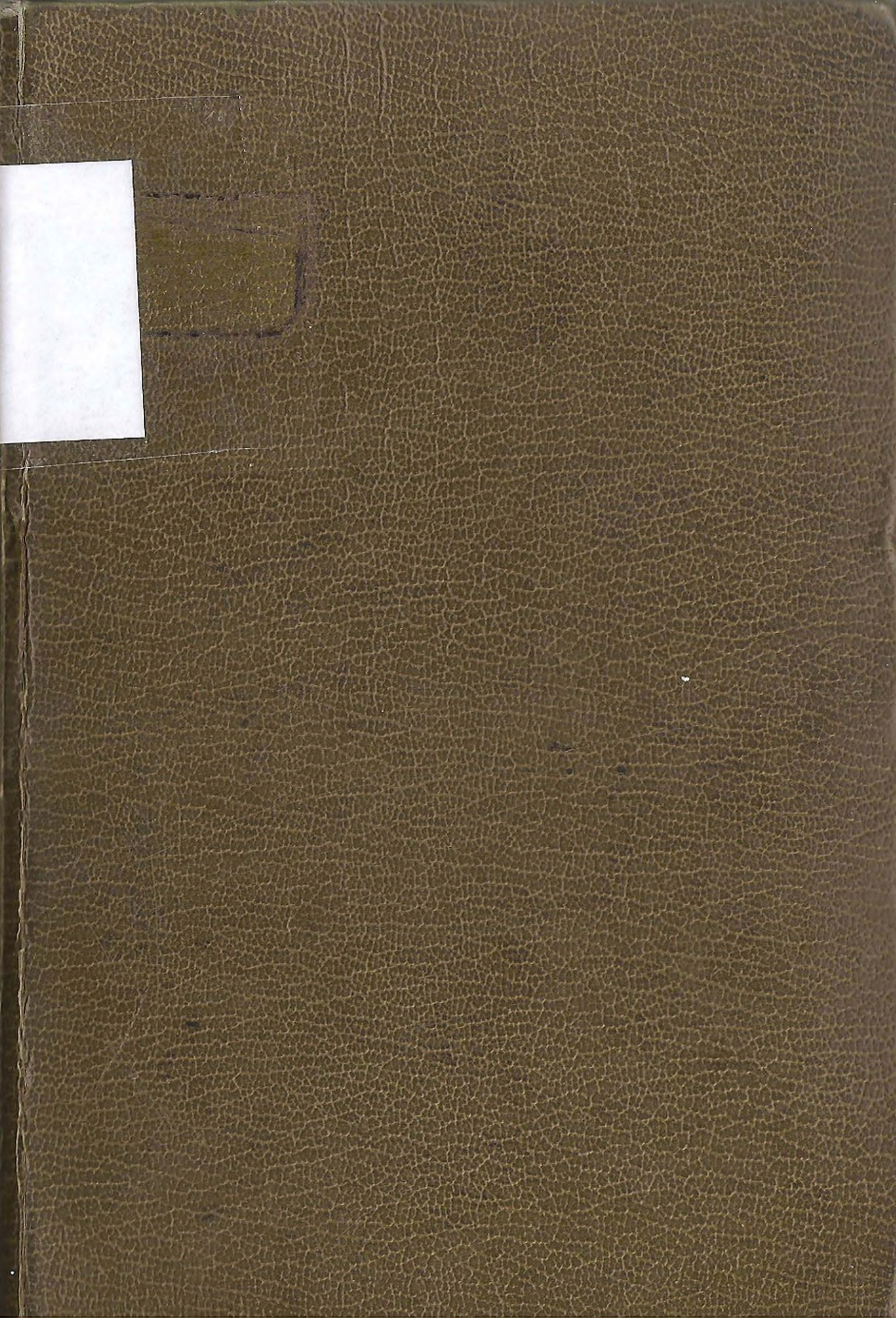


SARTRE
OBRAS
COMPLETAS
••
NOVELAS

AGUILAR

Pedir renovación
antes de 15/12/18

BIBLIOTECA
DE
AUTORES MODERNOS



JEAN-PAUL SARTRE

OBRAS COMPLETAS

TOMO II

NOVELAS

LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD

I

LA EDAD DE RAZÓN

II

EL APLAZAMIENTO

III

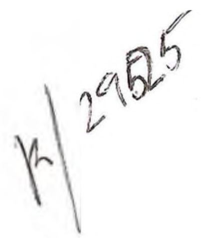
LA MUERTE EN EL ALMA

Traducción del francés por

BORIS BUREBA

y

MIGUEL DE HERNANI





AGUILAR

biblioteca de autores modernos
asesor arturo del hoyo

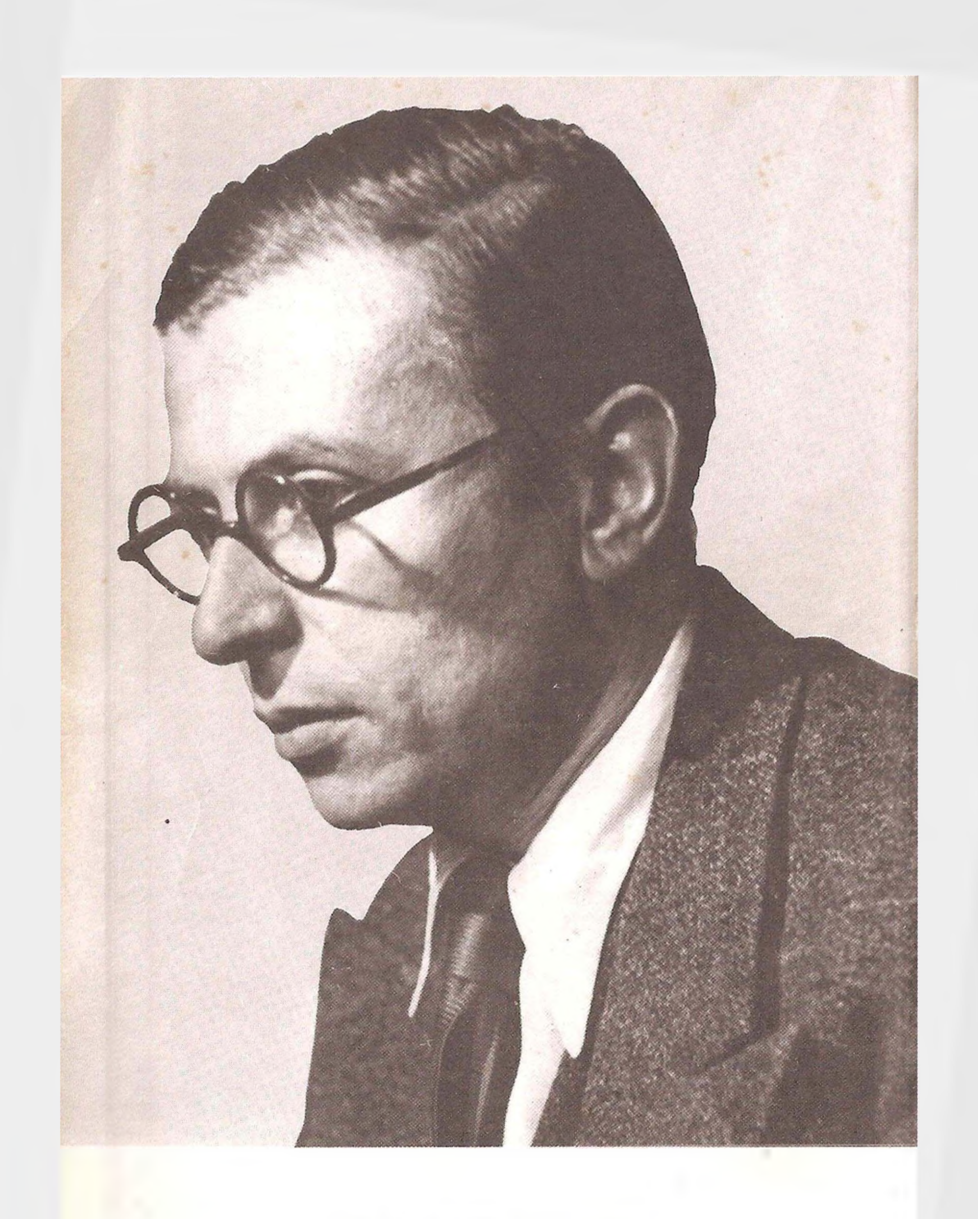
edición española

depósito legal m 37265/1977
primera edición 1977
ISBN 84-03-04989-7 (obra completa)
ISBN 84-03-04061-X (tomo II)
printed in spain impreso en españa por gráficas halar s l
andrés de la cuerda 4 madrid

expresamos nuestro agradecimiento a editorial losada de buenos aires por habernos amablemente permitido incluir en este volumen su traducción de la muerte en el alma

edición original

les chemins de la liberté
I l'âge de raison librairie gallimard 1943
II le sursis librairie gallimard 1945
III la mort dans l'âme librairie gallimard 1949



JEAN-PAUL SARTRE



NOTA PRELIMINAR

La fama de Jean-Paul Sartre como filósofo, dramaturgo y participante en los grandes problemas políticos y sociales de nuestro tiempo ha oscurecido algo su obra narrativa. A ello ha contribuido no poco que Sartre diera por terminada su labor en ese campo en fecha temprana. Toda su obra narrativa se sitúa entre 1937, en que publica Le mur, *y 1949, en que da al público* La muerte en el alma.

A Le mur *(1937) siguió* La nausée *(1938),* La chambre, Erostrate, Intimité, L'enfance d'un chef *(1939), y por último la serie de* Les chemins de la liberté, *compuesta de* L'âge de raison *(1943),* Le sursis *(1945) y* La mort dans l'âme *(1949). Un intento de proseguir esta serie iba a tener por título* La dernière chance, *novela que Sartre, al parecer, no terminó—por motivos que Simone de Beauvoir señala en sus memorias* (La force de l'âge)—*y de la cual solo se conocen unos fragmentos publicados con el título* Drôle d'amitié, *en la revista* Les temps modernes *(números 49 y 50, 1949).*

Los caminos de la libertad *consta de tres novelas o partes: la primera,* La edad de razón, *refleja la conducta de los franceses como "adultos", en su edad de razón, en los días difíciles de la guerra de España y de la arrogancia de Hitler; la segunda,* El aplazamiento, *está marcada por el pacto de Munich, y la tercera,* La muerte en el alma, *por el hundimiento de Francia ante la* Wehrmacht. *Francia se sentía entonces, en el período abarcado por Sartre, el corazón del mundo, especialmente su capital, París. Lo que allí pasó, lo que cupo en destino a los personajes que*

Sartre nos propone, habría de tener consecuencias para todos nosotros. La crisis de identidad francesa que sobrevino después, Sartre no ha querido reflejarla en una cuarta novela de esta serie. Tal vez porque lo haya hecho Simone de Beauvoir en Los mandarines, *novela cuya lectura recomendamos "como continuación" de* Los caminos de la libertad.

LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD

I

LA EDAD DE RAZON

(L'âge de raison)

TRADUCCION POR

BORIS BUREBA

I

En medio de la calle Vercingetórix, un individuo sujetó a Mathieu por el brazo; por la acera de enfrente se paseaba un agente de Policía.

—Jefe, déme usted una limosna; tengo hambre.

Era cejijunto y de labios abultados. Apestaba a vino.

—¿No será sed lo que tienes?—preguntó Mathieu.

—Te juro que no, amigo—dijo dificultosamente el individuo—; te lo juro.

Mathieu halló en sus bolsillos una moneda de cinco francos.

—Te advierto que me importa un bledo; te dije eso por decir algo.

Y le dio la moneda.

—Está muy bien lo que haces—dijo el individuo—; te voy a desear algo formidable. ¿Qué es lo que te voy a desear?

Los dos quedaron meditabundos; Mathieu dijo:

—Lo que quieras.

—Pues bien: deseo que seas feliz—dijo el otro—. Ya está.

Y soltó una carcajada triunfante. Mathieu vio acercarse al agente de Policía; tuvo miedo por el individuo aquel.

—Bueno, bueno; salud.

Quiso alejarse; pero el otro se lo impidió y le dijo con voz pastosa:

—La felicidad no es bastante; no, no es bastante la felicidad.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?
—Yo quisiera darte algo...
—Te voy a encerrar por mendigar—dijo el agente de Policía.
Era un hombre muy joven, de encarnadas mejillas; pretendía mostrarse severo:
—Hace ya media hora que estás fastidiando a todo el que pasa—añadió sin gran convicción.
—No mendiga—interrumpió bruscamente Mathieu—; charlábamos.
El agente se encogió de hombros y prosiguió su camino. El individuo se tambaleaba de manera inquietante; parecía que ni siquiera hubiese visto al policía.
—Ya he dado con lo que voy a darte. Te voy a dar un sello de Madrid.
Sacó del bolsillo una cartulina rectangular, verde, y la tendió a Mathieu, quien leyó:
"C. N. T. Diario Confederal. Ejemplares, 2. Francia. Comité anarco-sindicalista. Calle de Belleville, 41, París (19)." Bajo las señas había un sello pegado. También era de color verde y llevaba matasellos de Madrid. Mathieu adelantó la mano:
—Muchas gracias.
—¡Ah! Pero, cuidado—exclamó, colérico, el otro—. Es..., es de Madrid.
Mathieu le miraba: el mocetón parecía emocionado y hacía violentos esfuerzos para expresar su pensamiento. Renunció por fin a ello y se limitó a decir:
—Madrid.
—Sí.
—Quisiera poder ir allí, te lo juro. Pero las cosas no se han arreglado.
Su rostro se había ensombrecido. Dijo: "Espera", y pasó lentamente el dedo sobre el sello.
—Está bien. Puedes cogerlo.
—Gracias.
Mathieu avanzó algunos pasos, pero el otro le llamó:
—¡Eh!

—¿Qué?—preguntó Mathieu. El individuo le mostraba a lo lejos la moneda de cinco francos.

—Un tipo acaba de largarme cinco francos. Te convido a un ron.

—Esta noche, no.

Mathieu se alejó lamentándolo vagamente. En su vida hubo una época en la que se arrastraba por las calles, por los bares con todo el mundo y cualquiera podía invitarle. Pero aquello ya acabó: ese estilo de mañas no producía nunca nada. ¡Qué bromista! Tenía ganas de ir a España para pelear. Mathieu apresuró el paso y pensó irritado: "En todo caso nada teníamos que decirnos." Sacó del bolsillo la cartulina verde: "Está expedida desde Madrid; pero no está a él dirigida. Quizá le haya sido entregada por alguien. La ha palpado muchas veces antes de dármela porque procedía de Madrid." Recordaba el rostro del mocetón y la expresión que había adoptado al mirar el sello: una rara expresión apasionada. Mathieu, a su vez, miró el sello sin dejar de andar y después volvió a guardar la cartulina en el bolsillo. Silbó un tren y Mathieu pensó: "Soy viejo."

Eran las diez y veinticinco; Mathieu estaba adelantado. Pasó sin detenerse, sin ni siquiera volver la cabeza, delante de la casita azul. Pero la miraba de reojo. En ninguna ventana había luz, excepto en la de la señora Duffet. Marcelle no había tenido todavía tiempo de abrir la puerta de entrada: inclinada sobre su madre, la rodeaba con gestos masculinos en su gran lecho que un baldaquín adornaba. Mathieu permanecía sombrío. Pensaba: "Quinientos francos para tirar hasta el veintinueve, lo que equivale a treinta francos diarios, más bien menos. ¿Cómo voy a poder arreglármelas?" Dio media vuelta y retrocedió.

Ya no había luz en la habitación de la señora Duffet. Al cabo de un momento se alumbró la ventana de Marcelle; Mathieu cruzó la calle y, arrimándose a la tienda de ultramarinos, procuró que no crujiesen las suelas nuevas de sus zapatos. La puerta estaba entornada; la em-

pujó suavemente y rechinó: "El miércoles traeré mi alcuza y pondré un poco de aceite en los goznes." Entró, volvió a cerrar la puerta y se descalzó en la oscuridad. La escalera rechinó algo: Mathieu, sus zapatos en la mano, la subió con precaución; palpaba con los dedos del pie cada peldaño antes de apoyarlo en él. Pensó: "¡Vaya farsa!"

Marcelle abrió su puerta antes que él llegara al descansillo. Un vaho perfumado y sonrosado salió de la habitación y se extendió por la escalera. Marcelle se había puesto su camisa verde. Mathieu vio transparentarse la tierna y gruesa curva de sus caderas. Entró; siempre le parecía que penetraba en una concha. Marcelle cerró la puerta con llave. Mathieu fue hacia el armario grande empotrado en la pared, lo abrió y metió en él sus zapatos; después miró a Marcelle y se dio cuenta de que algo anormal ocurría.

—¿Te pasa algo?—preguntó en voz baja.

—No me pasa nada—replicó Marcelle en voz baja también—. ¿Y a ti, querido?

—No tengo un céntimo; por lo demás...

La besó en el cuello y en la boca. El cuello olía a ámbar; la boca, al más ordinario de los tabacos.

Marcelle se sentó en el borde de la cama y se puso a mirar sus piernas mientras Mathieu se desnudaba.

—¿Qué es eso?—preguntó Mathieu.

Encima de la chimenea había un retrato que él no conocía. Se acercó y vio una joven delgada peinada a lo chico que reía con aire duro y tímido. Vestía chaqueta de hombre y calzaba zapatos de tacón bajo.

—Soy yo—dijo Marcelle sin levantar la cabeza.

Mathieu se volvió: Marcelle arremangó su camisa sobre sus gruesos muslos, y al inclinarse hacia Mathieu dejó adivinar bajo la camisa la flaccidez de su abultado pecho.

—¿Dónde has encontrado eso?

—En un álbum. Es del año veintiocho.

Mathieu dobló cuidadosamente su chaqueta y la metió en el armario junto a sus zapatos. Preguntó:

—¿Ahora te dedicas a contemplar álbumes de familia?

—No; pero no sé por qué hoy me ha dado por recordar cosas de mi vida: cómo era antes de conocerte, cuando no estaba enferma. Dámela.

Mathieu acercó la fotografía, que ella arrancó de sus manos. El se sentó junto a ella, que sintió un escalofrío y se separó un poco. Marcelle miraba la foto sonriendo vagamente.

—Estaba risible—dijo ella.

La joven aparecía rígida apoyada en la verja de un jardín. Tenía la boca abierta; también parecía decir "está risible" con igual desenvoltura torpe, idéntica audacia sin aplomo. Pero estaba delgada y era joven.

Marcelle movió la cabeza.

—¡Risible! ¡Risible! Fue tomada en el Luxemburgo por un estudiante de farmacia. ¿Te has fijado en el blusón que llevo? Me lo había comprado aquel mismo día porque debíamos hacer una excursión a Fontainebleau el domingo siguiente. ¡Dios mío!

Debía de recordar algo no muy grato, porque jamás sus gestos fueron tan bruscos, ni su voz tan entrecortada, tan masculina. Estaba sentada en el borde de la cama, peor que desnuda, sin defensa, como un gran trasto al fondo de la habitación rosa, y hasta causaba pesadumbre oírla hablar con hombruna voz al tiempo que su cuerpo exhalaba un olor amargo. Mathieu la cogió por los hombros y la atrajo hacia sí:

—¿Echas de menos aquellos tiempos?

Marcelle replicó secamente:

—Aquellos tiempos, no: echo de menos la vida que hubiese podido llevar.

Había comenzado sus estudios de química y los interrumpió su estado de salud. Mathieu pensó: "Diríase que me echa la culpa." Entreabrió los labios para inte-

rrogarla, pero miró sus ojos y nada dijo. Contemplaba ella la fotografía con mirada tensa y triste.

—He engordado, ¿verdad?

—Sí.

Marcelle se encogió de hombros y arrojó la fotografía sobre el lecho. Mathieu pensó: "La verdad es que arrastra una vida siniestra." Quiso darle un beso en el carrillo, pero ella se lo impidió sin brusquedad con nerviosa risita, diciendo:

—Hace de eso diez años.

Mathieu pensó: "Yo no le doy nada." Venía a verla cuatro noches por semana; le contaba minuciosamente todo lo que él había hecho y ella le daba consejos con voz seria y ligeramente autoritaria. Solía decir a menudo: "Vivo por poder." Preguntó él:

—¿Qué hiciste ayer? ¿Saliste?

Marcelle hizo un gesto de cansancio y concluyente:

—No; me encontraba cansada. Leí un poco; pero mamá me interrumpía constantemente para que fuese a la tienda.

—¿Y hoy?

—Hoy he salido—respondió ella con aire taciturno—. He sentido la necesidad de tomar el aire, de codearme con la gente. Bajé hasta la calle de la Gaîté; eso me distrajo, y, además, quería ver a Andrée.

—¿La has visto?

—Sí, cinco minutos, porque empezó a llover; es un mes de junio muy raro. Por otra parte, me parecían innobles las caras de aquellas gentes. He cogido un taxi y he vuelto a casa.

Preguntó con desgana:

—¿Y tú?

Mathieu no tenía ganas de contar nada, por lo que se limitó a decir:

—Estuve ayer en el Liceo para dar mis últimas lecciones. Comí en "Jacques"; estaba mortal, según costumbre. He pasado esta mañana por el economato para ver si podían adelantarme algo; parece que no se hace. Y,

sin embargo, en Beauvais, yo me las entendía bien con el encargado. Después he visto a Ivich.

Marcelle levantó los ojos y le miró. A él no le gustaba hablar de Ivich. Pero siguió hablando:

—Se ha torcido ahora un poco.

—¿Por qué?

La voz de Marcelle había recobrado su firmeza, y el rostro, su expresión razonable y masculina; parecía un grueso levantino. El susurró:

—La van a catear.

—Me habías dicho que se aplicaba.

—Pues sí..., a su manera; es decir, permaneciendo horas enteras completamente inmóvil ante un libro. Pero ya sabes cómo es: tiene evidencias cual las locas. En octubre llevaba bien su Botánica y el catedrático estaba satisfecho. Luego, de repente, ella se dio cuenta de que se hallaba frente a un tipo calvo hablando de los celentéreos, lo que le pareció una bufonada, y pensó: "¡Al diablo los celentéreos!" Y el tipo aquel ya no logró hacerle decir ni una palabra.

—Extraña muchachita—dijo, soñadora, Marcelle.

—En todo caso—añadió Mathieu—, temo que esta vez vuelva a hacer una de las suyas o que invente algo, ya verás.

¿No era falso aquel tono de indiferencia protectora? El decía todo lo que con palabras podía expresarse, pero había algo más que palabras.

Titubeó un momento y, desalentado, bajó la cabeza: Marcelle no ignoraba en absoluto su afecto hacia Ivich, incluso hubiese aceptado que la quisiese. En resumen, solo exigía una cosa: precisamente que hablase de Ivich en el tono que él lo hacía. Mathieu continuaba acariciando la espalda de Marcelle y esta empezaba a languidecer: le gustaba que le acariciase la espalda, particularmente entre los omóplatos y la cintura. Pero de pronto se desprendió de él y el gesto de su rostro se endureció. Mathieu le dijo:

—Oyeme, Marcelle: a mí me importa un comino que

a Ivich la cateen. Le pasa lo que a mí, que no he nacido para médico. De todos modos, aunque la aprobaran, se desmayaría a la primera disección y no volvería a poner los pies en la Facultad. Pero si esta vez las cosas no se arreglan acabará haciendo cualquier idiotez, porque, en caso de fracaso, la familia no querrá que vuelva a empezar.

Marcelle le preguntó con voz concreta:

—¿A qué clase de idiotez te refieres?

—¡Qué sé yo!—contestó él, turbado.

—Te conozco muy bien, amiguito mío. No te atreves a reconocerlo, pero temes que se pegue un tiro. Y, sin embargo, te atreves a decir que tienes horror a lo novelesco. Cualquiera diría que nunca has visto su piel. A mí me daría miedo romperla con solo pasarle el dedo por encima. ¿Acaso te imaginas que las muñecas que tienen esa clase de piel van a estropearla a fuerza de tiros? Yo puedo imaginármela desmadejada en una silla, las greñas cubriendo su rostro y fascinada por un lindo revólver colocado ante ella. ¡Muy ruso! Pero ¿figurarme otra cosa? No y mil veces no. El revólver, querido, se ha hecho para nuestras pieles de cocodrilo.

Apoyó su brazo en el de Mathieu. Este tenía la piel más blanca que la de Marcelle.

—Mírala bien, querido mío; sobre todo la mía: diríase es tafilete.

Rió la ocurrencia y prosiguió:

—Tengo todo lo que hace falta para convertirme en una espumadera, ¿no crees? Parece que estoy viendo bajo mi seno izquierdo un agujerito muy redondito, limpios y bien marcados sus bordes, y muy rojos además. No haría del todo mal.

Seguía riendo a carcajadas. Hasta que Mathieu le tapó la boca con la mano.

—Calla, que vas a despertar a la vieja.

Ella calló y él añadió:

—¡Qué nerviosa estás!

Marcelle no dijo nada. Mathieu le acarició suavemente

la pierna. Le gustaba esa piel mantecosa, dócil su vello a la caricia, promesa de estremecimientos. Marcelle no se movió: miraba la mano de Mathieu y este acabó retirándola.

—Mírame—dijo Mathieu.

La vio ojerosa un instante, el tiempo justo de captar una mirada altiva y desesperada.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada—contestó ella sin mirar de frente.

Siempre pasaba lo mismo con ella: parecía como si algo la impidiese hablar. Pronto no podría contenerse, estallaría. No había nada que hacer para impedirlo, únicamente matar el tiempo hasta que llegase ese momento. Mathieu temía esas explosiones silenciosas: la pasión en aquella habitación-concha era insostenible porque había que expresarla en voz baja y sin gestos, para no despertar a la señora Duffet. Mathieu se levantó, se dirigió al armario y sacó la cartulina del bolsillo de su chaqueta.

—Toma, mira esto.

—¿Qué es eso?

—Hace un rato me la ha dado un individuo en la calle. Su aspecto era simpático; le he dado algún dinero.

Marcelle cogió la cartulina con indiferencia. Y como Mathieu se sintiera ligado a aquel individuo por algo así cual una complicidad, añadió:

—Para él esta cartulina tenía su significado.

—¿Era un anarquista?

—No lo sé. Quiso que bebiera un vaso con él.

—¿Y lo has rechazado?

—Sí.

—¿Por qué?—preguntó Marcelle negligentemente—. Podía haber sido divertido.

—¡Bah!—dijo Mathieu.

Marcelle irguió la cabeza y miró al reloj con aire miope y divertido.

—Es curioso—dijo—: siempre me irrita que me cuentes cosas como esa y sabe Dios lo que ahora abundan. Tu vida está llena de ocasiones perdidas.

—¿A eso llamas tú una ocasión perdida?

—Sí. Antes hubieras hecho cualquier cosa por provocar esa clase de encuentros.

—Quizá haya cambiado un poco—replicó Mathieu con la mejor voluntad—. ¿Crees que he envejecido?

—Tienes treinta y cuatro años—se limitó a decir Marcelle.

Treinta y cuatro años. Mathieu pensó en Ivich sobresaltándose ligera y desagradablemente.

—Oyeme: no creo que eso sea, sino más bien por escrúpulo. Comprende que no hubiese estado a conveniente altura.

—Ahora sería raro que estuvieses a la altura necesaria—afirmó Marcelle.

A lo que Mathieu replicó con viveza:

—Tampoco él hubiese estado: cuando se está borracho se cae en el patetismo. Eso es lo que quise evitar.

Pensó: "No es del todo verdad, no reflexioné tanto." Se esforzó para ser sincero. Mathieu y Marcelle habían convenido decirse siempre la verdad.

—Lo que pasa es...—dijo él.

Y ella se echó a reír. Un arrullo bajo y suave, como cuando le acariciaba los cabellos, diciéndole: "Pobrecito querido mío." Pero en esta ocasión Marcelle no lo dijo en tono muy cariñoso.

—En eso sí que te reconozco—dijo ella—. Te asusta lo patético. Y después de todo, aunque hubieses estado patético con ese pobre muchacho, ¡qué importaba! ¿Qué mal hubiese habido con ello?

—¿Y qué hubiera yo conseguido?—preguntó el.

En realidad se defendía contra sí mismo.

Marcelle se rió sin ninguna amabilidad. "Me está provocando", pensó Mathieu desconcertado. Se juzgaba pacífico y algo embrutecido, pero de buen humor y sin ganas de discutir.

—Escucha—dijo—: haces mal dramatizando esta historia. Realmente me faltaba tiempo para venir a verte.

—Tienes mucha razón—apoyó Marcelle—. La cosa no

tiene ninguna importancia, absolutamente ninguna... Sin embargo, no deja de ser sintomático.

Mathieu tuvo un sobresalto: si cuando menos ella no hubiese empleado términos tan desagradables...

—Anda, no te pares—dijo él—. ¿Qué encuentras de interesante en este asunto?

—Pues es bien sencillo—respondió Marcelle—, siempre aparece tu famosa lucidez... Eres muy divertido, querido; tienes tal miedo de engañarte tú mismo que serías capaz de rechazar la aventura más bella del mundo, antes de correr el riesgo de mentirte.

—Así es. Tú lo sabes—reconoció Mathieu—. Hace mucho que lo sabemos.

Pero la encontraba injusta. La tal "lucidez" (detestaba la palabra que Marcelle había adoptado desde hacía algún tiempo. El pasado invierno fue "urgencia", porque las palabras no las hacía durar más de una temporada)... La tal "lucidez" a la que juntos se habían acostumbrado y de la que recíprocamente eran responsables, era nada menos que el sentido profundo del amor de entrambos. Cuando Mathieu se comprometió con Marcelle renunció para siempre a todo pensamiento de soledad, a aquellos lozanos pensamientos, umbrosos y tímidos, que antaño se deslizaban en él con la furtiva vivacidad de los peces. No podía amar a Marcelle sino en plena lucidez: ella era su lucidez, su compañero, su testigo, su consejero, su juez.

—Si yo me mintiera—dijo él—, experimentaría la sensación de mentirte a ti al propio tiempo. Eso me sería insoportable.

—Desde luego—dijo Marcelle sin convicción.

—No pareces estar muy convencida.

—Pues sí—replicó blandamente.

—¿Crees que me miento?

—No..., pero, en fin, cualquiera sabe. Sin embargo, creo que no. A pesar de todo, ¿sabes lo que pienso? Oue vas camino de esterilizarte un poco. Se me ha ocurrido hoy... En ti todo huele a neto y a limpio, a colada; pa-

rece como si hubieses pasado por la lavadora. Pero careces de sombra. No hay nada inútil, ninguna vacilación, nada sospechoso. Es tórrido. Y no digas que todo lo haces por mí: sigues tu pendiente; te gusta analizarte.

Mathieu seguía desconcertado. Marcelle se mostraba a menudo bastante dura; siempre estaba en guardia, un poco agresiva, un poco desconfiada, y si Mathieu no era de su misma opinión creía frecuentemente que quería dominarla. Pero rara vez había observado en ella esta decidida voluntad de serle desagradable. Además la foto seguía sobre la cama... Miró a Marcelle de hito en hito, con inquietud: todavía no había llegado el momento de que ella se decidiera a hablar.

—No me interesa mucho llegar a conocerme—se limitó él a decir.

—Ya lo sé—añadió Marcelle—. No se trata de una meta, sino de un medio. Es para liberarte de ti mismo; para mirarte, para juzgarte: esa es tu actitud preferida. Cuando te miras, te figuras que no eres tú lo que miras, que tú no eres nada. Porque, en el fondo, ese es tu ideal: no ser nada.

—No ser nada—repitió Mathieu lentamente—. No, no es eso. Escúchame: yo..., yo quisiera no depender más que de mí mismo.

—Ya. Ser libre. Totalmente libre. Ese es tu vicio.

—No es un vicio—replicó Mathieu—. Es..., ¿qué quieres que haga?

Estaba molesto: todo eso se lo había explicado ya cien veces a Marcelle, y ella sabía que eso era lo que más le importaba.

—Sí... Si yo no tratara de volver a existir por cuenta propia, me parecería completamente absurdo existir.

Marcelle tomó su tono riente y obstinado.

—Sí, sí... Es tu vicio.

Mathieu pensó: "Me pone nervioso cuando se hace la traviesa." Pero sintió remordimientos y habló suavemente:

—No se trata de un vicio: es que yo soy así.

—Si no es un vicio, ¿por qué los demás no son así?

—Son así, solo que no se dan cuenta.

Marcelle dejó de reír; ahora se le dibujó una mueca dura y triste en la comisura de los labios.

—Es que yo no tengo tanta necesidad de ser libre—dijo.

Mathieu contempló su nuca inclinada y se sintió a disgusto: siempre los remordimientos, los remordimientos absurdos que le obsesionaban cuando estaba con ella. Pensó que nunca llegaba a ponerse a la altura de Marcelle: "La libertad de la que yo le hablo es una libertad de un hombre normal." Le puso la mano en el pecho y apretó suavemente aquella carne untuosa, ya algo marchita.

—Marcelle, ¿estás preocupada?

Volvió hacia él sus ojos un poco turbados:

—No.

Callaron. El placer asomaba a los dedos de Mathieu. Bajó lentamente su mano, la pasó por la espalda de Marcelle, y esta entornó los ojos; vio él sus negras y largas pestañas. La atrajo hacia sí: no era que la desease en aquel instante, sino más bien el capricho de ver aquel espíritu reacio y esquivo fundirse como pedazo de hielo al sol. Marcelle deslizó su cabeza sobre el hombro de Mathieu y este vio de cerca su piel morena, sus ojeras azuladas, y pensó: "Dios santo, ¡cómo envejece!" También pensó que él envejecía. Se inclinó sobre ella con cierto malestar: hubiese deseado olvidarse y olvidarla. Pero hacía mucho tiempo que dejaba de olvidarse cuando copulaba con ella. La besó en la boca; tenía ella una bella boca, justa y severa. Marcelle se deslizó muy suavemente hacia atrás y se colocó boca arriba en la cama, cerrados los ojos, pesadamente, deshecha; Mathieu se levantó, se quitó pantalones y camisa, que depositó doblados al pie de la cama, y se arrimó a Marcelle. Pero se dio cuenta de que sus grandes ojos estaban abiertos y miraban fijamente al techo; las manos, cruzadas debajo de la cabeza.

—Marcelle—dijo él.

Ella no respondió; había malhumor en su actitud; lue-

go, bruscamente, se incorporó. El volvió a sentarse en el borde de la cama, molesto por hallarse desnudo.

—Y ahora vas a decirme de una vez lo que pasa.

—No pasa nada—contestó ella con débil voz.

—Sí—dijo él con ternura—. Pasa algo que te preocupa. Marcelle, ¿no hemos acordado que no habría secretos entre los dos?

—Tú no puedes evitar lo que sucede, y saberlo te va a causar preocupaciones.

Mathieu le acarició suavemente sus cabellos.

—Dímelo, aunque así sea.

—Pues bien, ya está.

—¿Qué es lo que está ya?

—Lo que temíamos.

—¿Estás segura?—preguntó Mathieu haciendo una mueca.

—Completamente segura. Bien sabes que nunca me enloquezco sin motivo: llevo ya dos faltas.

—¡Mierda!—exclamó Mathieu.

Pensaba que debiera habérselo dicho por lo menos hacía tres semanas. Sintió la necesidad de hacer algo con sus manos: cargar la pipa, por ejemplo, pero la pipa estaba en la chaqueta, dentro del armario. Cogió un pitillo de encima de la mesilla de noche y lo volvió a dejar en seguida.

—Ahora ya sabes lo que pasa—dijo Marcelle—. ¿Qué haremos?

—Abortarlo, ¿no?

Vaciló al preguntarlo.

—Pues sí—respondió Marcelle—. Tengo una dirección.

—¿Quién te la ha facilitado?

—Andrée, que estuvo allí.

—Se trata de la mujeruca que le hizo la cochinada el año pasado, ¿verdad? Recordarás lo mal que lo pasó durante seis meses antes de curar. No quiero nada con ella.

—Entonces, ¿quieres ser papá?—dijo, separándose y sentándose a cierta distancia de Mathieu.

Hablaba con dureza, pero no con voz hombruna. Se

puso en jarras y sus brazos parecían las asas de un ánfora. Mathieu observó que su rostro había adquirido un tono grisáceo. El aire era sonrosado y dulce, parecía como si se respirara y hasta como si se comiera el aire rosa; pero subsistía aquel rostro gris, aquella mirada fija; diríase que hacía esfuerzos para no toser.

—Espera, espera. Me lo dices así, bruscamente. Pero tenemos que reflexionar.

A Marcelle le entró un temblor de manos y dijo con súbito apasionamiento:

—No necesito que tú reflexiones; a ti no te corresponde reflexionar.

Se volvió hacia él para mirarle, para mirar el cuello, los hombros, los costados de Mathieu; luego, su mirada fue descendiendo... Tenía ella cara sorprendida, y Mathieu, juntando sus piernas, se ruborizó violentamente.

—Tú nada puedes hacer—repitió Marcelle, y añadió con apenada ironía—: Ahora ya es un asunto para mujeres.

Apretó los labios, sus pintados labios de morados reflejos, cual insecto escarlata empeñado en devorar aquel ceniciento rostro. "Se siente humillada—pensó Mathieu—y diríase que me guarda rencor." Sentía náuseas. Parecía como si de la habitación hubiese desaparecido el sonrosado vaho, dejando entre los objetos grandes espacios vacíos. Mathieu pensó: "Y decir que *eso* lo he hecho yo..." La lámpara, el espejo con sus plúmbeos reflejos, el reloj de chimenea, la mecedora, el armario entreabierto le parecieron súbitamente implacables trastos arrojados en el vacío, para en él deslizar sus frágiles existencias con rígida terquedad, cual disco de música obstinado en repetir su estribillo. Mathieu se sacudió sin poder despegarse de ese mundo siniestro y agridulce. Marcelle, sin moverse, seguía mirando el vientre de Mathieu y aquel capullo culpable que reposaba blandamente entre sus piernas con aspecto de inocencia impertinente. Sabía que ella tenía ganas de gritar y de sollozar, pero también que no lo haría por temor a despertar a la señora Duffet. Bruscamente

cogió a Marcelle por el talle y la atrajo hacia él. Ella se desplomó encima del hombro y, sin una lágrima, aspiró tres o cuatro veces. Eso fue lo único que pudo permitirse: una tormenta sin estallar.

Cuando levantó la cabeza estaba ya calmada. Dijo con voz segura:

—Perdóname, querido; tenía necesidad de desahogarme desde esta mañana. Pero conste que nada te reprocho.

—Tendrías perfecto derecho a ello—replicó Mathieu—. No me siento muy orgulloso. Es la primera vez. ¡Maldita sea! ¡Qué asco! Soy yo quien ha metido la pata y tú quien lo pagas. Pero ya está hecho. Dime quién es esa individua y dónde vive.

—En el número veinticuatro de la calle Morère. Según parece, se trata de una tía muy especial.

—Me lo figuro. ¿Diremos que nos manda Andrée?

—Sí. Cobra solo cuatrocientos francos. Te aseguro que es un precio ridículo—dijo razonablemente de pronto Marcelle.

—Desde luego—añadió Mathieu con amargura—: una verdadera ganga.

Se veía torpe como un novio. Un hombrón torpe y completamente desnudo que había causado una desgracia y que sonreía gentilmente para hacerse olvidar. Pero ella no podía olvidarle: veía sus blancos y membrudos muslos, algo cortos, su desnudez satisfecha y perentoria. Era una pesadilla grotesca. "Yo en su lugar—pensó—tendría deseos de emprenderla a golpes contra esa carnaza." Y en voz alta:

—Eso es precisamente lo que me inquieta: que no cobre lo bastante.

—Gracias, hombre—ironizó Marcelle—. Puedes alegrarte de que cobre tan poco: justamente tengo esos cuatrocientos francos; los tenía destinados a la modista, pero tendrá que esperar. ¿Y sabes lo que te digo?—añadió con firmeza—. Que estoy persuadida de que me cuidará tan bien como en esas famosas clínicas clandestinas en las

que te llevan por lo menos cuatro mil francos. Además, no podemos elegir.

—No podemos elegir—repitió Mathieu—. ¿Cuándo piensas ir?

—Mañana hacia medianoche. Según parece, no recibe más que de noche. Curioso, ¿eh? Yo creo que está algo chiflada, pero lo prefiero por mamá. Durante el día está en su mercería, así es que casi no duerme. Se entra por el patio; si ves luz en la rendija de la puerta, allí está.

—Bueno—dijo Mathieu—, iré.

Marcelle le miró estupefacta:

—¿Estás loco? Te dará con la puerta en las narices tomándote por un tipo de la Policía.

—Iré—repitió Mathieu.

—Pero ¿por qué? ¿Qué vas a decirle?

—Quiero darme cuenta de lo que es. Si no me agrada, no irás allí. No quiero que una vieja loca te convierta en salchichas. Diré que voy de parte de Andrée, que tengo una amiga que ha sufrido un contratiempo, que en este momento tiene gripe... Cualquier disculpa.

—Bueno, y si no marcha la cosa, ¿adónde iré yo?

—Podemos disponer de un par de días, ¿no? Iré a ver a Sara mañana, y ella conocerá a alguna. Recordarás que en un principio no querían tener hijos.

Marcelle pareció ceder. Le acarició la nuca.

—Eres muy gentil, querido mío, y no sé cómo te las vas a arreglar, pero comprendo que quieras hacer algo; que quisieras que te operaran en mi lugar, ¿verdad?

Le enrolló el cuello con los brazos y añadió con acento de cómica resignación:

—Si preguntas a Sara te dirá algún camelo seguramente.

Mathieu la besó y ella se ablandó diciendo:

—Rico mío, rico mío...

—Quítate la camisa.

Le obedeció ella y él la tumbó en la cama; acarició sus pechos. Le encantaban aquellos pezones febrilmente hinchados. Marcelle suspiraba, cerrados los ojos, pasiva y

golosa. Pero se crispaban sus párpados. La turbación se detuvo un momento; Mathieu sintió como una mano tibia, y súbitamente pensó: "Está embarazada." Se volvió a sentar. En su cabeza zumbaba una música agria.

—Mira, Marcelle. Esto no pita hoy. Estamos excesivamente nerviosos los dos. Perdóname.

Marcelle lanzó un leve gruñido adormecido, luego se levantó bruscamente y se puso a hurgar sus cabellos a dos manos.

—Como tú quieras—dijo fríamente.

Y añadió con más amabilidad:

—Tienes en realidad razón: estamos demasiado nerviosos. Deseaba tus caricias, pero abrigaba mis temores.

—¡Ay!—se lamentó Mathieu—. El mal está hecho y ya nada tenemos que temer.

—Ya lo sé; sin embargo, no era razonable. No sé cómo decírtelo: me das un poco miedo, querido.

Mathieu se levantó.

—Bueno—dijo—. Iré a ver a esa vieja.

—Sí. Me telefonearás mañana para decirme lo que haya.

—¿No te podré ver mañana por la noche? Sería más sencillo.

—No; mañana, no. Si quieres, pasado mañana.

Mathieu se había puesto ya camisa y pantalón. Besó los ojos de Marcelle.

—¿No me guardas rencor?

—No es culpa tuya. En siete años es la primera vez que ocurre; nada tienes que reprocharte. Por lo menos, dime que no te doy asco.

—Estás loca.

—Te lo digo porque tengo asco de mí misma. Me hago la idea de ser un montón de carne.

—Pobre pequeña mía—dijo Mathieu—. Pobrecita mía. Antes de ocho días todo estará solventado, te lo prometo.

Abrió silenciosamente la puerta y salió llevando en la mano sus zapatos. Ya en el descansillo de la escalera,

volvió la cabeza: Marcelle permanecía sentada en la cama. Le sonrió, pero Mathieu se llevó la impresión de que le guardaba rencor.

* * *

Algo se desató en sus ojos fijos, que giraron a gusto dentro de sus órbitas. Ella ya no le miraba, y así él no necesitaba tomar en consideración aquellas sus miradas. Oculta por su sombría indumentaria y también envuelta en las sombras de la noche, su carne culpable estaba protegida; poco a poco recobraba su tibieza y su inocencia; comenzaba a esponjarse dentro de sus ropas. Pasado mañana tendría que llevar la alcuza. ¿Cómo haría para acordarse? Estaba solo.

Se detuvo. No era cierto, se dijo entrecortado, no estaba solo. Marcelle no le había abandonado; ella pensaba en él, aunque de él se dijera: "Hay que ver lo que me ha hecho el muy cochino; se ha desahogado conmigo cual nene que hiciera sus necesidades en la cama." Ya podía largarse a grandes pasos por la calle desierta, negra y anónima, metido hasta el cuello en sus ropas, pero no se le escaparía. La conciencia de Marcelle permanecía allí llena de desgracias y de llanto; Mathieu no la había abandonado: estaba allá en la habitación rosa, desnudo y sin defensa, frente a aquella pesada transparencia, más molesta que una mirada. "Una sola vez", se repetía rabioso. Volvía a decir en voz baja para convencer a Marcelle: "¡Nada más que una vez en siete años!" Sin embargo, Marcelle no se dejaba convencer: permanecía en la habitación pensando en Mathieu. Resultaba intolerable ser juzgado de aquel modo, odiado en silencio, sin poder defenderse, sin ni siquiera poder ocultar su vientre con las manos. Si por lo menos hubiese podido al mismo tiempo y con idéntica fuerza existir para otros... Pero Jacques y Odette dormían; Daniel, ebrio o embrutecido. Ivich nunca pensaba en los ausentes. Tal vez Boris... Pero la conciencia de este no era más que un pequeño relámpago enturbiado, incapaz de luchar contra aquella lucidez aris-

ca e inmóvil que irradiaba Mathieu a distancia. La noche había enterrado la mayoría de las conciencias. Mathieu estaba solo en la noche con Marcelle. Una pareja.

Había luz en Casa Camus. El patrón amontonaba las sillas una sobre otra; la camarera colocaba un postigo de madera en una de las hojas de la puerta. Mathieu empujó la otra hoja y entró. Tenía ganas de dejarse ver. Nada más que dejarse ver. Se acodó en el mostrador.

—Buenas noches a todos.

El dueño le miró. También estaba allí un cobrador de la T. C. R. P., con la gorra metida hasta las orejas: bebía un ajenjo. Conciencias. Conciencias afables y distraídas. El cobrador echó de un capirotazo su gorra hacia atrás y miró a Mathieu. La conciencia de Marcelle cedió y se diluyó en la noche.

—Déme una caña.

—Se hace usted caro de ver—dijo el dueño.

—Lo que no quiere decir que uno no pase sed.

—Eso es cierto, uno tiene sed—dijo el cobrador—. Creeríamos que estamos en pleno verano.

Callaron. El dueño lavaba los vasos y el cobrador silbaba. Mathieu estaba satisfecho porque le miraban de cuando en cuando. Contempló su imagen que el espejo reproducía; surgía pálida y redonda de un mar de plata: en Casa Camus, siempre se tenía la impresión de que eran, a causa de la luz, las cuatro de la madrugada, porque siempre había un plateado vaho que hacía entornar los ojos y palidecer rostros, manos y pensamientos. Bebió y pensó: "Ella embarazada. Es curioso: no tengo la sensación de que sea cierto." Le parecía chocante y grotesco, como parecería que un viejo y una vieja se besaran en la boca: después de siete años esas cosas no debían ocurrir. "Está embarazada." Tenía en el vientre como una vidriosa marea que suavemente se inflaba y que se convertiría finalmente en un ojo: "Eso se desarrollaría, viviente, en medio de tanta porquería acumulada en su vientre." Vio en su imaginación como un largo alfiler que avanzaba lentamente en la penumbra. Se oiría un ruido

blando y aquel ojo reventaría: no quedaría más que una membrana opaca y seca. "Acudirá a la vieja para que la *mechen*." Se juzgaba venenoso. Se sacudió, y terminó diciendo: "Bueno; debe de tratarse de pálidos pensamientos, pensamientos de las cuatro de la madrugada."

—Adiós, buenas noches.

Pagó y se fue.

"¿Qué es lo que he hecho?", se preguntó. Caminaba despacio, tratando de recordar: "Hace dos meses..." No se acordaba de nada... "Habrá sido después de las vacaciones de Pascua." Se había abrazado a Marcelle como de costumbre, por ternura más que por deseo; y ahora... Bien apañado estaba. "Un rorro. Quería darle gusto y le he dado un rorro. No supe lo que hice. Ahora tengo que apoquinar cuatrocientos francos a esa vieja que va a meter entre las piernas de Marcelle un instrumento y rasparla; la vida se irá como ha venido, y yo seré tan idiota como antes porque destruyendo esa vida no sabré lo que hago: igual que cuando la creé." Una risita seca fue el silencioso comentario: "Y los otros, los que han decidido gravemente ser padres y se sienten genitores, ¿acaso entienden más que yo cuando contemplan el vientre de sus mujeres?... Se han limitado a actuar ciegamente al gozar unas cuantas veces. Lo demás es trabajo de cámara oscura y de gelatina, como en la fotografía. Todo se realiza sin su intervención." Entró en el patio, vio luz por la rendija de una puerta, y se dijo: "Aquí es." Sentía vergüenza.

Mathieu llamó.

—¿Quién es?—gritaron.

—Quisiera hablar con usted.

—No es hora de hacer visitas.

—Vengo de parte de Andrée Besnier.

Entreabrieron la puerta. Mathieu vio una mecha de amarillos pelos y una larga nariz.

—¿Qué es lo que usted quiere? No me salga diciendo que es policía, porque no adelantaría nada. Estoy en regla. Tengo derecho a tener luz durante toda la noche si

me place. Si es usted inspector, basta con que me exhiba su carné.

—No soy policía—contestó Mathieu—. Tengo un contratiempo y me han recomendado que hablara con usted.

—Entre.

Mathieu entró. La vieja vestía pantalón de hombre y blusón de cremallera. Era delgada y de ojos fijos y duros.

—¿Conoce usted a Andrée Besnier?—preguntó mirándole de hito en hito.

—Sí—dijo Mathieu—. Vino a verla a usted el pasado año, hacia Navidad, porque estaba muy preocupada; estuvo bastante enferma y usted la visitó cuatro veces para cuidarla.

—¿Y qué más?

Mathieu miraba la mano de la vieja. Tenía manos de hombre, de estrangulador. Eran manos de piel agrietada, de uñas negras y recortadas, de cicatrices y cortaduras. En la primera falange del pulgar izquierdo se veían equimosis violetas y una gruesa costra negra. Mathieu sintió un escalofrío pensando en la carne tierna y morena de Marcelle.

—No acudo para ella, sino para una de sus amigas.

La vieja lanzó una risita seca.

—Es la primera vez que un hombre tiene el descaro de alardear delante de mí. No quiero entendérmelas con hombres, ¿me comprende?

La habitación estaba sucia y desordenada. Había cajas por todos los sitios y el suelo de ladrillos aparecía lleno de paja. Vio Mathieu una botella de ron y un vaso medio lleno encima de la mesa.

—He venido por encargo de mi amiga. No puede venir ella hoy y me ha rogado que me entienda yo con usted.

En el otro extremo de la habitación había entreabierta una puerta. Mathieu hubiera jurado que alguien escuchaba tras ella. La vieja habló:

—Pobres muchachas, son demasiado bobas. No hay más que mirarle a usted para comprender que pertenece

al género de tipos capaces de provocar una desgracia, de romper los vasos o de hacer añicos los espejos. Y, a pesar de ello, a ellos confían lo más preciado que tienen. Después de todo, no les pasa más que lo que merecen.

Mathieu no perdió su serenidad.

—Me hubiese gustado ver dónde opera usted.

La vieja le lanzó una mirada rencorosa y desafiante y le espetó:

—Pero ¡óigame! ¿Quién le ha dicho a usted que yo opere? ¿De qué me está hablando? ¿En qué se mete usted? Si su amiga quiere verme, que venga a verme ella misma. No quiero entenderme más que con ella. Lo que usted quería era fisgar, ¿eh? ¿Acaso se le ocurrió a ella darse cuenta de lo que hacía antes de meterse entre las patas de usted? Ha causado usted una desgracia, de acuerdo. Lo único que se me ocurre ahora decirle es desearle que sea yo más hábil que usted. Adiós.

—Hasta la vista, señora—dijo Mathieu.

Y salió. Sintió una liberación. Volvió a dirigirse lentamente hacia la avenida de Orleans; por primera vez, después que se había separado de Marcelle, pensó en ella sin angustia, sin horror, pero con tierna tristeza. "Iré mañana a casa de Sarah", se prometió.

II

BORIS miraba el mantel de cuadros rojos y pensaba en Mathieu Delarue. "Es un buen muchacho", se decía. Había callado la orquesta, la atmósfera era ahora azulada y la gente charlaba. Boris conocía a todo el mundo en aquella salita; no se trataba de personas que vinieran a divertirse: acudían allí después de su trabajo y permanecían serios; tenían ganas de comer. El negro colocado frente a Lola era el cantante del *Paradise;* los seis individuos del fondo con las seis individuas junto a ellos eran los músicos de *Nénette.* Algo bueno les había sucedido, algo inesperado, a lo mejor un contrato para el verano (la antevíspera habían hablado vagamente de un establecimiento de Constantinopla), porque habían pedido champaña y normalmente eran más bien tacaños. También vio Boris a la rubia que vestida de marino bailaba en *La Java.* Aquel alto, delgado, con gafas, que fumaba un puro, era el director de un antro de la calle Tholozé que la Dirección General de Policía acababa de clausurar. Decíase que pronto lo volverían a abrir, porque tenía grandes influencias en las alturas. El tal director estaba acompañado por un mariconcete que de lejos parecía encantador, un rubio de facciones finas, no muy amanerado y que no carecía de gracia. Boris no aguantaba bien a los invertidos, porque le seguían continuamente, pero Ivich sí les tenía simpatía, pues se decía: "Esos, por lo menos, tienen la valentía de no ser como todo el mundo." Boris respetaba mucho las opiniones de su hermana y hacía leales esfuerzos por soportar a los maricas. El negro comía una

choucroute, y eso le hizo recordar que no le gustaba. Hubiera querido saber cómo se llamaba el plato que habían servido a la bailarina de *La Java:* un manjar oscuro que olía muy bien. Vio en el mantel una mancha de vino tinto; una mancha bonita que prestaba al sitio en que estaba un aspecto de satén, y como Lola era muy delicada, la disimuló con un poco de sal y así adquirió un tono sonrosado. No era cierto que la sal hacía desaparecer las manchas; había que decírselo a Lola, pero para ello hubiera sido preciso hablar: Boris no tenía ganas de hablar. Lola estaba a su lado, lánguida y ardiente, y él no era capaz de pronunciar ni una sola palabra, no tenía voz. Parecía como mudo, se le ocurrió pensar. Lleno de voluptuosidad, la voz intentaba en vano dejarse oír, pero no podía, silenciosa como si de algodón fuera: estaba muerta. Boris pensó: "Me agrada ese Delarue", y se quedó satisfecho. Más lo hubiese estado si no hubiera sentido, en su lado izquierdo, de la sien al flanco, que Lola le miraba. Seguramente con apasionada mirada, porque Lola no podía mirarle de otro modo. Era molesto, porque las miradas apasionadas requieren en compensación gestos cariñosos o sonrisas, y Boris se sentía incapaz de hacer el menor movimiento. Estaba paralizado, lo que no tenía gran importancia, ya que no podía, ni a ello se creía obligado, ver la mirada de Lola. La presentía, eso sí, pero ello era cosa suya. Vuelto de espaldas según estaba, con el flequillo ocultándole los ojos, no podía ver lo más mínimo a Lola y bien podía suponer que ella dirigía su mirada a la gente del salón. Boris no tenía sueño; se encontraba más bien a gusto porque conocía a todos los que en él se hallaban; vio la sonrosada lengua del negro. Le estimaba porque en una ocasión se descalzó, aprisionó una cerilla entre los dedos del pie y la encendió también con los pies. Entonces, pensó admirativo: "Ese tipo es extraordinario; ojalá todos supiéramos servirnos de los pies como de las manos." Le dolía el costado izquierdo a fuerza de soportar las miradas de los demás; estaba seguro de que se acercaba el momento en que Lola le

preguntaría: "¿En qué estás pensando?" Era incapaz de retrasar aquella pregunta; no dependía de él; Lola la formularía a su tiempo, era fatal. Boris gozaba la sensación de disponer de unos minutos preciosos de su tiempo. Después de todo, no dejaba de ser agradable: veía el mantel, el vaso de Lola (Lola había cenado, nunca lo hacía antes que le llegara su turno para cantar). Había bebido *Château Gruau* porque sabía cuidarse y privarse de una cantidad de caprichos; se veía envejecer y eso la desesperaba. Quedaba un poco de vino en el vaso, que ofrecía el aspecto de sangre empolvada. El *jazz* empezó a actuar interpretando *If the moon turns green* y Boris se preguntó: "¿Sabré yo interpretar esa canción?" Hubiese sido divertido contonearse a la luz de la luna en la calle Pigalle silbando una cancioncita. Delarue le había dicho: "Silba usted como un cerdo." Boris soltó una carcajada y pensó: "¡Vaya un tío imbécil!" Sin embargo, tenía hacia él una desbordante simpatía. Miró con el rabillo del ojo, sin mover la cabeza, y vislumbró los pesados ojos de Lola debajo de una suntuosa mecha de rojo cabello. Después de todo se soportaba muy bien una mirada. Bastaba con acostumbrarse a ese especial calor que acaricia vuestro rostro cuando se siente que alguien os observa apasionadamente. Boris ofrecía dócilmente a las miradas de Lola su cuerpo, su delgado cuello y aquella desdibujada silueta que ella tanto quería; a ese precio, podía él muy bien entregarse a sus profundos pensamientos y ocuparse de los gratos que le asaltaban.

—¿En qué piensas?—le preguntó Lola.

—En nada.

—Siempre se piensa en algo.

—Pues yo pensaba en nada—replicó Boris.

—¿Ni siquiera que te gustaba la canción que estabas escuchando o que te gustaría aprender a bailar *claquettes?*

—Tal vez en cosas de esas.

—¿Lo ves? ¿Y por que no me lo dices? Me gustaría saber lo que tú piensas.

—Cosas que no se dicen, porque carecen de importancia.

—Que carecen de importancia... Diríase que te han dado la lengua tan solo para hablar de filosofía con tu profesor.

El la miró y le dedicó una sonrisa. Se dijo: "Me gusta mucho porque es pelirroja y tiene aspecto de vieja."

—¡Vaya un crío!—comentó Lola.

Boris guiñó los ojos y adoptó una actitud suplicante. No le gustaba que le hablasen de él, porque la cosa se complicaba sumiéndole en un mar de confusiones. Parecía que Lola estaba colérica; en realidad era que le quería apasionadamente y que a causa suya se atormentaba. Sufría momentos como este, era superior a sus fuerzas; se subía a la parra sin razón alguna, miraba con extravío a Boris; no sabía qué hacer de él: sus manos temblaban. Al principio Boris se sorprendía, pero ahora ya estaba acostumbrado. Lola le puso una mano sobre la cabeza:

—Me pregunto qué es lo que habrá ahí dentro—dijo—. Me da miedo.

—¿Por qué? Te juro que todo es inocente—replicó Boris riendo.

—Lo que quieras; sin embargo, no sé explicártelo, no puedo remediarlo: cada uno de tus pensamientos constituye para mí un enigma.

Le enmarañó los cabellos.

—No me retires el tupé—le dijo Boris—. No me gusta que me vean la frente.

Acarició un momento la mano de ella y la posó encima de la mesa.

—Estás ahí lleno de ternuras—dijo Lola—y se me figura que estás a gusto conmigo; luego, de repente, creo que estoy sola y me pregunto adónde te has ido.

—Pues estoy aquí.

Lola le miró de cerca. Su descolorida cara estaba desfigurada por triste generosidad: esa era precisamente la

actitud que ella adoptaba para cantar *Los desollados*. Ella adelantaba los labios, aquellos abultados labios de caídas comisuras que tanto le habían enamorado antes. Desde que los había acariciado con su boca, le hicieron el efecto de una desnudez húmeda y febril en medio de una careta de yeso. Ahora prefería la piel de Lola: era tan blanca que no parecía natural. Preguntó ella tímidamente:

—¿Te aburres conmigo?

—Yo nunca me aburro.

Suspiró Lola, y Boris pensó con satisfacción: "Es curioso lo vieja que parece; no dice nunca su edad, pero seguramente se está acercando a los cuarenta." Le gustaba que los que le tenían estima parecieran personas mayores; eso era alentador para él. Además, eso les prestaba algo así como una fragilidad medio terrible que no aparecía a primera vista, porque todos tenían la piel curtida como el cuero. Tuvo ganas de besar el alterado rostro de Lola, pues le parecía que estaba destrozada, que había roto su vida y que estaba sola, más sola aún desde que se enamoró de él. Resignado, pensó: "Nada puedo hacer por ella." En aquel momento la encontraba simpática en extremo.

—Estoy avergonzada—dijo Lola con voz pesada y sombría, como una colgadura de terciopelo encarnado—. ¿Por qué?... Pues porque eres un crío.

A lo que él replicó:

—La gozo cuando me dices crío. Es una bella palabra en tus labios. Dos veces la dices en *Los desollados* y solo por ella iría a oírte. ¿Había mucho público esta noche?

—Morralla que venía de no sé dónde para charlar. Me escuchaban como quien oye llover. Les debió de llamar al orden Sarrunyan, pero yo estaba molesta, te lo aseguro; tenía la imprensión de importunarles. Sin embargo, me aplaudieron al terminar.

—Es lo que procedía.

—Estoy hasta el cogote—siguió diciendo Lola—. Me

da asco tener que cantar para esa gentuza, acudida allí para corresponder a una invitación de una familia amiga. Si tú los hubieses visto cómo se comportaban: todo eran sonrisas, inclinaciones cuando acercaban a aquella mujer la silla para que se sentase. En esas condiciones, se les molesta cuando tú apareces, y te miran de arriba abajo.

Y dirigiéndose a Boris, le espetó bruscamente:

—Boris, si yo canto es para comer.

—Claro que sí...

—Si hubiese creído que había de terminar así, no hubiese empezado.

—De todos modos, también cuando actuabas en el *music-hall* cantabas para vivir.

—Pero no era lo mismo.

Después de un silencio, Lola se apresuró a decir:

—Sabrás que esta noche he conversado con ese tipito que me sigue en el programa. Es correcto, pero tiene de ruso lo que yo.

"Cree que me aburre", pensó Boris. Y decidió decirle una vez para siempre que ella no le aburría jamás. Pero no se lo diría hoy; más tarde...

"Habrá aprendido el ruso", se le ocurrió pensar a Lola, y a seguido le dijo:

—Tú, por lo menos, podrás decirme si su acento es correcto.

—Mis padres abandonaron Rusia cuando solo tenía yo tres meses: fue en el diecisiete.

—Es risible que tú no sepas el ruso—concluyó Lola como si soñara.

Boris pensó: "Vaya, vaya; se avergüenza queriéndome, porque es mayor que yo. En cambio, a mí me parece natural: es lógico que el uno sea mayor que el otro." Sobre todo era más moral, ya que él no hubiese sido capaz de querer a una mujer de su misma edad. Si ambos son jóvenes, no saben comportarse, hacen el ridículo, como si jugaran a las comiditas. Lo mismo sucede a la gente madura, aunque sean más sentados y su cariño más tran-

quilo. Cuando Boris estaba con Lola, contaba con la aprobación de su conciencia, se creía justificado. Claro que prefería la compañía de Mathieu, porque este no era mujer: la cosa resultaba más divertida con un fulano. A él Mathieu podía hablarle de sus cosas. Claro que a menudo se preguntaba si Mathieu le consideraba como amigo. Era indiferente y hasta brutal, y, aunque es natural que entre hombres no se sea nunca tierno, existen mil maneras de demostrar el afecto, por lo que a Boris le parecía que Mathieu podía haber tenido alguna vez una palabra o un gesto que le demostrara su afecto. Con Ivich, Mathieu era completamente distinto. Y entonces recordó el rostro de Mathieu el día que ayudó a Ivich a ponerse el abrigo; su corazón latió desagradablemente: aquella su sonrisa acercándose a la boca de la que Boris estaba tan enamorado, aquella rara sonrisa vergonzosa y tierna... Pero pronto la cabeza de Boris se llenó de vapores y ya no pensó en nada.

Lola se dijo: "Ya ha vuelto en sí." Y le preguntó con ansiedad:

—¿En qué estabas pensando?

—Pensaba en Delarue—contestó contrariado Boris.

Lola sonrió tristemente:

—¿No podrías pensar en mí alguna vez?

—No tengo necesidad de pensar en ti, puesto que estás a mi lado.

—¿Por que piensas continuamente en él? ¿Quisieras estar a su lado?

—Me encuentro muy bien aquí.

—¿Contento de estar aquí, o de estar junto a mí?

—Es exactamente lo mismo.

—Para ti, sí; pero no para mí. Cuando estoy a tu lado, me importa un bledo hallarme aquí o en cualquier otra parte. Porque nunca me harto de estar contigo.

—¿No?—inquirió Boris sorprendido.

—No se trata de contentarme. No tienes necesidad de hacer el tonto, aunque lo sepas hacer muy bien. Te he

observado cuando estás con Delarue: entonces, parece que pierdes la noción de todo.

—Es que no es igual.

Lola acercó a él su bello rostro ruinoso. Le imploró:

—Dímelo, morrete mío: ¿por qué te interesa tanto?

—¡Qué sé yo! Pero no creas que me interesa tanto. Me agrada. Me molesta hablarte de él, porque me has dicho que tú no le tragas.

Lola se esforzó en sonreír.

—Mira cómo se hincha. Pero, nenito mío, nunca te dije que no podía tragarle. Lo único que sucede es no haber comprendido jamás qué puedes hallar en él tan extraordinario. Pero explícamelo, pues no pretendo sino comprender.

Boris pensó: "Miente. A la primera palabra me obsequiaría con su tosecita." Se limitó a decir prudentemente:

—Me es simpático.

—Siempre me dices lo mismo. Yo no emplearía precisamente esa palabra. Dime que parece inteligente, que es culto, lo admito; pero ¿simpático? En fin, yo te doy mi opinión: para mí un individuo simpático es alguien al estilo de Maurice, llanote; pero no él, que desconcierta, porque no es ni carne ni pescado: engaña a los que le rodean. No tienes más que echar una mirada a sus manos.

—¿Y qué tienen sus manos? Yo las encuentro bien.

—Tiene manazas de obrero, siempre temblonas, cual si acabase de terminar un duro trabajo.

—¿Qué de particular tiene eso?

—Pues que no se trata de un obrero. Cuando le veo coger el vaso de whisky con tamaña manaza, aunque parezca ya duro a la vez que divertido, no es tanto como verle llevárselo a la boca, a esa boca de cura protestante. No soy capaz de explicártelo: me parece austero, pero si miras sus ojos, te das cuenta de que es instruido, de que se trata de un ciudadano que nada quiere con sencillez: ni beber, ni comer, ni acostarse con las mujeres; necesita

examinar reflexivamente todo. ¿Y su voz? Una voz tajante de señor que nunca se equivoca. Aunque me consta que la profesión lo requiere cuando se explica la lección a los muchachos, no lo soporto. Yo tuve un maestro que hablaba como él, pero como ya no estoy en la escuela, me rebelo. Comprendo que se sea una u otra cosa: un completo palurdo o pertenecer al género distinguido, profesor o sacerdote, pero nunca ser las dos cosas a la vez. Ignoro si existen mujeres a las que eso guste, habrá que reconocer su existencia; pero en cuanto a mí, te diré francamente: me repugnaría dejarme tocar por un tío así; no podría aguantar el contacto de unas manos de tumultuario, mientras me helaba su mirada glacial.

Lola recobró el aliento. "¿Qué es lo que le habrá dado?", pensó Boris. Pero se sentía tranquilo. No estaban obligados los que le querían a estimarse entre ellos. Boris juzgaba muy natural que cada uno tratara de que los demás le asquearan. Lola prosiguió, en tono conciliador:

—Comprendo muy bien tu actitud. Tú no puedes verle con los mismos ojos que yo, porque, como ha sido profesor tuyo, estás influenciado por él. Lo veo en una serie de detalles; por ejemplo, eres de una severidad intransigente para con la indumentaria de la gente, nunca encuentras a nadie lo bastante elegante, y justamente él va siempre finchado como un figurín. Se pone corbatas que el camarero de mi hotel despreciaría, pero eso a ti te da igual.

Boris se sentía algo embotado, pero pacífico. Se explicó:

—Nada tiene que ver que sea estrafalario en el vestir porque no le preocupe su atuendo. Lo que es absurdo es pretender llamar la atención y luego fracasar en sus intentos.

—A ti, cachondito mío, no te pasa eso—ironizó Lola.

—Porque sé lo que me sienta bien—exclamó con modestia Boris.

Llevaba un jersey azul, de rayas anchas, y estaba muy orgulloso: era un magnífico jersey. Lola palmo-

teó entre las suyas las manos de Boris. Este contempló los vaivenes de aquellas manos y pensó: "Lo que hace no me lo dedica; parece que está friendo hojuelas." Estaba ella como ausente y él se divirtió moviendo uno de sus dedos para hacerla volver a la vida. El dedo rozó la palma de la mano de Lola, y ella se lo agradeció con una sonrisa. "Eso es lo que me desarma", pensó Boris hastiado. Tenía la idea de que le sería más fácil mostrarse mimoso con Lola si ella no adoptase a menudo esas posturas humildes y mielosas. Sin embargo, poco le importaba que una mujer ya en la decadencia le sobara la mano en público. Claro que estaba convencido de que su manera de ser se prestaba a ello: hasta cuando viajaba solo en el Metro, por citar un ejemplo, la gente le miraba como escandalizada y hasta las chicuelas que abandonaban sus talleres se reían de él en sus narices. Lola dijo bruscamente:

—Nunca me has aclarado por qué lo encontrabas tan a tu gusto.

Así era Lola: cuando se decidía a una cosa, nadie era capaz de contenerla. Boris estaba persuadido de que ella sufría las consecuencias de su modo de ser; pero eso debía de encantarla. La miró: todo en su derredor era azulado, y su cara, pálida, también ofrecía reflejos azules. A pesar de todo, sus ojos seguían siendo febriles y duros.

—Dímelo ahora.

—Pues, sencillamente, porque lo encuentro bien—y añadió gimoteando—: Ya me estás cargando; esta escena a nada conduce.

—¡A nada conduce!... Y tú, ¿adónde conduces?

—A ninguna parte.

—Pese a lo cual, me estimas un poquitito.

—Claro que sí.

Como Lola hiciera ver que se sentía desgraciada, Boris desvió la mirada. No le agradaba mirarla cuando adoptaba esas actitudes. Ella se destrozaba y él pensaba que aquello era del género idiota; pero ¿cómo podría evitarlo? Hacía todo lo que de él dependía siéndole fiel, telefo-

neándole a menudo; acudía para estar con ella cuando cerraba el *Sumatra,* tres veces por semana, y aquellas noches se acostaba con ella. No cabía duda de que su modo de ser dependía de su temperamento. También debía de tratarse de la edad, porque los viejos son ásperos, siempre creen que es su vida la que está en juego. Una vez, cuando Boris era pequeño, dejó caer su cuchara; le ordenaron que la recogiera y tozudamente se negó a hacerlo. Entonces, su padre le dijo con un tono majestuoso, inolvidable: "Está bien; la recogeré yo." Pudo Boris contemplar un corpachón que con dificultad se encorvaba, con su cabeza calva, y oír algunos chasquidos; fue un sacrilegio intolerable que le hizo prorrumpir en sollozos. Desde entonces consideró a los ancianos cual voluminosas e impotentes divinidades; si se agachaban, le producía la sensación de que iban a romperse y que, si se llevaban una talegada, causaban una sensación que iba de las ganas de reír a un horror religioso. Lo mismo ahora, al ver a Lola envuelta en llanto, uno no sabía dónde esconderse. Lágrimas de adulto, catástrofe mística, algo como el llanto que Dios vierte sobre la maldad del hombre. Desde otro punto de vista, alababa a Lola por ser tan apasionada. Mathieu le había explicado que era necesario tener pasiones y también Descartes lo había afirmado. "Delarue—dijo Boris pensando en voz alta—tiene pasiones, lo que no le impide conservar su libertad, no entregarse a nadie."

—Razonando así, también yo soy libre, ya que solo a ti te pertenezco.

Boris no comentó.

—¿Acaso no soy yo libre?—preguntó Lola.

—No es lo mismo.

La explicación es demasiado difícil. Lola era una víctima, no tenía suerte y, además, era excesivamente emotiva. Eso no le favorecía nada. Y, además, tomaba cocaína. En cierto modo era mejor; estaba bien en principio. Boris había hablado de eso con Ivich, y los dos convinieron en que estaba bien. Pero depende para qué se

toma: si se hace para destruirse, o por desesperación, o para consolidar su libertad, tan solo elogios merece. Pero Lola la tomaba con goloso abandono, en sus momentos de lasitud. Por otra parte, no estaba intoxicada.

—Me haces reír—dijo Lola ásperamente—. Siempre te las arreglas para colocar a Delarue, por principio, encima de los demás. Y debo decirte, entre nosotros, que no sé quién de los dos, tú o yo, está más libre de él. Vive en su casa, goza de su sueldo fijo y un retiro asegurado; vive como un pequeño funcionario. Y, por si fuese poco, cuenta con el arrimo de que me has hablado, esa fulana que no hace la carrera; todo a pedir de boca: no se puede pedir mejor libertad. En cambio, yo no tengo más que mis trapos, estoy sola, vivo en hotel y ni siquiera sé si tendré o no un contrato para el verano.

—No es igual—repitió Boris.

Ya estaba harto. A Lola lo que menos le importaba era la libertad. Y si esta noche tomaba el tema a pecho, era para derrotar a Mathieu con sus propias armas.

—Te mataría, pico de oro, cuando repites lo mismo. ¿Qué no es igual?

—Tú eres libre a pesar tuyo—explicó él—, porque así han venido las cosas. Mientras que en Mathieu todo tiene su razón.

—Hay ocasiones en que no te comprendo—arguyó Lola moviendo la cabeza.

—Pues sabrás que su piso le tiene muy sin cuidado; en él vive como podría vivir en cualquier otra parte, y también opino que su fulana le importa un comino. Si sigue con ella, debe de ser porque con alguna se tiene que acostar. No se ve su libertad: la lleva por dentro.

Lola parecía abstraída. Le hubiera gustado hacerle sufrir un poco, para que rabiase, pero él prosiguió:

—Tú me tienes demasiado apego, y él jamás querría que se colaran por él de ese modo.

—¡Vaya, hombre!—exclamó Lola vejada—¿Conque yo estoy muy colada contigo?, so idiota. ¿Y no piensas que

también él está demasiado embobado con tu hermana? Se veía la otra noche con solo mirarles en el *Sumatra.*

—¿De Ivich? ¡Me das pena!

Lola rió burlonamente y a Boris se le subió la sangre a la cabeza. Pasó un momento, el *jazz* interpretó *St. James infirmary* y le entraron ganas de bailar.

—¿Bailamos esta pieza?

Y la bailaron. Lola había entornado los ojos y él escuchaba su entrecortada respiración. El joven pederasta se levantó y fue a invitar a bailar a la danzarina de *La Java.* A Boris le agradó, ya que así tendría ocasión de verle de cerca. Lola le pesaba en los brazos; bailaba bien y olía muy bien, pero se la notaba demasiado pesada. Boris pensó que le agradaba más bailar con Ivich, porque esta lo hacía formidablemente. "¿Si aprendiera a bailar *claquettes?*", se dijo. De pronto dejó de pensar en todo a causa del perfume de Lola. La estrechó entre sus brazos y aspiró con fruición. Abrió ella los ojos y le miró escudriñadoramente:

—¿Me quieres?

—Sí—respondió Boris haciendo una mueca.

—¿Y por qué haces ese gesto?

—Porque me perturbas.

—¿Por qué? ¿No es verdad que me quieres? ¿Y por qué no me lo dices nunca espontáneamente? Siempre esperas a que te lo pregunte.

—Porque no me sale. Es un sistema: a mi juicio, no debe uno decirlo.

—¿Te desagrada cuando yo te digo que te quiero?

—No; tú puedes decirlo desde el momento que te viene en gana, pero no debes preguntarme si yo te quiero.

—Querido mío, es raro que yo te haga preguntas. La mayor parte de las veces, me basta con mirarte y saber que te quiero. Sin embargo, hay momentos en que pretendo llegar a tu cariño y tocarlo.

—Lo comprendo—dijo seriamente Boris—; pero debieras esperar a que saliera de mí. Porque si no es así carece de sentido.

—Pero, so inocentón; tú mismo dices que nada se te ocurre cuando nada te preguntan.

Esta réplica hizo a Boris reír.

—Es verdad, me obligas a desdecirme. Pero sabrás que uno puede abrigar buenos sentimientos hacia alguien y no tener ganas de hablar.

Nada añadió Lola. Paró la música, se detuvieron todos y, como aplaudieran, repitieron la pieza y volvieron a bailar. A Boris le alegró ver al mariconcete acercarse a ellos bailando. Pero cuando le vio casi junto a él, sufrió una decepción: el tipejo tenía por lo menos cuarenta años. Conservaba la cara el barniz de la juventud; sin embargo, el resto del cuerpo había envejecido. Tenía ojos grandes y azules, de muñeca, y una boca infantil, aunque se apreciaban bolsas bajo sus ojos de porcelana y arrugas rodeando sus labios; en cuanto a su nariz, era puntiaguda como la de un cadáver, y el pelo parecía de lejos como un halo de oro que apenas lograba ocultar su calva. Boris miró horrorizado a aquel niño viejo y macilento y pensó: "Ha sido joven." Había tipos que habían nacido para tener treinta y cinco años, Mathieu por ejemplo, porque no tuvieron juventud. Pero cuando un individuo había sido realmente joven, siempre la recordaba durante toda la vida: por lo menos durante veinticinco años. Pasados estos..., ¡qué horror! Miró a Lola y le dijo precipitadamente:

—Lola, mírame. Te amo.

—Querido mío—suspiró ella, con mirada rosa y pisando a Boris, quien estuvo a punto de gritar.

—Estréchame con más fuerza; hazme notar que te amo.

Lola nada decía; a su vez, le pareció que se encontraba sola en aquel momento. Sonreía vagamente; bajó los párpados, porque su rostro, tranquilo y ausente, se había entregado a su felicidad. Boris creyó estar abandonado, y su pensamiento fue presa de la repugnancia: "No quiero, no quiero envejecer", balbuceó. El año anterior estaba bien tranquilo; jamás pensaba en esas cosas, pero aho-

ra, era siniestro, tenía la constante obsesión de ver su juventud escurrírsele por entre los dedos. "Hasta cumplir veinticinco años; todavía me quedan cinco buenos—pensó Boris—; luego, me saltaré la tapa de los sesos." Ya no podía soportar ni aquella música ni a la gente que les rodeaba.

—¿Nos vamos?—preguntó.

—Inmediatamente, encanto mío.

Volvieron a su mesa. Lola llamó al camarero y pagó; echó sobre sus hombros el chal de terciopelo y dijo:

—Vamos.

Y salieron. Boris no pensaba concretamente en nada; sin embargo, se veía siniestro. La calle Blanche estaba repleta de tipos duros y viejos. Se encontraron con el maestro Piranese, del *Gato con botas*, y le saludaron: sus pequeñas extremidades bailoteaban bajo su tripón. "También yo llegaré a tener ese bidón." Ya no poder mirarse al espejo, y sentir sus gestos secos y duros como si uno fuera de madera... Porque cada instante que desaparecía se llevaba un poco de su juventud. "Si por lo menos pudiera economizarme, vivir muy lentamente, al ralentí, ganaría tal vez algunos años. Pero, para lograr eso, tendría que dejar de acostarme todos los días a las dos de la madrugada." Miró rabiosamente a Lola: "Me está matando."

—¿Qué te pasa?—preguntó ella.

—No me pasa nada.

Lola vivía en un hotel de la calle Navarin. Cogió la llave en el tablero de la portería y subieron al cuarto silenciosamente. Este era destartalado; en un rincón se veía una maleta llena de etiquetas y, en el tabique de enfrente, una fotografía de Boris sujeta con chinchetas. Se trataba de una foto de identidad, ampliada por capricho de Lola. "Eso es lo que permanecerá cuando yo esté convertido en vieja ruina—pensó Boris—; así pareceré siempre joven", lo que no le ahuyentaba el deseo de hacer la foto añicos.

Lola le dijo:

—Tienes el gesto siniestro. ¿Qué te sucede?

—Estoy hecho polvo—replicó Boris—. Me duele la cabeza.

Lola se mostró inquieta.

—¿No estarás enfermo, cariño? ¿Quieres tomar un calmante?

—No; parece que se me está pasando.

Lola le cogió la barbilla y le levantó la cabeza:

—Diríase que me reprochas algo. ¿No me guardas rencor, por lo menos? Sí, pareces rencoroso. ¿Qué es lo que yo puedo haberte hecho?

Tenía ella una gran preocupación.

—¿Por qué habría de tenerte rencor?; ¡qué locura! —protestó Boris blandamente.

—Estás rabioso conmigo, ¿y qué te he hecho yo, Dios santo? Mejor sería que me lo dijeras, porque así podría yo explicarme. Seguramente se trata de algún malentendido, lo que no sería irreparable. Boris, te lo suplico, dime lo que te pasa.

—Pero si no me pasa nada...

La cogió por el cuello y le dio un beso en la boca. Lola sintió un escalofrío. Boris aspiró su aliento perfumado y gozó contra su boca una desnudez húmeda. Estaba alterado. Lola cubrió con besos la cara de él: estaba jadeante.

Boris se dio cuenta de que deseaba a Lola y eso le satisfizo: el deseo tenía la virtud de alejar las ideas sombrías y las que no lo eran. Su cerebro sufrió un cambio completo y se volcó del todo con pasmosa rapidez. Puso su mano sobre la cadera de Lola y palpó aquella carne a través de su vestido de seda: bastó deslizar la mano por encima de la seda. La arrugó con los dedos y la tela resbaló cual piel acariciadora y muerta; la piel verdadera se resistía en el fondo, elástica, fría como un guante de cabritilla. Lola arrojó al aire encima de la cama su chal y aparecieron desnudos sus brazos, que se enrollaron al cuello de Boris; su perfume arrebataba y él admiraba sus axilas rasuradas y salpicadas de puntitos de un negro

azulado: parecían espinas profundamente incrustadas. Todavía estaban los dos en pie, inmóviles, en el mismo sitio en que les asaltara el deseo, porque no se sentían capaces de irse de allí. Las piernas de Lola comenzaron a flojear y Boris se preguntó si no acabarían cayéndose encima de la alfombra. Estrujó a Lola contra él y fue invadido por la espesa dulzura de sus pechos. Lola lanzó un suspiro...

Fascinada, se echó hacia atrás, pálida su cabeza, hinchados sus labios; parecía la efigie de Medusa. El pensó: "Estos son sus últimos bellos momentos." Y la apretó aún más fuerte entre sus brazos. "Alguna de estas madrugadas se hundirá para siempre." Ya no la odiaba: se reprochaba ser con ella duro y seco, musculoso, y entonces la defendía contra su vejez. Después, se fijó en los brazos de Lola en unos momentos de soñoliento extravío, en aquellos brazos blancos como la cabellera de una anciana; se figuró que estaba abrazado a la vejez y que tenía que apretarla hasta ahogarla.

—¡Cómo me aprietas!—gimió, dichosa, Lola—. Hasta me haces daño. ¡Tengo ansia de ti!

Boris se apartó; estaba como algo conturbado:

—Pásame el pijama; me desnudaré en el aseo.

Entró en él y echó la llave: le enfadaba que entrase Lola cuando se desnudaba. Se lavó cara y pies, y se entretuvo frotándose con talco las piernas. Se había serenado completamente; sin embargo, se le ocurrió pensar: "Es para desternillarse." Su cerebro, vago y embotado, era incapaz de analizar cualquier pensamiento. "Es necesario que hable con Delarue", concluyó. Al otro lado del gabinete, ella le esperaba seguramente desnuda. Pero él no tenía prisa. Un cuerpo desnudo, pleno de olores desnudos, una cosa trastornadora, precisamente lo que Lola no quería comprender. Ahora iba a ser necesario deslizarse hasta el fondo de una sensualidad pesada, de fuerte sabor. Una vez dentro de ella, todo resultaba fácil, pero no se podía evitar el miedo. "De todos modos—se dijo, irritado, Boris—, no me pasará lo que el otro día en que

me entregué como un cordero." Se peinó y comprobó que no se le caía el pelo; ni uno tan solo se veía en la blanca loza. Cuando se puso el pijama, abrió la puerta y penetró en la alcoba.

Lola estaba tumbada, completamente desnuda, en la cama. Era otra Lola, perezosa y temible; le acechaba a través de sus pestañas. Su cuerpo, sobre la colcha azul, aparecía de un color blanco argentado, como el vientre de un pez; lucía una mata triangular de pelo bermejo. Estaba bella. Se acercó Boris al lecho y la contempló con mezcla de turbación y de desagrado. Ella le tendió los brazos y él le dijo:

—Espera.

Apagó la luz. La habitación adquirió un tono rojizo, porque en el tercer piso de la casa de enfrente habían instalado hacía poco un anuncio luminoso. Boris se acostó junto a Lola y se dedicó a acariciarle hombros y senos. Tenía la piel tan suave que se hubiera dicho que no se había despojado de su vestido de seda. Sus pechos eran blanduchos, pero a Boris le gustaban así: eran pechos de mujer que había vivido lo suyo. Por mucho que la apretaba, veía, a causa de aquel maldito anuncio, el rostro de Lola pálido y negros sus labios en aquel fondo rojizo: daba la sensación de que sufría y su mirada parecía dura. Boris se sentía pesado y trágico, igual que en Nîmes cuando el primer toro irrumpió en el ruedo: algo inevitable iba a suceder, algo terrible y sin gracia, como la sangrienta muerte del toro.

—Quítate el pijama—suplicó Lola.

—No—contestó Boris.

Era de ritual. Siempre le decía Lola que se despojara del pijama y Boris se negaba a hacerlo. Las manos de Lola se deslizaron debajo de la chaqueta y le acariciaron suavemente. Boris se echó a reír.

—Me haces cosquillas.

Se besaron. Al cabo de un momento, Lola se apoderó de la mano de Boris y la apoyó sobre el vientre, encima de la mecha de pelos bermejos. El muchas veces tenía que

defenderse de las exigencias de ella. Dejó Boris caer su mano durante algunos instantes, una mano inerte, sobre los muslos de Lola, y luego la subió dulcemente hasta los hombros.

Lola le atrajo hacia ella gritando:

—Acércate, que te adoro; ven, ven a mí.

Pronto sollozó y Boris se dijo: "Ya está; no quiero caer en el limbo." Apretó los dientes, creyendo defenderse así de aquella ola nauseabunda que le invadía de pies a cabeza. Mas, de pronto, le pareció que le habían cogido por el cuello como a un conejo, y se abandonó encima del cuerpo de Lola: quedó convertido en un remolino rojo y voluptuoso.

—Cielo mío—le dijo Lola.

Suavemente le hizo apartarse de un lado y saltó de la cama. Boris permaneció deshecho, apoyada la cabeza en la almohada. Oyó a Lola abrir la puerta del gabinete de aseo y se dedicó a pensar: "Cuando haya terminado con ella seré casto, no quiero más líos. Me repugna, más que el hecho mismo del acto, verme perder los sentidos y entregarme como alguna vez lo hago. Uno no sabe lo que hace, se ve uno dominado. ¿Y de qué sirve haber elegido su fulana? Con una cualquiera pasaría lo mismo: es una cuestión fisiológica." Lola acabó de arreglarse para meterse en la cama. El ruido que el agua había hecho trascendía a inocencia y era agradable; por lo menos Boris lo escuchó placentero. Aquellos que en el desierto padecían alucinaciones a causa de la sed, oían ruidos semejantes, ruidos de manantial. El dormitorio, la luz rojiza, los chapoteos, se imaginó Boris, también eran alucinaciones. Acabaría viéndose en pleno desierto con casco de corcho, y todo para proteger sus ojos. De pronto, se le apareció el rostro de Mathieu. "Es risible—se dijo—; me gustan más ciertos tipos que las mujerucas. Cuando me hallo junto a una de ellas, estoy mucho menos a gusto que con uno de ellos. Y, no obstante, por nada del mundo me acostaría con un tío." Se animó al pensar: "Me convertiré en un monje cuando abandone a Lola." Porque se

encontraba seco y puro. Lola saltó a la cama y le estrechó entre sus brazos. Le acarició los pelos, y se produjo un largo silencio. En seguida Boris empezó a ver que las estrellas rondaban a Lola al hablar esta. Su voz se antojaba chusca en la noche roja.

—Boris, no te tengo más que a ti; estoy sola en el mundo; me tienes que querer, porque no pienso más que en ti. Si pensara solo en mi vida, me arrojaría al agua. Necesito pensar en ti durante todo el día. No seas puerco, amor mío; no te portes mal nunca conmigo. Estoy en tus manos, cariño; no te portes mal, no te portes nunca mal. Me encuentro completamente sola.

Boris se despertó sobresaltado y se dio claramente cuenta de la situación. Con diáfana voz le dijo:

—Si te encuentras sola es porque así te gusta, porque eres orgullosa. Si así no fuera, te enamorarías de un tipo más viejo que yo. Yo soy demasiado joven, y no puedo impedir que te sientas sola. Creo sinceramente que por eso me has elegido.

—No lo sé. Lo único que te puedo asegurar es que te quiero apasionadamente. Eso sí.

Ella le estrechaba furiosamente entre sus brazos. Boris todavía oía que le decía: "Te adoro"; pero acabó quedándose profundamente dormido.

III

El verano. El aire era tibio y espeso. Mathieu caminaba por el centro de la calzada, bajo un lúcido cielo; sus brazos se movían apartando pesadas colgaduras de oro. El verano. El verano de los demás. Para él, una negra jornada daba comienzo; una jornada que se arrastraría hasta la noche; un entierro bajo el sol. Unas señas. El dinero. Habría que recorrer París por sus cuatro costados. Sarah facilitaría aquellas señas. Daniel prestaría el dinero. O Jacques. Había soñado que era un asesino y, en el fondo de sus ojos, quedaba aún algo de su sueño, abrumado bajo la resplandeciente presión de la claridad. Calle Delambre, número 16; allí era. Sarah vivía en el sexto piso y, naturalmente, el ascensor no funcionaba. Mathieu subió a pie. Detrás de las puertas cerradas, las mujeres se dedicaban a la limpieza, con sus batas, protegidas las cabezas por un pañuelo: para ellas había comenzado también la jornada. ¡Y vaya jornada! Cuando Mathieu llamó estaba algo sofocado, por lo que pensó que debiera hacer un poco de gimnasia. Siempre reflexiona así al terminar de subir una escalera. Oyó unos pasitos: un hombrecillo calvo, de ojos claros, abrió, sonriente, la puerta. Mathieu lo reconoció: se trataba de un alemán emigrado que veía a menudo en el *Dôme*, sorbiendo encantado un café con leche o inclinado sobre un tablero de ajedrez, contemplando las piezas con la mirada, mientras lamía sus abultados labios.

—Desearía ver a Sarah—dijo Mathieu.

El hombrecillo se inclinó dignamente y dio un taconazo al juntar los talones.

—Weymuller—dijo con rigidez, presentándose.

—Delarue—replicó Mathieu sin conmoverse.

Y el hombrecillo recuperó su afabilidad:

—Entre usted, entre. Sarah está abajo, en el estudio; se alegrará mucho.

Le hizo pasar al vestíbulo y desapareció a pasitos. Mathieu empujó la puerta de cristales y penetró en el estudio de Gómez. Se detuvo en el descansillo de la escalera interior, deslumbrado: la luz pasaba a torrentes a través de las polvorientas cristaleras, y Mathieu tuvo que entornar los ojos, porque le dolía la cabeza.

Se oyó la voz de Sarah que preguntaba:

—¿Quién es?

Mathieu se asomó a la barandilla. Sarah estaba sentada en el diván, en quimono amarillo. Desde su sitio veía Mathieu el cráneo de ella, por entre sus cabellos ralos y escasos. Una antorcha flameaba frente a ella: era, sí, una cabeza bermeja de braquicéfalo... "Es Brunet", se dijo, contrariado, Mathieu. Hacía ya seis meses que no le veía, pero no experimentó ningún placer volviéndole a encontrar en casa de Sarah: era como un estorbo, pues tenían mucho que decirse, su muriente amistad lo requería. Por otra parte, Brunet llevaba consigo un ambiente de fuera, todo un mundo sano, restringido y terco, lleno de rebeldías y de violencias, de trabajo manual, de pacientes esfuerzos, de disciplina: no tenía necesidad de oír el vergonzoso secretito de alcoba que Mathieu iba a confiar a Sarah. Esta alzó la cabeza y sonrió.

—Buenos días, buenos días—saludó.

Correspondió Mathieu a su sonrisa: desde lo alto veía bien aquella cara chata y poco favorecida, roída por la bondad, así como, bajando la mirada, aquellos abultados pechos, tan blandos, que asomaban por el quimono. Se apresuró a bajar de su mirador.

—¿Qué buen viento le trae?—preguntó Sarah.

—Tengo que hacerle una consulta—contestó Mathieu.

A Sarah se le encendió el rostro; esperaba golosamente la consulta.

—Lo que usted guste—le dijo.

Y, gozosa a causa del placer que esperaba proporcionarle, añadió:

—¿Sabe quién está ahí?

Mathieu volvió la cabeza hacia Brunet y le estrechó la mano. Sarah no les quitaba los ojos, enternecida.

—Antiguo camarada-traidor, ¡salud!—le espetó Brunet.

Pese a los pesares, a Mathieu le agradó oír aquella voz. Brunet era fornido y sólido y tenía cara de campesino. No podía decirse que su ademán fuese amable.

—¡Salud!—le contestó Mathieu—. Te creía muerto.

Brunet se rió sin contestarle.

—Siéntense cerca de mí—les invitó Sarah ávidamente.

Sabía que podía hacerle un favor y, por tanto, ya le pertenecía. Mathieu se sentó. Pablito, en la mesa, jugaba a los dados.

—¿Y Gómez?—preguntó Mathieu.

—Siempre igual—replicó Lola—. Ahora está en Barcelona.

—¿Tiene usted noticias suyas?

—Me escribió la pasada semana contándome sus hazañas—contestó Sarah, irónica.

Se animaron los ojos de Brunet al decir:

—¿Sabes que se ha convertido en coronel?

Coronel. Pensó Mathieu en el individuo de la víspera y le dio un vuelco el corazón. Gómez también se había ido. Cierto día había leído en *Paris Soir* la caída de Irún. Después de dar unas zancadas por el taller, frotándose sus negros pelos, bajó destocado y en chaqueta, como si fuera a comprar pitillos al *Dôme*. No volvió. Su puesto permanecía en el mismo estado en que lo dejó: un lienzo sin terminar en el caballete, una placa de cobre a medio grabar, encima de la mesa, en medio de un montón de frasquitos con ácido. El cuadro y el grabado reproducían a mistress Stimson. En el cuadro estaba desnuda. Mathieu volvió a verla borracha y magnífica, cantando del

brazo de Gómez con voz cascada. Pensó: "Siempre se portó como un puerco con Sarah."

—¿Quién les ha abierto? ¿El ministro?—preguntó Sarah alegremente.

No quería hablar de Gómez, aunque le había perdonado todo: sus traiciones, sus fugas, su dureza. Pero no su partida a España; eso, no: se había marchado para matar hombres, y para Sarah eran sagradas las vidas humanas.

—¿Qué ministro?—preguntó sorprendido Mathieu.

—Esa ratita de rojas orejas es un ministro—aclaró Lola con inocente orgullo—. Perteneció al gobierno socialista de Munich en el veintidós. Y ahora se muere de hambre.

—Y, naturalmente, usted le ha dado asilo.

Sarah se echó a reír.

—Llegó hasta mí con su maleta. En serio—dijo—. No sabía adónde ir; le habían despachado de su hotel, porque no tenía dinero para pagar.

Mathieu contó con los dedos:

—Con Annia, López y Santi, ya tiene usted cuatro huéspedes—dijo.

—Annia va a marcharse—comentó Sarah en son de excusa—. Ha encontrado trabajo.

—Es insensato—añadió Brunet.

—¿Qué es insensato?

Sarah puso su mano en el brazo de Mathieu y le rogó con vivacidad:

—Querido Mathieu, acuda usted a socorrerme.

—Pero ¿de qué se trata?

—Eso no interesa a Mathieu—interrumpió Brunet a Sarah, visiblemente contrariado.

Ella no le escuchó.

—Quiere que eche a mi ministro a la calle—le dijo.

—¿A la calle?

—Dice que es un crimen cobijarle.

—Sarah exagera—explicó apaciblemente Brunet. Y volviéndose hacia Mathieu concluyó disgustado—: Lo cierto es que hemos obtenido malos informes de ese hombrecillo. Al parecer, le han visto rondando en los pasillos de

la embajada de Alemania. No hace falta ser un lince para adivinar lo que un judío emigrado podía intentar allí.

—No tiene usted ninguna prueba—dijo Sarah.

—No; carecemos de pruebas. Si las poseyésemos, ya no estaría aquí. Pero, aunque no tuviésemos más que sospechas, Sarah comete una imprudencia loca albergándole en esta casa.

—Pero, ¿por qué?, ¿por qué?—preguntó Sarah con vehemencia.

—Sarah—afirmó cariñosamente Brunet—, usted sería capaz de hacer volar todo París antes de perjudicar a uno de los que protege.

Sarah dibujó una sonrisa triste.

—No todo París—replicó—; no obstante, lo cierto es que yo no sacrificaré a Weymuller en aras de esas historias de partido que ustedes airean... Es tan abstracto un partido...

—Verán que sus palabras confirman las mías—contestó Brunet.

Sarah sacudió violentamente la cabeza. Su rostro se encendió y sus ojazos verdes se empañaron. Dijo indignada:

—Mathieu, usted ha visto al pequeño ministro. ¿Le cree capaz de matar una mosca?

Brunet poseía una calma enorme. Era como un mar en calma. Era apaciguador y, sin embargo, exasperaba al mismo tiempo. Nunca parecía un solo hombre; reaccionaba lenta, silenciosamente, igual que las multitudes cuando no alborotaban. Se explicó:

—Gómez nos envía de cuando en cuando mensajeros. Nos reunimos en casa de Sarah; ya comprenderás que se trata de mensajes confidenciales. ¿Acaso elegirías tú un lugar como este para instalar a un sujeto reputado como espía?

Mathieu no respondió. Brunet había adoptado la forma interrogativa, pero solo se trataba de efectos oratorios; no le consultaba; hacía ya mucho tiempo que Bru-

net había dejado de pedir a Mathieu su parecer sobre cualquier tema que se presentase.

—Juzgue usted, Mathieu—dijo Sarah—. Si despacho a Weymuller, se arrojará al Sena. ¿Se puede, en verdad —añadió con desesperación—, acorralar a un hombre hasta el suicidio por una simple sospecha?

Se había erguido horrorizada y radiante. Conseguía que en Mathieu naciera la complicidad borrosa que se siente por los aplastados, los accidentados, los que padecen flemones y úlceras.

—¿Lo dice en serio?—preguntó—. ¿Va a arrojarse al Sena?

—¡Quia!—dijo Brunet—. Volverá a la embajada de Alemania e intentará venderse por completo.

—De todos modos—exclamó Mathieu—está perdido, lo que viene a ser lo mismo.

Brunet se encogió de hombros y dijo indiferente:

—No cabe duda.

—¿Le ha oído usted?—preguntó angustiada Sarah a Mathieu—. Bueno, ¿quién tiene razón? Diga algo.

Mathieu no tenía nada que decir. Brunet no le pedía su opinión; de nada le servía la de un burgués, de un cochino intelectual, de un perro guardián... "Me escuchará con fría cortesía, no se conmoverá más que pudiera hacerlo una roca; se limitará a juzgarme por lo que yo diga y nada más." Y Mathieu no quería ser juzgado por Brunet. Hubo un tiempo en que, por principio, ni uno ni otro se juzgaban. Entonces argumentaba Brunet: "La amistad no ha sido hecha para criticar, sino para inspirar confianza." Tal vez siguiera diciéndolo; pero ahora pensaba en sus camaradas del partido.

—¡Mathieu!—llamó Sarah.

Brunet se inclinó hacia ella y le dio un golpecito en la rodilla.

—Oígame, Sarah—dijo suavemente—. Aprecio mucho a Mathieu y estimo su inteligencia. Si se tratase de aclarar un texto de Spinoza o de Kant, es indudable que a él consultaría. Pero el asunto que nos ocupa está claro como

el agua, por lo que le juro que no necesito acudir a un árbitro, por muy profesor de filosofía que sea. Mi decisión está tomada.

"Es evidente—se dijo Mathieu—. Es evidente." Le costaba reconocerlo; pero, no obstante, no guardaba rencor a Brunet. "¿Quién soy yo para dar consejos? ¿Y qué he hecho yo de mi vida?" Brunet se levantó.

—Tengo que largarme—dijo—. Naturalmente, usted, Sarah, hará lo que le parezca. No pertenece usted al partido, y ya es considerable lo que por nosotros usted hace. Ahora bien: si se decide a conservarlo, lo único que le pido es que cuando Gómez le mande noticias venga usted a verme.

—De acuerdo—aprobó Sarah.

Sus ojos brillaron; se le había quitado un peso de encima.

—Y no deje usted nada a la vista: queme todos los papeles—recomendó Brunet.

—Se lo prometo.

Brunet se volvió hacia Mathieu.

—Bueno, hasta la vista, antiguo hermano.

No le tendió la mano; le examinaba atentamente, le miraba con dureza, con idéntica mirada que la de Marcelle la noche anterior, una mirada de extrañeza implacable. Eran miradas que le desnudaban, un tío desnudo y hecho de miga de pan. Un torpón. "¿Quién soy yo para dar consejos?" Parpadeó. Brunet parecía duro y quisquilloso. "En cuanto a mí, llevo el aborto en la cara." Habló Brunet con muy distinto tono al que esperaba Mathieu:

—Tienes una jeta indecente. ¿Qué es lo que va mal?

Mathieu se levantó a su vez.

—Tengo contratiempos molestos, aunque sin importancia.

Brunet le puso la mano en el hombro. Su mirada era vacilante.

—¡Qué vida más estúpida! Se la pasa uno corriendo de un lado a otro, sin tiempo para dedicarlo a los viejos

camaradas. Si llegases a espichar, me enteraría por casualidad un mes más tarde.

—Todavía pasará tiempo antes que espiche—dijo riendo Mathieu.

Notaba sobre su hombro la mano de Brunet, y pensó: "No me juzga", experimentando un humilde agradecimiento.

Brunet continuaba serio:

—Pasará tiempo, en efecto. Pero...

Al fin pareció decidirse:

—¿Estarás disponible hacia las dos? Yo sí dispondré de tiempo, podré acercarme a tu casa, y allí charlaríamos un rato, como antaño.

—Como antaño—dijo Mathieu—. Estoy completamente libre. Te esperaré.

Brunet le sonrió amistosamente. Aún conservaba su sonrisa sencilla y alegre. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la escalera.

—Le acompaño—dijo Sarah.

Mathieu les siguió con la mirada. Brunet subía los peldaños con sorprendente agilidad. "Todo no se ha perdido", se dijo. Y algo invadió su pecho, algo tibio y modesto, que parecíase mucho a la esperanza. Dio unos cuantos pasos. Un portazo se oyó arriba detrás de él. Pablito le miraba gravemente. Mathieu se acercó a la mesa y cogió un buril. Voló una mosca que estaba posada en la placa de cobre. Pablito seguía mirándole. Mathieu estaba molesto, sin saber por qué. Tenía la impresión de ser tragado por los ojos del niño. "Los chiquillos—se dijo—parecen voraces; todos sus sentidos, bocas." La mirada de Pablito no era todavía humana, y, sin embargo, era más que vida: no hacía mucho que aquella criaturita había salido de un vientre, y se veía; allí estaba indeciso, chiquitín; todavía conservaba su malsano aterciopelado de algo acabado de vomitar. Sin embargo, tras los turbados humores que nublaban sus órbitas se escondía una tragona conciencia. Mathieu se entretenía con el buril. Tenía calor. La mosca zumbaba en su derredor; en una

habitación color rosa, dentro de otro vientre, había una larva que crecía.

—¿Sabes lo que he soñado?—preguntó Pablo.

—Tú me lo dirás.

—Pues he soñado que yo era una pluma.

Mathieu se dijo: "Ya empieza a pensar."

—¿Qué hacías siendo pluma?

—Nada. Dormía.

Mathieu arrojó bruscamente el buril sobre la mesa: la mosca, asustada, revoloteó y se posó sobre la placa de cobre, entre dos estrechas ranuras que representaban un brazo de mujer. Había que apresurarse porque la larva crecía y hacía oscuros esfuerzos para desprenderse, para abandonar las tinieblas y convertirse en algo semejante a eso, a esta ventosa pálida y blanda que absorbía el mundo.

Mathieu avanzó unos pasos hacia la escalera. Oía la voz de Sarah. "Ha abierto la puerta de entrada, y, en el umbral, sonríe a Brunet. ¿A qué espera para volver?" Dio media vuelta y contempló al niño al tiempo que miraba a la mosca. Un niño. Carne sensible que grita y sangra cuando la matan. Porque a una mosca se mata más fácilmente que a un niño. Se encogió de hombros. "Yo no voy a matar a nadie. Voy a impedir que nazca una criatura." Pablo volvió a jugar con sus cubitos; había olvidado a Mathieu. Este extendió la mano y otra vez tocó la mesa con el dedo, repitiéndose con extrañeza: "Impedir un nacimiento..." Diríase que en alguna parte había una criatura ya formada, que aguardaba el momento de asomarse en aquel mismo sitio, en aquella misma habitación, bajo aquel mismo sol, y que Mathieu le cortaba el paso. En el fondo era igual: allí había un hombrecito pensativo y taimado, embustero y doloroso, de blanca piel, de anchas orejas y de lunares, con una porción de signos característicos, como las huellas que se imprimen en los pasaportes; un hombrecillo que no corría nunca por las calles con un pie sobre la acera y otro en el arroyo; allí había unos ojos, un par de ojos verdes, como los de Mathieu, o negros, como los de Marcelle,

que nunca verían los glaucos cielos del invierno, ni el mar, ni ningún otro rostro; había allí manos que nunca tocarían la nieve, ni la carne de una mujer, ni la corteza de los árboles: había una imagen del mundo, sangrante, luminosa, desagradable, apasionada, siniestra, llena de esperanza; una imagen poblada de jardines y de casas, de desarrolladas muchachas dulces y de horribles insectos, que iban a destrozar de un pinchazo, como uno de esos globitos que regalaban en *Le Louvre.*

—Ya estoy aquí—dijo Sarah—. ¿Le he hecho esperar mucho?

Mathieu levantó la cabeza y se le quitó un peso de encima: ella había surgido sobre los peldaños, pesada, deforme; era una adulta de viejas carnes que ofrecía el aspecto de haber sido puesta en salazón sin haber nacido; Sarah bajó sonriente y con rapidez la escalera, mostrando sus cortas pantorrillas al vuelo de su quimono.

—Bueno, ¿qué pasa?—preguntó ávidamente.

Sus turbios ojazos le miraban de hito en hito, insistentemente. El fue hacia ella y dijo con sequedad:

—Marcelle está embarazada.

—¡Oh!

Su semblante denotaba más bien contento. Preguntó tímidamente:

—Entonces... ¿Van ustedes a...?

—No, no; no queremos tener un nene.

—Sí, ya me doy cuenta—dijo ella. Bajó la cabeza y guardó silencio.

Mathieu no pudo soportar aquella tristeza, que ni siquiera constituía un reproche. Le dijo:

—Creo que a usted le ocurrió antaño. Me lo dijo Gómez.

Fue una réplica brutal.

—Sí, antaño—murmuró Sarah.

De pronto, alzó los ojos y añadió impulsivamente:

—No se preocupe: cogida a tiempo, la cosa no tiene importancia.

Ella se prohibió emitir juicio alguno. Abandonó sus reser-

vas, sus reproches, y solo tuvo un deseo: tranquilizarle.

—La cosa no tiene importancia.

Podría él sonreir, considerar el porvenir con confianza; solo ella llevaría el luto por aquella muerte minúscula y secreta.

—Escúcheme, Sarah—dijo Mathieu irritado—, y trate de comprenderme; no quiero casarme. No por egoísmo: para mí, el matrimonio...

Calló, Sarah estaba casada con Gómez hacía cinco años. Y añadió después de una pausa:

—Por otra parte, Marcelle no quiere niños.

—¿No le gustan?

—No le interesan.

Sarah estaba desconcertada:

—Claro, claro—dijo—. En ese caso...—y le cogió las manos—: Mi pobre Mathieu, qué preocupado debe de estar usted. Me agradaría poder ayudarle.

—Pues bien—dijo Mathieu—, precisamente usted puede ayudarnos. Cuando usted pasó por ese trance, se dirigió a alguien, a un ruso si recuerdo bien.

—En efecto—dijo Sarah con alterado rostro—. Aquello fue horrible.

—¡Ah!—exclamó Mathieu con voz emocionada—. Es..., es muy doloroso.

—No tanto, pero...—y añadió tristemente—: Yo pensaba en el niño. Fue Gómez quien lo quiso, y cuando él se empeñaba en una cosa por aquellos tiempos... Pero fue atroz... ¡Nunca más! Ya podría suplicármelo rodillas en tierra y yo no volvería a hacerlo.

Se volvió a Mathieu con mirada extraviada.

—Después de la operación, me entregaron un paquetito diciéndome: "Tírelo a la alcantarilla." ¡A la alcantarilla! Como si se hubiera tratado de una rata muerta. Mathieu—le imploró, apretándole con fuerza el brazo—, ¡no sabe usted lo que va a hacer!

—Y cuando traéis una criatura a este mundo, ¿acaso lo sabéis vosotras?—preguntó colérico Mathieu.

Una criatura, una conciencia más, una lucecita enloquecida que a fuerza de dar vueltas y vueltas, se estrellará contra las paredes sin poder remediarlo. No sabe usted lo que exige de Marcelle: temo que le odie a usted más tarde.

A Mathieu se le aparecieron los ojos de Marcelle, sus grandes ojos duros y cercados. Y con sequedad inquirió:

—¿Acaso odia usted a Gómez?

Sarah hizo un gesto lastimero y desarmado: ella era incapaz de odiar a nadie, y menos aún a Gómez. Dijo con hermético acento:

—En todo caso, no puedo enviarlo a usted a ese ruso; sigue operando, pero ahora se entrega a la bebida; no confío nada en él. Hace dos años tuvo un asunto muy sucio.

—¿Y no conoce usted a algún otro?

—A nadie—fue la lenta respuesta de Sarah. Y, de pronto, toda su bondad se reflejó en su rostro al exclamar—: Ya tengo lo que usted necesita. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Waldmann arreglará el asunto. ¿No le ha conocido usted en mi casa? Es un judío, ginecólogo. Es, como si dijéramos, un especialista del aborto. Con él puede usted estar tranquilo. En Berlín tenía una clientela formidable. Cuando los nazis se apoderaron del Poder, se estableció en Viena. Pero el Anschluss surgió, y aquí llegó, a París, con un maletín por equipaje. Menos mal que hacía tiempo que había enviado a Zurich todo su dinero.

—¿Cree usted que aceptará?

—Claro que sí. Hoy mismo iré a hablar con él.

—Estoy contento—dijo Mathieu—, muy contento. ¿No cobrará muy caro?

—En su tierra exigía hasta dos mil marcos.

Palideció Mathieu:

—¡Diez mil francos!

Añadió ella con viveza:

—Era un robo. Cobraba su reputación. Como aquí nadie le conoce, estará más en razón. Le ofreceré tres mil francos.

—De acuerdo—aprobó Mathieu mordiéndose los labios.

Se pregunto: "¿Dónde voy yo a encontrar ese dinero?"

Sarah dijo:

—¿Por qué no me acercaré yo esta misma mañana? Vive en la calle Blaise-Desgoffes, muy cerca de aquí. Me visto y voy allá. ¿Me espera usted?

—No, que tengo..., tengo una cita a las diez y media. Sarah, es usted encantadora—le dijo Mathieu.

La cogió por los hombros y la sacudió sonriente. Acababa de sacrificar en honor de él sus más profundas repugnancias, haciéndose, por generosidad, cómplice de una acción que la inspiraba horror, y ello, no obstante, rebosaba de alegría.

—¿Dónde estará usted hacia las once?—le preguntó ella—. Si prefiere, podría telefonearle.

—No hace falta. Estaré en el *Dupont Latin,* en el bulevar Saint-Michel. Allí esperaré que usted me llame.

—¿En el *Dupont Latin?* De acuerdo.

La bata de Sarah descubrió sus pechos enormes, y Mathieu la aplastó contra él, por ternura y por no ver aquel cuerpo.

—Hasta pronto, mi querido Mathieu, hasta pronto—le dijo Sarah.

Ella le acercó la cara cariñosa y marchita. En esta había humildad turbadora y tal vez voluptuosa, que incitaba a mortificarla, a obligarla a avergonzarse: según Daniel, al verla así, justificaba el sadismo. Mathieu la besó en las dos mejillas.

* * *

El verano. El cielo hechizaba la calle: era como un fantasma mineral. La gente flotaba en aquel cielo y sus semblantes se encendían. Mathieu aspiró un aroma verde y vivificante, un polvo lozano; parpadeó y una sonrisa asomó a sus labios: "el verano". Dio unos pasos; el asfalto negro y fusible, salpicado de puntitos blancos, se pe-

gaba a las suelas de sus zapatos; pero como Marcelle estaba embarazada, el verano cambiaba de aspecto: ya no era el mismo verano.

Dormía ella; su cuerpo flotaba en una atmósfera espesa. Dormía y sudaba. De sus hermosos senos, morenos y violáceos, abatidos, brotaban en derredor de sus pezones gotitas blancas y saladas, como flores. Ella dormía. Siempre permanecía en la cama hasta mediodía. La vejiguilla, en el fondo de su vientre, no dormía; no tiene tiempo para dormir: se alimenta y crece. Pasaba el tiempo en sacudidas rígidas e irremediables. "Necesito encontrar el dinero en cuarenta y ocho horas a más tardar."

El Luxemburgo cálido y blanco: estatuas, palomitas y niños. Estos corren, aquellas emprenden su vuelo. Carreras, luz blanca, desbandadas. Se sentó en una silla de hierro. "¿Dónde encontrar el dinero? Daniel no me lo prestará. A pesar de saberlo, se lo pediré... Y, como último recurso, siempre tendré el de acudir a Jacques." El césped cabrilleaba a sus pies, una estatua le ofrecía su joven trasero de piedra, las palomitas arrullaban, aves de piedra. "Después de todo, es cuestión de quince días; el judío ese esperará hasta fin de mes, y el veintinueve percibo yo mi sueldo."

Mathieu se detuvo bruscamente: se dedicaba a pensar, y él mismo se horrorizaba. "Mientras tanto, Brunet camina por esas calles a sus anchas, bajo la luz, ligero porque espera; camina a través de vidrio pulido que pronto romperá; se siente fuerte; camina contoneándose un poco, con precaución, porque todavía no ha sonado la hora de hacer todo añicos: espera confiado. ¿Y yo? ¿Y yo? Marcelle está embarazada. ¿Convencerá Sarah al judío ese? ¿Dónde encontrar el dinero? Eso es en lo que yo pienso." Se le aparecieron de pronto, mirándole, dos ojos bajo negras cejas. "Madrid, te juro que quisiera estar allí. Pero las cosas no han llegado a arreglarse." "Ya soy viejo", se dijo pensativo.

"Ya estoy viejo. Heme aquí sobre una silla desploma-

do, comprometida mi vida hasta el cuello y sin creer en nada. Sin embargo, yo también he ansiado partir hacia una España. Y el proyecto falló. ¿Acaso hay más de una España? Yo estoy aquí, me paladeo, siento el antiguo sabor de sangre y de agua ferruginosa, mi gusto, mi propio gusto, luego existo. Existir, eso es: beberse sin sed. Treinta y cuatro años. Treinta y cuatro años probándome y me encuentro viejo. He trabajado, he esperado, he obtenido lo que quería: Marcelle, París, la independencia; todo ha concluido. Ya no espero nada." Contemplaba aquel jardín rutinario y siempre nuevo, siempre el mismo, como el mar, surcado desde hace cientos de años por las mismas olas de colores y de ruidos. Allí seguían los mismos niños que en desorden corrían desde hacía cien años, el mismo sol calentando aquellas reinas estucadas, de dedos rotos, y todos aquellos árboles; estaban también Sarah y su quimono amarillo, Marcelle embarazada, el dinero. Todo era tan natural, tan normal, tan monótono, que bastaba para llenar una vida; eso era la vida. Lo demás, las Españas, los castillos en España, era..., ¿qué? ¿Una tibia y laica religioncita para mi uso? ¿El acompañamiento discreto y seráfico de mi verdadera vida? ¿Una coartada? Así me ven ellos, Daniel, Marcelle, Brunet, Jacques: el hombre que quiere ser libre come, bebe como todos los demás; es funcionario del Estado, no politiquea, lee *L'Oeuvre, Le Populaire*..., tiene agobios de dinero... Pero quiere ser libre, como otros anhelan una colección de sellos. La libertad es para él su jardín secreto. Su connivencia con él mismo. Un sujeto perezoso y frío, un poco quimérico, pero en el fondo muy razonable, que, taimadamente, se ha fabricado una felicidad mediocre y sólida de inercia, que justifica en ocasiones con elevadas consideraciones. Realmente, ¿soy eso yo?"

A la edad de siete años estaba en Pithiviers, en casa de su tío Jules, el dentista. Cierto día se hallaba en la sala de espera jugando a impedirse existir: había que procurar no tragarse, como cuando se conserva en la lengua

un líquido muy frío para impedir ese pequeño movimiento de deglución que le obligaría a deslizarse hasta la garganta. Ya había logrado dejar completamente vacío el cerebro. Pero el tal vacío aún conservaba un gusto. Era aquel un día dedicado a necedades. Sumido en un calor provinciano que olía a mosca, he aquí que acababa de atrapar una y de arrancarle las alas. Observó que la cabeza tenía alguna semejanza con la de un fósforo de cocina; fue allá a buscar el raspador y raspó la cabeza de la mosca para cerciorarse de que aquello también ardía. Todos sus movimientos los llevaba a cabo negligentemente: realizaba a desgana una comedia ridícula que no conseguía interesarle, pues sabía perfectamente que la mosca no se encendería. Sobre la mesa estaba desparramado un montón de revistas atrasadas y rotas, y, junto a ellas, un precioso jarrón chino, verde y gris, con asas parecidas a las garras de un loro. El tío Jules le había afirmado que aquel jarrón tenía tres mil años. Mathieu se había acercado al jarrón, manos a la espalda, contoneándose; lo miraba con inquietud: era terrible ser una bolita de miga de pan en este viejo y tostado mundo y hallarse frente a un impasible jarrón de tres mil años. Le había vuelto la espalda; bizqueaba y sorbía frente al espejo sin conseguir distraerse, cuando, de pronto, se volvió a acercar a la mesa, levantó el jarrón que pesaba lo suyo y lo tiró al suelo; después, tuvo la sensación de que se había quitado un gran peso de encima. Entonces, echó una mirada a los añicos de porcelana y quedó maravillado: algo había sucedido a aquel jarrón de porcelana de tres mil años entre paredes quincuagenarias, bajo la antigua luz del sol, algo irreverente, que se parecía a una mañana. Aquello le inspiró este pensamiento: "¡Soy yo el autor de este cataclismo!"; se enorgulleció, liberado del mundo, sin sus ataduras, sin familia, sin orígenes, cual surgiente testarudo que hubiese reventado la corteza terrestre.

A los dieciséis años era ya una bestezuela que, tumbado sobre la arena en Arcachon, contemplaba las anchas y lisas olas del océano. Acababa de apalear a un joven de

Burdeos que le había apedreado y a quien obligó a morder la arena. Sentado a la sombra de los pinos, sin aliento, rebosantes las narices del olor de resina, tuvo la sensación de ser una pequeña explosión suspendida en el aire, redonda, abrupta, inexplicable. Se había dicho: "Seré libre"; pero tal vez nada se dijera, aunque eso hubiera querido decirse: una apuesta; como si se hubiese apostado que toda su vida tendría semejanzas con aquel momento excepcional. Había cumplido veintiún años y ya leía en su habitación a Spinoza. Era un martes de carnaval; veía bellas carrozas multicolores que pasaban por la calle, cargadas de muñecos de cartón; al levantar la vista, volvió de nuevo a apostar con ese énfasis filosófico que hacía entonces algún tiempo les era característico a Brunet y a él. Se había prometido: "Esa será mi divisa." Diez, cien veces había ratificado la apuesta. Con la edad variaban las palabras, como las corrientes intelectuales; sin embargo, subsistía la misma apuesta, pese a lo cual, Mathieu no se veía, como soñara, un gran tipo que enseñaba Filosofía en un liceo de varones, ni el hermano de Jacques Delarue, el abogado, ni el amante de Marcelle, ni el amigo de Daniel y de Brunet: no era nada más que aquella apuesta.

¿Qué apuesta? Se frotó los ojos cansados por la luz: no hubiera podido decirlo. Desde hacía algún tiempo padecía a menudo momentos de ausencia. Para recordar su apuesta, sería necesario hallarse en lo más lúcido de él mismo.

—¡Pelota, por favor!

Una pelota de tenis, rodando, vino a detenerse a sus pies y un muchachito corría hacia él con una raqueta en la mano. Mathieu recogió la pelota y se la lanzó. No estaba, desde luego, en su mejor momento. Abrumado por aquel calor pesado, sufría la antigua y monótona sensación de lo invariable: por mucho que él se repitiera los latiguillos que antaño le exaltaban... "Ser libre. Ser uno mismo. Poder decir: soy, porque quiero, soy mi propio principio..." Por mucho que los recordara, no dejaban de ser frases pomposas y vacías, irritantes, de intelectual.

Se levantó. Se había levantado un funcionario que tenía necesidad de dinero y que iba en busca de la hermana de uno de sus antiguos alumnos. Musitó: "¿Acaso la farsa ha terminado, y ya no soy más que un funcionario?" Había esperado demasiado tiempo; sus últimos años los había pasado velando las armas. Seguía esperando a través de mil pequeñas preocupaciones diarias. Naturalmente, seguía cortejando a las mujeres, y viajaba, y la vida continuaba su curso, si bien había que ganársela. Pero, pese a todo, su única preocupación fue siempre la de hallarse disponible. Para llegar a lo que había llegado: a un momento en el que comprometería plenamente toda su vida y daría paso a una nueva. Nunca había podido entregarse a un amor, a un placer, aunque no podía decirse que había sido un desgraciado: tenía siempre la sensación de estar ausente, de no haber llegado a nacer. Esperaba siempre, y mientras tanto, suavemente, traicioneramente, los años se habían sucedido y, sin dar la cara, le habían arrebatado treinta y cuatro años. "Me hubiese debido afiliar a los veinticinco años. Como Brunet. Sí, pero a esa edad no se afilia uno con plena consciencia. Lo hace estúpidamente. Tampoco me hubiese gustado sentar plaza de idiota." Había soñado con irse a Rusia, colgar los estudios y aprender un oficio manual. No obstante, lo que siempre le retuvo, a través de rupturas violentas, fue que no tenía ninguna razón para hacerlo. "Y sin razones, mi decisión hubiese sido juzgada como una cabezonada." Y, de esa manera, continuó esperando...

Barquitos de vela giraban en el estanque del Luxemburgo; a veces se veían salpicados por el surtidor. Se detuvo con el fin de contemplar aquel carrusel náutico. Le surgió una idea: "No espero más. Ella tiene razón: me he aniquilado, esterilizado por no ser más que una espera. Es verdad que ahora estoy vacío. Pero ya no espero más."

Allá abajo, cerca de la cascada, una barquichuela estaba en apuros: se hundía de banda. Todo el mundo reía al ver el espectáculo; un muchacho trataba de salvarla con un bichero.

IV

MATHIEU echó un vistazo a su reloj: "Las diez y cuarenta minutos; se ha retrasado." Le enojaba que ella se retrasara, porque siempre temía que algo le hubiese ocurrido. Olvidaba todo, como si se fugase de ella misma: olvidaba comer, olvidaba dormir. El día que se le olvidara respirar, todo estaba perdido. Dos jóvenes se detuvieron cerca de él: miraban con arrogancia un velador.

—*Sit down*—dijo el uno.

—*Je sit down*—aprobó el otro.

Rieron y se sentaron; tenían manos muy cuidadas, el aspecto duro y la carne blanda. "¡Cuánto abundan por aquí estos tipejos!", pensó Mathieu irritado. Estudiantes o estudiantillos; los jóvenes varones rodeados de jovenzuelas grises parecían insectos chispeantes y obstinados. Esta juventud es grotesca, se le ocurrió pensar a Mathieu: por fuera rutilante, y vacía por dentro. Ivich y Boris también eran juventud, pero formaban una excepción. Mártires de la juventud. "Yo no supe ser joven, ni tampoco Brunet ni Daniel. Nos dimos cuenta ya tarde."

Recordó, no muy placentero, que tenía que acompañar a Ivich a la exposición Gauguin. Le agradaba mostrarle bellos cuadros, buenas películas, valiosos objetos, porque él nada tenía de bello y le parecía una manera de disculparse. Ivich no le disculpaba; aquella mañana, como otras veces, ella contemplaría los cuadros con su aire maniático y arisco; Mathieu estaría a su lado, feo, importuno, olvidado. Pero no le hubiese gustado ser gua-

po: nunca se encontraba ella más sola que frente a la belleza. El se preguntó: "No sé lo que espero de ella." En aquel momento la percibió viniendo por el bulevar, al lado de un chicarrón con gafas, a quien ella miraba ofreciéndole su iluminada sonrisa; los dos hablaban con animación. Cuando ella vio a Mathieu, sus ojos se apagaron, se despidió rápidamente de su acompañante y cruzó la calle como adormecida. Mathieu se levantó.

—Bien venida, Ivich.

—Buenos días—contestó ella.

Mostraba Ivich su cara muy bien arreglada: lucía sus rubios bucles caídos hasta la nariz, y la cinta que sujetaba el cabello casi le tapaba los ojos. El invierno enmarañaba sus pelos, dejando desnudos sus gruesos y pálidos carrillos, así como la baja frente que ella llamaba "su frente de kalmuca". Todo su amplio rostro, pálido, infantil y sensual, quedaba así mismo al descubierto, como la luna entre dos nubes. Hoy, Mathieu no veía más que una cara estrecha, desconocida, que, cual triangular antifaz, le ocultaba la verdadera. Los jóvenes vecinos de la mesa ocupada por Mathieu se volvieron hacia ella, y se notó que pensaban: "Vaya una guapa chica." Mathieu la miró con ternura; él era el único entre tantos que supiera que Ivich era fea. Se sentó ella tranquila y taciturna. No se retocaba la cara por no estropearse el cutis.

—¿Qué va a ser, señora?—preguntó el camarero.

Ivich le dedicó una sonrisa, porque le gustaba que la llamaran señora; luego se volvió hacia Mathieu en son de consulta. Este le insinuó:

—Tome un *pippermint,* puesto que le gusta.

—¿Que eso me gusta?—interrogó ella divertida—. Pues que me lo sirvan—y cuando el camarero se retiró, preguntó—: ¿Qué es?

—Menta verde.

—¿Es esa pócima verde y viscosa que tomé el otro día? Pues no la quiero, que ensucia la boca. Siempre le sigo la corriente, pero no debía hacerle caso: no tenemos los mismos gustos.

—Acababa usted de decir que le gustaba—apuntó contrariado Mathieu.

—Cierto; sin embargo, he recordado su gusto. No lo volveré a beber—añadió con un escalofrío.

—¡Camarero!—llamó Mathieu.

—No, no; déjelo, que ya lo trae y es agradable a la vista. Con no acercármelo a los labios... No tengo sed.

Calló. Mathieu no sabía qué decirle, ya que pocas cosas gustaban a Ivich; y, por otra parte, no tenía ganas de hablar. Marcelle estaba presente; no la veía ni la nombraba, pero allí se hallaba. A Ivich sí que la veía, podía llamarla por su nombre o tocarle el hombro; pero estaba fuera de su alcance aquella delicada cintura y aquellos duros pechos; diríase que se hallaba uno en presencia de una exótica pintada por Gauguin sobre inutilizable lienzo. Pronto telefonearía Sarah y se oiría al botones llamar: "Señor Delarue." Y Mathieu escucharía por el receptor una voz sombría: "Exige diez mil francos; ni un céntimo menos." Hospital, cirugía, olor a éter, preocupaciones de dinero. Haciendo un esfuerzo, Mathieu se volvió hacia Ivich, que, cerrados los ojos, pasaba el dedo por sus párpados. Cuando los abrió, dijo:

—Me hacen el efecto de abrirse solos. De cuando en cuando los cierro para que descansen. ¿Están colocados?

—No.

—Es el sol, porque en verano siempre me duelen. En días como el de hoy, una no debiera salir hasta entrada la noche, ya que, de lo contrario, no se sabe dónde meterse, siempre perseguido por el sol. Por si fuese poco, la gente siempre tiene las manos sudosas.

Mathieu tocó con el dedo, bajo la mesa, la palma de su mano: estaba completamente seca. Era el otro, el camarero estirado, el que tenía manos sudosas. Miró a Ivich sin turbarse; se consideraba culpable y a la vez liberado, ya que ella le interesaba menos.

—¿Le ha molestado que le haya hecho salir esta mañana?

—De todos modos no hubiese podido permanecer en mi habitación.

—¿Por qué?—preguntó sorprendido Mathieu.

Ivich le miró impaciente.

—Usted ignora lo que es una Residencia de estudiantes. Vigilan de lo lindo a las muchachas, sobre todo en época de exámenes. Además, la dueña me ha tomado cariño: con cualquier pretexto entra en mi dormitorio, me acaricia el pelo; me horripila que me toquen.

Mathieu apenas la escuchaba: le constaba que ella no pensaba lo que decía. Irritada, Ivich meneó la cabeza:

—Esa tía gorda de la Residencia me tiene afecto porque soy rubia. Siempre pasa lo mismo: dentro de tres meses me detestará, porque dirá que soy taimada.

—Y lo es usted—afirmó Mathieu.

—Puede que sí...—replicó ella arrastrando las palabras que incitaban a pensar en sus pálidas mejillas.

—Porque, en definitiva, desengáñese, todos acaban dándose cuenta de que usted esconde sus mejillas y baja los ojos delante de ellos, como una mosquita muerta.

—¿Acaso le gustaría a usted que se supiera cómo es? —y añadió despreciativa—: Claro que esas cosas le tienen sin cuidado. En cuanto a mirar a la gente de frente, me es imposible: en seguida me picarían los ojos.

—Al principio—dijo Mathieu—, algunas veces me molestaba su manera de mirar por encima de mi frente, a la altura del cabello. A mí que tanto miedo tengo a quedarme calvo... Creía que hubiese usted descubierto un claro y que ya le era imposible apartar de allí la mirada.

—Siempre miro a todos así.

—Y si no, de reojo: como yo ahora.

Imitó él la mirada disimulada y rápida, y ella se rió divertida y furiosa.

—¡Basta! No quiero que se me imite.

—No lo hice con mala intención.

—Desde luego; pero tiemblo cuando usted adopta mis gestos.

—Lo comprendo—dijo Mathieu sonriendo.

—No por lo que cree: aunque fuera usted el tipo más guapo del mundo, sería igual—y cambiando de tono añadió—: ¡Cuánto daría porque no me dolieran tanto los ojos!

—Mire, voy a acercarme a la farmacia para traerle un calmante. Espero una llamada telefónica. Le agradeceré que, si preguntan por mí, conteste que vendré en seguida y que vuelvan a telefonear.

—No hace falta, no vaya—replicó ella con frialdad—. Se lo agradezco mucho, pero de nada serviría, pues es por el sol.

Callaron. Mathieu pensó: "Me aburro como una ostra." Al pensar así experimentó un absurdo placer. Ivich alisaba su falda con la palma de la mano, levantando los dedos como si tocaran las teclas de un piano. Siempre tenía las manos coloradas por mala circulación y, con el fin de que bajaran de color, las agitaba constantemente en el aire. Apenas si podía servirse de ellas; parecían dos pequeños ídolos frustrados colgados de los brazos. Manos que se limitaban a rozar las cosas con ademanes menudos y sin terminar; manos que más bien modelaban que cogían los objetos. Mathieu se fijó en las uñas de Ivich, largas y puntiagudas, violentamente pintadas, casi extravagantes: bastaba contemplar semejantes adornos, incómodos y frágiles, para comprender que Ivich nada podía hacer de sus diez dedos. Cierto día, una de esas uñas se le cayó sin que la tocaran y desde entonces la conservaba metida en un a modo de ataúd, que examinaba de cuando en cuando con mezcla de horror y de placer. También Mathieu lo había visto; como no había perdido el brillo del barniz, parecía un escarabajo muerto. "Me pregunto qué es lo que la preocupa; jamás la vi tan impertinente. Tal vez tengan la culpa los exámenes. A menos que se aburra a mi lado, lo que nada de particular tendría, pues soy una persona mayor."

—La ceguera, ¿empezará así?—dijo abstraída Ivich.

—Seguramente no—replicó sonriente Mathieu—. Re-

cuerde lo que el oculista de Laon le dijo: tiene usted algo de conjuntivitis.

El hablaba suavemente, sonreía suavemente, estaba henchido de suavidad, porque con Ivich era preciso sonreír siempre, tener ademanes delicados y lentos: lo mismo que Daniel con sus gatos.

—Me duelen tanto los ojos—se quejó Ivich—, que lo mínimo basta para...—titubeó—. Me duele el fondo de los ojos; completamente en el fondo. ¿No será el comienzo de la locura, de eso que usted me ha hablado?

—¿Se refiere usted a la historia que le conté el otro día?—preguntó Mathieu—. Mire, Ivich, la otra vez era el corazón lo que le dolía y usted temía ser cardíaca. Es usted una curiosa criatura; se diría que necesita atormentarse y, sin embargo, en otras ocasiones, declara estar formada a cal y arena. Hay que elegir entre lo uno y lo otro.

Se expresaba así, dulcemente, como si sintiera en la boca el gusto del azúcar.

Ivich miraba, concentrada, sus pies.

—Debo de tener algo.

—Sí—exclamó Mathieu—; aunque usted misma me ha dicho que no cree en patrañas, le preocupa tener quebrada la línea de vida en la palma de su mano.

—En realidad soy incrédula; pero tampoco puedo imaginarme lo que será mi porvenir. Está cerrado.

Se calló y Mathieu la observó en silencio. Sin porvenir... De repente, sufrió un amargor de boca al pensar que Ivich le interesaba con ahínco. Era verdad: ella carecía de porvenir: Ivich a treinta años, Ivich a cuarenta años, es inconcebible; eso le hizo admitir que ella no era viable. Cuando Mathieu se hallaba solo, o cuando hablaba con Daniel y también con Marcelle, su vida aparecía ante él clara y monótona: unas cuantas mujeres, algunos viajes, unos libros... Una larga pendiente que Mathieu descendía lentamente, lentamente; en ocasiones, le parecía que no iba lo bastante deprisa. Pero cuando, repentinamente, veía a Ivich, imaginaba que estaba vivien-

do una catástrofe. Porque Ivich era como una pequeña dolencia, voluptuosa, trágica, que no tendría mañana: desaparecería, enloquecería, moriría de una crisis cardíaca o sus padres la secuestrarían en Laon. Pero Mathieu no podría soportar vivir sin ella. Hizo un tímido ademán con la mano: hubiese deseado coger el brazo de Ivich por encima del codo y apretarlo con todas sus fuerzas. "Me horripila que me toquen." La mano de Mathieu se desplomó. Dijo violentamente:

—Lleva usted una blusa muy linda, Ivich.

Había cometido una torpeza, pues Ivich inclinó la cabeza con altanería, palpando su blusa con ademán contrariado. Recibía las lisonjas cual si fuesen ofensas, como si tallaran a hachazos una estatuilla suya, grosera y fascinadora, a la que temía entregarse. Ella era la única que sabía lo que a su persona convenía. Pensaba en sí misma sin palabras, con certeza tierna, como una caricia. Mathieu contempló tímidamente los endebles hombros, su erguido y redondo cuello. Decía frecuentemente: "Siento aversión hacia los que no sienten su propio cuerpo." Mathieu sentía su cuerpo, pero más bien como un paquete abultado y estorboso.

—¿Sigue usted queriendo que vayamos a ver los Gauguin?

—¿Qué Gauguin? ¡Ah! ¿La exposición de la que me ha hablado? Bueno, no hay inconveniente: podemos ir.

—No parece usted muy entusiasmada.

—Pues, sí, sí.

—Si no tiene usted ganas, dígalo con franqueza, Ivich.

—Usted, ¿quiere ir?

—Bien sabe usted que yo ya la he visto. Lo que me agradaría es enseñársela si usted quisiera; pero si no le interesa, a mí tampoco.

—En ese caso, prefiero que vayamos otro día.

—Tenga en cuenta que la exposición cierra mañana —añadió Mathieu decepcionado.

—Bueno, no tiene importancia—concluyó Ivich—. Otro día será. Esas cosas pueden verse siempre, ¿no?

—Así es usted, Ivich—dijo, dulce e irritado a la vez, Mathieu—. Confiese que ya no le interesa; pero bien sabe usted que la ocasión tardará en presentarse.

—Pues bien, sí—reconoció gentilmente—. No quiero ir, porque no tengo ganas de nada a causa de los exámenes. Es infernal eso de tardar tanto en dar a conocer las notas.

—¿No habían fijado la fecha de mañana?

—Así es.

Y como acariciando la manga de la chaqueta de Mathieu añadió:

—Hoy no hay que hacerme caso, no soy yo. Dependo de los demás; es humillante: tengo constantemente la imagen de una hojita blanca adosada a una pared gris. Le obligan a una a pensar así. Al levantarme de la cama esta mañana, he tenido la sensación de que ya estaba en el día siguiente y hoy es como un día borrado del calendario. Me lo han arrebatado sin pensar en que ya no me quedan tantos.

Y en voz baja y rápida añadió:

—He fracasado en mi preparatorio de Botánica.

—Ya comprendo—murmuró Mathieu.

Hubiese querido hallar en sus recuerdos una angustia parecida a la de Ivich para mejor comprenderla. Quizá la experimentara al examinarse para la obtención del título... Pero no, de todos modos no era lo mismo. Posiblemente había vivido sin riesgos, apacible. En cambio, ahora se encontraba frágil en medio de un mundo amenazador a través de Ivich, naturalmente.

—Si apruebo y soy admitida—dijo Ivich—, beberé antes de pasar al oral.

Mathieu no respondió.

—Nada más que un poquito—aseguró Ivich.

—Lo mismo dijo usted en febrero, antes de pasar el examen, y después terminó tomándose cuatro copas de ron y cogiendo una soberana borrachera.

—Pero como no me admitirán...—lamentó hipócritamente ella.

—De acuerdo; pero ¿y si por casualidad fuese usted admitida?

—Bueno, pues no beberé.

Mathieu no insistió; estaba seguro de que se presentaría al oral beoda. "Yo no hubiera sido capaz de actuar así, ya que era prudente." Estaba irritado con Ivich y también asqueado de sí mismo. El camarero trajo una copa y vertió menta verde hasta la mitad.

—En seguida le sirvo el cubo de hielo.

—Muchas gracias.

Ella miraba el vaso de Mathieu y este la miraba a ella. Un deseo violento e impreciso le había invadido: ser durante algunos instantes aquella conciencia perdida y henchida de su propio perfume, sentir desde dentro aquellos brazos largos y delgados, sentir, en la sangría, la piel del antebrazo pegarse a la del brazo como si fuese un labio, paladear el cuerpo y todos los discretos besitos que continuamente se daba. Ser Ivich, sin dejar de ser él. Ivich cogió el cubo de las manos del camarero y echó en la copa un trocito de hielo.

—No es por beberlo—dijo ella—, sino porque hace mejor—y, guiñando un poco los ojos, añadió—: Es más lindo.

Su sonrisa era infantil.

Mathieu miró, irritado, el vaso; se dedicó a observar la agitación espesa y torpe del líquido, la turbia blancura del trozo de hielo. Vano intento. Para Ivich constituía una pequeña voluptuosidad, verde y viscosa, que ensuciaba sus dedos hasta las yemas; para Mathieu, ni siquiera eso: nada más que una copa con menta dentro. Podía comprender lo que Ivich sentía; en cuanto a él, seguía sin experimentar sensación alguna. Porque para ella las cosas eran presencias ahogadas y cómplices, amplios remolinos que penetraban en su carne; pero Mathieu las percibía siempre a lo lejos. La miró y suspiró; llegaba tarde como de costumbre. Ivich no miraba ya la copa, su semblante se había entristecido y estiraba nerviosa uno de sus bucles.

—Quisiera un cigarrillo.

Mathieu sacó del bolsillo un paquete de *Gold Flake* y se lo tendió, diciendo al propio tiempo:

—Voy a darle fuego.

—Gracias, pero prefiero encenderlo yo misma.

Así lo hizo y dio unas cuantas chupadas. Se había llevado la mano a la boca y, con gesto maniático, se divertía echando bocanadas de humo en la palma de su mano. Explicó, como hablando consigo misma:

—Me gustaría ver el humo saliendo de mi mano. Sería curioso que mi mano humease.

—No lo logrará, porque el humo desaparece velozmente.

—Me doy cuenta, me fastidia, pero no puedo dejar de pensar en ello. Noto que mi aliento cosquillea mi mano, precisamente por el centro; diríase que la palma está cortada por la mitad por una pared.

Una sonrisita y calló; pero seguía soplando la mano, obstinada y descontenta. Acabó arrojando su pitillo, meneando la cabeza; el perfume de sus cabellos llegó hasta las narices de Mathieu. Olían a pastel y a azúcar a la vainilla, porque ella se lavaba la cabeza con yemas de huevo; ese olor de pastelería dejaba un gusto carnal.

Mathieu se puso a pensar en Sarah y preguntó:

—¿En qué está usted pensando, Ivich?

Ella, desconcertada, permaneció un instante con la boca abierta; luego recobró su gesto meditabundo y su rostro volvió a ser hermético. Mathieu estaba ya harto de mirarla, le dolía el rabillo del ojo.

—¿En qué está usted pensando?—repitió.

—Yo...—Ivich sintió una sacudida—. Hace un momento me hizo la misma pregunta. En nada concreto. En cosas que no pueden decirse, porque carecen de sentido.

—A pesar de ello.

—Pues bien, me dedicaba a mirar a ese individuo que viene, por ejemplo. ¿Qué quiere usted que le diga? Tendría que decir: es grueso, se está secando la frente con un pañuelo, lleva corbata de nudo hecho... Es ab-

surdo que me obligue usted a contarle eso, es perder el tiempo—terminó ella diciendo bruscamente, avergonzada e irritada.

—Para mí, no lo es. Si pudiera hacer un voto consistiría en pedir que se viese usted obligada a pensar en alta voz.

Ivich sonrió contra su voluntad.

—Sería un vicio—replicó—; la palabra no se ha hecho para eso.

—Tiene gracia. Trata usted a la palabra con salvaje respeto; da la sensación de creer que la palabra no ha sido creada más que para anunciar fallecimientos y bodas, o para decir misa. Además, usted no mira a la gente, Ivich; lo he observado: mira primero su mano, y luego, sus pies. Sé, por otra parte, lo que usted piensa.

—Y si usted lo sabe, ¿por qué pregunta? Mi pensamiento lo absorben mis exámenes.

—¿Teme ser cateada?

—Naturalmente que tengo miedo. O, mejor dicho: no tengo miedo. Sé que me catean.

Mathieu volvió a paladear la catástrofe: si la catean, no volveré a verla. Pero no cabe duda de que la suspenderán.

—No quiero volver a Laon—dijo Ivich con desesperación—. Porque si vuelvo con unas calabazas, ya no me dejarán salir de casa. Me estoy jugando mi última carta.

La emprendió otra vez con sus cabellos.

—Si tuviese valor...—se dijo vacilante.

—¿Qué haría usted?—preguntó, inquieto, Mathieu.

—Cualquier cosa. Todo antes que volver allá; no quiero, no quiero encerrar allí mi vida.

—Creí haberla oído que su padre tenía la intención de vender la fábrica de aserrar dentro de uno o dos años, después de lo cual todos vendrían a instalarse en París.

—¡Paciencia! Así son todos ustedes—dijo Ivich, mirándole con ojos fulgurantes de furor—. Yo quisiera ver a usted en mi caso. Dos años en aquella cueva, ¡aguantar dos años! ¿No llegará usted a comprender que eso

equivaldría a robarme dos años? No tengo más que una vida—exclamó rabiosa—. Oyéndole hablar de tal forma, diríase que usted se cree inmortal. Según usted, se puede recuperar un año perdido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas:

—Es falso que puede recuperarse. Allá, mi juventud se irá gota a gota. Quiero vivir inmediatamente; todavía no he empezado y ya no tengo tiempo para esperar: ya soy una vieja y solo tengo veintiún años.

—Por favor, Ivich—imploró Mathieu—. Me asusta usted. Por lo menos una vez, trate de explicarme con claridad cómo ha conseguido usted lograr sus trabajos prácticos. Tan pronto está usted contenta como desesperada.

—En todo he fracasado—aseguró Ivich en tono sombrío.

—Yo creía que había usted triunfado en Física.

—Cualquiera habla de eso...—replicó irónicamente Ivich—. ¿Y qué dice de la Química? ¡Lamentable! Me es imposible meterme en la cabeza tanta fórmula; ¡me resulta tan árido!

—Yo me pregunto por qué ha ido usted a elegir esa carrera.

—¿Qué carrera?

—Ese P. C. B.

—Era indispensable salir de Laon—contestó con acritud.

Mathieu hizo un ademán de impotencia y callaron. Una mujer salió del café y pasó lentamente delante de ellos; era guapa, tenía una naricita que sobresalía en su liso rostro; daba la impresión de buscar a alguien. Seguramente Ivich había olido su perfume, porque alzó lentamente la cabeza triste, y al verla, su cara se transformó. "¡Vaya una soberbia criatura!", exclamó en profunda y baja voz. Esta voz horrorizó a Mathieu.

Se inmovilizó la mujer y guiñó los ojos al sol. Podría tener unos treinta y cinco años; sus largas piernas se transparentaban a través del crespón de su vestido; pero Mathieu no tenía ganas de mirar: a Ivich es a quien él

miraba, y diríase que se había afeado. Frotaba sus manos fuertemente una contra la otra. Cierto día había confesado a Mathieu que naricitas como las que veía la incitaban a morderlas. Y, efectivamente, Mathieu se acercó a ella y pudo comprobar que parecía querer moder.

—Ivich—llamó suavemente Mathieu.

Pero Ivich no respondió; Mathieu sabía que no podía responder: ya no existía para ella, estaba completamente sola.

—¡Ivich!—volvió a decir.

Se hallaba en uno de aquellos momentos en que más le atraía: cuando aquel cuerpecito encantador y casi lindo estaba dominado por una fuerza dolorosa, por un amor ardiente y turbio, desafortunado a causa de la belleza. El pensó: "Tampoco soy yo bello", y, a su vez, se sintió solo.

La mujer se fue. Ivich la siguió con la mirada, y rabiosamente dijo:

—Hay momentos en los que me encantaría tener un tipazo.

Una risita seca de ella y una mirada triste de Mathieu.

El botones anunció: "Preguntan telefónicamente por el señor Delarue."

—Soy yo—contestó este, y al levantarse añadió dirigiéndose a Ivich—: Perdone. Es Sarah Gómez.

Ivich le sonrió con frialdad; él entró en el café y bajó la escalera.

—¿Señor Delarue? Primera cabina.

Mathieu cogió el auricular, la puerta no se cerraba.

—Al habla... ¿Es Sarah?

—Rebuenos días—saludó la voz gangosa de Sarah—. Todo está arreglado.

—¡Cómo me alegra!

—Pero es preciso darse prisa, ya que el domingo se va a Estados Unidos. Quisiera despachar el asunto pasado mañana a más tardar, y de ese modo poder vigilarla los primeros días.

—Bueno... Hoy mismo avisaré a Marcelle, aunque me coja sin dinero y tenga que buscarlo. ¿Cuánto pide?

—Estoy consternada—dijo Sarah—; exige cuatro mil francos al contado. Le juro que he insistido mucho, diciéndole que está usted apurado de dinero; pero no ha querido saber nada. Es un judío indecente—concluyó Sarah, riéndose.

Sarah desbordaba de piedad inútil, pues cuando había decidido prestar un servicio se entregaba a él tenaz, como una hermana de la caridad. Mathieu separó un tanto el auricular y se dijo: "¡Cuatro mil francos!", mientras oía crepitar la risa de Sarah. ¡Qué pesadilla!

—¿Dentro de dos días? Bueno, ya me las arreglaré. Y muchísimas gracias, Sarah; es usted una perla. ¿Estará en casa antes de la cena?

—Estaré todo el día.

—Bueno; ya la veré, pues tengo que arreglar muchas cosas.

—Hasta la noche.

Mathieu salió de la cabina.

—Señorita, ¿me da una ficha? Y eso que no hace falta. No se moleste.

Echó una moneda de un franco en el platillo y subió la escalera. No vale la pena llamar a Marcelle antes de haber solucionado lo del dinero. "Iré a hablar con Daniel a mediodía." Se volvió a sentar al lado de Ivich y la miró sin ternura.

—Ya no me duele la cabeza—dijo amablemente.

—¡Cuánto me alegro!—fue la respuesta de Mathieu.

Estaba negro.

Ivich le miró de soslayo a través de sus largas pestañas. Su sonrisa, confusa a la par que coqueta:

—Tal vez pudiéramos ir a ver los Gauguin.

—Como quiera—aceptó Mathieu sin mostrar sorpresa.

Se levantaron y él observó que la copa de Ivich estaba vacía.

—¡Taxi!—gritó Mathieu.

—Ese no—dijo Ivich—. Está descapotado y nos dará el aire en la cara.

—No, no; no era para usted la llamada—explicó al chófer.

—Pare usted ese—ordenó Ivich—. Mire qué bonito es: parece una carroza del Santísimo, y, además, está cerrado.

Paró el taxi e Ivich montó. Mathieu pensó: "Ya que me he decidido: pediré a Daniel mil francos más, y de ese modo podré llegar a fin de mes."

—Galería de Bellas Artes, faubourg Saint-Honoré—ordenó Mathieu.

Se sentó, silencioso, junto a Ivich. Ambos parecían molestos.

Mathieu vio entre sus pies tres cigarrillos de boquilla dorada a medio fumar.

—Alguien se ha puesto nervioso en este taxi.

—¿Por qué?

Mathieu se limitó a mostrarle los restos de los cigarrillos.

—Una mujer—afirmó Ivich—; se ven huellas de carmín de labios.

Sonrieron y guardaron silencio. Luego, Mathieu dijo:

—En cierta ocasión encontré cien francos en un taxi.

—Le alegraría el hallazgo.

—¡Bah! Se los devolví al chófer.

—Pues yo me hubiera quedado con ellos—afirmó Ivich—. ¿Por qué lo hizo?

—Pues no lo sé—replicó Mathieu.

El taxi cruzó la plaza Saint-Michel. Mathieu estuvo a punto de decir: "Mire qué verde está el Sena", pero no dijo nada. A Ivich se le ocurrió decir de pronto:

—Boris tenía idea de que fuéramos los tres al *Sumatra* esta tarde; me agradaría...

Había vuelto la cabeza y miraba los pelos de Mathieu adelantando sus labios con dulzura: Ivich no era precisamente coqueta, pero de cuando en cuando se hacía tierna, por sentir que su rostro se convertía en pesado y

dulce, como un fruto prohibido. Mathieu la juzgó pesada y fuera de lugar. Y dijo:

—Me agradaría ver a Boris y estar con ustedes, pero, como usted no ignora, Lola me molesta un tanto; no me puede tragar.

—¿Y eso qué importa?

Hubo un silencio. Fue como si de pronto se dieran cuenta de que mujer y hombre se hallasen encerrados en un taxi. "Esto no debía haber ocurrido", pensó él fastidiado. A Ivich se le ocurrió decir:

—No creo que Lola valga la pena de pensar en ella. Es bonita y canta bien, pero nada más.

—Yo la encuentro simpática.

—Es natural. Es el modo de pensar de usted; su obsesión es la perfección. Basta que le detesten para descubrir en la gente, aun esforzándose, cualidades. Lo cual no me impide no encontrarla simpática.

—Con usted es encantadora.

—Porque no puede ser de otro modo; pero sabe que yo no la trago y disimula.

—¿Que disimula?—exclamó Mathieu arqueando las cejas—. He ahí la última de las cosas que yo la reprocharía.

—Me extraña que usted no lo haya observado: lanza suspiros tan gordos como ella para que la crean desesperada y pide platos exquisitos—y añadió seguidamente con disimulada maldad—: Yo tenía la idea de que a las personas desesperadas les importa un pito entregarla; por ello me sorprende siempre cuando la veo calcular céntimo a céntimo sus gastos y procurar economizar.

—Lo cual no le impide desesperarse. Eso les ocurre a todos los que envejecen: cuando les da asco de ellos mismos, y también de su propia vida, piensan en el dinero y se cuidan.

—Por eso no se debía envejecer nunca—replicó secamente Ivich.

La miró él, preocupado, y se apresuró a añadir:

—Tiene usted toda la razón: no es muy bonito envejecer.

—Sin embargo, usted no tiene edad—comentó Ivich—; a mí se me antoja que ha sido siempre igual que ahora es, que posee la juventud de los minerales. Alguna vez me imagino lo que habrá sido en su infancia, pero no logro conseguirlo satisfactoriamente.

—Peinaba bucles—ironizó Mathieu.

—Yo me imagino que era como ahora; a lo sumo, algo más pequeño.

Esta vez, Ivich ignoraba seguramente que su tono era tierno. Mathieu hubiese querido hablar, pero se lo impedía un ridículo cosquilleo en la garganta que le obligaga a salirse de sus casillas. Había dejado atrás a Marcelle, a Sarah y a los interminables pasillos de hospital por los que se eternizaba desde aquella mañana; ya no estaba en ningún sitio, se creía libre; aquella jornada de estío le acariciaba con su atmósfera densa y caliente, que le hacía desear tumbarse. Un segundo después, pudo creer que estaba suspendido en el vacío con intolerable sensación de libertad; pero, bruscamente, extendió los brazos, cogió a Ivich por los hombros y la atrajo hacia él. Ivich se abandonó con rigidez, de una pieza, como si perdiera el equilibrio. Nada dijo; permaneció como ausente.

El taxi tomó la calle Rivoli, y los porches del Louvre desaparecían pesadamente a través de los cristales, como grandes palomas. Hacía calor. Mathieu sentía el calor de un cuerpo junto a su costado; por el cristal de enfrente, percibió árboles y una bandera tricolor flotando en su mástil. Le recordó el ademán de un tipo que había visto en una ocasión en la calle Mouffetard. Un individuo bastante bien, de rostro completamente gris, que, acercándose a una freiduría, contemplaba sin impaciencia un trozo de carne en conserva expuesta en uno de los platos del escaparate, y que, al cabo de un momento, alargó la mano y se apoderó del trozo de carne; daba la sensación de encontrar completamente natural su acción: quizá también se sintiera libre en aquel momento. El dueño del

establecimiento gritó y un guardia se llevó al sujeto, que parecía extrañado. Ivich seguía callada.

—Me está juzgando—musitó irritado Mathieu.

Se inclinó hacia ella y, para castigarla, rozó el borde de sus labios una boca fría y cerrada; él se obstinaba; Ivich se callaba. Al levantar la cabeza vio él sus ojos y su rabiosa alegría se evaporó. Pensó: "Un hombre casado que manosea a una joven en un taxi", y su brazo se desplomó como muerto; el cuerpo de Ivich se irguió con mecánica oscilación cual balancín que han apartado de su posición de equilibrio. "Ya está—se dijo Mathieu—, llegó lo irremediable." Se hizo mimoso; hubiese querido derretirse. Un guardia del tráfico levantó su porra y el taxi se detuvo. Mathieu miraba de frente, pero ni los árboles veía, solo su amor.

Porque era amor. Ahora era amor. Y Mathieu se preguntó: "¿Qué he hecho yo?" Hace cinco minutos, no existía este amor; había entre ellos un sentimiento raro y precioso que carecía de nombre y que tampoco hab'a ademanes que pudiesen expresarlo. Sin embargo, él había hecho un gesto: el único que no debiera haber hecho; claro que fue una cosa espontánea. Solo un gesto y el amor surgió ante Mathieu como un abultado objeto importuno y ya vulgar. Ivich creería en lo sucesivo que él la quería y que era como los demás; en cuanto a Mathieu, también creería en lo sucesivo que quería a Ivich como a todas las otras mujeres que había amado. ¿En qué estará pensando? Estaba junto a él, rígida y silenciosa; entre ellos siempre había ese ademán: "Me horripila que me toquen", el gesto torpe a la vez que tierno que ya poseía la obstinación impalpable de las cosas que se fueron. "Ella se desespera, me desprecia; opina que soy como los demás. Y eso no es lo que esperaba yo de ella", pensó él decepcionado. Pero, en realidad, no lograba recordar lo que antes quería. Allí estaba el amor, lleno de mimo, siempre fácil, con sus apetencias sencillas y con sus conductas triviales, y era él, Mathieu, quien lo había alumbrado en plena libertad. "No es verdad—se dijo

enérgicamente—, yo no la deseo, nunca la he deseado." No obstante, sabía que iba a desearla. "Siempre sucederá lo mismo: contemplaré sus piernas y su escote, y un buen día..." Se le apareció bruscamente Marcelle, tendida en su lecho, completamente desnuda, con los ojos cerrados: odió a Marcelle.

El taxi se detuvo; Ivich abrió la portezuela y saltó a la acera. Mathieu no la siguió en seguida; se detuvo para contemplar con ojos muy abiertos aquel amor tan reciente y ya viejo, aquel amor de hombre casado, vergonzoso y taimado, humillante para ella, humillante por anticipado, que él aceptaba ya como una fatalidad. Por fin se apeó, pagó y se unió a Ivich, que le esperaba en el portal. "Si por lo menos ella pudiera olvidar." Le dirigió una furtiva mirada y comprobó la dureza de aquella mirada. "Por bien que vayan las cosas, algo ha muerto entre los dos", pensó. Pero no podía imaginar que dejaría de amarla. Entraron en la exposición sin cruzar entre ellos una sola palabra.

V

EL Arcángel". Marcelle bostezó, se enderezó un poco, meneó la cabeza, y este fue su primer pensamiento: "El Arcángel viene esta noche." Le agradaban aquellas misteriosas visitas, pero en aquel momento pensaba en ellas sin experimentar ningún placer. En el aire que la envolvía había un horror fijo, un horror de mediodía. Un calor desagradable llenaba la habitación; habíase sentido ya por fuera, ya había dejado su luminosidad en los pliegues de los visillos y se había colado dentro, inerte y siniestro como un destino. "Si él supiese, siendo tan puro, yo le daría asco." Se había sentado al borde de la cama, igual que la víspera, cuando Mathieu estaba tumbado desnudo junto a ella; miraba el dedo gordo del pie con taciturna repugnancia y la velada de la víspera permanecía allí, impalpable, con su mortecina luz sonrosada, como un enfriado olor. "No he podido decírselo... No me ha sido posible. Me hubiese contestado: 'Bueno, todo se arreglará', con aire alegre y marchoso, con el mismo con que hubiese tragado una droga." Sabía ella muy bien que nunca hubiera podido soportar aquella cara; se le había atragantado. Pensó: "¡Mediodía!" El techo era gris como de madrugada, pero el calor era el de mediodía. Marcelle se acostaba muy tarde e ignoraba cómo eran las mañanas; a veces le parecía que su vida se había detenido una vez a mediodía, que ella misma era un eterno mediodía, abrumado con sus asuntos, lluvioso, sin esperanza y completamente inútil. Fuera de allí, el día era espléndido, de tonos claros los vestidos. Mathieu ca-

minaba por esas calles, en la polvareda viva y gozosa de esta jornada, que sin ella comenzó y que ya contaba con un pasado. "Piensa en mí y por mí se preocupa", pensó poco amistosa. Estaba descontenta, porque imaginaba aquella robusta piedad tomando el sol, aquella piedad activa y torpe de hombre sano. Ella se sentía lenta y entumecida, los ojos legañosos aún no despiertos; conservaba su cabeza rígida como un casco de acero, gusto de secante en la boca, tibios los costados y, en los sobacos, en las puntas de sus pelos negros, gotas de sudor frío. Tenía ganas de vomitar y hacía esfuerzos por evitarlo; todavía no había empezado su jornada y ya estaba quieta: una Marcelle en inestable equilibrio, inestable el más leve de sus ademanes con el riesgo de desplomarse como un montón. Rió burlonamente y con dureza: "¡Su libertad!" Cuando se despierta por la mañana con el estómago revuelto y hay que matar quince horas antes de poder volver a acostarse, ¿qué importa ser o no ser libre?: "La libertad no ayuda a vivir." Delicadas plumitas impregnadas de áloe acariciaban su garganta hasta el fondo, y, sin transición, un asco de todo, algo como un nudo en la lengua, la obligaba a morderse los labios. "Después de todo tengo suerte, pues parece que muchas se pasan el día vomitando desde el segundo mes; yo, arrojo un poco por la mañana, por la tarde me siento cansada, pero aguanto; mamá ha conocido mujeres que no podían soportar el olor a tabaco: solo me faltaba eso a mí." Se levantó bruscamente, corrió al cuarto de aseo y allí vomitó un líquido espumoso, parecido a turbia clara de huevo poco batida. Marcelle se agarró al borde de loza y miró aquel líquido hecho pompas por el aire que le hacían semejante a la esperma. Se sonrió amargamente y murmuró: "Recuerdo de amor." Después se hizo un silencio metálico en su cabeza, y su jornada dio comienzo. Ya no pensó en nada; se atusó con la mano los cabellos y esperó: "Por la mañana vomito dos veces." De pronto volvió a reproducírsele el rostro de Mathieu, su aire ino-

ciente y convencido cuando dijo: "Abortarlo, ¿no?", y por ella cruzó un relámpago de odio.

Ya está. Primero le vino a la imaginación la mantequilla, lo que la horripiló: tuvo la sensación de masticar un trozo amarillo y rancio; luego, le pareció oír una carcajada en el fondo del pecho y se inclinó sobre el lavabo. Colgaba de su boca algo así como un hilo, y necesitó toser para desprenderse de él. Eso no le dio asco. Sin embargo, no necesitaba mucho para asquearse de ella misma: el invierno último, cuando padecía diarreas, no toleraba que Mathieu la tocase por creer que olía siempre mal. Contempló las flemas que se deslizaban lentamente hacia el agujero de desagüe, dejando huellas relucientes y viscosas, como los limacos. Y se dijo a media voz: "¡Muy divertido, muy divertido!" Aquello no le daba asco: era vida, como los brotes pegajosos de una primavera; no era más repugnante que la pequeña, fina, bermeja y odorante resina que cubre las yemas vegetales. "Eso no repugna." Hizo correr el agua para limpiar el lavabo, y se quitó la camisa con indolente ademán. Pensó: "Si yo fuera un animalejo me dejarían tranquila." Podía abandonarse a esa languidez viva, bañarse en ella como en el fondo de una feliz gran fatiga. Ella no era un animalejo. "Lo abortamos, ¿no?" Desde la noche anterior se sentía acosada.

El espejo le enviaba la imagen de ella, envuelta en luces plomizas. Se acercó. No miró ni sus hombros ni sus pechos: no le agradaba su cuerpo. Miró su vientre, su abultada y fecunda pelvis. Siete años antes, cierta mañana, Mathieu había pasado con ella la noche por vez primera, se había también acercado al espejo con la misma vacilante extrañeza, y entonces había pensado: "Luego es verdad que pueden amarme", y contemplaba su carne pulida y sedosa, casi una tela, y su cuerpo no era en aquel momento más que una superficie, una sola superficie, hecha para reflejar los juegos estériles de la luz y para fruncirse bajo las caricias, como el agua movida por el viento. Pero hoy ya no era la misma carne: se mi-

raba el vientre y se veía ante la apacible abundancia de fértiles praderas nutricias, bajo la misma impresión que había experimentado ante los pechos de las mujeres que criaban sus niños en el Luxemburgo: por encima del miedo y de la desazón, una esperanza. Volvió a pensar: "Aquí está." En este vientre, una fresita de sangre se apresuraba a vivir, con cándida precipitación; una fresita de sangre, completamente estúpida, que ni siquiera era todavía un bichito y que un bisturí iba a raspar. "Antes ha habido otras que en circunstancias semejantes miraron su vientre y que también pensaron: aquí está. Pero ellas se enorgullecen." Se encogió de hombros: en verdad, ese cuerpo estaba hecho para la maternidad, ese cuerpo que se dilataba absurdamente. Pero los hombres habían decidido otra cosa. Ella acudiría a aquella vieja: bastaba con imaginarse que se trataba de un fibroma. "En realidad en este momento solo es un fibroma." Acudiría a aquella vieja, se abriría de piernas y la vieja le haría un raspado con su instrumento. Después, ya no se hablaría más: solo quedaría un recuerdo innoble; cuántos son los que tienen uno de esos en su vida. Ella volvería a su habitación color rosa, continuaría leyendo, padeciendo del intestino y Mathieu seguiría yendo a verla cuatro veces por semana para tratarla, todavía por algún tiempo, con enternecida delicadeza como a una joven madre, y al acostarse con ella tomaría precauciones dobles; en cuanto a Daniel, a Daniel el Arcángel, también él haría sus visitas... Total, ¡una ocasión desperdiciada! Sorprendió su mirada en el espejo y apartó rápidamente los ojos: ella no quería aborrecer a Mathieu. Se limitó a decirse: "Ya es hora de empezar a arreglarme."

Pero Marcelle no tenía ganas de vestirse. Volvió a sentarse, posó despacito la mano sobre el vientre, justo a la altura de la vellosidad, apoyó un poco, no mucho, y pensó con un sentimiento muy parecido a la ternura: "Aquí está." Pero el odio no cedía. Ella se dijo queriendo convencerse: "No quiero odiarle. Está en su perfecto derecho; siempre se ha dicho que en caso de accidente... El no

podía saberlo, ha sido culpa mía por no haberle tenido al corriente." Durante un instante pudo ella creer que se iba a tranquilizar, porque lo que más temía era verse obligada a despreciarle. Pero casi simultáneamente se sobresaltó: "¿Cómo hubiese podido decírselo? Nunca me pregunta nada." Evidentemente: se habían comprometido a decirse siempre todo; eso era cómodo, sobre todo para él. Le gustaba particularmente hablar de él, exponer sus pequeños escrúpulos de conciencia, sus delicadezas morales. En lo que a Marcelle se refería, tenía en ella confianza por pereza. Por ella no se atormentaba, porque se decía: "Si algo tuviese que decirme, no se callaría." No obstante, ella no podía hablar; no le salían las palabras. "Debiera él saber que yo no puedo hablar de mí, que no me quiero tanto como para eso." Bien entendido excepto con Daniel, porque Daniel sabía interesarla: tenía un modo tan encantador de interrogarla mirándola con sus bonitos ojos acariciadores. Además, tenían entre ellos un secreto. Daniel era muy misterioso: la veía a hurtadillas, y Mathieu ignoraba por completo la intimidad que entre los dos existía; no hacían daño a nadie, casi era un simulacro; pero aquella complicidad establecía entre ellos un nexo encantador y ligero. Tampoco desagradaba a Marcelle gozar un poco de vida personal, algo que le perteneciera en absoluto para no tener que compartirlo con nadie. "Le bastaría con imitar a Daniel—pensó ella—. ¿Por qué ha de ser Daniel el único que sepa hacerme hablar? Con poco que me hubiese ayudado..."

La víspera, durante todo el día tuvo el corazón oprimido; la hubiera gustado decirle: "¿Por qué no dejarlo nacer?"

"¡Ah! Con un solo segundo de vacilación hubiera bastado para que yo se lo dijera. Pero llegó él y adoptó su aspecto inocentón. Lo dejamos nacer, ¿no? Pero no me salió. Estaba inquieto al irse: no querría que esa vieja me destroce. En cuanto a eso, sí: buscará direcciones y estará ocupado en ello, ahora que no tiene clase; mejor

será para él eso que ir de un lado a otro con esa pequeña. Porque la verdad es que está fastidiado como quien ha roto un plato. Pero, en el fondo, tiene la conciencia tranquila... Seguramente se ha prometido colmarme de cariño." Una risita corta: "Bueno, está bien. No obstante, es necesario que no se duerma, pues pronto habré pasado la edad del amor."

Sus manos se crisparon sobre la sábana; ella estaba espantada: "Si me pongo a detestarle, ¿qué me quedará?" ¿Acaso sabía ella si quería un niño? Veía a lo lejos, en el espejo, una masa sombría y algo abatida: era su cuerpo de sultana estéril. "¿Quién podría asegurar que viviría? Estoy podrida." Iría, pues, donde la vieja, ocultándose, por la noche. Y la vieja le acariciaría sus pelos, igual que a Andrée, llamándola "gatito mío" en un tono de inmunda complicidad. "Cuando una no está casada, un embarazo es tan asqueroso como una blenorragia; tengo una enfermedad venérea, eso es lo que tendré que decirme."

Ello no le impidió pasar suavemente la mano por encima de su vientre. Volvió a pensar: "Aquí está." Allí. Algo con vida y con la misma mala suerte que ella... Y apasionadamente se dijo: "Hubiese sido carne mía: idiota o deforme, pero carne de mi carne." Sin embargo, ese deseo secreto, esa oscura promesa estaban tan solitarios, tan inconfesables, que era necesario disimularlos ante muchos, y se sintió bruscamente culpable, y ella misma se causaba horror.

VI

Lo primero que saltaba a la vista, encima de la puerta, el escudo "R. F." y las banderas tricolores: eso daba carácter. Después, se entraba en los grandes salones desiertos, se sumía en una luz académica que caía de una vidriera esmerilada, la cual, al principio, penetraba dorada en los ojos para en seguida desvanecerse y convertirse en un fondo gris. Paredes claras, tapices de terciopelo crudo. Mathieu pensó: "El carácter francés." Un baño de carácter francés que dominaba en todo: en los cabellos de Ivich, en las manos de Mathieu. Y en ese sol expurgado y el silencio oficial de aquellos salones. Mathieu se sintió abatido por una nube de responsabilidades cívicas: era conveniente hablar quedo, no tocar los objetos expuestos, ejercer moderadamente, pero también con firmeza, su espíritu crítico, no olvidar en ningún caso la más francesa de las virtudes: la pertinencia. Además de todo lo dicho, había, naturalmente, muchas manchas en las paredes, sí, los cuadros; pero Mathieu no tenía ninguna gana de mirarlas, pese a lo cual entró con Ivich, le mostró sin hablar un paisaje bretón con un Calvario, un Cristo crucificado, un bodegón, dos tahitianas de rodillas en la arena, un grupo de jinetes maoríes... Ivich no hacía ningún comentario y Mathieu se preguntaba en qué estaría ella pensando. Trataba él de cuando en cuando mirar los cuadros, pero no le distraían: "Los cuadros—se decía—, algo molesto, no cautivan cuando uno se lo propone; de mí depende que existan o no, pues, frente a ellos, soy completamente libre." Demasiado li-

bre: ello le creaba una responsabilidad suplementaria de la que él se hacía responsable.

—Este es Gauguin—dijo.

Se trataba de un pequeño lienzo cuadrado con un letrero: "Retrato del artista pintado por él." Gauguin, pálido y peinado, con su enorme mentón, tenía aspecto de fácil inteligencia y el orgullo triste de un niño. Como Ivich nada dijera, Mathieu le dirigió una furtiva mirada: no pudo ver más que sus cabellos deslucidos por la fugaz claridad del día. La semana anterior, contemplando por vez primera el mismo retrato, Mathieu lo encontró magnífico. Ahora era incapaz de apreciarlo. Mejor sería decir que no veía el cuadro: Mathieu estaba más que saturado de realismo, de verdad, transido por el espíritu de la Tercera República; todo lo que era real él lo veía, veía todo lo que podía alumbrar aquella luz clásica: las paredes, los lienzos en sus cuadros, los colores costrosos en los lienzos. Pero no los cuadros; estos se habían apagado, y parecía monstruoso que en el fondo de aquel pequeño baño de pertinencia pudieran encontrarse personas para pintar, para reproducir en los lienzos objetos inexistentes.

Entraron un caballero y una señora. El era alto y coloradote, con ojos parecidos a botones de botines; peinaba suaves canas. En cuanto a ella, aspecto de gacela, podría tener unos cuarenta años. Apenas entraron, dieron la sensación de hallarse en su propia casa: debía de ser la costumbre, porque es evidente que existía una relación directa e innegable entre el aspecto juvenil de aquella pareja y la calidad de la luz; seguramente era la luz de las exposiciones nacionales lo que les conservaba en su buen aspecto. Mathieu señaló a Ivich un enmohecido cuadro, grande y oscuro, que pendía en uno de los lados de la pared del fondo.

—Ese también es él.

Gauguin, desnudo el busto bajo un cielo de tormenta, clavaba en ellos la mirada dura y falsa de los alucinados. La soledad y el orgullo habían devorado su cara; se há-

bía convertido su cuerpo en un fruto graso y blando del trópico, con ampollas llenas de agua. Había perdido la dignidad, esa dignidad humana que Mathieu conservaba todavía sin saber qué hacer de ella, pero conservaba su orgullo. Tras él había presencias oscuras, todo un aquelarre de formas negras. La primera vez que vio aquella carne obscena y terrible, Mathieu se había conmovido, pero entonces se encontraba solo. En cambio, hoy tenía a su lado un cuerpecito rencoroso que avergonzaba a Mathieu. Estaba de más: una inmundicia gorda al pie del muro.

El caballero y la dama se acercaron y descaradamente se plantaron delante del lienzo. Ivich tuvo que apartarse, pues la impedían ver. El caballero se echó hacia atrás y contempló el cuadro con afligida severidad. Era una autoridad en la materia, ya que lucía una condecoración muy preciada.

—¡Tsé...! ¡Tsé...!—exclamó moviendo la cabeza—. ¡Qué poco me gusta! Aseguro que se creía Cristo. Pues, ¿y ese ángel negro, allá, allá detrás de él? ¡Muy poco serio!

La dama se rió:

—¡Dios mío, es verdad!—aprobó con voz florida—. Ese ángel es pura literatura.

—Me desagrada Gauguin cuando le da por pensar—dijo profundamente el caballero—. El verdadero Gauguin es el Gauguin decorador.

Miraba a Gauguin con ojos de muñeca, seco y delgado, envuelto en magnífico traje de franela gris en contraste con aquel cuerpo grueso desnudo. Mathieu oyó un extraño cloqueo y se volvió: Ivich reía a carcajadas; le lanzó una mirada desesperada, mordiéndose los labios. "Ya no está enfadada conmigo", pensó Mathieu alegremente. Cogiola del brazo y la condujo, tronchada de risa, hasta una butaca de cuero situada en pleno centro de la sala. En ella se dejó caer Ivich sin cesar de reír; tenía en la cara todo su cabello.

—Es formidable—dijo en voz alta—. ¿Cómo decía?

"Me desagrada Gauguin cuando le da por pensar." Pues, ¿y la buena señora?... ¡Le va de perlas ir acompañado de una mujer como ella!

El caballero y la dama estaban muy estirados; parecían consultarse con la mirada acerca de la decisión que debían tomar.

—Hay más cuadros en la sala de al lado—dijo tímidamente Mathieu.

Ivich dejó de reír.

—No—dijo en tono taciturno—. Ahora ya no es igual, porque hay gente.

—¿Quiere usted que nos vayamos?

—Lo prefiero; todos esos cuadros me han dado dolor de cabeza. Quisiera dar un paseo al aire libre.

Se levantó al decir esto. Mathieu la siguió como a la fuerza, dirigiendo una sentida mirada al cuadro colgado en la pared de la izquierda: hubiese deseado mostrárselo. Dos mujeres rozaban la hierba con sus pies desnudos. Una de ellas llevaba capuchón: era una bruja. La otra extendía el brazo con profética tranquilidad. No parecían tener vida; más bien daban la impresión de haber sido sorprendidas al metamorfosearse.

Fuera, la calle ardía. Mathieu experimentó la sensación de andar encima de un brasero.

—Ivich—dijo sin querer.

Ivich hizo una mueca y se llevó a los ojos las manos diciendo:

—Es como si me los reventara a alfilerazos—y, furiosa, añadió—: ¡Oh! Tengo odio al verano.

Avanzaron unos cuantos pasos. Ivich andaba algo vacilante, y continuaba frotándose los ojos con las manos.

—¡Cuidado!—exclamó Mathieu—. La acera termina.

Ivich bajó bruscamente las manos, y Mathieu vio unos ojos desmesuradamente abiertos. Cruzaron la calzada en silencio.

—Esas cosas no debieran ser públicas—comentó de pronto Ivich.

—¿Se refiere a las exposiciones?—preguntó extrañado Mathieu.

—Sí.

—Si no fuesen públicas—trató de explicar en el mismo tono alegre que le era familiar—, yo me pregunto cómo nos arreglaríamos para acudir a ellas.

—Pues no yendo—replicó secamente Ivich.

Callaron. Mathieu se dijo: "Sigue enojada conmigo." Y luego, repentinamente, fue asaltado por una certeza insoportable: "Lo que sucede es que quiere largarse. Solo piensa en eso. Estará buscando en su cabeza un motivo correcto para despedirse, y cuando lo encuentre me dejará plantado. Y yo no quiero que me deje", pensó angustiado.

—¿No tiene nada particular que hacer?—preguntó.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—No, nada.

—Como quiere usted pasear, yo pensé... ¿Querría acompañarme hasta casa de Daniel, en la calle Montmartre? Podríamos separarnos frente a su puerta y usted me permitiría pagarle el taxi hasta su Residencia.

—Como quiera; pero no voy allí: antes he de ver a Boris.

Se quedaba; no obstante, eso no probaba que le hubiese perdonado. A Ivich le horrorizaba separarse de lugares y de personas, aunque le fueran odiosos, porque el porvenir la asustaba. Se abandonaba con indolencia mohína a las más enojosas situaciones y acababa por encontrar algo así como una tregua. Pese a todo. Mathieu estaba contento; mientras que con él permaneciera, él la impediría pensar. Si hablase sin descanso, si llegase a imponerse, podría retrasar la aparición de pensamientos coléricos y despreciativos que nacerían en ella. Era necesario hablar, hablar rápido y sin descanso acerca de cualquier cosa. Pero Mathieu no encontraba ningún tema. Acabó por preguntar torpemente:

—Supongo que le habrán gustado los cuadros, ¿no?

—Naturalmente—contestó encogiéndose de hombros.

Mathieu hubiese querido secarse el sudor de la frente, pero no se atrevió. "Dentro de una hora ella estará libre, me juzgará sin apelación y yo ya no podré defenderme. No puedo dejar que se marche así—añadió—; es indispensable que le explique."

Se volvió hacia ella, vio su extraviada mirada, y las palabras no acudieron a sus labios.

—¿Cree usted que estaba loco?—preguntó de pronto Ivich.

—¿Gauguin? No lo sé. ¿Es el retrato el que le inspira la pregunta?

—Son sus ojos los que me la inspiran. También aquellas formas negras de detrás de él, semejantes a cuchicheos—y añadió como a regañadientes—: ¡Qué guapo era!

—Pues mire—dijo sorprendido Mathieu—, es una idea que no se me había ocurrido.

Ivich tenía un modo de hablar de los muertos ilustres, que le escandalizaba bastante: entre los grandes pintores y sus cuadros ella no establecía ninguna relación; los cuadros eran cosas, bellas cosas sensuales que hubiese sido necesario poseer y que le parecía que siempre habían existido; los pintores eran hombres como los demás: ella no tenía en cuenta sus obras y no les guardaba ningún respeto. Preguntaba si habían sido agradables, graciosos, si habían tenido queridas. Cierto día, Mathieu le había preguntado si le gustaban los cuadros de Toulouse-Lautrec, a lo que ella respondió: "¡Qué horror! ¡Era tan feo!" A Mathieu le sentó la respuesta como un tiro. "Sí, era guapo", dijo Ivich con convicción.

Mathieu se encogió de hombros. Los estudiantes de la Sorbonne, insignificantes y frágiles como mujercitas, podían ser devorados por los ojos de Ivich tanto como ella lo quisiera. También la había encontrado encantadora un día que se quedó un gran rato contemplando a un joven pupilo de un orfanato, que iba acompañado de dos religiosas, diciendo con gravedad algo inquietante: "Creo

que me estoy haciendo pederasta." También a las mujeres las podía encontrar atractivas. Pero a Gauguin, a un hombre que había pintado para ella cuadros que le gustaban, a ese, no.

—Lo que pasa—dijo él—es que yo no lo encuentro simpático.

Ivich dibujó una mueca despreciativa y se calló.

—¿Qué pasa, Ivich?—preguntó vivamente Mathieu—. ¿Me censura usted por haber dicho que no me era simpático?

—Nada de eso; pero me pregunto por qué lo ha dicho.

—Porque tal es mi impresión: ese gesto orgulloso que muestra y que le presta ojos de pescado cocido, me resulta antipático.

Ivich se dedicó a tirar de un bucle de sus cabellos con marcada sosera. Dijo:

—Pues tiene ademán noble.

—Efectivamente—aprobó Mathieu en el mismo tono neutro—; lo que usted quiere decir es que tiene gesto orgulloso.

—Eso mismo—dijo Ivich con una risita.

—¿Por qué dice usted "eso mismo"?

—Porque estaba segura de que usted diría que era orgullo.

A lo que Mathieu replicó con dulzura:

—Yo no quise hablar mal de él. No ignora usted que me gusta que se sea orgulloso.

Hubo un largo silencio. Ivich lo rompió lanzando un exabrupto:

—A los franceses no les gusta lo que es noble.

Ivich solía hablar con placer del temperamento francés cuando se encolerizaba, y siempre con el mismo tono necio. Ahora añadió bonachona:

—Pero yo me doy cuenta. Mirando fríamente, eso debe de parecer exagerado.

Mathieu no respondió: el padre de Ivich pertenecía a la nobleza. Sin la revolución de 1917, Ivich hubiese sido educada en el colegio de señoritas nobles; hubiese sido

presentada en la Corte, se hubiese casado con un oficial de la Guardia, alto y guapo, de frente estrecha y mortecina mirada. En la actualidad el señor Serguine era propietario de una serrería mecánica en Laon. Ivich vivía en París, y en París se paseaba con Mathieu, burgués francés, a quien la nobleza no le hacía ninguna gracia.

—¿El es el que se... fue?—preguntó de pronto Ivich.

—Sí, él—se apresuró a responder Mathieu—. ¿Quiere usted que le cuente su historia?

—Creo que ya la sé: estaba casado y tenía varios hijos, ¿no es eso?

—Sí, era empleado de banca. Los domingos cogía el caballete y su paleta de pinturas y se iba a los alrededores: lo que se llama un verdadero pintor dominical.

—¿Un pintor dominical?

—Exacto; eso fue al principio, o sea, un aficionado que embadurnaba lienzos en domingo, como podía haber sido pescador de caña. Un poco por higiene, ¿se da usted cuenta? Porque se pintan paisajes en el campo y se respiran aires puros.

Ivich se echó a reír, pero no en el sentido que Mathieu esperaba.

—¿Le hace gracia que fuese en sus comienzos un pintor dominical?—preguntó Mathieu nervioso.

—No era en él en quien yo pensaba.

—¿En qué pensaba usted?

—Pues me preguntaba si también se hablaba a veces de escritores dominicales.

Escritores dominicales: pequeños burgueses que escribían anualmente una novela corta o cinco o seis poemas para poner en su vida un poco de ideal. Por higiene. Mathieu tuvo un escalofrío.

—¿Quiere usted decir que yo soy uno de esos?—preguntó contento Mathieu—. Pues ya ve que eso conduce a todo. Puede que el día menos pensado me vaya a Tahití.

Volviéndose hacia él, Ivich le miró bien de frente. Su gesto era maligno y asustado: seguramente estaba ella misma espantada de su audacia.

—Me sorprendería—dijo sin matizar sus palabras.

—¿Y por qué no había de ser?—dijo Mathieu—. Quien dice Tahití, dice Nueva York. Me gustaría ir a América.

Ivich dio un violento tirón a sus bucles.

—Claro—dijo ella—; si fuera en misión... con otros profesores.

Mathieu la miró y permaneció silencioso. Ella siguió hablando:

—Puede que me equivoque... Me lo imagino a usted pronunciando una conferencia en una universidad ante un auditorio de estudiantes norteamericanos, pero no en la cubierta de un buque con otros emigrantes. Quizá me haga pensar así su condición de francés.

—¿Cree usted que yo necesito camarote de lujo?—preguntó él enrojeciendo.

—No, de clase segunda—contestó secamente Ivich.

Tuvo él que tragar saliva... "Me gustaría verla a ella en la sobrecubierta de un barco con otros emigrantes: reventaría."

—En fin—concluyó Mathieu—, de todos modos encuentro raro que, sin más, decida usted que yo no podría irme. Pero se equivoca: antaño me entraban muy a menudo ganas de marcharme. Me han desaparecido por parecerme aquello una idiotez. Ahora bien, encuentro esta conversación del todo cómica, si se tiene en cuenta que la ha provocado precisamente Gauguin, quien fue oficinista hasta los cuarenta años.

Ivich se rió irónicamente.

—¿No es cierto lo que digo?—preguntó Mathieu.

—Cuando usted lo dice... En todo caso, basta con examinar su retrato...

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque me imagino que no deben de encontrarse muchos oficinistas de su clase. Su aspecto era de estar... perdido.

Mathieu volvió a ver un rostro pesado de enorme mentón. Gauguin había perdido la dignidad humana, y se había conformado.

—Le veo—dijo—en aquel gran cuadro del fondo: en aquel tiempo estaba muy enfermo.

Ivich sonrió despreciativamente:

—Estoy refiriéndome al cuadro pequeño en el que aparece joven todavía: su actitud le representa capaz de todo.

Lanzó ella una mirada al vacío, con gesto huraño, y Mathieu fue mordido otra vez por la envidia.

—Comprendo. Y si es eso lo que quiere usted significar, le diré que yo no soy un hombre perdido.

—Eso no—aprobó Ivich.

—No veo la razón de que ello constituya una cualidad, o bien es que no llego a comprender lo que usted quiere decir.

—Bueno; pues no hablemos más.

—Naturalmente. Siempre es usted la misma: formula reproches envueltos y luego se niega a explicarlos. Es demasiado cómodo.

—Yo no hago reproches a nadie—dijo ella con indiferencia.

Mathieu se paró y la miró. Ivich se paró también, pero de mala gana. Caminaba dando saltitos y esquivaba la mirada de Mathieu:

—Ivich, me va usted a decir qué consecuencias está deduciendo.

—¿De qué?

—De esa historia de hombre "perdido".

—¿Todavía hemos de seguir hablando de lo mismo?

—Aunque parezca una estupidez—contestó Mathieu—, quisiera conocer esas deducciones suyas.

Ivich volvió a tirarse de los pelos. Era exasperante.

—Yo no deduzco nada. Es una palabra que se me ha ocurrido.

Ella se detuvo y pareció buscar algo en su cerebro. De cuando en cuando abría la boca, y Mathieu creía que iba a hablar; pero nada salía de sus labios, hasta que:

—Me importa un comino que sean así o de otro modo.

Había enroscado un bucle en un dedo y tiraba de él

como si pretendiera arrancarlo. Y con rápida voz añadió de pronto, clavada la mirada en la puntera de sus zapatos:

—Goza usted de una posición, y no la cambiaría por nada del mundo.

—Acabáramos—exclamó Mathieu—. ¿Eso era todo? ¿Y qué sabe usted?

No encontró otra cosa que decir: en su fuero interno pensó que ella tenía razón.

—Yo creí—dijo Ivich perezosamente—, yo creí que usted no quería arriesgar nada, que le sobraba inteligencia para hacerlo—y añadió hipócritamente—: Pero desde el momento en que usted me afirma que es de otra manera...

Mathieu pensó repentinamente en Marcelle y se avergonzó:

—No—dijo en voz baja—. Soy así, soy como usted cree.

—¡Ah!—exclamó triunfante Ivich.

—¿Lo..., lo juzga usted despreciable?

—Nada de eso; al contrario—replicó con indulgencia Ivich—: lo encuentro infinitamente mejor. Con Gauguin la vida debía de ser imposible—y añadió, sin que pudiera descubrirse la más leve ironía en su voz—: Con usted se siente una tranquila, nunca se teme lo imprevisto.

—En efecto—afirmó secamente Mathieu—, así es, si de ese modo quiere usted significar que no fabrico fantasías, lo que me parecería feo.

—Ya lo sé—dijo Ivich—, todo lo que usted hace es siempre tan... metódico...

Mathieu se veía palidecer.

—¿Con qué motivo dice usted eso, Ivich?

—Basándome en todo—contestó ella vagamente.

—Siempre albergará usted una idea personal.

Ivich balbució sin mirarle:

—Todas las semanas llegaba usted con *La Semaine à Paris* y hacía un programa.

—¡Ivich!—gritó indignado Mathieu—. ¡Lo hacía para usted!

—Ya lo sé—le cortó Ivich—, y yo le estoy muy agradecida.

Mathieu estaba más sorprendido que ofendido.

—No la entiendo, Ivich. ¿Acaso no le gustaba ni escuchar conciertos ni ver cuadros?

—Claro que me gustaba.

—Lo dice con tan poco convencimiento...

—Le aseguro que escuchaba y veía con agrado... Pero —añadió con repentina violencia—me horroriza que me creen obligaciones hacia las cosas que me gustan.

—Luego, no..., no le gustaban—repitió Mathieu.

Levantó ella la cabeza y echó sus cabellos hacia atrás: apareció su pálido rostro y sus ojos chispeaban. Mathieu estaba aterrado; miraba los labios finos y débiles de Ivich, y se preguntó cómo había podido besarlos.

—Debiera habérmelo dicho—explicó él de un modo lamentable—; nunca hubiese sido capaz de obligarla.

La había llevado a conciertos y exposiciones, la había explicado los cuadros, y, mientras tanto, ella le aborrecía. "¡Qué me importan a mí los cuadros—se decía Ivich sin escucharle—, si yo no puedo poseerlos! Siempre reventaba de rabia y de envidia al no poder llevármelos, y ni siquiera podía tocarlos. En cambio, yo le adivinaba a usted tranquilo y respetuoso; iba usted allí como a misa."

Callaron. Ivich conservaba aún su aspecto duro. Mathieu sentía opresión en el pecho.

—¿Quiere usted que regresemos?

Mathieu casi se había tranquilizado.

—Creo que sería lo mejor.

Mathieu detuvo un taxi. Tenía prisa de estar solo.

—Hasta la vista—le dijo Ivich sin mirarle.

Mathieu se preguntó: "¿Y el *Sumatra?* ¿Tendré que ir allí, pese a todo?"

Pero no tenía ganas ni de volverla a ver.

—Hasta la vista—repitió ella.

Se alejó el taxi, y Mathieu seguía mirándola angustiado. Luego, le pareció que en él una puerta se cerraba y se puso a pensar en Marcelle.

VII

DESNUDO hasta la cintura, Daniel se afeitaba frente a su armario de luna: "Esta mañana será la última; después todo habrá concluido." No se trataba de un simple propósito: la decisión estaba por todas partes, en la luz eléctrica, en el rechinar de la máquina; ya no había forma de alejarla, ni siquiera de acercarla para que acabara antes: había sencillamente que vivirla. Apenas habían dado las diez, y, no obstante, como un ojo estaban las doce en la habitación. Más allá, no había más que una tarde imprecisa que se retorcía como un gusano. Le dolían los ojos porque había dormido poco y bajo el labio tenía un granito, una manchita encarnada con puntita blanca: siempre le pasaba lo mismo cuando bebía. Daniel aplicó el oído; pero no, eran los ruidos de la calle. Miró su granito, rojo y febril—también tenía ojeras amoratadas—, y pensó: "Me estoy destrozando." Tenía mucho cuidado al pasar la maquinilla para que no rozara el grano, irritándolo; quedaría un lunarcillo de pelo negro, pero no tenía importancia: a Daniel le horrorizaban las desolladuras. Al mismo tiempo, su oído estaba alerta, la puerta de la habitación entornada para oír mejor, pues se decía: "Esta vez no se me escapará."

Con un solo rozamiento, casi imperceptible, Daniel dio un bote y, con la maquinilla en la mano, abrió bruscamente la puerta de acceso. Demasiado tarde, la chiquilla le había avisado, había huido, debía haberse aplastado en un rincón del pasillo, corazón palpitante y reteniendo el aliento. Daniel descubrió a sus pies, sobre la estera,

un ramillete de claveles: "Cochina criatura", dijo en voz alta. Era la hija de la portera, estaba seguro. Bastaba con percibir sus ojos de pescado frito cuando le daba los buenos días. Lo hacía desde quince días atrás: todas las mañanas, al volver de la escuela, depositaba flores en la puerta de Daniel. De un puntapié arrojó los claveles por el hueco de la escalera. "Será preciso que yo permanezca en el vestíbulo durante toda una mañana si quiero atraparla." Se presentaría, desnudo el busto, y la propinaría una severa mirada. Pensó: "Lo que a ella le gusta es mi cabeza y mis hombros, porque ya tiene su ideal. Tendrá un desengaño al ver que tengo pelos en el pecho." Entró en la habitación y siguió afeitándose. Veía en el espejo su rostro mate y noble de azules carrillos; se dijo algo contrariado:

"Eso es lo que las excita." Una cara de arcángel; Marcelle le llamaba su querido arcángel, y ahora tenía que aguantar las miradas de aquella muchachuela hinchada por la pubertad. "Las cochinas", pensó irritado Daniel. Se inclinó un poco, y, con un movimiento hábil, su maquinilla decapitó el grano. No hubiera sido broma de mal gusto desfigurar una cara que tanto gustaba. "Pero no; una cara con cicatriz no deja de ser una cara, siempre significa algo: todavía me hastiaría antes." Se acercó al espejo y se miró diciéndose: "Por otra parte, me gusta estar guapo." Tenía aspecto cansado. Se pellizcó a la altura de la cadera y murmuró: "Tendré que perder un kilo." El solo se bebió la víspera siete whiskies en el Johnny's. Hasta las tres de la madrugada no pudo decidirse a volver a casa, porque le resultaba siniestro poner la cabeza en la almohada y tener la sensación de deslizarse en la nada, pensando en que había un mañana. Acudieron a la imaginación de Daniel los perros de Constantinopla: los habían acosado por las calles y metido en sacos, y los sacos, en cestos, para, finalmente, abandonarlos en una isla desierta; se devoraron entre ellos; el viento de alta mar traía a veces sus aullidos hasta los oídos de los marineros: "No eran perros los que debían haber

metido en sacos." Y eso que Daniel no tenía gran cariño a los canes. Se puso una camisa de seda crema y un pantalón de franela gris; escogió con esmero una corbata: le tocaba hoy la verde a rayas, que iba mejor al color de su tez. Luego, abrió la ventana y la mañana penetró en la habitación, una mañana cargada, asfixiante, predestinada. Durante un segundo, Daniel se dejó mecer por el calor estancado; después, echó una mirada en su derredor: le gustaba su habitación porque no tenía personalidad y así no le ataba; diríase una habitación de hotel. Cuatro paredes desnudas, una silla, una mesa, un armario, una cama. Daniel no tenía recuerdos que exhibir. Percibió el cesto grande de mimbre abierto en el centro de la habitación y apartó de él la mirada: era para hoy.

Eran las diez y veinticinco en el reloj de Daniel. Entreabrió la puerta de la cocina y silbó. El primero en acudir fue "Scipion"; era blanco y rojizo, llevaba barbita. Miró con dureza a Daniel y bostezó ferozmente arqueando el lomo. Daniel se arrodilló cariñosamente y se dedicó a acariciarle el hocico. El gato, con los ojos a medio abrir, le daba en la manga golpecitos con la pata. Al cabo de un momento, Daniel le cogió por la piel del cuello y lo depositó en el cesto; "Scipion" se quedó quieto, aplastado y feliz. Seguidamente llegó "Malvina"; Daniel la quería menos que a los otros dos, porque la encontraba cómica y servil. Cuando se cercioró de que la había visto, se puso a runrunear desde lejos y a hacer monerías; se frotaba la cabeza con la hoja de la puerta. Daniel rozó con el dedo aquel cuello resbaladizo y entonces ella se tumbó con las cuatro patas rígidas y él le hizo cosquillas en la tripa negra. "¡Ajá!—dijo él con voz cantarina y mesurada—, ¡ajá!", y ella se tumbaba sobre uno y otro costados con graciosos movimientos de cabeza. Mientras, él pensaba: "Espera, espera un poco, espera hasta mediodía." La cogió por las patas y la colocó junto a "Scipion". Quedó ella algo sorprendida; no obstante, se hizo una bola y, cual si reflexionara, se puso a runrunear.

"¡'Poppée'—llamó Daniel—, 'Poppée', 'Poppée', 'Pop-

pée'!" "Poppée" no acudía casi nunca cuando la llamaban; Daniel tuvo que ir a buscarla a la cocina. Cuando ella le vio, saltó encima del hornillo de gas y lanzó un pequeño rugido irritado. Era una gata de tejado con una gran cicatriz que le cruzaba el costado derecho. Daniel la había encontrado en el Luxemburgo una noche de invierno, poco antes de cerrar la verja del jardín, y se la llevó a casa. Era imperiosa y mala, a menudo mordía a "Malvina", pero Daniel la tenía cariño. La tomó en los brazos, y ella, echando hacia atrás la cabeza, aplastó las orejas e hinchó el cuello: parecía escandalizada. Le pasó él los dedos por el morro y ella los mordisqueó entre furiosa y divertida; entonces Daniel la pellizcó ligeramente el cuello y ella levantó su cabecita obstinada. No runruneó—"Poppée" no runruneaba nunca—, pero le miró frente a frente, y Daniel pensó por costumbre: "Es raro un gato que te mire a los ojos." Al mismo tiempo, se sintió invadido por intolerable angustia y tuvo que desviar la mirada: "Bueno, bueno—dijo—, bueno, bueno, reina mía", y la sonrió sin mirarla. Los otros dos seguían uno junto al otro, estúpidos y runruneantes, hubiérase dicho el canto de cigarras. Daniel les contempló con un alivio perverso: "¡Vaya guiso!", se dijo pensando en las sonrosadas mamas de "Malvina". Pero le costó un trabajo enorme conseguir meter a "Poppée" en el cesto: tuvo que empujarla por su cuarto trasero y ella se revolvió bufando y tirándole un arañazo. "¡Ah ¿Conque esas tenemos?", dijo Daniel. La agarró por la nuca y los riñones y la metió a la fuerza; los mimbres rechinaron bajo la presión de las uñas de "Poppée". Esta tuvo un instante de estupor, que Daniel aprovechó para bajar rápidamente la tapadera y echar los dos candados. "¡Uf!", exclamó Daniel. Le escocía un poco la mano, un dolorcillo seco, casi como un cosquilleo. Se levantó y contempló el cesto con irónica satisfacción. "¡Encerrados!" Encima de la mano había tres arañazos y, en el fondo de él mismo, también un cosquilleo; un cosquilleo raro que estaba a punto de convertirse en algo malo. Cogió de

encima de la mesa el ovillo de cuerda y lo metió en el bolsillo del pantalón.

Vaciló. "El camino es largo y voy a pasar calor." Le hubiese agradado coger su chaqueta de franela, pero tenía por costumbre no ceder fácilmente a sus deseos, aparte de que resultaría grotesco ir con aquel fardo en pleno sol, colorado y sudoroso. Grotesco y bastante ridículo: sus reflexiones le hicieron sonreír y eligió su chaqueta de *tweed* violeta que no podía soportar pasado el fin de mayo. Levantó el cesto agarrándolo por el asa y comentó: "¡Cuidado que pesan estos cochinos animales!" Imaginaba su postura humillante y grotesca, su rabioso miedo. "Eso es lo que yo esperaba." Había bastado encerrar los tres ídolos en una jaula de mimbre para que se convirtieran en tres gatos, nada más que en tres gatos, en pequeños mamíferos vanidosos y torpes, que reventaban de miedo y que nada tenían de sagrados. Se echó a reír con la impresión de que a alguien le estaba haciendo una jugarreta. Cuando franqueó la puerta de entrada tuvo un sobresalto que no duró: en la escalera se sentía seco y duro, con la chusca sosera de la carne cruda. La portera se hallaba en el quicio de su puerta y le dedicó una sonrisa. Tenía mucha estima a Daniel, porque era ceremonioso y galante.

—Ha madrugado usted mucho, señor Sereno.

—Temí que estuviese usted enferma, mi querida señora—respondió Daniel muy atento—. Me retiré tarde anoche y vi luz en la portería.

—Figúrese—explicó la portera—lo dormida que yo estaría para dejarme la luz encendida. Pero cuando oí su timbrazo, me dije: Es el señor Sereno que se retira. Usted era el único que estaba fuera. Y me apresuré a apagar. Serían alrededor de las tres, ¿no?

—Efectivamente, alrededor de las tres...

—Veo—dijo ella—que lleva usted un cesto muy grande.

—Son mis gatos.

—¿Están enfermos los pobres animalitos?

—No, pero se los llevo a mi hermana de Meudon. El

veterinario dice que necesitan aire—y añadió muy seriamente—: ¿Sabía usted que los gatos son propensos a la tuberculosis?

—¡Tuberculosis!—exclamó espantada la portera—. En tal caso, cuídelos usted bien. Van a dejar un vacío en su casa. En cuanto a mí, puedo decirle que me había acostumbrado a verlos cuando arreglaba su piso. Seguramente le dará a usted pena.

—Mucha pena, señora Dupuy—dijo Daniel.

La sonrió con empaque y se despidió de ella. "La tía necia, se ha quedado cortada. Seguramente los sobaba cuando yo no estaba en casa, y eso que yo se lo tenía bien prohibido; mejor haría vigilando a su hija." Franqueó la puerta, y la claridad le deslumbró, la asquerosa claridad abrasadora y punzante. Le hería los ojos, pues estaba previsto: cuando se ha bebido la víspera, nada mejor que una mañana brumosa. No veía ni gota, nadaba en la claridad con un círculo de fuego alrededor de su cráneo. De pronto, percibió su sombra grotesca y achaparrada, añadida a la del cesto de mimbre que se balanceaba colgado de su brazo. Daniel sonrió, porque él era alto. Se irguió todo lo que pudo, pero la sombra siguió siendo rechoncha y deforme, como la de un chimpancé. "El doctor Jeckyll y Mister Hyde. No, nada de taxi—se dijo—, me sobra tiempo. Pasearé a Mister Hyde hasta la parada del setenta y dos." El 72 le llevaría a Charenton. A un kilómetro de allí, Daniel conocía un rincón solitario a orilla del Sena. Se dijo: "No voy a marearme, solo eso faltaba." El agua del Sena estaba particularmente negra y sucia en aquel lugar, con charcas de aceite verduzco a causa de las fábricas de Vitry. Daniel se contempló asqueado: se notaba tan manso en su interior, tan manso que aquello no lo encontraba natural. Con un a modo de placer, pensó: "He aquí al hombre." El era duro y terco, pero, por dentro, existía una débil víctima que pedía perdón. Siguió pensando: "Es curioso que pueda uno odiarse como si fuese otro." Y no era verdad: hiciese lo que hiciese, solo había un Daniel. Cuando él mismo se des-

preciaba, experimentaba la sensación de desprenderse de su ser, de dominar como un juez abstracto por encima de un bullicio impuro, si bien, de repente, volvía a las andadas, se veía absorbido desde abajo y se englutía en sí mismo. "A la mierda—decidió—; voy a echar un trago." No tenía para ello más que desviarse un poco, y se detendría en casa de Championnet, calle Tailledouce. Cuando empujó la puerta, el bar estaba desierto. El camarero limpiaba las mesas de madera rojiza, en forma de barriles. La oscuridad alivió los ojos de Daniel: "¡Menudo dolor de cabeza tengo!", se dijo. Soltó el cesto y se subió a uno de los taburetes del bar.

—Naturalmente—afirmó el barman—, será un medio whisky, y bien colmado.

—Pues no—dijo secamente Daniel.

"Que vayan a tomar... con sus manías de catalogar a los clientes como si fueran paraguas o máquinas de coser. No sé por qué... uno no es nunca nada. Pero ellos os definen en un santiamén. Este da buenas propinas, el otro siempre cuenta chistes para hacer reír, y a mí me gustan los medios whiskies bien colmados."

—Un *ginfizz*—ordenó Daniel.

El barman se lo sirvió sin hacer comentarios: seguramente se había molestado. "Me alegro. No volveré a poner los pies en este antro; en seguida se familiarizan con uno." Y por si fuera poco, el *ginfizz* sabía a limonada purgante. Se desparramaba en polvo acidulado sobre la lengua y terminaba sabiendo a acero. "Es igual que no haber tomado nada", pensó Daniel.

—Déme un vodka con pimienta, en copa matraz.

Bebió el vodka y permaneció soñador un momento con fuego artificial en la boca. Pensaba: "Pero ¿es que no acabará eso nunca?" Siempre los pensamientos superficiales, igual que cheques sin provisión. "¿Qué es lo que no acabará nunca? ¿Qué es lo que no acabará nunca?" Se oyó un leve maullido que sobresaltó al barman.

—Son gatos—dijo secamente Daniel.

Bajó del taburete, echó veinte francos sobre el mos-

trador y se volvió a hacer cargo del cesto. Al levantarlo, percibió en el suelo una manchita roja: era sangre. "¿Qué es lo que estarán haciendo ahí dentro?", pensó angustiado Daniel. Pero no tenía ganas de levantar la tapa. De momento, solo había en la jaula un miedo colectivo e indiferente: si levantase la tapa, aquello volvería a ser unos gatos, y eso no lo podría soportar Daniel. "Conque no podrás soportarlo... ¿Y si yo levantara la tapa?" Pero Daniel ya estaba afuera y volvió a verse deslumbrado, un deslumbramiento lúcido y tibio: pican los ojos y creeríase ver solo fuego; luego, sin transición, se da uno cuenta de que ve casas, casas a cien pasos, claras y ligeras como el humo: en la calle, al fondo, había un gran muro azul. "Ver claro es algo siniestro", pensó Daniel. Así se figuraba él que era el infierno: una mirada que todo lo traspasaría hasta el fin del mundo, hasta el fondo de nosotros mismos. El cesto, pendiente de su brazo, se movió; era que allá dentro arañaban. Aquel terror que él sentía tan cerca de su mano. Daniel no hubiera podido decir si eso le causaba horror o placer: después de todo, era exactamente igual. Daniel pensó: "A pesar de todo, hay algo que les tranquiliza: mi olor; porque para ellos yo soy un olor." Pero paciencia: pronto Daniel perdería aquel olor característico, se pasearía sin olor, solo por entre los demás, que carecen de sentido fino capaz de distinguiros con nada más que vuestro perfume. No tener olor, ni sombra, ni pasado, ser tan solo un invisible segregado de sí mismo hacia el porvenir. Daniel percibió que se hallaba a unos cuantos pasos más allá de su cuerpo, elevado al nivel del farol del alumbrado y que se veía avanzar, cojeando un poco a causa de su carga, como prestado, ya al margen; se veía venir, ya no era más que una mirada. Pero la luna del escaparate de una tintorería le devolvió su rostro, y la ilusión se disipó. Daniel fue invadido por un agua cenagosa y sosa: él mismo; el agua del Sena, sosa y cenagosa, inundará el cesto y los gatos se destrozarán a arañazos. Un asco atroz se apoderó de él y pensó: "Es un acto gratuito." Se detuvo y apoyó el

cesto en el suelo: "Fastidiarse a través del daño que se hace a los demás. Nunca puede uno alcanzarse directamente." Volvió a recordar Constantinopla: allí encerraban a las esposas infieles en un saco con gatos hidrófobos y arrojaban el saco al Bósforo. Toneles, sacos de cuero, jaulas de mimbre: presidio. "Los hay peores." Daniel se encogió de hombros: todavía un pensamiento sin provisión. No quería ponerse trágico, ya lo fue demasiado en otro tiempo. Cuando uno se pone trágico, es que se toma en serio. Apareció el autobús de pronto, Daniel hizo una seña al conductor y subió a la primera clase.

—¡Al final!

—Seis trayectos—dijo el cobrador.

Les enloquecerá el agua del Sena. Agua color de café con leche de reflejos violeta. Una mujer vino a sentarse frente a él, digna y reservada, con una niñita. Miró esta el cesto, interesada. "¡Asquerosa mocosa!", pensó Daniel. Del cesto salieron algunos maullidos y él se sobrecogió como si le hubiesen sorprendido en *in fraganti* delito de asesinato.

—¿Qué es eso?—preguntó la niña con clara voz.

—Calla—ordenó su madre—. ¿Quieres dejar tranquilo a este señor?

—Son gatos—explicó Daniel.

—¿Son de usted?—preguntó la chiquilla.

—Sí.

—¿Y por qué los lleva metidos en un cesto?

—Porque están malos—respondió amablemente Daniel.

—¿Puedo verlos?

—Jeannine, estás abusando—dijo la mamá.

—No puedo enseñártelos: la enfermedad los ha hecho malos.

La niña dijo con voz razonable y encantadora:

—Conmigo no serían malos los michinitos.

—¿Lo crees así? Oyeme, encantadora criatura—dijo Daniel en voz baja y rápida—: voy a ahogar a mis gatos. ¿Y sabes por qué voy a hacerlo? Pues porque esta maña-

na sin ir más lejos han destrozado la cara de una nenita como tú que vino a traerme flores. Tendrán que ponerla un ojo de cristal.

—¡Ah!—exclamó la niña aturdida.

Lanzó una mirada de terror al cesto y se arrebujó en las faldas de su madre.

—Bueno, ya está bien—dijo la mamá, lanzando una mirada indignada a Daniel—. Ya ves que debes estarte quieta, sin charlas a tontas y a locas. No es nada, mi nenita: este señor ha querido bromear.

Daniel le devolvió la mirada, pero apaciblemente: "Me detesta", pensó satisfecho. Veía el desfile, a través de los cristales, de casas grises, seguro de que la buena mujer no dejaba de mirarle. "Una madre indignada; está buscando lo que podría detestar en mí, excepto mi cara." Nunca se detestaba la cara de Daniel. "Ni siquiera mi vestido, que es nuevo y agradable; mis manos tal vez." Sus manos eran cortas y gruesas, con negros pelos sobre las falanges. Las extendió encima de sus rodillas: "¡Mírelas, pero no se prive de mirarlas!" Sin embargo, la mujer había abandonado la partida: fijaba perdida su mirada con aire abstraído; descansaba. Daniel la contempló con avidez: las personas que descansan, ¿cómo lo consiguen? Ella se había dejado caer sobre toda su anatomía y se diluía. En aquella cabeza que parecía haberse fugado de ella misma, no había nada: ni curiosidad, ni odio, ningún movimiento, ni siquiera una leve ondulación, solo la masa espesa del sueño. Despertó repentinamente y algo como una animación vino a posarse en su rostro.

—¡Es aquí; es aquí!—dijo la madre—. Ven, te digo; me pones nerviosa teniendo que arrastrarte siempre.

Cogió de la mano a su hija y se la llevó. Antes de apearse, la hija, volviéndose, lanzó una horrorizada mirada al cesto. El autobús arrancó y luego se detuvo; los viajeros pasaron riéndose delante de Daniel.

—¡Fin de trayecto!—le gritó el conductor.

Daniel se sobresaltó al ver vacío el coche. Se levantó

y se apeó. Se halló en una plaza populosa y llena de tascas; un grupo de obreros y de mujeres se había arremolinado junto a un carro de mano. Las mujeres le miraron sorprendidas. Daniel apresuró el paso y torció por una callejuela sucia que descendía hacia el Sena. A ambos lados se veían toneles y almacenes. El cesto había empezado a maullar sin descanso y Daniel avanzó casi corriendo: lo que él llevaba era en realidad un balde agujereado que se vaciaba del agua gota a gota. Cada maullido correspondía a una gota de agua. El balde pesaba lo suyo. Daniel lo cogió con la mano derecha, y con la izquierda se secó el sudor de la frente. No tenía por qué pensar en los gatos. ¿Conque no quieres pensar en los gatos? Pues es precisamente en lo que tienes que pensar. Sería muy cómodo. Daniel creyó ver los ojos dorados de "Poppée" y se apresuró a pensar en otra cosa, en cualquier cosa: en la Bolsa, en la que la víspera ganó diez mil francos; en Marcelle, ya que era su día y tenía que verla aquella misma noche: "Arcángel." Daniel rió burlón: despreciaba olímpicamente a Marcelle. "No se atreven a reconocer que ya no se quieren. Si Mathieu viera las cosas tal y como son, tendría que tomar una decisión. Pero no quiere. No quiere perderse. El es normal", pensó irónico Daniel. Los gatos maullaron como si los hubieran escaldado y Daniel sintió que perdía la cabeza. Dejó el cesto en el suelo y acometió a puntapiés contra él. Se produjo enorme jaleo en el interior y los gatos acabaron por callarse. Daniel permaneció inmóvil un momento con un curioso escalofrío medio agrio en las orejas. Algunos obreros salían de un almacén y Daniel reemprendió su camino. Había llegado. Bajó por una escalera de piedra en la orilla del Sena y se sentó en el suelo cerca de una anilla de hierro, entre un barril de alquitrán y un montón de cascotes. El Sena estaba amarillo bajo un cielo azul. Barcazas negras cargadas de toneles estaban amarradas en el muelle de enfrente. Daniel estaba sentado al sol y le dolían las sienes. Echó una mirada al agua, ondulante e hinchada con fluorescencias opalinas. Después sacó el ovi-

llo del bolsillo y con su cortaplumas cortó un trozo de cuerda; sin levantarse, cogió con la mano izquierda un adoquín. Ató uno de los extremos de la cuerda a un asa del cesto, enrolló el resto de la cuerda en el adoquín, hizo unos cuantos nudos y lo dejó caer en el suelo: parecía un raro aparato. Daniel pensó que debería llevar el cesto en la mano derecha, y con la izquierda, la piedra: así los dejaría caer en el agua al mismo tiempo. Tal vez el cesto flotaría una décima de segundo y, luego, una fuerza brutal lo arrastraría hasta el fondo del agua, en donde se hundiría bruscamente. Daniel pensó que tenía calor; maldijo aquella gruesa chaqueta, pero no quiso quitársela. Daniel, interiormente, palpitaba; él, seco y duro, veía que sollozaba: "Cuando no se tiene valor para matarse por completo, hay que hacerlo detalle por detalle." Se acercaría a la orilla y diría: "Adiós, vosotros, a los que más quiero en el mundo." Levantó un poco la cabeza y miró en derredor suyo: a la derecha, la orilla estaba desierta; a la izquierda, vïo a lo lejos un pescador, negro al sol. La corriente se propagaría bajo el agua hasta el corcho flotador de su anzuelo. "Va a creer que ha mordido", se dijo riéndose, y sacó el pañuelo para enjugarse el sudor que inundaba su frente. Su reloj de pulsera marcaba las once y veinticinco. "¡A las once y media!" Era necesario prolongar aquel extraordinario momento. Se había desdoblado Daniel: creía que estaba flotando en una nube escarlata, bajo un cielo plomizo, y en Mathieu pensó con algo de orgullo. "Soy yo quien es verdaderamente libre", se dijo. Pero era un orgullo impersonal, porque Daniel ya no era nadie. A las once y veintinueve se levantó; se sintió tan débil, que tuvo que apoyarse en el barril. Manchó de alquitrán su chaqueta de *tweed* y se quedó mirándola.

Vio la negra mancha sobre la tela violácea y, de repente, se dio cuenta de que él no era más que uno solo. ¡Uno solo! Un cobarde. Un individuo que apreciaba a sus gatos y que no se decidía a arrojarlos al agua. Cogió su navajita, se agachó y cortó la cuerda. Silenciosamente,

el silencio reinaba incluso en su fuero interno, estaba demasiado avergonzado para poder hablar ante sí mismo. Volvió a cargar con el cesto y volvió a subir la escalera: subía como si pasase delante de alguien que le mirase despreciativamente; por eso avanzaba volviendo la cabeza. En él seguía el desierto y el silencio. Cuando subió todos los peldaños, se atrevió a dirigirse las primeras palabras: "¿Qué significaban aquellas gotas de sangre?" Sin embargo, no se atrevió a abrir el cesto: reemprendió la caminata cojeando. "Soy yo. Soy yo. Soy yo. ¡El inmundo!" Pero en el fondo se sonreía porque había salvado a "Poppée".

—¡Taxi!—llamó.

Y el taxi paró.

—Calle Montmartre, número veintidós—dijo Daniel—. ¿Quiere usted poner el cesto a su lado?

Se dejó un momento mecer por el movimiento del taxi. Ya ni siquiera lograba despreciarse. Pero luego la vergüenza le dominó y volvió a verse él mismo; era intolerable. "Ni al por mayor ni al detall", se dijo amargamente. Cuando sacó el portamonedas para pagar al chófer, se dio cuenta, sin experimentar alegría, de que estaba forrado de billetes. "Eso es lo que yo sé hacer: ganar dinero."

—Ya está usted de vuelta, señor Sereno—este fue el saludo de la portera—. Precisamente, acaba de subir alguien a su casa. Uno de sus amigos, un señor alto con anchas espaldas. Le he dicho que usted había salido. "No está—repitió—; pues dejaré un recado bajo su puerta."

Echó una mirada al cesto y exclamó:

—¿Los ha vuelto usted a traer a los pobrecitos?

—¿Qué quiere usted, señora Dupuy?—dijo Daniel—. Tal vez haya hecho mal, pero no he podido desprenderme de ellos.

"Será Mathieu", se dijo mientras subía la escalera; no podía llegar con mayor oportunidad. Le alegraba poder descargar su odio contra alguien.

Alcanzó a Mathieu a la altura del tercero.

—¡Salud!—le dijo Mathieu—. No esperaba encontrarte.

—Salí para que mis gatos tomasen el aire—explicó Daniel extrañado por sentir un poco de calor. Y añadió precipitadamente—: ¿Subes a casa conmigo?

—Sí; tengo que pedirte un favor.

Daniel le echó una rápida mirada y observó que su cara tenía un tinte terroso. "Da la impresión de estar muy preocupado", se dijo. Le pareció que debía ayudarle. Subieron. Daniel metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. "Pasa", le dijo con un amistoso ademán al hombro, pero seguidamente retiró la mano. Mathieu entró en el cuarto de Daniel, y se dejó caer en una butaca.

—No he comprendido lo que tu portera me decía. Según ella, habías ido a llevar los gatos a tu hermana. ¿Os habéis reconciliado ya?

Algo dejó súbitamente helado a Daniel: "¡Qué cara pondría si supiera de dónde vengo!" Miró sin ninguna simpatía los ojos razonables y perspicaces de su amigo: "En verdad es un hombre razonable." Se veía, él lo veía, que un abismo les separaba. Rió:

—¡Ah, sí! A casa de mi hermana... Era una pequeña mentira—dijo, sabiendo que Mathieu no insistiría.

Mathieu tenía la molesta manía de tratar a Daniel como a un mitómano y afectaba no querer averiguar los móviles que le impulsaban a mentir. Lo cierto fue que Mathieu lanzó una mirada furtiva al cesto, se quedó perplejo y se calló.

—¿Me permites?—insinuó Daniel.

Había adoptado un tono seco. Lo único que deseaba es abrir el cesto lo antes posible: "¿Qué sería aquella gotita de sangre?" Se agachó y pensó: "Me van a saltar a la cara", y alargó su rostro por encima de la tapadera con el fin de poder dominarlos. Y mientras abría el candado, se dijo que no le vendría mal un pequeño contratiempo que le obligase a perder por algún tiempo su optimismo y su aire tranquilo. "Poppée" saltó gruñendo del cesto y

se escapó a la cocina. "Scipion" salió a su vez conservando su dignidad, pero no estaba del todo tranquilo. Se fue paso a paso hacia el armario, miró en torno suyo taimadamente, se estiró y acabó deslizándose en su camastro. "Malvina" no se movía: "Estará herida", pensó Daniel. Permanecía inmóvil, aniquilada en el fondo del cesto. Daniel, con el dedo, le levantó a la fuerza la cabeza: había recibido un fuerte arañazo en la nariz y tenía cerrado el ojo izquierdo, pero ya no sangraba. Tenía en el morro una costra negruzca y, circundándola, pelos rígidos y viscosos.

—¿Qué pasa?—preguntó Mathieu.

Daniel se levantó y miró cortésmente a la gata. "Me juzga ridículo porque me ocupo de una gata. Le parecería lo más natural del mundo si se tratara de un chiquillo."

—"Malvina" ha recibido un mal golpe—explicó Daniel—. Seguramente ha sido "Poppée" que la ha arañado: es insoportable. Discúlpame, querido; concédeme un minuto para curarla.

Fue en busca de una botella de árnica y un paquete de algodón que tenía en el armario. Mathieu le siguió con la mirada sin decir una palabra, para terminar pasándose la mano por la frente como un anciano. Daniel comenzó por lavar la nariz de "Malvina". La gata oponía débil resistencia.

—Sé cuerda, bonita—dijo Daniel—. Vamos, vamos; ya está.

Pensaba que todo aquello molestaba prodigiosamente a Mathieu, y ello le daba bríos para continuar su labor. Pero cuando levantó la cabeza, vio a Mathieu perdida la mirada en el vacío, con aspecto sombrío.

—Perdóname, querido—le dijo Daniel con voz profunda—; un minuto más y termino. Era necesario lavar a este animal; estas heridas se infectan tan rápidamente... ¿No te estoy dando demasiada lata?—añadió sonriéndole con franqueza.

Mathieu se estremeció, y seguidamente se echó a reír.

—Bueno, bueno, ya está bien; no pongas mirada aterciopelada—le dijo.

¡Mirada aterciopelada! La superioridad de Mathieu resultaba odiosa: "Cree que me conoce; habla de mis mentiras, de mi aterciopelada mirada. No tiene ni idea de lo que yo soy, pero le divierte ponerme una etiqueta como si fuese un objeto."

Daniel rió cordialmente y secó con cuidado la cabeza de "Malvina", que cerraba los ojos como si estuviese en éxtasis; pero bien sabía Daniel que ella sufría. La obsequió con unos golpecitos en el lomo.

—Ya está—dijo levantándose—; mañana ya no se verá nada. Pero te aseguro que el arañazo ha sido soberbio.

—¿"Poppée"? Es una tiña—dijo Mathieu abstraído. Y añadió con brusquedad—: ¡Marcelle está embarazada!

—¡Embarazada!

La sorpresa de Daniel no duró mucho; tuvo que vencer unas ganas locas de soltar la carcajada. Acabáramos. ¡Era eso! "Es cierto: orina sangre todos los meses lunares y, además, prolíficamente por si fuera poco." Pensó con repugnancia que tenía que verla aquella misma noche. "Me pregunto si tendré valor para tocarle la mano."

—Ya puedes figurarte lo fastidiado que estoy—dijo Mathieu objetivamente.

Daniel se le quedó mirando, y con sobriedad dijo:

—Lo comprendo.

Y apresuradamente le volvió la espalda so pretexto de ir a guardar el frasco de árnica en el armario. Temía echársele a reír en sus narices. Se puso a pensar en la muerte de su madre, porque le daba resultado en ocasiones como aquella. Con dos o tres sobresaltos convulsivos se quedó en paz. Mathieu continuaba hablando gravemente a la espalda de Daniel.

—Lo que pasa es que ella se siente humillada—dijo—. Tú no la has visto a menudo, y por eso no has podido darte cuenta; pero es una a modo de Walkyria. Una Walkyria de dormitorio—añadió sin maldad—. Para ella constituye una decadencia terrible.

—Efectivamente—aprobó solícito Daniel—. Y para ti la cosa no es mejor: por mucho que hagas para evitarlo, ella te horroriza en este momento. Yo sé que si a mí me sucediera una cosa semejante, el amor hubiera muerto.

—Ya no siento cariño hacia ella—dijo Mathieu.

—¿Que no?

Daniel estaba sorprendido profundamente, y también divertido. "Esta noche habrá espectáculo." Preguntó:

—¿Se lo has dicho?

—Desde luego que no.

—¿Por qué "desde luego"? Será indispensable que se lo digas. Vas a...

—No, no quiero dejarla plantada, si eso es lo que quieres decir.

—¿En ese caso...?

Daniel la estaba gozando. Ahora estaba deseando ver a Marcelle.

—En ese caso, pues nada—contestó Mathieu—. Peor para mí. Ella no tiene la culpa de que no la quiera ya.

—¿Acaso eres tú el culpable?

—Sí—fue la seca respuesta de Mathieu.

—Continuarás viéndola a hurtadillas y a...

—Y aunque así fuera, ¿qué?

—Pues que si continúas mucho tiempo el juego, acabarás odiándola.

Mathieu era la imagen de la dureza y de la obstinación:

—No quiero que ella padezca.

—Si prefieres sacrificarte tú...—dijo indiferente Daniel. Cuando a Mathieu le daba por hacer el cuáquero, Daniel le aborrecía.

—¿Qué tengo yo que sacrificar? Iré al Liceo y a ver a Marcelle. Cada dos años escribiré una novela. Todo eso es lo que hasta ahora he hecho—y con una amargura que Daniel no le conocía, añadió—: Soy un escritor dominical. Por lo demás, la tengo estima y me molestaría dejar de verla. Ahora que solo como si fuera de la familia.

Se hizo un silencio. Daniel vino a ocupar una butaca frente a Mathieu.

—Necesito que me ayudes—dijo este—. Tengo unas señas, pero no dinero. Préstame cinco mil del ala.

—Cinco mil del ala...—repitió Daniel en tono vago.

Su repleta cartera estaba allí en el bolsillo interior; aquella cartera de tratante en cerdos, de la que solo bastaba abrirla para sacar los cinco mil francos. Mathieu le había hecho a él favores en otros tiempos.

—Te devolveré la mitad a fin de mes—dijo Mathieu—; en cuanto a la otra mitad, el catorce de julio, en que cobro juntos mis honorarios de agosto y de septiembre.

Daniel contempló la faz terrosa de Mathieu, y pensó: "El tipo este debe de estar pasándolas negras"; pero se acordó de sus gatos y se quedó sin piedad.

—¡Cinco mil francos!—exclamó desconsolado—. No los tengo, querido, y ya comprenderás lo que lo siento...

—El otro día me dijiste que ibas a realizar un buen negocio.

—Pues bien, pobre amigo mío; ese buen negocio a que aludes quedó reducido a una famosa decepción: no ignoras lo que es la Bolsa. Lo cierto es sencillamente que no tengo más que deudas.

Su voz carecía de sinceridad, porque no quería ser persuasivo. Sin embargo, al comprobar que Mathieu no le creía, se encolerizó: "Que vaya a tomar... Se cree profundo y se imagina que lee en mí. Yo me pregunto por qué he de estar obligado a ayudarle: no tiene más que sablear a sus semejantes.." Lo que le resultaba insoportable era aquel aire normal y compuesto que Mathieu adoptaba, aun en los momentos de mayor aflicción.

—Está bien—dijo con arrebato Mathieu—. Entonces, ¿verdaderamente no te es posible?

"Para insistir como lo hace, es preciso que le haga mucha falta", pensó Daniel. No obstante, dijo:

—No puedo, créeme. No sabes lo que lo siento, amigo mío.

Le molestaba el incomodo de Mathieu, pero no le era

del todo desagradable: daba la sensación de haberse arrancado una uña. A Daniel le encantaban las situaciones falsas.

—¿Te urge mucho?—le preguntó solícito—. ¿No puedes acudir a otro?

—Te lo pedí más bien por no sablear a Jacques.

—Es verdad—dijo Daniel algo decepcionado—. Tienes a tu hermano. En ese caso, puedes seguramente contar con tu dinero.

Mathieu estaba descorazonado:

—Eso es mucho decir. Se le ha metido en la cabeza no volver a prestarme un céntimo, porque, según él, con ello me perjudica. Me suele decir: "A tus años, ya es hora de que seas independiente."

—Sí, pero pese a todo te prestará lo que te hace falta en un caso como este—dijo Daniel complaciente.

Tiró un poco de su lengua y se dedicó con satisfacción a humedecerse el labio superior: tan pronto como se lo propuso, supo hallar el tono superficial que a todos enfurecía.

Mathieu enrojeció:

—Es precisamente que no puedo explicarle por qué necesito ese dinero.

—Lo comprendo—aprobó Daniel. Después de meditar un momento agregó—: De todos modos, podrás acudir a esas sociedades que se dedican a prestar dinero a los funcionarios. La mayoría de las veces hay que caer en las garras de los usureros. Pero, desde el momento en que tú cuentas con el dinero para pagar, te da lo mismo.

Mathieu pareció interesarse y Daniel pensó molesto que le había tranquilizado algo.

—¿De qué sociedades hablas? ¿Prestan en seguida el dinero?

—Eso no—se apresuró a replicar Daniel—; tardan por lo menos diez días: necesitan hacer sus indagaciones.

Mathieu calló; parecía meditar. Daniel sintió de pronto un blando choquecito: "Malvina" había subido de un salto a sus rodillas y en ellas se instaló runruneando:

"He aquí por lo menos una que no guarda rencor", pensó Daniel asqueado. La acarició con mano ligera e indolente. Los animales ni las personas llegaban a odiarle: tal vez por inercia, o tal vez por su cara. Mathieu se había entregado a sus pequeños cálculos: tampoco él era rencoroso. Daniel se inclinó sobre Mathieu y se puso a rascarle el cráneo: su mano temblaba.

Murmuró entre dientes sin mirar a su amigo:

—En el fondo, casi me agradaría no contar con dinero, porque acaba de ocurrírseme: tú, que siempre anhelas ser libre, tienes una ocasión soberbia de cometer un acto de libertad.

—¿Un acto de libertad?—Mathieu no parecía comprender, y alzó la cabeza Daniel.

—Pues sí—argumentó este—, te basta con casarte con Marcelle.

Mathieu se le quedó mirando, arqueando las cejas. Seguramente se preguntaba si Daniel no se estaba burlando de él; pero Daniel resistió la mirada con modesta gravedad.

—¿Estás loco?—apuntó Mathieu.

—¿Por qué? Con una palabra que pronuncies, cambiarás toda tu vida, y eso no sucede frecuentemente.

A Mathieu le dio por reír y a Daniel por pensar descontento: "Lo toma a risa."

—No lograrás tentarme—dijo Mathieu—. Sobre todo, en este momento.

—Porque... precisamente—dijo Daniel en el mismo tono ligero—debe de ser muy divertido hacer adrede lo contrario de lo que uno se ha propuesto. Se tiene la sensación de convertirse en otro.

—¡Y qué otro!—dijo Mathieu—. ¿Te parecería también aceptable que yo trajera al mundo tres criaturas solo por el placer de sentirme otro cuando los sacase a pasear por el Luxemburgo? Claro que me imagino que ello me cambiaría si yo me convirtiera en un tipo completamente acabado.

"No tanto, no tanto como tú crees", pensó Daniel.

—En el fondo—dijo—, no debe de ser tan desagradable creerse un tipo acabado; pero así, acabado hasta las cachas, enterrado. Un tipo casado, con tres criaturas, como tú dices. ¡Es para calmarse!

—Pues sí—dijo Mathieu—. Tipos como esos encuentro yo todos los días a montones. Sin ir más lejos, padres de alumnos que vienen a verme. Cuatro cornudos que pertenecen a la asociación de padres de alumnos y que tienen aspecto tranquilo, yo diría hasta benigno.

—Yo también diría que ostentan una a modo de alegría—dijo Daniel—. Me dan vértigo. ¿Y eso a ti no te tienta? Te veo muy bien en casado; estarías como ellos: gordito, bien cuidado, una palabra graciosa y ojos de celuloide. No creo que para mí fuese detestable.

—Te estás retratando bastante bien—dijo Mathieu sin inmutarse—. Pero antes que eso, yo prefiero pedir cinco mil francos a mi hermano.

Se levantó. Daniel dejó en el suelo a "Malvina" y se levantó también. "Sabe que tengo el dinero y no me odia: ¿qué habrá que hacerles?"

Allí estaba la cartera. Daniel no tenía más que meter la mano en el bolsillo y decir: "Aquí los tienes, querido; he pretendido hacerte rabiar un poco para divertirme." Pero tuvo miedo de despreciarse.

—Lo siento de veras. Si veo algún medio, te lo escribiré.

Acompañó a Mathieu hasta la puerta de entrada.

—No te preocupes—le dijo Mathieu—, ya me las compondré.

La puerta se cerró. Cuando Daniel oyó los pasos apresurados por la escalera, pensó: "Es irreparable", y se le cortó el aliento por unos segundos. Volvió a pensar: "Ni por un momento ha perdido la serenidad, ni ha dejado de ser ponderado, discreto, siempre de acuerdo consigo mismo." Se acercó al espejo para contemplar su cara bella y sombría, murmurando para sus adentros: "La verdad es que si tuviera que casarse con Marcelle..."

VIII

Ella estaba despierta desde hacía ya mucho; ahora debía de estar furiosa. Era preciso decirle, para tranquilizarla, que en ningún caso tendría que ir allí. Mathieu revivió con ternura aquel pobre y demacrado rostro de la víspera y, de pronto, lo halló de una fragilidad impresionante. "Debo telefonearla." Pero decidió pasar antes a ver a Jacques. "Así, tal vez tenga una buena noticia que comunicarle." Pensaba, irritado, en la reacción que Jacques tendría. Una reacción divertida y cuerda, tan fuera de la censura como de la indulgencia, con la cabeza inclinada hacia un lado y entreabiertos los ojos: "¿Cómo es posible? ¿Otra vez dinero?" A Mathieu se le puso carne de gallina. Cruzó la calle y pensó en Daniel: no le guardaba rencor. Era como era, y no había que tomárselo en cuenta. A Jacques no le disculpaba. Se detuvo ante un inmueble pomposo de la calle Reaumur, y leyó, tan molesto como siempre: "Jacques Delarue. Abogado. Segundo piso." ¡Abogado! "Cuento con que Odette no esté", pensó.

Pero estaba. Mathieu la vislumbró a través de la vidriera de la puerta, sentada en un diván, elegante, larga y limpia hasta la insignificancia; leía. Jacques decía de ella a menudo: "Odette es una de las pocas mujeres que en París tienen tiempo para leer."

—El señor Mathieu desea ver a la señora—anunció Rose.

—Bien, voy a saludarle; diga usted al señor que dentro de un momento iré a su despacho.

Él empujó la puerta, y Odette levantó hacia él su rostro bello y retocado.

—Buenos días, Thieu—saludó ella contenta—. ¿Es para mí esta visita?

—¿Para ti?—preguntó Mathieu.

Miraba con simpático desconcierto aquella frente tranquila y aquellos verdes ojos. No cabía duda de que era hermosa, pero de una hermosura que estaba reñida con la mirada. Acostumbrado a caras como la de Lola, cuyo carácter se imponía brutalmente desde el primer momento, Mathieu había intentado cien veces en vano guardar juntos los rasgos resbaladizos, pero se le escapaban, se deshacía el conjunto a cada instante, y la cara de Odette conservaba su decepcionante misterio burgués.

—Me hubiese agradado que esta visita fuese para ti —dijo Mathieu—, pero vengo a ver a Jacques, porque tengo que pedirle un favor.

—No tendrás tanta prisa—dijo Odette—. Jacques no se escapará. Siéntate.

Le hizo sitio junto a ella y dijo:

—¡Cuidado!, uno de estos días terminaré enfadándome. Me tienes muy abandonada. Tengo derecho a que se me visite, me lo has prometido.

—O lo que no es lo mismo: que eres tú la que ha prometido recibirme uno de estos días.

—Qué galante eres—dijo ella riendo—, pero no tienes la conciencia tranquila.

Mathieu se sentó. Tenía gran afecto a Odette, lo que no le impedía no saber nunca qué decirle.

—¿Qué tal estás, Odette?

Puso en su voz mucho calor, con el fin de disimular la estupidez de la pregunta.

—Estupendamente—contestó ella—. ¿Quieres saber dónde he estado esta mañana? Pues en Saint-Germain, en el auto, para ver a Françoise; me ha encantado.

—¿Y Jacques?

—Está muy atareado estos días; ya casi no le veo. Pero tiene, como siempre, una salud insolente.

Se apoderó repentinamente de Mathieu un profundo desagrado. "Está hecha a la medida para Jacques", pensó. Miró, molesto, el largo brazo moreno que salía de un vestido muy sencillo y entallado por medio de un cordón rojo: casi un vestido de jovencita. Brazo, vestido y el cuerpo que aquel envolvía pertenecían a Jacques, lo mismo que la butaca, que el escritorio de caoba, que el diván. Esta mujer discreta y púdica poseía el secreto de la posesión. Después de un silencio, Mathieu adoptó la voz cálida y un tanto nasal que reservaba a Odette.

—¡Qué vestido tan bonito llevas!—dijo él.

—Escúchame—dijo Odette con indignada risa—. Deja este vestido tranquilo; siempre que me ves, me hablas de mis vestidos. Cambia de disco y dime lo que has hecho en toda esta semana.

También Mathieu rió sintiéndose a gusto.

—Es que tengo algo que decir a propósito del vestido.

—¡Dios mío!—exclamó Odette—, qué será lo que se te ha ocurrido.

—Me pregunto sencillamente por qué no te pones pendientes cuando llevas este vestido.

—¿Pendientes?—preguntó Odette mirándole de una manera especial.

—A ti te parece eso vulgar—dijo Mathieu.

—¡En absoluto! Pero los pendientes hacen indiscreto el rostro—y añadió bruscamente, riéndosele en las mismas narices—: Seguramente estarías más a gusto conmigo si los llevara.

—Nada de eso; ¿por qué lo dices?—preguntó Mathieu vagamente.

Quedó sorprendido y pensó: "No es tonta." La inteligencia de Odette hermanaba bien con su belleza: en ella había algo indescifrable.

Se produjo un silencio. Mathieu ya no sabía qué decir. Pero no tenía ninguna gana de irse, porque gozaba de cierta quietud. Odette le dijo gentilmente:

—Hago mal reteniéndote. Vete pronto a hablar con Jacques; pareces estar preocupado.

Mathieu se levantó, y solo de pensar que tenía necesidad de pedir dinero a Jacques, sintió un hormigueo en las yemas de los dedos.

—Hasta la vista, Odette—le dijo afectuosamente—. No te levantes. Luego vendré para decirte adiós.

"¿Hasta qué punto es ella una víctima?—se preguntó mientras llamaba a la puerta del despacho de Jacques—. Con esta clase de mujeres, nunca sabe uno a qué atenerse."

—Entra—le dijo Jacques.

Se levantó de su asiento, rápido y estirado, y avanzó hacia Mathieu.

—Buenos días, viejo—le dijo calurosamente—. ¿Cómo estás?

Parecía mucho más joven que Mathieu, aunque era él mayor. A Mathieu le parecía que su vientre estaba más abultado. Y, sin embargo, daba la impresión de que llevaba corsé.

—Buenos días—repitió Mathieu con amistosa sonrisa.

Cada vez que veía a su hermano, desde hacía ya veinte años, se sentía culpable ante él.

—Bueno—le dijo Jacques—. ¿Qué te trae por esta casa?

Mathieu hizo un ademán desabrido.

—¿Te pasa algo?—siguió hablando Jacques—. Coge una silla. ¿Quieres un whisky?

—Venga el whisky—aceptó Mathieu.

Tenía un nudo en la garganta y pensaba: "Me bebo el whisky y me largo sin decir una palabra." Pero ya era tarde, porque Jacques sabía perfectamente a qué atenerse: "Pensará sencillamente que no me he atrevido a sablearle." Jacques estaba todavía de pie. Cogió una botella de whisky y llenó dos vasos.

—Es mi última botella—explicó—, pero ya no renovaré mis provisiones hasta el otoño. Por mucho que se

diga, un buen *ginfizz* agrada mucho más con los calores, ¿no te parece?

Mathieu no respondía: observaba sin cordialidad aquella cara sonrosada y fresca de hombre joven, aquellos cabellos rubios cortados al rape. Jacques sonreía inocentemente y toda su persona respiraba inocencia, pero su mirada era muy dura. "Se hace el inocente—pensó rabioso Mathieu—, y sabe perfectamente para qué he venido: ahora estudia la postura a adoptar." Dijo con dureza:

—Ya te figuras que he venido para darte un sablazo.

Ya estaba la pelota en el tejado. Ahora ya no podía retroceder; su hermano había arqueado las cejas haciéndose el sorprendido. "No me libraré del sermón", se dijo Mathieu consternado.

—No me lo figuraba. ¿Por qué había de figurármelo? —preguntó Jacques—. ¿Quieres con ello insinuar que no me visitas más que con ese motivo?

Se sentó, estirado como siempre, más estirado ahora; cruzó con agilidad sus piernas para compensar la rigidez del busto. Vestía magnífico traje de paño inglés.

—No quiero insinuar nada—replicó Mathieu. Arrugó los ojos y apretando con fuerza su vaso añadió—: Necesito cuatro mil francos de aquí a mañana.

"Me los va a negar. Con tal que lo diga pronto y pueda yo largarme...", se dijo. Pero Jacques no tenía nunca prisa: era abogado, y siempre disponía de tiempo.

—Cuatro billetes—dijo meneando la cabeza con gesto de conocedor—. Bueno, bueno; y dime, hombre...

Estiró las piernas y contempló satisfecho la punta de sus zapatos.

—Me haces gracia, Thieu, me haces gracia y me instruyes. ¡Oh!, no tomes a mal lo que te digo—añadió vivamente al percibir un gesto de Mathieu—. No trato de criticar tu conducta; pero, en fin, reflexiono, me interrogo, veo las cosas desde un plano elevado, en "filósofo" me atrevería a decir si no me dirigiera a un filósofo. ¿Ves tú? Cuando pienso en ti, me ratifico en mi idea de que no hay que ser un hombre de principios. Tú te obs-

tinas, tú te las inventas y luego no sabes conformarte. Teóricamente, no hay nada más independiente. Es formidable: vives por encima de las clases. Pero me pregunto qué sería de ti si no me tuvieras a mí. Que conste que yo, que carezco de principios, me considero feliz pudiendo ayudarte de cuando en cuando. Pero me parece que si yo pensase como tú, tendría a orgullo no pedir nunca nada a un horrible burgués. Porque no hay que dudarlo: soy un horrible burgués—terminó riendo con ganas, añadiendo sin parar de reír—: Pero aún hay más, y esto es peor: tú, que te mofas de la familia, te amparas en los lazos que nos unen para sablearme. Porque, después de todo, no acudirías a mí si no fuera tu hermano—y, en un tono que quería demostrar sincero interés, concluyó—: ¿No te molestará eso que te digo?

—No sabes lo agradecido que te estoy—dijo Mathieu también riendo.

No valía la pena enzarzarse en una discusión sobre las ideas. Discutir ideas con Jacques era siempre para acabar mal. Mathieu perdía en seguida su sangre fría.

—Evidentemente—dijo Jacques con frialdad—. ¿No crees que con un poco de organización...? Pero tal vez eso sería contrario a tus ideas. No quiero decir que tengas tú la culpa, de ningún modo; para mí solo la tienen los principios.

—Pues sabrás—comentó Mathieu por decir algo—que negar los principios no deja de ser otro principio.

—Sí, pero menos—concluyó Jacques.

Mathieu se dijo: "Ahora los va a apoquinar." Pero, al ver los mofletes de su hermano, su saludable aspecto, su apariencia franca y obstinada a la vez, pensó con el corazón encogido: "Parece duro de pelar." Afortunadamente, Jacques reanudó la conversación.

—Cuatro billetes—repitió—. Será una súbita necesidad, porque la semana pasada, cuando viniste a... pedirme un pequeño favor, no se trataba de esto.

—Efectivamente—aseguró Mathieu—. Yo... lo necesito desde ayer.

De pronto pensó en Marcelle; la volvió a ver en su habitación, siniestra y desnuda, y se decidió a decir en un tono insistente que a él mismo sorprendió:

—Jacques, me hace mucha falta ese dinero.

Jacques le miró, curioso, de hito en hito, y Mathieu se mordió los labios: cuando alguna vez se reunían los dos hermanos, no tenían por costumbre manifestar con tanta vivacidad sus sentimientos.

—¿Hasta ese extremo? Es curioso. No obstante..., tú eres el último en... Tú... tienes por costumbre pedirme prestado algún dinero, porque no sabes o no quieres organizarte; pero nunca hubiese creído... Naturalmente, nada te pregunto—añadió en tono que parecía interrogar.

Mathieu titubeaba: "¿Le diré que se trata de los impuestos? Pero no. Le consta que los pagué en mayo."

—¡Marcelle está embarazada!—soltó bruscamente.

Al notar que se ponía colorado, se encogió de hombros; y, sin embargo, ¿por qué no confesarlo? ¿A qué venía aquella vergüenza abrasadora y súbita? Miraba a su hermano de frente, con ojos agresivos. Jacques pareció interesarse:

—¿Queríais tener un hijo?

Hacía adrede aparentar que no comprendía.

—No—replicó Mathieu tajante—. Se trata de un accidente.

—Ya me extrañaba—dijo Jacques—; pero, en fin, tú no hubieses intentado llevar tus experimentos más allá del orden establecido...

—Pues bien, no se trata de tal cosa.

Callaron un momento y, después, Jacques en tono normal preguntó:

—Entonces, ¿cuándo la boda?

La cólera enrojeció a Mathieu: como siempre, Jacques se negaba a ver lealmente la situación, se dedicaba a hacer rodeos y, mientras tanto, su espíritu se obstinaba en buscar un nido de águila para, desde allí, tomar vistas planeando por encima de la conducta de los demás. Dijéranle lo que le dijeran, hicieran lo que hiciesen, su pri-

mer impulso era siempre colocarse por encima del debate, porque no podía ver las cosas sino desde las alturas, tenía pasión por los nidos de águila.

—Hemos decidido provocar el aborto—dijo Mathieu brutalmente.

Ni siquiera parpadeó Jacques.

—¿Has encontrado quien lo haga?—preguntó adoptando un tono neutro.

—Sí.

—Un hombre seguro, ¿no? Porque según lo que tú me has dicho, la salud de esa joven es delicada.

—Tengo amigos que me responden del médico.

—Claro, claro—dijo Jacques.

Cerró los ojos durante un instante, los abrió y juntó las manos por las yemas de los dedos.

—En resumen—dijo—, si he comprendido bien, lo que te pasa es lo siguiente: acabas de enterarte de que tu amiga está embarazada; tú no quieres casarte por razones de principio, pero, considerándote comprometido con ella por deberes tan estrictos como los del matrimonio, y no queriendo ni casarte con ella ni atentar a su reputación, has decidido hacerla abortar en las mejores condiciones posibles. Los amigos te han recomendado a un médico de confianza que te pide cuatro mil francos. Solo te falta procurarte ese dinero. ¿Es así?

—Exactamente—respondió Mathieu.

—¿Y por qué lo necesitas de aquí a mañana?

—Porque el individuo que tengo a la vista, sale rumbo a América dentro de ocho días.

—Bueno, comprendido—dijo Jacques.

Elevó las manos hasta la altura de los ojos y las examinó como quien no necesita sacar consecuencias de todo lo que acaba de decir. Pero Mathieu no se equivocaba: un abogado no saca tan rápidamente conclusiones. Jacques había separado las manos para posarlas una en cada rodilla, se había hundido en su sillón, y sus ojos dejaron de brillar. Dijo con voz medio dormida:

—Ahora se castigan muy severamente los abortos.

—Ya lo sé—dijo Mathieu—. Les da por ahí de cuando en cuando. Meten en chirona a unos cuantos pobres diablos sin protección, sin molestar nunca a los grandes especialistas.

—¿Quieres decir que eso supone una injusticia?—preguntó Jacques—. Comparto tu opinión. Pero no desapruebo totalmente los resultados. Por la fuerza de las circunstancias, tus pobres diablos son herboristas o infanticidas que os destrozan una mujer con instrumentos sucios; los otros operan nada más que a una selección, y eso se va ganando.

—En resumidas cuentas—dijo Mathieu, no pudiendo ya más—: vengo a pedirte cuatro mil francos.

—Y...—dijo Jacques—. ¿Estás seguro de que el aborto está de acuerdo con tus principios?

—¿Por qué no ha de estarlo?

—Yo no lo sé, a ti te corresponde saberlo. Eres pacifista por respeto a la vida humana y vas a destruir una vida.

—Estoy completamente decidido—replicó Mathieu—. Además, quizá sea pacifista, pero no respeto la vida humana. Confundes una cosa con otra.

—Pues yo creía...—dijo Jacques, examinando a Mathieu con curiosidad divertida—. Así que te has metido en la piel de un infanticidio. Pobre Thieu, ¡te sienta eso tan mal...!

"Tiene miedo de que me encierren—pensó Mathieu—, no daría por mí un perro chico." Ojalá hubiese podido decirle: "Si tú pagas, tú no arriesgas nada; me dirigiré a un hombre hábil que no esté en los ficheros de la Policía. Si tú me niegas el dinero, tendré que enviar a Marcelle a una herborista, y ahí no podré garantizar nada, porque la Policía las conoce a todas y puede encerrarlas de la noche a la mañana." Pero todos esos argumentos eran demasiado directos para que no resbalaran en Jacques. Mathieu se limitó a decir:

—Un aborto no es un infanticidio.

Jacques encendió un cigarrillo.

—De acuerdo—dijo con despego—, de acuerdo: un aborto no es un infanticidio, es un asesinato "metafísico"—y muy en serio añadió—: Mi pobre Mathieu, no tengo ninguna objeción contra el asesinato metafísico, como tampoco contra los crímenes perfectos. Pero que tú, tal como eres, cometas un asesinato metafísico...

Hizo chascar la lengua para expresar su reprobación.

—Decididamente, no; sería una nota feísima.

—Entonces, ¿no puedes ayudarme?

—Compréndeme bien—dijo Jacques—. No me niego a ayudarte. ¿Acaso sería un favor? Además, estoy convencido de que te será fácil encontrar el dinero que necesitas.

Se levantó bruscamente como si hubiese tomado una decisión y puso amistosamente su mano encima del hombro de su hermano.

—Escúchame, Thieu—empezó diciéndole con calor—; vamos a poner que me he negado: no quiero ayudarte a que te mientas a ti mismo. Sin embargo, voy a hacerte una proposición...

Mathieu, que ya estaba dispuesto a levantarse, se dejó caer en la butaca y su eterna cólera fraterna volvió a apoderarse de él. Aquella suave y a la vez fuerte presión en el hombro le resultaba intolerable; echó hacia atrás la cabeza, miró a Jacques y le pareció que su cara se había estrechado.

—¿Mentirme a mí mismo? ¡Por Dios, Jacques! Di más bien que no quieres meterte en un asunto de aborto, que lo desapruebas o que no dispones en este momento de dinero; pero no vengas ahora con ese cuento de que yo me miento. En este jaleo no puede hablarse de mentira. No quiero hijos, me llega uno y lo suprimo; eso es todo.

Jacques retiró la mano y dio, meditativo, algunos pasos. Mathieu pensó: "Va a echarme un discurso; no hubiese nunca debido aceptar la discusión."

—Mathieu—dijo Jacques con voz reposada—, te conozco mejor de lo que tú te crees, y me asustas. Hace ya tiempo que me temía algo por el estilo: la criatura que

va a nacer es el resultado lógico de una situación que tú mismo te has creado, y ahora quieres suprimirla porque te niegas a aceptar las consecuencias de tus propios actos. Pues bien, ¿quieres que te diga la verdad? Tal vez no te mientas en este momento preciso, lo cual no impide que toda tu vida esté edificada sobre una mentira.

—Bueno, bueno, por favor—dijo sonriente Mathieu—. Vacíate del todo, y dime lo que me oculto.

—Lo que te ocultas—repitió Jacques—es que eres un burgués vergonzoso. Yo he vuelto a la burguesía después de muchos errores; he pactado con ella una boda de razón; pero tú eres un burgués temperamental, y es tu temperamento el que te empuja al matrimonio. Porque tú estás casado—terminó enérgicamente.

—Es la primera noticia—dijo Mathieu.

—Sí, tú estás casado, y si pretendes lo contrario, es a causa de tus teorías. Has adquirido tus costumbres junto a esa joven: cuatro veces por semana vas tranquilamente a reunirte con ella, y con ella pasas la noche. Eso dura ya siete años, y ya no se trata de una aventura; tú la estimas, tú piensas que tienes obligaciones para con ella, y no quieres dejarla. Estoy seguro de que no buscas únicamente el placer; hasta llego a imaginarme que, a la larga, el placer se ha esfumado por fuerte que haya sido, y nada me extrañaría que por la noche te sientes a su lado y comentes con detalle los acontecimientos de la jornada, solicitando su consejo en los casos difíciles.

—Evidentemente—respondió Mathieu, encogiéndose de hombros. Estaba furioso contra sí mismo.

—Porque...—dijo Jacques—, ¿me quieres decir en qué difiere todo eso del matrimonio..., cohabitación más o menos?

—¿Cohabitación más o menos?—exclamó irónicamente Mathieu—. Perdona que te lo diga: es una salida de tono.

—Ya me imagino—replicó Jacques—que no te costará mucho abstenerte.

"Nunca había sido tan locuaz—pensó Mathieu—. Se

está vengando." Hubiese procedido salir dando un portazo; pero bien sabía Mathieu que aguantaría hasta el fin: tenía un deseo combativo y malévolo de conocer la opinión de su hermano.

—¿Por qué dices que no me costará mucho abstenerme?—preguntó.

—Porque tú obrando como lo haces ganas en comodidades, que es una libertad aparente: tienes todas las ventajas del matrimonio, y utilizas tus principios para rechazar los inconvenientes. Te niegas a regularizar la situación; eso es muy fácil. Si alguien sufre con ello, no serás tú.

—Marcelle comparte mis ideas acerca del matrimonio —dijo Mathieu con voz arrogante. Hablaba escuchándose y estaba verdaderamente antipático.

—Y si no las compartiera—dijo Jacques—, no te lo confesaría por orgullo. No acabo de comprenderte: tú, tan propenso a indignarte cuando oyes hablar de una injusticia, tú sostienes a esa mujer desde hace años en una situación humillante, por el simple placer de decirte que estás de acuerdo con tus principios. Y si eso fuera verdad, que verdaderamente conformabas tu vida con tus ideas... Pero, te lo vuelvo a repetir, estás como si dijéramos casado, tienes un piso coqueto, cobras con regularidad unos honorarios muy aceptables, no abrigas inquietud alguna acerca de tu porvenir, puesto que el Estado te garantiza un retiro..., y adoras esa vida tranquila, reglamentada, una verdadera vida de funcionario.

—Escúchame—dijo Mathieu—. Existe un malentendido entre nosotros: me preocupa muy poco ser o no ser un burgués. Lo que yo quiero es sencillamente...—terminó apretando los dientes con una especie de vergüenza—, lo que yo quiero es conservar mi libertad.

—Yo hubiese creído—argumentó Jacques—que la libertad consistía en mirar de frente las situaciones que uno se ha creado y en aceptar todas sus responsabilidades. Pero, por lo visto, tú no opinas así: tú condenas a la sociedad capitalista, lo que no te impide ser funcionario

de esa sociedad; blasonas de simpatizar en principio con los comunistas, pero sin comprometerte: no has votado jamás; desprecias a la clase burguesa, y, no obstante, eres un burgués, hijo y hermano de burgueses, y como un burgués vives.

Mathieu hizo un ademán, pero Jacques no consintió que le interrumpiera. Y con enfurruñada compasión dijo:

—Y, sin embargo, tienes, mi pobre Mathieu, la edad de razón, que también ocultas, pues te quieres hacer más joven de lo que en realidad eres. A lo mejor, puede que yo sea injusto. Tal vez no hayas llegado todavía a la edad de razón. Se trata más bien de una edad moral, a la que yo he llegado antes que tú.

"Lo estaba temiendo—se dijo Mathieu—: ahora va a hablarme de su juventud." Jacques estaba muy orgulloso de su juventud. Era su garantía. Ella le permitía defender el partido del orden muy concienzudamente: durante cinco años había imitado con aplicación todos los extravíos de moda, había caído en el surrealismo, había tenido amistades halagüeñas y, antes de cohabitar, había aspirado, a veces, un pañuelo empapado en cloruro etílico. Cierto día sentó la cabeza: Odette le llevaba una dote de seiscientos mil francos. Entonces había escrito a Mathieu: "Es preciso hacer lo que todo el mundo hace, para tener el valor de no ser como los demás." Y compró un bufete de abogado.

—No te reprocho tu juventud—continuó Jacques—. Al contrario: has tenido la suerte de evitar ciertos extravíos. Pero tampoco echo de menos la mía. En el fondo, como te darás cuenta, los dos teníamos que sacar los instintos de aquel viejo pirata que fue nuestro abuelo. Solo que yo los he liquidado de un golpe y tú los gastas poco a poco y te falta llegar a tocar el fondo. Pienso que al principio eras mucho menos pirata que yo, y eso es lo que te pierde: tu vida es un perpetuo conflicto entre un gusto de tumulto y de anarquía, por cierto bastante modesto, y tus profundas tendencias que te inclinan hacia el orden, la salud moral y, yo me atrevería a decir,

hacia la rutina. El resultado ha sido que te has quedado en viejo estudiante irresponsable. Pero, querido, mírate bien: tienes treinta y cuatro años, tus cabellos empiezan a clarear, aunque no tanto como los míos, esa es la verdad; pero ya no eres un jovenzuelo y te sienta mal la vida bohemia. Porque, en suma, ¿qué es la vida bohemia? Algo encantador hace cien años; ahora, un puñado de extraviados a los que nadie cree peligrosos, porque se les ha escapado el tren. Mathieu, tienes la edad de razón, la tienes o debieras tenerla—repitió distraídamente.

—¡Bah!—exclamó Mathieu—. Tu edad de razón es la edad de resignación. No me interesa en absoluto.

Pero Jacques no le escuchaba. Su mirada se hizo de repente despejada y alegre cuando prosiguió con viveza:

—Escucha: como antes te he dicho, voy a hacerte una proposición; si la rechazas, no te será difícil encontrar cuatro mil francos, y no tendré remordimientos. Pongo a tu disposición diez mil francos si te casas con tu amiga.

Mathieu había previsto el golpe; después de todo, le proporcionó una buena salida que salvaba la situación:

—Te quedo muy agradecido, Jacques—dijo levantándose—; eres muy amable, pero no me conviene. No diré que no en todo dejas de tener razón; pero si algún día me da por casarme, es preciso que esté convencido. Por el momento, no dejaría de ser una cabezonada estúpida para salir del apuro.

También Jacques se levantó.

—Piénsalo bien—dijo—, piénsalo con calma. No necesito decirte que tu mujer será bien recibida aquí; yo tengo confianza en tu elección. En cuanto a Odette, estará encantada tratándola como amiga. Además, mi mujer no sabe nada de tu vida privada.

—Todo está pensado—dijo Mathieu.

—Como tú quieras—dijo Jacques cordialmente. (¿Acaso estaba tan descontento?) Añadió—: ¿Cuándo te veremos por aquí?

—Vendré a almorzar el domingo—contestó Mathieu—. ¡Salud!

—¡Salud!—repitió Jacques—. Y ya lo sabes: si cambiases de opinión, mi proposición sigue siempre en pie.

Mathieu sonrió y salió sin contestar. "Se terminó—pensó—, se acabó." Bajó la escalera corriendo; no estaba contento, pero tenía ganas de cantar. En aquel momento, Jacques se habría vuelto a sentar en su despacho, perdida la mirada, con mirada triste y grave: "Me inquieta ese muchacho, aunque ya tenga la edad de razón." O tal vez haya ido a dar una vuelta por las habitaciones de Odette: "Mathieu me inquieta. No puedo decirte por qué, pero no es razonable." ¿Qué contestaría ella? ¿Representaría el papel de esposa madura y reflexiva, o bien saldría del paso con alguna rápida afirmación sin apartar la mirada de su libro?

"¡Hombre!—se dijo Mathieu—, se me ha olvidado decir adiós a Odette." Le remordió la conciencia: estaba en disposición de tener remordimientos. "¿Será verdad? ¿Acaso mantengo yo a Marcelle en una posición humillante?" Recordó las violentas diatribas de Marcelle contra el matrimonio. "Una vez, hace cinco años, se lo propuse." A decir verdad, la proposición fue hecha un poco a la ligera, pero lo cierto es que Marcelle se le rió en las narices. "Sufro un complejo de inferioridad delante de mi hermano." Pero no, no era eso, cualquiera que fuese su sentimiento de culpabilidad, porque Mathieu siempre se daba él mismo la razón en contra de Jacques. "Pero no cabe duda de que el cochino de él me tiene cogido: cuando frente a él pierdo la vergüenza, siento vergüenza por él. Está visto—pensó—: nunca termina uno con la familia. Es como la viruela loca: la padece uno de niño y queda marcado para toda la vida." Existía una tasca en la esquina de la calle Montorgueil. En ella entró y pidió una ficha; la cabina estaba en un rincón sombrío. Tenía el corazón oprimido al descolgar el auricular.

—Oiga, oiga, ¿Marcelle?

Esta tenía el teléfono en su dormitorio.

—¿Eres tú?—preguntó.

—Sí.

—¿Qué hay?
—Pues hay que con la vieja no hay nada que hacer.
—¡Hum!—exclamó Marcelle como incrédula.
—¡Palabra! Estaba medio borracha y apesta su casa; es una porquería. Si vieses sus manos... Además, es una mula.
—Bueno, ¿entonces?
—Pues que tengo a la vista a alguien estupendo indicado por Sarah.
—¡Ah!—le dijo Marcelle indiferente, añadiendo—: ¿Cuánto?
—Cuatro mil.
—¿Cuánto?—repitió Marcelle.
—Cuatro mil.
—¡Ya lo ves! No es posible. Es preciso que yo vaya...
—Tú no irás—dijo Mathieu enérgicamente—. Lo pediré prestado.
—¿A quién? ¿A Jacques?
—Salgo ahora de su casa: se niega.
—¿Y Daniel?
—El puerco ese, también me lo ha negado. He estado con él esta mañana. Aseguraría que está forrado de billetes.
—¿No le habrás dicho que era para... eso?—preguntó Marcelle impaciente.
—No—aseguró Mathieu.
—¿Qué vas a hacer?
—No lo sé—al notar que su voz carecía de seguridad, añadió con fuerza—: No te preocupes: los encontraré dentro de las cuarenta y ocho horas que me han dado como plazo. Aunque el diablo esté por medio, se encontrarán esos cuatro mil francos.
—Bueno, bueno; encuéntralos—dijo Marcelle en tono muy raro—, encuéntralos.
—Ya te telefonearé. ¿Nos vemos mañana?
—Sí.
—Tú, ¿cómo te encuentras?
—No del todo mal.

—No estás... demasiado molesta; no...

—Sí—contestó secamente Marcelle—. Tengo angustia —y añadió más suavemente—: En fin, pobre amigo mío, que te salga todo bien.

—Te llevaré los cuatro mil francos mañana por la noche—aseguró Mathieu. Titubeó algo y dijo esforzándose—: Te quiero.

Marcelle colgó sin responder.

Salió de la cabina y al cruzar la sala oía aún la seca voz de Marcelle: "Tengo angustia." "Me echa la culpa y, sin embargo, hago todo lo que puedo. En una posición humillante. ¿Acaso la sostengo en una posición humillante? ¿Y si...—se detuvo en el borde de la acera—, y si ella quisiera dar a luz?" En ese caso, cambiaba la decoración: bastaba con pensar en ello durante un segundo y todo cambiaba de aspecto, todo adquiría otro sentido, y Mathieu, el mismo Mathieu, se transformaba de pies a cabeza. No había cesado de mentirse, era un gran marrano. "Felizmente, no era aquello verdad, no podía ser verdad; a menudo la he oído burlarse de sus amigas casadas cuando estaban embarazadas: vasos sagrados las llamaba, y decía: 'Revientan de orgullo porque van a parir.' Cuando así se ha proclamado, no se tiene ningún derecho a cambiar a la chita callando: sería un abuso de confianza. Marcelle es incapaz de cometer un abuso de confianza; me lo hubiese dicho; no había razón alguna para no decírmelo, puesto que todo nos lo decimos. Y ya basta, ¡basta!" Estaba ya harto de dar vueltas y más vueltas en aquel monte inextricable. Marcelle, Ivich, el dinero, el dinero, Ivich, Marcelle... "Haré todo lo que sea necesario, pero querría no pensar más en ello. Por amor de Dios, quisiera pensar en otra cosa." Pensó en Brunet, pero eso era más triste todavía: una amistad muerta; solo de pensar que iba a verle, se ponía aún más triste. Vio un quiosco de periódicos y se acercó a él:

—*Paris-Midi,* por favor.

Se había acabado. Adquirió otro al azar: era *Excelsior.* Mathieu dio las diez perras chicas y se fue. No era *Ex-*

celsior un periódico ofensivo; era un papel gordo, triste y resbaladizo como la tapioca. No conseguía encolerizar: os quitaba sencillamente el gusto a la vida mientras se leía. Esto leyó Mathieu: "Bombardeo aéreo de Valencia." Alzó la cabeza algo irritado: la calle Réaumur parecía de cobre ennegrecido. Las dos, el momento del día en que el calor era más siniestro: se retorcía y crepitaba en el centro de la calzada cual una larga chispa eléctrica. "Cuarenta aviones dan vueltas por el centro de la ciudad durante una hora, lanzando ciento cincuenta bombas. No se conoce aún el número de muertos y heridos." Vio por el rabillo del ojo, debajo de los titulares, un texto corto y recuadrado, en cursiva, que parecía expresivo y documentado: "De nuestro enviado especial"; daba cifras. Mathieu volvió la hoja, pues no tenía ganas de saber más. Un discurso del señor Flandin en Bar-le-Duc. Francia resguardada tras de la línea Maginot... Stokovsky nos hace declaraciones: nunca me casaré con Greta Garbo. Algo nuevo acerca del asunto Weidmann. La visita del rey de Inglaterra: cuando París espera a su Príncipe Encantador. Todos los franceses... Mathieu se sobresaltó y pensó: "Todos los franceses son unos puercos." Eso mismo le había escrito Gómez desde Madrid en cierta ocasión. Plegó el periódico y se puso a leer en primera página el mensaje de su enviado especial. Ya había habido cincuenta muertos y trescientos heridos; todavía no había terminado el recuento, ya que seguramente se descubrirían cadáveres bajo los escombros. Ni aviones, ni D. C. A. para contraatacar. Mathieu se consideraba algo culpable. Cincuenta muertos y trescientos heridos: ¿qué quería eso decir exactamente? ¿Un hospital completo? ¿Algo parecido a un grave accidente de tren? Cincuenta muertos. Existían miles de hombres en Francia que aquella mañana no pudieron leer la noticia sin que la cólera les ahogase, miles de hombres que habían apretado los puños murmurando: "¡Cerdos!" También Mathieu apretó los suyos y también murmuró: "¡Cerdos!", y se sintió aún más culpable. Si por lo menos hubiese podido encontrar en

él una pequeña emoción viva y modesta, consciente de sus límites... Pero no: estaba vacío, había ante sus ojos una cólera enorme, desesperada; él la veía, hubiera podido tocarla. Pero estaba inerte: esperaba para vivir, para estallar, para sufrir, que él le prestase su cuerpo. Era la cólera de los demás. "¡Cerdos!" Apretaba el paso, cerraba los puños, mientras avanzaba a grandes zancadas, pero la cólera no entraba en él, se quedaba fuera. "Yo he estado allí, en Valencia; he visto sus festejos en el treinta y cuatro, y también una corrida con Ortega y El Estudiante." Su imaginación daba vueltas por encima de la ciudad, buscando una iglesia, una calle, la fachada de una casa de las que podía decir: "Todo eso lo he visto yo y lo han destruido: ya no existe." ¡Ya está! Su pensamiento se detuvo sobre una calle sombría, aplastada por monumentos enormes. "La he visto yo." Por ella se paseaba por la mañana, asfixiándose en la ardiente sombra, bajo un cielo que abrasaba desde lo alto por encima de las cabezas. Ya está. *Las bombas han caído en esta calle, sobre los grandes monumentos grises; la calle se ha ensanchado enormemente, y ahora penetra hasta el interior de las casas. Ya no hay sombra en la calle, el cielo se ha fundido y, vertiéndose por la calzada, cae de lleno sobre los escombros.* Algo se disponía a nacer: una tímida aurora de cólera. ¡Ya está! Pero se desinfló, se aplanó; estaba desierto, andaba a pasos contados, con el decoro de un sujeto detrás de un entierro, en París, no en Valencia, en París, perseguido por un fantasma de cólera. Los cristales flameaban y los autos se deslizaban por la calzada; caminaba entre hombrecillos vestidos con claras telas, entre franceses que no miraban al cielo, que el cielo no les asustaba. Y, sin embargo, era real: allá abajo, en alguna parte, bajo el mismo cielo, los autos se han detenido, los cristales han saltado hechos añicos, mujeres estupefactas, mudas, permanecen en cuclillas con aspecto de gallinas muertas cerca de verdaderos cadáveres y de cuando en cuando elevan sus miradas al cielo, al cielo venenoso. Todos los franceses son unos cerdos. Ma-

thieu sufría un verdadero calor. Se pasó el pañuelo por la frente y pensó: "La verdad es que no se puede sufrir por lo que uno quisiera." Allá abajo se había producido un hecho formidable y trágico, que exigía que por él se sufriera... "Y no puedo, no penetro en el drama. Me hallo en París, en medio de mis presencias: Jacques, detrás de su mesa-despacho, diciéndome 'no'; Daniel, que ríe burlón; Marcelle, en su habitación rosa, e Ivich, a la que esta mañana he besado. Su verdadera presencia, repugnante a fuerza de ser verdadera. Cada cual tiene su mundo, y el mío es un hospital con Marcelle embarazada dentro y ese judío que me exige cuatro mil francos. También existen otros mundos. Gómez. El sí estaba en el ajo, y se fue, era lo suyo. Y el individuo de ayer. Ese no se ha ido: debe de andar errante por esas calles. Pero si coge un periódico y lee: 'Bombardeo de Valencia', no tendrá necesidad de esforzarse para sufrir allá, en la población martirizada. ¿Por qué estoy yo en este mundo repugnante de alborotos, de instrumentos quirúrgicos, de sobos taimados en los taxis, en este mundo sin España? ¿Por qué no estoy metido en el fregado con Gómez, con Brunet? ¿Por qué no he tenido ganas de luchar? ¿Acaso podía elegir otro mundo? ¿Estoy todavía libre? Puedo ir donde me plazca sin encontrar oposición, pero es peor: estoy en una celda sin barrotes, estoy separado de España por..., por nada, y, sin embargo, para mí es infranqueable." Miró la última página de *Excelsior:* fotos del enviado especial. Cuerpos alargados sobre la acera a lo largo de una pared. En el centro de la calzada, una comadre gorda, tumbada boca arriba, subidas las faldas por encima de sus caderas, estaba decapitada. Mathieu plegó el periódico y lo tiró al arroyo.

Boris le acechaba delante del portal del inmueble. Cuando apareció Mathieu adoptó un aire frío y distante: su aspecto alocado.

—Acabo de llamar a su puerta—dijo—. Creo que usted no estaba.

—¿Está usted seguro?—le preguntó Mathieu en idéntico tono.

—No, en absoluto—contestó Boris—. Lo único que puedo asegurarle es que no me ha abierto.

Mathieu le miró titubeando. Acababan de dar las dos, y Brunet no llegaría antes de una media hora.

—Suba usted conmigo—dijo—, y así estaremos más tranquilos.

Subieron. Ya en la escalera, Boris dijo con voz natural:

—¿De acuerdo para esta noche en el *Sumatra?*

Mathieu se volvió y fingió estar buscando las llaves en el bolsillo:

—No sé seguro si iré—contestó—. He pensado que Lola tal vez prefiriera estar sola con usted.

—Así es ciertamente—afirmó Boris—. Pero eso, ¿qué importa? Será correcta. Y de todos modos no estaríamos solos: también estará Ivich.

—¿La ha visto usted?—preguntó Mathieu mientras abría la puerta.

—Acabo de dejarla—respondió Boris.

—Pase—y se apartó para que entrara.

Boris pasó delante de Mathieu y se dirigió con toda familiaridad, lleno de desenvoltura, hacia el despacho. Mathieu miró sin gran afecto aquella espalda delgada: "Ya la ha visto", pensó.

—¿Vendrá usted?—preguntó Boris.

Se volvió hacia Mathieu y se le quedó mirando, sonriendo afablemente. Aquel preguntó:

—¿Ivich no le ha dicho nada para esta noche?

—¿Para esta noche?

—Sí. Yo me preguntaba si ella iría, pues la veía muy preocupada con sus exámenes.

—De todos modos—dijo Boris—, está decidida a ir. Ha dicho que será muy divertido estar juntos los cuatro.

—¿Juntos los cuatro?—repitió Mathieu—. ¿Ha dicho los cuatro?

—Pues, sí—dijo Boris cándidamente—. Está Lola.

—Entonces cuenta con que yo vaya.

—Naturalmente—afirmó Boris.

Hubo un silencio. Boris se había asomado al balcón y contempló la calle. Mathieu se unió a él y le propinó un palmetazo en la espalda:

—Me gusta mucho su calle—dijo Boris—, pero a la larga debe a uno aburrirle. Siempre me ha extrañado que viva usted en un piso.

—¿Y por qué?

—¡Qué sé yo! Libre como usted está, debería liquidar sus muebles y vivir en un hotel. ¿Se da usted cuenta? Un mes se instalaría en una jaula en Montmartre, otro en el faubourg del Temple, otro en la calle Mouffetard...

—¡Bah!—replicó molesto Mathieu—. ¿Qué más da?

—Efectivamente—dijo Boris después de estar abstraído bastante tiempo—. La cosa carece de importancia—y, contrariado, añadió—: Han llamado.

Mathieu fue a abrir: era Brunet.

—¡Salud!—dijo Mathieu—. Te..., te has adelantado.

—Pues, sí—dijo Brunet sonriendo—. ¿Te molesta?

—En absoluto...

—¿Quién es ese?—preguntó Brunet.

—Boris Serguine—contestó Mathieu.

—¡Ah! El famoso discípulo—dijo Brunet—. No lo conocía.

Boris se inclinó con frialdad y retrocedió hasta el fondo de la sala. Mathieu permanecía, brazos caídos, delante de Brunet.

—Detesta que le tomen por discípulo mío.

—Comprendido—dijo Brunet sin inmutarse.

Liaba un cigarrillo entre sus dedos, indiferente y firme, bajo la mirada llena de odio de Boris.

—Siéntate—le invitó Mathieu—. Ahí, en la butaca.

Brunet se sentó en una silla.

—No—rechazó sonriendo—. Las butacas son corruptoras...—y añadió—: ¿De modo, viejo social traidor, que para poder verte hay que acudir a tu antro?

—No es mía la culpa—respondió Mathieu—. He tra-

tado de verte muchas veces sin conseguirlo: no hay medio de dar contigo.

—Es cierto—dijo Brunet—. Me he convertido en algo parecido a un viajante de comercio. Me obligan a moverme de tal manera, que hay días que me cuesta encontrarme a mí mismo—y añadió simpático—: Cuando te veo, es cuando me encuentro con más facilidad. Me parece como si me hubiese quedado en depósito en tu casa.

Mathieu le sonrió agradecido:

—Pienso a menudo que debiéramos vernos con mayor frecuencia. Creo que envejeceríamos más despacio si pudiésemos vernos los tres más a menudo.

Brunet le miró sorprendido:

—¿Los tres?

—Desde luego: Daniel, tú y yo.

—¡Daniel, naturalmente!—dijo Brunet estupefacto—. ¡Existe aún ese amigazo! Le ves de cuando en cuando, ¿no?

La alegría de Mathieu desapareció: cuando encontraba a Portal o a Bourrelier, Brunet debía de decirles con el mismo tono aburrido: "¿Mathieu? Es profesor del liceo Buffon. Lo sigo viendo de vez en cuando."

"Lo sigo viendo de vez en cuando, sí, figúrate", repitió para sus adentros.

Callaron. Brunet había puesto las manos extendidas sobre sus rodillas. Estaba pesado y macizo, sentado en una silla de Mathieu, inclinada la cara obstinadamente hacia la llama de una cerilla. La sala estaba llena de su presencia, del humo de su cigarrillo, de sus gestos lentos. Mathieu miraba sus manos de campesino y pensó: "Ha venido." Notó que la confianza y la alegría intentaban tímidamente renacer en su corazón.

—Y aparte todo eso—interrogó Brunet—, ¿qué es de tu vida?

Mathieu se sentía molesto: de hecho no tenía nada que decir, pero dijo:

—La de siempre.

—Ya me doy cuenta: catorce horas semanales de cla-

se y un viaje al extranjero durante las vacaciones veraniegas.

—Pues sí—dijo Mathieu riéndose y evitando fijar en Boris la mirada.

—Y tu hermano, ¿siempre sigue siendo cruz-de-fuego?

—No—dijo Mathieu—; él matiza. Dice que los cruz-de-fuego no son lo suficientemente dinámicos.

—Buena presa para Doriot—dijo Brunet.

—Hablamos de ello... Mira, acabo de pelearme con él —dijo Mathieu sin reflexionar.

Brunet le lanzó una mirada aguda y rápida.

—¿Por qué causa?

—Siempre por lo mismo: le pido un favor y me responde con un sermón.

—Y entonces tú le das un bufido. Es cómico—dijo Brunet—. ¿Acaso crees que vas a conseguir que cambie?

—Ya lo sé que no—respondió Mathieu molesto.

Callaron un momento y Mathieu pensó con tristeza: "Progresamos; aún iríamos mejor si Boris hubiese tenido una buena idea: la de irse." Pero no se le había ni ocurrido: permanecía en su rincón, erizado, como un galgo herido. Brunet se había sentado a horcajadas en su silla, y también él obsequiaba a Boris con su pesada mirada. "Está deseando que se vaya.", pensó Mathieu con satisfacción. Se dedicó a lanzar sobre Boris miradas oblicuas: tal vez acabaría por comprender bajo el fuego combinado de las dos miradas, pero Boris no se movía. Brunet dijo claramente:

—Joven, ¿sigue usted dedicándose a la filosofía?—le preguntó.

Boris afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿En qué está?

—Estoy terminando mi licenciatura—contestó Boris secamente.

—Su licenciatura—dijo Brunet absorto—. Su licenciatura. Pues, mi enhorabuena...—y sin rodeos le preguntó—: ¿Acaso le molestaría que me llevara a Mathieu por un momento? Usted tiene la suerte de verle a diario, en

cambio yo... ¿Quieres que demos una vuelta por ahí fuera?—preguntó a Mathieu.

Boris avanzó hacia Brunet y le dijo con rudeza:

—Comprendido. Quédense, quédense; soy yo el que se marcha.

Hizo una ligera inclinación: estaba ofendido. Mathieu le acompañó hasta la puerta de la escalera y muy afectuosamente le dijo:

—Hasta la noche, ¿no? Yo estaré allí hacia las once.

Boris le sonrió y le contestó:

—Hasta esta noche.

Mathieu cerró la puerta y volvió a reunirse con Brunet.

—Bueno—dijo frotándose las manos—, les has echado.

Los dos rieron. Brunet preguntó:

—Tal vez haya sido algo brutal. ¿No me lo reprochas?

—Al contrario—contestó Mathieu, sin dejar de reír—; ya está acostumbrado. Por lo demás, estoy encantado de hablar contigo a solas.

—Estaba yo deseando también que se fuera, porque no dispongo más que de un cuarto de hora—dijo Brunet con voz tranquila.

La risa de Mathieu paró en seco.

—¡Un cuarto de hora!—añadió vivamente—: Ya lo sé, ya lo sé: no dispones de tu tiempo. Ya es bastante amable que te hayas decidido a venir.

—A decir verdad, tenía ocupada toda la jornada. Pero esta mañana, al ver tu jeta, he pensado: es indispensable que hable con él.

—¿Tenía tan mala jeta?

—Pues sí, pobre amigo mío. Demasiado amarilla, demasiado inflada, con un rictus en los párpados y en las comisuras de los labios—y añadió afectuosamente—: Me he dicho para mis adentros: no quiero que me lo hundan.

Mathieu tosió y dijo:

—No creí que tuviera una cara tan expresiva... Había pasado mala noche—añadió con voz lamentable—. Tengo contratiempos... ¡Oh!, ya puedes figurártelo. Como todo el mundo: apuros de dinero.

Brunet no parecía muy convencido y dijo:

—Más vale que sea así. Ya saldrás del mal paso. Pero dabas más bien a entender que eras un individuo que acababa de darse cuenta de haber vivido basado en ideas que no compensan.

—¡Oh!, las ideas...—dijo Mathieu con vago ademán, mirando a Brunet con humilde gratitud y pensando: "Por eso ha venido. Tenía ocupada toda su jornada, una serie de citas importantes, y se ha tomado el trabajo de acudir para socorrerme." Pero mejor hubiese sido que Brunet hubiera obedecido a un simple deseo de verle.

—Escúchame—dijo Brunet—. No quiero andar con rodeos. He venido para hacerte una proposición: ¿quieres alistarte en el partido? Si aceptas, te llevo conmigo y en veinte minutos todo está arreglado.

Mathieu se sobresaltó y preguntó:

—¿Al Partido... Comunista?

Brunet se echó a reír; se habían arrugado sus párpados y mostraba sus dientes deslumbrantes. Dijo:

—Naturalmente. No querrías que te hiciese alistarte en el de La Rocque...

Hubo un silencio que rompió Mathieu, haciendo suavemente esta pregunta:

—Brunet, ¿por qué te interesa tanto que yo me haga comunista? ¿Por mi bien o por el bien del partido?

—Por tu bien—respondió Brunet—. No es necesario que adoptes una postura de sospechoso, no me he convertido en sargento de enganche del Partido Comunista. Y quede esto bien sentado: el partido no te necesita para nada. Para él tú no representas más que un pequeño caudal de inteligencia (porque intelectuales tenemos hasta para vender). En cambio, tú tienes necesidad del partido.

—Es por mi bien—repitió Mathieu—. Por mi bien... Escucha—dijo reaccionando bruscamente—, no esperaba tu... proposición, me coges desprevenido, pero... Pero me gustaría saber lo que tú piensas. Como sabes, vivo rodeado de muchachos que solo se ocupan de ellos mismos y que me admiran por principio. Nunca me habla nadie

de mí; también a mí a veces me cuesta encontrarme. En ese caso, ¿crees tú que tengo necesidad de afiliarme?

—Sí—dijo Brunet enérgicamente—. Sí, necesitas afiliarte. Pero ¿no te das cuenta de ello?

Mathieu sonrió tristemente: pensaba en España.

—Has seguido tu camino—dijo Brunet—. Eres hijo de burgués, y así no podías venir a nosotros: ha sido necesario que te liberes. Ahora, ya es otra cosa: eres libre. Pero ¿de qué serviría esa libertad si no te afiliases? Has empleado treinta y cinco años para limpiarte, y el resultado ha sido el vacío. Eres un bicho raro, ¿te das cuenta? —continuó en tono amistoso—. Vives en el aire, has roto tus amarras burguesas, no tienes ningún lazo con el proletariado, flotas, eres un abstracto, un ausente. No todos los días debe de ser eso agradable.

—No—afirmó Mathieu—, no siempre es agradable.

Se acercó a Brunet y le sacudió los hombros: le tenía gran aprecio.

—¡Maldito proselitista!—le dijo—. ¡Maldito zorro! Me agrada que me digas lo que me dices.

Brunet, siguiendo su propósito, le dijo insistente:

—Para ser libre has renunciado a todo. Da un paso más, renuncia a tu libertad misma: todo te será devuelto.

—Hablas como un sacerdote—dijo Mathieu riendo—. Seriamente te diré, querido amigo mío, que eso no representaría ningún sacrificio. Sé perfectamente que yo recobraría todo: la carne, la sangre, las verdaderas pasiones. Sabrás, Brunet, que he acabado por perder el sentido de la realidad: nada me parece absolutamente verdad.

Brunet no respondió; meditaba. Su cara, apesadumbrada, era color ladrillo, rasgos caídos, rojas cejas pálidas y largas. Parecía un prusiano. Cada vez que Mathieu le veía, experimentaba una especie de curiosidad inquieta en la nariz: aspiraba suavemente, esperando respirar de pronto un fuerte olor animal. Pero Brunet era inodoro.

—Tú sí que eres real—dijo Mathieu—. Todo lo que tú tocas cobra el aspecto de realidad. Desde que estás en

esta mi habitación, ella me parece verdadera y me da asco—y añadió bruscamente—: Eres un hombre.

—¿Un hombre?—preguntó sorprendido Brunet—. Lo contrario sería inquietante. ¿Qué quieres decir?

—Nada más que lo que digo: has elegido ser hombre.

Un hombre de potentes músculos trabados, que pensaba cortas verdades severas; un hombre recto, cerrado, seguro de sí mismo, terrestre, refractario a las tentaciones del arte, de la psicología, de la política: todo un hombre, solo un hombre. Y Mathieu estaba allí, frente a él, indeciso, mal envejecido, mal cocido, acosado por todos los vértigos de lo inhumano. Pensó: "Yo no tengo la apariencia de un hombre."

Brunet se levantó y se acercó a Mathieu.

—Haz lo que yo—le dijo—. ¿Qué te lo impide? ¿Acaso te figuras que podrás vivir entre paréntesis toda tu vida?

Mathieu le miró titubeante. Le dijo:

—Tienes razón, es evidente. Y si llego a elegir, elegiré estar con vosotros. No existe otra elección.

—No hay otra elección—repitió Brunet haciendo una pausa antes de preguntar—: ¿Entonces?

—Déjame respirar un poco—dijo Mathieu.

—Respira—replicó Brunet—, respira, pero date prisa. Mañana serás demasiado viejo, habrás adquirido tus costumbritas, serás esclavo de tu libertad. Y puede que también el mundo sea demasiado viejo.

—No te comprendo—dijo Mathieu.

Brunet le miró y le replicó rápidamente:

—La guerra estallará en septiembre.

—Bromeas—dijo Mathieu.

—Puedes creerme. Los ingleses lo saben, el gobierno francés ha sido informado: la segunda semana de septiembre, los alemanes entrarán en Checoslovaquia.

—Esos informes...—dijo contrariado Mathieu.

—Pero ¿es que no comprendes nada?—interrogó Brunet fastidiado. Después, se rehízo y añadió más amable—: Verdad que si tú comprendieses, yo no tendría necesidad

de poner los puntos sobre las íes. Oyeme bien: tú serás carne de cañón igual que yo. Admitamos que te veas obligado a ir a filas en el estado que te encuentras: te expones a reventar como una burbuja; habrás pasado tu vida en un sueño durante treinta y cinco años, y el día menos pensado una granada hará estallar todos tus ensueños, morirás sin despertar. Has sido un funcionario abstracto, tú serás un héroe irrisorio y tú te irás de este mundo sin haber comprendido nada, para que el caballero Schneider conserve sus intereses en las fábricas Skoda.

—¿Y tú?—interrogó Mathieu. Luego, añadió sonriente—: Mi pobre amigo, mucho me temo que el marxismo no proteja contra las balas.

—También yo lo temo—confirmó Brunet—. ¿Sabes dónde me mandarán a mí? Más allá de la línea Maginot: es algo así como tener garantizado el matadero.

—¿Entonces?

—Pero no es igual: es un riesgo asumido. Ahora nada puede arrebatar el sentido de mi vida, nada puede impedir que constituya un destino.

Añadió con viveza:

—Como la de todos los camaradas, por otra parte.

Diríase que temía pecar de orgulloso.

Mathieu no respondió, fue a apoyarse en el balcón y pensó: "¡Qué bien se ha expresado!" Brunet tenía razón: su vida era un destino. Su edad, su clase, su tiempo, había recobrado todo, asumido todo; había elegido la metralla que le daría en la sien, la granada alemana que le destriparía. Se había afiliado, había renunciado a su libertad, no era más que un soldado. Y le habían devuelto todo, incluso la libertad. "Es más libre que yo: está de acuerdo consigo mismo y también con el partido." Allí estaba, completamente real, con un auténtico gusto a tabaco en la boca; los colores y las formas que abarcaba con la mirada eran más verídicos, más densas que las que Mathieu podía ver, y, no obstante, en el mismo momento, se extendía a través de toda la tierra, sufriendo y lu-

chando con los proletarios del mundo entero. "En el mismo momento, en este momento, hay mortales que se acribillan a balazos, a bocajarro, en los suburbios de Madrid; hay judíos austríacos que agonizan en los campos de concentración, hay chinos bajo los escombros de Nankín, y yo estoy aquí, lozano, sintiéndome libre. Dentro de un cuarto de hora me pondré el sombrero y me iré a pasear al Luxemburgo." Se volvió hacia Brunet y le miró con amargura. "Soy un irresponsable", pensó.

—Han bombardeado Valencia—soltó de repente.

—Lo sé—dijo Brunet—. No hay en la ciudad ni un solo cañón D. C. A. Han arrojado las bombas sobre un mercado.

No había apretado los puños, no había abandonado su tono apacible, su conciencia estaba algo dormida y, sin embargo, era él el bombardeado, era a sus hermanos y hermanas, a sus hijos a quienes habían matado. Mathieu se dejó caer en una butaca. "Tus butacas son corruptoras." Se levantó rápidamente y se sentó en la orilla de la mesa.

—¿Y qué?—preguntó Brunet, en expectativa.

—Pues que tienes suerte—le contestó Mathieu.

—Suerte, ¿porque soy comunista?

—Desde luego.

—Tienes unas salidas... Eso se elige, querido.

—De acuerdo. Tienes suerte por haber podido elegir.

La cara de Brunet se endureció:

—Eso quiere decir que tú no tendrás esa suerte.

Ha llegado el momento que se impone la respuesta. Está esperando el sí o el no. Entrar en el partido, dar a la vida un sentido, elegir ser un hombre, actuar, creer. Sería la salvación. Brunet no apartaba de él la mirada:

—¿Te niegas?

—Sí—dijo Mathieu desesperado—. Sí, Brunet, me niego.

Pensó: "Ha venido a ofrecerme lo mejor que hay."

—No es una contestación definitiva, ¿sabes?—añadió—. Puede que más adelante...

Brunet se encogió de hombros.

—¿Puede que más tarde? Si cuentas con una luz inte-

rior para decidirte, te arriesgas a tener que esperar mucho tiempo. ¿Acaso crees que yo era un convencido cuando entré en el Partido Comunista? Las convicciones se van formando.

Mathieu sonrió tristemente.

—Ya lo sé: arrodíllate y creerás. Puede que tengas razón. Pero yo prefiero primero creer.

—Naturalmente—dijo impaciente Brunet—. Sois todos iguales, vosotros los intelectuales: todo falla, todo desaparece, los fusiles caminarán solos y vosotros permanecéis inmóviles, impasibles, reclamando el derecho de estar convencidos. ¡Ah!, si pudieras verte con mis ojos, comprenderías que el tiempo apremia.

—Está bien, sí; el tiempo apremia. ¿Y qué más?

Brunet, indignado, se dio un manotazo en la pierna.

—Bueno; aparentas lamentar tu escepticismo, pero con él te quedas. Esa es tu comodidad moral. En cuanto la atacan, a ella te acoges ávidamente como tu hermano se agarra a su dinero.

Mathieu dijo con suavidad:

—¿Acaso me encuentras áspero en este momento?

—No digo tanto...—balbució Brunet.

Hubo un silencio. Parecía que Brunet se había calmado: "Si acertara a comprenderme", pensó Mathieu. Realizó un esfuerzo: convencer a Brunet era el único medio a su alcance de convencerse a sí mismo.

—No tengo nada que defender: no estoy nada orgulloso con mi vida y no tengo un chavo... ¿Mi libertad? Me pesa: llevo ya varios años siendo libre en balde. Me muero de deseos de cambiarla de una vez por una certeza. ¡Qué más quisiera yo que trabajar con vosotros! Eso me cambiaría a mí mismo, me hace falta olvidarme un poco de mí. Porque pienso, como tú, que uno no es hombre mientras no ha dado con algo por lo cual se aceptaría la muerte.

—Entonces, ¿en qué quedamos?—dijo con cierta alegría.

—Pues ya lo ves: en que no puedo afiliarme, no tengo

suficientes motivos para ello. Protesto contra los mismos, como vosotros, contra las mismas cosas, pero no lo bastante. Soy incapaz de todo. Si me decidiera a desfilar levantando los puños cantando la *Internacional* y sintiéndome satisfecho con eso, mentiría a mí mismo.

Brunet había adquirido su aspecto más macizo, más campesino: parecía una torre. Mathieu le miró desesperado.

—Brunet, ¿llegarás a comprenderme? Dime: ¿me comprendes?

—No sé si te comprendo del todo—dijo Brunet—. De todos modos, no tienes por qué justificarte, pues nadie te acusa. Te reservas para una ocasión más propicia, y tienes derecho a ello. Deseo que se te presente lo antes posible.

—También yo lo deseo.

Brunet le observó con curiosidad:

—¿Estás muy seguro?

—Claro que sí.

—¿Sí?, pues me alegro... Pero me temo que no se presente tan pronto.

—También yo abrigo los mismos temores—dijo Mathieu—. He pensado que quizá no se presente nunca, o demasiado tarde, cuando la ocasión se haya esfumado.

—En cuyo caso...

—Pues que, en ese caso, seguiría siendo un pobre diablo. Nada más.

Brunet se levantó.

—Nada más—dijo—. Nada más... Pues bien, mi querido amigo, pese a los pesares, me congratulo por haberte visto.

Mathieu se levantó a su vez.

—Tú no vas a dejarme así... ¿Todavía dispondrás de un minuto?

Brunet echó una ojeada al reloj:

—Estoy ya en retraso.

Otro silencio. Brunet esperaba cortésmente. "No debe marcharse; es necesario que yo le hable." Pero no encontró nada que decirle.

—No me lo tomes a mal—dijo precipitadamente.

—No te tomo nada a mal—dijo Brunet—. No estás obligado a pensar como yo.

—Eso no es cierto—dijo Mathieu desolado—. Os conozco muy bien: vosotros opináis que estamos obligados a pensar igual que vosotros; de lo contrario, uno es un puerco. Tú me tomas por un puerco y quieres llamármelo, porque juzgas el caso desesperado.

Brunet se sonrió levemente:

—Yo no te juzgo así—dijo—. Pero pienso sencillamente que estás menos alejado de tu clase de lo que yo creía.

Hablando, hablando, había llegado a la puerta. Mathieu le dijo:

—No puedes hacerte idea de lo que me ha emocionado tu visita y que me hayas ofrecido tu ayuda, solo porque tenía esta mañana una jeta muy rara. Tienes razón, te lo aseguro: necesito ser ayudado. Pero es a tu ayuda a lo que yo aspiro, no a la de Marx. Quisiera verte más a menudo y hablar contigo. ¿Pido algún imposible?

Brunet desvió la mirada:

—Bien lo quisiera yo—dijo—, pero me falta tiempo.

Mathieu pensó: "Es evidente que esta mañana se ha apiadado de mí y yo le he librado de su piedad. Ahora hemos vuelto a ser dos extraños. No tengo ningún derecho sobre su tiempo." Dijo a pesar suyo:

—Brunet, ¿ya no te acuerdas? Tú fuiste mi mejor amigo.

Brunet se entretenía con la manilla de la puerta:

—¿Por qué crees que he venido? Si hubieses aceptado mi oferta, hubiésemos podido trabajar juntos...

Callaron. Mathieu pensaba: "Tiene prisa y revienta de ganas de irse." Brunet añadió sin dirigirle la mirada:

—Siempre te tengo cariño. Me simpatiza tu jeta, tus manos, tu voz, y no digamos nuestro recuerdo. Pero todo eso nada tiene que ver con lo que hemos hablado: ahora, mis únicos amigos son los camaradas del partido, con los cuales comparto un mundo en común.

—¿Y crees que ya no tenemos nada en común?—preguntó Mathieu.

Brunet se encogió de hombros y no respondió. Hubiese bastado una palabra, una sola palabra para que Mathieu hubiera vuelto a encontrar la amistad de Brunet, la razón de vivir. Ahora se había sumido en un letargo. Mathieu se irguió bruscamente:

—No quiero retenerte. Ven a verme siempre que dispongas de tiempo.

—Naturalmente—dijo Brunet—. En cuanto a tí, si cambiases de opinión, ponme unas letras.

—Naturalmente—aprobó Mathieu.

Ya Brunet había abierto la puerta. Sonrió a Mathieu y se fue. Mathieu pensó: "Fue mi mejor amigo."

Se ha marchado. Iba por esas calles cimbreándose y balanceándose como un marino, y las calles volvían a la realidad una por una. Pero la realidad de aquella habitación había desaparecido con él. Mathieu contempló la butaca verde y corruptora, sus sillas, sus cortinas verdes y pensó: "No volverá a sentarse en mis sillas, no mirará más mis cortinas mientras lía un cigarrillo." La sala no era más que una mancha de luz verde, que temblaba al paso de los autobuses. Mathieu se acercó a la ventana y se acodó en los barrotes. Pensaba: "Yo no podía aceptar", y la habitación estaba tras él como agua mansa; tan solo su cabeza emergía. La habitación corruptora estaba tras él, su cabeza estaba fuera del agua y miraba la calle siguiendo su pensamiento: "¿Era verdad que yo no podía aceptar? ¿Era verdad que no podía aceptar?" Una niña, allá a lo lejos, saltaba a la cuerda, que se elevaba por encima de su cabeza como un asa y sacudía el suelo bajo sus pies. Una tarde de verano. La luz estaba quieta en la calle y encima de los tejados, inmóvil y fría como una eternidad.

"¿Es verdad que yo no soy un puerco? La butaca es verde y la comba parece un asa: eso es indiscutible. Pero cuando se trata de la gente, siempre todo es discutible: todo lo que hacen puede explicarse de arriba abajo, es

como se quiera. Me he negado porque quiero ser libre: es todo lo que puedo decir. Y también puedo añadir: tengo mis miedos; me gustan mis cortinas verdes; me agrada tomar el aire por la noche en mi balcón, y no querría que eso cambiara; me place indignarme contra el capitalismo y no quisiera que lo suprimiesen, porque ya no tendría motivos para indignarme; me encanta poder ser desdeñoso y solitario, decir no, siempre no, y temería que trataran de edificar por las buenas un mundo viable, porque ya no podría decir más que sí, como todos los demás. De arriba o de abajo, ¿quién decidiría? Brunet ha decidido: piensa que soy un puerco. También Jacques, lo mismo que piensa Daniel: todos han sentenciado que soy un puerco. Ese pobre Mathieu está acabado, es un cochino. ¿Qué puedo hacer yo contra todos? Tengo que decidirme, pero ¿qué decido?"

Cuando hacía un momento había dicho no, se creía sincero, y un amargo entusiasmo había invadido el fondo de su corazón. Pero, bajo esta claridad, ¿quién hubiese podido conservar la más leve parcela de entusiasmo? Era una claridad de fin de esperanza, eternizaba todo lo que tocaba. Aquella niña saltaría eternamente la cuerda, la cuerda combearía eternamente por encima de su cabeza, y eternamente daría latigazos al suelo bajo sus pies. Mathieu la contemplaría eternamente. ¿Qué se conseguía con saltar a la cuerda? ¿Qué se conseguiría? ¿Qué se conseguiría decidiendo ser libre? Bajo esta misma claridad, en Madrid, en Valencia, muchos se habían asomado a sus ventanas, mirando las calles desiertas y eternas, diciéndose: "¿Qué se conseguiría? ¿Qué se conseguirá continuando la lucha? ¿Qué?" Mathieu entró en la habitación, pero la luz le perseguía. "Mis butacas, mis muebles." Sobre la mesa había un pisapapeles que representaba un cangrejo. Mathieu lo cogió por la espalda, como si estuviese vivo. "Mi pisapapeles." ¿Qué se conseguiría? ¿Qué se conseguiría? Dejó al cangrejo caer sobre la mesa y decidió: "¡Soy un individuo acabado!"

IX

ERAN las seis. Al salir de su despacho, Daniel se había mirado en el espejo de la antecámara y había pensado: "La cosa vuelve a empezar", y tuvo miedo. Llegó a la calle Réaumur: en ella podía esconderse, porque no era más que un *hall* al aire libre, una sala de pasos perdidos. Por la noche había vaciado los inmuebles comerciales que le rodeaban; por lo menos, no se tendría la tentación de imaginar intimidades tras de aquellas lunas oscuras. Liberado, la mirada de Daniel se deslizaba derecha por entre las almenas perforadas hasta las manchas de cielo rosa y estancado que apresaban en el horizonte.

No era fácil esconderse. Aun en la calle Réaumur estaba muy a la vista; las muchachas retocadas que salían de los almacenes le lanzaban ojeadas atrevidas que le hacían vibrar el cuerpo: "¡Cochinas!", las insultó entre dientes. Le asustaba aspirar su perfume: por mucho que se lave, la mujer siempre huele. Afortunadamente, las mujeres eran más bien pocas, no era una calle para las mujeres, y los hombres no se preocupaban de él: leían el periódico o, con aire cansado, limpiaban los cristales de sus gafas; también sonreían al vacío extrañamente. Era una verdadera multitud, aunque en realidad tuviese sus claros, que caminaba lentamente al parecer aplastada por un pesado y fatal destino de muchedumbre. Daniel se adaptó al paso de aquel lento desfile, plagió la sonrisa adormecida de aquellos hombres, su vago destino amenazador, y se perdió: no quedó en él más que el ruido sordo del alud, no fue más que una playa de luz olvida-

da: "Tengo tiempo para andar un poco; si no, llegaré demasiado pronto a casa de Marcelle."

Se irguió rígido y desconfiado: se había vuelto a encontrar a sí mismo; nunca se perdía por mucho tiempo. "Tengo tiempo para andar un poco." Lo que quería decir: voy a dar una vuelta por la *kermesse,* porque hacía ya mucho que Daniel no lograba engañarse. ¿Y para qué? ¿Quería ir allá? Pues iría. Iría porque no tenía maldita la gana de privarse de ir. Por la mañana, los gatos, la visita de Mathieu; después, cuatro horas trabajando, cuatro horas de una labor odiosa, y, por la noche, Marcelle. "Es intolerable. Bien merezco una pequeña compensación."

Marcelle era un pantano. Se dejaba doctrinar durante horas; decía: sí, sí, siempre sí, y las ideas se incrustaban en su cabeza; ella no existía más que aparentemente. No está mal divertirse a veces con los imbéciles, siguiéndoles la corriente para que se eleven en los aires, enormes y frágiles como elefantes de pega a los que basta tirar de la cuerda para que vuelvan a flotar a ras de tierra, haciendo piruetas, aturdidos, bailando al compás de los tirones de cuerda con grotescos rebotes; pero se necesita cambiar a menudo de imbéciles, pues, de lo contrario, acaba dando asco todo. Por si fuera poco, ahora Marcelle estaba podrida; en su habitación no sería posible ni respirar. Ya era lo corriente, al entrar allí, tener que ventear. No se olía a nada, sin duda, pero no podría asegurarse; siempre duraba una inquietud en los bronquios, y a veces uno parecía asmático. "Iré a la *kermesse*. No necesitaré disculparme mucho, pues la cosa no deja de ser inocente: sólo quiero contemplar a las tías cazando." La *kermesse* del bulevar Sebastopol tenía fama en su género: allí fue donde el recaudador de contribuciones Durat había sido víctima de la furcia que le había cazado. Los golfillos que deambulaban alrededor de los tragaperras, en espera de clientes, eran mucho más chuscos que sus colegas de Montparnasse: eran maricas ocasionales, palurdos mal desbastados, brutales y encana-

llados, de voz gangosa, de una picardía apelmazada, que se limitaban a sacar diez francos y la cena. Tampoco faltaban los facilones, ¡para morirse de risa!, tiernos y sedosos, de melosas voces, y algo de parpadeo, de humilde y de extraviado en la mirada. Daniel no podía soportar aquella humildad que les hacía sentirse siempre culpables. Le daban ganas de pegarles, pues siempre le asaltan a uno deseos de zurrar a un hombre que él mismo se condena de antemano; de golpearle para hundirlo más, para hacer añicos la poca dignidad que le queda. Habitualmente, él se apoyaba en una columna y les miraba fijamente mientras hacían la rosca bajo las miradas lánguidas y grotescas de sus jóvenes amantes. Aquellos facilones le tomaban por un "secreta" o por el chulo de uno de aquellos polluelos: les estropeaba todo su placer.

A Daniel le acometió de súbito una gran prisa y apresuró el paso. "¡Nos vamos a reír de lo lindo!" Tenía seca la garganta, y un aire caliente le abrasaba. Ya no veía. Tenía como una barrera delante de los ojos: el recuerdo de una claridad innoble y espesa, color yema de huevo, que le rechazaba y a la vez le atraía; experimentaba la necesidad de verla, pero todavía estaba lejos: flotaba en las bajas fachadas con olor de bodega. Desapareció la calle Réaumur; delante de él no había más que una distancia con obstáculos: los transeúntes. Se olía a pesadilla. Ahora que, en las verdaderas pesadillas, Daniel no llegaba nunca al extremo de la calle. Volvió al bulevar Sebastopol, calcinado bajo el límpido cielo, y disminuyó su prisa. *Kermesse*. Vio el letrero, comprobó que las caras de los transeúntes le eran desconocidas y entró.

Era un largo barracón polvoriento de paredes embadurnadas de ocre con la fealdad severa y el olor de un almacén de vino. Daniel se hundió en la luz amarilla, que estaba aún más triste y más mantecosa que de costumbre, porque la claridad del día la amontonaba en el fondo del salón; para Daniel, aquella claridad se parecía a la del mareo: le recordó una noche, pasada enfermo en el

vapor de Palermo. En su sala de máquinas, desierta, había una bruma amarillenta muy semejante, y en ella se despertaba sobresaltado, después de soñar, contento de volver a las tinieblas. Las horas que en la *kermesse* pasaba le parecían como si transcurrieran bajo el ritmo de un sordo martilleo de bielas.

A lo largo de las paredes había como toscas cajas, con cuatro patas: los juegos. Daniel los conocía todos: los futbolines, con sus dieciséis figurillas ensartadas en largas barras de cobre; los jugadores de polo; el automóvil de hojalata que se hacía correr sobre una pista de paño verde, entre casas y campos; los cinco gatitos negros encima del tejado, a la luz de la luna, que se tumbaban con cinco tiros de revólver; la carabina eléctrica, los distribuidores de chocolates y de perfumes... En el fondo de la sala había tres filas de cineramas que, en gruesas letras negras, destacaban los títulos de las películas: "Joven matrimonio", "Pícaras camareras", "Baño de sol", "Noche de bodas interrumpida". Un caballero con lentes se había acercado a escondidas a uno de aquellos aparatos, metió una moneda en la ranura y pegó los ojos con torpe prisa a las mirillas de mica. Daniel se asfixiaba: era el polvo, el calor, y, por si no fuera bastante, habían empezado a golpear fuerte y regularmente detrás de la pared. A la izquierda descubrió aquella atracción: varios muchachos pobremente vestidos se habían agrupado en torno al boxeador negro, maniquí de dos metros que tenía en el centro de la tripa un cojín con un disco. Eran cuatro: un rubio, un pelirrojo y dos morenos; se habían quitado las chaquetas, remangado las mangas de las camisas, dejando al descubierto sus delgados bracitos, y golpeaban como locos el cojín. Una aguja indicaba en el disco la fuerza de sus puños. Dirigieron a Daniel miradas taimadas y redoblaron la fuerza de sus golpes. Daniel les puso mala cara para hacerles comprender su equivocación y les volvió la espalda. A la derecha, cerca de la caja, a contraluz, vio a un joven alto, de carrillos grises, que vestía un terno muy arrugado, una

camisa de noche y zapatillas. Seguramente no era de los otros, porque además no parecía conocerlos: había entrado allí por casualidad—Daniel lo hubiese jurado—y contemplaba absorto una grúa mecánica. Al cabo de un momento, sin duda atraído por la linterna y el Kodak que tras la vidriera descansaban sobre un cerro de caramelos, se acercó silencioso y deslizó una moneda por la ranura del aparato; después se alejó algo y pareció volver a caer en su meditación, acariciándose las ventanas de la nariz con dedo pensativo. Daniel notó que un escalofrío le recorría la nuca: "Se gusta—pensó—, le gusta tocarse." Esos eran los más atractivos, los más románticos: aquellos cuyos más leves movimientos revelaban una inconsciente coquetería, un cariño hacia sí mismo, profundo y furtivo. El joven cogió con gesto decidido las dos manillas del aparato y se puso a maniobrarlas con competencia. La grúa giró sobre ella misma con ruido de engranajes y todo el aparato fue sacudido por temblores seniles. Daniel le hubiese deseado que ganase la linterna eléctrica, pero el tragaperras se puso a escupir caramelos multicolores que ofrecían el aspecto avaro y necio de alubias blancas. El joven no parecía decepcionado: metió la mano en el bolsillo y sacó otra moneda. "Son sus últimos cuartos—sentenció Daniel—, no ha comido desde ayer. Y no se equivocaba. Pero no debía ponerse a imaginar que existiese una vida misteriosa de privaciones, de libertad y de esperanza detrás de aquel cuerpo magro y encantador que solo de él mismo se ocupaba. Hoy no. No aquí en semejante infierno, bajo esta luz siniestra, sufriendo los golpes sordos que daban sin cesar en la pared. Sin embargo, Daniel comprendía muy bien que se dejase atrapar por uno de aquellos aparatos y dejar allí poco a poco todo su dinero para volver a insistir una y otra vez con la boca seca por el vértigo y el furor: Daniel comprendía todos los vértigos. La grúa se puso a girar con movimientos cautelosos y encarecidos: el niquelado aparato estaba satisfecho de sí mismo. Daniel tuvo miedo: había avanzado un paso, ardía de deseos de

poner su mano en el brazo del joven—sentía ya el contacto de la tela áspera y rapada—y de decirle: "No siga jugando." La pesadilla iba a volver a empezar con su gusto de eternidad, y aquel tam-tam victorioso del otro lado de la pared, y aquella marea de resignada tristeza que le estaba envolviendo, aquella tristeza infinita y familiar que iba a sumergirlo todo, exigiría días y noches para desprenderse de ella. Pero entró un individuo y Daniel se vio liberado; se irguió y tuvo la sensación de que iba a echarse a reír: "He aquí el hombre", pensó. Se había extraviado un poco, pero estaba contento, ya que había cortado sus impulsos.

El caballero avanzó con petulancia: andaba doblando bien las rodillas, rígido el busto y ágiles las piernas. "Tú usas corsé", pensó Daniel. Tendría unos cincuenta años e iba bien afeitado; su cara comprensiva, a la que la vida parecía haber amasado amorosa, tenía aspecto, debajo de sus canas, de un melocotón; una nariz florentina y una mirada más dura, mirada de circunstancia, más miope de lo que hubiese procedido. Su entrada causó sensación: los cuatro golfillos se volvieron a un tiempo, afectando idéntico aire de inocencia viciosa, y luego reanudaron sus golpes a la barriga del negro sin estar ya a lo que hacían. El caballero posó durante un instante su mirada sobre ellos con cierta reserva que no excluía la severidad, y después les dio la espalda, acercándose al futbolín. Hizo girar las barras de hierro y examinó atentamente las figurillas, sonriente, como si le divirtiera el capricho suyo que allí le había llevado. A Daniel le dijo el corazón que aquella sonrisa era falsa; todas aquellas ficciones y mentiras le horrorizaron y le entraron ganas de fugarse. Pero las ganas no le duraron más que un instante: se trataba de un impulso sin consecuencias, según costumbre. Se apoyó cómodamente en una columna y obsequió al caballero con una dura mirada. A su derecha, el joven de la camisa de cama había sacado de su bolsillo la tercera moneda y, por vez tercera, volvió a su danza silenciosa alrededor de la grúa.

El buen caballero se inclinó sobre el juego y paseó su índice por el cuerpo de fina madera de aquellos diminutos jugadores: no quiso rebajarse a dar el primer paso, considerando, sin duda, que con sus canas y su clara indumentaria podía constituir un delicioso pastel capaz de atraer hacia él a todas aquellas jóvenes mosquitas. Y, efectivamente, después de corto conciliábulo, el joven rubio se destacó del grupo, mientra echaba, sin ponérsela, la chaqueta encima de los hombros y se fue acercando a su presa caracoleando, con las manos en los bolsillos. Su ademán era temeroso y olfateador, una mirada de perro bajo las espesas cejas. Daniel examinó con asco su grupa rechoncha, sus mofletes campestres, aunque grises, que una barba incipiente empezaba ya a ensuciar. "Carne de mujer—se dijo—; se soba como masa de pan." El caballero se lo llevaría a su casa, le bañaría, le enjabonaría y hasta tal vez le perfumaría. Solo de pensarlo, Daniel sufrió un arrebato de furor. "¡Cochinos!", murmuró. El jovenzuelo se había acercado al caballero fingiendo también examinar el aparato. Los dos estaban inclinados sobre las barras y las examinaban interesados, sin mirarse. El jovenzuelo pareció tomar repentinamente una decisión extrema: apoyó un botón y con rapidez hizo girar una de las barras. Cuatro jugadorcitos describieron un semicírculo y se detuvieron cabeza abajo.

—¿Sabe usted jugar?—preguntó con dulzona voz el caballero—. ¿Querría usted darme alguna explicación? No comprendo nada.

—Mete usted diez perras y tira de la manilla. Salen unas bolas que hay que enviar al agujero.

—Pero habrá que ser dos, ¿no es así? Yo trataré de meter la bola y usted de impedirlo.

—Exactamente—aprobó el jovenzuelo, y al cabo de un instante añadió—: Es preciso ponerse uno frente a otro.

—¿Quiere usted que juguemos una partida?

—Encantado—contestó el joven.

Jugaron. El caballero dijo:

—¡Qué habilidad la de este joven! Gana siempre. Enséñeme.

—Es la costumbre—dijo modestamente el joven.

—¡Ah! ¿Practica usted? ¿Viene usted a menudo? Alguna vez, estando de paso, entro aquí. Nunca le he visto, pues de lo contrario, le hubiese reconocido. Sí, desde luego le hubiese reconocido: soy buen fisonomista, y usted tiene un tipo muy interesante. ¿Acaso es usted de Turena?

—Seguramente—contestó el joven desconcertado.

El caballero dejó el juego y se acercó a él.

—Pero la partida no ha concluido—dijo ingenuamente el muchacho—. Todavía tiene usted cinco bolas.

—Bueno, ya terminaremos luego—dijo el caballero—. Prefiero que charlemos un rato, si usted no ve inconveniente.

El joven le dedicó una conveniente sonrisa. El caballero tuvo que girar sobre sus talones para acercársele. Levantó la vista lamiéndose sus delgados labios y encontró la mirada de Daniel. Este hizo una mueca y el caballero apartó los ojos precipitadamente y pareció inquieto: se frotó las manos sacerdotalmente. El jovenzuelo no se dio cuenta de nada, con la mirada, deferente, en el vacío, esperando que le dirigieran la palabra. Después de una pausa, el caballero empezó a hablarle con unción, sin mirarle, y con apagada voz. Por mucho que Daniel aplicase el oído, no logró alcanzar más que las palabras "villa" y "billar". El muchacho, convencido, movió la cabeza.

—Debe ser níquel—dijo en alta voz.

El caballero no dijo nada y dirigió una furtiva mirada a Daniel. Este se sintió calentar por una cólera seca y deliciosa. Conocía el ritual de las despedidas: se dirían adiós, y el caballero saldría el primero con paso atareado. El muchachuelo se reuniría con sus compañeros con dejadez, golpearía una o dos veces la barriga del negro y después se iría también, despidiéndose tiernamente, arrastrando los pies. A él le tocaba seguir al otro. Y el viejo, que habría acortado el paso esperando, vería de pronto

surgir a Daniel pisando los pasos a su belleza. "¡Vaya momento!", se dijo Daniel gozándola de antemano. Devoraba con ojos justicieros el rostro delicado y mustio de su presa; temblaban sus manos, y la dicha hubiera sido completa si no fuera porque tenía seca la garganta, pues se moría de sed. Si encontrase una ocasión favorable, se les presentaría como agente de la Policía de las buenas costumbres: así le sería posible anotar el nombre del seductor y meterle un miedo espantoso. "Y si me pide que le enseñe el carné de inspector, le mostraré el salvoconducto de la Prefectura."

—Buenos días, señor Lalique—dijo una tímida voz.

Daniel se sobresaltó: Lalique era el nombre de guerra que él usaba en determinadas ocasiones. Se volvió bruscamente.

—¿Qué haces tú aquí? Te había prohibido poner aquí los pies.

Era Bobby. Daniel le había encontrado una colocación en una farmacia. Estaba más gordo. Llevaba un traje de los confeccionados en serie, completamente nuevo, que le hacía perder personalidad. Bobby había inclinado la cabeza sobre el hombro y hacía el niño: clavaba su mirada en Daniel sin responderle, con una sonrisa inocente y astuta que parecía decirle: "Cucú, ya estoy aquí." Y esa sonrisa colmó la furia de Daniel.

—¿Quieres explicarte?—le preguntó.

—Le busco desde hace tres días, señor Lalique—dijo Bobby arrastrando las palabras—. Y no conociendo su dirección, me he dicho: "Uno de estos días no dejará el señor Daniel de aparecer por aquí."

—¡Uno de estos días! ¡Indecente piltrafa!

Se atrevía a juzgar a Daniel, a hacer sus pequeños pronósticos. "Se imagina que me conoce, que puede manejarme." Pero no lo conseguiría a menos de aplastarle como a un limaco: una imagen de Daniel estaba incrustada bajo aquella frente estrecha, y allí permanecería toda la vida. Pese a su repugnancia, Daniel se sentía solidario

de aquella traza gualdera y viviente: era él quien vivía en la conciencia de Bobby.

—¡Estás feo!—dijo—. Has engordado, y, por si fuera poco, ese traje te sienta muy mal. ¿Dónde habrás podido descubrirlo? Es horroroso lo que resalta tu vulgaridad cuando te endomingas.

Bobby no pareció darse por aludido: miraba a Daniel guiñando gentilmente los ojos, sin dejar de sonreír. Daniel detestaba esa paciencia inerte de pobre, esa sonrisa blanda y tenaz como el caucho: aunque le rompieran los labios a puñetazos, permanecería quieto sangrando. Daniel echó una furtiva mirada al caballero y vio decepcionado que ya no se ocultaba: se había inclinado hacia el golfillo rubio y aspiraba su cabellera beatíficamente. "Era de esperar—pensó Daniel furioso—: me ve con este desperdicio y me toma por un colega; me he ensuciado." Odiaba esa masonería de urinario. "Se imaginan que todos son de los suyos. En cuanto a mí, preferiría darme un tiro antes que parecerme a ellos."

—¿Tú qué quieres?—preguntó brutalmente—. Tengo prisa. Por otra parte, retírate, que apestas a brillantina.

—Perdóneme—dijo Bobby sin precipitarse—. Como le he visto apoyado en el poste y no tenía usted apariencia de tener prisa, me he permitido...

—¿Sabes que te expresas muy bien?—dijo Daniel soltando la carcajada—. ¿Te has comprado una lengua fabricada en serie como tu traje?

Tales sarcasmos resbalaron en Bobby: había echado hacia atrás la cabeza y miraba al techo con voluptuosa humildad a través de sus ojos entornados. "Me llegó a simpatizar porque parecía un gato." Y frente a aquel pensamiento, Daniel no pudo reprimir un gesto rabioso: pues bien, sí, ¡un día! ¡Bobby le había gustado un día! ¿Acaso eso le confería derechos para toda la vida?

El viejo caballero se había adueñado de una mano del jovenzuelo, su amigo, y la conservaba paternalmente entre las suyas. Después le dijo adiós dándole unos toquecitos en el carrillo, dirigió una cómplice mirada a Daniel

y se alejó a grandes y danzarinas zancadas. Daniel le sacó la lengua, pero el otro ya le había dado la espalda. Bobby se echó a reír.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

—Porque ha sacado usted la lengua a la vieja marica—contestó Bobby, y añadió en un tono acariciador—: Sigue usted siendo siempre el mismo, señor Daniel: siempre tan chiquillo.

—Bueno, ya está bien—dijo asustado Daniel—. ¿Y tu farmacéutico?—preguntó asaltado por una sospecha—. ¿No estás ya en su casa?

—No he tenido suerte—respondió quejumbroso Bobby.

Daniel le miró asqueado.

—No obstante, has engordado.

El jovenzuelo rubio salió tranquilamente de la *kermesse,* rozando a Daniel al pasar. Los tres amigotes le siguieron a continuación, dándose codazos y riendo alborotadamente. "¿Qué pinto yo aquí?", se preguntó, buscando con la mirada las cargadas espaldas y la delgada nuca del muchacho de la camisa de dormir.

—¡Vamos, habla!—dijo distraído—. ¿Qué le has hecho? ¿Le has robado?

—Ha sido la farmacéutica, que me tomó ojeriza.

El joven de la camisa de dormir ya no estaba allí. Daniel se sentía fatigado y vacío. Le asustaba quedarse solo.

—Se puso de morros, porque me veía con Ralph—prosiguió Bobby.

—Yo te había dicho que no vieses a Ralph. Es una pequeña cochina.

—Entonces, ¿hay que separarse de los amigos porque tengan un ramalazo?

Siguió hablando Bobby con indignación:

—Le veía con menos frecuencia, pero no quería dejarle de repente. "Es un ladrón—decía ella—: Le prohíbo poner los pies en mi farmacia." ¿Qué quiere usted? Es un penco esa mujer. Y yo le veía fuera de allí, para que ella no me atrapara. Pero el mancebo nos vio juntos, y el puerco... que creo tiene esas aficiones—explicó pudoro-

samente Bobby—, porque cuando empecé a trabajar, todo era Bobby por aquí, pequeño Bobby por allá, hasta que me harté y tarifé con él. "Ya nos volveremos a ver", me amenazó, y se fue a la farmacia para desembuchar todo: que nos había visto juntos, que nos comportábamos incorrectamente, que la gente se volvía a mirarnos... "¿Qué te dije yo?—dijo triunfante la patrona—. Te prohíbo que le vuelvas a ver; de lo contrario, no seguirás en casa." "Señora—le dije yo entonces—, en la farmaçia mandará usted, pero cuando estoy en la calle, nada tiene que decirme." ¡Pum!

La *kermesse* se había vaciado; también el ruido había cesado tras la pared. Se levantó la cajera: era una hermosa rubia. Se fue a pasitos hacia un distribuidor de perfumes y se miró sonriente en el espejo. Dieron las siete.

—En la farmacia mandará usted, pero cuando estoy en la calle, nada tiene que decirme—repitió satisfecho Bobby.

—Entonces, ¿te han echado?—preguntó Daniel a flor de labios.

—Soy yo quien me he marchado—respondió dignamente Bobby—. He dicho: prefiero irme. Y eso que no tenía un céntimo, ¿eh? No han querido pagarme ni lo que me debían; pero ¿qué se va a hacer? Yo soy así. Duermo en casa de Ralph por la tarde, ya que durante la noche recibe a una dama mundana: tienen relaciones. No he probado bocado desde anteayer—miró acariciador a Daniel y añadió—: Me he dicho: voy a tratar de ver al señor Lalique, y él sabrá comprenderme.

—Eres un perfecto idiota—dijo Daniel—. Ya no me interesas. Me hago polvo hallándote un empleo y lo abandonas al cabo de un mes. Además, sabrás que no creo la mitad de lo que me has dicho. Mientes como un sacamuelas.

—Pregunte usted—repitió Bobby—, y verá que le he dicho la verdad.

—Preguntar, ¿a quién?

—¡Toma!, a la misma patrona.

—Me guardaré mucho—dijo Daniel—. ¡Pues no oiría disparates! Además, nada puedo hacer por ti.

Se sintió débil y pensó: "Es preciso que me vaya." Pero sus piernas estaban agarrotadas.

—Ralph y yo nos proponíamos trabajar—dijo Bobby con despreocupación—. Queríamos establecernos por nuestra cuenta.

—Conque esas tenemos, ¿eh? Y vienes a pedirme que te adelante el dinero para los primeros gastos. Guarda esas historias para otros, no para mí. ¿Cuánto quieres?

—Es usted un ángel, señor Lalique—dijo Bobby con voz trémula—. Precisamente se lo decía yo a Ralph esta mañana: que encuentre yo al señor Lalique y verás cómo es incapaz de dejarme en la estacada.

—¿Cuánto quieres?—repitió Daniel.

Bobby empezó a hacer rodeos:

—Si usted me pudiera prestar, solo prestar, ¿eh?... Se lo devolvería al terminar el primer mes.

—¿Cuánto?

—Cien francos.

—Toma—dijo Daniel—, aquí tienes cincuenta y lárgate.

Bobby embolsó el billete sin decir palabra y los dos permanecieron frente a frente, indecisos.

—¡Vete!—ordenó con blandura Daniel, cuyo cuerpo era todo algodón en rama.

—Gracias, señor Lalique—dijo Bobby.

Hizo como si se despidiese, pero volvió sobre sus pasos:

—Si alguna vez desea usted vernos a Ralph o a mí, vivimos al lado, calle Ours, número seis, séptimo piso. Y sepa que está equivocado respecto a Ralph: le tiene a usted mucho afecto.

—¡Vete!

Bobby se alejó caminando de espaldas sin dejar de sonreír, luego giró sobre sus talones y desapareció. Daniel se acercó a la grúa y la contempló. Junto al Kodak y a la linterna eléctrica había unos prismáticos en los que

nunca reparó. Metió una moneda en la ranura del aparato y dio vueltas a los botones sin calcular, al azar. La grúa dejó caer sus pinzas sobre el lecho de caramelos y empezó a arrastrarlos torpemente hacia él. Daniel recogió cinco o seis, los echó al hueco de su mano, los llevó a la boca y empezó a masticarlos.

El sol puso un poco de su oro en las grandes edificaciones, el cielo estaba pletórico de oro, y de la calzada subía una sombra suave y húmeda; los transeúntes sonreían a las caricias de aquella brisa. Daniel tenía una sed de todos los diablos, pero no quería beber: ¡muere, muérete de sed! "En realidad a nadie he hecho daño", pensó. Era peor: se había dejado tentar por el Mal. Todo se lo había permitido, excepto saciarse; ni siquiera tuvo ese valor. Ahora conservaba en él ese Mal, de arriba abajo de todo el cuerpo, como un vivo cosquilleo; estaba infectado, tenía aún el tinte amarillo en los ojos, esos ojos que todo lo amarilleaban. Más le hubiera valido hartarse de placer y aplastar al Mal en él, pues verdad es que no le abandonaba o que siempre renacía. Se volvió bruscamente: "Es capaz de seguirme para saber dónde vivo. ¡Oh!, querría que me hubiese seguido. Le hubiese dado una zurra en plena calle." Pero de Bobby, ni rastro. Habiendo sacado su jornal, se había retirado. En casa de Ralph, calle Ours, 6. Daniel se sobresaltó: "Si pudiese yo olvidar tales señas. ¡Si pudiese llegar a olvidarlas...!" ¿Para qué? No pondría los medios.

La gente charlaba en torno suyo, en paz con ellos mismos. Un hombre decía a su mujer: "Hay que remontarse a poco antes de la guerra. En mil novecientos doce. No, en mil novecientos trece. Todavía trabajaba yo en casa de Paul Lucas." La paz. La paz de la buena gente, de la gente honrada, de los hombres de buena voluntad. "¿Por qué esa buena voluntad está en ellos y no en mí?" Nada podía hacerse para evitarlo, las cosas eran así. Algo en este cielo, en esta luz, en esta Naturaleza lo había decidido así. Aquellas gentes lo sabían, sabían que tenían razón: que Dios, si existía, estaba de acuerdo. Daniel se fijaba en sus

caras: ¡qué dureza dentro de su despreocupación! Bastaría una indicación para que todos aquellos hombres se abatieran sobre él y le destrozaran. Y el cielo, la luz, los árboles, la Naturaleza entera estaría de acuerdo con ellos, como siempre: Daniel era un hombre de mala voluntad.

En el quicio de su puerta, un portero grueso y pálido, de cargadas espaldas, tomaba el fresco. Daniel le vio a lo lejos y pensó: "He aquí el Bien." El portero, sentado en una silla, las manos cruzadas encima del vientre como un Buda, miraba pasar a la gente y, de cuando en cuando, les daba su aprobación con un movimiento de cabeza. "¡Si yo pudiera ser como él!", se dijo con envidia. Debía de tener un corazón reverente. Y, además, sensible a las grandes fuerzas naturales: calor, frío, luz y humedad. Daniel se detuvo: le fascinaban aquellas largas pestañas bobas, aquella malicia sentenciosa de sus mofletes. Embrutecerse hasta no ser más que eso, hasta no tener en su cerebro más que una pasta blanca con un leve perfume de crema de afeitar. "Duerme todas las noches", pensó. Ya no sabía si le entraban ganas de matarlo, o de deslizarse al calor de aquella alma en orden.

El hombre gordo levantó los ojos y Daniel reemprendió su camino. "Con la vida que llevo, siempre podré esperar que chochearé lo antes posible."

* * *

Lanzó una mirada llena de odio a su cartera; no le agradaba llevarla colgada del brazo: le daba el aspecto de un abogado. Pero su malhumor se esfumó inmediatamente al pensar que no había cargado con ella sin un propósito y que le sería completamente útil. No se le ocultaba que corría sus riesgos; pero estaba tranquilo y frío, un poco animado a lo sumo. "Si llego al extremo de la acera en trece zancadas..." Las dio y se detuvo justo al borde de la acera, si bien la última había sido más larga que las otras, se había tirado como un esgrimidor: "Por otra parte, la cosa carece de importancia; el asunto

está en el saco." No podía fallar, era científico; uno se preguntaba cómo hasta ahora nadie había pensado en ello. "Lo que sucede—se dijo—es que los ladrones son unos imbéciles." Cruzó la calle y concretó su idea: "Mucho hacía que debieran haberse organizado en un sindicato, al igual que los prestidigitadores." Una asociación para explotar en común los procedimientos técnicos, eso es exactamente lo que les faltaba. Con sede social, honores y biblioteca. Una filmoteca también, así como películas que presentasen con ritmo retardado los movimientos difíciles. Cada perfeccionamiento nuevo sería filmado, la teoría sería grabada en discos con el nombre de su inventor; todo se clasificaría por categorías; se explicaría, por ejemplo, el robo del escaparate según el procedimiento 1.673 o "procedimiento Serguine", también llamado el huevo de Colón (por ser tan sencillo como la luz, aun cuando era necesario descubrirlo). Boris hubiese aceptado rodar un pequeño documental. "Claro que—se dijo ampliando su idea—también se establecerían cursos gratuitos sobre psicología del robo. Es indispensable." Vislumbró con satisfacción un cafetín en el entresuelo, color calabaza, y repentinamente se dio cuenta de que estaba en la mitad de la avenida de Orleans. Era formidable la simpatía que mostraban los que desfilaban entre siete y siete y media de la tarde por aquella avenida. Seguramente que la luz contribuía a esa simpatía: era como una muselina bermeja completamente sedosa y, por otra parte, resultaba encantador hallarse en un extremo de París, cerca de una de sus Puertas, deslizándose bajo los pies hacia el centro viejo y comercial de la villa, hacia las Halles, hacia las callejas sombrías del barrio Saint-Antoine y sintiéndose en el dulce exilio religioso de la noche y de los faubourgs. Parece como si la gente hubiese salido de sus casas para estar junta; no se enfada cuando se la empuja, y hasta podría decirse que le agradaba. Además, se dedica a mirar los escaparates con inocente admiración, inocente y desinteresada a la vez. También en el bulevar Saint-Michel la gente mira los escaparates, pero

con el propósito de comprar. "Vendré todas las noches", decidió Boris entusiasmado. Más adelante, el próximo año, alquilaría una habitación en una de aquellas casas de tres pisos que parecían hermanas gemelas y que recordaban la revolución del 48. Pero con ventanas tan estrechas, ¿cómo se las arreglaban las mujeres para pasar los colchones que arrojaban a los soldados? Todas las ventanas están rodeadas de un negro de humo, como lamidas por las llamas de un incendio; pese a lo cual, no son tristes aquellas fachadas claras taladradas por agujeritos negros, diríase manchas de nubarrones bajo cielo azul. Miró aquellas ventanas; si pudiese subir al tejado-terraza del cafetín, descubriría armarios de luna en el fondo de los dormitorios como si fueran lagos verticales. "La muchedumbre pasa a través de mi cuerpo y pienso en los guardias municipales, en las doradas verjas del Palais-Royal, en el catorce de julio, sin saber por qué. ¿Qué habrá ido a hacer ese comunista a casa de Mathieu?", pensó de repente. Boris no tenía simpatía a los comunistas, eran demasiado serios. Brunet especialmente parecía un papa. "Me ha echado a la calle", pensó alegre Boris. "El asqueroso casi me ha puesto de patas en la calle." A seguido, su cabeza fue un torbellino y experimentó la necesidad de ser malo: "Mathieu se habrá percatado de que se tiraba a fondo: tal vez se haga del Partido Comunista." Se divirtió un momento enunciando las consecuencias incalculables de semejante conversión. Pero se asustó repentinamente y se detuvo. Seguramente Mathieu no se habría dejado embaucar; la cosa sería grave, ahora que Boris se había comprometido: en la clase de filosofía había mostrado vivas simpatías hacia el comunismo, y Mathieu se lo había quitado de la cabeza explicándole lo que era la libertad. Boris había comprendido en seguida: se tiene la obligación de hacer lo que uno quiere, de pensar todo lo que a uno le parezca bueno, de no ser responsable más que ante uno mismo y discutir constantemente todo lo que se piensa y a todo el mundo. Boris había edificado su vida sobre esos cimientos y era

escrupulosamente libre: en particular, ponía en tela de juicio a todos, excepto a Mathieu y a Ivich; a estos dos era completamente inútil, dado que eran perfectos. En cuanto a la libertad, tampoco procedía hacerse preguntas acerca de ella, porque entonces cesaba uno de ser libre. Boris, perplejo, se rascó la cabeza preguntándose a qué obedecían aquellos impulsos, que de vez en cuando sentía, a romperlo todo. "En el fondo, puede que posea un carácter inquieto", pensó con divertida extrañeza. Porque al fin y a la postre, bien examinadas las cosas, Mathieu no se había dejado engañar; eso era completamente imposible. Mathieu no era un individuo que se dejara engañar. Boris, regocijado, balanceó alegremente su cartera colgada del brazo. También se preguntaba si él era moral con su carácter inquieto y pulsó el pro y el contra, pero se prohibió llevar más allá sus investigaciones. Preguntaría a Mathieu. Boris estimaba que era absolutamente indecoroso que un individuo de sus años pretendiese pensar por su cuenta. Ya había visto bastante en la Sorbonne; le había instruido lo bastante acerca de aquellos falsos pícaros, de aquellos normalistas siempre con gafas y siempre con una teoría personal en reserva, que invariablemente acababan diciendo bobadas de una forma o de otra y, por si fuera poco, sus teorías eran feas y esquinadas. Boris era enemigo del ridículo y no quería hacer el tonto, prefiriendo pasar por vacío, con lo que a nadie disgustaba. Naturalmente que más adelante sería otra cosa; pero por el momento se guiaba por Mathieu, que era ducho en el oficio. Porque siempre le regocijaba Mathieu cuando se dedicaba a pensar: Mathieu enrojecía, miraba sus dedos, tartajeaba un poco, pero realizaba un trabajo probo y elegante. A veces, mientras el otro hablaba, a Boris se le ocurría alguna ideíta, bien a su pesar, y hacía lo posible para que Mathieu no se percatara; pero al lince no se le escapaba una y le decía: "Algo le está trabajando la cabeza", y le abrumaba a preguntas. Aquello era para Boris un suplicio y cien veces trataba de desviar la conversación, mas en vano: Mathieu era tenaz

como un verdadero piojo, porque, además, le chillaba cuando Boris soltaba prenda y dejaba perder la mirada entre los pies: "Es completamente estúpido; razona usted muy torpemente", como si Boris hubiese blasonado de haber tenido una idea genial. "¡El tío pesado...!", dijo Boris para sus adentros. Se detuvo delante de la luna de una espléndida farmacia encarnada, y examinó imparcialmente su cara. "Soy un modesto", pensó, hallándose simpático. Subió a la báscula automática y se pesó para ver si había engordado desde la víspera. Una bombilla roja se encendió, un mecanismo se puso en marcha con ronco silbido y Boris recibió una ficha de cartón: cincuenta y siete kilos quinientos. Tuvo un momento de desconsuelo: "He aumentado quinientos gramos", pensó. Pero afortunadamente se dio cuenta de que no se había desprendido de su cartera al pesarse. Bajó de la báscula y siguió su camino. Cincuenta y siete kilos por un metro setenta y tres, estaba bien. Hallábase de un humor encantador y por dentro suave como el terciopelo. En la calle reinaba la tenue melancolía de aquella jornada que declinaba lentamente en torno suyo, envolviéndole y sumiéndole en la luz sonrosada y en sus olores llenos de pesares. Aquella jornada, aquel mar tropical que se retiraba dejándole solo bajo un cielo descolorido, eran una etapa más, una pequeña etapa. La noche se acercaba, iría al *Sumatra,* vería a Mathieu, vería a Ivich, bailaría. Y después, dentro de unos momentos, precisamente en la coyuntura de día y noche, ocurriría ese robo, esa obra maestra. Se irguió y apretó el paso: será preciso atar los cabos. A causa de esos tipos que pareciendo indiferentes, hojean libros con aire interesante y son detectives privados. La librería Garbure tenía seis a su servicio. Boris había sido informado por Picard, que desempeñó ese cargo durante tres días, cuando fue cateado en sus exámenes para el certificado de geología; tuvo necesidad de realizar aquel trabajo, porque sus padres le habían cortado los víveres, pero lo abandonó muy pronto, asqueado. No solamente tenía que espiar a los clientes como un vulgar "secreta", sino que

había recibido la orden de acechar a los inocentes, a aquellos tipos de lentes, por ejemplo, que se acercaban tímidamente a las estanterías, y de saltar de repente sobre ellos acusándolos de haber intentado deslizar un libro en sus bolsillos. Naturalmente, los desdichados se descomponían; los llevaban a la terminación de un largo pasillo, a un despachito sombrío, y allí les despojaban de cien francos bajo amenaza de una denuncia judicial. Boris se envalentonó: a todos los vengaría, porque a él no le cogerían. "La mayoría de esos individuos no saben defenderse: de cien que roban, noventa improvisan." Pero él no improvisaría; claro que no sabía todo, pero lo que sabía lo había aprendido metódicamente, pues siempre pensó que quien trabaja con la cabeza debe poseer además un oficio manual para mantenerse en contacto con la realidad. Hasta la fecha aún no había obtenido beneficio alguno de sus hazañas: no contaban para él diecisiete cepillos para los dientes, una veintena de ceniceros, una brújula, un mechero y un huevo para zurcir. Lo que para él valía era la dificultad técnica que cada caso ofrecía. Más valía, como la anterior semana, robar, bajo la mirada del farmacéutico, una cajita de pastillas de regaliz que una cartera de piel marroquín en un almacén desierto. El provecho del robo era completamente moral; sobre este extremo, Boris se sentía de acuerdo absoluto con los antiguos espartanos: era una ascesis. Por lo demás, se gozaba de un momento feliz cuando uno se decía: "Voy a contar hasta cinco; a los cinco es preciso que el cepillo para los dientes esté en mi bolsillo." Se tenía el corazón encogido y una impresión de lucidez y de poderío.

Sonrió. Iba a permitirse entregarse a sus principios: por vez primera sería el interés el móvil del robo; dentro de media hora, a más tardar, estaría en poder de aquella joya, aquel tesoro indispensable: "Aquel *Thesaurus*", se dijo a media voz. Porque la palabra *Thesaurus* le agradaba, le recordaba la Edad Media, Abelardo, un herbario, Fausto y los cinturones de castidad que se

contemplan en el Museo Cluny. "Será mío y podré consultarlo en cualquier momento del día." Mientras que hasta ahora tenía que hojearlo deprisa en el mostrador, aparte de no tener aún guillotinadas las páginas; casi nunca lograba obtener completos los apuntes. Aquella misma noche lo colocaría encima de su mesilla de noche y al despertar a la mañana siguiente su primera mirada sería para él: "¡Ah! Pero no, esta noche duermo en casa de Lola", se dijo con fastidio. En todo caso lo trasladaría a la biblioteca de la Sorbona y, de cuando en cuando, interrumpiendo su trabajo de corrección, echaría un vistazo para recrearse: se propuso aprenderse una locución, tal vez dos, diarias; en seis meses harían tres por seis dieciocho: ciento ochenta, multiplicadas por dos, trescientas sesenta, que con las quinientas o seiscientas que ya sabía, se acercaría al millar, lo que equivaldría a un buen término medio de conocimientos. Cruzó el bulevar Raspail y se metió en la calle Denfert-Rocherau algo contrariado. La calle esa le aburría enormemente, quizá a causa de los castaños; de todos modos, era un lugar nulo, exceptuando una tintorería negra con cortinas color sangre de toro, colgadas de modo lamentable como dos cabelleras escalpadas. Boris echó al pasar una mirada amable a la tintorería y se sumió en el silencio rubio y distinguido de la calle. ¿Una calle? Solo era un boquete con casas a cada lado. "Sí, pero el Metro pasa por debajo", pensó Boris, y esa idea le reconfortó algo, figurándose durante uno o dos minutos que caminaba por una delgada costra de asfalto y que tal vez se hundiría. "Tendré que contárselo a Mathieu—se propuso Boris—. Va a babear." Pero no. La sangre le subió a la cabeza. No le contaría nada en absoluto. A Ivich, sí: ella le comprendía, y si no llegara a comprenderle sería por falta de preparación. También le contaría aquella historia a Lola para hacerla rabiar. Porque Mathieu no era muy sincero acerca de esos robos. Se reía burlona e indulgentemente cuando Boris le hablaba de ellos, sin que Boris pudiera asegurar que los aprobase, pues se preguntaba qué clase de

reproches podría hacerle. En cuanto a Lola, la volvían loca, cosa muy normal, porque ella no podía comprender ciertas delicadezas, aparte de que era algo negada. Lola le decía: "Tú serías capaz de robar a tu propia madre, y acabarás un día robándome a mí." A lo que él respondía: "Pues no diría que no si llegara el caso." Claro que aquello carecía de sentido común: no se robaba a los íntimos, eso sería demasiado fácil, le contestaba por aburrimiento. Le molestaba la manera que Lola tenía siempre de relacionar todo con ella. Pero Mathieu... Mathieu era la misma incomprensión. ¿Qué podía alegar contra el robo desde el momento que era practicado con toda regla? Aquella tácita censura contra Mathieu atormentó a Boris durante varios instantes; luego meneó la cabeza y se dijo: "¡Es divertido!" Durante cinco, durante siete años, tendría sus propias ideas; las de Mathieu le parecerían enternecedoras, pero anticuadas; él sería su propio juez: "¿Quién sabe si volveremos a vernos?" Boris no tenía ningún deseo de que llegara ese día; se sentía completamente feliz, pero razonablemente, pues sabía que constituía una necesidad: le hacía falta cambiar, abandonar una cantidad de cosas y de personas; todavía no estaba formado. Mathieu era una etapa, como Lola, y en los momentos en que Boris le admiraba más, había en aquella admiración algo de provisional que le permitía entregarse sin servilismo. Mathieu era todo lo perfecto posible, pero no podía cambiar al mismo tiempo que Boris, no podía cambiar, era demasiado perfecto. Todos esos pensamientos le ensombrecieron, y Boris se alegró de haber llegado a la plaza Edmond-Rostand: siempre era agradable cruzarla a causa de los autobuses que pesadamente se echaban encima de uno como abultados pavos y que se evitaban con solo estirar un poco el busto. "Con tal que no se les haya ocurrido encerrar el libro precisamente hoy..." En la esquina de la calle Monsieur-le-Prince y el bulevar Saint-Michel hizo una pausa: quería frenar su impaciencia, pues no hubiera sido prudente llegar con los carrillos henchidos de esperanza, con ojos

de lobo. Tenía como principio actuar fríamente. Decidió permanecer inmóvil delante del establecimiento de un comerciante de sombrillas y cuchillos, contemplando metódicamente uno tras otro los artículos que se exponían: rifas verdes y encarnadas relucientes, paraguas con mango de marfil representando cabezas de perros dogos... Todo tan triste como para hacer llorar. Por si fuera poco, Boris detuvo voluntariamente su pensamiento sobre las personas de edad avanzada que acudían para comprar semejantes objetos. Iba a alcanzar un estado de resolución fría y sin alegría, cuando percibió algo que le devolvió su dormido júbilo: "¡Una navaja!", murmuró temblándole las manos. Se trataba de una verdadera faca, hoja espesa y larga, con muescas, mango de cuerno negro, elegante como una luna creciente; tenía la hoja dos manchas de orín parecidas a dos gotas de sangre. "¡Oh!", exclamó para sus adentros Boris, anhelante de deseos. Allí estaba la navaja, completamente abierta, sobre bandeja de madera barnizada, entre dos paraguas. Boris la contempló un gran rato y el mundo cambió de color en torno suyo: todo lo que no fuese el brillo frío de aquella hoja de acero se borraba ante sus ojos; quería dejar todo plantado, entrar en la tienda, comprar la navaja y largarse a cualquier sitio como el ladrón lleva su botín: "Picard me enseñará a manejarla", se dijo. Pero un concepto exacto de sus deberes triunfó sobre todo lo demás. "Dentro de un rato. La compraré dentro de un rato, como recompensa si consigo el golpe."

La librería Garbure hacía esquina al bulevar Saint-Michel y la calle Vaugirard, y tenía—lo que ayudaba a los propósitos de Boris—una entrada en cada vía. Delante del almacén había dispuestas seis largas mesas cargadas de libros que, por lo general, eran de ocasión. Descubrió con el rabillo del ojo a un caballero de tostado bigote que merodeaba a menudo por aquellos parajes y que, según suponía Boris, debía de ser un guinda. Se acercó a la tercera mesa y ¡zas!: el libro estaba allí, enorme, tan enorme que Boris quedó desalentado un instante,

setecientas páginas, en cuarto, de hojas con estampaciones, un dedo de espesor. "Habrá que hacerlo caber en la cartera", se dijo con un poco de desaliento. Pero le bastó ver el título dorado que suavemente brillaba en la tapa para que su valor renaciese: *Diccionario histórico-etimológico de la lengua verde y de las jergas desde el siglo XIV hasta la época contemporánea.* "¡Histórico!", se repitió Boris en éxtasis. Tocó la tapa con la yema de los dedos en ademán familiar y cariñoso para volver a tomar con él contacto: "Esto no es un libro, es un mueble", pensó admirativo, Seguramente el caballero de los bigotes se hallaba detrás de él. Había que empezar la comedia, hojear el volumen, poner cara de mirón que titubea y, finalmente, dejarse tentar. Boris abrió el diccionario al azar y leyó:

"Estar de... para: Ser aficionado a. Giro usado hoy corrientemente. Ejemplo: El cura bordoneaba en torno a las cosas como un abejorro. Traducid: El cura tenía inclinación hacia la bagatela. También se dice 'ser del hombre' por 'ser invertido'. Esta locución proviene, según parece, de la Francia del Sudoeste..."

Las siguientes páginas estaban sin guillotinar. Boris abandonó su lectura y se echó a reír solo. Se repetía deleitándose: "El cura bordoneaba en torno a las cosas como un abejorro." Luego recobró bruscamente su aspecto serio y empezó a contar: "¡Uno, dos, tres, cuatro...!", mientras que un goce austero y puro hacía latir su corazón.

Una mano se posó sobre su hombro. "¡Me han cazado!—pensó Boris—. Pero han actuado demasiado pronto; nada pueden probar contra mí." Volvió lentamente la cabeza, con sangre fría. Era Daniel Sereno, un amigo de Mathieu. Boris le había visto dos o tres veces. Le encontraba soberbio, porque tenía aire de malo.

—Buenos días—saludó Sereno—. ¿Qué está usted leyendo? Parece estar fascinado.

No usó su tono maligno; sin embargo, no había que fiarse mucho: en realidad hasta parecía demasiado ama-

ble, y seguramente preparaba algún golpe sucio. Y cual si lo hiciera adrede, había sorprendido a Boris hojeando aquel diccionario de jergas, lo que llegaría a oídos de Mathieu, para que hiciera sabrosos comentarios.

—Al pasar, me he detenido aquí un poco—respondió algo forzado.

Sereno sonrió; tomó en sus manos el volumen y lo llevó hasta los ojos, porque debía de ser miope. Boris admiró su desenvoltura: ordinariamente los que hojeaban libros tenían cuidado de dejarlos encima de la mesa por miedo a los detectives privados. Pero era evidente que Sereno se lo permitía todo. Boris murmuró con voz entrecortada fingiendo indiferencia:

—Es una obra curiosísima...

Sereno no respondió; parecía entregado a su lectura. Boris, irritado, le sometió a un severo examen. Pero hubo de reconocer por honradez espiritual que Sereno se comportaba con elegancia. Para no ocultar nada, llevaba un traje de *tweed*, y había en esta vestimenta, así como en la camisa de lino, en aquella corbata amarilla, un atrevimiento estudiado que chocaba bastante a Boris. A Boris le gustaba la elegancia sobria y poco atildada. Para decirlo todo, el conjunto era irreprochable, si bien blando como la mantequilla fresca. Sereno se echó a reír. Su risa era cálida y agradable, y Boris lo encontraba simpático, porque al reír abría la boca hasta lucir la campanilla.

—"¡Ser del hombre!"—dijo Sereno—. ¡Ser del hombre! Es un hallazgo que utilizaré llegada la ocasión.

Dejó el libro encima de la mesa:

—Serguine, ¿es usted "del hombre"?

—Yo...—dijo Boris sin aliento.

—No se ponga colorado—dijo Sereno, viendo que Boris notaba él mismo que se ponía escarlata—. Tenga la seguridad de que tal pensamiento ni siquiera se me ha ocurrido. Sé reconocer a los que "son del hombre"—bien se veía que le divertía la frasecita—, porque sus ademanes son de una blanda redondez que nunca equivoca.

Mientras que usted, le vengo observando hace unos momentos y me encanta: sus gestos son vivaces y graciosos, pero matizados. Debe de ser usted muy diestro.

Boris escuchaba muy atentamente a Sereno: siempre es interesante oír explicar a los demás cómo os ven. Y Sereno, además, tenía una voz de bajo muy agradable. Por ejemplo, sus ojos turbaban: a primera vista uno los creía henchidos de ternura, y luego, fijándose bien, se descubría en ellos algo duro, de maniático. "Está buscando el modo de gastarme una broma", pensó Boris poniéndose en guardia. Hubiese querido preguntar a Sereno qué entendía él por "gestos matizados", pero no se atrevió, pues creyó conveniente hablar lo menos posible; por si fuera poco, bajo aquella insistente mirada notaba que le invadía una extraña y desconcertante dulzura, experimentaba el deseo de resoplar y de piafar para disipar semejante vértigo de ternura. Apartó la mirada y se produjo un silencio bastante penoso. "Me va a tomar por idiota", pensó resignado Boris.

—Creo que estudia usted filosofía, ¿no?—preguntó Sereno.

—Filosofía, eso es—se apresuró a afirmar Boris.

Se alegró de tener un pretexto para romper aquel silencio. Pero en el mismo momento, el reloj de la Sorbona dio una campanada y Boris se detuvo presa de espanto. "Las ocho y cuarto—pensó angustiado—; si no se larga en seguida, todo se habrá ido a la porra." La librería Garbure cerraba a las ocho y media. Sereno no parecía tener mucha prisa en marcharse.

—Debo confesarle que no entiendo una palabra de filosofía. Usted sí que sabrá de eso, naturalmente...

—No lo sé; creo que algo—contestó Boris, que estaba padeciendo un suplicio.

Pensaba: "Debo de estar pasando seguramente por un mal educado; pero ¿por qué no se marcha?" Ya se lo había advertido Mathieu: Sereno surgía siempre inoportunamente; eso formaba parte de su endemoniada manera de ser.

—Estoy seguro de que a usted eso le entusiasma—le dijo Sereno.

—Sí—respondió Boris, enrojeciendo por segunda vez. Le repugnaba hablar de sus aficiones, lo encontraba impúdico. Tenía la impresión de que Sereno lo presumía y que hacía adrede ser indiscreto. Sereno le miró con penetrante atención:

—¿Por qué?

—No lo sé—contestó Boris.

Y era así: no sabía por qué. Sin embargo, la filosofía le entusiasmaba. Incluso Kant.

Sonrió Sereno.

—Cuando menos, se advierte pronto que no se trata de un capricho pasajero.

Boris se irritó y Sereno añadió prontamente:

—Bromeo. La realidad es que yo opino que tiene usted suerte. He estudiado filosofía como todo el mundo; pero nadie ha sabido hacérmela apreciar... Pienso a veces que Delarue tiene la culpa de que yo la haya tomado ojeriza: es demasiado elevado para mí. Muchas veces le he pedido algunas explicaciones, pero tan pronto empezaba a dármelas, yo dejaba de entender una palabra y hasta me parecía que no comprendía yo mismo mi pregunta.

A Boris le hirió aquel tono zumbón y sospechó que Sereno quería llevarle insidiosamente a hablar mal de Mathieu por el placer de ir en seguida con el cuento. Admiró a Sereno por su gratuita maldad, pero se sublevó y dijo con brutalidad:

—Pues Mathieu explica divinamente.

Esta vez, Sereno se rió a carcajadas y Boris se mordió los labios.

—No lo pongo ni un instante en duda. Solamente que siendo tan antiguos amigos, imagino que reserva sus talentos pedagógicos para los jóvenes. Elige sus futuros discípulos entre sus alumnos.

—Yo no soy discípulo suyo—dijo Boris.

—Yo no aludí a usted—replicó Daniel—. Usted no tiene cara de discípulo. Pensaba en Hourtiguère, un hombra-

chón rubio que se fue el pasado año a Indochina. Seguramente ha oído usted hablar de él: hace dos años constituyó su gran pasión, siempre se les veía juntos.

Boris reconoció que el golpe había dado en el clavo y su admiración hacia Sereno aumentó; pero le hubiese gustado darle un puñetazo en pleno rostro.

—Mathieu me ha hablado de él—se limitó a decir.

Detestaba a ese Hourtiguère que había conocido a Mathieu antes que él. Mathieu, a veces, cobraba un aspecto reservado cuando acudía a verse con él en el *Dôme* y decía: "Tengo que escribir a Hourtiguère." Después se quedaba un momento pensativo y aplicado, como un soldado que escribe a su adorada, y daba vueltas y más vueltas encima de la blanca hoja de papel con la punta de su estilográfica. Boris se ponía a trabajar a su lado, detestándole. No porque sintiese envidia de Hourtiguère, al contrario: abrigaba hacia él cierta compasión mezclada con algo de repulsión (porque nada de él sabía, excepto una foto en que aparecía como un muchachote desdichado con calzones de golf, y una disertación filosófica completamente idiota que todavía conservaba Mathieu sobre su mesa). Sin embargo, por nada del mundo hubiese querido que Mathieu le tratara a él como a Hourtiguère. Hubiera preferido no volver nunca más a ver a Mathieu de creer que un día este dijera con aire importante y taciturno a algún joven filósofo: "Tengo que escribir hoy mismo a Serguine." Aceptaba que Mathieu constituyera una etapa en su vida, lo que de por sí ya era bastante lamentable, pero no podría soportar ser una etapa en la vida de Mathieu.

Parecía como si Sereno se hubiese instalado. Se apoyaba con sus dos manos en la mesa en postura despreocupada y cómoda:

—Lamento muy a menudo mi ignorancia en la materia —prosiguió—. Los que la han estudiado parecen haber encontrado muchas satisfacciones.

Boris no decía nada. Sereno prosiguió:

—Me hubiera hecho falta un iniciador. Alguien del

mismo estilo de usted... Alguien que todavía no fuese muy versado, pero que tomara eso en serio.

Y rió como asaltado por una idea agradable:

—Dígame: ¿no sería divertido que usted me diera lecciones?

Boris le lanzó una mirada desconfiada. Debía de ser otro lazo. No se veía en absoluto dando lecciones a Sereno, que debía de ser mucho más inteligente que él y que le haría sin duda una serie de preguntas embarazosas. La timidez le estrangularía. Pensó con fría resignación que ya debían de ser las ocho y veinticinco. Y Sereno seguía sonriendo: parecía encantado con su idea. Pero su mirada era rara. Boris apenas podía mirarle de frente.

—Tenga en cuenta que soy excesivamente perezoso —dijo Sereno—. Sería preciso que me impusiera usted su autoridad.

Boris no pudo menos de echarse a reír y reconoció con franqueza:

—Creo sinceramente que no sabría lograrlo...

—Por el contrario—argumentó Sereno—: estoy convencido de que sí.

—Me intimidaría usted—replicó Boris.

Sereno se encogió de hombros:

—¡Bah! ¿Dispone usted de un minuto? Podríamos tomar una copa ahí enfrente, en el *Harcourt*, y allí hablaríamos de nuestro proyecto.

"Nuestro" proyecto... Boris seguía con la mirada, angustiado, a un dependiente de la librería Garbure que empezaba a colocar los libros unos encima de los otros. Lo que no le impedía desear acompañar a Sereno al *Harcourt*. Era un sujeto extraño y notoriamente; además, resultaba muy distraído hablar con él, porque para ello había que atarse los cabos; siempre se tenía la impresión de estar en peligro. Durante un instante luchó consigo mismo, pero la noción del deber triunfó.

—El caso es que tengo mucha prisa—dijo con voz que el pesar hacía tajante.

Cambió la expresión del rostro de Sereno.

—Está bien, no quiero serle importuno. Perdóneme por haberle retenido tanto tiempo. Hasta la vista y dé a Mathieu saludos de mi parte.

Dio media vuelta y se fue. "¿Acaso le habré ofendido?", se preguntó Boris inquieto. Siguió con impaciente mirada las anchas espaldas de Sereno, que ya iba por el bulevar Saint-Michel. Después pensó repentinamente que no podía perder ni un minuto.

"Uno, dos, tres, cuatro, cinco."

Al cinco, tomó ostensiblemente el volumen en su mano derecha y se dirigió a la librería sin tratar de ocultarse.

* * *

Una barahúnda de palabras en fuga hacia cualquier parte, una fuga de palabras. Daniel huía de un frágil cuerpo, algo cargado de espaldas, ojos avellanados, rostro austero y encantador; de un fraile pequeñito, de un fraile ruso, de Alioscha. Pasos, palabras; los pasos rebotaban en su cabeza. No ser más que aquellos pasos, que aquellas palabras. Todo valía más que el silencio. ¡Qué bien había juzgado a aquel imbécil! "Mis padres me han prohibido hablar con gente desconocida." "¿Quiere usted un caramelo, linda señorita?" "Mis padres me han prohibido..." ¡Ah!, no se trata más que de un cerebrillo, "no lo sé", "no lo sé". "¿A usted le gusta la filosofía?" "No lo sé." Pobre, pobrecito cordero, ¿cómo podía saberlo? Mathieu en su clase parecía un sultán. Se ha apoderado de él: le lleva al café y el pequeño traga todo, los cafés con leche y las teorías, como hostias. Anda, anda a pasear tu aire de primera comunión. Allí permanecía tiesecillo y precioso cual asno cargado de reliquias. ¡Oh!, ya comprendo: no quería echarte una mano, me considero indigno. Y mira que aquella ojeada que ha lanzado cuando le dije que no comprendía la filosofía... Hasta que terminó sin procurar siquiera ser cortés. "¡Oh!, estoy seguro—lo había adivinado en tiempos de Hourtiguère—, estoy seguro de que les pone en guardia contra mí." "Me está bien em-

pleado—se dijo Daniel riendo de contento—. Ha sido una excelente y barata lección; me alegra que me haya mandado a paseo. Si hubiese cometido la locura de interesarme un poco por él, de hablarle confiado, hubiera corrido a contárselo todo en caliente a Mathieu y se hubieran burlado de lo lindo." Se paró tan en seco, que una señora que caminaba detrás de él le tropezó en la espalda, lanzando un gritito. "¡Le ha hablado de mí!" Era una idea in-to-le-ra-ble que producía un sudor de rabia; había que imaginarse a los dos, encantados de estar juntos: el pequeño embobado, naturalmente, abriendo desmesuradamente los ojos, aguzando el oído para no perder ni un ápice del divino maná, en algún café de Montmartre, en uno de esos infectos fumaderos que olían a ropa sucia... "Mathieu le habrá mirado de arriba abajo y en tono profundo le habrá explicado mi carácter: ¡para morirse de risa!" Daniel repitió: "Para morirse de risa", y clavó sus uñas en la palma de la mano. Le habían juzgado por detrás, lo habían despedazado, disecado, y sin que él pudiera defenderse, sin que llegara a sospechar nada; hubiese podido existir aquel día como uno de tantos, como si no fuese más que una transparencia sin memoria y sin consecuencia, como si no fuera para los demás un cuerpo algo grueso, con carrillos estirados, una belleza oriental que se ajaba, una sonrisa cruel y ¿quién sabe?... "Pero no, nadie. Si Bobby lo sabe, Ralph lo sabe, Mathieu no. Bobby es un camarón, no una conciencia; vive con Ralph en el número seis de la calle Ours. ¡Ah, si pudiese uno vivir rodeado de ciegos! El no tiene nada de ciego, presume de no serlo; es un psicólogo fino y tiene derecho a hablar de mí, dado que me conoce desde hace quince años y que es mi mejor amigo y no deja de proclamarlo; en cuanto se encuentra con alguien, son dos a saber que yo existo, o tres, o nueve, o cien. Sereno, Sereno, Sereno el corredor, Sereno el bolsista, Sereno el... ¡Si pudiese reventar! Pero no, él se pasea libremente con su opinión sobre mí en el fondo de su cabeza infectando a todos los que se le acercan; sería necesario correr por to-

das partes y raspar, raspar, borrar, lavar con lejía. He raspado a Marcelle hasta los huesos. Ella me ha tendido la mano; el primer día me ha dicho mirándome mucho: 'Me ha hablado tanto de usted Mathieu'. Y yo, a mi vez, la he mirado fascinado. Yo estaba allá dentro, yo existía en aquella carne, tras aquella frente obstinada, en el fondo de aquellos ojos. ¡Cochina! Y ahora no cree ni una palabra de lo que él le dice sobre mí."

Sonrió satisfecho; estaba tan orgulloso de aquella victoria, que, durante un segundo, olvidó vigilarse: se produjo un desgarro en la trama de las palabras, que aumentó paulatinamente, se extendió y se convirtió en silencio. El silencio pesado y vacío. No hubiese debido, no hubiese debido dejar de hablar. El viento se había calmado, la cólera vacilaba; en el fondo del silencio estaba, como una llaga, el rostro de Serguine. Suave rostro oscuro; ¡qué paciencia, qué fervor hubiera sido preciso para iluminarlo un poco! Pensó: "Yo hubiese podido... Todavía este año, todavía hoy hubiese podido." Después se dijo: "Mi última oportunidad." Era, sí, su última oportunidad, y Mathieu se la había escamoteado negligentemente. Ralphs y Bobbys, eso es lo único que le dejaban. "¡Y a él, a aquel niño infeliz, lo convertiría en un mono sabio!" Caminaba silencioso, y sus pasos solo resonaban en el fondo de su cerebro, como de madrugada en una calle desierta. Tan total era su soledad, bajo aquel cielo espléndido, dulce como una limpia conciencia en medio de aquella atareada muchedumbre, que le parecía asombroso existir; debía de ser la pesadilla de alguno, de alguno que acabaría despertando. Por fortuna, la cólera rompió, y todo lo arrolló; notó que le reanimaba una rabia alegre, y la huida volvió a empezar y también el desfile de palabras; odiaba a Mathieu. He ahí a uno que encontrará natural existir; no se formula preguntas; aquella luz griega, aquel cielo virtuoso se habían creado para él; él estaba como en su casa; nunca había estado solo: "Palabra—pensó Daniel—, se cree que es Goethe." Había levantado la cabeza y miraba a los transeúntes cara a cara: mimaba su

odio: "Pero ten cuidado: hazte discípulos si eso te divierte, pero no contra mí, porque me obligarás a que te haga una mala partida." Le sublevó una nueva oleada de cólera; ya no pisaba el suelo, volaba entregado al goce de sentirse terrible, y, de pronto, le asaltó una idea aguda, rutilante. "Pero, pero, pero... podría ayudársele a reflexionar, a concentrarse en sí mismo, arreglárselas para que las cosas no le sean demasiado fáciles, lo que sería hacerle un gran favor." Recordaba el tono brusco y hombruno de Marcelle el día que le había espetado: "Cuando una mujer se vea perdida, no tiene más que dejarse que le hagan una criatura." Sería curioso si no fueran de la misma opinión, si él recorriera con el mayor interés las herboristerías, mientras ella, allí encerrada en su dormitorio rosa, rabiaba deseosa de tener un hijo. Ella no hubiese sido capaz de confesárselo; sin embargo, si se tropezase con alguien, con un buen amigo común que le diera ánimos... "Soy malo", pensó inundado de alegría. La maldad era aquella extraordinaria impresión de velocidad que a uno le separaba de sí mismo y le impulsaba a avanzar como un rayo; la velocidad subía a la nuca, aumentando de minuto en minuto; era intolerable y delicioso; se rodaba sin freno, en suicida, rompiendo las débiles barreras que surgían a derecha e izquierda inesperadamente—"Pobre diablo ese Mathieu; yo soy un malvado, voy a destrozar su vida"—haciéndolas pedazos, convirtiéndolas en ramas muertas; era embriagadora aquella alegría invadida por el miedo, seca como una descarga eléctrica, aquella alegría que no podía detenerse. "Me pregunto si tendrá todavía discípulos. Un padre de familia no siempre encuentra quien se quede con él." ¿Qué cara pondrá Serguine cuando Mathieu le anuncie su boda? ¡Qué desprecio del pequeño este, qué aplastante estupor! "¿Se casa usted?" Mathieu tartajearía: "A veces, el deber..." Pero los pequeños no siempre comprenden los deberes esos. Algo surgía que tímidamente intentaba renacer. Era el rostro de Mathieu, su excelente rostro lleno de buena fe; pero la carrera volvía a empezar a gran velocidad: el

mal no mantenía el equilibrio más que manteniendo la velocidad, como la bicicleta. Su pensamiento dio un salto delante de él, alerta y gozoso: "Mathieu es un hombre de bien. No es mala persona, eso no; pertenece a la raza de Abel, posee su conciencia. Pues por eso ha de casarse con Marcelle. Después no tendrá más que dormirse en los laureles. Todavía es joven: le queda delante toda una vida para felicitarse por su buena acción."

Era tan vertiginoso aquel descanso lánguido de una conciencia pura, de una insondable conciencia pura, bajo un cielo indulgente y familiar, que no sabía si lo deseaba para Mathieu o para él mismo. Un tipo acabado, resignado, tranquilo, en fin, tranquilo. "¿Y si ella no quisiera?... Si hay una posibilidad, solo una posibilidad de que ella quiera ser madre, estoy bien seguro de que le exigiría casarse con ella mañana mismo por la noche." El señor y la señora Delarue tienen el honor de comunicar a usted... "En una palabra—se dijo Daniel—, que yo soy su ángel guardián, el ángel del hogar." Era un arcángel, un arcángel de odio, un arcángel justiciero que avanzaba por la calle Vercingetorix. Se le apareció durante un instante el alto y gracioso cuerpo, un rostro magro inclinado sobre un libro, pero la imagen se esfumó en seguida y fue sustituida por Bobby. "Calle Ours, número seis." Sentíase libre como el viento concediéndose todas las ventajas. El ultramarino de la calle Vercingetorix estaba abierto aún y en la tienda entró. Al salir, llevaba en la mano derecha la ígnea espada de San Miguel, y en la izquierda, un paquete de bombones para la señora Duffet.

X

LAS diez dieron en el reloj. Parecía que la señora Duffet no las había oído. Fijaba en Daniel una mirada atenta, pero sus ojos estaban algo irritados. "No tardará en largarse", pensó él. Ella le sonreía con mirada astuta, pero pequeños resoplidos se deslizaban entre sus entreabiertos labios: bostezaba al sonreír. De pronto, echó la cabeza hacia atrás y pareció que tomaba una decisión. Dijo en un travieso impulso:

—¡Bueno, muchachos, yo me voy a la cama! Daniel, no la obligue a velar hasta tarde, cuento con usted. De lo contrario, no despierta hasta mediodía.

Dio unas palmaditas a la espalda de Marcelle con su ágil manita. Marcelle estaba sentada en la cama.

—¿Me oyes, Rodilard?—dijo, complaciéndose en hablar entre dientes—. Hija mía, duermes hasta muy tarde, hasta mediodía. Eso te hace engordar.

—Le juro que me marcharé antes de medianoche—dijo Daniel.

—Si yo quiero—replicó Marcelle sonriendo.

El se volvió hacia la señora Duffet y le dijo en tono como resignado:

—¿Qué puedo hacer yo?

—Bueno, sed razonables—insinuó la señora Duffet—. Y muchas gracias por sus deliciosos bombones.

Llevó la encintada caja a la altura de los ojos y con gesto amenazador en apariencia dijo:

—Es usted muy amable, me mima demasiado y acabaré riñéndole.

—El mayor placer que puede proporcionarme es decirme que le han gustado mucho—replicó Daniel con voz profunda.

Se inclinó y besó la mano de la señora Duffet. Al acercarla a los labios, notó que la carne estaba arrugada y presentaba manchas moradas.

—¡Arcángel!—dijo enternecida la señora Duffet—. Ya me voy—añadió, besando a Marcelle en la frente.

Marcelle le rodeó la cintura con su brazo y así la retuvo un segundo. La señora Duffet le acarició los cabellos y se desprendió de ella con presteza.

—Iré luego a arreglarte el embozo—dijo Marcelle.

—No, mala entraña; te dejo con tu arcángel.

Desapareció con la vivacidad de una chiquilla y Daniel se quedó mirando fríamente aquella espalda tan menuda: creyó que nunca los dejaría solos. Cerróse la puerta, pero él no se sintió aliviado: tenía pánico a quedarse solo con Marcelle. Se volvió hacia ella y vio que le miraba sonriente.

—¿Qué le hace sonreír?—preguntó él.

—Siempre me alegra verle con mamá—contestó Marcelle—. ¡Cuidado que es usted zalamero!, mi pobre arcángel; es una vergüenza, no puede evitar seducir a la gente.

Ella le contemplaba con ternura de dueña, y parecía satisfecha de poder considerarle como exclusivamente suyo. "Tiene la máscara del embarazo", pensó Daniel rencoroso. Le molestaba que pareciese tan contenta. El conservaba aún un poco de angustia, cuando tenía que hundirse en aquellos cuchicheos tan largos. Se rascó el cuello: "¡Me va a dar el asma!", pensó. Marcelle era un espeso y triste olor, echado encima de la cama, hecha un ovillo que se deshilaba al menor gesto. Ella se levantó:

—Tengo algo que mostrarle—y se fue en busca de una foto que había sobre la chimenea—. Usted que está siempre preguntándose cómo yo era de joven...—le dijo ofreciéndosela.

Daniel la tomó en sus manos: era Marcelle a los die-

ciocho años; tenía aspecto de una rapaza de labios duros y ojos punzantes. Y siempre aquella carne floja que flotaba como vestidos que a uno le vienen anchos, pero estaba delgada. Daniel levantó los ojos y sorprendió su interrogante mirada.

—Estaba usted encantadora—dijo él prudentemente—, y apenas ha cambiado.

Marcelle se echó a reír.

—Bien sabe que he cambiado, falso adulador; pero tenga cuidado, que yo no soy como mi madre—y añadió—: Pero ¿verdad que estaba hecha un pimpollo?

—Me gusta más ahora—respondió Daniel—. Tenía algo blandengue en la boca... Actualmente es usted mucho más interesante.

—Nunca se sabe cuándo habla usted en serio—dijo ella en tono desabrido; pero saltaba a la vista que le había halagado.

Ella se estiró un poco y se miró en el espejo. El gesto torpe e impúdico desagradó a Daniel: había en aquella coquetería infantil buena fe, y desarmada también, que contrastaba con su cara de mujer sufriente. El le dedicó una sonrisa.

—Le preguntaré a mi vez por qué se sonríe—dijo ella.

—Porque, al mirarse en el espejo, ha adoptado un aspecto infantil—le respondió—. ¡Es tan emotiva cuando por casualidad se ocupa de sí misma!

Marcelle se ruborizó y dio una patadita en el suelo:

—No puede evitar ser adulador.

Rieron los dos y Daniel pensó sin convencimiento: "Vamos al grano." El momento era propicio, pero se sentía vacío y blando. Pensó en Mathieu para armarse de valor y le satisfizo comprobar que su odio permanecía intacto. Mathieu era concreto y seco como un oso; se le podía odiar. Pero no era posible odiar a Marcelle.

—Míreme, Marcelle.

Había adelantado el busto y la miraba, preocupado, de hito en hito.

—Ya le miro—dijo Marcelle.

Ella le devolvió la mirada, pero tenía la cabeza agitada por rígidas sacudidas: le costaba trabajo sostener la mirada de un hombre.

—Parece usted fatigada.

Marcelle pestañeó.

—Soy un verdadero cascajo—dijo—. Son estos calores...

Daniel se inclinó un poco más y repitió en tono de desolado reproche:

—¡Muy fatigada! La miraba hace un momento, en tanto su madre nos contaba su viaje a Roma: tenía usted un aire tan preocupado, tan nervioso...

Marcelle le interrumpió con indignada risa:

—Escuche, Daniel: es la tercera vez que ella le cuenta tal viaje. Y usted cada vez le escucha con el mismo apasionado interés; para hablarle con franqueza, le diré que me molesta bastante, porque no sé lo que hay dentro de su cabeza en semejantes momentos.

—Su madre me divierte—dijo Daniel—. Me sé sus historias, pero me gusta oírselas porque las acompaña de gestos que me encantan.

Hizo un pequeño movimiento de cuello y Marcelle se echó a reír: Daniel, cuando quería, sabía imitar muy bien a los demás. Pero recobró inmediatamente su seriedad y Marcelle dejó de reír. El le dirigió una mirada de reproche y ella se agitó un poco. Le dijo:

—Es que le encuentro algo raro esta noche. ¿Qué le pasa?

No se dio él prisa en responder. Pesaba sobre los dos un silencio. La habitación parecía un horno. Marcelle dibujó una risita forzada que se esfumó en sus labios. Daniel se divertía.

—Marcelle, tal vez no debiera decírselo...

Ella se echó hacia atrás:

—¿El qué? ¿De qué se trata?

—¿No le guardará rencor a Mathieu?

Ella palideció.

—El muy... El... Me había jurado que no le diría nada.

—Marcelle, ¿quería usted ocultarme una cosa de tal importancia? Entonces, ¿ya no soy su amigo?

Marcelle se estremeció:

—No está bien lo que ha hecho—se limitó a decir.

Ya está: se ha desnudado. Ya no se trataba de arcángel, ni de fotos de la juventud; había ella perdido su careta de dignidad riente. No quedaba ya más que una gruesa mujer embarazada que sentía algo en sus entrañas. Daniel tenía calor, y pasó su mano por la frente para quitarse el sudor.

—No, no—dijo pausadamente—. No está mal lo que ha hecho.

Hizo ella un brusco ademán con el brazo, que cortó el aire tórrido de la habitación.

—Le causo horror—dijo ella.

El le dirigió una juvenil mirada:

—¿Horror a mí? Marcelle, por mucho que busque durante mucho tiempo, no encontrará nada que de usted sea capaz de horrorizarme.

Marcelle nada dijo; se había limitado a encoger la nariz con tristeza. Acabó por decir:

—Me interesaba tanto no mezclarle en todo eso...

Callaron. Ahora existía un lazo más entre ellos, algo así como un cordón umbilical.

—¿Ha vuelto a ver a Mathieu desde que nos separamos?—preguntó Daniel.

—Me ha telefoneado hacia la una—respondió Marcelle con brusquedad.

Ella se había recobrado y endurecido. Estaba a la defensiva, erguida y las narices apretadas: sufría.

—¿Le ha dicho que me he negado a prestarle dinero?

—Me ha dicho que usted no lo tenía.

—Pues sí que lo tenía.

—¿Lo tenía usted?—preguntó ella sorprendida.

—Lo tenía y no quise prestárselo. Por lo menos, no

antes de hablar con usted—después de una pausa añadió—: Dígame, Marcelle, ¿debo prestárselo?

—¡Qué sé yo!—exclamó ella turbada—. Es usted quien debe saber si puede o no.

—Puedo perfectamente. Dispongo de quince mil francos, de los que puedo desprenderme sin ninguna preocupación.

—En ese caso, querido Daniel—dijo Marcelle—, debe usted prestarnos el dinero que le ha pedido.

Se hizo un silencio. Marcelle estrujaba con sus dedos la sábana de la cama; palpitaba su abultado pecho.

—No me entiende usted—prosiguió Daniel—. En verdad, ¿quiere usted de corazón que se lo preste?

Marcelle levantó la cabeza y le miró sorprendida:

—Es usted bizarro, Daniel; algo me oculta.

—Pues bien: sencillamente, me preguntaba si Mathieu la había consultado.

—Claro que sí. Bueno—dijo ella sonriendo levemente—, nosotros no nos consultamos; no ignora usted cómo somos: uno dice haremos esto o aquello, y el otro protesta si no está conforme.

—Ya, ya—replicó Daniel—. El que lleva la ventaja es aquel que tiene una idea fija; en cuanto al otro, se ve atropellado sin tener tiempo de pensar otra.

—Tal vez sea así...—admitió Marcelle.

—Me consta el modo que Mathieu tiene de respetar la opinión de usted—dijo—. Me imagino la escena, que ha sido mi obsesión durante toda la tarde. Ha debido de esponjarse según acostumbra en casos de estos y luego decir tragando la saliva: "Está bien: se emplearán las grandes decisiones." Ya no ha habido más vacilaciones, porque, por otra parte, no podía haberlas: es un hombre. No obstante, ¿no resulta todo algo precipitado? ¿No debía usted saber lo que usted misma quería?

Inclinándose de nuevo hacia Marcelle preguntó:

—¿No ha sido así?

Marcelle no le miraba. Había vuelto la cabeza del lado

del lavabo, y Daniel la veía de perfil. Ella tenía aspecto sombrío.

—Algo parecido—dijo ella, enrojeciendo violentamente—. Y no hablemos más, Daniel, se lo ruego. No me resulta muy agradable que digamos.

Daniel no dejaba de mirarla. "Está sofocada", pensó. Pero no sabía si gozaba humillándola, o humillándose con ella. Se dijo: "La cosa será más fácil de lo que yo pensaba."

—Marcelle, no se obstine, se lo suplico—dijo—. Comprendo muy bien que le sea desagradable que hablemos de estas cosas...

—... Y sobre todo con usted, Daniel. Parece otro.

—¡Caramba! Yo soy su pureza.

Ella tuvo un nuevo escalofrío y apretó los brazos contra el pecho. Le dijo:

—No me atrevo a mirarle. Aun en el caso de que no le repugne, me hago la idea de que le he perdido.

—Claro—dijo amargamente Daniel—. Un arcángel debe escandalizarse con facilidad. Escuche, Marcelle: no me haga usted desempeñar tan ridículo papel. No tengo nada de arcángel; soy sencillamente un amigo suyo, su mejor amigo. Por eso tengo derecho a opinar—añadió firmemente—, ya que estoy en condiciones de ayudarla. Marcelle, ¿está usted completamente segura de no desear tener un hijo?

La pregunta constituyó como una pequeña derrota que invadió todo el cuerpo de Marcelle y se diría que iba a desarmarse. Y después de este comienzo de dislocación se detuvo en seco; el cuerpo, aplomado, se aplastó en el borde de la cama. Ella volvió la cabeza hacia Daniel; estaba encendida, pero su mirada no era rencorosa: mostraba un estupor desarmado. Daniel pensó: "Está desesperada."

—Si está segura de sí misma, no tiene usted que decir más que una sola palabra y Mathieu recibirá el dinero mañana por la mañana.

Casi deseaba que ella le dijera: "Estoy completamente

segura de mí." Enviaría el dinero... y punto final. Pero ella no decía nada; se había vuelto hacia él, como esperando; se hacía necesario ir a fondo. Daniel pensó: "¡Diríase que está agradecida, palabra!", y quedó horrorizado. Lo mismo que "Malvina" después que él la había zurrado.

—¡Usted!—exclamó ella—. ¡Usted ha sido capaz de preguntarse eso! El... Daniel, es usted el único que se interesa por mí.

El se levantó, se sentó cerca de ella y cogió entre las suyas su mano. Una mano blanda y febril como una confidencia: la retuvo entre las suyas sin decir palabra. Parecía que Marcelle luchaba para contener el llanto; miraba fijamente sus rodillas.

—Marcelle, ¿no le importa que se suprima la criatura?

Marcelle trazó un ademán de desaliento:

—¿Qué otra cosa puede hacerse?

Daniel pensó: "He ganado", pero no experimentó satisfacción alguna. Se ahogaba. Cerca de él, Marcelle echaba mal olor, lo hubiese jurado; era casi imperceptible y, a fuer de sincero, no era precisamente un olor, pero podría asegurarse que fecundaba el aire que se respiraba. Y allí estaba la mano que sudaba dentro de la suya. Se dedicó a apretársela aún más fuerte, por ver si así podía exprimir todo el jugo.

—No sé lo que podría hacerse—dijo él algo secamente—; ya decidiremos luego. Por el momento, solo en usted pienso. Esa criatura, si la lanzara al mundo, sería tal vez un desastre, pero quizá una suerte. Marcelle, es indispensable evitar que más tarde se arrepienta de no haber meditado lo suficiente.

—Cierto...—dijo Marcelle—. Cierto.

La mirada en el vacío le daba un matiz de buena fe que la rejuvenecía: a Daniel le hizo recordar la jovencita que en la foto había visto. "La verdad que ha sido joven..." Pero en aquel rostro, ni aun los vestigios de la

juventud eran emocionantes. Bruscamente se desprendió de su mano y se apartó un poco de ella.

—Medítelo—repitió él con voz apremiante—. ¿Está usted realmente segura?

—No lo sé—respondió Marcelle.

Se levantó.

—Excúseme, pero debo ir a acompañar a mamá.

Daniel se inclinó silencioso: era de ritual. "He ganado", pensó cuando se cerró la puerta. Secó con el pañuelo el sudor de sus manos y, prestamente, abrió el cajón de la mesilla de noche: algunas veces se encontraban allí cartas divertidas, esquelas de Mathieu completamente conyugales o lamentaciones de Andrée que no era dichosa. Pero el cajón estaba vacío, y Daniel pensó, mientras tomaba asiento en la butaca: "He ganado: está deseando parir." Le alegraba estar solo: así podía recuperar el odio. "Juro que se casará con ella—se dijo—, porque ha sido innoble con ella, ni siquiera la ha consultado. No vale la pena odiarle por buenos motivos; bastante tengo con los demás."

Marcelle volvió descompuesta. Dijo con voz abrupta:

—Y aunque me gustara tener una criatura, ¿qué adelantaría con ello? Como no puedo pagarme el lujo de ser madre soltera, y no se trata de que conmigo se case... ¿No le parece?

Daniel, sorprendido, arrugó las cejas y dijo:

—¿Y por qué no puede casarse con usted?

Marcelle le miró estupefacta y prefirió reírse:

—Pero, Daniel, bien sabe usted cómo somos.

—Nada sé—dijo Daniel—. Yo no sé más que una cosa: si está dispuesto, basta con hacer las gestiones necesarias, como cualquier otro, y dentro de un mes es usted su mujer. Marcelle, ¿acaso es usted quien ha decidido no casarse nunca?

—Me horrorizaría pensar que se casaba a disgusto.

—Eso no es una contestación.

Marcelle trató de defenderse durante un momento. Se

echó a reír, y Daniel comprendió que había dado un mal paso. Ella dijo:

—En realidad me es indiferente que no me llamen señora de Delarue.

—No lo dudo—dijo Daniel rápidamente—; quise decir: ¿y si ese fuese el único modo de conservar la criatura?

Marcelle estaba trastornada:

—El caso es que yo nunca había previsto así las cosas...

Sin duda no mentía. Era muy difícil hacerla ver las cosas tal como eran; era necesario meterle las cosas bajo la nariz, de lo contrario se desparramaban en todas las direcciones. Ella añadió:

—Es que entre nosotros existía un convencimiento: el matrimonio es una servidumbre y no la queríamos ni el uno ni el otro.

—Pero ¿quiere usted a la criatura?

Ella no respondió. Era el momento decisivo.

Daniel repitió con dureza:

—¿Verdad que usted quiere que el niño nazca?

Marcelle apoyaba una mano en la almohada y con la otra apretaba su cadera. La levantó un poco y la colocó sobre el vientre, como si tuviese dolor de tripas; era grotesco y fascinador a la vez.

Ella dijo con voz ausente:

—Sí, quiero tener una criatura.

"¡Al fin he ganado!" Daniel calló. No podía apartar la mirada de aquel vientre. Carne enemiga, carne grasienta y nutricia, de despensa. Pensaba que Mathieu la había deseado, y una corta llama de satisfacción le invadió: fue como si se hubiese vengado algo. La mano morena y ensortijada se crispaba sobre la seda, apretaba aquel vientre. ¿Qué es lo que sentía por dentro aquella pesada hembra en pleno desarrollo? El hubiese querido ser ella. Marcelle dijo con voz apagada:

—Daniel, me ha quitado usted un peso de encima. Yo

no podía... decir eso a nadie, a nadie en el mundo; había llegado a creer que yo era culpable.

El la miró con ansiedad: "No es una culpable." No pudo disimular la risa.

—¿Culpable? Pero, Marcelle, eso es una perversidad. ¿De modo que encuentra usted culpables sus deseos cuando en realidad son naturales?

—Quiero decir con respecto a Mathieu. Es como una rescisión de contrato.

—Tendrá usted que explicárselo con franqueza. Eso es todo.

Marcelle no dijo nada; parecía rumiar algo. Y apasionadamente dijo:

—Si yo tuviese un hijo, le juro que no consentiría que echase a perder su vida como yo.

—Usted no ha echado a perder su vida.

—Sí.

—Que no, Marcelle, todavía no.

—Sí, nada he hecho y nadie me necesita.

El no respondió, porque ella tenía razón.

—Mathieu no me necesita. Si yo reventase, él no sufriría en sus entrañas. Tampoco usted, Daniel. Me tiene usted un gran afecto, eso sea tal vez lo más preciado que tengo en el mundo. Pero usted no me necesita; soy yo más bien la que necesito de usted.

¿Contestar? ¿Protestar? Había que desconfiar: parecía que Marcelle tenía uno de esos arrebatos de cínica clarividencia. El aprisionó la mano de ella sin pronunciar palabra, pero de manera muy significativa.

—Un hijo, sí—prosiguió Marcelle—. El sí que me necesitaría.

El le acarició la mano:

—Tiene usted que decirle todo eso a Mathieu.

—No puedo.

—Pero ¿por qué?

—Me es imposible. Espero que salga de él.

—Sin embargo, bien sabe usted que no se le ocurrirá nunca. Es incapaz de pensarlo.

—¿Y por qué ha de ser incapaz de pensarlo? Bien lo ha pensado usted.

—¡Qué sé yo!

—En ese caso, todo permanecerá como hasta ahora. Nos prestará usted el dinero y yo caeré en las garras de ese médico.

—¡Usted no puede hacer eso!—gritó bruscamente Daniel—. ¡Usted no puede hacer eso!

Se calló en seco y la observó desconfiado: era la emoción la que le había empujado a lanzar aquel estúpido grito. La idea le dejó helado. Le horrorizaba abandonarse. Apretó los labios, y su mirada, levantando una ceja, se hizo irónica. Vana defensa. Hubiese sido preciso no contemplar a Marcelle: se había encorvado, y sus brazos colgaban a lo largo de las caderas; esperaba pasiva y gastada; así esperaría durante años, hasta el fin. "¡Su última probabilidad!", pensó Daniel, igual que ya lo había pensado hacía poco. Las personas juegan su última carta entre treinta y cuarenta años. Ella iba a jugar y a perder; dentro de algunos días, ella no sería más que miseria. Era indispensable evitarlo.

—¿Y si yo mismo hablase a Mathieu?

Era presa de enorme, cenagosa piedad. No tenía ninguna inclinación hacia Marcelle y la situación le desagradaba profundamente; sin embargo, la piedad le invadió: allí estaba, irresistible. Hubiese dado cualquier cosa por librarse de su impacto. Marcelle levantó la cabeza; tenía el aspecto de creer que Daniel se había vuelto loco.

—¿Usted hablarle? ¿Usted? Pero, Daniel, ¿en qué está usted pensando?

—Podríamos decirle... que nos habíamos encontrado... Que...

—¿Dónde, si nunca salgo? Y aun admitiendo tal posibilidad, ¿cómo justificar que así, sin más, yo le contara a usted todo eso?

—Claro que no, es evidente.

Marcelle le puso la mano en la rodilla:

—Daniel, se lo ruego: no se mezcle usted en este asun-

to. Estoy furiosa contra Mathieu. Nunca debiera haberle puesto a usted al corriente...

Pero Daniel se aferraba a su idea:

—Escúcheme, Marcelle. ¿Sabe usted lo que vamos a hacer? Decirle la verdad sencillamente. Yo le diré: "Es preciso que nos perdones un pequeño tapujo: Marcelle y yo nos vemos de cuando en cuando y te lo habíamos ocultado."

—¡Daniel!—suplicó Marcelle—. Eso nunca. No quiero que hable usted de mí. Por nada en el mundo quisiera yo que él pensara que le reclamaba algo. Era cosa de él comprenderlo—y en tono conyugal añadió—: Además, él nunca me perdonaría no habérselo dicho yo misma. Todo nos lo decimos siempre.

Daniel pensó: "¿Esas tenemos?" Pero no tenía ninguna gana de reír.

—Pero yo no le hablaría en nombre de usted—dijo—. Le diría que había estado con usted, que la había encontrado atormentada y que no todo es tan sencillo como lo cree él. Todo como si saliera de mí.

—No quiero—cortó obstinada Marcelle—. No quiero.

Daniel contemplaba ávidamente su espalda y su cuello. Tan estúpida obstinación le irritaba, quería hacerla añicos. Se veía poseído de un deseo enorme y sin gracia: violar aquella conciencia, hundirse con ella en la humildad. Pero no era por sadismo. Era más palpable y más húmedo, más carnal. Era la bondad.

—Es necesario, Marcelle. ¡Marcelle, míreme!

La sujetó por los hombros y sus dedos se hundieron en templada mantequilla.

—Si yo no le hablo, usted no le dirá nunca nada y... todo habrá concluido: vivirá con él callada y acabará odiándole.

Marcelle no respondió, pero, al ver su aspecto rencoroso y abatido, él comprendió que empezaba a ceder. Sin embargo, todavía dijo ella:

—No quiero.

—Si no me deja usted actuar—dijo él colérico y des-

prendiéndose de ella—se lo reprocharé durante mucho tiempo. Habrá destrozado su vida con sus propias manos.

Marcelle paseaba la punta de su pie por la alfombra.

—Habría que decirle..., decirle cosas completamente ambiguas...—dijo ella—. Algo que lograra despertar su atención.

—Eso desde luego—respondió Daniel.

Pensó: "Puedes estar tranquila."

—Es imposible—dijo Marcelle con gesto de contrariedad.

—¡Vaya! Iba usted a ser razonable... ¿Por qué es imposible?

—Tendría usted necesidad de decirle que nos vemos.

—Claro que sí—dijo impacientándose Daniel—. Ya se lo he dicho antes. Como yo lo conozco, sé que no se enfadará; a lo sumo se irritará un poco para guardar las apariencias, y dado que va a sentirse culpable, le encantará tener algo que reprocharla. Por otra parte, yo dejaré bien sentado que nuestras visitas han empezado tan solo hace unos meses y de tarde en tarde. De todos modos, algún día teníamos que decírselo.

—Eso sí—dijo ella sin gran convencimiento—. Era nuestro secreto...—se lamentó—. Oigame, Daniel: era mi vida privada, no tengo otra—y con tono rencoroso concluyó—: Solo puedo considerar como mío lo que le oculto.

—Hay que procurarlo. Por la criatura.

Marcelle cedería. Había que esperar. Caminaría empujada por su propio peso hacia la resignación, hacia la conformidad; dentro de un momento se entregaría sin resistencia y le diría: "Haga usted lo que le parezca bien: estoy en sus manos." Ella le fascinaba; no sabía si era el Mal o la Bondad aquel dulce fuego que le devoraba. Bien y Mal, su Bien y su Mal, era lo mismo. Solo existía aquella mujer y aquella comunión vergonzante y vertiginosa.

Marcelle se alisó con la mano los cabellos y dijo desafiante:

—Está bien, ensayemos. Después de todo, será una prueba.

—¿Una prueba?—preguntó Daniel—. ¿Es a Mathieu a quien quiere usted someter a prueba?

—Sí.

—¿Acaso cree usted que permanezca indiferente? ¿Que no se apresurará a explicarse con usted?

—¡Qué sé yo!

Ella añadió secamente:

—Necesito estimarle.

El corazón de Daniel palpitó violentamente.

—¿Ya no le estima usted?

—Sí, pero desde anoche no estoy a gusto con él. Ha sido... Tiene usted razón: ha sido demasiado negligente. No se ha preocupado de mí. Y, por añadidura, el telefonazo de hoy ha sido lamentable. Se ha creído...—añadió poniéndose colorada—. Se ha creído en la obligación de decirme que me amaba. Al colgar el aparato apestaba a remordimiento de conciencia. No podré nunca hacer comprender a usted el efecto que me ha causado. Si llegase a perder el afecto que le tengo... No lo quiero ni pensar. Cuando alguna vez le echo algo en cara, no puede usted figurarse lo que padezco. Si tratara mañana de hacerme hablar..., si una sola vez me preguntara qué es lo que yo pensaba...

Se calló, moviendo tristemente la cabeza.

—Le hablaré—dijo Daniel—. Al dejarla a usted, le pondré unas líneas y le citaré para mañana.

Callaron. Daniel se dedicó a pensar en la entrevista del día siguiente: se anunciaba violenta y dura. Eso borraría tan empalagosa piedad.

—¡Daniel, mi querido Daniel!—gritó Marcelle.

Alzó este la cabeza y contempló su mirada: era una mirada pesada y hechizada, desbordante de agradecimiento sexual, una mirada de posgoce. El cerró los ojos: entre ellos había algo más que amor. Ella se había entregado, había él entrado en ella, ya no eran más que un solo ser.

—¡Daniel!—susurró Marcelle.

Daniel abrió los ojos y tosió lamentablemente: estaba asmático. Le cogió la mano y la besó ardientemente sin respirar.

—¡Arcángel mío!—suspiró Marcelle encima de su cabeza.

Pasaría él toda su vida encima de aquella odorosa mano. Ella le acarició los cabellos.

XI

Una gran flor morada subía hacia el cielo: era la noche. Mathieu se paseaba en aquella noche pensando: "Soy un individuo acabado." La idea era recentísima, y resultaba necesario darle vueltas y más vueltas, aspirarla con circunspección. A veces, a Mathieu se le escapaba y solo quedaban las palabras. Las palabras no carecían de cierto encanto sombrío: "Un individuo acabado." Se podían imaginar espléndidos desastres: el suicidio, la rebelión, otros extremos. Pero pronto resurgía la idea: no se trata de eso, en absoluto; se trataba de una pequeña preocupación tranquila, nada desesperada; al contrario, más bien cómoda: Mathieu tenía la impresión de que le habían otorgado todas las licencias como a un incurable. "Solo tengo que dejarme vivir", pensó. Leyó *Sumatra* en letras de fuego y el negro se abalanzó hacia él, echándose la mano a la gorra. Ya en la puerta, Mathieu vaciló: oía murmullos, un tango; su corazón estaba aún presa de pereza y de noche. Y de pronto, como si amaneciera, se vio en pie sin saber cuándo ni cómo se había levantado: corrió la cortina verde, descendió los dieciséis peldaños de la escalera y se encontró en una cueva escarlata y bulliciosa con manchas de turbio blanco: los manteles. Se olía a hombre; el salón estaba lleno de hombres, como en misa. Al fondo del bodegón, gauchos en camisa de seda tocaban la música subidos a una plataforma. Delante de él había gente de pie, inmóvil y correcta, que parecía escuchar; se bailaba; estaban taciturnos, como si siguieran un destino interminable. Mathieu cruzó la mi-

rada por la sala, despaciosamente, y trató de descubrir a Boris y a Ivich.

—Señor, ¿desea usted una mesa?

Un guapo muchacho se inclinó ante él con modales de intermediario.

—Estoy buscando a alguien—dijo Mathieu.

El muchacho lo reconoció.

—¡Ah!, ¿es usted, señor?—preguntó cordialmente—. La señorita Lola se está vistiendo. Los amigos de usted se hallan en el fondo, a la izquierda; voy a guiarle.

—No, gracias, ya los encontraré. ¡Está esto pletórico hoy!

—No está del todo mal. Mucho holandés. Son bastante bullangueros, pero consumen de lo lindo.

El muchacho se alejó. Era imposible abrirse paso entre las parejas que bailaban. Mathieu esperó: escuchaba el tango y arrastrar los pies a los que bailaban; contempló los movimientos de aquel mitin silencioso. Hombros desnudos, una cabeza de negro, el brillo de un cuello, mujeres soberbias y entradas en años, muchos caballeros maduros que bailaban como pidiendo perdón. Los sonidos punzantes del tango le pasaban por encima de la cabeza: los músicos no parecía que tocasen para el público. "¿Qué diablos vengo yo a hacer aquí?", se preguntó Mathieu. Los codos de su chaqueta brillaban, su pantalón carecía de pliegue, no sabía bailar, era incapaz de divertirse en medio de aquella seria ociosidad. Se encontró a disgusto: en Montmartre, pese a la simpatía de los camareros, nunca se podía uno considerar a sus anchas; había en el ambiente una crueldad inquieta y sin reposo.

Las blancas bombillas volvieron a alumbrarse. Mathieu avanzó por la pista apartando las espaldas que se alejaban. En un rincón había dos mesas. En una de ellas, un hombre y una mujer hablaban sin mirarse. En la otra vio a Boris y a Ivich: inclinadas las cabezas como si estuviesen atareados; su austeridad no dejaba de tener gracia. Parecían dos monjes. La que hablaba con vivos ademanes era Ivich. Jamás, ni en sus momentos de confianza, había

contemplado Mathieu aquel rostro. "Qué juventud la suya", pensó Mathieu. Le entraron ganas de dar media vuelta y largarse. No obstante, se acercó porque ya no podía soportar la soledad. Tuvo la sensación de mirarlos por el agujero de una cerradura. Pronto le descubrirían, volverían hacia él sus rostros amanerados que reservaban a sus familiares, a los mayores de edad, y aun en el fondo de ellos mismos verían algo que había cambiado. Había llegado al lado de Ivich sin que ella se hubiese dado cuenta. Se había acercado al oído de Boris para cuchichearle. Tenía aspecto—muy pequeño aspecto—de hermana mayor: hablaba a Boris con maravillada condescendencia. Mathieu se sintió más a gusto: aun con su hermano se abandonaba por completo, le gustaba hacer de hermana mayor, no se entregaba nunca. Boris rió brevemente:

—¡Nada que hacer!—dijo simplemente.

Mathieu puso la mano encima de la mesa. "¡Nada que hacer!" Con aquellas palabras, su conversación había terminado para siempre: constituía la última réplica de un relato o de una obra de teatro. Mathieu contempló a Boris y a Ivich: los encontró novelescos.

—¡Salud!—les dijo.

—¡Salud!—repitió Boris levantándose.

Mathieu dirigió una rápida mirada a Ivich: ella se había echado hacia atrás. El vio unos ojos pálidos e inexpresivos. La verdadera Ivich había desaparecido. "¿Y por qué la verdadera?", pensó él, irritado.

—Buenos días, Mathieu—saludó Ivich.

No sonreía ella, pero tampoco tenía aspecto ni de sorpresa ni rencoroso; aparentaba hallar la presencia de Mathieu completamente normal. Boris, con rápido ademán, señaló al gentío:

—¡Cuánta gente hay!—dijo satisfecho.

—Así es—aprobó Mathieu.

—¿Quiere usted ocupar mi asiento?

—De ninguna manera; se lo cederá a Lola dentro de un momento.

Se sentó. La pista estaba desierta. Tampoco en la pla-

taforma de los músicos había nadie: los gauchos habían terminado sus números de tango, e iban a ser sustituidos por "Hijito's band", el *jazz* negro.

—¿Qué bebe?—preguntó Mathieu.

La gente daba vueltas alrededor. Ivich no le había recibido mal; estaba inundado en un calor húmedo, gozaba de la paz feliz que da la sensación de ser un hombre entre los hombres.

—Un vodka—dijo Ivich.

—¡Caramba! ¿Ahora le gusta a usted eso?

—Es fuerte—contestó ella sin tomar ningún partido.

—¿Y eso?—preguntó Mathieu por espíritu de justicia, señalando una espuma blanca en el vaso de Boris. Este le miró con admiración jovial y sorprendida. Mathieu se sentía molesto.

—¡Es una asquerosidad!—dijo Boris—. Es el coctel del barman.

—¿Lo ha pedido usted por cortesía?

—Hace tres semanas que me da la lata para que lo pruebe. Sabrá usted que hacer cocteles le viene ancho. Se ha hecho barman después de haber sido prestidigitador. Dice que es el mismo oficio, pero se equivoca.

—Tal vez tenga la culpa el *shaker*—dijo Mathieu—, pero cuando se cascan los huevos hay que conocer cómo mover la mano.

—En cuyo caso habría sido preferible que hubiese sido titiritero. De cualquier modo, yo no hubiese probado su asquerosa mixtura de no haberle tenido que pedir, esta misma tarde, cien francos prestados.

—¡Cien francos!—exclamó Ivich—. Yo los tenía.

—También yo—replicó Boris—, pero como es barman... A un barman hay que pedirle dinero prestado—explicó con matiz austero.

Mathieu se fijó en el barman. Estaba erguido detrás del mostrador, todo blanco, brazos cruzados, fumando un pitillo. Era apacible su aspecto.

—Me hubiese gustado ser barman—afirmó Mathieu—. Debe de ser divertido.

—Le hubiera costado caro—aseguró Boris—. Todo lo hubiese usted hecho añicos.

Hubo un silencio. Boris miraba a Mathieu e Ivich miraba a Boris.

—Estoy aquí de más—dijo Mathieu con tristeza.

El camarero le tendió la carta de champañas: habia que moderarse, pues no le quedaban más que quinientos francos.

—Un whisky—pidió Mathieu.

Aborreció las economías y aquellos pocos billetes que aún tenía en la cartera. Llamó al camarero.

—Espere; prefiero champán.

Volvió a consultar la carta. El Mumm costaba 300 francos.

—Ya lo tomará usted—invitó él a Ivich.

—No. Sí—dijo después de reflexionar—. Lo prefiero.

—Dénos un Mumm, cordón rojo.

—Estoy contento por beber champán—dijo Boris—, porque no me gusta. Pero hay que acostumbrarse.

—Ustedes dos son como para desternillarse de risa —dijo Mathieu—. Siempre beben lo que les desagrada.

Boris la estaba gozando: le gustaba que Mathieu le hablase en aquel tono. Ivich hizo una mueca con los labios. "No puede decírseles nada—pensó Boris algo malhumorado—, siempre se escandaliza el uno o el otro." Allí estaban frente a él, atentos y severos; los dos se habían forjado ideas personales sobre Mathieu y los dos exigían que coincidieran con la realidad. Sucedía que las dos imágenes eran irreconciliables.

Callaron.

Mathieu estiró las piernas y sonrió placentero. Toques de trompeta, agrios y gloriosos, llegaban hasta él en bocanadas; no pretendía averiguar a qué partitura correspondían: eran notas para hacer ruido, pero, sin embargo, le proporcionaban un goce metálico que le acariciaba la piel. Naturalmente, estaba convencido de que se aburría como una ostra; pero sacaba en conclusión que en aquel dancing, en aquella misma mesa, en medio de los demás

individuos que también se aburrían, la cosa carecía de importancia y ni siquiera era molesto. Volvió la cabeza. El barman seguía soñando: a la derecha, un sujeto de monóculo, completamente solo, aspecto estragado; más allá, otro, solo así mismo, ante tres consumiciones y un bolso de señora; su mujer y un amigo debían de estar bailando, y el solitario parecía estar liberado de una carga: bostezó a gusto, tapándose la boca con la mano, y sus ojillos pestañearon voluptuosamente. Caras sonrientes y limpitas, ojerosas, por doquier. Mathieu se sintió de pronto solidario con todos aquellos individuos que mejor harían yéndose a sus casas y que ni para hacerlo tenían ánimo, entregados a fumar cigarrillos, a beber pócimas que sabían a acero, a sonreír, a renegar de aquella música, a contemplar con sus ojos vacíos los restos de sus respectivos destinos; oyó la llamada discreta de una humilde y cobarde dicha: "Ser como todos aquellos." Tuvo miedo y se sobresaltó; se volvió hacia Ivich. Rencorosa y distante estaba, pero pese a todo constituía su único apoyo. Ivich contemplaba el líquido transparente que aún quedaba en su copa: bizqueaba inquieta.

—Hay que beberlo de un trago—dijo Boris.

—No haga eso—aconsejó Mathieu—. Abrasaría su garganta.

—El vodka se bebe de un trago—dijo Boris con severidad.

Ivich cogió su copa.

—Prefiero bebérmelo de un trago, así se acabará antes.

—No, no beba; espere al champán.

—Tengo que tragar eso—dijo ella irritada—. Quiero divertirme.

Se echó hacia atrás, acercando la copa a sus labios, y volcó en su boca todo el contenido, como si hubiese llenado una jarra. Así permaneció un segundo, sin atreverse a tragar, con aquella llama de fuego en el paladar. Mathieu sufría por ella.

—¡Traga!—ordenó Boris—. Basta con que te imagines que es agua: verás.

El cuello de Ivich se hinchó y dejó la copa encima de la mesa, haciendo una mueca horrible; sus ojos se llenaron de lágrimas. La señora morena, su vecina, abandonando por un momento su actitud distante, lanzó sobre ella una mirada de reproche.

—¡Qué asco!—dijo Ivich—. Quema, es fuego.

—Te compraré una botella para que te ejercites—dijo Boris.

Ivich meditó durante un segundo:

—Mejor sería que me entrenara con aguardiente. Es más fuerte.

Y añadió como angustiada:

—Creo que así me será más fácil divertirme.

Nadie pronunció palabra. Se volvió ella rápidamente hacia Mathieu: esa fue su primera mirada.

—Usted aguanta bien el alcohol...

—¿Este? Es extraordinario—contestó por él Boris—. Un día que me hablaba de Kant le vi tirarse siete whiskies al coleto. Terminé sin poder escucharle: me había emborrachado en su lugar.

Cierto. Por eso Mathieu era incapaz de abandonarse. Mientras bebía, se consolidaba. ¿Cómo? De repente se le apareció Gauguin, un pálido rostro con perdida mirada. Pensó: "Por mi humana dignidad." Tenía miedo; en un instante de abandono podía perder la cabeza flotando como en una espesa bruma de calor, un pensamiento de mosca o de cucaracha.

—Me horroriza emborracharme—explicó humildemente—. Bebo, pero aborrezco la embriaguez con toda mi alma.

—¿Por eso?...—dijo admirativamente Boris—. ¡Es usted más tozudo que una mula!

—No soy tozudo, a lo sumo tenso: no sé nunca dejarme llevar. Tengo que estar siempre pendiente de lo que pueda sucederme: esa es mi defensa—y añadió irónica-

mente, como para consigo mismo—: Soy como una caña que pensara.

"No sé nunca dejarme llevar..." Eso no era verdad, no era sincero: en el fondo, solo quería ser grato a Ivich. Pensó: "¿He llegado a tal extremo?" Estaba decidido a aprovecharse de aquella decadencia suya. No desdeñaba obtener con ella pequeñas ventajas; de ellas se serviría para echar piropos a las jovencitas. "¡El muy cochino!" Pero se detuvo espantado: cuando se trataba de cochino, tampoco era sincero, ni siquiera estaba indignado. Era un truco para recobrarse; creía poder salvarse de la abyección por medio de la "lucidez", pero aquella lucidez le salía barata, más bien le divertía lo mismo que su juicio acerca de la lucidez, ese modo de empinarse sobre sus propios hombros... "Habría que cambiar de entrañas." Pero nada podía aliviarle: sus pensamientos estaban siempre contaminados desde su nacimiento. Repentinamente, Mathieu se abrió como una herida; se vio como invadido, como al descubierto: pensamientos y más pensamientos; estaba transparente hasta el infinito y también podrido hasta el infinito. Luego, todo se apagaba y volvía a hallarse sentado frente a Ivich, que le miraba con ojos raros.

—¿Así es que ha estado usted trabajando?

Ivich, colérica, se encogió de hombros:

—¡No quiero que me hablen más de eso! Estoy hasta el cogote. He venido aquí para divertirme.

—Ha pasado todo el día hecha una bola encima del diván con ojos como platos.

Boris añadió orgulloso, sin preocuparse de la negra mirada que su hermana le lanzaba:

—Estupenda. Es capaz de reventar de frío en pleno estío.

Ivich había tiritado durante varias horas, y tal vez sollozado. Ahora, todo había desaparecido: se había embadurnado de azul las ojeras y de rojo carmesí los labios, y el alcohol inflamaba sus mejillas. Estaba para estallar.

—Me gustaría pasar una velada formidable—dijo—, porque esta va a ser la última.

—Es usted ridícula.

—Sí—dijo ella obstinada—. Sé que me catearán y que inmediatamente me iré. No podría quedarme ni un día más en París. De lo contrario...—se calló—. De lo contrario... Nada. No hablemos más de ello, se lo ruego: me humilla—y alegremente exclamó—: ¡Ah! ¡Ya llegó el champán!

Mathieu al ver la botella pensó: "¡Trescientos cincuenta francos!" El individuo que le había abordado la víspera en la calle Vercingetórix estaba allí también hecho polvo, aunque más modestamente, sin champán y sin burbujas, y hasta pasando hambre. A Mathieu le horrorizó la botella. Estaba allí pesada y negra con una servilleta enrollada al cuello. El camarero, inclinado sobre el cubo del hielo con ademán goloso y reverente, la hacía girar con la punta de los dedos con gran competencia. Mathieu no apartaba los ojos de la botella: seguía pensando en aquel sujeto de la víspera y su corazón estaba oprimido, víctima de verdadera angustia; afortunadamente, un joven digno, en el tablado, entonaba acercando a la boca el micrófono:

Il a mis dans le mille
Emile...

Y también estaba allí aquella botella que ceremoniosamente daba vueltas al manejo de pálidos dedos, y toda aquella gente que se cocía en su propia salsa sin darle la mínima importancia. Mathieu pensó: "Apestaba a vinazo; en el fondo era lo mismo. Porque tampoco a mí me gusta el champán." Todo el dancing le pareció un pequeño infierno, ligero como la espuma del jabón, y sonrió.

—¿Por qué se hincha usted de risa?—preguntó Boris soltando la carcajada.

—Porque acabo de acordarme de que a mí tampoco me gusta el champán.

Los tres se echaron a reír. La risa de Ivich era estridente; su vecina volvió la cabeza, mirándola de arriba abajo.

—¡Tenemos buena cara!—dijo Boris, para añadir—: Podríamos vaciarla en el cubo cuando el camarero se haya marchado.

—Lo que usted quiera—dijo Mathieu.

—¡De ninguna manera!—exlamó Ivich—. Yo quiero beber, y me beberé la botella entera si ustedes no quieren beber más.

El camarero les sirvió y Mathieu se llevó melancólicamente a los labios la copa.

Ivich miró la suya perplejamente.

—Estaría mejor—comentó Boris—si lo sirvieran hirviendo.

Las bombillas blancas se apagaron, volvieron a lucir las rojas y se oyó el redoble de los tambores. Un caballerete calvo y rechoncho, de esmoquin, saltó a la plataforma y se puso a sonreír al micrófono:

—Señoras y señores: la dirección de *Sumatra* se complace en presentar a ustedes a Miss Ellinor, que debuta en París. ¡Miss Ellinor!—repitió—. ¡Hop!

A los primeros acordes de una guitarra, una joven alta entró en el salón. Estaba desnuda. Su cuerpo parecía de algodón en aquel rojo ambiente. Mathieu se volvió hacia Ivich: esta miraba con sus pálidos ojos a aquella mujercita desnuda; los ojos abiertos de Ivich habían recobrado su maniática crueldad.

—La conozco—susurró Boris.

La artista bailaba, entregada a su deseo de gustar; parecía inexperta; alargaba las piernas hacia adelante, una tras otra, con energía, y los pies se empinaban como dedos en la punta de las piernas.

—Exagera—dijo Boris—. Va a destrozarse.

La verdad era que mostraba una inquietante fragilidad en sus largas extremidades; cuando apoyaba en el suelo los pies, sus piernas temblaban desde los tobillos a las caderas. Se acercó a las candilejas y dio media vuelta. "Ya está—pensó Boris—. ¡Ahora va a moverse de popa!" El murmullo de las conversaciones apagaba la música por intervalos.

—No sabe bailar—apuntó la vecina de Ivich, mordiéndose los labios—. Cuando se cobran treinta y cinco francos por consumición, se debieran seleccionar mejor las atracciones.

—También actúa Lola Montero—dijo el hombre gordo.

—No importa, es una vergüenza. A esta la han recogido en el arroyo.

Se echó un sorbo de su coctel y se dedicó a jugar con sus sortijas. Mathieu recorrió la sala con la mirada y no halló más que caras severas y justas; la gente se divertía a fuerza de indignarse: la bailarina les parecía doblemente desnuda por su gran torpeza. Diríase que ella se había percatado de la hostilidad reinante y que pretendía enternecer al público. A Mathieu le conmovió aquella desesperada voluntad: ella ofrecía sus muslos entreabiertos con tal denuedo que hundía el corazón.

—¡Hay que ver qué esfuerzos está haciendo!—dijo Boris.

—Todo será inútil—dijo Mathieu—. El cliente exige que le respeten.

—¡Lo que el público quiere es ver culos!

—Sí, pero que los enseñen con arte.

Durante un momento, las piernas de la bailarina piafaban bajo la impotencia risible de su popa; luego se irguió sonriente, levantó los brazos al viento y los sacudió: cayeron en cascadas de escalofríos que resbalaron a lo largo de los omóplatos y terminaron muriendo en el hueco de la cintura.

—Parece imposible que tenga tan rígidas las caderas —dijo Boris.

Mathieu nada dijo. Acababa de pensar en Ivich. No se atrevía a mirarla, pero recordó su aspecto cruel; en resumidas cuentas era como los demás, la niña sagrada: doblemente protegida por su gracia y por sus discretos vestidos, ella devoraba con la mirada, con espíritu de becerra, aquella miserable carne desnuda. Una ola rencorosa subió a los labios de Mathieu; tenía veneno en la boca. "No valía la pena mostrarse tan remilgada aquella

mañana." Volvió ligeramente la cabeza y vio, descansando sobre la mesa, el puño crispado de Ivich. La uña del pulgar, escarlata y puntiaguda, apuntaba la pista como flecha indicadora. "Está sola—pensó él—. Esconde bajo sus cabellos su rostro alterado, aprieta sus muslos, ¡está gozando!" Tal idea le fue insoportable; era necesario levantarse y desaparecer, pero, no siendo de ello capaz, se limitó simplemente a pensar: "¡Y decir que si yo la estimo es por su pureza!" La bailarina, apoyadas en las caderas sus manos, se movía de costado sobre los talones y con su muslo rozó la mesa. A Mathieu le hubiera gustado desear aquel popó regocijado debajo de perezosa espina dorsal para alejar sus pensamientos, para jugar a Ivich una mala partida. La del tablado se había puesto en cuclillas, con las piernas separadas, balanceando sus posaderas de delante atrás, cual una de esas pálidas linternas que oscilan por las noches, en estaciones sin importancia, movidas por invisible mano.

—¡Qué asco!—exclamó Ivich—. No quiero mirarla.

Mathieu, sorprendido, volvió la cabeza hacia ella y vio un rostro triangular, descompuesto por la rabia y la repugnancia: "No estaba turbada", pensó él agradecido. Ivich tenía escalofríos; él hubiese querido sonreírle, pero su cerebro estaba repleto de cascabeles; Boris, Ivich, el cuerpo obsceno y la bruma purpúrea se alejaron de su alcance. Se hallaba completamente solo, a lo lejos un fuego de bengala y, entre el humo, un monstruo de cuatro patas que hacía la rosca, y una música de festival llegaba hasta él a saltos a través de un murmullo de húmedo follaje. "¿Qué habré hecho yo?", se preguntó. Era lo mismo que por la mañana: en torno suyo solo había un espectáculo. Mathieu estaba ausente.

Cesó la música y la bailarina se inmovilizó, volviendo la cabeza hacia la sala. Por encima de su sonrisa tenía dos bellos ojos acosados. Nadie aplaudió y hasta se oyeron risitas ofensivas.

—¡Marranos!—dijo Boris.

Batió furiosamente palmas. Varias caras sorprendidas se volvieron para mirarle.

—¿Quieres callar?—le preguntó Ivich furiosa—. ¿Por qué aplaudes?

—Porque ella hace lo que puede—replicó Boris sin dejar de aplaudir.

—Razón de más.

Boris se encogió de hombros.

—La conozco—dijo Boris—. He cenado con ella y con Lola. Es una buena chica sin cabeza.

Desapareció sonriente, distribuyendo besos a diestro y siniestro. Una luz blanca invadió la sala. Fue como un despertar: la gente estaba contenta al quedarse sola después de haber hecho justicia. La vecina de Ivich encendió un cigarrillo y dirigió una sonrisa para ella exclusivamente. Mathieu no acababa de despertar, sumido en blanca pesadilla y nada más; los rostros se expansionaban en torno suyo con una suficiencia riente y floja; la mayoría no daban la impresión de ser asiduos, igual que él mismo: su aspecto daba sensación de poseer esa pertinencia de los ojos, de la comisura de los labios, lo cual no impediría que adivinasen que estaba vacío; era como la imagen de la pesadilla aquel hombre que daba saltitos en el tablado y que gesticulaba para imponer silencio: su apariencia era la de quien paladease por anticipado la extrañeza que iba a provocar depositando en el altavoz, sencillamente y sin comentarios, el nombre famoso de: "¡Lola Montero!"

La sala se estremeció al conjuro de complicidad y de entusiasmo. Los aplausos crepitaron y entusiasmaron a Boris.

—¡Están de buenas, la cosa va a marchar!

Lola se había recostado en la puerta; de lejos, su cara chata y surcada tenía semejanza con el hocico de un león; su espalda, blancura estremecida de verdes reflejos, era la hojarasca de un abedul en una noche ventosa a la luz de los faros de un auto.

—¡Qué bella está!—exclamó Ivich.

Avanzó con paso largo y tranquilo, con desaliento ple-

no de soltura; tenía las manitas y la gracia pesadas de una sultana, pero en su manera de andar había algo así como una generosidad hombruna.

—¡Está en su apogeo!—exclamó admirado Boris—. ¡No se quedarán con ella!

Así era, efectivamente: los que ocupaban la primera fila se habían arrellanado en sus sillas, intimidados, sin atreverse apenas a contemplar de cerca aquella cabeza tan célebre. Una bella cabeza de tribuno, voluminosa y pública, imbuida de un amago de importancia política. La boca sabía cómo debía expresarse, estaba acostumbrada a bostezar ampliamente, los labios muy salientes para poder provocar horror y desdén y para que la voz llegase hasta muy lejos. Lola se inmovilizó repentinamente. La vecina de Ivich suspiró asombrada y admirativa: "Se ha hecho con todos", pensó Mathieu.

El se sintió molesto; en su fuero interno, Lola era noble y apasionada, lo que su cara desmentía, fingiendo nobleza y pasión. Ella sufría. Boris la desesperaba, pero, cinco minutos al día, ella, a su vez, aprovechaba su número de canto para sufrir en belleza. "Y yo, ¿qué? ¿Acaso yo no estoy en plan de sufrir en belleza, desempeñando el papel del individuo acabado con acompañamiento musical? Lo que no cabe duda—pensó—es que soy un tipo acabado." Pero igual sucedía en su derredor: había muchos que ni siquiera existían, vahos, y, en cambio, otros que existían con exuberancia; por ejemplo, el barman. Hace un momento fumaba su cigarrillo, ambiguo y poético como una centinodia, y ahora, ya despierto, era demasiado barman, sacudía la coctelera, la agitaba, la destapaba, vertía una espuma amarilla en las copas con ademanes de superflua precisión: representaba su papel. Mathieu pensó en Brunet. "Tal vez no pueda hacerse de otro modo; acaso se pueda elegir: o no ser nada o actuar como uno es. Sería terrible—se dijo—tener que ser falseados por naturaleza."

Lola, sin apresurarse, recorrió con la mirada la sala. Su atormentado semblante se había endurecido y coagu-

lado; parecía como si la máscara aquella hubiese desaparecido. Pero en el fondo de sus ojos, lo único que parecía vivir, Mathieu tuvo la sensación de descubrir una llama de curiosidad áspera y amenazadora que no era fingida. Al percibir, por fin, a Boris y a Ivich pareció tranquilizarse. Les dedicó una amplia sonrisa, plena de bondad, y anunció con tono distante:

—Una canción marinera: *Johnny Palmer.*

—Me agrada su voz—dijo Ivich—. Diríase de terciopelo.

—Es verdad.

Mathieu pensó: "¡Otra vez *Johnny Palmer!*"

La orquesta inició el preludio y Lola levantó sus pesados brazos, trazó una cruz y él vio cómo se abría una boca sanguinolenta.

Qui est cruel, jaloux, amer?
Qui triche au jeu, sitôt qu'il perd?

Mathieu ya no escuchaba; se sentía avergonzado ante aquella imagen del dolor. Bien sabía él que no era más que una imagen, pero de todos modos...

"Yo no sé sufrir, no sufro nunca lo bastante." Lo más penoso en el sufrimiento es que realmente era un fantasma tras del que no dejaba uno de correr creyendo poder alcanzarle para meterse en él y recibir un buen golpe apretando los dientes en el momento en que escapaba, y luego de todo aquello solo quedaban unas cuantas palabras desparramadas y miles de alocados razonamientos que hormigueaban minuciosamente: "Eso bulle en mi cabeza, no cesa de bullir y yo daría cualquier cosa para hacer que callara." Miraba envidioso a Boris; detrás de aquella frente obstinada solo debía existir enormes silencios.

Qui est cruel, jaloux, amer?
C'est Johnny Palmer.

"¡Miento!" Su decadencia, sus lamentaciones, eran falsas, vacías; estaba empujado al vacío, a su propia su-

perficialidad, para huir de la insostenible presión de su verdadero mundo. Un mundo negro y tórrido que apestaba a éter. En aquel mundo, Mathieu no estaba acabado en absoluto; era peor: estaba sin escrúpulos y criminal. Era Marcelle la que estaría acabada si él no encontrase cinco mil francos antes de dos días. Acabada del todo, sin lirismos; lo que equivalía a decir que pariría la criatura o que arriesgaría reventar en manos de un herborista. En ese mundo, el sufrimiento no era un estado de alma y no había palabras que bien lo expresaran: era la consecuencia de las circunstancias. "Cásate con ella, falso bohemio; cásate con ella, querido; ¿por qué no te casas?" Apostaría que va a entregarla, pensó horrorizado Mathieu. Todos aplaudieron a Lola, y esta se dignó sonreír. Ella se inclinó y dijo:

—Ahora, de la *Opéra de Quat'sous: La novia del Pirata.*

"No me gusta cuando canta eso. Margó Lion lo hacía mejor. Más misteriosa. Lola es una racionalista, carece de misterio. Además, es más bonachona. Ella me odia, pero con odio llano, sano, un odio de hombre honrado." El escuchaba con oído distraído aquellos pensamientos superficiales que corrían como ratón en el granero. Debajo, existía un sueño espeso y triste, un mundo espeso que en silencio esperaba: Mathieu caería en él tarde o temprano. Vio a Marcelle, su boca dura y su mirada perdida: "Cásate con ella, falso bohemio; cásate con ella; ya estás en tu edad de razón. ¡Cásate!"

Un navire de haut bord
Trent'canons aux sabords
Entrera dans le port.

"¡Basta! ¡Basta ya! Encontraré el dinero, acabaré encontrándolo; de lo contrario, me casaré con ella, de acuerdo, no soy ningún puerco; pero esta noche, aunque solo sea por esta noche, que me dejen en paz, que quiero olvidarlo todo. En cuanto a Marcelle, ella no olvida: está en la habitación, tumbada en la cama: todo lo recuerda, me ve, escucha los movimientos de sus entrañas. ¿Y

qué? Le daré mi nombre, mi vida entera si fuera necesario, pero esta noche me pertenece." Se volvió hacia Ivich, se abalanzó para acercársele; ella le sonrió, pero él se estrelló de narices, mientras aplaudían, contra una pared de vidrio. "¡Más, más!", reclamaba el auditorio. Lola no tuvo en cuenta aquellos gritos: tenía que volver a actuar a las dos de la madrugada, y debía reservarse. Saludó dos veces y se adelantó hacia Ivich. Las miradas convergieron en la mesa de Mathieu. Este y Boris se levantaron.

—Buenas noches, mi querida Ivich; ¿cómo estamos?

—Hola, Lola—contestó Ivich en tono débil.

Lola rozó ligeramente la barbilla de Boris.

—¡Buenas noches, grandísimo sinvergüenza!

Su voz, tranquila y grave, prestaba a la palabra "sinvergüenza" cierta dignidad, como si Lola la hubiese escogido adrede entre las pícaras y patéticas de sus canciones.

—Buenas noches, señora—saludó Mathieu.

—¡Ah!—contestó ella—. ¿También está usted aquí?

Se sentaron. Lola volvió la cabeza hacia Boris; parecía estar a gusto.

—Según parece, han abucheado a Ellinor.

—Eso se dice.

—Ha estado llorando en mi camerino. Sarrunyan estaba furioso. Es la tercera vez que ocurre en ocho días.

—¿No irá a despedirla?—preguntó Boris inquieto.

—Eso quería, porque no tiene contrato firmado. Pero yo le he dicho: si ella se marcha, también yo me voy.

—¿Y qué ha respondido?

—Que se quedase una semana más.

Recorrió la sala con la mirada y dijo en voz alta:

—Esta noche hay un público indecente.

—No me hubiese yo atrevido a decirlo—dijo Boris.

La vecina de Ivich, que devoraba con mirada impúdica a Lola, se había sobresaltado. A Mathieu le dieron ganas de reír; encontraba muy simpática a Lola.

—Es que tú no estás acostumbrado—dijo Lola—. Al salir yo, pronto me di cuenta de que acababan de hacer

una de las suyas; tenían aspecto culpable. Sabrás que si la pobre pierde el empleo no le queda otro remedio que hacer la carrera.

Ivich levantó súbitamente la cabeza; parecía alterada.

—Poco me importa que haga la carrera—dijo violentamente—. Le iría mejor que el baile.

Ella se esforzaba por conservar la cabeza en su sitio y por que sus ojos apagados e irritados permanecieran abiertos. Perdió un poco su aplomo cuando añadió en tono conciliador a la par que acosado:

—Claro que no dejo de comprender que tiene necesidad de ganarse la vida...

Nadie añadió palabra y Mathieu sufrió por ella: ¡qué difícil debía de ser conservar la cabeza en su sitio! Lola la miraba plácidamente, como pensando: "¡Hija de rico!" Ivich dibujó una leve sonrisita.

—No tengo necesidad de bailar—dijo maliciosa.

Su sonrisa se quebró y su cabeza se desplomó.

—¡Cómo la ha cogido!—comentó tranquilamente Boris.

Lola contempló con curiosidad el cráneo de Ivich. Al cabo de un momento avanzó su manita regordeta y agarró con el puño los pelos de Ivich, levantándole la cabeza. Parecía una enfermera.

—¿Qué te pasa, querubín mío? ¿Se ha bebido demasiado?

Separó, cual si se tratara de una cortina, los rubios bucles de Ivich, dejando al descubierto un grueso y pálido carrillo. Ivich entreabría unos ojos moribundos y dejaba caer la cabeza hacia atrás. "¡Va a arrojar!", pensó Mathieu sin conmoverse. Lola tiraba por sacudidas de los pelos de Ivich.

—¡Ea! Abra los ojos, ¡ábralos! ¿Quiere mirarme?

Los ojos de Ivich se abrieron desmesuradamente. Echaban chispas de odio:

—Bueno, ya la estoy mirando—dijo ella con voz tajante y glacial.

—¡Mira, mira!—dijo Lola—. No está tan borracha como parecía...

Soltó los pelos de Ivich. Ivich levantó con presteza la mano y volvió a aplastar los bucles contra sus carrillos como modelando una careta y, en realidad, su cara triangular surgió por entre los dedos; pero boca y ojos todavía tenían algo de pastoso y usado. Ella permaneció inmóvil durante un momento, con ademán intimidante de sonámbula, mientras la orquesta tocaba un *slow*.

—¿Me invitas?—preguntó Lola.

Boris se levantó y fueron a bailar. Mathieu les siguió con la mirada. No tenía ganas de hablar.

—Esa mujer me censura—dijo Ivich en tono sombrío.

—¿Lola?

—No, mi vecina. ¡Me censura!

Como Mathieu no contestara, Ivich prosiguió:

—Tanto que yo quería divertirme esta noche y... ¡Odio el champán!

"También a mí me estará odiando, puesto que yo la he incitado a tomarlo." La vio, sorprendido, sacar la botella del cubo y llenar su copa.

—¿Qué hace usted?—preguntó él.

—Creo no haber bebido bastante. Se necesita llegar a alcanzar un determinado estado, y después se encuentra una bien.

Mathieu pensó que debía impedírselo, pero no lo intentó. Ivich se llevó la copa a los labios e hizo una mueca de desagrado:

—¡Qué malo es!—dijo ella, volviendo a dejar la copa.

Boris y Lola pasaron riendo cerca de su mesa.

—¿Qué tal estamos, chiquilla?—gritó Lola.

—Completamente bien en este momento—respondió Ivich sonriendo amablemente.

Volvió a coger la copa y la vació de un trago, sin dejar de mirar a Lola. Esta le devolvió la sonrisa y la pareja se alejó bailando. Ivich parecía fascinada.

—Cómo se pega a él—dijo con voz casi imperceptible—. Es..., es risible. Parece un ogro.

"Está celosa—se dijo Mathieu—; pero ¿de quién de los dos?"

Ella estaba medio embriagada, sonriendo con aire maniático, solo ocupándose de Boris y de Lola. No le prestaba atención a él en absoluto; lo utilizaba nada más que como pretexto para hablar en voz alta: sus sonrisas, sus gestos y todas las palabras que pronunciaba se las dedicaba a ella misma a través de él. "Debía resultarme insoportable—pensó Mathieu—, y, sin embargo, me deja completamente frío."

—Bailemos—dijo bruscamente Ivich.

Mathieu se sobresaltó:

—A usted no le agrada bailar conmigo.

—No importa—dijo Ivich—. Estoy borracha.

Se levantó ella tambaleándose, estuvo a punto de caerse y se agarró a la mesa. Mathieu la cogió entre sus brazos y se la llevó; penetraron en un baño de vapor: la multitud los envolvió en un círculo de sombra y de perfume. Mathieu desapareció por un momento, pero pronto se rehízo; llevaba el compás detrás de un negro, se hallaba solo; a las primeras vueltas Ivich había volado, él no la sentía.

—¡Parece usted una pluma!

Bajó los ojos y vio unos pies: "Muchos son los que no lo hacen mejor que yo", pensó. Llevaba a Ivich cogida a distancia, casi por el extremo de los brazos, sin mirarla.

—Baila usted muy correctamente—dijo ella—, pero bien se ve que no está a gusto.

—Bailar me intimida—contestó Mathieu, sonriendo—. Es usted sorprendente: hace un momento, apenas si podía andar y ahora baila como una profesional.

—Puedo bailar borracha perdida—dijo Ivich—. Estaría bailando toda la noche sin fatigarme en absoluto.

—Me gustaría ser así.

—No podría usted hacerlo.

—Desde luego, ya lo sé.

Ivich, nerviosa, miraba en torno suyo:

—Ya no veo al ogro—dijo.

—¿A Lola? Está detrás de nosotros.
—Vamos hacia ellos—propuso ella.
Empujaron a una pareja endeble; el hombre les pidió perdón y la mujer les lanzó una negra mirada. Ivich, la cabeza hacia atrás, llevaba a Mathieu retrocediendo. Ni Boris ni Lola les habían visto acercarse. Lola entornaba los ojos; los párpados formaban dos manchas azules en su dura faz. Boris sonreía perdido en angélica soledad.
—Y ahora, ¿qué hacemos?—preguntó Mathieu.
—Quedémonos por aquí, porque hay más sitio.
Ivich estaba ahora más pesada. Apenas si bailaba, con la mirada fijada en su hermano y en Lola, aunque no veía más que un trozo de oreja entre dos bucles. Boris y Lola se acercaron girando sobre sus talones y, al alcanzarlos, Ivich dio un pellizco a su hermano en el antebrazo encima del codo:
—¡Hola, Pulgarcito!
Boris abrió desmedidamente los ojos sorprendido.
—Oye, no te largues. ¿Por qué me llamas eso?
Ivich no respondió, hizo dar media vuelta a Mathieu y se las compuso para dar la espalda a Boris. Lola había abierto los ojos.
—¿Sabes tú por qué me llama Pulgarcito?—le preguntó Boris.
—Creo que lo supongo—respondió Lola.
Boris pronunció algunas palabras, pero el barullo de los aplausos cubrió su voz; calló el *jazz*, los negros se apresuraron a recoger bártulos para dejar sitio a la orquesta argentina.
Ivich y Mathieu volvieron a su mesa.
—Me divierto como una loca—dijo Ivich.
Lola ya estaba sentada.
—Baila usted estupendamente—aseguró a Ivich.
Esta no contestó; dirigía a Lola una pesada mirada.
—Es usted como para hincharse de risa—dijo Boris a Mathieu—. Y yo que creía que no bailaba usted nunca...
—Su hermana tiene la culpa.

—Tan fuerte como está usted—dijo Boris—, mejor debiera dedicarse a danzas acrobáticas.

Se hizo un pesado silencio. Ivich callaba, solitaria y rencorosa; en cuanto a los otros, no tenían ganas de hablar. Un pequeño cielo local se había formado encima de sus cabezas: redondo, seco y asfixiante. Las bombillas volvieron a lucir. A los primeros compases del tango, Ivich se inclinó hacia Lola:

—¡Venga!—dijo con ronca voz.

—Yo no sé llevar—se excusó Lola.

—Pues la llevaré yo—replicó Ivich, y, en tono agrio, añadió descubriendo los dientes—: No tenga miedo: la llevaré como un hombre.

Las dos se levantaron. Ivich estrechó con brutalidad a Lola y la empujó hacia la pista.

—Son divertidísimas—dijo Boris cargando su pipa.

—Lo son.

Sobre todo Lola: parecía una jovencita.

—Miren esto—dijo Boris.

Sacó del bolsillo una enorme navaja con mango de asta y la dejó sobre la mesa.

—Es una navaja vasca—explicó—. De muelle.

Mathieu tomó cortésmente la navaja y trató de abrirla:

—¡Así no, desdichado!—le gritó Boris—. Se va usted a destrozar.

Volvió a hacerse con la navaja, la abrió y la colocó junto a su vaso:

—Es una navaja de matón—dijo—. ¿Ve usted esas manchas negruzcas? El individuo que me la ha vendido me ha asegurado que son de sangre.

Callaron. Mathieu veía a lo lejos la trágica cara de Lola, que flotaba sobre un mar sombrío. "¡No creía que fuese tan grande!" Volvió la cabeza y descubrió en el rostro de Boris una alegría tan inocente que le llegó al alma. "Está contento porque está conmigo—pensó con remordimiento—, y yo, en cambio, nunca sé qué decirle."

—Eche usted una ojeada a la hembra que acaba de llegar. Tercera mesa a la derecha—dijo Boris.

—¿Esa rubia que luce perlas?

—Esa, pero son falsas. Mire con disimulo que ella también nos está mirando.

Mathieu clavó sus ojos, también disimulando, hacia una esbelta y linda joven de aspecto frío.

—¿Qué le parece?

—Puede pasar.

—La he tenido que aguantar el martes último; estaba empeñada en que tenía que bailar con ella. Además, me regaló su pitillera. Lola, furiosa, se la dio al camarero para que se la devolviera—y añadió sobriamente—: Era de plata con incrustaciones.

—Le está comiendo con los ojos—dijo Mathieu.

—Ya me lo figuro.

—¿Qué va usted a hacer de ella?

—Nada en absoluto—contestó despreciativo—. Es una entretenida.

—¿Y qué importa eso?—preguntó sorprendido Mathieu—. ¿Se ha vuelto usted puritano de repente?

—No es eso—replicó Boris riéndose—, no es eso; pero las mujeres de la vida, las bailarinas, las cupletistas, todas son iguales. Si tiene usted una de ellas, es como si las tuviese todas—dejó la pipa y añadió con gran aplomo—: Por lo demás, yo soy un casto, no soy como usted.

—¡Vaya, hombre!—exclamó Mathieu.

—Ya lo verá, ya lo verá—dijo Boris—. Voy a sorprenderle: viviré como un ermitaño cuando termine con Lola.

Regocijado, se frotó las manos. Mathieu le dijo:

—Para rato tiene usted con ella.

—Hasta el primero de julio, ¿apuesta usted algo?

—¡Ni hablar! Cada mes apuesta usted que romperá al siguiente, y siempre pierde. Todavía me debe usted cien francos, un par de prismáticos, cinco puros Corona y el barco que vimos en una vitrina de la calle Seine. Todavía no ha pensado usted en romper. Está muy colado con Lola.

—Me duele hasta el pecho de lo que me hace usted reír—explicó Boris.

—Claro que es más fuerte que usted—prosiguió sin turbarse Mathieu—. No puede soportar la idea de estar comprometido: eso le enloquece.

—¡Calle de una vez!—protestó Boris entre furioso y divertido—. Ya puede usted esperar sus puros y su barquito...

—¡Noticia nueva! No paga nunca sus deudas de honor: es usted un pobre desgraciado.

—Y usted, un mediocre—respondió Boris.

Su cara se encendió:

—¿No le parece un grave insulto lanzar a un caballero a las narices: "Es usted un mediocre"?

—No está del todo mal—ironizó Mathieu.

—O lo que es más todavía: usted nada vale.

—No, eso no—replicó Mathieu—. Debilitaría su postura.

Boris lo reconoció de buena gana:

—Tiene mucha razón—le replicó—. Es usted odioso, porque siempre tiene razón.

Volvió a encender cuidadosamente su pipa.

—Para serle sincero, le diré que tengo mi idea—y añadió confuso y maniático—: quisiera poseer una mujer del gran mundo.

—¡Hombre!—exclamó Mathieu—. Y eso, ¿por qué?

—No lo sé. Creo que debe de ser divertido, deben de hacer muchas muecas... Además, seguramente es halagüeño: las hay que salen en el *Vogue.* ¿Se da usted cuenta? Compra *Vogue,* mira usted la revista y lee: "La señora condesa de Rocamadour con sus seis galgos", y usted piensa: "Yo me he acostado con esa buena mujer ayer por la noche." ¡Menudo golpe!

—Mire cómo le sonríe en este momento—dijo Mathieu.

—Efectivamente. Es una carota. Es el vicio personificado. Me quiere soplar a Lola, porque no la traga. Voy a darle la espalda—decidió.

—¿Quién es el tipo que va con ella?

—Un amiguete. Baila en el Alcázar. Qué guapo es, ¿eh?

Contemple esa jeta: va en busca de los treinta y cinco y se da un postín de querubín.

—¿Y qué tiene eso de particular?—preguntó Mathieu—. Así será usted a los treinta y cinco años.

—¿A los treinta y cinco?—dijo Boris tranquilo—. Para entonces hará mucho que me habrán enterrado.

—Se complace usted en decirlo.

—Porque soy tuberculoso.

—Ya lo sé—un buen día Boris se había rozado las encías y había escupido sangre—. Ya lo sé, ¿y qué más?

—Me da igual ser tuberculoso—contestó Boris—. Naturalmente, lo que sentiría es tenerme que cuidar. Opino que no debía uno pasar la treintena, pues de lo contrario se quedaría convertido en un viejo cascajo.

Miró a Mathieu y añadió:

—Claro que no lo digo por usted.

—Desde luego, pero tiene mucha razón: después de los treinta, uno no es sino un viejo cascajo.

—Quisiera tener dos años más que ahora y, luego, quedar así toda la vida. ¡Eso sería ideal!

Mathieu se le quedó mirando con escandalizada simpatía. Para Boris, la juventud era a la vez una cualidad perecedera y gratuita de la que debía aprovecharse cínicamente y una virtud moral que había que saber llevar con dignidad. Y más aún: era una justificación. "Pero, de todos modos—pensó Mathieu—, sabe ser joven." Quizá solo él, entre todos los demás, sabía estar sentado a sus anchas en aquel ambiente de dancing. "En el fondo, no es tan idiota como podría parecer: vivir intensamente hasta los treinta años y después espichar. Porque, la verdad sea dicha, después de los treinta años, uno es un cadáver."

—Parece usted muy fastidiado—dijo Boris.

Mathieu se sobresaltó: Boris, turbado, enrojeció y miró a Mathieu con inquieta solicitud.

—¿Se me nota?—preguntó Mathieu.

—Ya lo creo que se le nota.

—Tengo preocupaciones de tipo económico.

—Se administra usted mal—dijo severamente Boris—. Si yo cobrase su sueldo, no tendría necesidad de pedir dinero prestado. ¿Quiere los cien francos del barman?

—No, gracias; lo que me hace falta son cinco mil del ala.

Boris silbó comprendiendo todo:

—Perdone—dijo—. ¿Se los va a aflojar su amigo Daniel?

—No puede.

—¿Y su hermano?

—No quiere.

—¡Mierda!—exclamó desolado Boris, y añadió como sin atreverse—: Si usted quisiera...

—Si quisiera, ¿qué?

—¡Qué sé yo!... Estaba pensando lo asquerosa que es la vida: Lola tiene en su baúl dinero para parar un tren y nada hace con él...

—No quiero pedírselo a Lola.

—Juro a usted que no hace nada con su dinero. Si se tratara de su cuenta corriente, nada diría yo: compra valores, juega a la Bolsa, pongamos que de pronto le hiciera falta la pasta. Pero hace más de cuatro meses que tiene en casa siete mil francos sin tocar, y aún no ha tenido tiempo ni para llevarlos al Banco. Le aseguro que duermen en el fondo del baúl.

—No comprende usted—dijo Mathieu molesto—. No puedo pedir el dinero a Lola, porque no me puede ni ver.

Boris soltó la carcajada.

—Si es por eso... La verdad es que no puede tragarle.

—¿Lo ve?

—Es estúpido—dijo Boris—. Está usted con el agua al cuello a causa de cinco mil francos, los tiene en la mano y los deja escapar. ¿Y si yo se los pidiese como si fueran para mí?

—¡No, no! No haga usted nada; siempre acabaría sabiendo la verdad. Se lo digo en serio—añadió Mathieu—. Me sería muy desagradable que usted lo hiciera.

Boris no respondió. Había cogido entre los dedos la

famosa navaja, llevándola, punta abajo, hasta la altura de la frente. Mathieu estaba muy a disgusto. "Soy indecente—estaba pensando—. No tengo derecho a ser tan puntilloso a costa de Marcelle." Y se volvió hacia Boris con intención de decirle: "Bien está: pídale el dinero a Lola"; pero no pudo pronunciar palabra y se puso colorado. Boris separó los dedos y la navaja cayó. La hoja se clavó en el suelo y empezó a vibrar.

Ivich y Lola volvieron a sus asientos. Boris desclavó la navaja y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué cosa tan horrible es eso?—preguntó Lola.

—Una navaja de matón—contestó Boris—. Es para hacerte andar muy derechita.

—Eres un pequeño monstruo.

La orquesta acababa de atacar otro tango. Boris miró a Lola con gesto sombrío:

—Vamos—dijo entre dientes—, vamos a bailar.

—Me vais a hacer reventar entre todos.

Pero su rostro se alegró y dijo con feliz sonrisa:

—¡Qué gentil eres!

Boris se levantó y Mathieu pensó: "Le va a pedir el dinero, no me cabe duda." Estaba muerto de vergüenza y también cobardemente, porque se le quitaba un peso de encima. Ivich se sentó a su lado.

—Es formidable—dijo ella con voz ronca.

—La verdad es que está bellísima.

—¿Y de cuerpo? ¡Es emocionante ver esa cara tan estragada sobre tan esbelto cuerpo! Yo tuve la impresión de que se iba a marchitar entre mis brazos.

Mathieu seguía con la mirada a Boris y a Lola. El no había abordado aún el tema. Parecía bromear y Lola le sonreía.

—¡Qué simpática es!—dijo distraído Mathieu.

—¿Simpática? Eso sí que no—dijo secamente ella—. Es una impúdica mujerzuela: una hembra—y añadió orgullosa—: Yo la intimidaba.

—Ya lo he visto—contestó Mathieu moviendo y cru-

zando nerviosamente las piernas—. ¿Quiere usted bailar? —preguntó.

—No—respondió Ivich—. Quiero beber—medio llenó su copa y se explicó—: Es bueno beber cuando se baila, porque el baile aleja la embriaguez y el alcohol os sostiene—y añadió en tono que no admitía réplica—: Es extraordinario lo que me estoy divirtiendo.

Mathieu pensaba: "Ya le está hablando." Boris se había puesto serio y hablaba sin mirar a Lola. En cuanto a ella, permanecía silenciosa. Mathieu notaba que estaba enrojeciendo y se irritó contra Boris. La espalda de un negro gigantesco ocultó durante un momento el rostro de Lola, esta reapareció y la música cesó. Las parejas se fueron abriendo paso y Boris salió pedante y de mal talante. Le seguía Lola unos cuantos pasos atrás; no parecía estar contenta. Boris se inclinó hacia Ivich.

—Hazme un favor: invítala—dijo rápidamente.

Ivich, sin acusar sorpresa, se fue al encuentro de Lola.

—¡Oh! No, mi querida Ivich—rehusó aquella—. Me encuentro tan cansada...

Un momento de parlamento y, por fin, Ivich se la trajo.

—No quiere, ¿verdad?—preguntó Mathieu.

—No—respondió Boris—. ¡Me las pagará!

Estaba pálido. Una mueca de odio y de flojedad le hacía parecerse a su hermana. Era una semejanza turbia y desagradable.

—No cometa usted ninguna torpeza—le recomendó Mathieu, inquieto.

—Me guarda rencor, ¿no?—preguntó Boris—. Bien me había usted prohibido que la hablara...

—Sería un perfecto cochino si yo le guardara rencor: le consta que no se lo he impedido. ¿Por qué se ha negado ella?

—Lo ignoro—contestó Boris encogiéndose de hombros—. Ha puesto cara de perro y me ha dicho que necesitaba ese dinero. ¡El colmo!, para una vez que le pido algo...—dijo con sorprendente furor—. ¡No está en sus

cabales! Cuando una mujer de su edad posee un individuo de la mía, lo tiene que pagar.

—¿Cómo le ha planteado usted el asunto?

—Le he dicho que era para un compañero que quería adquirir un garaje, y hasta le he dado el nombre: Picard. Ella le conoce. Es verdad que quiere comprar uno.

—Pero ella no le habrá creído.

—Nada sé—dijo Boris—. Lo que sí sé es que me las va a pagar sin tardar.

—Permanezca tranquilo—aconsejó Mathieu.

—Bueno, ya está bien; eso corre de mi cuenta—replicó Boris con hostilidad.

Y se alejó para inclinarse delante de la esbelta rubia, que enrojeció algo y se levantó. Cuando empezaron a bailar, Lola e Ivich pasaron cerca de Mathieu. La rubia hacía mimitos. Pero sus muecas encubrían una vigilancia. Lola conservaba la calma: avanzaba con majestuosidad y las parejas le abrían paso respetuosamente. Ivich avanzaba de espaldas, mirando al techo, inconsciente. Mathieu se apoderó de la navaja de Boris y, empuñando la hoja, daba con el mango golpecitos secos sobre la mesa: "Esto se va a poner muy feo", pensó. Pero, en el fondo, eso poco le importaba; pensaba en Marcelle: "Marcelle, mi mujer", se dijo, y, entonces, algo se cerró en él, como dando un portazo. "Mi mujer vivirá conmigo en mi casa." Eso sería todo. Era lo natural, perfectamente natural: como respirar, como tragar la saliva. Ese pensamiento penetraba en él: "Déjate llevar, no te crispes, sé flexible, sé natural. En mi casa. La veré todos los días de mi vida." Pensó: "Está claro: es mi vida."

Una vida. Contemplaba todas aquellas caras purpúreas, lunas rojizas que resbalaban encima de cojinetes de nubes: "Tienen sus vidas. Todos. Cada uno la suya. Se desarrollan a través de las paredes del dancing, por las calles de París, a través de toda Francia; se entrecruzan, se cortan y, sin embargo, siguen siendo todas rigurosamente personales, como un cepillo de dientes, una máquina de afeitar, como las prendas de aseo que nunca se prestan.

Yo lo sabía. Sabía yo que cada uno tenía su vida. Lo que ignoraba es que yo también tenía la mía." Pensaba: "No hago nada. Me escaparé. Y lo que hacía era caer dentro de ella." Dejó la navaja encima de la mesa, cogió la botella y la inclinó sobre su copa: las dos estaban vacías. Quedaba un poco de champán en la de Ivich, y se lo bebió.

"He bostezado, he leído, he disfrutado de mujeres. Y todo dejaba sus huellas. Cada uno de mis actos suscitaba más allá de él mismo, para el futuro, una ligera espera que obstinadamente maduraba. Esa espera soy yo; yo soy quien me espero en las encrucijadas, en el cruce de los caminos, en el salón de actos de la Alcaldía del distrito catorce; allí me espero, sentado en el rojo sillón, aguardando ocuparlo vestido de negro y cuello almidonado para acudir allí y decir: sí, sí, quiero tomarla por esposa." Sacudió violentamente la cabeza, pero su vida se aferraba en torno de él. "Lentamente, con el beneplácito de mis humores, de mis perezas, me he segregado de mi envoltorio. Ahora todo ha terminado: estoy emparedado, ¡yo por doquier! En el centro, mi piso, y yo dentro de él en medio de mis sillones de cuero verde; fuera, está la calle de la Gaîté, de dirección única, puesto que yo siempre desciendo por ella, la avenida del Maine y todo París dando vueltas en mi derredor. El Norte delante y el Sur detrás, el Panteón a la derecha, la Torre Eiffel a mi izquierda, la puerta de Clignancourt frente a mí y, en el centro de la calle Vercingetórix, un nidito satinado de color rosa: la habitación de Marcelle, mi mujer. Y Marcelle está en ella, desnuda, esperándome. Además, arropando a París, toda Francia surcada de caminos de dirección única; más allá, mares teñidos de azul o de negro: el Mediterráneo, de azul; el del Norte, de negro; el Canal de la Mancha, de café con leche; más allá aún, países y países: Alemania, Italia, España de blanco, porque yo no he ido a luchar; por último, ciudades redondas a fijas distancias de mi habitación: Tombouctou, Toronto, Kazán, Nijni-Novgorod, inmutables como mojones. Yo me

muevo, me desplazo, me paseo, camino errante, me gusta caminar errante no mas que vacaciones universitarias, por donde quiera que vaya, conmigo llevo mi cascarón, me quedo en mi habitación rodeado de libros, sin apartarme ni un solo centímetro de Marraquech o de Tombouctou. Aun cuando tomase el tren, el barco o el autocar..., si fuese a pasar mis vacaciones a Marruecos, si de pronto me hallara en Marraquech, seguiría estando en mi habitación, en mi casa. Y aun cuando me pasease por plazas, por aduares; si estrechase el hombro de un árabe para, al tocarle a él, querer tocar Marraquech, daría igual: sería el árabe y no yo quien estuviera en Marraquech; yo seguiría sentado en mi habitación, meditando apaciblemente como he decidido ser, a tres mil kilómetros del marroquí y de su albornoz. En mi habitación. Para siempre. Para siempre el antiguo amante de Marcelle y, ahora, su marido el profesor; para siempre el que no aprendió inglés, el que no se adhirió al Partido Comunista, el que no fue a España... ¡Para siempre!"

"Mi vida." Ella le envolvía. Era un ente raro sin principio ni fin que, no obstante, no era infinito. El la recorría con los ojos de una a otra Alcaldía, de la Alcaldía del distrito XVIII, en la que en octubre de 1923 había sido sometido al alistamiento militar, a la del XIV, en la que iba a contraer matrimonio con Marcelle en agosto o septiembre de 1938; tenía aquella vida un concepto vago y vacilante como las cosas naturales, una sosería tenaz, un olor a polvo y a violeta.

"He arrastrado una vida desdentada—pensó él—. Una vida desdentada. Nunca he mordido, esperando, reservándome para más tarde, y ahora me doy cuenta de que ya no tengo dientes. ¿Qué hacer? ¿Romper el cascarón? ¡Es fácil decirlo! Y aun así, ¿qué es lo que quedaría? Una piltrafa viscosa arrastrándose por el polvo dejando una reluciente estela."

Levantó los ojos y percibió a Lola mostrando una sonrisa perversa a flor de labios. Vio a Ivich, que bailaba inclinada la cabeza hacia atrás, perdida, sin edad, sin

porvenir: "Ella carece de cascarón." Bailaba, estaba embriagada, no pensaba en Mathieu. En absoluto, como si nunca hubiera existido. La orquesta atacó un tango argentino. Mathieu lo conocía bien: era *Mi caballo murió;* pero, al mirar a Ivich, le pareció que escuchaba por vez primera aquel ritmo triste y rudo. "Esa no será nunca mía, nunca entrará en mi cáscara." Sonrió. Notaba un leve dolor refrescante. Contempló con ternura aquel cuerpecillo rabioso y frágil en el que su libertad había encallado: "Mi querida Ivich, mi querida libertad." Y súbitamente, por encima de su cuerpo envilecido, por encima de su vida, planeó una conciencia pura, una conciencia sin yo, como un cálido soplo; planeaba, era una mirada que contemplaba al falso bohemio, al burguesito entregado a sus comodidades, al intelectual fracasado "no revolucionario, sino rebelde", soñador abstracto envuelto en su vida endeble que le juzgaba: "Ese tipo está acabado. ¡Toda la culpa es suya!" Ella no se solidarizaba con nadie; giraba en la burbuja envolvente, aplastada, perdida, sufriendo ahí, en el rostro de Ivich, entregada por entero a la música, efímera y desolada. Una conciencia roja, un sombrío lamento, *Mi caballo murió.* Ella era capaz de todo: de desesperar realmente por los españoles, de tomar cualquier decisión. Si así pudiera durar... Pero eso era imposible: la conciencia se inflaba, se inflaba, y estalló cuando calló la orquesta. Mathieu se volvió a encontrar solo consigo mismo, en el fondo de su vida, seco y duro. Ya ni se juzgaba, tampoco se aceptaba; era Mathieu y nada más: "¡Otro éxtasis y qué!" Boris volvió a ocupar su sitio. No parecía estar orgulloso.

—¡Uf!... ¡Uf!

—¿Qué pasa?—preguntó Mathieu.

—Pasa que la rubia es una sucia individua.

—Pues ¿qué ha hecho?

Boris frunció las cejas y se estremeció sin contestar. Ivich volvió a sentarse junto a Mathieu. Llegó sola. Mathieu buscó paseando la mirada por el salón y descubrió a Lola, que estaba cerca de los músicos hablando con

Sarrunyan, el cual parecía sorprendido y miró con el rabillo del ojo hacia el lado de la alta rubia que se abanicaba lentamente. Lola le sonrió y cruzó la sala. Cuando se sentó tenía un aspecto muy raro. Boris miró con afectación su zapato derecho y se hizo un pesado silencio.

—¡Esto es un escándalo!—gritó la rubia—. No tiene derecho. No me iré.

Mathieu se sobresaltó y todos se volvieron para mirar. Sarrunyan se inclinó reverencioso ante la rubia, como el camarero que anota el pedido. Le habló en voz baja, en tono tranquilo a la par que duro. Repentinamente se levantó la rubia:

—¡Ven aquí!—ordenó a su acompañante.

Algo buscó en su bolso. Temblaba la comisura de sus labios.

—De ningún modo—exclamó Sarrunyan—. ¡Invito yo, no faltaba más!

La rubia estrujó un billete de cien francos y lo arrojó sobre la mesa. Su compañero se levantó y lanzó sobre el billete una mirada compungida. Después, la rubia le cogió el brazo y los dos salieron con la cabeza erguida, contoneándose ambos de manera parecida.

Sarrunyan se dirigió hacia Lola silboteando.

—¡Va a llover mucho antes que por aquí vuelva!—afirmó con divertida sonrisa.

—Gracias—dijo Lola—. Nunca creí que fuese tan fácil.

El desapareció. La orquesta argentina se había ido ya, y los negros acudieron uno a uno con sus instrumentos. Boris obsequió a Lola con una furiosa mirada, a la par admirativa, y bruscamente se volvió hacia Ivich.

—Ven a bailar—ordenó.

Lola les miró plácidamente mientras se levantaban. Pero cuando se alejaron, su cara se descompuso repentinamente. Mathieu la sonreía.

—En este antro manda usted—le dijo.

—Si mando aquí, es porque el público acude por mí —replicó ella indiferente.

Sus ojos conservaban la inquietud. Se puso a dar gol-

pecitos en la mesa. Mathieu no sabía ya qué decirle. Afortunadamente, ella se levantó al cabo de un momento.

—Con su permiso—dijo ella.

Mathieu la vio cruzar la sala y desaparecer. "Ha llegado la hora de drogarse", pensó. Estaba solo. Ivich y Lola bailaban, tan puros como un puro aire musical, casi con su misma impasibilidad. Bajó la cabeza y miró sus pies. Pasó el tiempo, perdiéndose. No pensaba él en nada. Algo como un ronco quejido le sobresaltó. Había regresado Lola, cerrados los ojos; sonreía: "Tiene lo suyo", pensó él. Ella se sentó sin abandonar la sonrisa.

—¿Sabía usted que Boris necesitaba cinco mil francos?

—No—contestó él—. No lo sabía. ¿Necesitaba cinco mil francos?

Lola seguía mirándole de arriba abajo. Mathieu percibía dos ojazos verdes con minúsculas pupilas.

—Acabo de negárselos—afirmó Lola—. Dice que son para Picard. Yo pensé que este se los hubiese pedido a usted.

Mathieu se echó a reír:

—Bien sabe él que yo no tengo nunca un céntimo.

—Entonces, ¿usted no sabía nada?—preguntó incrédula Lola.

—Pues no.

—Es curioso—dijo ella.

Dio la impresión de que Lola iba a desplomarse de pies a cabeza como una ruina o que su boca iba a rasgarse al lanzar un enorme grito.

—¿No ha ido a verle hace poco?—preguntó ella.

—Sí, hacia las tres.

—¿Y no le ha dicho nada?

—Nada tiene de sorprendente. Tal vez haya tropezado con Picard esta tarde.

—Eso me ha dicho.

—¿En cuyo caso...?

Lola se encogió de hombros:

—Picard trabaja toda la tarde en Argenteuil.

A lo que Mathieu contestó indiferente:

—Picard necesita dinero, y ha debido de llegarse al hotel de Boris. Allí no le ha encontrado y ha tropezado con él cuando bajaba el bulevar Saint-Michel.

Lola le miró irónicamente:

—¿Usted se da cuenta de cómo Picard iba a pedir cinco mil francos a Boris sabiendo que este no dispone más que de trescientos francos para sus gastos...?

—Pues no se me ocurre nada—dijo Mathieu exasperado.

Le entraron ganas de decirle: "El dinero era para mí", y así todo hubiera terminado en seguida; pero estaba por medio Boris. "Ella se lo reprocharía siempre tomándole por cómplice mío." Lola golpeaba la mesa con sus uñas escarlata, las comisuras de los labios se empinaban un poco y luego volvían a su sitio. Espiaba a Mathieu con inquieta insistencia, pero bajo aquella cólera en acecho, Mathieu adivinaba un gran vacío turbado. Le entraron ganas de reír.

Lola apartó la mirada.

—¿Acaso no habrá sido por probarme?—le preguntó ella.

—¿Para probarla?—preguntó sorprendido Mathieu.

—Digo yo...

—¡Para probarla! ¡No deja de ser una idea original! ¿Qué es lo que se lo hace creer así?

—Ivich le afirma constantemente que yo soy roñosa.

—¿Quién le ha dicho semejante cosa?

—¿Le sorprende que yo lo sepa?—preguntó Lola triunfante—. Es que se trata de una criatura leal. No se imagine que puede hablarse mal de mí sin que él me lo cuente. Cada vez me doy cuenta de lo que pasa, nada más que con el modo con que me mira. O bien porque me hace preguntas como quien nada quiere decir. Ya comprenderá usted que yo le veo venir desde lejos. Es más fuerte que él, y quiere quedarse tranquilo.

—¿En cuyo caso...?

—Ha querido saber si yo soy o no roñosa y se le ha

ocurrido idear el cuento de Picard. A menos que alguien se lo haya inspirado.

—¿Quién quiere usted que se lo haya inspirado?

—¡Cualquiera sabe! Hay muchos que piensan que soy un viejo pellejo y que él es un mocoso. Hay que ver tan solo las caras de los besugos de por aquí cuando nos ven juntos.

—¿Se imagina usted que él se inquieta de lo que dicen?

—No. Pero hay personas que creen hacerle un favor diciéndole cosas que se le suban a la cabeza.

—Mire usted—exclamó Mathieu—, no se ande con rodeos: si dice eso por mí, está completamente equivocada.

—¡Ah!—prorrumpió Lola secamente—. ¡Todo podría ser!

Después de una pausa, ella preguntó bruscamente:

—¿Por qué hemos de tener siempre escenas cada vez que viene usted aquí con él?

—¡Qué sé yo! Le aseguro que nada hago para que eso ocurra. Hoy yo no quería venir... Me imagino que cada uno de nosotros le atrae de un modo diferente y que se pone nervioso cuando nos ve a los dos al mismo tiempo.

Lola miraba de frente, con aspecto sombrío y tirante. Acabó por decir:

—No olvide usted esto: no quiero que me lo quiten. Estoy segura de no hacerle ningún daño. Cuando esté harto de mí, podrá dejarme; ello sucederá antes de quererlo. Pero no toleraré que los demás me lo quiten.

"Se está desahogando", pensó Mathieu. Seguramente eran los efectos de la droga. Pero había más: Lola odiaba a Mathieu, lo cual no impedía decirle en este momento lo que a nadie hubiera osado decirle. Entre ella y él, pese al odio, había una especie de solidaridad.

—Yo no pretendo arrebatárselo—dijo él.

—Me lo llegaba a figurar—replicó Lola en tono cerril.

—Pues bien, no hay que pensar tonterías. Sus relaciones con Boris no me incumben. Y si fuese lo contrario, opinaría que las cosas están bien según están.

—Yo me decía: cree que tiene responsabilidades por ser su profesor.

Ella se calló y Mathieu comprendió que no la había convencido. Parecía que ella rebuscaba sus palabras.

—Bien sé que... soy una vieja—prosiguió apesadumbrada—. No he necesitado que usted aparezca para darme cuenta de ello. Pero tal vez por eso mismo esté en condiciones de ayudarle: yo puedo enseñarle mucho—añadió en tono desafiante—. Y por otra parte, ¿quién le dice a usted que yo sea demasiado vieja para él? Me quiere como soy, es feliz conmigo cuando no le meten cosas raras en la cabeza.

Mathieu callaba. Lola gritó con violencia no muy segura:

—Además usted debía saber que me quiere. Se lo habrá dicho, ya que le cuenta todo.

—Creo sinceramente que la quiere—afirmó Mathieu.

Lola volvió hacia él sus pesados ojos:

—Las he pasado de todos los colores y no me hago ilusiones, pero lo que sí le aseguro es que ese crío es mi última esperanza. Dicho lo cual, haga lo que le parezca.

Mathieu no se apresuró a contestar. Miraba a Boris y a Ivich que bailaban, y le entraron ganas de decir a Lola: "No nos riñamos. Bien ve usted que somos semejantes." Pero tal semejanza le asqueaba algo; había en el amor de Lola, pese a su violencia, pese a su pureza, bastante de flojo y de voraz. No obstante, dijo a flor de labios:

—¿A mí me dice todo eso? Lo sé tan bien como usted.

—¿Por qué tan bien como yo?

—Porque usted y yo somos semejantes.

—Lo cual quiere decir...

—Mirémonos y mire usted a ellos.

Lola hizo una mueca despreciativa:

—Nosotros no somos semejantes—dijo tajante.

Mathieu se encogió de hombros, y se callaron sin reconciliarse. Los dos miraban a Boris y a Ivich. Estos bailaban, eran crueles sin saberlo. O tal vez lo supieran un poco. Mathieu estaba sentado cerca de Lola; no bailaban,

porque estaban fuera de la edad: "Nos estarán tomando por dos amantes", pensó. Oyó a Lola murmurar para sus adentros: "Si cuando menos yo supiera que eran para Picard..."

Boris e Ivich se les acercaban. Lola se levantó con esfuerzo. Mathieu creyó que se iba a caer, pero ella se apoyó en la mesa y respiró profundamente...

—Ven—dijo ella a Boris—. Tengo que hablarte.

Parecía como si Boris no estuviese a gusto:

—Bueno, ¿es que no me puedes decir aquí lo que sea?

—No.

—En ese caso, espera que empiece a tocar la música y bailaremos.

—No—volvió a decir Lola—. Estoy fatigada. Ven tú a mi camerino. ¿Sabrá perdonarme, mi pequeña Ivich?

—Estoy borracha—contestó amablemente Ivich.

Lola emprendió la marcha y Boris la siguió de mala gana. Ivich se dejó caer en su silla.

—¿Verdad que estoy borracha?—preguntó—. Me he dado cuenta bailando.

Mathieu no respondió.

—¿Por qué se van?—preguntó Ivich.

—Van a explicarse. Además, Lola acaba de drogarse. Ya lo sabe usted; después de empezar, no se tiene más que un deseo: continuar drogándose.

—Creo que me gustaría drogarme—dijo Ivich como en un ensueño.

—Naturalmente.

—¿Pues qué?—preguntó indignada—. Si debo quedarme en Laon, será necesario que me entretenga.

Mathieu calló.

—¡Ya lo veo!—dijo ella—. Me guarda rencor porque me ve borracha.

—De ningún modo.

—Sí, usted me lo censura.

—¿Qué quiere usted? Pero no está usted borracha del todo.

—Estoy for-mi-da-ble-mente borracha—dijo Ivich muy satisfecha.

Los clientes empezaban a desfilar. Serían las dos de la madrugada. En su camerino, un cuchitril grasiento tapizado de terciopelo rojo, no faltaba el consabido anticuado espejo con marco dorado: Lola amenazaba y suplicaba. "¡Boris!, ¡Boris!, ¡Boris!, me vuelves loca." Y Boris bajaba los ojos temeroso y obstinado. Un vestido negro, largo, estaba colgado y se balanceaba en las rojas paredes entre su brillo negro que se reflejaba en el espejo y el surgir de hermosos brazos que se retorcían con patetismo anticuado. Allí Lola se colocaría de pronto detrás de un biombo y, negligente, la cabeza echada hacia atrás como si quisiera contener una hemorragia nasal, aspiraría por dos veces unos polvillos blancos. La frente de Mathieu relucía a causa del sudor y él no se atrevía a secarlo con el pañuelo, porque le avergonzaba sudar delante de Ivich; ella había bailado sin descanso y seguía pálida y sin sudar. Aquella misma mañana había dicho: "Tengo horror a una mano que suda", y él no sabía dónde meter sus manos. Se sentía débil, fatigado; ya no deseaba nada y en nada pensaba. De cuando en cuando él se decía que pronto saldría el sol, que tendría que continuar sus gestiones, telefonear a Marcelle, a Sarah, vivir por entero otra jornada. Todo le parecía increíble. Le hubiese gustado seguir indefinidamente en aquella mesa, bajo aquella luz artificial, al lado de Ivich.

—Me divierto—dijo Ivich con voz de borracho.

Mathieu la miró: ella estaba en ese estado de alegre exaltación en que la cosa más nimia puede desembocar en furia.

—Mis exámenes me importan un rábano—dijo Ivich—. Si me catean me quedaría tan contenta. Esta noche me despido de mi vida de soltera.

Sonrió y dijo extasiada:

—¡Brilla como un diamante!

—¿Qué es lo que brilla como un diamante?

—El momento este. Es completamente redondo y está suspendido en el vacío como un diamante. Soy eterna.

Cogió por el mango la navaja de Boris, apoyó de plano la hoja en el borde de la mesa y se divirtió tratando de doblarla. De repente preguntó:

—¿Qué le pasa a esa?

—¿A quién?

—A esa individua vestida de negro que está a mi lado. Desde que ha llegado no ha cesado de criticarme.

Mathieu volvió la cabeza: la mujer vestida de negro miraba a Ivich con el rabillo del ojo.

—¿Qué, no es así?—preguntó Ivich.

—También lo creo yo.

El vio la carita de Ivich apretada, con los ojos rencorosos, perdida la mirada, y pensó: "Habría hecho mejor callándome." La mujer en cuestión había comprendido perfectamente que hablaban de ella: había adoptado un aire majestuoso; su marido se había despertado y miraba a Ivich con los ojos muy abiertos. "¡Qué contrariedad!", pensó Mathieu. Se juzgaba perezoso y cobarde. Hubiese dado cualquier cosa por que no hubiese líos.

—Esa mujer me desprecia porque es decente—cuchicheó Ivich dirigiéndose a la navaja—. Yo no soy decente, me divierto, me emborracho, me van a catear en los exámenes. ¡Aborrezco la decencia!—estas últimas palabras las dijo en voz alta.

—Cállese, Ivich, se lo ruego.

Ivich se le quedó mirando con gesto glacial.

—Me parece que se dirige usted a mí—dijo ella—. Es verdad: usted también es decente. Nada tema: cuando lleve diez años en Laon, entre mi padre y mi madre, yo seré mucho más decente que usted.

Se dejó caer en su silla. Apoyaba obstinadamente la navaja contra la mesa y plegaba la hoja con ademanes de loca. Después de un pesado silencio, la mujer de negro dijo volviéndose hacia su marido:

—No comprendo el comportamiento de esa joven.

El marido contempló algo asustado la espalda de Mathieu y se limitó a una monosilábica exclamación.

Su mujer prosiguió:

—No tiene ella sola la culpa. Los culpables son los que aquí la han traído.

"Ya se acerca el escándalo", pensó Mathieu. Seguramente también Ivich había oído, pero nada dijo. Estaba cuerda. Quizá demasiado. Parecía como si espiara: había alzado la cabeza y adoptado una cara maniática y regocijada.

—¿Qué pasa?—preguntó inquieto Mathieu.

Ivich palideció al contestar:

—Nada... Voy a cometer una indecencia más para divertir a la señora. Voy a ver cómo soporta la visión de la sangre.

La vecina de Ivich lanzó un leve grito y parpadeó. Mathieu miró precipitadamente las manos de Ivich. Con la derecha cogía la navaja y la hundía con aplicación en la palma de la izquierda. Su carne estaba tersa desde la yema de los dedos hasta su raíz, y la sangre fluía suavemente.

—¡Ivich!—le gritó Mathieu—. ¡Pobres manos!

Ivich se reía como abstraída.

—¿Acaso cree usted que esa va a marearse?—le preguntó ella.

Mathieu alargó la mano y se apoderó de la navaja. Ivich le dejó actuar sin resistencia. Mathieu estaba preocupado: miraba los dedos delgados de Ivich, embadurnados de sangre, pensando que la mano debía dolerle.

—¡Qué locura!—le dijo—. Venga conmigo al lavabo para que la curen.

—¿Para que me curen?—preguntó Ivich con malvada sonrisa—. ¿Se da usted cuenta de lo que dice?

Mathieu se levantó.

—¡Vamos, Ivich! Se lo ruego. ¡Venga en seguida!

—Es una sensación muy agradable—dijo Ivich sin moverse—. Llegué a pensar que mi mano era una pastilla de mantequilla.

Había levantado la mano a la altura de la nariz y la contemplaba con crítica mirada. Se extendía la sangre por toda la mano; hubiérase dicho que era el reguero de un hormiguero.

—Es mi sangre—dijo ella—. Me gusta ver mi sangre.

—¡Ya está bien!—gritó Mathieu.

Cogió a Ivich por los hombros, pero ella se desprendió violentamente y una gruesa mancha de sangre cayó encima del mantel. Ivich miraba a Mathieu con ojos llenos de odio.

—¿Todavía se atreve usted a tocarme?—le preguntó. Y añadió con risa insultante—: Hubiera debido pensar que todo lo encontraba usted excesivo. Le escandaliza que una pueda divertirse a costa de su sangre.

Mathieu sintió que la suya se le subía a la cabeza. Volvió a sentarse, extendió su mano izquierda sobre la mesa y dijo suavemente.

—¿Excesivo? No, Ivich. Lo encuentro todo encantador. Supongo que se trata de un juego adecuado para señoritas de la nobleza.

Apoyó la navaja en la palma de su mano, invadido por un furor inusitado y apenas si sintió el golpe. Cuando soltó la navaja, sin conseguir desprenderla de la mano, el mango siguió enhiesto.

—¡Oh!, ¡oh!—exclamó trastornada Ivich—. ¡Arránquela de una vez!

—¡Como ve, eso cualquiera puede hacerlo!—comentó Mathieu apretando los dientes.

Se veía él suave y decidido, pero temía desvanecerse. Pese a todo, gozaba de una especie de satisfacción obstinada y una mala voluntad de cangrejo. No solo era por enfrentarse a Ivich por lo que se había dado el navajazo, sino por desafiar a Jacques, a Brunet, a Daniel, a su misma vida. "Soy un estúpido—pensó—, Brunet tiene razón cuando afirma que soy un niño viejo." Pero no podía ocultar su alegría. Ivich miraba la mano de Mathieu, que daba la sensación de estar clavada en la mesa, y también la sangre que resbalaba en la hoja. Luego miró a Mathieu

con rostro cambiado por completo. Le dijo dulcemente:

—¿Por qué ha hecho usted eso?

—¿Y usted?—le replicó él secamente.

A su izquierda había un amenazador tumulto: era la pública opinión. Mathieu se mofaba de ella y miraba a Ivich.

—¡Oh!—dijo esta—. No sabe lo que lo lamento.

El tumulto creció y la dama de negro se puso a chillar.

—Están borrachos. Van a terminar de mala manera. No puedo ver semejante espectáculo.

Algunos volvieron la cabeza y acudió el camarero.

—La señora, ¿necesita algo?

La dama de negro estrujaba un pañuelo contra su boca, designando a Mathieu y a Ivich sin decir una palabra. Mathieu arrancó presto la navaja de su mano y experimentó un dolor.

—Nos hemos herido con esta navaja.

El camarero estaba acostumbrado a ver peores cosas.

—Si los señores tienen la bondad de acompañarme al lavabo—dijo sin la menor emoción—, la encargada del vestuario tiene todo lo que hace falta.

Esta vez Ivich se levantó dócilmente. Cruzaron la pista detrás del camarero, cada uno de los dos con la mano en alto; tan cómica era la escena, que Mathieu se echó a reír. Ivich le miró algo inquieta y acabó riéndose también. Tan fuerte reía, que su mano temblaba. Dos gotas de sangre cayeron a la tarima.

—Me divierto de lo lindo—exclamó Ivich.

—¡Dios mío!—dijo la señora del vestuario—. Pobre señorita. ¿Qué ha hecho usted? ¿Y este pobre caballero?

—Hemos jugado con una navaja—contestó Ivich.

—Y, naturalmente—apoyó la encargada del vestuario—, un accidente llega cuando menos se piensa. ¿Se trataba de un cuchillo de la casa?

—No.

—Ya me lo suponía... Porque la herida es profunda —dijo examinando la de Ivich—. No se preocupe: voy a curarla para que no sea nada.

Abrió un armario y en él desapareció la mitad de su cuerpo. Mathieu e Ivich se sonrieron. Parecía que Ivich estaba despejada.

—Nunca le hubiera creído capaz de semejante cosa —dijo ella a Mathieu.

—Como verá, no todo está perdido—replicó Mathieu.

—Ahora me duele—dijo Ivich.

—También a mí—asintió Mathieu.

Estaba encantado. Leyó "Señoras", primero, y, luego, "Caballeros", en letras doradas, sobre dos puertas gris crema barnizadas; el piso, de blanco mosaico. Respiró un olor de desinfectante anisado y se le ensanchó el corazón.

—No debe de ser tan desagradable ser encargada del vestuario—dijo él entusiasmado.

—Claro que no—apoyó Ivich también encantada.

Ella le miraba con aire de salvaje ternura, y, después de un momento de vacilación, aplicó su mano izquierda a la palma herida de Mathieu.

Se oyó algo así como un húmedo chasquido:

—Es el contacto de dos sangres—explicó ella.

Mathieu, sin pronunciar palabra, le estrechó la mano y notó un dolor agudo: tuvo la sensación de que una boca se abría en su mano.

—Me hace usted daño—se quejó Ivich.

—No lo dudo.

La encargada del vestuario había salido del armario, algo congestionada. Abrió un bote de hojalata.

—Aquí está lo que hace falta—dijo.

Mathieu vio un frasco de tintura de yodo, agujas, tijeras, rollos de algodón en rama...

—Está usted bien preparada—le dijo.

Movió ella dignamente la cabeza.

—Sabrá que algunos días nada está de más. Anteayer, una dama arrojó, precisamente, una copa a la cara de uno de nuestros buenos clientes. Sangraba, sangraba. Yo temí por sus ojos, de uno de los cuales le quité una esquirla.

—¡Demonio!—exclamó Mathieu.

La encargada del vestuario atendía solícita a Ivich.

—Un poco de paciencia, preciosa. Le va a escocer algo, es tintura de yodo; bueno, ya está.

—Sin indiscreción, dígame—dijo Ivich a Mathieu.

—Pregunte.

—Quisiera saber en qué estaba usted pensando al verme bailar con Lola.

—¿Hace un rato?

—Sí, en el mismo momento en que Boris ha invitado a la rubia. Estaba usted completamente solo en su sitio.

—Creo que nada más pensaba en mí—contestó Mathieu.

—Yo le miraba... Le encontré hasta guapo. Si pudiera conservar siempre esa cara...

—No siempre puede uno pensar en sí mismo.

Ivich se rió:

—Pues yo siempre me parece que pienso en mí.

—Déme usted su mano, caballero—invitó la encargada del vestuario—. Cuidado, que le va a escocer. Ya está, no será nada.

Mathieu sintió una fuerte quemadura, pero no la acusó: miraba a Ivich, que torpemente se peinaba delante del espejo, sujetando sus bucles con la mano vendada. Terminó echando hacia atrás la cabellera y su ancho rostro apareció completamente desnudo. Mathieu se sintió invadido por un deseo áspero y desesperado.

—¡Qué guapa está!—le dijo.

—¡Qué va! Al contrario: me encuentro de un feo subido—contestó ella riendo—. Este es mi rostro secreto.

—Creo que me gusta más que el otro—replicó Mathieu.

—Pues mañana me peinaré así—contestó ella.

Mathieu no supo qué decirle.

—Ya está—dijo la encargada del vestuario.

Mathieu se dio cuenta de que lucía bigote gris.

—Muchas gracias, señora. Tiene usted manos de enfermera.

La señora de los lavabos se puso colorada de gusto.

—Es natural—dijo—. En nuestro oficio hay muchas cosas muy delicadas.

Mathieu depositó diez francos en un platillo y salieron. Miraban satisfechos sus abultadas manos vendadas.

—Me parece como si mi mano fuese de madera—dijo Ivich.

Casi desierto estaba ya el dancing. Lola, de pie en el centro de la pista, iba a cantar. Boris estaba sentado en su mesa esperándoles. La dama de negro y su marido habían desaparecido. Solo quedaban en la mesa dos copas a medio llenar y unos doce cigarrillos en una cajetilla abierta.

—Es una derrota—comentó Mathieu.

—Efectivamente—aprobó Ivich—. Me he quedado con ella.

Boris les miraba divertido:

—Se han destrozado—dijo.

—Ha sido tu asquerosa navaja—replicó malhumorada Ivich.

—Pues parece que corta estupendamente—dijo Boris contemplando en *amateur* aquellas manos.

—¿Y Lola?—preguntó Mathieu.

—La cosa no va bien—contestó Boris sombrío—. Se me ha ocurrido una idiotez: le he contado que Picard había venido a verme y que le había recibido en mi habitación. Según parece, antes había yo dicho otra cosa. ¡Cualquiera sabe!

—Le dijo usted que se habían encontrado en el bulevar Saint-Michel.

—¡Ay!—exclamó Boris.

—¡Y ella está que muerde!

—Y que lo diga: muerde como un dogo. No tiene usted más que mirarla.

Mathieu miró a Lola; tenía, efectivamente, una cara desolada, que mordía.

—Perdóneme—dijo Mathieu.

—No tiene usted por qué pedir perdón: es culpa mía.

Pero todo acabará por arreglarse, es la costumbre. Todo acaba siempre arreglándose.

Callaron. Ivich miraba su mano vendada, la miraba con ternura. El sueño, la temperatura, que había refrescado, y el alba gris se habían posesionado del salón, impalpablemente; el *dancing* olía a madrugada. "Un diamante —pensó Mathieu—, ella ha dicho un diamantito." Se sentía feliz. Nada pensaba ya acerca de si; le pareció estar fuera, sentado en un banco, fuera del *dancing*, fuera de su propia vida. Sonrió: "También ella ha dicho lo mismo. Ella ha dicho: yo soy eterna..."

Y Lola empezó a cantar.

XII

En el *Dôme* a las diez." Mathieu despertó. Aquel bultito de blanca gasa, encima de la cama, era su mano izquierda. Le dolía, pero tenía la alegría por todo el cuerpo. "En el *Dôme* a las diez." Ella había prometido: "Allí estaré antes que usted, porque no podré pegar ojo en toda la noche." Ya eran las nueve. Saltó de la cama. "Ella cambiará su peinado", pensó él.

Abrió las persianas: la calle estaba desierta; el cielo, cubierto y gris; hacía menos calor que la víspera. Era una excelente mañana. Abrió el grifo del lavabo y zambulló la cabeza en el agua: "También yo estoy como la mañana." Su vida había caído a sus pies formando duros pliegues; todavía le envolvía, le apresaba los tobillos, pero saltaría por encima de ella y la dejaría atrás como a una piel muerta. La cama, la mesa-despacho, la lámpara, el sillón verde: ya no eran sus cómplices; eran nada más que objetos anónimos de hierro y de madera, utensilios. Había pernoctado en un cuarto de hotel. Se vistió y bajó las escaleras silbando.

—Tiene usted una carta neumática—le dijo la portera.

¡Marcelle! Mathieu tenía amargor de boca: había olvidado a Marcelle. También le dio la portera un sobre amarillo: era de Daniel.

"Mi querido Mathieu—escribía Daniel—, he buscado entre mis amistades, pero no he podido reunir la cantidad que me pides. Puedes creer que lo siento muchísimo.

¿Quieres venir a verme este mediodía? Te hablaré de tu asunto. Tu buen amigo..."

"Bueno—pensó Mathieu—, iré a verle. No quiere soltar los cuartos, pero habrá encontrado alguna combinación." La vida le parecía fácil, era necesario que lo fuese: de todos modos, Sarah se encargaría de conseguir que el médico esperase algunos días; y si fuera necesario, se le enviaría el dinero a América.

En un rincón oscuro estaba Ivich. La descubrió por su mano vendada.

—¡Ivich!—llamó suavemente.

Ella levantó los ojos hacia él. Ivich tenía su cara embustera y triangular, su mala diminuta pureza; los bucles ocultaban la mitad de sus carrillos: no se había peinado hacia atrás.

—¿Ha dormido usted un poco?—preguntó triste Mathieu.

—Apenas.

Se sentó él. Ella se dio cuenta de que miraba las dos manos vendadas y ocultó lentamente la suya debajo de la mesa. Se acercó el camamero, que conocía mucho a Mathieu.

—¿Cómo está usted, señor?—saludó.

—Bien—contestó Mathieu—. Déme un té y dos manzanas.

Hubo un silencio que Mathieu aprovechó para enterrar los recuerdos de la noche. Cuando notó que su corazón estaba desierto, alzó la cabeza:

—No parece que esté usted muy animada. ¿A causa de ese dichoso examen?

La respuesta de Ivich consistió en una mueca despreciativa, y Mathieu no dijo nada, dirigiendo la mirada a las mesas vacías. Una mujer arrodillada lavaba con agua abundante el suelo de mosaico. El *Dôme* estaba despertando, era muy temprano: quince horas tenían que pasar antes de poder dormir. Ivich empezó a hablar en voz baja con acento atormentado:

—Es a las dos—dijo ella—, y ya son las nueve. Para mí las horas se eternizan.

Volvía a estirar sus bucles en gesto maniático; era insoportable. Dijo:

—¿Cree usted que me admitirían como vendedora en algunos grandes almacenes?

—Quíteselo de la cabeza, Ivich. ¡Sería matarse!

—¿Y como maniquí?

—Algo baja es usted, pero podríamos probar...

—Haré cualquier cosa antes que volver a Laon: hasta friega platos—y añadió en tono preocupado y aviejado—: ¿No se ponen anuncios en los periódicos en casos semejantes?

—Escúcheme, Ivich. Tiempo tenemos para desenvolvernos. Y además todavía no la han cateado...

Ivich se encogió de hombros y Mathieu no le dio tiempo para reaccionar:

—Y aun admitiendo que usted lo fuera, no está perdida. Podría usted volver con sus padres durante dos meses por ejemplo, y mientras tanto yo me dedicaría a buscar. No dejaré de encontrar algo.

Hablaba en tono bonachón, convencido, pero no abrigaba ninguna esperanza: aunque se encontrara algún empleo, la echarían al cabo de una semana.

—¡Dos meses en Laon!—exclamó Ivich colérica—. Ya se ve bien que habla usted a tontas y a locas. Es... sencillamente insoportable.

—Por lo menos habría pasado usted sus vacaciones.

—Bien. ¿Y cómo seré recibida?

Calló. El la miraba sin decir palabra. Ivich tenía el color amarillo de todas las mañanas. La noche parecía haberse alejado de ella. "No ha dejado ninguna huella", pensó él. No pudo dejar de decírselo:

—¿No se ha peinado usted hacia atrás?

—Bien ve usted que no—contestó secamente ella.

—Me lo había usted prometido anoche—replicó él irritado.

—Estaba borracha—dijo ella, y lo repitió con violen-

cia, como queriendo intimidarle—: ¡Estaba completamente borracha!

—Cuando me lo prometió no parecía que lo estuviese del todo.

—¡Bueno!—cortó impaciente—. ¿Y aun cuando así fuera? ¡Qué implacables son con las promesas!

Mathieu no respondió. Tenía la sensación de que le dirigían sin descanso preguntas urgentes: ¿Cómo encontrar cinco mil francos antes de aquella misma noche? ¿Cómo conseguir que Ivich viniera a París el año próximo? ¿Qué actitud tendría ahora que adoptar frente a Marcelle? No tenía tiempo de reaccionar, de volver a aquellos interrogantes que ocupaban el fondo de sus pensamientos desde la víspera: ¿Quién soy yo? ¿Qué he hecho de mi vida? Cuando volvía la cabeza para expulsar esa nueva preocupación, percibió a lo lejos la alta y vacilante silueta de Boris que parecía buscarlos en la terraza.

—¡Ya está aquí Boris!—exclamó contrariado, añadiendo presa de una desagradable sospecha—: ¿Le ha dicho usted que viniera?

—Yo no—contestó Ivich estupefacta—. Debíamos reunirnos a mediodía, porque..., porque pasaba la noche con Lola. ¡Y mire cómo viene!

Boris los había visto. Se dirigió hacia ellos. Tenía los ojos abiertos y fija la mirada, lívido, sonriente.

—¡Salud!—le gritó Mathieu.

Boris se llevó dos dedos a la sien, según acostumbraba saludar, pero no pudo terminar su gesto. Dejó caer las manos sobre la mesa y se balanceó sobre sus talones sin pronunciar palabra. Seguía sonriendo.

—¿Qué te pasa?—preguntó Ivich—. ¡Te pareces a Frankenstein!

—Se ha muerto Lola—aseguró Boris.

Miraba de frente como idiotizado. Mathieu no comprendió de momento y luego fue invadido por estupor escandalizado.

—¿Qué estás diciendo?

hacia mí para enderezarla. Tenía los ojos abiertos. Los he contemplado—añadió colérico—. ¡Nunca podré olvidarlos!

—¡Pobrecito mío!—se compadeció Ivich.

Mathieu hacía esfuerzos para compadecer a Boris, pero no lo lograba. Boris le desconcertaba, más todavía que Ivich. Hubiérase dicho que guardaba rencor a Lola por haberse muerto.

—He cogido mi ropa y me he vestido—prosiguió Boris con monótona voz—. No quería que me encontraran en la habitación. Nadie me ha visto salir, en el control no había nadie. He cogido un taxi y aquí estoy.

—¿Tienes pena?—le preguntó dulcemente Ivich.

Se había inclinado hacia él sin gran compasión. Más bien parecía que le estaba pidiendo algún dato. Le dijo:

—¡Mírame! ¿Sufres?

—Yo...—balbució Boris—. Estoy horrorizado.

Como el camarero pasara, le llamó:

—Querría otro coñac.

—¿Tiene tanta prisa como para el primero?—preguntó sonriendo el camarero.

—¡Vamos! Sírvale rápidamente—dijo con sequedad Mathieu.

Boris le repugnaba bastante. Ya no conservaba su gracia seca y rígida. Su nuevo rostro se parecía demasiado al de Ivich. Mathieu se dedicó a pensar en el cuerpo de Lola, tendido sobre la cama de una habitación de hotel. Caballeros de sombrero hongo entrarían en el dormitorio, mirarían aquel suntuoso cuerpo entre concupiscentes y preocupados profesionalmente, lo descubrirían y levantarían la camisa de noche en busca de las heridas, pensando que la profesión de inspector tiene a veces algo de bueno. Se estremeció.

—¿Está allí completamente sola?—preguntó.

—Sí; yo creo que la descubrirán hacia mediodía—contestó Boris preocupado—. La camarera la despierta diariamente hacia esa hora.

—Dentro de dos horas—dijo Ivich.

Ella había recobrado su aire de hermana mayor. Acariciaba los cabellos a su hermano con gesto apiadado y triunfal. Boris se dejaba mimar. Pero de repente lanzó una blasfemia que hizo dar un salto a Ivich. Porque Boris empleaba frecuentemente palabras de la jerga parisiense, pero nunca juraba.

—¿Qué has hecho?—preguntó ella inquieta.

—¡Mis cartas!

—¿Qué?

—¡Imbécil de mí, que me he dejado mis cartas en su cuarto!

Mathieu no comprendía:

—¿Cartas que usted le había escrito?

—Pues sí.

—Entonces...

—Pues bien... Que llegará el médico y que se sabrá que ha muerto intoxicada.

—¿En sus cartas hablaba usted de la droga?

—Claro que sí—afirmó Boris con voz mortecina.

Mathieu fue asaltado por la idea de que él estaba representando una comedia:

—¿Se drogaba también usted?—preguntó Mathieu algo vejado, porque nunca se lo había confesado.

—Pues... alguna vez que otra, por curiosidad. Le contaba a Lola que un sujeto la vendía en la *Boule-Blanche* y a él se la compré un día para Lola. Me horrorizaría pensar que yo he sido culpable.

—Pero, Boris, ¿estás loco?—gritó Ivich—. ¿Cómo has podido escribir cosas semejantes?

Boris levantó la cabeza:

—¡Ya se darán cuenta del lío!

—Pero tal vez no las encuentren—dijo Mathieu.

—Es lo primero que encontrarán. Y por muy bien que vayan las cosas, yo seré citado como testigo.

—Cuando el padre se entere habrá que verle rabiar —dijo Ivich.

—Es capaz de hacerme volver a Laon y meterme en un banco—le contestó Boris.

—Me harás compañía—afirmó Ivich siniestramente.

Mathieu les miró compadecido: "Así son." Ivich había perdido su empaque victorioso: apretados el uno contra el otro, pálidos y descompuestos, parecían dos viejecitas. Hubo un silencio. Mathieu se percató de que Boris le miraba de reojo: mostraba un gesto astuto de su boca, si bien era una pobre astucia desarmada. "Toda la historia encierra una combinación", pensó molesto Mathieu.

—¿Dice usted que la asistenta va a despertarla a mediodía?—preguntó.

—Sí; llama a la puerta hasta que Lola responde.

—Pues bien, son las diez y media. Tiene usted tiempo de sobra para volver tranquilamente y recuperar sus cartas. Coja un taxi si es necesario, pero hasta podría ir en autobús.

Boris desvió la mirada.

—Yo no puedo volver.

"Acabáramos", pensó Mathieu. Y preguntó:

—¿Verdaderamente le es imposible?

—No puedo volver.

Mathieu vio que Ivich le miraba.

—¿Dónde están sus cartas?—preguntó.

—En un maletín negro delante de la ventana. Encima hay un bolso; no tendrá usted más que empujarlo, y en seguida las verá: hay un montón. Las mías están atadas por un cordón amarillo—después de una pausa añadió indiferente—: También verá que hay pasta: algunos billetejos.

Algunos billetejos. Mathieu silbó bajito mientras pensaba: "No es tan tonto el muchacho. Ha pensado en todo: hasta en pagarme."

—¿Está cerrado con llave el maletín?

—Sí. La llave está en el bolso de Lola, y el bolso, sobre la mesilla de noche. Verá usted un llavero y una llavecita aplastada. Esa es.

—¿El número de la habitación?

—El veintiuno, tercer piso, la segunda habitación a la izquierda.

—Perfectamente—dijo Mathieu—. ¡Allá voy!

Se levantó. Ivich le seguía mirando. Boris parecía liberado. Se echó los pelos hacia atrás, ya recobrada su gracia, y dijo con débil sonrisa:

—Si le interrogaran, no tendría más que decir que va a ver a Bolívar, el negro del *Kamtchatka* a quien yo conozco; también se aloja en el tercer piso.

—Me esperarán aquí los dos—dijo Mathieu.

Había adoptado a pesar suyo un tono de mando. Con más suavidad añadió:

—Estaré de vuelta dentro de una hora.

—Le esperaremos—dijo Boris.

Y prosiguió con admiración y agradecimiento sin límites:

—Es usted una verdadera perla.

Mathieu anduvo unos pasos por el bulevar Montparnasse. Le encantaba encontrarse solo. Tras él, Boris e Ivich se habrían puesto a cuchichear, estarían tratando de reformar su mundo irrespirable y precioso. Pero a Mathieu eso no le importaba. Todo lo que le rodeaba le tenía sin cuidado. Solo existía para él su cariño a Ivich, el embarazo de Marcelle, el dinero y además, en el centro de todo eso, una mancha ciega: la muerte. Lanzó unos cuantos suspiros, pasándose la mano por la frente y frotándose los carrillos. "Pobre Lola—pensó—, yo la apreciaba mucho." Pero a él no le correspondía lamentarse: aquella muerte era maldita, porque no había sufrido sanción alguna y él no era quién para sancionarla. Ella había caído pesadamente en una pequeña alma alocada y la rondaba. A ella sola incumbía la aplastante responsabilidad de pensarla y de rescatarla. Si por lo menos hubiese tenido Boris un relámpago de tristeza... Mas solo había sentido horror. La muerte de Lola permanecería siempre al margen del mundo, eternamente desordenada, como un reproche. "¡Murió como un perro!" Era un pensamiento insostenible.

—¡Taxi!—gritó Mathieu.

Cuando se vio sentado en el coche estaba más calmado. Hasta sentía una superioridad tranquila cual si de repente hubiese conseguido el perdón por haber pasado ya la edad de Ivich; mejor dicho, como si súbitamente la juventud hubiera perdido su precio. "¡Ahora dependen de mí!", se dijo con amargo orgullo. Valía más que el taxi no se detuviera delante del hotel.

—Pare en la esquina de la calle Navarin y la de Martyrs.

Mathieu veía desfilar las altas casas tristes del bulevar Raspail. Se repetía: "¡Ahora dependen de mí!" Se notaba sólido y hasta algo espeso. Los cristales del taxi se ensombrecieron al penetrar en el estrecho comienzo de la calle del Bac y, de pronto, se le representó a Mathieu la escena que iba a presentarse: Lola estaba muerta, y él iba a entrar en su dormitorio, a contemplar sus grandes ojos abiertos y su blanco cuerpo. "No la miraré", decidió. Estaba muerta. Su conciencia estaba aniquilada. Pero su vida, no. Abandonada por la bestia blanda y tierna que durante largo tiempo la había habitado, aquella vida desierta se había simplemente detenido; flotaba llena de gritos sin eco y de esperanzas ineficaces, de lúgubres estrépitos, de rostros y de olores pasados; ella flotaba al margen del mundo, entre paréntesis, inolvidable y definitiva, más indestructible que un mineral, y nada podía impedirle haber sido; acababa de sufrir su última metamorfosis: su porvenir se había inmovilizado. "Una vida —pensó Mathieu— está hecha con el porvenir, del mismo modo que los cuerpos son hechos con el vacío." Bajó la cabeza: pensaba en su propia vida. El porvenir la había penetrado hasta el corazón; todo en ella estaba en instancia, todo sobreseído. Los tiempos más remotos de su infancia, el día en que había dicho: "Yo seré libre", y aquel en que dijo: "Yo seré grande", se le aparecían hoy todavía con su particular porvenir, como un pequeño cielo personal completamente redondo encima de ellos, y este porvenir era él tal como en el presente: mustio y

madurando con derechos sobre él a través de todo el tiempo transcurrido, con las mismas exigencias; él tenía frecuentemente remordimientos aplastantes, porque su presente dejado y hastiado era el antiguo porvenir de aquellos días pasados. Era él a quien habían esperado veinte años; era de él, de este hombre fatigado, de quien una criatura dura había exigido la realización de sus esperanzas; de él dependía que aquellos infantiles juramentos siguieran siendo infantiles toda la vida y que se convirtiesen en los primeros anuncios de un destino. Su pasado no cesaba de sufrir los retoques del presente; cada día decepcionaba más y más aquellos antiguos sueños de grandeza, y cada día tenía un nuevo porvenir; de espera en espera, de porvenir en porvenir, la vida de Mathieu se deslizaba suavemente... ¿Hacia qué?

Hacia nada. Pensó en Lola: ella había muerto, y su vida, como la de Mathieu, no había sido más que una espera. Seguramente, en algún antiguo estío, había existido una niña de dorados bucles que había jurado ser una gran cantante, y también, en 1923, una joven cantante impaciente por figurar en la cabecera de los carteles. Y su amor hacia Boris, su gran amor de vieja que tanto la hizo sufrir, había sido también una espera desde el primer día. Ayer todavía, apagado y vacilante, esperaba su sentido del porvenir; ayer aún, ella pensaba que viviría y que Boris la amaría algún día; pero los momentos más plenos, y también los más intensos, y las noches de amor que le parecieron las más eternas, solo eran esperas.

No había habido nada que esperar: la muerte sobrevino después de tanta espera y con ellas había acabado; permanecían inmóviles y mudas, sin finalidad, absurdas. Nunca había habido qué esperar: nadie sabría jamás si Lola hubiese terminado siendo el amor de Boris, porque la cosa hubiera carecido de sentido. Lola había muerto, y todo gesto era ya inútil: ni una caricia, ni una plegaria; ya no quedaban más que esperas de esperas, nada más que una vida acabada de turbio colorido que se

abatía sobre ella misma. "Si hoy mismo muriera yo—pensó Mathieu—, nadie sabría nunca si estaba deshecho o si todavía conservaba alguna posibilidad de salvarme."

Paró el taxi y Mathieu se apeó: "Espéreme", ordenó al chófer. Cruzó en diagonal la calzada, empujó la puerta del hotel y penetró en el oscuro vestíbulo que olía a perfumes pesados. Encima de una puerta con cristal se veía un rectángulo de esmalte: "Dirección". Mathieu echó una ojeada a través del vidrio: parecía que el cuarto estaba vacío; solo se oía el tictac del reloj. La clientela habitual del hotel, cantantes, bailarines, negros de *jazz,* se retiraba tarde y se levantaba tarde: todo dormía. "No procede que yo suba demasiado aprisa", pensó Mathieu. Oía palpitar su corazón y sentía que sus piernas flojeaban. Se detuvo en el descansillo del tercero y miró en torno suyo. La llave estaba en la cerradura. "¿Y si hubiese alguien?" Aplicó el oído durante un momento y llamó. Nadie contestó. En el cuarto piso alguien tiró de la cadena del water. Mathieu oyó una cascada de borbotones que terminaron en pequeños ruidos líquidos y sonoros. Empujó la puerta y entró.

La habitación estaba oscura y todavía conservaba el húmedo olor de sueño. Mathieu buscó con la mirada en la penumbra: tenía prisa por descubrir la muerte en los rasgos de Lola, como si se tratara de un sentimiento humano. La cama estaba en el fondo de la habitación, a la derecha; Mathieu vio a Lola, blanca, que le miraba. "Lola", llamó a media voz. Lola no respondió. Tenía una cara expresiva, pero indescifrable; los pechos, al aire; uno de sus brazos estaba rígidamente extendido a través de la cama, y el otro, hundido debajo de la ropa. "¡Lola!", volvió a llamar Mathieu acercándose al lecho. No podía apartar la mirada de aquellos pechos tan desafiantes, y le entraron deseos de tocarlos. Permaneció un momento al borde de la cama vacilante, inquieto, envenenado su cuerpo por turbio deseo, hasta que se volvió y se apoderó rápidamente del bolso de Lola, que estaba efectivamente sobre la mesilla de noche. Dentro de él, la llavecita: la

cogió Mathieu y se dirigió a la ventana. Una claridad gris se filtraba a través de los visillos; la habitación estaba llena de una presencia inmóvil. Mathieu se puso en cuclillas junto al maletín teniendo a su espalda aquella irremediable presencia inmóvil como una mirada. Introdujo la llave en la cerradura, levantó la tapa, palpó con los dedos el interior y arrugó unos papeles: eran billetes de banco, muchos billetes, billetes de mil que estaban debajo de un legajo de recibos. Lola había escondido allí un paquete de cartas atadas con una cinta amarilla. Mathieu levantó hacia la luz el paquete, examinó la letra y dijo a media voz: "Aquí están." Después deslizó el paquete en el bolsillo. Pero no podía moverse de allí: seguía agachado, con la mirada fija en los billetejos. Al cabo de un momento volvió a rebuscar entre los papeles, vuelta la cabeza, retirándolos sin mirar. "Ya estoy pagado", se dijo. Detrás de él estaba una mujer de buena estatura, toda de blanco, con cara de sorpresa; parecía que los brazos podían extenderse todavía y las rojas uñas arañar. Se levantó y se sacudió las rodillas con la palma de la mano derecha. La izquierda apuñaba el montón de billetes de banco. Pensó: "Ya hemos salido del trance", y, perplejo, examinaba los billetes. "Ya hemos salido del trance." Contra su voluntad había tendido el oído hacia el lecho de Lola, sin poder moverse. "Está bien", murmuró resignado. Sus dedos se aflojaron y los billetejos cayeron revoloteando al maletín. Mathieu cerró la tapa, dio una vuelta a la llave, la metió en su bolsillo y salió del dormitorio sigilosamente.

La luz le deslumbró: "No he cogido el dinero", se dijo estupefacto. Permanecía inmóvil con la mano sobre la barandilla de la escalera, pensando: "¡Soy un hombre débil!" Hacía todo lo posible por temblar de rabia, pero nunca se puede rabiar de verdad contra uno mismo. De pronto pensó en Marcelle, en la horrible vieja de manos de estrangulador, y experimentó un verdadero pánico: "Tan solo un gesto, un gesto nada más y dejaría de sufrir ella; un gesto bastaba para evitarle un episodio sórdido

que la dejaría marcada. Y no he podido hacerlo: soy demasiado delicado. ¡Bravo muchacho!" Después se dedicó a contemplar su mano vendada pensando: "Ya puedo darme navajazos en la mano para hacer de hombre fatal delante de las señoritas: nunca más podré llegar a tomarme en serio." Ella tendría que acudir a la vieja, no había otro remedio: a ella le tocaría ser valiente, luchar contra la angustia y el horror, y, mientras tanto, él aguantaría bebiendo copas de ron en una tasca. "No—se dijo aterrorizado—. No irá. Me casaré con ella, ya que solo valgo para eso. Me casaré con ella", repitió agarrándose fuertemente a la barandilla con su mano herida, teniendo la sensación de que se ahogaba. Murmuró: "¡No y no!", echando la cabeza hacia atrás; luego respiró profundamente, giró sobre sus talones, cruzó el pasillo y volvió a entrar en la habitación; se adosó a la puerta como la primera vez y trató de acostumbrar sus ojos a la penumbra.

Todavía no tenía seguridad de atreverse a robar. Dio algunos traspiés y por fin distinguió la faz gris de Lola que le miraba con sus ojazos abiertos.

—¿Quién va?—preguntó Lola.

La voz era débil, pero huraña. Mathieu sintió un sudor que le corría de pies a cabeza: "¡Estúpido de mí!", se dijo.

—Soy yo, Mathieu.

Después de un silencio, Lola preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las once menos cuarto.

—¡Cómo me duele la cabeza!—dijo ella. Subió las sábanas hasta la barbilla y permaneció inmóvil con la mirada clavada en Mathieu. Todavía parecía que estaba muerta.

—¿Dónde está Boris? ¿Qué hace usted aquí?—preguntó ella.

—Está usted enferma—contestó Mathieu precipitadamente.

—¿Qué he tenido?

—Estaba usted rígida, con los ojos abiertos. Boris le hablaba y usted no respondía, y el hombre se ha asustado.

Lola no parecía comprender. Luego, de repente, dibujó una desagradable sonrisa, que pronto borró. Dijo con mucho esfuerzo:

—¡Se ha creído que me había muerto!

Mathieu no contestó.

—Claro: ha creído que había muerto. ¿No es eso?

—Se ha asustado—dijo Mathieu evasivo.

—¡Uf!—exclamó Lola.

Nuevo silencio. Ella había vuelto a cerrar los ojos y le temblaban los dientes. Seguramente hacía esfuerzos para dominarse. Y dijo sin abrir los ojos:

—Déme mi bolso; lo encontrará en la mesilla.

Mathieu le dio el bolso. De él sacó ella una polvera en la que, asqueada, contempló su cara.

—La verdad es que parezco una muerta—dijo ella.

Depositó el bolso sobre la cama con un suspiro de agotamiento y añadió:

—Por otra parte, no valgo mucho más.

—¿Se siente usted mal?

—Bastante mal, pero ya sé lo que es; se pasará durante el día.

—¿Necesita usted algo? ¿Quiere que vaya en busca del médico?

—No, no haga nada. ¿Entonces es Boris quien le ha hecho venir?

—Sí. Estaba como loco.

—¿Está abajo?—preguntó Lola, tratando de incorporarse.

—No... Yo..., yo estaba en el *Dôme* y allí ha ido a buscarme. He saltado en un taxi y aquí estoy.

Lola dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—De todos modos, muchas gracias.

Y se echó a reír; su risa era ahogada y penosa. Prosiguió tristemente:

—En resumidas cuentas, que el angelito ha perdido los

estribos y se ha largado sin esperar a más. Luego le ha enviado a usted aquí para cerciorarse de que estaba muerta.

—¡Lola!—exclamó Mathieu.

—Basta ya—ordenó Lola—, basta de charlatanería.

Volvió a cerrar los ojos y Mathieu creyó que iba a desvanecerse. Pero se rehízo al instante y prosiguió:

—¿Tiene usted la bondad de decirle que se tranquilice, que no estoy en peligro? Son arrechuchos que padezco algunas veces cuando yo... En fin, él sabe por qué. Es el corazón que falla un poco. Dígale que venga inmediatamente. Le espero. Aquí permaneceré hasta la noche.

—De acuerdo—dijo Mathieu—. ¿De veras no necesita nada?

—No. Esta noche ya estaré bien. Iré a cantar al cabaret—luego añadió—: Todavía no ha acabado conmigo.

—En ese caso, hasta la vista.

Se dirigió hacia la puerta, pero Lola le llamó y le rogó con voz implorante:

—¿Me promete usted hacerle venir? Nos habíamos... Habíamos discutido un poco ayer noche. Dígale que no le guardo rencor, que no volveremos a hablar de ello. Pero ¡que venga! Se lo pido otra vez: ¡que venga! No puedo soportar la idea de que me crea muerta.

Mathieu estaba emocionado y dijo:

—Entendido. Me voy para enviárselo.

Salió. El paquete de cartas que había metido en su bolsillo interior de la chaqueta pesaba sobre el pecho: "¡Qué cara va a poner!—penso Mathieu—. Será necesario que le devuelva la llave, y ya se las compondrá para volver a dejarla en el bolso." Trató de repetirse alegremente: "¡He tenido buen olfato al no coger el dinero!" Pero no estaba alegre: importaba muy poco que su cobardía hubiese tenido consecuencias favorables: lo que importaba en realidad era que no había podido apoderarse del dinero. "Pero aun con todo—pensó—, celebro de veras que no haya muerto."

—¡Eh!, señor—gritó el chófer—. Estoy aquí.

Mathieu se volvió distraídamente:

—¿Qué es? ¡Ah! ¿Es usted?—preguntó reconociendo el taxi—. Lléveme al *Dôme.*

Tomó asiento y el taxi se puso en marcha. Mathieu quería expulsar de su cabeza su humillante fracaso. Cogió el paquete de cartas, deshizo el lazo y empezó a leerlas. Eran lacónicas esquelas que Boris había escrito desde Laon, durante las vacaciones de Pascua. Trataban algunas de cocaína, pero en términos tan ambiguos que Mathieu se dijo sorprendido: "¡No sabía yo que él era tan prudente!" Todas las cartas empezaban lo mismo: "Mi querida Lola"; seguían a este encabezamiento breves noticias sobre las jornadas de Boris: "Me baño, he tenido una bronca con mi padre, he conocido a un antiguo boxeador que me va a enseñar la lucha, me he fumado un Henry Clay hasta quemarme los dedos sin que se cayera la ceniza..." Boris terminaba sus misivas también siempre con las mismas frases: "Te quiero muchísimo y te envío muchos besos. Boris." Mathieu no tenía que esforzarse para imaginar el estado de ánimo de Lola al recibir tales cartas, su decepción siempre prevista y. no obstante, siempre nueva y el esfuerzo que ella tendría que hacer cada vez para decirse con entusiasmo: "En el fondo me quiere; lo que sucede es que no sabe expresarlo." Mathieu pensaba: "A pesar de todo, ella las ha conservado." Rehízo cuidadosamente el lazo y volvió a meter el paquete en el bolsillo: "Boris tendrá que arreglárselas para meterlas en el maletín sin que ella se dé cuenta." Cuando paró el taxi, a Mathieu le parecía que se había convertido en aliado de Lola. Pero no podía verla de otro modo que como antes. Al penetrar en el *Dôme* tenía la impresión de que iba a defender la memoria de una muerta.

Parecía que Boris no se había movido desde la salida de Mathieu. Estaba sentado de costado, caídos los hombros, la boca abierta, la nariz apretada. Ivich le hablaba animadamente al oído, pero se calló cuando vio entrar

a Mathieu. Este se acercó y arrojó el paquete de cartas encima de la mesa:

—¡Helas aquí!—exclamó.

Boris cogió las cartas y las hizo desaparecer prontamente en su bolsillo. Mathieu le dirigió una mirada nada simpática.

—¿No ha sido muy difícil?—preguntó Boris.

—En absoluto. Pero traigo una noticia: Lola no ha muerto.

Como si no comprendiera, Boris alzó los ojos y se le quedó mirando:

—Lola no ha muerto—repitió estúpidamente.

Se encogió aún más, aplastado. "Ya empezaba a acostumbrarse, qué demonio", pensó Mathieu.

Ivich le miró con ojos chispeantes.

—¡Lo hubiese yo apostado!—dijo ella—. ¿Qué le había sucedido?

—Un simple desvanecimiento—contestó secamente Mathieu.

Los tres callaron. Boris e Ivich cogían fuerzas para digerir la noticia. "¡Vaya broma!", pensó Mathieu. Boris levantó al fin la cabeza. Tenía ojos vidriosos.

—¿Le ha devuelto las cartas?—preguntó.

—No; no había vuelto en sí cuando yo las cogí.

Boris bebió un trago de coñac y dejó la copa sobre la mesa.

—¡El colmo!—exclamó como para sus adentros.

—Me ha dicho que eso le ocurre algunas veces cuando toma la droga. Ha añadido que usted debía saberlo.

Boris nada dijo. Ivich parecía haberse recobrado.

—¿Qué ha dicho?—preguntó ella con curiosidad—. ¿Le trastornaría ver a usted al pie de la cama?

—No mucho. Yo dije que Boris se había asustado y que a mí acudía para que le ayudara. Naturalmente, he contestado que yo me había acercado para ver lo que pasaba. No olvide este dato—dijo él a Boris—. Trate de no tartamudear. Luego se las ingenia para dejar en su sitio las cartas sin que ella le vea.

Boris se enjugó el sudor de la frente:

—Es más fuerte que yo—dijo Boris—. Todavía la estoy viendo muerta.

Mathieu estaba ya hasta la coronilla:

—Exige que vaya usted a verla inmediatamente.

—Yo he creído que estaba muerta...—dijo Boris para disculparse.

—¡Pero no lo está!—exclamó exasperado Mathieu—. Coja un taxi y vaya a reunirse con ella.

Boris no se movió.

—¿Me ha oído?—preguntó Mathieu—. Esa pobre mujer es una desgraciada.

Alargó el brazo de Boris, pero este se desprendió con una violenta sacudida.

—¡No!—dijo con voz tan fuerte que hizo volver la cabeza a una mujer de la terraza—. No—repitió, bajando la voz con terquedad muelle e invencible—. ¡No iré!

—Sabrá que las disputas de ayer ya se han olvidado: ella me ha prometido que no se volverá a hablar.

—¡Las disputas de ayer!—dijo Boris encogiéndose de hombros.

—¿En qué quedamos?

Boris le lanzó una mala mirada:

—Ella me horroriza.

—¿Por haber creído que está muerta? ¡Ea!, Boris, recapacite: esta historia es bufa. Usted se ha equivocado, y eso es todo. Acabemos.

—Opino que tiene razón Boris—apoyó Ivich vivamente, añadiendo con intención que Mathieu no discernió—: Yo..., en su lugar, haría lo mismo.

—Pero ¿no se da usted cuenta de que esta vez la va a matar de veras?

Ivich meneó la cabeza: había recobrado su carita siniestra e irritada. Mathieu le dirigió una mirada de odio: "Es ella la que le hace perder la cabeza", pensó.

—Si vuelve con ella será por compasión—dijo Ivich—. No puede usted exigirle tanto. Sería repugnante, sobre todo para ella.

—Por lo menos que la vea. Ya decidirá después.

Ivich hizo una mueca de impaciencia.

—Hay ciertas cosas que usted es incapaz de comprender—le dijo.

Mathieu se quedó perplejo y Boris aprovechó esa tregua:

—No quiero volverla a ver—dijo obstinado—. Para mí ha muerto.

—¡Lo cual es una idiotez!—gritó Mathieu.

Boris le lanzó una mirada sombría:

—No quisiera decírselo, pero si la vuelvo a ver, tendré que tocarla. Y eso no podría soportarlo—concluyó con repugnancia.

Mathieu comprendió su impotencia. Contempló hastiado aquellas dos caras hostiles.

—En ese caso—objetó—, aguarde un poco..., a que su recuerdo se haya borrado. Dígame que irá a verla mañana o pasado.

Boris pareció haberse tranquilizado:

—Eso es—terminó hipócritamente—. Mañana.

Mathieu estuvo a punto de decirle: "Por lo menos telefonee y dígale que hoy no está en condiciones de ir a verla", pero se contuvo, y pensó: "Como él no lo hará, yo mismo la telefonearé." Se levantó:

—Tengo que ir a casa de Daniel—le dijo a Ivich—. ¿Cuándo sabrá sus resultados? ¿A las dos?

—Sí.

—¿Quiere que vaya a enterarme?

—No, gracias; ya irá Boris.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Pues no lo sé.

—Envíeme un mensaje tan pronto sepa que ha sido aprobada.

—De acuerdo.

—No lo olvide—dijo Mathieu al despedirse—. ¡Salud!

—¡Salud!—repitieron los dos al mismo tiempo.

Mathieu bajó a los sótanos del *Dôme* para consultar el listín de teléfonos. ¡Pobre Lola! Seguramente Boris

volvería al *Sumatra.* "Pero ¡qué día va a pasar esperándole! ¡No quisiera yo estar en su pellejo!"

—Con Trudaine cero cero-treinta y cinco, por favor —pidió él a la gorda telefonista.

—Las dos cabinas están ocupadas—respondió esta—. Tendrá usted que esperar.

Mathieu esperó. Por dos puertas abiertas veía los azulejos blancos de los lavabos. La víspera por la noche, mirando otras, había leído: "Señoras", "Caballeros"... ¡Vaya un recuerdo amoroso!

Estaba lleno de odio hacia Ivich. "Tienen miedo a la muerte—se dijo—. Ya pueden presumir de lozanos y limpios, pero poseen almas siniestras porque tienen miedo a la muerte. Miedo de la muerte, de la enfermedad, de la vejez. Se agarran a su juventud como el moribundo a la vida. Cuántas veces he sorprendido a Ivich sobando su cara frente al espejo: tiembla al pensar en las arrugas. Pasan su tiempo rumiando su juventud, y no hacen proyectos más que de corta duración, como si no tuviesen ante ellos más que cinco o seis años. Después, después... Ivich habla de quitarse la vida, pero estoy tranquilo, nunca se atrevería: removerían las cenizas. Finalmente, yo tengo arrugas, mi piel es como la del cocodrilo, mis músculos son blandos, pero todavía tengo años por delante... Empiezo a creer que somos nosotros los que hemos sido jóvenes. Queríamos pasar por hombres, éramos ridículos; pero yo me pregunto si no es el único modo de salvar su juventud, olvidarla." Sin embargo, no estaba a gusto: sabía que arriba estaban, cabezas juntas, cuchicheando como cómplices, pero, aun con todo, fascinadores.

—¿Qué? ¿Me toca telefonear a mí?—preguntó.

—Un momento, caballero—respondió la telefonista gorda con acritud—. Un señor me ha pedido comunicación con Amsterdam.

Mathieu volvió la espalda y dio algunos pasos: "¡No he podido coger el dinero!" Una mujer bajaba la escalera, viva y ligera; una de esas que dicen poniendo

cara de jovencitas: "Voy a hacer mi pequeño pipí." Ella vio a Mathieu, acortó el paso, pero en seguida recobró su ritmo y volvió a sus rápidas pisadas; se hizo espiritual, todo perfume, y entró en los retretes como una flor. "No he podido coger el dinero; mi libertad es un mito. Un mito—Brunet tenía razón—. Y mi vida se forma por debajo con mecánico rigor. Una nada, el sueño orgulloso y siniestro de no ser nada, de ser siempre algo distinto de lo que yo soy. Porque no soy de mi edad; jugueteo hace un año con estos dos mocosos; es en vano: soy un burgués; no he podido apoderarme del dinero de Lola, sus tabúes me asustan. Para escapar de mi vida, paso las noches a diestro y siniestro, con autorización de Marcelle; rehúyo en vano pasar por la Alcaldía, porque la realidad es que soy casado, vivo maritalmente." Había cogido el listín telefónico, lo hojeó distraído y leyó: "Hollebecque, autor dramático, Norte setenta y siete-ochenta." Tenía náuseas y se dijo: "Querer ser lo que soy, he aquí la única libertad que me queda. Mi única libertad: desear casarme con Marcelle." Se sentía tan harto de ser sacudido por dos corrientes contrarias que casi se reconfortó. Cerró los puños y pronunció interiormente con gravedad de persona mayor, de burgués, de señor, de jefe de familia: "Voy a casarme con Marcelle."

¡Qué asco! Eran palabras, una opción infantil y vana. "También eso—pensó—, también eso es una mentira: no me hace falta la voluntad para casarme con ella; no tengo más que dejarme arrastrar por la corriente." Cerró el listín, mirando abrumado los restos de su dignidad humana. De pronto creyó ver aparecer su libertad. No estaba a su alcance, cruel, joven y caprichosa como la gracia: le ordenaba solamente dejar plantada a Marcelle. La visión no duró más que un instante; aquella libertad inexplicable que ofrecía la apariencia del crimen solo la entrevió: le daba miedo, pero estaba tan lejos... Permanecía obstinado con su voluntad tan humana, repitiendo estas palabras tan humanas: "Me casaré con ella."

—A usted le toca, señor—dijo la telefonista—. Cabina número dos.

—Gracias—contestó Mathieu.

Entró en la cabina.

—¡Descuelgue!

Mathieu descolgó dócilmente el auricular.

—¡Oiga! ¿Trudaine cero cero-treinta y cinco? Tengo un recado para la señorita Montero. No, no la moleste. Cuando pueda se lo subirá usted. De parte del señor Boris, que no puede ir.

—¿El señor Moris?—preguntó la voz.

—No, Moris, no: Boris con B de Bernard, O de Octave... Que no puede ir a verla... Sí, eso es. Muchas gracias. Hasta la vista, señora.

Salió y rascándose la cabeza pensó: "Marcelle debe de estar hecha polvo. Ya que estoy aquí, debía telefonearla." Miró, indeciso, a la telefonista.

—¿Quiere llamar a otro número?—le preguntó.

—Sí. Póngame con Ségur veinticinco-sesenta y cuatro.

Era el número de Sarah.

—¿Es usted, Sarah?... Soy Mathieu—dijo él.

—Buenos días—contestó la voz ruda de Sarah—. ¿Qué, se arreglan las cosas?

—Nada de eso. La gente es dura de pelar. Precisamente quería preguntar a usted si le sería posible acercarse hasta casa de ese individuo y pedirle que esperase para cobrar hasta fin de mes.

—Pero se marcha antes de fin de mes.

—Yo le enviaría el dinero a América.

Hubo un breve silencio.

—Puedo intentarlo—dijo Sarah sin entusiasmo—. Pero no será fácil. Es un viejo tacaño y, por si fuera poco, atraviesa una crisis de hipersionismo: detesta todo lo que no sea judío desde que le expulsaron de Viena.

—Inténtelo de todos modos, si no la molesta.

—No me molesta en absoluto. Me acercaré después de almorzar.

—Gracias, Sarah; es usted un encanto—dijo Mathieu.

XIII

Es excesivamente injusto—dijo Boris.

—Sí—aprobó Ivich—. Se figura que ha hecho un favor a Lola.

Una risita seca de Ivich y un silencio satisfecho de Boris: nadie le comprendía como ella. Dirigió una mirada hacia la escalera que conducía a los lavabos y pensó severamente: "Se ha pasado de la raya. No se debe hablar a nadie como él me ha hablado. Yo no soy Hourtiguère." Seguía mirando a la escalera esperando que Mathieu le sonreiría al subir; pero este subió y salió sin dirigirle una mirada. Boris se llevó un disgusto.

—¡Qué orgulloso va!—dijo.

—¿Quién?

—Mathieu. Acaba de salir.

Ivich nada dijo. Su actitud era neutra: miraba su mano vendada.

—Me guarda rencor—dijo Boris—. Opina que no soy moral.

—Eso debe de ser—apoyó Ivich—; ya se le pasará—se encogió de hombros y añadió—: No me agrada cuando se muestra moral.

—A mí sí—replicó Boris, y después de reflexionar añadió—: Porque yo soy más moral que él.

—¡Bah!—exclamó Ivich balanceándose un poco en la banqueta con gesto bobo y mofletudo, añadiendo en tono pícaro—: Yo me río de la moral. La moral me hace reír.

Boris se sentía muy solo. Hubiese querido acercarse a Ivich, pero Mathieu los separaba. Dijo:

—Es injusto. Ni siquiera me ha dado tiempo de explicarme.

A lo que Ivich replicó en tono equitativo:

—Hay ciertas cosas que no pueden explicársele.

Siguiendo su costumbre, Boris no replicó; pero entendía que si Mathieu estaba de buenas, todo podía explicársele. A Boris le parecía que ellos no hablaban del mismo Mathieu: el de Ivich era más soso.

Ivich se sonrió.

—Cuidado que eres terco, mulito—le dijo.

Boris no respondió. Remachaba lo que él hubiese debido decir a Mathieu: que él no era un bruto egoísta y que había sido víctima de una horrible sacudida cuando creyó que Lola estaba muerta. Había llegado a entrever que él sufriría y eso le había escandalizado. Estimaba que el sufrimiento era una cosa inmoral y, por otra parte, no podía soportarlo. Ello le hizo realizar un esfuerzo. Por moralidad. Y algo como un obstáculo le había bloqueado; era preciso esperar a que reaccionara.

—Es muy curioso—dijo—: cuando pienso ahora en Lola, me hace el efecto de una pobre vieja.

Ivich lanzó una risita que chocó a Boris. Por espíritu de justicia exclamó:

—No es este momento de reír.

—Está bien.

—Yo no quiero que ella sufra.

—Pues con que vayas a verla...—dijo Ivich con tono cantarín.

Comprendió él que le tendía un lazo y respondió vivamente:

—No iré. Primero, porque sigo viéndola muerta, y luego, porque no quiero que Mathieu se imagine que puede sacarme de mis casillas.

Sobre ese punto nunca cedería. El no era Hourtiguère. Ivich dijo con dulzura:

—Eso de que te saca de tus casillas es algo verdad.

Boris comprendió sin enfadarse que era una salida fuera de tono. Pero Ivich, con la mejor intención del mundo, quería hacerle romper con Lola: era por su bien. Todos estaban preocupados por el bien de Boris. Solamente que ese bien variaba según las personas.

—De esa forma, dejándoselo creer—respondió serenamente Boris—, sigo mi táctica.

Pero había sentido el dedo en la llaga y guardaba rencor a Mathieu. Se agitó un poco en la banqueta, e Ivich le echó un vistazo inquieto.

—Morrete mío, te preocupas demasiado—le dijo ella—. No tienes más que hacerte la idea de que ha muerto de veras.

—Claro que eso sería lo más cómodo, pero no puedo —dijo Boris.

La respuesta pareció divertir a Ivich, que dijo:

—Es divertido, yo sí puedo. Cuando no veo a las personas, para mí ya no existen.

Boris admiró a su hermana y no dijo nada: no se sentía capaz de tal fuerza. Al cabo de un momento, se le ocurrió decir:

—Yo me pregunto si habrá cogido el dinero. ¡No nos faltaba más que eso!

—¿Qué dinero?

—El de Lola. Como necesitaba cinco mil francos...

—¡Vaya!

Ivich manifestó sorpresa y descontento. Boris se preguntó si no hubiese sido mejor morderse la lengua. Estaba convenido que se dirían todo, pero de cuando en cuando era preferible quebrantar las reglas.

—Parece que estás enojada con Mathieu—dijo.

Ivich apretó los labios.

—Me exaspera—dijo—. Esta mañana se me hacía el hombre.

—¡Ah!—dijo Boris.

Se preguntaba lo que quería decir Ivich, pero no lo dejó ver: debían comprenderse con medias palabras; de

lo contrario, ¡adiós encanto! Después de un silencio, Ivich exclamó bruscamente:

—Vámonos. El *Dôme* me resulta insoportable.

—También a mí—aprobó Boris.

Se levantaron y salieron. Ivich cogió del brazo a Boris. Este tenía tenaces ganas de vomitar.

—¿Crees que le durará la rabia?—preguntó él.

—¡Qué va!, ¡qué va!—replicó impaciente Ivich.

Boris dijo pérfidamente:

—¡También está rabioso contra ti!

Esto hizo reír a Ivich:

—Puede que sí, pero ya tendrá tiempo de lamentarlo. Por el momento tengo otras preocupaciones.

—Es verdad—dijo confuso Boris—, estás muy preocupada.

—Asquerosamente preocupada.

—¿A causa de tus exámenes?

Ivich se encogió de hombros y no respondió. Dieron silenciosos algunos pasos. El se preguntaba si era verdaderamente la culpa de sus exámenes. Lo hubiera deseado, porque era más moral.

Levantó los ojos y se dio cuenta de que el bulevar Montparnasse era muy particular bajo aquella claridad gris. Uno se creería en octubre. Pensó: "En octubre del año último, yo aún no conocía a Lola." Instantáneamente le pareció liberarse: "¡Vive!" Por vez primera, desde que había abandonado su "cadáver" en la habitación sombría, se daba cuenta de que ella vivía, que era como una resurrección. Pensó: "Puesto que no ha muerto, no es posible que Mathieu me guarde rencor durante mucho tiempo." Hasta ese momento, sabía él que ella sufría, que angustiada le esperaba, pero sufrimiento y angustia le parecían irremediables y estáticos como los de aquellos que murieron desesperados. Pero había chasco: Lola vivía, descansaba en su lecho con los ojos abiertos, la inundaba una viviente cólera, como cada vez que él llegaba tarde a la cita. Una cólera que no era más respetable que las otras; tal vez algo más estruendosa. El no

tenía hacia ella esas obligaciones inciertas y temibles que los muertos imponen, pero sí serios deberes; en una palabra: deberes familiares. Al pronto, Boris pudo evocar el rostro de Lola sin horrorizarse. No era la cara de una muerta que acude a una llamada, sino una faz todavía joven y enojada que le miraba la víspera, cuando le gritaba: "Me has mentido: ¡tú no has visto a Picard!" Al mismo tiempo experimentaba hacia aquella falsa muerte un sólido rencor, causante de todas aquellas catástrofes. Y exclamó:

—No volveré a mi hotel, porque ella es capaz de presentarse en él.

—Vete a dormir en casa de Claude.

—Bueno.

A Ivich le asaltó una idea:

—Debieras escribirla. Es más correcto.

—¿A Lola? ¡De ningún modo!

—Pues debieras hacerlo.

—No sabría qué decirle.

—Yo te dictaré la carta, pequeño cernícalo.

—Pero ¿qué vas a decir?

Ivich le miró extrañada:

—¿En qué quedamos? ¿Quieres o no romper con ella?

—Pues en realidad no lo sé.

Ivich parecía molesta, pero no insistió. No insistía nunca; estaba acostumbrada. Pero de todos modos, situado entre Mathieu e Ivich, Boris tendría que luchar con cuidado: por el momento, no tenía más ganas de perder a Lola que de volverla a ver.

—Ya veremos lo que pasa—dijo—. No vale la pena pensar en ello.

Se encontraba a sus anchas en aquel bulevar, la gente tenía jetas agradables, a casi todos los conocía de vista, y un rayo de sol bastante alegre acariciaba las lunas de la *Closerie des Lilas.*

—Tengo hambre—dijo Ivich—. Quiero almorzar.

Entró ella en la tienda de ultramarinos Demaria. Boris la esperó fuera. Se notaba débil y enternecido como

un convaleciente, preguntándose en qué podría pensar para tener un caprichito. Y su elección recayó en el *Diccionario histórico y etimológico de las jergas*. Se regocijó pensando que el diccionario se hallaba ahora encima de su mesilla de noche: no se veía más que él. "Es un magnífico mueble—pensó iluminado—; he dado un golpe maestro." Y como nunca alegría viene sola, pensó en la navaja: la sacó del bolsillo y la abrió. "¡Soy un tipo de suerte!" La había comprado la víspera y ya la navaja tenía su historia: se había hundido en la carne de dos seres a los que más quería. "¡Qué bien corta!", pensó.

Pasó una mujer y se le quedó mirando insistentemente. Estaba estupenda. Se volvió para contemplarla por la espalda; también ella se volvió, y los dos se miraron con simpatía.

—¡Aquí estoy!—dijo Ivich.

Llevaba dos hermosas manzanas del Canadá. Frotó una en sus nalgas, y cuando ya brillaba lo bastante, le dio un mordisco y le ofreció a Boris el resto.

—Gracias—rechazó Boris—, no tengo hambre—y añadió—: Eres chocante: frotas las manzanas en tu trasero.

—Para darles brillo—dijo Ivich.

—Echa una ojeada a la individua que se va—dijo Boris—. Me había hecho con ella.

Ivich mordisqueaba bonachonamente:

—¿Otra?—preguntó con la boca llena.

—No por donde miras—dijo Boris—. Detrás de ti.

Ivich se volvió levantando las cejas.

—¡Verdaderamente es guapa!—se limitó a decir.

—¿Te has fijado en su atuendo? No terminará mi vida sin que yo posea una mujer así. Una mujer del gran mundo. ¡Debe de ser delicioso!

Ivich seguía mirando a aquella mujer que se alejaba. Tenía una manzana en cada mano y daba la sensación de que se las ofrecía.

—Cuando me canse de ella, te la cederé—dijo Boris generosamente.

—Me conduzco como una marmota—exclamó avergonzada. Los obrerillos estaban ya lejos.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Boris extrañado.

—Me ha palpado—contestó Ivich asqueada—. ¡El muy cochino! No tiene importancia—añadió severa—. No he debido gritar.

—¿Cuál de ellos ha sido?—preguntó Boris indignado.

Ivich le contuvo.

—¡Por favor, estate quieto! Son cuatro. Por otra parte, ya he hecho bastante el ridículo.

—No porque te haya tocado—explicó Boris—, sino porque no puedo soportar que te hagan eso yendo conmigo. Si vas con Mathieu, nadie te toca. ¿Por quién paso yo?

—Así son las cosas, morrete mío—replicó tristemente Ivich—. Ni siquiera yo te protejo. No inspiramos respeto.

Era verdad. Boris se sorprendía a menudo: cuando se miraba al espejo, él creía que intimidaba.

—No inspiramos respeto—repitió.

Se arrimaron uno junto al otro y les pareció que eran dos huérfanos.

—Eso, ¿qué es?—preguntó Ivich al cabo de un momento. Señalaba una ancha pared negra medio tapada por los castaños.

—Es la Santé—contestó Boris—. ¡El presidio!

—Es curioso—dijo Ivich—. Nunca he visto edificio tan siniestro. ¿Pueden escaparse de ahí?

—Rara vez ocurre—respondió Boris—. He leído que, en cierta ocasión, un presidiario se había arrojado desde lo alto del muro y que, al caer, se había enredado en un castaño y acabó hecho cisco.

Ivich, después de meditar, señaló con el dedo uno de los castaños:

—Seguramente era aquel—dijo—. ¿Y si nos sentáramos en el banco que está al lado? Estoy cansada. Y puede que veamos saltar a otro presidiario.

—Tal vez— respondió Boris sin gran convencimiento—.

Pero te advierto que esas cosas no ocurren más que por la noche.

Cruzaron la calzada y fueron a sentarse. El banco estaba mojado. Ivich dijo:

—Está fresco.

Pero súbitamente se agitó y empezó a tirarse de los pelos. Boris tuvo que golpearle la mano para que no arrancase sus bucles.

—Tócame la mano—dijo Ivich—. Está helada.

Así era. Ivich estaba lívida y parecía que sufría: todo su cuerpo estaba sacudido por sobresaltos. Boris la vio tan triste, que, por simpatía, trató de pensar en Lola.

Ivich alzó bruscamente la cabeza: tenía el aspecto de haber tomado una resolución sombría.

—¿Has traído los dados?—preguntó ella.

—Sí.

Mathieu había regalado a Ivich un juego de póker en un cubilete de cuero. Ivich se lo había dado a Boris. A menudo jugaban los dos.

—Juguemos—dijo ella.

Boris sacó los dados del cubilete. Ivich añadió:

—A dos jugadas y el desempate. Tira tú.

Se separaron algo. Boris se sentó a horcajadas y arrojó los dados sobre el banco. Sacó un póker de reyes.

—Magnífica jugada—dijo.

—Te odio—fue el comentario de Ivich.

Frunció las cejas y, antes de agitar los dados, sopló sus dedos murmurando. Era un conjuro. "La cosa va en serio—pensó Boris—: se está jugando el resultado de su examen." Ivich lanzó los dados y perdió: solo tenía un ful de damas.

—Segunda jugada—dijo ella mirando a Boris con ojos centelleantes. Esta vez hizo ful de ases.

—¡Magnífica jugada!—gritó ella a su vez.

Boris echó los dados y estuvo a punto de sacar un póker de ases. Pero antes que pararan, adelantó la mano con pretexto de recogerlos y, disimulando, empujó dos

con la punta de los dedos índice y medio. Dos reyes sustituyeron al as de corazón y al póker.

—¡Pares!—anunció como despistado.

—Tengo una jugada—dijo triunfante Ivich—. Ahora el desempate.

Boris se preguntaba si ella se había percatado de la trampa. Pero, después de todo, la cosa carecía de importancia. Lo único que veía Ivich era el resultado. Ella ganó el empate por dos pares contra uno, y así quedó la partida.

—¡Está bien!—dijo ella sencillamente.

—¿Quieres seguir jugando?

—No, no; ya basta—dijo ella—. Sabrás que jugaba para saber si aprobaba o no.

—No lo sabía—fingió Boris—. Así que has aprobado.

Ivich se encogió de hombros y dijo:

—No lo creo.

Callaron y así permanecieron, sentados uno junto al otro, las cabezas agachadas. Boris no miraba a Ivich, pero notaba que estaba temblorosa.

—Estoy que me ahogo—dijo Ivich—. ¡Qué horror! Tengo las manos sudorosas y sudo de angustia.

Lo cierto era que las manos, frías hace un rato, ahora ardían. La izquierda, inerte y vendada, descansaba sobre sus rodillas.

—Esta venda me da asco—dijo ella—. Parezco un herido de guerra. Me dan ganas de quitármela.

Boris no dijo nada. A lo lejos, un reloj dejó caer un golpe. Ivich se sobresaltó.

—¿Es..., son las doce y media?—preguntó.

—Es la una y media—respondió Boris después de echar un vistazo a su reloj.

Se miraron. Boris dijo:

—Bueno, ahora tengo que irme.

Ivich, pegándose a él, le rodeó los hombros con sus brazos.

—No vayas, cielo mío. No necesito saber nada. Volveré a Laon esta noche y... no quiero saber nada.

—Disparatas—le dijo Boris con dulzura—. Tienes que saber qué ha ocurrido cuando veas a los padres.

Ivich dejó caer los brazos diciendo:

—Bueno, ve y vuelve lo antes posible. Aquí te espero.

—¿Aquí?—preguntó estupefacto Boris—. ¿No prefieres que recorramos juntos el trayecto? Me podrías esperar en un café del Barrio Latino.

—No, no; te esperaré aquí.

—Como quieras. Pero ¿y si llueve?

—Boris, te lo ruego, no me tortures, date prisa. Aquí me quedaré si llueve o aunque la tierra tiemble. No me puedo sostener sobre las piernas, no tengo fuerzas ni para levantar un dedo.

Boris se levantó y se fue a grandes zancadas. Al cruzar la calle, se volvió. Veía a Ivich de espaldas: desplomada en el banco, la cabeza hundida entre sus hombros, tenía el aspecto de una vieja mendiga. "A lo mejor resulta aprobada", se dijo él. Dio algunos pasos y, de pronto, volvió a ver el rostro de Lola. El auténtico. "Es desgraciada", pensó, y su corazón se puso a palpitar con violencia.

XIV

Dentro de un momento. Dentro de un momento volvería a emprender su infructuosa búsqueda; dentro de un momento, obsesionado por los ojos rencorosos y lacios de Marcelle, por la cara maliciosa de Ivich, por la máscara mortuoria de Lola, volvería el amargor de boca, la fiebre y la angustia volverían a estropear su estómago. Dentro de un momento... Se hundió en su butaca y encendió la pipa; estaba vacío y tranquilo, abandonándose a la fresca sombra del bar. Allí estaba el barril verde que servía de mesa, allí también los retratos de artistas y las gorras de marineros, colgadas en las paredes; aquel puesto invisible de telegrafía inalámbrica que cuchicheaba como un chorrito de agua; aquellos opulentos señores, los últimos clientes, que fumaban purazos y bebían copas de oporto, gente de negocios; los demás se habían ido a comer hacía tiempo; tal vez fuera la una y media, pero podría creerse que iba a amanecer, que la mañana hacía su aparición, extendiéndose llana como un mar inofensivo. Mathieu se esponjaba en aquel mar sin pasiones, sin oleaje, no existía más que un espiritual negro casi imperceptible, un tumulto de voces distinguidas, una claridad rojiza y el movimiento de todas aquellas manos quirúrgicas, que se balanceaban con sus puros cual si fueran carabelas cargadas de especias. Este ínfimo fragmento de beatífica vida, él sabía bien que era un préstamo que le hacían y que había que devolverlo dentro de un momento, pero trataba de gozar de él sin amargura: a los sujetos acabados, el mundo les reserva aún muchas pequeñas y hu-

mildes alegrías, y para ellos se destinan sus gracias pasajeras, a condición que de ellas gocen modestamente. Daniel estaba sentado a su izquierda, solemne y silencioso. Mathieu podía contemplar a sus anchas su hermosa cabeza de jeque árabe, y ello producía también un pequeño placer a sus ojos. Mathieu estiró las piernas y tuvo una sonrisa para él solo.

—Te recomiendo el jerez de aquí...—dijo Daniel.

—Conforme, pero tú me invitas; no tengo una perra.

—Yo pago—dijo Daniel—; pero dime: ¿quieres que te preste doscientos francos? Me da vergüenza ofrecerte tan poco...

—No vale la pena—replicó Mathieu.

Daniel volvió hacia él su mirada acariciadora e insistió:

—Te lo ruego. Todavía me quedan cuatrocientos francos para terminar la semana, y podremos repartírnoslos.

No era prudente aceptar, no estaba eso dentro de las reglas del juego.

—De ninguna manera—dijo Mathieu—. Te agradezco, sin embargo, tu gentileza.

Daniel le abrumaba con su solícita mirada.

—Realmente, ¿no necesitas nada?

—Claro que sí—contestó Mathieu—. Me hacen falta cinco mil francos. Pero no de momento. Ahora solo necesito una copa de jerez y tu conversación.

—Celebraré que mi conversación esté a la altura del jerez—replicó Daniel.

Todavía no había dicho una palabra de la comunicación recibida ni de las razones que le habían impulsado a citar a Mathieu. Y este le estaba agradecido porque demasiado pronto tendría que decírselo.

—Sabrás que ayer vi a Brunet.

—¿De veras?—preguntó cortésmente Daniel.

—Creo que esta vez hemos terminado.

—¿Habéis reñido?

—No hemos reñido; mucho peor.

Daniel se compungió y Mathieu no pudo evitar una sonrisa.

—¿A ti te biene Brunet muy sin cuidado?—preguntó.

—Ya lo sabes: nunca tuve con él la misma intimidad que tú—respondió Daniel—. Le estimo mucho, pero si yo fuera el amo, le encerraría en el Museo del Hombre, sección del siglo veinte.

—Allí no haría mal papel—afirmó Mathieu.

Daniel mentía: le había tenido gran afecto en un tiempo. Mathieu probó el jerez y dijo:

—¡Excelente!

—Efectivamente—aprobó Daniel—. Es lo mejor que tienen. Pero sus reservas se agotan y no pueden renovarlas a causa de la guerra de España.

Vació su copa y cogió una aceituna de un platillo.

—Te voy a hacer una confesión—le dijo.

Se acabó: aquella humilde felicidad había pasado a la historia. Mathieu miró a Daniel con el rabillo del ojo: Daniel mostraba un aspecto noble y concentrado.

—¡Habla!—invitó Mathieu.

—Me pregunto cómo vas a tomarla—comenzó Daniel con voz vacilante—. Me dolería si te causara enojo.

—Pues con desembuchar sabrás a qué atenerte—se limitó a decir Mathieu sonriendo.

—¡Pues ahí va! Adivina a quién he visto ayer...

—¿A quién has visto ayer?—repitió Mathieu decepcionado—. ¡Yo qué sé! A tanta gente habrás visto...

—¡A Marcelle Duffet!

—¿A Marcelle? Hombre, ¡qué casualidad!

Mathieu no demostró sorpresa: Daniel y Marcelle no se veían con mucha frecuencia, pero ella parecía tener simpatía hacia él.

—Has tenido suerte—replicó—, porque nunca sale de casa. ¿Dónde la has encontrado?

Entonces el otro añadió bajando los ojos con humildad:

—Te diré para ser sincero que los dos nos vemos de cuando en cuando.

Hubo un silencio. Mathieu fijó la mirada en las negras pestañas de Daniel, que se agitaron un tanto. Un reloj dio las dos. Una voz de negro cantaba melancólicamente: *Caro-lina, Carolina...* "Nos vemos de cuando en cuando." Mathieu volvió la mirada y la fijó con insistencia en un gorro de marinero.

—Se ven de cuando en cuando—repitió sin comprender del todo—. Pero ¿dónde?

—Pues en su casa, acabo de decírtelo—contestó Daniel con muestras de desagrado.

—¿En casa de ella? ¿Quieres decir que vas a su casa?

Daniel no contestó. Mathieu preguntó:

—¡Qué ocurrencia! ¿Cómo ha sido?

—Con la mayor naturalidad del mundo. Siempre me simpatizó muchísimo Marcelle Duffet. Admiraba su valentía y su generosidad.

Hizo una pausa, y Mathieu, extrañado, repitió: "La valentía, la generosidad de Marcelle." No eran precisamente esas las virtudes que él apreciaba más en ella. Daniel seguía diciendo:

—Un día que me aburría, se me ocurrió llamar a su puerta y ella me recibió con la mayor amabilidad. Así empezó: después hemos seguido viéndonos. Nuestra única equivocación ha sido ocultártelo.

Mathieu se hundió en los fuertes olores, en el ambiente algodonado de la habitación rosa: Daniel estaba sentado en la otomana, miraba a Marcelle con sus grandes ojos de cierva y Marcelle miraba sonriente como si fuera a retratarse. Mathieu movió la cabeza: la cosa no iba a su gusto; no solo era absurdo, sino chocante: aquellos dos no tenían nada en común, nunca hubieran podido entenderse.

—¿Vas a su casa y ella ha podido ocultármelo?—y tranquilamente exclamó—: ¡Vaya una broma!

Daniel levantó los ojos y, sombrío, observó el semblante de Mathieu:

—Mathieu—le dijo con su voz más solemne—, me harás justicia si reconoces que jamás me permití la más

leve broma respecto a tus relaciones con Marcelle; para mí son lo más respetables.

—No lo niego, no lo niego—replicó Mathieu—, pero no dejan de ser una broma.

Daniel, descorazonado, dejó caer los brazos.

—Está bien—dijo tristemente—. No hablemos más.

—No, continúa—cortó Mathieu—. Me diviertes, pero no me engañas: eso es todo.

—No me das facilidades para cumplir mi cometido —dijo Daniel reprochándoselo—. Bastante penoso es para mí tenerme que acusar ante ti—suspiró—. Hubiese preferido que creyeras en mi palabra. Pero, pueso que necesitas pruebas...

Sacó de su bolsillo una cartera llena de cartitas. Mathieu las miró y pensó: "¡El muy cerdo!" Pero perezosamente, nada más que por guardar las formas.

—¡Mira!—le dijo Daniel.

Mathieu tomó en sus manos la carta que Daniel le tendía: era la letra de Marcelle. La leyó:

"Tiene razón como siempre, mi querido Arcángel. No eran más que sospechas. Ahora que no comprendo una sola palabra de todo lo que me dice. De acuerdo para el sábado, ya que no dispone de mañana. Mamá me encarga le diga que le va a reñir por los bombones. Venga en seguida, mi querido Arcángel: esperamos impacientes su visita. Marcelle."

Mathieu miró a Daniel y se limitó a decir:

—Entonces, ¿era verdad?

Daniel asintió con un movimiento de cabeza: estaba erguido, fúnebre y correcto como los testigos de un duelo. Mathieu volvió a leer la carta de un extremo a otro. Llevaba fecha 20 de abril. "¡Es ella la que la ha escrito!" Aquel estilo precioso y jovial en nada se parecía al suyo. El se frotó perplejo la nariz y se echó a reír:

—¡Arcángel! Te llama Arcángel. Nunca se me hubiera ocurrido semejante cosa. Un arcángel caído, me imagino, un tipo al estilo de Lucifer. Y al propio tiempo te entiendes con la vieja.

Daniel parecía desconcertado:

—¡Menos mal!—dijo en tono seco—. ¡Y yo que temía que te ibas a enfadar!...

Mathieu volvió la cabeza hacia Daniel, mirándole incierto. Bien se veía que este esperaba verle colérico.

—La verdad es que yo debía enfadarme, eso sería lo normal. Ten en cuenta que tal vez me enfade después. Pero en este instante me encuentro completamente aturdido.

Vació su copa. A él mismo le sorprendía no estar más irritado.

—¿La ves a menudo?

—Con mucha irregularidad: pongamos alrededor de dos veces al mes.

—Yo me pregunto qué se os puede ocurrir deciros.

Daniel se sobresaltó y sus ojos brillaron. Dijo con voz demasiado suave:

—¿Acaso tendrías tú temas de conversación para sugerírnoslos?

—¡No te enfades, hombre!—contestó Mathieu en tono conciliador—. Lo que ocurre es tan nuevo, tan inesperado para mí..., que casi me divertiría. Pero no abrigo malas intenciones. ¿De modo que es verdad? ¿Os gusta hablar juntos? Pero no refunfuñes, te lo ruego. Trato de comprender. ¿De qué podéis hablar?

—De todo—contestó Daniel con frialdad—. Marcelle no espera de mí conversaciones muy elevadas. Pero la descansan.

—Es increíble. Sois tan distintos...

No llegaba a apartar de él imagen tan absurda: Daniel, ceremonioso, lleno de gracia taimada y noble, con aire de Cagliostro y su amplia sonrisa africana, y, frente a él, Marcelle, rígida, torpe y leal... ¿Leal? ¿Rígida? No debía de ser tan rígida: "Venga, Arcángel; esperamos su visita." Marcelle había escrito eso, ella la que dedicaba aquellas espesas gentilezas. Por primera vez Mathieu notaba que algo como la cólera empezaba a rozarle: "Me

ha mentido—pensó estupefacto—, me engaña desde hace seis meses." Prosiguió:

—¡Me sorprende tanto que Marcelle haya podido ocultarme algo!

Daniel no respondió.

—¿Le has pedido tú que no diga nada?—preguntó Mathieu.

—Yo mismo. No quería que patrocinases nuestras relaciones. Ahora que la conozco hace tiempo, ya no tiene tanta importancia.

—Tú se lo has pedido y ella no ha puesto ninguna dificultad—dijo Mathieu ya no tan tirante.

—Eso la sorprendió.

—Sí; pero no se opuso.

—No, porque no veía culpabilidad. Hasta recuerdo que reía al decir: "Es un caso de conciencia." Ella cree que me agrada rodearme de misterio—y añadió con velada ironía, que a Mathieu le desagradó profundamente—: Al principio me llamaba Lohengrin. Después, como has podido ver, eligió el mote de Arcángel.

—Así es—respondió Mathieu.

El pensaba: "Se burla de ella", y sentía la humillación de Marcelle. Se había apagado su pipa. Alargó la mano y cogió maquinalmente una aceituna. No estaba abatido; la cosa era grave. Pero, en cambio, se encontraba presa de un estupor intelectual como cuando uno descubre que se ha engañado en toda la línea... Antaño había en él algo vivaz que le hubiese hecho sangrar. Pero ahora se limitó a murmurar con apagada voz:

—Todo nos lo decíamos...

—Ya comprenderás—cortó Daniel—que no todo puede decirse.

Mathieu, irritado, se encogió de hombros. Pero si estaba enfadado era consigo mismo.

—¿Y esta carta?—dijo—. "Esperamos su visita..." Me parece haber descubierto otra Marcelle.

Daniel parecía asustado.

—¡Otra Marcelle! ¡No vas tú poco lejos! Me figuro que por una niñería no irás a...

—Tú mismo me reprochabas hace un momento que no tomaba las cosas lo bastante en serio.

—Porque te vas de un extremo al otro—replicó Daniel. Y siguió afectuosamente comprensivo—: Lo que pasa es que te fías demasiado de ti al juzgar a las personas. El tema que nos ocupa demuestra sencillamente que Marcelle es más complicada de lo que tú te figurabas.

—Tal vez sea así—concedió Mathieu—. Pero hay algo más.

Marcelle era culpable y él temía guardarla rencor: era preciso no perder su confianza en ella hoy, justamente hoy, el día en que tal vez tendría que sacrificarle su libertad. Tenía necesidad de quererla; de lo contrario, el golpe sería demasiado duro.

—Por otra parte—añadió Daniel—, siempre tuvimos la intención de decírtelo; pero como era tan difícil representar el papel de conspiradores, siempre lo dejábamos para el día siguiente.

¡Teníamos! Siempre hablaba en primera persona al hablar de Marcelle. Mathieu miraba a Daniel con animosidad: hubiese sido el momento de odiarle. Pero este le desarmaba como de costumbre. Mathieu le dijo bruscamente:

—Daniel, ¿por qué se ha portado ella como lo ha hecho?

—Ya te lo he dicho—contestó Daniel—; porque la he rogado que lo hiciera. Además, tal vez le gustara guardar el secreto.

Mathieu movió la cabeza:

—No; debía de haber algo más. Bien sabía ella lo que hacía. ¿Y por qué lo ha hecho?

—Porque...—balbució Daniel—, porque me figuro que no siempre debe de ser muy cómodo vivir bajo tu esplendor. Se habrá buscado un poco de sombra.

—¿Me encuentra ella dominante?

—No es eso precisamente lo que me ha dicho, pero es

lo que ha dado a entender. ¿Qué quieres? Eres una fortaleza—añadió sonriendo—. Ten en cuenta que ella te admira, admira tu manera de vivir bajo un tejado de cristal y de lanzar a los cuatro vientos lo que de costumbre se oculta en el interior de uno mismo, pero para ella es agotador. Si ella no te ha hablado de nuestros encuentros, es para no obligarte hacia mí, para que no la obligues a darle un nombre, para que no la eleves haciéndola añicos. Madre e hijo necesitan la oscuridad... Algo titubeante que no puede explicarse...

—¿Eso te ha dicho ella?

—Eso es lo que me ha dicho: lo que en usted me divierte es que no sé nunca dónde me lleva. Con Mathieu, siempre lo sé.

"Con Mathieu siempre lo sé." Ivich suele decir: "Con usted, nunca hay que temer lo imprevisto." Mathieu tuvo un sobresalto.

—¿Por qué ella no habló nunca de todo eso?

—Según ella, es porque nunca le preguntas nada.

Era verdad. Mathieu agachó la cabeza: cada vez que intentaba penetrar los sentimientos de Marcelle le invadía una pereza invencible. Cuando alguna vez creía percibir una sombra en sus ojos, se había encogido de hombros. "¡Bah!, si tuviera algo, ya me lo diría, todo me lo dice. Y a eso llamaba yo mi confianza en ella. Todo lo he estropeado."

Se sacudió violentamente y dijo:

—¿Por qué hasta hoy no me lo has dicho?

—¡Algún día te lo tenía que decir!

El tono evasivo de la respuesta era para provocar la curiosidad: Mathieu no cayó en la trampa.

—¿Por qué hoy y por qué has de ser tú? Hubiese sido más normal que ella me hubiera hablado la primera.

—Pues bien—contestó Daniel con fingida turbación—, tal vez me haya yo equivocado..., pero lo hice en beneficio de vosotros dos.

Mathieu se irguió: "¡Ojo, que viene el golpe! Ahora es el comienzo." Daniel añadió:

—Voy a confesarte la verdad: Marcelle ignora que yo te haya hablado, y, más aún, no parecía estar decidida a ponerte tan pronto al corriente. Te agradecería que le ocultases cuidadosamente nuestra conversación.

Mathieu rió a su pesar:

—¡Apareció Satanás! Siembras secretos por doquier. Ayer sin ir más lejos conspirabas con Marcelle contra mí y hoy solicitas mi complicidad contra ella. Qué traidor más especial estás representando.

Daniel sonrió.

—¡No soy ningún Satanás!—dijo—. Lo que me ha decidido a hablar ha sido una verdadera inquietud que me asaltó anoche. Me pareció que existía entre vosotros un grave malentendido. Naturalmente, Marcelle es demasiado soberbia para hablarte ella misma.

Mathieu apretó con fuerza su copa: empezaba a comprender.

—Es a causa de vuestro...—Daniel terminó pudoroso—, de vuestro accidente.

—¡Ah!—exclamó Mathieu—. ¿Le has dicho que ya lo sabías?

—No, no; yo nada le he dicho. Ella ha sido la primera en contármelo.

—¡Ah!...

"Ayer sin ir más lejos, al telefonearla, parecía temer que yo le hablase. Y la noche del mismo día le ha contado todo. Una comedia más." Y añadió:

—¿Entonces...?

—Pues que la cosa no marcha. Algo hay que lo impide.

—¿Qué te autoriza a afirmarlo?—preguntó Mathieu, seca la garganta.

—Nada en concreto. Más bien... la manera que ella ha tenido de presentarme las cosas.

—¿Qué es ello? ¿Me guarda rencor por haberla hecho un crío?

—No lo creo. Pienso que tal vez obedezca a tu actitud de ayer. No me ha hablado de rencores.

—¿Qué he hecho yo?

—No podría decírtelo con exactitud. Mira, vas a oír lo que ella me ha dicho entre otras cosas: "Siempre es él quien decide, y si yo no estoy de acuerdo con él, se sobrentiende que protesto. Siempre gana, porque ya ha formado su opinión, y nunca me da tiempo para replicarle ni una sola vez." No te garantizo que sean las mismas palabras.

—Sin embargo, yo no tengo ninguna decisión que tomar—dijo Mathieu cohibido—. Habíamos estado siempre de acuerdo acerca de la decisión a tomar si el caso llegara.

—Conforme. Pero ¿acaso te inquietaste anteayer de lo que ella pensaba?

—Eso es verdad—afirmó Mathieu—. Tenía la seguridad de que ella pensaba como yo.

—De acuerdo, pero nada le preguntaste. ¿Cuándo habíais previsto por última vez tal eventualidad?

—¡Cualquiera sabe! Quizá hace dos o tres años.

—Dos o tres años. ¿Y nunca has pensado que en ese tiempo haya podido opinar de otro modo?

Los caballeros del fondo de la sala se habían levantado. Parecían muy contentos. Un botones les trajo los sombreros: tres flexibles negros y un hongo. Sonrieron amistosamente al barman y el camarero apagó la radio. El bar quedó silencioso, en el ambiente flotaba el desastre. "¡Esto va a terminar mal!", pensó Mathieu. No sabía exactamente lo que acabaría mal: la tormentosa jornada, la historia del aborto, sus relaciones con Marcelle. ¿Cuál de esas cosas? No, alguna más ambigua: su propia vida, Europa, la paz aquella sosa y siniestra. Se le aparecieron los tostados cabellos de Brunet: "Estallará la guerra en septiembre." En ese momento, en el bar solitario y sombrío, casi se pensaba lo mismo. Algo había de podrido en su vida, en aquel estío.

—¿Teme la operación?—preguntó.

—No lo sé—respondió Daniel indiferente.

—¿Quiere que me case con ella?

Daniel se echó a reír.

—Yo nada sé. Me preguntas demasiadas cosas. Pero

es todo bastante complicado, ¿sabes? Tú debías hablar con ella esta misma noche. Claro que sin aludir a nuestra conversación: como si te hubieran asaltado escrúpulos. Tal y según ayer la encontré, nada me sorprendería que no te contase todo: parecía estar muy preocupada.

—Está bien. Trataré de hacerle hablar.

Después de un silencio, Daniel añadió cohibido:

—Bueno; yo ya te he advertido.

—Está bien, te quedo muy agradecido—dijo Mathieu.

—¿Me guardas rencor?

—¡En absoluto! Ese es el tipo de favor que tú puedes hacerme: algo que le cae a uno sobre el cráneo como una teja.

Daniel se rió con ganas: la boca completamente abierta, enseñando sus relucientes dientes y hasta la campanilla.

Pensaba ella con la mano puesta sobre el auricular: "No, no debía habérselo dicho; siempre nos decíamos todo, y ahora él se repetirá una y mil veces: "Marcelle me lo decía todo." Ahora él lo sabe. Estupor abrumador en su cabeza. En su cabeza se repetirá el estribillo: "Marcelle me lo decía todo." Es intolerable. Preferiría mil veces que me odiase. Pero no; estaba allí, sentado en la banqueta del café, separados los brazos como si hubiese dejado caer algo, fija la mirada en el suelo como si algo en él se hubiese roto. Ya está. La conversación se ha celebrado. Ni visto ni oído; yo no estaba allí y nada sabía, pero ella sí estaba; se han pronunciado palabras y yo no sé nada. La voz grave subía hacia el techo del café; desde allá me llegará la voz grave que siempre hace vibrar la placa del auricular, y de este saldrá para decirme que ya lo sabe. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué me dirá esa voz? Ya estoy desnuda, estoy llena, y esa voz saldrá completamente arropada de la placa del aparato. No debiéramos haber obrado así... Si eso pudiera ser, guardaría rencor a Daniel; pero ¿cómo reprochárselo a él que ha sido tan generoso, tan correcto y el único en preocuparse de mí? Se ha hecho cargo de mi defensa, solo él, ¡Arcángel mío!

Ha consagrado a mi causa su bella voz. Una mujer, una débil mujer, absolutamente débil y defendida en el mundo de los hombres y de los vivos por una voz grave y cálida; la voz se dejará oír por esa placa y dirá: "Marcelle me lo contaba todo." "¡Pobre Mathieu, mi querido Arcángel!" Ella pensaba "¡Arcángel mío!", y sus ojos se llenaron de lágrimas, lágrimas dulces, lágrimas abundantes y fértiles, unas lágrimas de mujer verdadera tras ocho horas tórridas; lágrimas de dulce, de dulce mujer defendida. "Me ha cogido en sus brazos, me ha acariciado, me ha protegido..." Agüilla que se desliza de los ojos y la acaricia; reguera sinuosa por las mejillas y la mueca temblorosa de los labios, después de haber ella mirado durante ocho días un punto fijo, con ojos secos y desiertos. "Me lo van a matar." Durante ocho días ella había sido Marcelle la justa, Marcelle la dura, Marcelle la razonable. También Marcelle el hombre. "El dice que soy todo un hombre, y he aquí el agüilla, la débil mujer, la lluvia en los ojos. ¿De qué sirve resistir? Mañana seré dura y razonable; solo por una vez lágrimas, remordimientos, la dulce compasión hacia una misma y la humildad aún más dulce; aquellas manos aterciopeladas sobre mis caderas, sobre mis muslos..." La asaltaban ganas de abrazar a Mathieu y pedirle perdón de rodillas, pedirle perdón arrodillada ante él. ¡Pobre Mathieu, pobre gran amigo! Qué bien sabe verse defendida, perdonada, aunque sea nada más que una vez. De pronto, una idea la asaltó: corría vinagre por sus venas. "Esta noche cuando venga a verme, cuando yo le eche los brazos al cuello, cuando le bese, lo sabrá todo y yo fingiré no saber que él lo sabía. Le estamos mintiendo—pensó ella con desesperación—, todavía le mentimos; le decimos todo, pero nuestra sinceridad está envenenada. Lo sabe. Vendrá esta noche, veré sus ojos de bueno y, pensando que lo sabe, ¿cómo podré soportar la situación? Mi gran amigo, mi pobre gran amigo, es la primera vez que te hago sufrir: pero todo lo aceptaré: me entregaré a la vieja, mataré a

la criatura... Aunque me dé vergüenza, haré lo que tú me digas, todo lo que tú quieras."

Sonó el teléfono bajo sus dedos, y levantó el auricular.

—¡Diga, diga!—habló Marcelle—. ¿Es Daniel?

—Sí—contestó una bella voz tranquila—. ¿Quién está al aparato?

—Soy Marcelle.

—Buenos días, mi querida Marcelle.

—Buenos días—repitió Marcelle. Su corazón latía precipitadamente.

—¿Qué tal ha dormido?—la voz grave resonaba en su vientre: era insoportable y delicioso a la vez—. Ayer os he dejado demasiado tarde. La señora Duffet se habrá enfadado, si no confiase en que no se ha dado cuenta.

—No, no se ha enterado—dijo Marcelle jadeante—. Dormía como un leño cuando se fue usted.

—¿Y usted?—insistió la tierna voz—. ¿Ha dormido usted bien?

—¿Yo? No del todo mal. Pero le diré que estoy algo nerviosa.

Daniel se rió con risa de gala, apacible y fuerte. Marcelle se tranquilizó un poco.

—Pues no hay motivo: todo ha ido como la seda.

—¿De veras?

—De veras. Mejor de lo que yo esperaba. Desconocíamos bastante a Mathieu, mi querida Marcelle.

Esta sintió un amargo remordimiento. Contestó:

—¿Verdad que no le conocíamos como es?

—Me interrumpió a las primeras palabras—dijo Daniel—. Me explicó que había comprendido muy bien que algo se había torcido y que ha estado preocupado durante todo el día de ayer.

—¿Le ha dicho usted que..., que nos veíamos?—preguntó Marcelle con voz ahogada.

—Naturalmente—afirmó Daniel extrañado—. ¿No lo habíamos convenido así?

—Sí..., sí. ¿Y cómo lo ha tomado?

Daniel pareció titubear:

—Muy bien—contestó—. Muy bien. Al principio no quería creerlo...

—Seguramente le habrá dicho: "Marcelle me lo contaba todo."

—Efectivamente—Daniel replicó divertido—. Con esas mismas palabras.

—Daniel—dijo Marcelle—, me remuerde la conciencia.

Volvió ella a oír la risa profunda y alegre:

—¡Qué casualidad! También él se ha despedido lleno de remordimientos. Pues si los dos están con esos ánimos, me gustaría esconderme en su habitación cuando él vaya a reunirse con usted: promete ser delicioso.

Volvió a reír y Marcelle pensó con humilde gratitud: "Se está burlando de mí." Pero la voz se había tornado grave y el auricular vibraba como un órgano.

—Marcelle, se lo digo en serio: todo va a pedir de boca y yo lo celebro mucho por usted. No me ha dejado hablar; al oír mis primeras palabras, me ha dicho: "Pobre Marcelle, soy un gran culpable; me detesto, pero repararé. ¿Tú crees que podré reparar?" Tenía la mirada encendida. ¡Cuánto la quiere!

—¡Oh!, Daniel—Marcelle repitió tres veces la exclación.

Después de un silencio, Daniel añadió:

—Me ha dicho que esta noche le hablará con entera nobleza: "¡Vaciaremos el saco!" Ahora todo está en las manos de usted, Marcelle. Hará él todo lo que usted quiera.

Volvió a exclamar otras dos veces: "¡Oh!, Daniel." Luego se rehízo y añadió:

—Ha sido usted tan bueno conmigo, que me gustaría verle lo antes posible; tengo muchas cosas que contarle, pero no puedo hablarle si no es cara a cara. ¿Podrá usted venir mañana?

A él le pareció que la voz era más seca, que no era tan armoniosa.

—No, mañana no podré. Naturalmente estoy deseando estar con usted... Ya le telefonearé, Marcelle.

—De acuerdo. Telefonéeme pronto, Daniel. ¡Mi querido Daniel!

—Hasta la vista, Marcelle—dijo Daniel—. Sea hábil esta noche.

—¡Daniel!—gritó ella, pero él ya había colgado.

Marcelle colgó a su vez y se enjugó las lágrimas con el pañuelo: "¡El Arcángel! Ha cortado rápidamente para evitar que yo le dé las gracias." Se acercó a la ventana para mirar a los que pasaban: mujeres, niños, algunos obreros; a ella le pareció que todos eran felices. Una mujer joven cruzaba corriendo la calle con una criatura en brazos: hablaba con ella sin dejar de correr y sofocada reía junto a aquella carita. Marcelle la siguió con la mirada, se miró después al espejo y se asombró. Sobre el anaquel del lavabo había tres rosas rojas en un vaso para los dientes. Marcelle cogió una, algo vacilante, la colocó tímidamente entre los dedos y, cerrando los ojos, la prendió en sus negros cabellos. "¡Una rosa en mi cabeza!" Abrió los ojos, miróse al espejo, dio unos toquecitos a su cabellera y, confusa, se dedicó una sonrisa.

XV

TENGA la bondad de esperar aquí, señor—invitó el hombrecito.

Mathieu tomó asiento. Estaba en una habitación pequeña y sombría que olía a berza cocida; a la izquierda, una puerta de cristales dejaba pasar mortecina luz. Llamaron y el hombrecito fue a abrir. Una joven entró: vestía con mísera decencia.

—Señora, siéntese por favor.

La acompañó hasta la banqueta y ella se sentó, recogiendo sus piernas debajo del asiento.

—Ya he venido otras veces—dijo la joven—; es con motivo de un préstamo.

—Muy bien, señora; conforme.

El hombrecillo hablaba acercándose a ella:

—¿Es usted funcionaria?

—Yo no: mi marido.

Buscaba algo en el bolso; no era fea, pero tenía un aspecto duro y abatido; el hombrecillo la miraba goloso. Ella sacó del bolso dos o tres documentos cuidadosamente plegados; de ellos se hizo él cargo, se acercó a la puerta de cristales para ver mejor y los examinó durante algún tiempo.

—Está bien—dijo devolviéndoselos—, muy bien. ¿Dos hijos? Parece usted tan joven... Siempre se les espera con impaciencia, ¿no es cierto? Pero cuando llegan, alteran un tanto la economía de la casa. De momento estarán ustedes algo apretados...

La joven se puso colorada y el hombrecillo se frotó las manos:

—Bueno, bueno, todo se arreglará. Para eso estamos.

Permaneció mirándola un momento, pensativo y sonriente; después se alejó. La joven lanzó a Mathieu una mirada hostil y este se puso a enredar con el cierre de su cartera. Mathieu estaba molesto: había tomado contacto con pobres de solemnidad auténticos, y de ellos iba a tomar el dinero, dinero sucio y gris que olía a berza cocida. Agachó la cabeza y miró el entarimado por el hueco entre sus pies: volvieron a su imaginación los sedosos y perfumados billetes del maletín de Lola: ese dinero no era como este otro.

Se abrió la puerta de cristales y dio paso a un caballero de grandes bigotes. Peinaba plateados cabellos, echados cuidadosamente hacia atrás. Mathieu le siguió a su despacho. El caballero le indicó afablemente un sillón gastado de cuero y los dos se sentaron. El caballero apoyó los codos en la mesa y juntó sus bellas y blancas manos. Llevaba corbata verde oscuro, discretamente adornada con una perla.

—¿Desea usted utilizar nuestros servicios?—preguntó en tono paternal.

—Sí.

Miró a Mathieu; sus ojos azul claro eran saltones.

—¿Señor...?

—Delarue.

—No ignorará usted que los estatutos de nuestra Sociedad se dedican exclusivamente a la ayuda a funcionarios.

La voz era bella y blanca, algo gruesa, como las manos.

—Soy funcionario—contestó Mathieu—. Profesor.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó interesado el caballero—. Nos alegra muy especialmente ayudar a los universitarios. ¿Es usted profesor de Liceo?

—Sí; del Liceo Buffon.

—Perfecto—dijo el caballero con naturalidad—. Vamos a llenar, pues, las pequeñas formalidades al uso... En

primer lugar he de preguntarle si trae consigo algún documento de identidad, cualquiera: pasaporte, cartilla militar, tarjeta de elector...

Mathieu le dio su documentación, que su interlocutor examinó distraídamente.

—Bien, muy bien—dijo—. ¿Y qué cantidad desearía?

—Quisiera seis mil francos—contestó Mathieu. Y después de breve meditación, añadió—: Pongamos siete mil.

Estaba agradablemente sorprendido y pensó: "No creía que la cosa fuera tan deprisa."

—¿Conoce usted nuestras condiciones? Nuestros préstamos son a seis meses sin posible renovación. Nos vemos obligados a cobrar el veinte por ciento de interés porque nuestros gastos son enormes y corremos muchos riesgos.

—¡Bien, bien!—aceptó Mathieu rápidamente.

El caballero sacó de un cajón dos hojas impresas.

—¿Tiene usted la amabilidad de rellenar estos formularios y de firmar al pie de las hojas?

Era una petición de préstamo en doble ejemplar. Había que indicar nombre, edad, estado, señas... Mathieu se dedicó a rellenarlas.

—Perfectamente—aprobó el caballero recorriendo lo escrito con la mirada—. Nacido en París..., en mil novecientos cinco... De padre y madre franceses... Es todo por el momento. Tendrá usted que firmarnos un reconocimiento de deuda escrita en papel timbrado al recibir los siete mil francos. Los gastos de timbre son a su cargo.

—¿Al recibir el dinero? ¿No puede entregármelo ya?

—¿Ahora?—preguntó sorprendido el caballero—. Pero, señor mío, necesitamos por lo menos quince días para reunir nuestros informes.

—¿Qué informes? ¿No ha examinado mis documentos?

El caballero observó a Mathieu con divertida indulgencia.

—¡Los universitarios son ustedes todos iguales! Todos unos idealistas. Tenga usted la seguridad de que ni por un instante pongo su palabra en duda. Pero, de manera

general, ¿quién nos prueba que los documentos que se nos exhiben no son falsificados?—dibujó una triste sonrisita—. Cuando se maneja dinero, aprende uno a desconfiar. Es un sentimiento muy feo, comparto su opinión, pero no tenemos derecho a ser confiados. Por tanto—concluyó—, es necesario que efectuemos nuestra pequeña encuesta; nos dirigiremos directamente a su Ministerio. Nada tema: con toda la exigida discreción. Pero, dicho sea entre nosotros, usted sabe lo que es la Administración: dudo que, razonando, pueda usted contar con nuestra ayuda antes del cinco de julio.

—¡Es imposible!—exclamó Mathieu seca la garganta, añadiendo—: Necesito el dinero para esta noche o, a lo sumo, para mañana; me hace falta urgentemente. ¿No podría conseguirse con un interés más elevado aún?

El caballero pareció escandalizarse. Echó al aire sus dos bellas manos.

—Pero, mi querido señor, ¡nosotros no somos usureros! Nuestra Sociedad ha sido felicitada por el ministro de Obras Públicas. Casi se podría decir que somos un organismo oficial. Cobramos intereses normales, establecidos teniendo en cuenta gastos y riesgos, y no podemos prestarnos a ningún trato de semejante género—y añadió con severidad—: Si tenía usted tanta prisa debía haber venido antes. Por lo visto no ha leído nuestra propaganda.

—Pues no—dijo Mathieu levantándose—. Me ha faltado tiempo.

—¡Cuánto lo siento!—dijo con frialdad el caballero—. ¿Rompemos los formularios que acaba usted de rellenar?

Mathieu se acordó de Sarah: "Seguramente habrá obtenido el aplazamiento."

—No, no los rompa—contestó—; me las arreglaré hasta entonces.

—Es seguro que hallará usted una solución—aprobó el caballero afablemente—. Nunca faltará un amigo que le adelante por quince días el dinero que le hace falta. ¿Sus señas son las indicadas: calle Huyghens, número doce?

—Sí.

—Pues en los primeros días de julio le convocaremos —se levantó y acompañó a Mathieu hasta la puerta.

—Hasta la vista, y gracias—se despidió Mathieu.

—Hasta la vista, señor; encantado de haber podido servirle. Hasta la vista.

Mathieu cruzó el vestíbulo a grandes pasos. Todavía estaba allí la joven; mordisqueaba sus guantes, perdida la mirada.

—Tenga usted la bondad de pasar—invitó el caballero detrás de Mathieu.

Afuera, resplandores vegetales temblaban en el aire gris. Pero, por el momento, a Mathieu no le abandonaba la impresión de hallarse emparedado. "Otro fracaso más!", se dijo. No quedaba más esperanza que en Sarah. Había llegado al bulevar Sebastopol; entró en un café y pidió una ficha. "Las cabinas, al fondo derecha." Mientras marcaba el número, Mathieu murmuró: "¡Con tal que ella lo haya logrado! ¡Oh! ¡Con tal que lo haya conseguido!" Su tono era el de una plegaria.

—¡Oiga!...—dijo—. ¡Oiga!... ¿Es Sarah?

—Mire, soy Weymuller—contestó una voz.

—Soy Mathieu Delarue—aclaró Mathieu—. ¿Podría hablar con Sarah?

—Ha salido.

—¡Qué contratiempo! ¿Sabe cuándo volverá?

—Lo ignoro. ¿Quiere que le dé algún recado?

—Dígale nada más que le he telefoneado.

Colgó y salió. Su vida ya solo dependía de Sarah: no podía sino esperar... Hizo parar un autobús y subió: se sentó al lado de una vieja que tosía tapándose la boca con un pañuelo. "Los judíos siempre se entienden entre ellos", pensó él. Aceptará, seguramente aceptará.

—Denfert-Rochereau—pidió.

—Tres trayectos—respondió el cobrador.

Mathieu cogió los tres billetes y se puso a mirar por el cristal; pensaba en Marcelle con triste rencor. Los cristales vibraban, la vieja tosía, las flores de su sombrero temblaban. El sombrero de paja, las flores, la vieja. Ma-

thieu arrastrado por el viejo armatoste. La vieja no retiraba el pañuelo de su nariz y seguía tosiendo por la calle Montorgueil, tosía al cruzar el Pont-Neuf por encima del agua gris y tranquila. "¿Y si el judío no accediera?" Pero el temor no le hacía salir de su letargo; no era más que un saco de carbón encima de otros sacos en el fondo de un camión. "¡Qué le vamos a hacer! Le diré esta noche que me casaré con ella." El autobús, enorme a la vez que infantil, le llevaba, le hacía virar a derecha e izquierda, le sacudía, le empujaba; los acontecimientos le aplastaban sobre el asiento, sobre el cristal; le mecían a la velocidad de su propia vida y le hacían pensar: "Mi vida ya no es mi vida: mi vida no es más que un destino." Veía desfilar una tras otra las negras casas de la calle Saints-Pères; miraba cómo desfilaba su vida. ¿Se casaría con ella? ¿No se casaría?: "Ya no es cosa mía: es cara o cruz."

Después de un frenazo, el autobús se detuvo. Mathieu se irguió y contempló la espalda del conductor con cierta angustia: toda su libertad acababa de reflejarse en ella. Pensó: "No, no; no se trata de cara o cruz. Cualquier cosa que suceda, yo soy el culpable de lo que pase." Aunque se dejase arrastrar, desamparado, desesperado; aunque se dejase arrastrar como viejo saco de carbón, él habría escogido su perdición: era libre, libre para todo, libre de hacer de bestia o de máquina, libre para aceptar, libre para rechazar, libre para tergiversar; casarse, abandonarla, pasar años arrastrado a sus pies: podía hacer lo que quisiera, nadie tenía derecho a aconsejarle, para él no existiría ni el Bien ni el Mal si él mismo no los inventara. Se habían acumulado cosas y más cosas en su derredor, que esperaban sin hacer señal alguna, sin la menor indicación. Se encontraba solo en medio de un monstruoso silencio, libre y solo, sin ayuda y sin excusa, condenado a decidir, sin recurso posible, condenado a ser libre para siempre.

—¡Denfert-Rochereau!—gritó el cobrador.

Mathieu se levantó y se apeó. Se metió en la calle Froi-

devaux. Estaba cansado y nervioso. Veía constantemente un maletín abierto al fondo de una habitación oscura, y, en el maletín, billetes olorosos y blandos; era para él un remordimiento: "¡Debí haberlos cogido!", se dijo.

—Tiene usted un mensaje neumático—le anunció la portera—. Acaba de llegar.

Mathieu cogió el mensaje y rasgó el sobre; en el mismo momento, las paredes que le aprisionaban se hundieron y a él le pareció que su mundo había cambiado. En el centro de la página había solo tres palabras, de letra abultada y caída: "Cateada. Inconsciente. Ivich."

—Espero que no sean malas noticias—dijo la portera.

—No.

—Mejor. Me pareció usted preocupado.

Cateada. Inconsciente. Ivich.

—Es una de mis antiguas alumnas que ha fracasado en sus exámenes.

—Según me han dicho, cada vez son más difíciles.

—¡Mucho más!

—¡Claro!—exclamó la portera—. Con tanto joven aprobado, después hay que darles sus títulos. ¿Y qué quiere usted que hagan con ellos?

—Eso es lo que yo me pregunto.

Leyó por cuarta vez el mensaje de Ivich. Su grandilocuencia inquietante le había conmovido: cateada, inconsciente. "En este momento estará cometiendo una idiotez —pensó él—. Está claro como la luz del día: en este momento está cometiendo una idiotez."

—¿Qué hora es?

—Las seis.

"Las seis. Ha conocido el resultado a las dos. Ya lleva cuatro horas que anda suelta por las calles de París." Metió el mensaje en el bolsillo.

—Señora Garinet, présteme cincuenta francos—pidió a la portera.

—El caso es que no sé si los tendré—le contestó ella sorprendida, y abrió el cajón de su mesa de labores di-

ciendo—: Mire, tengo cien; ya me dará la vuelta esta noche.

—Conforme, agradecidísimo—respondió Mathieu.

Cuando salió pensaba: "¿Dónde podrá estar?" La cabeza vacía, le temblaban las manos. Un taxi merodeaba por la calle Froidevaux. Mathieu lo detuvo.

—Residencia de Estudiantes, calle Saint-Jacques, número ciento setenta y tres. ¡Rápido!

—¡Allá voy! ¡Volando!—contestó el chófer.

"¿Dónde podrá estar? A lo mejor ha salido para Laon; a lo peor... Y yo acudo con cuatro horas de retraso", pensaba. Inclinado hacia adelate, apoyaba con fuerza el pie encima de la alfombra, como queriendo acelerar.

Paró el taxi y Mathieu bajó de él, llamando a la puerta de la Residencia.

—¿Está la señorita Ivich Serguine?

—Voy a ver—dijo la encargada mirándole desconfiada. Volvió en seguida y le informó—: La señorita Serguine no ha vuelto desde esta mañana. ¿Quiere que le demos algún recado?

—No.

Mathieu volvió a sentarse en el coche.

—Hotel de Pologne, calle Sommerard.

Al cabo de un momento golpeó el cristal:

—Aquí, aquí—dijo—. El hotel de la izquierda.

Saltó a la acera y empujó la puerta de cristal.

—¿Está el señor Serguine?

El grueso y albino criado estaba en la caja. Reconoció a Mathieu y le dijo sonriente:

—No ha regresado en toda la noche.

—Y su hermana, una señorita rubia, ¿ha venido hoy por aquí?

—Conozco bien a la señorita Ivich y puedo asegurarle que no ha venido. Solo está la señora Montero, que, por cierto, ha telefoneado dos veces para llamar al señor Boris y decirle que venga a verla inmediatamente. Ha dejado recado que se lo digan tan pronto regrese; si usted diera con él puede decírselo.

—De acuerdo—contestó Mathieu.

Salió. ¿Dónde podría estar? ¿En el cine? No era muy probable. ¿Deambulando por las calles? Lo seguro es que no se había ido de París; de lo contrario, hubiese pasado por la Residencia para recoger sus maletas. Mathieu sacó de su bolsillo la carta neumática y la examinó: había sido enviada desde la estafeta de la calle Cujas, pero ello nada descubría.

—¿Adónde vamos?—preguntó el chófer.

Mathieu le dirigió una mirada de duda y bruscamente tuvo una idea luminosa: "Para que ella haya podido escribir lo que ha escrito, es indudable que tenía un trago de más. Seguramente se ha encurdado."

—Mire—dijo al chófer—, vamos a subir despacito por el bulevar Saint-Michel desde los muelles. Voy en busca de alguien: será necesario que visite café por café.

Ivich no estaba ni en el Biarritz, ni en la Source, ni en el Harcourt, ni en el Biard, ni en el Palais del Café. En el Capoulade, Mathieu vislumbró a un estudiante chino que la conocía. Fue hacia él. El chino bebía una copa de oporto, sentado en un taburete del bar.

—Perdóneme—le interpeló Mathieu mirándole—. Creo que conoce usted a la señorita Serguine. ¿Acaso la ha visto hoy?

—No—respondió el chino expresándose con dificultad—. Le ha ocurrido algo.

—¡Le ha ocurrido algo!—exclamó Mathieu.

—No he querido decir eso. Yo pregunto.

—No lo sé—respondió Mathieu volviéndole la espalda.

Ya ni pensaba en proteger a Ivich contra ella misma; solo tenía el deseo doloroso y violento de volverla a ver. "¿Y si ella hubiese intentado suicidarse? ¡Es lo bastante bestia para hacerlo!", pensó furioso. Después de todo, está sencillamente en Montparnasse.

—A la encrucijada Vavin—ordenó.

Volvió a subir al coche. Temblaban sus manos y las metió en el bolsillo. El taxi viró alrededor de la Fuente

de Médicis y Mathieu vio a Renata, la amiga italiana de Ivich. Salía del Luxemburgo con una cartera bajo el brazo.

—¡Pare! ¡Pare!—gritó Mathieu al chófer. Saltó del taxi y corrió hacia ella—: ¿Ha visto usted a Ivich?

Renata adoptó un aire digno:

—Buenos días, señor—saludó.

—Buenos días—dijo Mathieu—. ¿Ha visto a Ivich?

—¿A Ivich? Claro que sí.

—¿Cuándo?

—Hará aproximadamente una hora.

—¿Dónde?

—En el Luxemburgo. Por cierto que estaba en rara compañía. Ya sabrá que la pobre ha sido suspendida...

—Lo sé. ¿Dónde ha ido?

—Querían ir al *dancing*, a la Tarantule me parece.

—¿Y eso, dónde está?

—Calle Monsieur-le-Prince. Verá una tienda de discos; en el sótano está el *dancing*.

—Agradecido.

Mathieu volvió sobre sus pasos para decir:

—Perdóneme; se me ha olvidado decirle adiós.

—Hasta la vista, señor—se despidió Renata.

Mathieu se acercó al taxi y dijo al chófer:

—Calle Monsieur-le-Prince. Está a dos pasos. Vaya despacio; ya le diré dónde hay que parar.

"Con tal que todavía esté... De lo contrario, soy capaz de recorrer todas las salas de baile del Barrio Latino."

—Pare aquí y espere un momento.

Mathieu entró en la tienda de discos.

—¿La Tarantule, por favor?—preguntó.

—En el sótano. Esa es la escalera.

Bajó aquella escalera, respiró un aire fresco que olía a moho, empujó una puerta de cuero y recibió un golpe en pleno estómago: allí estaba Ivich bailando. Se apoyó en la puerta y pensó: "¡Aquí está!"

Se trataba de un salón en una bodega desierta y antiséptica, sin una sombra. La luz se filtraba a través de glo-

bos de papel barnizado. Vio Mathieu unas quince mesas revestidas de manteles perdidas en el fondo de un mar de mortecina luz. En las paredes descoloridas habían pegado trozos de cartón multicolor representando plantas exóticas que se habían ya bombeado a causa de la humedad y los cactos estaban llenos de ampollitas. Un gramófono invisible difundía un pasodoble; aquella música en conserva hacía que el salón pareciese aún más desnudo.

Ivich, apoyada la cabeza en el hombro de su compañero, se apretaba a él. Bailaba bien. Mathieu lo reconoció: era el joven alto y moreno que la acompañaba la víspera por el bulevar Saint-Michel. De cuando en cuando aspiraba los cabellos de Ivich y los besaba. En esos momentos, ella echaba la cabeza hacia atrás y reía, pálida, cerrados los ojos, mientras él le decía cosas al oído; estaban completamente solos en el centro de la pista. En el fondo de la sala, cuatro muchachos y una joven toscamente pintada palmoteaban gritando: "¡Olé!" El muchacho alto la guiaba hacia la mesa, cogida por la cintura, y los estudiantes la rodearon festejándola; tenían un aspecto raro, familiar y afectado al mismo tiempo; envolvían a distancia a Ivich con sus gestos admirativos y tiernos. La mujer mal pintada se reservaba. Estaba de pie, pesada y blanda, con la mirada fija. Encendió un cigarrillo y, pensativa, gritó:

—¡Olé!

Ivich se desplomó en una silla entre aquella mujer y un rubito con barba a manera de bozal. Ella reía con ganas.

—¡Oh, no! ¡Fuera caretas!—exclamó ella agitando la mano delante de los ojos—. ¡No necesitamos caretas!

El barbudo se levantó presto para ceder su sitio al bello danzarín moreno. "Lo que faltaba—pensó Mathieu—: le reconocen el derecho de sentarse a su lado." El moreno guapo encontró la cosa de lo más natural; además, era el único que allí parecía estar como en su casa.

Ivich señaló al barbudo con el dedo:

—Se va porque he prometido besarle—dijo ella riendo a carcajadas.

—Permítame—dijo dignamente el barbudo—. No me ha prometido besarme: me ha amenazado con besarme, que no es precisamente lo mismo.

—Está bien—replicó Ivich—, no te besaré. ¡Besaré a Irma!

—¿Quiere usted besarme?—preguntó la mujer—. Mi pequeña Ivich...

Estaba sorprendida y halagada.

—¡Sí, ven!—y la atrajo autoritariamente hacia ella.

Los demás se apartaron escandalizados. Uno de ellos dijo: "Vamos, Ivich...", en tono suavemente enojado. El moreno guapo le dirigió una fría mirada: estaba al acecho. Mathieu se sintió humillado: para aquel elegante jovenzuelo, Ivich solo era una conquista; la desnudaba con su mirada sensual de conocedor; estaba ya desnuda ante él; adivinaba sus senos, sus muslos y hasta el perfume de su carne... Mathieu, presa de una brusca sacudida, avanzó hacia Ivich temblándole las piernas: se percató por vez primera de que la deseaba vergonzosamente a través del deseo de otro.

Ivich hizo mil carantoñas antes de besar a su vecina. Terminó cogiéndola la cabeza con las dos manos, besándola en la boca, para luego rechazarla con brusquedad.

—¡Hueles a cachú!—exclamó en tono de reproche.

Mathieu se plantó delante de la mesa:

—¡Ivich!—se limitó a decir.

Le miró ella con la boca abierta y él se preguntó si le había reconocido. Ella, levantando la mano izquierda, se la mostró:

—Toma—le dijo—. ¿Eres tú?... Mira.

Había arrancado su vendaje. Mathieu vio una costra rojiza y sanguinolenta con pequeños puntitos de pus amarillo...

—Tú todavía lo llevas—observó decepcionada Ivich—. Es verdad: eres muy prudente.

—Se la ha quitado contra nuestra voluntad—se excusó la otra mujer—. ¡Es un diablillo!

Ivich se levantó y lanzó a Mathieu una mirada sombría:

—Sácame de aquí. Me estoy envileciendo.

Aquellos jóvenes se miraron.

—Aseguro a usted—dijo el barbudo a Mathieu—que con nosotros no ha bebido. Lo hubiésemos impedido.

—Eso no lo niego—dijo asqueada Ivich—. ¡Son unas excelentes niñeras!

—Exceptuándome a mí, Ivich—dijo el danzarín guapo—. Exceptuándome a mí.

La miró como cómplice. Ivich se volvió hacia él.

—Exceptuando a este—dijo ella—. ¡Exceptuando a este, que es un sinvergüenza!

—Vámonos—propuso dulcemente Mathieu.

La cogió por el hombro y se la llevó; oyó tras de sí un murmullo consternado.

A la mitad de la escalera, Ivich pareció más pesada.

—¡Ivich!—suplicó la voz de Mathieu.

Y ella, con dejado ademán, le dijo:

—Quiero sentarme...

—¡Por favor, Ivich!

Ella, reventando de risa, levantó su falda por encima de la rodilla.

—Quiero sentarme aquí.

Mathieu la cogió por la cintura y se la llevó. No la soltó hasta llegar a la calle. Ella no ofreció resistencia. Entornó los ojos mirando en su derredor, taciturna.

—¿Quiere que la lleve a casa?—propuso Mathieu.

—No—respondió Ivich en un estallido.

—¿Quiere que la deje con Boris?

—No está en su cuarto.

—¿Dónde está?

—¡Ni el diablo lo sabe!

—¿Dónde quiere usted que la lleve?

—¡Si yo lo supiera! Le toca a usted decidir, puesto que me ha traído hasta aquí.

—Está bien—replicó Mathieu después de haberlo pensado un instante. La sostuvo hasta el taxi y ordenó—: Al número doce de la calle Huyghens. Vamos a mi casa—le dijo a ella—. Allí podrá tumbarse en el sofá y yo la prepararé una taza de té.

Ivich no protestó. Subió con dificultad al coche y se dejó caer en el asiento.

—¿No se encuentra bien?

—Estoy enferma—contestó lívida ella.

—Voy a decir al chófer que se pare frente a alguna farmacia—dijo Mathieu.

—No—contestó ella violentamente.

—Entonces, estírese y cierre los ojos. Pronto llegaremos.

Ivich lanzó un gemido. De pronto, adquirió un color verde y se acercó a la portezuela. Mathieu contempló sus delgados hombros agitados por los vómitos. Alargó la mano y se agarró sin hacer ruido a la manilla de la puerta: tenía miedo de que se abriera. Al cabo de un momento cesó la tos. Mathieu se echó hacia atrás, cogió su pipa y, absorto, la cargó. Ivich se volvió a dejar caer encima del asiento y Mathieu volvió a meterse la pipa en el bolsillo.

—Hemos llegado—dijo.

—¡Estoy avergonzada!—dijo Ivich, levantándose con dificultad.

Mathieu descendió el primero y le tendió los brazos para ayudarla. Pero ella los rechazó y saltó vivamente a la acera. El se apresuró a pagar al chófer y se acercó a Ivich. Esta le miró indecisa; un olorcillo a vomitada escapaba de su pura boca. Mathieu aspiró apasionadamente aquel agrio perfume.

—¿Se encuentra mejor?

—Ya se me pasó la borrachera—contestó Ivich sombría—; pero me estalla la cabeza.

Mathieu la ayudó a subir despacito la escalera.

—Cada escalón me golpea la cabeza—dijo ella en tono

hostil. En el último descansillo se detuvo para recobrar el aliento.

—Ahora me viene todo a la memoria.

—¡Ivich!

—Todo. He zascandileado con esos asquerosos tipos y les he ofrecido un espectáculo. Y..., y me han cateado en los exámenes.

—Venga—dijo Mathieu—, no falta ya más que un piso.

Subieron silenciosos. Ivich dijo de pronto:

—¿Qué ha hecho usted para encontrarme?

—Buscándola he tropezado con Renata—dijo Mathieu, mientras introducía la llave en la cerradura.

—Durante todo el tiempo esperé su llegada—dijo a su espalda la balbuciente voz de Ivich.

—Entre—invitó Mathieu dejándola pasar. Ella le rozó al entrar y él tuvo deseos de estrecharla entre sus brazos. Ella miraba, miraba abstraída en torno suyo.

—¿Es esta su casa?

—Sí—respondió Mathieu. Era la primera vez que la traía a su piso. Ella miraba aquellas butacas verdes y su mesa despacho; él los contemplaba con los ojos de Ivich y se avergonzó.

—Túmbese en el diván—dijo él.

Ivich se tumbó sin pronunciar una palabra.

—¿Quiere un té?

—Tengo frío—respondió Ivich.

Mathieu fue a buscar una manta y arropó sus piernas. Cerró ella los ojos y apoyó la cabeza en el almohadón. Padecía. Presentaba tres arrugas verticales en el entrecejo.

—¿Quiere un té?

No respondió ella. Mathieu cogió el cazo eléctrico y fue a llenarlo de agua al grifo de la pila. En la despensa encontró un limón bastante seco, pero exprimiéndolo fuertemente puede que diera una o dos gotas. Lo puso, con dos tazas, en una bandeja y volvió a la habitación.

—Ya he puesto el agua a calentar—dijo.

Ivich seguía sin decir nada: dormía. Mathieu arrimó una silla al diván y en ella se sentó sin hacer ruido. Habían desaparecido las tres arrugas de Ivich, y su frente ahora era lisa y pura; sonreía con los ojos cerrados. "¡Qué joven es!", pensó él. Había puesto todas sus esperanzas en una niña. ¡Aparecía tan débil y tan frágil en aquel diván! Ella no podía acudir en ayuda de nadie; al contrario, necesitaba que alguien la ayudase a vivir. Y Mathieu no podía ayudarla. Ivich saldría hacia Laon, allá se embrutecería durante uno o dos inviernos, y después surgiría un individuo, un individuo joven, y se la llevaría. "Yo, yo me casaré con Marcelle." Se levantó y fue a comprobar si el agua hervía; luego, volvió silenciosamente a sentarse al lado de Ivich; miró con ternura aquel cuerpecito enfermo y mancillado que no perdía su nobleza en su letargo; pensó que quería a Ivich y se sorprendió: no era amor, no era una emoción especial, ni tampoco un matiz especial de sus sentimientos; más bien hubiérase dicho una maldición clavada en el horizonte, una promesa de desdichas. El agua empezó a cantar en el cazo e Ivich abrió los ojos.

—Le estoy preparando un té—dijo Mathieu—. ¿Lo quiere?

—¿Un té?—preguntó perpleja Ivich—. Usted no sabe preparar un té.

Con la palma de la mano volvió a adornar con los bucles sus mejillas y se levantó frotándose los ojos.

—Déme el paquete—dijo ella—. Voy a hacer un té al estilo ruso... Pero necesitaría un samovar.

—No tengo más que un cazo—dijo Mathieu, dándole el paquete de té.

—¡Oh!, además Ceylán. En fin, ¿qué le vamos a hacer?

Ivich se acercó al cazo:

—¿Dónde está la tetera?

—Es verdad—dijo Mathieu corriendo hacia la cocina para traer la tetera.

—Gracias.

Conservaba aún su aspecto sombrío, pero estaba más animada. Vertió el agua en la tetera y vino a sentarse al cabo de unos instantes.

—Es necesario dejar que termine la infusión—dijo, y, después de una pausa, añadió—: No me gusta su apartamento.

—Ya me lo figuraba—dijo Mathieu—. Si ya se ha repuesto, podríamos salir.

—¿Para ir adónde?—dijo Ivich—. No; me agrada estar aquí. Todos esos cafés me marean, y luego esa gente constituye para mí una pesadilla. Esto es feo, pero tranquilo. ¿Podría usted correr las cortinas? Encenderíamos esa lamparita.

Mathieu se levantó para cerrar los postigos y correr las cortinas. Las espesas cortinas se juntaron. Encendió la lámpara de su mesa.

—¡Llegó la noche!—exclamó encantada Ivich.

Se pegó al respaldo del diván:

—¡Qué íntimo es esto! Parece como que el día se ha ido. Me agradaría que, al salir de aquí, fuera de noche; me asusta volver a la luz del día.

—Puede usted permanecer aquí todo lo que quiera —dijo Mathieu—. Nadie tiene que venir, y si por casualidad alguien viniera, le dejaríamos llamar sin abrirle. Estoy completamente libre.

No era verdad. Marcelle le esperaba a las once. Y, rencoroso, pensó: "Que espere."

—¿Cuándo piensa irse?—preguntó Mathieu.

—Mañana. Hay un tren que sale a mediodía.

Mathieu permaneció callado un momento. Luego, dijo, cuidando su voz:

—La acompañaré a la estación.

—No—dijo Ivich—. Me horrorizan las despedidas blandas que se estiran como un chicle. Aparte de eso, estaré muerta de fatiga.

—Como quiera—contestó Mathieu—. ¿Ha telefoneado a sus padres?

—No. Se... lo encargué a Boris, pero él me disuadió.

—En ese caso tendrá que anunciárselo usted misma.

—Bueno—contestó Ivich bajando la cabeza.

Hubo un silencio. Mathieu contemplaba la cabeza inclinada de Ivich y sus frágiles hombros: le pareció que se alejaba de él poco a poco.

—¿Así que esta es nuestra última velada por este año?

—¿De este año?—preguntó ella irónica.

—Ivich—dijo Mathieu—, no sea usted así, pues, por lo demás, yo iré a verla a Laon.

—No quiero. Todo lo que a Laon toca se ensucia.

—En cuyo caso volverá.

—Tampoco.

—Hay una convocatoria en noviembre. Sus padres no pueden...

—¡Qué poco los conoce!

—Desde luego. Pero es inadmisible que deshagan su vida como castigo por fracasar en un examen.

—No pensarán que es un castigo—dijo Ivich—. Será peor: les tendré ya muy sin cuidado, se limitarán a no pensar más en mí. Además, lo merezco—añadió excitada—; no soy capaz de aprender un oficio y preferiría quedarme toda la vida en Laon antes de volver a examinarme.

—No diga eso, Ivich—dijo alarmado Mathieu—. No se resigne usted tan pronto. ¡Laon la horroriza!

—Así es—afirmó ella apretando los dientes.

Mathieu se levantó para ir en busca de la tetera y las tazas. De pronto se le subió la sangre a la cabeza; volvióse hacia ella y sin mirarla murmuró:

—Mire, Ivich. Mañana se marchará, pero yo le doy palabra de que volverá hacia fines de octubre. De aquí a entonces, yo me las arreglaré.

—¡Usted se las arreglará!—exclamó Ivich con lacia sorpresa—. Nada tiene que arreglarse: yo le digo que soy incapaz de aprender un oficio.

Mathieu se atrevió a mirarla de frente, pero no se tranquilizó. ¿Cómo encontrar palabras que no la hirieran?

—No es eso lo que quería decir... Si..., si usted me hubiese permitido ayudarla...

Ivich seguía al parecer sin comprender, y Mathieu añadió:

—Tendré algún dinero...

—¡Ah! ¿Se trata de dinero?—preguntó ella sobresaltada. Añadió tajante—: Es completamente imposible.

—Nada de eso—dijo acalorado Mathieu—, no es imposible en absoluto. Escúcheme: durante estas vacaciones haré algunos ahorros; Odette y Jacques me invitan todos los años a pasar con ellos el mes de agosto en su villa de Juan-les-Pins; nunca acepté, pero alguna vez he de hacerlo. Este año iré, me divertiré y haré economías. No lo rechace por obstinación; será un préstamo que yo le hago.

Se interrumpió. Ivich estaba como hundida y le dirigía por bajo una mala mirada.

—No me mire así, Ivich.

—Yo no sé cómo le miro, pero sí que me duele la cabeza—replicó Ivich en tono desabrido. Y, bajando aún más los ojos, añadió—: Debería irme a acostar.

—¡Por favor, Ivich, escúcheme! Yo encontraré el dinero necesario para vivir en París. No diga que no, se lo ruego; no diga no sin meditarlo. Eso no puede ofenderla: me lo devolverá cuando pueda ganarse la vida.

Ivich se encogió de hombros y Mathieu continuó con viveza:

—Y si no usted, lo hará Boris.

Ella no contestó. Había enterrado la cabeza entre sus cabellos. Mathieu continuaba plantado ante ella, molesto y desgraciado.

—¡Ivich!

Esta seguía callada. A él le daban ganas de asirla por el mentón y hacerla levantar la cabeza a la fuerza.

—Por último, Ivich; contésteme. ¿Por qué no me responde?

Ivich seguía muda. Mathieu empezó a dar grandes zancadas por la habitación mientras pensaba: "Terminará

por aceptar; no cejaré hasta conseguirlo... Daré lecciones o me dedicaré a la corrección de pruebas."

—Ivich, dígame el porqué de su negativa.

A veces ocurría que Ivich se dejaba vencer por el cansancio: era necesario acosarla a preguntas cambiando de tono en cada una de ellas.

—¿Por qué no acepta? Dígame por qué no acepta.

Por fin murmuró Ivich sin alzar la cabeza:

—Porque no quiero aceptar su dinero.

—Pero ¿por qué? Bien acepta el de sus padres.

—No es lo mismo.

—Efectivamente: no es lo mismo. Cien veces me ha dicho usted que les detestaba.

—No hay motivo alguno para que yo acepte su dinero.

—¿Acaso lo tiene para aceptar el de ellos?

—No quiero que se sea generoso conmigo—dijo Ivich—. Cuando de mi padre se trata no necesito agradecerlo.

—Ivich, ¿a qué viene semejante orgullo?—gritó Mathieu—. No tiene usted derecho a echar a perder su vida por un prurito de dignidad. Piense en la vida que allá arrastra. Se reprochará usted día por día, hora por hora haberse negado.

Ivich se descompuso.

—¡Déjeme—dijo—, déjeme!—y con voz baja y áspera añadió—: ¡Qué suplicio supone no ser rica! ¡En qué situaciones abyectas le sumen a una!

—No acabo de comprenderla—dijo suavemente Mathieu—. El mes pasado me dijo usted que el dinero era una cosa vil de la que no valía la pena ocuparse. Sus palabras fueron estas: "No me interesa su procedencia con tal que yo disponga de él."

Ivich se encogió de hombros. Mathieu no veía más que la parte alta de la cabeza y un poco de la nuca entre los bucles y el cuello de la blusa. La nuca era más morena que la piel de la cara.

—¿Verdad que me dijo eso?

—¡No quiero que usted me dé dinero!

Mathieu se impacientó:

—Bueno; entonces es porque yo soy un hombre—replicó Mathieu con risa entrecortada.

—¿Qué es lo que me dice?—preguntó Ivich, dirigiéndole una fría mirada—. Eso es una grosería. Nunca pensé en semejante cosa y... me importa un comino; ni siquiera me imagino que...

—En cuyo caso... Piense un poco: por primera vez en su vida sería usted completamente libre; viviría donde quisiera, haría lo que le viniera en gana. Usted me ha dicho que la gustaría obtener la licenciatura de Filosofía y Letras. Pues bien, pruébelo: Boris y yo la ayudaremos.

—¿Por qué tiene usted interés en favorecerme?—preguntó Ivich—. Yo nunca me porté bien. Siempre he sido insoportable con usted, y ahora se compadece de mí.

—Yo no la compadezco.

—Entonces, ¿por qué me ofrece dinero?

Mathieu titubeó un instante y, volviendo la cabeza, respondió:

—No puedo soportar la idea de no volverla a ver.

Después de un breve silencio, Ivich preguntó con tono vacilante:

—¿Insinúa usted que si lo hace es... por egoísmo?

—Nada de egoísmo—replicó secamente Mathieu—. Lo que pretendo es seguir viéndola. ¡Eso es todo!

Se atrevió a mirarla. Ella lo hacía arqueando las cejas, la boca abierta. De repente pareció ablandarse.

—En ese caso, puede que sí—dijo ella indiferente—. En ese caso, es cosa suya; ya veremos. Después de todo, tiene usted razón: que el dinero venga de aquí o de otra parte...

Mathieu respiró: "¡Ya está!", se dijo; pero no estaba tranquilo del todo: Ivich conservaba su gesto desabrido.

—¿Qué hará usted para convencer a sus padres?—preguntó Mathieu para comprometerla más.

—Les diré cualquier cosa que se me ocurra—contestó ella evasivamente—. Me creerán o no me creerán. Pero ¿qué importa, puesto que ya no tendrán que pagar?

Bajó la cabeza con ademán sombrío.

—¡Tener que volver allá!

Mathieu hizo esfuerzos para disimular su irritación:

—Pero desde el momento que volverá...

—¡Oh!—exclamó Ivich—. Por ahora, no deja de ser todo una quimera... Diga yo no o sí, lo cierto es que no creo ni lo uno ni lo otro. ¡Falta aún mucho tiempo! En cambio, Laon... Allí estaré mañana por la noche—y llevándose la mano al pecho añadió—: ¡Tengo un peso aquí! Además, he de preparar mis maletas; tendré labor para toda la noche.

Se levantó:

—El té estará ya; venga a tomarlo.

Llenó las tazas Estaba negro como café.

—Escribiré—dijo Mathieu.

—También yo; pero no tendré nada que decirle.

—Me describirá su casa, su habitación... Quisiera poder imaginármela allá.

—¡Oh!, no—protestó ella—. No querría hablar de nada de eso; bastante tendré con vivirlo.

Acudieron a la mente de Mathieu las cartitas que Boris dirigía a Lola; pero fue cosa de un instante. Miró las manos de Ivich, sus uñas rojas y puntiagudas, sus flacas muñecas y pensó: "Volveré a verla."

—¡Qué té tan raro!—dijo Ivich dejando la taza.

Mathieu se sobresaltó: acababan de llamar en la puerta de entrada. No dijo nada, esperando que Ivich no hubiese oído.

—¿No acaban de llamar?—preguntó ella.

Mathieu se llevó un dedo a la boca y murmuró:

—Hemos decidido antes que no abriríamos.

—¡Sí! ¡Sí!—dijo Ivich en voz alta—. Puede que sea algo importante; vaya pronto a abrir.

Mathieu fue hacia la puerta pensando: "La horroriza hallarse en complicidad conmigo." Abrió en el mismo momento en que Sarah iba a dar un segundo timbrazo.

—Buenos días—saludó sofocada Sarah—. Hay que ver lo que me hace usted correr. El ministro bajito me ha

dicho que había usted telefoneado y aquí me tiene: no he tenido tiempo ni para ponerme el sombrero.

Mathieu la miró asustado: metida en horrible traje sastre verde manzana, con los cabellos despeinados y su aspecto de insana bondad, apestaba a catástrofe.

—Buenos días—dijo él con viveza—. Estoy con...

Sarah le dio un amistoso empujoncito y asomó la cabeza por encima de su hombro:

—¿Quién está ahí?—preguntó ella con golosa curiosidad—. ¡Ah! Es Ivich Serguine. ¿Cómo está usted?

Ivich se levantó haciendo una especie de reverencia. Parecía haber sufrido una decepción. También Sarah quedó decepcionada. Ivich era la única persona que Sarah no podía aguantar.

—¡Qué delgaducha está!—dijo Sarah—. Estoy segura de que no come usted lo suficiente. No es razonable.

Mathieu se enfrentó con Sarah y la miró fijamente. Sarah se echó a reír:

—¡Mire la cara que me pone Mathieu!—dijo alegremente ella—. No quiere que yo le hable de régimen—y volviéndose hacia él—: He regresado muy tarde. El bueno de Waldmann ha desaparecido. No hace ni veinte días que está en París y ya está embarcado en una sarta de asuntos turbios. Hasta las seis no he podido dar con él.

—Gracias, Sarah, es usted muy amable—le dijo Mathieu decidido—. Bien, ya hablaremos de eso después. Venga a tomar una taza de té.

—No, no—rechazó ella—. Me largo hasta la librería española. Me han llamado para que vaya inmediatamente, pues un amigo de Gómez acaba de llegar a París.

—¿Quién es?—preguntó Mathieu para ganar tiempo.

—Todavía no lo sé. Solo me han dicho: se trata de un amigo de Gómez que viene de Madrid.

Miró con ternura a Mathieu. Su mirada parecía extraviada a fuerza de bondad.

—Mi pobre Mathieu, tengo que darle una mala noticia: se niega.

—¿Cómo?—Mathieu tuvo aún ánimo para decir—: Seguramente quiere usted hablarme a solas.

Arrugó las cejas repetidas veces; pero Sarah no le miraba.

—Casi ya no vale la pena; no tendría nada que decir —y añadió misteriosamente—: He insistido todo lo que he podido. ¡Como si no! Es indispensable que la persona de que se trata vaya mañana mismo a verle con el dinero.

—Bueno, está bien. ¡Qué le vamos a hacer!—replicó Mathieu airadamente.

Subrayó sus últimas palabras; Sarah creyó deber justificarse:

—He hecho todo lo que he podido; hasta he suplicado, puede estar usted seguro. Entonces me ha preguntado: "¿Se trata de alguna judía?" Respondí que no, y él me ha dicho: "No la fío; si quiere que yo la saque de apuros, que pague; de lo contrario, no faltan clínicas en París."

Mathieu oyó tras él crujir el diván. Sarah prosiguió:

—Me ha dicho más: "Jamás les fiaré; demasiado nos han hecho sufrir allá." Es verdad: hasta llego a comprender su actitud. Me ha hablado de los judíos de Viena, y casi le justifico. Los campos de concentración. Me costaba trabajo creerle. Su voz se ahogaba: les han martirizado.

Calló y se produjo un largo silencio. Prosiguió con movimientos de cabeza:

—¿Y qué va usted a hacer?

—¡Qué sé yo!

—No pensará usted...

—Pues sí—respondió, tristemente, Mathieu—. Creo que en eso acabaré.

—¡Mi querido Mathieu!—dijo emocionada Sarah.

El la miró con dureza y Sarah calló desconcertada; él vio que sus ojos se iluminaban por un destello de conciencia.

—Está bien—dijo Sarah—, ya me voy. Telefonéeme mañana sin falta para tenerme al corriente.

—De acuerdo—respondió Mathieu—. Hasta la vista, Sarah.

—Hasta la vista, mi pequeña Ivich—gritó Sarah desde la puerta.

—¡Hasta la vista, señora!—saludó Ivich.

Cuando Sarah se fue, Mathieu volvió a la habitación. Estaba helado.

—Esta buena mujer—dijo riendo—es un verdadero torbellino. Entra como una borrasca, arrasa todo y desaparece como un huracán.

Ivich nada dijo. Mathieu sabía que nada diría. Vino a sentarse a su lado sin mirarla. Luego:

—Ivich, voy a casarme con Marcelle.

Otro nuevo silencio. Mathieu contemplaba las cortinas verdes que colgaban de la ventana. Se sentía cansado. Explicó a Ivich bajando la cabeza:

—Ayer me confesó que estaba embarazada.

Las palabras salían dificultosamente de su garganta: no se atrevía a mirar a Ivich, pero sabía que ella sí le miraba.

—Me pregunto por qué me lo dice—dijo ella con voz glacial—. Son cosas que a usted solo atañen.

Mathieu se encogió de hombros mientras decía:

—Bien sabía usted que estaba...

—¿Su querida?—dijo altiva Ivich—. Le confesaré que no me ocupo de esos asuntos—vaciló y añadió distraídamente—: No comprendo el porqué de ese aspecto abrumado. Si se casa con ella será porque usted lo quiera. De lo contrario, según me han dicho, a ella no le faltan recursos...

—No tengo dinero, Ivich. Lo he buscado por todas partes.

—¿Para eso pidió a Boris que solicitara cinco mil francos a Lola?

—¿Usted lo sabía? Yo no... En fin, sí; para eso era, ya que usted lo dice.

Ivich dijo con voz sin matices.

—¡Es algo sórdido!

—Efectivamente.

—Eso no me incumbe, es una realidad—dijo Ivich—. Usted sabrá lo que tiene que hacer.

Acabó de beber su té y preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto.

—¿Es ya de noche?

Mathieu se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Una luz turbia se filtraba todavía a través de las persianas.

—Todavía no del todo.

—No importa—dijo levantándose Ivich—. Ya me voy. Me queda por hacer esas malditas maletas—añadió con tono gemebundo.

—Hasta la vista, entonces—dijo Mathieu sin ganas de retenerla.

—Hasta la vista.

—¿Nos veremos en octubre?

La pregunta se le escapó a pesar suyo. Ivich se sobresaltó violentamente:

—¡En octubre!—dijo ella echando lumbre por los ojos—. ¡Eso sí que no!—y lanzó una carcajada—: Perdóneme, pero tiene usted un aspecto tan raro... Nunca pensé en aceptar su dinero: lo necesitará todo para instalar su hogar.

—¡Ivich!—exclamó Mathieu cogiéndola el brazo.

Ivich lanzó un grito y se desprendió de él con violencia.

—¡Déjeme!—dijo—. ¡No me toque!

Mathieu dejó caer sus brazos. Notaba que se apoderaba de él una cólera desesperada.

—Ya me lo figuraba—prosiguió Ivich jadeante—. Ayer por la mañana, cuando osó usted tocarme, me dije: "Lo hace al modo de un hombre casado."

—¡Basta ya!—dijo con rudeza Mathieu—. He comprendido.

Ella estaba plantada frente a él, roja de cólera, con una sonrisa insolente a flor de labios. Mathieu tuvo miedo por él mismo. Salió empujándola y dio un portazo tras él.

XVI

No sabes querer, no sabes.
En vano te echo los brazos a veces...

El café de Les Trois Mousquetaires brillaba con toda su iluminación en la luz crepuscular. Una muchedumbre ociosa se agolpaba ante la terraza: pronto el encaje luminoso de la noche, de café en café, de escaparate en escaparate, iba a apagarse en París. La gente esperaba la noche oyendo la música; parecía feliz; se apiñaba friolenta delante del primer resplandor nocturno. Mathieu esquivó a aquella lírica multitud: la dulzura de la noche no era para él.

No sabes querer, tú no lo sabes,
y jamás, jamás lo sabrás.

Nunca sabrás querer... Una calle larga y recta. Detrás de él, en una habitación verde, una pequeña conciencia rencorosa le rechazaba con todas sus fuerzas. Delante de él, en una habitación color rosa, una mujer inmovilizada le esperaba con confiada sonrisa. Dentro de una hora entraría con silencioso paso en la habitación rosa, y se dejaría absorber por aquella gratitud, por aquel amor. Para toda la vida, para toda la vida. Por mucho menos se tira uno al agua.

—¡Pedazo de...!

Mathieu tuvo que dar un salto para evitar que el auto le atropellara; tropezó con el borde de la acera y se vio en el suelo: se había apoyado en las dos manos.

—¡Me cago en tu padre!

Se levantó. Las palmas de las manos le escocían. Observó atentamente sus manos sucias de barro: la derecha estaba amoratada, con algunas rozaduras; la izquierda le dolía, y el barro había ensuciado su vendaje. "Solo esto me faltaba—murmuró muy serio—. ¡Solo esto me faltaba!" Sacó el pañuelo, lo mojó con saliva y frotó las palmas con ademán parecido a la ternura; le entraron ganas de llorar. Permaneció quieto un segundo, mirándose extrañado. Después se echó a reír. Se reía de él, de Marcelle, de Ivich, de su ridícula torpeza, de su vida, de sus lamentables pasiones; recordaba sus pasadas esperanzas y se reía de que todo hubiese acabado en eso: en un hombre muy serio al que poco había faltado para llorar, porque le habían tirado al suelo; se miraba sin vergüenza, con diversión fría y encarnizada, mientras pensaba: "¡Y decir que yo me tomaba en serio!" Dejó de reír al cabo de unos momentos, desapareció la risa.

El vacío. El cuerpo vuelve a andar arrastrando los pies, pesado y calenturiento, con escalofríos, llamaradas de cólera en garganta y estómago. Pero en él ya no existe nadie. Se han vaciado las calles como por un sumidero; se han tragado lo que hace un momento las invadía. Los objetos han permanecido intactos, pero se han deshecho sus raíces; cuelgan como enormes estalactitas, suben desde la tierra cual absurdos menhires. Todas sus acostumbradas llamaditas, sus menudos cánticos de cigarra se han evaporado en el aire, callan. Antaño, existió un porvenir de hombre que se arrojaba contra ellas y que ellas reflejaban con una diseminación de tentaciones diversas. Pero ese porvenir ha muerto.

El cuerpo tuerce a derecha, se hunde en un gas luminoso y moviente en el fondo de una grieta sucia, entre bloques de vitrina cruzada por claridades. Sombrías masas ruedan rechinando. A la altura de los ojos, velludas flores se balancean. Entre esas flores, en el fondo de la hondonada, una transparencia se desliza y se contempla con glacial pasión.

"¡Iré a apoderarme de ellas!" El mundo cambió de aspecto, ruidoso y atareado, con autos, gentes, escaparates; Mathieu se encontró en el centro de la calle Départ. Pero todo aquello ya no era ni el mismo mundo, ni el mismo Mathieu. Después de aquel mundo, más allá de casas y de calles, había una puerta cerrada. Buscó en su cartera y sacó una llave. Más allá, otra puerta cerrada y allí una aplastada llavecita: eran aquellos los únicos objetos del mundo y, entre ellos, nada más que obstáculos amontonados y distancias. "Dentro de una hora. Tengo tiempo para ir a pie." Una hora: el tiempo necesario para llegar a aquella puerta y abrirla; después de esa hora nada había ya. Mathieu andaba con paso rítmico, en paz consigo mismo. Se sentía perverso y tranquilo. "¿Y si Lola se hubiese quedado en la cama?" Metió la llave en el bolsillo y pensó: "Pues bien, no importa. ¡Me apoderaré del dinero a pesar de los pesares!"

* * *

La lámpara lucía mal. Cerca de la ventana abuhardillada, entre la foto de Marlène Dietrich y la de Robert Taylor, había un calendario de propaganda que tenía un espejito con motas de moho. Daniel se acercó y, agachándose un poco, se dedicó a rehacer el nudo de su corbata; tenía prisa por terminar de vestirse. En el espejo que había detrás de él, que casi desaparecía a causa de la penumbra, y también por la suciedad, percibió el delgado y duro perfil de Ralph, y sus manos empezaron a temblar: le entraron ganas de apretar aquel cuello delgado cuya nuez sobresalía y estrujarla entre sus dedos. Ralph volvió la cabeza hacia el espejo sin darse cuenta de que Daniel le veía y fijó en este una mirada extraña. "Pone jeta de asesino—pensó Daniel sintiendo un escalofrío (analizándolo bien, casi era un escalofrío agradable)—. Está humillado el machito. Me odia." Hizo pausadamente el nudo de la corbata. Ralph seguía mirándole y Daniel gozaba de aquel odio que les unía, un odio recocido que

parecía tener veinte años, una posesión, lo que le hacía más puro. "Cualquier día, un tipo de la misma calaña me atacará por la espalda." La cara joven crecerá en el espejo y todo habrá concluido: esa era la muerte infamante que le convenía. Se volvió rápidamente y Ralph bajó la cabeza. La habitación era un auténtico horno.

—¿No tienes una toalla?

Tenía Daniel las manos húmedas.

—Mire usted en el cubo del agua.

Efectivamente, en el cubo había una toalla bastante sucia; con ella se secó Daniel con mucho cuidado:

—Nunca hay agua en el cubo; parece que no debéis lavaros mucho ninguno de los dos.

—Lo hacemos al grifo que hay en el pasillo—dijo Ralph como a la fuerza, explicando—: Es más cómodo.

Se ponía los zapatos sentado en el borde de la litera, inclinada la espalda, levantada la rodilla derecha. Daniel miraba aquella espalda raquítica, los brazos jóvenes y musculosos que asomaban de una camisa Lacoste de mangas cortas: "Tiene gracia", pensó con imparcialidad, si bien le repugnaba aquella gracia. Dentro de unos instantes estaría en la calle y todo aquello pertenecería al pasado. Pero sabía lo que fuera le esperaba. Cuando se iba a poner la chaqueta titubeó: tenía hombros y pecho inundados de sudor, y temía que el peso de la chaqueta pegase la camisa de lino a su piel húmeda.

—¡Vaya calor que hace en tu casa!—le dijo a Ralph.

—Estamos debajo del tejado.

—¿Qué hora es?

—Acaban de dar las nueve.

Hay que matar diez horas antes que se haga de día. No se acostaría. Cuando se acostaba a esas horas se le hacía después mucho más penoso. Ralph alzó la cabeza:

—Señor Lalique, desearía preguntarle si fue usted quien aconsejó a Bobby que volviera con su boticario.

—¿Aconsejarle? No; lo que yo le he dicho es que haberlo dejado fue una estupidez.

—¡Eso es otra cosa! Me ha dicho eso esta mañana:

que iba a disculparse porque usted lo deseaba, pero no parecía muy sincero.

—Yo no deseo nada—dijo Daniel—; mucho menos que se disculpe.

Sonrieron los dos despreciativamente. Daniel iba a ponerse la chaqueta, pero no se decidió.

—Yo le he contestado—añadió Ralph agachándose—que hiciera lo que le diese la gana, que no tenía nada que ver en el asunto, puesto que el señor Lalique le aconsejaba; pero ahora me doy cuenta de lo que pasa.

Hizo un movimiento encorajinado para hacer el lazo del cordón de su zapato izquierdo y añadió:

—No le diré nada. Es así: necesita mentir. Pero juro a usted que hay alguien a quien yo ajustaré las cuentas.

—¿El farmacéutico?

—Sí; pero no al viejo, sino al mocoso.

—¿Al mancebo?

—¡Sí, a ese alcahuete! Hay que ver lo que ha contado de Bobby y de mí. No puede Bobby enorgullecerse de haber sido dependiente de semejante bochinche. Pero no le importe: iré a esperar una tarde a ese mancebito—se rió con maldad, recreándose con su cólera, y añadió—: Me acercaré metidas las manos en los bolsillos, con mis modales aviesos: "¿Me reconoces? ¿Sí? Entonces vamos al grano. ¿Qué has contado de mí? Di. ¿Qué chismes has contado de mí?" Ya estoy viendo al pildorero: "¡Yo no he dicho nada! ¡Yo no he contado nada!" "Conque no has dicho nada, ¿eh?" ¡Paf!, le doy un puñetazo en la boca del estómago y lo tiro al suelo, salto encima y le pego la jeta a la acera.

Daniel le miraba irónicamente irritado, pensando: "Todos son iguales" ¡Todos! Exceptuando a Bobby, que era una mujerzuela. Y luego blasonaban de romper a alguien la cara. Ralph se animaba, ojos brillantes, coloradas orejas; necesitaba gesticular viva y bruscamente. Daniel no pudo alejar sus deseos de humillarle aún más.

—Dime: ¿y si él te venciera?

—¿El? ¿A mí él?—Ralph se reía con odio manifies-

to—. Ya puede arriesgarse. No tiene usted más que preguntar al camarero del Oriental; he ahí uno que comprendió; uno que con sus treinta años y brazos así, que quería apabullarme y lo decía pretencioso...

Daniel sonrió insolente:

—Y tú lo has dejado para el arrastre, naturalmente.

—¡No tiene usted más que preguntárselo!—replicó, vejado, Ralph—. Eran por lo menos diez los que lo presenciaron. "¡Sal a la calle!", le dije. Mire: estaba Bobby y un gran tipo con el que yo le he visto a usted, Corbin, que está en el matadero. Salía en aquel momento: "¿Pretendes enseñar a un padre de familia?", me apostrofó. ¡Le he dado lo suyo! Para comenzar le puse un ojo a la funerala, y luego, en el segundo asalto, se lo limpié con el codo. ¡Así, en plena jeta!

Se puso en pie y mimetizó las fases del combate. Giró sobre sus talones mostrando sus diminutas y duras caderas moldeadas por el pantalón azul. Daniel veía que la sangre se le subía a la cabeza, y hubiese querido darle una paliza.

—Orinaba sangre—prosiguió Ralph—. ¡Hop!, una llave a las piernas y... ¡al suelo! Ya no sabía en dónde estaba el padre de familia.

Calló lleno de odio, envuelto en su triunfo. Tenía el aspecto de un insecto. "Lo mataré", pensó Daniel. No creía en aquellos cuentos, pero, con todo, le humillaba que Ralph hubiese vencido a un hombre de treinta años. Se rió a carcajadas:

—¡Quieres hacer de matoncete!—le dijo compasivo—. Acabarás dándole de morros.

También rió Ralph y se le acercó.

—No es que quiera ser un matón—dijo—, pero no me asustan los grandes.

—Lo que equivale a decir que no temes a nadie—arguyó Daniel—. ¿Verdad que a nadie temes?

Ralph se encendió.

—Los grandes no son siempre los más fuertes—dijo.

—Anda, demuéstrame tu fortaleza—propuso Daniel dándole un empujón—. ¡Pruébalo!

Ralph permaneció un instante con la boca abierta, y después sus ojos chispearon.

—¿Con usted...? Bueno. Pero en broma, naturalmente —dijo con voz estridente—. Amablemente. No imponga su autoridad.

—¡Te lo voy a demostrar, pobrecillo!

Ralph era ágil y duro de pelar; sus músculos se deslizaban bajo las manos de Daniel. Lucharon silenciosos y Daniel empezó a soplar; tenía la impresión de que era un bigotudo y fuerte tipo. Ralph logró levantarlo, pero Daniel le aplicó a la cara las dos manos y el otro soltó la presa. Se volvieron a encontrar frente a frente, sonrientes y a la vez odiándose.

—¿Conque pretende usted apalearme?—preguntó Ralph en un tono raro—. ¿Pretende darme a mí una paliza?

Se lanzó repentinamente contra Daniel, adelantando la cabeza. Daniel esquivó el golpe de cabeza y le agarró por la nuca. Casi estaba ya sin aliento; en cambio, Ralph no mostraba la menor fatiga. Se volvieron a enzarzar y a dar vueltas por la habitación. Daniel tenía la boca amarga: "Hace falta terminar; de lo contrario, se va a hacer conmigo." Empujó a Ralph con todas sus fuerzas, pero este aguantó. La cólera se enseñoreó de Daniel y pensó: "¡Estoy haciendo el ridículo!" Se agachó bruscamente, cogió a Ralph por la cintura, le levantó, le arrojó encima de la cama y, con el mismo impulso, se dejó caer sobre él. Ralph se defendía y trataba de arañarle, pero Daniel, sujetándole las muñecas las aplastó y sujetó contra la almohada. Así permanecieron durante un buen momento. Daniel estaba excesivamente cansado para poder levantarse. Ralph permanecía clavado en la cama, impotente, aplastado bajo aquel peso de hombre, de padre de familia. Daniel le contemplaba con delicia; los ojos de Ralph estaban llenos de un odio loco. Estaba guapo.

—¿Quién ha impuesto su autoridad?—preguntó Da-

niel con entrecortada voz—. ¿Quién se ha hecho el amo, hombrecillo mío?

Ralph se sonrió con presteza y dijo hipócritamente:

—Es usted fuerte, señor Lalique.

Daniel le soltó y se puso en pie. Estaba sin aliento y humillado. Su corazón latía precipitadamente. Dijo:

—Lo he sido. Ahora me quedo sin aliento.

Ralph, de pie, arreglaba el cuello de su camisa sin resoplar. Trataba de sonreír, esquivando la mirada de Daniel.

—El aliento falta, pero eso no tiene importancia—arguyó deportivamente—. Solo es cuestión de entrenamiento.

—Luchas bien—dijo Daniel—; pero hay una diferencia de peso.

Los dos reían algo molestos. Daniel tenía ganas de agarrar por la garganta a Ralph y golpearle fuertemente la cara. Se puso la chaqueta; su camisa, empapada de sudor, se le pegaba al cuerpo.

—Bueno, me voy. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Lalique.

—En la habitación he escondido algo para ti. Busca y encontrarás—dijo Daniel.

Cerróse la puerta. Daniel bajaba la escalera, y sus piernas apenas le sostenían. "Lo primero que tengo que hacer —pensó—es lavarme de pies a cabeza." Cuando franqueaba la puerta cochera le asaltó un pensamiento que le detuvo en seco. Se había afeitado por la mañana, antes de salir, y dejó la navaja de afeitar completamente abierta encima de la chimenea.

* * *

Al abrir la puerta, Mathieu oyó el sonido apagado de un timbre. "Esta mañana no me di cuenta—pensó—: deben de poner el contacto por la noche pasadas las nueve." Echó una mirada oblicua a través del cristal del despacho y percibió una sombra: alguien estaba allí. Se acercó pausadamente al tablero de las llaves. Habitación número 21.

La llave estaba en su clavo. Mathieu la cogió rápidamente y se la metió en el bolsillo; después giró sobre sus talones y volvió a la escalera. Una puerta se abrió a su espalda. "Me van a llamar", pensó. No le sorprendió; estaba previsto.

—¿Quién va?—preguntó una voz con dureza.

Mathieu se volvió. Era una mujer gruesa con gafas. Se daba importancia y parecía inquieta. Mathieu la sonrió.

—¿Adónde va usted?—repitió la voz—. ¿No puede usted preguntar en la caja?

Bolívar. El negro se llamaba Bolívar.

—Voy al cuarto del señor Bolívar, al tercero—dijo tranquilamente Mathieu.

—Está bien. Como le he visto enredar en el tablero... —dijo la mujer como si sospechara algo.

—Quería cerciorarme de que la llave estuviese o no en su clavo.

—¿Y no está?

—No. Está en su cuarto—dijo Mathieu.

La mujer se acercó al tablero. De dos, una.

—Efectivamente—dijo con decepcionado alivio—. Está en el cuarto.

Mathieu, sin contestar, inició la subida de la escalera. Se detuvo un instante en el descansillo del tercero, deslizó la llave en la cerradura del 21 y abrió la puerta.

La habitación estaba completamente oscura. Era de noche, una noche oscura que olía a calentura y a perfume. Cerró la puerta con llave y avanzó hacia la cama. Primero, adelantó las manos para protegerse de obstáculos, pero se acostumbró pronto. La cama estaba deshecha. Había dos almohadones encima de la almohada, todavía hundidos por el peso de cabezas. Mathieu se arrodilló delante del maletín y lo abrió; tenía ganas de vomitar. Los billetes que había tirado allí por la mañana estaban encima de los legajos de cartas. Mathieu se apoderó de cinco; no quería robar nada para él. "¿Qué voy a hacer de la llave?" Estuvo indeciso un momento, y después decidió dejarla en la cerradura del maletín. Al levantarse, descubrió en

el fondo de la habitación, a la derecha, una puerta que por la mañana no había visto. La abrió: era un gabinete de aseo. Mathieu encendió una cerilla y vio surgir en el espejo su cara, que la llama hacía brillar. Se contempló hasta que la llama se apagó; después tiró la cerilla y entró en la habitación. Ya distinguía perfectamente los muebles, los vestidos de Lola, su pijama, su bata, su traje sastre, todo cuidadosamente ordenado sobre las sillas y colgado de las perchas. Dibujó una sonrisita malvada y salió.

El pasillo estaba desierto, pero se oían pasos y risas: era gente que subía por la escalera. Hizo un movimiento como para volver a penetrar en la habitación, pero no: le era completamente igual que le vieran. Metió la llave en la cerradura y cerró con dos vueltas. Cuando se volvió vio a una mujer y a un soldado.

—Es en el cuarto piso—dijo la mujer.

—¡Qué alto!—exclamó el soldado.

Mathieu les cedió el paso y luego descendió. Pensó divertido que todavía faltaba lo más difícil: volver a poner la llave en el tablero.

Se detuvo en el primer piso y se asomó a la barandilla. La mujer de la caja en la puerta de entrada daba la espalda mirando la calle. Mathieu bajó sin ruido los últimos peldaños, colgó la llave en el clavo, subió unos cuantos peldaños, como si volviera, y luego, haciendo ruido, descendió definitivamente. La mujer volvió la cabeza y él la saludó cuando le dejó paso.

—Adiós, señora—saludó.

—Adiós—refunfuñó ella.

Salió. Notaba la mirada de aquella mujer, pegándole sobre la espalda, y le entraron ganas de reír.

* * *

Muerto el perro, se acabó la rabia. El avanza a pasos largos, flojas las piernas. Tiene miedo, seca la garganta. Las calles están demasiado azules, excesivamente suave

la temperatura. *Corre la llama a lo largo de la mecha; en la punta, el barril de pólvora.* Sube la escalera de cuatro en cuatro; le cuesta trabajo meter la llave en la cerradura, pues su mano tiembla. Dos gatos se escapan por entre sus piernas; ahora él les asusta. *Muerto el perro...*

Allí, encima de la mesilla, está completamente abierta la navaja de afeitar. El la coge por el mango y la contempla. El mango es negro; la hoja, blanca. *Corre la llama a lo largo de la mecha...* Pasa el dedo por el filo de la hoja y nota un gusto ácido de herida en la yema del dedo: se estremece. "Mi mano es la que todo lo tiene que hacer. La navaja no ayuda, no es más que una inercia, no pesa más que un insecto en la mano." Da él algunos pasos en la habitación, pide socorro, hace una señal. Todo es inerte y silencioso. Inerte la mesa, inertes las sillas, que flotan en una claridad inmóvil. En la luz demasiado azul, él, de pie, es el único ser viviente. "Nadie me ayudará, nada ocurrirá." Los gatos arañan en la cocina. Apoya la mano en la mesa, y esta responde a su presión con igual intensidad, ni más ni menos. Los objetos son serviles. Dóciles. Manejables. "Todo lo hará mi mano." Bosteza angustiado y hastiado. Más hastiado que angustiado. El es el único personaje en aquel decorado. Nadie le empuja a tomar una decisión, nadie se lo impide: tiene que decidir solo. Su acto no es más que una ausencia. Esa flor roja entre sus piernas, no está allí; esa gota roja en la tarima, no está allí. Mira la tarima. La tarima está limpia y lisa: no hay sitio para la mancha. "*Yo estaré tendido en el suelo, inerte; desabrochado y pegajoso el pantalón; la navaja por los suelos, roja, mellada, inerte.*" La navaja en la tarima le fascina: si pudiera imaginar que gota y escozor tuviesen fuerza suficiente para realizarse ellas mismas sin necesidad de hacer aquel gesto... El dolor lo soportaré. Yo lo quiero, lo llamo. Pero el gesto, ese gesto... Mira el entarimado; luego, la hoja. Todo en vano: el aire es suave, la habitación está suavemente oscura, la navaja de afeitar rebrilla con suavidad, pesa suavemente en su mano. Un gesto, hace falta un gesto; el presente se

derrumba a la primera gota de sangre. "Mi mano, solo mi mano es la que debe hacerlo todo."

Se acerca a la ventana y mira al cielo. Corre las cortinas. Con la mano izquierda. Da la luz. Con la mano izquierda. Pasa la navaja a la mano izquierda. Saca de la cartera cinco billetes de mil francos. Coge de su mesa un sobre, y en él mete el dinero. En el sobre escribe: "Para el señor Delarue, calle Huyghens, número 12." Coloca el sobre encima de la mesa, en sitio bien visible. Se levanta, anda; lleva el perro pegado al vientre, le lame; lo nota él. Sí o no. Está metido en la trampa. Hay que decidirse. Cuenta para ello con la noche entera. Solo frente a él mismo. Toda una noche. Coge la navaja con la mano derecha. Tiene miedo a su mano, la vigila. Está rígida al fin de su brazo. Dijo él: "¡Adelante!" Y un pequeño escalofrío burlón corrió por su cuerpo, de la cintura a la nuca. "¡Adelante! ¡Acabemos de una vez!" Si pudiera verse mutilado, lo mismo que uno se ve levantado por las mañanas, después que el despertador suena, sin saber cómo ha sido... Pero antes hay que hacer ese gesto obsceno, ese gesto de urinario: desabrocharse larga y pacientemente la bragueta. La inercia de la navaja de afeitar se apodera de su mano, hasta de su brazo. Un cuerpo viviente y cálido con un brazo de piedra. Un enorme brazo de estatua, inerte, gélido. Afloja los dedos y la navaja cae sobre la mesa.

Allí, encima de la mesa, queda la navaja del todo abierta. Nada ha cambiado. Puede cogerla con solo alargar la mano. La navaja obedecerá, inerte. "Todavía es tiempo, siempre habrá tiempo. Tengo toda la noche." Se pasea por la habitación. Ya no se odia, ya nada quiere: flota. El perro sigue entre sus piernas, erguido y duro. ¡Asqueroso! Querido, si te da todavía mucho asco, ahí tienes la navaja encima de la mesa. *Muerto el perro*... La navaja. Siempre la navaja. Da vueltas en derredor de la mesa sin apartar la mirada de la navaja. ¿No habrá nadie que le impida cogerla? ¡Nadie! Todo está inerte y tranquilo. Alarga la mano, toca la hoja. "Todo lo hará mi mano."

Da un salto hacia atrás, abre la puerta y se lanza por la escalera. Uno de los gatos, enloquecido, se fuga por la escalera delante de él.

Daniel corría por la calle. Allá arriba, la puerta quedó completamente abierta, la luz encendida, la navaja de afeitar encima de la mesa; los gatos erraban por la oscura escalera. Nada le impedía deshacer lo andado, volver. La habitación, sumisa, le esperaba. Nada estaba decidido, nada se decidiría nunca. Era preciso correr, huir lo más lejos posible, hundirse en el bullicio, en la luz, en medio de la gente; volver a ser un hombre entre los demás hombres, hacerse ver de los demás. Corrió hasta llegar al "Rol Olaf" y empujar la puerta sin aliento.

—¡Déme un whisky!—ordenó ahogándose.

Los latidos de su corazón llegaban hasta los dedos, y en la boca masticaba un gusto a tinta. Se sentó en el rincón del fondo.

—Parece usted muy cansado—le dijo respetuosamente el camarero.

Era un alto noruego que hablaba sin acento el francés. Miraba amablemente a Daniel, y este volvió a sentirse el cliente rico y maniático que daba buenas propinas. Sonrió:

—No me encuentro del todo bien—le explicó—. Tengo un poco de fiebre.

El camarero meneó la cabeza y desapareció. Daniel volvió a su soledad. Su habitación le esperaba allá, dispuesta: la puerta de par en par, la navaja de afeitar brillando encima de la mesa. "No me será posible nunca volver a casa." Bebería hasta no poder más. Hacia las cuatro, el camarero, ayudado por el barman, le llevarían en un taxi. ¡Como de costumbre!

Volvió el camarero, portador de una copa a medio llenar y una botella de agua Perrier.

—Como a usted le gusta—le dijo.

—Muchas gracias.

Daniel estaba solo en aquel tranquilo bar. La luz pálida le envolvía; la pálida madera de las paredes brillaba

suavemente: estaba embadurnada de espeso barniz; cuando se pasaba la mano por ella, se pegaba. Vertió el agua de Perrier en su vaso y el whisky hizo un poco de espuma: burbujas se precipitaron hasta la superficie afanándose cual comadres, y después cesaron de agitarse. Daniel contempló aquel líquido amarillento en el que flotaba la huella de la espuma: se hubiera dicho que era cerveza reposada. En el bar, el camarero y el barman conversaban en noruego.

—¡Quiero seguir bebiendo!

Barrió el vaso de un manotazo y lo arrojó contra el suelo. Camarero y barman callaron repentinamente. Daniel se dejó caer encima de la mesa; el líquido se extendió lentamente por las baldosas, y el resto de sus burbujas se quebró en las patas de una silla.

El camarero acudió rápidamente.

—Qué torpe he sido—gimió Daniel sonriendo.

—¿Le sirvo otro?—preguntó el camarero.

Se había agachado sosteniéndose sobre la cintura para recoger los trozos de cristal.

—Bueno... ¡No!—exclamó Daniel, y, en tono de broma, añadió—: Es un aviso: no debo beber más alcohol por esta noche. Déme un medio Perrier con una raja de limón.

El camarero se alejó. Daniel se tranquilizó. Un presente opaco volvía a formarse en torno suyo. El olor a ginebra, la pálida luz, los medio tabiques de madera...

—Muchas gracias.

El camarero había destapado la botella y servido medio vaso. Daniel bebió y volvió a colocar su vaso. Pensó: "¡Bien sabía yo que no llegaría a hacerlo!" Cuando caminaba por la calle a grandes zancadas y cuando subía los escalones de cuatro en cuatro sabía que no iría hasta el fin; lo sabía ya cuando había cogido la navaja; ni un segundo se engañó. ¡Vaya un cómico tan detestable! Solo había logrado asustarse, y en seguida había ahuecado el ala. Cogió el vaso y lo apretó entre su mano: quería asquearse con todas sus fuerzas, no volvería a tener oca-

sión tan estupenda. "¡Cochino cobarde! ¡Cómico cochino!" Hubo un momento en que creyó que iba a lograrlo todo; pero no: todo era palabrería. Hubiese sido preciso... Hubiese aceptado ser juzgado por cualquiera, poco le importaba; pero no por él mismo, por ese atroz desprecio que hacia él sentía, que nunca era lo suficientemente fuerte; por aquel débil y moribundo desprecio que a cada momento estaba a punto de aplastarle y que nunca llegaba. ¡Si alguien lo supiera, si pudiese sentir pesar sobre él el profundo desprecio de otro...! "Pero no lo soportaría: preferiría castrarme." Consultó su reloj: todavía tenía que matar ocho horas antes que fuera de día. El tiempo no corría.

¡Las once! De pronto se sobresaltó: "Mathieu está con Marcelle. Está hablando con ella. En este mismo momento habla con ella, y con sus brazos la rodea el cuello; ella opina que él no se declara lo bastante pronto... También de eso soy yo culpable." Temblaba todo su cuerpo. "Cederá. Acabará cediendo. He destrozado su vida."

Había dejado su vaso; estaba de pie, fija la mirada, y no podía ni despreciarse ni olvidarse. Hubiese querido ser cadáver y aún existía: continuaba obstinadamente dejándose vivir. Querría estar muerto, piensa que querría estar muerto; piensa que piensa que querría estar muerto... "*Existe un procedimiento...*"

Como había hablado en voz alta, acudió el camarero:

—¿Me llamó usted?

—Sí—contestó distraído Daniel—. Ahí tiene, para usted.

Tiró cien francos sobre la mesa. "Existe un procedimiento. ¡Un medio de arreglarlo todo!" Se irguió y se dirigió con rápido paso hacia la puerta. "¡Un famoso procedimiento!" Se le escapó una leve sonrisa: siempre se divertía al pensar que iba a hacerse una jugarreta.

XVII

MATHIEU volvió a cerrar silenciosamente la puerta, levantándola un poco sobre sus goznes para que no rechinase; después, puso el pie sobre el primer escalón, se agachó y deshizo el lazo del zapato. Se descalzó, tomó en su mano izquierda los zapatos, se levantó y con la derecha se agarró a la barandilla de la escalera, los ojos elevados hacia la pálida penumbra sonrosada, que parecía suspendida en las tinieblas. Ya no se juzgaba. Ascendió lentamente en la oscuridad, evitando que la madera de los peldaños crujiera.

La puerta de la habitación estaba entreabierta; la empujó. El ambiente era pesado: todo el calor de la jornada se había depositado en el fondo de la pieza como una hez. Sentada en la cama, una mujer le miraba sonriéndole: era Marcelle. Se había puesto su linda bata blanca con cordón dorado, se había arreglado el rostro con sumo cuidado, tenía aspecto solemne y alegre. Mathieu cerró la puerta y permaneció inmóvil, caídos los brazos, emocionado por la insoportable dulzura de existir. Estaba allí, complacido, cerca de aquella sonriente mujer, henchido de aquel perfume de enfermedad, de caramelos y de amor. Marcelle había echado la cabeza hacia atrás y le observaba maliciosamente a través de sus entornados párpados. Él le devolvió su sonrisa y fue a colocar los zapatos en el armario. Una voz llena de ternura suspiró a su espalda:

—¡Querido mío!

El se volvió rápidamente y adosándose al armario susurró:

—¡Salud!

Ella se levantó, le echó los brazos al cuello y le besó, deslizando la lengua en su boca. Se había pintado de azul las ojeras y lucía una flor en la cabellera.

—Tienes mucho calor—dijo ella acariciándole la nuca.

Le miraba de pies a cabeza, la cabeza un poco inclinada, con la punta de la lengua entre los dientes, con aspecto animado y feliz: estaba bellísima. A Mathieu se le encogió el corazón al pensar en la delgada fealdad de Ivich.

—Estás muy animada—dijo él—. Y, sin embargo, ayer no parecía que fuera muy bien la cosa cuando por teléfono hablamos.

—No; estaba estúpida. Pero hoy me encuentro bien, muy bien.

—¿Has pasado bien la noche?

—He dormido como un tronco.

Ella le volvió a besar. Sintió Mathieu en los labios el encantador terciopelo de aquella boca y también aquella marmórea desnudez, cálida y dispuesta: su lengua... Se separó suavemente. Marcelle estaba desnuda bajo su bata; vio él sus bellos senos y la boca se le endulzó. Ella le cogió la mano y se lo llevó al lecho:

—Ven, siéntate a mi lado.

El se sentó junto a ella. Marcelle conservaba su mano entre las suyas y la apretaba torpemente. A Mathieu le parecía que el calor de aquellas manos le subía hasta la axila.

—¡Qué calor hace en tu casa!—dijo él.

Ella no contestó. Le devoraba con la mirada, labios entreabiertos, con modales humildes y confiados. El pasó disimuladamente la mano libre por delante de su estómago y la metió en el bolsillo derecho del pantalón para sacar el tabaco. Marcelle sorprendió aquella mano cuando pasaba y lanzó un pequeño grito:

—¿Qué es lo que tienes en la mano?

—Me he cortado.

Marcelle soltó la mano derecha de Mathieu y cogió la izquierda cuando él la retiraba; ella la dio rápidamente la vuelta para examinar la palma con ojo crítico:

—Qué sucio llevas el vendaje. ¡Se te va a infectar! ¡Tiene hasta barro! ¿Qué te ha sucedido?

—Que me he caído en la calle.

Ella, indulgente, se rió escandalizada:

—"Me he cortado. Me he caído en la calle..." ¡Vaya un bobo! ¿Qué habrás podido tú hacer...? Espera: voy a arreglarte esa venda. No puedes llevarla así.

Marcelle puso al descubierto la mano de Mathieu y movió la cabeza:

—Esta herida tiene muy mal aspecto. ¿Cómo habrás podido hacértela? ¿No tendrías una copa de más?

—¡Qué va! Me corté ayer en el *Sumatra.*

—¿En el *Sumatra?*

Pálidas mejillas, cabellos de oro. "Mañana, mañana me peinaré así para usted."

—Ha sido una fantasía de Boris—respondió él—. Había comprado un cuchillo muy raro y me dijo que yo no sería capaz de clavármelo en la mano.

—Y tú, naturalmente, te has apresurado a demostrarle que sí eras capaz. Estás completamente tocado, mi pobre amiguito. Todos esos mocosos te van a trastornar. ¡Que lo diga si no esa pobre manaza destrozada!

La mano de Mathieu descansaba, inerte, entre las dos de ella, que abrasaban; la herida era repugnante, con su costra negra y purulenta. Marcelle levantó esa mano, lentamente, hasta su cara, la miró fijamente y luego, de repente, se inclinó y acercó los labios a la herida con ademán de entrega humilde. "¡Qué ocurrencia!", murmuró él. La atrajo hacia sí y la besó la oreja.

—¿Te agrada estar conmigo?

—Claro que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no lo parece.

Mathieu, sin contestar, la sonrió. Ella fue al armario para buscar el estuche de medicinas. Volvía a Mathieu

la espalda. Se había empinado sobre las puntas de los pies, levantando el brazo para alcanzar el entrepaño superior; las mangas resbalaron a lo largo de los brazos. Mathieu contemplaba aquellos brazos desnudos que tantas veces había acariciado, y sus antiguos apetitos despertaron. Marcelle volvió a acercarse a él con estudiada languidez.

—¡Dame esa pezuña!

Había empapado de alcohol una esponja y con ella le lavó la mano. Notaba en su cadera la tibia caricia de un cuerpo muy conocido.

—¡Lame!

Marcelle le tendía un pedazo de tafetán engomado. Sacó él la lengua y dócilmente lamió aquella tela encarnada. Marcelle aplicó a la herida el trozo de tafetán, cogió la venda, la estiró un poco con sus dedos y la examinó con asco que tenía algo de divertido.

—¿Qué haré con esta porquería? Cuando te marches la tiraré a la caja de la basura.

Y cogiendo una estupenda gasa de impecable blancura le vendó prestamente la mano.

—¿De modo que Boris te ha desafiado? Y tú te has destrozado la mano. Eres un niño grande. ¿Acaso él ha hecho lo que tú?

—Desde luego que no—respondió Mathieu.

—¡Se te ha metido en el bolsillo!—replicó riéndose Marcelle.

Ella se puso un imperdible en la boca y con las dos manos rasgó la gasa.

—¿Estaba Ivich con vosotros?

—¿Cuando me he herido?

—Sí.

—No, porque bailaba con Lola.

Marcelle sujetó la venda con el imperdible. En el acero quedó un poco de carmín de sus labios.

—Bueno, ¡ya está! ¿Se han divertido mucho?

—Así, así.

—¿Está bien el *Sumatra?* ¿Sabes lo que yo desearía? Que me llevaras una vez, contigo.

—Eso te fatigaría—dijo Mathieu contrariado.

—¡Oh, por una sola vez...!—replicó Marcelle—. Sería un día de gala. ¡Hace tanto tiempo que no he salido contigo...!

"Una salida." Mathieu se repetía irritado aquella frase conyugal: Marcelle no tenía suerte en la elección de las palabras.

—¿Querrás? Di.

—Escúchame: de todos modos, no podría ser antes del otoño. Hasta entonces es preciso que descanses en serio, y después sucede que se cerrará el bochinche como todos los años. Lola se va a hacer una gira por el Norte de Africa.

—Bueno, pues iremos en otoño. ¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo!

Marcelle tosió algo desconcertada:

—Bien se ve que me guardas rencor—dijo.

—¿Yo?

—Sí... Reconozco que anteayer estuve desagradable.

—De ninguna manera. ¿Por qué lo dices?

—Sí; estaba nerviosa.

—Podías haberlo estado más. La culpa solo es mía, mi pequeña.

—Nada tienes que reprocharte—replicó ella en una explosión de confianza—. Jamás has dado lugar a reprocharte nada.

No se atrevía a darle la cara. Ya se imaginaba su gesto. No podía soportar aquella insoportable e inmerecida confianza. Se produjo un largo silencio: seguramente esperaba ella una palabra cariñosa, una palabra de perdón. Mathieu no pudo contenerse:

—Mira—se limitó a decir, mientras sacaba la cartera de su bolsillo y la extendía sobre las rodillas. Marcelle alargó el cuello y apoyó la barbilla sobre el hombro de Mathieu.

—¿Qué debo mirar?

El sacó los billetes de la cartera y dijo:

—¡Esto! Uno, dos, tres, cuatro, cinco—dijo él, dando cada vez un chasquido a los billetes con aire triunfador.

Habían conservado el perfume de Lola. Mathieu hizo una pausa. Los billetes estaban en sus rodillas, y, como Marcelle no pronunciara una sola palabra, volvió la cabeza hacia ella. Esta había alzado los ojos y, guiñándolos, miraba los billetes. No parecía comprender. Dijo lentamente:

—¡Cinco mil francos!

Mathieu hizo un ademán bonachón al depositar los billetes encima de la mesilla de noche.

—Pues sí—aprobó él—. Me ha costado lo mío encontrarlos.

Nada dijo Marcelle. Se mordía el labio inferior y miraba incrédula los billetes: había envejecido repentinamente. Miró con tristeza a Mathieu, si bien aún confiaba, y musitó:

—Yo creía que...

Mathieu la interrumpió y dijo categóricamente:

—Así podrás ir al judío. Según parece, tiene fama. Cientos de mujeres, allí en Viena, han pasado por sus manos. Y gente del gran mundo, gente rica.

Se apagó la mirada de Marcelle.

—Mejor, mejor...—se limitó a decir.

Había cogido un imperdible en sus manos y lo abría y lo cerraba nerviosamente. Mathieu añadió:

—Te quedas con ellos. Confío en que Sarah te conduzca hasta él, y tú serás la que le pagues. El cochino quiere cobrar por adelantado.

Después de un silencio, Marcelle preguntó:

—¿Dónde los has encontrado?

—¡Adivínalo!—contestó Mathieu.

—¿Daniel?

El se encogió de hombros: bien sabía ella que Daniel se había negado a prestárselos.

—¿Jacques?

—No; ya te lo dije ayer por teléfono.

—Entonces, me doy por vencida—dijo ella secamente—. ¿Quién?

—¡No me los ha dado nadie!—afirmó él.

Marcelle dibujó una pálida sonrisa:

—¿No querrás decirme que los has robado?

—Pues sí.

—¿Que los has robado?—prosiguió ella estupefacta—. ¡No será verdad!

—Te digo que sí: se los he robado a Lola.

Hubo una pausa, que Mathieu aprovechó para secarse el sudor de la frente:

—Ya te lo contaré—dijo.

—¿Los has robado?—repitió ella lentamente.

Su rostro se puso plomizo. Dijo sin mirarle:

—¡Hace falta que tuvieses deseos de deshacerte de la criatura!

—Lo que yo quería, sobre todo, era librarte de las garras de la vieja.

Marcelle se quedó pensativa; su boca había recobrado su pliegue duro y cínico. Preguntó Mathieu:

—¿Me censuras por haberlos robado?

—¡Me importa un rábano!

—Entonces, ¿qué te pasa?

Marcelle hizo un brusco ademán y el estuche de las medicinas cayó al suelo. Los dos se quedaron mirándolo y Mathieu le dio un puntapié. Marcelle volvió la cabeza hacia Mathieu, con expresión de extrañeza.

—¡Dime lo que te sucede!

Ella rió secamente.

—¿Qué te hace reír?—preguntó Mathieu.

—Porque yo misma me doy risa—respondió ella.

Se había despojado de la flor roja que adornaba su cabello y la dio varias vueltas entre los dedos. Murmuró:

—¡He sido idiota!

Se había endurecido su mirada. Permanecía abierta la boca cual si fuese a hablar, pero las palabras no le salían: parecía como si se asustara de antemano de lo que se

proponía decir. Mathieu le cogió la mano, pero ella se desprendió y dijo sin mirarle:

—Ya sé que has estado con Daniel.

¡Ya está! Se había echado ella hacia atrás y, crispadas las manos, estrujaban la sábana; parecía asustada y, al mismo tiempo, liberada. También Mathieu tenía el aspecto de haberse liberado: todas las cartas estaban sobre la mesa, y había que continuar hasta el fin. Contaban para ello con toda la noche.

—Efectivamente—dijo Mathieu—, he estado con él. ¿Cómo lo has sabido? ¿Fuiste tú quien me lo envió? Juntos lo habíais planeado, ¿no?

—No hables tan alto—rogó Marcelle—; vas a despertar a mamá. Yo no te lo he enviado, pero sabía que quería verte.

—¡No es nada bonito!—dijo tristemente Mathieu.

—Sí, es bastante feo—replicó ella.

Callaron. Daniel estaba allí... Entre los dos...

—Entonces—prosiguió Mathieu—, no nos queda más que explicarnos con toda franqueza. ¡Solo eso!

—No hay nada que explicar—replicó Marcelle—. Tú has hablado con Daniel, te ha dicho lo que tenía que decirte, y después de despedirte de él has ido a robar cinco mil francos a Lola.

—Así es. Y tú, desde hace meses, recibes de oculto a Daniel. Como ves, hay cosas que es necesario explicar. Dime—añadió bruscamente—: ¿qué pasó anteayer?

—¿Anteayer?

—No aparentes no comprender. Daniel me ha dicho que tú me reprochabas mi actitud de anteayer.

—¡Oh! Basta. No des más vueltas a tu cabeza.

—No seas testaruda, Marcelle, te lo ruego. Te juro que estoy lleno de buena voluntad, dispuesto a reconocer todas mis faltas. Pero dime qué sucedió anteayer. ¡Cuánto mejor sería que recobrásemos la confianza uno en el otro!

Ella titubeaba, mohína y menos tirante.

—¡Te lo suplico!—dijo él cogiéndole una mano.

—Pues sencillamente, lo de siempre. Te importaba muy poco lo que pasaba por mi cabeza.

—¿Y qué es lo que pasaba por tu cabeza?

—¿Para qué quieres oírlo de mis labios? Bien sabes de qué se trata.

—Tal vez—dijo Mathieu—. Tal vez lo sepa.

Pensó: "Se ha acabado: me casaré con ella." Era una absoluta evidencia. "Tenía que ser yo un perfecto marrano si pensara que podía zafarme." Ella estaba allí, sufría, era desgraciada y por ello mala; con solo un gesto se le devolvería la calma. Dijo:

—Quieres que nos casemos, ¿verdad?

Se desprendió ella de su mano y dio un salto. La miró él sorprendido: Marcelle había palidecido y sus labios se agitaban.

—¿Te ha dicho eso Daniel?

—No—contestó cohibido Mathieu—; eso creí comprender.

—Creí comprender...—dijo ella riéndose—. Habías creído comprender. Daniel te dijo que yo estaba preocupada y tú comprendiste que yo quería que me hicieras tu esposa. Eso es lo que tú piensas de mí, Mathieu, después de siete años... ¡Qué pena!

También sus manos temblaban. Mathieu hubiese querido estrecharla en sus brazos, pero no se atrevió.

—Tienes razón—dijo él humilde—. Nunca hubiera debido pensarlo.

Y como pareciera que ella no había oído, insistió él:

—Oyeme: tengo mi disculpa. Daniel acababa de contarme que os veíais sin decírmelo.

Marcelle seguía callada. Dijo dulcemente Mathieu:

—¿Es la criatura lo que tú quieres?

—Eso no debe importarte. Lo que yo desee ya no es cosa tuya.

—Te lo suplico... Todavía podemos...

Ella sacudió la cabeza:

—No es verdad. El tiempo se fue.

—Pero, Marcelle, ¿por qué? ¿Por qué no quieres ha-

blar tranquilamente conmigo? Bastaría una hora: todo se arreglaría, todo se aclararía.

—No quiero.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Porque no te quiero lo bastante. Y, por otra parte, porque tú ya no me amas.

Había hablado con firmeza, pero ella misma estaba asustada y sorprendida de lo que acababa de decir; en sus ojos ya no había más que una interrogación inquieta. Prosiguió tristemente:

—Para pensar lo que de mí has pensado, se necesita que hayas dejado de amarme.

Casi era una pregunta. Y si la estrechara en sus brazos, si la repitiera que él la amaba, todo podía salvarse. Se casaría con ella, nacería la criatura, vivirían juntos siempre. Se levantó para decírselo, pero titubeó y dijo con voz firme y clara:

—Pues bien, tienes razón: se apagó mi amor hacia ti.

Pronunciadas esas palabras, Mathieu seguía escuchándolas un tiempo, con estupor. Pensó: "¡Todo ha concluido!" Marcelle se echó hacia atrás, gritando triunfante; pero, de pronto, habíale tapado la boca con la mano para que callara.

—¡Mi madre!—murmuró angustiada.

Los dos aplicaron el oído, pero solo oyeron el ruido de los coches. Mathieu dijo:

—Marcelle, no dejo de llevarte dentro con todas mis fuerzas.

—Naturalmente—contestó Marcelle en tono altivo—: Me llevas dentro, pero... a tu manera. ¿Eso es lo que quieres decir?

—¡Escúchame!—le dijo él cogiéndole la mano.

—¡Está bien!—exclamó ella con voz tajante apartando la suya—. Es todo lo que quería saber.

Se atusó los cabellos empapados en sudor que de su cabeza colgaban sobre la frente. Y de pronto sonrió como recordando algo.

—Pero dime—continuó ella en un destello de alegría

rencorosa—: no es eso lo que ayer me decías por teléfono. Me dijiste muy claramente "¡Te amo!", cuando nadie te había solicitado que lo dijeras—como Mathieu no respondiera, dijo ella en tono aplastante—: ¡Hace falta que tu desprecio hacia mí sea enorme...!

—Yo no te desprecio—dijo Mathieu—. Yo...

—¡Vete!—exclamó Marcelle.

—¡Estás loca!—replicó él—. No me voy, no me da la gana. Tengo que darte una explicación. Yo...

—¡Que te vayas he dicho!—repitió ella con voz ronca, cerrando los ojos.

—He conservado hacia ti todo mi cariño—gritó él desesperado—. No ha cruzado por mi imaginación la idea de abandonarte. Quiero pasar toda la vida junto a ti. Me casaré contigo. Yo...

—¡Vete!—fue la respuesta de Marcelle—. ¡Vete! No quiero volver a verte. Vete, o no respondo de mí. Voy a gritar...

Temblaba todo su cuerpo. Mathieu dio un paso hacia Marcelle, pero esta le empujó con violencia:

—Si no te vas, llamo a mi madre.

Abrió él el armario y recogió sus zapatos; se encontraba ridículo y odioso. Ella dijo a su espalda:

—¡Recoge tu dinero!

Mathieu se volvió y protestó:

—De ninguna manera, eso es aparte. No hay razón para que...

Ella cogió los billetes de encima de la mesilla y se los arrojó a la cara. Revolotearon alrededor de la habitación y cayeron encima de la alfombrilla, cerca del estuche de los medicamentos. Mathieu no los recogió. Se quedó mirando a Marcelle. Esta empezó a dar entrecortadas carcajadas, con los ojos cerrados. Dijo:

—Es curioso. Yo que creía...

El quiso acercársele, pero ella se fue hacia atrás, señalándole la puerta. "Si no salgo, va a empezar a chillar", pensó Mathieu. Giró sobre sus talones y abandonó la habitación descalzo, con los zapatos en la mano. Cuando se

halló en la escalera, se calzó y se detuvo un instante, con la mano sin soltar el picaporte, escuchando. Oyó la risa de Marcelle, una risa apagada y sombría, que intermitentemente se alzaba como un relincho y que luego caía. Se oyó un grito:

—¡Marcelle!, ¿qué te pasa? ¡Marcelle!

Era la madre. Paró la risa y todo se sumió en el silencio. Mathieu permaneció todavía un momento a la escucha, y como ya nada oyera, abrió silenciosamente la puerta y salió.

XVIII

PENSABA él: "¡Soy un puerco!" Semejante pensamiento le causó enorme sorpresa. No había dentro de él más que fatiga y estupor. Se detuvo en el descansillo del segundo para recobrar aliento. Le flojeaban las piernas; acaso no había dormido en tres días ni siquiera seis horas: "Me voy a la cama." Tiraría desordenadamente su ropa, se tambalearía hasta la cama y en ella se dejaría caer. Pero bien sabía que no pegaría el ojo en toda la noche. Subió la escalera. La puerta seguía abierta de par en par. Ivich, derrotada, habría huido. La lámpara del despacho estaba aún encendida.

Entró y lo primero que vio fue a Ivich. Sentada en el diván, estaba rígida.

—No me he marchado—dijo ella.

—¡Ya lo veo!—exclamó secamente Mathieu.

Permanecieron silenciosos durante un momento; Mathieu oía el fuerte ruido, rítmico, de su respiración. Ivich dijo apartando la mirada:

—¡He estado odiosa!

Mathieu nada dijo. Mirando los cabellos de Ivich pensaba: "¿Será por ella por lo que yo me he portado así?" Ella había bajado la cabeza, y él contempló su nuca morena y suave con sostenida ternura: le hubiese gustado pensar que ella le atraía más que nada en el mundo, y así por lo menos su actitud tendría una justificación. Pero únicamente notaba una cólera sin finalidad alguna y su actitud quedaba tras él desnuda, resbaladiza, incompren-

sible: había robado, había abandonado a Marcelle embarazada... Todo por nada.

Haciendo un esfuerzo, dijo Ivich cortésmente:

—No hubiese debido dar mi parecer...

Mathieu se encogió de hombros:

—Acabo de romper con Marcelle.

Ella preguntó en tono incoloro:

—¿Y la ha abandonado usted... sin dinero?

Mathieu sonrió: "Naturalmente—pensó—. Si así hubiese yo obrado, ahora me lo reprocharía."

—No; me las he arreglado.

—¿Encontró usted el dinero?

—Sí.

—¿Dónde?

No contestó, e Ivich le dirigió una inquieta mirada.

—Me figuro que no habrá usted...

—Sí, lo he robado, si es eso lo que usted quería decir. A Lola. Me he metido en su casa mientras ella no estaba.

Ivich hizo un guiño y Mathieu prosiguió:

—Claro que se lo devolveré. Solo se trata de un préstamo forzado.

Ivich parecía idiotizada. Repitió lentamente igual que poco antes lo había hecho Marcelle:

—¿Ha robado usted a Lola?

Su tono penetrante chocó a Mathieu, que dijo:

—Efectivamente. Comprenderá usted que no se trata de ningún timbre de gloria: no había más que subir la escalera y entrar en la habitación.

—¿Por qué lo ha hecho?

—¡Cualquiera lo sabe!—contestó Mathieu esfumando una sonrisa.

Ella se levantó bruscamente y su cara tornóse dura y solitaria, como cuando en la calle se volvía para contemplar con la mirada a una bella transeúnte o a un muchacho joven. Pero en esta ocasión era a Mathieu a quien ella miraba. Mathieu notaba que se sonrojaba. Dijo sintiendo escrúpulos:

—Yo no quería dejarla plantada. A lo sumo, darle el dinero para no verme obligado a casarme con ella.

—Lo comprendo—dijo Ivich.

No parecía que hubiese comprendido nada: se limitaba a mirarle. Insistió él volviendo la cabeza:

—Sabrá usted que la cosa es más fea de lo que parece: es ella la que me ha despedido. Lo ha tomado muy a mal. Ignoro lo que esperaba.

—¡Qué guapo está usted!—dijo Ivich.

Y Mathieu notó, abrumado, que su áspero deseo renacía en él. Le pareció que abandonaba a Marcelle por segunda vez. Nada dijo. Se sentó junto a Ivich y cogió su mano. Ella le dijo:

—¡Qué solo parece usted!

El, avergonzado, se expresó así:

—Ivich, me pregunto: ¿qué es lo que cree? Desde luego, todo eso es lamentable: he robado alocado y ahora siento remordimientos.

—Bien veo que le remuerde la conciencia—aprobó Ivich sonriendo—. También a mí, estando en su lugar, me remordería: no puede uno evitarlo la primera vez.

Mathieu, apretando aquella manita de puntiagudas uñas, dijo:

—Se equivoca usted; yo no soy...

—¡Cállese!—ordenó Ivich.

Le retiró su mano con ademán violento, echó hacia atrás la cabellera y puso al descubierto carrillos y orejas. A él le bastaron unos cuantos movimientos rápidos, y, cuando ella dejó caer las manos, sus cabellos se sostuvieron sin ayuda y su rostro apareció desnudo.

—¡Se acabó!—dijo.

Y Mathieu pensó: "Quiere quitarme hasta mis remordimientos." Estiró los brazos, la atrajo contra él y ella no ofreció resistencia: respiró un aliento alegre y agitado del que ya había perdido el recuerdo. La cabeza de Ivich se desplomó sobre el hombro de Mathieu y le sonrió entreabriendo los labios.

—¡Ivich!—susurró él cariñosamente.

Ella le miró sorprendida.

—Ivich, yo... he obrado mal.

Arrugó ella el entrecejo y su rostro sufrió minúsculas sacudidas. Mathieu dejó caer los brazos y dijo cansado:

—No sé lo que pretendo de usted.

Se sobresaltó Ivich y se apartó rápidamente. Brillaron sus ojos, pero los veló y adoptó una actitud triste y dulce. Solo sus manos seguían furiosas: revoloteaban en torno de su cuerpo. Mathieu estaba sin saliva, pero veía con indiferencia aquella cólera, pensando: "¡También esto lo he echado a perder!" Estaba casi contento: era como una expiación. Siguió hablando, buscando la mirada que ella esquivaba obstinadamente:

—No debo tocarla...

—¡No tiene ninguna importancia!—exclamó ella enrojeciendo de cólera.

En tono cantarín añadió:

—Parecía usted tan orgulloso de haber adoptado una decisión, que creí venía a buscar la recompensa.

Volvió a sentarse junto a ella y la cogió el brazo, un poco por encima del codo. Ella no se lo impidió.

—Pero yo la quiero, Ivich.

Esta se irguió:

—No me gustaría que usted creyese...

—Que creyese, ¿qué?

Y como él adivinase, soltó el brazo.

—Yo..., yo a usted no le amo—dijo Ivich.

Mathieu calló. Pensaba: "Ahora se venga, es lo normal. Por otra parte, tal vez sea verdad." ¿Por qué tenía que amarle? Carecía él de deseos. Lo único que le apetecía era permanecer un largo momento junto a ella en silencio y que se fuera sin hablar. Sin embargo, él habló:

—¿Volverá usted el año próximo?

—Volveré—respondió ella.

Ella le sonrió en tono casi cariñoso; por lo visto, su honor quedaba a salvo. Era la misma cara con la que le mirara la víspera, mientras que la encargada de los lavabos les vendaba la mano. La miró con incertidumbre y

su deseo resurgió. Aquel deseo triste y resignado que ni era deseo ni nada que se le pareciera.

La cogió el brazo, palparon sus dedos aquella lozana carne, y dijo:

—Yo, la...

No siguió. Llamaron a la puerta: primero, una vez; después, otra, y, luego, un timbrazo ininterrumpido. Mathieu se quedó helado al pensar: "¡Marcelle!" Ivich había palidecido: seguramente habían tenido los dos el mismo pensamiento. Se miraron.

—Debemos abrir—cuchicheó ella.

—Eso creo—respondió Mathieu.

Pero no se movió. Empezaron a golpear fuertemente la puerta. Ivich, sufriendo un escalofrío, comentó:

—Me horroriza pensar que tras esa puerta hay alguien.

—Así es—aprobó Mathieu—. ¿Quiere usted pasar a la cocina? Cerraré la puerta y nadie podrá verla.

—¡No!—contestó ella con autoritaria voz—. Prefiero quedarme aquí.

Mathieu abrió y percibió en la penumbra una cabeza grande que hacía muecas. Parecía una careta: ¡era Lola! Ella le empujó para entrar más pronto.

—¿Dónde está Boris?—preguntó—. ¡He oído su voz!

Mathieu no tuvo tiempo ni de cerrar la puerta y se dirigió al despacho. Lola se había adelantado amenazante hasta Ivich.

—¡Dígame dónde está Boris!

Ivich la miró con ojos extraviados. Sin embargo, Lola no parecía dirigirse a ella ni a nadie; ni siquiera creía que la había visto. Mathieu se plantó entre las dos:

—¡No está aquí!

Lola volvió hacia él su desfigurado rostro. Había llorado.

—¡He oído su voz!

—Además de este despacho—dijo Mathieu procurando percibir la mirada de Lola—, en el apartamento solo hay

cocina y cuarto de baño. Puede usted registrarlo todo si tal es su capricho.

—Entonces, ¿dónde está?

Todavía conservaba el vestido y la caracterización que llevaba en escena. Sus ojazos parecían cuajados.

—Se ha despedido de Ivich hacia las tres—dijo Mathieu—. Desde entonces no hemos vuelto a verle.

Lola empezó a reír como cegada. Crispadas las manos en un bolsito de terciopelo que solo debía de encerrar un objeto, duro y sólido, que percibió Mathieu y que le asustó. Pensó únicamente en despedir a Ivich cuanto antes.

—Pues bien, si usted no sabe lo que ha hecho, yo estoy en condiciones de decírselo—dijo Lola—: ha subido a mi cuarto hacia las siete, en el momento que yo salía, ha abierto mi puerta, ha forzado la cerradura de un maletín y me ha robado cinco mil francos.

Mathieu no se atrevió a mirar a Ivich. Dijo a esta suavemente, conservando su mirada hacia el suelo:

—Ivich, es mejor que se vaya usted; necesito hablar con Lola. ¿Podré..., podré verla esta noche?

Ivich estaba descompuesta.

—¡De ningún modo!—respondió—. Quiero irme. Voy a hacer mi equipaje y dormir. ¡Me hace falta dormir!

Lola preguntó:

—¿Se va de París?

—Sí—respondió Mathieu—. Coge el tren mañana por la mañana.

—¿También Boris se marcha?

—No.

Mathieu tomó en sus manos la de Ivich:

—Ivich, váyase a la cama. La jornada de hoy ha sido para usted algo terrible. ¿Sigue sin querer que yo la acompañe a la estación?

—Prefiero ir sola.

—En ese caso, ¡hasta el año que viene!

La miraba con la esperanza de ver en sus ojos una ex-

presión tierna, pero en ellos no pudo percibir más que enorme pánico.

—Hasta el año que viene—se despidió Ivich.

—Le escribiré—dijo Mathieu tristemente.

—Sí, sí...

Cuando Ivich se disponía a salir, Lola le salió al paso:

—Perdón. ¿Quién me prueba que no va a reunirse con él?

—¿Y aunque así fuera?—preguntó Mathieu—. Me figuro que es libre de hacer lo que le venga en gana.

—¡Quédese!—ordenó Lola sujetándole la mano.

Ivich lanzó un grito de dolor y de cólera:

—¡Suélteme!—gritó—. ¡No me toque! ¡No quiero que se me toque!

Mathieu dio a Lola un empellón y esta retrocedió gruñendo. Echó una ojeada a su bolso.

—Indecente individua—murmuró entre dientes Ivich, tocándose la muñeca con el índice y el pulgar.

—Lola—dijo Mathieu sin apartar la mirada del bolso—, déjela que se vaya. Tengo muchas cosas que decir a usted, pero ¡déjela que se marche!

—¿Me dirá usted dónde está Boris?

—No; pero le explicaré la historia del robo.

—¡Pues váyase!—aprobó Lola—. Y si viera a Boris, dígale que le he denunciado.

—Retirará la denuncia—prometió Mathieu sin dejar de mirar el bolso—. Ivich, váyase pronto.

Ivich nada dijo y Mathieu oyó aliviado los suaves pasos de Ivich. No la vio al salir, pero el ruido de sus pisadas le conmovió. Lola adelantó un paso y gritó:

—Dígale que conmigo se ha equivocado completamente. ¡Que todavía es muy joven para quedarse conmigo!

Se volvió hacia Mathieu: siempre aquella mirada molesta que parecía no ver.

—Bueno, y ahora, ¡cuénteme su historia!

—Oigame, Lola—dijo Mathieu.

Pero Lola volvió a reír.

Mathieu se adelantó y gritó:

—¡Lola!

Y se decía: “Esta vieja me tiene dentro de ella; se consideraría feliz si yo la hiciese carantoñas, me las agradecería. ¡Pero no me conoce! ¡Qué va a conocerme!”

Mathieu la cogió por el brazo y la sacudió como si fuese un ciruelo, mientras ella gritaba riendo:

—¡No me conoce!

—¿Callará usted de una vez?—preguntó él rudamente.

Lola se calmó y le vio por vez primera.

—¡Venga ya!

—Dígame, Lola: ¿es cierto que le ha denunciado?

—Sí. ¿Qué tiene usted que decirme?

—¡Que he sido yo quien le ha robado!—confesó.

Lola le miró indiferente y él tuvo que repetir:

—¡Soy yo quien le ha robado los cinco mil francos!

—¿Usted?—preguntó ella encogiéndose de hombros.

—¡La patrona le ha visto!

—¿Cómo quiere que ella le haya visto, puesto que le digo que he sido yo?

—¡Es ella quien le ha visto!—dijo Lola molesta—. Ha subido escondiéndose hacia las siete. Ella ha hecho como si no le viera, siguiendo mis instrucciones. Yo le había estado esperando durante todo el día, y solo hacía diez minutos que yo había salido. Debía de estar al acecho en la esquina, y subió tan pronto me vio salir.

Ella se expresaba con voz apagada y rápida, que demostraba inquebrantable convicción. “Diríase que necesita creerlo”, se dijo Mathieu desalentado.

—Dígame: ¿a qué hora ha vuelto usted a casa?

—¿Por vez primera? A las ocho.

—Pues bien: a esa hora todavía estaban los billetes en el maletín.

—¡Le digo a usted que Boris ha subido a las siete!

—Puede que haya subido, tal vez quería verla. Pero ¿no ha mirado usted dentro del maletín?

—¡Claro que sí!

—¿A las ocho?

—Sí.

—Lola—replicó Mathieu—, habla usted de mala fe. Bien sé yo que no ha mirado. Lo sé. A las ocho, la llave la tenía yo en mi bolsillo, por lo que usted no podía abrir el maletín. Además, habiendo descubierto el robo a las ocho, ¿cómo pudo esperar hasta medianoche para venir aquí? A las ocho se ha caracterizado tranquilamente, se ha puesto su bello vestido negro y se ha ido al *Sumatra*. ¿No es así?

Lola, hermética, se le quedó mirando:

—La patrona le ha visto subir.

—Bien; pero usted no ha buscado en el maletín. A las ocho estaba allí todavía el dinero. Yo he subido a las diez y me he apoderado de él. En el mostrador había una vieja que podrá decir si me ha visto o no. Usted se ha dado cuenta del robo a las doce.

—Bueno, a las doce—repitió Lola cansada—. A las doce. Pero es igual. Me he sentido indispuesta en el *Sumatra* y he regresado a casa. Me he tumbado en la cama y he cogido el maletín, poniéndolo junto a mí. Había en él cartas que quería volver a leer.

"Eso es cierto—pensó Mathieu—, había cartas. ¿Por qué ocultaba que también se las habían robado?" Los dos callaban. De cuando en cuando, Lola oscilaba de delante atrás, como si durmiese de pie. Pareció que al fin despertaba.

—¿Usted me ha robado?

—Yo mismo.

Ella tuvo una risita:

—Guarde usted esos camelos para decírselos al juez, si le agrada estar encerrado seis meses en su lugar.

—Pues precisamente por eso, Lola: ¿qué interés puedo yo tener en arriesgar ser encarcelado por Boris?

Ella hizo un gesto torciendo los labios:

—¿Acaso sé yo lo que les une a los dos?

—¡Vamos, vamos, eso es completamente idiota! Convénzase de una vez por todas, le juro que he sido yo: el maletín estaba delante de una ventana, debajo de una

maleta. Yo he cogido el dinero y he dejado la llave en la cerradura.

A Lola le temblaban los labios; estrujaba nerviosa su bolso:

—¿No tiene usted más que añadir? Entonces, permítame que me vaya.

Quiso salir, y Mathieu la detuvo.

—Lola, ¿no quiere usted convencerse?

Lola le empujó.

—¿No se da cuenta del estado en que me hallo? ¿Por quién me toma contándome el cuento del maletín? "Estaba debajo de una maleta en la ventana"—repitió ella imitando la voz de Mathieu—. Boris ha estado aquí y usted pretende que yo no lo sepa. Entre los dos han combinado lo que debía decirse a la vieja. ¡Vamos ya! Déjeme salir—añadió furibunda—. Déjeme salir.

Mathieu quiso cogerla por los hombros, pero Lola se echó hacia atrás y trató de abrir el bolso; Mathieu se lo arrancó de la mano y lo arrojó encima del diván.

—¡Animal!—insultó Lola.

—¿Es vitriolo o un revólver?—preguntó Mathieu sonriendo.

Todo el cuerpo de Lola tembló. "¡Ya llegó—se dijo Mathieu—, acaba de llegar la crisis de nervios!" Tenía la impresión de padecer una pesadilla siniestra y absurda. Pero era necesario convencerla. Lola dejó de temblar. Se había resguardado junto a la ventana y le miraba con ojos llenos de impotente odio. Mathieu volvió la cabeza: no temía su odio, pero la aridez desolada de aquella mirada le era irresistible.

—Esta mañana he subido a su cuarto—dijo pausadamente—. He sacado la llave de su bolso. Cuando despertó usted, iba yo a abrir el maletín. No me ha dado tiempo de colocar la llave en su sitio y por eso se me ha ocurrido volver esta noche a su habitación.

—Es inútil—cortó Lola—. Le he visto entrar esta mañana. Cuando usted me ha hablado, ni siquiera había llegado al pie de la cama.

—Ya había entrado antes y me había marchado.

Lola lanzó una carcajada irónica y él añadió contra su voluntad:

—Las cartas tuvieron la culpa.

Ella no pareció comprender: era completamente inútil hablarle de las cartas, no quería ella sino hablar del dinero, en él tenía que pensar para encender su cólera, era su único recurso. Ella terminó diciendo con seca risita:

—Por desgracia, me había pedido los cinco mil francos aquella misma noche, ¿comprende usted? Nuestra disputa la provocó aquella petición.

Mathieu se dio cuenta de su impotencia: era evidente que el único culpable tenía que ser Boris. "Debía haberlo pensado", se dijo abrumado.

—No se esfuerce más—dijo Lola con malévola sonrisa—. ¡Ya me las pagará! Si lograra usted embaucar al juez, emplearé otro procedimiento para hacerme con él.

Mathieu echó una mirada al bolso que estaba encima de la cama; también Lola lo miró.

—Si a usted le pidió dinero fue para dármelo a mí —dijo él.

—¡Claro! ¿También fue para usted el libro que por la tarde robó en una librería? De ello se ha vanagloriado bailando conmigo.

Calló repentinamente para proseguir con amenazadora calma:

—Terminemos. ¿Es usted quien me ha robado?

—Sí.

—Pues entonces, ¡devuélvame el dinero!—y como no respondiera Mathieu, metido en un aprieto, Lola terminó con triunfante ironía—: Devuélvamelo en seguida y retiraré la denuncia—y como Mathieu callara, Lola dijo tajante—: ¡Ya basta! He comprendido.

Ella volvió a hacerse cargo de su bolso sin que Mathieu se lo impidiera.

—Por otra parte, ¿qué podía eso probar?—dijo Mathieu en lamentable tono—. Boris podía habérmelo confiado.

—Yo no le pregunto eso. Lo único que le pido es que me lo devuelva.

—Ya no lo tengo.

—¡No me diga! Usted me ha robado a las diez, y a las doce no le queda ni un céntimo...

—He dado ese dinero.

—¿A quién?

—No se lo diré—y añadió apresurándose—: Pero no se lo he dado a Boris.

Lola se rió sin contestarle; se dirigió hacia la puerta y él no la detuvo. Pensó: "La Comisaría está en la calle Martyrs. Iré allí para explicarme." Pero cuando contempló por la espalda aquella negra forma que caminaba con la rigidez ciega de una catástrofe, tuvo miedo, pensó en el bolso e intentó un último esfuerzo:

—Después de todo, bien puedo decirle para quién era el dinero: para la señorita Duffet, una amiga.

Lola abrió la puerta y salió. Oyó que en el vestíbulo gritaba y el corazón de Mathieu dio un salto cuando Lola, enloquecida, volvía sobre sus pasos:

—Hay alguien—dijo ella.

Mathieu se dijo que sería Boris.

Pero no: era Daniel. Entró dignamente y se inclinó delante de Lola.

—Señora, aquí tiene usted sus cinco mil francos—dijo tendiéndole un sobre—. Tenga la amabilidad de comprobar que son los suyos.

Mathieu pensó que era Marcelle que le enviaba y que había oído desde la puerta la conversación. Era la costumbre que tenía Daniel cuando quería que su entrada causara efecto.

—¿Acaso ella...?—preguntó Mathieu.

—Todo va bien—le tranquilizó Daniel.

Lola contemplaba el sobre con gesto desconfiado de campesina:

—¿Hay aquí cinco mil francos?—preguntó.

—Sí.

—¿Quién me prueba que sean los míos?

—¿No se ha quedado usted con los números?—preguntó Daniel.

—¡Vaya idea!

—Señora—dijo Daniel reprochándoselo—, siempre deben anotarse los números.

De pronto, Mathieu tuvo una inspiración: recordó el fuerte olor a Chipre y a no ventilado que había escapado del maletín.

—¡Huélalos!—invitó él.

Lola titubeó un instante; luego se apoderó del sobre, lo rasgó y aplicó bruscamente la nariz a los billetes. Mathieu temió que Daniel se echase a reír, pero este permanecía serio como un papa, mirando a Lola con aire de inteligencia.

—¿Qué, ha obligado usted a Boris a que los devolviera?—preguntó ella.

—No conozco a nadie que se llame Boris, señora—contestó Daniel—. Me los ha confiado una amiga de Mathieu para que se los devuelva. He venido corriendo y he sorprendido el fin de su conversación. Por ello pido a usted mil perdones, señora.

Lola se quedó de una pieza: los brazos caían a lo largo de su cuerpo, apretando el bolso con su mano izquierda, la derecha arrugando los billetes; parecía angustiada a la vez que estupefacta.

—¿Por qué ha hecho usted cosa semejante?—preguntó ella bruscamente—. ¿Qué importancia tienen para usted cinco mil francos?

Mathieu sonrió sin ninguna alegría:

—Según parece, la tiene, y mucha—y suavemente añadió—: Tendrá usted que ir pensando en retirar su denuncia, Lola. O, si lo prefiere, preséntela contra mí.

Lola, volviendo la cabeza, replicó vivaz:

—Yo no había aún presentado denuncia alguna.

Permanecía plantada en el centro de la habitación como absorta. Dijo:

—Había también unas cartas.

—Ya no las tengo. Las cogí para él esta mañana, cuan-

do creíamos que estaba muerta. Ese acto es lo que me dio la tentación de volver en busca del dinero.

Lola miró a Mathieu sin rencor, con enorme interés y con inmensa sorpresa:

—Y ha sido usted capaz de robar cinco mil francos. Es para desternillarse.

Pero sus ojos se apagaron pronto y se endureció su mirada. Parecía como si sufriera.

—Me voy—dijo ella.

La dejaron salir en silencio y en la puerta dio media vuelta:

—Y si nada malo ha hecho, ¿por qué no vuelve?

—¡Qué sé yo!

Lola sollozó y se apoyó en el umbral de la puerta. Mathieu dio un paso hacia ella, pero ya se había serenado:

—¿Cree que volverá?

—Yo así lo creo. Son incapaces de hacer a nadie feliz, pero no pueden abandonarlas. Es demasiado difícil para ellos.

—Es cierto—aprobó Lola—, así es. Bueno, pues, adiós.

—Adiós, Lola. ¿No necesita usted nada?

—No.

Y se fue. Oyeron que la puerta se cerraba.

—¿Quién es esa señora de edad?

—Es Lola, la amiga de Boris Serguine. Es muy renombrada.

—Tiene aspecto de serlo—dijo Daniel.

Molestaba a Mathieu quedarse solo con él; le parecía que súbitamente le habían colocado frente a su falta. Allí estaba, frente a él, viva; vivía en el fondo de los ojos de Daniel, y solo Dios sabía qué forma había tomado en aquella conciencia caprichosa y falsificada. Daniel parecía dispuesto a abusar de la situación. Estaba ceremonioso, insolente y fúnebre como en sus peores días. Mathieu se endureció y estiró la cabeza. Daniel se puso lívido.

—¡Tienes una cara repulsiva!—dijo Daniel sonriendo malévolo.

—Lo mismo estaba yo pensando de la tuya—replicó Mathieu—. ¡Apañados estamos!

Daniel se encogió de hombros.

—¿Vienes de casa de Marcelle?—preguntó Mathieu.

—Sí.

—¿Te ha devuelto ella el dinero?

—Ya no lo necesita—contestó Daniel evasivo.

—¿Ya no lo necesita?

—Pues no.

—Dime, por lo menos, si cuenta con medios...

—Ya no se trata de eso, mi querido—dijo Daniel—. Eso pertenece ya al pasado.

Había arqueado la ceja izquierda y miraba, irónico, a Mathieu, como a través de un monóculo imaginario. "Si lo que pretende es impresionarme—pensó Mathieu—, mejor haría ocultando el temblor de sus manos."

Daniel, negligente, argumentó:

—Me caso yo con ella y nos quedaremos con la criatura.

Mathieu encendió un pitillo. Su cráneo vibraba como una campana. Dijo con enorme calma:

—¿Es que la amabas?

—¿Y por qué no había de amarla?

Mathieu pensó que se trataba de Marcelle. *¡De Marcelle!* No acababa de convencerse.

—Daniel—exclamó—. ¡No te creo en absoluto!

—Espera un poco y comprenderás.

—No. Quiero decirte que no me harás creer que la amas, y me estoy preguntando si no habrá gato encerrado.

Daniel, sin ocultar su lasitud, se había sentado en la esquina de la mesa, dejando apoyado un pie en el suelo; movía el otro con despreocupación. "¡Se está divirtiendo a costa mía!", pensó colérico Mathieu.

—Te quedarías de una pieza si supieses lo que pasa —dijo Daniel.

Mathieu se dijo: "¡Lo que sucede es que era su querida!"

—Si no puedes decírmelo, ¡cállatelo!—cortó secamente Mathieu.

Daniel le contempló un instante como si se divirtiera intrigándole, y, luego, de repente, se levantó y se secó el sudor de la frente:

—Se está planteando mal el asunto—dijo.

Sorprendido, se quedó mirando a Mathieu.

—No era de eso de lo que yo vine a hablarte. Escucha, Mathieu: yo soy... ¿Vas a tomarme en serio si te lo digo?

—Está bien—cortó Mathieu—. Habla o no hables...

—Bueno, pues yo soy...

Volvió a detenerse, y Mathieu, impacientándose, concluyó por él:

—Tú eres el amante de Marcelle. Eso es lo que me querías decir.

Daniel guiñó los ojos y silboteó. Mathieu notaba que enrojecía:

—¡No está del todo mal!—manifestó Daniel en tono admirativo—. Eso es lo que tú quisieras, ¿verdad? Pues no, querido, no te queda ni siquiera esa disculpa.

—Pues acaba de una vez y habla—dijo humillado Mathieu.

—Ten calma, espera—respondió Daniel—. ¿No tienes nada para beber? ¿Un whisky?

—No, pero tengo ron blanco—dijo Mathieu—. Es una excelente idea. ¡Echemos un trago!

Fue a la cocina y abrió la despensa: "¡Acabo de portarme de manera innoble!", pensó. Volvió con dos copas y una botella de ron. Daniel se apoderó de la botella y llenó las copas hasta el borde.

—¿Procede de las Destilerías Martiniquesas?

—Sí.

—¿Vas todavía por allí algunas veces?

—De cuando en cuando—respondió Mathieu—. ¡A tu salud!

Daniel le dirigió una mirada de inquisidor, como si Mathieu le ocultara algo.

—¡A la salud de mis amores!—brindó alzando la copa.

—¡Estás curda!—exclamó indignado Mathieu.

—Lo cierto es que algo de más he bebido—reconoció Daniel—. Cuando subí a ver a Marcelle estaba en ayunas. Después, he...

—¿No vienes de su casa?

—Efectivamente. Pero he hecho una pequeña escala en el Falstaff.

—¿Habrás estado con ella momentos después que yo me fuera?

—Estaba esperando tu salida—dijo sonriendo Daniel—. Te he visto doblar la esquina y he subido.

Mathieu no pudo evitar un gesto de contrariedad:

—¿Me acechabas?—preguntó—. Después de todo, me alegro. Así Marcelle no se quedó sola. Bueno, ¿qué querías decirme?

—Nada, querido, nada—contestó Daniel con súbita cordialidad—. Quería simplemente anunciarte mi boda.

—¿Solo eso?

—Nada más... Nada más que eso.

—Como quieras—dijo con frialdad Mathieu.

Callaron un momento. Mathieu rompió el silencio para preguntar:

—¿Cómo..., cómo está ella?

—¿No querrás que te diga que está encantada?—dijo irónicamente Daniel—. No hieras mi modestia.

—Por favor...—cortó secamente Mathieu—. Comprendo que ningún derecho me asiste para hacer preguntas. Sin embargo, tú has venido...

—Pues sí. Yo creí que me costaría más trabajo convencerla: se ha arrojado sobre mi propuesta como la miseria se apodera del mundo.

Mathieu vio cruzar por sus ojos un rayo de rencor. Dijo rápidamente para disculpar a Marcelle:

—Se ahogaba, la pobre...

Daniel se encogió de hombros y se puso a pasear por la habitación. Mathieu no se atrevía a mirarle: Daniel se contenía, hablaba suavemente, pero su aspecto era el de un poseído. Mathieu se cruzó de manos, contemplando

sus zapatos. Prosiguió dificultosamente como hablando para él solo:

—¿De modo que ella quería tener un hijo? Yo no lo había comprendido. Si ella me lo hubiese dicho...

Daniel callaba. Mathieu prosiguió subrayando las palabras:

—¡Era la criatura! Bien, pues nacerá. Yo... quería suprimirla. Pero me parece que más vale que nazca.

Daniel seguía callado.

—Claro que yo no la veré nunca, ¿no es cierto?—preguntó Mathieu. Casi ni llegaba a ser una pregunta, porque sin aguardar la respuesta añadió—: En resumidas cuentas, creo que debiera alegrarme. Porque no cabe duda de que tú la salvas; pero lo que no comprendo es el porqué de tu gesto.

—Puedo asegurarte que no es por filantropía, si eso es lo que quieres saber—respondió tajante Daniel—. Tu ron es abyecto, pero dame otra copa.

Mathieu llenó las dos y bebieron.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?—preguntó Daniel.

—Nada. Todo está ya hecho.

—¿Y con la pequeña Serguine?

—Nada.

—¡Por fin te has liberado!

—¡Bah!

—Está bien. Buenas noches—dijo Daniel levantándose—. Si he venido ha sido para devolverte el dinero y para tranquilizarte un poco: Marcelle nada teme, confía en mí. Toda esta historia ha sido para ella una pesadilla; pero, ello no obstante, la verdad es que no se siente desgraciada.

—¿Vas a casarte con ella?—repitió Mathieu y, a media voz murmuró—: Ella me odia.

—Ponte en su lugar—dijo Daniel con dureza.

—Ya lo hago. ¿Te ha hablado de mí?

—Muy poco.

—Te confesaré—añadió Mathieu—que me cuesta trabajo pensar que te vas a casar con ella.

—¿Tienes remordimientos?
—No. Todo me parece siniestro.
—¡Muchas gracias, hombre!
—Es por vosotros dos. Y no sé por qué.
—No te preocupes, todo irá bien. Si es chico, le pondremos Mathieu.
Mathieu se irguió apretando los puños:
—¡Calla!—le ordenó.
—Bueno, no te enfades—le dijo Daniel.
Repitió como distraído:
—No te enfades, no te enfades—y no se decidía a marcharse.
—Resumiendo—completó Mathieu—. Has venido para ver qué jeta ponía yo al conocer vuestra decisión.
—Algo de eso hay—aprobó Daniel—. Francamente, hay algo de eso. Siempre das la sensación de ser tan... entero, que acababas por fastidiarme.
—Pues ya habrás podido apreciar que no soy tan entero.
—Así es, efectivamente.
Daniel dio algunos pasos hacia la puerta, pero bruscamente dio media vuelta y se dirigió hacia Mathieu: ya había abandonado su ironía, pero su actitud no era mejor.
—Mathieu, ¡yo soy pederasta!—le confesó.
—¿Cómo?
Daniel, echándose hacia atrás, clavó en él una mirada de sorpresa que echaba chispas de cólera.
—Te da asco, ¿no es cierto?
—¿Eres pederasta?—repitió lentamente Mathieu—. No, no me da asco; ¿por qué había de dármelo?
—Por favor, no te creas en la obligación de mostrarte generoso conmigo.
Nada dijo Mathieu. Se fijaba en Daniel y pensó: "Es pederasta." Pero no le causó gran sorpresa.
—No dices nada—dijo Daniel con voz silbante—. Haces bien. Has reaccionado como debías hacerlo, no lo dudo, como cualquier hombre sano debe hacerlo; pero puedes guardar tu reacción para ti.

Daniel permanecía inmóvil, pegados los brazos al cuerpo. Su aspecto era lamentable. "¿Cómo se le habrá ocurrido venir a torturarse en mi casa?", se preguntó Mathieu enojado. Le parecía que debía encontrar algo que decir, pero se hallaba sumido en una indiferencia profunda que le paralizaba. Por otra parte, aquello le parecía tan normal, tan natural: era un perfecto marrano. Que Daniel fuera un pederasta, estaba completamente dentro de la lógica. Se decidió por decir:

—Puedes ser lo que te parezca; eso no es cosa mía.

—Eso creo yo—replicó Daniel con altanería—. Bien sé yo que es cosa mía. Ya tienes tú bastante con tu propia conciencia.

—Entonces, ¿por qué vienes a contármelo?

—Pues porque quería ver el efecto que mi confesión causaba a un tipo como tú—contestó Daniel rascándose el cuello—. Además, desde el momento que ya existe uno que lo sabe, yo..., puede que llegue a creérmelo.

Había adquirido un tinte verdoso y hablaba con dificultad, pero no dejaba de sonreír. No pudiendo soportar aquella sonrisa, Mathieu volvió la cabeza.

—¿Eso te sorprende?—preguntó Daniel como mofándose—. ¿Acaso echa por tierra tus ideas acerca de los invertidos?

Mathieu se irguió rápidamente:

—¡No fanfarronees!—le dijo—. Estás lamentable. No presumas delante de mí. Quizá te des asco, pero no más que me doy yo a mí mismo. Somos tal para cual. Por otra parte, puede que por eso te complazcas en contarme esas historias. Confesarse ante un jirón puede no ser tan duro y, en cambio, se obtienen los beneficios de una confesión.

—¡Eres un picaroncete!—replicó Daniel en un tono vulgar, que Mathieu no le conocía.

Callaron. Daniel miraba fijamente frente a él con perdido ademán, a la manera de los ancianos. Mathieu fue invadido por agudo remordimiento:

—Entonces, ¿por qué te casas con Marcelle?

—Nada tiene que ver lo uno con lo otro.

—Yo..., yo no puedo consentir que con ella te cases —dijo Mathieu.

Daniel se estiró y sombrías manchas rojizas aparecieron en su rostro de ahogado:

—Conque no puedes consentirlo, ¿eh? ¿Y qué harás para impedírmelo?

Mathieu se levantó sin contestar. El teléfono se hallaba sobre su mesa. Lo tomó en su mano y marcó el número de Marcelle.

—Diga...—habló esta.

Mathieu se sobresaltó.

—Soy yo, Mathieu. Sí, oigo. Hace poco hemos cometido una idiotez. Quisiera... Marcelle, ¿me oyes? ¡Marcelle!—chilló furioso—. ¿Me oyes?

No contestaba. Perdió la cabeza y gritó por el auricular:

—¡Marcelle, quiero casarme contigo!

Después de un breve silencio, se oyó como un leve ladrido y colgaron. Mathieu conservó en su mano el aparato durante un momento, y luego lo depositó suavemente encima de la mesa. Daniel le miraba sin decir palabra; no parecía triunfante. Mathieu bebió un trago de ron y volvió a sentarse en la butaca.

—Está bien—se limitó a decir.

Daniel sonrió:

—Tranquilízate—dijo a modo de consuelo—. Los pederastas, como es sabido, han sido siempre excelentes maridos.

—Daniel, si la haces tu mujer solo por hacer un gesto, echarás a perder su vida.

—Tú eres el último que debiera decírmelo—dijo Daniel—. Además, yo no me caso con ella por hacer un gesto. Lo que ella quiere ante todo es tener la criatura.

—¿Sabe ella que...?

—No.

—¿Por qué te casas con ella?

—Porque la tengo cariño.

El tono de su voz no parecía convincente. Volvieron a llenar las copas, y Mathieu, obstinado, dijo:

—No quiero que sea desgraciada.

—Te juro que no lo será.

—¿Cree que la quieres?

—Me figuro que no. Ella me ha propuesto que vivamos cada uno por nuestro lado, pero no es lo que yo me propongo. La instalaré en mi casa. Hemos convenido en que el cariño llegará poco a poco—y añadió con ironía penosa—: He de cumplir hasta el fin mis deberes de marido.

—Pero es que...

Mathieu enrojeció violentamente:

—Pero ¿acaso te gustan también las mujeres?

—No mucho.

—Ya me doy cuenta.

Mathieu bajó los ojos, que se le llenaron de lágrimas de vergüenza cuando decía:

—Me doy más asco aún, desde que sé que te vas a casar con ella.

Daniel bebió:

—Lo comprendo—dijo en tono imparcial y distraído—. Pienso que debes de sentirte escarnecido.

Mathieu calló. Su mirada se concentraba entre sus dos pies. "¡Es un pederasta, y se va a casar con él!"

Extendió las manos y rascó el suelo con sus talones: se sentía acosado. De pronto, como si le pesara el silencio, se dijo: "Daniel me estará mirando", por lo que precipitadamente levantó la cabeza. Efectivamente, Daniel le estaba mirando con odio tal, que a Mathieu se le encogió el corazón.

—¿Por qué me miras así?—le preguntó.

—Porque lo sabes—respondió Daniel—. ¡Porque eres quien lo sabe!

—¿No te importaría meterme una bala en el pellejo?

Daniel nada dijo. A Mathieu le abrasó una idea insoportable.

—Daniel—le dijo—, para ti es un martirio casarte con ella.

—¿Y aunque así fuera?—preguntó Daniel con voz incolora.

—¡Dios mío!—exclamó Mathieu cogiéndose la cabeza entre las manos.

—La cosa carece de importancia—añadió Daniel vivamente—. Para ella la cosa carece de importancia.

—¿La odias?

—¡Nada de eso!

Mathieu pensó tristemente: "No; a quien odia es a mí."

Daniel recobró su sonrisa:

—¿Vaciamos la botella?—propuso.

—¡Vaciémosla!—aprobó Mathieu.

Bebieron, y Mathieu se dio cuenta de que tenía ganas de fumar. Sacó un pitillo del bolsillo y lo encendió.

—Mira—le dijo—; lo que tú seas me tiene sin cuidado. Aun ahora que lo sé. Pero hay algo que me gustaría preguntarte: ¿por qué te avergüenzas?

Daniel dibujó una sonrisita seca.

—A eso te quería yo llevar, querido. Me da vergüenza ser pederasta, porque en realidad lo soy. Y sé lo que me vas a decir: "Yo, en tu lugar, no me dejaría arrastrar; reclamaría mi puesto a la luz del día. Es un placer como uno de tantos, etcétera." Pero eso no me concierne. Sé que me lo dirías, porque tú no eres pederasta, precisamente por eso. Todos los invertidos son vergonzosos: está dentro de su modo de ser.

—Pero ¿no sería mejor aceptar las cosas tal y como son?—preguntó tímidamente Mathieu.

Daniel parecía estar molesto:

—Me volverás a hablar de ello el día que aceptes tu condición de cochino—respondió él con dureza—. No; los pederastas que se vanaglorian de serlo o que blasonan de semejante cosa, o, sencillamente, que lo toleran..., solo son unos cadáveres, se han suicidado a fuerza de avergonzarse. No quiero morir de semejante manera.

Pero habíase repuesto y miraba a Mathieu sin odio:

—Me he consolado demasiado, aceptándome tal y como

soy—prosiguió dulcemente—; me conozco hasta en lo más recóndito de mí mismo.

Ya no había nada que añadir. Mathieu encendió otro cigarrillo. Y como quedara aún un poco de ron en el fondo de su copa se lo bebió. Daniel le horrorizaba. Pensaba: "¿Seré yo así dentro de dos o de cuatro años?" Y volvió a experimentar el deseo de hablar a Marcelle: a ella únicamente podía hablarle de su vida, de sus temores, de sus esperanzas. Pero como se acordara de que ya no la volvería a ver más, su deseo, suspendido, innominado, se convirtió en una especie de angustia. ¡Estaba solo!

Daniel parecía meditar: fija su mirada, entreabría de cuando en cuando los labios. Lanzó un pequeño suspiro y algo modificó su semblante. Se enjugó con la mano el sudor de la frente, como sorprendido. Dijo en voz baja:

—Creo que hoy me he sorprendido a mí mismo.

Se sonrió de modo singular, casi infantil, completamente fuera de lugar en aquel rostro verdusco mal afeitado, que dejaba ver manchas azuladas. "La verdad es —pensó Mathieu—que esta vez ha llegado al límite." Le asaltó de pronto una idea que le llegó al alma: "¡Es libre!", pensó, y el horror que Daniel le inspiraba se confundió repentinamente con la envidia.

—Debes de hallarte en una situación muy especial—le dijo.

—Efectivamente—aprobó Daniel—. En una situación muy especial—y añadió, sonriendo siempre de buena fe—: Dame un pitillo.

—¿Fumas ahora?—le preguntó Mathieu.

—Una sola vez; esta noche.

Mathieu exclamó de repente:

—Quisiera estar en tu lugar.

—¿En mi lugar?—repitió Daniel sin mostrar excesiva sorpresa.

—Sí.

Daniel se encogió de hombros mientras decía:

—El resultado de toda esta historia es que has ganado todas las jugadas.

Mathieu sonrió sin alegría. Daniel explicó:

—Porque eres libre.

—No—dijo Mathieu moviendo la cabeza—. No es uno libre por haber abandonado a una mujer.

Daniel le miró con curiosidad:

—Pues bien parecías creerlo esta misma mañana.

—No lo sé; nada estaba muy claro. Sigue sin estarlo. Lo cierto es que he abandonado a Marcelle sin ningún motivo.

Fijó su mirada en las cortinas de la ventana que el viento nocturno agitaba. Estaba cansado.

—Sin ningún motivo—prosiguió—. En todo este asunto yo solo he sido una constante negativa, todo lo he rechazado: Marcelle ya no está dentro de mi vida, pero me he quedado con todo lo demás.

—¿Qué es todo lo demás?

Mathieu, con ambiguo y amplio ademán, mostró su despacho:

—Todo esto, todo lo demás.

Daniel le fascinaba. Pensaba: "¿Acaso es esto la libertad? Pero ahora ya ha actuado, ya no puede volverse atrás: debe de parecerle extraño sentir a sus espaldas un acto desconocido, que no acaba de comprenderlo y que va a revolucionar toda su vida. Todo lo que yo hago, lo realizo para nada; diríase que me arrebatan las consecuencias de mis actos; todo ocurre como si yo fuese capaz de retirar los golpes que doy. No sé lo que daría por llevar a cabo algún acto irremediable."

Dijo en voz alta:

—Anteayer me he encontrado con un sujeto que había querido enrolarse en las milicias españolas.

—¿Y qué?

—Pues que se ha rajado y ahora está deshecho.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Pues no lo sé, te digo la verdad.

—¿Tienes ganas de salir rumbo a España?

—Sí; pero menos.

Callaron. Al cabo de un momento, Daniel tiró su pitillo y dijo:

—Quisiera tener seis meses más.

—Pues yo no—replicó Mathieu—. Dentro de seis meses seré lo mismo que ahora soy.

—Sin los remordimientos—dijo Daniel.

Se levantó:

—Te convido a una copa en Clarisse.

—No—rechazó Mathieu—. No tengo ganas de emborracharme esta noche. No sé lo que haría si me emborrachara.

—Nada sensacional—replicó Daniel—. ¿No quieres venir?

—No. ¿No puedes quedarte un momento más?

—Necesito beber—dijo Daniel—. ¡Adiós!

—¡Adiós! Te..., ¿te veré pronto?

Daniel pareció desconcertado:

—Creo que será difícil. Marcelle me ha significado que no quería que mi vida cambiase en nada; pero me figuro que le sería doloroso que yo siguiera viéndote.

—¡Está bien!—dijo Mathieu secamente—. En ese caso, ¡buena suerte!

Daniel le sonrió sin responder, y Mathieu añadió bruscamente:

—¡Me odias!

Daniel se le acercó y le dio una palmadita en el hombro: su ademán fue torpe y vergonzoso.

—¡Todavía no!

—Pero mañana...

Daniel inclinó la cabeza y no contestó.

—¡Salud!—le despidió Mathieu.

—¡Salud!

Salió Daniel. Mathieu se acercó a la ventana y corrió las cortinas. La noche era placentera y azul; el aire había barrido las nubes y se veían estrellas por encima de los tejados. Apoyó los codos en el balcón y bostezó largamente. En la calle, debajo de él, un hombre andaba con

paso lento; se detuvo en la esquina de las calles Huyghens y Froidevaux, miró al cielo: era Daniel. Bocanadas de una canción llegaban desde la calle del Maine, la luz blanca de un faro surcó el firmamento, se paró en una chimenea y desapareció detrás de los tejados. Era un cielo de fiestas pueblerinas, salpicado de banderolas que anunciaban las vacaciones, y bailes campestres. Mathieu vio desaparecer a Daniel y pensó: "Estoy solo." Solo, pero no más libre que antes. La víspera se había dicho: "Si Marcelle no existiese..." Pero era otra mentira. "Nadie me ha privado de mi libertad: mi vida se la ha tragado." Cerró la ventana y volvió a entrar en la habitación. Todavía flotaba en ella el perfume de Ivich. Lo aspiró y rememoró aquella jornada tumultuosa. Pensó: "Mucho ruido para nada." Para nada. Le habían concedido su vida para nada, él no era nada, y ello no era obstáculo para que no experimentara cambio alguno: estaba hecho. Se descalzó y permaneció inmóvil, sentado en uno de los brazos del sillón, con un zapato en la mano; todavía conservaba en el fondo de la garganta el calor azucarado del ron. Bostezó: su jornada había concluido, había acabado con su juventud. Ya unas morales acreditadas le ofrecían discretamente sus servicios: el epicureísmo desengañado, la sonriente indulgencia, la resignación, el espíritu de seriedad, el estoicismo, todo lo que permite saborear cada minuto, cual conocedor, una vida fracasada. Se despojó de la chaqueta, se puso a deshacer el nudo de la corbata. Bostezaba mientras pensaba: "Es verdad, es verdad pese a los pesares: tengo la edad de la razón."

II

EL APLAZAMIENTO

(Le sursis)

TRADUCCION POR
BORIS BUREBA

VIERNES 23 DE SEPTIEMBRE

LAS cuatro y media de la tarde en Berlín, las tres y media en Londres. El hotel, desierto y solemne, se aburría en su colina con solo un anciano en él. En Angulema, en Marsella, en Gante, en Dover, se preguntaban: "¿Qué hace allí? Son más de las tres. ¿Por qué no baja?" Permanecía sentado en el salón, las persianas medio cerradas, los ojos inmóviles bajo sus pobladas cejas, apenas entreabierta la boca cual si reviviera un recuerdo muy antiguo. Ya no leía; su vieja y pecosa mano, que aún sujetaba los folios, se desplomaba por encima de sus rodillas. Se volvió hacia Horace Wilson y le preguntó:

—¿Qué hora es?

Y Horace Wilson le respondió:

—Alrededor de las cuatro y media.

El anciano levantó sus abultados ojos, dibujó una amable risita y habló así:

—¡Qué calor hace!

Un calor ardiente, crepitante, sofocante se había desplomado sobre toda Europa; la gente tenía metido el calor en las manos, en el fondo de los ojos, en los bronquios; esperaban, esperaban agobiados por el calor, por el polvo y por la angustia. En el *hall* del hotel, los periodistas aguardaban. En el patio, tres chóferes esperaban inmóviles, apoyados los brazos en el volante de sus respectivos autos. Al otro lado del Rhin, inmóviles así mismo en el *hall* del hotel Dreesen, estirados prusianos, vestidos de negro, también esperaban. Milan Hlinka no esperaba ya: había dejado de hacerlo desde la antevíspe-

ra. La jornada había sido pesada, negra, abrumada por una fulgurante certeza: "¡Nos han abandonado!" Después, el tiempo siguió deslizándose a la buena de Dios; ya no se vivía el presente, sino el mañana; ya no habría más que mañanas.

A las tres y media, Mathieu seguía esperando, al borde de un horrible porvenir; en el mismo instante, a las cuatro y media, Milan ya no tenía porvenir. El anciano se levantó, cruzó la habitación, rígidas las rodillas, con paso noble y vivo. Saludó afablemente: "¡Señores!", y dejó el documento sobre la mesa y con el puño cerrado alisó las hojas; Milan se había plantado frente a la mesa; el periódico extendido cubría toda la anchura del hule. Milan leyó por séptima vez: "El presidente de la República, y con él el Gobierno, no han tenido otra alternativa y se han visto obligados a aceptar las proposiciones de las dos potencias acerca de la base de una actitud futura. No podíamos hacer otra cosa, ya que nos hemos quedado solos."

Neville Henderson y Horace Wilson se habían acercado a la mesa, y el anciano, con aspecto inofensivo y acabado, se volvió hacia ellos y dijo:

—Señores, he aquí lo único que podemos hacer.

Milan pensaba: "No hay nada que hacer." Un vago rumor penetraba por la ventana mientras Milan pensaba: "Nos hemos quedado solos."

Una vocecita de ratón subió de la calle:

—¡Viva Hitler!

Milan corrió hacia la ventana y gritó:

—¡Espera un poco, espera a que baje!

Se produjo una precipitada fuga y se oyeron chasquidos de los galochos; el muchachito dio media vuelta al llegar al extremo de la calle, rebuscó en los bolsillos de su delantal y se puso a hacer molinetes con sus brazos. Dos choques secos contra la pared.

—Es el pequeño Liebknecht—dijo Milan—, que efectúa su ronda.

Se asomó: la calle estaba desierta, como si fuese do-

mingo. Los Schoenhof habían colgado en su balcón banderas rojas y blancas con cruces gamadas. Todos los postigos de la casa verde estaban cerrados. Milan pensó: "Nosotros carecemos de postigos."

—Hay que abrir todas las ventanas—dijo.

—¿Por qué?—preguntó Anna.

—Si están cerradas, apuntan a los cristales.

—¡Qué más da!...—balbució Anna encogiéndose de hombros.

Canciones y gritos llegaban en grandes ráfagas confusas.

—Siguen aún en la plaza—dijo Milan.

Sus manos descansaban en la barandilla mientras pensaba: "Todo ha terminado." Un hombre corpulento apareció en la esquina de la calle. Vestía *rücksack* y se apoyaba en un bastón. Su aspecto denotaba cansancio; le seguían dos mujeres encorvadas bajo enormes fardos.

—Son los Jägerschmitt que vuelven—dijo Milan sin volver la cabeza.

Habían huido el lunes por la tarde y seguramente cruzarían la frontera en la noche del martes al miércoles. Volvían ahora, erguida la cabeza. Acercóse Jägerschmitt a la casa verde y subió los escalones de la entrada. En su rostro, lleno de polvo, había una extraña sonrisa. Se puso a buscar en los bolsillos de su chaqueta, hasta que sacó un llavín. Las mujeres dejaron en el suelo sus fardos y observaron lo que estaba haciendo.

—¡Vuelves cuando el peligro ha pasado!—le gritó Milan.

Anna exclamó rápidamente:

—¡Milan!

Jägerschmitt había levantado la cabeza. Vio a Milan, y sus claros ojos brillaron.

—¡Vuelves cuando el peligro ha pasado!—volvió a decir Milan.

—Sí. Yo vuelvo, pero tú vas a marcharte.

Dio una vuelta a la llave en la cerradura y empujó la puerta; las dos mujeres entraron detrás de él. Milan se volvió:

—¡Cochinos cobardes!

—Les estás provocando—dijo Anna.

—Son unos cobardes—repitió Milan—. ¡De la cochina raza de los alemanes! Hace dos años nos lamían los pies.

—¿Y qué? No debes provocarles.

El anciano calló; su boca seguía entreabierta, como si continuase, en silencio, emitiendo juicios acerca de la situación. Sus grandes y redondos ojos estaban empañados de lágrimas; levantando las cejas, clavó la mirada interrogativa en Horace y en Neville. Nada dijeron: Horace hizo un brusco movimiento y volvió la cabeza. Neville avanzó hacia la mesa, cogió el documento, lo examinó durante un instante y, descontento, lo tiró. El anciano se quedó perplejo; levantó los brazos con ademán de impotencia y de buena fe. Y dijo por quinta vez:

—Me he encontrado frente a una situación completamente inesperada; pensé que íbamos a discutir tranquilamente las proposiciones de que yo era portador...

Horace pensó: "¡Viejo zorro! ¿De dónde habrá sacado esa voz de abuelo?" Pero dijo:

—Está bien, excelencia. Dentro de diez minutos estaremos en el hotel Dreesen.

—Lerchen ha venido—dijo Anna—; su marido está en Praga. No parece tranquila.

—No tiene más que venir a casa.

—Si crees tú que aquí estará más tranquila...—dijo Anna con incrédula risita—. Con un loco como tú, que te asomas a la ventana para insultar a la gente que pasa...

El miró aquella cabecita fina y tranquila de tirantes rasgos, sus estrechos hombros, su enorme vientre...

—Siéntate—dijo él—. Sabes que no me gusta verte de pie.

Sentóse ella y cruzó las manos sobre el vientre. Un individuo enarboló varios periódicos voceando: "*Paris-Soir*, última edición; solo dos me quedan. ¡Cómprenmelos!" De tanto vocear, había enronquecido. Maurice cogió el periódico y leyó: "El primer ministro Chamberlain ha dirigido al canciller Hitler una carta que, según se admite

en los medios británicos, será contestada. La entrevista con Hitler, que debía haberse celebrado esta mañana, ha sido, por consiguiente, aplazada a una hora ulterior."

Zézette echaba al periódico un vistazo por encima del hombro de Maurice. Preguntó:

—¿Hay alguna novedad?

—No. Siempre lo mismo.

Volvió la página y vieron una fotografía sombría que reproducía algo así como un castillo de la Edad Media en la cima de una colina, con torreones, campanarios y cientos de ventanas.

—Es Godesberg—dijo Maurice.

—¿Ahí es donde está Chamberlain?—preguntó Zézette.

—Según parece, han sido enviados refuerzos de Policía.

—Así es—dijo Milan—. Dos gendarmes. En total, diez gendarmes. Se han fortificado en la Gendarmería.

Un volquete de gritos descargó en la habitación. Anna tuvo un escalofrío, pero su rostro permaneció inalterable:

—¿Y si telefoneásemos?—dijo.

—¿Telefonear?

—Sí. A Prisecnice.

Milan le mostró el periódico sin contestar. "Según un despacho del D. N. B., fechado el jueves, las poblaciones alemanas de las regiones de los Sudetes se habían hecho cargo del servicio de orden hasta la frontera lingüística."

—Tal vez no sea cierto—dijo Anna—. Me han dicho que solo en Eger se ha producido tal hecho.

Milan dio un puñetazo en la mesa:

—¡Maldita sea! Otra vez a pedir socorro.

Extendió sus manos: eran enormes y nudosas, y estaban cubiertas de manchas y de cicatrices: había sido leñador antes de su accidente. Las contemplaba separando los dedos y dijo:

—Ya pueden venir. De dos en dos o de tres en tres. Nos divertiremos cinco minutos, te lo digo yo...

—Pero vendrán seiscientos—dijo Anna.

Agachó Milan la cabeza; se sentía solo.

—Escucha—dijo Anna.

Y escuchó él: se les oía con mayor precisión, seguramente se habían puesto en marcha. La cólera le hizo temblar; ya no veía claro y le dolía la cabeza. Se acercó a la cómoda y empezó a resoplar.

—¿Qué haces?—le preguntó Anna.

Inclinado sobre el cajón de la cómoda seguía resoplando. Se inclinó un poco más y refunfuñó sin contestar.

—No hagas nada—le dijo ella.

—No hagas, ¿qué?

—No hagas nada. Dame eso.

Se revolvió él. Anna se había levantado apoyándose en la silla, con aspecto severo. Pensando en su vientre, él le entregó el revólver.

—Está bien—dijo—. Voy a telefonear a Prisecnice.

Bajó al entresuelo, a la sala de la escuela, abrió las ventanas y cogió el auricular.

—Póngame con la Prefectura de Prisecnice... ¿Diga?

Su oído derecho escuchaba como una granizada seca en zigzag. También el izquierdo *les* oía. Odette sonrió vagamente:

—Nunca he sabido con exactitud dónde estaba Checoslovaquia—dijo hundiendo los dedos en la arena.

Y al cabo de un momento, tras un ruido metálico, oyó una voz que preguntaba:

—¿Eh?

Milan pensó: "¡Estoy pidiendo socorro!", pero apretaba el auricular con todas sus fuerzas:

—Aquí, Pravnitz, el maestro. Somos veinte checos; hay tres demócratas alemanes que se esconden en una bodega, y el resto se halla en Henlein; están encuadrados por cincuenta individuos del Cuerpo franco que cruzaron la frontera ayer por la noche, a los que han agrupado en la plaza. El alcalde está con ellos.

Después de un momento de silencio, la insolente voz dijo:

—*Bitte! Deutsch sprechen.*

—*Schweinkopf!*—gritó Milan.

Colgó el aparato y subió la escalera cojeando sin ruido. Le dolía la pierna. Penetró en la habitación y se sentó.

—Están allí—dijo.

Anna se le acercó y acarició sus hombros con las manos.

—Mi amor querido—se limitó a decir.

—¡Los puercos!—vociferó Milan—. Todo lo comprendían y reían al otro extremo del hilo.

La atrajo entre sus rodillas. Aquel enorme vientre tocaba el suyo.

—Y ahora estamos completamente solos—dijo.

—No puedo creerlo.

Levantó lentamente la cabeza y la miró de abajo arriba; se entregaba ella, seca y dura, a la labor, pero le pasaba lo que a todas las mujeres: necesitaba poder confiarse a alguien.

—¡Ya están aquí!—exclamó Anna.

Las voces parecían acercarse; tal vez desfilaban por la calle Ancha. Desde lejos, las alegres voces de las multitudes semejan gritos de horror.

—¿Está atrancada la puerta?

—Sí—respondió Milan—. Pero podrán entrar por las ventanas o dar la vuelta por el jardín.

—Si suben...—añadió Anna.

—No tienes que temer nada. Aunque lo destrocen todo, yo no levantaré ni un solo dedo.

De pronto sintió el calor de los labios de Anna que se estampaban en su mejilla:

—Amor mío. Sé que lo harás por mí.

—No lo hago por ti. Tú eres yo mismo. Lo hago por la criatura.

Se sobresaltaron. Había sonado un timbrazo.

—¡No vayas a la ventana!—gritó Anna.

El se levantó y se acercó a la ventana. Los Jägerschmitt habían abierto todos sus postigos; la bandera hitleriana colgaba sobre la puerta. Percibió, inclinándose, una sombra minúscula.

—¡Ya bajo!—gritó.

Cruzó la estancia.

—Es Marikka—dijo.

Bajó por la escalera y fue a abrir. Petardos, gritos, música hasta por los tejados: era un día de fiesta. Miró la desierta calle y se le oprimió el corazón.

—¿Qué vienes a hacer aquí?—preguntó—. No hay clase.

—Es mamá la que me envía—contestó Marikka.

Traía una cestita con manzanas y empanadas de margarina.

—Tu mamá está loca; vuelve en seguida a casa.

—Me ha dicho que no me deje usted volver.

Le entregó una hoja doblada. La desplegó y leyó: "El padre y Georg han perdido la cabeza. Quédese con Marikka hasta esta noche, se lo ruego."

—¿Dónde está tu padre?—preguntó Milan.

—Se ha colocado detrás de la puerta con Georg. Tienen hachas y fusiles—y añadió dándose un poco de importancia—: Mamá me ha hecho salir por el patio y dice que estaré mejor aquí porque es usted más razonable.

—Es verdad—dijo Milan—. Yo soy razonable. Sube, anda.

Las cinco y media de la tarde en Berlín, las cuatro y media en París. Ligera depresión al norte de Escocia. Von Dörnberg apareció en la escalinata del Gran Hotel. Fue rodeado por los periodistas y Pierryl preguntó:

—¿Va a bajar?

Von Dörnberg mostraba un papel en la mano derecha: levantó la izquierda y dijo:

—Todavía no se ha decidido si Chamberlain verá al Führer al anochecer.

—Aquí—dijo Zézette—. Aquí estaba yo vendiendo flores en un cochecito verde.

—¡Qué bien sabías colocarte!—comentó Maurice.

Miraba dócilmente la acera y la calzada, pues eso era lo que habían venido a ver, de tanto referirse ella a ello. Pero aquello nada le decía. Zézette había dejado libre su brazo y reía sola, sin ruido, viendo pasar los coches. Maurice preguntó:

—¿Tenías alguna silla?
—A veces; una plegable—dijo Zézette.
—No debió de ser muy divertido.
—En la primavera no estaba del todo mal.
Hablaba ella a media voz, sin volverse hacia él, como si estuviese en una habitación de enfermo; hacía ya un rato que se había dedicado a hacer movimientos distinguidos, de hombros y de espalda, con muy poca naturalidad. Maurice se aburría; había más de veinte personas contemplando un escaparate, y a él se acercó para mirar por encima de las cabezas. Zézette permaneció estática al borde de la acera; al cabo de algunos instantes, se acercó a él, cogiéndole del brazo. Encima de una placa de cristal biselado había dos trozos de cuero rojo rodeados de muselina, también roja, semejando borlas para empolvar. Maurice empezó a reír.
—¿Te da risa?—cuchicheó Zézette.
—Son zapatos—dijo Maurice sin dejar de reír.
Dos o tres cabezas se volvieron. Zézette le dijo:
—¡A callar!—y se lo llevó.
—Pues ¿qué pasa?—dijo Maurice—. ¿Acaso estamos en misa?
No obstante, bajó la voz. La gente avanzaba sigilosamente unos tras otros; todos parecían conocerse, pese a lo cual nadie hablaba.
—Hacía lo menos cinco años que no venía por aquí—cuchicheó.
Zézette, orgullosa, le mostró el *Maxim's*.
—Es el *Maxim's*—le susurró al oído.
Allí dirigió Maurice la mirada y, rápido, volvió la cabeza porque ya le habían hablado de aquel antro: una porquería florida en la que los burgueses se hartaban de champaña en 1914, mientras que los obreros tenían que jugarse el pellejo. Dijo entre dientes:
—¡Qué asco!
No estaba a gusto, sin saber por qué. Caminaba a pasos cortos, balanceándose; los transeúntes le parecían frágiles y temía tropezar con ellos.

—Puede que así sea—dijo Zézette—; pero es una bonita calle, pese a todo. ¿No te parece así?

—No me entusiasma—contestó Maurice—. ¡Le falta solera!

Zézette se encogió de hombros y Maurice llevó sus pensamientos a la avenida Saint-Ouen; cuando salía del hotel, por la mañana, los transeúntes le adelantaban silbando, con su morral a la espalda, encorvados sobre las guías de sus bicicletas. Respiraban felicidad; unos se quedaban en Saint-Denis, otros seguían su camino, todos iban en la misma dirección, la clase obrera avanzaba. Dijo a Zézette:

—Aquí estamos en plena burguesía.

Dieron unos cuantos pasos envueltos en olor a papel de Armenia, y Maurice se paró disculpándose.

—¿Qué dices?—inquirió Zézette.

—No digo nada—dijo Maurice, molesto—. No digo nada.

Otra vez tropezó con alguien; los demás, aunque caminaran con la mirada baja, siempre lograban evitarse a tiempo, cuestión de costumbre seguramente.

—¿Me sigues?

Pero no parecía él tener deseos de reanudar la marcha, tenía miedo de romper algo y, por otra parte, aquella calle no conducía a ningún sitio, carecía de término: algunos subían hacia los bulevares, otros bajaban hacia el Sena y los demás permanecían con las narices pegadas a los escaparates; se producían remolinos locales, pero nunca movimientos conjuntos, y uno se encontraba completamente solo. Alargó la mano y la apoyó en el hombro de Zézette; apretó fuertemente la regordeta carne a través de su ropa. Zézette le sonreía, casi se divertía, miraba todo ávidamente sin perder su aire entendido y movía graciosamente sus caderas. El la hizo cosquillas en el cuello y ella rió.

—Maurice, ya está bien.

A él le gustaban los colores subidos con los que se embadurnaba el rostro, el blanco que parecía azúcar y el

bello rojo de sus carrillos. De cerca, ella olía a barquillos. El preguntó en voz baja:

—¿Te diviertes?

—Lo reconozco todo—dijo Zézette con ojos brillantes.

El le soltó el hombro y continuaron andando silenciosos; Zézette había conocido a los burgueses, porque veníam a comprarle flores, les dedicaba sus sonrisas y, entre ellos, alguno hubo que intentaba magrearla. El se fijaba en su blanca nuca y simultáneamente se sentía enojado, con deseos de enfadarse o de bromear.

—*Paris-Soir!*—gritó alguien.

—¿Lo compras?—preguntó Zézette.

—Es el mismo de antes.

La gente rodeaba al vendedor y se apoderaba en silencio de sus periódicos. Salió una mujer de entre la multitud, una mujer de altos tacones y tocada con un sombrero colocado en la coronilla, como para desternillarse de risa. Desplegó el periódico y empezó a leerlo dando saltitos. De repente se le alteró el rostro y exhaló un profundo suspiro.

—Fíjate en esa pobre mujer—dijo Maurice.

Zézette la miró:

—Tal vez su hombre esté a punto de partir—comentó ella.

Maurice se encogió de hombros: parecía muy chusco que se pudiera ser desgraciada con aquel sombrero y aquellos zapatos de grulla...

—¿Y qué?—dijo él—. Su hombre será un militronche.

—¿Y aunque así sea?—replicó Zézette—, ello no le impedirá perder el pellejo como un sorche cualquiera.

Maurice le lanzó una mirada de reojo.

—Me haces troncharme con tus militronches. Basta con que recuerdes la guerra del catorce y luego me dirás si perdieron el pellejo.

—Pues, precisamente—dijo Zézette—; yo creía que había habido muchos muertos entre ellos.

—Los que murieron fueron los descamisados y también nosotros—replicó Maurice.

Zézette se pegó a él.

—Maurice, ¿crees de veras que estallará la guerra?

—¡Qué sé yo!—respondió Maurice.

La mañana de aquel mismo día estaba tan seguro como sus camaradas. Se hallaban a orillas del Sena mirando la fila de grúas y la draga; a los mozos en mangas de camisa, mozos fuertotes de Gennevilliers cavando una zanja para un cable eléctrico, y era evidente que la guerra iba a estallar, no cabía duda. Después de todo, nada cambiaría para los muchachotes de Gennevilliers: estarían cavando trincheras a pleno sol en cualquier punto del Norte, amenazados por las balas, los obuses y las granadas como lo están hoy por los derrumbamientos, las caídas y tantos otros accidentes de trabajo; esperarían el final de la guerra lo mismo que hoy aguardan el final de su miseria. Sandre había dicho: "La haremos, muchachos. Pero cuando volvamos, conservaremos nuestros fusiles."

Mas en este momento no estaba seguro de nada; en Saint-Ouen existía la guerra permanentemente, pero no aquí. Aquí reinaba la paz; había escaparates, objetos de lujo en ellos, telas de colores, espejos donde poder mirarse... ¡Todo el confort! La gente tenía tristeza en los semblantes, pero eso era de nacimiento. ¿Por qué habían de luchar? Nada esperaban porque todo lo tenían. ¡Debía de ser algo siniestro no tener nada que esperar, si no era que la vida continuase indefinidamente del mismo modo que había comenzado!

—La burguesía no quiere la guerra—explicó de repente Maurice—. Teme la victoria, ya que la victoria supondría el triunfo del proletariado.

El anciano se levantó y acompañó a Neville Henderson y a Horace Wilson hasta la puerta. Durante un instante los miró con emoción; se parecía a todos los ancianos de ajado rostro que rodeaban al vendedor de periódicos de la calle Royale y a los quioscos de Pall Mall Street, ancianos que no tenían otra ambición que la de terminar su vida como la habían empezado. Pensando en esos ancianos y en los hijos de esos ancianos dijo:

—Preguntaréis entre otras cosas a Von Ribbentrop si el canciller Hitler cree útil que tengamos una última conversación antes de mi partida, llamando su atención sobre este extremo, es decir, que una aceptación de principio por parte de Hitler le supondría la necesidad de darnos a conocer nuevas proposiciones. Insistirán ustedes muy particularmente en la circunstancia de que estoy decidido a hacer todo lo humanamente posible para solventar el litigio por medio de negociación, puesto que me parece increíble que los pueblos de Europa, que no quieren la guerra, sean sumidos en un conflicto sangriento por una cuestión cuya mayor parte está resuelta. ¡Suerte!

Horace y Neville inclinaron la cabeza, y descendieron por la escalera mientras la voz ceremoniosa, temerosa, quebrada, civilizada, resonaba aún en sus oídos y Maurice contemplaba las suaves carnes gastadas y civilizadas de ancianos y mujeres, pensando con repugnancia que habría que sangrarlas.

Habría que sangrarlas, lo cual sería aún más repugnante que pisar limacos, pero habría que llegar a eso. Las ametralladoras enfilarían la calle Royale y luego permanecería abandonada algunos días, rotos sus cristales, las lunas hechas añicos, volcados los veladores en las terrazas de los cafés, entre los pedazos de vidrios; los aviones rondarían en el cielo por encima de cadáveres. Y, luego, retirarían los muertos, levantarían las mesas, repondrían los cristales y la vida reanudaría su curso: hombres musculosos, con fuertes nucas rojas, vestidos con zamarras de cuero y cubiertos con gorras repoblarían la calle. Así sucedía en Rusia; Maurice había visto fotografías de la perspectiva de Newski; los proletarios habían tomado posesión de aquella lujosa avenida y por ella paseaban, porque ni palacios ni puentes monumentales les asombraban ya.

—¡Perdóneme!—exclamó, confuso, Maurice.

Había propinado un codazo a la espalda de una señora anciana, que le lanzó una mirada de indignación. Se notaba fatigado y desazonado: bajo las carteleras de anuncios,

bajo los letreros de ennegrecido oro pendientes de los balcones, entre las pastelerías y las zapaterías, ante las columnas de la Madeleine no podía imaginarse otra multitud que no fuera aquella, pletórica de viejas señoras andando a pasitos y criaturas con trajes marineros. La luz triste y dorada, el olor a incienso, los enormes edificios, las melosas voces, los rostros ansiosos y como adormecidos, el desesperanzado roce de las suelas contra el asfalto, todo formaba un conjunto, todo era real; la Revolución, solo un sueño. "No hubiese debido venir—pensó Maurice lanzando una rencorosa mirada sobre Zézette—. No es este lugar adecuado para un proletario."

Una mano se posó en su hombro; se le coloreó la cara al reconocer a Brunet, que le sonreía.

—Buenos días, muchacho—dijo Brunet sonriendo.

—¡Salud, camarada!—respondió Maurice.

La mano de Brunet era dura y callosa como la suya, y apretaba fuertemente. Maurice miró a Brunet y rió con ganas. Despertaba: le parecía que estaba entre compañeros en Saint-Ouen, en Ivry, en Montreuil, y hasta en París, en Belleville, en Montrouge, en la Villette, estrechándose codo con codo, preparados para lo que viniera.

—¿Qué te trae por aquí?—preguntó Brunet—. ¿Estás parado?

—No; estoy con vacaciones pagadas—explicó Maurice, algo confuso—. Zézette ha querido venir porque aquí trabajó en otros tiempos.

—Así que esta es Zézette—dijo Brunet—. Camarada Zézette, ¡salud!

—Es Brunet—explicó Maurice—. Has leído esta mañana un artículo suyo en *L'Huma.*

Zézette dirigió una atrevida mirada a Brunet y le tendió la mano. No temía ella a los hombres: ni a los burgueses ni a los jefazos del partido.

—Le he conocido así de pequeño—dijo Brunet señalando a Maurice—, allí en la coral de los Halcones rojos: a nadie conozco con voz tan falsa, hasta el punto de que

tuvimos que acordar que en los desfiles se limitase a fingir que cantaba.

Rieron.

—Bueno—dijo Zézette—, ¿tendremos guerra? Usted debe saberlo, está en buen sitio para saberlo.

Era una pregunta necia, una pregunta de mujer. Pero Maurice agradeció que la hubiera formulado. Brunet se puso serio.

—No sé si habrá guerra—contestó Brunet—. Pero sobre todo no hay que temerla: la clase obrera debe saber que no podrá evitarse haciendo concesiones.

Hablaba muy bien. Zézette había elevado los ojos hacia él, unos ojos llenos de confianza, y, escuchándole, sonreía dulcemente. Maurice se molestó: Brunet hablaba como el periódico y se limitaba a decir lo que el periódico decía.

—¿Cree usted que Hitler se acobardaría si se le enseñaran los dientes?—preguntó Zézette.

Brunet adoptó un tono oficial; parecía no comprender que lo que se le pedía era una opinión personal.

—Es absolutamente posible—respondió—. Por otra parte, suceda lo que suceda, la Unión Soviética está con nosotros.

"Es natural—pensó Maurice—que los mandamases del partido no vayan, sin más ni más, a compartir sus opiniones con un insignificante mecánico de Saint-Ouen." Pero, con todo, quedó decepcionado. Miró a Brunet y desapareció por completo su sonrisa. Brunet tenía manazas de campesino, mandíbula dura, ojos que sabían lo que querían; pero su indumentaria constaba de cuello, corbata, traje completo de franela y parecía hallarse a gusto entre los burgueses.

Un escaparate oscuro reflejaba sus imágenes: Maurice vio a una mujer sin sombrero y a un tipo fornido, gorra echada hacia atrás, que reventaba dentro de su cazadora, y que hablaban con un caballero. Sin embargo, allí se estaba, con las manos en sus bolsillos, sin decidirse a separarse de Brunet.

—¿Sigues en Saint-Mandé?—preguntó Brunet.

—No—respondió Maurice—; ahora estoy en Saint-Ouen, trabajando en el *Flaive.*

—Pues yo te creía en Saint-Mandé. ¿Ajustador?

—Mecánico.

—Bueno—dijo Brunet—. Bueno, bueno, bueno... ¡Salud, camarada!

—¡Salud, camarada!—contestó Maurice. Se sentía incómodo y vagamente decepcionado.

—¡Salud, camarada!—dijo Zézette, sonriendo y mostrando todos sus dientes.

Brunet los vio alejarse. La multitud los había envuelto, pero los enormes hombros de Maurice emergían por encima de los sombreros. Debía de llevar a Zézette cogida por la cintura; su gorra le rozaba el moño, los dos caminaban juntas las cabezas, abriéndose paso entre los peatones. "Es un buen muchacho—se decía Brunet—, pero no me agrada su individua." Reanudó su caminar, preocupado, con remordimiento que no ocultaba. "¿Qué podía yo contestarle?", pensó. En Saint-Denis, en Saint-Ouen, en Sochaux, en El Creusot, cientos de millares esperaban con la misma ávida, confiada mirada. Cientos de miles de cabezas como aquella, nobles cabezas redondas y duras, torpemente talladas, cabezas de corte grosero, verdaderas cabezas de hombres que se volvían hacia el Este, hacia Godesberg, hacia Praga, hacia Moscú. ¿Qué podría contestárseles? Defenderlos: lo único que se podía hacer, por el momento. Defender su pensamiento lento y tenaz contra todos los cochinos que intentaban descarriarlo. Hoy, la tía Boningue; mañana, Dottin, el secretario del sindicato de los maestros; pasado mañana, los Pivertistas: era su sino; iría de unos a otros, trataría de hacerlos callar. La tía Boningue le miraría con aire aterciopelado, le hablaría del horror de "derramar sangre" agitando sus manos idealistas. Era una gruesa mujer de una cincuentena de años, coloradota, con un vello blanco en las mejillas, cortos los cabellos y una mirada sencilla y sacerdotal tras sus gafas; vestía chaqueta de hombre con

la cinta de la Legión de Honor en la solapa. Le diré: "Las mujeres no deben empezar a cometer majaderías; en el catorce empujaban a sus hombres dentro de los vagones, cuando lo que procedía era que se tumbaran en los raíles para impedir que el tren saliera, y hoy, cuando puede tener sentido luchar, se dedican ustedes a crear ligas pro paz, se las componen para sabotear la moral de los hombres." Recordó el rostro de Maurice, y Brunet, molesto, se encogió de hombros: "A veces basta una sola palabra para iluminarlos, y yo no he sabido hacerlo." Y, rencoroso, seguía pensando: "La culpa la tiene su mujeruca: todas poseen el arte de hacer preguntas estúpidas." Los empolvados carrillos de Zézette, sus obscenos ojillos, su innoble perfume. Las mujeres se dedicarían a recoger firmas y más firmas, insistiendo zalameras, las gordas palomas radicales, las judías trotsquistas, las oposicionistas S. F. I. O.; se meterían en todas partes con su condenado descaro, verían a una vieja campesina ordeñando y caerían sobre ella metiéndola una estilográfica en su mojada manaza: "Firme aquí, si está usted contra la guerra." *Otra guerra, jamás. Siempre negociaciones. Lo primero es la Paz.* ¿Y qué haría Zézette si de repente le tendieran una estilográfica? ¿Acaso ha conservado reflejos de clase lo bastante sanos para reírse en las narices de esas gordas y benévolas damas? Le ha arrastrado ella por los barrios elegantes. Contemplaba animada las tiendas, se pega un fardo de afeites en las mejillas... Pobrecillo muchacho, no sería bueno que ella se colgase de su cuello para impedirle partir; no necesitan tal cosa... *Intelectual. Burgués.* No puedo tragarla porque se enyesa la cara y se muerde las uñas. No todos los camaradas pueden ser solteros. Se encontraba abatido y pesado; pensó de repente: "La censuro porque se arregla con exageración, porque no me gustan los afeites baratos." *Intelectual. Burgués.* Amarlos. Amarlos a todos y a todas, a cada uno y a cada una, sin distinción. Pensó: "Ni siquiera debería querer amarlos, eso debería ocurrir, así, como si dijéramos, por necesidad, igual que el respirar." *Intelectual.*

Burgués. Separado para siempre. Por mucho que hagamos, nunca tendremos los mismos recuerdos. Joseph Mercier, treinta y tres años de edad, sifilítico hereditario, profesor de Historia Natural en el liceo Buffon y el colegio Sevigné, subía por la calle Royale resoplando y torciendo periódicamente la boca, dejando oír un pequeño chasquido húmedo; tenía un dolor en el costado izquierdo, se sentía desgraciado y pensaba entrecortadamente: "¿Pagarán los sueldos a los funcionarios movilizados?" Miraba sus pies, para no ver todas aquellas caras despiadadas, y tropezó con un hombretón pelirrojo, vestido de franela gris, que le tiró contra un escaparate; Joseph Mercier alzó la mirada y pensó: "¡Qué bestia!" Era una auténtica bestia, una mole, una de esas bestias insensibles y crueles, como el enorme Chamerlier, el de matemáticas elementales, que se burlaba de él en plena clase; uno de esos tipos que no dudan nunca de nada ni de ellos mismos, que nunca han estado enfermos, que no tienen manías, que toman a las mujeres y la vida a manos llenas, que van derechos a sus fines y que de un empellón te envían contra un escaparate. La calle Royale iba suavemente hacia el Sena, y Brunet se deslizaba por ella cuando alguien le esquivó: vio huir a una larva delgada, de nariz roída, con sombrero bombín y un gran cuello de celuloide; pensó en Zézette y en Maurice, volviendo a encontrar su acostumbrada y familiar angustia, su vergüenza frente a esos recuerdos inexpiables, la casa blanca a orillas del Marne, la biblioteca paterna y las largas manos perfumadas de la madre, que le separaban de ellos para siempre.

Era una hermosa tarde dorada, un fruto de septiembre. Stephen Hartley, inclinado en el balcón, murmuraba: "Los amplios y lentos movimientos de la multitud vesperal." Todos aquellos sombreros, aquel mar de fieltro, algunas cabezas desnudas flotaban sobre las olas, "igual que las gaviotas", pensó. Y pensó que así lo escribiría, "igual que las gaviotas"; dos rubias cabezas y una cabeza gris, un bello cráneo rojizo, sobresaliendo de los de-

más, ya atacado por la calvicie; Stephen pensaba: "La multitud francesa", y se sonrió. Multitud pequeña de hombres heroicos y aviejados. Y escribiría: "La multitud francesa espera los acontecimientos con calma y con dignidad." En la primera del *New York Herald*, en gruesos caracteres: "Yo he auscultado la muchedumbre francesa." Hombrecitos, parecía como si nunca los hubiesen lavado del todo bien, las mujeres ostentando sus grandes sombreros, muchedumbres silenciosas, serenas y sucias, doradas por la hora calmosa de un atardecer parisiense entre la Madeleine y la Concorde, a la puesta del sol. Y escribiría: "El rostro de Francia." Y escribiría: "El eterno rostro de Francia." Deslices, cuchicheos que diríase eran respetuosos y embelesados, aunque "embelesados" pudiera parecer exagerado; un gran francés pelirrojo, algo calvo, tranquilo como una puesta de sol, algunos chispazos de sol en los cristales de los automóviles, también algunos estallidos de voces, centelleos de voces, pensó Stephen. Y pensó: "Mi artículo está hecho."

—¡Stephen!—llamó Sylvia detrás de él.

—Estoy trabajando—respondió Stephen secamente, sin volver la cabeza.

—Pero me tienes que contestar, querido—dijo Sylvia—. En el *Lafayette* solo quedan primeras.

—Pues coge primeras o camarotes de lujo—replicó Stephen—. El *Lafayette* es tal vez el último buque que salga para América durante mucho tiempo.

Brunet caminaba muy despacio respirando olores a papel de Armenia; levantó la cabeza y miró las letras de oro ennegrecido que colgaban de un balcón; la guerra estalló: allí estaba, en el fondo de aquella inconsistencia luminosa, inscrita como una evidencia en las paredes de la hermosa ciudad rompible; era una explosión fija que rasgaba en dos la calle Royale; la gente la cruzaba sin verla; Brunet sí la veía. Siempre había estado allí, pero las gentes todavía no lo sabían. Brunet había pensado: "El cielo nos aplastará." Y todo empezó a derrumbarse; él había visto las casas como eran en verdad: caídas de-

tenidas. Un bello almacén soportaba toneladas de piedra y cada piedra, soldada a las otras, caía en el mismo sitio, obstinadamente, desde hacía cincuenta años; algunos kilos más, y el derrumbamiento volvería a empezar; las columnas se retorcerían y se quebrarían en sucios añicos; el escaparate reventaría; montones de piedras se hundirían en el sótano aplastando los fardos de mercancías. Poseen bombas de cuatro mil kilos. A Brunet se le oprimió el corazón: hace un rato, todavía las fachadas estaban perfectamente alineadas y en ellas había una humana sonrisa mezclada con el polvo dorado del crepúsculo. Todo se había apagado: cien mil kilos de piedra; algunos hombres erraban entre amontonamientos estabilizados. Soldados entre las ruinas, ¡quién sabe si morirá! Percibió huellas negruzcas en las mejillas enyesadas de Zézette. Paredes polvorientas, tabiques con boquetes abiertos y papelitos rectangulares azules o amarillos por los suelos en algunos sitios, placas de lepra por todos; ladrillos rojos en los escombros, losas invadidas y abombadas por malas hierbas. Más allá, barracones de madera, campamentos. Y aún más allá, construcciones de amplios cuarteles, monótonas, lo mismo que en los bulevares exteriores. A Brunet volvió a oprimírsele el corazón: "Quiero a París", pensó angustiado. La evidencia se borró de repente y la ciudad se rehízo en torno suyo. Brunet se detuvo: se sintió azucarado por una cobarde dulzura y pensó: "Si no estallara la guerra. ¡Si no hubiese guerra!" Y dirigió su ávida mirada a los grandes portalones, al deslumbrante escaparate de Driscoll, a los tapices azul-rey de la cervecería Weber. Al cabo de un momento, se avergonzó, volvió a emprender su camino, al tiempo que pensaba: "¡Quiero mucho a París!" Lo mismo que Pilniak, que en Moscú, quería mucho sus vetustas iglesias. Tiene razón el partido cuando desconfía de los intelectuales. La muerte está inscrita en los hombres, la ruina lo está en las cosas; vendrán otros hombres que reconstruirán París, que reconstruirán el mundo. Yo le diré: "¿De modo que anhela usted la paz a cualquier precio?" Le hablaré

con dulzura, mirándola fijamente, y le diré: "Es preciso que las mujeres nos dejen tranquilos. No es este el momento de incordiar a los hombres con sus bobadas."

—Me gustaría ser hombre—dijo Odette.

Mathieu se apoyó sobre el codo. Ahora estaba completamente moreno. Preguntó sonriente:

—¿Para jugar a los soldaditos?

Odette enrojeció.

—Nada de eso—replicó violentamente—. Pero me parece idiota ser mujer en estos momentos.

—No debe de ser nada fácil—admitió él.

Había adoptado ella una vez más el aspecto de una cotorra: los términos que empleaba siempre se revolvían contra ella. No obstante, le parecía que Mathieu no habría podido censurarla, si hubiera logrado hacerse comprender. Podría haberle dicho que los hombres la desconcertaban siempre cuando hablaban de la guerra delante de ella. No se mostraban naturales, sino con excesiva seguridad, cual si quisieran hacerle comprender que era un asunto de hombres, pese a lo cual daban a entender que siempre esperaban algo de ella: algo como un arbitraje por ser mujer y no tener que ir al frente, permaneciendo, por tanto, por encima de la lucha. ¿Qué podía ella replicarles? ¿Qué decirles? ¿Quedaos? ¿Idos? No tenía ella que decidir precisamente porque no tenía que partir. O bien hubiera tenido ella que decirles: "Haced lo que os plazca." Pero ¿y si no sabían lo que querían? Por eso ella se inhibía haciendo como si no les entendiera; les servía el café o los licores, rodeada de sus exaltadas y decididas voces. Suspiraba; tomó en sus manos un puñado de arena caliente y blanca y la desparramó sobre su morena pantorrilla. La playa estaba desierta, el mar relucía susurrando. En la terraza de madera del *Provençal,* tres mujeres jóvenes, en pantalones masculinos, tomaban el té. Odette cerró los ojos.

Tumbada encima de la arena, envuelta en un calor sin estación, sin edad: el calor de su infancia, cuando cerraba los ojos, acostada en esta misma arena, jugando a hacer

de *salamandra* en el fondo de una gran hoguera roja y azul. Igual calor e idéntica caricia húmeda del bañador; le parecía sentirlo humear suavemente al sol; la misma quemadura de la arena en la nuca; como años atrás, se fundía con el sol, el mar y el aire; ya no encontraba ella diferencia entre el presente y el pasado. Se incorporó, abiertos sus ojazos: hoy, existía un verdadero presente; existía esa angustia en la boca del estómago; existía Mathieu, moreno y desnudo, sentado en el suelo y envuelto en su blanco albornoz. Mathieu callaba. Ella anhelaba permanecer también callada. Pero cuando no le obligaba a dirigirle directamente la palabra, ella le perdía; a ello se prestaba él amablemente, después de un momento para preparar su discursito, con su precisa a la par que algo ronca voz; y luego, se ausentaba dejando en prenda su cuerpo, un cuerpo correcto y estilizado. Si, al menos, se pudiera suponer que él se concentraba en agradables pensamientos...; pero él miraba fijamente delante de sí, con gesto que descorazonaba, mientras que sus manazas se dedicaban cuerdamente a hacer castillos de arena. El castillo se derrumbaba, las manos lo reconstruían incansablemente. Mathieu no miraba nunca sus manos; uno acababa poniéndose nervioso.

—Con arena seca no pueden levantarse castillos —dijo Odette—. ¡Hasta los niños lo saben!

Mathieu se rió.

—¿En qué estás pensando?—preguntó Odette.

—Tengo que escribir a Ivich—contestó él—. Y eso me preocupa.

—Nunca hubiese creído que eso pudiera preocuparte —replicó con una sonrisita—. Sueles escribirle cartas como libros.

—Cierto. Pero algunos imbéciles la han asustado. Se ha dedicado a leer los periódicos y, no comprendiendo nada, me pide que se los explique. ¡Fácil va a ser! Confunde a checos y a albaneses, y cree que Praga está a orillas del mar.

—Eso es muy ruso—dijo secamente Odette.

Mathieu hizo una mueca sin añadir palabra, y Odette se sintió antipática. No obstante, él añadió sonriente:

—Lo que todo lo complica es que ella está loca de cólera contra mí.

—¿Por qué?—preguntó Odette.

—Porque soy francés. Vivía tranquila entre franceses y ahora resulta que, de repente, quieren guerrear. Lo cual, para ella, es escandaloso.

—¡Qué bonito!—dijo indignada Odette.

Mathieu adoptó una actitud bonachona.

—Hay que ponerse en su lugar—dijo con dulzura—. Ella nos censura porque nos colocamos en situación de convertirnos en muertos o heridos. A su juicio, los heridos carecen de tacto porque nos obligan a pensar en sus cuerpos. En lo fisiológico, como ella dice. Siente horror por lo fisiológico, en ella y en los demás.

—¡Vaya monadita!—murmuró Odette.

—Es sincera—arguyó Mathieu—. Pasa días enteros sin alimentarse, porque comer le repugna. Cuando por la noche tiene sueño, toma café para no dormirse.

Odette no replicó, pero pensó: "Lo que merece es una buena azotaina." Mathieu seguía moviendo sus manos en la arena, con ademán poético a la vez que idiota. "Ella no comerá nunca, pero yo estoy segura de que oculta en su cuarto enormes tarros de confitura. Los hombres son demasiado bobos." Mathieu volvió a sus castillos de arena; había vuelto a estar ausente, solo Dios sabía por cuánto tiempo: "Yo como carne de vaca y duermo cuando tengo sueño", pensó ella amargamente. En el tablado del *Provençal*, los músicos interpretaban la *Serenata portuguesa*. Eran tres. Italianos. El violinista no era del todo malo; cerraba los ojos cuando tocaba. Odette estaba emocionada; siempre le agradaba la música al aire libre, tan tenue, tan fútil. Particularmente en aquel momento: toneladas de calor y de guerra pesaban sobre los mares, sobre la arena, y seguía ascendiendo directamente al cielo aquel chillido de ratón. Odette se volvió hacia Mathieu que-

riendo decirle: "Me gusta mucho esta música." Pero se calló: tal vez Ivich detestara la *Serenata portuguesa.*

Las manos de Mathieu se inmovilizaron y el castillo de arena se derrumbó.

—Me gusta mucho esta música—dijo él levantando la cabeza—. ¿Qué es lo que tocan?

—La *Serenata portuguesa*—dijo Odette.

Las seis y diez en Godesberg. El anciano esperaba. En Angulema, en Marsella, en Gante, en Dover, se pensaba: "¿Qué hace? ¿Habrá bajado? ¿Estará hablando con Hitler? Podría ser que en este mismo momento estuviesen los dos ocupándose de arreglarlo todo." Y esperaban. El anciano esperaba también, en el salón, con las persianas medio cerradas. Estaba solo, eructó y se acercó a la ventana. La colina, verde y blanca, bajaba al río. El Rhin deslizaba sus aguas completamente negras; parecían una carretera de asfalto después de haber llovido. El anciano eructó una vez más; tenía la boca amarga. Se puso a tamborilear el cristal con los dedos, y las moscas, asustadas, revolotearon en torno suyo. Hacía un calor blanco y polvoriento, envolvente, escéptico, anticuado, un calor con gorguera, del tiempo de Federico II; en el fondo de este calor, un viejo inglés se aburría, un viejo inglés del tiempo de Eduardo VII y todo el resto del mundo estaba en 1938. En Juan-les-Pins, el 23 de septiembre de 1938, a las cinco y diez de la tarde, una obesa dama vestida de blanco se sentó en un sillón plegable, se quitó las gafas azules y se puso a leer el periódico. Era el *Petit Niçois.* Odette Delorme contemplaba la cabecera de grandes caracteres: "Sangre fría" y, con algún esfuerzo, pudo descifrar el subtítulo: "M. Chamberlain dirige un mensaje a Hitler." Y se preguntó: "¿Acaso tengo yo *en verdad* horror de la guerra?", y pensó: "No, no; no del todo." Se hubiera sentido verdadero horror, se hubiese levantado de un salto, se hubiese dirigido a toda prisa a la estación y hubiese gritado extendiendo los brazos: "¡No partáis! ¡Quedaos en vuestros hogares!" Se vio durante un instante rígida, brazos cruzados, gritando..., y de ella se apo-

deró el vértigo. Luego se tranquilizaría comprendiendo que era incapaz de tan grosera indiscreción. Nada hasta el fin. Una mujer normal, una francesa, razonable y discreta, con un montón entero de consignas, y, entre ellas, la de no pensar nada hasta el fin. En Laon, en una habitación sombría, una jovencita rencorosa y escandalizada rechazaba la guerra con todas sus fuerzas, ciegamente, obstinadamente. Odette decía: "¡La guerra es algo horrible!", añadiendo: "Pienso continuamente en los cuitados que parten." Pero todavía no pensaba nada: esperaba sin impaciencia; sabía que pronto le dirían todo lo que procedería pensar, decir y hacer. Cuando mataron a su padre, en 1918, le dijeron: "Tenía que ser: hay que aceptarlo", y en seguida se acostumbró a llevar sus velos de luto con una tristeza orgullosa y a plantar en los ojos de la gente una clara mirada de huérfana de guerra. En 1924, su hermano caía herido en Marruecos y volvió cojo; a Odette le dijeron: "Tenía que ser; sobre todo, no hay que lamentarse"; pero Jacques, algunos años después, le diría: "Es curioso, yo hubiera creído que Etienne sería más entero; jamás se ha conformado con su invalidez y se ha agriado su carácter." Jacques partiría, Mathieu también partiría y todo tenía que ser como era, de ello estaba segura. Por el momento, todavía titubeaban los periódicos; Jacques decía: "Sería una guerra estúpida", y *Candide* afirmaba: "No vamos a batirnos porque los alemanes de los Sudetes quieran llevar medias blancas." Sin embargo, pronto el país entero no sería más que una inmensa aprobación: las Cámaras aprobarían por unanimidad la política del gobierno. *Le Jour* ensalzaría a nuestros heroicos *poilus*. Jacques diría: "Los obreros son admirables"; los transeúntes se dirigirían sonrisas piadosas y cómplices en las calles: habría llegado la guerra. También Odette la aprobaría, tejiendo pasamontañas de punto. Ahí estaba él, como escuchando la música; sabía lo que en realidad había que pensar, pero no lo confesaba. Escribía a Ivich cartas de veinte carillas para explicarle la situación. Pero a ella, a Odette, nada le explicaba.

—¿En qué estás pensando?
Se sobresaltó Odette:
—No pienso en nada.
—No eres normal—dijo Mathieu—. Yo sí he contestado a tus preguntas.
Sonriente, inclinó ella la cabeza; pero no tenía ganas de hablar. Ahora parecía él completamente despabilado; la miraba.
—¿Qué sucede?—preguntó ella, algo molesta.
El no respondió. Se reía, extrañado.
—¿Te has dado cuenta de que yo existía?—dijo Odette—. Y te has quedado de una pieza. ¿Acaso no es así?
Cuando Mathieu reía, arrugaba los ojos y cobraba el aspecto de un niño chino.
—¿Crees que puedes pasar inadvertida?—preguntó él.
—No soy una acompañante activa ni ruidosa—comentó Odette.
—No; tampoco muy habladora. Además, haces lo posible por que se te olvide. Pues bien, has fracasado; aun cuando te muestres seria y formal, mirando al mar sin hacer más ruido que un ratón, siempre se sabe que estás presente. Así es. En el teatro eso se llama "presencia"; hay actores que poseen esa virtud y otros que carecen de ella. ¡Y tú sí la posees!
Odette se puso colorada y dijo con viveza:
—Las rusas te han echado a perder. La presencia debe de ser una cualidad muy esclava. Pero no creo que ese sea mi estilo.
Mathieu la estudió con seriedad y preguntó:
—¿Cuál es tu estilo?
Odette notó que sus ojos se inquietaban y agitaban en sus órbitas. Dominó su mirada y la llevó a contemplar las uñas pintadas de sus pies. No le agradaba que se hablase de ella.
—Soy una burguesa—contestó alegremente—; una burguesa francesa, algo poco interesante.
No pareció que le hubiese convencido, por lo que, enérgica, añadió para cerrar la discusión:

—¡Cualquier cosa!

Mathieu no respondió. Ella le miró de reojo: sus manos volvieron a frotar la arena. Odette se preguntaba qué torpeza podía haber cometido. Porque, aunque hubiera sido por pura cortesía, él debería haber protestado un poco.

Al cabo de un momento oyó la voz suavizada y ronca de Mathieu:

—Es duro sentirse cualquier cosa, ¿verdad?

—A todo se acostumbra una—dijo Odette.

—Lo creo así, aun cuando yo no acabo de acostumbrarme.

—Pero tú no eres cualquier cosa—contestó rápidamente Odette.

Mathieu contemplaba el castillo que había edificado. Esta vez había logrado una bella obra que se sostenía sin sujetarla. La barrió de un manotazo.

—Siempre es uno cualquier cosa—dijo. Y se echó a reír—. ¡Qué tontería!

—¡Con qué tristeza lo dices!—dijo Odette.

—No con mayor que los demás. Todos estamos algo nerviosos por esta amenaza de guerra.

Ella levantó la cabeza como queriendo hablar, pero tropezó con su mirada, una hermosa mirada tranquila y tierna. Calló ella. Cualquier cosa: un hombre y una mujer mirándose en una playa; pero la guerra estaba ahí, les rondaba; había descendido hasta ellos y los igualaba a los demás, a todos los demás. "Se considera como cualquiera, me mira, me sonríe; pero no es a mí a quien sonríe, sonríe a cualquiera. Nada le pedía ella, excepto que no hable y que permanezca anónima, como de costumbre." Tenía que permanecer callada. Si ella le dijera: "No eres cualquiera; eres hermoso, fuerte, novelesco. No te pareces a nadie." Y si la creyera, eso se le escaparía entre los dedos, volvería a sus ensueños, tal vez habría osado amar a otra, por ejemplo, a esa rusa que tomaba café cuando tenía sueño. Odette tuvo un sobresalto de orgullo y empezó a hablar. Habló velozmente:

—Esta vez sería horrible.

—Sobre todo sería una memez—dijo Mathieu—. Van a destruir todo lo que puedan tocar: París, Londres, Roma... ¡Vaya un panorama!

París, Roma, Londres. Y la villita de Jacques, blanca y burguesa, al borde del agua. Odette se estremeció y miró al mar. El mar no era más que un vaho centelleante; desnudo y moreno, encorvado hacia adelante, un esquiador náutico se deslizaba, por encima de es vaho, arrastrado por una canoa automóvil. Ningún hombre podría destruir ese centelleo luminoso.

—Por lo menos eso subsistirá—dijo ella.

—¿Qué es lo que subsistirá?

—Eso, el mar.

Mathieu sacudió la cabeza.

—Ni siquiera eso.

Ella le miró sorprendida: no siempre comprendía muy bien lo que él quería decir. Pensó preguntarle sobre eso, pero, de pronto, decidió marcharse. Dio un brinco, se puso las sandalias y se envolvió en su albornoz.

—¿Qué haces?—preguntó Mathieu.

—Tengo que irme—contestó ella.

—¿Así? ¿Tan de repente?

—Acabo de acordarme de que he prometido a Jacques un ajiaceite para esta noche. Madeleine no podrá desenvolverse sola.

—Por otra parte, es raro que permanezcas mucho tiempo en el mismo sitio—dijo Mathieu—. Pues bien: yo voy a zambullirme otra vez en el agua.

Ella subió por los escalones enarenados. Al llegar a la terraza, se volvió. Vio a Mathieu, que corría hacia el agua. "Hace bien; yo no sé estar quieta", pensó ella. Siempre partir, siempre volver, siempre fugarse. En cuanto se complacía permaneciendo en algún sitio, se turbaba y se sentía culpable. Miraba al mar y pensaba: "Siempre tengo miedo." Tras ella, a cien metros, se hallaba el chalé de Jacques, la obesa Madeleine, el ajiaceite que había que preparar, la excusa, la comida; continuó su camino.

Preguntaría a Madeleine: "¿Cómo está su mamá?" Madeleine contestaría: "Lo mismo", resoplaría un poco, y Odette le diría: "Hay que hacerle un caldito; también le dará una pechuga de pollo, quitando el ala antes de servir, y cerciórese de que lo come." Madeleine respondería: "Ay, mi buena señora, no prueba bocado", y Odette replicaría: "Deje que yo lo haga." Se haría cargo del pollo, separaría un ala con sus propias manos y se sentiría justificada. "¿Ni siquiera eso?" Echó el último vistazo al mar. El ha dicho: "Ni siquiera eso." Sin embargo, el mar estaba tan tranquilo que hubiérase dicho el cielo al revés. ¿Qué podían todos contra él? Estaba pastoso y glauco, de color de café con leche, tan liso, tan monótono, el mar de todos los días; ella notaba su olor a yodo y a medicamentos, y *su* mar, *su* brisa marina, los hacen pagar a cien francos diarios; se apoyó con los codos y miró a los niños que jugaban en la playa gris: la pequeña Simone Chassieux corría y reía arrastrando su pierna izquierda presa en un aparato ortopédico. Cerca de la escalera había un crío desconocido para él: era sin duda uno nuevo, increíblemente delgaducho, con unas enormes orejas, y que, con un dedo metido en la nariz, miraba seriamente a tres niñas que hacían montañas con la arena. Agachaba sus hombritos puntiagudos y doblaba las rodillas, pero su voluminoso busto permanecía rígido como la piedra. Esclerosis tuberculosa. "Y por si fuera poco, debe de ser idiota."

—Túmbese—ordenó Jeannine—; extiéndase completamente estirado. ¡Cuidado que está hoy agitado!

Obedeció y miró al cielo. Cuatro nubecillas blancas. Oyó chirriar las ruedas de un carro en la calzada. "¡Qué pronto le encierran a ese! ¿Quién podrá ser?"

—¡Salud, cabecita!—gritó una voz campanuda.

El levantó vivaracho los dos brazos e hizo girar el espejo por encima de su cabeza. Ya habían pasado, pero reconoció el enorme trasero de la enfermera: era Darrieux.

—¿Cuándo te vas a cortar la barba?

—Cuando tú te cortes los huevos—respondió la voz lejana de Darrieux.

Entusiasmado, se echó a reír; Jeannine detestaba las palabrotas.

—¿Cuándo me encierran?

Vio que Jeannine metía la mano en el bolsillo de la blusa blanca y que sacaba un reloj.

—Todavía hay que esperar un cuarto de hora. ¿Se aburre?

—No.

No se aburría nunca. Los tiestos de flores nunca se aburren. Se los saca a tomar el sol cuando lo hay y se los encierra a la caída de la tarde. Nunca se les pide su parecer, nada tienen que decidir, nada que esperar. No se puede imaginar lo absorbente que resulta aspirar aire y luz por todos los poros. El cielo retumbó como un batintín y vislumbró cómo puntitos grises formando triángulo brillaban entre dos nubarrones. Se estiró él y los dedos de sus pies se agitaron: el sonido llegaba a lo largo de grandes planchas de cobre: resultaba agradable y acariciador, parecido al olor del cloroformo cuando os insensibilizan encima de una mesa de operaciones. Jeannine suspiró y él la miró de reojo; ella había levantado la cabeza y parecía alterada; indudablemente algo había que la preocupaba: "¡Naturalmente, la guerra!" Y él sonrió.

—De modo—dijo girando un poco la cabeza—que, por fin, se deciden, los que están de pie, a hacer su guerra...

—Ya sabe lo que le tengo dicho—dijo ella—: si se expresa de ese modo, no le responderé jamás.

Y él se calló, tenía tiempo de sobra; el motor del avión zumbaba en sus oídos, lo oía perfectamente. "A mí no me molesta estar callado." Ella no podía luchar; todos los que pueden andar están siempre inquietos: necesitan andar y moverse. Ella acabó por decir:

—Sí, tengo miedo; va a haber guerra.

Había adoptado los modales de los días de operación: su aspecto de criatura pobre y de enfermera jefe. Cuando ella llegó, el primer día, y le dijo: "Arquee un poco el

cuerpo, que voy a quitarle la cuña", actuaba igual que en este momento. El sudaba, olía su propio olor, horrible olor a tenería; ella, de pie, experta, desconocida, tendía a él sus manos de lujo y toda ella era así, como ahora.

El se lamió suavemente los labios y dijo:

—Parece que está usted alterada.

—¿Le parece así?

—¿Qué puede importarle la guerra? Eso no nos incumbe.

Volvió ella la cabeza y golpeó malhumorada el borde de la camilla. Ella no tenía por qué ocuparse de la guerra. Su obligación era cuidar a los enfermos.

—¡A mí la guerra me importa un bledo!—exclamó él.

—¿Por qué se hace usted el malo?—le preguntó ella con dulzura—. ¡No le agradaría que Francia fuese derrotada!

—Lo mismo me daría.

—Me asusta cuando habla así, señor Charles.

—¿Tengo yo la culpa de ser nazi?—ironizó él.

—¡Nazi!—exclamó ella con desaliento—. ¿Qué cuento está usted inventando? ¡Nazi! Golpean a los judíos y a todos los que no piensan como ellos. Los meten en presidio, incluso a los sacerdotes; han incendiado el Reichstag; son unos gangsters. No hay derecho a decir semejantes cosas; un joven como usted no puede decir que es nazi, ni siquiera en broma.

El conservaba su sonrisita para hacerla picar. No tenía antipatía a los nazis. Eran violentos y sombríos, daban la sensación de querer comerse al mundo: ya se vería hasta dónde llegaban. Ya se vería. Se le ocurrió una idea hilarante:

—Si estallara la guerra, todos estaremos paralelos.

—¡Qué contento parece!—exclamó Jeannine—. ¿Qué se le habrá ocurrido?

Añadió él:

—Los *de pie* están ya cansados de estar así; se tumbarán de bruces en los hoyos. Yo, boca arriba; ellos, boca abajo: todos estaremos paralelos.

Hacía ya mucho tiempo que, inclinándose sobre él, le aseaban, le consolaban, le curaban y le ponían algodones y vendas con sus manos hábiles, mientras él permanecía inmóvil, viendo tanta mano sobre su cuerpo y contemplando sus rostros descubiertos desde las barbillas, las ventanas de sus narices costrosas sobre abultados labios y, en el horizonte, las negras líneas de sus cejas. Bien merecían que les llegara el turno de tumbarse. Jeannine no reaccionaba; estaba menos vivaz que de costumbre. Apoyó suavemente la mano encima de su hombro:

—¡Pícaro!—le dijo, y repitió—: ¡Pícaro, pícaro, so pícaro!

Había llegado el momento de la reconciliación. El dijo:

—¿Qué tenemos para engullir esta noche?

—Arroz cocido, puré de patatas y, por último, una sorpresa que le agrada: ¡rape!

—¿Y, después, de postre? ¿Ciruelas?

—No lo sé.

—Me parece que hoy tocan ciruelas—dijo él—; ayer nos tocó compota de albaricoques.

Más de cinco minutos: se estiró y se hinchó para gozarlos mejor y contempló su trocito de mundo a través de su tercer ojo. Un ojo polvoriento y fijo, con manchas negruzcas: descomponía algo, a menudo, los movimientos; era divertido por eso: se volvían rígidos y mecánicos como en las películas de antes de la guerra. Y en ese crítico momento, una mujer de luto penetró, extendida en una camilla con ruedas, que se deslizó empujada por un chiquillo.

—¿Quién es?—preguntó a Jeannine.

—No la conozco. Creo que vive en "Villa Mon Repos". Ya sabe: esa casa rojiza a orilla del mar.

—¿Donde operaron a André?

—Eso es.

Respiró profundamente. Un sol fresco y sedoso penetraba en su boca, en sus fosas nasales, en sus ojos. "Y ese soldado, ¿qué viene a hacer aquí? ¿Acaso tiene que respirar la atmósfera de los enfermos?" Pasó el soldado re-

flejado en el espejo, rígido como una imagen de linterna mágica; parecía preocupado. Charles se elevó un poco, apoyándose en un codo, y le siguió con curiosidad: "Anda, mueve sus piernas y sus muslos; todo su cuerpo lo sostienen sus pies." Se detuvo el soldado iniciando conversación con una enfermera. "Por lo visto es algún conocido", pensó Charles tranquilizándose. Hablaba pausadamente, con movimientos de cabeza, sin abandonar su aspecto triste. "Se lava y viste sin ayuda de nadie, va donde quiere, precisa ocuparse siempre de él mismo y se encuentra raro porque se sostiene de pie; yo sé lo que es eso. Algo va a ocurrirle. Mañana, vendrá la guerra y a todos les ocurrirá algo. Pero no a mí. Yo soy un trasto."

—Llegó la hora—dijo Jeannine. Le miraba ella con tristeza, llenos los ojos de lágrimas. ¡Qué fea estaba! Pero le dijo:

—¡Cuánto queremos a nuestra muñequita!

—¡Es verdad!

—Pero no me sacudirá igual que a la venida.

—No.

Brotaron las lágrimas y se deslizaron por sus pálidas mejillas. Y él la miró desconfiado.

—¿Qué le ocurre?

Ella no respondió. Se acercó a él sorbiendo y arregló las ropas de su cama; él veía las ventanas de su nariz.

—Me oculta usted algo...

Ella siguió sin hablar.

—¿Qué me oculta? ¿Ha reñido con la señora Gouverné? ¡Vamos, no me gusta que me tomen por un niño!

Ella se irguió y miró con desesperada ternura.

—Va usted a ser trasladado—dijo ella llorando.

Como él no comprendiera muy bien, preguntó:

—¿A mí?

—A todos los enfermos de Berck. Esto cae demasiado cerca de la frontera.

Empezó a temblar. Alcanzó la mano de Jeannine y la oprimió:

—Pero yo quiero quedarme aquí.

—Aquí no quedará nadie—replicó ella con voz mortecina.

Le apretó la mano con todas sus fuerzas.

—¡No quiero!—dijo—. ¡No quiero!

Ella retiró su mano sin decir nada. Se colocó detrás de la camilla rodante y empezó a empujarla. Medio se irguió Charles y se puso a estrujar la colcha con los dedos.

—Pero ¿adónde van a enviarnos? ¿Cuándo nos llevarán? ¿Vendrán con nosotros las enfermeras? Contésteme algo.

Seguía callada y él la oía suspirar encima de su cabeza. Se dejó caer hacia atrás y dijo con voz rabiosa:

—Me van a fastidiar hasta el final.

No quiero mirar a la calle. Milan se ha asomado a la ventana, observa; está sombrío. Todavía no han llegado, pero arrastran sus pies alrededor de la manzana de casas. Los oigo. Me inclino hacia Marikka y le digo:

—¡Ponte ahí!

—¿Dónde?

—Contra la pared. Entre las ventanas.

Ella me dice:

—¿Por qué me han mandado a esta casa?

No respondo; me pregunta:

—¿Quién grita?

No contestó. Los pies siguen arrastrándose. Suenan así: chas, chas, chas... Me siento en el suelo, cerca de ella. Estoy pesada. La cojo en brazos. Milan está a la ventana. Se muerde las uñas, ausente. Y le digo:

—Milan, acércate a nosotras; no sigas en la ventana.

Refunfuña, se asoma por encima de la barandilla y, adrede, se asoma. Siguen los pies arrastrándose. Dentro de cinco minutos estarán aquí, debajo. Marikka frunce sus cejitas.

—¿Quiénes andan?

—Los alemanes.

Lanza un "¡Ah!" y su rostro recobra su pureza. Escucha dócilmente las pisadas de los que arrastran los pies, lo mismo que en clase escucha mi voz, o la lluvia,

o el viento rozando los árboles: porque el ruido está ahí mismo. Yo la miro y ella me corresponde con una pura mirada. Solo esa mirada, no ser más que esa mirada que no comprende, que no prevé. Quisiera estar sorda, que me fascinasen esos ojos, leer el ruido en esos ojos. Un ruido suave, desprovisto de sentido, como el murmullo de las hojas. Yo sé que se trata de pies que se arrastran. Ruido blando; vendrán sigilosos y le maltratarán hasta que él esté blando completamente al filo de sus brazos. Ahora está él ahí, fuerte y duro, mirando por la ventana: le alcanzarán con sus brazos y se volverá blanducho, con gesto idiotizado en su faz destrozada; le golpearán, le tirarán al suelo y mañana se sentirá avergonzado frente a mí. Marikka tirita en mis brazos y yo le pregunto:

—¿Tienes miedo?

Ella dice no con un movimiento de cabeza. No tiene miedo. Está seria, como cuando yo escribo en el negro encerado y ella sigue mi brazo con la mirada y la boca entreabierta. Se aplica: ya comprende a los árboles, al agua y también a los animales que caminan solos, así como a las personas y a las letras del alfabeto. Y ahora esto: el silencio de las personas mayores y esos pies que se arrastran por la calle; eso es lo que hay que comprender. Porque somos un país pequeño. Vendrán, sus tanques atravesarán nuestros campos, dispararán contra nuestros hombres. Porque somos un país pequeño. ¡Dios mío, haz que los franceses vengan a ayudarnos! ¡Dios santo, impide que nos abandonen!

—¡Ya están aquí!—dice Milan.

No quiero verle la cara; me contento con la de Marikka, porque ella no comprende. En nuestra calle: avanzan, arrastran sus pies en nuestra propia calle, gritan nuestro nombre, los oigo. Estoy aquí, sentada en el suelo, pesada e inmóvil; el revólver de Milan está en el bolsillo de mi bata. El mira la cara de Marikka; ella entreabre la boca; sus ojos son puros y ella no comprende.

Caminaba siguiendo los raíles, miraba las tiendas y reía con ganas. Observaba raíles y tiendas, miraba de frente

la blanca calle, guiñaba los ojos y pensaba: "Estoy en Marsella." Las tiendas estaban cerradas, echados los cierres metálicos, y la calle desierta, pero él estaba en Marsella. Se detuvo, se desprendió de su saco, se despojó de su chaquetón de cuero, poniéndolo debajo del brazo; luego se secó la frente y volvió a echarse el saco a la espalda. Tenía ganas de echar una parrafada con alguien. Dijo: "Tengo doce tobas de pitillo y una de puro, en el pañuelo." Los raíles relucían, la larga y blanca calle le asombraba y se dijo: "Tengo en el saco un litro de tinto." Tenía sed y de buena gana se lo bebería, pero más le gustaría beber un chupito en una tasca, si todas no estuviesen cerradas. "¡Nunca lo hubiera creído!", pensó. Volvió a avanzar por en medio de los raíles. Brillaba la calle como un río entre casitas negras. A la izquierda, había numerosas tiendas, pero no se sabía lo que en ellas se vendía, puesto que los cierres metálicos estaban echados; a la derecha, sí que había casas abiertas al aire, pero desiertas y que parecían estaciones y, de trecho en trecho, una pared de ladrillos. Pero era Marsella. Gros-Louis preguntó:

—¿Dónde podrán estar?

—¡Entre rápido!—gritó una voz.

En la esquina de una calleja había una tasca abierta. Un tío fuertote, con tiesos bigotazos, estaba en el quicio gritando: "¡Entre rápido!", e individuos que Gros-Louis no había visto hasta entonces salieron de golpe del suelo y corrieron hacia la tasca. También él echó a correr; los entrantes todos se atropellaban. Gros-Louis quiso entrar tras ellos, pero el tipo de los bigotazos le dio un golpe seco en el pecho con la palma de la mano, diciéndole:

—¡Tú, lárgate!

Un chaval en traje de faena sostenía en sus brazos un velador que abultaba más que él tratando de penetrar en el establecimiento.

—Conforme, tío gordo: ya me voy—dijo Gros-Louis—. ¿No tendrás un chiquito?

—Te he dicho que te las pires.

—Ya me voy, no te apures. No seré yo quien se quede con gente a la que no agrade.

El tío le volvió la espalda, abrió el pestillo exterior de un manotazo y penetró en el café, volviendo a cerrar la puerta. Gros-Louis la miró. En lugar del pomo, se veía un agujero con bordes salientes. Se rascó la cabeza y repitió: "Ya me voy, no te apures." Pese a lo cual volvió a acercarse al cristal y trató de echar un vistazo al interior del café, pero alguien desde dentro corrió los visillos y ya no pudo ver nada. Pensó: "Nunca lo hubiese creído." Veía la calle a la derecha y a la izquierda hasta perderla de vista: los raíles brillaban; y en los raíles, estaba abandonada una vagoneta completamente negra. "Me gustaría entrar en alguna parte", se dijo. También le hubiese gustado echar un trago en una tasca y hablar unas palabras con el tabernero. Y rascándose el cogote, explicó: "No porque yo no tenga costumbre de estar a la intemperie." Pero cuando a la intemperie estaba, habitualmente los demás lo estaban también: las ovejas y los otros pastores, todo era compañía, y cuando no había nadie, pues no había nadie, sanseacabó. Mientras que en este momento él estaba afuera y todos los demás dentro, detrás de sus paredes y de sus puertas sin manillas. Estaba afuera sin más compañía que la vagoneta. Golpeó el cristal del establecimiento y esperó. Nadie le contestó; si no hubiera visto con sus propios ojos entrar gente, hubiese jurado que el café estaba completamente vacío. Dijo: "Me voy", y se fue. Empezaba a mortificarle la sed; nunca hubiera imaginado que Marsella fuese así. Avanzaba con la sensación de que la calle olía a local cerrado. Se preguntaba dónde podría sentarse, cuando oyó un rumor detrás de él, como el de un trashumante rebaño de ovejas. Volvió la cabeza y vio, a lo lejos, una banda de individuos con banderas. "¡Vaya!, voy a verlos desfilar", murmuró. Y se sintió feliz. Precisamente al otro lado de los raíles había algo así como una plaza, una explanada de feria, en la que se veían dos puestos verdes adosados a un paredón. Dijo: "Me voy a sentar ahí, para verlos pasar." Uno de

los puestos era una tienda, en torno de la cual olía a salchichas y a patatas fritas. Gros-Louis vio a un individuo viejo, con blanco delantal, que removía el contenido de una sartén en el interior del puesto. Le pidió:

—Abuelo, dame patatas fritas.

Volvióse el viejo:

—¡Una mierda!—dijo.

—Tengo dinero—dijo Gros-Louis.

—Pues... otra vez ¡una mierda! Tu dinero no me interesa. Voy a cerrar la tienda.

Salió y se puso a dar vueltas a una manivela. Cayó con estrépito una cortina de hierro.

—Todavía no son las siete—dijo Gros-Louis, gritando, para dominar el ruido.

El viejo nada dijo.

—Creí que cerrabas por ser las siete—gritó Gros-Louis.

La cortina de hierro estaba bajada. El viejo quitó la manivela, se estiró y soltó un salivazo.

—Dime, pelmazo: los has visto llegar, ¿no?... Pues bien, ¡yo no quiero dar gratis mis patatas fritas!—dijo, y se encerró en su covachuela.

Gros-Louis volvió a echar una mirada a la puerta verde, luego se sentó en medio de la explanada, se recostó en su saco y se calentó al sol. Recordó que tenía un cuscurro de pan, un litro de vino, doce colillas de pitillo y una de puro y pensó así: "Ha llegado la hora de tomar un bocado." Al otro lado de los raíles los individuos empezaban el desfile, agitaban sus banderas, cantaban y lanzaban gritos. Gros-Louis sacó de su bolsillo la navaja y los estuvo viendo pasar mientras comía. Algunos levantaban el puño y otros le gritaban: "¡Ven con nosotros!", pero él se reía; les saludaba cuando pasaban porque le gustaba el ruido y el movimiento, y eso era para él una distracción.

Oyó ruido de pasos y volvió la cabeza. Un negrazo con los brazos desnudos se le acercó; vestía camiseta color rosa pálido; su pantalón de tela azul aflojaba y se ceñía a sus flacas pantorrillas a cada tranco que daba. No pare-

cía tener mucha prisa. Se detuvo y escurrió con sus manos oscuras y rosadas un bañador. El agua goteaba encima del polvo dejando hoyuelos. El negro enrolló el bañador en una toalla y luego se quedó mirando y silbando plácidamente el desfile.

—¡Eh!—le gritó Gros-Louis.

El negro le miró y le sonrió.

—¿Qué hacen?

El negro se dirigió hacia él balanceándose. Seguía sin tener prisa.

—Son los *dockers*—respondió.

—¿Están en huelga?

—La huelga ha terminado—respondió el negro—. Pero estos quieren reanudarla.

—¡Acabáramos!—dijo Gros-Louis.

El negro se quedó un momento mirándole sin decir nada; parecía ordenar sus pensamientos. Por último, se sentó en el suelo, colocó el bañador sobre sus rodillas y empezó a liar un cigarrillo. Silbaba.

—¿De dónde vienes como estás?—preguntó el negro.

—Vengo de Prades—contestó Gros-Louis.

—No sé dónde cae—dijo el negro.

—¿Conque no sabes dónde cae?—dijo Gros-Louis. Rieron los dos y Gros-Louis explicó—: Yo no me encontraba a gusto allí.

—¿Vienes en busca de trabajo?—preguntó el negro.

—Era pastor. Cuidaba ovejas en el Canigou. Pero ya estaba harto.

El negro movió la cabeza.

—Ya no hay trabajo—afirmó solemnemente.

—Yo lo encontraré—dijo Gros-Louis mostrando sus manos—: puedo dedicarme a cualquier labor.

—Ya se acabó el trabajo—volvió a afirmar el negro.

Callaron. Gros-Louis miraba a las gentes que desfilaban. Gritaban: "¡A la horca, a la horca Sabiani!" Había mujeres con ellos; mujeres sofocadas y desgreñadas; abrían la boca como si fueran a tragárselo todo, pero no se entendía lo que decían, porque los hombres vocifera-

ban aún más fuerte que ellas. Gros-Louis estaba encantado, pues tenía compañía. Pensó que todo aquello tenía gracia. Pasó una mujer gorda, de pechos bailoteantes, con todos los demás. Gros-Louis pensó que no le hubiese disgustado gastarle una broma entre dos comidas y que hubiese podido llenarse las manos... El negro soltó una carcajada tan fuerte que por poco se ahoga con el humo de su pitillo. Reía y tosía al mismo tiempo. Gros-Louis le dio palmadas en la espalda y le preguntó riéndose también:

—¿Por qué te ríes?

—¿Por qué?—contestó él recobrando su seriedad.

—Echate un trago—propuso Gros-Louis.

El negro cogió la botella por el cuello y bebió a gañote. También lo hizo el otro. La calle volvió a quedarse desierta.

—¿Dónde has dormido?—inquirió el negro.

—No lo sé—dijo Gros-Louis—. En una plaza en la que había vagones bajo un cobertizo. Parecía que llevaban carbón.

—¿Tienes dinero?—preguntó el negro.

—Puede que sí—respondió Gros-Louis.

Abrióse la puerta del café y por ella salió un grupo de hombres. Se detuvieron un momento en la calle mirando, protegiéndose los ojos con la mano, hacia los huelguistas que desfilaban. Después, unos se fueron lentamente encendiendo sus pitillos, mientras los demás se quedaron en la calle formando grupitos. Entre ellos había un tipo coloradote y tripudo que gesticulaba. Dijo colérico a un muchachuelo que no parecía muy fuerte:

—Tenemos la guerra en el trasero ¡y tú vienes a hablarnos de sindicalismo...!

Sudaba. No llevaba chaqueta. Su camisa, desabrochada, mostraba dos grandes manchas bajo las axilas. Gros-Louis, volviéndose hacia el negro, le preguntó:

—¿La guerra? ¿Qué guerra?

—¡Un banco!—exclamó Daniel—. ¡Esto es lo que nos hacía falta!

Se trataba de un banco verde, adosado a la pared de la granja bajo la ventana abierta. Daniel empujó la portezuela y entró en el patio. Ladró un perro arrastrando su cadena; una vieja, con una cazuela en la mano, apareció en el umbral de la casa:

—¡Alto ahí!—gritó blandiendo la cazuela—. ¿Qué quieres?

Gruñó un poco el perro y se tumbó sobre su tripa.

—Mi mujer está algo cansada—contestó Daniel quitándose el sombrero—. ¿Tendría usted la bondad de dejarla sentarse en el banco?

La vieja arrugó los ojos desconfiando; tal vez no supiera el francés. Daniel repitió elevando la voz:

—Mi mujer está bastante cansada.

La vieja volvióse hacia Marcelle, que se había apoyado en la portezuela, y su desconfianza se esfumó.

—Naturalmente que su señora puede sentarse. Para eso se han hecho los bancos. No será ella quien desgaste el banco desde el tiempo que ahí está. ¿Vienen ustedes de Peyrehorade?

Marcelle entró a su vez y, sonriente, se sentó.

—En efecto—dijo—. Queríamos llegar hasta el acantilado; pero para mí resulta ahora excesivamente lejos.

La anciana guiñó un ojo pícaramente.

—Pues sí—dijo—; hay que ser prudente dado su estado.

Marcelle se arrimó a la pared, los ojos a medio cerrar, con una sonrisita de felicidad. Después de mirarla con suficiencia el vientre, la vieja se volvió hacia Daniel, sacudió la cabeza y le dedicó una sonrisa amistosa. Daniel crispó la mano sobre el pomo de su bastón y también sonrió. Todos sonreían y el vientre estaba allí, entre ellos, con entera confianza. Un chiquillo salió de la granja a tropezones, se detuvo y posó, perplejo, su mirada en Marcelle. Iba sin pantalones, mostrando sus musletes sonrosados y costrosos.

—Me gustaría ver el acantilado—rogó Marcelle con mimo.

—Pues en Peyrehorade hay un taxi—dijo la vieja—. Pertenece a Lambin, la última casa en la carretera de Bidasse.

—Ya lo sé—dijo Marcelle.

La vieja, dirigiéndose a Daniel, le amenazó con un dedo:

—Señor mío, hay que ser amable con su esposa; es el momento de darle todos los caprichos.

Sonrió Marcelle y dijo:

—Es muy cariñoso. Soy yo la que he querido andar.

Extendió la mano y acarició la cabeza del crío. Le gustaban las criaturas desde hacía una quincena; su interés por ellas le vino de repente. Las acariciaba y las besuqueaba cuando pasaban a su alcance.

—¿Es su nietecito?

—Es el niño de mi sobrina. Va a cumplir cuatro años.

—Es guapo—dijo Marcelle.

—Cuando es bueno—y, bajando la voz, preguntó—: ¿Será niño?

—Ya me gustaría—respondió Marcelle.

La vieja se rió:

—Entonces tiene usted que repetir todas las mañanas la oración de Santa Margarita.

Hubo un silencio encantador, poblado de ángeles. Todas las miradas convergieron en Daniel. Este se apoyó en su bastón y entornó los ojos con ademán modesto y viril.

—Le voy a pedir otro favor, señora—dijo él con dulzura—. ¿Podría darme un tazón de leche para mi mujer? —y, volviéndose hacia esta, le preguntó—: ¿Verdad que tomarías a gusto un tazón de leche?

—Voy a traérsela—dijo la vieja, desapareciendo en la cocina.

—Ven a sentarte a mi lado—dijo Marcelle.

El se sentó.

—¡Qué previsor eres!—dijo ella tomándole la mano.

El sonrió. Marcelle le miraba embelesada y él continuaba sonriendo, disimulando un bostezo que llevó sus labios hasta las orejas, mientras pensaba: "No debía tolerarla que exagere hasta ese punto su estado." El aire era

húmedo, un poco febril; los olores flotaban en madejas como algas; Daniel contemplaba el parpadeo verde y rojizo de un matorral que había más allá de la valla: tenía follaje para llenar nariz y boca. Quince días más. Quince días verdes y temblorosos, quince días de campo. Detestaba el campo. Un tímido dedo se paseaba por su mano con el titubeo de rama balanceada por el viento. Bajó los ojos y contempló el dedo. Era pálido, algo grueso y lucía una alianza. "Ella me adora", penso Daniel. Adorado. Esta adoración se deslizaba en él noche y día, insinuante; le penetraba como los perfumes que exhala la campiña. Medio cerró los ojos y la adoración de Marcelle se fundió con el follaje rumoroso, con el olor a estiércol y a pipirigallo.

—¿En qué piensas?—preguntó Marcelle.

—En la guerra—respondió Daniel.

La vieja traía un tazón de espumosa leche. Marcelle lo tomó en sus manos y bebió a grandes tragos. Su labio superior buscaba el líquido en el extremo del tazón y lo aspiraba produciendo un ruidito. La leche cantaba al pasar por la garganta.

—¡Qué gusto da!—dijo ella suspirando y mostrando un blanco bigote.

La vieja la miraba bondadosamente.

—Leche mantecosa, lo que necesita el nene—dijo la vieja. Las dos rieron como mujeres y Marcelle se levantó apoyándose en la pared.

—He descansado lo suficiente—dijo a Daniel—. Podemos marcharnos cuando quieras.

Daniel, deslizando un billete en la mano de la vieja, dijo:

—Hasta la vista, señora. Quedamos muy agradecidos a su amable hospitalidad.

—Gracias, señora—dijo Marcelle, dedicándole una sonrisa íntima.

—Entonces, hasta la vista. Vaya despacito—recomendó la vieja.

Daniel abrió la portezuela y dejó pasar a Marcelle; esta tropezó con una piedra grande y se tambaleó.

—¡Ay!—gritó a lo lejos la vieja.

—Cógeme del brazo—dijo Daniel.

—Soy tan torpona...—dijo Marcelle confusa.

Ella le cogió el brazo; él sintió contra el suyo su cuerpo cálido y deforme, pensando: "¡Y que Mathieu haya podido desear esto!..."

—Sobre todo—dijo él—, anda despacito.

Setos oscuros. Silencio. Campos. En el horizonte, la masa negra de los pinos. Pasos pesados y lentos de hombres que volvían a las granjas; se sentarían a lo largo de las mesas y tragarían su sopa sin decir palabra. Un rebaño de vacas cruzó el camino. Se espantó una de ellas y empezó a trotar y a saltar. Marcelle se pegó a Daniel.

—¡Qué cosa! Ahora me dan miedo las vacas—dijo ella en voz baja.

Daniel estrechó tiernamente su brazo, aunque pensaba: "¡Vete al diablo!" Respiró ella hondamente y calló. El la miró de reojo y vio sus ojos vagos, su sonrisa adormecida, su beatífico aspecto. "Vaya—se dijo, satisfecho—; se volvió a marchar." Le sucedía alguna que otra vez, cuando el crío se movía en el vientre o al ser presa de una sensación inesperada; entonces debía de sentirse innumerable y hormigueante, una vía láctea. De todos modos se habían ganado cinco minutos largos. Pensó: "Me paseo por el campo, hay vacas paciendo, y esta abultada buena mujer es la mía." Le dieron ganas de reír; en la vida había visto tanta vaca. "¡Tú lo has querido! ¡Tú lo has querido! Deseabas una catástrofe a corto plazo y has sido escuchado." Caminaban despacito, como dos amantes, cogidos del brazo, y las moscas zumbaban en torno de ellos. Un viejo que se apoyaba en una laya, inmóvil en el límite de su campo, les vio pasar y les sonrió. Daniel se dio cuenta de que enrojecía violentamente. En el mismo momento, Marcelle salía de su entorpecimiento.

—¿Crees que habrá guerra?—preguntó ella bruscamente.

Sus ademanes habían perdido su rigidez agresiva, y ahora eran empalagosos y lánguidos. Pero había conservado su voz abrupta y positiva. Daniel miró los campos. Campos, ¿de qué? No sabía distinguir entre uno de maíz y otro de remolacha. Oyó a Marcelle repetir:

—¿Crees que la habrá?

El pensaba: "¡Ojalá la hubiera!" Ella quedaría viuda. Viuda con el niño y seiscientos mil francos en metálico. Sin contar unos cuantos regalos de un marido incomparable. ¿Qué más podía pedir? Se detuvo bruscamente, trastornado por un deseo; oprimió fuertemente su bastón y se dijo: "Dios mío, ¡con tal que estalle la guerra!" Un rayo mortífero que barriera esta dulzura, que trabajase horriblemente estos campos, que hiciera de ellos enormes embudos, que convirtiera estas tierras lisas y monótonas en encrespado mar; la guerra, la hecatombe de los hombres de buena voluntad, la matanza de los inocentes. Ese puro cielo van a destrozarlo con sus propias manos. "¡Cómo van a odiarse! ¡Qué miedo va a invadirles! Y yo cómo me recrearé en ese mar de odios." Marcelle le miraba sorprendida. Y a él le dieron ganas de reír.

—No. No creo que la haya.

Niños en el camino; sus chillonas vocecitas agrias e inofensivas y sus risas. La paz. El sol mariposea en los setos como ayer, como mañana; el campanario de Peyrehorade aparece después de una revuelta del camino. Cada cosa de este mundo tiene su perfume, su sombra nocturna, pálida y larga, y su particular porvenir. Y la suma de todos estos porvenires es la paz: puede tocársela sobre la madera verde apolillada del vallado, sobre el cuello lozano de ese niño; puede leerse en sus ávidos ojos, sube por las ortigas que la luz calienta, se oye en el repicar de esas campanas. Los hombres están agrupados en todas partes alrededor de humeantes soperas, parten el pan, vierten vino en los vasos, limpian sus cuchillos, y sus ademanes diarios constituyen la paz. Ahí está tejida con todos esos porvenires; posee la vacilante obstinación de

la Naturaleza; es la eterna reaparición del sol, la inmovilidad estremecida de los campos, el sentido de los trabajos de los hombres. "No existe gesto alguno que no la llame, que no la realice: hasta los lentos pasitos de Marcelle junto a mí, hasta la tierna presión de mis dedos en el brazo de Marcelle."

Una lluvia de piedras en la ventana: "¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!" Milan apenas tuvo tiempo de echarse hacia atrás. Una voz aguda chillaba su nombre: "¡Hlinka, Milan Hlinka, fuera de aquí!" Alguien cantó: "Los checos son como el piojo en la piel alemana." Las piedras habían llegado al entarimado. Un cascote rompió el espejo de la chimenea, otro cayó encima de la mesa y pulverizó una taza llena de café. El café se escurrió por el hule, goteando hasta la tarima. Milan se adosó a la pared, dirigió su mirada a espejo, mesa y suelo, mientras, bajo la ventana, vociferaban en alemán. El pensó: "Han tirado mi café", y cogió una silla, levantándola por encima de su cabeza.

—¿Qué haces?—le gritó Anna.

—Se la voy a tirar a sus puercas jetas.

—¡Milan, no tienes derecho a hacerlo! ¡No estás solo!

Soltó la silla y miró con extrañeza las paredes de la habitación. Ya no era la misma: la habían destrozado. Un golpe de sangre le subió a los ojos; hundió sus manos en los bolsillos y se repitió: "No estoy solo; no estoy solo."

Daniel pensaba: "Estoy solo." Solo con sus sangrientos sueños en medio de aquella paz sin límites. Los tanques y los cañones, los hoyos llenos de barro que salpicaban los campos, no eran sino una pesadilla de su imaginación. Nunca aquel cielo se cargaría; el porvenir está allí, posado en la campiña; Daniel estaba dentro, como gusano en su manzana. Un solo porvenir. "El porvenir de todos los hombres: lo han edificado como sus propias manos, lentamente, durante muchos años y no me han concedido el menor sitio, ni el más humilde." Lágrimas de rabia empaparon los ojos de Milan, y Daniel se volvió hacia

Marcelle: "Mi mujer, mi porvenir, lo único que me queda, ya que el mundo ha escogido su paz."

¡Caído en la ratonera! Se había incorporado, apoyándose en los antebrazos, y veía desfilar las tiendas.

—¡Vuelva a acostarse!—dijo la voz llorosa de Jeannine—. No continúe dando vueltas y más vueltas a derecha e izquierda: me marea usted.

—¿Adónde nos mandan?

—Ya le he dicho que no lo sé.

—Sabe usted que nos van a evacuar e ignora a qué lugar nos envían. ¡Cualquiera la cree!

—Le juro que nadie me lo ha dicho. ¡No me atormente más!

—Primeramente, ¿quién se lo ha dicho? ¿No es una habladuría? A usted pueden hacerle tragar cualquier bulo.

—Me lo ha dicho el jefe médico de la clínica—respondió Jeannine, de mala gana.

—¿Y no ha dicho adónde nos llevan?

El carricoche rodaba a lo largo de la pescadería Curier; entró, primero los pies, en un olor desabrido y repelente, a pescado.

—¡Más deprisa! Aquí huele a chica que no se lava.

—No..., no puedo ir más deprisa. Cariñito mío, no se agite, se lo ruego; va usted a tener otra vez treinta y nueve—suspiró y dijo como para sus adentros—: Nunca hubiese debido decírselo.

—¡Naturalmente! Y el día de la partida me hubiesen cloroformado o hubiesen dicho que íbamos a jugar una partida...

Volvió a tumbarse porque pasaban frente a la librería Nattier y la detestaba, pues su fachada estaba pintada de amarillo sucio. Y, por si fuera poco, siempre estaba la vieja obstruyendo la puerta de entrada y juntaba sus manos al verle pasar.

—No me sacuda. Tenga cuidado.

"¡Como en una ratonera! Hay quienes podrían levantarse y correr a esconderse en el sótano o en el granero.

Yo no soy más que un fardo; no tienen más que llegar y cazarme."

—Jeannine, tendrá usted que pegar las etiquetas.

—¿Qué etiquetas?

—Las etiquetas de envío: "arriba" y "abajo", "frágil". "Se ruega manejar este bulto con precaución." Me pondrá usted una en el vientre y otra en el trasero.

—Es usted muy malo—dijo ella—. Malo, malo y malo.

—¡Bien está! Supongo que nos harán viajar en tren.

—Claro que sí. Haremos el viaje en tren. ¿Cómo, si no?

—¿En un tren sanitario?

—¡Qué sé yo!—exclamó Jeannine—. Puesto que le digo que no lo sé, no lo voy a inventar.

—No grite, que no soy sordo.

Paró en seco el carricoche y él oyó que se sonaba ella con el pañuelo.

—¿Qué mosca le ha picado para que me pare en plena calle?

Reanudaron las ruedas la marcha por el irregular empedrado. El siguió su charla:

—Sin embargo, ¡cuántas veces nos han dicho que es preciso evitar los viajes por ferrocarril...!

Oyó suspirar de modo inquietante encima de su cabeza y se calló; temió que ella se pusiera a lloriquear. A aquella hora la calle hervía de enfermos: ¡vaya espectáculo un muchachote empujado por una enfermera llorando! Pero una idea cruzó por su mente y no pudo evitar el decir:

—Me horrorizan las poblaciones modernas.

Lo han decidido todo, han querido encargarse de todo. Poseían salud, fuerza y holgura; han votado y han elegido a sus jefes, estaban de pie, cruzaban la tierra con aire importante y preocupado; entre ellos decidían los destinos del mundo, y, en particular, el de los pobres enfermos, que son como niños grandes. Y he aquí el resultado: la guerra. "¡Qué bonito! ¿Por qué he de pagar yo sus culpas necias? Yo estaba enfermo y nadie me

ha pedido mi opinión. Y ahora se acuerdan de que existo y quieren arrastrarme con sus porquerías. Me van a coger por las axilas y por las corvas y me dirán: 'Discúlpanos, perdónanos, hacemos la guerra', y me dejarán en un rincón como a una mierda para que yo no les impida su pimpampum." La pregunta que tenía en la cabeza desde hace más de media hora asomó súbitamente a sus labios. A ella no le agradaría, pero había que formularla:

—¿Acaso nos... acompañarán las enfermeras?

—Sí—contestó Jeannine—. Algunas.

—¿Y usted?

—Yo, no—dijo Jeannine.

El se puso a temblar y dijo con voz sonora:

—Entonces, ¿nos abandona?

—He sido destinada al hospital de Dunkerque.

—Bueno, bueno—dijo Charles—; todas las enfermeras se parecen; se parecen, ¿verdad?

Jeannine no respondió. El irguió un poco el busto y miró en su derredor. Giraba la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha; aquello resultaba muy fatigoso y en sus ojos sentía unos picores secos. Un carrito venía hacia ellos empujado por alto y elegante anciano. En la camilla yacía una joven de demacrado rostro y cabellos dorados; sobre sus piernas habían echado un magnífico abrigo de pieles. Apenas si le miró, echó la cabeza hacia atrás y murmuró algunas palabras que llegaron directamente al inclinado rostro del anciano.

—¿Quién es?—preguntó Charles—; hace mucho que la veo.

—No lo sé—contestó Jeannine—. Creo que es una artista de *music-hall:* primero, una pierna, y, después, un brazo, al parecer.

—¿Lo sabe ella?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿saben los pacientes lo que tienen?

—Nadie lo sabe; el doctor ha prohibido que se lo digan.

—¡Qué lástima!—dijo él burlonamente—. Quizá sabiéndolo fuera ella menos orgullosa.

—Eche un poco de desinfectante ahí dentro—dijo Pierre antes de subir al simón—. Dentro huele a chinches.

El árabe, dócilmente, vaporizó un poco de insecticida sobre las blancas fundas y en los asientos.

—¡Servido!—dijo.

Pierre frunció el ceño:

—¡Hum!—Maud, implorante, le tapó la boca con las manos.

—¡Calla, calla, calla! ¡Ya está bien!

—¡Bueno! Pero si coges algún piojo no me vengas con quejas.

Le tendió la mano para ayudarla a subir y luego se sentó a su lado. Los afilados dedos de Maud le dejaron un calor seco y vivo en la palma de la mano: seguía teniendo calentura.

—Dénos un paseo alrededor de las fortificaciones—dijo Pierre secamente.

Por mucho que se diga, la pobreza le hace a uno vulgar. Por eso Maud era vulgar; Pierre odiaba esa masonería que la unía a los cocheros de punto, a los maleteros, a los guías, a los camareros; siempre les daba la razón, y si se les cogía en flagrante delito, ella se las componía para disculparles.

El cochero propinó un latigazo al caballo y el coche arrancó rechinando:

—¡Vaya carromatos!—dijo riéndose Pierre—. Siempre temo que uno de los ejes se rompa.

Maud se asomaba a la ventanilla contemplando el exterior con sus ojazos graves y observadores.

—Es nuestro último paseo.

—Pues, sí—replicó él—, desde luego.

Se siente poética porque es nuestro último día y porque mañana nos embarcamos. Era molesto, pero él soportaba mejor ese recogimiento que su alegría. No era muy bonita y cuando quería hacerse graciosa, o mostrarse animada, se producía el desastre. "Ya es suficiente", pensaba él. Solo queda pasar la jornada siguiente y los tres días de travesía; y en Marsella, ¡adiós, muy buenas!, y

cada cual se iría por su lado. Se felicitaba por haber podido encontrar un camarote de primera: las cuatro mujeres viajaban en tercera; él la invitaría a su camarote cuando la deseara; pero, tímida como era, nunca se atrevería a subir a primera sin que él fuera a buscarla.

—¿Habéis reservado asientos en el autocar?—preguntó él.

Maud pareció turbada:

—A última hora se decidió que no iríamos en autocar. Nos llevan en coche a Casablanca.

—¿Quién?

—Un conocido de Ruby, un viejo caballero, un caballero encantador, que nos dará una vuelta por Fez.

—¡Qué lástima!—dijo él cortésmente.

El simón salió de Marrakech cruzando la parte europea. Delante de ellos, el inmenso terreno inculto pudríase en seco con sus bidones reventados y sus latas de conservas vacías. El coche avanzaba entre grandes cubos blancos de vidrieras resplandecientes; Maud se puso sus gafas ahumadas y Pierre arrugaba los ojos molestado por el sol. Los cubos, sabiamente colocados uno al lado del otro, no pesaban sobre el desierto; si el viento se desencadenase, se echarían a volar. Uno de ellos ostentaba una placa indicadora: "Calle del Mariscal Lyautey". Pero no existía esa calle, a lo sumo, un pequeño brazo desértico entre dos edificios. Tres indígenas miraban pasar el coche: el más joven era tuerto. Pierre se irguió y los miró con firmeza. Mostrar su fuerza, para no tener que utilizarla. Esta frase no solo valía para las autoridades militares, servía de lema también a los colonos y hasta a los turistas. No era necesario hacer gran ostentación de potencia: no relajarse simplemente, mostrarse erguido. La angustia, que le embargaba desde por la mañana, desapareció. Bajo la estúpida mirada de aquellos árabes, él se creía que representaba a Francia.

—¿Qué encontraremos al volver?—preguntó repentinamente Maud.

El apretó los puños sin contestar. ¡La imbécil! Repentinamente le devolvió su angustia. Y aún insistía:

—Quizá la guerra. Para ti, la partida; para mí, el paro.

A él le horrorizaba oírla hablar de paro con aquel gesto serio, como un obrero. Y, no obstante, ella era segundo violín de la orquesta femenina *Baby's* que hacía giras en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente: aquello podía pasar por una artística profesión. Hizo él un ademán de desagrado:

—Maud, te agradecería que no hablásemos de los acontecimientos. Por una sola vez, ¿me harás caso? ¡Es nuestra última noche en Marrakech!...

Y ella se apretó contra él:

—Es verdad: esta es nuestra última noche...

La acarició sus cabellos, pero sin dejar de tener la boca amarga. No era de miedo, ¡nada de eso! Sabía ser fuerte. No era miedo. Sabía que nunca lo tendría. Más bien era... desencanto.

Ahora el simón recorría las fortificaciones. Maud le señaló una puerta roja encima de la cual se veían copas verdes de palmeras.

—Pierre, ¿te recuerda esto algo?

—Recordarme, ¿qué?

—Hace ahora exactamente un mes. Aquí fue nuestro encuentro.

—Pues es verdad...

—¿Me quieres?

Tenía ella una carita delgada, algo huesuda, con unos ojos inmensos y una boca preciosa.

—Sí; te quiero.

—Dímelo mejor...

Y él, entonces, la besó.

El viejo parecía furioso. Los miraba fijamente frunciendo sus espesas cejas y dijo con tajante tono: "¡Un memorándum! ¡Son sus únicas concesiones!" Horace Wilson movía la cabeza y pensaba: "¿Por qué representa esta comedia? ¿Acaso Chamberlain ignoraba que habría memorándum? ¿No habíase decidido todo la víspera?

¿No habían acortado esta puesta en escena cuando se quedasen solos uno frente al otro, con ese fullero doctor Schmitt?"

—Cógela en tus brazos, a tu pequeña Maud; esta noche me siento muy triste.

La envolvió él en sus brazos y ella, mimosa, le preguntó con voz infantil:

—¿Tú no tienes miedo a la guerra?

El sintió un escalofrío desagradable en la nuca:

—No, pobre hijita; no tengo miedo, no. Un hombre no teme la guerra.

—Pues yo te garantizo que Lucien la tenía miedo—afirmó ella—. Y te diré que eso me ha hecho cogerle asco; verdaderamente, resultaba demasiado cobardica.

El se inclinó y la besó en los cabellos: se preguntaba por qué de repente le habían dado ganas de abofetearla.

—En primer lugar—continuó ella diciendo—, ¿cómo podrá un hombre proteger a una mujer si pasa su vida en continuo canguelo?

—¡Eso no es ser hombre!—afirmó él—. Pero yo sí lo soy.

Le cogió ella la cara entre sus manos y empezó a hablar rozándosela con los labios.

—Sí, señor, usted es un hombre; sí, todo un hombre. Con sus cabellos negros y su negra barba, parece usted tener veintiocho años.

El se desprendió del abrazo sintiéndose dulce a la vez que aburrido; las náuseas le subían desde el estómago hasta la garganta y ya no discernía qué le daba más asco, si el desierto, las paredes de ladrillo encarnado o aquella mujer que se apretaba en sus brazos. "¡Estoy de Marruecos hasta el cogote!" Hubiese ya deseado estar en Tours, en casa de sus padres, que hubiese llegado la mañana y que su madre le trajera a la cama el desayuno. "Pues bien, bajará usted al salón de los periodistas—dijo él a Neville Henderson—y hará el favor de anunciar que, accediendo a los deseos del canciller Hitler, iré al hotel Dreesen alrededor de las ocho y media de la noche."

—¡Cochero—gritó—, cochero! ¡Entre en la ciudad por esa puerta!

—¿Qué es lo que te ocurre?—preguntó Maud sorprendida.

—¡Estoy hasta el cogote de estas fortificaciones!—dijo él violentamente—. ¡Me carga el desierto y me carga Marruecos!

Pero se dominó de pronto y la cogió la barbilla entre sus manos:

—Si eres razonable, iremos a comprarte unas babuchas—dijo.

La guerra no estaba en la charanga de los tiovivos, ni tampoco en las tascas bulliciosas de la calle Rochechouart. El viento ni siquiera soplaba. Maurice sudaba, notaba el calor del muslo de Nénette contra su muslo, se juega una partidilla de cartas y, ¡a otra cosa!; ni estaba en el campo, ni en el temblor inmóvil del caldeado aire encima del seto, ni en el piar constante y blanco de los pajaritos, ni en la sonrisa de Marcelle: se había alzado en el desierto, alrededor de las murallas de Marrakech. Un viento rojo y caliente se había levantado, revoloteaba en derredor del simón, volaba sobre las olas del Mediterráneo, azotaba el rostro de Mathieu; y Mathieu se secaba en la playa desierta, mientras pensaba: "Ni siquiera eso." Y el viento de la guerra soplaba sobre él.

¡Ni siquiera eso! Hacía un poco de frío; pero él no tenía ganas de encerrarse tan pronto. Unos tras otros habían abandonado la playa; era la hora de la cena. Hasta el mismo mar se había despoblado: yacía desierto y solar: una gran luz que se derrumbaba y el trampolín negro del esquí náutico hendiéndola como el pico de un arrecife.

"¡Ni siquiera eso!", pensaba Mathieu. Ella hacía ganchillo, la ventana abierta, en espera de las cartas de Jacques. De cuando en cuando, levantaría ella la cabeza con una vaga esperanza, buscando el mar con la mirada. Su mar: una boya, una zambullida, un poco de agua resonando sobre la cálida arena. Un jardinillo tranquilo y de

humanas dimensiones, con algunas anchas avenidas y múltiples senderos. Y ella seguirá haciendo su ganchillo con idéntica decepción; hubiesen podido hasta cambiarle su mar. El país, tras ella erizado de bayonetas e invadido por los cañones, habría absorbido el litoral; agua y arena se habrían retraído y proseguirían, cada una por su lado, una vida monótona. Alambradas estriando las blancas terrazas con sus sombras estrelladas; cañones en los paseos, entre los pinos; centinelas en los chalés; unos militares recorrerían ciegos esta población acuática desolada. El mar volvería a su soledad. Era imposible bañarse. El agua, militarizada, adquiriría, a la orilla de la playa, un aspecto administrativo; el trampolín, la boya no estarían ya a una distancia apreciable de la tierra; todos los caminos que Odette había trazado en aquellas olas desde su infancia se habrían borrado. Pero no el horizonte, aquel horizonte inhumano, agitado por las olas, con sus batallas navales a cincuenta millas de Malta, con sus racimos de barcos hundidos cerca de Palermo, con sus profundidades surcadas por peces de hierro. El horizonte todo estaría contra ella, y ella descubriría en todas partes, sobre las olas, su glacial presencia y la alta mar se alzaría en ese horizonte como una muralla sin esperanza. Mathieu se irguió; estaba seco. Se dedicó a sacudir el bañador con la palma de su mano. "¡Qué cochina debe de ser la guerra!", pensó. ¿Y después de la guerra? ¡Otro mar tal vez! ¿Un mar de vencidos? ¿Mar de vencedores? Dentro de cinco años, de diez, quizá esté aquí, una noche de septiembre, a la misma hora, sentado en esta misma arena, frente a esta enorme masa gelatinosa, y los mismos rayos rojizos rasgarán la superficie de las aguas. Pero ¿qué vería él?

Se levantó y se envolvió en su albornoz. Ya los pinos de la terraza se mostraban completamente negros contra el cielo. Dirigió una última mirada al mar: todavía no había estallado la guerra; la gente cenaba tranquilamente en sus chalés: ni un cañón, ni un soldado, ni alambradas...; la flota estaba en sus radas, en Bizerta, en Tou-

lon; todavía se podía uno permitir contemplar el mar en flor, el mar de una de las últimas noches de la paz. Pero el mar permaneció inerte y neutral: una gran extensión de agua salada que se agitaba un poco y que no decía nada. Se encogió de hombros y subió por los escalones de piedra; desde hacía unos días las cosas le abandonaban unas tras otras. Había perdido los olores, todos los olores del mediodía, y también los gustos. Y ahora, el mar. "Del mismo modo que las ratas abandonan el barco que va a zozobrar." Cuando llegara el día de zarpar estaría completamente seco y nada le quedaría que lamentar. Volvió despacio hacia el chalé y Pierre saltó fuera del simón:

—Ven—le dijo—, te has ganado tu par de babuchas.

Entraron en los puestos. Ya era tarde; los árabes tenían prisa por llegar a la plaza Djemaa-el-Fnâ antes de la puesta del sol. Pierre se notaba con más empuje; el ir y venir de la multitud le producía un efecto confortante. Miraba a las mujeres con sus velos, y cuando le devolvían su mirada gozaba de la belleza que había en sus ojos.

—Mira—dijo—. Ahí tienes babuchas.

Había de todo en el mostrador, un amasijo de tejidos, de collares, de zapatillas bordadas.

—¡Qué lindo es todo esto!—exclamó Maud—. ¡Parémonos!

Hundió sus manos en aquel revoltijo heterogéneo y Pierre se alejó un poco: no quería ofrecer a los árabes el espectáculo de un europeo absorto en la contemplación de prendas femeninas.

—Elige—dijo él distraídamente—. Elige lo que te agrade.

En el puesto de enfrente vendían libros franceses; se distrajo ojeándolos. Había allí una mezcla de novelas policíacas y de filmes novelados. Oía, a su derecha, chocar anillos y pulseras bajo los dedos de Maud.

—¿Encuentras lo que deseas?—preguntó él asomando su cara por encima del hombro de ella.

—Busco y busco—contestó ella—; hay que meditar.

El volvió a sus libros. Bajo una pila de *Texas Jack* y de *Buffalo Bill* descubrió un volumen con ilustraciones. Era una obra del coronel Picot que trataba de los heridos en la faz; las primeras páginas faltaban y las demás estaban arrugadas. Trató de dejarlo rápidamente en su sitio, pero ya era tarde: el libro se abrió solo; Pierre vio asomar una cabeza horrible, de la nariz al mentón: nada más que un agujero se veía, sin labios ni dientes; el ojo derecho faltaba y una amplia cicatriz desfiguraba la mejilla derecha. Aquel rostro torturado conservaba un sentido humano, un aspecto innoblemente grotesco. Pierre sintió escalofríos en todo el cráneo y se preguntaba cómo una obra semejante había podido llegar hasta allí.

—¡Es un gran libro!—dijo el mercader—. ¡Te va a divertir!

Pierre empezó a hojearlo. Vio individuos sin nariz, sin ojos o sin párpados, con globos oculares saltones como en las láminas anatómicas. Estaba fascinado; miraba una por una las fotografías y se repetía sin cesar: "¿Cómo ha podido llegar esto aquí?" Lo más horripilante era una cabeza sin mandíbula inferior; la superior, que carecía de labio, mostraba la encía con cuatro dientes. Y pensó: "¡Está vivo! Ese individuo está vivo." Elevó los ojos: un espejo lleno de motas encerrado en un marco dorado le devolvió su propia cara y él se quedó mirándola horrorizado.

—Pierre—dijo Maud—; ven, ya he encontrado.

Vaciló él; el libro le quemaba las manos, pero no podía decidirse a arrojarlo al montón de los demás, ni a apartarse de él, ni a volverle la espalda.

—¡Ya voy!—contestó.

Mostró al vendedor con el dedo aquel libro y le preguntó:

—¿Cuánto?

El muchacho se paseaba como una fiera su despachito. Irene tecleaba un artículo interesante acerca de las fechorías del militarismo. Se detuvo y elevó la mirada:

—Me está mareando.

—No me iré —dijo Philippe—. No me iré hasta que me reciba.

Ella se echó a reír.

—¡Cuánta historia! ¿Quiere verle? Pues ahí lo tiene, detrás de la puerta; no tiene más que entrar y lo comprobará.

—¡Perfectamente!—exclamó Philippe avanzando un paso, pero deteniéndose—. Yo... sería una torpeza, le pondría en contra de mí. Irène, por favor, ¿por qué no vuelve usted a pedírselo? Por última vez, le juro que será la última vez.

—¡Cuidado que es usted pelmazo!—dijo ella—. ¡Despréciclo! Pitteaux es un cochino asqueroso. ¿No se da cuenta de que para usted es una verdadera suerte que él no quiera volverle a ver? ¡Solo podría perjudicarle!

—¿Perjudicarme?—replicó él irónicamente—. ¿Acaso se me puede perjudicar? Bien se ve que usted no conoce a mis padres: poseen todas las virtudes, pero yo no he podido heredar más que el partido del Mal.

Irène le miró fijamente:

—¿Cree que yo ignoro lo que él desea de usted?

El muchacho se ruborizó, pero no respondió.

—Ahora que, después de todo...—dijo ella encogiéndose de hombros.

—Irène, vaya a pedírselo—dijo Philippe con voz suplicante—. ¡Vaya! Dígale que estoy en víspera de tomar una determinación capital.

—Le tiene sin cuidado.

—Vaya a decírselo, a pesar de todo.

Empujó ella la puerta y entró sin pedir permiso. Pitteaux levantó la cabeza e hizo una mueca:

—¿Qué pasa?—preguntó con voz tonante.

El no la intimidaba:

—¡Está bien! ¡No hace falta chillar! Es el crío ese. Ya estoy harta de tenerlo siempre encima. ¿Le importaría a usted que le hiciese pasar un minuto?

—¡He dicho que no!—dijo Pitteaux.

—Dice que va a tomar una determinación capital.

—¿Qué carajo puede importarme eso a mí?

—¡Bueno! Pues allá se las arreglen. Yo soy secretaria de usted, pero no la niñera de él.

—Está bien—dijo Pitteaux, echando chispas por los ojos—. Que entre. Conque va a tomar una determinación capital, ¿eh? Pues yo lo que voy a hacer con él es una ejecución capital.

Ella se le rió en las narices y, volviendo hacia Philippe, le dijo:

—¡Ande...!

El muchacho se precipitó, pero ya en la puerta del despacho se detuvo religiosamente y tuvo ella que empujarle para que entrara. Cerró ella la puerta y fue a sentarse en su sitio. Casi al mismo tiempo, al otro lado del tabique empezaron a berrear de lo lindo. Y ella, indiferente, volvió a su tecleo, pues sabía que el pleito estaba perdido para Philippe. Representaba el papel de liberado y, no obstante, se quedaba boquiabierto delante de Pitteaux; este se había aprovechado de eso para hacerse con él, por puro vicio, pues ni siquiera era pederasta. En el último momento, el muchacho había tenido miedo. Era como todos los muchachos: quería tenerlo todo sin dar nada. Ahora suplicaba a Pitteaux que le conservara su afecto, pero Pitteaux le enviaba al cuerno. Ella oía gritar: "¡Vete a la porra! Eres un cobardica, un pequeño burgués, un hijo de papaíto que quiere pasar por un truhán." Ella lanzó una carcajada y tecleó algunas líneas del artículo. "¿Es posible imaginar bestias más siniestras que los jefes superiores que condenaron a Dreyfus?" "¡Vaya paliza que les arrea!", pensó ella, divertida.

La puerta se abrió y se volvió a cerrar de un portazo. Philippe estaba frente a ella. Había llorado. Se inclinó sobre la mesa de Irène señalando el pecho de esta y dijo:

—Ha acabado con mi paciencia—dijo con voz fiera—. No hay derecho a empujarle a uno hasta ese extremo—y echando la cabeza hacia atrás rió a carcajadas—. ¡Oirá usted hablar de mí!

—¡Que eso no te preocupe!—le dijo Irène suspirando.

La enfermera cerró la tapa del baúl: veintidós pares de zapatos. Poco trabajo daría al zapatero. Cuando usaba un par, lo metía en el baúl y compraba otro. Más de cien pares de calcetines, agujereados en talón y el sitio del dedo gordo, seis trajes ajados en el armario y, por añadidura, está sucia la casa: un verdadero chamizo de soltero. Ella podía separarse de él cinco minutos; se deslizó por el pasillo, penetró en el aseo, se levantó las faldas y dejó, como por casualidad, la puerta de par en par. Ella se desahogó rápidamente, oído al acecho, atenta al menor ruido; pero Armand Viguier permanecía perfectamente tumbado, completamente solo en su habitación, extendidas sobre las sábanas sus amarillentas manos; había echado hacia atrás su magra cabeza de dura barba gris y, hundidos los ojos, sonreía con aire distante. Sus cortas piernas se estiraban bajo las sábanas, sus pies formaban uno con otro un ángulo de ochenta grados, y las uñas apuntaban aquellas uñas terribles de sus gordos dedazos que cortaba con una navajita cada trimestre y que desde hacía veinticinco años le agujereaban todos sus pares de calcetines. Tenía escaras en las posaderas, aunque le habían colocado un redondel hueco de caucho bajo los riñones, pero ya no sangraban: estaba muerto. En la mesilla de noche habían quedado sus lentes; y su dentadura postiza, en un vaso de agua.

Muerto. Y su vida entera estaba allí, por doquier, impalpable, acabada, dura y llena como un huevo; tan llena, que ninguna fuerza humana hubiese logrado que un átomo penetrara en ella; tan porosa que París y el mundo la atravesaban, dispersa a los cuatro puntos cardinales de Francia, y toda ella condensada en cada punto del espacio: una feria grande, inmóvil y chillona; allí estaban las risas, los silbidos de las locomotoras y los estallidos de los *shrapnells*, el 6 de mayo de 1917, ese bombardeo sangriento en su cabeza, cuando cae entre las dos trincheras; allí estaban helados los ruidos, y la enfermera al acecho solo oía un susurro debajo de sus faldas. Ella se incorporó, y no tiró de la cadena por respeto al muerto; vol-

vió a sentarse a la cabecera de Armand, atravesando aquel solazo inmóvil que alumbra por siempre un rostro de mujer, en la Grande Jatte, el 20 de julio de 1900 en la canoa. Armand Viguier estaba muerto; su vida flotaba, encerrando dolores inmóviles, una gran raya que cruza de un lado a otro el mes de marzo de 1922, su dolor intercostal, con indestructibles joyitas: el arco iris por encima del muelle de Bercy un sábado al anochecer, ha llovido, la calzada resbaladiza, dos ciclistas pasan riéndose, el ruido de la lluvia en el balcón en una tarde sofocante de marzo, una melodía zíngara que le hace llorar, gotas de rocío que brillaban en la hierba, una bandada de palomitas volando en la plaza de San Marcos. Ella desplegó el periódico, ajustó sus gafas sobre la nariz y empezó a leer: "Ultima hora: M. Chamberlain no ha conferenciado esta tarde con el canciller Hitler." Pensó ella en su sobrino, que seguramente sería llamado a filas, dejó el periódico a un lado y suspiró. Allí estaba la paz, como el arco iris, como el sol de la Grande Jatte, como el rubio brazo rizado por la luz. La paz de 1939 y de 1940 y de 1980, la gran paz de los hombres; la enfermera apretaba los labios mientras pensaba: "Es la guerra", y miraba a lo lejos, fijos los ojos, y su mirada pasaba a través de la paz. Chamberlain movió la cabeza y dijo: "Haré, naturalmente, lo que pueda, pero no abrigo muchas esperanzas." Horace Wilson sintió un desagradable escalofrío en su espalda mientras se decía: "Si fuese sincero..." Y la enfermera pensaba: "Mi marido, en el catorce; en el treinta y ocho, mi sobrino: yo habré vivido entre dos guerras." Pero Armand Viguier sabe que la paz acaba de nacer; Chantal le pregunta: "¿Por qué has luchado tú, no obstante tus ideas?", a lo que él contesta: "Para que sea la última guerra." El 27 de mayo de 1919. Para siempre. El escucha a Briand, que habla desde la tribuna bajo un tibio sol; está perdido entre la multitud de peregrinos sobre los cuales ha descendido la paz. La tocan, la ven, gritan: "¡Viva la paz!" Para siempre. Estaba sentado en una silla de hierro en el jardín del Luxemburgo, mira para

siempre los castaños en flor, la guerra se ha hundido en el pasado, estira sus cortas piernas y observa cómo los niños corretean y piensa que ellos no volverán a sufrir los horrores de la guerra. Los años futuros serán un camino real y tranquilo, el tiempo se abrirá en forma de abanico. Contempla sus viejas manos que el sol calienta y sonríe al pensar: "Gracias a nosotros, ya no habrá más guerras. Ni mientras yo viva, ni nunca." El 22 de mayo de 1938. Nunca más. Charles Viguier había muerto y nadie podía ya ni darle ni quitarle la razón. Nadie podía cambiar el porvenir indestructible de su vida muerta. Un día más, tan solo un día y todas sus esperanzas se derrumbarían tal vez, y entonces descubriría de repente que su vida se había destrozado entre dos guerras, como entre el yunque y el martillo. Pero había muerto el 23 de septiembre de 1938, a las cuatro de la madrugada, después de permanecer siete días en coma. Se había llevado la paz con él. La paz, toda la paz del mundo implacable, inalcanzable. Llamaron a la puerta de entrada. Ella se sobresaltó. Seguramente sería la prima de Angers, su única pariente, a la que había enviado un telegrama la víspera. Abrió la puerta a una mujercita negra, de hocico de rata y pelos cubriéndola el rostro.

—Soy la señora Verchoux.

—¡Ah! Encantada, señora.

—¿Podrá vérsele todavía?

—Claro que sí. Aquí está.

La señora Verchoux se acercó al lecho y miró sus descarnadas mejillas y sus ojos hundidos.

—Ha cambiado mucho—comentó.

Las ocho y media de la noche en Juan-les-Pins; las nueve y media en Praga.

—No desconecten el aparato. Oirá inmediatamente una comunicación muy importante. No cuelgue el aparato. Una comunicación...

—Se acabó—dijo Milan.

Estaba en el hueco de la ventana. Anna no respondía. Ella se agachó y empezó a recoger trozos de cristal. Puso

las piedras más gruesas en su delantal y las tiró por la ventana. La lámpara había sido destrozada, la habitación estaba sombría y azul.

—Ahora—dijo—, voy a dar un buen barrido—repitió—: Un buen barrido—y empezó a temblar—: Todo nos lo arrebatarán—dijo llorando—. Todo lo romperán y nos echarán de aquí.

—¡Calla, por amor de Dios!—suplicó Milan—. ¡No llores!

Se acercó al aparato de radio, giró los mandos y las lámparas se encendieron.

—No hay nada—dijo satisfecho.

Pero la vocecita llenó la estancia, agridulce y mecánica:

—No desconecten el aparato. Oirán inmediatamente una comunicación muy importante...

—Escucha—ordenó Milan con un tono de voz muy diferente—. ¡Escucha!

Pierre no dejaba de andar a grandes pasos. Maud corría para arrimarse a él, apretando bajo el brazo el paquete de sus babuchas. Parecía feliz.

—¡Qué preciosas son!—dijo ella—. Ruby va a morirse de envidia; se ha comprado en Fez un par que no vale la mitad... Además, son comodísimas: te las metes al saltar de la cama y no tienes ni que tocarlas, mientras que las zapatillas son otra cosa. Tienes que andar con algún cuidado para no estropearlas: es preciso arquear los pies, creo, así de esta manera... Se lo preguntaré a la chica del hotel, que es árabe.

Pierre seguía sin responder. Ella le lanzó una mirada inquieta y prosiguió:

—También tú deberías haberte comprado unas iguales, y así no tendrías necesidad de andar siempre descalzo por tu habitación: no ignoras que pueden usarlas los hombres y las mujeres.

Pierre se detuvo en el mismo centro de la calle.

—¡Basta!—le gritó con voz formidable.

También ella se detuvo, desconcertada.

—¿Qué te pasa?

—Pueden usarlas los hombres y las mujeres—dijo Pierre imitándola—. ¡Vamos! ¡Vamos! Bien sabes en lo que yo pensaba mientras charloteabas. Y tú pensabas lo mismo que yo—añadió enérgicamente.

Se pasó la lengua por los labios y sonrió irónicamente. Maud quiso hablar, pero miró y se calló, helada.

—Lo que sucede es que no queremos enfrentarnos con la realidad—prosiguió él—. Sobre todo las mujeres: cuando se les mete una cosa en la cabeza, se apresuran a cambiar de tema. ¿Acaso no es así?

—Pero, Pierre—dijo Maud, desconcertada—. ¿Estás loco? No entiendo ni comprendo lo que dices. ¿En qué crees que estoy pensando?

Pierre sacó un libro del bolsillo, lo abrió y se lo puso delante de las narices.

—¿En esto?—contestó él.

Era una foto de un mutilado, de un tipo que no tenía nariz y que llevaba un esparadrapo en un ojo.

—¿Has..., has comprado eso?—preguntó ella sorprendida.

—¡Pues sí!—contestó Pierre—. ¿Qué pasa? Soy un hombre y nada me asusta: quiero conocer la jeta que tendré el año que viene.

Agitaba la foto delante de los ojos de Maud.

—¿Me querrás tú cuando esté así?

Ella temía comprender, y hubiese dado cualquier cosa por que él callase.

—¡Responde! ¿Me querrás?

—¡Calla!—dijo ella—. Te lo suplico, ¡cállate!

—Esos hombres—dijo Pierre—viven enclaustrados en Val-de-Grace; no salen más que de noche, y aun así protegida su faz con una careta.

Maud quiso arrebatarle el libro de las manos, pero él lo recuperó y se lo metió en el bolsillo. Ella le miró con temblor en los labios, a punto de romper en sollozos.

—¡Por Dios, Pierre! ¿Acaso tienes miedo?—le preguntó dulcemente.

Calló él bruscamente y se la quedó mirando con cara de estúpido. Así, inmóviles, permanecieron un momento hasta que él rompió el silencio con pastosa voz:

—Todos los hombres tienen miedo. Todos. El que no lo tiene, no es normal; no tiene nada que ver con el valor. En cuanto a ti, te diré que no tienes derecho a juzgarme, puesto que tú no tendrás que ir al frente.

Reanudaron silenciosos su camino. Pensaba ella: "¡Es un cobarde!" Y miraba su frente curtida, su nariz florentina, su hermosa boca y volvía a pensar: "Es tan cobarde como Lucien. ¡No tengo suerte!"

El busto de Odette emergía en la luz y su cuerpo se esfumaba en la sombra del comedor; apoyada en el balcón, miraba al mar, mientras Gros-Louis pensaba: "¡Qué guerra!" Caminaba y la luz rojiza del poniente danzaba en sus manos, en su barba y Odette sabía que detrás de ella estaba la excelente habitación bañada en sombra, el buen refugio, el blanco mantel que destacaba débilmente sobre lo negro, pero ella se erguía en plena luz, la luz, el saber y la guerra la penetraban por los ojos, pensaba que él iba a marcharse, la luz eléctrica se coagulaba por paquetes en la fluidez del día que expiraba, paquetes de yema de huevo; y Jeannine había encendido la luz, y las manos de Marcelle se agitaban en la yema bajo la lámpara, pidió sal y las manos trazaron sombras en el mantel, y Daniel dijo que era una fanfarronería, que basta con hacerle frente para que descubra su juego. La cruda luz que raspa los ojos igual que el papel de lija, así sucede en el Sur hasta el último minuto, estamos en mediodía y pronto la noche se echa bruscamente encima, Pierre charlaba, queriendo hacerla creer que había recobrado la calma, pero ella caminaba silenciosa a su lado y fijaba en él una mirada tan dura como la luz. Cuando llegaron a la plaza, temió ella que la invitara a pasar con él la noche, pero él se quitó el sombrero y dijo fríamente:

—Puesto que hemos de levantarnos pronto mañana y tú tienes que hacer todavía las maletas, opino que debes retirarte y acostarte con tus compañeras.

Ella respondió:
—Eso mismo pienso yo.
Y él dijo:
—¡Hasta mañana!
—¡Hasta mañana!—repitió ella, y añadió—: En el barco.
"No desconecte; oirá inmediatamente una comunicación muy importante."
Estaba tumbado, apoyada la nuca en sus manos. Se sentía gris, y dijo:
—¿Quién quiere a su muñequita?
Se estremeció ella, pero respondió:
—Tú...
Tenía miedo, como todas las noches.
—También yo te quiero.
Algunas veces cedía, otras se negaba, pero aquella noche no se atrevería.
—Entonces, ¿se le hará el mimito, el mimito de la noche?
Ella suspiró, avergonzada, resultaba divertido. Por fin dijo:
—Esta noche, no.
El sopló un poco y dijo:
—Pobre muñequita. Está tan agitada, que le haría mucho bien. Para dormir bien, ¿no quiere? ¿No, no quiere? Bien sabes que a mí siempre me calma...
Ella puso cara de enfermera-jefe, como cuando le ponía a hacer sus necesidades; su cabeza se quedó rígida sobre los hombros; no cerraba los ojos, pero era como si se las compusiera para no ver nada, y sus manos, por debajo, le desabrocharon con presteza: manos de especialista... Era risible, por contraste, ver aquel rostro tan triste... La mano se deslizó tan dulce, una verdadera pasta de almendras... Odette se sobresaltó y dijo:
—Me has asustado. ¿Está contigo Jacques?
Charles suspiró, Mathieu respondió que no.
—No—respondió Maurice—, hace falta lo que hace falta.

Había cogido la llave del tablero.

—Todavía huele a caca; es repugnante.

—Es el niño de la señora Salvador—aclaró Zézette—; le manda salir cada vez que recibe a algún tío, y él, para distraerse, se baja los pantalones por todas partes.

Subieron por la escalera:

—No desconecte, una comunicación...

Milan y Anna se acercaron al aparato. Rumores de victoria entraban por las ventanas.

—Ponlo más bajo—dijo Anna—, no hay que provocarles.

La mano suave, dulce como pasta de almendras, y Charles brotó, floreció, el enorme fruto se dilató, la vaina iba a reventar, un fruto completamente levantado hacia el cielo, el techo, un fruto jugoso, toda una primavera de sofocante dulzura; el silencio, el chocar de tenedores y los largos rasgones en la tela del aparato, la caricia del viento al grueso fruto aterciopelado, velludo... Anna, sobresaltada, apretó el brazo de Milan:

"Ciudadanos: El gobierno checoslovaco decide proclamar la movilización general; todos los hombres menores de cuarenta años y los especialistas de cualquier edad deben incorporarse inmediatamente. Todos los oficiales, suboficiales y soldados de la reserva y de la segunda reserva de todas las graduaciones, y todos los que disfrutan permiso deben incorporarse sin demora alguna a sus respectivos centros. Todos deben acudir con trajes usados de paisano, provistos de su documentación militar y de víveres para dos días. La fecha límite para incorporarse a sus respectivos centros de reclutamiento queda fijada a las cuatro y media de la madrugada.

"Todos los vehículos, automóviles y aviones quedan movilizados. La venta de gasolina queda solo autorizada para los poseedores de permisos extendidos por la autoridad militar.

"¡Ciudadanos! El momento decisivo llega. El triunfo depende de todos y de cada uno. Que todos pongan sus

fuerzas al servicio de la patria. Sed valerosos y fieles. Nuestra lucha tiene por bandera la justicia y la libertad.
"¡Viva Checoslovaquia!"

Milan se estiró. Ardía de entusiasmo. Puso las manos encima de los hombros de Anna, y le dijo:

—Por fin, Anna. ¡Ya está! ¡Ya está!

Una voz femenina leyó el decreto en eslovaco. No comprendían más que algunas palabras aisladas, pero sonaba a música militar. Anna repitió:

—¡Por fin! ¡Ya está!—y lágrimas rodaron por sus mejillas.

Después volvieron a comprender: *Die Regierung hat entschlossen* dicho en alemán. Milan dio una vuelta al botón y la radio se puso a gritar, la voz chocaba en las paredes sus odiosas canciones, sus ruidos festivos, saldría por las ventanas hasta romper los cristales de los Jäegerschmitt, iría a buscarlos hasta su salón al estilo de Munich, sorprendiendo la reunión familiar, y les dejaría helados hasta los huesos. El olor a meados y a leche agria le había esperado y lo aspiró ampliamente, penetró en él como un escobazo y le purificaba de los rubios y aseaditos perfumes de la calle Royale, era olor de la miseria, era su olor. Maurice se plantó frente a la puerta de su habitación mientras que Zézette echaba la llave y Odette decía alegremente:

—¡A la mesa! ¡A la mesa!

—Jacques, vas a tener una sorpresa.

El se encontraba fuerte y duro; había vuelto a recobrar el mundo de la cólera y de la rebeldía; en el piso segundo los chiquillos gritaban porque su padre había vuelto borracho a casa y en la vivienda de al lado se oían los pasitos menudos de Maria Pranzini, cuyo marido, un fontanero, se había caído de un tejado, el pasado mes. Ruidos, colores, olores..., todo parecía real; él había despertado, había vuelto a encontrar el mundo de la guerra.

El anciano se volvió hacia Hitler. Miraba aquel rostro de niño malo, aquella cara de mosca, y se encontraba as-

queado hasta el fondo de su alma. Ribbentrop entró, pronunció algunas palabras en alemán y Hitler hizo una seña al doctor Schmitt.

—Sabemos—dijo el doctor Schmitt en inglés—que el gobierno de Benés acaba de decretar la movilización general.

Hitler extendió silencioso los brazos como hombre que deplorase que el acontecimiento viniera a darle la razón. El anciano sonrió amablemente y una roja llamita se encendió en sus ojos. Una roja llamita, una llamita de guerra. Solo le faltaba ponerse mohíno y, como el *Führer*, extender los brazos como queriendo decir: "¡Vaya! ¡Esas tenemos!", y la pila de platos cuyo equilibrio sostenía desde hacía diecisiete días se derrumbaría por el suelo. El doctor Schmitt le miraba con curiosidad pensando que debía de ser tentador extender los brazos, cuando se sostenía en ellos una pila de platos desde hacía diecisiete días, y se decía: "Este es el momento histórico", y pensaba que habían llegado a su último recurso, a la libertad completamente desnuda de un viejo comerciante de Londres. Ahora, el *Führer* y el anciano se miraban silenciosos y ya no se necesitaba ningún intérprete. El doctor Schmitt dio un paso hacia atrás.

Se sentó en un banco de la plaza Gélu y colocó el banjo junto a él. Había una sombra azul bajo los plátanos, había músicas y era el ocaso del día; los mástiles de los pesqueros emergían de tierra, derechos, negros; al otro lado del puerto, centenares de ventanas centelleaban. Un chiquillo dejaba escapar el agua de la fuente; unos negros vinieron a sentarse en el banco vecino y le saludaron. No tenía hambre, no tenía sed; se había bañado detrás del rompeolas y había encontrado a un tipo alto, hirsuto, que parecía haber caído de la Luna y que le había ofrecido bebida, todo lo cual le parecía bien. Sacó el instrumento de su estuche, tenía ganas de cantar. Un instante, solo un instante; tose, carraspea; va a cantar dentro de un instante. Chamberlain, Hitler y Schmitt esperaban la guerra en silencio, y la guerra iba a estallar

dentro de un instante, el pie se había hinchado, pero eso se arreglaba, dentro de un instante lo sacará del zapato, Maurice, sentado en la cama, tiraba del zapato con todas sus fuerzas, y dentro de un instante, Jacques terminaría de tomarse su sopa, y Odette dejaría de oír aquel pequeño y molesto susurro, los fuegos artificiales, el hormigueo de los cohetes dispuestos a ser disparados; dentro de un instante los soles se filtrarían girando hacia el techo, y su muñeca, dentro de un instante, olería a ajenjo, y una cola caliente y abundante inundaría sus piernas paralizadas, y la voz, rica y tierna, subiría a través de las hojas de los plátanos. Un instante: Mathieu comía, Marcelle comía, Daniel comía, Boris comía, Brunet comía; poseían almas instantáneas que llenaban hasta los bordes pequeñas y empalagosas voluptuosidades; un instante, y entraría ella acorazada de acero, temida por Pierre, aceptada por Boris, deseada por Daniel: la guerra, la gran guerra de los *de-pie,* la loca guerra de los blancos. Un instante: había estallado en la habitación de Milan, se escapaba por todas las ventanas, penetraba ruidosamente en casa de los Jäegerschmitt, rodeaba las fortificaciones de Marrakech, soplaba en el mar, hundía los edificios de la calle Royale, llenaba las narices de Maurice con su olor a meados y a leche agriada; en los campos, en los establos, en los patios de las granjas ella no existía; se jugaba a cara o cruz entre los espejos de cuerpo entero, en los salones artesonados del hotel Dreesen. El anciano se pasó la mano por la frente y con voz apagada, inexpresiva, dijo:

—Está bien, como ustedes quieran: vamos a discutir uno por uno los artículos de su memorándum.

Y el doctor Schmitt comprendió que el tiempo de los intérpretes había vuelto.

Hitler se acercó a la mesa y la hermosa y grave voz subió hacia el aire puro; en el quinto piso del hotel Massilia, una mujer que tomaba la fresca en su balcón la oyó y dijo:

—Gómez, ven a oír al negro. ¡Es encantador!

Milan pensó en su pierna y su alegría se apagó; estrechó con fuerza el hombro de Anna y dijo:

—A mí no me querrán; ya no valgo para nada.

Y el negro cantaba.

Charles Viguier había muerto; sus dos pálidas manos yacían estiradas encima de la sábana, las dos mujeres le velaban charlando sobre los acontecimientos, pues habían simpatizado en seguida; y Jeannine cogió una toalla esponjosa, se secó las manos y luego se puso a frotarle los muslos, Chamberlain decía: "En lo que respecta al primer párrafo, presentaré dos objeciones", y el negro cantaba: *Bei mir, bist du schön,* lo cual significa: "Es usted para mí la más bonita."

Dos mujeres se detuvieron, él las conocía, Anina y Dolores, dos putas de la calle Lacydon. Anina le dijo:

—¿Pero tú cantas?

Y él no respondió, seguía cantando, las mujeres le sonrieron y Sarah llamó impaciente:

—Gómez, Pablo, venid de una vez. ¿Qué estáis haciendo? Hay un negro cantando, es encantador.

SABADO 24 DE SEPTIEMBRE

EN Crevilly, alrededor de las seis, el tío Croulard entró en la gendarmería y llamó en la puerta del despacho. Pensaba: "Me han despertado." También pensaba decirles: "¿Por qué me han despertado?" Hitler dormía, Chamberlain dormía, su nariz hacía una musiquilla de pífano, Daniel se había sentado en la cama sudando a chorros y pensaba: "Se trata de una pesadilla."

—¡Adelante!—ordenó el teniente de los gendarmes—. ¡Ah!, ¿es usted, tío Croulard? Pues hay que darse prisa.

Ivich lanzó un gemido y se volvió sobre un costado.

—Es el pequeño quien me ha despertado—dijo el tío Croulard. Miró rencoroso al teniente y añadió—: La cosa tiene que ser grave...

—Tío Croulard—dijo el teniente—. Tiene usted que correr más que un galgo.

Al tío Croulard no le era simpático el teniente. Le respondió:

—Yo no sé lo que es correr más que un galgo. Solo sé correr con mis pies.

—Tiene que correr más que un galgo—repitió el teniente—. Lo dicho. ¡Nos han hecho polvo!

Sin el bigote hubiese parecido una chica. Usaba lentes y tenía carrillos colorados, como la maestra. El busto inclinado hacia adelante, extendidos los brazos, se apoyaba en la mesa con la punta de los dedos. El tío Croulard le miraba y pensaba: "El es quien ha mandado que se me despierte."

Preguntó el teniente:

—¿Le habrá dicho que traiga el engrudo?

El tío Croulard llevaba el bote colgado a la espalda; se lo mostró al teniente sin pronunciar una palabra.

—¿Y las brochas?—preguntó el teniente—. Hay que darse prisa y no dispone de tiempo para ir a su casa a cogerlas.

—Las brochas están en mi blusa—dijo el tío Croulard dignamente—. He sido despertado bruscamente, pero no hubiese nunca olvidado coger las brochas.

El teniente le tendió el rollo:

—Pegará uno en la fachada del Ayuntamiento, dos en la plaza Mayor y otro en la casa del notario.

—¿Del notario Belhomme? Está prohibido pegar allí carteles—dijo el tío Croulard.

—¡A la porra con esas!—dijo el teniente. Estaba nervioso y alegre al decir—: Me hago responsable; de todo me hago responsable.

—De modo que eso de la movilización, ¿va de veras?

—¡Digo!—dijo el teniente—. ¡Va a haber fregado, tío Croulard, va a haber fregado!

—¡Bah! Lo que es usted y yo, quedaremos aquí.

Llamaron y el teniente fue a abrir con presteza. Era el alcalde. Llevaba todavía los zuecos, pero se había puesto el fajín encima de la blusa. Dijo:

—¿Qué me ha dicho el muchacho?

—Aquí están los carteles—se limitó a decir el teniente.

El alcalde se caló las gafas y desenrolló los carteles. Leyó en voz baja: "Movilización general" y depositó deprisa los carteles sobre la mesa, como si temiese quemarse. Comentó:

—Estaba en el campo y he ido a ponerme el fajín.

El tío Croulard alargó la mano, enrolló los carteles y guardó el rollo debajo de la blusa. Dijo al alcalde:

—Ya me lo dije yo: no es costumbre llamarme tan temprano.

—Fui a ponerme el fajín—repitió el alcalde, y añadió inquieto dirigiéndose al teniente—: No hablan de requisición.

—Hay otro cartel—dijo el teniente.
—¡Santo Dios!—exclamó el alcalde—. ¡Dios santo! ¡Santo Dios! ¡La cosa vuelve a empezar!
—Yo estuve en la guerra—dijo el tío Croulard—. ¡Cincuenta y dos meses sin un rasguño!—arrugó los ojos porque tal recuerdo le satisfizo.
—Está bien—dijo el alcalde—. Fue usted a la otra, pero no irá a esta. Y, además, a usted las requisiciones le tienen completamente sin cuidado.
El teniente golpeó la mesa autoritariamente.
—Hay que hacer algo—dijo—. Hay que hacerlo saber.
El alcalde parecía como extraviado. Acariciaba el fajín con ambas manos, mientras se hacía el importante.
—El tamborilero está enfermo—explicó.
—Yo sé tocar el tambor—dijo el tío Croulard sonriendo—y puedo sustituirle.
Sonrió: desde hacía diez años era su sueño, ser tamborilero.
—¿De tamborilero?—preguntó el teniente—. ¡A rebato, es a lo que va usted a tener que tocar!
Chamberlain dormía, Mathieu dormía, el cabileño recostó la escalera de mano en el autocar, cargó la maleta sobre su hombro y empezó a subir sin agarrarse al pasamanos, Ivich dormía, Daniel sacaba sus piernas del lecho, y una campana sonaba sin cesar en su cabeza, Pierre miraba la planta de los pies, rosa y negro, del cabileño mientras pensaba: "Es la maleta de Maud." Pero Maud no estaba allí: se marcharía un poco más tarde con Doucette, con France y con Ruby en el coche de un viejo muy rico que estaba enamorado de Ruby. En París, en Nantes y en Mâcon unos individuos pegaban en las paredes carteles blancos y en Crevilly tocaban a rebato. Hitler dormía, Hitler era un niñito, tenía cuatro años, y le habían vestido con su traje nuevo; pasó un perrito negro, y quiso atraparlo con su cazamariposas. Tocaban a rebato y la señora Reboulier despertó sobresaltada y dijo:
—Algo se está quemando.
Hitler dormía, tijereteaba un pantalón de su padre en

minúsculas hilachas. Leni von Riefenstahl entró, recogió las hilachas y dijo:

—Te las haré comer en ensalada.

Tocaban a rebato, tocaban sin cesar y Maublanc dijo a su mujer:

—Apostaría a que la serrería está ardiendo.

Salió a la calle. La señora Reboulier, en camisa color rosa, detrás de los visillos, le vio pasar, le vio que intentaba adelantar al cartero que corría. Maublanc gritó:

—¡Eh, Anselme!

—¡Es la movilización!—gritó el cartero.

—¿Qué es lo que dice?—preguntó la señora Reboulier a su marido, que se le había acercado—. ¿No se trata de algo que está ardiendo?

Maublanc miró los dos carteles y los leyó a media voz; luego, dio media vuelta y regresó a su casa. Su mujer obstruía la entrada y él dijo:

—Di a Paul que enganche el carricoche.

Oyó un ruido y se volvió: era Chapin, montado en su carro, y le dijo:

—No está mal; pronto has dejado la faena. ¿Tanta prisa tenías?

Chapin, sin contestar, le dirigió una mirada. Maublanc miró detrás del carro: dos bueyes caminaban a paso lento, atados con cabestros a la trasera del carro. Y dijo en voz baja:

—¡Qué animales tan buenos!

—¡Y que lo digas!—dijo Chapin, colérico—; puedes decir que son estupendos.

Seguían tocando a rebato, Hitler dormía, y el viejo Fraigneau decía a su hijo:

—Si se me llevan los dos animales y a ti, ¿cómo podré trabajar?

Nanette llamaba a la puerta y la señora Reboulier le dijo:

—¿Es usted, Nanette? Asómese a la plaza para averiguar por qué tocan a rebato.

Y Nanette respondió:

—¿Pues no lo sabe la señora? Hay movilización general.

Como todas las mañanas, Mathieu pensaba: "Como todas las mañanas." Pierre se había pegado al cristal. Veía desde la ventana a los árabes sentados en el suelo o encima de cofres multicolores que esperaban el coche de Ouarzazat; Mathieu había abierto los ojos, unos ojos de recién nacido, todavía ciegos, y pensaba: "¿Para qué?", como todas las mañanas. Una mañana de terror, una flecha de fuego disparada sobre Casablanca, sobre Marsella; el autocar trepidaba bajo sus pies, el motor giraba; afuera, el chófer, un tipo alto con gorra de paño *beige* y visera de cuero, terminaba tranquilo su pitillo. Pensaba: "Maud me desprecia." Una mañana como todas las mañanas, estancada y vacía, una ostentosa ceremonia cotidiana con bombo y platillos y pública salida de sol. Antaño había habido otra clase de mañanas: los comienzos; sonaba el despertador, Mathieu se levantaba de un bote, duros los ojos, lozano como la llamada de un clarín. No había ya comienzos, nada que emprender. No obstante, había que tratar de levantarse, compartir la ceremonia, trazar, bajo aquel calor caminos y senderos, realizar todos los ritos del culto, como un sacerdote que hubiese perdido la fe. Sacó las piernas del lecho, se irguió, se quitó el pijama. "¿Para qué?"... Y se dejó caer de espaldas, completamente desnudo, las manos bajo la nuca; empezaba a distinguir el techo a través de una bruma pálida. "Acabado. Completamente acabado. Antaño, yo llevaba las jornadas sobre mis hombros; las transportaba de una a otra orilla, ahora son ellas las que me arrastran." El autocar trepidaba bajo sus pies, golpeaba, el suelo abrasaba, tenía la sensación de que ardían las suelas de sus zapatos, el corazón acobardado de Pierre se agitaba, palpitaba, batía sobre las tibias almohadas, el cristal quemaba, y, pese a todo, tiritaba de frío y pensaba: "Ya empezamos." Todo acabará en un hoyo, cerca de Sedán o de Verdún y, sin embargo, todo acababa de empezar. Ella le había dicho: "¿Es que eres un cobarde?", mirándole despreciativamente. Volvió a ver la carita seria y febril, sus

ojos oscuros, sus labios apretados; tuvo una corazonada y el autocar arrancó. Todavía hacía fresco; Louison Corneille, la hermana de la guardabarrera, llegada de Lisieux para ayudar a su hermana enferma y atender el hogar, salió a la carretera con el fin de levantar la barrera del paso a nivel, y dijo: "¡Cómo quema!" Se encontraba de buen humor porque estaba prometida. Hacía dos años que estaba prometida, pero cada vez que lo recordaba se ponía contenta. Dio vueltas al torno, y, de repente, se detuvo. Tenía la seguridad de que había alguien en el camino, detrás de ella. No había tenido la idea de mirar al salir de la casa, pero estaba segura. Al fin se volvió y quedó sin aliento: allí había más de cien carros, carrillos, carretas tiradas por bueyes y viejas tartanas que esperaban inmóviles, formando larga cola. Los conductores, rígidos, sentados en los pescantes, tralla en mano, con duro semblante, silenciosos; otros, a caballo; otros, a pie, tiraban de un buey al extremo de un cordel. Aquello era tan raro, que ella tuvo miedo. Dio una rápida vuelta a la manivela y se echó a un lado del camino. Los mozos soltaron unos latigazos a sus caballerías y los carros desfilaron ante ella, y el autocar rodaba por estepas rojas, y los árabes alborotaban a su espalda. Pierre dijo:

—Malditos grullos. Pierdo la serenidad cuando los oigo detrás. Siempre me pregunto qué es lo que estarán tramando.

Pierre echó una mirada al fondo del vehículo: estaban amontonados, silenciosos, ya verdes y grises, con los ojos cerrados. Una mujer con velo se había dejado caer entre sacos y bultos; sus párpados cerrados se adivinaban a través del velo, y él pensó: "¡Es triste! Dentro de cinco minutos empezará la vomitona, porque esta gente carece de estómago." Louison los conocía al pasar: eran de Crevilly, todos mozos de Crevilly; ella hubiese podido nombrarlos uno por uno, si bien no mostraban sus acostumbrados rostros: el muchachote colorado era Chapin hijo, con quien ella había bailado en Saint-Martin, y le gritó:

—¡Eh! Qué orgulloso vas, Marcel.

El volvió la cabeza y la miró con gesto desafiante. Pero ella le dijo:

—¿Qué? ¿Es que vas de juerga?

El replicó:

—Demonio, pues sí, quizá tengas razón: ¡menuda juerga!

Cruzó los raíles la carreta dando tumbos, con los dos bueyes que le seguían, dos magníficos bueyes, por cierto. Otras carretas pasaron que ella vio, protegiéndose los ojos con la mano. Reconoció a Maublanc, a Tournus, a Cauchois, que no le prestaron atención alguna; pasaban muy estirados en sus asientos, llevando los látigos como cetros; su aspecto era el de reyes malos. Se acongojó ella y les gritó:

—¿Es que hay guerra?

Pero nadie respondió. Desfilaban en sus carromatos traqueteantes, seguían los bueyes con cómica nobleza. Desaparecieron los vehículos, unos tras otros, en la revuelta del camino, y ella aún permaneció mirando, protegiendo sus ojos con su mano en visera para mirar hacia donde salía el sol. El autocar corría como el viento, rodaba, tomaba las curvas ruidosamente, ella pensaba en Jean Matrat, su novio, que hacía el servicio militar en Angulema, en un regimiento de gastadores; volvieron a surgir las carretas, moscas en la blanca carretera, pegadas a la falda de la colina. El autocar avanzó entre las rocas pardas, curva tras curva, y, con cada viraje, los árabes eran proyectados unos contra otros y proferían patéticos suspiros y lamentos. La mujer del velo se irguió súbitamente, y su boca, invisible bajo la blanca gasa, dejó escapar horribles imprecaciones; levantó hasta encima de la cabeza unos brazos gordos como muslos, que terminaban en manos cortas y gordezuelas con bailarinas y pintadas uñas; acabó arrancándose el velo, se asomó a la ventanilla y empezó a vomitar entre lamentos. "¡Lo que faltaba—se dijo Pierre—, lo que faltaba! Nos van a vomitar encima." Las carretas no avanzaban: daban la sensación de haber sido

englutidas por la carretera. Louison las estuvo contemplando largo rato hasta cerciorarse de que se movían, que una tras otra se asomaban a la cima de la colina para seguidamente desaparecer de nuevo. Louison dejó caer su mano, y sus ojos, deslumbrados, parpadearon, y se metió en casa para ocuparse de los críos. Pierre pensaba en Maud y Mathieu pensaba en Odette; había soñado con ella; estaban cogidos por la cintura y cantaban la barcarola de los *Cuentos de Hoffmann* sobre el tablado del *Provençal*. Ahora estaba desnudo y sudando en su cama mirando al techo; Odette le hacía compañía. "Si no muero de aburrimiento, a ella se lo deberé." Un líquido blancuzco temblaba aún en sus ojos, un poco de ternura temblaba todavía en su corazón. Una ternura blanca, una triste y pequeña ternura del despertar, un pretexto para permanecer tumbado de espaldas unos instantes más. Dentro de cinco minutos, el agua fría correría por su nuca y ojos, la espuma del jabón enjabelgaría sus oídos, el dentífrico empaparía sus encías y ya no tendría ternuras para nadie. Colores, luces, olores, sonidos. Luego, palabras raras, palabras hasta la noche. Mathieu... Mathieu era un porvenir. Ya el porvenir no existe. Mathieu no existe más que en sueños, entre las doce de la noche y las cinco de la madrugada. Chapin pensaba: "¡Qué dos animales tan soberbios!" La guerra, no le importaba un comino; ya se vería en qué quedaba todo aquello. Pero ¡aquellos magníficos animales! Los cuidaba desde hacía cinco años, los había castrado él mismo y ese recuerdo le martirizaba. Soltó al caballo un latigazo y le hizo girar hacia la izquierda: su carricoche pasó lentamente al lado del de Simenon.

—¿Qué te pasa, hombre?—dijo este.

—¡Que estoy hasta el cogote!—contestó Chapin—. Tenía que haber llegado ya.

—Vas a cansar a tus animales—dijo Simenon.

—Ahora eso me importa ya un pepino—le replicó Chapin.

Le entraron deseos de dejarlos a todos detrás; se puso

en pie, hizo un chasquido con la lengua y empezó a gritar: "¡Arre! ¡Arre!", distribuyendo latigazos a troche y moche. Dejó atrás la carreta de Popaul, y también la de Poulaille.

—¿Es que te crees en las carreras?—preguntó Poulaille.

Chapin no le contestó, pero Poulaille insistió:

—¡Ten cuidado con tus pobres animales, los vas a reventar!

Y Chapin pensó: "¡Ojalá reventaran!"

Golpeaban. Chapin iba en cabeza y los demás le seguían y golpeaban con los látigos a sus caballos por espíritu de imitación; seguían golpeándolos y Mathieu acabó por levantarse, frotándose los ojos; seguían golpeándolos; el autocar hizo una brusca maniobra para no atropellar a un árabe que viajaba en bicicleta, cargado de una musulmana gorda y tapada con su velo.

Seguían golpeando, y Chamberlain se sobresaltó diciendo:

—¡Hola! ¿Qué sucede? ¿Quién llama?

Y una voz respondió:

—Excelencia, son las siete.

A la entrada del cuartel había una barrera de madera. Un centinela estaba de guardia en la barrera. Chapin tiró de las riendas y gritó:

—¡Bueno, bueno, coño!

—Alto ahí, vamos—replicó el centinela—; ¿de dónde sale usted con tanto brío?

—¡Ya está bien!—exclamó Chapin señalando la barrera—; ¡levántela!

—No estoy autorizado—dijo el soldado—. ¿De dónde viene?

—Te digo que la levantes.

Un sargento salió del cuarto de banderas. Todos los carricoches se habían parado; les echó una mirada y lanzó:

—¿Qué carajo vienen a hacer aquí?

Chapin contestó:

—¡Vaya pregunta! ¡Que nos han movilizado! ¿Acaso no hacemos falta ya?

—¿Traes el volante?—preguntó el sargento. Chapin comenzó a buscar en su bolsillo mientras el militar examinaba a todos aquellos chicarrones silenciosos y sombríos, inmóviles en los pescantes, que parecían cuadrarse y presentar armas, y el suboficial se sintió orgulloso sin saber por qué. Dio un paso al frente y gritó—: Y los demás, ¿tienen también su volante? ¡Mostrad las cartillas militares!

Chapin encontró por fin su documentación. El sargento la ojeó:

—¡Pedazo de cabestro!—le espetó—. ¿Tienes el volante número tres? Has corrido demasiado. La próxima vez te tocará.

Chapin respondió terco:

—¡Le digo a usted que estoy movilizado!

—¡Por lo visto, estás más enterado que yo!—fue la salida del militar.

—Pues, sí, lo estoy—contestó colérico Chapin—. Lo he leído en el cartel.

Detrás de los dos, los demás se impacientaban. Poulaille gritaba:

—Acabemos. ¿Entramos o no?

—¿En el cartel?—dijo el sargento.

—¡Míralo, tu cartel, si sabes leer!

Chapin soltó su látigo, saltó a tierra y se acercó a la pared. Había tres carteles. Dos en color: "¡Enganchaos en el ejército colonial!", y en uno, completamente blanco, se leía: "Llamada inmediata a filas de determinadas categorías de reservistas." Lo leyó lentamente y, meneando la cabeza, dijo:

—Este no es el cartel que han pegado en nuestro pueblo.

Maublanc, Poulaille y Fraigneau se habían también apeado de sus respectivos vehículos. Leyeron el cartel y dijeron:

—Este no es el nuestro.

—¿De dónde sois?—preguntó el sargento.

—De Crevilly—respondió Poulaille.

—Pues ¡cualquiera sabe!—dijo el militar—, pero tengo idea de que al frente de la gendarmería de Crevilly tenéis un perfecto imbécil. Para terminar, entregadme vuestras cartillas y seguidme. Veremos lo que dice el teniente.

En la plaza Mayor de Crevilly, frente a la iglesia, las mujeres rodeaban a la señora Reboulier, que tantos bienes dispensaba al pueblo; allí estaban Marie, Stéphanie, la mujer del oficinista, y Jeanne Fraigneau. Marie lloraba silenciosamente; la señora Reboulier se había puesto su gran sombrero negro y hablaba agitando la sombrilla:

—No hay que llorar, Marie; hay que apretar los dientes. Ya le devolverán a su marido, ya lo verá con citaciones en la orden del día y con medallas. Y tal vez no sea él quien más sufra, ¡no le quepa duda! Porque esta vez todo el mundo ha sido movilizado: las mujeres y los hombres.

Apuntó el Este con su sombrilla y se creyó veinte años más joven.

—¡Ya lo verá usted! ¡Ya lo verá! Puede que la guerra la ganen los paisanos.

Pero la tal Marie se había sumido en su empalagosa testarudez. La congoja la levantaba los hombros y, a través de sus lágrimas, contemplaba el monumento a los caídos, conservando un silencio irritante.

—¡A sus órdenes!—decía el teniente apretando el auricular al oído—. ¡A sus órdenes!

Y la voz blanca y furiosa seguía inagotable:

—¿Dice usted que se han ido? Pues bien, amigo mío: la ha hecho usted buena. No se lo oculto, ¡es un golpe como para destrozarle!

El tío Croulard cruzaba la plaza con su bote de engrudo, sus brochas y un rollo de papeles blancos bajo el brazo. Marie le gritó:

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

Y la señora Reboulier notó, impaciente, que en sus ojos brillaba una estúpida esperanza. El tío Croulard se reía a sus anchas, mostraba el rollo y decía:

—No es nada: ¡que el teniente ha equivocado los carteles!

El teniente colgó el aparato y se sentó; no le sostenían las piernas. Aquella voz todavía resonaba en sus oídos: "Es un golpe como para destrozarle." Se levantó y se acercó a la ventana abierta: en la pared de enfrente lucía el cartel tan campante, húmedo aún, blanco como la nieve: "Movilización general." Le subió la cólera a la garganta mientras se decía: "Yo le dije bien claro que quitase este el primero y, por lo visto, es el último que ha retirado." Se puso a caballo en el borde de la ventana, saltó a la calle, corrió hasta el cartel y lo rasgó. El tío Croulard metió la brocha en el engrudo, la señora Reboulier veía con sentimiento al teniente raspar y raspar la pared llenándose las uñas de bolitas de pasta blanca; Blomart y Cormier se habían quedado en el cuartel; los demás habían vuelto a sus caballerías y se miraban inseguros; tenían ganas de reír y de encolerizarse, se sentían vacíos como al siguiente día de mercado. Chapin se acercó a sus bueyes y les acarició los lomos. Tenían el morro y el cuello llenos de baba y pensó con tristeza: "De haberlo sabido, no los hubiese cansado tanto."

—¿Qué hacemos?—preguntó Poulaille detrás de él.

—No podemos volver tan pronto—contestó Chapin—; es preciso que los animales descansen.

Fraigneau miraba al cuartel que tantos recuerdos le traía, dio un codazo a Chapin y dijo riéndose maliciosamente:

—¡Oye! ¿Y si hiciésemos una visita?

—¿Adónde quieres que vayamos, muchacho?—preguntó Chapin.

A lo que Fraigneau replicó:

—Pues ¿adónde hemos de ir? ¡Al burdel!

Los mozos de Crevilly le rodearon dándole palmaditas en los hombros; reían y decían:

—¡Qué grande es este Fraigneau! ¡Siempre tiene buenas ideas!

Hasta Chapin dijo, desarrugando el ceño:

—Muchachos, yo sé dónde está. No tenéis más que volver a vuestros carricoches y seguirme, que allí os llevaré.

Las ocho y media. Un esquiador daba ya vueltas en torno al trampolín, arrastrado por una canoa automóvil; de cuando en cuando, Mathieu oía el ronquido del motor y luego la canoa se alejaba, el esquiador se convertía en un punto negro y ya nada se oía. El mar, liso, duro y blancuzco, parecía una desierta pista de patinaje. Dentro de un rato se haría azul, se oiría el chapoteo de las olas, sería profundamente líquido, sería el mar de todo el mundo, lleno de gritos, salpicado de cabecitas negras. Mathieu cruzó la terraza y siguió durante unos momentos el paseo. Todavía estaban cerrados los cafés. Pasaron dos autos. Había salido sin rumbo concreto: para comprar el periódico, para aspirar el espeso olor a salitre y a eucalipto que se respiraba en el puerto... En una palabra: para matar el tiempo. Odette dormía aún, Jacques trabajaba hasta las diez. Se metió en una calle comercial que conducía a la estación. Dos inglesitas se cruzaron con él y se rieron; cuatro personas estaban reunidas en torno a un cartel. Mathieu se unió al grupo por pasar un rato más. Un hombrecillo de barbilla meneaba la cabeza. Mathieu leyó:

"Por orden del Ministro de la Defensa Nacional y de la Guerra y del Aire, los oficiales, suboficiales y hombres de tropa de la reserva, portadores de una orden o de volante blanco de movilización con el guarismo 2 sobreimpreso, se pondrán en camino inmediatamente, sin demora, sin esperar notificación individual.

"Se presentarán en el lugar de convocatoria indicado en el volante o cartilla de movilización en las condiciones expresadas en este documento.

"Sábado, 24 de septiembre de 1938, a las nueve.

"El Ministro de Defensa Nacional, de la Guerra y del Aire."

"Vaya, vaya, vaya", dijo el caballero en son de censura.

Mathieu le sonrió y volvió a leer atentamente el cartel. Se trataba de uno de esos documentos aburridos, pero cuyo conocimiento es útil y que desde hacía algún tiempo llenaban los periódicos bajo el epígrafe "Declaración del Foreign Office" o "Comunicación del Quai d'Orsay". Nunca se leían de un tirón. Mathieu leyó: "Se presentarán en el lugar de convocatoria indicado...", y pensó: "Pero ¡si yo tengo el volante dos!" Y de repente, el cartel se fijó en su imaginación, como si hubiese escrito su nombre en la pared con un trozo de tiza, con insultos y amenazas. Movilizado: allí estaba escrito, en la pared —tal vez se podía leer también en su propia cara—. Se ruborizó y se alejó precipitadamente. "Volante dos. Me estoy haciendo interesante." Odette le miraría disimulando su emoción. Jacques adquiriría su aspecto dominical y le diría: "Amigo, no tengo que decirte nada." Pero Mathieu seguía creyéndose modesto y no tenía ningún deseo de convertirse en interesante. Giró a la izquierda al llegar a la primera calle que encontró y aligeró el paso: en la acera de la derecha un grupito oscuro se movía frente a un cartel. En toda Francia. De dos en dos. De cuatro en cuatro. Frente a millares de carteles. Y en cada grupo, por lo menos habría un individuo que palpara cartera y cartilla militar a través del tejido de la chaqueta y que llegase a creer que se convertía en algo interesante. Calle del Correo. Dos carteles. Dos grupos. Hablaban de él. Se metió en una larga y sombría callejuela. Estaba seguro de que por lo menos aquella calle se había librado de los pegacarteles. Se encontraba solo, podía dedicarse a pensar en él mismo, y se dijo: "¡Ya está!" Ya está: esta jornada plena y redonda, que debía morir de vejez, apaciblemente, allí mismo, se alargaba súbitamente, como flecha, se hundía en la noche ruidosamente, avanzaba en la negrura, en el humo y por las desiertas campiñas a través de un tumulto de ejes y de ruedas, deslizándose en ella como un tobogán y no se detendría hasta que la noche acabara, en París, en la estación de Lyon. Ya las luces artificiales llamaban a las del día: las futuras luces de las

estaciones nocturnas. Y también un dolor impreciso: el dolor futuro y seco de los insomnios. Ello no le molestaba; ni eso ni otras cosas... Tampoco le alegraba; de todos modos formaba parte de lo anecdótico, de lo pintoresco. "Tendré que preguntar a qué hora sale el tren para Marsella", se dijo. La callejuela le condujo, sin que se diese cuenta, a la Corniche. Desembocó de repente en la plena luz y se sentó en la terraza de una cervecería que acababa de abrir sus puertas. "Un café y la guía del ferrocarril." Un caballero de bigote blanco llegó y se sentó cerca de él. Le acompañaba una mujer ya madura. El caballero desplegó *L'Eclaireur de Nice* y la dama dio cara al mar. Mathieu la miró durante un momento y se entristeció. Pensó él: "Tendré que arreglar mis asuntos. Instalar a Ivich en París, en mi piso, darle un poder con el fin de que pueda cobrar mi sueldo." Apareció la cabeza del caballero por encima del periódico. Dijo: "¡La guerra!" La dama suspiró sin contestar; Mathieu se fijó en los brillantes y cuidados carrillos del caballero, en su chaqueta de *tweed,* en su camisa de rayas violeta, y pensó: "¡La guerra!"

La guerra. Algo que solo estaba unido a él por un hilillo se desprendió, se encogió y cayó hacia atrás. Era su vida: estaba muerta. Muerta. Se volvió y la miró. Viguier estaba muerto, con la mano extendida sobre la blanca sábana; una mosca vivía en su frente y su porvenir se extendía hasta perderse de vista, ilimitado, fuera de alcance, fijo como su mirada, fijo bajo sus párpados muertos. Su porvenir: la paz, el porvenir del mundo, el porvenir de Mathieu. El porvenir de Mathieu estaba allí, al descubierto, fijo y vidrioso, fuera de alcance. Mathieu estaba sentado junto a un velador de café, bebía, estaba más allá de su porvenir, le miraba y pensaba: "La paz." La señora Verchoux mostró a Viguier a la enfermera. Tenía tortícolis y le escocían los ojos. Decía: "Era un hombre excelente." Y buscaba una palabra, una palabra, algo más ceremoniosa para adjetivarle; era ella su pariente más allegada y ella era la que debía decir la última

palabra. La palabra "apacible" acudió a su lengua, pero no era lo suficientemente decisiva. Entonces dijo: "Era un hombre pacífico", y calló. Mathieu pensó: "He tenido un porvenir pacífico." Un porvenir pacífico: había amado, había sufrido y el porvenir estaba allí, en torno suyo, encima de su cabeza, por doquier, como un océano, y cada una de sus rabietas, cada una de sus desgracias y cada una de sus sonrisas se alimentaban con ese porvenir invisible y presente. Una sonrisa, una sencilla sonrisa, era una hipoteca que gravaba la paz del siguiente día, del año venidero, del siglo; de lo contrario, nunca me hubiese atrevido a sonreír. Años y más años de paz futura se habían acumulado sobre las cosas por anticipado y las habían madurado, dorado; coger su reloj, la manilla de una puerta, la mano de una mujer, eso era tener la paz en la mano. La posguerra era un comienzo. El comienzo de la paz. Se vivía esa paz sin darse prisa, como se vive una mañana. El *jazz* era un comienzo y el cine, que tanto me ha entusiasmado, era también un comienzo. Y el surrealismo. Y el comunismo. Yo titubeaba, elegiría pacientemente, tenía tiempo. El tiempo, la paz, todo era lo mismo. Ahora el porvenir estaba presente, ahí, muerto a mis pies. Era un falso porvenir, una impostura. Miraba esos veinte años que había vivido, quietos, soleados, una llanura marina, y ahora todo lo veía tal y como habían sido: un número acabado de jornadas encerradas entre dos altas murallas sin esperanza, un período catalogado, con principio y fin, que figuraría en los textos de Historia con el epígrafe "Entre dos guerras". Veinte años: 1918-1938. ¡Tan solo veinte años! Ayer todavía parecía a la vez corto y largo; de todos modos, a nadie se le hubiera ocurrido contar, puesto que aún no había terminado. Ahora ya había acabado. Era un falso porvenir. Todo lo vivido en veinte años se ha vivido falsamente. Eramos aplicados y serios, tratábamos de comprender, y este ha sido el resultado: todas aquellas bellas jornadas tenían un porvenir secreto y negro, nos engañaban; la guerra de hoy, la nueva Gran Guerra nos las robaban subrepticia-

mente. Eramos cornudos sin saberlo. Ahora la guerra está aquí, mi vida está muerta; eso era mi vida; todo hay que volver a empezarlo. Buscó un recuerdo, un recuerdo cualquiera, el que surgiera el primero: aquella velada que había pasado en Perusa, sentado en una terraza tomando un helado de albaricoque y viendo a lo lejos, en el polvo, la tranquila colina de Asís. Ahora bien: lo que habría que leer en la rojiza penumbra del crepúsculo era la guerra. Si yo hubiese podido adivinar una promesa de tormenta y de sangre en los rojizos resplandores que teñían la mesa y la balaustrada, todo me pertenecería ahora y, por lo menos, eso se hubiese salvado. Pero yo no desconfiaba; el helado se me deshacía en la lengua mientras pensaba: "Oros viejos, amor, gloria mística. Y todo lo he perdido." El camarero pasaba entre los veladores. Mathieu le llamó, pagó y se levantó sin darse cuenta de lo que hacía. Dejaba su vida tras él. "He mudado la piel." Cruzó la calzada y fue a apoyarse en la balaustrada, frente al mar.

Se notaba siniestro y ligero. Estaba desnudo: le habían despojado de todo. Ya no tengo nada mío, ni siquiera mi pasado. Pero era un pasado falso y no lo echó de menos. Y se dijo: "Me han descargado de mi vida." Era una vida miserable y fracasada; Marcelle, Ivich, Daniel... Una vida asquerosa. Pero ahora me tiene sin cuidado, puesto que ha muerto. A partir de esta mañana, desde que han pegado esos carteles blancos en las paredes, todas las vidas han fracasado, todas las vidas han muerto. Si yo hubiese hecho lo que anhelaba, si hubiese podido una vez, una sola vez, ser libre, pues bien, no hubiese dejado de ser un repugnante engaño, puesto que estaría libre para la paz, para esta paz engañosa, y porque en este momento estaría, pese a todo, frente al mar, apoyado en esta balaustrada con todos los carteles blancos a mi espalda; todos esos carteles que hablan de mí, en todas las paredes de Francia, proclamando que mi vida ha muerto y que nunca ha habido paz: no valía la pena de preocuparnos tanto, ni tampoco de tener tanto remordimiento. El mar, la playa, las casetas, la balaustrada: frías, exangües. Ha-

bían perdido su viejo porvenir y no se les había dado todavía otro nuevo; ahora flotaban en el presente. Mathurin flotaba. Un superviviente, desnudo en una playa, en medio de harapos hinchados de agua, en medio de cajas destrozadas y objetos sin uso definido que las olas han depositado en ella. Un joven moreno salió de una caseta; su aspecto era tranquilo y vacío. Miraba titubeando al mar: un superviviente, todos somos supervivientes, los oficiales alemanes sonreían y saludaban, el motor funcionaba, la hélice giraba, Chamberlain saludó, sonrió, dio media vuelta y puso pie en la escalerilla del avión.

El destierro en Babilonia, la maldición sobre Israel y el Muro de las Lamentaciones, nada había cambiado para el pueblo judío desde los tiempos en que sus hijos pasaban encadenados entre las torres rojas de Asiria, bajo la cruel mirada de los conquistadores de barba anillada. Schalom andaba a saltitos entre aquellos hombres de pelo negro y bucles perfectos y crueles. Pensaba él que nada había cambiado. Schalom pensaba en Georges Lévy. Pensaba: "Ya no tenemos el sentido de la solidaridad entre judíos. ¡Esa sí que era la verdadera maldición divina!" Y se encontraba patético, pero no de muy mal humor, porque había visto en las paredes aquellos carteles blancos. Había solicitado un socorro a Georges Lévy; pero este era un hombre duro, un judío alsaciano: se lo negó. Exactamente no se lo negó: había gemido y se había retorcido el brazo, había hablado de su anciana madre, de crisis. Sin embargo, todo el mundo sabía que detestaba a su madre y que no había crisis en las pieles. Schalom se puso también a gemir y, levantando sus temblorosos brazos hacia el cielo, había hablado del nuevo éxodo y de los pobres judíos emigrados que habían sufrido en su propia carne por los demás. Lévy era un hombre duro, un rico malo, gimió con más fuerza empujando a Schalom hacia la puerta, en la esquina de la calle con su enorme barriga y soplándole en sus mismas narices. Schalom gemía y retrocedía brazos en alto, y si todavía tenía ganas de sonreír era porque se figuraba la juerga que se estaban co-

rriendo los empleados al otro lado de la puerta. En aquella esquina, calle del Quatre-Septembre, había una chacinería llamativa y pimpante; Schalom se detuvo maravillado. Miraba las morcillas con su gelatina, los bloques de chicharrones, las sartas de salchichas relucientes, los gordos y arrugados chorizos con sus anillitos color rosa y recordaba los establecimientos similares de Viena. Evitaba en lo posible comer cerdo, pero los pobres emigrantes necesitan alimentarse con lo que encuentran. Cuando salió de la chacinería llevaba en el dedo, y sujeto por una cuerda rosa, un paquetito tan blanco, tan delicado, que hubiérase dicho un paquete de dulces, y eso le escandalizaba. Pensaba: "Todos los franceses son malos ricos." El pueblo más rico de toda Europa. Schalom se metió en la calle del Quatre-Septembre implorando la maldición del cielo sobre los ricos malvados y, cual si el cielo le hubiese escuchado, vio con el rabillo del ojo a un grupo de franceses inmóviles y mudos delante de un cartel blanco. Pasó rozándolos, bajando los ojos y apretando los labios, porque no estaba bien en aquel momento que un pobre judío fuese sorprendido sonriendo por las calles de París. Birnenschatz, diamantista: allí era. Vaciló un momento antes de traspasar el portal y deslizó su paquete de embutidos en la cartera. Los motores funcionaban, funcionaban, el piso temblaba, olía a éter y a bencina, el autocar desaparecía en las llamas, *¡Oh, Pierre!, de manera que eres un cobarde,* el avión nadaba en el sol, Daniel daba golpecitos en el cartel con la punta de su bastón y decía: "Estoy muy tranquilo. No somos tan tontos como para luchar sin aviones." El avión pasaba por encima de los árboles, casi rozándolos. El doctor Schmitt alzó la cabeza, el motor gruñía, vio el avión a través de las hojas, un brillo de mica en el cielo, y pensó: "¡Buen viaje! ¡Buen viaje!", y sonrió. Los árabes vencidos, resignados, lívidos, yacían amontonados en el fondo del vehículo. Un negrillo salió de la casilla, agitó la mano y contempló durante bastante rato el autocar que se iba. "¿Habéis visto al pequeño judío que me ha comprado nada menos que una libra de

embutidos? ¡Y yo creía que no comían cerdo!" El negrillo y el intérprete volvían a pasos lentos, con la cabeza aún llena del ruido de los motores. Era una mesa de hierro redonda, pintada de verde, con un agujero en el centro para el palo del quitasol; estaba embadurnada de negro por trechos como una pera; el periódico estaba en la mesa: era *Le Petit Niçois,* aún sin abrir... Mathieu tosió; en cuanto a ella, estaba sentada cerca de la mesa, se había desayunado en el jardín. ¿Cómo le anunciaría yo eso? Nada de historias, no quiero líos. ¿Si ella pudiera estar callada? Pero eso sería demasiado pedir; se levantará y dirá: "Bueno, voy a ordenar que preparen unos bocadillos para el viaje." Sencillamente. Ella vestía todavía con bata de casa y leía su correspondencia. "Jacques no ha bajado todavía. Esta noche estuvo trabajando hasta muy tarde", dijo. Sus primeras palabras, cuando volvían a reunirse eran siempre para hablarle de Jacques, después de lo cual ya no lo volvía a citar. Mathieu sonrió y tosió.

—Siempre hay dos cartas para ti—dijo ella.

Cogió él las cartas y preguntó:

—¿Leíste el diario?

—Todavía no. Mariette lo ha traído con el correo y aún no me he decidido a desplegarlo. Nunca he sido muy aficionada a la lectura de los periódicos, pero ahora les he tomado ojeriza.

Mathieu sonreía y aprobaba con un movimiento de cabeza, pero no despegaba los labios. Entre ellos, todo había vuelto a ser como antes. Había bastado un cartel pegado para que todo volviera a ser como antes: ella volvía a ser la mujer de Jacques y él no encontraba nada que decir. "Jamón curado—pensó él—; eso es lo que me gustaría para el viaje."

—Lee, lee tus cartas—dijo Odette vivaracha—. No te ocupes de mí; además, tendré que subir a vestirme.

Mathieu cogió la primera carta, que llevaba matasellos de Biarritz; aquello suponía ganar algo de tiempo. Cuando ella se levantara, le diría: "A propósito, me voy." No,

eso parecería indiferencia. "Tengo que irme", más bien. "Tengo que irme"... Reconoció la letra de Boris y se dijo con remordimiento: "Hace más de un mes que no le he escrito." El sobre contenía una tarjeta-carta. Boris había escrito su propia dirección y pegado un sello en la mitad izquierda de la tarjeta. En la derecha había trazado unas cuantas líneas:

Mi querido Boris:

Me encuentro { *bien* (1) / *mal...* }

La causa de mi silencio es esta: irritación legítima, ilegítima, mala voluntad, conversión brusca, locura, enfermedad, pereza, ignominia pura y simple (2).

Le escribiré largo y tendido dentro de... días.

Sírvase aceptar, se lo ruego, mis profundas excusas y la expresión de mi arrepentida amistad.

Firmado:

(1) *Bórrese la mención inútil.*
(2) *Id.*

—Te estás riendo solo—dijo Odette.

—Es de Boris—dijo Mathieu—. Está en Biarritz, con Lola.

Le tendió la carta y ella también se echó a reír.

—¡Qué encantador es!—dijo ella—. ¿Acaso tiene la edad de...?

—Tiene diecinueve años—contestó Mathieu—. Todo dependerá de lo que dure la guerra.

Odette le miró con ternura:

—Tus alumnos te dan cruz y raya—dijo ella.

Cada vez era más difícil hablarla. Mathieu rasgó el otro sobre. La carta era de Gómez, el marido de Sarah. Mathieu no le había vuelto a ver desde que salió rumbo a España. Ahora era ya coronel del ejército regular.

Querido Mathieu:

He venido a Marsella para cumplir una misión. Sarah y el pequeño han venido a reunirse conmigo. Regreso el

martes, pero no sin haberle visto. Salga a esperarme al tren de las cuatro del domingo y resérveme habitación en cualquier parte; voy a arreglármelas para llegarme hasta Juan-les-Pins. Tenemos muchísimas cosas que decirnos.

Muy amistosamente suyo,

Gómez.

Mathieu metió la carta en el bolsillo pensando malhumorado: "El sábado es mañana, y yo me habré ido ya." Tenía muchas ganas de volver a ver a Gómez; en aquel momento era el único de sus amigos que quería volver a ver: este sabía algo de lo que es una guerra. "Tal vez pueda dar con él en Marsella, entre tren y tren..." Sacó la carta del bolsillo completamente arrugada: Gómez no había puesto sus señas. Mathieu, molesto, se encogió de hombros y tiró la carta encima de la mesa. Gómez era constante consigo mismo, aun siendo coronel: imperioso e impotente. Odette se había decidido a desplegar el periódico: lo tenía en el aire, sus bellos brazos extendidos, y lo recorría con mucha atención.

—¡Oh!—exclamó.

Se volvió hacia Mathieu y le preguntó:

—Pero ¿tú tienes el volante dos?

Mathieu se ruborizó y guiñó los ojos.

—Efectivamente—afirmó confuso.

Odette le miraba con dureza, como se mira a un culpable. El añadió precipitadamente:

—Pero no me voy hoy; todavía me quedo cuarenta y ocho horas: un amigo vendrá a verme.

Esa brusca decisión le quitó un peso de encima; eso retrasaba las efusiones casi hasta pasado mañana: "Hay una buena distancia de Juan-les-Pins a Nancy. No me dirán nada por unas horas de retraso." Pero la mirada de Odette no se dulcificaba y él se debatía bajo aquella mirada. Repetía: "Todavía me quedo cuarenta y ocho horas...", mientras que Ella Birnenschatz enroscaba con sus brazos delgados y morenos el cuello de su padre.

—¡Qué rico eres, papaíto!—dijo Ella Birnenschatz.

Odette se levantó bruscamente:

—Bueno—dijo Odette—, tengo que vestirme. Creo que Jacques bajará pronto y te hará compañía.

Y se fue apretando su bata contra sus caderas redondas y delgadas. Mathieu pensó: "Ha estado discreta; no cabe duda de que ha estado discreta." Y se sintió henchido de agradecimiento. ¡Qué linda joven! ¡Qué bella fierecilla! Y la rechazó abriendo desmesuradamente los ojos. Weiss estaba quieto cerca de la puerta; parecía endomingado.

—¡Me mojas!—dijo el señor Birnenschatz secándose el carrillo—. Además, me pintas de encarnado. ¡Vaya un fricasé de morros!

Ella Birnenschatz soltó la carcajada.

—Tienes miedo de lo que puedan pensar tus mecanógrafas. Pues ¡toma!—le dijo besándole, ahora en la nariz—, ¡toma y toma!—y él notó los labios calientes en el cráneo. La sujetó por los hombros, y luego, extendiendo los brazos, la separó. Reía y luchaba Ella, y su padre se decía: "¡Qué chica tan guapa! ¡Qué encanto de hijita!" La madre era gruesa y blanda, con grandes ojos atemorizados y resignados que le cohibían; pero Ella había sacado algo de él y de nadie más. Se había formado ella misma, y en París. Yo les digo siempre: "¡La raza! ¿Qué es eso de la raza? ¿Acaso tomaríais a Ella por una judía si la encontraseis en la calle? Esbelta como una parisiense, con el color de piel de las mujeres del Sur y una carita razonable y apasionada, un rostro equilibrado, tranquilizador, sin taras, sin raza, sin destino; un verdadero rostro *francés.*" El la soltó, tomó el estuche de encima de la mesa-despacho y se lo tendió:

—¡Toma!—le dijo, añadiendo mientras Ella contemplaba las perlas—: Las del próximo año serán el doble de grandes, pero serán las últimas porque el collar estará completo.

Quiso Ella volver a besuquearle, pero él le dijo:

—¡Vete! ¡Felicidades, felicidades! Lárgate corriendo si quieres llegar puntual a tus clases.

Se fue, lanzando una sonrisa a Weiss; una jovencita cerró la puerta, cruzó el despacho de las secretarias y salió. Schalom, sentado en el borde de la silla, el sombrero sobre las rodillas, pensó: "¡Qué linda judiíta! Tenía una cabecita de mono echada hacia adelante que hubiera podido encerrarse en un puño, con grandes ojos de miope, muy bellos; seguramente era la hija de Birnenschatz." Schalom se levantó y esbozó un saludo, que Ella no pareció percibir. El se sentó y pensó: "Tiene aire de muy inteligente. Así somos nosotros. Nuestras expresiones están marcadas con hierro candente en nuestros rostros; diríase que las soportamos como un martirio." El señor Birnenschatz pensaba en las perlas y se decía: "No es una mala inversión." Valían cien billetes, y se figuraba que Ella las había aceptado sin expansiones excesivas y sin indiferencia; conocía el valor de las cosas, pero encontraba natural tener dinero, recibir valiosos regalos, ser feliz. ¡Dios mío! Aunque yo no hubiera hecho más que eso con la mujer que tengo lo mismo que todos los viejos de Cracovia, si solo eso hubiese yo conseguido, una muchachita, hija de judíos polacos, sin quebraderos de cabeza, que no se distrae sufriendo, que encuentra natural ser feliz, creo que no hubiese perdido el tiempo. Y se volvió hacia Weiss:

—¿Sabes adónde va?—preguntó—. Apuesto a que no aciertas. A un curso de la Sorbonne. ¡Es un prodigio!

Weiss sonrió vagamente sin abandonar su actitud distante.

—Jefe—dijo—, vengo a despedirme.

Birnenschatz le miró por encima de los cristales de sus gafas.

—¿Te vas?

Weiss asintió con un movimiento de cabeza y el señor Birnenschatz le miró abriendo mucho los ojos.

—¡Me lo figuraba! Eres lo bastante idiota para tener el volante dos.

—Es una realidad—aprobó Weiss sonriendo—. Soy tan idiota como todo eso.

Birnenschatz se cruzó de brazos y dijo:

—En menudo lío me has metido. ¿Qué voy a hacer yo sin ti?

Y repitió distraído: "¿Qué voy a hacer yo sin ti? ¿Qué voy a hacer yo sin ti?" Quería acordarse del número de hijos que tenía Weiss y este le miraba inquieto al tiempo que decía:

—¡Bah! Ya encontrará usted quien me sustituya.

—¡Eso no! Por de pronto tengo que empezar pagándote por no hacer nada. ¿No querrás que, además, me cargue otro sobre las espaldas?... Amigo mío, tu puesto te estará esperando.

Weiss se conmovió. Se frotaba la nariz bizqueando. Estaba verdaderamente feo.

—Jefe...—empezó a decir.

El señor Birnenschatz le interrumpió: agradecer es obsceno y, por otra parte, no sentía gran simpatía por Weiss, porque era uno de los que llevaban el destino en la cara, con su mirada furtiva y ese labio inferior tan abultado que temblaba de bondad y de amargura.

—Bien, está bien—dijo—. Tú no te vas de esta casa, tú la representas ante los señores oficiales del Ejército de Tierra. ¿No eres teniente?

—Soy capitán—contestó Weiss.

"¡Valiente capitán!", pensó el señor Birnenschatz. Y Weiss parecía encantado, sus grandes orejas estaban encendidas. "¡Valiente capitán! ¡La guerra! ¡La jerarquía militar!"

—¡Una cochina bobada! ¿No?—comentó.

—¿Qué dice?—preguntó Weiss.

—¿Acaso no es una bobada?

—¡Naturalmente que lo es!—afirmó Weiss—. Pero, ahora, entre nosotros, en realidad no es una bobada.

—¿Entre nosotros y para nosotros?—preguntó sorprendido Birnenschatz—. ¿Para nosotros? ¿A quiénes te refieres?

Weiss bajó los ojos y dijo:

—Para nosotros, para los judíos. Después de lo que les han hecho a los judíos de Alemania, tenemos un motivo para combatir.

El señor Birnenschatz dio algunos pasos y replicó molesto:

—¿Qué quieres decir con nosotros los judíos? No sé de quiénes hablas. Yo soy francés. ¿Te sientes tú judío?

—Mi primo de Gratz está en mi casa desde el martes —dijo Weiss—. Me ha enseñado sus brazos. Se los han quemado del codo al sobaco con sus cigarros.

El señor Birnenschatz se paró en seco, cogió el respaldo de una silla con sus manazas y una rabia sombría le cegó:

—Los que tal cosa han hecho, los que han hecho eso...

Ante la sonrisa de Weiss, el señor Birnenschatz se calmó.

—No lo digo porque tu primo sea judío, Weiss. Lo digo porque es un hombre. No puedo imaginar que se cometan violencias con un hombre. Pero ¿qué es un judío? Es un hombre a quien otros hombres toman por un judío. Fíjate en Ella. ¿Acaso la tomarías tú por una judía si no la conocieras?

Weiss no pareció muy convencido. Birnenschatz se le acercó y su índice, extendido, se apoyó en el pecho de aquel:

—Escúchame, querido Weiss, no te diré más que una cosa: abandoné Polonia en mil novecientos diez y vine a Francia. Se me recibió bien y me dije: bueno, ahora Francia es mi país. En mil novecientos catorce vino la guerra. Pues bien; me dije: iré a la guerra, ya que Francia es mi país. Por eso sé lo que es la guerra; estuve en el Chemin-des-Dames, aquí donde me ves. Y ahora te repito: yo soy francés; no judío ni judío francés: francés a secas. Los judíos de Berlín y de Viena, a los de los campos de concentración, los compadezco y me subleva pensar que existen hombres martirizados. Pero, óyeme bien: todo lo que yo estuviera en condiciones de hacer para

impedir que un francés se hiciese romper la crisma por ellos, yo lo intentaría. Me considero más cerca del primer individuo con quien tropiece dentro de un momento en la calle que de mis tíos de Lenz, o de mis sobrinos de Cracovia. Los asuntos de los judíos alemanes no tienen nada que ver con nosotros.

Weiss parecía taimado y testarudo. Dijo con lamentable sonrisa:

—Jefe, aun cuando eso fuera cierto, mejor sería que no lo dijera. Es preciso que los que se incorporan a filas hallen razones que se lo aconsejen.

El señor Birnenschatz notó que el rubor de la confusión le encendía los pómulos. Y con remordimiento se dijo: "¡Pobre individuo!"

—Tienes razón—dijo bruscamente—. Yo no soy más que una vieja cataplasma y nada tengo que decir de esta guerra, puesto que no peleo. ¿Cuándo partes?

—En el tren de las cuatro y media de la tarde—dijo Weiss.

—¿En el de hoy? Entonces, ¿qué haces aquí? Pronto, vete con tu mujer. ¿Te hace falta dinero?

—No por el momento, muchas gracias.

—Vete, que tu mujer venga a verme y con ella arreglaré las cuentas. Vete, vete. Adiós.

Abrió la puerta y le empujó a la calle. Weiss saludaba y pronunciaba palabras ininteligibles de agradecimiento. El señor Birnenschatz vio, por encima del hombro de Weiss, a un sujeto sentado en la antesala, con el sombrero sobre las rodillas. Reconoció a Schalom y frunció las cejas: no le gustaba que hiciesen esperar a los pedigüeños.

—Entre—ordenó—. ¿Hace mucho que espera?

—Alrededor de media hora—contestó resignado Schalom—. Pero ¿qué importancia tiene media hora? ¡Está usted siempre tan ocupado! En cambio yo no tengo nada que hacer. ¿Qué hago yo de la mañana a la noche?... Esperar. Bien sabe usted que la vida del exiliado no es más que una continua espera.

—Entre, entre—dijo otra vez rápidamente—. Hubieran debido avisarme.

Schalom entró saludando sonriente. El señor Birnenschatz entró tras él y cerró la puerta. Se acordaba perfectamente de Schalom: "Ha intervenido de alguna manera en el movimiento sindicalista bávaro." Le visitaba de cuando en cuando, le daba un sablazo de dos o tres mil francos y no volvía a aparecer durante algunas semanas.

—¿Un cigarro?

—Gracias, no fumo—dijo Schalom inclinándose hacia adelante. El señor Birnenschatz cogió uno, le dio distraídamente una vuelta entre los dedos y lo dejó otra vez en la caja.

—Bien, bien. ¿Se le arreglan las cosas?

Schalom buscaba una silla.

—¡Siéntese, siéntese!—le invitó el señor Birnenschatz solícito.

Pero Schalom no tenía ganas de sentarse. Se acercó a la silla y en ella depositó su cartera para estar más cómodo y, luego, volviéndose hacia su visitado, lanzó un largo y melódico gemido.

—Las cosas no se arreglan—dijo—. No es nada bueno que el hombre viva en tierra de otros, se le soporta a la fuerza; se le echa en cara el pan que come. Y esta desconfianza que se nos profesa, esta desconfianza francesa... Cuando regrese a Viena, he aquí la imagen que de Francia guardaré: una escalera oscura, un timbre que se pulsa, una puerta que se entreabre: "¿Qué desea?", y se vuelve a cerrar. La Policía de los cuartos alquilados, la alcaldía, la cola en la prefectura de Policía. En el fondo, es natural, estamos en su casa. Pero hay que tener en cuenta que podrían darnos trabajo, mi único deseo es ser útil. Pero para hallar un empleo se necesita la carta de trabajo, precisa estar empleado en algún sitio. Pese a la mejor voluntad del mundo, yo no puedo ganarme la vida. Eso es lo que más me cuesta soportar: constituir una carga para los demás. Sobre todo cuando te lo hacen sentir tan cruelmente. ¡Y qué modo de perder tiempo!:

había empezado a escribir mis memorias, lo cual me hubiese procurado algún dinero. Pero hay que realizar tantas gestiones cada día que me he visto obligado a abandonarlo todo.

Era muy pequeño, muy vivaracho, después de depositar la cartera en la silla, las manos libres revoloteaban en derredor de sus coloradas orejas: "Lo que es este no puede ocultar que es judío." Birnenschatz se acercó despreocupadamente al espejo y le lanzó una rápida mirada: un metro ochenta, la nariz partida, la cabeza de boxeador americano y gafas de gruesos cristales; no, no pertenecemos a la misma especie. Pero no se atrevía a mirar a Schalom, se sentía comprometido. "Que se vaya. Si se marchara inmediatamente..." Pero no era de esperar. Solo por lo largo de su visita y lo animado de su conversación, Schalom se diferenciaba ante sus ojos de un simple mendigo. "Tengo que decir algo", pensó Birnenschatz. A ello tenía derecho Schalom. Tenía derecho a sus tres billetes y a su cuartito de hora de entrevista. Aquel se sentó al borde de su mesa. Su mano derecha, que había metido en el bolsillo de la chaqueta, rozaba la petaca de puros.

—Los franceses son hombres duros—dijo Schalom. Su voz se elevaba y descendía proféticamente, pero una llama juguetona temblaba en sus penetrantes ojos—. Hombres duros. Ante ellos un extranjero es sospechoso por principio, y eso cuando no culpable.

"Me habla como si yo no fuera francés. ¡Claro! Yo soy judío, judío de Polonia, llegado a Francia el 19 de julio de 1910, nadie se acuerda aquí; pero él, él no lo ha olvidado. Un judío que ha tenido suerte." Volvióse a Schalom y lo examinó con irritación. Este, bajando un poco la cabeza le ofrecía su frente por deferencia, pero le miraba cara a cara, arqueando las cejas. Le miraba, y sus grandes y pálidos ojos le veían judío. Dos judíos completamente aislados en un despacho de la calle del Quatre-Septembre, dos judíos, dos cómplices; y, rodeándoles en las calles y en las otras casas, nada más que franceses. Dos judíos, el gordo con suerte y el pequeño mal alimentado que no

la ha tenido. Laurel y Hardy, el gordo y el flaco del cinema.

—Son hombres duros—repitió Schalom—. ¡Hombres despiadados!

Birnenschatz se encogió bruscamente de hombros.

—Hay que ponerse en..., en su lugar—dijo secamente. No había podido decir: "en nuestro lugar"—. ¿Sabe usted cuántos extranjeros hay en Francia desde mil novecientos treinta y cuatro?

—Lo sé, lo sé—dijo Schalom—. Y opino que ello es un gran honor para Francia. Sin embargo, ¿qué hace ella para merecerlo? Pues ya lo ve: sus jóvenes recorren el Barrio Latino y, si alguien les parece judío, se abalanzan contra él y le propinan una paliza...

—El gobierno de Blum nos ha hecho mucho daño—observó Birnenschatz.

Había dicho: "nos"; había aceptado la complicidad con aquel meteco. Nos, nosotros, nosotros los judíos. Pero lo dijo por caridad. Los ojos de Schalom le observaban con insistencia respetuosa. Era él flaco y pequeño, le habían maltratado y expulsado de Baviera, y ahora estaba aquí, y tenía que pernoctar en un sórdido hotel y pasar las jornadas en el café. Y al primo de Weiss, a ese le había achicharrado con la lumbre de sus puros. Birnenschatz miraba a Schalom sintiéndose compasivo. No era por simpatía; eso no. Era por..., era por...

Ella le miraba y pensaba: "Es un hombre de presa. Están marcados y las guerras estallan por su culpa." Pero notaba que su antiguo amor no había muerto.

Birnenschatz palpaba su cartera.

—En fin—dijo con voz benévola—, esperemos que todo esto no dure ya mucho tiempo.

Schalom levantó su cabecita y se mordió los labios. "He hecho el ademán demasiado pronto", pensó Birnenschatz.

Un hombre de presa. Se apodera de las mujeres y mata a los hombres. Y se cree fuerte. Pero no es cierto. Está marcado, eso es todo.

—Depende de los franceses—dijo Schalom—. Si los franceses recobran el sentido de su misión histórica...

—¿Qué misión?—preguntó fríamente Birnenschatz. Los ojos de Schalom brillaron de odio.

—Alemania les provoca y les ultraja en todas formas —replicó con voz dura y aguda—. ¿A qué esperan? ¿Acaso creen que llegarán a desarmar la cólera de Hitler? Cada inhibición de Francia prolonga diez años más el régimen nazi. Y durante ese tiempo... Y entre tanto aquí estamos nosotros, las víctimas, esperando, mordiéndonos las uñas. Hoy he visto los carteles blancos en las paredes y he abrigado una pequeña esperanza. Pero ayer todavía pensaba: los franceses ya no tienen sangre en sus venas y yo moriré en el exilio.

Dos judíos en un despacho de la calle del Quatre-Septembre. El punto de vista de los judíos acerca de los acontecimientos internacionales. *Je suis Partout* escribirá mañana: "Los judíos son quienes empujan a Francia a la guerra." Birnenschatz se quitó los anteojos y los frotó con su pañuelo: estaba ebrio de cólera. Pero preguntó con suavidad:

—Y en caso de guerra, ¿iría usted a luchar?

—Muchos emigrados se alistarán, estoy seguro—respondió Schalom—. Pero, míreme usted—añadió indicando su cuerpecito raquítico—: ¿Qué Caja de reclutas me aceptaría?

—En ese caso, ¿quiere usted dejarnos de una vez en paz?—preguntó Birnenschatz con voz de trueno—. ¿Nos va usted a dejar en paz? ¿Por qué viene usted a molestarnos en nuestra casa? Yo soy francés, yo no soy judío alemán, los judíos alemanes no me importan ni siquiera un comino. ¡Vaya usted con su guerra a otra parte!

Schalom le observó estupefacto durante unos instantes, luego recobró su humilde sonrisa, alargó la mano, se hizo cargo de su cartera y, retrocediendo, fue acercándose a la puerta. Birnenschatz sacó de su bolsillo la cartera.

—Espere—dijo.

Schalom ya había alcanzado la puerta y pronunció estas palabras:

—Nada necesito. Alguna vez he pedido socorro a los judíos. Pero tiene usted razón: usted no es judío y he equivocado las señas.

Salió. Birnenschatz permaneció largo rato sin hacer gesto alguno. *Es un hombre duro, un hombre de presa, tienen una estrella y todo les sale bien. Pero la guerra llega por su culpa; y, por consiguiente, la muerte y el dolor. Son la llama y el incendio, hacen mal, me ha hecho mal, lo llevo como una espina de madera entre las uñas, como una chispa encendida bajo los párpados, como un puñal en el corazón.* Eso es lo que ella piensa de mí. No tenía necesidad de ir a preguntárselo, porque la conocía; si él pudiera penetrar en aquella cabeza negra y crespa encontraría en todo momento aquel pensamiento fijo e inexorable: es dura a su manera, nunca olvida. El, en pijama, se asomaba por encima de la plaza Gélu, todavía hacía fresco, el cielo era azul pálido, gris en los bordes, era la hora en que el agua se escurre por el empedrado y sobre la madera de los puestos de pescado: olía a partida y a mañana. La mañana, la amplitud y, más allá, la vida sin remordimientos, las pequeñas humaredas redondas de las granadas sobre la tierra agrietada de Cataluña. Pero, a su espalda, detrás de la ventana entornada, en la habitación, llena de sueño y de noche, reinaba aquel pensamiento muerto que le asediaba, que le juzgaba, y sentía remordimientos. Partiría al día siguiente, les abrazaría en el andén de la estación y ella volvería al hotel con el pequeño, bajaría a saltitos la monumental escalera pensando: vuelve a España; Ella no le perdonaría nunca que volviese a España; era una piel muerta sobre su corazón. El se asomaba a la plaza Gélu con el fin de retrasar el momento de entrar en la habitación; necesitaba los gritos, las canciones amargas, los dolores violentos y breves, no aquella horrible dulzura. El agua chorreaba en la plaza. El agua, los húmedos olores de la mañana, los gritos campestres de la mañana. Bajo los plátanos, la plaza era

resbaladiza, líquida, blanca y dispuesta como un pez en el agua. Y aquella noche un negro había cantado, y la noche pareció pesada y seca, una noche española. Gómez cerró los ojos, se notaba invadido por el áspero deseo de España y de guerra. Ella no comprendía nada de eso. Ni la noche, ni la mañana, ni la guerra.

—¡Pam, pam!; ¡pam..., pam!—gritaba Pablo desaforadamente.

Gómez dio media vuelta y entró en la habitación. Pablo se había puesto su casco, había cogido su carabina por el cañón y se servía de ella como de una maza. Corría por la habitación del hotel propinando en el vacío enormes golpes que le hacían perder el equilibrio. Sarah seguía sus movimientos con su mirada muerta.

—Es una matanza—dijo Gómez.

—Los estoy matando a todos—replicó Pablo sin detenerse.

—¿A quiénes todos?

Sarah, en bata de noche, se había sentado en el borde de la cama; zurcía una media.

—¡A todos los fascistas!—dijo Pablo.

Gómez se echó a reír y gritó:

—¡Mátalos! ¡No dejes uno!... ¡Se te olvida aquel de allí!

Pablo corrió en la dirección que Gómez indicaba y azotó el aire con su carabina.

—¡Pam, pam! ¡Pam..., pam! ¡Guerra sin cuartel!

Se detuvo y, sin respiración, se volvió hacia Gómez, serio, apasionado:

—¡Ay!, Gómez, ¿lo ves?—dijo Sarah—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

La víspera, Gómez le había comprado la panoplia.

—Es preciso que aprenda a luchar—dijo Gómez acariciando la cabeza del pequeño—; de lo contrario, se convertirá en un capón, como los franceses.

Sarah alzó los ojos fijando en él la mirada y él vio que la había herido profundamente.

—No comprendo—dijo ella—que se llame capones a los que no tienen ninguna gana de batirse.

—Hay momentos en los que es indispensable tener ganas de luchar—dijo Gómez.

—¡Nunca, jamás!—gritó Sarah—. En ningún caso. Nada existe que valga la pena de que yo me vea un día en la calle, mi casa en ruinas junto a mí, y mi hijo aplastado en mis brazos...

Gómez no respondió. ¿Qué podía responder? Sarah tenía razón. Desde su punto de vista tenía razón. Pero el punto de vista de Sarah era solo el de aquellos que, por principio, no debían tenerse en cuenta, de lo contrario no se llegaría nunca a nada. Sarah mostró una leve y amarga sonrisa:

—Gómez, tú eras pacifista cuando te conocí.

—Porque en aquellos momentos era necesario serlo. El fin no ha variado. Pero los medios para alcanzarlo son diferentes.

Sarah, desconcertada, calló. Conservaba la boca entreabierta y su labio, caído, descubría la caries de sus dientes. Pablo trazó un molinete con su carabina al tiempo que gritaba:

—¡Espera un poco, cochino francés, francés capón!

—¿Lo ves?—dijo Sarah.

—Pablo—dijo vivamente Gómez—. No hay que atacar a los franceses. Los franceses no son fascistas.

—Los franceses son unos capones—gritó Pablo golpeando con la culata las cortinas de la ventana que se desplomaron pesadamente.

Sarah nada dijo, pero Gómez hubiera preferido no darse cuenta de la mirada que lanzó a Pablo. No que fuese una dura mirada, no: una mirada de sorpresa más bien, una mirada vacilante, como si viese al pequeño por primera vez. Ella dejó de lado la media que estaba zurciendo y miraba a aquel extraño niño, a aquella bestezuela que hacía volar cabezas y machacaba cráneos y que la obligaba a pensar estupefacta: "Soy yo la que lo ha

traído al mundo." Gómez se avergonzó: "Ocho días; tan solo ocho días han bastado."

—¡Gómez!—dijo bruscamente Sarah—. ¿Crees realmente que la guerra va a estallar?

—Así lo espero—dijo Gómez—. Espero que Hitler acabará obligando a batirse a los franceses.

—Gómez—preguntó Sarah—, ¿sabes lo que estos últimos tiempos me han hecho comprender? ¡Que los hombres son malos!

Gómez se encogió de hombros:

—No son ni buenos ni malos. Cada cual sigue el camino que le conviene.

—No y no—replicó Sarah—; son malos.

No apartaba la mirada de Pablo y, como si adivinara su destino, añadió:

—Malos y empeñados en destruirse.

—Yo no soy malo—dijo Gómez.

—Sí lo eres—gritó Sarah sin mirarle—. Mi pobre Gómez, eres malo. Y, además, no tienes disculpa: los demás son desgraciados, en cambio tú eres malvado y feliz.

Hubo un prolongado silencio. Gómez miraba aquella nuca corta y carnosa, aquel cuerpo sin gracia que él había estrechado entre sus brazos todas las noches y pensaba: "No me tiene ningún afecto. Ningún cariño. Ninguna estima. Me ama, ni más ni menos. ¿Quién de los dos es más perverso?"

Pero súbitamente volvió a ser presa de sus remordimientos; había llegado una noche feliz, de Barcelona, feliz de veras, profundamente feliz. Se había doblegado durante ocho días. Se iría al día siguiente. "No soy bueno", se dijo.

—¿Habrá agua caliente?

—Templada—respondió Sarah—. El grifo de la izquierda.

—Bueno—dijo Gómez—. Voy a afeitarme.

Entró en el cuarto de aseo dejando la puerta abierta de par en par, abrió el grifo y escogió una hojilla: "Cuando me haya ido—pensó—, no durará mucho la panoplia."

Seguramente, al volver a la habitación, Sarah la encerraría en su gran armario de medicamentos, a menos que le parezca más sencillo dejarla olvidada aquí. "Ella solo le enseña los juegos de niña." De cuando en cuando él vería a Pablo, pero ¿qué habría hecho ella de él? Sin embargo, el pequeño se mostraba algo rebelde. Se acercó al lavabo y a los dos los vio por el espejo. Pablo estaba en medio de la habitación, sin aliento, amoratado, abierto de piernas, con las manos en los bolsillos. Sarah, arrodillada junto a él, le contemplaba sin decir una palabra. "Quiere saber si se parece a mí", pensó Gómez. Se sintió molesto y cerró la puerta sin hacer ruido.

"... Vino a recibirme con el pequeño. Salga a esperarme al tren de las cuatro del domingo y resérveme una...", una mano se apoyó fuertemente en su hombro izquierdo, otra sobre el derecho. Presión fuerte y amistosa. Se acabó: metió la carta en el bolsillo y alzó los ojos.

—Salud.

—Odette acaba de decirme...—dijo Jacques, clavando la mirada en los ojos de Mathieu—: ¡Mi buen amigo!

Se sentó, sin apartar de su hermano la mirada, en el sillón que Odette acababa de dejar; una mano que casi no le pertenecía estiró hábilmente su pantalón; sus piernas se cruzaron ellas solas. El ignoraba aquellos minúsculos incidentes locales: él no era más que una mirada.

—Como sabrás, no me voy hoy—dijo Mathieu.

—Lo sé. ¿No temes que te sobrevengan dificultades?

—¡Por hora más o menos!

Jacques respiró profundamente:

—¿Qué quieres que yo te diga? Antaño, cuando un sujeto iba a la guerra podía decírsele: defiende a tus hijos, defiende tu libertad o tu tierra, defiende a Francia, en una palabra: se podían encontrar razones para arriesgar el pellejo. Pero hoy...

El se encogió de hombros. Mathieu, cabizbajo, rascaba el suelo con el tacón.

—No contestas—dijo Jacques con voz penetrante—.

Prefieres no decir nada, por miedo a decir demasiado. Pero yo sé bien lo que piensas, no te quepa la menor duda.

Mathieu seguía frotando el suelo con su zapato; dijo sin levantar la cabeza:

—No, no; no lo sabes.

Después de un breve silencio, oyó la voz vacilante de su hermano:

—¿Qué quieres decir?

—Pues nada en absoluto.

—Lo que quieras—dijo Jacques con imperceptible reproche—. No quieres decir nada, pero estás desesperado, que viene a ser lo mismo.

Mathieu se vio obligado a levantar la cabeza y a sonreír:

—Tampoco estoy desesperado.

—Bueno—dijo Jacques—; no vas a hacerme creer que te vas resignado, como cordero que llevan al matadero.

—Pues...—afirmó Mathieu—, sí, algo me parezco a ese cordero, ¿no opinas tú lo mismo? Si voy es porque no puedo hacer otra cosa. Después de lo cual, que sea justa o injusta esta guerra, es para mí muy secundario.

Jacques echó la cabeza hacia atrás y observó a Mathieu con los ojos a medio cerrar:

—Me sorprendes, Mathieu. Me sorprendes sobremanera, no te reconozco. ¿Cómo? Yo tenía un hermano rebelde, cínico, mordaz, que no quería ser engañado, que no podía levantar el dedo meñique sin tratar de comprender por qué lo levantaba y no el índice, el meñique de la mano derecha y no el de la izquierda. Y, ahora, estalla la guerra, le envían a la primera línea y resulta que mi rebelde, mi rompeplatos, se va por las buenas sin hacerse preguntas; voy porque no puedo hacer otra cosa...

—No tengo yo la culpa—dijo Mathieu—. Nunca he podido conseguir tener una opinión sobre cuestiones de tal naturaleza.

—Veamos, veamos—dijo Jacques—; la cosa está clara: nos hallamos ante un caballero, me refiero a Benes, que se ha comprometido formalmente a convertir Checoslo-

vaquia en una federación, siguiendo el modelo helvético. Se ha comprometido a eso—repitió con energía—, yo lo he leído en las actas de la conferencia de la Paz, ya ves que cito mis fuentes informativas. Y la tal promesa equivalía para los alemanes de los Sudetes a una auténtica autonomía etnográfica. Bien. Y luego ese caballero olvida por completo sus compromisos y hace administrar, juzgar y vigilar a los alemanes por los checos, y los alemanes no quieren eso, tienen un estricto derecho a no aceptarlo. Tanto más cuanto que yo me los conozco a esos funcionarios checos por haber estado en Checoslovaquia: ¡no podrán ser más impertinentes! Quieren que Francia, país de la libertad, según dicen ellos, vierta su sangre para que los funcionarios checos continúen ejerciendo sus vejaciones contra las poblaciones alemanas, y he ahí el porqué tú, profesor de filosofía en el liceo Pasteur, vas a pasar los últimos años de tu juventud, diez pies bajo tierra entre Bitche y Wissembourg. Ya comprenderás por qué, cuando, según acabas de decirme, marchas al frente resignado, importándote un comino que esta guerra sea justa o injusta, comprenderás, repito, que me suba a las paredes.

Mathieu miraba, perplejo, a su hermano; pensaba: "Autonomía etnográfica, no se me hubiera ocurrido eso a mí." No obstante, replicó en descargo de su conciencia:

—No es la autonomía etnográfica lo que ahora pretenden los Sudetes, sino la anexión a Alemania.

Jacques hizo una mueca de sufrimiento.

—Por favor, Mathieu, no hables como mi portera, no les llames los Sudetes. Los Sudetes son montañas. Di: los alemanes de los Sudetes y, si quieres, los alemanes a secas. ¿Que ahora quieren la anexión a Alemania? Será porque han acabado con su paciencia. Si al principio les hubiesen dado lo que pedían, no habríamos llegado a tal extremo. Pero Benes ha gitaneado, trapaceado, porque algunos capitostes nuestros han cometido el inmenso error de hacerle creer que tenía a Francia con él: y ya puede verse el resultado.

Miró a Mathieu tristemente y añadió:

—Eso llegaría yo, después de todo, a soportarlo: hace ya muchísimo tiempo que sé lo que los políticos valen. Pero que tú, un hombre sensato, un universitario, que tú hayas perdido los más elementales reflejos, hasta el punto de sostenerme tranquilamente que te vas al matadero porque no puedes hacer otra cosa, eso me resulta imposible aguantarlo. Si sois muchos los que así pensáis, Francia está... perdida, mi querido hermano.

—Pero ¿qué es lo que quieres que hagamos?—preguntó Mathieu.

—¿Cómo que qué quiero? ¿Acaso no somos todavía una democracia, Thieu? Supongo que todavía hay una opinión pública en Francia, ¿no?

—Y aunque así sea, ¿qué?

—Pues que si millones de franceses, en vez de agotarse en vanas querellas, se hubiesen alzado todos a una, si hubiesen dicho a nuestros gobernantes: "¿Los alemanes de los Sudetes quieren entrar en el seno de Germania? Pues que entren; es cosa que a ellos solos concierne." No se hubiera encontrado ni un solo político capaz de arriesgar una guerra a propósito de semejante fruslería.

Puso una mano sobre la rodilla de Mathieu y prosiguió en tono conciliador.

—Bien sé yo que a ti no te es simpático el régimen hitleriano. Pero ¡qué diantre!, se puede no compartir tus prejuicios contra él; pero es un régimen reciente, avanzado, que ha realizado experimentos y que ejerce sobre las naciones centrales una atracción indiscutible. Además, es asunto de ellos; no tenemos por qué mezclarnos en sus asuntos.

Mathieu esbozó un bostezo y dejó caer sus piernas bajo la silla; lanzó una mirada taimada al mofletudo rostro de su hermano y pensó que envejecía.

—Tal vez—dijo dócilmente—, tal vez tengas razón.

Odette bajó por la escalera y vino a sentarse silenciosa junto a ellos. Tenía ella la gracia y la tranquilidad de un animalito familiar. Se sentaba, volvía a levantarse, a sen-

tarse, segura de pasar inadvertida. Mathieu dio media vuelta hacia ella, algo molesto; no le agradaba verlos juntos. Cuando Jacques estaba allí, el rostro de Odette no se alteraba, permanecía inexpresivo y como huidizo, como el de una estatua de ojos sin niñas. No obstante, era indispensable leerlos de otra manera.

—Jacques piensa que el partir no me produce suficiente tristeza—dijo sonriendo—. Está tratando de entristecerme explicándome que voy a que me maten por nada.

Odette correspondió con una sonrisa. No fue la sonrisa mundana que él esperaba, pero sí una sonrisa solo para él; en un instante el mar volvió a estar allí, y el ligero balanceo del agua y las sombras chinescas que corrían sobre las olas, así como el chorro de sol que en el mar palpitaba, y las verdes pitas y la pinocha verde que tapizaba el suelo, y la sombra puntillista de los pinos y el calor circular y pálido y el olor a resina, todo el espesor de una mañana de septiembre en Juan-les-Pins. ¡Querida Odette! Mal casada, mal querida; pero ¿se tenía derecho a decir que ella había dejado de existir cuando ella podía sonreír, hacer renacer un jardín a orilla del agua y el calor del verano en el mar? El miró a Jacques amarillo y grueso; temblaban sus manos, que golpeaban con ímpetu el periódico. "¡Qué tema!", pensó Mathieu. El sábado 24 de septiembre, a las once de la mañana, Pascal Montastruc, nacido en Nimes el 6 de febrero de 1899, apodado el Tuerto, porque se había dado una cuchillada en el ojo izquierdo el 6 de agosto de 1907 tratando de cortar las cuerdas del columpio de su pequeño camarada Julot Truffier para ver lo que sucedería, vendía, como todos los sábados, flores en el muelle de Passy, un poco antes de llegar a la estación del Metro; poseía una técnica personal: cogía los ramilletes, los lindos ramilletes de su cesto de mimbre colocado en una mesita plegable, y bajaba a la calzada cuando los autos desfilaban bocinando; entonces él gritaba: "¡Los bellos ramilletes! ¡Preciosos ramilletes para sus damas!", blandiendo el ramillete amarillo, el coche arrancaba sobre él como toro

en la plaza y él no se movía, se encogía, echaba la cabeza hacia atrás, dejaba llegar el auto hasta él como un animal estúpido y gritaba desde la ventanilla abierta: "¡Bonitos ramilletes!", subía al estribo y el vehículo venía a aparcar contra el borde de la acera porque querían entrar en sus suntuosas casas de la calle Vignes o de la calle Ranelagh con ramilletes para sus esposas. "¡Bonitos ramilletes!"; dio un salto atrás para evitar el auto, el centésimo que pasaba sin detenerse: "¡Anda, corre!" No sé lo que les pasa esta mañana. Conducen deprisa y brutalmente, casi echados sobre sus volantes y sordos como tapias. No giraban hacia la calle Charles-Dickens, ni hacia la avenida Lamballe, enfilaban los muelles a toda velocidad cual si quisieran llegar hasta Pontoise; Pascal el Tuerto ya no comprendió nada: "Pero ¿adónde van? ¿Adónde?", y él se iba mirando su cesto lleno de flores amarillas que daba pena verlo.

—Es una verdadera locura—dijo él—. El suicidio más estupendo de la historia. ¿Es posible? Francia ha sufrido dos terribles sangrías en cien años: una, en tiempos de las guerras del Imperio; la otra, en mil novecientos catorce; además, el porcentaje de nacimientos decrece de día en día. ¿Y será este el momento que elijan para desencadenar una nueva guerra que nos costaría tres o cuatro millones de hombres? Tres o cuatro millones de hombres que no podríamos reponer—dijo machacando las palabras—. Vencedor o vencido, el país pasa a ser nación de segunda categoría: eso sí que puede asegurarse. Además, hay otra cosa que te voy a decir: Checoslovaquia será tragada en menos tiempo que un suspiro. Bastaba echar una ojeada a un mapa: se parece a un trozo de carne en las fauces del lobo alemán. ¡Como al lobo le dé por apretar los colmillos!...

—Pero—dijo Odette—, solo sería provisional, el Estado checoslovaco sería reconstruido después de la guerra.

—¿De veras?—preguntó Jacques riendo insolentemente—. ¡Te creo! Y, en efecto, todo hace creer que los ingleses consentirán que se reconstituya el origen del in-

cendio. Quince millones de habitantes, nueve nacionalidades diferentes, eso es un desafío al sentido común. Hace falta que los checos no se equivoquen—añadió con severidad—, su interés vital está en evitar esta guerra cueste lo que cueste.

¿Qué temerá? Miraba pasar los coches, apretando en la mano su ramillete inútil, aquello se parecía a la carretera de Chantilly en una tarde de carreras, había quienes llevaban baúles, colchones, cochecitos de niños, máquinas de coser en sus techos, y todos estaban llenos, hasta reventar, de maletas, de paquetes, de cestas. "¡Qué barbaridad!", dijo Pascal el Tuerto. Corrían tan cargados, que a cada movimiento de ballesta, los guardabarros raspaban los neumáticos. "Ahuecan el ala—pensó—. Ahuecan el ala." Se echó hacia atrás para evitar un Salmson, pues ya no se le ocurría subirse a la acera. Ahuecaban el ala, los señores de caras llenas y afeitadas, los niños gorditos, las guapas señoras, como si perdieran el culo, huían de los boches, de los bombardeos, del comunismo. Estaba perdiendo toda su clientela. Pero lo encontraba todo tan grotesco..., aquel desfile de coches, aquella desbandada hacia Normandía, todo eso le recompensaba de tantas cosas, que permanecía en la calzada, rozado por los autos en su fuga..., y se puso a reír a carcajadas...

—¿Y cómo podríamos socorrerlos? Porque, para ello, tendríamos que atacar a Alemania. ¿Por dónde?... ¿Por el Este? Ahí está la línea Siegfried, nos romperíamos los morros. Al Norte, está Bélgica. ¿Vamos a violar la neutralidad belga? Entonces, dime, ¿por dónde? ¿Daremos un rodeo por Turquía? Es pura fantasía. Todo lo que podríamos hacer es esperar, arma al alcance, a que Alemania haya ajustado sus cuentas con Checoslovaquia y, después, a que venga a ajustárnoslas a nosotros.

—Entonces—dijo Odette—, en ese momento...

Jacques le dirigió una mirada de marido:

—... en ese momento, ¿qué?—preguntó él con frialdad. Se dirigió a Mathieu—: ¿Te he hablado de Laurent, ese que fue alto cargo en Air-France y que ha seguido

siendo consejero de Cot y de Guy La Chambre? Pues bien, te voy a transcribir sin comentarios lo que me dijo en julio último: "El Ejército francés dispone, en todo y por todo, de cuarenta bombarderos y de setenta cazas. ¡Si Dios no lo remedia, los alemanes estarán en París el día de Año Nuevo!"

—¡Jacques!—exclamó furiosa Odette.

¿A qué tienen miedo? Pascal reía y reía; había dejado su ramillete para poder reír a gusto y dio otro salto hacia atrás: una rueda del auto rozó el ramillete. ¿A qué tienen miedo? Ella está furiosa porque él ha osado admitir la eventualidad de una derrota de Francia. No es del todo simpática: las palabras la asustan. Ellos tienen miedo de los zepelines y de los obuses, yo los he conocido, personalmente, en 1916, no me han dejado un buen recuerdo y he aquí que la cosa vuelve a empezar; los autos pasaban a toda velocidad por encima de los pobres ramilletes destrozados y a Pascal le brotaban las lágrimas a fuerza de considerar aquello tan grotesco. Pero Maurice no lo juzgaba así. Había pagado una ronda a los amigotes y todavía le escocían los omóplatos después de tanta palmada que habían recibido. En este momento se hallaba solo y pronto habría que anunciar todo a Zézette. Vio el cartel blanco en lo alto de la pared gris de las fábricas Penhoët y se acercó: tenía necesidad de leerlo otra vez, solo y lentamente.

"Por orden del Ministro de Defensa Nacional y de la Guerra y del Ministro del Aire." La muerte no era cosa tan terrible, era un accidente de trabajo, Zézette era dura, bastante joven para rehacer su vida, todo es sencillísimo cuando no se tienen críos. En cuanto a lo demás, nada: que tenía que incorporarse y que, finalmente, conservaría su fusil; así sería. Pero ¿cuándo llegaría ese fin? ¿Dentro de dos años? ¿De cinco? La última había durado cincuenta y dos meses. Durante cincuenta y dos meses habría que obedecer a los sargentos, a los de cuchara, a todas esas jetas de guarro que tanto había odiado. Obedecerles a ciegas, saludarles en la calle cuando él se veía

forzado a meterse las manos en los bolsillos, cuando se encontraba con alguno de ellos, y evitar así ir hacia él y romperle las narices. En el frente se comportan formalitos por temor a recibir un tiro por la espalda; pero durante el descanso, que le den a uno la lata esos tipejos como en el cuartel... En cuanto llegue el día del primer ataque, ¡qué gusto me dará cargarme al *patatero* que vaya delante de mí! Volvió a reanudar su paseo, se encontraba triste y laxo como en los tiempos en que practicaba el boxeo y se desnudaba en el vestuario, un cuarto de hora antes de emprender la lucha. La guerra era un camino largo, muy largo, en el que no había que pensar mucho, pues, de lo contrario, se acabaría pensando que todo carece de sentido, incluso el final, incluso el regreso empuñando el fusil. Un camino largo, muy largo. Y quién sabe si no reventaría a mitad de camino, como si no hubiese tenido otra finalidad que la de hacerse acribillar para defender las fábricas Schneider o la caja fuerte de M. de Wendel. Caminaba en el polvo negro, entre la tapia de las fábricas Penhoët y la de los talleres Germain; veía, bastante lejanos, a su derecha, los tejados inclinados de los talleres del ferrocarril del Norte, y después, todavía más lejos, la alta chimenea encarnada de la fundición, y pensaba: "Un camino largo, muy largo." El Tuerto reía entre los autos, Maurice caminaba en el polvo y Mathieu estaba sentado a la orilla del mar escuchando a Jacques y diciéndose: "Quizá tenga razón"; pensaba que se iba a despojar de sus vestidos, de su profesión, de su identidad, y partir completamente desnudo a la más absurda de las guerras, a una guerra perdida de antemano y sentía que se hundía en el fondo del anonimato; ya no era nadie, nada, ni el viejo profesor de Boris, ni el viejo amante de la vieja Marcelle, ni el demasiado viejo enamorado de Ivich; nada más que un anónimo, sin edad, a quien habían robado el porvenir y que tenía frente a él jornadas imprevisibles. A las once y media se detuvo el autocar en Safi, y Pierre salió para estirar las piernas. Chozas lisas y amarillas se extendían a orillas del camino asfalta-

do; atrás, Safi, invisible, bajaba hacia el mar. Unos árabes se tostaban, sentados en el suelo, en un amplio terreno ocre; el avión volaba por encima de un tablero amarillo y gris, era Francia. "A esos sí que les tiene todo sin cuidado", pensó Pierre envidiándolos; caminaba entre árabes, podía hasta rozarlos, y, ello no obstante, no estaba entre ellos: fumaban tranquilamente sus pipas al sol y él iba a dejarse matar en Alsacia; tropezó con un terrón, el avión cayó en un bache de aire y el anciano pensó: "No me gusta el avión." Hitler se inclinaba sobre la mesa, el general señalaba el mapa y decía: "Cinco brigadas de carros. Mil aviones saldrán de Dresde, de Tempelhof, de Munich", y Chamberlain apretando la boca con el pañuelo pensaba: "Es mi segundo viaje en avión. No me gusta viajar en avión." Esos no pueden auxiliarme; están ahí sentados al sol, semejantes a cacerolitas de agua humeante, están contentos, están solos en la tierra. ¡Dios mío!, se dijo con desesperación: ¡Si yo pudiera ser árabe!

A las once y cuarenta y cinco, François Hannequin, farmacéutico de primera clase en Saint-Flour, un metro setenta, nariz recta, frente mediana, ligero estrabismo, barba corrida, fetidez de aliento, velludo, enteritis crónica hasta los siete años, complejo de Edipo curado alrededor de su año decimotercero, bachiller a los diecisiete años, onanismo hasta el servicio militar a razón de dos o tres masturbaciones semanales, lector del *Temps* y del *Matin* (como suscriptor), casado, sin hijos, con Espérance Dieulafoy, católica de dos o tres comuniones trimestrales, subió al primer piso, entró en la cámara nupcial donde su mujer se probaba un sombrero y dijo:

—Justo lo que yo te decía, llaman a los de volante dos.

Su mujer dejó el sombrero en el tocador, retiró de la boca los alfileres y dijo:

—En ese caso, ¿te vas esta misma tarde?

A lo que él respondió:

—Sí; en el tren de las cinco.

—¡Demontre! —dijo su mujer—. Estoy trastornada, no tendré tiempo para prepararlo todo. ¿Qué te lleva-

más?... Camisas, naturalmente, y calzoncillos largos, los hay de lana, de muselina y de algodón, creo preferible los de lana. ¡Ah!, y fajas de franela, si pudieras llevarte cinco o seis enrollándolas.

—Nada de fajas—dijo Hannequin—, son nido de piojos.

—¡Qué horror! Pero tú no tendrás piojos. Llévalas, te lo ruego, para darme gusto; una vez allí, tú verás lo que haces. Afortunadamente todavía tengo conservas, ¿lo ves?, son las que compré en el treinta y seis, cuando las huelgas y te burlaste de mí; tengo una lata de *choucroute* al vino blanco, pero creo que no te gusta...

—Me produce agrios. En cambio, si tuvieses una lata de *casoulet*—dijo Hannequin frotándose las manos...

A lo que Espérance replicó:

—Pero, cariño, ¿cómo te las arreglarías para calentarla?

—¡Bah!—dijo Hannequin.

—¿Cómo bah? Eso hay que calentarlo al baño maría.

—Bueno; pero ¿no faltará pollo a la gelatina?

—Eso es, pollo a la gelatina y una excelente mortadela que enviaron los primos de Clermont.

Quedó absorto durante un instante y dijo:

—Me llevaré el cuchillo suizo.

—De acuerdo. ¿Y dónde habré metido el termo para tu café?

—Es verdad, café; se necesita algo caliente para el vientre; es la primera vez desde que estoy casado que voy a comer sin sopa—añadió él melancólicamente—. Ponme, ya que estás en esto, unas ciruelas y un frasquito de coñac.

—¿Llevarás la maleta amarilla?

—La maleta, jamás de la vida; es incómoda y, además, no me agradaría perderla, allí todo lo roban; llevaré mi mochila.

—¿Qué mochila?

—La que llevaba para ir a pescar antes de casarnos. ¿Qué has hecho de ella?

—¿Que qué he hecho de ella? ¡Qué sé yo!; me mareas. ¡Como no la haya llevado al desván!

—¡Al desván! ¡Santo Dios!, con los ratones. Bonita estará.

—Harías mejor llevándote la maleta, no es muy grande y podrás vigilarla. ¡Ah!, ya sé dónde está: en casa de Mathilde, se la presté para su merienda.

—¿Has prestado mi maleta a Mathilde?

—No, hombre; que me estás hablando de mochila.

—Te estoy hablando del termo. Bueno; yo quiero mi mochila—dijo Hannequin enérgicamente.

—¡Ah!, cariño mío. ¿Qué quieres que yo te diga? Ya ves cuánto tengo que hacer, ayúdame un poco, busca tú mismo tu mochila, bien podrías buscarla en el granero.

El subió al desván y empujó la puerta, olía a polvo, no se veía ni gota, un ratón se le metió entre las piernas: "¡Maldita sea! ¿A que se la han tragado los ratones?", pensó.

Allí había baúles, maletas, un maniquí de mimbre, un mapamundi, un hornillo viejo, una butaca de dentista, un armonio...; había que mover todo aquello. Si por lo menos se le hubiera ocurrido meterla en un baúl para resguardarla. Todos los abrió y todos los volvió a cerrar encolerizado. Era tan cómoda, de cuero con cerradura *eclair*, asombroso era lo que en ella cabía, y, además, constaba de dos departamentos. Precisamente son esas cosas las que ayudan a uno a pasar los momentos difíciles; no puede hacerse idea de lo preciosas que resultan: "De todos modos y pase lo que pase yo no llevaré la maleta—se dijo rabioso—; prefiero no llevar nada."

Se sentó encima de un baúl, las manos negras de polvo, y notaba como si todo su cuerpo estuviese cubierto de un engrudo seco y agrietado; mantenía las manos levantadas para no ensuciar su chaqueta negra, le parecía que no tendría nunca valor de salir del desván, nada me agrada ya y, por añadidura, esta noche que iba a pasar sin ingerir siquiera una sopa que le calentase la tripa, todo era tan vano, se sentía solo y como perdido allá arriba, en las alturas, sentado en el baúl, y con esa estación bulliciosa y sombría que le aguardaba a doscientos

metros por debajo de él; pero el vibrante grito de Espérance le sobresaltó, era un grito triunfal:

—¡La tengo! ¡La tengo!

Él abrió la puerta y corrió a asomarse a la escalera.

—¿Dónde estaba?

—Ya tengo tu mochila—gritó—. Estaba en el armario de la bodega.

Bajó por la escalera, cogió la mochila de manos de su mujer, la abrió y la limpió con la palma de la mano, y la puso encima de la cama diciendo:

—Di, cariño mío, me pregunto si no debiera comprarme un buen par de zapatos.

¡A la mesa! ¡A la mesa!... Habían penetrado en el túnel cegador del mediodía; afuera, el cielo blanco de calor; afuera, las calles muertas y blancas, el *no man's land;* afuera, la guerra; tras los ventanillos cerrados, se cocían hasta asfixiarse: Daniel puso la servilleta sobre sus rodillas, Hannequin anudó la suya en el cuello, Brunet cogió la de papel de encima de la mesa estrujándola y se limpió los labios, Jeannine empujó a Charles al comedor, casi desierto, de cristaleras estriadas de fulgores calizos y le extendió su servilleta en el pecho; era la tregua: la guerra, sí la guerra; pero ¿y el calor?, la mantequilla en el agua, una pastilla, en el fondo, de contornos flácidos y aceitosos, el agua grasienta en la superficie y trocitos de mantequilla flotando tripa arriba; Daniel veía cómo se fundían, Brunet secaba su frente, el queso sudaba en el plato como un tío trabajando, la cerveza de Maurice estaba caliente, rechazó su vaso: "¡Qué asco! ¡Parece orina!" Un trozo de hielo nadaba en el vino tinto de Mathieu, bebió, al principio paladeó el agua fresca, después, un poco de vino todavía caliente que se diluyó seguidamente en el agua; Charles volvió un poco la cabeza y dijo:

—¡Otra vez sopa! ¡Hace falta ser negado para servir sopa en pleno verano!

Le pusieron el plato en el pecho, le calentó la piel a través de servilleta y camisa, apenas si veía el filetito do-

rado, hundió su cuchara, la elevó verticalmente; pero cuando se está tumbado de espaldas no se encuentra seguro de la vertical, por lo que parte del líquido volvió al plato en cascada. Charles acercó lentamente la cuchara a los labios, la quiso vaciar por la comisura y se oyó un exclamación:

—¡Mierda!

Lo que siempre ocurre: el líquido caliente se deslizó en su mejilla e inundó el cuello de su camisa. La guerra, sí, la guerra.

—No, no—dijo Zézette—; fuera la radio, ya es demasiado, no quiero oírla.

—Pero un poquito de música...—dijo Maurice. Chersan, *goodb ch chrrr,* mi estrella, informaciones, los sombreros y las mantillas, *j'attendrai* solicitado por Huguette Arnal, por Pierre Ducroc, su mujer y sus dos hijas de la Roche-Canillac, por la señorita Eliane de Calvi y Jean-François Roquette para su pequeña Marie-Madeleine y por un grupo de mecanógrafas de Tulle para sus soldados. *J'attendrai jour et nuit...*

—Sírvete un poco más de sopa de pescado.

—No, gracias—dijo Mathieu—. ¿No hay nadie que lo arregle?

La radio escandalizaba, corría por encima de las plazas blancas y muertas; penetraba a través de los cristales, se internaba en la población, se colaba en las estufas sombrías. Odette pensaba: "Es imposible que no tenga arreglo." Era evidente, hacía tanto calor... La señorita Eliane, Zézette, Jean-François-Roquette y la familia Ducros de la Roche-Canillac pensaban: "Eso tiene que poder arreglarse." Hacía tanto calor...

—¿Qué quiere usted que hagan?—preguntó Daniel.

"Era una falsa alarma—pensaba Charles—, nos van a dejar aquí." Ella Birnenschatz dejó su tenedor, echó la cabeza hacia atrás y dijo:

—Pues yo no creo en la guerra. Siempre esperaré tu regreso.

El avión volaba por encima de una cristalera polvo

rienta colocada horizontalmente; en el extremo, a lo lejos, se veía un poco de masilla. Henry se inclinó hacia Chamberlain y le gritó al oído: es Inglaterra, Inglaterra y la multitud que se estrujaba contra las barreras del aeródromo, esperando su regreso, amor mío, siempre, hubo un breve desfallecimiento, hacía tanto calor, tenía ganas de olvidar al conquistador de cabeza de mosca, y el hotel Dreesen y el memorándum, tenía ganas de creer, Dios mío, de creer que aquello todavía se podía arreglar, cerró los ojos, muñequita mía..., solicitada por la señora Duranty y su sobrinita de Decazeville..., la guerra, Dios mío, la guerra, sí, y el calor y el triste sueño resignado de la tarde; Casa, ya está aquí Casa, el autocar se detuvo en una plaza blanca y desierta. Pierre se apeó el primero y lágrimas abrasadoras penetraron en sus ojos; en el autocar quedaba aún algo de mañana; pero fuera de él, a pleno sol, era la muerte de la mañana. Se acabó la mañana, muñequita querida, se acabó la juventud, se acabaron las esperanzas, he aquí la gran catástrofe del mediodía. Jean Servin había rechazado su plato, leía la página deportiva de *Paris-soir,* no tenía noticia del decreto de movilización parcial, había estado entregado a su trabajo, había vuelto para almorzar y tenía que regresar hacia las dos; Lucien Renier cascaba nueces con la palma de sus manos, él había leído los carteles blancos y pensaba: "Es un camelo." François Destutt, mozo de laboratorio en el instituto Darnen, rebañaba con pan su plato y no pensaba en nada; René Malleville y Pierre Charnier no pensaban nada. Por la mañana, la guerra era un témpano agudo y cortante en sus cabezas, y luego se había fundido y quedó un pequeño charco templado. Mi muñeca querida, el gusto espeso y sombrío de la vaca a la burguiñona, el olor a pescado, el trozo de carne entre los dos molares, los vapores de vino tinto y el calor, ¡el calor! "Queridos radioescuchas, Francia, inquebrantable a la par que pacífica, hace frente resueltamente a su destino."

Estaba agotado, aturdido, se frotó varias veces los ojos con sus manos, la luz del día le hacía daño y Dawburn,

que chupaba la punta de su lápiz, decía a su colega del *Morning-Post:* "Le han dado con la vara en los nudillos." Levantó la mano y dijo débilmente:

—Mi primer deber, ahora que he regresado, consiste en hacer un informe a los gobiernos francés e inglés acerca de los resultados de mi misión y, mientras no lo haya hecho, me será difícil decir una palabra.

El mediodía le envolvía en su sudario blanco. Dawburn le miraba y pensaba en los largos caminos desiertos entre rocas grises y abrasadas bajo el fuego del cielo. El anciano añadió con voz más débil todavía:

—Me limitaré a decir esto: confío en que todos los interesados proseguirán sus esfuerzos para solventar pacíficamente el problema de Checoslovaquia, porque en él estriba la paz de Europa en nuestro tiempo.

Ella, con ademán concreto, picotea las migas de pan que hay en el mantel. Está algo oprimida, como cuando padece la alergia del heno y me ha dicho:

—Tengo como una bola de aire en el estómago—y ha derramado algunas lágrimas para desahogarse: esto va a trastornar todas sus costumbres.

Y yo le he dicho:

—Al principio solamente.

Piensa que es desgraciada, cree que la desgracia consiste en ese pequeño y oscuro frío que tiene en la cabeza. Se mantiene en pie, piensa que no tiene derecho a abandonarse, que todas las mujeres de Francia son tan desgraciadas como ella. Digna, tranquila, intimidante, con sus hermosos brazos apoyados en el mantel, tiene el aspecto de reinar en la caja de un gran establecimiento. Ella no piensa, no quiere pensar que estaría más tranquila cuando yo me haya ido. "¿En qué está pensando?" En que hay una mancha de roña en el mango del cuchillo. Frunce el ceño, raspa la mancha con su uña encarnada. Así estará mucho más tranquila. Su madre, sus amigas, la sala de costura, la gran cama para ella sola, come casi nada, se hará unos huevos fritos en un rincón del hornillo, la pequeña puede alimentarse sin gran dificultad. "¡Caldos, siempre cal-

dos!", yo le decía. Dame cualquier cosa, lo que sea, que no te preocupes hacer un menú, yo nunca me preocupo de lo que come y ella, obstinada, decía que era su deber.

—¿Georges?

—¿Qué quieres, querida?

—¿Quieres una tisana?

—No, gracias.

Bebe ella su tisana suspirando, tiene irritados los ojos. Pero no me mira, mira el aparador, pero solo porque está enfrente de ella. O no tiene nada que decirme, o me dirá: "No cojas frío." Puede que llegue ella a imaginarme en el tren, esta noche, una forma delgada arrinconada en el fondo del departamento, pero ahí acabará todo, después será más difícil; ella piensa en su vida aquí. Que se va a notar un vacío. Un vacío muy pequeñito, Andrée: ¡hago yo tan poco ruido! Estaba yo en el sillón con un libro; ella zurcía medias, no teníamos nada que decirnos. El sillón seguirá allí. Lo importante es el sillón. Ella me escribirá. Tres veces por semana. Escrupulosamente. Se pondrá muy seria, buscará durante bastante rato la tinta, la pluma, sus gafas claras y, finalmente, se instalará con aspecto imponente en ese escritorio incómodo que heredó de su abuela Vasseur. "La nena está con sus dientes, mi madre vendrá para Navidades, la señora Ancelin ha muerto, Emilienne se casa en septiembre, el novio está bien, tiene cierta edad, trabaja en seguros." Si la nena coge la tos ferina, me lo ocultará para no inquietarme. "¡Pobre Georges!, no necesita saberlo, se hace mala sangre por nada." Ella me enviará paquetitos, salchichón, azúcar, café, tabaco, calcetines de lana, latas de sardinas, comprimidos, mantequilla salada. Un paquete entre diez mil con idéntico contenido; si por error me entregan el del vecino, yo no me daré cuenta, los paquetes, las cartas, las papillas de Jeannette, las manchas en el mango del cuchillo, el polvo del aparador, eso la bastará; por la noche dirá: "Estoy reventada, no doy abasto." No leerá los periódicos. Lo mismo que ahora: los odia porque son papeles que estorban y no pueden utilizarse ni en la

cocina ni en el retrete hasta pasadas cuarenta y ocho horas; la señora Hébertot acudirá a darle noticias, hemos logrado una gran victoria, o bien las cosas van mal, amiguita, de torpeza en torpeza. Henri y Pascal han establecido ya un lenguaje cifrado para que sus mujeres sepan dónde se encuentran: subrayan algunas letras. Pero la cosa con Andrée resulta inútil; no obstante, lo intento, por si acaso:

—Puedo darte a conocer el lugar donde me encuentro.

—Pero ¿no está prohibido?—preguntó ella sorprendida.

—Claro que lo está, pero uno se las arregla, ya lo sabes, igual que en la guerra del catorce; por ejemplo, te fijas en las mayúsculas y las unes...

—¡Cuánta complicación!—exclamó ella suspirando.

—Nada complicado, ya lo verás; es sencillísimo.

—Si te descubren, echarán tus cartas al cesto y yo estaré siempre inquieta.

—Pero vale la pena arriesgarse.

—Como tú quieras, querido; pero tú sabes que la geografía y yo... Consultaré el mapa, veré un redondel con un nombre encima y seguiré quedándome en ayunas.

¡Y qué se le va a hacer! Por un lado, más vale así, vale mucho más que así sea: ella cobrará mis emolumentos.

—Te he dado el poder, ¿verdad?

—Sí, querido; lo he guardado en el escritorio.

Mejor que mejor. Debe de ser muy molesto dejar a alguien que se hace mala sangre, uno debe sentirse vulnerable. Yo empujé mi silla.

—¡Oh!, no, querido; no vale la pena que dobles la servilleta.

—Tienes razón.

Ella no pregunta adónde voy. Nunca me lo pregunta. Yo le digo:

—Voy a ver a la nena.

—No la despiertes.

No la despertaré; cuando quiera yo, me acercaré sin ruido y no la despertaré, soy muy silencioso. Empujó la

puerta, un postigo se había abierto, una tarde deslumbrante y cretácea penetró; la mitad de la habitación permanecía aún en la sombra, pero la otra mitad brillaba en la luz polvorienta; la pequeña dormía en su cuna y Georges se sentó a su lado. Sus rubios cabellos, su boquita pura y sus mofletes un poco caídos le daban el aspecto de un magistrado inglés. Empezaba a conocerme, a quererme. El sol ganaba terreno; empujó suavemente hacia atrás la cunita. ¡Así! ¡Así! No. No será muy linda, pues se parece a mí. ¡Pobre criaturita! Sería preferible que se pareciera a su madre. Todavía blanda, diríase que no tiene huesos. Y, sin embargo, ya muestra esa ley rígida que siempre ha sido mi ley; las células pulularán con arreglo a mi ley, los cartílagos se endurecerán según mi ley, el cráneo se osificará según mi ley. Una pequeña delgaducha, de exterior insignificante, de cabellos lacios, escoliosis de hombro izquierdo, miopía aguda, se deslizará sin ruido, sin pisar el suelo, evitando personas y cosas, haciendo enormes rodeos, pues será demasiado ligera y demasiado débil para hacerles cambiar de sitio. ¡Dios mío!, todos esos años que van a constituir su existencia, año tras año, despiadadamente y tan en vano, tan inútilmente, todo escrito en esa cara y, sin embargo, tendrá que vivir su destino minuto por minuto y que ella crea que lo ha inventado cuando está por entero ahí, desanimado a fuer de previsible, contaminada por mí, ¿y por qué es preciso que ella viva gota a gota todo lo que yo ya he vivido?, ¿por qué es preciso que todo se repita indefinidamente? Una criatura delgaducha, una pequeña alma clarividente y timorata, todo lo que hace falta para sufrir mucho. Yo me voy llamado a desempeñar otras funciones; ella crecerá, aquí; obstinadamente, imprudentemente, me va a representar. Y la tos ferina, y las largas convalecencias, y esa pasión desdichada por sus hermosas y robustas camaradas de sonrosadas carnes... ¿Y esos espejos en los que ella se mirará pensando: "Seré demasiado fea para ser amada"?... Todo esto día tras día, con ese gusto de lo que ya se ha visto, Dios mío, ¿vale la pena? ¿En verdad

vale la pena? Ella despertó un instante y le miró con una curiosidad grave, porque para ella era un momento completamente nuevo, o por lo menos así lo creía. El la sacó de la cuna y la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas: "¡Mi nenita! ¡Mi muñequita! ¡Pobrecita mía!" Pero ella tuvo miedo y empezó a gritar.

"¡Georges!", exclamó detrás de la puerta una voz llena de reproches. Volvió a dejar dulcemente a la nena en su cuna. Ella le miró todavía un instante con aire severo y moroso; luego sus ojos se cerraron, chispearon después, y, finalmente, se cerraron por completo. Empezaba a quererme. Hubiera sido necesario que yo estuviese con ella constantemente, acostumbrarla profundamente a mi presencia y no que ya no me vea. ¿Cuánto va eso a durar? ¿Cinco años, seis años? Encontraré una verdadera muchachita que, mirándome estupefacta, pensará: "¿Este es mi papá?", y que se avergonzará de mí delante de sus amiguitas. También eso mismo lo he vivido ya. Cuando mi papá volvió de la guerra, tenía yo doce años. La tarde había invadido casi completamente la habitación. La tarde, la guerra. La guerra, aquello se parecería a una interminable tarde. Se levantó silenciosamente, abrió suavemente la ventana y bajó la persiana.

Camarote 19, este es. Ella no se atrevía a entrar, permanecía delante de la puerta, con su maletín en la mano, esforzándose por convencerse de que aún conservaba alguna esperanza. ¿Y si, por encanto, resultara que era un verdadero pequeño camarote?... Con su alfombra al pie de la cama y, por ejemplo, flores en un vaso para dientes en el vasar del lavabo... A veces suceden tales cosas, tropieza uno a menudo con alguien que te dice: "A bordo de tal o cual barco, no vale la pena sacar segundas, las terceras son tan lujosas como las primeras." En aquel momento puede que France estuviese desarmada, puede que ella llegaría a decirse: "Pues qué bien, he aquí un camarote que no es como los otros. Si las terceras fuesen siempre como estas"... Pero ella permanecía helada en el fondo de sí misma, helada y ya resignada. Oyó pasos, no le

gustaba que la hallaran circulando por los pasillos, en cierta ocasión se cometió un robo y la interrogaron en forma desagradable, y cuando se es pobre, hay que cuidarse de pequeños detalles, porque la gente no tiene piedad: se encontró de pronto en medio del camarote y hasta no sufrió ninguna decepción: se lo esperaba. Seis literas, tres superpuestas a su derecha y otras a su izquierda: "¡Naturalmente!" No había flores en el lavabo, ni alfombras al pie de la cama; nunca lo hubiese creído. Ni sillas, ni mesa. Cuatro personas se hallarían apretadas, pero el lavabo estaba limpio. Le entraron ganas de llorar, pero no valía la pena; puesto que France no podía viajar en tercera clase, había que partir de ese hecho, no admitía discusión, del mismo modo que nadie discutía que Ruby no pudiese viajar en ferrocarril dando la espalda a la locomotora. Y hasta podía preguntarse por qué France se obstinaba en tomar billetes de tercera. Pero acerca de este extremo como sobre el otro, France no merecía ningún reproche: si sacaba billetes de tercera era por espíritu de economía y porque administraba cuerdamente las finanzas de la orquesta *Baby's;* en consecuencia, ¿quién hubiese podido censurarla? Maud dejó su maletín en el suelo y trató, durante un segundo, de echar raíces en aquel camarote, de hacer creer que en él llevaba ya dos días. Y de este modo, las literas, la portilla, las cabezas de tornillo pintadas de amarillo que sobresalían en las paredes, todo le sería familiar, íntimo. Murmuró convencida: "¡Está muy bien este camarote!" Pero se sentía decepcionada, volvió a coger el maletín y permaneció de pie entre las literas sin saber qué hacer; si aquí nos quedamos, tengo que deshacer la maleta, pero lo más seguro es que no nos quedemos, y si France ve que he empezado a instalarme, su espíritu de contradicción contribuirá a decidirla a no quedarnos. Se sentía provisional en el camarote, en el barco, en tierra. El capitán era alto, grueso y sus cabellos eran blancos. Se estremeció al pensar: "¡Qué bien estaríamos aquí las cuatro, si no nos metieran más gente!" Pero fue suficiente una ojeada para que per-

diera toda esperanza: habían colocado equipajes en una de las literas de la derecha: una maleta de mimbre cerrada con una varilla enmohecida y un cabás de fibra—ni siquiera de cartón—, con las cantoneras rayadas. Y, para colmo de mala suerte, llegó hasta ella un ruidito casi imperceptible que le hizo elevar la mirada y ver en la litera superior derecha a una mujer de unos treinta años, acostada, muy pálida, de nariz puntiaguda, y ojos cerrados. En efecto, ¡el colmo! El la había mirado las piernas cuando ella pasaba por el puente; fumaba él un puro, ella conocía bien ese estilo de hombres que huelen a tabaco y a colonia. Y las otras llegarían al día siguiente, bulliciosas y pintadas al puente de las segundas, ya ocupadas por los viajeros que habían empezado a trabar conversaciones y a elegir sus tumbonas transatlánticas. Ruby andaría muy tiesa, erguida la cabeza, risueña y miope, moviendo sus caderas, y Doucette diría con su voz gangosa: "Pero ven, querida, ven, puesto que el capitán lo quiere." Los caballeros *bien,* sentados en cubierta, con las mantas sobre las rodillas, las seguirían con su fría mirada, las mujeres soltarían a su paso sus malintencionadas pullas y, por la noche, en los pasillos se encontrarían con algunos *gentlemen* excesivamente amables, cuyas manos estarían siempre atareadas. ¡Dios mío, si nos quedáramos aquí! Entre estas cuatro chapas pintadas de amarillo, estaríamos estupendamente, estaríamos juntas en nuestro ambiente.

France empujó la puerta, Ruby entró tras ella.

—¿No han bajado los equipajes?—preguntó France lo más alto que pudo.

Maud, indicando a la enferma, la invitó con un gesto a que se callara. France levantó sus grandes ojos claros, sin pestañas, hacia la litera superior, su rostro permanecía mandón e inexpresivo, como siempre; pero Maud comprendió que la partida estaba perdida.

—No estamos muy mal—dijo Maud animosa—; el camarote está casi en el centro y ello hará que sintamos menos el bailoteo.

Ruby no respondió, limitándose a encogerse de hombros. France, con voz indiferente, preguntó:

—¿Cómo nos instalaremos?

—Como queráis. ¿Podré yo ocupar la litera de abajo? —preguntó Maud decidida.

France no podía dormir pensando que tenía dos personas encima.

—Ya veremos. Ya veremos—se limitó a decir.

El capitán tenía ojos claros y fríos en un rostro colorado. Se abrió la puerta y una dama enlutada apareció. Masculló algunas palabras y fue a sentarse en su litera, entre la maleta y el cesto. Podría tener unos cincuenta años, iba muy pobremente vestida, tenía una piel ordinaria, terrosa y surcada, y unos ojos que parecía querer salirse de las órbitas. Maud la miró y pensó: "Está en las últimas." Sacó de su bolso un lápiz de carmín y se dedicó a pintarse los labios. Pero France la miró de reojo, con aire de satisfacción tan majestuosa, que, Maud, molesta, dejó caer el lápiz rojo al fondo del bolso. Se hizo un prolongado silencio, que Maud reconoció: ya había reinado en otro camarote muy parecido, cuando el *Saint-Georges* las llevaba a Tánger, y un año antes, en el *Téophile-Gautier,* cuando iban a tocar en el *Polytheion* de Corinto. Pero, de pronto, aquel silencio fue roto por un extraño gangueo: la dama enlutada había sacado su pañuelo y se había tapado la cara: lloraba sin violencia, pero sin disimular el llanto, como quien toma precauciones ante la aparición de una crisis que durará largo rato. Al cabo de un momento, abrió su cesto y sacó de él una rebanada de pan untado de mantequilla, una tajada de cordero asado y un termo envuelto en una servilleta. Empezó a comer sin dejar de llorar, destapó la botella y echó café caliente en el cubilete, la boca llena, con lágrimas brillantes que rodaban por sus mejillas. Maud miró el camarote con ojos nuevos: era una sala de espera, nada más ni nada menos que una sala de espera de una pequeña y triste estación provinciana. ¡Con tal que no sea una manía! Se

sonó echando la cabeza hacia atrás a causa del rímel France la miró fríamente de costado.

—Este camarote es demasiado pequeño—dijo France en voz alta—; aquí vamos a estar muy mal. En Casablanca me prometieron que estaríamos solas en un camarote de seis literas.

La ceremonia empezaba, había una atmósfera algo siniestra y algo solemne. Maud dijo débilmente:

—Tal vez pudiéramos pagar un suplemento.

France nada dijo. Se había sentado en la litera de la izquierda y parecía que meditaba. Al cabo de un instante, iluminó su rostro y dijo alegremente:

—¿Y si propusiéramos al capitán dar un concierto gratuito en el salón de la primera clase? Tal vez consintiera que trasladásemos nuestros equipajes a un camarote más confortable.

Nada dijo Maud: la respuesta correspondía a Ruby.

Maud se estremeció de pronto y se horrorizó. Se volvió hacia France y dijo suplicante:

—¡Anda, France! Eres nuestro jefe de equipo. Eres tú la que debes hablar al capitán.

—De ninguna manera, querida—dijo France decidida—. ¿Cómo pretendes que una viejales como yo vaya a ver al capitán? ¡Cuánto más gentilmente se comportará con una criatura tan linda de tu edad!

Un tipo gordo, coloradote con blancos cabellos y ojos grises. Debía de ser meticulosamente limpio; siempre pasaba lo mismo. France alargó el brazo y pulsó el timbre:

—Lo mejor es actuar prontamente—dijo ella.

La dama enlutada seguía llorando. Levantó la cabeza y entonces aparentó que descubría su presencia.

—¿Acaso van ustedes a cambiar de camarote?—preguntó inquieta.

France la observó con frialdad. Maud se apresuró a responder:

—Señora, tenemos demasiados equipajes. Todos estaríamos estrechamente y molestaríamos.

—¡Oh, no señora!—replicó la dama—. Además, adoro la compañía.

Llamamos y el *steward* entró. "El juego ha empezado", se dijo Maud. Sacó su lápiz de labios y su polvera, se acercó al espejo y empezó a pintarse con aplicación.

—¿Tendría usted la amabilidad de preguntar al capitán —dijo France—si dispone de un momento para recibir a la señorita Maud Dassignies, de la orquesta femenina *Baby's?*

—De ningún modo—dijo—. ¡Ni hablar! ¿A que no?

Las butacas de mimbre, la sombra de los plátanos. Daniel se revolvía en viejísimos recuerdos aburridísimos; en Vichy, en 1920, se hallaba somnoliento en un sillón de mimbre, bajo los corpulentos árboles del parque, tenía en los labios la misma sonrisa cortés y su madre hacía labor de ganchillo a su lado, Marcelle, cerca de él, hacía a su vez calcetines de ganchillo para el crío, pensando en la guerra, ya no veía. El eterno zumbido del moscardón, cuánto tiempo transcurrido desde Vichy y el moscardón que continuaba siempre zumbando, olía todo a menta; detrás de ellos, en el salón del hotel, alguien tocaba el piano desde hacía veinte años, desde hacía cien años. Un poco de sol en los dedos, rozando los pelos de las falanges, un poco de sol calentaba, en el fondo de la taza vacía, unas gotas de café y unos posos de azúcar, oscura y molida, con sus mil granitos brillantes. Daniel aplastó el azúcar por sentir el moroso placer que le daba aquella arena que se deshacía. El jardín se dejaba deslizar suavemente hacia el río, el agua, templada y lenta, el olor de planta recalentada y la *Revue des Deux Mondes* que M. de Lestrange, coronel retirado, había dejado en un velador al otro lado de la escalinata. La muerte, la eternidad, no se la puede evitar, la dulce, la insinuante eternidad; las hojas verdes y pegajosas encima de la cabeza; los sempiternos montoncitos de las primeras hojas caídas. Emile cavaba, único superviviente, bajo los castaños. Era el hijo de los amos, había echado cerca de él, al borde de la fosa, un saco de tela gris. En el saco estaba *Zizi,* la

perra reventada: Emile cavaba su fosa, con su gran sombrero de paja; el sudor brillaba en sus hombros y en su espalda desnudos. Un mozo grosero y nulo, con cara de bruto, una roca con dos hendiduras horizontales y legañosas en vez de ojos, que tenía diecisiete años, que ya perseguía a las muchachas, que era campeón local de billar y que fumaba puros y que gozaba de aquel cuerpo delicioso, inmerecido.

—¡Ah!—dijo Marcelle—, si yo me atreviera a creerle...

¡Naturalmente! Naturalmente, ella no se atrevía a creerle. Y no obstante, ¿a ella qué podía importarle estar en guerra? Ella continuaría engordando en cualquier lugar desconocido de la campiña. ¿No acabará largándose antes que pase la hora de la siesta? Apretaba con el pie la azada, con todas sus fuerzas; palpar suavemente las caderas y subir las manos casi sin apoyarlas, como un masajista, mientras cavaba, frotar el vaivén de los músculos dorsales, hundir las yemas de los dedos en la húmeda sombra de las axilas; su sudor huele a tomillo... Se echó él un trago de aguardiente.

—Sería demasiado bonito—dijo Marcelle—. ¿Y qué se le va a hacer? ¡Ahora empieza la movilización!

—Pero, mi querida Marcelle, ¿cómo se deja usted engañar?

La *Home Fleet* va a dar una vueltecita por el mar del Norte, movilizan en Francia doscientos mil hombres, Hitler concentrará cuatro divisiones en la frontera checa. Y después, esos caballeretes tendrán la conciencia tranquila, podrán, muy satisfechos, conferenciar en torno a una mesa.

Los cuerpos de mujeres, algo que se puede tener entre las manos. Caucho, carne deshuesada, todo eso os viene a las manos más de lo que uno puede apetecer. Ese hermoso cuerpo, pedía caricias de escultor, era indispensable modelarlo. Daniel se irguió bruscamente en su butaca y miró a Marcelle con ojos fulgurantes. Eso no, de ninguna manera, nada de vicios distraídos, no tengo todavía la edad. Bebo una copa de aguardiente, hablo de la guerra

que se avecina con aplomo, y, mientras tanto, la mirada descubre una joven espalda desnuda, unas nalgas que parecen ofrecerse, una de esas gangas que ofrecen las tardes del estío. ¡Ya puede venir! Que venga de una vez esa guerra que apague mis ojos, que los hunda en sus órbitas, que de una vez les muestre cuerpos mancillados, ensangrentados, desarticulados, que me arrebate lo eterno, los vanos eternos y pequeños deseos, las sonrisas, las hojas, el zumbido de las moscas, un haz de fuego sube hacia el cielo, una llama que abrasa cara y ojos y que hace creer que os arrancan los carrillos, y que, al fin, llegue el instante innominado que nada recuerda.

—Pero veamos—dijo Marcelle con tierna indulgencia; apenas apreciaba ella sus capacidades políticas—, ¿verdad que Alemania no puede retroceder? Y en cuanto a nosotros, hemos llegado al límite de concesiones, ¿no?

—No te preocupes—dijo con amargura Daniel—. Haremos cuantas concesiones sean necesarias, en eso no hay límites. Y después, Alemania puede ofrecerse el lujo de retroceder; ¿quién se atrevería a tildar tal actitud de retroceso? Se dirá que fue generosidad.

Emile se había enderezado, se quitaba el sudor de la frente con el dorso de la mano, su sobaco llameaba al sol, miraba al cielo sonriendo, una joven deidad. ¡Una joven deidad! Daniel arañaba el brazo de su butaca. ¡Cuántas veces!, cuántas veces había él dicho: una joven deidad, mientras contemplaba al sol a un adolescente. Palabras retorcidas de marica viejo: "Yo soy un pederasta", él lo decía y no por eso dejaban de ser palabras, eso no le concernía, pensó: "¿Qué podría modificar la guerra?" Él estaría allí, sentado al borde del césped, durante una calma, miraría distraídamente la espalda desnuda de un joven soldado dedicado a cavar la tierra o a despiojarse; sus labios, bien acostumbrados, murmurarían para sí: "Una joven deidad en todas partes se encuentra."

—¿Y qué?—preguntó bruscamente—; estamos siempre rompiéndonos la cabeza. ¿Y aunque la guerra estalle? Yo me figuro que seguiremos viviendo al día, como siempre.

—¡Daniel!—dijo Marcelle verdaderamente escandalizada—. ¿Cómo puedes expresarte así?... Sería terrible..., verdaderamente terrible.

Palabras. Siempre palabras.

—Lo que es terrible—dijo sonriendo Daniel—, es que nunca hay nada verdaderamente terrible. Los extremos no existen.

Marcelle le miró algo sorprendida; tenía ella los ojos tiernos y enrojecidos. "Se cae de sueño", se dijo satisfecho Daniel.

—Si me hablaras así de los sufrimientos morales, lo comprendería. Pero, Daniel, ¡también hay sufrimientos físicos...!

—¡Ah!—exclamó Daniel amenazándola con el dedo—. Tú piensas en tus futuros dolores. ¡Pues ya lo verás! Creo que hasta eso se exagera.

Marcelle le sonrió ahogando un bostezo.

—Está bien—dijo Daniel levantándose—. Sobre todo, Marcelle, no te atormentes. ¿Ves? Si te descuidas, se te pasa la hora de tu siesta. No duermes lo bastante; en tu estado hay que dormir mucho.

—¿Que yo no duermo bastante?—preguntó Marcelle bostezando y riendo a la vez—. Al contrario, me avergüenza confesarlo, yo ni leo; paso todas mis jornadas tumbada en la cama.

"Afortunadamente", pensó Daniel, besándole la punta de los dedos.

—Apostaría—dijo en voz alta—, que no has escrito a tu señora madre.

—Es cierto—contestó ella—, soy una mala hija—bostezó y añadió—: Voy a hacerlo antes de dormir.

—No, no—exclamó Daniel vivamente—; primero acostarse en seguida. Seré yo quien le escriba unas líneas.

—¡Oh Daniel!—dijo Marcelle confusa y encantada—. ¡Una carta de su yerno! ¡Qué orgullosa se va a poner!

Ella subió, vacilante, la escalinata y él volvió a ocupar su sillón. Bostezó, pasó el tiempo y después se dio cuenta de que estaba escuchando el piano. Consultó su reloj:

eran las tres y veinticinco; Marcelle bajaría a las seis, a dar su paseo aperitivo. Tengo dos horas y media por delante, se dijo como algo aprensivo. Curioso: en otro tiempo, su soledad era como el aire que se respira y gozaba de ella sin verla. Y ahora le era concedida por pequeñas dosis y no sabía qué hacer con ella. "Y lo que es más sorprendente es que me aburro mucho menos cuando Marcelle está aquí. Tú lo has querido—se dijo—, tú lo has querido." Quedaba un poco de orujo en el fondo de la copa y se lo bebió. Aquella noche de junio en que decidió casarse con ella, la angustia le asfixiaba, creía que se precipitaba en el horror. Todo eso para llegar a la situación actual: al sillón de mimbre, al suave gusto a podrido del orujo, a esa espalda desnuda. Con la guerra sucedería igual. El horror es siempre para el día siguiente. Yo casado, yo soldado, solo encuentro el yo. Ni siquiera el yo; una serie de pequeños recuerdos excéntricos, pequeños movimientos centrífugos y sin centrar. Y, sin embargo, existe un centro. Un centro: yo. Yo y el horror en el centro. Alzó la cabeza, la mosca zumbaba a la altura de sus ojos, él la ahuyentó. Todavía una fuga más. Un movimiento de la mano, casi insignificante, y todo se escapaba; ¿qué podía importarme aquella mosca? Ser de piedra, inmóvil, insensible, sin un gesto, sin un ruido, ciego y sordo, las moscas, los mosquitos, las mariquitas subirían y bajarían por encima de mi cuerpo, una estatua insociable de ojos blancos, sin un propósito, sin una inquietud; tal vez pueda yo coincidir conmigo mismo. No para aceptarme, de ningún modo: para ser de una vez el objeto puro de mi odio. Hubo un rasgueo, cuatro notas de una polonesa, el resplandor de aquella espalda a lo lejos, un picor en el grueso del pulgar y luego volvió a reconcentrarse. Ser lo que yo soy, ser un pederasta, un malvado, un cobarde, ser, por último, esta inmundicia que ni siquiera llega a existir. Juntó sus rodillas, colocó de plano sus manos sobre sus muslos y le entraron ganas de reír: qué aspecto tan bonachón debe ser ahora el mío, y se encogió de hombros, ¡imbécil! No preocuparme de mi aspecto, no vol-

ver a mirarme sobre todo; si me miro soy dos. Ser. En la oscuridad, a oscuras. Ser pederasta del mismo modo como la encina es encina. Extinguirse. Apagar la mirada interior. Pensó: "Apagarse." La palabra sonó como un trueno y repercutió en los inmensos salones vacíos. Ahuyentar las palabras, formarían un murmullo de pequeñas treguas, cada una de las cuales le daría cita al fin de él mismo... Hubo un nuevo rompimiento, Daniel se volvió a encontrar, soñoliento y aburrido, un sujeto que solo tenía dos horas delante de él y que se distrae como puede. Ser como los demás me ven, como Mathieu me ve, y Ralph en su sucia cabecita; ahuyentar las palabras cual si fueran mosquitos; se dedicó a contar mentalmente, uno, dos; las palabras acudieron a él: diversión de estivada. Pero contó más deprisa, acercó los eslabones de la cadena y las palabras dejaron de pasar. Cinco, seis, siete, ocho, las profundidades submarinas, allí había una imagen, agazapada, horrenda, familiar en los bajos fondos, una araña de mar que se expansionaba..., veintidós, veintitrés, Daniel se dio cuenta de que cortaba su respiración y la dejó libre, veintisiete, veintiocho, el otro seguía cavando, allá arriba, en la superficie; la imagen era una herida abierta, una boca amarga que sangraba: era yo, soy los dos labios separados y la sangre que borbotea entre los labios, treinta y tres, la imagen le era familiar y, no obstante, era la primera vez que la evocaba. Ahuyentar también las imágenes, estaba preso de un miedo extraño y ligero. Abstraerse, dejarse llevar como cuando quiere uno quedarse dormido. Pero ¡si yo me voy a quedar dormido! Se sacudió y volvió a la superficie. Qué silencio afuera; ese aplastante silencio, medio muerto que buscaba vanamente en él, estaba afuera, daba miedo. El sol, desparramándose, sembraba el suelo de pequeños círculos pálidos y movedizos, la perra reventada, ese ruido de río en la copa de los árboles, la desnuda espalda, tan cercana, tan lejana..., se notaba él tan terriblemente extraño, que se dejó ir de nuevo, se deslizó hacia atrás, ahora veía el jardín por debajo, cual zambullido que levanta la cabeza y mira al

cielo a través del agua. Sin ruido, sin voz, qué silencio en torno suyo, por encima, debajo y él solo, pequeño hiato hablador en medio de aquel silencio. Uno, dos, tres, expulsar la palabra que el silencio del jardín cruza, se reúne y se unifica a través de mí, regularizar mi respiración. Lentamente, profundamente, que cada columna de aire destroce como una maza las palabras que intentaran nacer. Ser como un árbol, como la espalda desnuda, como las libélulas mariposean sobre la sonrosada tierra. Si yo cerrara los ojos: los ojos nos llevan demasiado lejos, más allá del instante, fuera de mí, ya allá sobre las hojas, sobre ese hombre; la mirada acosada, furtiva, huidiza, siempre al cabo de sí mismo, palpa a distancia. Pero no se atrevió a bajar los párpados: Emile debía de estarle mirando de soslayo, de cuando en cuando, y le vería como un anciano vencido por una soñolencia digestiva; fascinarse por un objeto, mejor, darlo como pasto a la mirada, encadenarla, alimentarla y resbalar hasta el fondo de uno mismo, liberado de los ojos, en mi noche espesa; observó, a la izquierda, en el arriate, un gran movimiento verde y quieto; una ola inmovilizada en el instante que rompe, la mirada perdida, trasladada continuamente de una hoja a otra, desapareciendo en aquel maremágnum vegetal. Una (inspiración), dos (expiración), tres (inspiración), cuatro (expiración). Descendía dando vueltas, y, encontró de paso un absorbente deseo de reír, estoy haciendo el derviche, ¡con tal que no me trague la lengua!, porque ya estaba por encima de él, cruzando palabras en jirones: Miedo, desafío, que volvían a la superficie. Un desafío hacia el claro cielo, que él veía sin imagen, sin palabras, que acabara de abrirse como la tapa de una alcantarilla. Bajo el azul del cielo, una reivindicación amarga, una vana súplica. *Eli, Eli, lamma sabacthani,* tales fueron las últimas palabras que encontró; subían como ligeras pompas, el verde del arriate estaba allí, ni visto ni nombrado: una plenitud de presencia frente a sus ojos, que se acerca, que se acerca. Ello le penetró como una guadaña, algo extraordinario, desesperante, delicioso. Abierto, abierto,

la vaina estalla, abierto, abierto, colmado yo también eternamente, pederasta, malvado, cobarde. Se me ve; no. Ni eso; se *me* ve. Era objetivo de una mirada. Una mirada que le registraba hasta el fondo, que le penetraba a cuchilladas y que no era su mirada; una mirada opaca, la mismísima noche, que le esperaba allí, en su propio fondo y que le condenaba a ser él, a ser cobarde, hipócrita y pederasta hasta la eternidad. A ser él, palpitando bajo aquella mirada y desafiándola. La mirada. La noche. Como si la noche fuera la mirada. Soy visto. Transparente, transparente, atravesado. Pero ¿por quién?

—No estoy solo—dijo Daniel en voz alta.

Emile se levantó.

—¿Qué pasa, señor Sereno?—preguntó.

—Le preguntaba si acabaría usted pronto—contestó Daniel.

—Ya termino—fue la réplica de Emile—; es cuestión de un par de minutos.

No tenía prisa de reanudar la faena, miraba a Daniel con insolente curiosidad. Pero aquello era una mirada humana, una mirada que podía mirarse. Daniel se levantó temblando de miedo.

—¿No se cansa de estar cavando a pleno sol?

—Ya estoy acostumbrado—dijo Emile.

Tenía un pecho encantador, un poco grueso, con dos minúsculos puntos sonrosados, se apoyaba en su azadón, con ademán provocativo; en tres zancadas... Pero existía aquel extraño, extraño goce más íntimo que todas las voluptuosidades, existía aquella mirada.

—Yo tengo excesivo calor—dijo Daniel—; creo que voy a subir para descansar un instante.

Inclinó ligeramente la cabeza y subió por la escalinata. Tenía seca la boca, pero estaba decidido; en su habitación, echadas las cortinas, cerradas las persianas, volvería a probar la experiencia.

Las cinco y cuarto en Saint-Flour. La señora Hannequin acompañaba a su marido a la estación; habían iniciado la cuestecilla. M. Hannequin vestía su traje *sport* con su

mochila a la bandolera; llevaba zapatos nuevos y le apretaban los empeines. A mitad de camino encontraron a la señora Calvé. Estaba parada delante de la casa del notario, para descansar un poco.

—¡Pobres piernas mías!—exclamó al verlos—. ¡Estoy hecha una pobrecilla vieja!

—Está usted más lozana que nunca—dijo la señora Hannequin—. No conozco a muchos que puedan subir la cuesta sin pararse para recobrar aliento.

—¿Y adónde van ustedes tan deprisa?—preguntó la señora Calvé.

—Querida Jeanne—dijo la señora Hannequin—; acompaño a mi marido. Se va porque ha sido llamado a filas.

—¿Cómo es posible?—preguntó la señora Calvé—. No sabía nada. ¡Vaya! ¡Vaya!—al señor Hannequin le pareció que ella le miraba con un interés muy particular—. Debe de ser muy duro—añadió—tener que marcharse en un día tan espléndido.

—¡Bah!—exclamó M. Hannequin.

—Es muy animoso—dijo la esposa.

—Más vale así. Eso decía yo ayer a mi marido: los franceses se incorporarán todos con entusiasmo.

M. Hannequin se sintió joven y valiente.

—Perdónenos—dijo—, tenemos que irnos.

—Entonces, ¡hasta pronto!—se despidió la señora Calvé.

—¡Oh, hasta pronto! ¡Hasta pronto!—afirmó enérgico M. Hannequin.

Y reanudaron la marcha. M. Hannequin caminaba con paso ligero. Su señora le dijo:

—Despacito, François, yo no puedo seguirte a causa de mi corazón.

Se encontraron con Marie, cuyo hijo estaba en el servicio. M. Hannequin le gritó:

—¿Tengo que decir algo a su hijo, Marie? Tal vez me encuentre con él; yo vuelvo a ser soldado.

Marie pareció emocionarse.

—¡Jesús!—exclamó juntando las manos.

M. Hannequin hizo una pequeña seña y entraron en la estación.

Picaba los billetes Charlot.

—¿De modo, señor Hannequin, que esta vez es el bum-bum?

—El rebumbum, la zamba del amor—respondió M. Hannequin presentándole los billetes.

M. Pineau, el notario, que estaba en el muelle, les gritó

—Y qué, ¿vamos a corrernos una juerguecita en París?

—Sí—contestó M. Hannequin—, o a recibir las bombas en Nancy—y en tono sombrío añadió—: He sido llamado a filas.

—¡No me diga!—exclamó el notario—. Pero, dígame, ¿tenía usted el volante dos?

—¡Naturalmente!

—Bueno, pronto le volveremos a ver por aquí; todo esto es pura pamema.

—No estoy yo tan seguro—respondió secamente M. Hannequin—. En la diplomacia, como usted bien sabe, las cosas empiezan en broma y terminan bañadas en sangre.

—¿Y le hace a usted gracia tener que batirse por los checos?

—Checos o no checos, siempre se bate uno por el rey de Prusia—respondió M. Hannequin.

Rieron y se saludaron. El tren para París entraba en la estación, M. Pineau tuvo tiempo para besar la mano de la señora Hannequin.

El esposo subió a su departamento sin apoyar las manos. Lanzó al aire la mochila en el rincón que había reservado, volvió al pasillo, bajó el cristal y sonrió a su mujer.

—¡Eh, eh, aquí estoy! Estoy muy bien—dijo—. Hay mucho sitio. Si continuamos así, podré extender las piernas para dormir.

—Ya subirán más viajeros en Clermont.

—Eso temo.

—Escríbeme—le dijo ella—. Unas líneas todos los días; eso bastará.

—De acuerdo.

—No se te olvide ponerte las fajas de franela; no dejes de darme ese gusto.

—Te lo juro.

Salió al pasillo, bajó al estribo:

—Bésame, viejita—le dijo.

Estampó unos besos en aquellas gruesas mejillas. Ella vertió dos lágrimas.

—¡Dios mío!—dijo ella—. ¡Cuánto jaleo... Solo eso nos faltaba.

—Bueno, bueno—respondió él—. ¡A callar! ¿Quieres?

Y callaron. El la sonreía. Ella le miraba sonriendo y llorando un poco. No tenían nada más que decirse. M. Hannequin estaba deseando que el tren arrancara lo antes posible.

Las cinco y cincuenta y dos minutos en Niort. La aguja larga del reloj se desplaza por sacudidas cada minuto, oscila un poco y se detiene. El tren es negro, la estación es negra. Hollín. Ella se ha empeñado en venir. Mi deber me impulsó a decirle: "No vale la pena que vengas", y ella me ha lanzado una mirada escandalizada, diciéndome: "Pero, Georges, ¡qué cosas se te ocurren! ¡Ni pensarlo!" Yo he replicado: "No te quedes mucho tiempo, no puedes dejar a la pequeña sola durante mucho tiempo." "Voy a rogar a mamá Cornu que me la cuide; te dejaré en el tren y volveré seguidamente." De momento, ahí está; me inclino sobre la ventanilla de mi departamento y la miro. Me entran ganas de fumar, pero no me atrevo, pues me parece poco correcto. Ella mira el extremo del muelle formando con la mano una visera para proteger del sol los ojos. Y luego, de cuando en cuando, se acuerda de que allí me encuentro también yo. Levanta por fin la cabeza, fija su mirada en mí, me sonríe, pero no encuentra por lo visto nada que decirme. En realidad, es como si me hubiera ido ya.

—¡Almohadillas, mantas, naranjas, gaseosas, bocadillos!

—¡Georges!
—¿Qué quieres, cariño?
—¿Te compro naranjas?
Mi mochila está cargada hasta reventar. Pero ella tiene ganas de darme algo porque me voy. Si no acepto, tendrá remordimientos de conciencia. No me gustan las naranjas.
—No, gracias.
—De veras, ¿no?
—De veras. Te lo agradezco, eres muy amable.
Pálida sonrisa. Hace poco he besado sus hermosas mejillas frías y regordetas y el rincón de su sonrisa. Me ha besado ella y me he avergonzado un poco: Dios mío, ¿por qué tanto aspaviento? ¿Porque me voy? También se van otros. Cierto que también reciben besos. ¡Cuánta linda mujer de pie al sol que declina, entre el humo y el hollín, dirigiendo sonrisas a un hombre asomado a la ventanilla de un vagón! ¿Y qué? Pues nada, que debemos de parecer ridículos. Ella es demasiado guapa, demasiado fría y yo demasiado feo.
—Escríbeme—me dice. Ya me lo había dicho muchas veces, pero hay que llenar el tiempo—siempre que puedas. No tienes necesidad de ser muy extenso...
No lo seré. No tendré nada que decir, no me sucederá nada, nunca me ocurre nada. Por otra parte, ya la he visto leer cartas. Parece interesarse importante, molesta; se pone las gafas en la punta de la nariz, lee a media voz, como para ella sola y se las arregla para saltarse líneas.
—Bueno, querido mío, voy a decirte hasta la vista. Procura dormir un poco esta noche.
Ella echa una mirada en torno suyo con expresión de desgraciada; su gran sombrero de paja se mueve en la cabeza, una pareja joven se acerca a ella.
—Me tengo que ir. Es por la pequeña—lo dijo ella en voz alta, a causa de aquella pareja. Intimidan porque son guapos. Pero no se han fijado en ella.

—De acuerdo, querida, hasta la vista. No te entretengas. Te escribiré tan pronto pueda.

Una lagrimita pese a todo. ¿Por qué, Dios mío, por qué? Ella titubea. Y si de pronto me tendiese los brazos y me dijera: "Todo ha sido incomprensión, pero ¡te quiero!, ¡te quiero!..."

—¡No te enfríes!

—No, descuida. ¡Hasta la vista!

Y se va. Tan solo un pequeño ademán, una clara mirada, y, por fin, se va, lentamente, balanceando ligeramente su dura popa, las cinco y cincuenta y cinco minutos. Ya se me han quitado las ganas de fumar. La joven pareja se ha quedado en el andén. Les miro. El lleva una mochila y han hablado de Nancy: es también uno de los movilizados. No se dicen ya nada; se miran. Y yo miro sus manos, sus lindas manos en cuyos dedos no hay alianzas. La mujer está pálida; alta y delgada, de cabellos negros alborotados; él es alto y rubio, de piel dorada, sus brazos desnudos salen de una camiseta de seda azul. Las portezuelas golpean, ellos no oyen los portazos; ni se miran ya, no tienen necesidad de mirarse, están juntos por dentro.

—¡Viajeros para París, al tren!

Ella se estremece sin decir palabra. El no la besa, estrecha en sus manos aquellos bellos brazos desnudos, a la altura de los hombros, y baja lentamente las manos todo el largo de los femeninos brazos, hasta las muñecas; muñequitas delgadas y frágiles. Parece que él las aprieta con todas sus fuerzas. Ella se deja acariciar, sus brazos cuelgan inertes, su rostro está como dormido.

—Señores viajeros..., ¡al tren!

El tren arranca, él salta al estribo y permanece agarrado a las barras doradas. Ella, mirándole, pálida su cara al sol, parpadea y se sonríe. Es una sonrisa amplia y cálida, tan confiada, tan transparente y tan tierna...; no es posible que un hombre tan majo, por muy fuerte que sea, soporte solo semejante sonrisa. Ella no me ve, ve solo a él, parpadea, lucha contra el sol por seguir mirán-

dole un momento más. Pero yo la sonrío, la devuelvo su sonrisa. Las seis. El tren ha salido de la estación, entra en el sol, todos los cristales brillan. Ella ha permanecido en el andén menuda y triste. Los pañuelos se agitan en torno suyo. Ella no se mueve, no agita su pañuelo, caen sus brazos a lo largo del cuerpo, pero sigue sonriendo, diríase que se agota sonriendo. Seguramente sigue sonriendo, pero ya no se ve su sonrisa. A ella sí se la ve. Está allí para él, para todos los movilizados que se van, para mí. Mi mujer está en nuestro tranquilo hogar, sentada cerca de la pequeña, el silencio y la paz vuelven a envolverla. Yo, pobre Georges, me voy: "Ya se ha ido, confío en que podrá dormir." Me evado en el sol y sonrío con todas mis fuerzas a una mujercita triste que ha quedado en el andén de la estación.

Las seis y diez. Pitteaux iba y venía a lo largo de la calle Cassette, estaba citado a la seis, consultó su reloj pulsera, las seis y diez, subiré dentro de cinco minutos. A quinientos veintiocho kilómetros al sudoeste de París, Georges, de codos en la barra de apoyo, se deslizaba entre los pastos, miraba los postes telegráficos, sudaba y sonreía, y Pitteaux se decía: "Qué idiotez habrá podido cometer una vez más ese cagoncete." Le asaltó un violento deseo de subir, llamar y gritar: "¿Qué es lo que ha podido hacer esta vez? Yo no tengo nada que ver." Pero se limitó a dar media vuelta, llegaré al farol aquel, y caminó sin dar la sensación de tener prisa y hasta sentía haber venido, mejor hubiese sido contestar en papel timbrado: "Señora, si desea usted entrevistarse conmigo, estoy en mi despacho todos los días de diez a doce." Dio la espalda al farol, apresuró el paso contra su voluntad. París: quinientos dieciocho kilómetros, Georges se secó la frente, se deslizaba hacia París como un cangrejo, Pitteaux pensaba: "Es un asunto feo", casi corría delante del tren, torció por la calle de Rennes, entró en el setenta y uno, subió al tercero y llamó; a seiscientos treinta y ocho kilómetros de París, Hannequin contemplaba las piernas de su vecina, unas piernas gruesas, bien formadas,

algo velludas. Pitteaux había llamado, esperaba en el descansillo, secándose la frente en medio del ruido, ¿qué habría hecho? Es un asunto fastidioso. Pitteaux tragaba con dificultad, y las tripas, con las tripas vacías y haciendo ruidos, pero se mantenía derecho, tenía la cabeza rígidamente erguida, dilatadas las ventanas de sus narices, con su mueca, aquella horrible mueca; se abrió la puerta, el tren de Hannequin se hundió en un túnel, Pitteaux flotó en una oscuridad fresca que olía a incienso y la muchacha le dijo:

—Haga el favor de entrar—una mujer regordeta y perfumada, de brazos desnudos y blanduchos, de fresca y suave blandura de carne cuadragenaria, con una blanca mecha en medio de sus cabellos, se precipitó sobre él hasta hacerle notar su olor a vetustez.

—¿Dónde está?

El se inclinó. Ella había llorado. La vecina de Hannequin estiró sus piernas mostrándole un trozo de muslo por encima de las ligas, hizo su terrible mueca y dijo:

—Señora, ¿a quién se refiere usted?

Ella respondió:

—¿Dónde está Philippe?

Y él se enterneció, tal vez ella se iba a echar a llorar delante de él, retorciendo sus hermosos brazos, una mujer de su posición debía seguramente de afeitarse los sobacos.

Una voz masculina le sobresaltó, llegaba del fondo de la alcoba.

—Mi querida amiga, estamos perdiendo el tiempo. Si monsieur Pitteaux quiere pasar a mi despacho, le pondremos al corriente.

¡Cayó en la trampa! Entró temblando de rabia, flotó en el blanco calor, el tren salía del túnel, una flecha de luz blanca entró en el departamento. Se sentaron, dando la espalda a la luz naturalmente y yo a plena luz. Eran dos.

—Soy el general Lacaze—dijo el hombre gordo uniformado. Señalando a un gigante melancólico, añadió—: Y

aquí, monsieur Jardies, médico alienista, que se ha dignado examinar a Philippe y tratarle durante estos últimos tiempos.

Georges entró en su departamento y se sentó; un hombre moreno y bajo, echado hacia adelante, hablaba, tenía tipo de español: "Su jefe le ayudará, eso está muy bien, es bueno para empleados o funcionarios. Yo no tengo salario fijo, soy camarero, tengo mis propinas, y nada más. Usted me dice que la cosa no va a durar, que es para amedrentarlos y quiero creerle; pero admita que dure dos meses, ¿de qué va a vivir ella, mi mujer?"

—Philippe, mi hijastro—dijo el general—, ha abandonado la casa sin avisarnos en las primeras horas de la mañana. Su madre ha encontrado esta carta encima de la mesa del comedor—le tendió la carta por encima de su escritorio y añadió con gesto autoritario—: Entérese de su contenido, se lo ruego.

Pitteaux cogió la misiva con repugnancia, maldita carta escrita con letra pequeña, irregular, puntiaguda, con borrones y enmiendas; iba y venía, esperaba horas enteras, le oía andar a pasos largos, volver a andar tirando todo a su paso, una silla, bajo la puerta bolitas de papel plagadas de cagaditas de mosca. Pitteaux examinaba las letras sin leer, cual si fueran una serie de dibujos absurdos y demasiado conocidos que le daban náuseas, hubiera preferido no tropezar con él nunca.

"Querida mamaíta, ha llegado el momento para los asesinos, yo prefiero el martirio. Sé que le causaré un poco de pena, para mí la deseo. Philippe."

Dejó la carta en el escritorio y sonrió.

—¡Ha llegado el momento para los asesinos!—repitió él—. La influencia de Rimbaud ha hecho estragos espantosos.

El general se le quedó mirando.

—Después hablaremos del tema de las influencias —dijo—. ¿Sabe usted dónde está mi hijastro?

—¿Cómo podría yo saberlo?

—¿Cuándo lo vio por última vez?

"¡Solo eso faltaba!—pensó Pitteaux—. ¡Y ahora me interrogan!" Y volviéndose hacia la señora Lacaze, dijo en términos conciliadores:

—Realmente, no lo sé. Tal vez haga ocho días.

Oyó esta vez de costado la voz del general:

—¿Le dijo a usted algo acerca de sus intenciones?

—En absoluto—dijo Pitteaux sonriendo a la madre—. Ya conoce usted a Philippe, actúa impulsivamente. Estoy convencido de que ayer por la noche no sabía lo que iba a hacer esta mañana.

—Y desde entonces—preguntó el general—, ¿le ha escrito o telefoneado?

Pitteaux titubeó, pero la mano ya estaba lanzada, una mano dócil, servil, que metió en el bolsillo interior de su traje, la decisión siguió, la mano extendió un recorte de papel. La señora Lacaze se apoderó ávidamente del papel, ya no me obedecen mis manos. Todavía le obedecía su rostro: hizo su mueca, su horrible mueca levantando una de las cejas.

—Recibí ese papel esta mañana.

—*Laetus et errabundus*—leyó la señora Lacaze con interés—. Por la paz.

Corría el tren, el barco tangueaba, las tripas de Pitteaux hacían ruidos. Se puso de pie con mucho esfuerzo.

—Lo que significa: alegre y vagabundo—explicó Pitteaux cortésmente—; es el título de un poema de Verlaine.

El psiquiatra le dirigió una mirada.

—Un poema algo especial.

—¿Nada más?—preguntó la señora Lacaze.

Daba vueltas y más vueltas al papel entre los dedos.

—Así es, mi querida señora.

Oyó la voz tajante del general:

—¿Qué más quiere usted, mi querida amiga? Para mí la esquelita es clarísima y me sorprende que el señor Pitteaux haya pretendido ignorar las intenciones de Philippe.

Pitteaux se volvió bruscamente y miró el uniforme—no la cara, sino el uniforme—y se le subió la sangre a la cabeza.

—Señor—dijo—, Philippe me escribía esquelas de la misma especie tres o cuatro veces por semana, y acabé por no hacer caso de ninguna. Perdóneme si le digo que yo tengo otras preocupaciones.

—Señor Pitteaux—replicó el general—, usted dirige desde mil novecientos treinta y siete una revista titulada *Le Pacifiste* en la que usted ha tomado una postura clara, no solo contra la guerra, sino contra el Ejército francés. Usted ha conocido a mi hijastro en octubre del treinta y siete en condiciones que desconozco y le ha conquistado para sus ideas. Ha adoptado, bajo la influencia de usted, una actitud inadmisible para conmigo, porque yo soy un jefe militar, y para con su madre, porque es mi esposa; se ha entregado públicamente a manifestaciones de un carácter claramente antimilitarista. Hoy, abandona nuestro hogar en el momento más crítico de la tensión internacional, avisándonos, por medio de las líneas que usted acaba de leer, que considera su deber convertirse en mártir de la paz. Usted, señor Pitteaux, tiene treinta años y Philippe aún no tiene veinte; por ello no le sorprenderá que le considero personalmente responsable de todo lo que pueda ocurrir a mi hijastro como consecuencia de su fuga.

—Bueno—dijo Hannequin a su vecina—, se lo voy a decir: me han movilizado.

—¡Dios mío!—exclamó ella.

Georges miraba al camarero, le encontraba simpático y tenía ganas de decirle: "También yo he sido movilizado", pero por pudor no se atrevía. El tren le zarandeaba terriblemente. "Estoy encima de las ruedas", pensó.

—Declino toda responsabilidad—dijo Pitteaux categóricamente—. Comprendo su enojo, pero, pese a ello, no puede servirle de víctima expiatoria. Philippe Gresigne se presentó en el domicilio de la revista en octubre del treinta y siete, un hecho que no tengo la intención de negar. Nos mostró un poema que nos pareció prometedor y lo publicamos en nuestro número de diciembre. Posteriormente vino varias veces y hemos realizado todos los es-

fuerzos posibles e imaginables para desanimarle; estaba demasiado exaltado, a nuestro parecer y, para decirlo de una vez, no sabíamos cómo desprendernos de él.

(Sentado en el borde del asiento, concentraba en Pitteaux su mirada azul y molesta; veía cómo bebía y fumaba, veía cómo movía los labios; y él ni bebía ni fumaba, se hurgaba las narices de cuando en cuando o se metía una uña entre los dientes sin dejar de mirar.)

—Pero ¿dónde puede estar?—gritó de pronto la señora Lacaze—. ¿Dónde puede estar? ¿Qué estará haciendo? Habla usted de él como si hubiera muerto.

Callaron. Ella echó el busto hacia adelante, con cara angustiada y despreciativa; Pitteaux miraba el nacimiento de los senos que el escote mostraba; el general permanecía rígido en su asiento, esperaba, concedía algunos minutos de silencio en aras del legítimo dolor de una madre. El psiquiatra miró a la señora Lacaze con gesto de atenta simpatía, como si fuera una de sus pacientes. Después movió su gran cabeza melancólica, volvióse hacia Pitteaux y reanudó las hostilidades:

—Le concedo, señor Pitteaux, que Philippe no había comprendido todas sus ideas. Ello no quita que se trataba de un niño muy influenciable que sentía hacia usted demasiada admiración.

—¿Acaso tengo yo la culpa?

—Tal vez no tenga usted la culpa. Pero usted abusaba de su influencia.

—¡Eso me faltaba!—exclamó Pitteaux—. En fin, ustedes conocían bien a Philippe y sabían que era un enfermo...

—No del todo—dijo sonriendo el médico—. Cierto que adolecía de una herencia cargada. Por parte del padre —añadió mirando al general—. Pero no puede decirse que fuera un psicópata. Era un muchacho solitario, inadaptado, perezoso y vanidoso. Tics, fobias, naturalmente, predominando las ideas sexuales. Vino a consultarme bastante a menudo estos últimos tiempos, hemos charlado..., ¿cómo podría decirles? Ya perdonará usted, señora La-

caze, la rudeza de médico. En una palabra, poluciones frecuentes y sistemáticas. Yo sé que muchos de mis colegas no ven en eso más que un efecto y yo lo definiría más bien, con Esquirol, como una causa. Resumiendo, atravesaba lo que monsieur Mendousse llama con feliz frase la crisis de originalidad de la adolescencia: necesitaba un guía. Usted ha sido un mal pastor, señor Pitteaux.

La mirada de la señora Lacaze parecía clavada en Pitteaux como por casualidad; pero era irresistible. Pitteaux prefirió volverse francamente hacia el psiquiatra:

—Pido mil perdones a la señora Lacaze—dijo—; pero ya que a ello me obligan ustedes, les declaro categóricamente que siempre he tenido a Philippe como al prototipo del degenerado. Si tenía necesidad de un guía, ¿por qué no se lo procuraron ustedes? Era su obligación.

El psiquiatra sonrió tristemente y frunció los labios mientras suspiraba. Ella sonreía, apoyada contra la puerta, tenía carne de gallina, su sonrisa era encantadora.

—Bien, bien, jovencita—dijo el capitán—, venga a verme a las nueve y le diré lo que pueda hacer por usted y por sus amigas—el tenía ojos vacíos y claros, estaba muy colorado, le acarició pecho y cuello y añadió—: No lo olvide: cita aquí, esta noche, a la nueve.

—El general Lacaze ha tenido a bien pasarme algunas páginas del diario de Philippe y he creído que mi deber era leerlo. Señor Pitteaux, de esta lectura resulta que usted ejercía un chantaje sobre ese desdichado muchacho. Sabiendo cuánto deseaba su estima, usted, según parece, se aprovechaba para pedirle determinados servicios que no concreta en su diario. Estos últimos tiempos se decidió a rebelarse y usted le manifestó un desprecio tan aplastante que eso le ha llevado a la desesperación.

¿Qué saben ellos? Pero la cólera triunfó, también él sonrió. Maud saludaba y sonreía, su trasero estaba ya afuera, al aire libre, pero su busto se inclinaba, todavía dentro de la cálida y perfumada atmósfera de la cabina.

—No lo olvidaré, capitán. A las nueve, de acuerdo, capitán, a las nueve.

—¿Quién le ha llevado a la desesperación? ¿Quién le humillaba a diario? ¿Acaso fui yo quien le abofeteó el sábado en plena mesa? ¿Y fui yo quien le fingía considerarle como a un enfermo, quien le enviaba a la consulta de un psiquiatra y quien le obligaba a contestar preguntas humillantes?

—¿También usted está movilizado?—preguntó el camarero.

Georges le dirigió una sonrisa con aspecto desdichado, pero hubiera sido necesario hablar, contestar a las preguntas de las dos jóvenes.

—No—dijo—. Voy a París en viaje de negocios.

La aguda voz de la señora Lacaze le sobresaltó.

—¿No callará usted de una vez? ¿No puede usted callarse? ¡Cómo le desprecia! A un muchacho de veinte años lo ha desnudado usted, lo ha mancillado, y a mí, ¿acaso no me falta al respeto? Tal vez se haya arrojado al Sena y ahí están ustedes echándose responsabilidades los unos a los otros. Todos somos culpables; él decía: no tiene usted derecho a agotar mi paciencia y ¡todos hemos contribuido a que se le agotase!

El general estaba acalorado. Maud, encendida:

—Ya está—dijo—. Vendrán a recoger nuestro equipaje; esta noche dormiremos en segunda.

—¿Lo ves, querida?—dijo France—. Ya ves, tú hacías montañas y la cosa no era tan difícil como creías.

—¡Rose!—dijo él en voz baja, pero fijando en ella sus ojos de madera.

Ella tuvo un escalofrío y le miró boquiabierta:

—Es..., es inmundo—dijo ella—, siento vergüenza.

Extendió él su manaza y apretó el brazo desnudo de su mujer repitiendo: "¡Rose!", con voz sin tono. El cuerpo de la señora Lacaze se encogió, cerró la boca, sacudió la cabeza y pareció que despertaba de un sueño; miró al general, y el general la sonrió; todo había vuelto a la normalidad.

—Yo no comparto las inquietudes de mi mujer—dijo—. Mi hijastro se ha marchado con diez mil francos sustraí-

dos del escritorio de su madre. Por tanto, me cuesta creer que quiera poner fin a sus días.

Hubo un silencio. El barco empezaba a bailar. Pierre se notaba algo embotado, se plantó delante de su litera y abrió su maleta, que emanó un perfume de lavanda, de dentífrico y de tabaco rubio que le revolvió el estómago y le hizo pensar: "Ya lo dijo el *steward:* haremos una mala travesía." El general se reconcentraba, la generala tenía el comportamiento de una chica juiciosa. Pitteaux no comprendía, sus tripas sonaban, le dolía la cabeza, no comprendía; aquello subía, ¡arriba!, y después bajaba, el piso trepidaba bajo sus pies, el aire era cálido y pegajoso; miró al general, pero carecía de energía para odiarlo.

—Señor Pitteaux—dijo el general—, como resumen de esta entrevista, opino que usted puede y debe ayudarnos a encontrar a mi hijastro. Hasta ahora me he limitado a alertar las comisarías. Pero si, dentro de cuarenta y ocho horas, no hemos encontrado a Philippe, tengo el propósito de poner el asunto en manos de mi amigo, el procurador Deterne, y de preguntarle al mismo tiempo si no procedería que la justicia averiguase de dónde salen los fondos de *Le Pacifiste.*

—Yo..., naturalmente, le ayudaría en eso a usted—dijo él—. Todo el mundo puede examinar las cuentas de *Le Pacifiste,* podemos exhibirlas a plena luz.

El barco se hundía, navegaba como en una montaña rusa, y él añadió esforzando su voz a través de su garganta oprimida:

—Por mi parte, le prestaré mi ayuda. Para mí, mi general, es una cuestión de humanidad.

El general inclinó la cabeza y dijo:

—Así también lo entiendo yo.

Subía suavemente, suavemente, furtivamente, y del mismo modo descendía, y no podía evitarse, al mirar a las literas o al lavabo, no se viera algo que subía o algo que bajaba; pero nada se veía, excepto, de cuando en cuando una banda de color azul oscuro, un poco de través, que rozaba el borde inferior del tragaluz para luego desapa-

recer prontamente; era una pequeña sacudida viviente y tímida, un latido de corazón, el corazón de Pierre latía al unísono; durante horas y horas, aquello no cesaría de subir y de bajar; la lengua de Pierre era como un jugoso fruto en la boca; cada deglución le dejaba oír aquel un ligero crujido cartilaginoso en algún lugar de sus oídos, y también estaba presente aquella corona de hierro que le oprimía las sienes y, por si fuera poco, aquellas ganas de bostezar. No obstante, estaba muy tranquilo: el mareo se tiene cuando se quiere. No tenía más que erguirse y salir de su camarote, darse un paseo por cubierta; volvería a la normalidad, el mareo desaparecería: "Voy a ver a Maud", se dijo. Soltó la maleta, y se puso de pie, derecho y rígido junto a la litera, como si despertara. En aquel momento, el barco subía y se hundía bajo sus plantas, pero estómago y cabeza se habían liberado; reaparecieron los ojos despreciativos de Maud, y el miedo y la vergüenza. Le diré que me encontraba enfermo, una ligera insolación, que bebí demasiado. Necesito explicarme, hablaría; ella le asestaría su dura mirada, ¡qué cansado resultaba! Tragó saliva con dificultad, que resbaló al fondo de la garganta con un horrible roce sedoso y se le subió a la boca una agüilla insípida; ¡qué cansado, cansado!, sus ideas huyeron, no quedó más que una grande dulzura abandonada, un deseo de subir y bajar rítmicamente, de vomitar suavemente, abundantemente, de dejarse caer en la almohada, ¡aúpa!, ¡aúpa!, sin pensamientos, impulsado por el balanceo del mundo; se recobró a tiempo: solo cuando se quiere se marea uno. Se recobró por completo, rígido y seco, un cobarde, un amante despreciado, un futuro muerto de guerra, y volvió a recobrar todo su miedo lúcido y gélido. Cogió la segunda maleta de encima de la litera superior, la depositó en la de abajo y trató de abrirla. Permanecía derecho, sin inclinarse, sin ni siquiera mirar la maleta: sus dedos, torpones, palpaban la cerradura a ciegas. ¿Valía la pena? ¿Vale la pena luchar? No sería ya más que una amplia dulzura, no pensaría ya en nada, no tendría más miedo,

bastaría con abandonarse. "Es necesario que vea a Maud." Levantó una mano y la paseó por el vacío con suavidad vacilante y un poco solemne. Ademanes suaves, suaves palpitaciones de mis cejas, dulce sabor en el fondo de mi boca, suave olor a lavanda y a dentífrico, el barco se eleva suavemente, vuelve a descender con suavidad; el bostezó y el tiempo avanzó viscosamente, como un jarabe, en torno suyo: era suficiente enderezarse, dar unos pasos fuera del camarote, al aire fresco. Pero ¿para qué? ¿Para volver a caer en el miedo? Volcó la maleta y se dejó caer en la cama. Un jarabe. Un jarabe dulzón, ya no tenía miedo, ya no estaba avergonzado, ¡qué delicia sufrir el mareo!

Se sentó en el borde del muelle, con las piernas colgando por encima del agua; estaba cansado, pensaba: "No estaría del todo mal Marsella, si no hubiese tantas casas." Por debajo de él, los barcos se movían un poco, no mucho, eran barcos pequeños, muy numerosos, floridos o con lindas cortinas rojas y desnudas estatuas.

Contemplaba los barcos, los había que saltaban como cabras y otros que permanecían inmóviles; contemplaba el agua completamente azul y un gran puente de hierro a lo lejos; siempre da descanso, sí, contemplar la lejanía. Le dolían los ojos, dormía debajo de su vagón, algunos hombres vinieron con linternas; le alumbraron y le expulsaron con palabras hirientes, después de lo cual descubrió un montón de arena, pero ya no concilió el sueño. Se preguntó: "¿En qué pesebre acabaré esta noche?" Buenos lugares no faltarían sin duda con un poco de hierba. Pero hacía falta saber dónde estaban; debía habérselo preguntado al negro. Sentía hambre y se puso de pie, tenía las rodillas anquilosadas, crujieron. "No tengo nada que comer—explicó—, es indispensable que vaya a la posada." Reanudó su marcha, después de caminar durante toda la jornada; entraba y preguntaba: "¿Dan trabajo?", y se marchaba; el negro le había dicho: "No hay trabajo." En las ciudades fatiga mucho andar, a causa del empedrado. Cruzó el muelle oblicuamente, lenta

mente, mirando a derecha e izquierda para soslayar los tranvías cuando oía sus campanillazos, que le sobresaltaban. Había mucha gente, mequetrefes que andaban muy deprisa mirándose los pies, como si algo buscaran; le empujaban al pasar y le pedían perdón sin ni siquiera mirarle; él les hubiera dirigido la palabra, pero le parecían tan frágiles que le intimidaban. Subió a la acera y contempló las bellas terrazas de los cafés y varios albergues, pero en ninguno entró: los veladores tenían manteles, manteles que podían mancharse. Torció por una callejuela oscura, que olía a frescura, y preguntóse: "Pero, bueno, ¿dónde demonios voy a comer?", y precisamente halló lo que buscaba: vio, delante de una casita baja, unas diez mesas de madera, sobre cada una de las cuales estaban puestos dos o cuatro cubiertos y una lamparita redonda que no debía de alumbrar gran cosa, y, sobre todo, sin manteles. En una de las mesas, un caballero comía acompañado de una dama que tenía aspecto muy decente: Gros-Louis se acercó a ellos, se sentó a la mesa vecina y les sonrió. La dama le observó seria y retiró un poco su silla. Gros-Louis llamó a la sirviente, que por cierto era una personilla muy linda, algo flacucha, pero con un trasero duro y atractivo:

—¿Qué se puede comer aquí, guapita?

Era bonita y olía bien, pero no parecía contenta de verle. Le miró un poco indecisa:

—Ahí tiene usted el menú, encima de la mesa—contestó ella indicándole una hoja de papel.

—¡Ah, sí!—dijo Gros-Louis.

Cogió el papel e hizo como si lo consultara, pero temía haberlo cogido al revés. La camarera se había alejado, hablaba con un señor que estaba plantado en la puerta. El señor la escuchaba y movía la cabeza mirando a Gros-Louis. Después, se separó de ella y se acercó a Gros-Louis con aire compungido.

—¿Qué desea usted, amigo?—preguntó.

—Pues que quiero comer—dijo Gros-Louis sorprendido—. No dejará de tener una sopa y un trozo de tocino.

El señor meneó tristemente la cabeza:

—No—dijo—; no tenemos sopa.

—Tengo dinero; no pido fiado—dijo Gros-Louis.

—No lo dudo, pero seguramente se ha equivocado usted. No estaría a gusto aquí y, en cambio, nos molestaría.

Gros-Louis se le quedó mirando.

—¿No es esto una fonda?—preguntó.

—Sí, desde luego—respondió el dueño—. Pero tenemos cierta clase de clientela... Mejor sería que fuera usted al otro lado de la Canebière, allí encontrará tabernillas a montones que le convendrán perfectamente.

Gros-Louis se levantó. Se rascó la cabeza preocupado.

—Tengo dinero—dijo—; puedo enseñárselo.

—No, no—dijo el fondista vivamente—. Creo en su palabra.

Le cogió afablemente el brazo y le hizo dar algunos pasos en la calle.

—Vaya por ese lado—le dijo—; saldrá al muelle y lo seguirá por la derecha, no puede usted equivocarse.

—Agradecido a su amabilidad—se disculpó Gros-Louis y se quitó el sombrero. Creía que había faltado en algo.

Volvió a encontrarse en el muelle, en medio de hombrecitos negros que le corrían por entre las piernas; andaba muy despacio para no derribar a ninguno, estaba triste; a aquella hora solía bajar del Canigou hacia Villefranche, el rebaño trotaba delante de él, después de todo era una compañía; a menudo encontraba al señor Pardoux, que subía a la granja del Vétil, y nunca dejaba de darle un cigarro y un buen par de puñadas en los costados; la montaña estaba musgosa y muda, y en el fondo del valle se veían los humos de Villefranche. Se sentía perdido, toda aquella gente caminaba demasiado deprisa, no veía más que la parte alta de sus cabezas o la copa de sus sombreros, era una especie minúscula. Uno de esos seres arrancó de entre sus piernas, le miró burlón y dijo a su camarada:

—Date cuenta del sujeto, ¿no crees que se aburrirá allá arriba completamente solo?

Gros-Louis vio cómo corrían y se sintió en una falta: se avergonzaba de su estatura. Dijo: "Tienen sus costumbres", y se apoyó en la pared. Estaba triste y melancólico, tan triste como el día aquel que estuvo enfermo. Pensó en el negro, tan cortés y tan alegre, su único amigo, y se dijo: "No debía haberle dejado irse." Y, de pronto, una ideíca algo frívola le cruzó por la imaginación: a un negro se le ve desde lejos, no debe de ser difícil dar con él, y reanudó su caminar; se encontraba menos solo buscándole con la mirada y pensando: "Voy a convidarle a un trago."

Todas estaban en la plaza con la cara tostada por el sol poniente. Allí estaban Jeanne, Ursule, las hermanas Clapot, la Marie y todas las demás. Primeramente habían permanecido en sus casas y, luego, viendo que pasaban las horas, una tras otra habían vuelto a la plaza y en ella esperaban. Vieron, a través del cristal, encenderse las primeras luces del café de la viuda Tremblin: formaban como tres manchas nebulosas en lo alto del cristal. Percibieron aquellas tres manchas y se entristecieron: la Tremblin había encendido las tres bombillas de su desierto café, se sentó junto a una de las mesas de mármol, posó sobre este su canastilla de labores y se puso a zurcir sus medias de algodón sin inquietud, porque era viuda. Pero ellas, las otras, seguían en la calle esperando a sus hombres, sentían a sus espaldas los hogares vacíos y las cocinas que la sombra invadía poco a poco, y, delante de ellas, se tendía esa larga carretera azarosa, con Caen al término de la misma. La Marie miró la hora en el campanario de la iglesia y dijo a Ursule:

—Pronto van a ser las nueve, puede que les hayan hecho quedarse.

Había dicho el alcalde que eso no era posible, pero ¿qué sabía él?, no conocía mejor que ellas las costumbres de las ciudades. ¿Por qué razón habían de rechazar mo-

zos fuertes que voluntariamente se ofrecían? Tal vez le hayan dicho:

—Bueno, ya que estáis aquí...—y les habrán hecho quedarse.

La pequeña Rose llegó corriendo, sin aliento, gritando:

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!—y todas aquellas mujeres se echaron también a correr; corrieron hasta la granja de Darbois, desde la cual se vislumbraba un buen trozo del camino, y los vieron en el blanco camino, entre los prados; venían en sus carretas, formando cola, como a la ida; regresaban lentamente cantando. Chapin venía en cabeza, estaba hundido en su banqueta, sus manos sostenían blandamente las riendas, dormía, y el caballo caminaba por costumbre; la Marie vio que tenía un ojo a la funerala y pensó que otra vez se había pegado con alguien. Detrás de él, y de pie en su carreta, Renard, hijo, cantaba sin parar, pero no tenía el gesto alegre, los otros venían detrás, negros ya sobre el claro cielo. Marie se volvió a la Clepot y dijo:

—Están borrachos, eso nos faltaba.

La carreta de Chapin avanzaba lentamente, rechinando, y las mujeres se apartaron para dejarla pasar. Pasó y Louis Chapin lanzó un grito agudo:

—¡Dios mío!, no trae más que un animal, ¿qué habrá hecho con el otro? Lo habrá vendido para poder beber.

Renard, hijo, cantaba hasta desgañitarse, su carricoche avanzaba zigzagueando de uno en otro bache y detrás venían otros que también cantaban de pie y tralla en alto. La Marie vio a un hombre, no parecía estar borracho, pero cuando vio su jeta desaborida comprendió que había bebido y que la iba a zumbar. "Es peor que un animal", pensó ella, oprimido el corazón. Pero, pese a todo, se alegraba de que hubiese vuelto, pues había demasiado trabajo en la granja, valía más que de cuando en cuando la zurrase los sábados, pero que allí estuviese para la faena dura. Se había dejado caer encima de una silla en la terraza de una tasca, había pedido morapio, le habían servido vino blanco en un vasito, extendió sus piernas, que

aún sentía, debajo de la mesa y movió los dedos gordos de los pies dentro del calzado. "Para desternillarse", exclamó, bebió un trago y dijo: "¡Para troncharse de risa! Y cuidado que le he estado buscando..." Le hubiese sentado frente a él, hubiese contemplado su hermosa cabeza negra; nada más verlo se echó a reír y lo mismo hizo el negro, confiado y dócil como un animalejo: "Le daré tabaco para que fume y vino para que beba."

Su vecino le miraba: me encuentra raro porque hablo solo; era un muchachito de unos veinte años, no muy desarrollado, enfermizo, con piel de chica, estaba sentado con un moreno, más bien guapo, de nariz aplastada, pelos en las orejas y un ancla tatuada en el antebrazo izquierdo. Gros-Louis se percató de que estaban hablando de él, en su jerga. Les sonrió y llamó al camarero.

—Muchacho, otro vaso de lo mismo. Y si no tienes vasos más grandes, no te preocupes.

El camarero no se movía, nada decía, pero le miraba indeciso. Gros-Louis sacó la cartera y la dejó encima de la mesa.

—¿Qué te sucede, muchacho? ¿Crees que no tengo para pagarte? Pues mira.

Sacó tres billetes de mil y se los pasó por las narices.

—¿Qué te parece? Anda, tráeme un vaso de tu porquería.

Volvió a guardar la cartera en el bolsillo y se dio cuenta de que el muchachillo de pelo rizado le sonreía afectuosamente.

—¿Las cosas van bien?—preguntó el muchachillo.

—¿Cómo?

—¿Que si todo va bien?

—Perfectamente—contestó Gros-Louis—. Estoy buscando a mi negro.

—¿No es usted de aquí?

—No—dijo Gros-Louis riendo—. No soy de aquí. ¿No quieres echar un trago? Te convido.

—¿Por qué no?—contestó el rizoso—. ¿Puedo traer a mi amiguete?

Se dirigió a su compañero y le habló unas palabras, en su jerga. El compañero sonrió y se levantó sin decir nada. Se sentaron frente a Gros-Louis. El chaval olía a perfume barato.

—Hueles a golfa—dijo Gros-Louis.

—Vengo de la peluquería.

—¡Acabáramos! ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mario—contestó el chaval—. Mi amigueto es italiano. Se llama Starace. Somos marineros.

Starace se sonrió y saludó sin decir palabra.

—No sabe francés, pero es divertidísimo—dijo Mario—. ¿Sabes tú el italiano?

—No—dijo Gros-Louis.

—No importa, ya verás: pese a todo te divertirás.

Hablaron entre ellos en italiano. Era una lengua bien bonita, parecía que cantaban. Gros-Louis estaba con ellos bastante a gusto porque le hacían compañía, si bien, en el fondo, se encontraba solo.

—¿Qué queréis tomar?

—Tomaremos *pastis*—respondió Mario.

—¿Tres *pastis?*—dijo Gros-Louis—. ¿Qué es, vino?

—Nada de eso; algo mucho mejor. Ya lo verás.

El camarero llenó tres vasos con un licor. Mario vertió agua en los vasos y el licor se transformó en una bruma blanca y movediza.

—¡A tu salud!—dijo Mario.

Bebió ruidosamente y se limpió los labios con su manga. Gros-Louis también bebió: no sabía mal, olía a anís.

—Mira a Starace—comentó Mario—; te va a hacer que te tronches.

Starace empezó a bizquear; al mismo tiempo hundía la nariz, adelantaba los labios y movía las orejas como un conejo. Gros-Louis reía, pero estaba asqueado y descontento; pensó que Starace no le agradaba. Mario lloraba de risa.

—Ya te lo había anunciado—dijo riéndose—. Es algo desternillante, el amigo. Ahora te va a hacer el juego del platillo.

Starace puso su vaso encima de la mesa, aseguró el platillo en su ancha palma e hizo pasar tres veces seguidas su mano izquierda plana sobre la derecha. A la tercera vez el platillo desapareció. Aprovechando la sorpresa de Gros-Louis, Starace le metió la mano entre las rodillas. Gros-Louis notó que un objeto duro le raspaba las piernas y la mano reapareció, sosteniendo el platillo. Gros-Louis rió con moderación, a pesar de que Mario le golpeaba los muslos llorando de risa.

—¡Ah, cabronazo!—decía Mario entre carcajada y carcajada—. Ya te lo dije: con nosotros no pararás de reírte.

Y se calmó poco a poco; cuando se quedó serio, se apoderó de los tres hombres un pesado silencio. Gros-Louis los encontraba muy pesados y tenía ganas de que se fueran, pero pensando que la noche se acercaba y que tendría que reanudar su camino a la ventura, por largas calles envueltas en sombras buscando sin cesar un rincón para comer algo y otro para dormir, se encogió su corazón y pidió una nueva ronda de *pastis*. Mario se inclinó hacia él y Gros-Louis respiró su olor.

—¿De modo que no eres de aquí?—preguntó Mario.

—No soy de aquí y no conozco a nadie—respondió Gros-Louis—. No puedo encontrar al único muchacho que conozco—y reflexionando añadió—: A menos que vosotros lo conozcáis: es el negro.

Mario hizo un vago movimiento de cabeza.

Y de pronto se inclinó hacia Gros-Louis guiñando los ojos:

—Marsella es la ciudad más divertida—le dijo—; si no has estado aquí, no sabes lo que es divertirte.

Gros-Louis no respondió. En Villefranche había pasado a menudo buenos ratos. Además, en los burdeles de Perpiñán cuando hizo su servicio militar, aquello sí que era fino. Pero no podía imaginar que en Marsella uno pudiera divertirse.

—¿No te pide el cuerpo juerga?—preguntó Mario—. ¿No te gustan las tías buenas?

—No es que no me gusten—dijo Gros-Louis—, pero por el momento preferiría comer. Si supierais de una fonda, os invitaría a comer con mucho gusto.

A la caída de la tarde, los sólidos se evaporaron, solo quedaban masas gaseosas indefinidas, brumas oscuras, ella caminaba deprisa, cabizbaja, hundidos los hombros, temía tropezar de pronto con una maroma, iba rozando el tabique; dejarse roer por la noche, no ser más que un vaho suspendido en aquel enorme vapor y deshilacharse paulatinamente por los extremos... Pero bien sabía que su blanco vestido era como un fanal. Pasó el puente de las segundas, no oía el menor ruido, excepto el eterno reproche del mar; pero había por doquier hombres inmóviles y silenciosos que salían de la plana sombra del mar y tenían ojos: de cuando en cuando, un fuego puntiagudo agujereaba la noche, coloreaba un rostro, brillaban unos ojos, miraban, se desvanecían, ella hubiera querido morir.

Tuvo que bajar por una escalera, cruzar la cubierta de terceras, subir por otra escalera, empinada como una escala y completamente blanca; si me ven, no puede caber duda alguna, su camarote está arriba, aislado; ese hombre tiene trabajo, no es posible que me haga permanecer con él toda la noche. Ella temía que se aficionara y que todas las noches le enviara un marinero al salón para buscarla, como el capitán griego; pero, para un viejo gordo como él, yo resulto demasiado delgada, se decepcionará, no encontrará más que huesos. No tuvo necesidad de llamar, la puerta estaba entreabierta, él la esperaba en la oscuridad y dijo:

—Entra, guapa.

Titubeó un instante, con un nudo en la garganta; una mano la atrajo al camarote y la puerta se cerró. Ella fue de repente apretada contra un vientre abultado, una boca vieja que olía a corcho se pegó a la boca de ella que, pasiva, cedió pensando con orgullosa resignación: "Es la profesión, los gajes del oficio." El comandante oprimió el interruptor y su cabeza salió de la oscuridad, el blanco

de sus ojos era líquido y azulado, con una pinta encarnada en el izquierdo. Ella se desprendió sonriente, todo se puso mucho más difícil cuando la luz se hizo; hasta entonces ella le comparaba a las grandes masas, pero ahora él se había puesto a existir hasta en los más insignificantes detalles, ella iba a entregarse a un ser único en el mundo como todos los seres, y aquella noche sería única, como todas las noches, una noche de amor única e irreparable, irreparablemente perdida. Maud sonreía y decía:

—Espere, espere, capitán; espere, parece tener mucha prisa; es necesario que nos conozcamos bien.

¿Qué sucede? Se apoyó sobre un codo, desconfiando: el barco parecía inmóvil. Soltó tres o cuatro eructos, y unos de ellos, bastante desagradable, le salió por la nariz; se notaba vacío, pero lúcido. "¿Qué sucede?", pensó él. Y, de pronto, se vio sentado en su litera, con un círculo de hierro que apretaba su cabeza y aquella angustia ya tan frecuente que le mordía el corazón. El tiempo había vuelto a recobrar su ritmo, era una mecánica inexorable y entrecortada, cada segundo le hería como un diente de una sierra que le acercaba a Marsella y a la tierra gris en la que acabaría con sus huesos. Volvía el mundo a estar presente, alrededor de su cabina, un mundo atroz de estaciones, de humaradas, de uniformes, de campiñas devastadas, un mundo en el que no podía vivir y que no podía abandonar, con aquel hoyo embarrado que en Flandes le esperaba. Un cobarde, un hijo de militar que tiene miedo de la guerra: sentía horror de sí mismo. Y, no obstante, se agarraba desesperadamente a la vida. Y lo que todavía era más asqueroso: no es que quiera vivir por lo que valgo, es... por nada. No vivo por nada, porque vivo. Se consideraba capaz de todo por salvar su pellejo, de huir, de pedir piedad, de traicionar, y, no obstante, no le interesaba en absoluto conservar el pellejo. Se levantó: ¿qué voy a decirle? ¿Que padecía una insolación, un ataque de paludismo? ¿Que no me hallaba en mi estado normal? Vacilante, se acercó al espejo y vio

que estaba tan amarillo como un limón. ¡El completo! ¡Ni siquiera puedo contar con mi jeta! Y, por si fuera poco, tengo que oler a vomitada. Se friccionó con agua de Colonia el rostro y se enjuagó la boca con agua mineral. "¡Cuánto contratiempo!—pensó irritado—. Es la primera vez que me preocupa lo que una zorra pueda pensar de mí. Una medio ramera, una violinista de charanga; y yo las he tenido casadas, madres de familia. Pero esta me domina—pensó él mientras se ponía la chaqueta—. ¡Y lo sabe!"

El abrió la puerta y salió; el capitán estaba completamente desnudo; tenía una piel cérea y lisa, sin vello, aparte cuatro o cinco pelos blancos en las tetillas, los otros se le habían debido de caer por vejez; se reía, tenía el aspecto de un nene gordezuelo y juguetón. Maud rozó sus resbaladizos muslos con la yema de sus dedos y él se encogió y dijo:

—¡Me haces cosquillas!

El conocía el número del camarote: 27; tomó el pasillo de la derecha, luego otro a la izquierda, golpeaban fuerte y regularmente el tabique; 27, aquí es. Una joven estaba tendida de espalda, pálida como una muerta; una anciana sentada en una litera, ojos irritados e inflamados, comía un bocadito de queso.

—¡Ah!—dijo ella—. ¿Las tres mujeres esas? ¡Eran muy amables! Se han marchado porque las han trasladado a las segundas; las echaré de menos.

El la miraba sorprendido y puso la mano sobre el hueso iliaco.

—Con esa linda carita puedes dar el pego, pero ¡cuidado que estás delgada!

Ella rió; cuando la tocaban el hueso iliaco siempre reía.

—¿No le gustan a usted las delgadas, capitán?

—¡No!, no me desagradan en absoluto—se apresuró a contestar.

Subió la escalera corriendo; tenía necesidad de ver a Maud. Ahora estaba en el pasillo de las segundas, un amplio pasillo alfombrado, puertas y tabiques barnizados en

gris azul. Tuvo suerte: Ruby apareció de pronto, seguida por un *steward* que llevaba sus maletas.

—Buenos días—dijo Pierre—. ¿Está usted en segundas?

—Pues sí—respondió Ruby—. France tiene miedo a caer enferma y todas nos hemos puesto de acuerdo: cuando se trata de la salud hay que saber sacrificarse.

—¿Dónde está Maud?

Maud estaba tumbada de costado, el capitán la magreaba las nalgas con modales corteses y distraídos; ella se sentía profundamente humillada:

—Si no soy su tipo, no debe considerarse obligado.

Ella le pasó la mano por los costados para devolverle la cortesía: tenía piel de viejo.

—¡Maud!—llamó Ruby con voz estridente—. ¿Quién puede saber dónde está? Ya la conoce: le han entrado ganas de cortejar a los pañoleros, a menos que sea al comandante; adora las travesías yendo de uno a otro lado del barco.

—¡Curiosilla!—dijo el capitán. Se rió, la sujetó la muñeca y añadió—: Voy a hacerte los honores de la casa.

Y sus ojos brillaron por vez primera. Maud no opuso ninguna resistencia, estaba confusa a causa del cambio de camarote, era necesario pagárselo, lamentaba sinceramente estar tan delgada, tenía la impresión de haberle defraudado; el capitán sonreía bajando la mirada, parecía casto y poco expansivo, apretaba la muñeca de Maud y manejaba la mano con firme suavidad; Maud estaba contenta, pues pensaba: "Si desea algo concreto sería una torpeza negárselo, después del trastorno que se le ha causado, sobre todo porque no le gustan las delgadas."

—Gracias, muchas gracias.

Inclinó la cabeza y reanudó su carrera. Era preciso encontrar a Maud; estará en cubierta. Subió al puente de las segundas, estaba oscuro y era casi imposible reconocer a las personas, a menos de mirarlas muy de cerca. Soy idiota, con esperarla aquí..., por donde quiera que aparezca, tiene forzosamente que subir por esta escalera. El capitán había cerrado los ojos por completo; su aspecto

era tranquilo y religioso, que agradaba mucho a Maud, tenía cansada la muñeca, pero estaba contenta de poder darle gusto y por otra parte estaba sola, como cuando de pequeña el abuelo Theveneur la sentaba en sus rodillas y se quedaba dormido dando cabezadas. Pierre mirando al mar pensaba: "Soy un cobarde. Jamás lo hubiese creído." Un aire fresco resbalaba por sus mejillas y le despeinaba; contemplaba las subidas y bajadas del mar, lo miraba él y seguía pensando: "Cobarde. Nunca lo hubiese creído." Pero cobarde a rabiar. Había bastado un día para que él descubriera su verdadero ser; sin aquel peligro de guerra nunca hubiese sabido nada. Si hubiera nacido en 1860, por ejemplo, se hubiese paseado por la vida con tranquilidad segura; hubiese severamente censurado la cobardía de los demás y nada, absolutamente nada, le hubiera descubierto su verdadera naturaleza. Mala suerte. Un día, un día nada más: ahora lo sabía y estaba solo. Los autos, los trenes, los barcos surcaban aquella noche clara y sonora, todos convergían hacia París, llevaban jóvenes como él, que no dormían, que se inclinaban sobre la barandilla o pegaban la nariz a los oscuros cristales. Esto no es justo, se decía. Existen millares de personas, tal vez millones, que vivieron épocas felices sin haber llegado a conocer sus límites: les han dejado el beneficio de la duda. Alfred de Vigny acaso fuera un cobarde. ¿Y Musset? ¿Y Sainte-Beuve? ¿Y Baudelaire? Tuvieron suerte. "Mientras que yo...—murmuró pataleando—. Ella no lo habría sabido, ella hubiera continuado mirándome en actitud de adoración, y no me habría durado más que las otras, la habría plantado a los tres meses. Pero ahora lo sabe... ¡Lo sabe! La muy cochina. ¡Cómo me domina!"

En la calle, oscuridad, pero en el bar había tanta luz que Gros-Louis estaba deslumbrado. Resultaba gracioso, porque no se veían las lámparas: solo había un tubo rojo, que recorría el techo, y otro blanco, y de allí se recibía la luz; había espejos en todas partes; en el espejo de enfrente, Gros-Louis veía su cabeza y la parte alta del cráneo de Starace, pero no veía ni a Mario ni a Daisy, porque

eran más bajos. Había pagado las comidas y cuatro rondas de *pastis;* ordenó que trajeran copas de coñac. Estaban sentados en el fondo del bar, frente al mostrador, un sitio muy agradable, rodeados de un murmullo arrullador. Gros-Louis estaba a sus anchas, le daban ganas de subirse encima de la mesa y empezar a cantar. En otros momentos se le cerraban los ojos, caía en un abismo y se creía abrumado como si le hubiese sucedido algo horrible; volvía a abrirlos, trataba de averiguar lo que le había sucedido y, finalmente, no le había sucedido nada. Estaba mal que bien a gusto, quizá algo irritado, pero a gusto; le costaba trabajo permanecer con los ojos abiertos. Había estirado sus largas piernas bajo la mesa, una, entre las de Mario; otra, entre las de Starace, se veía en el espejo y eso le hacía reír, trató de imitar a Starace en sus muecas, pero no podía ni bizquear, ni mover las orejas. Debajo del espejo estaba una damita muy correcta, que pensativamente fumaba, debió de creer que una de las muecas se la hacía a ella, porque le sacó la lengua y luego se cogió la muñeca derecha con la mano izquierda, cerró el puño derecho y lo hizo girar varias veces con burla. Gros-Louis apartó la mirada temiendo haberla molestado.

Daisy estaba sentada dándole la espalda, menuda, dura y cálida. Pero no se ocupaba de él. Olía bien y estaba pintarrajeada convenientemente, tenía un hermoso par de tetitas; pero a Gros-Louis le parecía demasiado seria, le gustaban las mujercitas un poco reidoras que os gastan bromas, como por ejemplo, soplaros en los oídos cuchicheándoos, bajando los ojos, unas cuantas cochinadas que de pronto no comprendéis. Daisy era animada y seria; hablaba gravemente de la guerra con Mario y decía:

—Pues, sí, iremos a la guerra; si hay que pelear, pelearemos.

Starace se mantenía rígido en su silla; parecía atento, pero seguramente por contesía, puesto que no comprendía nada. A Gros-Louis le resultaba ya más simpático, porque siempre estaba tranquilo y nunca se enfadaba. Mario

miraba a Daisy con aire malicioso, movía la cabeza y decía:

—No digo que no; no digo que no—pero no parecía muy convencido.

—Yo prefiero la guerra a la huelga—decía Daisy—. ¿Tú no prefieres la guerra a la huelga? No tienes más que ver la huelga de los cargadores de muelle lo que ha costado al mundo entero, a nosotros como a todos los demás.

—No digo que no—contestó Mario.

Daisy hablaba con discreción y con tristeza; su cabeza gesticulaba al hablar:

—Durante la guerra, se acaban las huelgas—sentenció—. Todo el mundo trabaja. ¡Ah!, si tú hubieses visto los barcos en el diecisiete, tú eras todavía un mocoso; también yo era una mocosa; pero lo recuerdo. Era la juerga, por las noches veías luces hasta la Estaque. Y con toda aquella gente que por las calles veías, te hubieras creído no sé de dónde, una estaba orgullosa; y las colas en la calle Boutherille, había allí incluso americanos, italianos y alemanes, y hasta indostánicos había, ¡como lo oyes!

—No había alemanes—protestó Mario—. Estábamos en guerra contra ellos.

—Pues yo te digo que había alemanes—replicó Daisy—. ¡Y uniformados! Con un distintivo en sus gorras. ¿Acaso yo no los he visto?

—Estábamos en guerra contra ellos—afirmó Mario.

Daisy se encogió de hombros.

—Bueno, allá arriba en el Norte. Aquellos no venían de las trincheras, venían por mar, para comerciar.

Pasó una gran furcia, gorda y rubia, como de mantequilla, pero de aspecto muy serio también ella. Gros-Louis se dijo: "Por vivir en la ciudad adoptan ese aire." Se acercó a Daisy, parecía indignada:

—Pues a mí no me gusta la guerra, ¿comprendes? Porque estoy de la guerra hasta el culo, y porque mi hermano hizo la del catorce, ¿querrías tú que volviera a

empezar? Y la granja de mi tío, no fue arrasada, ¿verdad? ¿Eso no te dice nada?

Daisy se desconcertó un instante, pero pronto recobró la sangre fría.

—Entonces prefieres las huelgas, ¿no? ¡Pues dilo!

Mario miró a la alta rubia y esta se fue sin añadir nada, moviendo la cabeza. Se fue a sentar no muy lejos y se puso a hablar vehemente con un hombrecito triste que masticaba una pajilla. Ella mostraba a Daisy hablando con sorprendente velocidad. El hombrecito no respondía, masticaba su paja sin levantar la cabeza, ni siquiera daba la sensación de oír.

—Es de Sedan, la rubia—explicó Mario.

—¿Dónde está eso?—preguntó Daisy.

—En el Norte.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué refunfuña? En el Norte ya están acostumbrados.

Gros-Louis bostezó con todas sus fuerzas y unos lagrimones rodaron por sus mejillas. Se aburría, pese a lo cual estaba contento, porque le gustaba bostezar. Mario le lanzó una rápida mirada. Starace empezó también a bostezar.

—El amigote está harto aburrido—dijo Mario señalando a Gros-Louis—; Daisy, sé amable con él.

Esta se volvió hacia Gros-Louis y le echó su brazo al cuello. No tenía aire serio ni mucho menos.

—¿Es verdad que te aburres, mi encanto? ¿Estando a tu lado este encanto de mujercita?

Gros-Louis iba a contestar cuando distinguió al negro. Estaba de pie, junto al mostrador, y bebía un líquido amarillo en un gran vaso. Vestía traje verde y sombrero de paja con cinta multicolor.

—¡Por fin!—dijo Gros-Louis. Viendo al negro se sentía feliz.

—¿Qué te pasa?—preguntó extrañada Daisy.

El volvió la cabeza hacia ella y luego hacia Starace y les miró extrañado. Le avergonzó estar con ellos. Sacudió

sus hombros para que el brazo de Daisy se soltara, se levantó y se acercó al negro apresuradamente. El negro bebía y Gros-Louis reía de contento. Daisy decía detrás de él en tono agrio: "¿Qué le ocurre al gordinflón este? ¡Me ha hecho daño!" Pero a Gros-Louis le tenía muy sin cuidado: se había librado de Mario y de Starace. Levantó su mano derecha y le atizó una gran palmada entre los omóplatos. El negro por poco queda estrangulado, tosió y escupió furioso volviéndose hacia Gros-Louis.

—¡Soy yo!—exclamó este.

—¿No estará usted chalado?, es un decir—preguntó el negro con voz punzante.

—¡Ya ves que soy yo!

—No le conozco—afirmó el negro.

Gros-Louis le miró entristecido.

—¿Ya no te acuerdas? Nos encontramos ayer, cuando venías de bañarte.

El negro volvió a toser y a escupir. Starace y Mario se habían levantado, cada uno se colocó a uno y a otro lado de Gros-Louis. "Por lo visto se han propuesto no dejarme en paz", pensó colérico Gros-Louis. Mario le tiró suavemente de la manga.

—Anda, ven; ya ves que no te conoce.

—Es mi negro—insistió Gros-Louis amenazador.

—Llévenselo—dijo el negro—. ¿A qué hora lo acuestan?

Gros-Louis miró al negro y se sintió desgraciado: era indudablemente él, ¡estaba tan guapo y tan alegre con su bonito sombrero de paja! ¿Por qué se mostraba tan olvidadizo e ingrato?

—Te convidé a un trago de vino—dijo.

—Anda, ven—repitió Mario—. No es tu negro, todos se parecen.

Gros-Louis apretó los puños y se dirigió a Mario:

—Te repito que me dejes en paz; no es asunto tuyo.

Mario retrocedió un paso.

—Todos los negros se parecen—repitió inquieto.

—Mario, déjalo. Es una bestia, ven aquí—gritó Daisy.

Gros-Louis iba ya a emprenderla a golpes, cuando la

puerta se abrió y apareció un segundo negro exactamente igual al anterior, con sombrero de paja y traje color de rosa. Miró indiferente a Gros-Louis, cruzó el bar con pasitos de bailarín y fue a apoyarse en el mostrador. Gros-Louis se frotó los ojos, miró a los dos negros y se echó a reír.

—Diríase que los dos son el mismo—dijo.

Mario se acercó:

—¿Lo ves?

Gros-Louis estaba confuso. No tenía mucho afecto ni a Starace ni a Mario, pero se sentía culpable ante ellos. Los cogió del brazo:

—Creí que era mi negro—explicó.

El otro negro volvió la espalda y continuó bebiendo. Mario miró a Starace y los dos giraron hacia Daisy. Estaba de pie, en jarras, los esperaba. No parecía muy tratable.

—¡Hum!—exclamó Mario.

—¡Hum!—repitió Starace.

Dieron media vuelta, cogieron a Gros-Louis cada uno por un brazo y se lo llevaron.

—Vamos a buscar a tu negro—dijo Mario.

La calle, estrecha, estaba desierta, olía a berzas. Se veían las estrellas por encima de los tejados. "Todos se parecen", pensaba tristemente Gros-Louis y preguntó:

—¿Hay muchos en Marsella?

—Muchos, ¿qué?, amiguete.

—Muchos negros.

—Bastantes, bastantes—dijo Mario moviendo la cabeza.

"Estoy completamente negro—pensó Louis—, pero, capitán, seré su doncella." Mario había cogido a Gros-Louis por la cintura; el capitán había cogido la combinación por un tirante, Maud no pudo evitar soltar la carcajada. "¡Pero si la ha cogido usted al revés!" Mario se inclinaba hacia adelante, apretaba fuertemente la cintura de Gros-Louis y frotaba la cabeza contra el estómago diciéndole: "Eres mi amiguete, ¿verdad, Starace?, es mi amiguete, los dos nos queremos." Y Starace reía silenciosa-

mente, su cabeza daba vueltas y vueltas, sus dientes brillaban, era una pesadilla, su cabeza estaba llena de ruidos, de gritos y de luces, se iba hacia otros ruidos y otras luces, no le abandonarían en toda la noche, la risa de Starace, su faz morena que subía y bajaba, el pequeño hocico de garduña de Mario, tenía ganas de vomitar, el mar subía y bajaba en el estómago de Pierre, él bien sabía que nunca volvería a encontrar a su negro. Mario le empujaba, Starace tiraba de él, el negro era un ángel y yo estoy en el infierno. Dijo:

—El negro era un ángel.

Y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Mario le empujaba, Starace tiraba de él, doblaron la esquina, Pierre cerró los ojos; no quedó más que el fulgor oscilante del farol sobre el empedrado y el rumor espumoso del agua al romper contra la roda.

Ventanillas cerradas, ventanas cerradas, se olía a chinches y a formol. Se inclinaba sobre el pasaporte, la bujía alumbraba sus grises y rizados cabellos, pero proyectaba la sombra de su cráneo encima de toda la mesa. "¿Por qué no enciende la electricidad?, va a perder la vista." Philippe carraspeó, se encontraba como ahogado en el silencio y en el olvido; allá existo, por fin existo, soy sólido, me impongo, ella no ha podido tragar ni un bocado, ella tiene una bola de lágrimas en el gaznate y él está estupefacto, la mano que ha levantado sobre mí se seca, él no me hubiese creído culpable de aquello, allá acabo de nacer y, no obstante, es aquí donde estoy, frente a este viejecito escurrido, de bigote gris que me ha olvidado completamente. ¡Aquí! ¡Aquí! Aquí mi presencia monótona en medio de los ciegos y de los sordos, me derrito en sombra, y allá, bajo las luces del candelabro, entre la butaca y el sofá, existo, cuento algo. Dio una patada y el viejo alzó la mirada de ojos de miope, duros, lagrimeantes y cansados.

—¿Ha estado usted en España?

—Sí—contestó Philippe—; hace tres años.

—El pasaporte ha caducado. Tenía que haber sido renovado.
—Ya lo sé—dijo impaciente Philippe.
—A mí me da lo mismo. ¿Habla usted español?
—Como el francés.
—Si le toman por español, será una suerte para usted, con ese pelo que parece estopa.
—También hay españoles rubios.
El viejo se encogió de hombros.
—Conste que si yo le hablo así...
Hojeaba distraídamente el pasaporte. "Estoy aquí, en casa de un falsario." Todo parecía embuste. Desde esta mañana nada parece verdad. El falsario no parecía serlo, más bien tenía aspecto de gendarme.
—Usted parece un gendarme.
El viejo no dijo nada; Philippe estaba incómodo. La insignificancia. Había vuelto aquí la transparente insignificancia de la víspera cuando yo pasaba a través de sus miradas, cuando yo era un cristal dando barquinazos sobre la espalda de un cristalero y que pasaba a través del sol. Allí, ahora soy opaco como un muerto; ella se pregunta: "¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Pensará cuando menos en mí?" Pero el viejo no demuestra saber que en la tierra hay un lugar en el que yo soy una piedra preciosa.
—Entonces, ¿qué?—preguntó Philippe.
El viejo le miró con sus ojos lánguidos.
—¿Le envía Pitteaux?
—Es ya la tercera vez que me lo pregunta. Pues bien, sí; Pitteaux me ha enviado—contestó Philippe con aplomo.
—Está bien—contestó el viejo—. Acostumbro hacerlo sin cobrar, pero para usted serán tres mil francos.
Philippe hizo la misma mueca que Pitteaux:
—Me parece bien. Nunca pensé pedirle un favor gratuito.
El viejo rió burlón. "Mi voz suena falsa—pensó Philippe irritado—. Todavía no he adquirido la insolencia natural. Sobre todo, ante los viejos. Entre ellos y yo,

existe una cuenta muy antigua de bofetadas impagadas. Tendré que devolvérselas todas antes de poder hablarles de igual a igual—pensó como un rayo—: Pero la correspondiente a la última fecha, esa queda borrada."

—¡Tenga!—dijo.

Tiró de cartera y depositó tres billetes encima de la mesa.

—¡Joven idiota!—exclamó el viejo—. Ahora me quedo con ellos y me niego a realizar el encargo.

Philippe le miró inquieto e hizo ademán de querer apoderarse de los billetes. El viejo lanzó una carcajada.

—Yo creí que...—dijo Philippe.

El viejo seguía riendo; Philippe, despistado, retiró la mano y sonrió.

—Yo conozco a la gente—dijo—. Me consta que eso no lo hubiera hecho usted.

El viejo dejó de reír. Su aspecto era alegre y pícaro.

—¿Que conoce a la gente? ¡Pobre piltrafilla! Vienes a mi casa, nunca me habías visto, sacas la pasta, la dejas sobre la mesa, un detalle como para asesinarte. Bueno, ya está bien, déjame trabajar. Me quedo con mil francos de momento, por si cambiaras de idea. Me darás el resto cuando vengas a recoger los papeles.

Una bofetada más; las devolveré todas. Se llenaron sus ojos de lágrimas. Tenía motivos para encolerizarse, pero lo que sentía era estupor. ¿Cómo se las arreglan todos para ser tan duros, no se desarman nunca, están siempre al acecho y al menor descuido se abalanzan sobre uno y le hacen daño? ¿Qué les he hecho yo? Y a aquellos de allá, los del salón azul, ¿qué les he hecho? Aprenderé las reglas del juego, seré duro, les haré temblar.

—¿Cuándo estarán listos?

—Mañana por la mañana.

—Creí..., no pensé que tardaría usted tanto.

—¿No?—dijo el viejo—. Y los sellos, ¿cree que yo los invento? Anda, anda, ¡lárgate!, vuelve mañana por la mañana, para hacer tu encargo no me bastará la noche entera.

En la calle, la noche, la repugnante y tibia noche con sus monstruos, los pasos que suenan detrás sin que uno se atreva a volver la cabeza, la noche en Saint-Ouen; el barrio no es seguro.

Philippe preguntó con voz sin entonación:

—¿A qué hora podré volver?

—A la que quieras, pero después de las seis.

—¿Hay por aquí... algún hotel?

—En la avenida de Saint-Ouen tendrás para elegir. Vete ya.

—Volveré a la seis—dijo firmemente Philippe.

Cogió su maletín, cerró la puerta y bajó la escalera. Brotaron sus lágrimas al llegar al descansillo del tercero, se le había olvidado coger un pañuelo y se limpió los ojos con la manga, murmuró una o dos veces: "Yo no soy un cobarde." El viejo mangante de allí arriba le había tomado por un cobarde, su desprecio le perseguía como una mirada. Me miran. Philippe descendió apresuradamente los últimos peldaños. "¡La puerta, por favor!" Y la puerta se abrió como un bostezo a una grisalla turbia y tibia. Philippe se hundió en aquella agua de fregar. Yo no soy un cobarde, solo ese cochino viejo puede pensarlo. Pero ya no lo piensa, decidió: ya no piensa en mí, se ha entregado a la labor. La mirada se extinguió, Philippe apresuró el paso. "¿De modo que tienes canguelo, Philippe?" "No tengo canguelo, es que no puedo." "¿No puedes más, Philippe? ¿No puedes más?" Se había aplastado contra la pared. Pitteaux le acarició pecho y costados, le tocó la punta de sus senos por encima de la camisa y después le golpeó la boca con dos dedos de la mano derecha: "Adiós, Philippe, vete; no me gustan los cobardicas." La calle se había poblado de estatuas nocturnas, esos hombres adosados a la pared que no hablan, ni fuman y os miran pasar sin un gesto, con sus ojos llenos de noche. Casi corría y su corazón latía más deprisa. "¿Con tu jeta? Vamos, vamos, ¡eres un cobardica!" Ya lo verán, ya lo verán: vendrá como los demás, él leerá mi nombre y tendrá que

decir: "¡Hombre, para un niñito rico, para un niño mimado, no está del todo mal!"

Un desgarrón de luz a su derecha, un hotel, el ordenanza estaba en la puerta, bizqueaba; ¿me estará mirando? Philippe acortó el paso, pero dio uno de más y dejó la puerta atrás, el ordenanza debía de seguir bizqueando, pero ahora a su espalda; no podía retroceder. El bodeguero bizco o el duelo de los cíclopes, o también: un asunto feo para el cíclope. Se mira en el espejo un día cualquiera porque le pica encima de los pómulos, otro ojo acaba de salirle al lado del primero. ¡Qué desesperación! Era imposible hacerles efectuar maniobras conjuntas, de acuerdo, pues el primero había permanecido solo durante bastante tiempo y hacía rancho aparte. En la acera de enfrente había otro hotel, el hotel de Concarneau, una casita de un piso. "Iré allí. ¿Y si me exigen mi documentación?", pensó. No se atrevió a cruzar la calle, reanudó la marcha por la misma acera. "Hace falta tener estómago, pero esta noche apenas si lo noto, el viejo me ha extenuado; de lo contrario—pensó al ver la muestra CAFE, VINO Y LICORES—, ¿y si me echo un trago?" Y empujó la puerta.

Era un café muy reducido, un mostrador de zinc y dos mesas, el serrín se pegaba a las suelas. El dueño le miró desconfiado. "Estoy demasiado bien vestido", pensó Philippe irritado.

—Un coñac—pidió acercándose al mostrador.

El dueño cogió una botella cuyo tapón estaba coronado por un anillo de hojalata. Sirvió la copa. Philippe dejó su maletín y le miró hacer, divertido: un hilillo de coñac caía del pico, como si regase un tiesto. Philippe bebió un sorbo y pensó: "Será un alcohol pésimo." Nunca bebía, aquello sabía a vino agriado y le quemaba el gaznate, dejó la copa precipitadamente. El dueño le miraba. ¿Había ironía en sus ojos plácidos? Philippe volvió a tomar la copa y la llevó a sus labios con negligente ademán: su garganta ardía, sus ojos lagrimeaban, vació la copa de un solo trago. Cuando dejó la copa, se sintió despreocupado

y algo alegre. Eso le hizo pensar: "Ha llegado el momento de observar." Hacía quince días que había descubierto que no podía observar; soy poeta y no analizo. Desde entonces se limitaba a inventariar cada vez que podía hacerlo, por ejemplo, los artículos expuestos en un escaparate. Echó una mirada circular: voy a empezar por la última hilera de botellas, arriba, detrás del mostrador. Cuatro botellas de *Byrrh,* una de *Goudron,* dos de *Noilly* y un caneco de ron.

Alguien acababa de entrar. Un obrero con gorra de visera. Philippe pensó: "Un proletario." No había tenido ocasión de tropezar con ellos muy a menudo, pero pensaba en ellos frecuentemente. Era un individuo de unos treinta años, musculoso, pero mal construido, de brazos demasiado largos y piernas torcidas, seguramente el trabajo corporal le había deformado; tenía pelos rojos y rígidos debajo de la nariz, lucía una insignia tricolor en la gorra y parecía descontento y agitado. Dijo:

—Jefe, un vaso de blanco, rápido.

—Vamos a cerrar—dijo el dueño.

—¿No va usted a negar un vaso de blanco a un movilizado?—preguntó el obrero.

Hablaba con dificultad, con voz ronca, como si hubiese pasado el día gritando. Explicó, guiñando el ojo derecho:

—Salgo mañana por la mañana.

El dueño cogió un vaso y una botella.

—¿Adónde le mandan?—preguntó, dejando el vaso sobre el mostrador.

—A Soissons—respondió el tipo—. Voy a carros de combate.

Levantó el vaso hasta los labios, su mano temblaba, el vino se derramó por el suelo y él dijo:

—¡Vamos a darles para el pelo!

—¿Qué?—exclamó el dueño.

—¡Así!—declamó el individuo golpeando dos veces el puño izquierdo y la palma de la mano derecha.

—¡Cualquiera sabe!—dijo el dueño—. Son fuertes esos cabrones.

—¡Yo le digo que así!

Bebió, chasqueó la lengua y cantó. Parecía excitado y desvaído; cada instante sus rasgos se borraban, se cerraban sus ojos, caían sus labios; pero seguidamente una fuerza despiadada le levantaba los párpados, estiraba las comisuras de sus labios; parecía la presa excitada de una alegría que se resistía a agotarse. Se dirigió a Philippe:

—¿Y tú? ¿Estás movilizado?

—Yo..., todavía no—dijo Philippe retrocediendo.

—¿A qué esperas? ¡Es necesario cargárselos!

Era un proletario: Philippe le sonrió y con esfuerzo se decidió a adelantar un paso hacia él.

—Te pago un trago de blanco—dijo el proletario—. Jefe, dos vasos, uno para usted y otro para él, es mi ronda.

—No tengo sed—dijo el dueño muy serio—. Además, es hora de cerrar: yo me levanto a las cuatro.

Pero empujó un vaso a Philippe.

—¡Por la victoria!—replicó el proletario.

Philippe levantó su vaso. Hacía poco, en el domicilio de un falsario, y ahora chocándola sobre el zinc con un trabajador. "¡Si me vieran!"

—¡A su salud!—dijo.

—¡Por la victoria!—replicó el proletario

Philippe miró extrañado: seguramente quería bromear. Los trabajadores debían brindar por la paz.

—Así, como yo—ordenó el individuo—. Di ¡por la victoria!

Su gesto era serio y descontento.

—¡Yo no quiero decirlo!—contestó Philippe.

—¿Cómo?—gritó el individuo.

Apretaba los puños. Se le trabó la lengua; puso los ojos en blanco, dejó caer la mandíbula y su cabeza osciló blandamente durante un segundo.

—Di como él—dijo el dueño.

El proletario se recobró y se acercó para hablarle en las narices, apestaba a vino.

—Yo no diré ¡por la victoria!...

—¿No quieres brindar así? ¿A mí me haces eso? ¿A un movilizado? ¿A un *poilu* del treinta y ocho?

El proletario le cogió por la corbata y le empujó contra el mostrador.

—¿A mí me haces eso? ¿No quieres brindar?

("¿Qué haría Pitteaux? ¿Qué es lo que haría en mi lugar?")

—¡Basta!—ordenó severamente el dueño—. ¡Haga lo que le dicen! ¡No quiero líos! ¡Y lárguense en seguida! Que yo me levanto a las cuatro.

Philippe tomó el vaso.

—¡Por la victoria!—murmuró.

Bebió, pero tenía la garganta obstruida, creyó que no podría tragar. El individuo le había soltado y se reía con aire de suficiencia, secándose el bigote con el reverso de la mano.

—No quería decir ¡por la victoria!—explicó al dueño—. Le he sujetado por la corbata. Mal francés, ¿hacer eso a un *poilu* del catorce?

Philippe arrojó sobre el mostrador una moneda de cuarenta perras, cogió su maletín y puso pies en polvorosa. Era un borracho y hubo que ceder. Así lo hubiera hecho Pitteaux: "Yo no soy un cobarde."

—¡Eh, tú, muchacho!

El individuo salió tras él, Philippe oyó cerrar la puerta al dueño, que dio una vuelta a la llave. Estaba helado; le pareció que los encerraban a los dos juntos.

—¡No te las pires así!—gritaba el individuo—. ¡Nos los vamos a cargar!, te lo digo yo, y eso hay que mojarlo.

Se acercó a Philippe y le rodeó el cuello con su brazo. Mario cogió el brazo de Gros-Louis y se lo apretaba tiernamente, era el infierno, caminaban por las oscuras callejas, sin detenerse, y Gros-Louis ya no podía más, tenía ganas de vomitar y le zumbaban las orejas.

—Es que tengo prisa—dijo Philippe.

—¿Adónde vamos?—preguntó Gros-Louis.

—Vamos en busca de tu negro.

—¿No pretenderás hacerte el gracioso? Cuando yo convido a beber, hay que beber. ¿Comprendido?

Gros-Louis miró a Mario y tuvo miedo. Mario le decía "Vamos, amiguete, mi gran amiguete, ¿estás cansado?" Pero ya no tenía la misma cara. Starace le había cogido del brazo, era el infierno. Trató de separar su brazo derecho, pero sintió un dolor agudo en el codo.

—¡Oye, tú, que me vas a romper el brazo! —dijo.

Philippe dio un brusco salto y echó a correr. Era un borracho, no es vergonzoso fugarse de un borracho. Starace le soltó el brazo de repente y dio un paso atrás. Gros-Louis se volvió porque quería ver lo que tramaba, pero Mario le cogía del brazo cada vez con más fuerza. Philippe oyó detrás de él un corto resoplido: "Cochina zorra, pedazo de puerca, no te apures, voy a darte lo que mereces." "¿Qué te ocurre, buen amiguete, qué, es que ya no somos amigos?" Gros-Louis pensó: "Me van a matar", y el miedo le helaba hasta los huesos; cogió a Mario por la garganta con su mano libre y le levantó en el aire; pero al mismo tiempo su cabeza se hendió hasta la barbilla, soltó a Mario y cayó sobre las rodillas: la sangre corría por sus cejas. Trató de agarrarse a la chaqueta de Mario, pero este dio un salto hacia atrás y Gros-Louis no le vio más. Vio al negro que resbalaba a ras del suelo, pero sin tocar la tierra, no se parecía en absoluto a los otros negros, venía hacia él, con los brazos abiertos, riendo, y Gros-Louis tendió las manos, tenía aquel enorme dolor metálico en la cabeza y le gritó: "¡Socorro!", y recibió un segundo golpe en el cráneo y cayó de bruces en el arroyo, y Philippe seguía corriendo, Hotel del Canadá, se detuvo, recobró el aliento y miró hacia atrás: se había desprendido de él. Rehízo el nudo de su corbata y entró en el hotel con paso acompasado.

Cabeceo, balanceo. Cabeceo, balanceo. Las oscilaciones del barco le subían en espiral por pantorrillas y muslos y acababan muriendo en el bajo vientre. Pero su cabeza seguía despejada, a lo sumo uno o dos eructos algo agrios: se agarraba con fuerza a la baranda del empalletado. Las

once; en el cielo hormigueaban las estrellas, un rojo fuego se movía en el mar a lo lejos; tal vez sea aquella imagen la que vuelva a mis ojos la última, para quedarse para siempre, cuando esté yo en mi embudo, boca abajo, con la mandíbula destrozada bajo un cielo que pestañee. Aquella negra imagen con rozamientos de palmeras y aquellas presencias humanas, tan lejanas, detrás de su fuego rojo, en la oscuridad. El los vio, uniformados, apretados como sardinas en lata detrás de su fanal, deslizándose silenciosamente hacia la muerte. Ellos le miraban sin decir palabra, y el fuego rojo resbalaba sobre el mar; ellos resbalaban, desfilaban delante de Pierre y le miraban. Los odiaba a todos, se sentía solo y agresivo bajo aquellos ojos despreciativos de la noche, y les gritó: ¡Soy yo quien tiene razón, soy yo quien tiene razón! Tengo razón de tener miedo, estoy hecho para vivir, ¡para vivir, para vivir, para vivir! No para morir: nada vale la pena de morir. Ella no venía, ¿dónde podría estar? Se asomó a la cubierta desierta. Cochina, me pagarás esta espera. Él había tenido modelos, maniquíes, *girls* espléndidamente formadas; sin embargo, aquella delgaducha, casi una birria, era la primera mujer que deseaba con tal violencia. Acariciar su nuca, eso la entusiasmaba, el nacimiento del pelo negro, hacer que la turbación suba del vientre a la cabeza, confundir sus pequeñas ideas claras, te poseeré, te poseeré; penetraré en tu desprecio, haré que reviente como una pompa de jabón; cuando estés harta de mí y que me digas "¡Pierre mío!", poniendo los ojos en blanco, veremos en qué se habrá convertido tu mirada despreciativa, veremos si sigues o no llamándome cobarde.

—Hasta la vista, querida, querida amiga, hasta la vista; ¡vuelva, vuelva!

Era un cuchicheo; el viento se lo llevó. Pierre volvió la cabeza y el aire se coló en su oído. Allá, en el puente de proa, una lamparita colgada encima del camarote del capitán alumbraba un vestido blanco que el viento hinchaba. La dama de blanco bajó lentamente por la escalera sujetándose a la barandilla para defenderse del balanceo;

su vestido, tan pronto hinchado como pegado a sus músculos, parecía una campana al vuelo. De pronto desapareció, debía de estar cruzando la cubierta cuando el barco se hundió en un agujero; el mar estaba encima de él, blanco y negro; él se elevó con esfuerzo y reapareció la cabeza de la dama, subía por la escalera del puente de las segundas. Ya estaba visto por qué las habían mudado de camarote. Ella estaba sudorosa y húmeda, algo despeinada, pasó delante de Pierre sin verle, con su aire honesto y grave.

"¡Zorra!", murmuró Pierre. Se hallaba sumergido en un enorme fastidio, ya no la deseaba, ya no tenía ganas de vivir. El barco se hundía hasta el fondo del mar. Pierre se caía blandamente como algodón, titubeó después de un instante y dejó que su boca se llenara de bilis para inclinarse hacia el agua negra y vomitar por la borda.

—Ahora, la fichita—dijo el mozo.

Philippe dejó el maletín, cogió la pluma y la mojó en el tintero. El empleado le miraba hacer, le miraba inmóvil con las manos cruzadas detrás de la espalda. ¿Ahogaba un bostezo o una sonrisa? Porque estoy bien vestido, se dijo Philippe encolerizado. Todos se fijan en la indumentaria, lo demás no lo ven. Escribió con pulso firme:

Isidore Ducasse.

Viajante de comercio.

—Condúzcame—dijo al empleado mirándole a los ojos.

El empleado descolgó del tablero una llave abultada y subieron uno tras el otro. La escalera estaba oscura, lámparas azules lucían de trecho en trecho; las zapatillas del guía chapoteaban sobre los peldaños de piedra. Tras una puerta lloraba una criatura; olían los retretes. "Es una pensión", pensó Philippe. Pensión era una triste palabra que a menudo había leído en las novelas realistas y siempre con repugnancia.

—Aquí es—dijo el empleado metiendo la llave en la cerradura.

La habitación era inmensa, suelo de mosaico; las paredes pintadas de ocre hasta media altura y desde allí

hasta el techo, de amarillo. Una silla nada más, solo una mesa: parecían perdidas en el centro de la pieza; dos ventanas, un lavabo semejante a un fregadero, una cama grande contra la pared. "Seguramente han colocado el lecho nupcial en la cocina", pensó Philippe. El empleado no se iba. Dijo sonriendo:

—Son diez francos. Le ruego me los abone ahora mismo.

Philippe le entregó veinte francos.

—Quédese con la vuelta y despiérteme a las cinco y media.

El mozo no mostró sorpresa.

—Buenas noches, señor, hasta mañana—dijo al salir.

Philippe escuchó durante un momento. Cuando dejó de oír el leve ruido de las zapatillas sobre los peldaños, dio dos vueltas a la llave, corrió el pestillo y arrimó la mesa contra la puerta. Después colocó el maletín sobre la mesa y lo contempló, con los brazos caídos. El candelabro del salón se apagó, la lámpara del falsario se apagó; todo se lo tragó la negrura. Una negrura anónima. Unicamente la amplia habitación desnuda brillaba en la negrura, tan impersonal como la noche. Philippe miraba la mesa, embotado, sin saber qué hacer. Bostezó. Y, sin embargo, no tenía sueño; estaba vacío. Una mosca olvidada que despierta al comienzo del invierno, cuando todas las demás moscas han muerto, y que no tiene ya fuerzas para volar. Miraba al maletín diciéndose: "Hay que abrirlo, es preciso que saque el pijama." Pero los deseos se embotaban en su cerebro, no lograba ni siquiera levantar el brazo. Miraba al maletín, miraba la pared y pensaba: "¿Para qué? ¿Para qué impedir la muerte, puesto que esta pared existe, frente a mí, con sus colores inmundos y triunfales?" Ya ni siquiera tenía miedo.

Y ¡arriba!, y ¡abajo! Ya no tenía miedo. La palangana subía y bajaba llena de espuma; él subía y bajaba tumbado boca arriba y ya no tenía miedo. El *steward* se va a poner rabioso cuando entre y vea que he vomitado en el suelo, pero me tiene muy sin cuidado. Todo era tan dulce, la boca agua, el olor de la vomitada, esa bola en su

pecho; su cuerpo no era más que dulzura, y, luego, aquella rueda dando vueltas, que giraba y giraba hundiéndole la frente, él la veía, le divertía verla girar, era una rueda de taxi con su neumático gris y gastado. La rueda giraba, los pensamientos familiares giraban y giraban, pero a él le tenía todo sin cuidado, al fin; al fin podía despreocuparse, dentro de ocho días estaría en Argonne, dispararán contra mí, pero no me importa, ella me desprecia, piensa que soy un cobarde, me tiene sin cuidado, ¿qué me puede importar hoy todo eso?, ¿qué puede importarme? Me importa un bledo, me importa un comino, no pienso en nada, nada temo, nada me reprocho.

¡Arriba! Y todo arriba. ¡Abajo! Y todo abajo. ¡Es tan agradable poder tomarlo todo a risa!

Las once. Once campanadas rompiendo el silencio. Alargó la mano, abrió el maletín, su mejilla derecha le abrasaba como una antorcha; las once, el candelabro se vuelve a encender durante la noche, estaba ella sentada en la mecedora, chiquita y regordeta, luciendo sus hermosos brazos al aire, su mejilla le abrasaba, la tortura volvía a empezar, la mano se levantaba, la mejilla quemaba, yo no soy un cobarde, desdobló su pijama; las once, buenas noches, mamá, besaba los carrillos perfumados de la hetaira del general, miraba sus brazos, me inclinaba ante él, buenas noches, padre, buenas noches, Philippe. Ayer todavía, era ayer. Pensó estupefacto: "Era ayer." Pero ¿qué he hecho yo? ¿Qué ha sucedido después? He metido el pijama en el maletín, he salido como todos los días y todo había cambiado: una roca ha caído en la ruta, detrás de mí, y la ha hundido. Ya no puedo retroceder. Pero ¿cuándo, cuándo ha ocurrido? Cogí mi maletín, abrí silenciosamente la puerta, bajé por la escalera... Eso era ayer. Ella ocupaba la mecedora, él estaba junto a la chimenea, ayer. En el salón hay claridad y bienestar, yo soy Philippe Gressigne, hijastro del general Lacaze, licenciado en letras, poeta de porvenir ayer, ayer, ayer para siempre. Se había desnudado, se puso el pijama; en la pensión eran ademanes nuevos, vacilantes, que era ne-

ario aprender. El Rimbaud estaba en el maletín, y allí lo dejó, no tenía ganas de leer. Una sola vez, si me hubiese creído ella solamente una vez, si hubiese rodeado mi cuello con sus hermosos brazos, si ella me hubiese dicho: "Tengo confianza, eres valeroso, serás fuerte...", yo no me hubiese ido. Es una hetaira, pronunciaba en mi habitación palabras del general, palabras fósiles del general, ella las soltaba, pesaban mucho para ella, han rodado debajo de la cama, he dejado que se amontonen durante cinco años; basta correr la cama para encontrarlas todas: patria, honor, virtud, familia, allí, en el polvo, y no he aprovechado ninguna de ellas. Había permanecido con los pies desnudos, sobre los baldosines; estornudó, voy a enfriarme, el interruptor está junto a la puerta, apagó y se fue a tientas hasta la cama, tenía miedo de pisar los bichos, la enorme tarántula de patas como dedos de hombre que parece una mano cortada, la mygala, si alguna hubiese allí, ¿y si hubiese alguna? Se metió entre las sábanas y la cama crujió. Su mejilla ardía, una antorcha en la noche, una llama roja, la apagó en la almohada. Ellos se están acostando; ella se ha puesto su camisón rosa de encajes. Esta noche resulta menos doloroso imaginarlo; esta noche no se atreverá a tocarla, le dará vergüenza, y ella, la hetaira, no se dejará hacer mientras que su hijo está muerto de frío y de hambre por esos caminos, ella piensa en mí, finge que duerme, pero ella me está viendo, pálido y duro, labios apretados, ojos duros; me ve ella caminar en la noche bajo las estrellas. No es un cobarde, mi hijito no es un cobarde, mi pequeño, mi niño, querido mío: si yo estuviera allí, si allí pudiera estar, nada más que para ella y beber esas lágrimas que se deslizan por sus mejillas y acariciar sus bellos brazos tiernos, mamá, mamaíta mía. El general es canciller, dijo una bizarra voz en sus oídos. Un triangulito verde se desprendió y empezó a dar vueltas, el general es canciller.

El triángulo giraba, era Rimbaud, crecía como una seta, se secó y se hizo costroso, una fluxión en la mejilla, por la victoria, por la victoria... POR LA VICTORIA. "Yo no

soy un cobarde", gritó Philippe, despertando sobresaltado. Estaba sentado en la cama, sudoroso, fija la mirada; la sábana olía a azufre. ¿Qué derecho les asiste para sec mis testigos? ¡Mangantes! Me juzgan con arreglo a sus leyes y yo no acepto más normas que las mías. ¡Para mí las orgías soberbias! ¡Mi orgullo para mí! Pertenezco a la raza de los señores. ¡Ah!, pensó rabioso, más tarde, más tarde. ¡Es preciso esperar! Más tarde colocarán una lápida de mármol en la fachada de este hotel. Aquí, Philippe Gressigne pasó la noche del 24 al 25 de septiembre de 1938. Pero yo habré muerto. Un murmullo suave y dulce pasó por debajo de la puerta. De repente, la noche murió. La miró desde el fondo del porvenir, con los ojos de esos hombres vestidos de negro que pronunciaban discursos debajo de la lápida de mármol. Cada minuto desaparecía en la negrura, precioso y sagrado, ya pretérito. Vendrá un tiempo en que esta noche, gloriosa y pretérita, habrá pasado como las noches de Maldoror, como las noches de Rimbaud. Mi noche. "Zézette", dijo una voz de hombre. El orgullo vaciló, el pasado se desgarró, era ya el presente. La llave giró en la cerradura, su corazón dio un salto en el pecho. "No, es al lado." Oyó rechinar la puerta de la habitación contigua y pensó: "Son dos por lo menos: un hombre y una mujer."

Hablaban. Philippe no comprendía lo que ellos decían, pero oyó que el hombre se llamaba Maurice y eso le tranquilizó un poco. Se volvió a tumbar, extendió las piernas, apartó la sábana de su barbilla temiendo que le pegaran algún grano. Se oyó una cancioncita con voz atiplada. Una cancioncilla muy rara.

—No lloriquees—dijo el hombre cariñosamente—, no lloriquees, que de nada sirve.

Tenía él una voz cálida y ronca, atacaba las palabras con rudeza y de manera entrecortada, salían del fondo de su garganta tan pronto rápidas, tan pronto lentamente, ásperas y tajantes; pero envueltas todas en una dulce y oscura vibración. Cesó el canto de flauta después de uno o dos gorjeos. El se inclinó hacia ella, la cogió por los

hombros. Philippe parecía sentir dos manos fuertes sobre sus propios hombros, una cara se le acercaba. Un rostro moreno y fino, casi negro, de carrillos azulados, con una nariz de boxeador y una bella boca amarga, una boca de negro.

—No lloriquees—repitió la voz—. Rica mía, no llores, cálmate.

Philippe se calmó por completo. Les oía ir y venir, diríase que hablan en mi habitación. Arrastraron por el suelo un objeto pesado. Quizá la cama, tal vez un baúl. Y después el hombre se despojó de sus zapatos.

—El próximo domingo—dijo Zézette.

Ella tenía una voz más vulgar, pero más cantarina. La veía más difícilmente; puede que fuera rubia con cara más pálida, como Sonia, en *Crimen y castigo.*

—¿Qué?

—¡Ay, Maurice! Se te ha olvidado. Tenemos que ir a Corbeille, a casa de Jeanne.

—Irás sin mí.

—No tendré fuerzas para ir—dijo ella.

Bajaron la voz. Philippe no podía descifrar lo que decían, pero se alegraba de que estuvieran tristes. Eran proletarios. Verdaderos proletarios. Aquel otro era un borracho, un mangante.

—¿Has estado tú en Nancy?—preguntó Zézette.

—Sí, hace tiempo.

—¿Cómo es?

—No mal del todo.

—Me enviarás un álbum de postales. Quiero poder imaginarme el sitio donde tú estás.

—No nos dejarán allí, que te conste.

Un auténtico proletario. Este no tenía ninguna gana de ir a la guerra, no pensaba en la victoria; se iba, con muerte en el alma, porque no podía hacer otra cosa.

—¡Grandote mío!—exclamó Zézette.

Se callaron. Philippe pensaba: "Están tristes", y unos lagrimones dulces asomaron a sus ojos. Dulces ángeles tristes. Yo entraría, les tendería mis manos, les diría:

"También yo estoy triste por causa vuestra, por vosotros. Por vosotros he abandonado la casa de mis padres. Por vosotros y por todos los que se van a la guerra." Nos colocaríamos Maurice y yo, cada uno a un lado de ella, y les diría: "Yo soy un mártir de la paz." Cerró los ojos calmado; ya no estaba solo, dos ángeles tristes velaban su sueño. El mártir, tumbado boca arriba, como un yacente de piedra y dos ángeles tristes a su cabecera, con palmas. Ellos murmuraban, grandote mío, grandote mío, no me dejes, te quiero; y también otra palabra, suave y preciosa, ya no la recordaba, pero era la palabra más tierna de todas las palabras tiernas, dio varias vueltas, flameó como una corona de fuego y Philippe se la llevó en su sueño.

"¡Vaya, vaya!—dijo Gros-Louis—. ¡Vaya, vaya!" Estaba sentado en la acera; nunca hubiera creído que pudiese soportar tamaño dolor de cabeza, cada punzada despertaba en él un nuevo estupor. "¡Ah!—exclamó—. ¡Lo que es a ese, a la mierda!" Llevó la mano a su carrillo, estaba húmedo y le picaba, sería sangre. "Bueno, me voy a poner un vendaje; ¿dónde habrán metido mi mochila?" Palpó en derredor y tropezó con un objeto duro, era una cartera: "¿Habrán perdido la cartera?", se preguntó. La cogió y la abrió, estaba vacía. Buscó en sus bolsillos, cogió un fósforo y lo frotó en el asfalto: era su propia cartera. "Vaya—observó—; conque esas tenemos." Su cartilla militar había quedado en el bolsillo de la blusa, pero la cartera estaba vacía. "¿Y qué voy a hacer ahora yo?" Seguía palpando el suelo diciéndose: "No iré a los gendarmes. Eso no se debe hacer." Cerró los ojos durante un instante y empezó a soplar: le dolía tanto la cabeza que se preguntaba si no la tendría agujereada. Se tocó el cráneo con precaución, no parecía estar descalabrado, pero los cabellos estaban coagulados en mechones pegajosos y, además, apenas lo tocaba un poco, le dolía como si le estuvieran dando mazazos. "No me gusta acudir a los gendarmes—se dijo—, pero ¿cómo me las arreglaré?" Sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra, descu-

brió un bulto oscuro a unos cuantos metros, en medio de la calzada. Es mi mochila. Caminó a gatas, pues no podía sostenerse sobre las piernas. "¿Esto qué es?" Había puesto la mano en un charco. "Han roto mi botella", pensó con el corazón oprimido. Cogió la mochila, cuya lona estaba empapada, la botella estaba hecha añicos. "¡Parece mentira!—dijo Gros-Louis—. ¡Parece mentira!" Soltó la mochila, se sentó en la reguera de vino, en medio de la calzada, y se echó a llorar; los sollozos le pasaban por la nariz en continuas sacudidas, tenía la sensación de que su cráneo iba a estallar; desde el fallecimiento de su vieja no había llorado tan amargamente. Charles estaba completamente desnudo, piernas al aire, delante de seis enfermeras-jefas; la más joven agitó los brazos y movió las mandíbulas, lo cual quería decir: útil para el servicio; Mathieu se encogió y se redondeó, Marcelle le esperaba, de pie, abierta de piernas, Marcelle era un tragabolas, y cuando Mathieu se volvió completamente redondo, Jacques lo lanzó y cayó en el agujero negro sembrado de espoletas, cayó en la guerra; la guerra estaba en todo su apogeo, una bomba rompió los cristales y vino a caer al pie de la cama. Ivich se incorporó, la bomba se abrió, era un ramillete de rosas, y Offenbach salió de él: "No te vayas—dijo Ivich—; no te vayas a la guerra, de lo contrario, ¿qué va a ser de mí?" Victoria, Philippe atacaba a bayoneta calada, gritaba victoria, victoria, por la victoria, los doce zares se largaron, la zarina quedaba liberada, él desató sus ligaduras, estaba en cueros, menudita y gruesa, bizqueaba: *shrapnells* y granadas corrían detrás del comandante con toda la rapidez de sus patas, Pierre las cogía por detrás y las metía entre sus efectos, era la consigna, pero la cuarta trató de evadirse y entonces él la cogió por los élitros, ruidosa y pataleando, y él, riendo a carcajadas, se dedicó a desplumarla, el comandante le miraba, estaba tumbado boca arriba, los *shrapnells* le habían devorado los carrillos y las encías, pero quedaban sus ojos, sus grandes ojos que rebosaban des-

precio. Pierre huyó, pies para qué os quiero, desertaba, escapaba hacia el desierto. Maud le preguntó:

—¿Puedo entrar?

Viguier estaba muerto, olía mal; Daniel se quitó el pantalón pensando: hay una mirada; se erguía delante de una mirada, cobarde, pederasta, malvado, como un desafío. Me está viendo, me está viendo como soy. Hannequin no podía dormir, pensaba: estoy movilizado, y eso le parecía curioso, la cabeza de su vecina le pesaba mucho sobre el hombro, olía a pelo y a brillantina, el dejaba caer el brazo y la tocaba el muslo, era agradable, pero también cansado. Había caído sobre el vientre, ya no tenía piernas.

—¡Amor mío!—gritaba ella.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó la voz medio dormida.

—Estaba soñando—dijo Odette—; duerme, querido, duerme.

Philippe despertó sobresaltado: aquello no era el canto del gallo, era un suave gemido de mujer: "¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!" Al principio creyó que ella lloraba; pero no, el conocía bien aquella clase de quejidos, los había oído a menudo, pegando el oído a la puerta, pálido de rabia y de frío. Pero esta vez no le desagradaban. Era algo completamente nuevo y tierno: una música angelical.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡cuánto te quiero!—dijo Zézette con ronca voz—. ¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!...

Hubo un silencio. Pesaba sobre ella con todo su cuerpo duro, el ángel bello de cabellos negros y boca amarga. Ella, aplastada, colmada. Philippe se irguió bruscamente y se sentó, fruncida la boca y el corazón mordido por los celos. Sin embargo, amaba a Zézette.

—¡Ay!...

El respiró: fue un grito perentorio y definitivo; habían terminado. Al cabo de un momento oyó leves chasquidos: pies descalzos corrían por los baldosines, el grifo cantó, un pájaro en las ramas, y todas las cañerías sufrieron las sacudidas de espantosos borboteos. Zézette se acercó a

Maurice, completamente refrescada, frías las piernas; la cama crujió, se había acostado cerca de él, ella respiraba el perfume cálido de su sudor.

—Si te mataran, yo no tendría más solución que el suicidio.

—No digas semejante cosa.

—No tendría más que matarme, Momó.

—Sería una pena. Tienes buen tipo, eres trabajadora, te gusta mucho comer, te gusta mucho gozar: piensa en todo lo que perderías.

—Me gusta gozar, pero contigo. Contigo—afirmó Zézette apasionadamente—. Pero a ti te importa un comino; te vas, te vas contento.

—No, no me voy contento—replicó Maurice—. Me revienta tener que marcharme.

Se marchará. Se irá, tomará el tren para Nancy, no le volveré a ver; nunca volveré a ver su cara, nunca sabrá quién soy. Sus pies arañaron las sábanas: quiero verlos.

—Si no te fueras. Si pudieras quedarte...

Maurice le dijo cariñosamente:

—No digas bobadas.

Quiero verlos. Saltó del lecho. La arañaza, la mygala, le acechaba, cobijada en la cama, pero él corrió más que ella, apretó el botón eléctrico y la araña se perdió en la luz. Quiero verlos. Se puso el pantalón, se calzó y salió. Dos bombillas azules alumbraban el pasillo. En la puerta del diecinueve habían fijado con chinchetas una tarjeta: "Maurice Gounod". Philippe se apoyó en el tabique, su corazón le daba saltos en el pecho y le faltaba el aliento como si hubiese corrido. ¿Qué puedo yo hacer? Adelantó la mano y rozó ligeramente la puerta: allí estaban, detrás de la pared. No pido nada, quiero sencillamente verlos. Se agachó y pegó el ojo a la cerradura. Recibió un soplo frío de aire en la córnea, parpadeó y no vio nada: ellos habían apagado. Quiero verlos, pensó él golpeando la puerta. Ellos no contestaron. Seca la garganta, golpeó con más fuerza.

—¿Quién es?—preguntó la voz. Una voz brusca y enér-

gica, pero ya cambiaría. Philippe no podía hablar, volvió a llamar.

—Bueno, ¿quién es?—dijo impacientándose la voz—. ¿Quién está ahí?

Philippe dejó de llamar. Le faltaba el aliento. Aspiró con fuerza y lanzó la voz a través de su garganta contraída.

—Querría hablar con usted—dijo.

Hubo un largo silencio. Philippe pensó en irse, cuando oyó ruido de pasos y una respiración contra la puerta, un ruido metálico; encendían la luz. Los pasos se alejaron, se está poniendo el pantalón. Philippe retrocedió y se adosó al tabique, tuvo miedo. La llave giró en la cerradura, la puerta se abrió, él vio aparecer por la rendija una cabeza hirsuta y rojiza, de anchos pómulos y arrugada tez. El individuo tenía ojos claros y sin pestañas; miraban a Philippe con cómica sorpresa.

—Se ha equivocado de puerta—le dijo.

Era su voz, pero, al pasar por aquella boca, era irreconocible.

—No—replicó Philippe—; no me he equivocado.

—En ese caso, ¿qué quiere usted de mí?

Philippe miraba a Maurice, pensando: "Ya no vale la pena", pero era demasiado tarde. Volvió a decirle:

—Querría hablar con usted.

Maurice vacilaba. Philippe leyó en sus ojos que iba a darle con la puerta en las narices y lo impidió.

—Quisiera hablar con usted—repitió.

—No le conozco—dijo Maurice. Sus pálidos ojos eran duros y maliciosos. Se parecía al fontanero que había venido a reparar la bañera.

—¿Qué ocurre, Maurice? ¿Qué quiere?—preguntó la voz inquieta de Zézette.

La voz era auténtica; también lo era el dulce e invisible rostro. Lo único que era un sueño era la abultada cara de Maurice. Una pesadilla. La voz se extinguió; el dulce rostro se extinguió; la cara de Maurice surgió de la oscuridad, dura y maciza, la verdadera.

—Es un tipo al que no conozco—dijo Maurice—. No sé lo que quiere de mí.

—Puedo serle útil—balbució Philippe.

Maurice le miraba de arriba abajo, desconfiado. "Se está fijando en mi pantalón de franela—pensó Philippe—, ve mis zapatos de tafilete, ve la chaqueta de mi pijama, negra y con cuello ruso."

—Estaba..., estaba en la habitación de al lado—dijo, interceptando con su cuerpo la puerta—. Y..., le juro que puedo serle útil.

—Vuelve, Maurice—gritó Zézette—. Déjale, Maurice, déjale.

Maurice seguía mirando a Philippe. Meditó un momento y su cara hosca se aclaró un poco:

—¿Viene de parte de Emile?—preguntó bajando un poco la voz.

Philippe apartó la mirada.

—Sí—respondió—; de parte de Emile.

—¿Y qué?

Philippe se estremeció.

—No puedo hablar aquí.

—¿De qué conoce a Emile?—preguntó Maurice titubeando.

—Déjeme pasar—imploró Philippe—. ¿Qué le cuesta dejarme entrar? Yo no puedo decirle nada en el pasillo.

Maurice abrió la puerta.

—Entre—le dijo.

Philippe entró. La habitación era absolutamente igual a la suya. Pero había ropa en las sillas: medias, una braga y zapatos de mujer encima de baldosines rojos, cerca de la cama y, sobre la mesa, un infiernillo de gas con una cacerola. Olía a grasa enfriada. Zézette estaba sentada en la cama, apretaba una pañoleta de lana malva en torno a sus hombros. Estaba fea, con ojos pequeños hundidos y móviles. Miraba a Philippe con hostilidad. La puerta se cerró y él se estremeció.

—Bueno, ¿qué quiere Emile de mí?

Philippe miró a Maurice angustiado, no podía hablar.

—Vamos, dése prisa—dijo Zézette con voz furiosa—. Se va mañana por la mañana, no es momento de venir a molestarnos.

Philippe abrió la boca y, pese a sus violentos esfuerzos, no pudo pronunciar palabra. Se veía con los ojos de ellos, era imposible.

—Le estoy hablando en francés, ¿no?—preguntó Zézette—, y le estoy diciendo que mañana tiene que irse.

Philippe se volvió hacia Maurice y dijo con voz estrangulada:

—No debe ir.

—Ir, ¿adónde?

—A la guerra.

Maurice se quedó de una pieza.

—Es un poli—dijo Zézette con voz silbante.

Philippe miraba los baldosines encarnados, con los brazos cruzados, y se notaba entumecido, era casi agradable. Maurice le agarró por el hombro y le zarandeó.

—Oye, tú, ¿conoces a Emile?

Philippe no respondió. Maurice le sacudió de lo lindo.

—¿No vas a contestar? Te pregunto si conoces a Emile.

Philippe lanzó a Maurice una desesperada mirada.

—Conozco a un viejo que hace documentos falsos—dijo en voz baja y rápida.

Maurice le soltó bruscamente. Philippe agachó la cabeza y añadió:

—Se los hará.

Hubo un largo silencio, luego, Philippe oyó la voz triunfante de Zézette:

—¿Qué te decía yo? Es un provocador.

El se atrevió a levantar la cabeza. Maurice le miraba con terrible ademán. Tendió su manaza velluda, Philippe dio un salto hacia atrás.

—Miente—dijo levantando el codo—; miente, yo no soy ningún poli.

—Entonces, ¿qué carajo vienes a hacer aquí?

—Soy pacifista—respondió Philippe a punto de llorar.

—¡Pacifista!—exclamó estupefacto Maurice—. Lo que nos faltaba por ver.

Se rascó la cabeza un instante y después estalló de risa.

—¡Pacifista!—dijo—. ¿Oyes, Zézette, te das cuenta?

Philippe empezó a temblar.

—Le prohíbo que se ría—dijo en voz baja. Se mordía los labios para no llorar y añadió con dificultad—: Aunque no sea usted pacifista, tiene usted la obligación de respetarme.

—¿Respetarte?—repitió Maurice—. ¿Respetarte?

—Soy desertor—dijo Philippe dignamente—. Si le propongo una falsa documentación, es porque yo ya he encargado que me la hagan. Pasado mañana estaré en Suiza.

Y miró fijamente a Maurice. Este frunció el entrecejo. En la frente tenía una arruga en forma de Y, parecía meditar.

—Venga conmigo—dijo Philippe—; tengo dinero para dos.

Maurice le miró con asco.

—¡So marrano!—le insultó Zézette—. ¿Has visto lo chiflado que está? Es lógico que la guerra te horrorice; es natural que no quieras luchar contra los fascistas. Más bien los abrazarías, ¿no? Ellos son los que protegen tus perras, hijo de rico.

—Yo no soy fascista—dijo Philippe.

—No, lo soy yo—replicó Maurice—. Vamos, lárgate, ¡basura asquerosa! De lo contrario, no respondo de mí.

Las piernas de Philippe son las que querían largarse. Sus piernas y sus pies. Pero no huiría. Arrastró las piernas hacia adelante, se acercó a Maurice, bajó a la fuerza aquel codo infantil que se levantaba sin que lo impulsaran. Se fijó en la barbilla de Maurice; no se atrevía a levantar la mirada hasta aquellos ojos pálidos y sin pestañas y dijo:

—No me iré.

Permanecieron un momento uno frente a otro y finalmente Philippe estalló:

—¡Qué duros sois! Todos. Todos. Yo estaba ahí, os

oía hablar y confiaba... Pero usted es como los demás, una pared. Siempre condenando sin querer comprender. ¿Acaso sabe quién soy yo? Por vosotros he desertado, hubiese hecho mejor quedándome en mi casa en la que como cuanto quiero y en la que vivo caliente, rodeado de bonitos muebles y con criados, pero todo lo he abandonado por vosotros, os envían al matadero y lo encontráis natural, sin levantar el dedo meñique, os ponen un fusil entre las manos y pensáis que sois héroes y si alguien trata de actuar de otro modo, le tratáis de hijo de ricos, de fascista y de cobarde porque no obra como todo el mundo. Yo no soy un cobarde, usted miente, yo no soy un fascista y yo no tengo la culpa de ser hijo de ricos. Es mucho más fácil, sí, mucho más fácil, ser hijo de pobres.

—Te aconsejo que te vayas—dijo Maurice con voz incolora—, porque no me gusta meterme en líos y no quisiera enfadarme.

—No me iré—contestó Philippe dando una patada en el suelo—. ¡Ya estoy hasta la coronilla! Estoy harto de todos los que fingen no verme y que miran desde arriba, ¿y con qué derecho? ¿Con qué derecho? Yo existo, sí, y valgo tanto como vosotros. Yo no me iré, me quedaré toda la noche si es preciso, me explicaré una vez más.

—¡Ah! ¿Conque no te irás?—dijo Maurice—. ¡Ah! ¿Conque no te irás?

Le cogió por los hombros y le empujó hacia la puerta; Philippe quiso resistir; pero resultaba imposible, Maurice tenía más fuerza que un buey.

—¡Suélteme!—gritó Philippe—. ¡Suélteme! Si usted me echa fuera, permaneceré delante de su puerta y armaré un escándalo, yo no soy un cobarde, quiero que me escuche. ¡Suélteme, pedazo de animal!—dijo dándole patadas.

Vio levantada la mano de Maurice y su corazón dejó de latir:

—¡No!—dijo—. ¡No!

Maurice le dio dos puñetazos.

—Sé más blando—dijo Zézette—, es un crío.

Maurice soltó a Philippe y le miró con algo de sorpresa.

—Usted..., ¡le odio!—murmuró Philippe.

—Oyeme, muchacho—dijo Maurice con cierta inseguridad.

—Ya verá—dijo Philippe—. Ya veréis todos, os avergonzaréis.

Salió corriendo, entró en su habitación y dio dos vueltas a la llave. El tren rodaba, el barco subía y bajaba, Hitler dormía, Ivich dormía, Chamberlain dormía, Philippe se arrojó en la cama y se echó a llorar. Gros-Louis titubeaba, casas y más casas, su cabeza le ardía, pero no podía detenerse, era preciso que caminara en la noche acechante, en la terrible noche cuchicheante. Philippe lloraba, estaba extenuado, lloraba, oía el cuchicheo de aquellos dos a través del tabique, no llegaba ni a detestarlos, él lloraba, desterrado, en la noche fría y miserable, en la noche gris de encrucijadas. Mathieu se había despertado, se levantó y se asomó a la ventana, escuchó el cuchicheo del mar y sonrió a la hermosa noche lechosa.

DOMINGO 25 DE SEPTIEMBRE

UN día de vergüenza, un día de descanso, un día de miedo, el día del Señor, el sol salía para un domingo. El faro, el fanal, la cruz, la mejilla, la MEJILLA. Dios lleva su cruz a cuestas en las iglesias, yo llevo mi mejilla por las endomingadas calles, ¡toma!, pero tiene un flemón; no, nada de eso: es que me han pegado un tortazo en la mejilla, innoble y pequeño individuo que lleva sus nalgas en la cara, la cabezota resulta molesta de llevar, la cabeza hendida, la cabeza vendada, la calabaza, el pepino, le golpearon por la espalda, una, dos, él caminaba de cabeza, las suelas resonaban en su cabeza, es domingo, ¿dónde voy a encontrar trabajo? Las puertas están cerradas, las grandes puertas de hierro, clavadas, herrumbrosas, cerradas sobre lo negro, sobre el fondo vacío que huele a serrín, a grasa de ruedas y a chatarra, sobre el suelo de tierra sembrado de virutas herrumbrosas; cerradas estaban las terribles y pequeñas puertas de madera, estaban completamente cerradas, guardando habitaciones atestadas de muebles, de recuerdos, de niños, de odios, con ese espeso olor a cebolla quemada, y el cuello postizo y almidonado brillando encima de la cama y las mujeres pensativas detrás de las ventanas, él caminaba entre ventanas, entre miradas, rígido, petrificado por las miradas. Gros-Louis caminaba entre paredes de ladrillo y puertas de hierro, caminaba sin una perra chica, sin nada que comer y la cabeza latiéndole como un corazón, y las suelas de sus zapatos le golpeaban en la cabeza, flic, flac, caminaban, sudando, por las calles asesinadas por el do-

mingo, su mejilla alumbraba el bulevar delante de él, y pensaba: "Estas son ya calles de guerra", y pensaba, "¿Qué voy a comer?" Ellos pensaban: "¿No habrá nadie que me ayude?" Pero los hombrecitos morenos, los altos obreros de rostros de roca se aburrían de tanto pensar en la guerra, pensando que durante todo el día darían vueltas al tema de la guerra, una jornada entera y vacía arrastrando su angustia por las calles asesinadas. La guerra: las tiendas cerradas; las calles desiertas, trescientos sesenta y cinco domingos al año; Philippe se llamaba Pedro Casares, llevaba su nombre en el pecho. Pedro Casares, Pedro Casares, Pedro Casares. Pedro Casares salía aquella misma noche para Suiza, llevaba a Suiza una gran mejilla florida y marcada con cinco falanges: las mujeres lo miraban desde sus ventanas.

Dios miraba a Daniel.

¿Le llamaré Dios? Una sola palabra y todo cambia. El se adosaba a los postigos grises que cerraban la tienda del guarnicionero, las gentes iban deprisa a la iglesia, oscuras sobre la calle color de rosa, eternas. Todo era eterno. Una joven pasó, rubia y ligera, de cabellos meticulosamente alborotados, vivía en el hotel, su marido venía a verla dos veces por quincena, era un industrial de Pau; ella había adoptado un rostro de sueño porque era domingo, sus piececitos trotaban hacia la iglesia, su alma era un lago plateado. La iglesia: una vejez; la fachada era románica, había una estatua yacente de piedra y digna de verse, en la segunda capilla, a mano derecha según se subía. El sonrió a la mercera y a su hijito. ¿Le llamaré Dios? No estaba extrañado, pensaba: tenía que ocurrir. Tarde o temprano. Yo presentía que algo tenía que ocurrir. He hecho siempre todo lo posible por tener un testigo. Sin testigo, uno se evapora.

—Buenos días, señor Sereno—dijo Nadine Pichon—. ¿Va usted a misa?

—Voy corriendo—dijo Daniel.

Y la siguió con la mirada: cojeaba más que de costumbre, dos niñas vinieron corriendo a reunirse con ella

y se colocaron alegremente en torno suyo. El las miró, ¡lanzarlas mi mirada mirada! Mi mirada está vacía, pues la mirada de Dios la atraviesa de parte a parte. "Estoy haciendo literatura", pensó bruscamente. Dios ya no estaba allí. Aquella noche, en el sudor de las sábanas, sí estaba presente y Daniel se sentía Caín: "Heme aquí tal y como me has hecho: cobarde, vacío, pederasta." ¿Y luego? Y la mirada estaba allí, por doquier, muda, transparente, misteriosa. Daniel acabó durmiéndose y, al despertar, estaba solo. Un recuerdo de mirada. La multitud salía de todas las puertas abiertas, guantes negros, cuellos postizos de celuloide, pieles de conejo, y misales de familia sujetos con los dedos. "¡Ah!—se dijo Daniel—. Sería necesario un método. Ya me canso de ser esta evaporación ininterrumpida hacia el cielo vacío, yo quiero un techo." El carnicero le rozó al pasar, era un hombre grueso, rubicundo, que usaba gafas el domingo para distinguirse; su velluda mano apretaba un devocionario. Daniel pensó: va por hacerse ver, las miradas caerán sobre él desde cristales y vidrieras; todos van para dejarse ver, la mitad de la Humanidad vive bajo mirada. ¿Notará esa mirada fija en él cuando maneja el hacha golpeando la carne que se rompe bajo los golpes, que se abre mostrando el hueso redondo y azulado? Se le ve, se ve su dureza como yo veo sus manos, su avaricia como yo veo sus escasos cabellos y esa poca piedad que brilla bajo la avaricia como el cráneo bajo los cabellos; él lo sabe, pasará las páginas de su devocionario y gemirá: Señor, Señor mío, yo soy un avaro. Y la mirada petrificante de Medusa descenderá sobre él. Virtudes de piedra, vicios de piedra: qué descanso. "Todas esas gentes poseen técnicas comprobadas", se dijo Daniel decepcionado, mirando las oscuras espaldas que se hundían en las tinieblas de la iglesia. Tres mujeres trotaban juntas en la rojiza claridad de la mañana. Tres mujeres tristes y recogidas, en sus hogares. Ellas encendían la lumbre, barrían el suelo, hacían el café con leche y no eran nada, sino un brazo que cogía la escoba, nada más que una mano sujetando el

asa de la tetera, nada más que ese tejido de bruma que se posa sobre las cosas, a través de las paredes, por los campos y por los bosques. Y ahora van allá, en la penumbra, y van a ser lo que son realmente. El las siguió de lejos, ¿y si me fuera yo a donde ellas van? Es una broma, yo solo soy como me has hecho, triste y cobarde, sin remedio. Tú me miras y toda esperanza huye; ya estoy cansado de huirme. Pero bien sé que, bajo tu mirada, soy incapaz de huirme. Entraré, me quedaré de pie, en medio de esas mujeres arrodilladas, como un monumento de iniquidad. Y diré: "Yo soy Caín. Bueno, ¿y qué? Tú me has creado, llévame." La mirada de Marcelle, la mirada de Mathieu, la mirada de Bobby, la mirada de mis gatos: siempre se detenían al llegar a mi piel. "Mathieu, yo soy pederasta. Lo soy, lo soy, soy pederasta, Dios mío." El hombre anciano de arrugado rostro tenía una lágrima en el ojo, mordisqueaba su bigote chamuscado por el tabaco, con aire perverso. Entró en la iglesia, gastado, deshecho, perdido, y Daniel entró tras él. Era la hora en que Ribadeau penetraba silbando en la cancha y los muchachos le gritaban: "¡Eh, Ribadeau! ¿Está en forma?" Ribadeau lo pensaba mientras liaba un cigarrillo, notaba que sus manos estaban huecas, miraba melancólicamente los vagones y las hileras de barriles y algo le hacía falta en las manos, el peso de una pelota claveteada, bien ajustada a la palma; miraba los barriles pensando: "¡Qué lástima de domingo!" Marius, Claude y Remy se habían marchado uno tras otro, jugaban a los soldaditos; Jules y Charlot hacían lo que podían, empujaban los barriles a lo largo de los raíles, entre los dos los levantaban y los lanzaban a los vagones; era el cuento de nunca acabar: eran fuertes, pero ya viejos; Ribadeau les oía resoplar y el sudor resbalaba por sus desnudas espaldas: nunca acabarían. Había allí un individuo grandote, con un vendaje rodeándole la cabeza, que merodeaba hacía un cuarto de hora por el entrepuente; acabó por acercarse a Jules, y Ribadeau vio cómo se movían sus labios. Jules le escuchaba con su aspecto embrutecido y luego irguió el busto,

se puso en jarras y señaló a Ribadeau con un movimiento de cabeza.

—¿Qué pasa?—preguntó Ribadeau.

El individuo se acercó indeciso; andaba a lo pato, con los pies hacia afuera. Un verdadero bandido. Se tocó la venda a manera de saludo.

—¿Hay trabajo?—preguntó.

—¿Trabajo?—repitió Ribadeau mirando al sujeto: un verdadero bandido, su vendaje estaba sucio, tenía aspecto de ser fuertote, pero su cara estaba tan pálida que daba miedo.

—¿Trabajo?—dijo Ribadeau.

Se miraban con disimulo, vacilaban; Ribadeau se preguntaba si aquel individuo no se iría a caer desmayado.

—Lo que es trabajo no falta—dijo rascándose el cráneo.

El individuo parpadeó. No parecía muy malo, de cerca.

—Puedo trabajar—dijo.

—No pareces estar sano—dijo Ribadeau.

—¿Por qué?

—Quiero decir que tienes aspecto de enfermo.

El individuo le miró asombrado.

—Pues no estoy enfermo—dijo.

—Estás completamente blanco. ¿Y a qué viene ese vendaje?

—Es porque me han zurrado—explicó el individuo—. Pero no es nada.

—¿Quién te ha zurrado, los guardias?

—No, unos compinches. Puedo trabajar ahora mismo.

—Eso habrá que verlo—dijo Ribadeau.

El individuo se agachó, cogió un barril y lo levantó con un brazo.

—Puedo trabajar—dijo dejando el barril en el suelo.

—¡Qué tío!—exclamó admirado Ribadeau. Y añadió—: ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Gros-Louis.

—¿Tienes papeles?

—Tengo mi cartilla militar—dijo Gros-Louis.

—A ver. Enséñamela.

Gros-Louis buscó en el bolsillo interior de su blusa, sacó con precaución la cartilla y se la tendió a Ribadeau. Éste la abrió y lanzó un silbido.

—¡Vaya! ¡Vaya!

—Estoy en regla—dijo Gros-Louis inquieto.

—¿En regla? ¿Sabes leer?

Gros-Louis le dirigió una maliciosa mirada.

—No hace falta saber leer para cargar barriles.

Ribadeau le devolvió la cartilla.

—Amigo, tienes el volante dos. Te esperan en Montpellier, en el cuartel. Te aconsejo que te apresures, pues de lo contrario serás considerado prófugo.

—¿En Montpellier?—preguntó estupefacto Gros-Louis—. A mí no se me ha perdido nada en Montpellier.

Ribadeau se encolerizó.

—Te digo que estás movilizado—le gritó—. Tienes el volante dos, luego estás movilizado.

Gros-Louis se metió la cartilla en el bolsillo.

—De modo, ¿que no me da trabajo?—le preguntó.

—No puedo dar trabajo a un desertor.

Gros-Louis se agachó y levantó un barril.

—¡Basta, basta y basta!—dijo Ribadeau vivamente—. Eres fuerte, no lo niego. Pero de nada me va a servir eso a mí si vienen a detenerte dentro de cuarenta y ocho horas.

Gros-Louis se colocó el barril sobre el hombro y examinó a Ribadeau muy atentamente, frunciendo sus pobladas cejas. Ribadeau se encogió de hombros.

—Lo siento—dijo.

No tenía nada que añadir. Se alejó pensando: "Yo no quiero admitir a un prófugo." Llamó:

—¡Eh, Charlot!

—¿Qué hay?—contestó Charlot.

—No pierdas de vista a ese individuo, es un prófugo.

—¡Qué lástima!—dijo Charlot—. Nos habría echado una mano.

—No puedo contratar a un prófugo—dijo Ribadeau.

—Claro que no—apoyó Charlot.

Los dos dieron media vuelta; el individuo fuertote había dejado en el suelo el barril y ahora daba vueltas a su cartilla militar entre los dedos: su aspecto daba verdadera pena.

La multitud les rodeaba, daba vueltas y más vueltas en torno a ellos, y engrosaba cuantas más vueltas daba, René ya no sabía si estaba inmóvil o si giraba con la multitud. Contemplaba las banderas francesas que flotaban encima de la entrada de la estación del Este; la guerra estaba allí, al término de los raíles, pero no causaba molestia; él se sentía amenazado por una catástrofe mucho más inmediata: las multitudes son frágiles, siempre ocurre alguna desgracia que planea por encima de sus cabezas. *El entierro de Gallieni, se arrastra, arrastra su pequeño manto blanco entre las raíces oscuras de la multitud, bajo el horror del sol, el andamiaje se hunde, no mires, se han llevado a la mujer, rígida, con un pie convertido en un encaje rojo que salía de su botita destrozada;* la muchedumbre le rodeaba bajo el cielo claro y vacío, yo odio las multitudes, sentía miradas por todas partes, soles que hacían brotar flores a su espalda y encima de su vientre, que alumbraban su larga nariz pálida, la salida para las cercanías los primeros domingos de mayo, y al día siguiente los periódicos: "El domingo rojo", siempre hay alguno que cae sobre el empedrado. Irene le protegía con su cuerpecito regordete, *no mires, ella me lleva de la mano, tira de mí y la mujer pasa detrás de mí, resbala sobre la multitud, como un cadáver sobre el Ganges.* Miraba ella con gesto condenatorio aquellos puños en alto allá a lo lejos, bajo las banderas tricolores, encima de gorras. Y ella dijo:

—¡Idiotas!

René hizo como si no hubiese oído; pero su hermana prosiguió con convencida lentitud:

—¡Idiotas, los llevan al matadero y van contentos...!

Escandalizaba. En el autobús, en el cine, en el Metro ella escandalizaba, siempre decía lo que debía callar, su redonda voz siempre lanzaba palabras escandalosas. Di-

gió la mirada detrás de él a un individuo con cabeza de garduña, de mirada demasiado descarada y nariz carcomida, que les estaba escuchando. Irene le puso la mano sobre el hombro, tenía ahora aspecto reflexivo. Acababa de recordar que ella era su hermana mayor, y él pensó que se disponía a darle consejos enojosos; de cualquier modo, ella se había molestado en acompañarle hasta la estación y ahora está en medio de hombres sin mujeres, como los días que la llevaba a ver un combate de boxeo a Puteaux, así que no había que vejarla. Ella leía tumbada en el diván fumando abundantemente, y se forjaba opiniones propias como hacía sus propios sombreros. Ella le dijo:

—Escúchame bien, René: tú no harás lo que esos idiotas.

—No—dijo René en voz baja—; no, claro que no.

—Escúchame bien—repitió ella—: tú no te pases en celo.

Cuando ella estaba convencida su voz iba muy lejos. Dijo:

—¿Qué conseguirías con ello? Vete, ya que no puedes evitarlo, pero no te destaques cuando estés allí. Ni en bien ni en mal, da lo mismo. Y rájate cada vez que puedas hacerlo.

—Sí, sí—dijo él.

Ella le tenía sólidamente sujeto por los hombros, mirándole con gesto firme, pero sin afectación; ella tenía su idea y la seguía.

—Porque te conozco, René; eres un presumidillo y harías cualquier cosa con tal que hablen de ti. Pero te prevengo, si vuelves con una mención o citación, no te vuelvo a dirigir la palabra, porque eso es una idiotez. Y si vienes con una pierna más corta que la otra, o un balazo en la cara, no cuentes conmigo para que te compadezca y no me vengas contando que lo que te ocurrió fue por accidente; con un poco de prudencia, se trata de cosas que pueden perfectamente evitarse.

—Sí—aprobó él—. Sí, claro.

Pensaba que ella tenía razón, pero que eso no debía decirse. Ni pensarse. Lo debía hacer uno solo, tranquilamente, sin palabras, según manden las circunstancias, de modo que no tenga uno después que reprochárselo. Gorras de visera, un mar de gorras, las gorras del lunes por la mañana, de los días de labor, las gorras del tajo, de los mítines del sábado. Maurice se hallaba a sus anchas, en lo más denso de la muchedumbre. La marea se balanceaba, puños en alto, les llevaba lentamente, con bruscas paradas, con vacilaciones, con nuevos arranques hacia las banderas tricolores: *camaradas, camaradas, los puños de mayo, los puños floridos fluyen hacia Garches, hacia las tiendas rojas de la pradera de Garches, me llamo Zézette y los halcones cantan, cantan al bonito mes de mayo, al mundo que nace.* Olía a terciopelo y a vino, y Maurice estaba en todas partes, pululaba, olía el terciopelo, olía el vino, frotaba su manga en el tejido áspero de una chaqueta, y un joven de pelo rizado le metía su cesta en los riñones, las pisadas sordas de millares de pies le subían por las piernas hasta el vientre, aquel ronquido que bullía en el aire, por encima de su cabeza, y levantó la nariz, miró al avión, luego bajó los ojos y vio debajo de él caras vueltas, reflejos de la suya, y les sonrió. Dos lagos claros en una piel curtida, pelos crespos, una cicatriz, y sonrió. Y sonrió al del binóculo que parecía tan atento, sonrió al barbudo delgado y pálido que apretaba los labios y no sonreía. Todo gritaba en sus oídos, todo gritaba y reía; de veras, Jojo, ¿eres tú? Dime: ¿hace falta estar en guerra para que nos encontremos?; era domingo. Cuando las fábricas están cerradas, cuando los hombres están juntos y esperan, vacías las manos, en las estaciones, mochila a la espalda, bajo un destino de hierro, entonces es domingo y ello no tiene gran importancia que se vaya a la guerra o al bosque de Fontainebleau. Daniel, de pie, delante de un reclinatorio, respiraba un olor tranquilo de cueva y de incienso, miraba todos aquellos cráneos destocados bajo una luz violeta, solo él de pie en medio de aquellos hombres arrodillados, y Maurice, rodeado de

hombres en pie, de hombres sin mujeres, en el olor febril de vino, de carbón, de tabaco, mirando las gorras bajo la luz matinal, pensaba: "Es domingo", y Pierre dormía, y Mathieu apretó un tubo, y un cilindro de pasta salió, se rompió y cayó sobre las cerdas del cepillo. Un chiquillo empujó a Maurice y se rió.

—¡Eh, Simón, Simón!

Y Simón se volvió, sus mejillas eran rojas, y reía diciendo:

—Ahora sí que puede decirse, qué domingo tan nublado.

Maurice se echó a reír y repitió:

—¡Qué domingo tan nublado!—y un jovenzuelo correspondió a la sonrisa, iba con él una mujer no muy joven pero bien ataviada; ella iba colgada de su brazo, y le miraba en actitud de súplica, pero él no, si lo hubiera hecho se hubiesen apretado los dos hasta formar un solo bulto. Una sola pareja. El se reía y miraba a Maurice, la mujer no contaba para él, Zézette no contaba, *ella resopla, ella huele muy fuerte, se deshace debajo de mí, querido mío, entra en mí,* todavía era de noche, como una sudada, entre su cuerpo y su camisa, un poco de hollín, un poco de angustia sosa y tierna, pero él reía al aire libre y las mujeres estaban de más; allí estaba la guerra, la revolución, la victoria. Conservaremos nuestros fusiles. Todos estos: el rizado, el barbudo, el gafudo y el muchachote alto volverán cantando *La Internacional* y será como un domingo. Levantó el puño.

—El levanta el puño. Es inteligente.

Maurice se volvió levantando el puño.

—¿Qué, qué?—preguntó.

Era el barbudo.

—¿Queréis morir por los Sudetes?—preguntó.

—Cierra el pico—dijo Maurice.

El barbudo le miró indeciso con mal gesto y vacilante. Diríase que trataba de recordar algo.

Y de repente gritó:

—¡Abajo la guerra!

Maurice retrocedió un paso y su saco tropezó con una espalda.

—¿Lo cerrarás? ¿Cerrarás el pico, so bocaza?

—¡Abajo la guerra!—volvió a gritar el barbudo—. ¡Abajo la guerra!

Sus manos empezaron a temblar y sus ojos zozobraron, no podía dejar de gritar. Maurice le miraba con entristecida sorpresa, sin cólera, y un momento pensó en largarle un puñetazo a la cara nada más que para que se callara, como cuando se zarandea a los niños cuando tienen hipo; pero todavía tenía flojas las falanges y no estaba contento; había golpeado a un chiquillo; tiene que llover mucho hasta que yo vuelva a hacerlo. Se metió las manos en los bolsillos:

—¡Lárgate, cochino!—se limitó a exclamar.

El barbudo siguió gritando con voz cortés y fatigosa, una voz de rico; y Maurice tuvo de pronto la desagradable sensación de que la escena había sido falseada. Miró en torno suyo y su alegría desapareció: era culpa de los demás, no hicieron lo que debían. En los mítines, cuando un tipo se dedica a berrear imbecilidades, la multitud se lanza sobre él y lo suprime, se ven sus brazos por el aire durante un instante y se acabó. En vez de eso, los amigotes retrocedieron e hicieron el vacío al barbudo; la joven le miró con curiosidad, se había descolgado del brazo de su hombre, los muchachos se volvían, no parecían francos, hacían como si no oyeran.

—¡Abajo la guerra!—gritó otra vez el barbudo.

Un malestar raro se apoderó de Maurice: el sol, el individuo que gritaba solo y todos aquellos individuos que bajaban la cabeza... Su malestar se trocó en angustia; se abrió paso entre la muchedumbre a empellones y se dirigió hacia la entrada de la estación, hacia los camaradas que levantaban el puño bajo las banderas. El bulevar Montparnasse estaba desierto. Domingo. En la terraza del Coupole cinco o seis personas tomaban algo; la vendedora de corbatas estaba en su puerta; en el primer piso del noventa y nueve, encima del Kosmos, un

hombre en mangas de camisa apareció en la ventana y apoyó los codos en la balaustrada. Maubert y Thérèse lanzaron un grito de alegría, allí había uno. Sí, allí, en la pared, entre el Coupole y la farmacia, había un gran cartel amarillo con franja roja, *Franceses,* todavía húmedo. Maubert arrancó, el cuello metido entre los hombros, la cabeza hacia adelante, le seguía Thérèse divirtiéndose como una locuela: habían ya arrancado seis, bajo la mirada desorbitada de los honrados burgueses, resultaba estupendo tener un patrón joven y deportista, bien formado y que sabe lo que quiere.

—¡Guarradas!—dijo Maubert.

Miró en torno: una chiquilla estaba parada, podía tener diez años, y les miraba mientras jugaba con sus trenzas; Maubert repitió muy alto:

—¡Guarradas!

Y Thérèse dijo con voz fuerte, detrás de Maubert:

—¿Cómo es posible que el gobierno deje colocar tales guarradas?

La vendedora de corbatas no dijo nada: era una mujer gorda, medio dormida, de sonrisa estereotipada y profesional como retenida entre sus mofletes.

Franceses

Las exigencias alemanas son inadmisibles. Hemos hecho lo imposible por conservar la Paz, pero nadie puede pedir que Francia reniegue de sus compromisos y acepte convertirse en una nación de segundo orden. Si hoy abandonamos a los checos, mañana Hitler nos pedirá Alsacia...

Maubert cogió el cartel por una esquina y arrancó como si fuera una pluma de pato, una larga tira de papel amarillo. Thérèse cogió el cartel por la otra esquina, tiró de él y se quedó con un pedazo en la mano:

de Francia que ella
y acepte convertirse
una nación de
si hoy abando-
namos a los

El resto quedó pegado a la pared como una estrella amarilla e irregular. Maubert echó un paso atrás para contemplar su obra: una estrella amarilla, solamente una estrella amarilla con palabras inofensivas y quebradas. Thérèse sonrió y miró sus enguantadas manos, aún conservaba pegado a su guante derecho un fragmento de cartel: "Repú...", frotó su propio pulgar contra el índice y el pequeño papel amarillo se hizo una bolita que, a fuerza de darle vueltas, se secó y se endureció como la cabeza de un alfiler. Thérèse separó los dedos, la bolita cayó dejándole una embriagadora sensación de potencia.

—Señor Desiré, que sea un filetito de unos trescientos gramos, algo que esté bien, pero córtemelo como es debido, no como el que me sirvió ayer su dependiente, un trozo puro nervio, no quedé contenta. Dígame, ¿qué pasa ahí enfrente? En el veinticuatro hay cortinas negras. ¿Ha muerto alguien?

—No sé nada—dijo el carnicero—. No tengo clientes en el veinticuatro, compran en Berthier. Mire cómo yo la cuido: sonrosada, tierna, hace espuma como el champaña y sin un nervio, me lo comería así, crudo.

—En el veinticuatro—dijo la señora Lieutier—, sí, yo sé, el señor Viguier.

—¿Viguier? No conozco a ningún Viguier, ¿será algún nuevo inquilino?

—¡No, no! Ese viejecito, ¡vaya si le conoce usted!, ese que daba caramelos a Thérèse.

—¡Ah!, ¿aquel señor tan correcto? ¡Qué pena! ¡Cuánto lo siento!, le echaré de menos. El señor Viguier, ¿es posible?

—Claro, tenía ya bastantes años.

—¡Ay!—dijo la señora Lieutier—. Y como yo le he dicho a mi marido, se ha muerto a tiempo el viejecito, ha tenido olfato, puede que nosotros, dentro de seis meses, lamentemos no estar en su lugar.

—¿Sabe que han inventado una cosa nueva?

—¿Qué han inventado? ¿Quiénes?

—Ellos, ¿quiénes van a ser? Los alemanes. Mata a las

personas como a moscas y entre horribles padecimientos.

—Dios mío, pero ¿es posible? ¡Los muy canallas! Y ¿de qué se trata? ¿De qué se trata?

—De una especie de gas, creo, o de rayo, si usted quiere, eso me han dicho.

—Entonces será el rayo de la muerte—dijo el carnicero meneando la cabeza.

—Pues, sí, algo parecido. Dígame si no es preferible estar bajo tierra.

—Tiene usted toda la razón, es lo que yo digo siempre. ¿A qué tanto preocuparse de la casa? ¿A qué tantas preocupaciones? Mire cómo me gustaría morir: echarse a dormir una noche y no volver a despertar.

—Así parece que ha muerto él.

—¿Quién?

—El viejecito.

—Hay gente con suerte. En cambio, nosotros lo vamos a pasar muy mal, incluso las mujeres, ya ve lo que pasaba en España. No. Pues un entrecot, ¿y no tiene cordilla para el gato? Cuando yo pienso: ¡otra guerra! Mi marido estuvo en la del catorce, ahora le toca a mi hijo, le digo a usted que los hombres están locos. ¿Es que es tan difícil entenderse?

—Pues eso es lo que no quiere Hitler, señora Bonnetain, que nos entendamos.

—¿Hitler? El quiere sus Sudetes, pues yo se los daría. No sé exactamente lo que son, si hombres o montañas, y mi hijo va a hacerse pedazos por ellos. Se los daría, sí, yo se los daría. ¿Usted los quiere? Pues ahí los tiene. Caería en el cepo. Dígame—continuó ella seriamente—: ¿es hoy el entierro? ¿No sabe usted a qué hora? Me gustaría asomarme a la ventana para verlo pasar.

¡La han tomado todos contra mí con su guerra! Tenía su cartilla y la apretaba con todas sus fuerzas, no podía decidirse a metérsela en el bolsillo, era todo lo que en el mundo poseía. La abría sin cesar de andar, vio su retrato y se tranquilizó algo, aquellos pequeños trazos negros que hablaban de él, cuanto más los miraba, eran menos

inquietantes, no parecían malos. Dijo tres veces seguidas "Pero de todos modos..." "¡Qué desgracia no saber leer!" Un desertor, el jovencito hecho polvo que subía por la avenida Clichy arrastrando su imagen de espejo en espejo, aquel muchacho sin odios, era un prófugo, un desertor, un mocetón terrible, de pelo cortado al cero, que vive en Barcelona, en el barrio chino, escondido por una putilla que le adora. Pero ¿cómo se puede ser desertor? ¿Con qué ojos se tiene uno que mirar?

Estaba de pie en la nave, el sacerdote cantaba para él y él pensó: "El reposo, la calma; la calma, el reposo." *Cómo en sí mismo, al fin, la eternidad lo cambia.* Tú me has creado tal y como soy y tus designios son impenetrables, soy el más vergonzoso de tus pensamientos. Tú me ves y yo te sirvo, me rebelo contra Ti, te insulto y al insultarte, te sirvo. Soy una criatura tuya, Tú me amas en mí, Tú me llevas, Tú que has creado los monstruos. Sonó una campanilla y los fieles inclinaron la cabeza, pero Daniel permaneció derecho, fija la mirada. Tú me ves. Tú me amas. Se sentía tranquilo y sagrado.

El coche fúnebre se detuvo delante del portal del veinticuatro.

—Ya están aquí, ya están aquí—dijo la señora Bonnetain.

—Es en el tercero—dijo la portera; había reconocido al empleado de Pompas Fúnebres, al que dijo—: Buenos días, señor René, ¿sigue usted bien?

—Buenos días—dijo René—. ¡Vaya una idea, hacer que le entierren en domingo!

—¿Por qué?—replicó la portera—, como éramos librepensadores...

Jacques miró a Mathieu y golpeó la mesa diciéndole:

—Y aun cuando ganáramos esta guerra, ¿sabes adónde irían sus beneficios? A Stalin.

—Y si no nos moviéramos, el provecho sería para Hitler—replicó suavemente Mathieu.

—¿Y qué? Hitler o Stalin, ¿qué más da? Solo que, si

nos entendemos con Hitler, nos economizamos dos millones de hombres y nos libra de la revolución.

Ya esperaba eso. Mathieu se levantó y fue a echar una ojeada a la ventana. Ni siquiera estaba irritado. Pensaba: "¿Qué adelantamos con todo esto?" Había desertado, pero el cielo mostraba su aspecto buenazo de los domingos, las calles olían a buena cocina, a torta de almendra, a pollo, a familia. Una pareja pasó: el hombre llevaba un paquete de golosinas, envuelto en papel brillante, atado con un cordoncillo de color rosado y que sostenía anudado en el dedo meñique. Como todos los domingos. *Todo son bulos sin importancia, ya ves que todo está en calma, ni un remolino, es la paz dominical, la paz familiar, no tienes más que volver a lo tuyo, el cielo existe, la tienda de comestibles existe, la tarta existe; los desertores no existen.* Domingo, domingo, la primera cola ante el urinario de la plaza Clichy, los primeros olores del día. Entrar en el ascensor que acababa de bajar, respirar en la oscura jaula el perfume de la rubia del tercero, apretar el botón blanco, el pequeño vaivén, el suave deslizamiento, meter la llave en la cerradura como todos los domingos, colgar el sombrero en el tercer brazo de la percha, arreglarse el nudo de la corbata en el espejo del vestíbulo, empujar la puerta de la sala gritando: "¡Ya estoy aquí!" ¿Qué estará haciendo ella? ¿No vendría ella a él como todos los domingos, diciéndole: "Hermoso, querido." Era tan asfixiante a fuer de verosimilitud. Y, sin embargo, había perdido todo esto para siempre. ¡Si por lo menos pudiera encolerizarme! Me ha abofeteado—pensó él—, me ha abofeteado." Se detuvo, sintió una punzada en el costado, se apoyó en un árbol, no estaba colérico. "¡Ah!—pensó desesperado—, ¿por qué he dejado de ser niño?" Mathieu vino a sentarse enfrente de Jacques. Este hablaba, Mathieu le miraba y todo resultaba aburrido: el despacho en la penumbra, la musiquilla del otro lado de los pinos, las conchas de mantequilla en el platillo, los vasos vacíos en la bandeja: una eternidad sin importancia. Le entraron ganas de ha-

blar también a él. Para nada, para no decir nada, para romper aquel eterno silencio en que la voz de su hermano no lograba penetrar. Le dijo:

—No te rompas la cabeza. La guerra, la paz, es igual.

—¿Igual?—preguntó sorprendido—. Vete a decírselo a los millones de hombres que se preparan para que los maten.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó Mathieu bondadoso—. Llevaban la muerte dentro desde que nacieron. Y cuando hayan matado hasta el último, la Humanidad seguirá estando tan rebosante como antes: sin una laguna, sin que falte ni uno.

—Menos doce a quince millones de hombres—dijo Jacques.

—No es cuestión de número—añadió Mathieu—. No está llena más que de ella misma, nadie le falta y a nadie espera. Ella seguirá sin ir a ninguna parte y los mismos hombres se formularán idénticas preguntas, y fracasarán las mismas vidas.

Jacques le miraba sonriente para demostrarle que no se llamaba a engaño.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Precisamente a nada—contestó Mathieu.

—Ya están aquí, ya están aquí—gritó la señora Bonnetain muy animada—. Van a meter la caja en el coche fúnebre.

La guerra no es nada, el tren partía, erizado de puños en alto. Maurice se había unido a sus amigos: Dubech y Laurent le aplastaban contra la ventana, él cantaba: "*La Internacional* será el género humano."

—Cantas como mi ojete—le dijo Dubech.

—Porque me da la gana—le replicó Maurice.

Tenía calor, le dolían las sienes, era el día más grande de su vida. Tenía frío, le dolía el vientre, llamó por tercera vez; oía ruido de pasos precipitados en el pasillo, las puertas sonaban, pero no veía a nadie. "¿Qué es lo que ellas hacen? Van a dejar que me cague en los calzo-

nes." Alguien corrió pesadamente, pasó delante de la cámara...

—¡Eh!..., ¡eh!...—gritó Charles.

La carrera continuó y el ruido se apagó; pero empezaron a dar grandes golpes encima de su cabeza. Que se vayan a tomar..., si fuera la pequeña Dorliac que les larga cinco billetes cada mes solo en propinas, ellas se pegarían por entrar en su jaula. Tuvo un escalofrío, seguramente había ventanas abiertas, una corriente de aire helado se metía por la rendija de la puerta, ellas dejan entrar el aire, todavía no nos hemos ido y ya están aireando; los ruidos, el viento frío y los gritos entraban como en un molino, estoy en una plaza pública. Desde su primera radiografía no había conocido semejante angustia.

—¡Eh!... ¡Eh!...—gritaba.

Las once menos diez, Jacqueline no había venido, le habían dejado sola la mañana entera. ¿No acabarán nunca ahí arriba? Los martillazos le resonaban en el fondo de los ojos, diríase que están clavando mi féretro. Tenía los ojos secos y doloridos, se había despertado sobresaltado a las tres de la madrugada, después de un mal sueño. En fin, apenas un sueño: se había quedado en Berck; la playa, los hospitales, las clínicas, todo estaba vacío: ningún enfermo, ninguna enfermera, ventanas negras, salas desiertas, la arena gris y desnuda hasta perderla de vista. Pero aquel vacío no era simplemente vacío, eso no se ve sino en los sueños. El sueño seguía, tenía los ojos completamente abiertos y el sueño continuaba: estaba en su camilla, en el centro de su habitación y, sin embargo, la habitación estaba vacía; ya no tenía ni techo ni suelo, ni derecha ni izquierda. Solo quedaban cuatro tabiques que se unían en ángulo recto, solo un poco de brisa marina entre cuatro paredes. Ellas arrastraban por el pasillo un objeto pesado y rugoso, seguramente un gran baúl de rico.

—¡Eh!... ¡Oigan!... ¡Eh!... ¡Oigan...!

La puerta se abrió y Louise entró.

—¡Por fin!—dijo él.

—¡Un momento!—exclamó Louise—. Tenemos que vestir a cien enfermos; a cada uno su turno.

—¿Dónde está Jacqueline?

—¡Si cree que tiene tiempo para ocuparse de usted! Está vistiendo a las pequeñas Pottier.

—Déme pronto la cuña—dijo Charles—. ¡Pronto! ¡Pronto!

—¿Qué le ocurre? Aún no es hora.

—Siento ganas—dijo Charles—. Por eso la pido.

—Sí; pero yo tengo que prepararle. Todo el mundo tiene que estar listo para las once. Bueno, dése prisa.

Le soltó el cordón del pijama, tiró del pantalón, después ella le levantó por la cintura y deslizó la cuña por debajo de él. La porcelana estaba fría y dura. "Tengo diarrea", pensó disgustado Charles.

—¿Cómo me las arreglaré si me da diarrea en el tren?

—No se preocupe, todo está previsto.

Ella le miraba mientras jugaba con su manojo de llaves y le dijo:

—Hará bueno cuando marchen.

Los labios de Charles empezaron a temblar. Dijo:

—Yo no hubiese querido partir.

—Bueno, bueno—dijo Louise—. ¡Vamos! ¿Ha terminado?

Charles hizo un último esfuerzo.

—Ya está.

Ella rebuscó en el bolsillo de su blusa y sacó un rollo de papel y unas tijeras.

—¡Levántese un poco!—ordenó.

El oyó arrugar el papel y notó su roce.

—¡Uf!—exclamó.

—Ya está—dijo ella—. Póngase sobre el vientre mientras quito la cuña; voy a terminar de limpiarle.

Se puso de espaldas, la oía andar por la habitación y luego notó la caricia de sus expertos dedos. Era su momento preferido. Una cosa. Una pobre cosita abandonada. Su miembro se endureció debajo de él y lo acarició con la sábana fresca.

Louise le dio la vuelta, como a un paquete. Ella le miró el vientre y se echó a reír diciéndole:

—¡Ah, pícaro!... Le echaremos de menos, Charles, ha sido usted un jaranero.

Echó a los pies la ropa y le quitó el pijama.

—Un poco de agua de Colonia en la cara—le dijo ella mientras le friccionaba—. Vaya, hoy toca un aseo muy rápido. Levante el brazo. Bien. La camisa. Ahora el calzoncillo, no se zarandee así, que no puedo ponerle los calcetines.

Se echó ella un poco atrás para juzgar su obra y dijo satisfecha:

—Ya está limpio como una patena.

—¿Será largo el viaje?—preguntó Charles con alterada voz.

—Probablemente—le contestó ella poniéndole la chaqueta.

—¿Y adónde vamos?

—No lo sé. Creo que pararán en Dijon primeramente.

Ella dirigió la mirada en torno suyo.

—Veamos, que no olvide nada. ¡Ah!, naturalmente, ¿y su taza? ¿La taza azul que tanto le gusta?

Ella la cogió del armario y se inclinó sobre la maleta. Era una taza de porcelana azul con mariposas rojas, muy bonita.

—Voy a ponerla entre las camisas para que no se rompa.

—Démela—dijo Charles.

Ella le miró sorprendida y le dio la taza. El la cogió, se levantó apoyándose en el codo y la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared.

—¡Vándalo!—gritó indignada la señora Louise—. Si usted no la quería, debiera habérmela dado.

—No quería ni darla ni llevármela—dijo Charles.

Ella se encogió de hombros, se dirigió a la puerta y la abrió de par en par.

—Entonces, ¿nos vamos?—preguntó él.

—Pues, sí—respondió ella—. ¿No quiere perder el tren?

—¡Tan pronto!—dijo Charles—. ¡Tan pronto!

Ella se acercó para colocarse detrás de él, empujó la camilla; él extendió la mano para tocar la mesa al pasar, vio un momento la ventana y un trozo de pared por el espejo colgado sobre su cabeza y luego nada, se hallaba en el pasillo detrás de unos cuarenta carritos ordenados en fila india a lo largo de la pared; le pareció que le retorcían el corazón.

El cortejo fúnebre inició la marcha.

—Ya se van—comentó la señora Bonnetain—. No le acompaña mucha gente hasta su última morada.

Avanzaban poco a poco, una parada cada vuelta de las ruedas, la fosa oscura estaba al fondo, ellas empujaban los carritos dos a dos, pero no había más que un ascensor y se perdía mucho tiempo.

—¡Qué largo es esto!—dijo Charles.

—No se irán sin usted—dijo Louise.

El coche fúnebre pasaba debajo de la ventana; la damita enlutada debía de ser de la familia; la portera había cerrado con llave su portería y le seguía junto a una mujer robusta vestida de gris y sombrero de fieltro, la enfermera. El señor Bonnetain estaba en el balcón junto a su esposa.

—El tío Viguier era un "hermano tres puntos"—dijo.

—¿Qué sabes tú?

—¡Vaya!—exclamó él en tono pedante. Y añadió al cabo de un momento—: Me dibujaba con su pulgar triángulos en la palma de la mano cada vez que la estrechaba.

Una ola de cólera subió a las sienes de la señora Bonnetain porque su marido hablaba de un muerto con tanta ligereza. Ella siguió con la mirada la conducción y pensaba: "¡Pobre hombre!", allí descansaba cuan largo era, tumbado, le llevaban los pies delante, hacia la fosa. "¡Pobre hombre!, es triste no tener familia." Se santiguó. Le llevaban hacia la fosa oscura, notaría que el ascensor se desprendía de él.

—¿Quién viene con nosotros?—preguntaron.

—Nadie de esta casa—respondió Louise—. Han designado a las tres enfermeras del chalé normando y, además, a Georgette Fouquet, una morena alta, a la que usted seguramente conoce, que está en la clínica del doctor Robertal.

—¡Ah!, ya veo quién es—dijo Charles mientras ella le empujaba suavemente hacia el foso—. Una morena de bonitas piernas. No parece muy amable.

El la había observado a menudo en la playa, vigilando a una banda de niños raquíticos y distribuyendo pescozones equitativamente; iba con las piernas desnudas y usaba sandalias. Bonitas piernas y algo velludas, y había observado que le gustaría ser atendido por ella. Le bajaban con cuerdas al foso y nadie se inclinaría hacia él, exceptuando aquella buena mujer que ni siquiera tenía aspecto de ser muy cariñosa; es muy triste morir así: Louise le empujó hasta la caja del ascensor en el que ya había un carrito esperando en la oscuridad, contra la pared.

—¿Quién es?—preguntó Charles.

—Petrus—contestó una voz.

—¡Ah, pedazo de penco!—dijo Charles—. Conque de mudanza, ¿eh?

Petrus no respondió, se oyó un pequeño chasquido, y a Charles le pareció que planeaba a unos cuantos centímetros por encima de su carrito, se hundían en el foso, el suelo del tercer piso estaba ya por encima de su cabeza, él abandonaba la vida por debajo, por un desagüe de fregadero.

—Pero ¿dónde está ella?—preguntó con un breve llanto—. ¿Dónde está Jacqueline?

Louise pareció no haberle oído y Charles ahogó su llanto a causa de la presencia de Petrus. Philippe caminaba, ya no podía detenerse; si se detuviera se desmayaría; Gros-Louis caminaba, tenía herido el pie derecho. Un caballero pasó por la calle desierta, un gordito con bigote y sombrero de paja, y Gros-Louis le tendió la mano:

—Dime, ¿sabes leer?

El caballero dio un saltito de costado y apresuró el paso.

—No te vayas—le dijo Gros-Louis—, que no te voy a comer.

El caballero se alejó aún más deprisa y Gros-Louis lo siguió, cojeando, mostrándole la cartilla militar; el caballero acabó poniendo pies en polvorosa lanzando un gritito animal. Gros-Louis se detuvo y se quedó mirando al fugitivo, rascándose la cabeza por debajo del vendaje; el caballero ya era una mancha redonda como una bolita, siguió hasta la esquina de una calle, giró y desapareció.

—¡Qué barbaridad!—exclamó Gros-Louis.

—No hay que llorar—dijo Louise.

Le enjugó las lágrimas con su pañuelo, ya ni notaba que estaba llorando. Se había enternecido; le resultaba muy agradable llorar para sí mismo.

—Me sentía tan feliz aquí...

—Nadie lo hubiera dicho—comentó Louise—. Siempre tenía usted que refunfuñar contra alguien.

Corrió la verja del ascensor; le empujó hasta el vestíbulo. Charles se apoyó en los codos y reconoció a Totor y a la cría Gavalda, esta estaba pálida como una sábana; Totor se había tapado y cerraba los ojos. Individuos con gorras se hacían cargo de los carritos a la salida del ascensor y cuando habían franqueado la puerta de la clínica desaparecían con ellos en el parque. Un hombre se adelantó hacia Charles.

—Bueno, adiós, y buen viaje—dijo Louise—. Envíenos una postal a la llegada. Y no olvide el maletín que contiene los chismes de aseo, que está a sus pies, bajo las mantas.

El individuo se inclinó ya sobre Charles.

—¡Eh!—gritó Charles—. Tenga mucho cuidado, cuando no se tiene costumbre, es fácil ser brutal.

—Está bien—contestó el individuo—. No hay que saber latín para empujar este chisme. En la estación de Dunkerque, diablos, y en la de Lens, vagonetas, y carretas en la de Anzin; no he hecho más que eso en mi vida.

Charles calló; tenía miedo; el mozo que empujaba el carrito de la cría Gavalda tomó la curva sobre dos ruedas y el carrito topó contra la pared.

—¡Espere!—dijo Jacqueline—. ¡Espere! Soy yo quien va a llevarle a la estación.

Bajaba la escalera corriendo, sin aliento.

—¡Charles!—exclamó ella.

Ella le miraba en triste éxtasis, palpitaba violentamente su pecho, hizo como si arreglara las ropas de la cama para poder tocarle; él tenía todavía alguien en el mundo; dondequiera que se hallase lo tendría: aquel corazón diligente y reverencial que continuaría latiendo por él, en Berck, en una clínica vacía.

—¡Cómo me ha abandonado!—le dijo.

—¡Oh, señor Charles, se me ha hecho muy largo el tiempo! Pero me ha sido imposible venir antes, Louise puede decírselo.

Ella rodeó el carrito, triste y entregada, bien firme sobre sus talones, y él temblaba de ira: era una *de pie,* que tenía recuerdos verticales, no duraría mucho tiempo en aquel corazón.

—Vamos, vamos—dijo él secamente—. Démonos prisa, lléveme.

—¡Adelante!—dijo una voz débil.

Maud empujó la puerta y un olor a vomitada le subió a la garganta. Pierre estaba tendido en la litera completamente estirado. Estaba pálido y su cara era solo ojos, pero parecía tranquilo. Ella tuvo un movimiento de retroceso, pero hizo un esfuerzo y penetró en el camarote. Encima de una silla, junto a la cabecera de Pierre, había una cuña llena de un líquido turbio y espumoso.

—No vomito más que flemas—dijo Pierre con voz monótona—. Hace ya buen rato que he arrojado todo lo que tenía en el estómago. Quita la cuña y siéntate.

Maud retiró la cuña reteniendo la respiración y la dejó cerca del lavabo. Se sentó; había dejado abierta la puerta con el fin de que el camarote se ventilara. Hubo un silencio; Pierre la miraba con molesta curiosidad.

—No sabía que estuvieses enfermo—dijo ella—; de haberlo sabido, hubiese venido antes.

Pierre se apoyó en un codo.

—Estoy ahora un poco mejor—dijo—; pero todavía me encuentro muy débil, no ceso de arrojar desde ayer. Quizá fuera mejor que comiera algo a mediodía, ¿qué crees tú? Pensé en pedir que me subieran un ala de pollo.

—¿Y qué sé yo?—preguntó Maud molesta—. Tú eres quien debes decir si tienes o no hambre.

Pierre miraba preocupado la colcha.

—Claro que el peligro está en cargar el estómago, pero no hacerlo puede también cerrarlo y, por otra parte, si vuelvo a tener náuseas, necesito tener algo que vomitar.

Maud le miró sorprendida. Ella pensaba: "¡Cuidado que hace falta tiempo para conocer a un hombre!"

—Bueno, diré al *steward* que te traiga un caldo de verduras y una pechuga de pollo—se rió algo a la fuerza y añadió—: Si piensas en comer es porque no estás muy enfermo.

Un silencio. Pierre había levantado los ojos y la observó con una mezcla desconcertante de atención y de indiferencia.

—¡Cuéntame! ¿Estáis ahora en segunda?

—¿Quién te lo ha dicho?—preguntó Maud descontenta.

—Ruby. He tropezado ayer con ella en los pasillos.

—Pues, sí—dijo Maud—. Efectivamente, estamos en segunda.

—¿Cómo os las habéis arreglado?

—Hemos propuesto dar un concierto.

—¡Ah!—exclamó Pierre.

No cesaba de mirarla. Estiró los brazos en la sábana y dijo con blandura:

—Y, además, te has acostado con el capitán.

—¿Qué es lo que me estás contando?—preguntó Maud.

—Te he visto salir de su camarote—contestó Pierre—. No cabe confusión.

Maud se hallaba molesta. Por un lado, ella no tenía que rendirle cuentas; pero, por otro, hubiera sido más correcto prevenirle. Ella bajó los ojos y tosió; se veía culpable, y ello la hacía ser más cariñosa con Pierre.

—¡Compréndeme!—le dijo—. Si me hubiese negado, France hubiese sido incapaz de comprenderlo.

—Pero ¿qué tiene que ver France en este asunto?—preguntó apaciblemente Pierre.

Ella alzó bruscamente la cabeza; él sonreía, había conservado su actitud de curiosidad abúlica. Ella se sintió ultrajada, hubiera preferido que él se enfadase.

—Si quieres saber—dijo ella bruscamente—, cuando estoy en un barco me acuesto con el capitán para que la orquesta Baby's pueda hacer la travesía en segunda. Eso es todo.

Ella esperó un momento que él protestase, pero él no dijo ni una palabra. Se le acercó y gritó:

—Pero ¡no soy una furcia!

—¿Quién ha dicho que lo seas? Haces lo que quieres... o lo que puedes. Yo no lo veo mal.

A él le parecía que le estaba dando un latigazo en pleno rostro. Ella se levantó bruscamente y le preguntó:

—¿No encuentras eso mal? ¿Conque no lo encuentras mal?

—En absoluto.

—Pues estás equivocado—replicó ella agitada—. Estás cometiendo una gran torpeza.

—¿Por lo visto está mal?—preguntó Pierre divertido.

—Está bien, no trates de enredar las cosas. No, no está mal, ¿por qué había de estar mal? ¿Quién me prohíbe que lo haga? Naturalmente, no los individuos que me asedian, ni mis compañeras que me explotan, ni mi madre que no gana nada y que recibe mi dinero. Pero tú debías encontrarlo mal porque por algo eres mi amante.

Pierre había cruzado los brazos encima de la colcha; tenía el aspecto huidizo de un enfermo.

—No hables alto—dijo con suavidad—, me duele la cabeza.

Ella se dominó y le miró fríamente mientras le decía a media voz:

—No temas, no gritaré más. Pero prefiero decirte que hemos terminado nosotros dos. Porque comprenderás que bastante tengo con dejarme sobar por ese viejo lleno de sopa, y si me hubieses abroncado o si me hubieses compadecido, yo hubiese creído que te importaba algo, lo que me hubiera dado valor. Pero si puedo acostarme con quien quiera sin que a nadie le dé frío ni calor, ni siquiera a ti, en ese caso será porque no soy más que un perro sarnoso, una puta. Pues bien, amigo, las putas van detrás de las carteras y no tienen necesidad de cargar con tipos de tu estilo.

Pierre no dijo nada: había cerrado los ojos. Ella dio un puntapié a su silla y salió dando un portazo.

El, apoyado en un codo, se deslizaba entre chalés, clínicas, pensiones...; todo era vacío, las ciento veintitrés ventanas del hotel Brun estaban abiertas; en el vestíbulo del chalé *Mon desir,* en el jardín de la villa Oasis, los enfermos esperaban acostados en sus féretros, cabeza en alto; miraban silenciosos el desfile de los carritos; todos aquellos carritos se dirigían a la estación. Nadie hablaba; no se oían más que los gemidos de muelles y ruedas golpeando al pasar de las aceras a la calzada. Jacqueline andaba deprisa; dejaron atrás a una vieja rubicunda empujada por un viejecito que lloraba, adelantaron a Zozo que iba a la estación conducido por su madre, la coja encargada de los retretes.

—¡Eh!..., ¡eh!...—gritaba Charles.

Zozo se sobresaltó, se levantó un poco y miró a Charles con sus ojos claros y vacíos.

"Poca es nuestra suerte", se dijo suspirando.

Charles se dejó caer sobre la espalda. Notaba, a izquierda y derecha, aquellas presencias horizontales, diez mil pequeños entierros. Abrió los ojos y vio un trozo de cielo y centenares de personas asomadas a las ventanas de la Grande-Rue que agitaban sus pañuelos. ¡Cochinos! ¡Marranos!, ¡que no es el 14 de julio! Una banda de gavio-

las revoloteaba gritando por encima de su cabeza y Jacqueline se sonó las narices detrás de él. Ella lloraba bajo su velo de crespón, la enfermera seguía con sus ojos fijos la única corona que se balanceaba en la parte trasera del coche fúnebre, pero ella le oía llorar, no debía de lamentarlo mucho, hacía más de diez años que no le había visto, pero siempre se conserva en cualquier rincón de su ser una tristeza vergonzosa e insaciable que modestamente espera un entierro, una primera comunión, una boda, para obtener al fin las lágrimas que no se ha atrevido a reclamar; la enfermera pensó en su madre paralítica, en la guerra, en su sobrino que iba a partir, y en la dura, durísima profesión de enfermera, y también ella se echó a llorar, estaba contenta, la mujercita lloraba empujando el carrito, detrás de ellas la portera empezaba a resoplar, pobre viejecito, qué pocos le acompañan, por lo menos que se muestren tristes. Jacqueline lloraba empujando el carrito. Philippe caminaba, me voy a desmayar, Gros-Louis caminaba, la guerra, la enfermedad, la muerte, la partida, la miseria; era domingo, Maurice cantaba en la ventana de su departamento, Marcelle entraba en la pastelería para comprar una tarta.

—No está usted muy comunicativo—dijo Jacqueline—. Yo creía que le causaría pena tener que dejarme.

Habían llegado a la avenida de la estación.

—¿No cree usted que ya tengo bastante?—dijo Charles—. Me empaquetan, me llevan no sé dónde sin pedir mi opinión y, por si fuera poco, usted pretende que la eche de menos...

—No tiene usted corazón.

—¡Ya está bien!—exclamó él con dureza—. Yo querría que estuviese usted en mi lugar. Ya veríamos cómo reaccionaría.

Ella no respondió y él vio un techo oscuro sobre su cabeza.

—¡Ya hemos llegado!—dijo Jacqueline.

¿A quién había que pedir socorro? ¿A quién habrá que suplicar que no me lleven de aquí? Haré todo lo que me

manden, pero que me dejen aquí, que ella me cuide, me paseará ella y, por la noche, será ella la que me acaricie...

—¡Ah!—dijo—; presiento que la voy a entregar durante el viaje.

—¿Está loco?—gritó Jacqueline enloquecida—. Está usted completamente loco, ¿cómo puede decir cosas semejantes?

Dio ella vueltas alrededor del carrito y se le acercó inclinada, él notó su cálido aliento.

—¡Bueno, bueno!—gritó él riéndose en sus narices—. Nada de expansiones. No será usted quien tenga las molestias si yo me muero. Eso le tocará, usted ya lo sabe, a la guapa morena, a la enfermera del doctor Robertal.

Jacqueline se irguió bruscamente y dijo:

—Es un animal. Nunca podrá imaginarse todo lo que ella le ha dicho a Lucienne. Ya verá lo que le espera con ella—dijo apretando los dientes—; y de nada la servirá que le dirija miradas cariñosas; es menos boba que yo.

Charles se irguió y miró con inquietud en torno suyo. Había más de doscientos carritos alineados en la sala. Los mozos los empujaban hacia los andenes, los unos tras los otros.

—No quiero irme—murmuró él entre dientes.

Jacqueline se le quedó mirando repentinamente y le dijo:

—¡Adiós! ¡Adiós, mi querida, mi queridísima muñequita!

Quiso él contestar, pero el carrito había emprendido la marcha. Un escalofrío le recorrió de los pies a la nuca; echó la cabeza hacia atrás y vio una cara encendida inclinada sobre la suya.

—Escríbame—le gritó Jacqueline—. Escríbame.

Ya se hallaba en el andén, en medio del laberinto de silbidos y de gritos de despedida.

—¿No será ese nuestro tren?—preguntó él angustiado.

—¿Que no? ¿Qué querrá entonces? ¿El Oriente-Express?—preguntó irónico el empleado.

—Pero ¡si son vagones de mercancías!

El empleado escupió entre sus pies.

—No cabrían en un tren de viajeros—explicó—. Habría necesidad de quitar los asientos, ya se dará cuenta del trastorno.

Los mozos cogían los carritos por sus dos extremidades, los desprendían de sus plataformas y los llevaban a los vagones. En estos había empleados con sus gorras, se encorvaban y los llevaban a las tinieblas. El guapo Samuel, el donjuán de Berck, que tenía dieciocho trajes, pasó muy cerca de Charles en brazos de dos mozos y desapareció en el furgón, piernas al aire.

—No dejará de haber trenes sanitarios—exclamó indignado Charles.

—Ya lo creo. ¡Como si en vísperas de guerra fueran a enviar trenes sanitarios a Berck para recoger a los pacientes!

Charles quiso replicar, pero su camilla dio una brusca vuelta y fue transportado cabeza abajo.

—¡Llévenme derecho!—gritó—. ¡Llévenme derecho!

Los mozos se echaron a reír; el agujero se acercó, aumentó su tamaño, soltaron la cuerda y el féretro cayó en la tierra húmeda con un ruido blando. Inclinadas al borde de la fosa, la enfermera y la portera sollozaban a rienda suelta.

—Ya lo ves—dijo Boris—, ya lo ves: todos iguales.

Estaban sentados en el vestíbulo del hotel, cerca de un señor condecorado que leía el periódico. El portero bajaba dos maletas de piel de puerco y las dejó cerca de la entrada, junto a otras.

—Cinco salidas esta mañana—dijo con voz monótona.

—Echa un vistazo a esas maletas—dijo Boris—. Son de piel de puerco: esta gente no las merece.

—¿Por qué, guapo mío?

—Deberían estar llenas de etiquetas.

—Y entonces no se vería la piel de puerco—dijo Lola.

—Precisamente por eso; el lujo verdadero debe ocultarse, y, además, servirían de funda. Si yo tuviese una como esa, no estaría aquí.

—¿Dónde estarías?

—En cualquier parte: en México o en China—y añadió—: Contigo.

Una dama alta con sombrero negro cruzó el *hall* muy agitada y gritando:

—¡Mariette! ¡Mariette!

—Es la señora Delarive—dijo Lola—. Se marcha esta tarde.

—Nos vamos a quedar solos en el hotel—dijo Boris—. Será divertido cambiar de habitación todas las noches.

—Ayer, en el casino—dijo Lola—, no tuve más que diez oyentes. Por eso ya no me esfuerzo. He solicitado que los agrupen a todos en las mesas centrales y les cantaré a los oídos.

Boris se levantó para vigilar los equipajes. Los palpó discretamente y volvió a reunirse con Lola.

—¿Por qué se van?—preguntó al sentarse—. Aquí estarían tan bien. Se puede dar el caso de que su casa sea bombardeada al día siguiente de su regreso.

—Pues sí—aprobó Lola—; pero estarán en su casa. ¿Tú no llegas a valorar eso?

—No.

—Así pasa—insistió Lola—. A partir de cierta edad, se esperan las pegas en su propia casa.

Boris se echó a reír y Lola se levantó inquieta; no podía evitar la creencia de que se burlaba de ella cuando él se reía.

—¿Por qué te ríes?

—Porque te encuentro muy valiente. Te dedicas a explicarme las impresiones de las personas de determinada edad. Pero tú, mi pobre Lola, no puedes saber nada de eso ya que nunca has tenido casa.

—Es cierto—contestó entristecida.

Boris la cogió la mano y en su palma estampó un beso. Lola se puso colorada.

—¡Qué cariñoso eres conmigo! Como te lo digo: no eres el mismo.

—¡Te puedes quejar!

Lola le oprimió fuertemente la mano:

—No me quejo. Pero me gustaría saber por qué eres tan cariñoso.

—Porque voy para viejo—se limitó él a decir.

Ella, que había aflojado la presión de su mano, le sonreía recostada cómodamente en la butaca. A él le encantaba verla tan feliz; quería dejarla un grato recuerdo. La acarició la mano pensando: "Un año; no me queda más que un año para vivir juntos." Se sentía enternecido porque la unión de los dos poseía ya el encanto del pasado. Antes la trataba con dureza porque tenían un convenio por tiempo ilimitado, cosa que a él molestaba, le gustaban los compromisos a fecha fija. Un año: él la proporcionaría toda la dicha que ella merecía, repararía todas sus faltas y luego la abandonaría, pero no suciamente, por cambiarla por otra o por estar harto de ella; la separación llegaría por sí misma, por la fuerza de las cosas, porque tendría la edad de ir al frente. La miró por el rabillo del ojo: ella parecía joven, su magnífico pecho se hinchaba de placer y él penso melancólicamente: "Habré sido el hombre de una sola mujer." Movilizado en el 40, muerto en el 41, no, en el 42, pues tenía necesidad de hacer sus cursos, lo que representaba una sola mujer en veintidós años. Tres meses antes, soñaba aún en acostarse con mujeres de la alta sociedad, porque era un chiquillo, pensó sin indulgencia. Moriría sin haber conocido duquesas, pero no lo lamentaba. En realidad podría en los meses venideros seleccionar conquistas, pero no le llamaba mucho la atención: "Me dispersaría." Cuando a uno no le quedan más que dos años de vida es mejor saber concentrarse seriamente. Jules Renard había dicho a su hijo: "No estudies más que a una sola mujer, pero estúdiala a conciencia y así podrás conocer a *la* mujer." Era necesario estudiar a Lola con aplicación, en el restaurante, en la calle, en la cama. Paseó el dedo por la muñeca de Lola y pensó: "Todavía no la conozco del todo." Existían en su cuerpo rincones que él ignoraba, y no siempre sabía lo que había dentro de aquella cabecita. Pero tenía un

año por delante. Se iba a poner sin pérdida de tiempo a la labor. Se volvió hacia ella y la examinó muy detenidamente.

—¿Por qué me miras así?—le preguntó Lola.

—Te estoy estudiando—contestó Boris.

—No me gusta que me mires demasiado, siempre temo que me encuentres vieja.

Boris sonrió, pero ella seguía desconfiando, no podía acostumbrarse a su felicidad.

—No te preocupes—dijo él.

Una viuda les saludó fríamente y se dejó caer en una butaca al lado del caballero condecorado.

—Querida señora—dijo el caballero—, vamos a tener un discurso de Hitler.

—¡Oh!... ¿Cuándo?—preguntó la viuda.

—Hablará mañana por la noche en el Sportpalast.

—¡Brrr...!—dijo ella con un escalofrío—. Entonces me iré a la cama y meteré la cabeza debajo de las sábanas para no oírlo. Me imagino que no tendrá nada agradable que decirnos.

—Eso me temo—dijo el caballero.

Después de un silencio prosiguió:

—Nuestro gran error, verá usted, lo hemos cometido en el treinta y seis, cuando la remilitarización de la zona renana. Hubiese sido necesario enviar allá diez divisiones. Si hubiéramos enseñado los dientes, los oficiales alemanes tenían en el bolsillo orden de replegarse. Pero Sarraut esperaba la decisión del frente popular y el frente popular prefirió entregar las armas a los comunistas españoles.

—Inglaterra no nos hubiese seguido—observó la viuda.

—¡Que no nos hubiese seguido! No nos hubiese seguido—argumentó impacientado el caballero—. Pues bien, señora, yo me voy a permitir formular una pregunta. ¿Sabe usted lo que hubiese hecho Hitler si Sarraut hubiera movilizado?

—No lo sé—contestó la viuda.

—Se hubiese suicidado, señora. Lo sé de fuente autori-

nada: hace veinte años que conozco a un oficial del Servicio de Información.

La viuda movió la cabeza tristemente y exclamó:

—¡Cuánta ocasión perdida!

—¿Y quién tiene la culpa, señora?

—¡Cualquiera sabe!

—Pues sí, pues sí—afirmó el caballero—. Eso trae consigo el voto rojo. El francés es incorregible: la guerra llama a su puerta y él reclama vacaciones pagadas.

La viuda alzó la nariz; su aspecto era anhelante de veras.

—Entonces, ¿usted cree que es la guerra?

—¡La guerra!—repitió confuso el caballero—. No corramos tanto. No; Daladier no es un crío; seguramente hará las necesarias concesiones. Pero vamos a tener que sufrir muchísimo.

—¡Marranos!—dijo Lola entre dientes.

Boris la sonrió con simpatía. Para ella la cuestión de Checoslovaquia era de una sencillez absoluta: un país pequeño era atacado y Francia debía defenderlo. Era algo boba en política, pero generosa.

—Ven a desayunar—le dijo ella—. Esta gente me ataca los nervios.

Se levantó. El contempló sus estupendas caderas, y pensó en *la mujer* que iba a gozar aquella noche. Notó que un violento deseo le invadía.

Detrás de él, la estación. Y Gómez, en el tren, con los pies en el asiento de enfrente, había acortado las despedidas. "No me gustan los besuqueos en el andén." Ella bajó por la monumental escalera, el tren todavía estaba en el andén, Gómez fumaba mientras leía, con los pies en el asiento, tenía magníficos zapatos nuevos de tafilete. Ella se fijó en los zapatos que posaban en el paño gris del asiento; viajaba en primera: la guerra produce. "Le odio", se dijo ella. Estaba seca y vacía. Contempló un momento más el mar resplandeciente, el puerto y los barcos, y después nada: hoteles oscuros, tejados y tranvías.

—Pablo, no bajes tan deprisa, ¡te vas a caer!

El pequeño esperó en el peldaño, con un pie en el aire. "Va a ver a Mathieu. Podía haber estado aún un día conmigo, pero ha preferido a Mathieu." Las manos le abrasaban. "Mientras permanecía allí era un suplicio y ahora que se ha ido, ya no sé adónde ir."

Pablito la miró muy serio.

—¿Se ha marchado papá?—preguntó.

Había un reloj frente a ellos que marcaba la una y treinta y cinco. El tren había salido hacía siete minutos.

—Sí—contestó Sarah—. Ya se ha ido.

—¿Va a luchar?—preguntó Pablo con ojos saltones.

—No—respondió Sarah—; va a ver a un amigo.

—De acuerdo; pero después, ¿va al frente?

—Después irá a obligar a luchar a los demás.

Pablo se había detenido en el último peldaño; hizo una flexión de rodilla y saltó a pies juntillas sobre la arena, luego se volvió y miró a su madre orgulloso y sonriente. "¡Comediante!", pensó ella y se volvió sin mirarle, echando una ojeada a la escalera monumental. Los trenes rodaban, se detenían, reanudan la marcha sobre su cabeza. El tren de Gómez marchaba hacia el Este, entre laderas calcáreas o tal vez entre construcciones. La estación estaba desierta, encima de su cabeza, una gran cristalera gris, llena de sol y de humo, olor a vino y a azufre, los raíles brillantes. Ella bajó la cabeza, no le agradaba pensar en aquella estación abandonada allá arriba en el calor blanco de la tarde. Se había ido en abril del 33, por el mismo tren, vestía un traje gris de *sport*. Mistress Simpson le esperaba en Cannes, habían pasado quince días en San Remo. "Yo lo prefería", se dijo ella. Una manita rozó su mano. Ella la abrió y la cerró estrechando la muñeca de Pablo. Bajó los ojos y le miró. Llevaba este una blusa de cuello marinero y sombrero de tela.

—¿Por qué me miras de ese modo?—preguntó Pablo.

Sarah volvió la cabeza y miró la calzada. Estaba asustada por sentirse tan dura, pues pensaba que era solo un niño. ¡No es más que un niño! Le miró otra vez tratando de sonreírle, pero no pudo lograrlo, tenía apretadas las

encías, su boca era de madera. Los labios del pequeño empezaron a temblar y ella comprendió que se iba a echar a llorar. Tiró de él bruscamente y emprendió el camino a pasos largos. El pequeño, sorprendido, olvidó sus lágrimas y la siguió a pasitos.

—Mamá, ¿adónde vamos?

—No lo sé—respondió Sarah.

Torció por la primera calle a la derecha. Una calle desierta; todas las tiendas estaban cerradas. Ella apretó aún más el paso y torció por otra calle a la izquierda, formada por casas altas, oscuras y sucias. Seguía la soledad.

—¡Me haces correr!—dijo Pablo.

Sarah, sin decir nada, apretó la mano y tiró de él. Entraron en una amplia calle recta, una calle con tranvía. No se veían ni autos ni tranvías, nada más que cierres de hierro echados y los raíles que llegaban hasta el puerto. Pensó ella que era domingo y se oprimió su corazón. Tiró violentamente de la muñeca de Pablo.

—¡Mamá, pero mamá!—gimió este.

Tuvo que correr para poder seguirla. No lloraba, estaba pálido, con negras ojeras; elevó hasta ella una mirada extrañada y desafiante. Sarah se paró en seco; las lágrimas mojaron sus mejillas.

—¡Pobre angelito!—murmuró—. ¡Pobre inocente!

Ella se acurrucó frente a él: ¿qué importaba lo que más tarde fuese de él? De momento allí estaba, inofensivo y feo con una sombra minúscula a sus pies; después de todo él no había pedido que le trajeran al mundo.

—¿Por qué lloras?—preguntó Pablo—. ¿Porque papá se ha ido?

Las lágrimas de Sarah se secaron al momento y le entraron ganas de reír. Pero Pablo la miraba preocupado. Ella se levantó y dijo volviendo la cabeza:

—Sí, naturalmente; porque papá se ha ido.

—¿Vamos a volver a casa pronto?—preguntó.

—¿Estás cansado? Todavía estamos muy lejos de casa. Ven—dijo ella—, ven. Andaremos despacito.

Dieron algunos pasos y Pablo se detuvo, y señalando con el dedo, dijo en éxtasis casi doloroso:

—¡Oh!... ¡Mira!

Era un cartel pegado a la puerta de un cinema completamente azul. Se acercaron. Del vestíbulo, oscuro y fresco, salía olor a formol. En el cartel, unos *cow boys* perseguían a un jinete enmascarado que disparaba tiros de revólver. El miraba sin aliento; dentro de un momento, él se pondría el casco, cogería su fusil y corretearía por la habitación imitando al bandido enmascarado. Ella no tuvo valor para llevárselo, volvió sencillamente la cabeza. La taquillera se abanicaba en su jaula de cristal. Era una mujer gruesa y morena, de rostro pálido, con ojos de fuego. Encima de la taquilla, detrás del cristal, había un florero con flores; clavado con chinchetas había un retrato de Robert Taylor. Un señor de mediana edad salió de la sala y se acercó a la taquilla.

—¿Cuánto?—preguntó a través de la ventanilla.

—Cincuenta y tres entradas—contestó la taquillera.

—Eso he contado yo. Y ayer, sesenta y siete. ¡Una magnífica película con persecuciones!

—La gente se queda en casa—dijo la taquillera encogiéndose de hombros.

Un hombre se acercó a Pablo, miraba el cartel soplando, pero no parecía verlo. Era un individuo alto y blanquecino, vestido con un traje hecho jirones, con un vendaje sanguinolento rodeándole la cabeza, con barro seco en carrillos y manos. Debía de venir de lejos. Sarah cogió a Pablo diciéndole:

—¡Ven!

Ella hacía esfuerzos para caminar despacio, por causa del pequeño, pero tenía ganas de correr, creía que alguien detrás la miraba. Delante, las calles relucían, el asfalto se derretía lentamente bajo el sol, el aire temblaba un poco en torno del farol, ya no era el mismo domingo. "La gente se queda en sus casas." No hacía más que un momento ella adivinaba todavía por encima de las manzanas de casas, los bulevares alegres y concurridísi-

mos que olían a polvos de arroz y a tabaco rubio; caminaba por una tranquila calle de cercanías, una multitud invisible y próxima la acompañaba. Había sido suficiente una sola palabra para que los bulevares quedasen vacíos. Ahora ellos desfilaban hacia el puerto, blancos, desiertos, el aire temblaba entre muros ciegos.

—Mamá—dijo Pablo—, el hombre nos sigue.

—No—contestó Sarah—; se pasea como nosotros.

Giró ella a su derecha y era la misma calle, interminable y fija; no había más que una calle que erraba a través de Marsella. Y Sarah se hallaba en esa calle, fuera de casa, con un niño; y todos los marselleses estaban encerrados. Cincuenta y tres entradas. Ella pensaba en Gómez, en la risa de Gómez: naturalmente todos los franceses son unos cobardes. ¿Y por qué se quedan en sus casas?, es natural, tienen miedo a la guerra y tienen mucha razón. Pero ella no se hallaba a gusto. Se dio cuenta de que había apresurado el paso y quiso andar más despacio por Pablo, pero el chiquillo tiró de ella hacia adelante.

—Deprisa, deprisa—dijo con voz apagada—. ¡Oh, mamá!

—¿Qué te ocurre?—preguntó ella seriamente.

—Es que sigue estando ahí.

Sarah se volvió disimuladamente y vio al harapiento, era seguro que los seguía. Su corazón empezó a latir.

—¡Corramos!—dijo Pablo.

Ella pensó en el vendaje sanguinolento y dio media vuelta rápidamente. El tipo se detuvo en seco y les vio cómo venían con sus turbios ojos. Sarah tenía miedo. El pequeño se agarró a ella con las dos manos y la tiraba hacia atrás con todas sus fuerzas. "La gente se queda en sus casas." Por mucho que ella llamara, que pidiese socorro, nadie acudiría.

—¿Necesita algo?—preguntó al individuo mirándole fijamente a los ojos.

Él dibujó una lamentable sonrisa y el miedo de Sarah se evaporó.

—¿Sabe usted leer?—preguntó él tendiéndole una cartilla vieja y rota.

La cogió ella, era una cartilla militar. Pablo la rodeaba las piernas con sus brazos, notaba ella su cuerpecito caliente.

—Bueno, ¿y qué?—preguntó.

—Quiero saber lo que dicen esas letras—dijo el individuo apuntando con el dedo una de las hojas.

Tenía aspecto de bueno, pese a su ojo amoratado a medio cerrar. Sarah le miró un momento y luego leyó la hoja.

—¡Qué desgracia!—murmuró avergonzado el tipo—. ¡Qué desgracia no saber leer!

—Pues, mire—le explicó Sarah—: tiene usted una hoja blanca. Es necesario que vaya usted a Montpellier

Le quiso devolver la cartilla, pero él no la cogió seguidamente. Preguntó:

—¿Es verdad que va a estallar la guerra?

—No lo sé—contestó Sarah.

Ella pensó: "Va a tener que partir." Luego recordó a Gómez y preguntó:

—¿Quién le ha puesto ese vendaje?

—Pues yo mismo—respondió el individuo.

Sarah, buscando en su bolso, encontró algunos imperdibles y dos pañuelos limpios.

—Siéntese en el borde de la acera—ordenó autoritaria ella. Y el pobre hombre lo hizo con bastante dificultad.

—Tengo las piernas muy torpes—dijo a manera de disculpa.

Sarah rasgó los pañuelos. Gómez leía *L'Humanité* en un vagón de primera con los pies en el asiento de enfrente. Se encontraría con Mathieu y después iría a Toulouse a tomar el avión para Barcelona. Ella deshizo la venda sanguinolenta y la retiró poco a poco. El tipo se quejó algo. Tenía una costra negra y húmeda que cubría la mitad de su cráneo. Sarah entregó un pañuelo a Pablo.

—Vete a buscar agua a la fuente.

El pequeño corrió contento porque se alejaba. El individuo elevó los ojos hacia Sarah y dijo:

—No tengo ninguna gana de pelear.

Sarah le puso suavemente la mano encima del hombro. Hubiese querido pedirle perdón.

—Soy pastor—dijo él.

—¿Qué hace usted en Marsella?

Él sacudió la cabeza y repitió:

—No tengo ganas de pelear.

Pablo había vuelto. Sarah lavó como pudo la herida y le colocó la venda con destreza.

—Levántese—ordenó.

Él se levantó. La miró con sus ojos blandos.

—¿De modo que tengo que ir a Montpellier?

Metió ella la mano en su bolso y sacó dos billetes de cien francos.

—Para su viaje—dijo Sarah.

Él no los cogió de pronto. La miraba ensimismado.

—Cójalos—dijo Sarah con voz baja y rápida—. Cójalos y no pelee si puede usted evitarlo.

Él cogió los billetes. Sarah le estrechó calurosamente la mano.

—No pelee—repitió ella—. Haga lo que le parezca, vuelva a su casa, escóndase; todo vale más que ir a la guerra.

Él la miraba sin comprender. Ella cogió de la mano a Pablo, dio media vuelta y reanudaron su camino. Al cabo de un momento ella se volvió; él miraba el vendaje y el pañuelo mojado que Sarah había arrojado a la calle. Acabó agachándose, los recogió y se los metió en el bolsillo.

Gotas de sudor rodaban por su frente hasta las sienes, resbalaban por sus mejillas, por orejas y nariz, al principio creyó que eran bichos, se había abofeteado y su mano aplastó solo lágrimas calientes.

—¡Santo Dios!—exclamó su vecino de la izquierda—. ¡Cuidado que hace calor!

Reconoció la voz, era Blanchard, un pedazo de animal.

—Lo hacen adrede—dijo Charles—; dejan los vagones al sol horas enteras.

Después de un silencio, Blanchard preguntó:

—¿Eres tú, Charles?

—Yo soy—respondió este.

Lamentó haber hablado. A Blanchard le encantaba gastar bromas, bañaba a la gente con pistolas de agua, o bien hacía como si se cayera encima de ellos y enganchaba en la ropa de sus camas una araña de cartón.

—¡Cómo nos encontramos!—dijo Blanchard.

—Sí...

—El mundo es pequeño.

Charles recibió un chorro de agua en pleno rostro. Se secó y escupió. Blanchard se tronchaba de risa.

—¡Pedazo de cabestro!—gritó Charles.

Sacó su pañuelo, se secó el cuello, haciendo esfuerzos para reírse.

—Ha sido tu pistola de agua.

—Exacto—dijo riéndose Blanchard—. No he fallado, ¿eh? ¡En plena jeta! Pero no te preocupes, tengo los bolsillos llenos de trucos; nos vamos a tronchar durante el viaje.

—¡Qué bestia!—dijo Charles riéndose a gusto—. ¡Qué animal de chiquillo!

Blanchard le daba miedo: como nuestros carritos están juntos, si quiere pellizcarme o echar polvos de pica-pica en las sábanas, no tiene más que estirar la mano. "No tengo suerte—pensó—; tendré que estar alerta durante todo el viaje." Suspiró y se dio cuenta de que miraba al techo, una gran pared oscura llena de remaches. Había vuelto su espejo hacia atrás, el cristal está negro como cristal ahumado. Charles se incorporó ligeramente apoyándose en el codo y echó un vistazo en torno suyo. Habían dejado la puerta de los pasillos abierta de par en par; una luz pálida invadía el vagón, flotando encima de los cuerpos extendidos, rozando las mantas, palideciendo los rostros. Pero la zona alumbrada estaba estrictamente limitada por el marco de la puerta, a derecha e izquierda era la oscuridad casi completa. Los afortunados han debido de dar propina a los mozos, por lo que gozan de la mejor atmósfera, de toda la luz, de cuando en cuando, alzándose un poco sobre el codo verán desfilar un árbol verde. El se desplomó agotado; tenía la camisa empapada. ¡Si

pudieran arrancar de una vez! Pero el tren no se movía, abandonado, tomando bien el sol. Un olor raro—paja podrida y perfume de Houbigant—salía del suelo. El estiró el cuello para librarse de la pestilencia que le daba náuseas, pero el sudor le inundó y la ola de mal olor cambió junto a su nariz. Afuera, raíles y sol, vagones vacíos en vías, y arbustos cubiertos de polvo: el desierto. Más a lo lejos era domingo. Un domingo de Berck: niños jugando en la playa, familias que tomaban café en los bares. "Era curioso—pensó él—. ¡Qué curioso!" Una voz gritó al otro extremo del vagón:

—¡Denis! ¡Eh, Denis!

Nadie respondió.

—Maurice, ¿estás ahí?

Hubo un silencio; luego la voz concretó:

—¡Qué marranos!

Se había roto el silencio. Alguien gimió cerca de Charles:

—¡Qué calor hace!

Otra voz respondió débil y entrecortada, una voz de enfermo:

—Pronto estaremos mejor, cuando el tren se ponga en marcha.

Se hablaban a ciegas, sin conocerse, y alguien dijo con una sonrisita:

—Así viajan los soldados.

Y volvió el silencio. Calor, silencio, angustia. Charles descubrió de pronto dos bellas pantorrillas envueltas en medias de hilo blanco, su mirada ascendió a lo largo de una bata blanca: era la enfermera guapa que acababa de subir al vagón. Sostenía el maletín en una mano y una silla plegable con la otra; paseó su mirada irritada en torno suyo.

—Es una locura—exclamó—, una pura locura.

—¿El qué?—preguntó una voz que venía de afuera.

—A poco que lo hubiera pensado, tal vez hubiese comprendido que no debían mezclarse mujeres y hombres.

—Los hemos colocado tal y como nos los han traído.

—¿Y como quiere usted que yo los cure todos juntos?
—Tenía que haber estado aquí cuando los han traído.
—No puedo estar al mismo tiempo en todas partes. Me tuve que dedicar a registrar los equipajes.
—¡Qué revoltijo!—dijo el individuo.
—¡Y que lo diga usted!
Después de un silencio, ella prosiguió:
—Me va usted a hacer el favor de llamar a sus camaradas; llevaremos a los hombres a los vagones de cola.
—Ya puede usted esperar. ¿Será usted quien pague el trabajo suplementario?
—Presentaré una denuncia—dijo secamente la enfermera.
—Está bien—dijo él—. Preséntela, bonita. En cuanto a mí, le diré que se vaya a la m..., ¿me comprende?
La enfermera se encogió de hombros y dio media vuelta; anduvo con precaución entre los cuerpos y fue a sentarse en su plegable no lejos de Charles, al borde del rectángulo de luz.
—¡Hombre, Charles!—exclamó Blanchard.
—¿Qué pasa?—preguntó Charles sufriendo un escalofrío.
—Aquí las hembras.
Charles no contestó.
—¿Y cómo voy yo a arreglármelas—preguntó Blanchard en voz alta—si me dan ganas de cagar?
Charles enrojeció de furia y de vergüenza, pero pensó en los polvos de pica-pica y lanzó una cómplice sonrisita.
Se produjo un movimiento a flor de suelo, seguramente tipos que torcían el cuello para ver si tenían vecinas, pero en el conjunto del vagón se notaba cierto malestar. Se oían cuchicheos que pronto se extinguían. "¿Cómo voy yo a arreglármelas si me entran ganas de cagar?" Charles notaba sucio su cuerpo, un paquete de zurullos húmedos y pegajosos: ¡qué vergüenza si se veía precisado a pedir la cuña delante de las chicas! Apretóse todo cuanto pudo y pensó: "Me aguantaré hasta que pueda." Blanchard respiraba ruidosamente, su nariz producía una musiquilla

inocente. "Dios mío, ¡si pudiese conciliar el sueño!" Tuvo Charles un soplo de esperanza, sacó del bolsillo un pitillo y frotó una cerilla.

—¿Qué hace?—preguntó la enfermera.

Ella había colocado un jersey encima de sus rodillas. Charles veía su cara enfurruñada muy lejos y muy alto por encima de él, en la sombra azul.

—He encendido un cigarrillo—contestó él con voz que le pareció extraña e indiscreta.

—¡Oh, no! ; aquí no se fuma.

Charles sopló la cerilla y palpó en torno suyo con las yemas de los dedos. Entre dos sábanas encontró una tira húmeda y rugosa que rozó con la uña antes de depositar el trocito de madera medio carbonizado, seguidamente aquel contacto le horrorizó y llevó la mano hasta el pecho: "Estoy a flor del suelo", pensó. A flor de suelo. En el suelo. Por encima de las mesas y de las sillas, detrás de los talones de las enfermeras y de los mozos, aplastado, medio confundido con el barro y la paja, todos los bichos que corran por las ranuras del entarimado podían pasearse por su vientre. Agitó las piernas y frotó los talones en el carrito. Todo silenciosamente, para no despertar a Blanchard. El sudor le brillaba en el pecho; se tapó las rodillas con la sábana. Aquellos hormigueos inquietos en muslos y piernas, aquellos sobresaltos violentos y ambiguos en todo el cuerpo, le habían atormentado sin tregua en los primeros días de su estancia en Berck. Pasado un tiempo, se habían tranquilizado: olvidó sus piernas, encontró natural que le empujaran, que le movieran, que le llevaran, se había convertido en un objeto. "Que todo eso no vuelva a empezar, Dios mío", pensó angustiado. Alargó las piernas y cerró los ojos. Necesitaba meditar: no soy más que una piedra, solo una piedra. Sus manos crispadas se abrieron, sintió que su cuerpo se petrificaba lentamente bajo las ropas. Una piedra más entre las piedras.

Se levantó sobresaltado, abiertos los ojos, rígido el cuello: había sufrido una sacudida y después rozamientos, mareos consecutivos y monótonos, apaciguamientos como

rocío: el tren arrancó por fin. Pasa sobre algo, había junto a la vía objetos sólidos y pesados que resbalaban al lado de los vagones, sombras indefinidas, primero lentamente, después más veloces, corrían por la luminosa alfombra frente a la puerta abierta; hubiérase dicho una pantalla cinematográfica. La luz encima de la cristalera palideció un poco, se hizo grisácea, y, de repente, se convirtió en resplandor: "Abandonamos la estación." A Charles le dolía el cuello, pero estaba más tranquilo; volvió a acostarse, levantó los brazos y giró su espejo noventa grados. Ahora veía, en el ángulo izquierdo del espejo, un rectángulo alumbrado. Le bastaba: aquella superficie brillante vivía, era todo un paisaje; tan pronto la luz temblaba y palidecía, como si fuera a desvanecerse, tan pronto se hacía dura, se inmovilizaba y adquiría el aspecto de un embadurnado de pintura ocre; después, de cuando en cuando, se estremecía cruzada por ondulaciones oblicuas como arrugada por el viento. Charles la contempló durante largo rato; al cabo de un momento se creía liberado, como si se hubiera sentado, las piernas colgando encima del estribo del vagón, viendo el desfilar de los árboles, la campiña y el mar.

—¡Blanchard!—murmuró.

No obtuvo contestación. Esperó un poco y respiró.

—¿Duermes?

Blanchard no respondió. Charles lanzó un pequeño suspiro de bienestar y se estiró completamente, sin apartar el espejo de los ojos. Está dormido, duerme, cuando llegó no se sostenía de pie; se ha dejado caer sobre el asiento, pero su mirada era dura, decía: no acabarán conmigo. Ha pedido su café con mal talante, sucede algunas veces que toman a los camareros por enemigos; los jovencitos creen que la vida es lucha, así lo han leído en algunos libros, entonces discuten en los cafés y piden una granadina con una mirada que hiela.

—He servido uno—dijo Félix—, y dos copas en la terraza.

Ella apoyó las clavijas y dio una vuelta a la manivela

Félix le guiñó el ojo y le indicó al joven que dormía. Esto no es una lucha, es un pantano, tan pronto se hace un movimiento, uno se hunde, pero no se percata de pronto, se agitan mucho los primeros años, por eso bajan más veloces; yo también lo he hecho; ahora ya soy vieja, permanezco más tranquila, brazos pegados al cuerpo, sin moverme, a mi edad, apenas si una se hunde. El dormía, con la boca abierta, la mandíbula le caía hacia el pecho, no tenía nada de guapo, sus párpados rojos e hinchados, su nariz, también encarnada, le daban el aspecto de un corderito. Yo he adivinado en seguida cuando le he visto entrar en la sala vacía, medio a ciegas, con aquel sol por fuera y la clientela en la terraza, me he dicho: tiene que escribir una carta, o bien espera a una mujer, o, finalmente, que algo se le ha roto. El levantó su alargada y pálida mano, ahuyentó las moscas sin abrir los ojos; no había mosca alguna. Sufre hasta en sus sueños, persiguen los disgustos por todas partes, yo estaba sentada en un banco, mirando los raíles y el túnel, un pájaro cantaba y yo estaba embarazada, abandonada, sin ojos para llorar, sin un céntimo en el bolso, solo poseía mi billete y así me quedé dormida; he soñado que me habían matado, que me tiraban de los pelos insultándome, por fin, había llegado el tren y en él me metí. Tan pronto me digo que él tendrá su retiro, a un inválido, a un antiguo trabajador no puede faltarle la asignación correspondiente; y luego pienso que ya se las arreglarán para no dársela porque no tienen piedad; y aquí estoy, vieja, sin moverme, viendo todo negro. El viste como un joven caballero, cuenta seguramente con una mamá que le cuida la ropa, aunque sus zapatos estén blancos a fuerza de polvo; ¿qué habrá hecho? ¿Por qué sitios habrá andado? La sangre se sube a la cabeza en la juventud. Y si él me hubiese dicho: Pega, yo hubiera sido capaz de matar padre y madre; ¡cuidado que se es obstinado! Mira que si hubiese asesinado a una anciana, a una mujer de mis años, ya le habrían detenido, no le quepa duda; llegarán hasta aquí para cogerle y *Le Matin* publicará su retrato, solo se verá una carita de chulo que en

nada se parecerá a él y no faltará nunca alguien que diga ¡si tiene cara de asesino! Pues bien, yo le contestaré: para condenar no es preciso verlos de cerca porque cada vez que se hunden más, se les ve y se piensa que nada puede evitarlo y que, finalmente, todo da lo mismo: tomar café con leche en la terraza de un café, economizar para comprarse una casa o asesinar a su madre. Sonó el teléfono y ella se sobresaltó.

—Diga.

—Quisiera hablar con la señora Cuzin.

—Soy yo misma. ¿Qué ocurre?

—Que me la han negado—contestó Julot.

—¿Qué? ¿Qué?

—Que me la han negado.

—Pero no es posible.

—Pues ha sido.

—Pero a un inválido, a un viejo trabajador. ¿Qué te han dicho?

—Que no tengo derecho.

—¡Oh!... ¡Oh!—se lamentó ella.

—Hasta la noche—se despidió Julot.

Colgó el aparato. Se la han negado. A un inválido, a un antiguo trabajador, le han dicho que no tenía derecho. "Ahora yo tengo que hacerme mala sangre", pensó ella. El joven roncaba, su aspecto era de bobo sentencioso. Félix salió llevando en su bandeja las dos copas y el café; empujó la puerta y el sol entró, el espejo relampagueó encima del durmiente, luego se cerró la puerta, el espejo cesó de brillar, permanecieron solo los dos. ¿Qué ha hecho? ¿Por dónde se ha arrastrado? ¿Qué lleva en su maleta? Ahora las va a pagar todas juntas: durante veinte años, durante treinta, a menos que no lo maten en la guerra, pobre muchacho, tiene edad para que lo lleven a filas. Duerme, ronca, sufre, en la terraza la gente habla de la guerra, mi marido no tendrá su pensión.

—¡Ah, por piedad!—suplicó ella—. ¡Piedad para nosotros los pobres!

—¡Pitteaux!—llamó el muchacho.

Él despertó sobresaltado; durante un instante la miró, los ojos enrojecidos, boquiabierto, luego rechinaron sus dientes, apretó los labios, su aspecto era inteligente y malo.

—¡Camarero!

Félix no le oyó; ella le veía, en la terraza iba y venía recibiendo órdenes. El joven perdió el equilibrio, chocó con el mármol girando la cabeza de derecha a izquierda como un perseguido. Ella se compadeció.

—Son veinte perrillas—le dijo ella desde la caja.

Él lanzó una mirada de odio, echó una moneda de cinco francos sobre la mesa, cogió su maleta y se alejó cojeando. El cristal volvió a relucir, una ola de gritos y de calor penetró en la sala; también la soledad. Ella miró las mesas, los espejos, la puerta, todos aquellos objetos demasiado conocidos que ya no cabían en su imaginación. "Otra vez a empezar—se dijo ella —; otra vez a hacerme mala sangre."

Le inundaron de luz. Alguien había sobre él, de costado, el haz luminoso de una linterna de bolsillo. Volvió la cabeza y refunfuñó. La luz fue dirigida hacia el suelo; él tuvo que pestañear. Detrás, aquel sol, un ojo tranquilo e implacable que le miraba, algo inaceptable.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—El es, él es—afirmó una voz cantarina.

Una mujer. Aquel paquete oblongo, a mi derecha, es una mujer. El tuvo un momento de satisfacción y luego pensó colérico que ella había alumbrado como un objeto; había paseado su luz sobre mí como si yo fuera una pared. Dijo secamente:

—No la conozco.

—Pues nos hemos visto a menudo—dijo ella.

La lámpara se apagó. El seguía deslumbrado, con ondas violetas que daban vueltas a sus ojos.

—Me es imposible verla.

—Pues yo sí le veo—dijo ella—. Aun sin la lámpara le veo.

La voz era joven y armoniosa, pero él desconfiaba. Repitió:

—No la veo; usted me ha deslumbrado.

—Yo veo en la oscuridad—afirmó ella con orgullo.

—¿Es usted albina?

Ella rió:

—¿Albina? No tengo los ojos encarnados ni los pelos blancos, si es eso lo que usted quiere decir.

Tenía ella un acento tal que comunicaba a todas sus palabras un aire interrogativo.

—¿Quién es usted?

—¡Ah!, adivínelo—contestó ella—. No es nada difícil: ayer, no más tarde, ha tropezado usted conmigo y me ha obsequiado con una mirada de odio.

—¿De odio? Yo a nadie odio.

—¡Vaya que sí!—le interrumpió ella—. Y hasta pienso que odia usted a todo el mundo.

—Espere. ¿Acaso no llevaba usted una piel?

Y ella seguía riendo.

—Extienda la mano—invitó ella—. Toque.

El extendió el brazo y tocó una gran masa informe. Era una piel. Bajo esa piel, seguramente, habría abrigos y paquetes de vestidos y, luego, un cuerpo blanco y cálido, un caracol en su concha. ¡Qué calor debe de tener! El acarició un poco aquella piel y esta exhaló un perfume tibio y pesado. El perfume de hace un momento. Acarició la piel a contrapelo y se quedó contento.

—Es usted rubia—dijo él triunfante—; lleva usted pendientes de oro.

Rió ella y la lámpara alumbró de nuevo. Pero esta vez la enfocó a su misma cara; la trepidación del tren sacudía la lámpara en su mano; la luz iba del pecho a la frente, rozaba los pintados labios, amarilleaba un ligero vello rubio y la comisura de los labios coloreaba un poco las ventanillas de la nariz. Las pestañas rizadas y pintadas de negro apuntaban como patitas encima de los párpados hinchados; hubiérase dicho que eran dos insectos en los hombros. Ella era rubia, sus cabellos sujetos con ligero

ndo se enroscaban en la cabeza. Tuvo un sobresalto y pensó: "Es preciosa." Y retiró la mano.

—La reconozco. Un viejo caballero la empujaba y usted andaba sin mirar a nadie.

—Y yo veía a usted perfectamente a través de mis pestañas.

Levantó ella la cabeza y acabó él por reconocerla sin dudar.

—Nunca hubiese creído que pudiera usted mirarme —dijo él—. Tenía usted un porte tan distinguido, tan por encima de nosotros..., que creí estaba usted en la pensión Beaucaire.

—No—respondió ella—. Estaba en *Mon Chalet.*

—No esperaba encontrarla en un vagón de ganado.

La luz se apagó.

—Soy muy pobre—se lamentó ella.

Él extendió la mano y la apoyó suavemente en la piel.

—Y esto, ¿qué?

Ella sonrió:

—Es todo lo que me queda.

Ella volvió a la oscuridad. Un gran paquete informe y lamentable. Pero él conservaba su imagen en la retina. Cruzó sus dos manos sobre el vientre y se puso a mirar al techo. Blanchard roncaba pausadamente; los enfermos se entregaron a charlar entre ellos, en grupos de dos, de tres; el tren avanzaba como gimiendo. Ella era pobre y estaba enferma, estaba acostada en un vagón de animales, la vestían y desnudaban como a una muñeca. ¡Y qué linda era! Linda como una estrella de cine. Junto a él, aquella beldad humillada, aquel cuerpo largo y envilecido. ¡Y qué linda era! Cantaba en los cabarets y le había mirado entre las pestañas y quiso conocerle: fue cual si le hubiesen levantado sobre sus piernas.

—¿Era usted cantante?—preguntó repentinamente él.

—¿Cantante? Nada de eso. Sé tocar el piano.

—La tomé a usted por una cantante.

—Soy austríaca—dijo ella—. Todos mis bienes están

allí en poder de los alemanes. He abandonado mi patria después del Anschluss.

—¿Estaba usted ya enferma?

—Ya estaba tumbada en una plancha. Mis padres me llevaron al tren. Fue como hoy, excepto que estaba claro y que yo estaba extendida en un asiento de primera: allí había alemanes por encima de nosotros, siempre creíamos que iban a arrojar bombas. Mi madre lloraba, yo siempre estaba aspirando el aire, oliendo el cielo que se portaba a través del techo. Fue el último tren que dejaron pasar.

—¿Y después?

—Después he venido aquí. Mi madre está en Inglaterra necesita ganar nuestra vida.

—¿Y ese viejo señor que la empujaba?

—Es un viejo imbécil—respondió ella con dureza.

—En cuyo caso, ¿está usted sola?

—Completamente sola

El repitió:

—¿Completamente sola en el mundo?—y se sintió fuerte y duro como un roble—. ¿Cuándo se dio cuenta de que era yo?

—Cuando ha frotado la cerilla.

El no quería entregarse a su gozo. Ella permanecía allí reservada, aplomada e indiferente, casi olvidada; ella era la que daba a su voz aquel pequeño temblor agrio. Pero él la conservaba en la oscuridad porque quería gozarla solo para él.

—¿Ha observado usted la luz en el tabique?

—Sí—respondió ella—; la he estado observando durante una hora.

—Siga, siga usted mirando. Hemos dejado atrás un árbol.

—O un poste telegráfico.

—El tren no avanza rápidamente.

—No—respondió ella—. ¿Y usted tiene prisa?

—No. Uno no sabe adonde va.

—¡Claro que no!—exclamó ella alegremente. También temblaba su voz.

—Después de todo—añadió él—, no se está tan mal aquí.

—Hay aire—dijo ella—. Y las sombras que desfilan nos distraen.

—¿Recuerda usted el mito de la caverna?

—No. ¿Qué es ese mito de la caverna?

—Eran unos esclavos que estaban atados en el fondo de una caverna y que veían sombras en la pared.

—¿Y por qué los tenían allí atados?

—No lo sé; Platón lo ha escrito...—respondió sin convicción.

"Ya le haré yo saber quién es Platón", pensó él enardecido. Le dolía un poco el vientre, pero deseaba que el viaje no acabara nunca.

Georges sacudió el pestillo de la puerta. A través del cristal veía a un tipazo bigotudo y a una joven con un pañuelo enrollado a la cabeza que fregaba tazas y vasos detrás de un mostrador de madera. Un soldado dormitaba en una de las mesas. Georges tiró violentamente de la manilla y el cristal vibró, pero la puerta no se abrió. Ni la mujer ni el individuo parecían darse cuenta.

"No abrirán."

Él se volvió, un hombre grueso y maduro le miraba sonriente. Vestía chaqueta negra y pantalón militar con polainas, sombrero flexible y cuello de pajarita. Georges le indicó un letrero: "La cantina abre a las cinco."

—Son ya las cinco y diez—se limitó a decir.

El otro se encogió de hombros. Una voluminosa mochila pesaba sobre el costado izquierdo y, apoyado en el derecho, un casco contra gases: brazos abiertos y codos al aire.

—Abren cuando les da la gana.

El patio del cuartel estaba lleno de hombres de mediana edad que parecían aburrirse. Muchos de ellos se paseaban solitarios mirando al suelo. Unos llevaban guerrera militar; otros, pantalón caqui, otros vestían todavía

traje de paisano con zuecos recién estrenados, que sonaban contra el suelo asfaltado del cuartel. Un tío grande, pelirrojo, que había logrado conseguir un uniforme completo, caminaba pensativo metidas las manos en los bolsillos de la guerrera, el sombrero ladeado sobre la ceja, con cara de pocos amigos. Un teniente se abrió paso entre los grupos y se dirigió rápidamente a la cantina.

—¿No ha ido usted a buscar el uniforme?—preguntó al gordito tirando de las correas de la mochila para colocársela a la espalda.

—Ya no les queda ninguna prenda.

El del pelo rojo escupió entre sus pies.

—A mí me han dado esto. Me ahogo aquí dentro; con este sol hay para achicharrarse. ¡Qué desbarajuste!

Georges señaló al oficial:

—¿Hay que saludarle?

—¿Con qué? No querrás que le tire mi sombrero a los pies.

El oficial pasó cerca de ellos sin mirarlos. Georges siguió con la mirada aquella delgada espalda y se sintió abatido. Hacía calor, los cristales de los edificios militares estaban pintados de azul; detrás de las paredes blancas, había senderos también blancos, pistas de aviación, verdes hasta perderse de vista bajo el sol; las paredes del cuartel recortaban en medio de los prados una plazoleta, lisa y polvorienta, en la que hombres cansinos circulaban como en las calles de una ciudad. Era la hora en la que su mujer abría las persianas; el sol inundaba el comedor, entraba por todas partes, en las casas, en los cuarteles y en los campos. El se dijo: "Siempre igual", pero en realidad no sabía bien qué era igual. Pensó en la guerra y se dio cuenta de que no le importaba morir. Un tren silbó a lo lejos y para él fue como si alguien le sonriera.

—Escucha—dijo.

—¿El qué?

—El tren.

El gordito le miró sin comprender, y luego, sacando un pañuelo del bolsillo, se dedicó a secarse el sudor de

la frente. El tren silbó de nuevo. Se iba lleno de paisanos, de bellas mujeres y de niños; desfilaban los campos inofensivos a lo largo de las ventanillas. Silbó otra vez el tren y acortó la velocidad.

—Va a detenerse—dijo Charles.

Rechinaron los frenos y el tren se detuvo; el movimiento se alejó de Charles, que permaneció seco y vacío como si se hubiera quedado sin sangre; era casi una muerte.

—No me gusta que los trenes se paren—dijo.

Georges pensaba en los trenes de viajeros que van hacia el Sur, al mar, hacia los chalés blancos a orillas del mar. Charles olía la hierba verde que crecía debajo del entarimado, entre los raíles, a través de las planchas de hierro, y veía, en el rectángulo luminoso que se recortaba en la pared del vagón, campos verdes hasta la lejanía, y el tren era cogido por la pradera como un barco por un banco de hielo, y la hierba saltaba hasta las ruedas, pasaba por entre las planchas mal unidas: el campo atravesaba de parte a parte el tren inmóvil. El tren, cogido en la trampa, silbaba, silbaba lamentablemente; el lejano silbido dejaba una poética estela...; el tren avanzaba lentamente, la cabeza del vecino de Maurice se movía en su cuello de tela *beige*, era un hombre fuerte que olía a ajo, no había cesado de cantar *La Internacional* desde la salida del tren y se había bebido dos litros de morapio. Había acabado abandonándose en un arrullo encima del hombro de Maurice. Este tenía un calor terrible, pero no se atrevía a moverse, el estómago le había subido a flor de labios a causa de aquel calor y del vino blanco y del sol blanco que le cegaba a través de los empolvados cristales; pensaba: "¡Quisiera haber llegado ya!" Los ojos le cosquilleaban, se le endurecieron, cerró los párpados, notaba los zumbidos de la sangre en sus oídos y el sol atravesaba sus párpados: le invadía un sueño blanco, sudoroso, que le cegaba, el pelo del compañero le hacía cosquillas en el cuello y en la barbilla, era una tarde sin esperanza. El hombre fuerte sacó una fotografía de la cartera:

—Es mi mujer—dijo.

Era una mujer de edad indefinida, como tantas se ven en retratos, no se prestaba a comentarios.

—Está de buen año—es lo único que a Georges se le ocurrió decir.

—Come como cuatro—dijo el individuo.

Permanecían indecisos uno frente al otro. A Georges no le resultaba simpático aquel tipo gordo y coloradote que soplaba al hablar, pero tenía ganas de enseñarle el retrato de su hija.

—¿Casado?

—Sí.

—¿Con hijos?

Georges le miró sin responder, sonriendo malicioso. Acabó metiendo la mano en el bolsillo y sacando un retrato que le entregó bajando la mirada:

—Es mi hija.

—Bonitos zapatos tiene usted—dijo el tipo cogiendo el retrato—. Le darán un resultado excelente.

—Tengo callos—explicó Georges humildemente—. ¿Cree usted que me dejarán usarlos?

—Lo harán encantados. Tal vez no tengan calzado para todos.

Siguió todavía mirando los zapatos de Georges, luego apartó la vista a disgusto y echó una mirada al retrato. Georges notó que se estaba poniendo colorado:

—¡Qué linda criatura!—exclamó el tipo—. ¿Cuánto pesa?

Observó estupefacto a aquel tío gordo que tenía la fotografía entre los dedos y la mirada con gesto incoloro. Dijo:

—Cuando vuelva no me reconocerá.

—Muy probable—aprobó el tipo—. A menos que...

—Efectivamente—ratificó Georges—. A menos que...

—Bueno—preguntó Sarraut—, ¿tengo que ir?

Daba vueltas a la hoja entre sus dedos. Daladier había afilado con su navajita un fósforo y la había metido entre dos dientes. No respondió: estaba hecho una pelota hundido en la silla.

—¿Tengo que ir?—repitió Sarraut.

—Es la guerra—dijo suavemente Bonnet—. Y perdida por añadidura.

Daladier dio un bote y lanzó una mirada de reproche a Bonnet. Este la sostuvo inocentemente con sus ojos claros y sin fondo. Parecía un hormiguero. Champetier de Ribes y Reynaud estaban un poco atrás y desaprobaban silenciosos. Daladier se desplomó.

—Vaya—refunfuñó con blando ademán.

Sarraut se levantó y abandonó la estancia. Bajó la escalera pensando que le dolía la cabeza. Todos estaban allí, al verle se callaron y adoptaron una actitud de circunstancia. "¡Vaya banda de idiotas!", se dijo.

—Voy a leerles el comunicado.

Se produjo un rumor que él aprovechó para limpiar sus lentes y leyó:

—"El consejo de gabinete ha oído la exposición del señor Presidente del Consejo y de M. Georges Bonnet acerca del memorándum remitido a M. Chamberlain por el Canciller del Reich. Ha aprobado por unanimidad las declaraciones que M. Edouard Daladier y M. Georges Bonnet se proponen llevar al gobierno inglés, a Londres."

"Ya está—pensó Charles—, me entran ganas de evacuar." Le habían entrado repentinamente: tenía el vientre pronto a reventar.

—Sí, sí, pienso como ustedes; sí.

Las voces subían paralelamente, apacibles El hubiese querido aislarse completamente en su voz, no ser más que una voz grave muy cerca de ser cantarina y clara. Pero existía aquel calor, aquella palpitante inseguridad, aquel paquete de húmedas materias que cloqueaban en sus tripas. Se produjo un silencio; ella soñaba cerca de él, fresca y nevada; él levantó la mano con precaución y la pasó por su frente sudorosa. "¡Paf!", gimió él de repente.

—¿Qué pasa?

—Nada—contestó—, que ronca mi vecino.

En su vientre notaba como una risa loca, aquella oscura y violenta gana de abrirse y de llover por abajo; una ma-

riposa aleteaba locamente entre sus muslos. Los apretó y su rostro se empapó de sudor, llegó a sus orejas y le hizo cosquillas en las mejillas. "Voy a vaciarme por completo", pensó aterrado.

—No dice usted nada—dijo la voz rubia.

—Me...—contestó—, me preguntaba ¿por qué ha tenido usted deseos de conocerme?

—Tiene usted bonitos y arrogantes ojos—dijo ella—; además quería saber por qué me odia.

El cambió un poco de sitio la cintura para engañar su necesidad y dijo:

—Odiaba a todo el mundo porque era pobre. Tengo muy mal carácter.

Se le había escapado empujado por su deseo; se le había escapado por arriba o por abajo, era inevitable que se abriera.

—Muy mal carácter—repitió jadeante—. Soy un envidioso.

Nunca había hablado tanto. A nadie. Ella le acarició la mano con las yemas de los dedos.

—No me odie; también yo soy pobre.

Un cosquilleo recorrió su sexo: no era motivado por aquellos dedos flacos y cálidos sobre el anverso de su mano, llegaba de más allá; de la amplia habitación desnuda a la orilla del mar. Tocaba el timbre, Jeannine acudía, bajaba las ropas, deslizaba la cuña debajo de la cintura, veía cómo se desahogaba y, a veces, cogía a "Don Pito" entre el pulgar y el índice; él adoraba toda aquella maniobra. Ahora su carne estaba domada a fuerza de costumbre: todas sus ganas de evacuar se hallaban envenenadas por una languidez ácida, por el pasmo de un deseo de desahogarse bajo una mirada, de babear bajo miradas profesionales. "Este soy yo", se dijo; y le faltaba la voluntad. El mismo se horrorizaba, movió la cabeza y el sudor abrasaba sus ojos. "Pero ¿no arrancará nunca?" Si el vagón se hubiese puesto a rodar, le parecía que él hubiese sido arrancado de él mismo, que habría dejado en aquel lugar sus turbios apetitos y resistido todavía un

momento. Sofocó otro gemido, porque sufría, iba a rasgarse como un tejido; silenciosamente estrechó entre su mano aquella otra tan dulce. *Manos como pasta de almendra se adueñan de "Don Pito" diestramente, este se regocija indolente, la cabeza inclinada, una empleada de charcinería toma en sus manos una longaniza sobre su lecho gelatinoso. Completamente desnudo. Derretido. Visto. Un cascarón se abre, es la primavera.* ¡Qué horror! El odiaba a Jeannine.

—¡Qué calientes tienes las manos!—exclamó la voz.

—Tengo fiebre.

Alguien gimió suavemente al sol, uno de los enfermos tendidos junto a la puerta. La enfermera se levantó y acudió pasando por encima de otros cuerpos. Charles levantó el brazo izquierdo y manejó vivamente su espejo retrovisor que reflejó la imagen de la enfermera, inclinada sobre un adolescente grueso, de rojos carrillos y orejas despegadas. Parecía estar en situación imperiosa, apurada. Ella se irguió y volvió a su sitio. Charles la vio buscar algo en su maleta. Ella se enfrentó con las miradas cogiendo un orinal. Preguntó en voz alta:

—¿Tiene alguien ganas? El que las tenga mejor sería que lo dijera mientras el tren está parado, es más cómodo. Pero sobre todo no se aguanten, no se avergüencen los unos de los otros. Aquí no hay ni hombres ni mujeres, no hay más que enfermos.

Paseó por todos su mirada severa, pero nadie respondió. El muchacho grueso se apoderó presuroso del orinal y lo metió bajo las ropas. Charles apretaba con fuerza la mano de su amiga. Le hubiese bastado levantar la voz y decir: "Yo, yo tengo ganas." La enfermera se agachó, cogió el orinal y lo levantó. Brillaba al sol un líquido amarillo y espumoso. La enfermera se acercó a la puerta y se asomó al exterior; Charles vio en el tabique su sombra, brazo en alto, que se recortaba en el rectángulo luminoso. Ella inclinaba el recipiente y volcaba un líquido que brillaba.

—Señora—dijo una voz débil.

—Al fin se ha decidido. ¡Allá voy!

Todos, uno tras otro se decidieron. Las mujeres resistirían más que los hombres Acabarán apestando a sus vecinas, después de lo cual ¿se atreverán a dirigirles la palabra? El se dijo: "¡Qué guarros!" Se produjo un movimiento colectivo a flor de tierra; llamadas cuchicheando, avergonzadas, se elevaban de todas partes. Charles reconoció voces femeninas.

—Esperen—ordenó la enfermera—. Todos por orden.

"No hay más que enfermos." Creen que todo les está permitido porque están enfermos. Ni hombres, ni mujeres: enfermos. El sufría, pero se enorgullecía de poder sufrir; yo no cederé, yo soy un hombre. La enfermera iba de uno a otro; se oía el tableteo de sus zapatos y, de cuando en cuando, un papel que arrugan. Un olor repugnante y cálido se apoderó del vagón. "Yo no cederé", se dijo él retorciéndose de dolor.

—Señora—llamó la voz rubia.

El creyó no haber oído bien, pero la voz insistió vergonzosa y cantarina:

—¡Señora! ¡Señora, aquí!

—Voy—contestó la enfermera.

La mano cálida y delgada se retorció en la de Charles y se soltó. Oyó un taconeo: la enfermera estaba por encima de ellos, inmensa y severa: un arcángel.

—Vuélvase—dijo con voz suplicante—. Vuélvase.

El volvió la cabeza, hubiese querido taparse oídos y nariz. La enfermera iba de un lado a otro, enorme vuelo de pájaros negros, oscureciendo su espejo. Ya no vio nada. "Es una enferma", pensó. Ella debía sin duda haberse quitado la piel: durante un instante su perfume invadió la estancia y luego, poco a poco, un fuerte olor rancio dominó, llenó su nariz. Es una enferma. Es una enferma: la bella piel lisa estaba tendida sobre vértebras líquidas, encima de intestinos purulentos. Titubeó entre el asco y un inmundo deseo. Después, de repente, echó el cerrojo, se cerraron sus entrañas como un puño y ya no notó su cuerpo. Es una enferma. Todas las ganas, todos los deseos se borraron, se veía limpio y seco, como si hubiera

recobrado la salud. Una enferma. "Ella ha resistido todo lo que ha podido", pensó él, amoroso. Se arrugó el papel, la enfermera se irguió, todavía muchas voces la llamaban desde el otro extremo del vagón. El no la volvería a llamar; planeaba a algunas pulgadas del suelo por encima de ellos. El no era un objeto; él no era una criatura. "Ella no ha podido resistir", pensaba con una ternura tan fuerte que sus ojos se llenaron de lágrimas. Ya no hablaba ella; no se atrevía a dirigirle la palabra, estaba avergonzada. "Yo la protegeré", pensó él, amoroso. De pie. De pie, inclinado sobre ella y contemplando su dulce rostro huraño. Estaba algo sofocada en la oscuridad. El extendió la mano y la pasó a tientas por la piel. El joven cuerpo se resistió, pero Charles encontró una mano y se apoderó de ella. Se resistió la mano, él la atrajo hacia sí y la estrechó con todas sus fuerzas. Una enferma. Y allí estaba él, seco y duro, liberado: la protegería.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó él.

—Lea usted—dijo Chamberlain impacientándose.

Lord Halifax cogió el mensaje de Massaryk y empezó a leer. "No necesita ahuecar la voz", pensó Chamberlain.

—Mi gobierno—leyó Halifax—ha estudiado ya el documento y el mapa. Es *de facto* un ultimátum como es costumbre dirigir a una nación vencida y no una proposición a un Estado soberano que ha demostrado estar en las mejores disposiciones posibles para sacrificarse por el apaciguamiento de Europa. El gobierno de Hitler todavía no ha manifestado el menor intento para una disposición análoga de sacrificio. Mi gobierno está sorprendido ante el contenido del memorándum. Las proposiciones van mucho más allá de lo que habíamos consentido en eso que se llama el plan anglo-francés. Ellas nos privan de todas las garantías de nuestra existencia nacional. Debemos ceder anchas posiciones de nuestras fortificaciones, escrupulosamente preparadas, y dejar penetrar profundamente en nuestro territorio a los ejércitos alemanes antes de haber podido organizarlo sobre nuevas bases o de haber podido llevar a cabo los mínimos preparativos

defensivos. Nuestra independencia nacional y económica desaparecería automáticamente con la adaptación del plan de Hitler. Todo procedimiento de transferencia de la población se reducirá a un enorme pánico para aquellos que no aceptaran el régimen nazi alemán. Deben abandonar sus hogares sin tener ni siquiera derecho a llevarse sus bienes personales, y, en lo que se refiere a los campesinos, ni su vaca. Mi gobierno desea que yo declare, con toda la solemnidad posible, que las peticiones de Hitler en la forma presente son absoluta e incondicionalmente inaceptables para mi gobierno. Contra tales nuevas y crueles peticiones mi gobierno se ve obligado a adoptar una resistencia suprema y así lo haremos con la ayuda de Dios. La nación de San Wenceslao, de Juan Hus y de Thomas Massaryk no será una nación de esclavos. Contamos con las dos grandes democracias occidentales de las que hemos seguido los deseos contra nuestro propio juicio, con el fin de que estén a nuestro lado en nuestra hora de prueba.

—¿Es todo?—preguntó Chamberlain.

—Es todo.

—Perfectamente, he ahí nuevas dificultades—dijo.

Lord Halifax no respondió; permanecía tieso como un remordimiento, respetuoso y reservado.

—Los ministros franceses llegarán dentro de una hora —dijo Chamberlain secamente—. Yo encuentro este documento, por lo menos..., inoportuno.

—¿Cree usted que es de naturaleza tal que pueda pesar sobre sus decisiones?—preguntó Halifax con algo de ironía.

El anciano no contestó; cogió el papel y se puso a leerlo entre dientes.

—¡Las vacas!—gritó repentinamente y con irritación—. ¿Qué vienen a hacer aquí? ¡Qué gran torpeza!

—Yo no lo encuentro tan torpe. A mí me ha emocionado—dijo lord Halifax.

—¿Emocionado?—interrogó el anciano con una risa

—. Amigo mío, estamos tratando un negocio. Aquellos que se emocionen perderán la partida.

Tejidos rojos, rosas y morados, vestidos morados y blancos, escotes desnudos, bellos senos bajo pañuelos, ráfagas de sol encima de las mesas, manos, líquidos empalagosos y morados, más manos, piernas que salen de *shorts*, voces alegres, vestidos rojos y rosados y blancos, alegres voces que invaden el aire, muslos, valses de *La viuda alegre*, olor de pinos, de arena caliente, el olor a vainilla lejano, todas las islas del mundo invisibles y presentes en el sol, la isla de Sotavento, la isla de Pascua, las islas Sandwich, tiendas de lujo junto al mar, el impermeable de señora a tres mil francos, los broches, las flores rojas y rosas blancas, las manos, los muslos, "la música nos llega", las voces que alegran el aire. Suzanne, ¿qué has hecho de tu régimen? ¡Qué más da, por una vez! Velas en el mar, y los esquiadores dando botes, brazos tensos, de ola en ola, el olor a pinos en bocanadas, la paz. La paz en Juan-les-Pins. Ella permanecía allí, alicaída, olvidada, caminando hacia lo agrio. La gente caía en el lazo: matorrales de colores, zarzales de música les disimulaban su pequeña e inexperta angustia; Mathieu paseaba visitando cafés y tiendas, el mar a la izquierda; el tren de Gómez no llegaba hasta las dieciocho horas; se dedicaba a mirar a las mujeres por costumbre, sus caderas pacíficas, sus senos pacíficos. Pero cometía una falta. Desde las tres y veinticinco estaba faltando a su deber: a las tres y veinticinco había salido un tren para Marsella. "Yo no estoy aquí; estoy en Marsella, en un café de la avenida de la estación, esperando el tren para París, estoy en el tren de París. Estoy en París, una mañana temprano, una mañana soleada, estoy en un cuartel, dando vueltas en el patio, en Essey-lès-Nancy." En Essey-lès-Nancy, Georges no hablaba porque había que gritar fuerte, levantaron la cabeza, el avión casi rozaba los tejados con un ruido de trueno y Georges seguía con la mirada el avión que volaba por encima de las paredes, de los tejados, por encima de Nancy, de Niort. Estaba él en Niort, en su habitación, con la pequeña, sin que le

abandonara aquel gusto a polvo en la boca. ¿Qué va a decirme él? Saltará del tren, ágil y tostado, como un veraneante de Juan-les-Pins, ahora ya estoy yo tan tostado como él, pero no tengo nada que decirle. Estaba en Toledo, en Guadalajara, ¿qué hacías allí? Vivía... Estaba en Málaga, últimamente me fui de allí. ¿Qué has hecho? He vivido. "¡Ah!—se dijo aburrido—, espero a un amigo, no a un juez." Charles se reía, ella no decía nada, todavía sentía un poco de vergüenza; Charles retenía la mano de ella y seguía riendo:

—Catherine es un bonito nombre—le dijo con ternura.

Tiene suerte después de todo, ha luchado en España, ha podido guerrear, la falta de armas, los dinamiteros contra los tanques, los nidos de águila de la sierra, el amor en los hoteles desiertos de Madrid, hogueras individuales en las llanuras, combates individuales, España no ha perdido su aroma; en cuanto a mí, es una guerra triste la que me espera, una guerra ceremoniosa y aburrida, contra los tanques y los antitanques, una guerra colectiva y técnica, una epidemia. España estaba allí, una raya que se extendía a lo lejos sobre el agua azul. Maud, de codos en la barandilla, contemplaba España. Allí se lucha. El barco se deslizaba a lo largo de la costa; allí se oyen los cañonazos, aquí el murmullo de las olas, un pez volador saltó encima del agua. Mathieu caminaba hacia España, el mar a su izquierda, Francia hacia su derecha. Maud se deslizaba a lo largo de la costa, Argelia a su izquierda, empujada hacia la derecha, hacia Francia; España era aquella brisa tórrida y aquella neblina. Maud y Mathieu pensaban en la guerra española y eso les impedía pensar en la otra, en la guerra de color cardenillo que se preparaba a su derecha. Era necesario deslizarse hasta la muralla en ruinas, dar la vuelta y volver, entonces sería misión cumplida. El marroquí se arrastraba entre las piedras ennegrecidas, la tierra quemaba y él tenía tierra en las uñas de manos y pies, tenía miedo; pensaba en Tánger; en lo más alto de Tánger había una casa amarilla de un piso desde la que se veía el continuo centellear del mar, vivía

en ella un negro domador de serpientes que se las metía en la boca para divertir. Había que pensar en aquella casa amarilla. Mathieu pensaba en España, Maud pensaba en España, el marroquí se arrastraba por la tierra agrietada de España pensando en Tánger y se sentía solo. Mathieu entró en una calle cegadora, España viró, ardía, no era más que un vaho de fuego indistinto a su izquierda. Niza a su derecha, y más allá de Niza, un hoyo, Italia. La estación frente a él; frente a él Francia y la guerra, la verdadera guerra, Nancy. Estaba en Nancy; pasada la estación, se dirigía a Nancy. No tenía sed, no tenía calor, ni cansancio. Su cuerpo estaba debajo de él, anónimo y como algodonado; los colores y los sonidos, el resplandor del sol, los olores venían a enterrarse en su cuerpo; todo aquello nada le concernía. Esto pasa al comienzo de una enfermedad, pensó. Philippe pasó su maleta a la mano izquierda; estaba agotado, pero tenía que resistir hasta la noche. ¡Hasta la noche!: dormiré en el tren. La terraza de *La Tour d'Argent* zumbaba como una colmena: vestidos rojos, rosas, malvas, medias de seda artificial, mejillas pintarrajeadas, líquidos acaramelados, una multitud de jarabe pegajoso, su corazón se encogió de piedad: se los llevarán de los cafés, de sus habitaciones y con ellos harán la guerra. Se compadecía de ellos, él mismo se daba pena; se abrasaban al sol, sudorosos, hartos, desesperados. Philippe sufrió repentinamente un vértigo de fatiga y de orgullo: yo soy su conciencia.

Un café más. Mathieu se fijó en aquellos hombres morenos, tan flamantes, tan robustos, tan equilibrados y se juzgó apartado. Tienen a su derecha el casino; a la izquierda, Correos; detrás, el mar. Eso es todo: Francia, Italia y España son lámparas que nunca lucen para ellos. Están ahí, concentrados ahí, firmes, y la guerra es un fantasma. Ellos serán tenientes, capitanes, dormirán en sus lechos, se afeitarán a diario, y, después, muchos de ellos se las arreglarán para emboscarse. No los censuraba. ¿Quién podría impedírselo? ¿Solidaridad con los que van al matadero? Pues ahí es a donde voy yo y no pido

ninguna solidaridad. "¿Y por qué voy yo?", se preguntó repentinamente. "¡Cuidado!", gritó Philippe al ser empujado. Se agachó para recoger su maleta; el gamberro de zuecos no se volvió tan siquiera. "¡Animal!", gruñó Philippe. Se enfrentó al café y miró a la gente con ojos terribles. Pero nadie se había dado cuenta del incidente. Un crío lloraba, su madre le enjugaba las lágrimas con el pañuelo. En la mesa contigua, tres hombres, sentados, abrumados, frente a unas naranjadas. "No son tan inocentes", pensó él, recorriendo la multitud con su mirada insostenible. ¿Por qué van? Les bastaría negarse. El auto avanzaba, Daladier, hundido en el asiento, chupaba un pitillo apagado mirando a los peatones. Le fastidiaba tener que ir a Londres, sin tomar el aperitivo, comería como un cerdo, una mujer a pelo, reía, abierta su bocaza y él pensó: "¡No se dan cuenta!", y meneó la cabeza. Philippe se dijo enérgicamente: "Les llevan al matadero y no se dan cuenta. Toman la guerra por una enfermedad. Es un mal insoportable, porque los hombres la traen y la sufren los hombres." Mathieu empujó la portezuela: "Vengo a esperar a un amigo", dijo al empleado. La estación estaba acogedora, pero desierta y silenciosa como un cementerio. ¿Por qué voy yo? Se sentó en un banco verde. Los hay que se niegan a partir. Pero eso no es cuenta mía. Negarse, cruzarse de brazos o bien largarse a Suiza. ¿Por qué? Yo no acepto eso. No es asunto que me incumbe. Y tampoco lo es la guerra española. Ni tampoco el comunismo. Pero ¿cuál es mi asunto?, terminó preguntándose con una especie de angustia. Los raíles relucían, el tren se pararía a la izquierda. A la izquierda, al final, una laguna reflejaba, en el punto en el que las vías se juntaban, Tolon, Marsella, Portbou, España. Una guerra absurda, injustificada, Jacques afirma que está perdida de antemano. La guerra es una enfermedad, pensó: mi obligación consiste, pues, en soportarla como se soporta una enfermedad. Por nada. Por limpieza. Seré un enfermo valeroso, eso es todo. ¿Y por qué soportarla? Yo no la apruebo. ¿Y por qué no soportarla? Mi pellejo no

vale ni siquiera para evitarla. Pues entonces estoy en un círculo vicioso. Un funcionario. ¿Y qué le dejarían?; era un triste estoicismo el de los funcionarios que todo lo soportan: la pobreza, las enfermedades y la guerra por respeto de ellos mismos. Sonrió y se dijo: "Y yo ni siquiera me respeto." "Un mártir, necesitan un mártir", pensó Philippe. Flotaba, se bañaba en la fatiga, no era desagradable, pero era preciso dejarse llevar por la corriente; sencillamente, ya no veía nada claro, a derecha e izquierda, dos ventanillos le tapaban la calle. La multitud le aprisionaba, la gente salía de todas partes, los niños corrían entre sus piernas, rostros parpadeando a causa del sol desfilaban por encima de su cerebro, debajo de él, siempre los mismos rostros empujándose, inclinándose a diestro y siniestro, sí, sí y sí. Sí; aceptamos esos salarios de hambre, sí, iremos a la guerra, sí, dejaremos que nuestros maridos vayan a ella, sí, haremos la cola en las panaderías con nuestros hijos en brazos. La muchedumbre; era la muchedumbre, la inmensa muchedumbre aquiescente y silenciosa. Y si tratas de abrirle los ojos, te maltratan, pensó Philippe encendida la faz, te pisotean furiosamente gritando sí. Contemplaba aquellos rostros muertos, medía su impotencia: no puede decírseles nada, necesitan un mártir. Aquel que de pronto, alzándose sobre la punta de los pies gritara: "NO", sería asaltado y hecho trizas. Pero la sangre derramada para ellos, por ellos, les inyectaría un nuevo poderío, el espíritu del mártir viviría en ellos, levantarían la cabeza sin pestañear y un grito de rebeldía correría como un trueno por todas las filas de la muchedumbre. "Yo soy un mártir", se dijo. Un placer del suplicio le invadió, un gozo demasiado violento; su cabeza se inclinó, soltó la maleta y cayó de rodillas tragado por el consentimiento universal.

—¡Salud!—gritó Mathieu.

Gómez corría hacia él, destocado, siempre guapo. Nublados los ojos, parpadeando, ¿dónde estoy? Algunas voces decían encima de él: "¿Qué le sucede?" "Se ha mareado, ¿cuál es su domicilio?" Alguien se inclinó sobre

él, una anciana, ¿me morderá? ¡Su domicilio! Mathieu y Gómez se reían plenos de satisfacción, su dirección, su DIRECCION, hizo un violento esfuerzo y se levantó. Sonreía cuando dijo:

—Pero, señora, no ha sido nada. Es el calor. Vivo muy cerca de aquí y me voy a casa.

—Hay que acompañarle—dijo alguien detrás de él—. No puede irse solo—y la voz se perdió apagada por un rumor de hojas—. Sí, sí; SI, hay que acompañarle, hay que acompañarle.

—Bueno, déjenme—gritó él—. ¡Déjenme, no me toquen! No, no y no. ¡NO!

Les miró de frente, cansados, escandalizados y gritó: "NO". No a la guerra, no al general, no a las madres culpables, no a Zézette y a Maurice, no, déjenme tranquilo. Se apartaron y él se echó a correr con suelas de plomo. Corría y corría, alguien le puso la mano en el hombro y él creyó que iba a romper a llorar. Era un joven con bigotito que le tendía su maletín:

—Ha olvidado usted su maleta—le dijo riendo.

El marroquí se detuvo en seco: era una serpiente que él había tomado por una rama. Una pequeña serpiente, se requería una piedra para aplastarle la cabeza. Pero la serpiente se retorció de pronto, sembró en el suelo un rayo oscuro y desapareció en el foso. Era un feliz presagio. Nada se movió detrás del muro. "Volveré", pensó él.

Mathieu cogió a Gómez por los hombros.

—¡Salud, mi coronel!—dijo.

Gómez dibujó una sonrisa noble y misteriosa.

—¡General!—replicó.

Mathieu dejó caer los brazos.

—¿General? Oígame, parece que por allí se asciende muy pronto.

—Faltan cuadros—dijo Gómez sin dejar de sonreír—. ¡Qué tostado está, Mathieu!

—Es el color de lujo—dijo molesto Mathieu—. Se logra en las playas sin dar golpe.

Buscaba en la cara de Gómez huellas de sufrimientos.

porque estaba dispuesto a todos los arrepentimientos. Pero Gómez, vivaracho y delgado en su vestido de franela, moviendo el reducido talle, no se entregaba tan pronto: ahora estaba como en vacaciones.

—¿Adónde vamos?—preguntó.

—Vamos en busca de un restaurante modesto y tranquilo—respondió Mathieu—. Vivo con mi hermano y mi cuñada, pero no le invito a cenar con ellos; no son muy divertidos.

—¡Me agradaría un lugar con música y mujeres!—dijo Gómez; miró a Mathieu impúdicamente y añadió—: Acabo de pasar ocho días en familia.

—Está bien—aprobó Mathieu—. Está bien. Iremos al *Provençal.*

El centinela les veía llegar sin engolamiento, con gesto profesional. Estaba inmóvil, algo encorvado, entre los dos distribuidores automáticos de billetes; el sol brillaba en su fusil y en su casco. Les detuvo a su paso. ¿Para dónde?

—Essey-lès-Nancy—dijo Maurice.

—Salgan, tomen el tranvía a su izquierda y se apean al final.

Salieron. Era una plaza como las que se ven en las estaciones, con café y hoteles. En el cielo se veían humaredas.

—Da gusto poder estirar las piernas—dijo Dornier suspirando.

Maurice levantó la cabeza y sonrió pestañeando.

—Por aquí no pasa un tranvía ni para saber morir—dijo Bebert.

Una mujer les miró con simpatía.

—Todavía no ha llegado. ¿Adónde se dirigen?

—A Essey-lès-Nancy—contestó Maurice.

—Todavía tienen que esperar un buen cuarto de hora. Pasa cada veinte minutos.

—Tenemos tiempo para echar un trago—dijo Dornier a Maurice.

Hacía fresco, el tren avanzaba, el aire era rojo; fue in-

vadido por un escalofrío de felicidad y tiró de la ropa. El llamó: "¡Catherine!", y ella no respondió. Pero algo rozó su pecho, un pájaro que subió lentamente hasta su cuello; luego, el pájaro voló y de pronto se posó en su frente. Era su mano, su dulce mano perfumada, resbaló bajo la nariz de Charles, los dedos ágiles acariciaron sus labios, eso le cosquilleó. El se apoderó de la mano y se la llevó a la boca. Estaba templada; pasó sus dedos por la muñeca y sintió los latidos del pulso. Cerró los ojos, besó aquella fina mano y el pulso latió bajo sus dedos como el corazón de un pajarito. Ella rió: "Es como si estuviésemos ciegos: tendremos que aprender el lenguaje de los dedos." El extendió a su vez el brazo, tenía miedo de hacerla daño; primero tocó el mango del espejo y después los cabellos dispersos encima de la ropa, rubios en las yemas de los dedos, luego una sien, y una mejilla tierna y carnosa como todo un cuerpo de mujer y, finalmente, una cálida boca aspiró sus dedos, los dientes los mordisquearon, mientras que mil agujas le picoteaban desde la cintura a la nuca; él dijo "¡Catherine!", y pensó: "Estamos gozándonos, esto es, amándonos." Ella soltó la mano y suspiró. Maurice sopló en el *bock* e hizo salir la espuma que se derramó en el suelo, bebió él y ella dijo:

—¿Cuáles son esos barcos donde las personas se acuestan unas junto a otras?

Maurice se apoderó de su labio superior y lo lamió diciendo:

—¡Qué fresca está!

—No lo sé—dijo Charles—, acaso las góndolas.

—No, las góndolas, no, pero no tiene importancia: estaríamos en una de esas barcas.

El cogió su mano, se deslizaban uno junto al otro, al nivel del agua, ella era su querida, la estrella de cabellos de oro pálido, él era otro hombre y la protegía. Le dijo:

—Me gustaría que el tren no llegara nunca.

Daniel mordisqueaba su portaplumas, llamaron a la puerta y él contuvo su respiración, miraba sin verla la hoja blanca encima de la carpeta.

—¡Daniel! —llamó la voz de Marcelle—, ¿estás ahí? Él no contestó. Los pesados pasos de Marcelle se alejaron, bajaba la escalera, los peldaños crujían uno tras otro; él sonrió, mojó su pluma en el tintero y escribió: Querido Mathieu." Una mano estrechada en la oscuridad, un rasgueo de pluma, el rostro de Philippe sale de la oscuridad y viene a su encuentro, pálido en las tinieblas del espejo, un ligero movimiento oscilante, la cerveza helada cloquea en su garganta y le corta la respiración, la *micheline* recorre treinta y tres metros entre París y Rouen; un segundo de hombre, la tresmilésima parte del vigésimo cuarto día de septiembre de 1938. Un segundo perdido, transcurrido tras de Charles y de Catherine en la cálida campiña, entre los raíles, abandonado por Maurice en el serrín del café oscuro y fresco, nadando en la estela del barco de la compañía Paquet, tomado a los lagos de tinta fresca, brillando y secándose en los rasgos de la M de Mathieu, mientras que la pluma araña el papel y lo rompe, mientras que Daladier, hundido en los cojines, chupa un cigarrillo apagado mirando a los peatones. Le fastidiaba hallarse en Londres; volvía constantemente la mirada hacia la puerta para no ver la cochina jeta de Bonnet y el rostro inexpresivo de aquel idiota inglés; pensaba: "¡No se dan cuenta!" Vio a una mujer a pelo que se reía abriendo la boca. Todos miraban distraídamente el auto, dos o tres gritaban: "¡Hurra!", pero, decididamente, no se daban cuenta de que llevaba la guerra y la paz a Downing Street, la guerra o la paz, cara o cruz, el auto negro corría dando bocinazos por la carretera de Londres. Daniel escribía. El comandante se había detenido frente a la puerta del salón de las primeras y leía: "Esta noche, a las nueve, la orquesta femenina *Baby's* dará un concierto sinfónico en el salón de las primeras. Todos los pasajeros, sin distinción de clases, quedan invitados gratuitamente." Dio una chupada a su pipa y pensó: "Está demasiado delgada." Y en el mismo momento olió un cálido perfume, oyó un ruidito de alas, era Maud y él se volvió; en Madrid, el sol poniente doraba

el frente en ruinas de la Ciudad Universitaria; Maud le miraba, dio un paso, el marroquí se deslizaba por los escombros, el belga le vio, Maud y el comandante se miraban. El marroquí levantó la cabeza y vio al belga, se miraron, y luego, bruscamente, Maud dibujó una fría sonrisa y volvió la cabeza, el belga apoyó el gatillo, el marroquí murió, el comandante dio un paso hacia Maud y pensó: "Está demasiado delgada", y se detuvo. "¡Maldito cerdo!", exclamó el belga. Mirando al marroquí muerto repetía "¡Maldito cerdo!"

—Bueno, ¿y Marcelle?—preguntó Gómez—. Sarah me ha dicho que aquello había concluido.

—Concluido—afirmó Mathieu—. Se ha casado con Daniel.

—¿Daniel Sereno? ¡Vaya una idea!—dijo Gómez—. Pero ¡al fin libre!

—Libre—repitió Mathieu—. Libre, ¿de qué?

—Marcelle no le convenía—dijo Gómez.

—¡Bah!—exclamó Mathieu—. ¡Bah!

Mesas cubiertas con blancos manteles rodeaban en semicírculo una pista arenosa y alfombrada con agujas de pinos. *El Provençal* estaba desierto; tan solo un señor comía un ala de pollo y bebía agua de Vichy. Los músicos subieron lánguidos al estrado, se sentaron produciendo un ruido de sillas y cuchichearon entre ellos mientras afinaban los instrumentos; todavía se percibía el mar negro a través del pinar. Mathieu estiró las piernas debajo de la mesa y bebió un trago de oporto. Por primera vez desde hacía ocho días se encontraba normal, se había reconcentrado de golpe, se sentía completamente recuperado en aquel curioso lugar, mitad sala particular, mitad bosque sagrado. Los pinos parecían recortados en un cartón, las lamparitas color de rosa, en medio de la dulce noche natural, reflejaban una luz de tocador en el mantel; un proyector alumbró los árboles, blanqueó de pronto la pista dándole el aspecto de cemento. Pero existía aquella ausencia flotando sobre sus cabezas, y, en el cielo, las estrellas como indefinidos y doloridos gusanillos de luz.

existía también el olor a resina, y, luego, la brisa marina, movediza e inquieta, como alma en pena, que sacudía los manteles y que, de repente, os pasaba por el cuello su hocico frío.

—Hablemos de usted—dijo Mathieu.

Gómez pareció sorprenderse.

—¿No le ha ocurrido nada más?—preguntó.

—Nada—contestó Mathieu.

—¿En dos años?

—Nada. Me encuentra igual que me dejó.

—¡Condenados franceses!—exclamó riendo Gómez—. Son ustedes eternamente lo mismo.

El del saxofón reía, el del violín le hablaba al oído. Ruby se inclinó hacia Maud que afinaba su violín.

—Fíjate en el viejo de la segunda fila—le dijo.

Maud lanzó una carcajada. El viejo era calvo como una bola de billar. Su mirada recorrió el auditorio, había unos quinientos. Vio a Pierre de pie cerca de la puerta y dejó de reír. Gómez miró fríamente al violinista y luego echó una ojeada a las sillas vacías.

—Como rincón tranquilo, creo que no lo hubiéramos encontrado mejor—comentó con voz resignada.

—Tenemos música—añadió Mathieu.

—Ya lo creo, ya la oigo—dijo Gómez.

Miraba a los músicos como censurándolos. Maud leía el descontento en todos los ojos, ella tenía las mejillas encendidas, como cada vez que actuaba; pensaba: "¡Dios mío, Dios mío! ¿De qué sirve?" Pero France de pie, espumosa y tricolor, aparecía con todas las muestras de la felicidad, sonreía, marcaba el compás adelantándose, sostenía su arco con el dedo meñique como si fuera un tenedor.

—Me prometió usted mujeres—dijo Gómez.

—Pues sí—contestó desolado Mathieu—. No sé lo que pasa: la semana última, a esta misma hora, todas las mesas estaban ocupadas, y de buen género. Había género excelente, puede creerme.

—¡Los acontecimientos!—disculpó Gómez con su suave voz.

—Indudablemente.

Los acontecimientos, tenía razón: también existen para ellos allí. "Los acontecimientos." Luchan adosados a los Pirineos, la mirada puesta en Valencia, en Tarragona, pero leen los periódicos y piensan en ese hormigueo de hombres y armas, a su espalda, y tienen sus opiniones acerca de Francia, de Checoslovaquia, de Alemania. Se agitó un poco en su silla, un pez se había acercado al cristal del acuario y le miraba con sus redondos ojos. Dedicó a Gómez una risita cómplice y dijo en tono inseguro:

—Es que la gente empieza a comprender.

—No comprende nada en absoluto—dijo Gómez—. Un español puede comprender, también un checo y hasta un alemán si se quiere, porque están en el ajo. Pero los franceses no lo están y no comprenden nada: tienen miedo.

Mathieu, herido, dijo enérgicamente:

—No puede reprochárseles. Yo que no tengo nada que perder y no me molesta extraordinariamente tenerme que incorporar, eso me cambiará. Pero si se tiene gran apego a algo, pienso que no debe de ser fácil pasar limpiamente de la paz a la guerra.

—Yo lo he hecho en una hora—dijo Gómez—. ¿Cree usted que a mí no me importaba mi pintura?

—Usted es diferente.

Gómez se encogió de hombros.

—Habla usted igual que Sarah.

Callaron. Mathieu no apreciaba mucho a Gómez. Menos que a Bonnet, menos que a Daniel. Pero se veía culpable ante él porque era un español. Se estremeció. Un pez contra el vidrio del acuario. Y él era francés bajo aquella mirada. Francés hasta la medula de los huesos. Culpable. Culpable y francés. Le entraron ganas de decirle: "¡Pero, diablos, yo era intervencionista!" Sin embargo, no era esa la cuestión. Lo que él hubiera deseado no era cuestión. Lo que había personalmente anhelado no contaba. El era francés y de nada hubiera servido

no solidarizarse con los demás franceses. He decidido la no intervención en España, yo no he enviado armas, he cerrado la frontera a los voluntarios. Era necesario defenderse con todos o condenarse con todos, con el *maître* de hotel o con aquel señor dispéptico que bebía agua de Vichy.

—Es idiota—dijo—, me había imaginado que vendría usted uniformado.

Gómez sonrió.

—¿Uniformado? ¿Quiere usted verme vestido de uniforme?

Sacó de su cartera un legajo de fotografías y se las tendió a Mathieu una tras otra.

—¡Este es el hombre!

Era un oficial de dura mirada, en la escalinata de una iglesia.

—No parece usted muy amable.

—Así hay que ser—contestó Gómez.

Mathieu le miró y se echó a reír.

—Efectivamente—dijo Gómez—, es una farsa.

—Yo no pensaba lo mismo—interrumpió Mathieu—. Lo que me preguntaba era si yo tendría el mismo aire malvado de usted bajo el uniforme.

—¿Es usted oficial?—preguntó Gómez muy interesado.

—Soldado raso.

Gómez hizo un gesto de desagrado:

—Todos los franceses son soldados rasos.

—Y todos los españoles son generales—repentizó Mathieu.

Gómez se rió con ganas.

—Mire usted esto—le dijo tendiéndole otra fotografía. Era de una jovencita morena y seria. Era guapísima. Gómez la estrechaba el talle y sonreía con aquel aire pedante que siempre mostraba en los retratos.

—Marte y Venus—dijo.

—Ahora le reconozco—manifestó Mathieu—. Pero, dígame, parece que las elige usted muy tiernecitas.

—De quince años; pero la guerra las madura... Y aquí me ve en pleno combate.

Mathieu contempló a un hombrecillo acurrucado detrás de una pared en ruinas.

—¿De dónde es?

—De Madrid: la Ciudad Universitaria. Todavía se lucha allí.

Ha luchado. Está tumbado detrás de ese muro librándose de las balas que sobre él disparaban. Era capitán en aquella época. Quizá le faltaran cartuchos y pensara: "¡Cochinos franceses!" Gómez se echó hacia atrás en su silla; acababa de beber su oporto, cogió su caja de cerillas con gesto calculado, encendió su pitillo, sus rasgos nobles y cómicos salieron de la oscuridad y se borraron. Ha luchado; nada conserva en sus ojos. Caía la noche, le envolvía su dulzura, se hacía azul encima de la lámpara rosa, la orquesta tocaba *No te quiero más,* el viento agitaba suavemente el mantel, una mujer entró arrogante y sola y se sentó cerca de ellos, su perfume llegó a la nariz de ambos. Gómez lo aspiró con fruición dilatando las alas de su nariz, su gesto se endureció, volvió la cabeza como buscando.

—A la derecha—dijo Mathieu.

Gómez la asestó una mirada de lobo, había recobrado su seriedad. Dijo:

—¡Hermosa mujer!

—Es una actriz—dijo Mathieu—. Tiene doce pijamas para la playa. Un industrial de Lyon la sostiene.

—¡Huy!—exclamó Gómez.

Ella le devolvió la mirada y apartó los ojos sonriendo apenas.

—No perderá usted la velada—comentó Mathieu.

El no respondió. Apoyó su antebrazo en el mantel. Mathieu contempló su velluda mano ensortijada que empañaba la claridad de la lámpara. Allí estaba completamente azul, con sus sonrosadas manos, respirando aquel perfume de rubia, la llama con la mirada. Ha combatido. Tiene detrás poblaciones chamuscadas, remolinos de pol

en rojo, lomas peladas, explosiones de proyectiles que ya no brillan en sus ojos. Ha combatido, va a volver al combate y está allí, viendo los mismos blancos manteles que yo veo. Trató de mirar los pinos, la pista y la mujer con los ojos de Gómez, aquellos ojos quemados por el fuego de la guerra; lo logró un instante y luego la aspereza inquieta y suntuosa que le había invadido se desvaneció. Ha luchado, es..., ¡qué novelesco es! "Yo no lo soy", pensó Mathieu.

—No—dijo Odette—, solo dos cubiertos, Mathieu no viene a cenar.

Ella se acercó a la ventana abierta, oía la música del *Provençal*, un tango. Escuchaban ellos la música. Mathieu pensaba: "Está de paso." El camarero les sirvió la sopa:

—No—dijo Gómez—; no quiero sopa.

Ellas tocaban el *Tango del Gato*, el violín de France saltaba en la luz y de pronto se sumía en la oscuridad como un pez volador. France sonreía, los ojos entreabiertos, se hundía en su violín, el arco raspaba, el violín maullaba, Maud oía maullar el violín contra la oreja, oía también toser al señor calvo, y Pierre la miraba, Gómez se echó a reír, no era bueno su aspecto.

—Un tango—dijo él—, un tango. ¡Si los franceses tuviesen que interpretar así un tango en Madrid!

—¿Les tirarían patatas cocidas?—preguntó Mathieu.

—¡Piedras!—exclamó Gómez.

—No nos quieren mucho allá abajo, ¿eh?—preguntó Mathieu.

—¿Querer?—dijo Gómez.

Empujó la puerta. El *Bar Vasco* estaba desierto. Boris había estado allí una noche atraído por su título, que le hacía pronunciar cierta palabra que le daba risa. Luego supo que aquel bar era muy famoso y Boris lo visitaba todas las noches cuando Lola actuaba. Por las ventanas abiertas oían la lejana música del Casino; y hasta en cierta ocasión había creído reconocer la voz de Lola, pero era impresión que no había vuelto a reproducirse.

—Buenos días, señor Boris—saludó el dueño.

—Buenos días, jefe—contestó Boris—. Déme un ron blanco.

Se encontraba en buen momento. Creyó que podía tomar dos copas de ron blanco mientras fumaba su pipa, luego, hacia las once, se pagó un bocadillo de salchichón. Alrededor de medianoche, iría a reunirse con Lola. El dueño se inclinó y le sirvió la copa.

—¿No está el Marsellés?—preguntó Boris.

—No—dijo el patrón—; tiene un banquete profesional.

—Perdone.

El Marsellés era agente vendedor de corsés, y había también otro tipo llamado Charlier, tipógrafo. Boris jugaba algunas veces con ellos a las cartas y, otras, hablaban de política y de deportes, o bien permanecían sentados sin hablar, unos en el mostrador, los otros en las mesas del fondo; de cuando en cuando Charlier rompía el silencio para decir: "Sí, sí, así es", con un movimiento de cabeza y el tiempo transcurría agradablemente.

—Poca gente hay hoy—comentó Boris.

El patrón se encogió de hombros.

—Todos ahuecan el ala. Lo corriente es que yo tenga abierto hasta Todos los Santos—dijo volviendo al mostrador—. Pero si esto continúa así, cierro el establecimiento el primero de octubre y me voy al terruño.

Boris dejó de beber y se quedó perplejo. De todos modos, el contrato de Lola expiraba el primero de octubre, ya se habrían marchado ellos. Pero no le agradaba saber que el Bar Vasco cerraría detrás de su partida. También el Casino cerraría como los hoteles, el Biarritz quedaba desierto. Era igual que pensar en la muerte: si se tuviese la certeza de que otros beberían, después de uno, copas de ron blanco, tomarían baños de mar, oirían piezas de *jazz,* se sentiría reconfortado; pero si se dedicara uno a pensar que todo el mundo moriría al mismo tiempo y que después la Humanidad cerraría sus puertas, no tendría nada de regocijante.

—¿Y para cuándo la reapertura?—preguntó él para tranquilizarse.

—Si se declara la guerra, no abriré hasta Dios sabe cuándo.

Boris contó con los dedos: 26, 27, 28, 29, 30 vendré aún cinco veces y después todo habrá terminado; no veré más el Bar Vasco. Era curioso. Cinco veces. Tomaría todavía cinco veces copas de ron blanco en aquella mesa; después, la guerra, el Bar Vasco cerraría en octubre del 39, Boris sería movilizado. Lámparas imitando a velas plantadas sobre suspensiones de roble despedían una hermosa luz rojiza sobre las mesas. Boris pensó: "Yo no veré más esta luz." Precisamente esta: rojo y negro. Naturalmente, él vería otras muchas, los cohetes nocturnos sobre los campos de batalla dicen que no están mal. Pero la luz esta se apagaría el primero de octubre y Boris ya no volvería a verla jamás. Observó respetuosamente una mancha de claridad que se extendía sobre la mesa y pensó que él era el culpable. El había tratado siempre los objetos igual que a tenedores y cucharas que pueden ser renovados y eso era un error profundo; existía un número determinado de bares, de cinemas, de casas, de pueblos y ciudades y en cada uno de ellos un solo individuo no podía ir más que un número determinado de veces.

—¿Quiere usted que ponga la radio?—preguntó el patrón—. Eso le ahuyentará el aburrimiento.

—No, gracias. Está bien así.

En el momento de su muerte, en el 42, habría almorzado 365 por 22, igual a 8.030 veces, contando las comidas de crío. Y admitiendo que había comido tortilla una vez sobre diez, habría comido 803 tortillas. ¿Solo 803 tortillas? Eso sí que no. Hay que contar también las cenas, lo cual suma 16.060 comidas y 1.606 tortillas. De manera que para un aficionado no es exagerado. ¿Y los cafés?, prosiguió. Hay que contar el número de veces que entraré todavía en un café: pongamos que sean dos al día y que sea movilizado dentro de un año, total, 730 veces. ¡730 veces!, que es muy poco. Fue para él un golpe, pero

no le sorprendió exageradamente: siempre había tenido la idea de que moriría joven. Se había dicho a menudo que acabaría tuberculoso o asesinado por Lola. Pero en su fuero interno, nunca había dudado de que no debiera perecer en la guerra. El trabajaba, preparaba su bachillerato o su licenciatura, pero era más bien como pasatiempo, como las jóvenes que siguen los cursos en la Sorbonne en espera de su boda. "¡Muy curioso!", se dijo; hubo épocas en las que la gente estudiaba Derecho o Filosofía pensando que desempeñaría una notaría a los cuarenta años de edad y un retiro de profesor a la de sesenta. Uno se pregunta qué podían tener en la cabeza. ¡Gente que tenía por delante 10.000, 15.000 veladas en el café, 4.000 tortillas, 2.000 noches de amor! Y si dejaban un sitio que les agradaba, seguramente podrían decirse: volveremos el año próximo o dentro de diez años. "¡Qué de idioteces debían de cometer!", decidió él severamente. No es posible organizar su vida a cuarenta años de distancia. Para él era mucho menos pretencioso hacer proyectos por dos años y punto final. Hay que ser modesto. Un junco pasó lentamente por el río Azul y Boris se entristeció repentinamente. No iría nunca a la India, ni a China, ni a México, ni siquiera a Berlín, su vida era aún más modesta de lo que él habría deseado. Algunos meses en Inglaterra, Laon, Biarritz, París; y los hay que han dado la vuelta al mundo. Una sola mujer. Era una vida sumamente pequeña; daba la sensación de haber terminado, puesto que se sabía de antemano todo lo que no iba a contener. Es preciso ser modesto. Se irguió, bebió un trago de ron y pensó: "Vale más así, no se corre el riesgo de despilfarrar."

—¡Otro ron, jefe!

Levantó la cabeza y observó con interés las bombillas eléctricas.

El reloj de encima del espejo dio la hora frente a él. Las nueve y cuarenta y cinco. Se dijo: "Me iré a las diez", y llamó a la camarera.

—Lo mismo.

Se fue la camarera y volvió con la botella y un platillo. Vertió la bebida en la copa de Philippe y dejó el platillo en la pila con los demás. Ella tenía una sonrisa irónica, pero Philippe la miró con lucidez, frente a frente, tomó con firmeza la copa, la elevó sin derramar ni una gota, bebió un traguito y dejó la copa donde estaba sin apartar los ojos de los de la camarera.

—¿Cuánto debo?

—¿Quiere usted pagar?—preguntó ella.

—Quiero pagar ahora mismo.

—Bien; son doce francos.

Pagó quince y, con una señal de la mano, indicó a la camarera que podía retirarse. El pensó: "¡No debo un céntimo a nadie!", y se rió un poco detrás de la mano. ¡A nadie! Vio reflejada su risa en el espejo y le hizo gracia. Al oír la última campanada de las diez se levantaría, arrebataría su imagen al espejo y el martirio empezaría. De momento estaba más bien alegre, veía la situación con ojos de diletante. El café era hospitalario. Era el *Capou*, el sillón era blando como un colchón de plumas, él estaba hundido dentro, una musiquilla le llegaba del mostrador al mismo tiempo que un ruido de vajilla que le recordaba las campanillas de las vacas de Seelisberg. Se veía en el espejo, hubiese podido permanecer sentado mirándose y escuchando aquella musiquilla durante toda una eternidad. A las diez, se levantaría, cogería su imagen entre las manos arrancándola al espejo, como una piel muerta, como una nube de un ojo. *Las nubes de las cataratas operadas.*

Cataratas del día.

En las nubes de las cataratas operadas.

O bien:

El día penetra en cataratas en la nube operada de las cataratas.

O también:

Niágara del día en cataratas en la nube operada de las cataratas.

Las palabras cayeron convertidas en polvo y él se agarró al mármol frío, el viento me lleva, tenía ese gusto de

alcohol empalagoso en el paladar. EL MÁRTIR. Se miró en el espejo, pensó que estaba mirando al mártir; saludó a su imagen dedicándole una sonrisa. "Las diez menos diez", pensó satisfecho. ¡Qué largo se me hace el tiempo! Han pasado cinco minutos. ¡Una eternidad! Todavía dos eternidades sin moverse, sin pensar, contemplando el bello rostro demacrado del mártir y, por último, el tiempo penetrará mugiendo en un taxi, en el tren, hasta Ginebra.

Ataraxia.
Niágara del tiempo.
Niágara del día.
En las nubes operadas de las cataratas.
Yo me voy en taxi.
A Gauburge. A Bibracte.
Que conste, que conste.
Que cataratee.

El rió, cesó de reír, miró en torno suyo, el café olía a estación, a tren, a hospital; tenía ganas de pedir socorro. Siete minutos. "¿Qué sería más revolucionario?", se preguntó. ¿Marcharse o no marcharse? Si me voy, me rebelo contra los demás y, si me quedo, me rebelo contra mí, es más duro. Prepararlo todo, robar, hacer que hagan documentación falsa, romper todos los lazos, y luego, a última hora, ¡paf!, ya no me voy. ¡Buenas noches! La libertad en segundo grado, la libertad negando a la libertad. A las tres menos diez decidió jugar su viaje a cara o cruz. Veía con toda nitidez la sala de espera de la estación de Orsay, desierta y rebosante de luz, y la escalera que se hundía bajo tierra, en el humo de locomotoras, tenía en la boca gusto de humo; cogió una moneda de dos francos; si es cara me voy; la lanzó al aire, cara, me voy; cara, me voy. Y salió cara. Pues ya está, me voy, dijo él a su imagen. No porque odie la guerra, no porque odie a mi familia, ni siquiera porque haya decidido irme; por una cuestión de azar, porque una moneda ha dado una vuelta más de un lado que de otro. Admirable, se dijo satisfecho; estoy al extremo de la libertad. El mártir barato, ¡si ella me hubiera visto tirando la moneda al aire! To-

davía un minuto. Una tirada de dados: ¡Escalera! Se levantó, andaba derecho, ponía un pie y luego el otro pisando una ranura de la tarima, notaba a su espalda la mirada de la camarera, pero no le daría ese gustazo. Ella le llamó:

—¡Señor!

Él se volvió temblando:

—¡Su maleta!

¡Mierda! Cruzó la sala corriendo, se apoderó de su maleta y vaciló. Con dificultad llegó a la puerta en medio de carcajadas, salió, paró un taxi. Llevaba la maleta en su mano izquierda y con la derecha apretaba la moneda de dos francos. El coche paró delante de él.

—¿Adónde vamos?

El chófer usaba bigote y tenía una verruga en el carrillo.

—Calle Pigalle—dijo Philippe—. A la *Cabaña Cubana.*

—Hemos perdido la guerra—afirmó Gómez.

Mathieu lo sabía, pero creía que Gómez todavía no lo sabía. La orquesta tocaba *I'm looking for Sallie,* los platos brillaban debajo de la lámpara y la luz de los proyectores caía sobre la pista como un monstruoso claro de luna, un claro de luna reclamo para Honolulú. Gómez estaba allí sentado, el claro de luna yacía a su diestra, y a siniestra, una dama medio le sonreía; iba a volver a España y sabía que los republicanos tenían perdida la guerra.

—No pueden estar seguros. Nadie puede estarlo.

—Sí—replicó Gómez—. Nosotros sí estamos seguros.

Y no parecía triste, se limitaba a hacer una afirmación, eso era todo. Miraba a Mathieu tranquilo y como liberado. Dijo:

—Todos mis soldados tienen la seguridad de que se ha perdido la guerra.

—¿Y pese a todo luchan?—preguntó Mathieu.

—¿Qué quiere usted que hagan?

Mathieu se encogió de hombros.

—Evidentemente.

Cojo mi copa, bebo dos tragos de Château-Margau-me dicen: luchan hasta lo último, no tienen otra alterna-tiva, bebo otro trago, me encojo de hombros y digo: evi-dentemente. ¡Puerco!

—¿Qué es esto?—preguntó Gómez.

—El turnedó Rossini—contestó el *maître* de hotel.

—Está bien—dijo Gómez—, venga.

Le quitó el plato de la mano y lo puso sobre la mesa.

—No está mal—dijo—. No está mal.

Los filetes aquellos están servidos, uno para cada uno. Tiene derecho a saborear el suyo, tiene derecho a des-trozarlo con sus bonitos dientes blancos, tiene derecho a mirar a aquella linda mujer de su izquierda y de pensar: ¡Vaya una hembra! Yo no. Si yo como, cien españoles muertos me lo reprochan. Yo no he pagado.

—Beba—dijo Gómez—. Beba.

Cogió la botella y llenó el vaso de Mathieu.

—Es usted quien me invita—dijo Mathieu sonrien-do. Cogió el vaso y lo vació. La carne se encontró súbita-mente en su plato. Cogió también tenedor y cuchillo. Si España me invita—murmuró.

Gómez pareció no oírle. Se había servido otro vaso de aquel vino; bebió y sonrió:

—Hoy el turnedó, mañana los garbanzos. Esta es la úl-tima velada que paso en Francia—dijo—. Y es la única buena comida que he disfrutado.

—¿Cómo es eso?—preguntó Mathieu—. ¿Y en Mar-sella?

—Sarah es vegetariana—contestó Gómez.

Miraba francamente, frente a frente, simpáticamente. Dijo:

—Cuando tuve mi permiso, hacía tres semanas que Bar-celona estaba privada de tabaco. No le diré a usted nada: una gran ciudad entera sin fumar...

Volvió los ojos hacia Mathieu y le pareció que acababa de verle. Su mirada volvió a ser desagradable.

—Pronto sabrán ustedes lo que es eso—dijo.

—No es seguro—replicó Mathieu—. Todavía puede evitarse la guerra.

—¡Naturalmente!—dijo Gómez—. Siempre puede evitarse la guerra—después de una sonrisita añadió—: Bastaría con que no ayudaran a los checos.

"No, amigo mío, no—pensó Mathieu—. Nada de eso. Los españoles pueden aleccionarme respecto a España, allá ellos. Pero en lo que se refiere a los checoslovacos, yo reclamo la presencia de un checo."

—Francamente, Gómez—preguntó—: ¿hay que ayudarlos? No hace aún mucho tiempo, los comunistas reclamaban la autonomía para los alemanes de los Sudetes.

—¿Hay que ayudarlos?—preguntó Gómez imitando a Mathieu—. ¿Sería necesario sostenernos? ¿Habría que apoyar a los austríacos? ¿Y ustedes? ¿Quién les sostendrá cuando llegue su turno?

—No se trata de nosotros—argumentó Mathieu.

—Se trata precisamente de ustedes—replicó Gómez—. Si no, ¿de quién?

—Gómez—invitóle Mathieu—, cómase el turnedó. Comprendo muy bien que todos ustedes nos detesten. Pero, en fin, es su última noche de permiso, la carne se enfría en el plato, hay una damita que le sonríe y, después de todo, yo era partidario de intervenir.

Gómez se corrigió y dijo sonriente:

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Y además—prosiguió Mathieu—, en España la situación era muy clara. Pero cuando me habla de Checoslovaquia, no le sigo porque veo la cosa mucho menos diáfana. Existe un punto de derecho que no llego a comprender: porque, en fin de cuentas, ¿y si los alemanes de los Sudetes no quieren ser checos?

—Deje usted de lado las cuestiones de derecho—dijo Gómez encogiéndose de hombros—. ¿Busca usted una razón para luchar? No hay más que una: si no se baten están perdidos. Lo que Hitler pretende, no es ni Praga, ni Viena, ni Dantzig: es Europa.

Daladier miró a Chamberlain, miró a Halifax, y, luego,

volvió los ojos y miró el reloj dorado de una cómoda: las agujas marcaban las diez y treinta y cinco; el taxi se detenía en la *Cabaña Cubana,* Georges dio media vuelta sobre la espalda y gimió un poco, los ronquidos de su vecino le impedían dormir.

—No puedo—dijo Daladier—sino repetir lo que ya he declarado: el gobierno francés ha suscrito compromisos respecto a Checoslovaquia. Si el gobierno de Praga mantiene su negativa a aceptar las proposiciones alemanas y si, como consecuencia de tal negativa, es víctima de una agresión, el gobierno francés se verá obligado a cumplir sus compromisos.

Tosió, miró a Chamberlain y esperó.

—Sí—dijo este—; sí, evidentemente.

Pareció que estaba dispuesto a añadir algo; pero las palabras no se pronunciaron. Daladier esperaba trazando con el pie circunferencias en la alfombra. Acabó por levantar la cabeza y preguntó con voz cansada:

—¿Cuál sería, dada semejante eventualidad, la postura del gobierno británico?

France, Maud, Doucette y Ruby se levantaron y saludaron. En las primeras filas hubo algunos tibios aplausos y luego la multitud desfiló entre un enorme ruido de sillas. Maud buscó a Pierre con la mirada, pero había desaparecido. France volvióse hacia ella, encendidas sus mejillas y sonriendo.

—Ha sido una buena velada, una excelente velada.

La guerra estaba allí, en la blanca pista, era como el muerto resplandor de un claro de luna artificial, el falso brío de la trompeta amordazada y aquel frío del mantel, en el olor de vino tinto, y aquella belleza secreta de los rasgos de Gómez. La guerra, la muerte, la derrota. Daladier miraba a Chamberlain, leía la guerra en sus ojos; Halifax miraba a Bonnet, este miraba a Daladier; callaban y Mathieu veía la guerra en su plato, en la salsa negra con "ojos" del turnedó.

—¿Y si también nosotros perdiéramos la guerra?

—En ese caso, Europa sería empujada al fascismo—con

cluyó Gómez con ligereza—. No es una mala preparación para el comunismo.

—¿Qué sería de usted, Gómez?

—Yo pienso que vuestros "polis" me abatirán en una habitación alquilada o bien me iría a tirar de la oreja a Jorge allá en América. ¿Y qué más da? Habré vivido.

Mathieu se quedó mirando a Gómez con curiosidad:

—¿Y no echaría usted nada de menos?—preguntó.

—Nada en absoluto.

—¿Ni siquiera la pintura?

—Ni siquiera la pintura.

Mathieu movió la cabeza entristecido. Le gustaban los lienzos de Gómez.

—Usted pinta bellos cuadros—le dijo.

—Nunca más podré pintar.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Es algo nervioso. He perdido la paciencia. Me parecería aburrido.

—Sin embargo, también en la guerra hay que ser paciente.

—Pero no es la misma paciencia.

Callaron. El *maître* trajo las hojuelas en una bandeja de estaño, las roció con ron y calvados y luego prendió el líquido con una cerilla. Una llama espectral giró un momento por el aire.

—¡Gómez!—exclamó de pronto Mathieu—. Usted es fuerte; sabe por qué lucha.

—¿Insinúa que usted no lo sabría?

—Creo que yo lo sabría. Pero yo no pensaba en mí. Hay tipos que no tienen más que su propia vida, Gómez. Y nadie hace nada por ellos. Nadie. Ningún gobierno. Ningún régimen. Si aquí el fascio sustituyera a la república, ni se darían cuenta. Tomo a un pastor de Cévennes, ¿cree usted que sabría por qué combate?

—Entre nosotros, son los pastores los más encorajinados.

—¿Por qué luchan?

—Depende. Yo los he conocido que peleaban por aprender a leer.

—En Francia todo el mundo sabe leer—dijo Mathieu. Si yo tuviese en mi regimiento un pastor de Cévennes y si yo viera que se dejaba matar a mi lado para conservarme la República, no me sentiría muy orgulloso, se lo juro. Gómez, ¿acaso no se siente usted avergonzado algunas veces por todos los que se han dejado matar por usted?

—No me remuerde la conciencia—respondió Gómez. También yo arriesgo como ellos mi pellejo.

—Los generales mueren en sus lechos.

—Yo no siempre he sido general.

—De todos modos no es lo mismo—concluyó Mathieu.

—No les compadezco—prosiguió Gómez—. No tengo piedad por ellos—pasó la mano por encima del mantel y cogió el antebrazo de Mathieu diciéndole en voz baja y lenta—: La guerra es una cosa muy bella.

Sus ojos echaban chispas. Mathieu trató de desprenderse, pero Gómez apretó el brazo con más fuerza y repitió:

—¡Me gusta la guerra!

Ya no se podía decir más. Mathieu, molesto, dibujó una sonrisita y Gómez le soltó el brazo.

—Ha causado usted una excelente impresión a nuestra vecina—dijo Mathieu.

Gómez lanzó entre sus bellas pestañas una mirada a su izquierda.

—¿De veras?—preguntó—. Pues mire, el hierro se forja cuando está caliente. ¿Esta pista es para bailar?

—Claro que sí.

Gómez se levantó abotonándose su chaqueta. Se dirigió a la actriz y Mathieu le vio que se inclinaba ante ella. Ella echó la cabeza hacia atrás y le miró con una sonrisa de circunstancia, luego se alejaron y se pusieron a bailar. Bailaban: no olía a negra, sería martiniquesa; seguramente sería malabar. Philippe pensaba: "martiniquesa" y la palabra le sugirió otra: malabaresa y murmuró:

—¡Mi bella malabaresa!

Ella respondió:

—¡Qué bien baila usted!

Su voz sonaba algo a pífano y no era desagradable.

—Habla usted divinamente el francés—le dijo él.

Ella le miró indignada.

—He nacido en Francia.

—No importa—replicó él—. Habla usted muy bien el francés pese a todo.

Pensó: "Estoy borracho", y se echó a reír. Ella le dijo sin enfado:

—Está usted completamente ebrio.

—De acuerdo—contestó él.

Ya no sentía la fatiga; habría estado bailando hasta la mañana siguiente, pero se había propuesto acostarse con la negra, lo cual era más serio. Lo más regocijante de la embriaguez era el poder que tenía sobre las cosas. No era necesario tocarlas: una simple mirada y se las poseía; poseía él aquella frente, aquellos negros cabellos; era una caricia para sus ojos aquella faz lisa. Más allá, todo quedaba borroso: había un señor gordo que bebía champaña y otras personas pegadas unas a las otras que él no distinguía muy bien. Terminado el baile fueron a sentarse.

—Pero ¡qué bien baila usted!—exclamó ella—. Guapo como es, ha debido de tener usted mujeres a puñados.

—Soy virgo—dijo Philippe.

—¡Mentiroso!

El levantó la mano.

—Se lo juro, se lo juro por mi madre.

—¡Ah!—exclamó ella decepcionada—. Entonces es que las mujeres no le interesan.

—No lo sé. Hay que probar.

El la miró, la poseía con los ojos, hizo una mueca y dijo:

—Cuento contigo.

Ella le sopló el humo a la cara:

—Ya verás lo que yo sé hacer.

El la cogió por los pelos y la atrajo; de cerca olía un poco a grasa. El la besó ligeramente los labios y ella dijo:

—Un doncel, me va a tocar el gordo de la lotería.

—¿Juegas?—dijo—. Jugando siempre se pierde.

No la deseaba en absoluto. Pero estaba contento porque ella era hermosa y no le intimidaba. Se encontraba a gusto con ella y pensaba: "Sé hablar a las mujeres." La soltó, ella se irguió; la maleta de Philippe cayó al suelo.

—¡Cuidado!—dijo él—. ¡Estás curda!

Ella cogió la maleta:

—¿Qué hay ahí dentro?

—¡Chis! No la toques, es una valija diplomática.

—Quiero saber lo que contiene—dijo ella con mimo infantil—. Nene mío, dime lo que contiene.

Quiso él apoderarse de la maleta, pero ella se había adelantado a abrirla. Vio el pijama y el cepillo de dientes.

—¡Un libro!—exclamó ella al descubrir el Rimbaud—. ¿Quién es ese?

—Ese es un personaje que se fue.

—¿Adónde?

—A ti qué puede importarte. Se fue.

El la quitó el libro de las manos y lo volvió a dejar dentro de la maleta.

—Es un poeta—dijo él irónico—. ¿Lo comprendes mejor así?

—Claro que sí. Podías haberlo dicho antes.

El volvió a cerrar la maleta pensando: "No me he ido", y su embriaguez desapareció. "¿Por qué? ¿Por qué no me he ido?" Ahora distinguía perfectamente al señor gordo frente a él: no era tan gordo como había creído y tenía ojos que intimidaban. Los racimos humanos se despegaron solos: había mujeres negras, blancas y bronceadas lo mismo que los hombres. Le pareció que le miraban mucho. "¿Por qué me encuentro aquí? ¿Por qué he entrado? ¿Por qué no me he ido?" En sus recuerdos había un bache. Había tirado la moneda al aire, había parado un taxi y ahora estaba sentado a la mesa frente a una copa de champaña, con aquella mujer de color que olía a cola de pescado. Veía a aquel Philippe que lanzaba la moneda al

ore, trataba de coordinar, pensaba: "Yo soy otro. No me reconozco." Volvió la cabeza hacia la negra.

—¿Por qué me miras?—le preguntó ella.

—Porque sí.

—¿Me encuentras bonita?

—Entre Pinto y Valdemoro.

Lanzó como un gruñido y sus ojos relampaguearon. Levantó el trasero a algunos centímetros del asiento y apoyando las manos en el mantel soltó:

—Si me encuentras fea puedo irme, no nos hemos casado.

Él buscó en sus bolsillos, sacó tres billetes arrugados de mil francos.

—Toma—dijo—. Cógelos y quédate.

Ella los cogió, los desarrugó y se volvió a sentar riéndose al tiempo que decía:

—Eres un mocoso, un pequeño sinvergüenza.

Un abismo de vergüenza acababa de abrirse ante él; no tenía más que dejarse caer. Abofeteado, vencido, echado y sin haberse ido. Inclinado encima de aquel hoyo, le dio el vértigo. En el fondo le esperaba la vergüenza, no tenía más que decidirse a recuperarla. Cerró los ojos y toda la fatiga de la jornada cayó sobre él. La fatiga, la vergüenza, la muerte. Eligió el tener vergüenza. ¿Por qué no me he ido? ¿Por qué he elegido no partir? Le parecía que llevaba el mundo cargado en los hombros.

—No eres muy hablador—dijo ella.

La acarició la barbilla, preguntándole:

—¿Cómo te llamas?

—Flossie.

—No es un nombre malabar.

—Ya te he dicho que he nacido en Francia—dijo ella enojada.

—Pues bien, Flossie, te he largado tres billetes. ¿No pretenderás que, además, te dé palique?

Ella se encogió de hombros y volvió la cabeza. El negro abismo seguía allí con la vergüenza en el fondo. El lo miraba, se asomó hacia él y, de pronto, comprendió, la

angustia le retorcía el corazón: es un cepo, si caigo en él nunca podré soportarme. Nunca. Se irguió y pensó con energía: "Porque estaba ebrio no me fui", y el abismo se cerró: había elegido. "Porque estaba ebrio no me fui." Había estado a punto de perder la vergüenza; había tenido demasiado miedo: ahora había elegido no volver a sentir vergüenza. ¡Nunca jamás!

—Yo debía haber cogido el tren, figúrate. Pero estaba completamente borracho.

—Lo tomarás mañana—dijo ella complaciente.

Y él se sobresaltó:

—¿Por qué me dices eso?

—Porque—replicó sorprendida ella—cuando a uno se le escapa un tren, al día siguiente toma otro.

—Ya no me voy—afirmó él arrugando el ceño—. He cambiado de opinión. ¿Sabes lo que es una señal?

—¿Una señal?—repitió ella.

—El mundo está lleno de señales. Todo son señales. Hay que saber interpretarlas. Debía marcharme, me emborraché y no me fui. ¿Por qué no me he ido? Porque no debía marcharme. Era un aviso: valía más que me quedara aquí.

Ella se encogió de hombros y dijo:

—Es cierto; lo que dices es una gran verdad.

Mejor era hacer otra cosa. La multitud en la Bastilla. Era allí donde había de manifestarse. Allí. Allí había que hacerse trizas. Orfeo. *¡Abajo la guerra!* ¿Quién podrá afirmar que soy un cobarde? Yo derramaría mi sangre por todos ellos: por Maurice y por Zézette, por Pitteaux, por el general, por todos esos hombres que con sus uñas van a lacerarme. Se volvió hacia la negra y la miró enternecido. Una noche; una noche única. Mi primera noche de amor. Mi última noche.

—¡Qué bonita eres, Flossie!

Y ella le sonrió.

—Si tú quisieras, podrías portarte bien.

—Vamos a bailar—dijo él—. Seré cariñoso hasta que el gallo cante.

Bailaron. Mathieu miraba a Gómez pensando: "Su última noche", y sonreía. A la negra le gustaba bailar, ella medio cerraba los ojos; Philippe bailaba y pensaba: "Mi última noche, mi primera noche de amor." Ya no se avergonzaba; estaba cansado, hacía calor; mañana derramaré mi sangre en favor de la paz. Pero el alba estaba lejos todavía. Bailaba, se encontraba confortable, justificado y romántico. Las luces se deslizaban por las paredes; el tren reducía su velocidad, chirridos, sacudidas, se detuvo, la luz inundó el vagón. Charles parpadeó y soltó la mano de Catherine.

—Laroche-Migennes—gritó la enfermera—. Hemos llegado.

—¿Laroche-Migennes?—exclamó Charles—. Pero ¡si no hemos pasado por París!

—Seguramente han hecho un rodeo—dijo Catherine.

—Recoged vuestros efectos, van a bajaros del tren—ordenó la enfermera.

Blanchard había despertado sobresaltado:

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Dónde estamos?

Nadie le contestó. La enfermera explicaba:

—Volveremos a tomar el tren mañana. Pasaremos la noche aquí.

—Me escuecen los ojos—dijo Catherine riéndose—. ¡Es esa luz!

El se volvió a mirarla y ella sonreía protegiéndose los ojos con la mano.

—Recojan sus efectos—volvió a ordenar la enfermera.

Se inclinó sobre un hombre calvo cuyo cráneo brillaba.

—¿Han oído?

—Un momento, ¡qué demonio!—refunfuñó aquel sujeto.

—Dése prisa—añadió ella—; los mozos van a venir.

—Está bien, puede llevársela, me ha cortado las ganas.

Se levantó ella, retiró la cuña extendiendo los brazos, y saltando por encima de los cuerpos se dirigió a la puerta.

—Estamos muy tranquilos—dijo Charles—. El equipo

consta de unos doce hombres y tienen veinte vagones que descargar. De aquí a que vengan...

—A menos que no empiecen por la cola.

Charles llevó a los ojos su antebrazo.

—¿Dónde van a meternos? ¿En las salas de espera?

—Así me lo imagino.

—Me duele un poco abandonar este vagón. Ya me había acostumbrado. ¿Usted no?

—Yo—contestó ella—, con tal de estar con usted...

—Ya están aquí—exclamó Blanchard.

Los mozos entraron en el vagón. Parecían negros porque daban la espalda a la luz. Sus sombras se recortaron en las paredes; se diría que habían entrado por ambos lados a la vez. Se hizo el silencio; Catherine dijo en voz baja:

—Ya había dicho yo que empezarían por nosotros.

Charles nada dijo. Vio a dos hombres inclinarse sobre uno de los enfermos y su corazón se encogió. Jacques dormía, su nariz soplaba; ella no podía dormir; mientras él no viniera, no se quedaría dormida. Justamente delante de sus pies Charles percibió una sombra enorme que se plegaba en dos, se llevaron al compañero de delante, después me toca a mí, la noche, los humos, el frío, el meneo, los andenes desiertos, tenía miedo. Entraba un hilillo de luz por la rendija de la puerta, ella oyó un ruido en el entresuelo y se dijo: "Aquí viene." Reconoció sus pasos en la escalera y la paz entró en ella: "El esta aquí, bajo el mismo techo, le tengo." Una noche aún. La última. Mathieu abrió la puerta y la volvió a cerrar, abrió la ventana y cerró los ventanillos, ella oyó el ruido del agua. Se va a la cama, tabique por medio, bajo el mismo techo.

—Me toca a mí—dijo Charles—. Dígales que la lleven inmediatamente después que a mí.

Y la estrechó con fuerza la mano mientras los dos individuos se agachaban y recibía en pleno rostro una bocanada que apestaba a vinazo.

—¡Uf!—exclamó el tipo detrás de él.

De pronto tuvo miedo y manejó su espejo mientras lo

levantaban, quiso cerciorarse de que ella le seguía, pero no percibió más que los hombros del mozo y su cabeza de ave nocturna.

—¡Catherine!—llamó.

Nadie le contestó. Estaba en el aire, el tipo daba órdenes detrás de él, sus piernas colgaron hasta el punto de hacerle creer que se caía.

—Despacito—dijo—. Despacito.

Pero ya veía las estrellas en el cielo negro, hacía frío.

—¿Nos sigue ella?—inquirió.

—¿Quién?—dijo el tipo de cabeza de ave nocturna.

—Mi vecina; es mi amiga.

—De las mujeres nos ocuparemos después. No les colocan en el mismo local.

Charles empezó a temblar.

—Yo creía que...—balbució.

—No querría que ellas mearan delante de ustedes...

—Yo creía..., yo creía...—repetía Charles.

Se enjugó la frente con la mano y de pronto empezó a chillar:

—¡Catherine! ¡Catherine! ¡Catherine!

—Ese tío está loco—exclamó el mozo que venía detrás—. ¿Callará usted de una vez?

—No sé ni su nombre—dijo Charles con voz entrecortada por los sollozos—. Voy a perderla para siempre.

Aquellos hombres le dejaron en el suelo, abrieron una puerta, le alzaron de nuevo, vio un techo oscuro y siniestro, oyó la puerta que volvió a cerrarse, había caído en el cepo.

—¡Marranos!—exclamó cuando le depositaron en el suelo—. ¡Marranos!

—¡Oye, tú!—gritó el de la cabeza de ave nocturna.

—Déjalo—comentó el otro individuo—. ¿No ves que anda mal de la cabeza.

Oyó cómo el ruido de sus pasos se atenuaba y cómo la puerta se abría y se cerraba.

—¡Cómo nos volvemos a encontrar!—dijo la voz de Blanchard.

Y al mismo tiempo Charles recibió un chorro de agua en pleno rostro. Pero se calló, permaneció inmóvil, como un muerto, mirando al techo, los ojos completamente abiertos, mientras que el agua rezumaba en orejas y cuello. Ella no quería dormir, permanecía tumbada de bruces en la oscura habitación; él se acuesta, pronto se sumirá en profundo sueño, yo velaré su sueño. Es fuerte, es puro, ha sabido esta mañana que tendría que ir a la guerra y ni siquiera ha parpadeado. Pero ahora está desarmado, va a dormir; es la última noche. "¡Qué romántico es!", pensó ella.

Era una habitación perfumada y templada, con luces satinadas y flores por todas partes.

—¡Pase!—dijo ella.

Gómez entró, miró en su derredor, vio una muñeca encima de un sofá y pensó en Teruel. Había dormido en una habitación muy parecida, con lámparas, muñecas y flores; pero sin perfume y sin techo; había un agujero en el centro del entarimado.

—¿Por qué sonríe?

—Porque este es un sitio encantador—dijo él.

Ella se le acercó:

—Si la habitación le agrada, puede usted venir tantas veces como se le antoje.

—Me marcho mañana—replicó Gómez.

—¿Mañana?—preguntó ella—. ¿Adónde va?

Ella le miraba con sus lindos ojos inexpresivos.

—A España.

—¿A España? Entonces...

—Sí—dijo él—. Soy soldado con permiso.

—¿En qué filas combate?—preguntó ella.

—¿En qué filas quiere usted que esté?

—¿Con Franco?

—¡Vamos! ¡Vamos!

Ella le echó las manos al cuello.

—¡Mi soldado guapo!

Tenía ella un aliento exquisito. El la besó.

—¡Nada más que una noche!—se lamentó ella—. No

es gran cosa. ¡Para una vez que tropiezo con un hombre que me gusta!

—Volveré—prometió él—. Cuando Franco haya ganado la guerra.

Ella volvió a besarle y se separó suavemente:

—Espéreme. Tengo ginebra y whisky en el velador.

Abrió la puerta del cuarto de aseo y desapareció. Gómez se acercó al velador y se sirvió una copa de ginebra. Los camiones rodaban, los cristales vibraban. Sarah despertó sobresaltada y se sentó en la cama. "Pero ¿cuántos hay?—se preguntó—; no acaban nunca." Camiones pesados ya camuflados con rayas grises y rayas verdes y pardas en el capó, que debían de estar repletos de hombres y de armas. Ella pensó: "Es la guerra", y prorrumpió en llanto. *¡Catherine! ¡Catherine!* Durante dos años estuvo sin llorar y cuando Gómez subió al tren no tuvo ni una lágrima y ahora las lágrimas brotaban *¡Catherine!* El hipo la hizo incorporarse, ella se dejó caer sobre la almohada y la mordía para no despertar al pequeño. Gómez bebió un trago de ginebra y le gustó. Dio algunos pasos en la habitación y se sentó en el sofá. En una mano sostenía la copa, con la otra cogió por la nuca la muñeca y la colocó sobre sus rodillas. Oía caer agua de un grifo en el cuarto de aseo, una dulzura muy conocida subía por los costados como dos manos suaves, se encontraba dichoso, bebió y pensó: "Soy fuerte." Los camiones seguían rodando, los cristales trepidaban, el agua del grifo, y Gómez continuaba meditando: "Soy fuerte como la vida y arriesgo mi vida, espero morir mañana, dentro de un momento, y la muerte no me asusta, me gusta el lujo y voy en busca de la miseria y del hambre, sé lo que quiero, sé por qué lucho, mando y soy obedecido, he renunciado a todo, a la pintura, a la gloria y lo tengo todo." Pensó en Mathieu y se dijo: "No quisiera estar en su pellejo." Ella abrió la puerta; estaba desnuda bajo su bata rosa de alcoba. Dijo:

—Aquí estoy—y añadió—: Bueno, ¿así se me recibe? ¡Vaya una mierda!

Había pasado una media hora en el cuarto de aseo, ba-

ñándose, perfumándose, porque no siempre agradaba su olor a los blancos, fue hacia él sonriente y abiertos los brazos, y él dormía completamente desnudo en la cama, con la cabeza debajo de la almohada. Ella le cogió por el hombro y le sacudió furiosa:

—¿Quieres despertar?—le dijo con voz silbante—. ¡So cochino!, ¿quieres despertar?

Abrió él los ojos y le dirigió una mirada de asombro. Depositó la copa en el aparador y en el sofá la muñeca, se levantó pausadamente y la atrajo a sus brazos. El se sentía feliz.

—¿Puedes leerme esto?—preguntó Gros-Louis.

El empleado le rechazó.

—Es la tercera vez que me lo preguntas. Te repito que tienes que ir a Montpellier.

—¿Dónde está el tren para Montpellier?

—Sale a las cuatro de la mañana. Todavía no está formado.

Gros-Louis le dirigió una inquieta mirada.

—En ese caso, ¿qué debo hacer?

—Entra en la sala de espera y da una cabezada hasta las cuatro. ¿Tienes billete?

—No.

—Pues vete a adquirirlo. No, ahí no. ¡Qué asno! En la taquilla, so bobo.

Gros-Louis fue a la taquilla. Un empleado de gafas dormitaba detrás del cristal.

—¡Eh!—dijo Gros-Louis.

El empleado dio un bote.

—Voy a Montpellier—dijo Gros-Louis.

—¿A Montpellier?

El empleado parecía sorprendido; sin duda había despertado de mal talante.

—Aquí dice Montpellier, ¿no?

Mostró su cartilla militar.

—Montpellier—leyó el empleado—. Cuarto de billete, quince francos.

Gros-Louis le entregó un billete de cien francos que le diera aquella caritativa señora.

—Y ahora, ¿qué debo hacer?—preguntó.

—Vaya a la sala de espera.

—¿A qué hora tiene la salida?

—A las cuatro de la mañana. ¿No sabe usted leer?

—No.

No se decidía a marcharse y preguntó:

—¿Es verdad que va a estallar la guerra?

El empleado se encogió de hombros.

—¿Qué quiere usted que yo sepa? Eso no figura en la guía, ¿no?

Se levantó y fue hacia el fondo de la sala. Hacía como si consultara algunos documentos, pero al cabo de un momento se sentó, apoyó la cabeza entre sus manos y reanudó la cabezada. Gros-Louis echó una ojeada en torno suyo. Hubiera deseado dar con algún individuo que le informara acerca de aquellas noticias de guerra; pero el *hall* estaba desierto. Se dijo: "Bueno, me iré a la sala de espera." Y cruzó el *hall* arrastrando los pies: tenía sueño y le dolían las piernas.

—Déjame dormir—gruñó Philippe.

—Esto no sucede a menudo—dijo Flossie—. Tienes que pasar por el aro. ¡Un estreno! Me traerás suerte.

Empujó él la puerta y entró en la sala. Estaba llena de gente durmiendo en los bancos, y, en el suelo, maletas y bultos. La luz era triste; una puerta de cristales se abrió en el fondo sobre la oscuridad. Se acercó a uno de los bancos y se sentó entre dos mujeres. Una de ellas sudaba y dormía con la boca abierta. El sudor resbalaba en sus carrillos dejando surcos rosa. La otra abrió los ojos y le miró.

—Me vuelven a llamar a filas—explicó Gros-Louis—. Tengo que incorporarme en Montpellier.

La mujer se apresuró a separarse y él la lanzó una mirada llena de reproche. Aun cuando pensó que no la agradaban los soldados, se atrevió a preguntar:

—¿Vamos a tener guerra?

Ella no contestó: había echado la cabeza hacia atrás y volvió a quedarse dormida. El se dijo: "Si me duermo no me despertaré." Estiró las piernas; habría querido comer algo, un poco de pan y salchichón, por ejemplo; le quedaba dinero, pero era de noche y todas las tiendas estaban cerradas. Se preguntó: "Pero ¿con quién vamos a guerrear?" Seguramente sería contra los alemanes. Puede que con motivo de Alsacia-Lorena. Un periódico estaba abandonado a sus pies, lo recogió y pensó en aquella buena mujer que le había vendado la cabeza. Se dijo que no debía de haberse alejado. Pero sin dinero, ¿qué hubiese sido de él? En el cuartel le darían de comer. Pero no le gustaban los cuarteles. Tampoco las salas de espera. De repente notó que estaba triste y vacío. Le habían emborrachado y pegado, y ahora le enviaban a Montpellier: no comprendo una palabra porque no sé leer. Toda aquella gente que dormía sabía más que él; habían leído el periódico y sabían por qué íbamos a tener guerra. En cambio él se encontraba solo en plena noche, completamente solo e insignificante, no sabía nada, nada comprendía, era como si fuese a morir. Notó el periódico entre sus dedos, ahí estaba todo escrito: la guerra, el tiempo que haría al día siguiente, el precio de las cosas, el horario de los trenes. Extendió el periódico y lo miró. Vio infinidad de manchitas pequeñas, se parecían a aquellos rollos de los organillos con papel agujereado que meten ruido cuando dan vueltas a la manivela. Cuando se miraban mucho tiempo, uno se mareaba. Había también una foto: un hombre atildado y bien peinado que reía. Dejó caer el periódico y se echó a llorar.

LUNES 26 DE SEPTIEMBRE

Las cuatro treinta de la tarde, Todo el mundo mira al cielo y yo también elevo al cielo la mirada. Dumur dijo: "No se han retrasado." Ha sacado su *kodak,* mira al cielo y hace una mueca en vista del sol. El avión, tan pronto oscuro, tan pronto brillante, aumenta de tamaño, pero sigue tan ruidoso, un simpático ruido que da gusto oír. Yo digo: "No empujen." Porque todos los que vienen detrás de mí se dedican a empujar. Yo me vuelvo y ellos echan hacia atrás la cabeza y hacen mala cara, están verdes al sol y sus cuerpos tienen raras convulsiones como gallinas decapitadas. Dumur siguió diciendo: "Día vendrá en que así estaremos, la nariz al viento en un campo; sólo que iremos vestidos de caqui y el avión será un Messerschmidt." Yo le replico: "No será mañana habiendo tanto capado." El avión describe círculos en el cielo, desciende, desciende y roza la tierra, vuelve a remontarse, vuelve a rozar el suelo, corre dando saltos encima de la hierba y se detiene. Corremos hacia el avión, somos unos cincuenta, Sarraut corre delante de nosotros, doblado; hay una docena de señores con sombrero hongo que corren por el césped torciéndose los pies, todo el mundo se inmoviliza, el avión queda inanimado, lo miramos silenciosos, la puerta de la carlinga sigue cerrada, diríase que todos los de dentro habían fallecido. Un individuo en mono azul acerca una escalera y la coloca apoyándola en el avión; uno baja por ella, después otro y luego Daladier. Mi corazón y mi cabeza laten. Daladier alza los

hombros y baja la cabeza. Sarraut se acerca a él y le oigo decir:

—¿Qué ha pasado?

Daladier saca una mano del bolsillo y hace un amplio gesto. Avanza cabizbajo, la muchedumbre le rodea y lo cubre. Yo no me muevo, bien sé que nada dirá. El general Gamelin salta del avión. Agil, tiene magníficas botas y una cabeza de perro de presa. Mira de frente con aspecto juvenil y mordaz.

—Bueno, mi general, ¿es la guerra?—pregunta Sarraut.

—¡Dios mío!—contestó el general.

Mi boca se seca; tendré que palmar. Grito a Dumet:

—Yo ahueco. Toma tú solo las instantáneas.

Corro hacia la salida, corro por la carretera, detengo un taxi y digo:

—¡A *L'Huma...!*

El chófer sonrió, yo le sonreí, y dijo:

—¿Qué hay, camarada?

Yo le respondo:

—Ya está, lo que esperaba. Se lo han hecho en los pantalones, y por esta vez, no podrán presumir.

El taxi avanza a toda velocidad, yo miro a transeúntes y casas, no se preocupan por el taxi, avanza entre ellos a toda velocidad, quién sabe si arrollando a alguno. Me asomo a la portezuela con ganas de gritar que ya ha llegado. Salto del taxi, pago y subo corriendo las escaleras. Todos están reunidos: Dupré, Charvel, Renard y Chabot. Están en mangas de camisa, Renard fuma, Charvel escribe, Dupré mira por la ventana. Me miran sorprendidos y les digo:

—Acérquense, amiguitos, acérquense, es mi ronda.

Todos me miran, Charvel alza su mirada. Y me miran. Yo digo:

—¡Ya está, llegó la guerra! Es mi ronda. Pago la bebida.

—¡Qué sombrero más bonito lleva!—dijo la dueña.

—¿Verdad que es bonito?—preguntó Flossie. Se miró al espejo del vestíbulo y dijo satisfecha—: Tiene plumas

—¡Ya lo veo!—exclamó la dueña, y añadió—: Alguien la está esperando en la habitación. Madeleine no ha podido hacer la limpieza.

—Lo sé—dijo Flossie—. No importa; la arreglaré yo misma.

Subió la escalera y empujó la puerta de su cuarto. Los ventanillos estaban cerrados, la habitación olía a noche. Flossie cerró suavemente la puerta y fue a llamar al 15.

—¿Quién va?—preguntó la voz ronca de Zou.

—Soy Flossie.

Zou abrió, acudió en bragas.

—Entra deprisa.

Flossie entró. Zou echó sus cabellos hacia atrás, se plantó en medio de la habitación y trató de meter sus abultados senos en el sostén. Flossie pensó que seguramente se afeitaba los sobacos.

—¿Ahora te levantas?—preguntó.

—Me he acostado a las seis—dijo Zou—. ¿Qué pasa?

—Ven a contemplar a mi chulito—propuso Flossie.

—¿Qué me estás contando, morucha?

—Que vengas a contemplar a mi chulín.

Zou se puso una bata y la siguió por el pasillo. Flossie la hizo entrar y poniéndose un dedo en los labios:

—No se ve nada—dijo Zou.

Flossie la empujó hacia la cama y cuchicheó:

—¡Míralo!

Las dos se inclinaron y Zou se echó a reír silenciosamente:

—¡Mierda!—exclamó—. ¡Pero si es un guayabo!

—Se llama Philippe.

—¡Y qué guapo es!

Philippe dormía boca arriba, parecía un ángel. Flossie miraba con una mezcla de admiración y de rencor.

—Es más rubio que yo—dijo Zou.

—Es un doncel—afirmó Flossie.

Zou la miró riendo maliciosamente.

—Era.

—¿Qué?

—Dices es un doncel y yo te rectifico: era.
—Pues yo creo que sigue siéndolo.
—¡No me digas!
—Está dormido como lo ves desde las dos de la madrugada—dijo tajante Flossie.
Philippe abrió los ojos, miró a las dos mujeres que estaban inclinadas hacia él y dijo: "¡Uf!", y se acostó de bruces.
—¡Mira!—invitó Flossie.
Le destapó y apareció un cuerpo blanco y desnudo. Zou abrió los ojos todo lo que pudo.
—¡Oh, la, la!—exclamó—. Tapa eso si no quieres que haga locuras.
Flossie pasó suavemente la mano por las caderas del mancebo, por sus delgadas y jóvenes nalgas y luego cubrió aquel cuerpo suspirando.
—Déme—dijo Birnenschatz—un Noilly-grosella.
Se dejó caer encima del asiento y se enjugó el sudor de la frente. Por los espejos de la puerta giratoria podía vigilar la puerta del despacho.
—¿Qué toma usted?—preguntó Neu.
—Lo mismo—contestó.
El camarero se iba, pero Neu le llamó:
—Traíga también *L'Information.*
Se miraron en silencio y de pronto Neu levantó los brazos.
—¡Ay, ay, ay...! Mi pobre Birnenschatz.
—Sí—afirmó este.
El camarero llenó los vasos y entregó el periódico a Neu. Miró las cotizaciones del día, hizo una mueca y dejó el periódico encima de la mesa.
—¡Malo!—comentó.
—Así es. ¿Qué quiere usted que hagan? Esperan el discurso de Hitler.
Birnenschatz paseó una mirada aburrida por paredes y espejos. Ordinariamente le gustaba aquel cafetín fresco y acogedor; hoy le irritaba no encontrarse a gusto.
—Solo nos queda esperar—prosiguió—. Daladier ha

hecho todo lo que ha podido, lo mismo que Chamberlain. Ahora no hay más que esperar. Vamos a cenar sin apetito, y a las ocho y media pondremos la radio para oír ese discurso. Esperar, ¿qué?—se preguntó de pronto golpeando la mesa—. El capricho de un solo hombre. Un solo hombre. Los asuntos están en el marasmo, la Bolsa se derrumba, mis agentes andan de cabeza, el pobre See ha sido movilizado: por voluntad de un solo hombre; la guerra y la paz están en sus manos. Me avergüenzo ante la Humanidad.

Brunet se levantó. La señora Samboulier le miró. Le agrada él un poco; debía de ser un buen amante, seguramente gozaría sordamente, apaciblemente, con lentitud campesina.

—¿No se queda usted?—preguntó ella—. Cenaríamos juntos—y señalando el aparato de radio añadió—: Como digestivo, le ofrezco el discurso de Hitler.

—Estoy citado a las siete—dijo Brunet—. Además, para ser franco, diré a usted que me importa un bledo el discurso de Hitler.

La señora Samboulier le miró sin comprender.

—Si la Alemania capitalista quiere vivir—dijo Brunet—, necesita de todos los mercados europeos; por tanto, tiene que eliminar por la fuerza todos sus competidores industriales. Alemania tiene que imponer la guerra—añadió enérgicamente—, y debe perderla. Si a Hitler le hubiesen matado en mil novecientos catorce, estaríamos hoy exactamente en la misma situación.

—En ese caso—intervino acongojada la señora Samboulier—, ¿ese asunto checo no es un camelo?

—Tal vez lo sea en la cabeza de Hitler—dijo Brunet—. Pero lo que tenga en la cabeza Hitler carece de importancia.

—Todavía podría evitarla—afirmó Birnenschatz—. Si él quiere podría evitarla. Todas las cartas están en sus manos; Inglaterra no quiere la guerra, América está demasiado lejos, Polonia está con él; si quisiera, mañana sería el amo del mundo y sin necesidad de disparar un

solo cañonazo. Los checos han aceptado el plan franco británico: no tiene más que aceptarlo él también. Si diese esta prueba de moderación...

—No puede retroceder—observó Brunet—. Toda Alemania está a su lado empujándole.

—Nosotros sí que podemos—dijo la señora Samboulier.

Brunet la miró y soltó la carcajada.

—Es verdad, puesto que usted es pacifista.

Neu volcó la caja y las fichas del dominó se esparcieron por la mesa.

—¡Ay!, ¡ay!—exclamó—. ¡Qué miedo me da la moderación de Hitler! ¿Se dan ustedes cuenta del prestigio que eso le daría?

Se había inclinado hacia Birnenschatz y le dijo algo al oído. Este se apartó molesto: Neu no podía decir tres palabras sin cuchichear con modales de conspirador, mientras que sus brazos se agitaban en el aire.

—Si aceptase el plan franco-británico, antes de tres meses, Doriot subiría al poder.

—Doriot...—balbució Birnenschatz encogiéndose de hombros.

—Doriot u otro.

—¿Y después?

—¿Y nosotros?—preguntó Neu bajando aún más la voz.

Birnenschatz miró su bocaza siempre con un rictus de dolor y notó que la cólera le subía hasta las orejas:

—Cualquier cosa vale más que la guerra—dijo tajante.

—Déme su carta; la pequeña la llevará al correo.

Dejó la carta encima de la mesa entre una cacerola y un plato de estaño: Señorita Ivich Serguine, calle Mégisserie, número 12, Laon. Odette echó una ojeada a la dirección, pero no hizo comentario alguno; acababa de atar un abultado paquete.

—Todo acabará—dijo ella—. No se impacienten.

La cocina era blanca y limpia, una enfermería. Olía a resina y a mar.

—He puesto dos alas de pollo—dijo Odette—y un poco de gelatina que tanto te gusta, y, además, algunas rebanadas

das de pan y algunos bocadillos de jamón crudo. En el termo, el vino; guarda el envase que allí te servirá.

Él buscó su mirada, pero ella bajó los ojos hacia el suelo y pareció muy atareada. Corrió al armario, cortó una larga tira de cuerda y volvió corriendo a su paquete.

—Ya está bien atado—comentó Mathieu.

La criadita se echó a reír, pero Odette no dijo nada. Puso la cuerda en la boca, la retuvo apretando los labios y dio media vuelta al paquete con agilidad. El olor a resina invadió de pronto la nariz de Mathieu, y por vez primera desde la antevíspera le pareció que en torno suyo había algo que tal vez iba a tener que echar de menos. Era la paz de aquella tarde en la cocina, aquellas pequeñas ocupaciones hogareñas, aquel sol tapizado por los visillos que se deshacía en los cristales, y, sobre todo ello, quizá, su infancia y cierto tren de vida tranquilo a la vez que activo: que él había rehusado para siempre.

—Pon aquí el dedo—pidió Odette.

Él se acercó, se inclinó encima de la mesa y puso el dedo sobre la cuerda. Hubiera querido decirle algunas palabras tiernas, pero la voz de Odette no invitaba a ternuras. Ella levantó los ojos hasta él.

—¿Quieres huevos cocidos? Los podrías llevar en los bolsillos.

Tenía el aspecto de una jovencita. Él no la echaba de menos. Tal vez porque era la mujer de Jacques. Pensó que pronto olvidaría aquel rostro tan modesto. Pero hubiese deseado que su partida la hubiera entristecido un poco.

—No—contestó él—; no quiero huevos cocidos.

Ella le puso el paquete debajo del brazo:

—Ya está. Un bonito paquete.

Él preguntó:

—¿Me acompañas a la estación?

Ella movió la cabeza:

—Yo no: Jacques te acompañará. Creo que preferirá quedarse solo contigo los últimos momentos.

—Entonces, ¡adiós! ¿Me escribirás?

—Me daría vergüenza: mis cartas son como las de una

niña, llenas de faltas de ortografía. No; te enviaré paquetes.

—A mí me gustaría que me escribieses—dijo él.

—En ese caso, de cuando en cuando encontrarás unas líneas entre la lata de sardinas y el estuche de jabón.

El le tendió su mano y ella la estrechó rápidamente, una mano cálida y seca. El pensaba sin convicción: "¡Qué lástima!" Aquellos dedos afilados resbalaron entre los suyos causándole el efecto de arena caliente. Sonrió y salió de la cocina. Jacques estaba arrodillado en la sala delante de un aparato de radio cuyos mandos maniobraba. Mathieu pasó rápidamente delante de la puerta y subió lentamente la escalera. No le desagradaba marcharse. Al acercarse a su habitación oyó un ligero ruido detrás de él y se volvió; era Odette que se había detenido en el último peldaño, estaba pálida y le miraba.

—¡Odette!—exclamó él.

Ella no respondió, seguía mirándole con dureza. El se encontró molesto y pasó el paquete para adoptar una postura más adecuada.

—¡Odette!—repitió.

Ella se le acercó, su cara era indiscreta y profética, desconocida para él.

—¡Adiós!

Estaba muy cerca de él. Ella cerró los ojos y, repentinamente, puso sus labios en los de él. Este hizo un movimiento para estrecharla en sus brazos, pero ella se escapó. Había recobrado su aspecto modesto; bajó la escalera sin volver la cabeza.

El entró en su habitación y metió el paquete en su maleta. Tan llena estaba, que tuvo que arrodillarse encima de la tapa para poder cerrarla.

—¿Qué sucede?—preguntó Philippe.

Se había incorporado sobresaltado y miraba aterrado a Flossie.

—Soy yo, mi querido bebé—dijo ella.

Se desplomó hacia atrás y, llevando la mano a la frente, lanzó un gemido:

—Me duele la cabeza.

Abrió ella el cajón de la mesilla y sacó un tubo de aspirina; él abrió el de la vitrina y sacó un vaso y una botella de ajenjo, depositó todo encima de la mesa presidencial y se hundió en la butaca. Todavía zumbaba en su cabeza el ruido del motor del avión; tenía un cuarto de hora, exactamente un cuarto de hora, para serenarse. Vertió el ajenjo en el vaso, cogió una jarra de agua de encima de la mesa y, elevándola, la dejó caer en el vaso. El líquido se agitaba y se plateaba sucesivamente. Despegó la colilla de su labio inferior y la tiró al cesto de los papeles. He hecho todo lo que he podido. Se notaba vacío. Pensaba: "Francia... Francia...", y bebió un trago de pernod. He hecho todo lo que he podido: ahora Hitler tiene la palabra. Bebió otro trago de pernod y pensó, después de chascar la lengua: "La posición de Francia está claramente definida. Ahora solo falta esperar." Estaba reventado, estiró las piernas por debajo de la mesa y, con cierta satisfacción, siguió pensando: "No tengo más que esperar." Como los demás. La suerte está echada. El había dicho: "Si las fronteras checas son violadas, Francia hará honor a sus compromisos." Y Chamberlain había contestado: "Si como consecuencia de esas obligaciones, las fuerzas francesas tuvieran que intervenir activamente en las hostilidades, contra Alemania, tendríamos el deber de apoyarlas."

Sir Neville Henderson se adelantó. Sir Horace Wilson permanecía tieso detrás de él. Aquel entregó el mensaje al canciller del Reich; lo cogió este de las manos de aquel y se puso a leerlo. Cuando hubo terminado la lectura, el canciller del Reich preguntó a Sir Neville Henderson:

—¿Este es el mensaje de Chamberlain?

Daladier bebió un sorbo de pernod, suspiró y Sir Neville Henderson respondió firmemente:

—Sí, este es el mensaje de Chamberlain.

Daladier se levantó y fue a guardar la botella de ajenjo en la vitrina; el canciller del Reich dijo con su ronca voz:

—Consideren mi discurso de esta noche como una respuesta al mensaje de Chamberlain.

Daladier pensaba: "¡Qué idiota, pero qué idiota! ¿Qué es lo que va a decir?" Una ligera embriaguez le subió a las sienes mientras meditaba: los acontecimientos se me borran. Era algo así como un enorme descanso; he hecho todo cuanto he podido para evitar la guerra; ahora ya no están en mis manos ni la guerra ni la paz. No hay nada que decidir, solo hay que limitarse a esperar. Como todo el mundo. Como el carbonero de la esquina. Sonreía porque era él el carbonero de la esquina, le habían despojado de sus responsabilidades; la posición de Francia estaba netamente definida... Era un gran descanso. Miraba fijamente las flores oscuras de la alfombra y notaba que el vértigo le envolvía. La paz, la guerra. He hecho todo lo posible por conseguir la paz. Pero ahora se preguntaba si no deseaba que ese enorme torrente le arrastrara como una brizna de paja, se preguntaba si no deseaba de repente aquella enorme vacación: la guerra.

Miró en su derredor extrañado y gritó:

—Yo no me he ido.

Ella fue a abrir las persianas, volvió cerca de la cama y se inclinó encima de él. Ella tenía calor y él aspiró su olor a pescado.

—¿Qué estás diciendo granujilla? ¿Qué cuentas?

Ella le había puesto una de sus pesadas y bronceadas manos sobre el pecho. El sol formaba como una mancha de aceite en su carrillo izquierdo. Philippe la miró y se sintió profundamente humillado: ella tenía arrugas rodeándola sus ojos y las comisuras de los labios. "¡Estaba tan bella a la luz de las lámparas!", pensó. Ella le soplaba la cara y le metía su lengua sonrosada entre los labios, mientras él se decía: "No me he ido." Le dijo:

—Ya no eres muy joven.

Ella hizo una extraña mueca y cerró la boca. Le replicó:

—No tan joven como tú, granuja.

Quiso tirarse de la cama, pero ella le sujetaba fuertemente; estaba desnudo y desarmado; se encontraba miserable.

—Granujilla mío, mi granujilla.

Las bronceadas manos se escurrieron lentamente a lo largo de sus costados. "Después de todo—pensaba él—, no todo el mundo ha perdido su virginidad con una negra." Se dejó caer hacia atrás y combinaciones negras y grises flotaban a algunos centímetros de su rostro. El sujeto chilló con menos fuerza detrás de él, era más bien un estertor, algo como un gorgoteo. Un zapato voló por encima de su cabeza, vio una suela puntiaguda, un terroncito de tierra estaba pegado en el tacón; la suela cayó con un chasquido junto a su camastro; era una bota grande y negra, de botones. Levantó los ojos, vio una sotana y, muy alto en el aire, unas narices peludas encima de un alzacuello. Blanchard le dijo al oído:

—Tiene que encontrarse muy mal el compañero para que hayan hecho venir a un cura.

—¿Qué pasa?—preguntó Charles.

—No lo sé, pero Pierrot dice que de esta no sale.

Charles pensó: "¿Y por qué no me toca a mí?" Examinaba su vida y se decía: "¿Y por qué no me toca a mí?" Dos hombres de servicio pasaron cerca de él, reconoció el paño de sus pantalones; oyó detrás de él la voz tranquila y untuosa del cura; el enfermo ya no se quejaba. "Quizá la haya entregado", se dijo. La enfermera pasó llevando una palangana en la mano; él dijo tímidamente:

—Señora, ¿no podría usted acercarse ahora?

Ella le miró bajando los ojos roja de ira.

—¿Otra vez usted? ¿Qué se le antoja?

—¿No podría usted enviar a alguien donde las mujeres? Ella se llama Catherine.

—¡Déjeme usted en paz!—respondió—. Es la cuarta vez que me pide lo mismo.

—Solo es para preguntarle su apellido y darle el mío; no causaría a usted gran molestia.

—Hay aquí un moribundo—dijo rudamente—. Ya comprenderá usted que no esté para ocuparme de sus tonterías.

Ella se fue y el tipo volvió a quejarse; era difícil soportarlo. Charles maniobró su retrovisor; vio un amonto-

namiento de cuerpos tendidos uno junto a otro, y, en el fondo, la enorme popa del cura arrodillado cerca del enfermo. Encima de ellos había una chimenea con un espejo en su marco. El cura se levantó y los mozos se inclinaron sobre el cuerpo y se lo llevaron.

—¿Ha muerto?—preguntó Blanchard.

El carrito de Blanchard no tenía espejo giratorio.

—No lo sé—contestó Charles.

El cortejo pasó cerca de ellos levantando una nube de polvo. Charles empezó a toser, después vio las espaldas encorvadas de los mozos que se dirigían hacia la puerta. Una falda se movió cerca de él y se inmovilizó de repente. Oyó la voz de la enfermera:

—Con todas estas cosas estamos completamente aislados, sin noticias. ¿Qué pasa, señor cura?

—Nada bueno—contestó—. En absoluto; nada bueno. Hitler hablará esta noche; no sé lo que dirá, pero creo que será la guerra.

Su voz llegaba entrecortada a los oídos de Charles, quien empezó a reírse.

—¿Qué te hace troncharte?—preguntó Blanchard.

—Me troncho porque el presbítero dice que tendremos guerra.

—Pues yo no le veo la gracia—dijo Blanchard.

—Yo sí—replicó Charles.

"Ya les llegará su guerra, la tendrán hasta en el culo." Seguía riendo. A un metro setenta por encima de su cabeza, era la guerra, la tormenta, el honor ultrajado, el deber patriótico; pero, a ras de tierra, nada más que miseria y la vergüenza de los semihombres, de los podridos, de los enfermos. Bonnet no la quería, Champetier de Ribes la quería. Daladier miraba la alfombra, era una pesadilla, no podía deshacerse de aquel vértigo que se había apoderado de sus oídos: "¡Que estalle!, ¡que estalle!, ¡que la declare esta noche el gran lobo feroz de Berlín!" Golpeó furioso el entarimado con sus pies. Charles notaba que el vértigo subía del vientre hasta la cabeza; la vergüenza, la dulce y confortable vergüenza, ya solo le quedaba eso

La enfermera había llegado hasta cerca de la puerta, se pasó un cuerpo entre los pies y el cura se apartó para que pudiera seguir.

—¡Señora! ¡Señora!—gritó Charles.

Ella se volvió, grande y gorda, con un bello y velludo rostro y ojos furiosos.

Charles dijo con una voz clara que retumbó en toda la sala:

—¡Señora, señora! ¡Déme la cuña, es muy urgente!

"¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí!" Como los de detrás empujaban, ellos empujaban también al guardia que tuvo que retroceder un paso extendiendo los brazos, se oyeron gritos: "¡Hurra, ya está aquí!" Andaba con paso rígido y tranquilo dando el brazo a su mujer. Fred estaba emocionado, mi padre y mi madre, el domingo en Greenwich gritó: "¡Hurra!" Daba gusto verlos allí, tan apacibles; ¿quién, pues, había osado tener miedo cuando se les veía dar el paseíto de la tarde, como antiguos esposos muy unidos? Cogió su maleta decidido, la levantó por encima de su cabeza y gritó: "¡Viva la paz, hurra!" Se volvieron los dos hacia él y Chamberlain le sonrió personalmente. Fred sintió que la tranquilidad y la paz penetraban en el fondo de su corazón; estaba protegido, gobernado, reconfortado y el viejo Chamberlain todavía hallaba el modo de pasearse tranquilamente por esas calles, como un cualquiera y de dirigirle un personal saludo. Todo el mundo gritaba hurra en torno suyo. Fred miraba la flaca espalda de Chamberlain que se alejaba a su paso sacerdotal y pensó: "Eso es Inglaterra", y sus ojos se inundaron de lágrimas. La pequeña Sadie se agachó y obtuvo una instantánea por debajo del brazo de un guardia.

—¡A la cola, señora; a la cola como los demás!

—¿Hay que hacer cola para obtener un *Paris-Soir?*

—¡Claro que sí! Y aun me sorprendería que lo consiguiese.

Ella no creía lo que oía.

—¡Una mierda! Yo no haré cola por un *Paris-Soir;*

todavía está por suceder que yo haga cola para comprar un periódico.

Ella les dio la espalda, el ciclista llegó con su fardo de papeles. Los dejó encima de la mesa, junto al quiosco, y se pusieron a contarlos.

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!

La muchedumbre se arremolinó.

—¿Me dejarán contarlos de una vez?—preguntó la vendedora.

—Vamos, ¡no empujen!—dijo la señora distinguida—. ¡Les pido que no empujen!

—Yo no empujo, señora—protestó el señor grueso—, me empujan que no es lo mismo.

—Y yo—replicó el flacucho—le ruego que sea correcto con una dama.

La dama enlutada se volvió hacia Emile:

—Es la tercera discusión que veo desde esta mañana.

—Es que los hombres están muy nerviosos en estos momentos—dijo Emile.

El avión se acercaba a los montes; Gómez los contempló y, luego, miró debajo de él, los ríos y la campiña, a su izquierda había una población completamente redonda, todo era gracioso y tan pequeño..., era Francia, verde y amarilla, con sus alfombrados de hierba y sus tranquilos ríos. ¡Adiós! ¡Adiós! Desaparecieron entre montañas; adiós los turnedós Rossini, los puros corona y las lindas mujeres, descendería planeando hacia la tierra roja y desnuda, hacia la sangre. ¡Adiós, adiós! Todos los franceses estaban ahí, debajo de él, en la población redonda, en los campos, a orilla del mar: las seis y treinta y cinco, se mueven como hormigas, esperan agitados el discurso de Hitler. A mil metros debajo de mí, esperando el discurso de Hitler. Yo no espero nada. Dentro de un cuarto de hora, ya no vería esas dulces praderas, esos enormes bloques de piedra le separaban de esa tierra de miedo y de avaricia. Dentro de un cuarto de hora, descendería hacia los hombres delgados de gestos rápidos, de dura mirada, hacia *sus* hombres. Se encontraba feliz con un nudo de

angustia en la garganta. Las montañas se acercaban, ahora tan pardas. Pensó: "¿Cómo voy a encontrar Barcelona?"

—¡Adelante!—dijo Zézette.

Era una dama, algo gruesa y muy bonita, con sombrero de paja, un traje sastre príncipe de Gales. Miró en torno suyo, dilatando las ventanas de la nariz y, de pronto, sonrió gentilmente.

—¿La señora Suzanne Tailleur?

—Soy yo—contestó intrigada Zézette.

Se había puesto en pie. Pensó que tenía los ojos irritados y se adosó a la ventana. La dama la miraba parpadeando. Cuando se fijaba más en ella parecía de más edad. Pero daba la sensación de estar muy cansada.

—Espero que no la moleste.

—De ninguna manera—dijo Zézette—; siéntese.

La dama fue hacia la silla, la miró y se sentó. Su postura era rígida, sin apoyarse en el respaldo de la silla.

—Lo menos he subido cuarenta pisos desde esta mañana. Y la gente no piensa nunca en ofrecer asiento.

Zézette se percató de que no se había quitado el dedal. Se lo quitó y lo echó al costurero. En aquel momento el bistec empezó a crepitar en la sartén. Se azaró ella y corrió a apagar el gas. Pero el olor persistía.

—No quisiera impedirla comer.

—Tengo tiempo—dijo Zézette.

Esta miró a la dama y encontró que se hallaba mitad molesta y mitad con ganas de reír.

—¿Está movilizado su marido?

—Se fue ayer por la mañana.

—Todos se van—añadió la dama—. Es terrible. Seguramente se encuentra usted en una situación económica apurada...

—Creo que voy a tener que volver a mi antiguo oficio—dijo Zézette—: era florista.

La dama movió la cabeza:

—Es terrible. Terrible—parecía tan compungida, que Zézette se sintió atraída.

—¿También su marido ha tenido que partir?

—Yo no estoy casada—miró a Zézette y añadió preci pitadamente—: Pero tengo dos hermanos que pueden ser llamados.

—¿Qué desea usted?—preguntó secamente Zézette.

—Pues, verá—empezó a decir sonriente la señorita—, no conozco sus ideas y lo que voy a entregarla está exento de política. ¿Fuma usted? ¿Quiere usted un pitillo?

Zézette vaciló:

—Encantada—dijo.

Estaba de pie, apoyada en el hornillo de gas, y sus manos apretaban la mesa a su espalda. El olor del bistec y el perfume de la visitante se habían mezclado. La señorita le tendió su pitillera y Zézette dio un paso hacia adelante. La señorita tenía dedos finos y blancos con las uñas pintadas. Zézette cogió un cigarrillo entre sus dedos colorados. Miraba los suyos y los de la señorita y estaba deseando que se fuera lo más pronto posible. Encendieron sus pitillos y la señorita preguntó:

—¿No cree usted que es necesario impedir esta guerra a todo trance?

Zézette retrocedió hasta el hornillo y la miró desconfiada. Estaba inquieta. En la mesa descubrió unos tirantes y un pantalón.

—¿No cree usted—continuó la señorita—que si todos uniéramos nuestras fuerzas...?

Zézette cruzó la estancia con paso indiferente y cuando alcanzó la mesa preguntó:

—¿Qué todos?

—Nosotras las mujeres—respondió enérgicamente la señorita.

—Nosotras las mujeres...—repitió Zézette mientras rápidamente abría el cajón y metía en él tirantes y pantalón; luego, como si se hubiese aliviado de un peso, se volvió a la señorita—. ¿Nosotras las mujeres? ¿Qué podemos hacer nosotras?

La señorita fumaba como un hombre, echando el humo por la nariz; Zézette miraba su traje sastre y su collar de jade y le hacía gracia decirle "nosotras".

—Sola, usted nada puede—dijo la señorita bondadosamente—; pero no está sola: en este momento existen cinco millones de mujeres pendientes de la vida de un ser querido. En el piso de abajo, vive la señora Panier, cuyos hermano y marido acaban de partir y tienen seis hijos. Enfrente está la panadera. En Passy, la duquesa de Cholet.

—¡Oh!, la duquesa de Cholet...—murmuró Zézette.

—¿Qué?

—Que no es igual.

—¿Qué no es igual? ¿Qué no es igual? ¿Porque las hay que van en auto y otras tienen que ocuparse de la casa ellas mismas? ¡Ah, señora!, yo soy la primera en reclamar una organización social mejor. Pero ¿cree usted que con la guerra la obtendremos? Las cuestiones de clase cuentan muy poco frente al peligro que nos amenaza. Somos, en primer lugar, mujeres, señora, mujeres que ven amenazados a los seres más queridos. Supóngase que todas nos demos la mano y que todas juntas gritemos: "¡Eso no!" Vamos a ver, ¿no desearía verle volver?

Zézette hizo un movimiento de cabeza: le parecía una guasa que aquella señorita le llamara señora.

—No puede evitarse la guerra—dijo.

La señorita se ruborizó algo.

—¿Y por qué no?—preguntó.

Zézette se encogió de hombros. Esta ciudadana quería evitar la guerra. Otros, como Maurice, quieren evitar la miseria. Y, en resumidas cuentas, nadie impedía nada.

—Porque—concluyó ella—no puede evitarse.

—No hay que opinar así—dijo la visitante a manera de reproche—. Los que piensan así son los que provocan las guerras. Además, hay que pensar un poco en los semejantes. Cualquier cosa que usted haga, es usted solidaria de todas nosotras.

Zézette no respondió. Apretaba en sus dedos su cigarrillo apagado y tuvo la sensación de hallarse en la escuela pública.

—Usted no puede negarme una firma—dijo la seño-

rita—. Vamos, señora, una firma tan solo: no puede usted negármela.

Había sacado de su libro una hoja de papel y la pasaba bajo las narices de Zézette.

—Esto, ¿qué es?—preguntó.

—Es un escrito contra la guerra—contestó la señorita—. Recogemos las adhesiones por miles.

Zézette leyó a media voz:

"Las mujeres de Francia, firmantes de la presente solicitud, declaran que confían en el gobierno de la República para salvaguardar la paz por todos los medios. Afirman su convicción absoluta de que la guerra, sean cuales fueren las circunstancias en que estalle, siempre constituye un crimen. Negociaciones, intercambios de puntos de vista, siempre; recurrir a la violencia, jamás. Por la paz universal, contra la guerra bajo todos los aspectos. Hoy, veintidós de septiembre de mil novecientos treinta y ocho. La liga de madres y de esposas francesas."

Volvió la página; el anverso estaba cubierto de firmas apretadas unas debajo de las otras, horizontales, oblicuas, hacia arriba, hacia abajo, en tinta negra, en tinta violeta, en tinta azul. Algunas se extendían ampliamente con letras grandes y angulosas; otras, avaras y puntiagudas, estaban como avergonzadas reunidas en un rinconcito. Junto a cada firma, una dirección: señora Jeanne Plémeux, calle de Aubignac, 6; señora Solange Péres, avenida de Saint-Ouen, 142. Zézette recorrió con la mirada los nombres de todas aquellas señoras. Se habían inclinado todas sobre aquel papel. Las había cuyos críos chillaban en la habitación de al lado y otras que habían firmado en su gabinete con estilográfica de oro. Allí estaban todos los nombres y todos se parecían. Señora Suzanne Tailleur: no tenía más que pedir una pluma a la señorita y se convertiría también ella en una dama, su nombre figuraría importante y moroso, debajo de las demás.

—¿Qué hará usted con todo esto?—preguntó.

—Cuando hayamos reunido las firmas suficientes, de

signaremos a una delegación de mujeres para que las lleven a la Presidencia del Consejo.

La señora Suzanne Tailleur. Ella era la señora Suzanne Tailleur. Maurice le repitió siempre que se era solidario de su condición. Y he aquí que ahora ella tenía deberes en común con la duquesa de Cholet. Y pensó: "Una firma; no puedo negarles una firma."

Flossie se acodó en la almohada y miró a Philippe.

—Bueno, granujilla, ¿qué te parece?

—Que puede pasar—dijo Philippe—. Y que será mejor cuando no se tiene dolor de cabeza.

—Tengo que levantarme—dijo Flossie—. Voy a comer y luego iré a la *boîte.* ¿Vienes?

—Estoy muy cansado—contestó Philippe—. Vete sin mí.

—Me esperarás aquí, ¿eh? Júrame que me esperarás.

—Que sí—aseguró Philippe arqueando las cejas—. Vete pronto, vete pronto, yo te esperaré.

—Bueno—dijo la señorita—. ¿Firma usted?

—No tengo pluma—contestó Zézette.

La señorita le tendió una estilográfica. Zézette la cogió y firmó al pie de la página. Repitió con letra clara junto a la firma nombre y señas y miró a la señorita. Creía que algo iba a ocurrir.

Y no sucedió nada. La señorita se levantó. Cogió la hoja y la examinó atentamente.

—Perfectamente—dijo—. Mi jornada ha terminado.

Zézette abrió la boca: creía que tenía una cantidad de preguntas que formular. Pero las preguntas no acudieron y se limitó a decir:

—¿Así que van ustedes a entregar esto a Daladier?

—Naturalmente—respondió la señorita—. Naturalmente.

Agitó la hoja durante un momento, luego la plegó y la hizo desaparecer en su bolso. A Zézette se le encogió el corazón cuando el bolso quedó cerrado. La señorita levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos:

—Gracias—dijo—. Gracias por él. Gracias por todas nosotras. Es usted una mujer de corazón, señora Tailleur.

Le alargó la mano:

—Bueno—dijo ella—, tengo que irme.

Zézette le estrechó la mano, después de limpiarse la suya con el delantal. Se hallaba completamente decepcionada.

—¿Es..., es todo?—preguntó.

La señorita se echó a reír. Tenía unos dientes como perlas. Zézette se repitió: "Somos solidarias." Pero aquellas palabras ya carecían de sentido.

—Sí, eso es todo de momento.

Alcanzó la puerta con paso ágil, la abrió, volvió una vez más su cara sonriente hacia Zézette y desapareció. Su perfume flotaba aún en la habitación. Zézette oyó que el ruido de sus pasos disminuía y sorbió tres veces. Tenía sensación de que la habían robado algo. Fue a la ventana, la abrió y se asomó. Aparcado en la acera había un auto. La señorita salió del hotel, abrió la portezuela y el auto se puso en marcha. "He hecho una estupidez", pensó Zézette. El auto viró hacia la avenida de Saint-Ouen y desapareció llevándose para siempre su firma y a la bella dama perfumada. Zézette lanzó un suspiro, cerró la ventana y encendió el gas. La grasa empezó a crepitar, el olor a carne frita envolvió el perfume y Zézette se dijo: "Si Maurice llegara a saberlo, ¡menuda bronca!"

—Mamá, tengo hambre.

—¿Qué hora es?—preguntó la madre a Mathieu.

Era una bella y fuerte marsellesa con una sombra de bigote.

Mathieu echó un vistazo a su reloj-pulsera.

—Son las ocho y veinte.

La mujer colocó debajo de sus piernas una cesta cerrada con un pasador de hierro:

—Alégrate, diablilla, ya vas a comer.

Y volvió la cabeza hacia Mathieu.

—Ella acabaría con un santo.

Mathieu les dedicó una vaga y benevolente sonrisa. "Las ocho y veinte, pensó él. Dentro de diez minutos Hitler hablará. Están en el salón, hace más de un cuarto de hora que Jacques manosea los mandos de la radio."

La mujer había depositado la cesta sobre la banqueta; la abrió y Jacques gritó:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! Por fin he cogido Stuttgart.

Odette estaba de pie cerca de él, con la mano apoyada en su hombro. Ella oyó un gran barullo y a él le pareció que el soplo de un gran local abovedado le golpeaba la cara. Mathieu se estrechó para dejar sitio a la cesta. No se había ido de Juan-les-Pins. Estaba al lado de Odette, contra Odette, pero ciego y sordo, el tren se llevaba sus oídos y sus ojos hacia Marsella. No la amaba, era algo distinto: le había mirado cual si todavía no hubiese muerto. Pretendía él dar un rostro a esa ternura informe que pesaba en él; buscaba el rostro de Odette, pero se esfumaba y, en su lugar, apareció dos veces el de Jacques, y Mathieu acabó por entrever una forma inmóvil en su butaca, con un trozo de nuca inclinada y un aspecto atento y una cara desprovista de boca y de nariz.

—He llegado a tiempo—dijo Jacques volviéndose hacia ella—. Todavía no ha empezado a hablar.

Mis ojos están aquí, veía la cesta: una bella y blanca servilleta, de rayas encarnadas y negras envolvía el contenido. Mathieu contempló todavía un instante la nuca morena y luego la abandonó: era muy poco para una ternura de tanto peso. Ella se hundió en la oscuridad y a la servilleta le dio por exigir excesivamente, se instaló en sus ojos, ahuyentando acá y allá imágenes y pensamientos. *Mis ojos están aquí.* Un campanilleo le sobresaltó:

—Preciosa, date prisa—dijo la marsellesa.

Se volvió ella hacia Mathieu con una risa de disculpa:

—Es el despertador. Siempre lo pongo a las ocho y media.

La chiquilla abrió precipitadamente un maletín, metió las manos en él y la campanilla dejó de sonar. Las ocho y treinta, ahora va a entrar en el Sportpalast. Estoy en Juan-les-Pins, estoy en Berlín, pero *mis ojos están aquí.* En cierto lugar, un amplio auto negro se detuvo delante de una puerta, varios hombres de camisa parda se apea-

ban. En cierto lugar, en el Noroeste, a la derecha y detrás de él, pero ahí estaba ese mantel que no le dejaba ver. Unos dedos regordetes y ensortijados lo retiraron por las puntas rápidamente y desapareció. Mathieu vio un termo tumbado de costado y una pila de bocadillos: tuvo hambre. Estoy en Juan-les-Pins, estoy en París, ya no vivo, ya carezco de destino. Pero aquí tengo hambre, aquí, cerca de esta morena gruesa y de esta chiquilla. Se levantó, alcanzó la maleta de la redecilla, la abrió y, a tientas, se apoderó del paquete de Odette. Se volvió a sentar, cogió su navaja y cortó las cuerdas; tenía prisa de comer, como si hubiera tenido que terminar para oír el discurso de Hitler. Este entra, un clamor formidable hace temblar los cristales, se apacigua, él extiende el brazo. En cierto lugar, había diez mil hombres armados, rígida la cabeza, levantado el brazo. En cierto lugar, a su espalda, Odette se inclinaba sobre un aparato de radio. El habla, dice: "Compatriotas", y la voz deja de pertenecerle, se convierte en internacional. Se le oye en Brest-Litowsk, en Praga, en Oslo, en Tánger, en Cannes, en Morlaix, en el gran barco blanco de la compañía Paquet que navega entre Casablanca y Marsella.

—¿Estás seguro de tener Stuttgart?—preguntó Odette—. No se oye nada.

—¡Silencio, silencio!—dijo Jacques—. Sí, estoy seguro.

Lola se detuvo a la entrada del casino.

—Bueno, hasta luego—le dijo ella.

—Que cantes bien—dijo Boris.

—Gracias. ¿Adónde vas tú, querido?

—Al Bar Vasco—respondió Boris—. Hay amigos allí que no saben alemán y me han pedido que les traduzca el discurso de Hitler.

—No te vas a divertir—contestó Lola escalofriándose.

—Pero me gusta traducir.

¡Está hablando! Mathieu hizo un violento esfuerzo para oírle y luego se notó vacío y abandonó todo. Se dedicó a comer; frente a él la chiquilla mordía una rebanada con mermelada, no se oía más que el tranquilo jadeo

de las ruedas, era una noche de miel, completamente cerrada. Mathieu apartó los ojos y miró el mar a través del cristal. La noche rosa y redonda se cerraba encima de él. No obstante, una voz rompía aquel huevo azucarado. Está en todas partes, el tren se mete en ella y ella está en el tren, bajo los pies de la chiquilla, en los cabellos de la señora, en mi bolsillo, si yo tuviese una radio la abriría en la redecilla o debajo de la banqueta. La voz está allí, sonora, cubre el ruido del tren, hace vibrar los cristales, y yo no la oigo. Se sentía cansado; distinguió una vela a lo lejos, sobre el agua, y solo pensó en ella.

—¡Escucha!—dijo Jacques triunfante—. ¡Escucha!

Un rumor inmenso salió del aparato repentinamente. Odette dio un paso atrás, aquello era casi insoportable. "¡Cuantísimos son!—pensó ella—. ¡Y cómo le admiran!" Allí, a miles de kilómetros, decenas de millares de condenados. Sus voces llenaban el tranquilo salón familiar, y la suerte de ella se estaba allí ventilando.

—¡Ahí está!—gritó Jacques—. ¡Ya está ahí!

La borrasca se apaciguaba poco a poco, se percibían voces nasales y duras, después se hizo el silencio y Odette comprendió que él iba a hablar. Boris empujó la puerta del bar y el patrón le dijo por gestos que se apresurase, y luego, en voz alta:

—¡Muévase, que va a empezar!

Había tres de codos en el cinc: el marsellés, Charlier el tipógrafo de Rouen y otro tipo alto y fuertote groseramente formado que vendía máquinas de coser, llamado Chomis.

—¡Salud!—dijo en voz baja Boris.

Le saludaron rápidamente y él se acercó al aparato. Les estimaba porque no habían tenido inconveniente en acortar su cena con el fin de que les dijeran a la cara cosas desagradables. Eran tipos rudos que miraban los acontecimientos cara a cara.

El se había apoyado en la mesa con las dos manos, miraba el inmenso mar, oía el ruido de las olas. Levantó la mano derecha y el mar se calmó.

Empezó:

"Mis queridos compatriotas:

"Existe un límite en el que ya no se puede ceder, porque ello equivaldría a una debilidad perjudicial. Diez millones de alemanes se hallaban fuera del Reich en dos grandes territorios constituidos. Se trataba de alemanes que querían reintegrarse al Reich. No tendría yo derecho a comparecer ante la Historia de Alemania si me hubiese limitado a abandonarlos con indiferencia. Moralmente tampoco tendría derecho a ser el Führer de este pueblo. He tomado ya sobre mí bastantes sacrificios de renunciamiento. Había llegado al límite que ya no podía sobrepasar. El plebiscito de Austria ha demostrado lo bien fundado de este sentimiento. Entonces se produjo un ardiente testimonio de tal magnitud, que seguramente no lo esperaba el resto del mundo. Pero ya hemos visto que, para las democracias, un plebiscito resulta inútil y hasta funesto desde el momento que no produce los resultados que ellas esperaban. No obstante, el problema ha sido resuelto para la felicidad de todo el gran pueblo alemán.

"Y ahora tenemos ante nosotros el último problema que debe ser, y será, solucionado."

El mar se desencadenó a sus pies y él permaneció un momento sin hablar, contemplando aquellas enormes olas. Odette oprimió el pecho con sus manos, aquellos aullidos siempre hacían latir precipitadamente su corazón. Se inclinó al oído de Jacques, este conservaba fruncido el ceño prestando al discurso una atención extremada a pesar de que Hitler había permanecido callado desde hacía muchos segundos. Aunque sin mucha esperanza ella le preguntó:

—¿Qué dice?

Jacques tenía la pretensión de saber el alemán, porque había pasado tres meses en Hannover y porque, desde hacía diez años, escuchaba escrupulosamente por radio a todos los oradores de Berlín y hasta se había suscrito al *Frankfurter-Zeitung* para leer los artículos financieros. Pero los datos que facilitaba acerca de lo que había leído

a oído siempre eran bastante confusos. Se encogió de hombros:

—Siempre lo mismo. Ha hablado de sacrificios y de la felicidad del pueblo alemán.

—¿Se aviene a hacer sacrificios?—preguntó interesada Odette—. ¿Quiere decir que hará concesiones?

—Sí y no; todo ha quedado en el aire.

Extendió la mano y Karl dejó de gritar: era una orden. Se volvió a derecha e izquierda murmurando: "¡Escuchen! ¡Escuchen!", le parecía que la orden muda del Führer le atravesaba de parte a parte y adquiría cuerpo en su boca. "¡Escuchad! ¡Escuchad!", dijo. No era más que un dócil instrumento, un repetidor: el placer le hizo temblar de pies a cabeza. Todo el mundo calló, la sala entera se abismó en el silencio y en la noche; Hess, Goering y Goebbels habían desaparecido, no quedaron allí más que Karl y su Führer. El Führer hablaba frente al gran estandarte rojo con la cruz gamada, hablaba para Karl, para él solo. Una voz, una sola voz en el mundo. Habla para mí, piensa para mí, decide para mí. Mi Führer.

"Es la última reivindicación territorial que he de formular en Europa, pero es una reivindicación de la que no me apartaré y que conseguiré con la ayuda de Dios."

Hizo una pausa. Entonces Karl comprendió que le daba permiso para gritar y gritó con todas sus fuerzas. Todo el mundo se puso a gritar, la voz de Karl se hinchó, subió hasta las bóvedas e hizo temblar los cristales. Ardía de alegría, diez mil bocas gritaban y él se creyó un personaje histórico.

—¡Qué jeta! ¡Qué jeta!—gritó Mimile en el aparato. Y dirigiéndose a Robert exclamó—: ¿Te das cuenta? ¡Qué caterva de imbéciles! Todos esos tipejos no están contentos más que cuando pueden berrear juntos. Según parece, sus diversiones son así también. Cuentan con grandes antros en Berlín que pueden cobijar a veinte mil personas, allí se reúnen los domingos y se dedican a cantar en coro bebiendo cerveza.

El aparato seguía mugiendo:

—¡Oye!—propuso Robert—. Estrangúlalo.

Dieron una vuelta al interruptor, las voces se apagaron y tuvieron la impresión de que la habitación salía de la oscuridad, estaba allí, rodeándoles, pequeña y tranquila, el coñac estaba al alcance de las manos, les había bastado hacer girar un botón para que todos los alaridos de aquellos malditos se encerraran en la caja, una espléndida y normal noche había entrado por la ventana, una noche francesa; estaban entre franceses.

"Ese Estado checo ha debutado con una solemne mentira. El autor de la mentira se llama Benes."

Ráfagas en el aparato.

"Este Benes se presentó en Versalles y lo primero que hizo fue afirmar que existía una nación checoslovaca."

Hilaridad en el aparato. La voz, huraña, prosiguió:

"Se veía obligado a inventar aquella mentira, con el fin de dar, al pobre efectivo de sus conciudadanos, una importancia algo mayor y, por consiguiente, algo más justificada. Y los hombres de estado anglosajones, que nunca se familiarizaron con las cuestiones étnicas y geográficas, no han estimado necesario comprobar las afirmaciones de Benes.

"Como tal Estado no pareciera viable, se han limitado simplemente a echar mano de tres millones y medio de alemanes, contraviniendo el derecho de estos a disponer libremente de ellos mismos, contrariamente a su voluntad de libre determinación."

El aparato gritó: "¡Fi..., fi..., fi...!" Birnenschatz gritó: "¡Embustero! No se han quitado a Alemania esos alemanes." Miró Ella a su padre, que estaba rojo de indignación, que fumaba un puro en su butaca; la hija miraba a su madre y a su hermana Ivy y casi las odiaba. "¿Cómo es posible que puedan escuchar eso?"

"Y como si no fuera suficiente, era todavía necesario añadir a un millón de magiares, además de rusos subcarpáticos y, por añadidura, varios cientos de miles polacos.

"He ahí lo que es un Estado que más tarde se llamaría Checoslovaquia contrariamente al derecho de libre deter-

minación de los pueblos, contrariamente al deseo y a la voluntad claramente expresada por las naciones ultrajadas. Al hablaros aquí, yo compadezco naturalmente el destino de todos esos oprimidos; compadezco el destino de eslovacos, de polacos, de húngaros, de ucranianos. Pero no hablo, ¡naturalmente!, más que del destino de mis alemanes."

Un inmenso clamor llenó la habitación. ¿Cómo puede escucharse cosa semejante? Y esos "¡Heil! ¡Heil!" le daban náuseas. "En fin, somos judíos—pensó ella indignada—, no tenemos por qué escuchar a nuestro verdugo. Y él todavía puede pasar; le he oído siempre decir que los judíos no existían. Pero ella—pensó mirando a su madre—, ella sabe que es judía, ella lo siente y permanece aquí." La señora Birnenschatz, voluntariamente profética, todavía gritaba la víspera: "Es la guerra, hijos míos, y una guerra perdida, el pueblo judío no tiene más que volver a coger sus alforjas." Ahora dormitaba en medio de aquel clamor, cerraba de cuando en cuando sus ojos pintados y balanceaba su cabezota oscura de cabellos azabache. La voz volvió a oírse dominando la tempestad:

"Y ahora empieza el cinismo. Este Estado que solo se ve gobernado por una minoría, obliga a sus nacionales a desarrollar una política que un día les forzará a disparar contra sus hermanos."

Se levantó Ella. Aquellas palabras guturales, que salían de una garganta siempre propensa a la tos, eran puñaladas. El ha torturado a los judíos; mientras está hablando, hay millares que agonizan en los campos de concentración, y se le deja que pavonee su voz en nuestra casa; en este salón, en el que no más tarde que ayer, hemos recibido al primo Dachauer con sus párpados abrasados.

"Benes exige esto de los alemanes: Si hago la guerra contra Alemania, tú deberás disparar contra los alemanes. Y si te niegas, serás un traidor y ordenaré que te fusilen. Y pide lo mismo a húngaros y a polacos."

Allí estaba la voz, enorme, la voz del odio; el hombre estaba contra Ella. La gran llanura alemana, las montañas

de Francia, se habían derrumbado, todo se ponía contra ella, sin distancia, se revolvía en su caja, me mira, me ve. Se volvió Ella hacia su madre, hacia Ivy; pero ellas habían saltado hacia atrás. Todavía podía verlas Ella, pero no tocarlas. París también había retrocedido y fuera de alcance, la luz que se filtraba por las ventanas caía muerta sobre la alfombra. Se había producido una imperceptible separación de personas y objetos, Ella estaba sola en el mundo con aquella voz.

"El veinte de febrero de este año, yo he declarado al Reichstag que era necesario que se produjera un cambio en la vida de los diez millones de alemanes que viven fuera de sus fronteras. Pero Benes ha procedido de otro modo. Ha instituido una opresión todavía más completa."

Le hablaba solo a ella sin testigos, ojos frente a ojos, con creciente irritación y con deseos de amedrentarla, de hacerle daño. Ella seguía fascinada, su mirada no se apartaba de la mica. No entendía lo que él decía, pero su voz la desollaba.

"Todavía un terror mayor... Una época de disoluciones..."

Dio Ella media vuelta y bruscamente abandonó la estancia. La voz la persiguió hasta el vestíbulo, sin modulaciones, aplastada, todavía venenosa. Entró Ella prestamente en su habitación y cerró la puerta con llave. Abajo, en el salón, él seguía amenazando. Pero Ella no oía más que un murmullo confuso. Ella se dejó caer en una silla: ¿no habrá nadie, ni una madre de judío martirizado, ni una esposa de comunista asesinado que empuñe un revólver y lo tumbe? Apretó los puños y pensó que si ella fuese alemana, tendría la fuerza de matarle.

Mathieu se levantó, cogió uno de los cigarros de Jacques del bolsillo del impermeable y empujando la cortina salió del departamento.

—Si lo hace por mí—dijo la marsellesa—, no se moleste, mi marido fuma en pipa; ya estoy acostumbrada.

—Se lo agradezco—dijo Mathieu—, pero tengo ganas de estirar un poco las piernas.

De lo que él tenía ganas era de no verla. Ni a la pequeña, ni la cesta. Dio unos pasos en el pasillo, se detuvo, encendió su puro. El mar estaba azul y tranquilo y él se deslizaba al borde del mar, y pensaba: "¿Qué es lo que me pasa?" *De manera que la respuesta de ese hombre ha sido más que nunca: "Fusilemos, apresemos y encarcelemos." Y todo eso iba dirigido a aquellos que de uno u otro modo no le convienen;* deseaba comprender y se esforzaba para lograrlo. Jamás le había ocurrido que él no comprendiera; era su única fuerza, su única defensa, su único orgullo. Mirando al mar continuaba pensando: "No comprendo *entonces llegó mi reivindicación de Nuremberg. Tal reivindicación fue absolutamente neta: por vez prim...* me ocurre que parto a la guerra", se dijo. La cosa no era un misterio y, ello no obstante, para mí no estaba nada claro. En lo que le atañía personalmente, todo era sencillo y nítido: él había jugado y había perdido, su vida estaba detrás de él, desperdiciada. "No dejo nada, no echo nada de menos, ni siquiera a Odette, ni tampoco a Ivich, ya no soy nadie." Quedaba el acontecimiento propiamente dicho. *Yo declaré que ahora el derecho de libre disposición debía al fin, veinte años después de las declaraciones del presidente Wilson, entrar en vigor para esos tres millones y medio de hombres,* todo lo que hasta ahora le había alcanzado era a nivel de hombres; las triquiñuelas y las catástrofes las había visto venir, las había mirado de frente. Cuando había ido a coger el dinero en la habitación de Lola, había visto los billetes, los había palpado, había aspirado el perfume que en la habitación flotaba; y cuando había dejado a Marcelle, la miraba cara a cara mientras le hablaba; las dificultades no las tuvo más que consigo mismo. Podía decirse: He tenido razón o he faltado; podía juzgarse. Pero ahora eso era imposible: *Y nuevamente Benes ha dado su respuesta: otros muertos más, nuevas encarcelaciones, nuevos...* Pensó: "Voy a la guerra y eso no significaba nada." Algo le había

sucedido que era superior a sus fuerzas. La guerra le sobrepasaba. "No tanto que me deje atrás, sé que ella no está aquí. ¿Dónde está?" En todas partes: ella nace en todas partes, el tren camina hacia la guerra, Gómez aterriza en la guerra, esos veraneantes vestidos de blanco se pasean en la guerra, no existe un solo latido de corazón que no la alimente, ninguna conciencia que no esté atravesada por ella. Y, sin embargo, es como la voz de Hitler, que llena este tren y que yo no puedo oír: *He declarado nítidamente a Chamberlain lo que estimamos ahora como la única posibilidad de solución;* de cuando en cuando uno cree que va a alcanzarla en cualquier sitio, en la salsa de un turnedó, adelanta uno la mano y ya no está allí, no queda más que un pedazo de carne en salsa. "¡Ah!—se dijo—, sería necesario hallarse en todas partes a la vez."

"Mi Führer, mi Führer, tú hablas y yo me convierto en piedra, ya no pienso ni quiero nada, solo soy tu voz, la esperaré a la salida, la atornillaré a mi corazón, pero soy en primer lugar el portavoz de los alemanes y para esos alemanes he hablado, asegurando que no estoy dispuesto a permanecer como espectador inactivo y tranquilo mientras ese demente de Praga cree poder, yo seré ese mártir, juro ser ese mártir, lo juro, lo juro y lo juro."

—Calla—dijo Gómez—, estamos escuchando el discurso del títere.

"Aquí, Radio París, no dejen la sintonía, dentro de un instante transmitiremos la traducción francesa de la primera parte del discurso del canciller Hitler."

—¿Lo ves?—dijo Germain Chabot—. ¡Ya lo estás viendo! No valía la pena de correr y de bajar durante dos horas detrás de *L'Intran.* Te lo había dicho: siempre hacen lo mismo.

La señora Chabot dejó su ganchillo en el costurero y acercó su butaca.

—Vamos a saber lo que ha dicho. No me agrada —dijo—. Me produce como un vacío en el estómago. ¿No te pasa a ti igual?

—Claro que sí—afirmó Germain.

El aparato roncaba, emitió dos o tres graznidos y Chabot cogió a su mujer por el brazo diciendo:

—¡Escucha!

Se inclinaron un poco, oreja a la escucha y alguien se puso a cantar *La cucaracha.*

—¿Estás seguro de que tienes Radio París?

—Segurísimo.

—Entonces lo hacen para probar nuestra paciencia.

La voz cantó tres cuplés y se acabó el disco.

—Ya estamos—dijo Chabot.

Hubo un carraspeo y una orquesta hawaiana se puso a tocar *Honey Moon.*

Sería necesario estar en todas partes. Contempló, entristecido, la ceniza de su puro; en todas partes, de lo contrario está uno perdido. Yo soy un soldado que va a la guerra. He aquí lo que debiera verse: la guerra y el soldado. Una colilla de puro, chalés blancos a orilla del mar, el monótono deslizarse de los vagones sobre los raíles y ese viajero demasiado conocido, Fez, Marrakech, Madrid, Perusa, Siena, Roma, Praga, Londres, que fuma por milésima vez en el pasillo de un coche de tercera. Ni guerra ni soldado, sería necesario estar en todas partes, sería necesario que se me viera desde todas partes, desde Berlín como la tresmillonésima parte del Ejército francés, con los ojos de Gómez, como a uno de esos perros franceses a los que empujan a patadas a la batalla, con los ojos de Odette. Habría que verme con los ojos de la guerra. Pero ¿dónde están los ojos de la guerra? Yo estoy aquí; delante de mis ojos desfilan grandes superficies claras, soy clarividente, veo, y, sin embargo, me oriento a tientas, a la gallinita ciega y cada uno de mis movimientos enciende, sin embargo, una bombilla o provoca un timbrazo en un mundo que yo no veo. Zézette había cerrado los ventanillos, pero la luz del día que se iba entraba aún por las rendijas; ella se sentía cansina y muerta, echó su combinación encima de una silla y se metió desnuda en la cama: "Siempre duermo bien cuando estoy

triste"; pero, cuando se metió entre las sábanas, estaba en el lecho en el que "Momo" la había acariciado la antevíspera; tan pronto ella se adormilaba, se echaba él sobre ella y la aplastaba, pero si ella abría los ojos, él ya no estaba allí, porque dormía allá en su cuartel; además estaba aquella maldita radio que berreaba en lengua extranjera, era el aparato de los Heinemann, los refugiados alemanes del primero, una lengua ronca y viperina que raspaba los nervios, ¿se acabaría aquello? ¿No acabaría nunca? Mathieu envidió a Gómez y luego se dijo: "Gómez no ve más de lo que yo veo, lucha contra los invisibles", y dejó de envidiarle. ¿Qué ve?: paredes, un teléfono encima de su mesa, la cara de su oficial de servicio. El pelea en la guerra y no la ve, porque eso de hacer la guerra, todos la hacemos; yo levanto la mano, chupo del cigarro y hago la guerra; Sarah maldice la locura de los hombres, estrecha a Pablo en sus brazos, hace la guerra; Odette hace la guerra cuando envuelve con papel bocadillos de jamón. La guerra lo absorbe todo, recoge todo, no deja perderse nada, ni un pensamiento, ni un gesto, y nadie puede verla, ni siquiera Hitler. Nadie. Repitió: ¡nadie! Y de pronto él la entrevió. Tenía un cuerpo extraño, en el que nadie podía haber pensado.

"Aquí, Radio París, no abandonen la sintonía: dentro de un instante transmitiremos la traducción francesa de la primera parte del discurso del canciller Hitler."

No se movieron. Se miraban de reojo y cuando Rina Ketty empezó a cantar *Esperaré* sonrieron. Pero al terminar la primera estrofa, la señora Chabot se rió a carcajadas.

—¡Esperaré! ¡Muy bonito! Se pitorrean de nosotros.

Un cuerpo enorme, un planeta en un espacio de cien millones de dimensiones; ni los seres de tres dimensiones podían imaginarlo. Y, no obstante, cada dimensión era una conciencia autónoma. Si se intentara mirar el planeta de frente, caería hecho añicos y no quedaría de él más que conciencias. Cien millones de conciencias li

bres, cada una de las cuales vería muros, una colilla rojiza de puro, rostros familiares, y construiría su destino bajo su propia responsabilidad. Y, sin embargo, si fuésemos una de esas conciencias, notaríamos imperceptibles rozamientos, sensibles cambios, nos solidarizaríamos con un gigantesco e invisible polípero. La guerra: todos somos libres, pese a lo cual, está hecho el juego. Allí está ella, está en todas partes, es el total de todos mis pensamientos, de todas las palabras de Hitler, de todos los actos de Gómez; pero no existe nadie capaz de llevar a cabo la totalidad. No existe más que para Dios. Pero Dios no existe. Pero la guerra sí que existe.

"Y nunca he dejado ninguna duda sobre el hecho de que, en lo sucesivo, la paciencia alemana tiene forzosamente un término. Nunca he dejado ninguna duda acerca del hecho que está ciertamente en el carácter de nuestra mentalidad alemana el testimoniar larga paciencia, pero que, llegado el momento, hay que acabar de una vez."

—¿Qué es lo que dice? ¿Qué es lo que dice?—preguntó Chomis.

Boris explicó:

—Dice que la paciencia alemana tiene sus límites.

—También la nuestra—replicó Charlier.

Todo el mundo empezó a berrear en el aparato y Herrera entró en la estancia.

—¡Salud!—dijo al ver a Gómez—. Qué, ¿se está pasando bien el permiso?

—De todo un poco—contestó Gómez.

—Siempre prudentes los franceses, ¿no?

—No puede imaginárselo. Pero me figuro que les van a dar una patada en el mismísimo trasero—y señalando el aparato de radio añadió—: El títere de Berlín se ha desencadenado.

—¡No me digas!—los ojos de Herrera echaban chispas—. Pensemos que eso cambiaría mucho las cosas.

—No tengas la menor duda.

Se miraron sonrientes durante un instante. Tilquin, que estaba en la ventana, vino hacia ellos.

—Baje el volumen, parece que oigo algo.

Gómez hizo girar el botón y los rumores se debilitaron.

—¿Oye? ¿Oye usted?

Gómez aplicó el oído; oyó un sordo runrún.

—¡Ya está!—exclamó Herrera—. Una alerta. Es la cuarta desde esta mañana.

—¡La cuarta!—afirmó Gómez.

—Así es—confirmó Herrera—. ¡Qué cambiado va usted a encontrarlo todo!

Hitler hablaba de nuevo. Se acercaron al aparato. Gómez oía el discurso con un oído, mientras que con el otro escuchaba el runrún de los aviones. También se dejó oír en lontananza una explosión.

"¿Qué hace? No ha cedido el territorio, ¡ahora expulsa a los alemanes! Apenas Benes había hablado, las medidas militares de opresión se reanudaron y hasta se acentuaron. Comprobamos cifras espantosas: en un solo día, diez mil personas que huyen; al día siguiente, veinte mil..."

El runrún decreció, y, de repente, aumentó; se oyeron dos prolongadas detonaciones.

—Es el puerto que arde—cuchicheó Tilquin.

"... Al subsiguiente día, treinta y siete mil; ahora ya son noventa mil, ciento siete mil, ciento treinta y siete mil. Y hoy doscientos catorce mil. Regiones enteras se han despoblado, ciudades incendiadas; con obuses y gases pretenden deshacerse de los alemanes. En cuanto a Benes, se ha instalado en Praga y él dice: 'No puede ocurrir nada; en último extremo tengo detrás de mí a Inglaterra y a Francia.'"

Herrera pellizcó el brazo de Gómez.

—¡Escuche! ¡Escuche! Ahora les va a arrear de firme —dijo.

Su rostro se encendió y miraba con simpatía al aparato. La voz estalló escandalosa y ruda:

"Y ahora, compatriotas, creo que ha llegado la hora de hablar con toda claridad."

Un rosario de explosiones acercándose cubrió el ruido de las ovaciones. Pero Gómez casi no prestó atención

fija la mirada en el aparato, escuchaba aquella voz amenazadora, y notaba que renacía en él un sentimiento hacía tiempo enterrado, algo que se parecía mucho a la esperanza.

Los que pasáis sin mirarme,
ni siquiera saludarme,
dadme un poco de esperanza
sin tardanza.
¡Mi dolor es tal ahora!

—He comprendido—dijo Germain Chabot—. Esta vez he comprendido.

—¿Qué pasa?—preguntó su mujer.

—Pues que se trata de una combinación con los periódicos de la tarde. No quieren radiodifundir la traducción antes que la Prensa la haya publicado—se levantó, cogió su sombrero y dijo—: Bajo al bulevar Barbés; allí encontraré *L'Intran.*

Era el momento. Sacó las dos piernas de la cama, pensando: "Este es el momento. Ella verá que el pájaro ha volado y un billete de mil francos prendido a la colcha con un alfiler; si me da tiempo, añadiré un poema de adiós." Tenía la cabeza pesada, pero ya no le dolía. Se pasó las manos por la cara y las separó asqueado: olían a la negra. En el vasar del lavabo había un jabón rosa junto a un vaporizador y una esponja de caucho. Cogió la esponja, pero le dieron náuseas y fue a buscar en su maletín su guante de aseo y su jabón. Se lavó de pies a cabeza, el agua escurría por el entarimado, pero él no dio importancia a aquello. Se peinó, sacó del maletín una camisa limpia y se la puso. La camisa del mártir. Estaba triste y formal. Sobre el cojín había un cepillo, con él cepilló su chaqueta muy cuidadosamente. "Pero ¿dónde demonios he podido dejar mi pantalón?", se preguntó. Miró debajo de la cama y entre las sábanas: ni rastro de pantalón y se dijo: "¡Menuda borrachera debía de tener!" Abrió el armario de luna, empezaba a inquietarse; el pantalón no aparecía. Permaneció quieto un momento en el centro

de la habitación, en camisa, rascándose la cabeza y mirando en torno suyo, luego se encolerizó porque se hallaba en una situación perfectamente ridícula: un futuro mártir allí plantado, en calcetines, en el dormitorio de una zorra, con los faldones de la camisa golpeándole las rodillas. En aquel momento percibió a su derecha un armario empotrado en la pared. Fue a él, pero la llave no estaba en la cerradura; trató de abrirlo con las uñas y luego con unas tijeras que había encima de la mesa, pero nada consiguió. Tiró las tijeras y empezó a murmurar con voz furiosa: "¡La tía puta! ¡La guarra! ¡Ha encerrado mi pantalón para impedirme la salida!"

"Y ahora no puedo decir más que una cosa: dos hombres están frente a frente: ahí, Benes, y aquí, yo."

La muchedumbre entera se puso a berrear. Anna miraba inquieta a Milan. El se acercaba al aparato y lo miraba con las manos metidas en el bolsillo. Su cara se había ensombrecido y algo se movía en su mejilla.

—¡Milan!—llamó Anna.

"Somos dos hombres de diferente género. Cuando Benes en tiempos de la gran lucha de los pueblos iba y venía por el mundo, apartado de todo peligro, yo, como leal soldado alemán, cumplí con mi deber. Y hoy, heme aquí frente a este hombre, como soldado de mi país."

Volvieron a aplaudir. Anna se levantó y puso la mano sobre el hombro de Milan: su bíceps estaba contraído y todo su cuerpo era de piedra. "Se va a caer", pensó ella, pero él gritó silabeando:

—¡Marrano!

Ella le apretó el brazo con todas sus fuerzas, pero él la rechazó. Sus ojos estaban ensangrentados.

—¡Benes y yo! —exclamó furioso—. ¡Benes y yo! Porque tú tienes setenta y cinco millones de hombres que te siguen.

Avanzó un paso, ella se dijo: "¿Qué va a hacer?", y se abalanzó a él, que ya había escupido dos veces al aparato.

La voz continuaba:

"No tengo que añadir mucho a lo declarado: agradezco mucho a Chamberlain sus esfuerzos. Le he asegurado que el pueblo alemán solo quiere la paz; pero también le he declarado que no puedo aplazar los límites de nuestra paciencia. Además, le he asegurado, y lo repito aquí, que, una vez que este problema esté resuelto, Alemania ya no tendrá en Europa problema territorial. También le he asegurado que, por el momento, en tanto que Checoslovaquia haya solucionado sus problemas, es decir, en tanto que los checos se hayan compenetrado con las demás minorías no por la opresión, sino pacíficamente, no tendré que interesarme más por el Estado checo. ¡Y eso se lo garantizo! No nos interesan los checos en absoluto. Pero también debo declarar ante el pueblo alemán que en lo que respecta al problema de los sudetes, mi paciencia ha llegado al tope. He hecho a Benes una oferta que solo es la realización de lo que él mismo ha asegurado ya. Ahora tiene la solución en sus manos: paz o guerra. O bien acepta estas proposiciones, y da ahora a los alemanes la libertad, o bien iremos nosotros a tomarla."

Herrera levantó la cabeza. Estaba contento.

—¡Santo Dios! ¡Mil veces, Santo Dios! ¿Ha oído usted bien? Es la guerra.

—Sí—afirmó Gómez—. Benes es muy terco, no cederá; es la guerra.

—¡Maldita sea!—juró Tilquin—. ¡Si eso pudiera ser! ¡Aunque solo eso fuera!

—Eso, ¿qué?—preguntó Chamberlain.

—La continuación—contestó Woodehouse.

Chamberlain cogió las hojas y se puso a leerlas. Woodehouse le miraba con ansiedad. Al cabo de un momento, el primer ministro levantó la cabeza y le sonrió afablemente.

—Ninguna novedad—dijo.

Ahora Woodehouse le dirigió una mirada de sorpresa.

—El canciller Hitler se ha expresado con gran violencia—observó.

—¡Bah, bah!—replicó Chamberlain—. Está obligado a hacerlo.

"Hoy, yo camino delante de mi pueblo como su primer soldado; y detrás de mí, que el mundo entero se entere, camina ahora todo un pueblo, un pueblo distinto al de mil novecientos dieciocho. En la hora actual todo el pueblo alemán se unirá a mí. Mi voluntad, será su voluntad, del mismo modo que yo considero su porvenir y su destino como el motor de mi actuación. Y queremos reforzar esta voluntad común tal como lo hicimos en las horas del combate, en los tiempos en que yo luchaba como simple soldado desconocido para conquistar un Reich sin dudar un instante del éxito y de la victoria definitiva. En torno mío se aprieta una tropa de hombres y mujeres valientes que me siguen. Y ahora, pueblo mío alemán, yo te pido: 'Camina detrás de mí, hombre tras hombre, mujer tras mujer. En esta hora todos queremos tener una voluntad común. Esta voluntad debe ser más firme que cualquier angustia y que cualquier peligro y si esta voluntad es más fuerte que todas las angustias, que todos los peligros, ella acabará con las angustias y con los peligros.' ¡Estamos decididos! Y ahora, ¡que Benes elija!"

Boris volvióse hacia los demás y les dijo:

—Ha terminado.

No reaccionaron inmediatamente; fumaban muy atentos. Al cabo de un rato el patrón preguntó:

—Bueno, ¿le estrangulamos?

—¡Adelante!

El patrón se inclinó por encima de las botellas y dio media vuelta al botón. Durante un momento Boris se sintió a disgusto: reinaba un gran vacío. Un poco de viento y de noche penetró por la puerta abierta.

—En definitiva, ¿qué es lo que ha dicho?—preguntó el marsellés.

—Pues como conclusión ha dicho: todo mi pueblo está conmigo, yo estoy listo para la guerra. Ahora, Benes, que elija.

—¡Funerales!—dijo el marsellés—. Entonces, ¿es la guerra?

Boris se encogió de hombros.

—Pues bien—dijo el marsellés—, yo que hace seis meses que no he visto a mi mujer ni a mis dos hijos, me marcho a Marsella. ¡Buenas noches! Un cariñoso saludo con la mano y me voy al cuartel.

—Yo no tendré seguramente ni tiempo para ver a mi madre—dijo Chomis, y explicó—: Soy del Norte.

—Claro, así...—dijo el marsellés meneando la cabeza.

Callaron. Charlier vació su pipa golpeando el tacón. El patrón dijo:

—¿Quieren tomar algo? Puesto que es la guerra, yo pago una ronda.

—Venga esa ronda.

El aire de la calle era fresco, estaba oscuro, se oía la lejana música del casino: a lo mejor era Lola la que cantaba.

—Yo he estado en Checoslovaquia—dijo el tipo del Norte—. Y celebro haber estado: así sabe uno por qué luchamos.

—¿Ha estado allí mucho tiempo?—preguntó Boris.

—Seis meses. Como leñador. Me entendía muy bien con los checos. Son muy trabajadores.

—En cuanto a eso—dijo el barman—, también los alemanes son trabajadores.

—Sí, pero quieren arrasar el mundo. Mientras que los checos son tranquilos.

—¡A la salud de ustedes!—dijo Charlier.

—¡A la suya!

Chocaron las copas y el marsellés dijo:

—Empieza a hacer frío.

Mathieu despertó sobresaltado:

—¿Qué pasa?—preguntó restregándose los ojos.

—Estamos en Marsella, estación Saint-Charles. Todo el mundo se apea.

—Está bien—dijo Mathieu—. Está bien.

Descolgó su impermeable y cogió la maleta. Se notaba

inseguro. "Hitler ha debido de terminar su discurso", pensó aliviado.

—Yo vi partir a los muchachos el catorce—dijo el tipo del Norte—. Yo tenía diez años. Aquello era muy diferente.

—¿Iban alegres?

—¡Que si iban alegres! Alborotaban. Cantaban. Gesticulaban...

—Hay que decir que no se daban cuenta—anotó el marsellés.

—Claro que no.

—Y nosotros sí nos la damos—observó Boris.

Hubo un silencio. El tipo del Norte miraba fijamente delante de él y comentó:

—A los *Fritz* los he visto yo de cerca. Hemos estado ocupados durante cuatro años. ¡Hay que ver lo que hemos tenido que aguantar! El pueblo quedó arrasado. Durante semanas enteras hemos tenido que estar escondidos en las cuevas. Comprenderán ustedes mi estado de ánimo cuando pienso que tengo que volver a empezar—y añadió—: Lo cual no quiere decir que yo no he de comportarme como los demás.

—Lo que a mí me pasa—dijo el patrón—, es que tengo el canguelo de la muerte. Desde pequeño. Sin embargo, he llegado a razonar en los últimos tiempos. Me he dicho: lo más feo que a uno puede ocurrirle es morir. Pero que sea de la gripe o del estallido de un obús, ¿qué más da?

Boris se desternillaba de risa; los encontraba simpáticos y pensó: "Me gustan más los hombres que las tías buenas." La guerra tenía eso de bueno: que la hacían los hombres. Durante tres años, durante cinco, solo veré hombres. "Y cederé mi turno de permiso en beneficio de los padres de familia."

—Lo que importa—dijo Chomis—, es poder decirse que se ha vivido. Tengo treinta y seis años, no siempre lo he pasado bien. He tenido altibajos, pero he vivido. Pueden hacerme pedacitos, no podrán impedir lo sucedido—y vol-

viéndose hacia Boris—: Para un joven como lo es usted, la cosa debe de ser mucho más dura.

—¡Oh!—exclamó Boris repentizando—. Desde el tiempo que me están diciendo que la guerra va a estallar... —se ruborizó un poco y añadió—: Cuando se está casado es cuando uno debe de encontrarse en un aprieto.

—Así es—dijo el marsellés suspirando—. Mi mujer es valerosa y, además, tiene un oficio: es peluquera. Me preocupan más las pequeñas; es mejor que tengan padre, ¿no? Pero también hay que pensar: el hecho de que se va a la guerra, ¿quiere decir que forzosamente se ha de morir en ella?

—Claro que no—respondió Boris.

La música se había apagado. Una pareja entró en el bar. La mujer era pelirroja y llevaba un vestido verde muy largo y un amplio descote. Se sentaron a una mesa del fondo.

—De todos modos—dijo Charlier—, la guerra es una imbecilidad. ¡No conozco nada más idiota!

—Tampoco yo—afirmó el patrón.

—Y yo tampoco—ratificó Chomis.

—Bueno—dijo el marsellés—. ¿Qué le debo? Una ronda es mía.

—Y otra mía—añadió Boris.

Pagaron. Chomis y el marsellés salieron cogidos del brazo. Charlier titubeó un momento, giró sobre sus talones y fue a sentarse llevándose su copa de coñac. Boris se había quedado en el mostrador de cinc pensando complacido: "¡Qué simpáticos son!" También los habría así en las trincheras, los habría por millares como esos. Boris viviría con ellos y no se separaría ni de día ni de noche; ya tendría en qué ocuparse. Se dijo: "Tengo suerte"; cuando se comparaba con los pobres tipos de su edad que habían sido aplastados o habían muerto de cólera, estaba obligado a convenir que tenía suerte. No le habían tomado por un traidor; no se trataba de una de esas guerras que trastornan, sin prepararle, la vida de un hombre cual un simple accidente: esta se había anunciado con

seis o siete años de antelación, se había tenido tiempo para verla venir. Personalmente, Boris no había dudado nunca que un día acabaría por desencadenarse, la había esperado igual que el príncipe heredero que sabe, desde su infancia, que ha nacido para reinar. Le habían traído al mundo para esta guerra, le habían educado para ella, le habían enviado al liceo, a la Sorbonne, le habían proporcionado una cultura. Decían que así lo habían hecho para que se convirtiera en profesor, pero todo eso le había parecido siempre sospechoso; ahora sabía que pretendían hacerle un oficial de complemento; nada habían economizado para convertirle en un magnífico muerto, jovencito y muy sano. "Lo más curioso—pensaba—es que no he nacido en Francia, que solo soy un naturalizado." Pero, finalmente, la cosa no tenía tanta importancia; si se hubiera quedado en Rusia, o sus padres se hubiesen refugiado en Berlín o en Budapest, habría sido igual: no se trataba de una cuestión de nacionalidad, sino de edad; los jóvenes alemanes, húngaros, ingleses, griegos..., estaban prometidos a la misma guerra, al mismo destino. En Rusia hubo primeramente la generación de la Revolución; luego, la del plan quinquenal, y, actualmente, la del conflicto mundial: a cada una su destino. En fin, se nace para la guerra o para la paz, como se nace obrero o burgués, no hay nada que lo cambie, no todo el mundo tiene la suerte de nacer suizo. "Si alguien tuviera derecho a protestar—siguió pensando—sería Mathieu; pues este ha nacido para la paz; ha creído sinceramente que moriría de viejo y está hecho a sus pequeñas costumbres; a su edad no se cambia. Mientras que yo, es mi guerra. Ella me ha hecho y yo tendré que hacerla a ella: somos inseparables; no puedo ni siquiera imaginarme lo que yo sería si ella no llegase a estallar." Meditó acerca de su vida, y ya no le pareció que fuese demasiado corta: las vidas no son ni cortas ni largas. Sencilla y simplemente, era una vida... con la guerra al final. Y, de repente, se creyó investido de una dignidad nueva, porque tenía una función en la sociedad, y, también, porque perecería de

muerte violenta, por lo que se sintió herido en su modestia. Era seguramente hora de ir en busca de Lola. Dedicó una sonrisa al patrón y salió a toda prisa.

El cielo estaba con nubes. De distancia en distancia se veía alguna estrella, el viento venía del mar. Durante un momento, la niebla envolvió la cabeza de Boris y esto le hizo pensar: "¡Mi guerra!" Y quedó sorprendido, porque no tenía costumbre de pensar mucho tiempo en las mismas cosas. "¿Será que tengo miedo?—se preguntó—. ¿Será posible que el miedo se apodere de mí?" Y se echó a reír escandalizado y a gusto, a la idea de aquel gigantesco consuelo. Pero, después de dar unos cuantos pasos, cesó la risa bajo el peso de súbita inquietud: porque se da la circunstancia de que no debiera tener demasiado miedo. Comprendía que no duraría mucho; sin embargo, eso no justificaba que debiera tener que malgastar su vida haciendo lo que le viniese en gana. Desde que nació tenía escrito su destino; pero le habían dejado todo a su suerte, su guerra era una vocación más que un destino. Era evidente que podía haber deseado una u otra: la de gran filósofo, por ejemplo, la de donjuán o la de gran financiero. Pero la vocación no se elige: se logra o se fracasa, ni más ni menos. Y lo peor de su vida era que no podía empezarla de nuevo. Existían vidas parecidas al bachillerato francés: había que realizar muchos ejercicios y si fallaba en el de física, por ejemplo, se podía subsanar con el de ciencias naturales o el de filosofía. La suya hacía más bien pensar en la reválida de filosofía general en que solamente se juzga un ejercicio, lo cual intimida enormemente. Pero, de todos modos, era el único examen en que él debía triunfar, no en otro, y sería muy difícil. Había que conducirse limpiamente, a buen seguro, pero eso no era suficiente. Era necesario, sobre todo, instalarse en la guerra, encontrar un buen sitio y tratar de sacar buen partido de todo. Era indispensable convencerse de que, desde cierto punto de vista, todo es equivalente: un ataque en Argonne equivale a un paseo en góndola, la pócima que se bebe en la trinchera de ma-

drugada equivale al café de las estaciones españolas en un amanecer. Además hay que tener en cuenta los camaradas, la vida al aire, los paquetes que se reciben y, por encima de todo, el espectáculo; un bombardeo no debe de ser nada despreciable. Lo único que hace falta es no tener miedo. "Si tengo miedo, me dejo robar la vida, soy un renacuajo. No tendré miedo", decidió.

Las luces del casino le sacaron de su sueño, ráfagas musicales salían por las ventanas abiertas, un auto negro se detuvo silenciosamente delante de la escalinata. "Todavía tengo que esperar un año", se dijo molesto.

Ya era más de medianoche. El *Sportpalast* estaba oscuro y desierto; las sillas, sobre las mesas; colillas de cigarro pisoteadas, Chamberlain hablaba en la radio, Mathieu erraba por el muelle del Vieux-Port pensando: "Es una enfermedad, una verdadera enfermedad; ha caído sobre mí por casualidad, no me concierne, hay que tratarla con estoicismo como a la gota o los dientes." Chamberlain dijo:

"Espero que el canciller no rechace esta proposición hecha con el mismo espíritu amistoso con el que fui acogido en Alemania y que, de ser aceptada, satisfará el deseo de Alemania de unir los sudetes con el Reich sin que se vierta una gota de sangre en Europa."

Después hizo un ademán para indicar que había terminado y se alejó del micrófono. Zézette, que no podía conciliar el sueño, se asomó a la ventana y miraba las estrellas que lucían encima de los tejados. Germain Chabot se quitaba los pantalones en el cuarto de aseo. Boris esperaba a Lola en el *hall* del casino; por doquier, en el aire, no escuchada o casi, una flor oscura trataba de abrirse: *If the moon turns green,* interpretada por el *jazz* del hotel Astoria y transmitido por Daventry.

MARTES 27 DE SEPTIEMBRE

Las diez y media de la noche.

—¡Señor Delarue!—exclamó la portera—. ¡Vaya una sorpresa! No le esperaba hasta dentro de ocho días.

Mathieu sonrió. Hubiese preferido pasar inadvertido; pero tuvo que pedir las llaves.

—Veo que no ha sido usted movilizado.

—¿Yo?—preguntó Mathieu—. No.

—¡Mejor!—dijo ella—. Siempre llegará demasiado pronto. ¿Qué cuenta usted de los acontecimientos? ¡Desde que usted se fue han ocurrido tantas cosas! ¿Cree que será la guerra?

—¡Qué sé yo, señora Garinet!—contestó Mathieu, añadiendo vivamente—: ¿Hay algo de correo?

—Todo lo que se ha recibido se lo he enviado—afirmó la señora Garinet—. Ayer mismo he hecho seguir un impreso a Juan-les-Pins: si me hubiese usted anunciado su regreso... Esta mañana ha llegado esto.

Le entregó un sobre grande gris. Mathieu reconoció la letra de Daniel. Cogió el sobre y, sin abrirlo, se lo metió en el bolsillo.

—¿Quiere las llaves?—preguntó la portera—. ¡Qué lástima que no haya podido usted avisarme! Hubiese tenido tiempo de limpiar todo como es debido. Mientras que ahora, ni siquiera están abiertos los ventanillos.

—No tiene ninguna importancia—contestó Mathieu haciéndose cargo de las llaves—. Ninguna. Buenas noches, señora Garinet.

La casa todavía estaba desierta. Desde fuera, Mathieu

había visto que todas las persianas estaban echadas. Por ser verano, habían quitado las alfombras de las escaleras. Pasó lentamente el descansillo del primer piso. En otros tiempos los niños gritaban y Mathieu se había agitado a menudo entre las sábanas, los oídos heridos por berridos del recién nacido. Ahora las habitaciones estaban a oscuras y desiertas tras los postigos cerrados. Las vacaciones. Pero en su fuero interno se decía: la guerra; aquellas vacaciones disminuidas por unos, por otros alargadas. En el segundo vivía una mujer entretenida; a menudo, su perfume se colaba por debajo de la puerta y se esparcía por todo el pasillo. Debía de encontrarse en Biarritz en un gran hotel abrumada por el calor y el marasmo de los negocios. Llegó al tercero y metió la llave en la cerradura. Debajo y encima de él, piedras, noche y silencio. Penetró en la oscuridad, en ella depositó la maleta y el impermeable: en la habitación olía a polvo. Permaneció inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo, enterrado en la oscuridad, y, luego, repentinamente, dio una vuelta al interruptor y visitó una tras otra las habitaciones de su alojamiento, dejando abiertas todas las puertas; dio la luz al despacho, a la cocina, a los lavabos, a su habitación. Todas las lámparas brillaban, una corriente de luz continua circulaba entre las habitaciones. Se detuvo en el borde de la cama.

Alguien se había acostado en ella. La ropa estaba arrugada, la funda de la almohada estaba sucia, migas de pastel salpicaban las sábanas. Alguien: yo. Meditó: "Soy yo quien aquí se ha acostado. Yo, el quince de julio por última vez." Pero miraba la cama con repugnancia: su viejo sueño se había enfriado entre las sábanas, y ahora se había convertido en el sueño de otro. "Yo no dormiré aquí."

Dio media vuelta y entró en el despacho: su repugnancia continuaba. Sobre la chimenea un vaso sucio. En la mesa, cerca del cenicero de bronce, un cigarrillo roto del que se esparcían briznas secas. ¿Cuándo he podido yo romper este pitillo? Lo apretó y notó bajo sus dedos un

rechinamiento de hojas secas. Los libros. Un tomo de Arbelet, otro de Martineau, *Lamiel, Lucien Leuwen, Les Souvenirs d'Egotisme.* Alguien había proyectado escribir un artículo sobre Stendhal. Los libros se habían quedado allí y el proyecto, petrificado, se había convertido en un objeto. Mayo del 38: todavía no había llegado a ser absurdo escribir un artículo sobre Stendhal. Un objeto. Un objeto como sus cubiertas grises, como el polvo adherido a sus lomos. Un objeto opaco, pasivo, una presencia impenetrable. *Mi proyecto.*

Su proyecto de beber, que estaba depositado por manchas apagadas sobre la transparencia del vaso, su proyecto de fumar, su proyecto de escribir, el hombre había dispersado sus proyectos por todas partes. Estaba allí el sillón de cuero verde en el que el hombre se sentaba por la noche. Era de noche: Mathieu miró el sillón y se sentó en el borde de una silla. *Tus sillones son corruptores.* Una voz lo había dicho aquí mismo: tus sillones son corruptores. En el sofá, una joven rubia había sacudido colérica sus rizos. En aquel tiempo, el hombre apenas veía los rizos, apenas oía las voces: veía y oía su porvenir a través de ellos. Ahora el hombre se había ido llevándose su antiguo mentido porvenir; las presencias se habían enfriado, estaban allí, una película de grasa pegada a los muebles, las voces flotaban a la altura de los ojos; subieron hasta el techo y luego volvieron a descender para flotar. Mathieu se notaba indiscreto, fue hacia la ventana y abrió las persianas. Quedaba aún un poco de claridad en el cielo, una claridad anónima: respiró.

La carta de Daniel. Extendió la mano para cogerla y, después, dejó caer la mano sobre la barandilla. Daniel se había ido por aquella calle un atardecer de junio, había pasado debajo de aquellos faroles; el hombre se había asomado a la ventana y le había seguido con la mirada. Era aquel hombre a quien Daniel había escrito. Mathieu no tiene deseo de leer su carta. Se volvió bruscamente, recorrió su despacho con la mirada, con una alegría seca. Todos estaban allí, encerrados, muertos, Marcelle, Ivich,

Brunet, Boris, Daniel. Habían vuelto, estaban captados y allí se quedarían. Las rabietas de Ivich, las exhortaciones de Brunet... Mathieu las recordaba ya como la muerte de Luis XVI, con la misma imparcialidad. Pertenecían al pasado del mundo, no al suyo; él no tenía ya pasado.

Volvió a cerrar los postigos, cruzó la habitación, titubeó, y, después de meditar, dejó la lámpara encendida. Mañana por la mañana volveré a recoger mis maletas. Cerró la puerta de entrada dejándolos a todos y bajó las escaleras. Ligero. Vacío y ligero. Arriba, detrás de él, las velas eléctricas alumbrarían toda la noche su vida muerta.

—¿En qué estás pensando?—preguntó Lola.

—En nada—contestó Boris.

Estaban sentados en la playa. Lola no cantaba aquella noche porque había función de gala en el Casino. Había pasado delante de ellos una pareja y un soldado. Boris pensaba en el soldado.

—Sé amable—dijo Lola con voz dominadora—. Dime en qué piensas.

Boris se encogió de hombros.

—Pensaba en el soldado que acaba de pasar.

—¡Ah!—exclamó sorprendida Lola—. ¿Y qué es lo que pensabas?

—¿Qué quieres que piense de un soldado?

—Boris—se lamentó ella—. ¿Qué te pasa? Eras tan dulce, tan cariñoso... Y ahora volvemos a las andadas de antes. Casi no me has dirigido la palabra en todo el día.

Boris no contestó. Pensaba en el soldado. "Tiene suerte; en cambio, yo todavía tengo que esperar un año." Un año: volvería a París, se pasearía por el bulevar Montparnasse, por el bulevar Saint-Michel, que conocía a ojos cerrados, visitaría el *Dôme*, la *Coupole*, dormiría en casa de Lola a diario. Si pudiera ver a Mathieu, la cosa podría pasar, pero Mathieu estará movilizado. "¡Y mi título!", pensó de pronto. Porque, por si fuera poco, tenía que soportar esa bromita: el título de estudios superiores. Seguramente exigiría que se examinase y Boris se vería obligado a presentar una tesis sobre la imaginación en Re-

nouvier o sobre la costumbre en Maine de Biran. "¿Por qué serán todos tan farsantes?", se dijo irritado. Le habían educado para la guerra, tenían derecho, pero ahora le querían obligar a aspirar al título, como si tuviese delante toda una vida de paz. ¡Sería muy divertido! Durante un año iría a las bibliotecas, fingiría leer las obras completas de Maine de Biran, editadas por Tisserand, fingiría hacer acopio de notas, fingiría estar preparando su examen y no dejaría de pensar en la nueva prueba que le esperaba, no cesaría de preguntarse si tendría miedo o si podría aguantar firme. "Si esta no existiera—se dijo lanzando una mirada malévola a Lola—, me alistaría inmediatamente, resultaría una broma bien pesada para todos."

—¡Boris!—gritó Lola aterrorizada—. ¿Qué mirada me estás echando? ¿Es que ya no me quieres?

—Al contrario—contestó Boris apretando los dientes—. Nunca apreciarás lo mucho que te quiero: mucho más de lo que tú crees.

Ivich encendió la lámpara de la cabecera y se tumbó en la cama completamente desnuda. Había dejado la puerta abierta y vigilaba el pasillo. Un disco de luz se proyectaba en el techo, el resto de la habitación era azul, y azul era la bruma encima de la mesa; olía a limón, a té y a cigarrillo.

Oyó como un roce en el pasillo y una masa enorme pasó silenciosamente delante de la puerta.

—¡Eh!—gritó ella.

Su padre volvió la cabeza y le dirigió una mirada de reproche.

—Ivich, ya te lo he rogado: tienes que cerrar la puerta o vestirte—estaba encendido, y su voz era más cantarina que de costumbre—. Lo digo por la muchacha.

—La muchacha está ya acostada—dijo Ivich indiferente, y añadió—: Estaba acechándote. Haces tan poco ruido cuando pasas que temía no verte. Vuélvete.

El señor Serguine obedeció. Ella se levantó y se puso el batín. Su padre permaneció muy rígido en el marco

de la puerta dando la espalda. Miró su nuca, su complexión atlética y se echó a reír silenciosamente.

—Ya puedes mirar.

Ahora estaba de frente. Respiró fuerte dos o tres veces y dijo:

—Fumas demasiado.

—Son los nervios—explicó ella.

El calló. La lámpara alumbraba su gruesa cara rocosa. Ivich le encontraba hermoso, bello como una montaña, como las cataratas del Niágara. El acabó por decir:

—Me voy a la cama.

—No—dijo Ivich suplicante—. No, papá; quisiera escuchar la radio.

—¡Cómo!—dijo el señor Serguine—: ¿A estas horas?

Ivich no cayó en la trampa de aquella indignación: sabía que todas las noches volvía a salir de su habitación hacia las once y que iba a su despacho para oír muy bajito las noticias. Era malicioso y ligero como un elfo a pesar de sus noventa kilos.

—Oyela tú sola—dijo—; tengo que madrugar mañana.

—Pero, papá—replicó mimosa Ivich—, bien sabes que yo no sé manejar el aparato.

El señor Serguine se echó a reír.

—¡Vamos! ¡Vamos!—dijo—. Lo que tú quieres es escuchar música—y volviendo a ponerse serio añadió—: ¿No sabes que tu pobre madre duerme?

—No, papá—dijo Ivich furiosa—. Yo no quiero oír música. Quiero saber en qué están con su dichosa guerra.

—En ese caso, ven.

Ella le siguió al despacho, descalza, y él se inclinó sobre el receptor. Sus largas y fuertes manos manejaban tan suavemente los mandos, que Ivich se conmovió y echó de menos su pasada intimidad. Cuando ella tenía quince años, siempre estaban juntos. La señora Serguine llegó a estar celosa; cuando el señor Serguine llevaba a Ivich al restaurante, hacía que se sentase frente a él, elegía ella misma su menú; los camareros la llamaban señora, por lo que reía satisfecha y él estaba orgulloso, dando la sen-

ción de ser un caballero afortunado. Oyeron los últimos compases de una marcha militar y después un alemán empezó a hablar irritado.

—Papá—dijo como reprochándoselo—, yo no sé alemán.

Él la miró con cara de inocente. Y ella pensó: "Lo ha hecho adrede."

—A estas horas se radian las informaciones más interesantes.

Ivich escuchó muy atentamente por si reconocía la palabra "Krieg", cuyo significado sabía. El alemán se calló y la orquesta atacó una nueva marcha; Ivich tenía los oídos destrozados, pero el señor Serguine escuchó hasta el final porque no detestaba la música militar.

—¿Y qué?—preguntó angustiada Ivich.

—La cosa va muy mal—declaró él sin mostrar mucha preocupación.

—¡Ah!—exclamó ella sin saliva en la garganta—. ¿Siempre por culpa de esos checos?

—Así es.

—¡Qué odio les tengo!—dijo Ivich apasionadamente, y al cabo de un momento añadió—: Pero si un pueblo no quiere ir a la guerra, ¿cómo puede obligársele?

—Ivich—intervino suavemente su padre—, tú no eres más que una niña.

—Claro, es verdad—replicó Ivich.

Supuso que su padre no entendía más que ella.

—¿Es esa toda la información?

El señor Serguine titubeó.

—¡Papá!

"Está furioso porque yo estoy aquí; le he quitado su juerguecilla." Al señor Serguine le gustaban los secretos; tenía seis maletas cerradas con candado y dos con cerrojo, las abría de cuando en cuando, pero siempre estando solo. Ivich le contemplaba cariñosamente, tenía tal simpatía que estuvo a punto de ponerle al corriente de su angustia.

—Dentro de un momento—anunció él a disgusto—, oiremos a los franceses.

Posó sus ojos pálidos en Ivich, y esta se dio cuenta de que nada podía hacer por ella. Se limitó a preguntar:

—Si estallase la guerra, ¿qué sucedería?

—Que los franceses serían vencidos.

—¿Entrarían los alemanes en Francia?

—Naturalmente.

—¿Llegarían aquí, hasta Laon?

—Me lo figuro. Supongo que caerían sobre París.

"No sabe una palabra— pensó Ivich—; es un polichinela." Pero su corazón daba botes en el pecho.

—Tomarían París, pero ¿lo destruirían?

Se arrepintió de haber formulado la pregunta. Desde que los bolcheviques incendiaron sus castillos, su padre se había aficionado a las catástrofes. Movió la cabeza y entornó los ojos pronunciando interjecciones sin significado.

Las once y media. Es una calle muerta, hundida en la oscuridad. De cuando en cuando, un farol a lo lejos. Una calle cualquiera rodeada de mausoleos anónimos. Todas las ventanas cerradas, ni una rendija con luz. "Esta fue la calle Delambre." Mathieu había cruzado la calle Cels, la calle Froidevaux, luego la avenida del Maine y hasta la de la Gaîté; todas se parecían: todavía calientes, ya desconocidas y ya calles de guerra. Algo se había perdido. París se había convertido en un gran cementerio de calles.

Mathieu entró en el *Dôme* porque el *Dôme* allí estaba ubicado. Un camarero solícito se acercó a él con una gentil sonrisa: era un joven con gafas, enclenque y lleno de buena voluntad. Un nuevo, sus antecesores hacían esperar a los clientes una hora, luego venían despreocupados y recibían el pedido sin una sonrisa.

—¿Dónde está Henri?

—¿Henri?—preguntó el camarero.

—Un moreno grueso con ojos que le salían de las órbitas.

—¡Ah!, ya; está movilizado.

—¿Y Jean?

—¿El rubio? También movilizado. Soy yo su sustituto.

—Sirva un coñac—dijo Mathieu.

El camarero salió corriendo. Mathieu parpadeó y luego examinó la sala con extrañeza. En julio el *Dôme* no tenía los límites concretos, se deslizaba en la noche a través de sus cristales y de su puerta giratoria, se difundía por la calzada, los transeúntes se bañaban en esa lechosidad que temblaba aun en las manos y en la mitad izquierda de las caras de los chóferes que estacionaban en el centro del bulevar Montparnasse. Un paso más, y uno se sumergía en lo rojo, el perfil derecho de los chóferes estaba rojo: era la *Rotonde*. Ahora, en este preciso momento, las tinieblas de afuera se pegaban a los cristales, el *Dôme* se había reducido a él mismo: un enjambre de mesas, de taburetes, de vasos vacíos, privados de esa luminosidad difusa que era su sombra nocturna. Desaparecidos los emigrados alemanes, el pianista húngaro, la vieja yanqui alcoholizada, todas esas encantadoras parejas cuyas manos desaparecían debajo de la mesa y hablaban de amor hasta amanecer, ojos encendidos a causa del sueño, se habían ido. A su izquierda, un comandante cenaba con su mujer. Enfrente, una golfilla annamita soñaba delante de un café con leche y, en la mesa vecina, un capitán comía una *choucroute*. A la derecha, un joven uniformado apretaba contra su cuerpo a una mujer. Mathieu le conocía de vista, era un alumno de Bellas Artes, alto, pálido y perplejo; el uniforme le daba un aspecto feroz. El capitán levantó su cabeza y su mirada atravesó la muralla; Mathieu siguió aquella mirada: al final había una estación, luces, reflejos en los raíles, hombres de rostro terroso, con ojos agrandados por el insomnio, sentados rígidos en los vagones, las manos sobre las rodillas. En julio estábamos sentados en círculo bajo las lámparas, no separábamos nuestras miradas los unos de los otros, no se perdía ni una sola de nuestras miradas. Ahora se pierden, se van hacia Wissemburg, hacia Montmédy; hay mucho vacío y mucha negrura en las personas. Han movilizado el *Dôme,* lo han convertido en utensilio de primera necesidad: un ambigú. "¡Ah!—pensó alegremen-

te—. No reconozco nada, no lamento nada, no dejo nada tras de mí."

La pequeña indochina le sonrió. Era majita, de manecitas minúsculas; hacía dos años que Mathieu deseaba pasar una noche con ella. Había llegado el momento. "Pasearé mi boca por su lozana piel, respiraré su olor de insecto y de arqueta; estaré desnudo y hecho un cualquiera bajo sus dedos profesionales; hay en mí algunas antiguallas que morirían." Bastaba con corresponder a su sonrisa.

—¡Camarero!

El camarero acudió presuroso:

—Son diez francos.

Mathieu pagó y salió. "No; la conozco demasiado."

Estaba oscuro. Primera noche de guerra. No, no del todo. Todavía quedaban muchas luces en los costados de las casas. Dentro de un mes, de quince días, la primera alerta las apagaría; por el momento no era más que un ensayo general. Pero París había perdido su techo de algodón rosa. Por vez primera Mathieu veía un enorme vaho oscuro suspendido encima de la villa: el cielo. El de Juan-les-Pins, de Toulon, de Dijon, de Amiens, un cielo igual para el campo y para la población, para toda Francia. Mathieu se detuvo, levantó la cabeza y lo contempló. Un cielo de cualquier parte, sin privilegio, yo bajo esa gran equivalencia: cualquiera. Cualquiera de cualquier parte: es la guerra. Fijaba la mirada en una charca luminosa. Y repitió por si acaso. "París, bulevar Raspail." Pero los habían también movilizado a todos: aquellos nombres de lujo, parecían salir de un mapa de Estado Mayor o de un comunicado. No quedaba nada del bulevar Raspail. Caminos, nada más que caminos que discurrían de Sur a Norte, de Oeste a Este; rutas numerosas. De cuando en cuando, las empedraban en una longitud de uno o dos kilómetros, aceras y casas surgían de tierra, se llamaban: calle, avenida, bulevar. Pero solo era un trozo de ruta. Mathieu caminaba de cara hacia la frontera belga, por uno de esos pedazos de ruta departamental

procedentes de la Nacional 14. Torció por la larga vía recta y transitable que prolongaba las vías férreas de la Compañía del Oeste, antes la calle de Rennes. Una llamarada le envolvió, hizo surgir de la oscuridad un farol, se apagó; pasó un taxi que iba hacia las estaciones de la orilla derecha. Seguía otro auto negro lleno de oficiales y luego todo quedó en silencio. Al borde del camino, bajo un cielo no diferente, las casas habían quedado reducidas a su función más ruda: edificios para contactos. Dormitorios-refectorios para los movilizables, para familias de los movilizados. Ya se presentía su último destino, se convertirían en "sitios estratégicos" y, más claro, en blancos. Después de eso, bien se podía destruir París: ya estaba muerto. Un nuevo mundo estaba naciendo: el mundo austero y práctico de los utensilios. Un hilo de luz se filtraba entre las cortinas del café de los *Deux Magots*. Mathieu se sentó en la terraza. Detrás de él, algunos cuchicheaban en la oscuridad: los últimos clientes. Empezaba a notarse fresco.

—Una cerveza—pidió Mathieu.

—Van a ser las doce y ya no servimos en la terraza—dijo el camarero.

—Nada más que una cerveza.

—Entonces, dése prisa.

A su espalda, una mujer se echó a reír. Es la primera risa que oía desde su regreso: casi le chocó. Sin embargo, no se entristeció, si bien no tenía ganas de reír. En el cielo se rompió una nube y aparecieron dos estrellas. Mathieu pensó: "Es la guerra."

—Si no le importa pagarme ahora, después le dejaré tranquilo.

Mathieu pagó, el camarero entró en el local. Una pareja de sombras se levantó, se deslizó entre las mesas y se marchó. Mathieu se quedó solo en la terraza. Levantó la cabeza y vio, al otro lado de la plaza, una bella iglesia completamente nueva, blanca en el negro cielo. Una iglesia de pueblo. Ayer se elevaba en su lugar un edificio muy parisiense: la iglesia de Saint-Germain-des-Prés, monu-

mento histórico, a menudo Mathieu se citaba en su pórtico con Ivich. Tal vez mañana no quedaría frente al *Deux Magots* más que un utensilio hecho pedazos, sobre el que cien cañones se obstinarían en disparar. Pero hoy Ivich estaba en Laon, París estaba muerto, acababan de enterrar la Paz, la guerra no había sido declarada todavía. No había más que una gran forma blanca colocada en medio de una plaza, los desconchados blancos de la noche. Una iglesia de pueblo. Era nueva y bonita; no servía para nada. Se levantó un ligero viento, pasó un auto con las luces apagadas; después, un ciclista; luego, dos camiones que hicieron temblar el suelo. La imagen de piedra se turbó un instante, cesó el viento, se hizo el silencio y ella volvió a ser blanca, inútil, inhumana, erguida en medio de todos aquellos instrumentos verticales, al borde de la ruta del Este, el porvenir impasible y desnudo de la roca. Eterna. Bastaría un puntillo negro en el cielo para convertirla en polvo. Y, sin embargo, es eterna. Un hombre solo, olvidado, devorado por la sombra, frente a esa eternidad perecedera. Tuvo un escalofrío y pensó: "Yo también soy eterno."

Aquello se había realizado sin dolor. Había existido un hombre tierno y timorato que amaba a París y que por él paseaba. El hombre había muerto. Tan muerto como Waldeck-Rousseau, como Thureau-Dangin; se había metido en el pasado del mundo, con la Paz, su vida había pasado a los archivos de la Tercera República; sus gastos diarios alimentarían las estadísticas relativas al nivel de vida de la clase media después de 1918, sus cartas servirían como documentos para la historia de la burguesía entre las dos guerras, sus inquietudes, sus vacilaciones, sus vergüenzas y sus remordimientos serían de lo más valioso para el estudio de las costumbres francesas después de la caída del Segundo Imperio. Aquel hombre se había forjado un porvenir a su medida, mísero y resignado, excesivamente abrumado por los signos, citas y proyectos. Un pequeño porvenir histórico y mortal; la guerra le había caído encima con todo su peso aplastándole. Sin embargo,

hasta el minuto presente, todavía quedaba algo que podía llamarse Mathieu, algo a lo que él se agarraba con todas sus fuerzas. No sabría decir en qué consistía. Tal vez alguna costumbre muy antigua, quizá cierto modo de elegir sus pensamientos a su imagen y semejanza, de elegirse cada día a imagen de sus pensamientos, de elegir sus alimentos, sus vestidos, los árboles y las casas que él veía. Abrió las manos y soltó la presa; todo aquello pasaba muy lejos, en fondo de sí mismo, en una región en la que las palabras carecen de sentido. Soltó la presa, solo quedó una mirada. Una mirada completamente nueva, desapasionada, una sencilla transparencia. "He perdido mi alma", pensaba gozoso. Una mujer atravesó la transparencia. Iba apresurándose, sus tacones golpeaban la acera. Resbaló en la mirada inmóvil, inquieta, temporal, devorada por mil menudos proyectos, pasó la mano por la frente sin dejar de sudar, para echar hacia atrás una mecha de pelo. "Yo era como ella, una colmena de proyectos. Su vida es mi vida"; bajo aquella mirada, bajo el cielo indiferente, todas las vidas eran equivalentes. La sombra la envolvió, sus tacones sonaban en la calle Bonaparte; todas las vidas humanas se fundieron en la oscuridad. El ruido del taconeo se apagó.

Mi mirada. Miraba la blancura desvaída del campanario. Todo estaba muerto. Mi mirada y aquellas piedras. Eterno y mineral como ella. En mi antiguo porvenir, hombres y mujeres me esperaban el 20 de junio de 1940, el 16 de septiembre de 1942, el 8 de febrero de 1944, me hacían señales. Actualmente, solo mi mirada es esperada en el porvenir hasta perderse de vista, como aquellas piedras se esperan, se esperan piedras mañana, pasado mañana, siempre. Una mirada y una alegría enorme como el mar; era como una fiesta. Apoyó las manos en sus rodillas, quería estar tranquilo. ¿Quién me prueba que yo no volveré a ser mañana lo que ayer fui? Pero no tenía miedo. La iglesia puede derrumbarse, yo puedo caer en un hoyo de obús, volver a caer en mi vida; nada puede quitarme este instante eterno. Nada; siempre tendría aquel rayo

seco inflamando piedras bajo el negro cielo; el absoluto por siempre; el absoluto sin causa, sin razón, sin propósito, sin otro pasado, sin más porvenir que la permanencia, gratuito, fortuito, magnífico. "Soy libre", se dijo de repente. Y su alegría se trocó al momento en una angustia aplastante.

Irène se aburría. No pasaba nada, sino que la orquesta tocaba *Music Maestro please* y que Marc la miraba con ojos de foca. Por otra parte, nunca pasaba nada, o bien, si alguna vez por casualidad pasaba algo, no se percataban de momento. Ella siguió con la mirada a una escandinava alta y rubia que bailaba hacía más de una hora sin ni siquiera sentarse entre pieza y pieza, y ella, imparcial, pensó: "Esa mujer viste con gusto." Marc también vestía bien; todo el mundo iba bien vestido menos Irène, que se notaba sucia en su vestido granate, la tenía muy sin cuidado. "Bien sé que no tengo gusto para elegir mis vestidos, pero, por otra parte, ¿de dónde sacaré el dinero para renovar mi vestuario? Si bien a fuerza de frecuentar casas de ricos sería necesario hallar el medio de no destacar." Ya había una media docena de tipos que la estaban mirando: un vestido de cuatro perras con algo de brillo les atraía, les intimidaba menos. Marc estaba a gusto porque era rico; le gustaba llevarla a sitios de ricos porque ella se veía disminuida, él lo creía así, y eso la impediría ofrecer resistencia.

—¿Por qué no quiere usted?—preguntó él.

Irène se sobresaltó.

—¿Qué es lo que no quiero? ¡Ah!, sí...

Ella sonrió sin contestar.

—¿En qué estaba pensando?

—Pensaba que mi vaso estaba vacío. Pida para mí otro Cherry-Gobler.

Marc pidió otro Cherry-Gobler. Era divertido hacerle pagar porque anotaba sus gastos al día en una libretita. Esta noche anotaría: "Salida con Irène, un gin-fizz, dos Cherry-Gobler: ciento setenta y cinco francos." Se dio

cuenta de que él la acariciaba el antebrazo con el dedo índice, debía hacer un buen rato que se entretenía así.

—Dígame, Irène, dígame. ¿Por qué?

—Porque sí—dijo ella bostezando—. ¡Qué sé yo!

—Pues precisamente por eso: si es verdad que no lo sabe...

—Eso no; es todo lo contrario: cuando me acuesto con alguien, quiero saber por qué. ¿Es por sus ojos, por una frase feliz o porque es guapo?

—Yo soy guapo—dijo Marc en voz baja.

Irène se echó a reír y él se ruborizó.

—Bueno—dijo él vivamente—. Ya comprende usted lo que quiero decir.

—Perfectamente—dijo ella—. Lo comprendo perfectamente.

El la sujetó la muñeca:

—Por Dios, Irène. ¿Qué tendré que hacer?

Se inclinaba hacia ella con una humildad huraña; la emoción turbaba su respiración. "Cuánto me aburro", pensó ella.

—Nada. No hay nada que hacer.

—¡Ah!—exclamó él.

La soltó y echó la cabeza hacia atrás, mostrando los dientes. Ella se miró en el espejo, una guarrilla con bellos ojos que pensó: "¡Dios mío, cuánta historia por tan poca cosa!" Se avergonzaba por él y por ella y todo era insulso y tan antipático... Ni siquiera sabía por qué se negaba: "Pongo demasiadas dificultades, sería mejor que le dijera: ¿Usted lo desea?, pues vamos: media hora en una habitación de hotel, un momento, ¿y qué? Una pequeña cochinada entre dos sábanas y luego volveríamos aquí para terminar la noche y me dejará tranquila." Pero era necesario hacer creer que ella daba demasiada importancia a su pobre cuerpo; se daba cuenta de que no cedería.

—La encuentro muy rara—dijo él.

Sus grandes ojos giraban malignos. "Va a tratar de hacerme daño, es lógico, y luego me pedirá perdón."

—¡Cómo se resiste!—exclamó él irónico—. Si yo no la conociera desde hace cuatro años podría creer en su virtud.

Ella le miró con repentino interés y se puso a meditar. Cuando meditaba se aburría mucho menos.

—Tiene usted razón—le dijo—; es muy raro. Soy fácil, es cierto, y, no obstante, me dejaría despedazar antes que acostarme con usted. ¡Cualquiera lo explica!—le examinó imparcialmente y concluyó—: No puedo ni siquiera decir que usted me desagrada del todo.

—Más bajo—dijo él—. Hable más bajo—y rencoroso añadió—: Tiene usted una vocecita muy clara que se oye desde lejos.

Callaron. Las parejas bailaban, la orquesta interpretaba *Caravane;* Marc daba vueltas a su vaso en el mantel y los trocitos de hielo chocaban dentro unos contra otros. Irene volvió a su hastío.

—En el fondo—dijo él de pronto—, la he hecho ver demasiado que la deseaba.

Había puesto sus manos extendidas encima de la mesa y la alisaba con calma; trataba de recobrar su dignidad humana. No tenía ninguna importancia, la volvería a perder dentro de cinco minutos. Sin embargo, ella le sonrió porque le daba la oportunidad de interrogarse ella misma.

—Pues, sí—dijo ella—. Debe de haber algo de eso.

Marc se le aparecía a través de la niebla. Una pequeña y apacible niebla de estupor que subía del corazón a los ojos. Adoraba sentir ese estupor, con todas las preguntas que se formulan inacabables y que nunca obtienen respuesta. Ella le explicó:

—Cuando se demuestran demasiados deseos por poseerme, me escandalizo. Veamos, Marc, me noto ridícula. Tal vez mañana Hitler nos ataque y usted se agita porque yo no quiero acostarme con usted. Se necesita que sea usted un pobre individuo para caer en semejante estado a propósito de una insignificante mujer como yo.

—Eso es cuenta mía—replicó él con voz rabiosa.

—También mía; me horroriza pensar que se me sobrestima.

Hubo un silencio. Somos como bestias que adornaran con palabras sus instintos. Ella le miró de reojo: "Ya está, va a desinflarse. El momento más penoso todavía no ha llegado, aunque sus rasgos se hayan distendido." Cierta vez, en el *Melody's*, había llorado. Abrió la boca y ella le interrumpió.

—¡Cállese, Marc!, se lo ruego: va usted a decir una tontería o una cochinada.

El no la oyó; agitaba la cabeza de derecha a izquierda, su aspecto era fatal:

—Irène—dijo en voz baja—, voy a partir.

—¿Partir? ¿Adónde?

—No se haga la desentendida. Me ha comprendido.

—¿Y qué?

—Había creído que usted lo sentiría.

Ella no respondió; le miraba insistentemente. Al cabo de un instante él, volviendo la cabeza, continuó:

—En el catorce muchas mujeres se entregaron a tipos que las amaban simplemente porque iban a partir.

Calló ella; las manos de Marc temblaban.

—Irène, es algo que cuenta muy poco para usted, en cambio para mí, sobre todo en este momento, tendría tanta importancia...

—No me convence—cortó Irène.

Se volvió violentamente hacia ella:

—Pero, ¡maldita sea! Si yo lucho va a ser por usted.

—¡Vicioso!—le gritó Irène.

El cedió de pronto; sus ojos enrojecieron.

—No puedo soportar la idea de que voy a desaparecer sin haberla poseído.

Irène se levantó.

—Vamos a bailar—se limitó a decir ella.

Se levantó dócilmente él a su vez y bailaron. Estaba pegado a ella; la hizo girar a grandes pasos alrededor de la sala y, de repente, ella quedó sin respiración.

—¿Qué sucede?—preguntó él.

—Nada.

Acababa de reconocer a Philippe, prudentemente sentado al lado de una mulata bastante linda, pero ya entrada en años. "Allá estaba él mientras que se le buscaba por todas partes." Ella le encontró paliducho, ojeroso. Empujó a Marc en medio del gentío. Era sobre todo indispensable que Philippe no la reconociera. La orquesta dejó de tocar y la pareja volvió a su mesa. Marc se desplomó en el asiento. Irène se iba a sentar cuando vio a un individuo enclinarse ante la negra.

—Siéntese—dijo Marc—, no me gusta verla de pie.

—¡Un minuto!—dijo ella, impacientándose.

La negra se levantó apresuradamente y el individuo la enlazó. Philippe les miró un momento, algo molesto, e Irène sintió saltar el corazón en su pecho. Súbitamente él se levantó y se dirigió afuera.

—Perdóneme un instante—dijo Irène.

—¿Adónde va?

—A los lavabos. ¿Está satisfecho?

—Va usted a hacer como si fuese allí y luego ahuecará el ala.

Ella, indicando su bolso que estaba encima de la mesa, dijo:

—Mi bolso ha quedado ahí.

Marc gruñó sin responder. Ella cruzó la pista haciéndose sitio a empujones.

—¡Esa está loca!—exclamó una mujer.

Marc se levantó, y ella le oyó gritar:

—¡Irène!

Pero ella ya había salido. "Lo menos necesitará cinco minutos para pagar", se dijo. La calle estaba oscura. "Es estúpido—murmuró—. Se me ha perdido." Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, le vio trotar hacia la Trinité, casi rozando las casas. Ella echó a correr: "¡Peor para mi bolso! Pierdo mi polvera, cien francos y las dos cartas de Maxime." Ya no se aburría en absoluto. Recorrieron unos cien metros corriendo los dos y luego Philippe se detuvo tan bruscamente que Irène le-

mió empujarle. Se desvió rápidamente, le adelantó y acercándose a la puerta de un edificio llamó dos veces. La puerta se abrió cuando Philippe pasaba detrás de ella. Esperó un segundo y dio un portazo, como si acabara de entrar en el portal. Ahora Philippe caminaba despacio y era facilísimo seguirle. De cuando en cuando se metía en la oscuridad; después, un poco más allá, bajo la lluvia luminosa de un farol, surgía de la noche. "Lo que me divierto", pensó ella. Adoraba seguir a alguien; era capaz de andar muchas horas detrás de personas, aun sin conocerlas.

En los bulevares todavía había mucha gente y más claridad gracias a cafés y escaparates; Philippe se detuvo por segunda vez, pero Irène no se dejó sorprender, se colocó detrás de él en un poco de oscuridad y esperó. "Tal vez tenga una cita." El dio media vuelta hacia ella, estaba muy pálido; de repente él habló y ella creyó que la había reconocido; sin embargo, estaba segura de que no podía verla. Dio un paso atrás y balbució unas palabras; parecía aterrado. "Se ha vuelto loco", pensó ella.

Pasaron dos mujeres, una joven y otra vieja, con sombreros provincianos. El se acercó a ellas, su cabeza parecía la de un exhibicionista.

—¡Abajo la guerra!—gritó.

Las mujeres apretaron el paso, seguramente no habían comprendido. Dos oficiales avanzaban detrás de ellas. Philippe se calló y los dejó pasar. Les seguía cerca una golfa perfumada cuyo perfume dio a Irène en plena nariz. Philippe se plantó cerca de ella con ademán amenazador; ella le sonreía, pero él exclamó con voz ahogada:

—¡Abajo la guerra! ¡Abajo Daladier! ¡Viva la paz!

—Pedazo de burro—le gritó la mujer.

Y pasó. Philippe sacudió la cabeza, miró furioso a derecha e izquierda y acabó por hundirse en las tinieblas de la calle Richelieu. Irène reía tan fuerte que estuvo a punto de descubrirse.

—Dos minutos aún.

Manejando los mandos del aparato se oyó la música de *jazz,* cuatro notas de saxofón, una estrella fugaz.

—¡Oh!, déjalo—pidió Ivich—. Es bonita.

El señor Serguine dio media vuelta al mando y el lamento del saxofón fue sustituido por un largo y ruidoso arrastre, luego se quedó mirando a Ivich con aspecto severo.

—¿Cómo es posible que te guste esa música de salvajes?

Despreciaba a los negros. De su vida de estudiante en Munich, había conservado recuerdos fulgurantes, un culto hacia Wagner.

—Ya es hora—prosiguió.

Una voz hizo vibrar el aparato. Una verdadera voz francesa, pausada, afable, interesada en transmitir por medio de inflexiones melodiosas todas las sinuosidades del discurso; una voz penetrante y persuasiva de hermano mayor: "Detesto las voces francesas." Sonrió a su padre y, cobardemente, dijo para provocar de nuevo un poco de su antigua complicidad:

—Detesto las voces francesas.

El señor Serguine emitió un ligero siseo, pero no respondió, y le impuso silencio con un movimiento de mano.

"Hoy—decía la voz—, el enviado del jefe del gobierno británico ha sido nuevamente recibido por el canciller del Reich, quien le ha hecho saber que si no recibía mañana a las dos de la tarde una respuesta satisfactoria de Praga, respecto a la promesa de evacuación de las regiones sudetes, se reservaba la toma de las medidas necesarias.

"Generalmente se estima que el canciller Hitler ha querido mencionar la movilización general cuya orden era esperada para el lunes, durante el discurso del canciller, y que no ha sido sin duda retrasada más que en razón de la carta del *premier* británico."

La voz se calló. Ivich, seca la garganta, alzó los ojos hacia su padre. El había bebido estas palabras en actitud beatífica, completamente estúpida.

—¿Qué significa exactamente una movilización?—preguntó ella con despego.

—Significa: la guerra.

—Pero ¿necesariamente?

—Bueno, bueno...

—No lucharemos—afirmó ella violentamente—. No podemos pelear por culpa de los checos.

El señor Serguine sonrió bondadosamente y dijo:

—Cuando se moviliza..., ¿sabes?...

—Pero si no queremos la guerra.

—Si no la quisiéramos no hubiésemos movilizado.

Ella le miró sorprendida:

—¿Hemos movilizado nosotros? ¿También nosotros?

—No—contestó él ruborizándose—. Me refiero a los alemanes.

—¡Ah! Yo hablaba de los franceses—replicó secamente Ivich.

La voz prosiguió calmante y benévola.

"En los círculos extranjeros de Berlín se piensa generalmente..."

—¡Silencio!—ordenó el señor Serguine.

Y se sentó dando la cara al receptor. "Soy huérfana", pensó Ivich. Abandonó el despacho andando de puntillas, cruzó el pasillo y se metió en su habitación. Rechinaban sus dientes; pasarán por Laon, incendiarán París, la calle Seine, la calle de la Gaîté, la de los Rosiers, el baile de la *Montagne-Sainte-Geneviève*. "Si París arde, yo me mato. ¡Oh!—pensó dejándose caer encima de la cama—. ¿Y el Museo Grévin?" Nunca había estado en él, Mathieu le había prometido llevarla en octubre y lo iban a reducir a cenizas con sus bombas. ¿Y si sucediera esta misma noche? Su corazón saltaba en el pecho, tenía fríos antebrazos y manos. ¿Quién podría impedírselo? Puede que a estas horas París estuviera ya reducido a cenizas y que no lo dijeran para no enloquecer a la población. A menos que esté prohibido por convenciones internacionales. ¡Cualquiera sabe! "¡Oh!—pensó furiosa—. Estoy segura de que existen algunos que lo saben; y yo no compren-

do nada, me han mantenido en la ignorancia, me hacían estudiar latín y nadie me ha informado de nada, y ahora..., lo natural. Pero tengo derecho a vivir—pensó exaltada—; me han traído al mundo para vivir en él y yo tengo derecho." Se consideraba tan profundamente perjudicada, que se desplomó sobre la almohada y fue conmovida por cinco o seis sollozos. "Es demasiado injusto —murmuró—. Con la mejor voluntad hay que contar que tendremos para seis años, para diez años, y todas las mujeres vestirán de enfermeras, y cuando todo haya terminado yo seré vieja." Pero no brotaron sus lágrimas, tenía el corazón helado. Se levantó bruscamente. "*¿Quién, quién* quiere la guerra?" Si interrogáramos uno a uno, veríamos que la gente no es belicosa; que solo piensa en comer, en ganar dinero y en fabricar niños. Incluso los alemanes. Y, sin embargo, la guerra estaba ahí. Hitler había movilizado. "Ahora bien, solo no puede decidir todo", pensaba Ivich. Y una frase cruzó su imaginación. ¿Dónde la había leído? Seguramente en algún periódico, a menos que la hubiese oído pronunciar por algún cliente de su padre durante una comida: "¿Quién está detrás de él?—y repitió a media voz frunciendo las cejas y mirando la punta de sus zapatillas—: ¿Quién está detrás de él?" Esperaba que todo acabaría por aclararse, pasó revista a los nombres de todas aquellas potencias oscuras que conducen el mundo: la masonería, los jesuitas, las doscientas familias, los fabricantes de cañones, los dueños del oro, el muro de plata, los *trusts* americanos, la Internacional comunista, el Ku-klux-klan; debía de haber un poco de eso; y, además otra cosa, quizá una asociación completamente secreta y formidablemente poderosa cuyo nombre hasta se desconocía. "Pero ¿qué es lo que pueden pretender?", se preguntaba, mientras dos lágrimas de rabia se deslizaban por sus mejillas. Trató un momento de adivinar sus razones, pero se sintió vacía con un círculo de metal que la envolvía el cerebro. "Si por lo menos supiese yo dónde está Checoslovaquia." Había clavado en la pared con chinchetas una gran acuarela azul y oro: era

Europa; se había entretenido pintándola el invierno anterior, tomada de un atlas, corrigiendo algo los contornos; había puesto ríos por todas partes, escotando las costas demasiado lisas y, sobre todo, se había abstenido de anotar nombre alguno en el mapa: eso daba la impresión de sabio y de pretencioso; tampoco marcó las fronteras, tenía horror a las líneas de puntos. Ella se acercó; allá estaba Checoslovaquia, en alguna parte, en lo más espeso de las tierras. Por ejemplo, ahí, a menos que fuese Rusia. Y Alemania, ¿dónde está? Miraba la gran forma amarilla y lisa rodeada de azul y pensó: "¡Cuánta tierra!" Se sintió perdida. Se apartó, se quitó la bata y se miró desnuda en el espejo, porque habitualmente, cuando estaba disgustada, eso la consolaba un poco. Pero se vio tan pequeña como un feto, con la piel grumosa porque tenía carne de gallina, y los pezones enhiestos, detestaba aquella visión, un auténtico cuerpo de hospital hecho para heridas. "Se dice que violarán a todas las mujeres, pueden cortarme una pierna." Si entraran en la habitación, si la encontraran entre las sábanas completamente desnuda: "Tiene usted cinco minutos para vestirse", y le dieran la espalda como a María Antonieta... "Pero oirían todo: el ruido apagado de mis pies sobre la alfombrilla y el roce de las telas contra mi piel." Cogió las bragas y las medias y se las puso rápidamente: hay que recibir las desgracias de pie y vestida. Cuando se puso la falda y la blusa se sintió un poco protegida. Pero cuando se calzaba, una voz de bajo empezó a canturrear en alemán por el pasillo.

Ich hatte einen Kamerade...

Ivich corrió hacia la puerta y la abrió; se encontró cara a cara con su padre, parecía solemne y alegrillo.

—¿Qué es lo que cantas?—preguntó ella furiosa—. ¿Qué es lo que te tomas la libertad de cantar?

El la miró con una sonrisa de circunstancias.

—Espera, espera un poco, sapito mío: volveremos a ver nuestra Santa Rusia.

Ella se metió en su habitación dando un portazo: "¡Me importa un bledo nuestra Santa Rusia! Yo no quiero que

destrocen París, y si lo hacen, ¡verás cómo los aviones franceses no dejarán de arrojar bombas sobre tu Munich!

El ruido de pasos se apagaba en el pasillo, todo se hundió en el silencio. Ivich permanecía rígida en el centro de la estancia, procurando no mirarse en el espejo. De pronto, se oyeron tres silbidos imperiosos procedentes de la calle, que la estremecieron de pies a cabeza. Fuera. En la calle. Todo ocurría fuera: su habitación era una cárcel. Todos disponían de su vida: en el Norte, en el Este, en el Sur, por todas partes en aquella noche envenenada, taladrada por relámpagos, llena de cuchicheos y de conciliábulos, por doquier, menos aquí donde ella permanecía encerrada entre paredes y precisamente donde nada ocurría. Temblaban sus manos y sus piernas, cogió su bolso, se atusó el cabello, abrió la puerta sin hacer ruido y se deslizó afuera.

Fuera. Todo está fuera: los árboles en el muelle, las dos casas del puente que la noche enrojece, el galopar estático de Enrique IV sobre mi cabeza: todo lo que pesa. Dentro, nada, ni siquiera humo, no hay dentro, no hay nada. "Yo: nada. Soy libre", se dijo sin saliva en la boca.

Se detuvo en el centro del Pont-Neuf y soltó la carcajada: "Esta libertad la he buscado desde hace mucho tiempo; estaba tan cerca, que no podía verla, que no podía tocarla, ella era solo yo. Yo soy mi libertad." El había esperado que un día sería colmado de gozo, calado de arriba abajo por el rayo. Pero no tenía ni gozo ni rayo, tenía ante sí aquel desenlace, aquel vacío vertiginoso, aquella angustia que su propia transparencia le impedía verse por siempre. Extendió sus manos y acarició la piedra de la balaustrada, esta era negra, agrietada, una esponja petrificada que todavía conservaba el calor de la tarde. Allí estaba, enorme y maciza, guardando en sí el silencio aplastado, las tinieblas comprimidas que los objetos llevan dentro. Estaba allí: una plenitud. El hubiera querido adherirse a aquella piedra, fundirse en ella, llenarse de su opacidad, de su reposo. Pero no podía proporcionarle socorro alguno: ella estaba fuera para siem

pre. Sin embargo, encima de la balaustrada estaban sus manos; él las contemplaba, parecían de bronce. Pero precisamente porque podía mirarlas ya no le pertenecían, eran las manos de otro, de fuera, como los árboles, como los reflejos que temblaban en el Sena, manos seccionadas. Cerró los ojos y volvieron a ser suyas: ya no quedó sobre la piedra caliente más que un gustillo ácido y familiar, un gustillo a hormiga muy insignificante. "Mis manos: la inapreciable distancia que me descubre los objetos y de ellos me separa para siempre. No soy nada. Nada tengo. Tan inseparable del mundo como la luz y, no obstante, exiliado, como la luz deslizándose en la superficie de las piedras y del agua, sin que nunca jamás se agarre ni se una a mí. Afuera. Afuera. Fuera del mundo, fuera del pasado, fuera de mí mismo: la libertad es el exilio y yo estoy condenado a ser libre."

Dio algunos pasos, volvió a detenerse, se sentó encima de la balaustrada y vio correr el agua. "¿Y qué voy a hacer yo de toda esa libertad? ¿Qué voy a hacer de mí?" Habían jalonado su porvenir con hitos concretos: la estación, el tren para Nancy, el cuartel, el manejo de las armas. Pero ni ese porvenir ni aquellos hitos le pertenecían ya. Nada le pertenecía: la guerra labraba la tierra, pero no era su guerra. Estaba solo en aquel puente, solo en el mundo, y nadie podía darle órdenes. "Soy libre para nada", pensaba cansado. Ni una señal en el cielo ni en la tierra, los objetos de este mundo estaban demasiado absorbidos por su guerra, volvían hacia el Este sus múltiples cabezas, Mathieu corría por la superficie de las cosas y ellas no le notaban. Olvidado. Olvidado por el puente que le soportaba con indiferencia, por aquellos caminos que iban hacia la frontera, por esta ciudad que se levantaba lentamente para ver en el horizonte un incendio que no le concernía. Olvidado, ignorado, completamente solo: un retrasado; todos los movilizados habían ido a sus puestos desde la antevíspera, él no tenía nada que hacer aquí. ¿Tomaré el tren? No tiene importancia. Partir, quedarse, fugarse: esas acciones no pondrían en

juego su libertad. Y sin embargo, había que arriesgarse. Se sujetó con ambas manos a la piedra y se asomó encima del agua. Bastaría una zambullida, el agua le devoraría, su libertad se convertiría en agua. El descanso. ¿Por qué no? Este suicidio oscuro también sería un absoluto, toda una ley, toda una elección, toda una moral. Un acto único, incomparable, que iluminaría durante un segundo el puente y el Sena. Bastaría inclinarse un poco más y se habría elegido para la eternidad. Se inclinó, pero sus manos no se desprendieron de la piedra, ellas soportaban todo el peso del cuerpo. ¿Por qué no? No tenía ninguna razón particular para deslizarse, pero tampoco la tenía para no hacerlo. Y el acto estaba allí, delante de él, sobre el agua negra, dibujándole su porvenir. Todas las amarras estaban cortadas, nada en el mundo podría retenerle: eso era lo horrible, horrible libertad. En el fondo de sí, notaba que había enloquecido su corazón. "Un solo gesto, dos manos que se sueltan y habré sido Mathieu." El vértigo subió suavemente del río, el cielo y el puente se hundieron; no quedaron más que él y el agua, esta subió hasta él lamiendo sus piernas colgantes. El agua. Su porvenir. Ahora es verdad, voy a matarme. De pronto decidió no hacerlo. Decidió: no será más que una prueba. Se encontró de pie caminando, deslizándose sobre la corteza de un astro muerto. Lo dejaremos para otra ocasión.

Ella corría por la amplia calle, oyó dos o tres silbidos, después, nada, y he ahí que la amplia calle era también una cárcel: no pasaba nada, las fachadas de las casas eran ciegas y lisas, todos los ventanillos cerrados, la guerra estaba en otra parte. Ella se apoyó un instante en el borde de una fuente, estaba angustiada y decepcionada, pero no sabía lo que había esperado: quizá, luces, tiendas abiertas, gente comentando los acontecimientos. No había nada en absoluto, las luces estaban encendidas: en las grandes mansiones políticas, en las embajadas y en los palacios; ella estaba encerrada en una noche cotidiana. "Todo sucede siempre en otra parte", se dijo dando una patada. Oyó un rozamiento, como si alguien la siguiera.

Dejó de respirar para escuchar durante largo rato, pero el ruido no se reprodujo. Tenía frío, el miedo la agobiaba y se preguntaba si no sería mejor que volviera a casa. Pero no podía volver porque su habitación la horrorizaba; aquí, por lo menos, andaba bajo el cielo de todo el mundo, seguía comunicada por el cielo con París y Berlín. Oyó un prolongado arañazo detrás de ella y esta vez tuvo valor para volverse. No era más que un gato, vio brillar sus ojos y cruzar la calzada de derecha a izquierda, era de mal augurio. Reanudó ella su carrera, torció hacia la calle Thiers y se detuvo sin aliento. "Los aviones." Gruñían sordamente, debían de estar todavía lejos. Escuchó atentamente; el ruido no venía del cielo. Hubiérase dicho... "Claro—dijo despistada—: es alguien que ronca." Era Lescat, el notario, le reconoció por los escudos que tenía encima de ella. Roncaba con las ventanas abiertas; ella no pudo ahogar una carcajada que cortó de repente, pues todos dormían en torno suyo.

"En el mundo entero o duermen o preparan su guerra en sus despachos, sin que haya ni uno solo que sepa mi nombre. Pero estoy aquí—pensó escandalizada—. Estoy aquí, veo, siento, existo tanto como Hitler."

Al cabo de un momento reanudó su marcha y llegó a la explanada. Más allá de Laon, la planicie se extendía sombría. De largo en largo trecho, habían plantado algunas luces que no tranquilizaban. Ivich sabía demasiado bien lo que alumbraban: raíles, traviesas de madera, guijarros, vagones abandonados en vías muertas. Más allá de la planicie estaba París. Ella respiró; si estuviese ardiendo se vería el resplandor de las llamas en el horizonte. El viento golpeaba su vestido contra las rodillas, pero ella no se movía. "París está allá a lo lejos, todavía brillante de luz y tal vez sea su última noche." A estas horas había aún gentes que subían y bajaban por el bulevar Saint-Michel, en el *Dôme,* otros que tal vez la conocieran estarían hablando entre ellos. "La última noche, y yo estoy aquí, en esta agua negra, y cuando esté libre, no encontraré más que un montón de ruinas con tiendas de campaña entre

los escombros. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haz que yo pueda verlo una vez más." La estación estaba allí, precisamente debajo de ella, aquel resplandor al pie de la escalera; el tren nocturno salía a las tres y veinte. "Tengo cien francos—dijo triunfalmente—. Tengo en el bolso cien francos."

Y bajó corriendo las gradas de la cuestecilla. Philippe bajaba corriendo la calle Montmartre. "Cobarde, cochino cobarde." "Conque yo cobarde, ¿eh? Ya van a verlo." Desembocó en una plaza; un boquete sombrío y bullicioso se abría al otro lado de la calzada; de allí salía un olor a berza y a carne cruda. Se detuvo delante de la verja de una estación del Metro, había cajones vacíos en el borde de la acera; vio a sus pies restos de paja y hojas de lechuga manchadas de barro. A la derecha sombras pasaban y volvían a pasar en la luz blanca de un café. Ivich se acercó a la taquilla.

—Un tercera para París.

—¿Ida y vuelta?—preguntó el empleado.

—Ida—respondió ella sin titubeos.

Philippe aclarando la voz gritó:

—¡Abajo la guerra!

No pasó nada, el vaivén de las sombras continuaba delante del café. Puso sus manos en la boca formando una bocina.

—¡Abajo la guerra!

Su voz le pareció un trueno. Algunas sombras se detuvieron y vio a algunos hombres que venían hacia él. Eran numerosos, la mayoría llevaban gorra. Avanzaban indiferentes y le miraban interesados.

—¡Abajo la guerra!—les gritó.

Todos estaban ya cerca de él; en el grupo había dos mujeres y un joven moreno de físico agradable. Philippe le miró con simpatía y se puso a gritar sin dejar de mirarle.

—¡Abajo Daladier! ¡Abajo Chamberlain! ¡Viva la Paz!

Le rodearon y él estaba a gusto por vez primera en cuarenta y ocho horas. Le miraban y nada decían. Quiso explicarles que eran víctimas del imperialismo capitalista, pero su voz ya no podía detenerse, gritaba: "¡Abajo la guerra!" Era un himno triunfal. Recibió un violento golpe en la oreja y siguió gritando, luego otro golpe en plena boca y después en el ojo derecho, cayó sobre las rodillas y dejó de gritar. Una mujer se colocó delante de él, Philippe veía sus piernas y sus zapatos de tacón bajo; la mujer, forcejeando, gritaba:

—¡Cochinos! ¡Sinvergüenzas! Es un chiquillo, no le toquen.

Mathieu oyó una voz aguda que gritaba: "¡Cochinos! ¡Sinvergüenzas! Es un chiquillo, no le toquen." Alguien se defendía en medio de un grupo de unos diez tipos de gorra; era una jovencita, brazo en alto y los cabellos en la cara. Un joven moreno con una cicatriz debajo de la oreja la sacudía violentamente y ella gritaba:

—Tiene razón, sois unos cobardes; debíais estar todos en la Concorde manifestándoos contra la guerra; pero preferís golpear a un crío, es menos peligroso.

Una mujer gorda y grosera, que estaba delante de Mathieu, miraba la escena con ojos brillantes:

—¡Desnúdenla!—vociferó.

Mathieu se volvió asqueado: tales incidentes debían de producirse en todas las esquinas. Víspera de guerra, vela de armas: era algo pintoresco con lo que él nada tenía que ver. De repente decidió que sí le concernía. Apartó a aquella tía de un empujón, entró en el círculo y puso la mano encima del hombro del individuo moreno.

—¡Policía!—se presentó—. ¿Qué sucede?

El tipo le miró desconfiado.

—Es a causa del mocito que está en el suelo. Ha gritado: "¡Abajo la guerra!"

—Y tú te lo has cargado—dijo severamente Mathieu—. ¿No podías haber llamado a un agente?

—No hay ningún agente, señor inspector—intervino la tía gorda.

—Tú, la Carmen—ironizó Mathieu—, hablarás cuando te interrogue.

El individuo moreno parecía preocupado.

—No se le ha maltratado—dijo, mojando con saliva sus desolladas falanges—. Solo un sopapo para escarmentarle.

—¿Quién ha sido el del sopapo?—preguntó Mathieu.

El tipo de la cicatriz miró sus manos suspirando.

—He sido yo—dijo.

Los demás habían dado un paso atrás; Mathieu se dirigió a ellos:

—¿Quieren que se les cite como testigos?

Retrocedieron un paso más sin contestar. La tía gorda había desaparecido.

—¡Lárguense!—ordenó Mathieu—. De lo contrario tomaré nota de sus nombres y señas. Tú, quédate.

—Así que—dijo el individuo—, ahora meten en chirona a los franceses que sacuden a un *boche* provocador.

—No te preocupes. Ya hablaremos.

Los curiosos se dispersaron. Solo quedaron dos o tres que miraban desde el café. Mathieu se agachó para examinar al muchacho: le habían hecho polvo. Sangraba por la boca y su ojo izquierdo lo tenía cerrado. Con el derecho miraba fijamente a Mathieu.

—Yo lo he gritado—dijo él con orgullo.

—No es lo mejor que has podido hacer—dijo Mathieu—. ¿Puedes levantarte?

El jovencito se puso en pie con muchas dificultades. Había caído en plena basura; tenía una hoja de lechuga en el trasero y pajas llenas de barro pegadas a la chaqueta. La jovencita le cepilló con la palma de la mano.

—¿Le conoce usted?—preguntó Mathieu.

Ella titubeó:

—No... No.

El crío se echó a reír.

—Claro que me conoce. Es Irène, la secretaria de Pitteaux.

Irène miró a Mathieu con gesto preocupado.

—¿No va usted a encerrarle por eso?

—Ya veré lo que hago.

El tipo de la cicatriz le tiró de la manga: no parecía estar muy orgulloso.

—Yo gano mi vida, señor inspector, trabajando. Si le acompaño a la comisaría perderé la noche.

—¡Tus documentos!

El tipo mostró un pasaporte Nansen, su nombre era Canaro.

Mathieu se echó a reír.

—Nacido en Constantinopla—leyó—. Está bien, dime: tienes que querer mucho a Francia para destrozar como lo has hecho al primero que la ataca.

—Es mi segunda patria—explicó el tipo con mucha dignidad.

—Cuento con que te alistarás.

El tipo no contestó. Mathieu anotó en un cuadernillo su nombre y dirección.

—¡Lárgate!—le dijo—. Ya te citarán. Acercaos vosotros.

Los tres entraron en la calle Montmartre y dieron algunos pasos. Mathieu sostenía al muchacho cuyas piernas le flaqueaban. Irène preguntó:

—Dígame: ¿le va usted a soltar?

Mathieu no respondió; aún no se habían alejado bastante del mercado de las Halles. Caminaron todavía un momento y luego, al llegar a un farol, Irène se plantó delante de Mathieu y le miró con odio:

—¡Asqueroso poli!

Mathieu se echó a reír: el moño se la había caído en la cara y guiñaba el ojo para mirarle.

—Yo no soy un poli—afirmó él.

—¡No me diga!

Ella movía la cabeza para separar los cabellos. Acabó agarrándoselos con cólera y echándoselos hacia atrás. Su cara apareció: piel mate y grandes ojos. Estaba muy guapa y no mostraba sorpresa.

—Si no lo es, bien les ha tomado el pelo—observó ella.

Mathieu callaba. El incidente ya no le divertía. Le entraron súbitas ganas de pasearse por la calle Montorgueil.

—Bueno; les voy a dejar en un taxi.

Había dos o tres estacionados en el centro de la calzada. Mathieu se acercó a uno de ellos tirando del jovencito. Les seguía Irène. Esta sostenía el moño con la mano encima de la cabeza.

—Entre.

Ella dijo poniéndose colorada:

—Debo confesarle que he perdido mi bolso.

Mathieu acomodaba al muchacho en el asiento: le había sostenido con una mano entre los omóplatos y, con la otra, apartaba la portezuela.

—Busque usted en el bolsillo de mi chaqueta—dijo él—. En el de la derecha.

Al cabo de un momento, Irène retiró la mano del bolsillo.

—He encontrado cien francos y alguna calderilla.

—Quédese con los cien francos.

El último empujón y el jovencito quedó acomodado en el asiento. Irène subió tras él.

—¿Me da sus señas?—preguntó ella.

—Yo no tengo señas—dijo Mathieu—. ¡Hasta la vista!

—¡Oiga!—gritó Irène.

Pero él ya había girado sobre sus talones: quería volver a ver la calle Montorgueil. La quería volver a ver en seguida. Anduvo durante un minuto y después un taxi vino a pararse a su altura en el borde de la acera.

Abrióse la portezuela y una mujer se asomó: era Irène.

—Suba—le ordenó—. Pronto.

Y Mathieu subió al taxi.

—Siéntese en el plegable.

Y él se sentó.

—¿Qué sucede?

—El muchacho ha perdido la cabeza. Dice que va a constituirse preso. No suelta la portezuela y quiere tirarse a la calle. No tengo fuerza para impedírselo.

El muchacho se había acurrucado en el asiento: las rodillas estaban por encima de la cabeza.

—Tiene la manía del martirio—explicó Irène.

—¿Qué años tiene?

—No lo sé. Diecinueve tal vez.

Mathieu miraba las largas y delgadas piernas del jovencito: tenía la edad de sus alumnos mayores.

—Si tiene deseos de que le encarcelen, usted no tiene derecho a impedírselo.

—¡Qué hombre tan raro es usted!—exclamó indignada Irène—. No sabe usted lo que arriesga él.

—¿Se ha cargado a alguien?

—Nada de eso.

—¿Qué ha hecho, pues?

—Es toda una novela—dijo ella en tono taciturno.

Se dio cuenta de que había rehecho su moño y lo había fijado en lo alto de la cabeza. Le daba un aspecto cómico y obstinado, pese a su linda boca cansada.

—De todos modos—dijo Mathieu—, allá él. Es libre.

—¡Libre!—exclamó ella—. ¿No le digo que ha perdido la cabeza?

Al oír la palabra "libre", el pequeño abrió su único ojo y balbució algunas palabras que Mathieu no comprendió, y, después, sin avisar, se fue contra la portezuela y empuñó la manilla pretendiendo abrir. Otro auto, en el mismo momento rozó el taxi parado. Mathieu apoyó la mano sobre el pecho del crío y le arrojó encima de los cojines.

—Si tuviera ganas de constituirme preso—prosiguió dirigiéndose a Irène—, no quisiera que me lo impidieran.

—¡Abajo la guerra!—gritó el muchacho.

—Sí, sí—aprobó Mathieu—. Tienes razón—seguía inmovilizándole en el asiento. Y se volvió hacia Irène diciendo—: Creo, efectivamente, que su cabeza no rige.

El chófer corrió el cristal:

—¿Nos vamos?

—Avenida del Parc-Montsouris, número quince—dijo Irène triunfante.

El chiquillo arañó la mano de Mathieu y, después, cuando el taxi arrancó, se decidió a estarse tranquilo. Permanecieron un momento callados: el taxi recorría calles oscuras que Mathieu no reconoció. De cuando en cuando, la cara de Irène salía de la sombra para volver a ella inmediatamente.

—¿Es usted bretona?—preguntó Mathieu.

—¿Yo? Soy de Metz. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por su moño.

—Es feo, ¿no? Tengo una amiga que quiere que me peine así—calló un instante y luego preguntó—: ¿Cómo es posible que carezca usted de señas?

—Porque me mudo.

—Sí, sí... Está usted movilizado, ¿verdad?

—Pues sí. Como todo el mundo.

—¿Le gusta la guerra?

—¡Qué sé yo! Todavía no he estado en ella.

—Yo estoy contra ella—dijo Irène.

—Ya me he percatado.

Ella se inclinó solícita hacia él:

—Dígame, ¿ha perdido usted a alguien en ella?

—No—respondió Mathieu—. ¿Doy la impresión de haber perdido a alguien?

—Da la impresión de ser raro—dijo ella—. ¡Cuidado! ¡Cuidado!

El muchacho había alargado la mano con disimulo y trataba de abrir la portezuela.

—¿Quieres estarte quieto?—dijo Mathieu empujándole al rincón—. ¡Vaya un trasto!—comentó con Irène.

—Es hijo de un general.

—¿Sí? ¡Pues no debe de estar orgulloso de él!

El taxi se había detenido. Irène se apeó la primera y después hubo necesidad de hacer bajar al pequeño. Se pegó a los brazos del asiento y daba patadas. Irène se echó a reír.

—¡Cuidado que es rebelde! Ahora ya no quiere salir.

Mathieu acabó cogiéndole por las axilas y lo depositó en la acera.

—¡Uf!
—Espere un segundo. La llave está en mi bolso; tengo que entrar por la ventana.

Se acercó a una casita de un piso, una de cuyas ventanas estaba entreabierta. Mathieu agarraba al chico con una mano. Con la otra, tendió las monedas sueltas al chófer.

—Quédese con el resto.

—¿Qué tiene el hermano?—preguntó el chófer pícaramente.

—Tiene lo suyo—contestó Mathieu.

El taxi arrancó. Detrás de Mathieu se abrió una puerta e Irène apareció en un rectángulo de luz.

—Entre—dijo ella.

Mathieu entró empujando al pequeño que ya no decía nada. Irène cerró la puerta tras él.

—Es a la izquierda—indicó—. El interruptor está a la derecha.

Mathieu lo buscó a tientas y la luz se hizo. Vio una habitación polvorienta con una cama-sillón, una jarra de agua y una palangana encima de un tocador; una bicicleta sin ruedas estaba atada al techo con una cuerda.

—¿Es su habitación?

—No; es la habitación de amigos.

El la miró y se echó a reír.

—Sus medias.

Estaban blancas de polvo y rotas por las rodillas.

—Se rompieron subiendo por la ventana—dijo ella sin darle importancia.

El pequeño se había plantado en medio de la habitación, vacilaba de modo inquietante y todo lo miraba con su único ojo. Mathieu dirigiéndose a Irène y señalándole preguntó:

—¿Qué hacemos con él?

—Descálcele y métalo en la cama. Yo voy a lavarle la cara.

El pequeño no opuso resistencia, parecía deshecho. Irène vino hacia él provista de una palangana y de algodón.

—Bueno, bueno—dijo ella—. Philippe, no sea malo.

Ella, inclinada sobre él, le frotaba torpemente la ceja con un trozo de algodón. El muchacho empezó a gruñir.

—Claro—dijo ella maternalmente—; escuece, pero hace bien.

Y fue a dejar la palangana en el tocador. Mathieu se levantó.

—Bueno—dijo—. Me voy a marchar.

—Eso sí que no—dijo ella enérgicamente y añadió bajando la voz—: Si volviera a querer irse yo no tendría fuerzas para impedírselo.

—¿No tendrá usted la pretensión de que esté velándolo toda la noche?

—¡Qué poco amable es usted!—le dijo ella irritada, y añadió al cabo de un instante en tono más conciliador—: Espere por lo menos a que se duerma, ya no tardará.

El muchacho se agitaba en la cama farfullando palabras confusas.

"¿Dónde habrá podido meterse para estar en semejante estado?", se preguntó Irène.

Estaba algo regordeta y su carne era mate, algo blanda, un poco húmeda, que no parecía completamente limpia: daba la sensación de que acababa de levantarse. Pero tenía una cabeza admirable: una boquita con caídas comisuras, ojos inmensos y minúsculas orejas sonrosadas.

—Bueno—dijo Mathieu—, ya está dormido.

—¿Está usted seguro?

Se sobresaltaron; el muchacho se había medio erguido y gritaba con fuerte voz:

—¡Flossie! ¡Mi pantalón!

—¡Mierda!—exclamó Mathieu.

Irène sonrió.

—Tiene usted que quedarse aquí hasta por la mañana.

Pero se trataba de un pequeño delirio precursor del sueño. Philippe se dejó caer hacia atrás, gruñó durante algunos instantes y, casi al mismo tiempo, empezó a roncar.

—Venga—dijo Irène en voz baja.

La siguió hasta una amplia habitación tapizada con cretona rosa. Colgaba de la pared una guitarra y otro instrumento, un ukelele.

—Es mi habitación; dejaré la puerta abierta para oír al pequeño.

Mathieu vio una cama grande deshecha, con baldaquín, un *pouf*, un gramófono y discos encima de una mesa Enrique II. En una mecedora habían echado amontonadas medias usadas, unas bragas, combinaciones... Irène seguía su mirada.

—Me he amueblado en un rastro.

—No está mal—dijo Mathieu—. No está mal en absoluto.

—Siéntese.

—¿Dónde?—preguntó Mathieu.

—Espere.

En el *pouf* había una bandeja con una botella, la cogió y la dejó en el suelo, luego quitó de la mecedora sus ropas interiores y las puso encima del *pouf*.

—Ya está. Yo me sentaré en la cama.

Mathieu se sentó y empezó a mecerse.

—La última vez que me he sentado en una mecedora ha sido en Nîmes, en el *hall* del Hôtel des Arènes. Tenía yo quince años.

Irène no dijo nada. Mathieu parecía que estaba viendo aquel salón oscuro con su puerta de cristales resplandeciente de sol; todavía conservaba aquel recuerdo; otros guardaba, íntimos e indistintos, que se movían en torno suyo: "No he perdido mi infancia." La edad madura, la edad de razón se había hundido, pero la infancia quedaba con todo su calor, nunca había estado tan cerca. Volvió a pensar en el jovencito tumbado en las dunas de Arcachón que exigía su libertad: delante de aquel chiquillo testarudo, Mathieu había dejado de avergonzarse. Se levantó.

—¿Se va usted?—preguntó Irène.

—Voy a pasearme—respondió.

—¿No quiere usted quedarse un poco?

El vaciló.

—Francamente, tenía más bien deseos de estar solo.

Ella le pasó la mano por el brazo:

—Usted verá. Conmigo creerá usted que lo está.

El la miró: tenía un modo curioso de hablar, débil y un poco inocentona dentro de su gravedad; apenas abría su boquita y sacudía la cabeza para que las palabras salieran.

—Me quedo—dijo.

Ella no expresó ninguna satisfacción. Desde luego su rostro no era muy expresivo. Mathieu dio algunos pasos en la habitación, se acercó a la mesa y escogió varios discos. Estaban gastados y algunos rayados; la mayor parte habían perdido su funda. Había unos de *jazz*, un revoltijo de Maurice Chevalier, el Concierto para la mano izquierda, el cuarteto de Debussy, la Serenata de Toselli y la Internacional cantada por unos coros rusos.

—¿Es usted comunista?—preguntó él.

—No—contestó ella—, carezco de opinión. Creo que sería comunista si los hombres no fuesen tan despreciables—y después de meditar, declaró—: Soy pacifista.

—Es usted divertida—dijo Mathieu—. Si los hombres son despreciables debiera serla indiferente que murieran en la guerra o por cualquier otra causa.

Sacudió ella la cabeza con obstinada gravedad:

—Precisamente—argumentó—. Puesto que son despreciables, es todavía más repugnante guerrear con ellos.

Se hizo un silencio. Mathieu vio en el techo una telaraña y se puso a silbar.

—No puedo ofrecerle nada de beber—dijo Irène—. A menos que quiera tomar una horchata.

—¿Horchata?—dijo Mathieu.

—Ya me lo suponía. Pero hay un puro encima de la chimenea, cójalo si quiere.

—Pues sí, lo quiero—aceptó Mathieu.

Se levantó y cogió el puro que estaba seco y roto.

—¿Puedo fumarlo en la pipa?

—Haga lo que le apetezca.

Se volvió a sentar y empezó a destrozar el puro entre sus dedos; notaba la mirada de Irène fija en él.

—Esté usted a gusto—dijo ella—. Si no tiene ganas de hablar, no hable.

—Está bien.

Al cabo de un momento preguntó ella:

—¿No quiere dormir?

—Eso sí que no.

Le parecía que nunca tendría ganas de dormir.

—¿Dónde estaría en este momento si no hubiese tropezado conmigo?

—En la calle Montorgueil.

—¿Y qué estaría haciendo?

—Pasear.

—Le parecerá raro hallarse aquí.

—No.

—Es verdad—dijo ella como leve reproche—. ¡Lleva usted tan poco tiempo!

El no dijo nada, pensaba que tenía razón. Aquellas cuatro paredes y aquella mujer sentada en la cama eran un incidente sin importancia, una de las fases inconsistentes de la noche. Mathieu se hallaba allí donde la noche se extendía, desde las fronteras del Norte hasta la Costa Azul: él y ella formaban uno solo, miraba a Irène con todos los ojos de la noche: ella no era más que una luz minúscula en la oscuridad. Un grito agudo la sobresaltó.

—Qué veneno. Voy a ver qué le pasa.

Salió de puntillas y Mathieu encendió su pipa. Ya no tenía ganas de ir a la calle Montorgueil: la calle Montorgueil estaba aquí, cruzaba la estancia, todas las rutas de Francia pasaban por ella. Habían colocado cuatro tabiques en cualquier sitio. No se parecía a una bretona. Más bien a la pequeña annamita del *Dôme.* Tenía la piel azafranada, el rostro inexpresivo y una gracia impotente.

—No es nada—dijo ella—. Tiene pesadillas.

Mathieu dio plácidamente una chupada a su pipa.

—¡Las ha debido de pasar negras el crío!

Irène se encogió de hombros y su cara cambió bruscamente.

—¡Bah!—se limitó a decir.

—Es usted muy dura de repente—dijo Mathieu.

—Porque me pone nerviosa que compadezcan a un señorito de su clase, todo son cuentos de hijo de ricos.

—Lo cual no le impide ser un desgraciado.

—Me hace usted reír. A mí, mi viejo me ha echado a la calle a los diecisiete años: ello equivale a decir a usted que yo no estaba de acuerdo con él. Pero nunca me hubiera acercado a decirle que era desgraciada.

En un instante, Mathieu adivinó bajo su rostro de lujo una cara ruda y experimentada de mujer que trabaja. Su voz caía lenta y voluminosa con un a modo de monotonía en su indignación.

—Se es desgraciado—dijo ella—cuando se tiene frío, o cuando se está enfermo..., o cuando no se tiene que comer. Lo demás todos son vapores.

El se echó a reír: ella arrugaba la nariz con mucha aplicación y abría ampliamente su boquita para vomitar las palabras. El apenas la escuchaba, la veía. Una mirada. Una inmensa mirada, un cielo vacío: ella se debatía bajo esa mirada, como un insecto en la luz de un faro.

—No—dijo ella—, quiero recogerlo, cuidarle, impedir que cometa tonterías; pero no quiero que le compadezcan. Porque yo sé lo que es miseria. Y cuando los burgueses sostienen que son desgraciados...

Ella le miraba atentamente mientras recobraba aliento.

—Verdad que usted es también un burgués.

—Efectivamente, soy un burgués—dijo Mathieu.

"Ella me ve." Le pareció que él se endurecía y que se empequeñecía a toda velocidad. Detrás de aquellos ojos hay un cielo sin estrellas, también hay una mirada. "Ella me ve, lo mismo que ve la mesa y la guitarra. Y para ella soy una partícula suspendida en una mirada, un burgués. Y la verdad es que soy un burgués." Sin embargo, no llegaba a sentirse así. Ella le seguía mirando.

—¿Qué hace usted en la vida? No; déjeme adivinarlo. ¿Médico?

—No.

—¿Abogado?

—Tampoco.

—Bueno—dijo ella—. También podría ser un estafador.

—Soy profesor—dijo Mathieu.

—Es curioso—dijo ella un poco decepcionada, pero añadió prontamente—: La cosa no tiene importancia.

"Me sigue mirando." Se levantó y la cogió el brazo, un poco más abajo del codo. La carne suave y cálida se hundía un poco bajo la presión de los dedos.

—¿Qué le sucede?—preguntó ella.

—Tenía ganas de tocarla. Solo por corresponderla, porque me está usted mirando.

Ella se abandonó contra él y la mirada se empañó.

—Me agrada usted—dijo ella.

—También usted a mí.

—¿Tiene usted alguna mujer?

—No tengo ninguna.

Se sentó en la cama junto a ella.

—¿Y usted? ¿Hay alguien en su vida?

—Hay... álguienes—hizo un gesto de dolor y añadió—: Soy una mujer fácil.

La mirada había desaparecido. Quedaba una muñequita china que olía a caoba.

—¿Fácil? ¿Y qué?—dijo Mathieu.

Ella no contestó, se llevó las manos a la cabeza y miró al vacío con gravedad. "Es una pensativa", se dijo Mathieu.

—Cuando una mujer va mal trajeada, es preciso que sea fácil—dijo ella al cabo de un momento. Se volvió inquieta hacia Mathieu—: No intimido, ¿verdad?

—No—dijo Mathieu a la fuerza—. Eso no puede decirse.

Pero ella parecía tan desolada que él la tomó en sus brazos.

El café estaba desierto.

—Son las dos de la madrugada, ¿verdad?—preguntó Ivich al camarero.

Se frotó los ojos con el reverso de la mano y echó una ojeada al reloj de pared. Marcaba las ocho y media.

—Podría ser—gruñó.

Ivich se recogió prudentemente en su rincón estirando la falda hasta las rodillas. "Seré una huérfana que va a unirse con su tía en los suburbios de París." Pensaba que tenía los ojos demasiado brillantes y dejó caer sus cabellos por la cara. Pero su corazón desbordaba de excitación casi gozosa: una hora de espera, una calle a cruzar y ella subiría al tren. "Hacia las seis estaré en la estación del Norte, primeramente iré al *Dôme,* comeré dos naranjas y de allí iré a ver a Renata y le daré un sablazo de quinientos francos." Le dieron ganas de pedir un coñac, pero una huérfana no bebe alcohol.

—¿Quiere servirme una taza de tila?—pidió con débil vocecita.

El mozo dio media vuelta, era feísimo, pero era necesario seducirle. Cuando le trajo la tila, ella le dirigió una dulce mirada asustada.

—Gracias—suspiró ella.

El se plantó delante de ella y resopló perplejo.

—¿Adónde va, a estas horas?

—A París, a casa de mi tía.

—¿No es usted la hija del señor Serguine, el de la serrería de ahí arriba?

"Imbécil."

—No—respondió—. Mi padre murió en mil novecientos dieciocho. Soy huérfana acogida por el Estado.

El movió varias veces la cabeza y se alejó. Era un patán, un mujik. En París los camareros tienen miradas aterciopeladas y creen lo que se les dice. "Voy a volver a ver París." Ya en la estación del Norte sería reconocida, era esperada. Las calles la esperaban, los escaparates, los árboles del cementerio Montparnasse y... también la gente. Aquellas que no se hubiesen ido—como

Renata—o que hubiesen regresado. "Ya me las arreglaré." Allí era donde únicamente se sentía Ivich, entre la avenida del Maine y los muelles. "Y me señalarán Checoslovaquia en un mapa. ¡Ah!—se dijo apasionadamente—. Si quieren, que bombardeen, moriremos juntos, el único que nos echará de menos será Boris."

—¡Apague!

El obedeció. La habitación se hundió en la gran noche de guerra, las dos miradas se diluyeron en la noche; no quedó más que un rayo de luz entre el marco de la puerta y el montante entreabierto que parecía mirarlos. Mathieu, molesto, se dirigió hacia la puerta.

—No—dijo la voz detrás de él—. Deje abierto; quiero poder oír al pequeño.

El volvió sobre sus pasos en silencio, se descalzó y se quitó el pantalón. El zapato derecho hizo ruido en el entarimado.

—Ponga su ropa en la mecedora.

Puso en ella el pantalón y la chaqueta, después la camisa. Se quedó completamente desnudo, los brazos colgando y los dedos de los pies crispados en el centro de la estancia. Tenía ganas de reír.

—Venga.

Se tumbó en la cama junto a un cuerpo cálido y también desnudo: ella estaba boca arriba, sin un gesto, con los brazos pegados a sus costados. Pero cuando la besó el pecho, debajo del cuello, notó los latidos del corazón, grandes latidos que la convulsionaron de pies a cabeza. El permaneció un momento sin moverse ganado por aquella inmovilidad palpitante: había olvidado el rostro de Irène; alargó la mano, acariciando con sus dedos una carne ciega. Cualquiera. Varias personas pasaron cerca de ellos, Mathieu oyó crujir sus zapatos: hablaban en voz alta y reían entre ellos.

—Dime, Marcel—dijo una voz femenina—. Si tú fueras Hitler, ¿podrías dormir esta noche?

Se rieron; pasos y risas se alejaron y Mathieu se quedó solo.

—Si tengo que tomar precauciones, mejor sería decirlo ahora mismo.

—No son necesarias las precauciones—dijo Mathieu—. No soy un cochino.

Ella no dijo nada. El oía su respiración fuerte y regular. Un prado, un prado en la noche; respiraba como la hierba, como los árboles; y él se preguntaba si no se había quedado dormida. Pero una mano torpe le frotó rápidamente la cadera y el muslo: aquello, esforzándose, podía considerarse como una caricia. Se alzó suavemente y se puso encima de ella.

Boris se apartó bruscamente, se destapó y se dejó caer sobre el costado. Lola no se había movido; permanecía echada boca arriba, con los ojos cerrados. Boris se encogió para evitar en lo posible el roce de las sábanas con su cuerpo sudoroso. Lola, sin abrir los ojos, dijo:

—Empiezo a creer que me quieres.

El no respondió. Aquella noche había amado a todas las mujeres a través de ella, a las duquesas y a las otras. Sus manos, que un pudor invencible había mantenido hasta entonces sobre los hombros y los pechos de Lola, las paseó por todo el cuerpo; por todo él había paseado sus labios; los espasmos en los que él caía a medias, y que ordinariamente le causaban horror, los había buscado rabiosamente: tenía pensamientos que pretendía ahuyentar. Ahora se notaba pastoso y mancillado, su corazón latía hasta botar y no era desagradable, en aquel momento debía pensarse cuanto menos mejor. Ivich le decía siempre: "Piensas demasiado", y tenía razón. De pronto, vio asomarse un poco de agua en los ojos cerrados de Lola, formaron dos pequeños lagos, cuyo nivel subía lentamente por los dos lados de la nariz. "¿Qué tendrá ahora?", se preguntó el. Hacía veinticuatro horas que vivía con una angustia seca en la boca del estómago, no estaba en condiciones de enternecerse.

—Dame mi pañuelo—pidió Lola—. Está debajo de la almohada.

Se restregó los ojos y los abrió con ademán duro y de desafío. "¿Qué habré hecho yo?" Pero no era lo que él creía; ella dijo con voz apagada:

—Vas a partir.

—¿Adónde? ¡Ah!, sí... Efectivamente, pero no en seguida, sino dentro de un año.

—¿Y qué representa un año?

Ella le miraba insistentemente, él sacó una mano de entre las sábanas y apartó las mechas que tapaban los ojos de ella.

—Dentro de un año—dijo él prudentemente—, tal vez la guerra haya acabado.

—¡Acabado! Cualquiera lo cree. Se sabe cuándo una guerra empieza, pero nunca cuándo termina...

Su blanco brazo salió de entre las sábanas; palpó la cara de Boris como si estuviese ciega. Le acarició la sien y las mejillas, y continuó por las orejas y la punta de la nariz; él se veía ridículo.

—Un año es largo—dijo él con amargura—. Deja mucho que pensar.

—Bien, se ve que eres un chiquillo. Si supieras lo pronto que a mi edad pasa...

—Yo lo encuentro muy largo—dijo obstinado Boris.

—¿Tienes ganas de guerrear?

—No es eso.

Tenía menos calor, se volvió de espaldas y estiró las piernas que encontraron una tela al pie de la cama: el pantalón de su pijama. Explicó mirando al techo:

—De todos modos, puesto que debo ir a la guerra, más valiera que fuera inmediatamente y que no se hablara más de ella.

—¿Y yo?—gritó Lola, añadiendo con voz entrecortada—: ¿No te importa dejarme, pequeño salvaje?

—Puesto que de un modo u otro he de dejarte...

—Pero que sea lo más tarde posible—dijo ella apasionadamente—. Me moriré. Sobre todo que, tal y como tú eres, estarás tres días sin escribirme, por pereza, y yo creeré que has muerto. Tú no sabes lo que es eso.

—Ni tú tampoco lo sabes—dijo Boris—. Deja que suceda antes de romperte la cabeza.

Hubo un silencio, luego habló ella con voz ronca y algo rabiosa que él demasiado conocía.

—De todos modos, no debe de ser tan difícil dejar plantado a uno. Esta que tú ves, conoce por vieja mucha más gente de la que tú crees.

El dio rápidamente media vuelta y se quedó mirándola.

—Lola, si tú hicieras eso...

—¿Qué pasaría?

—Nunca te volvería a ver.

Ella se tranquilizó y le dijo con una rara sonrisa:

—Yo creía que la guerra te horrorizaba. ¿Cuántas veces te he oído decir que eras antimilitarista?

—Y sigo diciéndolo.

—¿Entonces?

—No es lo mismo.

Ella había vuelto a cerrar los ojos, se había tranquilizado, pero su cara ya no era la misma: sus dos antiguas arrugas de fatiga y de angustia acababan de aparecer en las comisuras de los labios. Boris hizo un esfuerzo.

—Soy antimilitarista porque no puedo tragar a los oficiales—dijo en tono conciliador—. En cambio, los soldados me resultan simpáticos.

—Pero tú serás oficial. Te obligarán.

Boris nada dijo; era complicado explicarse y él no acertaba a convencerse. Que detestaba a los oficiales era una realidad. Pero, por otro lado, puesto que era su guerra y estaba destinado a una breve carrera militar, era indispensable que fuese subteniente. Pensó: "Si yo pudiera estar allí y seguir el pelotón por la fuerza de los acontecimientos y librarme de todo lo demás..." Bruscamente exclamó:

—Me pregunto si tendré miedo.

—¿Miedo?

—Eso me pregunto.

Pensaba que ella no comprendería: mejor hubiera sido explicarse con Mathieu y hasta con Ivich. Pero como era Lola la que estaba con él...

—Durante todo un año se va a leer en los periódicos: los franceses avanzan bajo un diluvio de metralla y de fuego, o cosa parecida, ya comprendes lo que quiero decir. Y cada vez me preguntaré: "¿Podré yo resistir?" O tendré que interrogar a los que vengan con permiso: "¿Es dura la lucha?" Ellos me responderán: "¡Muy dura!", y yo me encontraré raro. ¡Vaya juerga!

Ella se echó a reír y le imitó sin alegría.

—Aguarda a que suceda y no te rompas ahora la cabeza. Y aun cuando tuvieses miedo, ¡no tendría nada de particular!

El pensó: "No vale la pena explicar, no comprende nada." Bostezó y preguntó:

—¿Apagamos? Tengo sueño.

—Como quieras—respondió Lola—. Dame un beso.

El la besó y apagó. La odiaba. Pensó: "No me quiere por mí mismo, de otro modo hubiese comprendido." Eran todos iguales, fingían estar ciegos: "Me han convertido en gallo de pelea, en un toro de ganadería y ahora se tapan los ojos, mi padre quiere que obtenga mi título y Lola pretende que sea un enchufado, porque en un tiempo se acostaba con un coronel." Al cabo de un rato notó que un cuerpo ardiente y desnudo le caía encima de la espalda. "Siempre el mismo cuerpo durante un año aún. Se aprovecha de mí", pensó, y se sintió duro y hermético. Se separó lo que pudo de ella.

—¿Adónde vas?—preguntó Lola—. ¿Hasta dónde te vas? Te vas a caer al suelo.

—Me das mucho calor.

Ella se apartó refunfuñando. Un año. "Un año preguntándome si soy un cobarde. Un año. Durante un año tendré miedo de tener miedo." Oía la respiración normal de Lola dormida; y luego, otra vez su cuerpo que le caía encima; no tenía ella la culpa, sino un hoyo que había en medio del colchón, pero Boris tuvo un esca-

lofrío de rabia y de desesperación. "Me aplastará hasta mañana. ¡Oh, los hombres—pensó—. Vivir con hombres, cada uno en su cama." De repente, algo como un vértigo le invadió, tenía los ojos abiertos, fija la mirada en la oscuridad y un escalofrío glacial recorrió toda su sudada espalda: acababa de comprender que al día siguiente iría a alistarse.

La puerta se abrió y la señora Birnenschatz apareció en camisón, envuelta la cabeza en un pañuelo.

—Gustave—llamó gritando para dominar el ruido de la radio—; por favor, ven a acostarte.

—Duerme, duerme, no te preocupes por mí—dijo Birnenschatz.

—Es que no puedo dormir hasta que tú te acuestas.

—Ya ves que estoy esperando algo—dijo molesto él.

—¿Qué esperas?—preguntó ella—. ¿Por qué no dejas de sobar constantemente esa maldita radio? Los vecinos acabarán quejándose. ¿Qué esperas?

Birnenschatz se volvió hacia ella y la cogió fuertemente el brazo:

—Apostaría a que se trata de un camelo—dijo él—. Te apuesto a que lo desmentirán esta noche.

—Pero ¿qué?—preguntó ella alarmada.

El le hizo una seña para que se callara. Una voz tranquila y pausada empezó a hablar:

"Desmienten desde Berlín de fuente autorizada todas las noticias publicadas desde el extranjero, tanto relativas a un ultimátum que habría sido dirigido a Checoslovaquia por Alemania dando un último plazo que expiraría hoy a las doce, como a una pretendida movilización general que sería decretada después de dicho plazo."

—¡Escucha!—gritó Birnenschatz—. ¡Escucha!

"Se estima que tales noticias no pueden sino provocar el pánico y propagar una psicosis de guerra.

También se desmiente una declaración que habría hecho el ministro Goebels a un periodista extranjero acerca de ese mismo plazo, afirmando que el doctor Goe-

bels no ha recibido a ningún periodista extranjero desde hace semanas."

Birnenschatz escuchó todavía un instante, pero la voz se había callado. Entonces hizo una vuelta de vals a su esposa y gritóle:

—Ya te lo había dicho yo, ya te lo había dicho, se trata de una espantada. De una gran espantada. No habrá guerra, Catherine, no habrá guerra y los nazis están apañados.

La luz. Las cuatro paredes surgieron repentinamente entre Mathieu y la noche. Se levantó apoyándose en las manos y con calma miró el rostro de Irène: la desnudez de aquel cuerpo de mujer había subido hasta el rostro, el cuerpo lo había recuperado como la Naturaleza recobra los jardines abandonados; Mathieu no pudo ya aislarlo de los hombros redondos, de los pequeños y puntiagudos senos, no era más que una flor de carne apacible y vaga.

—¿No ha sido muy aburrido?—preguntó ella.

—¿Aburrido?

—Los hay que me tildan de aburrida porque no soy muy activa. Cierta vez un tipo se aburrió de tal manera conmigo que desapareció por la mañana y no le he vuelto a ver.

—Yo no me he aburrido—dijo Mathieu.

Ella le pasó suavemente un dedo por el cuello.

—Pero no vaya usted a creer que soy fría.

—Ya lo sé—dijo Mathieu—. No hablemos más.

El la cogió la cabeza con las dos manos y se inclinó sobre sus ojos. Eran dos glaciares transparentes y sin fondo. "Ella me mira." Detrás de esta mirada, el cuerpo y el rostro habían desaparecido. En el fondo de aquellos ojos era la noche. La noche virgen. "Me hizo penetrar en sus ojos; yo existo en aquella noche: un hombre desnudo. La dejaré dentro de unas horas y, no obstante, en ella permaneceré por siempre. En ella, en esta noche anónima—pensó—: Y ni siquiera conoce mi nombre." Y, de pronto, creció tanto su interés por ella

que tuvo que decírselo. Pero se calló: las palabras hubieran sido embusteras; era la habitación la que le inspiraba interés tanto como ella, la guitarra de la pared, el jovenzuelo que dormía en su mueble-cama, el instante que estaba viviendo, la noche aquella.

Ella le sonrió:

—Usted me mira, pero no me ve.

—La veo.

Ella bostezó:

—Me gustaría dormir un rato.

—Duerma—aprobó Mathieu—. Pero ponga el despertador a las seis: es preciso que pase por mi domicilio antes de ir a la estación.

—¿Se va esta misma mañana?

—Esta mañana a las ocho.

—¿Me permite que le acompañe a la estación?

—Si es su gusto.

—Espere, tengo que saltar de la cama para poner el despertador a la hora y para apagar. Pero no mire, me da vergüenza de mis nalgas, que son gruesas y caídas.

El volvió la cabeza y escuchó el ir y venir en la habitación, luego apagó la luz y mientras se volvía a acostar le dijo:

—A veces me ocurre que me levanto dormida y paseo así por el dormitorio. Si esto sucede, no tiene más que darme dos bofetadas.

MIERCOLES 28 DE SEPTIEMBRE

Las seis de la mañana.

Ella estaba orgullosa: no había pegado el ojo en toda la noche y, no obstante, no tenía sueño. A lo sumo una quemadura seca en el fondo de sus órbitas, un escozor en el ojo izquierdo, un parpadeo y, de cuando en cuando, escalofríos producidos por la fatiga que recorrían la espalda desde la cintura hasta la nuca. Ella había viajado en un tren horriblemente desierto, el único ser viviente que había visto fue el jefe de estación en Soissons, agitando su banderín rojo. Y luego, en la sala de la estación del Este, la multitud. Una multitud fea, llena de ancianas y de soldados; además, tenía tantos ojos mirándola... Por otra parte, Ivich gustaba de aquel incesante ir y venir, de aquellos codazos, de aquellos empujones en los riñones, choques de hombros y el obstinado balanceo de las cabezas unas tras otras: ¡era tan agradable no encontrarse sola para soportar el peso de la guerra!

Se detuvo en una de las amplias puertas de salida y contempló religiosamente el bulevar Strasbourg; necesitaba llenarse los ojos y retener en su memoria los árboles, las tiendas cerradas, los autobuses, los raíles del tranvía, los cafés que empezaban a abrir y el aire humeante de la madrugada. "Aun cuando arrojaran bombas dentro de cinco minutos, de treinta segundos, nadie podrá arrebatarme todo eso." Se aseguró que nada olvidaba, ni siquiera aquel cartelón *Dubo-dubon-dubonnet* a la izquierda y, luego, de pronto, fue presa de un pequeño frenesí: era preciso entrar en la ciudad antes de que ellos lle-

garan. Empujó a dos bretonas portadoras de jaulas de pájaros, franqueó la sala y pisó una auténtica acera de París. Tuvo la sensación de penetrar en una hoguera, era excitante y siniestro. "Todo arderá, mujeres, niños, ancianos, y yo pereceré entre llamas." No tenía miedo. "De todos modos, me hubiese horrorizado envejecer." Solo la prisa secaba su garganta; no tenía un minuto que perder; tantas cosas para ver: el Rastro, las Catacumbas, Ménilmontant y tantas más que ella aún no conocía, como el Museo Grevin. "Si me dejaran ocho días, si no vinieran antes del próximo mes, tendría tiempo de hacer todo. ¡Ah!—pensó apasionada—. Ocho días más de vida, me voy a divertir más que en un año entero, quiero morir divirtiéndome." Se acercó a un taxi.

—Calle Huyghens, número doce.

—Suba.

—Pasará por el bulevar Saint-Michel, la calle Auguste-Comte, la de Vavin, la de Delambre y luego por la de la Gaîté y la avenida del Maine.

—Así se alarga el camino—dijo el chófer.

—No tiene importancia.

Subió al auto y cerró la portezuela. Había dejado Laon detrás de ella para siempre. Nunca más: moriremos aquí. "¡Qué tiempo tan estupendo!—pensó—. ¡Qué hermosura! Esta tarde iremos a la calle de los Rosiers y la Isla Saint-Louis."

—Pronto, pronto—gritó Irène—. Venga.

Mathieu estaba en mangas de camisa, peinándose frente al espejo. Dejó el peine encima de la mesa, cogió la chaqueta debajo del brazo y entró en la habitación de amigos.

—¿Qué sucede?

Irène le mostró la cama con patético gesto:

—¡Se las ha "pirao"!

—¡No me diga!—exclamó Mathieu.

Contempló un instante la cama deshecha, rascándose la cabeza, y luego soltó la carcajada. Irène le miró serio y sorprendida, pero la risa se le contagió.

—¡Bien se ha burlado de nosotros!—dijo Mathieu.

Se puso la chaqueta. Irène seguía riendo.

—Quedamos en el *Dôme,* a las siete.

—A las siete—aprobó ella.

Se inclinó sobre ella y la besó ligeramente.

Ivich subió las escaleras corriendo y se detuvo en el descansillo del tercero para recobrar el aliento. La puerta estaba entornada. Ella tembló. "¡Con tal que no sea la portera!" Y entró; todas las puertas estaban abiertas, todas las luces encendidas. En la entrada había una gran maleta: "Aquí está."

—¡Mathieu!

Nadie contestó. La cocina estaba vacía; pero en el dormitorio la cama estaba deshecha.

"Ha pasado la noche aquí." Entró en el despacho, abrió ventanas y persianas. "No es tan feo—pensó enternecida—. He sido injusta." Allí se quedará ella a vivir, le escribiría cuatro veces por semana; no, cinco veces. Después, el día menos pensado, leería en los periódicos "Bombardeo de París", y ya no volvería a recibir ninguna carta. Dio una vuelta por el despacho, tocó los libros, el pisapapeles que representaba un cangrejo. Había un cigarrillo roto cerca de una obra de Martineau sobre Stendhal; la cogió y la metió en el bolso junto con las reliquias. Luego se sentó tranquilamente en el sofá. Al cabo de un momento oyó pasos en la escalera y su corazón dio un bote.

Era él. Se detuvo un instante en la antesala, luego entró llevando un maletín. Ivich abrió las manos y el bolso cayó al suelo.

—¡Ivich!

El no pareció sorprendido. Dejó el maletín, cogió el bolso y se lo dio.

—¿Hace mucho que está?

No respondió; estaba algo disgustada porque había dejado caer el bolso. El vino a sentarse junto a ella. Esta no le veía. Nada más que la alfombra y la puntera de sus zapatos.

—¡Vaya suerte la mía!—dijo él alegremente—. Una hora más tarde y ya no me hubiese usted encontrado. Tomo el tren para Nancy a las ocho.

—¿Cómo es eso? ¿Parte usted inmediatamente?

Ella se calló descontenta de sí misma y aborreciendo su propia voz. Tenían tan poco tiempo... Habría querido tanto ser sencilla, pero era más fuerte que su voluntad: cuando había estado mucho tiempo sin ver a las personas, ella no podía recibirlas sencillamente. Se había dejado dominar por una torpeza algodonada que se parecía mucho al enojo. Le ocultaba cuidadosamente su cara, pero dejándole ver su turbación; se veía más impúdica que si le hubiese mirado a los ojos. Dos manos se tendieron hacia el maletín, lo abrieron, se apoderaron de un despertador y le dieron cuerda. Mathieu se levantó para dejarlo encima de la mesa. Ivich secó un poco los ojos y le vio negro a contraluz. Volvió él a sentarse; seguía callado, pero Ivich recobró un poco de ánimo. El la miraba; sabía ella que la miraba. Nadie desde hacía tres meses la había mirado como él lo estaba haciendo. Ella se veía preciosa y frágil, una pequeña ídolo muda: resultaba dulce, molesto y algo doloroso. Bruscamente ella percibió el tictac del despertador y pensó que él se iba a marchar. "No quiero ser frágil. No quiero ser ídolo." Hizo un violento esfuerzo y logró volverse hacia él: no tenía la mirada que ella esperaba.

—Ya está aquí, Ivich, ya está aquí.

No parecía pensar en lo que decía. Pese a lo cual ella le sonrió, pero estaba helada de la cabeza a los pies. El no le devolvió la sonrisa, limitándose a decir lentamente:

—Es usted...

La estudiaba con extrañeza.

—¿Cómo ha venido usted?—prosiguió con más animación.

—En el tren.

Juntó las palmas de sus manos y las apretó con fuerza para que las falanges crujieran.

—Quise decir: ¿lo saben sus padres?

—No.

—Entonces, ¿se ha escapado?

—Algo parecido.

—Sí—dijo él—, sí. Perfectamente. Vivirá aquí—y añadió con interés—: ¿Se aburría en Laon?

Ella no respondió: la voz le caía en la nuca como una cuchilla fría y apacible.

—¡Pobre Ivich!

Empezó ella a tirarse de los pelos a puñados. El continuó:

—¿Está Boris en Biarritz?

—Sí.

Boris se había levantado a tientas, se puso tembloroso pantalón y chaqueta, dirigió una mirada a Lola, que dormía con la boca abierta, abrió la puerta sin hacer ruido y salió al pasillo con los zapatos en la mano.

Ivich echó una mirada al despertador y vio que ya eran las seis y veinte. Preguntó con voz mimosa:

—¿Qué hora es?

—Las seis y veinte—dijo él—. Espere, voy a meter algunos objetos en el maletín, no tardaré nada; después estaré completamente libre.

Se agachó cerca del maletín. Ella le miraba inerte. No notaba su cuerpo, pero el tictac del despertador rompía sus oídos. Al cabo de un momento él se irguió.

—Todo está listo.

Permanecía de pie delante de ella, que veía el pantalón algo rozadas las rodillas.

—Escúcheme bien, Ivich—dijo con suavidad—. Vamos a hablar de cosas serias. El cuarto es suyo; la llave está en el clavo cerca de la puerta, vivirá aquí hasta el fin de la guerra. Respecto a mi sueldo, ya lo he arreglado, he dado poder a Jacques, él lo cobrará y se lo enviará a usted cada mes. De cuando en cuando tendrá que pagar algunas notitas; por ejemplo, el alquiler y además los impuestos, a menos que a los soldados se les supriman. También, alguna vez que otra me enviará usted un pa-

quetito. El resto será para usted: creo que con él podrá vivir.

Ella escuchaba sorprendida aquella voz sin inflexiones y monótona, parecida a la del locutor de la radio. ¿Cómo se atreve a ser tan aburrido? Ella no comprendía exactamente lo que decía, pero se imaginaba claramente la cara que debía de poner con sus pesados párpados y su beatífica y calculada postura. Ella le miró para mejor aborrecerle y su odio desapareció: no tenía la cara de su voz. ¿Sufrirá? Seguramente, no, pues no parecía desgraciado. Era una cara que ella no le conocía: eso era todo.

—¿Me escucha usted, Ivich?—preguntó sonriente.

—Desde luego—contestó levantándose—. Mathieu, desearía que me mostrara Checoslovaquia en el mapa.

—El caso es que no tengo ningún mapa—dijo—. Rectifico, creo que sí. Me parece que debo de tener un antiguo atlas.

Fue a su biblioteca en busca de un álbum con tapas que dejó encima de la mesa, lo abrió y lo hojeó. "Europa Central." Los colores eran solo *beige* y violeta. No había azul: ni mar, ni océano. Ivich miró atentamente y no descubrió Checoslovaquia.

—Está impreso antes del catorce—dijo Mathieu.

—¿Y antes del catorce no existía Checoslovaquia?

—No.

Cogió él su estilográfica y trazó en medio del mapa una curva irregular y cerrada.

—Es así, poco más o menos—dijo.

Ivich contempló aquella amplia extensión de tierra sin agua, de tristes colores, aquella raya de tinta negra, de tan variada forma, tan fea comparada con los caracteres de imprenta, leyó el nombre *Bohemia* en el interior de la curva y dijo:

—¡Ah, ya! Eso es Checoslovaquia.

Todo le pareció vano y rompió en sollozos.

—¡Ivich!

Ella se encontró bruscamente medio tumbada en el sofá: Mathieu la tenía en sus brazos. Primero ella se rebeló: "No quiero su compasión, soy ridícula"; pero, pasado un momento, se abandonó y ya no hubo ni guerra, ni Checoslovaquia, ni Mathieu; a lo sumo, aquella dulce y cálida presión alrededor de sus hombros.

—¿Acaso ha dormido algo esta noche?—preguntó él.

—No—dijo ella entre dos sollozos.

—Mi pobrecita Ivich, espere.

Se levantó y salió; ella le oía ir y venir en la habitación vecina; cuando volvió, había recobrado algo de su aspecto inocente y beatífico que a ella agradaba.

—He puesto sábanas limpias—dijo sentándose cerca de ella—. La cama está hecha, podría usted acostarse tan pronto yo me marche.

Ella le miró:

—¿No..., no le acompaño a la estación?

—Yo creía que detestaba las despedidas desde el andén.

—En una circunstancia tan especial...—dijo ella conciliadora.

Pero él, moviendo la cabeza, dijo:

—Prefiero ir solo y, además, tiene usted que dormir.

—Bueno, está bien.

Y pensó: "¡Cuidado que soy boba!" De pronto, se sintió fría y hermética. Sacudió enérgicamente la cabeza, se enjugó las lágrimas y sonrió.

—Tiene razón, estoy demasiado nerviosa: es la fatiga. Voy a descansar.

El la cogió de la mano y la levantó:

—Tengo que hacerle los honores de la casa.

Entró en la habitación y se detuvo frente a un armario:

—Encontrará aquí seis pares de sábanas, fundas para almohadas y mantas. También hay colchas y un edredón que no sé dónde lo he metido, la portera se lo dirá.

Había abierto el armario y contemplaba las pilas de

ropa blanca. Se echó a reír, pero su mirada no era tranquilizadora.

—¿Qué le pasa?—preguntó Ivich muy cortésmente.

—Todo esto me pertenece. Es cómico.

Se volvió hacia ella:

—Voy a mostrarle también la despensa. Venga conmigo.

Entraron en la cocina e indicó un armario.

—Queda aceite, sal y pimienta y, por último, algunos botes de conserva.

Levantó una tras otra las latas cilíndricas a la altura de sus ojos y las miró a la luz de la lámpara.

—Esta es de salmón, esta de *cassoulete,* estas tres de *choucroute.* Para comer el contenido, hay que pasar los botes al baño María...

Se detuvo y volvió a aparecer su amarga sonrisa. Pero no añadió nada, miró con sus ojos muertos una lata de guisantes y la volvió a colocar en su sitio.

—Tenga cuidado con el gas, Ivich. Cierre la llave del contador todas las noches antes de acostarse.

Volvieron a entrar en el despacho.

—A propósito—dijo él—. Al bajar avisaré a la portera para que sepa que dejo a usted el cuarto. Mañana hará venir a la señora Belaine. Es una asistenta que no es desagradable.

—¡Balaine!—repitió Ivich—. ¡Vaya un nombre raro!

Se echó a reír y Mathieu sonrió.

—Jacques no regresará hasta principios de octubre —advirtió—. Voy a dejar a usted algún dinero para gastos hasta que regrese.

Tenía en la cartera un billete de mil francos y dos de cien. Sacó el de mil y se lo entregó.

—Muchas gracias—dijo Ivich.

Lo cogió ella y lo estrujó en una mano.

—Cualquier cosa que ocurra, llame a Jacques. Yo le escribiré diciéndole que a él la confío.

—Gracias—repitió Ivich—. Gracias..., gracias.

—¿Tiene usted sus señas?

—Sí, sí... Gracias.

—Hasta la vista—se acercó a ella—. Hasta la vista, mi querida Ivich. Tan pronto la sepa, comunicaré a usted mi dirección.

La cogió por los hombros y la estrechó entre sus brazos.

—¡Mi pequeña Ivich! ¡Mi querida pequeña mía!

Ella le ofreció dócilmente su frente y él la besó. Después estrechó su mano y salió. Ella le oyó cerrar la puerta de la antesala; entonces, desarrugó el billete de mil francos y lo contempló, después lo partió en ocho pedazos y los arrojó encima de la alfombra.

Un viejo colonial de barba leonada, la mano apoyada en el hombro de un recluta, le designaba con la otra mano la costa africana. "Engánchense, reengánchense en el ejército colonial." El joven recluta parecía idiotizado. Era evidente que había que pasar por el aro. Durante seis meses, Boris tendría que ser tomado por un simple. Pongamos durante tres meses: los años de guerra se computan el doble. "Me pelarán al cero", pensó apretando los dientes. ¡Los puercos! Jamás se había sentido tan ferozmente antimilitarista. Pasó delante de un centinela, inmóvil dentro de su garita. Boris le dirigió una mirada irónica y sufrió casi un colapso. "¡Mierda!", exclamó para sus adentros. Pero estaba decidido, se sentía maligno de pies a cabeza: entró en el cuartel y casi no le sostenían las piernas. El cielo refulgía, una ligera brisa llevaba hasta aquellos suburbios lejanos el olor a mar. "¡Qué pena!—pensó Boris—. ¡Qué pena que haga un tiempo tan magnífico." Un agente montaba la guardia delante de la comisaría. Philippe le miraba; se veía completamente abandonado y tenía frío: su carrillo y su labio superior le dolían. Sería un martirio sin gloria. Sin gloria y sin alegría: el calabozo y, después, una mañana, el pelotón en los fosos del fuerte de Vincennes, nadie lo sabría: todos le habían abandonado.

—¿La comisaría de Policía?—preguntó.

El agente le miró:

—En el primer piso.

"Yo seré mi propio testigo, no debo cuentas a nadie, más que a mí."

—¿La oficina para alistarse?

Los dos reclutas cruzaron una mirada y Boris notó que sus mejillas se encendían: "Tengo buena cara", pensó.

—El barracón del fondo del patio. La primera puerta a la izquierda.

Boris saludó negligentemente con dos dedos y cruzó el patio firme, pero pensando: "Parezco un idiota", y eso le afectaba enormemente. "Deben de troncharse —se dijo—. Que uno venga aquí por las buenas, sin estar obligado, tiene que chocar." Philippe estaba de pie, a plena luz, miraba en los ojos a un pequeño señor condecorado, de mandíbulas cuadradas, y pensaba en Raskolnikoff.

—¿Es usted el comisario?

—Soy su secretario—dijo aquel señor.

Philippe hablaba con dificultad a causa de su labio tumefacto, pero su voz era clara. Dio un paso adelante.

—Soy un desertor—dijo con firmeza—, y utilizo documentación falsa.

El secretario le observó con atención:

—Siéntese, se lo ruego—le invitó correctamente.

El taxi avanzaba hacia la estación del Este.

—Va usted a llegar tarde—dijo Irène.

—No—contestó Mathieu—; pero tengo el tiempo justo—y a modo de explicación añadió—: Me encontré en casa con una joven.

—¿Con una joven?

—Venía de Laon para verme.

—¿Le quiere?

—Ni hablar.

—¿Y usted la quiere?

—No; la cedo mi piso.

—¿Es una buena muchacha?

—No—dijo Mathieu—. No es una buena muchacha, pero tampoco mala.

Se callaron. El taxi cruzaba los mercados de las Halles.
—Aquí, aquí—dijo de pronto Irène—. Es aquí.
—Sí.
—Era ayer. ¡Dios mío!, qué lejos...
Ella se echó hasta el fondo del coche para ver mejor a través del cristal.
—Ya está—dijo ella colocándose cómoda.
Mathieu no habló. Pensaba en Nancy en donde nunca había estado.
—No es usted muy locuaz—dijo Irène—, pero con usted no me aburro.
—Será porque antes hablé demasiado—dijo Mathieu con corta sonrisa y volviéndose hacia ella—. ¿Qué va a hacer usted hoy?
—Nada—respondió—. Nunca hago nada.
Se detuvo el taxi, se apearon y Mathieu pagó.
—No me gustan las estaciones—dijo Irène—. Son algo siniestro.
De pronto le cogió del brazo. Andaba junto a él silenciosa y familiarmente: a él le daba la sensación de conocerla hacía diez años.
—Tengo que sacar el billete.
Cruzaron entre la multitud. Era una multitud civil, lenta y muda, entre la cual había algunos soldados.
—¿Conoce usted Nancy?
—No—respondió Mathieu.
—Yo sí que lo conozco. Dígame dónde estará.
—En el cuartel de Essey-les-Nancy.
—Lo conozco—afirmó ella—. Lo conozco.
Algunos hombres con sus mochilas hacían cola en las taquillas.
—¿Quiere que vaya a comprarle un periódico mientras está en la cola?
—No—respondió él cogiéndola del brazo—. Quédese a mi lado.
Ella, contenta, le sonrió.
—Essey-les-Nancy—dijo él, presentando su cartilla militar.

Y el empleado le entregó su billete. El se volvió hacia ella:

—Acompáñeme hasta la puerta. Pero no me gustaría que me siguiera hasta el andén.

Dieron algunos pasos y se detuvieron.

—Bueno, pues, adiós—dijo ella despidiéndose.

—Adiós—contestó Mathieu.

—Solo una noche ha durado.

—Una sola noche. Así es; pero usted será mi único recuerdo de París.

La besó. Y ella preguntó:

—¿Me escribirá?

—No lo sé—contestó Mathieu.

La miró un momento sin decir palabra y luego se alejó.

—¡Oiga!—gritó ella.

Se volvió él. Ella sonreía, pero sus labios temblaban.

—Ni siquiera sé su nombre.

—Me llamo Mathieu Delarue.

—Entre.

Estaba sentado en la cama en pijama, siempre bien peinado, siempre guapo, se preguntaba ella si no se pondría una redecilla durante la noche. Su habitación olía a colonia. El la miró con aire extraviado, cogió rápidamente sus gafas de encima de la mesa y se las puso sobre sus narices.

—¡Ivich!

—Pues sí, soy Ivich—dijo ella bonachona.

Ella se sentó encima de la cama y le sonrió. El tren para Nancy salía de la estación del Este; en Berlín, tal vez, acababan de tomar el vuelo los bombarderos. "¡Quiero distraerme! ¡Quiero distraerme!" Ella miró en su derredor: era una habitación de hotel, fea y bien amueblada. "La bomba agujereará el techo y el entarimado del sexto piso: aquí es donde moriré."

—No esperaba verla—dijo él dignamente.

—¿Por qué? Porque se ha portado usted como un sinvergüenza, verdad?

—Habíamos bebido mucho—dijo él.

—Había yo bebido porque acababa de saber que me habían suspendido; pero usted no había bebido; usted quiso llevarme a su dormitorio: me estaba acechando.

El estaba completamente desorientado.

—¡Pues bien! ¡Aquí me tiene en su dormitorio!—dijo ella—. ¿Qué pasa?

—¡Ivich!

Ella se le rió en las narices.

—¡No tiene usted aspecto terrible!

Después de un largo silencio, una mano rozó torpemente su cintura. Los bombarderos habían cruzado la frontera. Ella lloraba a fuerza de reír: "De todos modos, no moriré virgen."

—¿Está libre este asiento?

—Pues...—gruñó el anciano.

Mathieu depositó su mochila en la redecilla y se sentó. Estaba lleno el compartimiento; Mathieu trató de mirar a sus compañeros de viaje, pero todavía no había bastante luz. Permaneció un momento inmóvil y, después de una brusca sacudida, arrancó el tren. Mathieu suspiró satisfecho: todo había concluido. Mañana, Nancy, la guerra, el miedo, la muerte tal vez, la libertad. "Ya veremos—se dijo—. Ya veremos." Metió la mano en el bolsillo para coger su pipa y un sobre se arrugó bajo sus dedos: era una carta de Daniel. Tuvo la intención de volverla a meter en el bolsillo, pero algo como pudor se lo impidió; sin embargo, había que leerla. Cargó la pipa, la encendió, rasgó el sobre y sacó siete folios cubiertos por una letra igual y apretada, sin tachaduras. "Ha hecho un borrador. ¡Qué larga es!", pensó lamentándolo. Afortunadamente el tren ya había salido de la estación y se veía más claro. Leyó:

"Mi querido Mathieu:

Demasiado me figuro tu extrañeza y hasta qué punto consideras inoportuna esta carta. Por otra parte, ni yo mismo sé por qué me dirijo a ti; hay que suponer que, como la del crimen, la vía de las confidencias es una

corriente resbaladiza. Cuando en junio último te revelé un aspecto pintoresco de mi temperamento, quizá te haya convertido, sin darme cuenta, en mi testigo electo. Lo lamentaría, porque si fuese cierto que yo debiese refrendar por ti todos los avatares de mi vida, me vería obligado a profesarte un odio activo, lo que no dejaría de ser fatigoso para mí, y para ti, nocivo. Pensarás con acierto que esto lo escribo riéndome. Desde hace algunos días conozco una ligereza plúmbea—si esta alianza de palabras no te da miedo—y la *Risa* me ha sido concedida como una gracia suplementaria. Pero dejemos eso, puesto que lo que voy a contarte no es una cosa corriente de mi vida, sino una aventura extraordinaria. Es indudable que no la tendré como real si no la hubiesen experimentado otros. No es que yo cuente mucho con tu fe, ni siquiera con tu buena fe. Dudo que consientas en dejar el racionalismo, del que vives desde hace más de diez años, para comprenderme, aunque te lo pida. Pero puede que yo haya escogido comunicar esta experiencia inaudita al amigo menos apto para ello; quizá haya yo visto algo como una contraprueba. No es que te pida una respuesta; me sería desagradable creer que te veas obligado a escribirme unas exhortaciones al buen sentido—concédeme el honor de creerme—, puesto que no he dejado de decírmelas de viva voz. Y es preciso que te lo confiese: cuando pienso en el buen sentido, en la razón pura, en las ciencias positivas es cuando la mayor parte de las veces me invade el caudal de la risa. Ya me imagino, además, que Marcelle se disgustaría si encontrase en mi correo una carta tuya. Creería haber descubierto una correspondencia clandestina y, tal vez, conociéndote como te conoce, se imaginaría que generosamente te pones a mi servicio para guiar mis primeros pasos en mi vida conyugal. Y he aquí que tu silencio puede servirme de contraprueba: si me es posible imaginar 'tu horrible sonrisa' sin turbarme y concebir la ironía no confesada con la que tú juzgarás mi *caso* sin abandonar la vía excepcional que yo

he elegido, habré logrado la certeza de que estoy en el camino recto. Y añadiré, para evitar todo malentendido, y agradeciendo al fino psicólogo sus buenos oficios, que esta vez me dirijo al filósofo, pues conviene situar la relación que te envío en el plano metafísico. Sin duda estimarás que soy un pretencioso, puesto que no he leído ni a Hegel ni a Schopenhauer; pero no lo tomes a mal, no seré capaz de determinar con pocas nociones los movimientos actuales de mi espíritu, misión que te encomiendo a ti, ya que esa es tu profesión; yo me contentaré con vivir a tientas lo que vosotros los clarividentes concebís. Sin embargo, no creo que cederás fácilmente: esta risa, estas angustias, esas intuiciones fulgurantes, es cierto que desgraciadamente te creerás obligado a clasificarlas entre los *estados* psicológicos y explicártelos a causa de mi carácter y de mis costumbres, abusando de las confidencias que me vi obligado a hacerte. No me importan los motivos: lo dicho, dicho está; eres libre de utilizarlo a tu antojo, aun si es para cometer con respecto a mí errores monumentales. Llegaré hasta confesarte que es con secreto placer con el que me dispongo a darte todos los informes necesarios a fin de reconstruir la verdad, aun sabiendo que tú los utilizarás para hundirte deliberadamente en el error.

Vamos a los hechos. En este punto la risa hace que la pluma se caiga de mis manos. ¡De tanta risa lloro! Lo que no abordo, sino temblando, aquello de lo que nunca me he hablado a mí mismo, tanto por pudor como por respeto, lo voy a convertir en públicas palabras, y estas palabras, a ti te las dedico, quedarán estampadas en estas caras de papel azul y podrás todavía, dentro de diez años, volver a leerlas para regocijarte. Me parece que cometo un sacrilegio contra mí mismo, y ello es ciertamente lo que menos excusa tiene; pero también he entrevisto esto que te entrego con el resto: el sacrilegio hace reír. Lo que yo más amo no me sería querido en absoluto si, una vez por lo menos, no me hubiera hecho reír. Pues bien, te hubieras reído de mi nueva fe; lle-

varé conmigo una certeza humillada que te sobrepasará con toda su magnitud y que, no obstante, podrás abarcar por completo en tus manos; lo que aquí me aplasta, será allá arriba achicado en la medida de tu indignidad. Sabrás, pues, si te divierte la lectura de esta carta, que me he anticipado a ti: me río, Mathieu, me río. Dios hecho hombre, sobresaliendo por encima de todos los hombres y por todos burlado, clavado en la cruz, abierta su boca, enmohecido, más mudo que una carpa ante los sarcasmos... ¿Hay algo más grotesco? Bueno, bueno, por mucho que te esfuerces, las lágrimas más dulces provocadas por la risa nunca se deslizarán por tus mejillas.

Veamos lo que las palabras pueden lograr. En primer lugar, ¿me comprenderás si te digo que jamás supe lo que soy? Mis vicios, mis virtudes, aun teniendo la nariz encima de ellos, no puedo verlos, ni pretendo retroceder lo bastante para apreciarlos en conjunto. Además, tengo no sé qué impresión de que soy una materia blanda y movediza en la que las palabras se hunden: tan pronto he intentado nombrarme, cuando el nombrado se ha confundido con el que nombra y todo vuelve a empezar. Muy a menudo he deseado poder aborrecerme, y tú bien sabes que para ello tenía poderosas razones. Pero este odio, cuando lo usaba contra mí, se ahogaba en mi inconsistencia, ya no era más que un recuerdo. Tampoco podía quererme, de ello estoy seguro, si bien nunca lo he intentado. Pero era necesario eternamente que yo me sea; yo era mi propio fardo. No bastante pesado, Mathieu, nunca lo bastante pesado. Un instante en aquella noche de junio, en la que me complací confesándome a ti, he creído confundirme en tus ojos sorprendidos. Tú me veías, en tus ojos yo estaba sólido y previsible; mis actos y mis humores no eran más que las consecuencias de una esencia fija. Esta esencia yo te la he dado a conocer, yo te la había descrito con mis palabras, yo te había revelado hechos que tú ignorabas y que te permitieron entreverla. Por tanto, eras tú quien la veías

y yo solo te veía verla. Por un instante tú has sido entre mí y mí mismo, lo más preciado del mundo a mis ojos, puesto que aquel ser sólido y denso que yo era, que yo quería ser, tú lo percibías tan simplemente, también tan comúnmente como yo te percibía. Porque, en fin, yo existo, yo soy, aun cuando no me sienta ser; y es un raro suplicio hallar en sí semejante certeza sin el menor fundamento, semejante orgullo sin materia. Entonces comprendí que no podía llegarse a sí mismo, sino por el juicio de otro, por el odio de otro. Por el amor de otro, puede que sí; pero de eso no se trata aquí. De esta revelación te he conservado una gratitud mitigada. No sé de qué manera llamar nuestras relaciones. No es la amistad ni un odio completo. Digamos que entre nosotros hay un cadáver. Mi cadáver.

En tal estado de espíritu me hallaba todavía cuando me fui a Sauveterre con Marcelle. Tan pronto quería acercarme a ti como quería matarte. Pero cierto día me percaté de la reciprocidad de nuestras relaciones. ¿Qué serías tú sin mí, sino esa especie de inconsistencia que soy para mí? Por intercesión mía tú puedes a veces adivinarte—no sin cierta exasperación—tal como eres: un racionalista algo corto, muy seguro en apariencia, en el fondo titubeante, lleno de buena voluntad para lo que es, naturalmente, del campo de la razón, ciego y embustero para todo lo demás; razonador por prudencia, sentimental por gusto, muy poco sensual; en definitiva, un intelectual mesurado, moderado, fruto delicioso de nuestras clases medias. Si cierto es que yo no puedo alcanzarme sin tu intercesión, necesitas la mía si tú quieres conocerte. Yo he visto entonces, a los dos, exhibirnos nuestras dos nadas, el uno por el otro, y por vez primera he reído con una risa profunda y colmada que todo lo quema; luego he vuelto a caer en una indiferencia bastante negra, tan negra, que el sacrificio que yo había hecho en aquel mismo mes de junio y que entonces se me representaba como una expiación dolorosa, a la larga se había revelado como horriblemente soportable. Pero llega-

do a este punto debo callarme: no puedo hablar de Marcelle sin reírme y, por una decente inquietud que sí sabrás valorar, no quiero reírme de ella contigo. Y entonces me ha tocado la suerte más improbable y más loca. Dios me está viendo, Mathieu, lo presiento, lo sé. Y con ello queda todo dicho de una vez; ¡cuánto me hubiera gustado estar cerca de ti y gozar de una certeza aún mayor, si fuera posible, en el espectáculo de la espesa risa que va a agitarte durante largo rato!

Y ahora ya basta. Nos hemos reído lo bastante el uno del otro; vuelvo a mi relato. Seguramente has debido de experimentar, en el Metro, en el salón de descanso de un teatro, en el vagón, la insoportable impresión de ser espiado por detrás. Te vuelves, pero no antes de que el curioso haya vuelto a meter su nariz en el libro; no puedes llegar a saber quién te estaba observando. Vuelves a tu primera postura, pero sabes que el desconocido ha levantado los ojos, lo notas a través de un ligero hormigueo de toda tu espalda, comparable a un encogimiento violento y rápido de todos los tejidos. Pues, bien, eso es lo que yo he experimentado por vez primera el 26 de septiembre a las seis de la tarde, en el jardín del hotel. Y allí no había nadie, compréndeme, Mathieu, nadie. Pero la mirada sí estaba allí. Entiéndeme: yo no la he captado como se coge al paso un perfil, o una frente o los ojos; porque su misma condición consiste en ser impalpable. Solo que me he encogido, concentrado, haciéndome penetrado y opaco a la vez, yo existía en presencia de una mirada. Desde entonces no he dejado de estar delante de testigo, me despertaba sobresaltado. Delante de testigo, aun en mi habitación cerrada; algunas veces, la conciencia de ser atravesado por este puñal, de dormir ante testigo, me volvía a despertar en plena zozobra. Para ser más completo, añadiré que casi he perdido por completo el sueño. ¡Ah, Mathieu, qué descubrimiento! Me veían, yo me agitaba por conocerme, creía que me deshacía, reclamaba tu benévola mediación y, mientras tanto, me veían, la mirada estaba allí

inalterable, un acero invisible. Y a ti también, guasón incrédulo, se te ve. Pero no sabes, decirte lo que esa mirada es me sería muy fácil porque no es nada; es una ausencia, verás: imagínate la más oscura de las noches. Es la noche que te está mirando. Pero una noche resplandeciente; la noche a plena luz; la secreta noche del día. Yo resplandezco de luz negra; está en todas partes: en mis manos, en mis ojos, en mi corazón y yo no la veo. Cree que esta perpetua violación me ha sido al principio odiosa: ya sabes que mi más remoto sueño era ser invisible: cien veces he deseado no dejar ninguna huella ni en la tierra ni en los corazones. ¡Qué angustioso resulta descubrir de pronto esa mirada como un ámbito universal del que no puedo evadirme! Pero también ¡qué descanso! Por fin sé qué soy. Transformo para mi uso y para tu mayor indignación la palabra imbécil y criminal de vuestro profeta, ese 'pienso, luego soy', que tanto me ha hecho sufrir—puesto que cuanto más lo pensaba, menos me parecía ser—, y yo me digo: me ven, luego soy. Ya no tengo que soportar la responsabilidad de mi hundimiento pastoso: el que me ve y me hace ser; soy como me ve. Vuelvo a la noche mi faz nocturna y eterna, me elevo como un desafío y digo a Dios: aquí estoy. Aquí estoy tal y como me veis, tal como soy. ¿Qué puedo hacer yo?, me conocéis y yo no me conozco. ¿Qué hacer, sino soportarme? Y usted, cuya mirada me sigue eternamente, sopórteme, Mathieu, ¡qué alegría y qué suplicio! Por fin he cambiado en mí mismo. Me odian, me desprecian, me soportan, una presencia me sostiene para siempre a mi ser. Soy infinito e infinitamente culpable. Pero, Mathieu, soy yo. Ante Dios y ante los hombres yo soy. *Ecce homo.*

He ido a consultar al cura de Sauveterre: un campesino instruido y zorro, de rostro gastado cambiante de cómico viejo. No me agrada mucho, pero no me resulta molesto que mi primer contacto con la Iglesia se hiciese por mediación suya. Me ha recibido en un despacho provisto de innumerables libros, muchos de los cuales sin duda no

ha leído. Primeramente le he dado mil francos para sus pobres y me he percatado de que me ha tomado por un criminal arrepentido. He notado que me iba a echar a reír y he tenido que pensar en toda la tragedia de mi situación, para conservar mi seriedad.

—Señor cura—le he dicho—. No vengo a pedirle más que un informe: ¿enseña su religión que Dios nos ve?

—Nos ve—contestó sorprendido—. Lee en nuestros corazones.

—Pero ¿qué ve?—le he preguntado—. ¿Ve esa espuma, esa nube de la que mis pensamientos cotidianos están formados, o bien su mirada llega hasta nuestra esencia eterna?

Y el viejo farsante me ha dado esta respuesta en la que he adivinado una secular cordura:

—Señor, Dios todo lo ve.

—He comprendido que..."

Mathieu estrujó las hojas con impaciencia.

"¡Qué antiguallas!", pensó. El cristal estaba bajado, hizo una pelota con la carta y la arrojó por la ventanilla sin terminar la lectura.

—No, no—dijo el comisario—. No me gusta hablar con esos oficiales superiores que le toman a uno por criado suyo. Coja el aparato.

—Me figuro que este será más amable—dijo el secretario—. Después de todo, le devolveremos su hijo; y, además, él tiene la culpa, con haberle vigilado...

—Ya verá, ya verá—dijo el comisario—. Se las compondrá para ser desagradable. Sobre todo en las actuales circunstancias: en víspera de una guerra, vaya usted hacer reconocer a un general que está equivocado.

El secretario descolgó el auricular y marcó un número. El comisario encendió un cigarrillo.

—Diplomacia, Mirant—dijo—. No abandone el tono profesional y no hable demasiado.

—¡Oiga, oiga!—dijo el secretario—. ¿El general Lacaze?

—Soy yo—contestó una voz desagradable—. ¿Qué me quiere?

—Soy el secretario de la comisaría de la calle Delambre.

Pareció que la voz demostraba mayor interés.

—Bien, ¿y qué?

—Un joven se ha presentado en mi despacho esta mañana hacia las ocho—dijo el secretario con voz inexpresiva y lánguida—. Pretende ser desertor y portador de una documentación falsa. Y, efectivamente, hemos comprobado que llevaba un pasaporte español groseramente imitado. Se ha negado a declarar su verdadera identidad. Pero la Prefectura nos había comunicado la filiación y la fotografía de su hijastro y le hemos reconocido inmediatamente.

Después de un silencio, el secretario prosiguió algo desconcertado:

—Naturalmente, mi general, ningún cargo que hacerle. No es desertor, puesto que no ha sido llamado a filas; pasea con un pasaporte falso en el bolsillo; pero ello no constituye un delito ya que aún no lo ha utilizado. Le hemos guardado a su disposición y puede usted venir a hacerse cargo de él cuando le plazca.

—¿Le han interrogado ustedes... hábilmente?—preguntó la voz seca.

El secretario se sobresaltó.

—¿Qué dice?—preguntó el comisario.

El secretario tapó con la mano el auricular.

—Pregunta si le hemos interrogado... hábilmente.

El comisario elevó los brazos al cielo mientras el secretario respondía:

—No, mi general, claro que no.

—¡Qué lástima!—exclamó el general.

El secretario se permitió reír respetuosamente.

—¿Qué ha dicho?—preguntó el comisario.

Pero el secretario, impaciente, le volvió la espalda y se acercó al aparato.

—Pasaré por ahí esta noche o mañana. Hasta entonces, guárdenmelo detenido. Le servirá de lección.

—De acuerdo, mi general.

Este colgó.

—¿Qué decía?—preguntó el comisario.

—Pretendía que diésemos al muchacho una paliza.

El comisario aplastó una colilla en el cenicero.

—¡No te digo!—comentó irónico.

Las seis y media de la tarde. El sol no acababa de descender al mar, ni las avispas de revolotear, ni la guerra de acercarse; ella ahuyentó una avispa con un gesto que no acababa tampoco. Jacques, detrás de ella, no acababa de beber a sorbitos su whisky. Ella pensaba: "La vida es interminable." Padre, madre, hermanos, tíos y tías se habían agrupado durante quince años en aquel mismo salón todas las magníficas tardes de septiembre, estirados y mudos como en los retratos familiares; ella había esperado la cena todas las tardes: primero, debajo de las mesas; después, sentada en una sillita cosiendo y preguntándose para qué vivir. Allí estaban todos reunidos, todas las tardes perdidas, en el oro viejo de aquella hora vana. El padre estaba allí detrás de ella leyendo *Le Temps*. ¿Para qué vivir? ¿Para qué vivir? Una mosca subía torpemente por el cristal, se dejaba caer, volvía a subir: Odette la seguía con la mirada, tenía ganas de llorar.

—Ven a sentarte—dijo Jacques—. Daladier va a hablar.

Ella se volvió hacia él; Jacques había dormido mal; estaba sentado en el sillón de cuero, con el aspecto infantil que adquiría cuando tenía miedo. Ella se sentó en el brazo del sillón. Todos los días serían iguales. Todos los días. Miró hacia fuera y pensó: "Tiene razón; el mar ha cambiado."

—¿Qué irá a decir?

Jacques se encogió de hombros.

—Va a anunciarnos que se ha declarado la guerra.

Ella recibió una pequeña sacudida, pero muy aguda. Quince noches. Durante quince noches angustiosas había suplicado en el vacío; hubiese dado todo, casa, salud, diez años de vida por salvar la paz. Pero ahora, que estalle, ¡Dios santo!, que estalle de una vez la guerra

Que suceda alguna vez algo; que toque la campana de la cena, que el rayo caiga en el mar, que una voz lúgubre anuncie de repente: los alemanes han entrado en Checoslovaquia. Una mosca. Una mosca ahogada en el fondo de una taza; ella se dejaba ahogar por aquella tranquila tarde de catástrofe; miraba la incipiente calva de su marido sin comprender por qué valía la pena de preservar a los hombres de la muerte y sus casas de la ruina. Jacques dejó su vaso encima de la cómoda. Dijo tristemente:

—Es el fin.

—El fin, ¿de qué?

—De todo. Ya no sé ni siquiera lo que debe desearse: la victoria o la derrota.

—¡Oh!—exclamó ella sin convencimiento.

—Vencidos, nos germanizarían; pero te juro que los alemanes sabrían restablecer el orden. Comunistas, judíos y masones no tendrían otra solución que la de preparar sus maletas. Vencedores, seremos bolchevizados, sería el triunfo del Frente Crapular, tal vez la anarquía—y prosiguió con voz lastimera—: ¡No debiera declararse esta guerra, no debiera declararse!

Ella no escuchaba muy atentamente lo que él decía. Pensaba: "Tiene miedo, es malo, está solo." Se acercó a él y le acarició la cabeza. "¡Pobrecito Jacques mío!"

—¡Mi querido Borisito!

Ella le sonrió, parecía una buena chica. Boris estaba amargado por los remordimientos. "Tendré que confesárselo."

—¡Qué tontería!—exclamó Lola—. Estoy nerviosa, tengo ganas de saber lo que va a decirnos, pero ya no es lo mismo que si fueras a partir inmediatamente.

Boris bajó los ojos, miró sus pies y empezó a silbar. Valía más fingir que no había oído y así ella no le tildaría de hipócrita. Cada minuto la cosa se hacía más difícil. Ella pondría su carita asustada diciéndole: "¡Eso has hecho! ¿Has hecho tal cosa ocultándomela?" "No me veo tranquilo", concluyó Boris.

—Dame un Martini—pidió Lola—. Y tú, ¿qué tomas?

—Lo mismo.

Y volvió a silbar. Después de la alocución de Daladier tal vez se ofreciera una ocasión: ella sabría que la guerra había sido declarada, lo que la aturdiría un poco, y en ese momento, Boris atacaría y diría: "¡Me he alistado!", sin dejarla tiempo de recobrar la respiración. Hay casos en que la magnitud de la desgracia provoca reacciones inesperadas: la risa, por ejemplo. "Sería cómico que se echara a reír. Quizá me sienta ofendido", se dijo él con objetividad. Todos los clientes del hotel estaban reunidos en el salón, incluso los dos curas. Estaban hundidos confortablemente en sus butacones, se sentían observados, pero no estaban despreocupados y hasta Boris les había sorprendido mirando al reloj con disimulo. "Bueno, bueno, todavía tenéis media hora que esperar." Boris estaba descontento, no tenía simpatía a Daladier y le daba asco pensar que como él había en Francia cientos de miles de parejas, de familias numerosas y curas dispuestos a recoger como celestial maná la palabra de aquel tipo que había torpedeado al Frente Popular. "Eso le da demasiada importancia", pensó. Y, mirando al aparato de radio, bostezo ostensiblemente.

Hacía un calor sofocante. Tres dormían: los que estaban cerca del pasillo y el viejecito que, juntas las manos, parecía rezar; los otros cuatro habían extendido un pañuelo encima de las rodillas y jugaban a la baraja. Eran jóvenes y no muy feos, habían colgado en las perchas sus chaquetas que se balanceaban detrás de sus nucas y de paso les alborotaban los cabellos. De vez en cuando, Mathieu miraba de reojo los antebrazos morenos y rizados de su vecino, un rubito cuyas manos y largas uñas de luto manejaban las cartas con destreza. Era tipógrafo, el individuo a su lado era cerrajero. De los otros dos, de los asientos de enfrente, uno, el más cercano a Mathieu, era representante y el otro tocaba el violín en un café de Bois-Colombes. El departamento olía a hombre, a tabaco y a vino, el sudor resbalaba en sus

duros rostros y le hacía brillar; en la barbilla temblona del viejecito, entre los surcos rígidos y pálidos de sus mejillas, el sudor parecía más aceitoso y más ocre: un excremento de la cara. Al otro lado de la ventanilla, bajo un sol débil, se extendía un campo gris y llano.

El tipógrafo no tenía suerte, perdía; se acercaba a los naipes arqueando las cejas con gesto de sorpresa y obstinado:

—Bueno, ya está bien—decía.

El representante cogió las cartas y las barajó. El tipógrafo las siguió con la mirada cuando pasaban de una mano a otra.

—Tengo mala suerte—dijo rencoroso.

Jugaban silenciosos. Al cabo de un momento, el tipógrafo hizo una baza.

—¡Triunfo!—dijo satisfecho—. Bueno, muchachos, parece que la cosa va a cambiar. Quizá me ponga un poco nervioso.

Pero el representante mostró su juego.

—Triunfo, retriunfo y contratriunfo. Sin cuentos.

El tipógrafo tiró sus cartas.

—Me retiro. Estoy perdiendo demasiado.

—Haces bien—aprobó el cerrajero—. Además, hay demasiado movimiento.

El representante plegó su pañuelo y se lo metió en el bolsillo. Era un individuo alto y grueso, de color pálido, con una cabeza inexpresiva de rana, de amplias mandíbulas y de estrecho cráneo. Los otros tres le trataban de usted porque era instruido y porque era sargento. Pero él les tuteaba. Lanzó una mirada antipática a Mathieu y se levantó vacilando.

—Voy a echar un trago.

—¡Feliz idea!

El cerrajero y el tipógrafo sacaron sendas botellas de sus mochilas: el primero, después de echar un trago, tendió su botella al músico:

—¿Un trago de vinacha?

—Por el momento, no.

—No sabes lo que es bueno.

Callaron, abrumados por el calor. El cerrajero hinchó sus carrillos y suspiró suavemente, el representante encendió un *high-life.* Mathieu pensaba: "No les agrado porque me toman por orgulloso." Pese a ello ejercían sobre él un atractivo hasta los que dormían y también el representante: bostezaban, dormían, jugaban a la baraja, el rodar del tren arrullaba sus vacías cabezas, pero tenían un destino como los reyes, como los muertos. Un destino aplastante que se confundía con el calor, con la fatiga y con el zumbido de las moscas: el vagón, cerrado como una estufa, atrincherado por el sol, por la velocidad, les llevaba sacudiéndoles hacia la misma aventura. Un rayo de luz aureolaba la oreja escarlata del tipógrafo, se diría que el lóbulo era una fresa de sangre. "Con estos materiales se hacen las guerras", se dijo Mathieu. Hasta ahora la había comparado a un hacinamiento de acero retorcido, de pilares destrozados, de hierro y de piedras. Pero ahora, la sangre temblaba en los rayos de sol y una claridad rojiza había invadido el vagón: la guerra era un destino de sangre; se hacía con la sangre de aquellos seis hombres, con la sangre estacionada en los lóbulos de sus orejas, con la sangre azul que corría bajo su piel, con la sangre de sus labios. Los abrirían como si fuesen ostras, todas las porquerías saldrían a la superficie; los intestinos bromistas del cerrajero, que se retorcían y algunas veces dejaban escapar un pedo ahogado, todo se arrastraría en el polvo, trágicos como los del caballo destripado en la plaza de toros.

—Bueno, voy a estirar las piernas—dijo el tipógrafo como hablando consigo mismo.

Mathieu le vio levantarse y salir al pasillo: aquella frase ya era histórica. Un muerto la había pronunciado en voz baja, un día de verano, cuando aún vivía. Un muerto, o lo que era igual, un superviviente. Muertos, muertos ya. "He ahí por qué no tengo nada que decirles." Les miraba con una especie de vértigo, hubiese que

rido embarcarse con ellos en la misma aventura histórica, pero él había sido excluido. El se achicharraba en su calor, sangraría en las mismas rutas y, no obstante, no estaba con ellos, él no era más que un halo pálido y eterno: no tenía destino.

El tipógrafo, que fumaba en el pasillo, se volvió de pronto hacia ellos.

—¡Los aviones!

—¿Ah?

El representante se agachó, su pecho tocaba sus gruesos muslos y levantaba cabeza y cejas.

—¿Por dónde?

—¡Allá! ¡Allá!

—Yo..., ¡ah!... ¡Oh!—exclamó el cerrajero.

—¿Son franceses?—preguntó el músico elevando hacia él sus bellos ojos extraviados.

—Están demasiado altos, no se les ve.

—Claro que son franceses—dijo el cerrajero—. ¿Qué queréis que sean? La guerra aún no ha sido declarada.

El tipógrafo se inclinó hacia ellos apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Qué sabes tú? Hace ya once horas que estás en el tren. ¿Acaso crees que para declararla esperarán a que tú llegues?

El cerrajero pareció convencido.

—¡Mierda!—exclamó—. Tienes razón, caballito. Muchachos, puede que estemos en guerra desde esta mañana.

Se volvieron hacia el representante.

—¿Usted qué piensa? ¿Cree que estemos ya en guerra?

El representante tenía aspecto apacible. Se encogió de hombros enfático.

—¿Qué se imaginaban? ¿Que íbamos a batirnos por Checoslovaquia? ¿La han visto en el mapa? ¿No? Pues yo sí que la he visto. Y más de una vez. Es una porquería. Grande como un pañuelo de bolsillo. Tal vez son escasamente dos pobres millones de hombres que ni siquiera

hablan la misma lengua. Comprenderéis que Hitler no va a martirizarse por Checoslovaquia. ¿Y Daladier? Además, Daladier no es Daladier: es las doscientas familias. Y a las doscientas familias les tiene sin cuidado Checoslovaquia—paseó la mirada por el auditorio y concluyó—: La verdad es que la cosa está difícil desde el treinta y seis, tanto aquí como allí. Y entonces, ¿qué hicieron los Chamberlain, los Hitler y los Daladier? Se dijeron vamos a hacer callar a esa gente, y firmaron un tratadito secreto. La habilidad de Hitler cuando los obreros protestan consiste en meterlos bajo las armas. De ese modo cierra las bocas. ¿Que protestas? Dos horas de instrucción. ¿Vuelves a protestar? Pues esta vez te cargan seis. Después de lo cual la pobre gente no se sostiene sobre sus piernas, no piensa más que en tumbarse. Y los demás ministros se han dicho: le imitaremos. ¿Resultado? Se acabó la guerra. Ni por Checoslovaquia ni por el Gran Turco. Pero nosotros estamos movilizados, nos van a tener tres años o cuatro, y mientras tanto, en la retaguardia estrujarán al proletariado.

Le miraban con reticencia; no estaban convencidos o quizá no habían comprendido. El cerrajero dijo en tono incrédulo:

—Lo que es seguro es que los grandes romperán la vajilla y los pequeños pagarán los platos rotos.

El músico movió la cabeza como aprobando y todo quedó en silencio; el tipógrafo dio media vuelta y pegó la frente en una de las lunas del pasillo. "Evidentemente—se dijo Mathieu—, no están muy decididos a luchar." Pensaba en los hombres del 14 con sus bocazas abiertas y los fusiles con guirnaldas de flores. ¿Y luego? Ellos son los que tenían razón. Hablan como papagayos, pero las palabras les traicionan, tienen en sus cabezas algo que no puede expresarse con palabras. Sus mayores hicieron una matanza absurda y he aquí que hace veinte años que se les explica que la guerra no compensa. Después de esto, ¿qué quieren que griten?: ¡A Berlín! Y, además, ni lo que decían ni lo que pensaban

tenía importancia alguna: pequeños chispazos furtivos al margen de su destino. Pronto se diría: los soldados del 38, como antes dijeron los soldados del año II, los *poilus* del 14. Cavarían sus tumbas como los demás, ni mejor ni peor, y luego se meterían dentro porque ese era su lote. "¿Y tú?—pensó él bruscamente—. Tú que te conviertes en testigo, ¿quién eres? ¿Qué harás? Y si te libras, ¿quién serás?"

El tipógrafo golpeó el cristal.

—Todavía están encima.

—¿Quiénes?—preguntó el músico sobresaltado.

—Los aviones. Vuelan en torno del tren.

—¿Vuelan rodeándonos? ¿Eres adivino?

—No los veo, ¿verdad?

—Pero hombre, pero hombre—dijo el cerrajero.

El viejecito había despertado:

—¿Qué sucede?—preguntó poniendo su mano en la oreja para oír mejor.

—Los aviones.

Se sonrió y angelicalmente se volvió a quedar dormido.

—¡Vengan! ¡Vengan!—dijo el tipógrafo—. ¡Son lo menos treinta! No había vuelto a ver tantos desde Villacoublay.

El cerrajero y el representante se habían levantado. Mathieu les siguió al pasillo. Vio unos veinte bichitos transparentes, camarones en el agua del cielo, parecía como si vivieran por intermitencias: cuando no les daba el sol, desaparecían.

—¿Y si fueran enemigos?

—No hables de desgracias. Aviados estaríamos. ¡Menudo blanco!

Ya había unos veinte tipos en el pasillo mirando al cielo.

—Parece que va en serio—dijo el representante.

Estaban nerviosos. Uno de ellos tamborileaba el cristal, y otro llevaba el compás con el pie. La escuadrilla hizo un viraje cerrado y desapareció encima del tren.

—¡Uf!—exclamó una voz.
—Esperen—dijo el tipógrafo—. Esperen. Ya han dado el golpe. Les aseguro que van a volver encima del tren.
—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí!
Un muchachito bigotudo había bajado el cristal de una de las ventanillas y se inclinaba hacia atrás por la portezuela. Los aviones habían vuelto a aparecer y uno de ellos dejaba una blanca estela.
—¡Son enemigos!—dijo el bigotudo irguiéndose.
—Seguramente.
Detrás de Mathieu, el violinista se irguió también bruscamente y sacudió a los dos durmientes.
—¿Qué hace?—preguntó uno de ellos con voz pastosa, entreabriendo los ojos.
—Se ha declarado la guerra—dijo el violinista—. ¡La que se va a armar! Los aviones boches están encima del tren.
Lola apretó nerviosamente la muñeca de Boris.
—¡Escucha! ¡Escucha!—dijo ella.
Jacques palideció intensamente.
—¡Escucha!—repitió—. Va a hablar.
Era una voz pausada, baja y sorda, un poco gangosa.
"Había yo anunciado que daría esta noche un comunicado al país acerca de la situación internacional, pero a comienzos de la tarde me ha llegado una invitación del gobierno alemán para entrevistarme mañana en Munich con el canciller Hitler, con Mussolini y con Chamberlain. He aceptado la invitación.
Se comprenderá que en vísperas de negociaciones tan importantes, tenga el deber de aplazar las explicaciones que pretendía daros. Pero antes de mi salida debo expresar al pueblo de Francia mi gratitud por su actitud pletórica de valor y de dignidad.
Debo dar las gracias sobre todo a los franceses que han sido llamados a filas por su sangre fría y la decisión de las que han vuelto a dar pruebas.
Mi misión es ruda. Desde el comienzo de las dificultades por las que atravesamos no he dejado de esforzar

me para conservar la paz y los intereses vitales de Francia. Continuaré mañana este esfuerzo pensando que estoy completamente de acuerdo con la nación entera."

—¡Boris!—llamó Lola—. ¡Boris!

El no respondió y ella le dijo:

—Despierta, querido. ¿Qué te pasa? Es la paz. Va a celebrarse una conferencia internacional.

Ella se volvió hacia él, roja y excitada. Boris juró suavemente entre dientes:

—¡Dios de Dios! ¡Maldita sea! ¡Qué asco!

La alegría de Lola desapareció.

—Pero, querido, ¿qué te sucede? ¡Estás lívido!

—Me he alistado por tres años—dijo Boris.

El tren avanzaba, los aviones giraban.

—El maquinista está loco—gritó un tipo—. ¿A qué espera para detenerse? Si empiezan a escupir bombas, vamos a morir como chinches.

El tipógrafo había perdido el color, pero permanecía tranquilo, cabeza en alto, no dejaba de espiar a los aviones.

—Tendríamos que apearnos—dijo entre dientes.

—¡Mierda!—exclamó el representante—. Cualquiera salta a una velocidad semejante—sacó el pañuelo y se secó la frente—. Sería preferible hacer funcionar el timbre de alarma.

El cerrajero y el tipógrafo se miraron:

—Hazlo tú—dijo este último.

—Dime, ¿y si fueran franceses? ¡Cualquiera sabe lo que nos costaría la llamada!

Mathieu recibió un empujón en la espalda: un tío gordo corría hacia la locomotora gritando:

—Acorta la velocidad. ¡Todos a las portezuelas!

El tipógrafo se volvió hacia el representante; hacía gestos raros, lentos e intranquilos con una sonrisita que descubría los dientes.

—Ya se ve: disminuye la velocidad, son los boches. ¡Es una pamema! ¡Es una pamema!—dijo imitando al representante—. Mire, mire si es pamema.

—Yo no he dicho tal cosa—dijo el otro sin convicción—. Yo he dicho...

El tipógrafo le volvió la espalda y se dirigió hacia la cabeza del tren. De todos los departamentos salían los viajeros, se apresuraban por los pasillos para ser los primeros en saltar al campo. Alguien tocó el brazo de Mathieu, era el viejecito, levantó la cabeza hacia él y le miró perplejo.

—¿Qué sucede? Pero ¿qué sucede?

—Nada—contestó malhumorado Mathieu—. Duerma.

Se asomó a la ventanilla. Dos individuos habían bajado al estribo del vagón. Uno de ellos saltó gritando, llegó al suelo, dio dos pasos de costado impulsado por su velocidad, tropezó con el hombro en un poste de telégrafo y cayó sobre el talud, la cabeza por delante. El tren se le había adelantado. Mathieu volvió la cabeza y le vio, cada vez más pequeño, levantarse y salir corriendo a campo atraviesa, brazos al aire. El otro titubeaba inclinado hacia adelante, agarrado con una mano al barrote de cobre.

—Por Dios, no empujen—suplicó una voz angustiada—. Nos ahogamos.

El tren acortó aún más la velocidad. Se veían cabezas en todas las ventanillas y, en los estribos, hombres que se disponían a saltar. Después de una curva apareció una estación, estaría a unos trescientos metros. Mathieu descubrió un pequeño poblado a lo lejos. Dos hombres más saltaron y cruzaron un paso a nivel. El tren entraba en la estación. "Con eso—se dijo Mathieu—se pretende hacer héroes."

Un zumbido enorme salía de la estación, vestidos claros brillaban al sol, las manos enguantadas con hilo blanco saludaban, jóvenes con sombreros de paja agitaban los pañuelos, niños corrían riendo y gritando a lo largo del andén. El violinista empujó violentamente a Mathieu y se asomó hasta el vientre en la ventanilla. Colocó sus manos en la boca a manera de portavoz.

—¡Resguárdense!—gritó a la muchedumbre—. ¡Los aviones!

La gente de la estación le miraba sin comprender, sonriendo y gritando. El levantó el brazo por encima de la cabeza e indicó el cielo con el dedo. Un clamor le respondió. Primeramente Mathieu no entendió bien, pero de repente comprendió:

—¡La paz, muchachos, es la paz!

El tren entero chilló:

—¡Los aviones! ¡Los aviones!

—¡Bravo!—correspondían también gritando los muchachos—. ¡Bravo!

Acabaron por mirar al cielo y, levantando los brazos, agitaron sus pañuelos saludando a los aviones. El representante se mordía las uñas nerviosamente.

—No les comprendo—murmuró—. No les comprendo.

Después de dos o tres crujidos, el tren se detuvo por completo. Un empleado de la estación subió encima de un banco, su banderín rojo debajo del brazo y gritó:

—¡La paz! Conferencia en Munich. Daladier sale esta noche.

El tren seguía silencioso, inmóvil, incomprensivo. Y de repente, se puso a vociferar:

—¡Bravo! ¡Viva Daladier! ¡Viva la paz!

Los vestidos de tafetán azul y rosa desaparecieron en una marea de chaquetas marrón y negro; la multitud se agitó y produjo un zumbido como de hojarasca, el sol brillaba por todas partes, gorras y sombreros de paja daban vueltas, era un vals, Jacques hizo valsear a Odette en medio del salón, la señora Birnenschatz estrechaba a Ella contra su pecho gimiendo.

—Soy feliz, Ella, hija mía, mi pequeña, soy dichosa.

Bajo la ventana, un mozo coloradote, riendo como un loco, se abalanzó sobre una campesina y estampó un beso en cada uno de sus carrillos. También ella reía. despeinada, con su sombrero de paja echado hacia atrás gritaba: "¡Bravo!", bajo los besos. Jacques besó a Odette en la oreja alegremente.

—La paz. Y tienes que pensar que no se limitarán a liquidar el problema de los sudetes. El pacto de cuatro. Por ahí debían haber empezado.

La muchacha entreabrió la puerta:

—Señora, ¿puedo servir la mesa?

—¡Sirva!—dijo Jacques—. ¡Sirva! Luego iré a la bodega a coger una botella de champaña.

Un anciano alto, de gafas negras, había escalado un banco llevando una botella de tinto en una mano y en la otra un cubilete:

—Muchachos, un vaso de morapio, un vaso de tintorro a la salud de la paz.

—¡Venga aquí!—gritó el cerrajero—. ¡Viva la paz!

—¡Ah!, señor cura, ¡un beso!

El cura retrocedió, pero la vieja fue más rápida que él e hizo como había dicho. Gressier hundió el cucharón en la sopera: "¡Ah, hijos míos, es el fin de una pesadilla!" Zézette abrió la puerta. "Entonces, ¿es verdad, señora Isidore?" "Sí, hijita, sí. Es verdad. Yo lo he oído, la radio lo ha dicho. Pronto volverá su Momo. Ya le dije yo que Dios Todopoderoso no quiere eso." El bailaba; se ha desinflado, Hitler se ha desinflado; yo creo más bien que somos nosotros los que nos hemos desinflado, pero la cosa me tiene sin cuidado desde el momento que yo no tengo que luchar; no, no y no; yo había sido prevenido, a las dos he recobrado todo, cuestión de doscientos billetes, óigame bien, amigo mío, es una circunstancia excepcional, por vez primera una guerra que parecía inevitable, ha sido conjurada por la voluntad de cuatro jefes de Estado, la importancia de su decisión sobrepasa con mucho la hora presente: ahora la guerra es imposible, Munich es la primera declaración de paz. "Dios mío, Dios mío, yo he rogado, yo he pedido; Dios mío, Dios mío, tomad mi corazón, disponed de mi vida y me habéis escuchado. Dios mío, sois el más grande, sois el más sabio, sois el más bondadoso." El cura se desprendió de ella. "Señora, siempre se lo he dicho: Dios es extraordinario." Y mierda para los checos, que se las arreglen

ellos solos. Zézette andaba por la calle. Zézette cantaba, todos los pájaros en mi corazón, las gentes tenían caras buenas y sonrientes, se saludaban con el rabillo del ojo aun sin conocerse. Ellos sabían, ella sabía, ellos sabían que ella sabía, todo el mundo tenía el mismo pensamiento, todo el mundo era feliz, bastaba con hacer lo que todo el mundo hacía; la hermosa noche, aquella mujer que pasa, leo en el fondo de su corazón, y aquel buen viejo lee en el mío, todo abierto a todos, todos somos uno, ella se echó a llorar, todo el mundo se amaba, todo el mundo era feliz, todo el mundo era como todo el mundo y Momó, allí lejos, también debía de estar contento pese a su ausencia, ella lloraba, todo el mundo la miraba y todas las miradas le daban calor en la espalda y en el pecho, cuanto más la miraban más lloraba, se sentía orgullosa y querida como la madre que da el pecho a su hijo.

—Bueno—dijo Jacques—, estás bebiendo sin comer.

Odette reía sola y decía:

—Estoy pensando que pronto licenciarán a los reservistas.

—De aquí a quince días o un mes—dijo Jacques.

Volvió ella a reír y bebió un sorbo de vino. Y de pronto, la sangre se le subió a la cara.

—¿Qué te pasa?—preguntó Jacques—. Te has puesto repentinamente colorada.

—No es nada. Que he bebido demasiado. Eso es todo.

"Nunca le hubiera besado de haber sabido que volvería tan pronto."

—¡Suba! ¡Suba!

El tren avanzaba lentamente. Los tipos echaron a correr gritando y riendo; eran racimos que se colgaban de los estribos. La cara sudorosa del cerrajero apareció en la ventanilla, se agarraba con las dos manos al borde.

—Dios de Dios—dijo—. Ayúdenme pronto, antes que me suelte.

Mathieu le izó, pasó una pierna por la ventanilla y saltó al pasillo.

—¡Uf!—exclamó quitándose el sudor de la frente—.

He creído que iba a perder las dos piernas.

El violinista apareció a su vez.

—¿Qué, ya estamos todos?

—¿Echamos una partida?

—Bueno.

Entraron en el departamento; Mathieu los vio a través del cristal. Empezaron por echarse al coleto un buen trago de tinto y, después, el representante sacó su pañuelo y lo instalaron sobre las rodillas.

—Tú sales.

El cerrajero soltó un pedo.

—¡Ah, qué bonito!—dijo señalando en el techo un cohete imaginario.

—¡Tío marrano!—dijo el tipógrafo alegremente.

"¿Qué hacen aquí?—pensó Mathieu—. ¿Y yo qué hago?" Sus destinos se habían desvanecido, el tiempo había reanudado su marcha a la buena de Dios, sin finalidad; sin finalidad avanzaba el tren, por fuerza de la costumbre; a lo largo del tren flotaba una ruta inerte, ahora ya no llevaba a ninguna parte, ya no era más que un suelo asfaltado. Los aviones habían desaparecido; la guerra había desaparecido. Un cielo pálido en el que la paz despertaba dulcemente con la noche, una campiña atontada, jugadores de cartas, durmientes, una botella rota en el pasillo, colillas en una charca de vino, un olor pestilente a orines, todos aquellos residuos injustificados... "Diríase un día después de una fiesta", pensó Mathieu con el corazón encogido.

Douce, Maud y Ruby subían por la Canebière. Douce estaba muy animada: seguía siendo su flaco la política.

—Según parece todo había sido un malentendido—explicaba ella—. Hitler creía que Chamberlain y Daladier querían hacerle una jugarreta y, mientras tanto, Chamberlain y Daladier creían que él tenía intención de atacarles. Entonces, Mussolini fue a hablar con ellos y les hizo ver que estaban equivocados; ahora todo se ha aclarado: mañana comen los cuatro juntos.

—¡Vaya comilona!—suspiró Ruby.

En la Canebière parecía día festivo, la gente andaba a pasitos y hasta los había que hablaban solos. Pero Maud era una excepción. No que no estuviese contenta por lo bien que todo se había arreglado, pero se regocijaba sobre todo por los demás. De todos modos, todavía tenía que pasar una noche en el maloliente reducto del hotel Genièvre y luego, las estaciones, los trenes, París, el paro, los figones y los dolores de estómago: la entrevista con Maurice, cualquiera que fuera su resultado, no cambiaba nada, ella se encontraba sola. Al pasar delante del Café Riche tuvo un sobresalto.

—¿Qué pasa?—preguntó Ruby.

—Es Pierre—contestó Maud—. No mires. Está en la tercera mesa a la izquierda. ¡Vaya, ya nos ha visto!

Se levantó, resplandecía en su traje de hilo, su aspecto era de lo más viril y más holgado. "Naturalmente—pensó ella—. Ahora ha desaparecido el peligro." Mientras llegaba hasta ella, trató Maud de recordar aquel rostro verde en aquel camarote que olía a vomitada. Pero tanto olor como rostro habían sido barridos por el viento del mar. El saludó, parecía completamente seguro de sí mismo. Ella hubiese querido darle la espalda, pero sus piernas vacilantes la llevaron hasta él aun en contra de su voluntad. El le dijo sonriente:

—¿De manera que así nos despedimos? ¿Sin tomar ni siquiera un helado?

Ella le miraba de frente mientras pensaba que era un cobarde. Pero no se veía su pensamiento. Veía ella unos labios irónicos y descarados, carrillos varoniles y aquella nuez puntiaguda.

—Ven—murmuró él—. Todo ha pasado a la historia.

Ella pensó en aquella habitación de hotel que olía a amoníaco y dijo:

—Tienes que invitar a Douce y a Ruby.

Avanzó hacia ellas con una sonrisa. A Ruby le agradaba por su porte distinguido. Tres flores hicieron mesa redonda en la terraza del Café Riche. Era un gran cuadro florido, de flores, de rostros soleados y bulliciosos,

de banderas, de surtidores, de soles. Ella entornó los ojos y respiró profundamente: entre sus ojos daba vuelta un sol, no hay derecho a juzgar a un hombre mareado. También había sonado para ella la hora de la paz.

"¿Por qué ellos no me quieren?" Estaba solo en la sala gris, se inclinaba hacia adelante, codos sobre los muslos, sosteniendo con las manos su pesada cabeza. Cerca de él, en el banco, había colocado los bocadillos y la taza de café que el vigilante le había traído a mediodía; ¿para qué comer?: estaba acabado. Quisieran alimentarle a la fuerza, él se negaría, era el pelotón, o, en el mejor de los casos, veinte años de calabozo; ahí se detenía su vida. El la miraba con profunda extrañeza: era una empresa fracasada del principio hasta el fin. Sus ideas se deslizaban de derecha a izquierda incoloras y fluidas; tan solo una permanecía fija, una pregunta que no tenía respuesta: "¿Por qué ellos no me quieren?" En la habitación vecina hubo verdaderas explosiones de risotadas, los agentes estaban en plena euforia.

—Eso hay que mojarlo.

Había, seguramente, vigilantes que no simpatizaban entre sí y gentes afuera, en calles y casas, que se sonreían, que se ayudaban unas a otras, que se hablaban deferentes y corteses y hasta las había que se querían de verdad, como Zézette y Maurice, porque tenían más edad: habían tenido tiempo de acostumbrarse unas a otras. Un joven, un viajero que por la noche entra en un departamento medio lleno: es detestado por los demás viajeros para hacerle creer que ya no hay sitio. "Y, sin embargo, mi asiento está reservado, puesto que he nacido. O si no, es porque estoy podrido." Los guardias volvieron a reír al otro lado de la puerta y uno de ellos pronunció la palabra Munich. Las calles, las casas, los vagones, la comisaría: un mundo lleno hasta reventar, el mundo de los hombres en el que Philippe no podía entrar. Permanecería toda la vida en una celda como aquella, la perrera que los hombres reservan para aquellos a los que no quieren. Descubrió a una mujercita regordeta y risueña, de bu-

zos pulidos: la hetaira. El pensó: "Por lo menos, esa me guardará luto." La puerta se abrió y el general entró. Philippe se escurrió en el banco hasta el rincón más oscuro y gritó:

—Déjeme. Quiero purgar mi condena, no necesito su protección.

El general soltó una carcajada. Cruzó la estancia con su paso seco y rápido y se plantó frente a Philippe.

—¿Purgar tu condena? ¿Quién crees que eres, pequeño idiota?

El codo. Se levantó a pesar de Philippe y se colocó delante de su carrillo, preparado para evitar los golpes. Pero Philippe se le anticipó y gritó como un desaforado:

—¡Soy un desertor!

—¿Desertor? Hitler y Daladier firman un tratado mañana, mi pobre amigo; ya no hay guerra y tú no has sido nunca desertor—observó a Philippe con insultante ironía—: Aun para causarte un daño tú mismo, hace falta hombría, Philippe, hace falta tener voluntad y perseverancia. Tú eras solo un crío nervioso y mal educado; me has faltado gravemente al respeto y has sumido a tu madre en atroz inquietud: eso es todo lo que has podido conseguir.

Aquellos curiosos polis pasaban la cabeza por la puerta entreabierta. Philippe dio un bote. Pero el general le sujetó por el hombro y le obligó otra vez a sentarse.

—¿Qué sucede? Tendrás que oírme hasta el último momento. Tu última rebeldía demuestra que es indispensable volver a educarte. Tu madre ha reconocido hace un momento que ha sido contigo excesivamente débil. Ahora soy yo quien de ti se ocupará.

Todavía estaba cerca de Philippe. Este levantó el codo y gritó:

—Si me toca, me mato.

—Eso ya lo veremos—replicó el general.

Le bajó el codo con la mano izquierda y, con la de-

recha, le dio dos bofetadas. Philippe se desplomó en el banco y se echó a llorar.

En el pasillo había una alegre agitación. Una mujer cantaba: *Va petit mousse.* El odiaba a todas, le enloquecían. La enfermera entró llevando la comida en una bandeja.

—No tengo ganas—dijo él.

—Pues, señor Charles, hay que comer, de lo contrario se debilitará más aún. Le voy a comunicar noticias que le devolverán el apetito: se ha evitado la guerra; Daladier y Chamberlain se van a entrevistar con Hitler.

El, asombrado, la miró: "Es verdad; ah, sí, el asunto de los sudetes."

Estaba ella sofocada y sus ojos brillaban:

—¿Y qué, no se alegra?

"Me han sacado de mi casa, embalado como un paquete, muerto, y ni siquiera luchan." Pero no se encolerizaba, estaba todo tan lejos...

—¿Qué quiere usted que me importe?—dijo.

NOCHE DEL 29 AL 30 DE SEPTIEMBRE

La una y media.

Hubert Masaryk y Mastny, miembros de la delegación checoslovaca, esperaban en la cámara de sir Horace Wilson en compañía de Ashton-Gwatkin. Mastny estaba pálido y sudaba; apreciábansele profundas ojeras. Hubert Masaryk andaba a grandes pasos; Ashton-Gwatkin se hallaba sentado en la cama; Ivich estaba encogida en el borde de la cama; ella no le sentía, pero notaba su calor y oía su respiración; ella no podía dormir y sabía que él tampoco podía conciliar el sueño. Descargas eléctricas sacudían pies y muslos; ella se moría de envidia por poder tumbarse también sobre la espalda, pero si se movía le tocaría, y mientras él creyera que dormía, la dejaría en paz. Mastny se volvió hacia Ashton-Gwatkin y dijo:

—¡Cuánto tardan!

Ashton-Gwatkin hizo un ademán, excusándose con indiferencia. La sangre subió a las mejillas de Masaryk.

—Los acusados esperan el veredicto—dijo con voz sorda.

Ashton-Gwatkin pareció que no había oído. Ivich pensó: "¿No acabará nunca la noche?" Y de pronto, una carne muy suave encima de su cadera, él se aprovechaba de su sueño para rozarla, no había que moverse, pues, de lo contrario, se daría cuenta de que estaba despierta. La carne se deslizó lentamente por sus riñones, estaba ardiendo y blanda, era una pierna. Ella se mordió violentamente el labio inferior. Masaryk prosiguió:

—Para que el parecido sea completo, han hecho que seamos recibidos por la Policía.

—Pero ¿cómo?—preguntó Ashton-Gwatkin con cara de asombro.

—Hemos sido conducidos al hotel Regina en un coche de la Policía—explicó Masaryk.

—¡Demonio!—exclamó censurándolo Ashton-Gwatkin. Ahora fue una mano; bajaba a lo largo de su costado, ligera y como distraída, los dedos la rozaron el vientre. "No es nada—pensó ella—; es un bicho. Yo duermo. Estoy dormida. Sueño, no me moveré." Masaryk cogió el mapa que sir Horace Wilson le había entregado. Los territorios que debían ser ocupados inmediatamente por el ejército alemán estaban señalados con lápiz azul. El lo miró durante un momento y luego lo tiró colérico sobre la mesa.

—Si...go sin comprender—dijo mirando a Ashton-Gwatkin frente a frente—. ¿Somos todavía una nación soberana?

Ashton-Gwatkin se encogió de hombros; parecía como si quisiera decir que no tenía que ver nada en el asunto; pero Masaryk pensó que estaba más emocionado de lo que quería aparentar.

—Estas negociaciones con Hitler son muy difíciles—observó—. No debe olvidarlo.

—Todo dependía de la firmeza de las grandes potencias—respondió violentamente Masaryk.

El inglés se ruborizó ligeramente. Se irguió y dijo con tono solemne:

—Si no acepta usted este convenio, será necesario que se las entienda con Alemania—se rascó el cuello y añadió más amablemente—: Tal vez los franceses se lo dirán con más rodeos. Pero, créame, son de nuestra misma opinión; si ustedes se niegan, se desinteresarán.

Masaryk dibujó una desagradable sonrisa y se callaron. Una voz cuchicheó:

—¿Duermes?

Ella no respondió, pero al momento notó una boca contra su oreja y, después, el peso de todo un cuerpo encima del suyo.

—¡Ivich!—murmuró él—. ¡Ivich!

No podía gritar ni defenderse. "Yo no soy una chiquilla a la que se viola." Dio media vuelta sobre la espalda y contestó con diáfana voz:

—No, no duermo. ¿Qué pasa?

—Te amo—dijo él.

¡Una bomba! Una bomba que cayera desde una altura de cinco mil metros y que los matara de una vez. Una puerta se abrió y sir Horace Wilson entró, los ojos miraban al suelo; desde que llegó tal era su actitud, les hablaba mirando al suelo. Debía de percatarse de cuando en cuando y entonces bruscamente levantaba la cabeza y les lanzaba a los ojos una mirada vacía.

—Señores, les esperan.

Los tres le siguieron. Recorrieron largos pasillos desiertos. Un camarero del piso dormía sentado en una silla; parecía que el hotel estaba muerto; su cuerpo ardía, puso su pecho encima de los senos de Ivich y esta oyó un ruido blando de ventosa, ella estaba inundada en sus sudores.

—Si me ama—dijo ella—, apártese; tengo mucho calor.

—Aquí es—dijo sir Horace Wilson apartándose.

El no se apartaba, con una mano retiró la ropa de la cama, con la otra la sujetaba el hombro con fuerza, ahora estaba encima de ella, con sus violentas manos la petrificaba hombros y brazos, con sus manos de presa, mientras que murmuraba con voz infantil y suplicante:

—Te amo, Ivich, amor mío; te amo.

Era una salita baja de techo y muy alumbrada. Chamberlain, Daladier y Léger estaban de pie detrás de una mesa abarrotada de papeles. Los ceniceros estaban atiborrados de colillas, pero ya nadie fumaba. Chamberlain apoyó las manos sobre la mesa. Parecía cansado.

—Señores—empezó diciendo con afable sonrisa.

Masaryk y Mastny se inclinaron sin hablar. Ashton Gwatkin se apartó rápidamente de ellos como si no pudiera soportar su compañía por más tiempo y fue a colocarse detrás de Chamberlain con sir Horace Wilson. En aquel momento los dos checos tenían cinco hombres delante de ellos, al otro lado de la mesa. Detrás de ellos, la puerta y los desiertos pasillos del hotel. Hubo un momento de pesado silencio. Masaryk les miró uno después del otro y luego buscó la mirada de Léger. Pero este ordenaba documentos en una cartera.

—Señores, tengan la bondad de sentarse—invitó Chamberlain.

Franceses y checos se sentaron, pero Chamberlain permaneció de pie.

—Pues bien...—dijo. Tenía irritados los ojos, de sueño. Observó sus manos con mirada incierta y luego, estirándose bruscamente, habló—: Francia y Gran Bretaña acaban de firmar un tratado respecto a las reivindicaciones alemanas relativas a los Sudetes. Este acuerdo, gracias a la buena voluntad de todos, puede ser considerado como un indudable progreso con relación al memorándum de Godesberg.

Tosió y se calló. Masaryk permanecía rígido en su sillón, esperaba. Chamberlain pareció que iba a continuar, pero rectificó y tendió un papel a Mastny:

—¿Quiere usted enterarse de dicho acuerdo? Lo mejor sería que lo leyera en voz alta.

Mastny cogió la hoja; alguien pasó por el corredor con paso ligero. Después los pasos decrecieron y un reloj, en algún lugar de la ciudad, dio las dos, Mastny empezó la lectura. Tenía un acento gangoso y monótono; leía lentamente, como si meditara entre frase y frase, y la hoja temblaba en sus manos:

—"Las cuatro potencias: Alemania, Reino Unido, Francia e Italia, teniendo en cuenta el arreglo ya realizado en principio por la cesión a Alemania de los territorios de los alemanes de los Sudetes, acuerdan las disposiciones y condiciones siguientes que reglamentan

la referida cesión y las medidas que ella comportan. En virtud de este acuerdo, cada una de ellas se compromete a cumplir los requisitos necesarios para asegurar la ejecución.

Primero. La evacuación empezará el día 1 de octubre.

Segundo. El Reino Unido, Francia e Italia acuerdan que la evacuación del territorio en cuestión deberá estar terminada para el 10 de octubre sin que haya sido destruida ninguna de las instalaciones existentes. El gobierno checoslovaco tendrá la responsabilidad de efectuar esta evacuación sin que sufran perjuicio alguno estas instalaciones.

Tercero. Las condiciones de esta evacuación serán determinadas detalladamente por una comisión compuesta de representantes de Alemania, del Reino Unido, de Francia, de Italia y de Checoslovaquia.

Cuarto. La ocupación progresiva por las tropas del Reich de los territorios de predominio alemán empezará el 1 de octubre. Las cuatro zonas indicadas en el mapa serán ocupadas por el siguiente orden:

La zona uno, los días 1 y 2 de octubre.

La zona dos, los días 2 y 3 de octubre.

La zona tres, los días 3, 4 y 5 de octubre.

La zona cuatro, los días 6 y 7 de octubre.

Los otros territorios de preponderancia alemana serán determinados por la comisión internacional y ocupados por las tropas alemanas de aquí al 10 de octubre."

La voz monótona se elevaba en el silencio, en medio de la ciudad dormida. Tropezaba, se detenía despiadadamente, un poco vacilante, y millones de alemanes dormían alrededor de ella hasta perderse de vista, mientras que exponía minuciosamente las modalidades de un asesinato histórico. La voz suplicante, amor mío, tesoro mío, me gustan tus senos, me gusta tu olor, ¿me quieres tú a mí?, se elevaba en la noche, y las manos, bajo su cuerpo ardiendo, asesinaban.

—Desearía hacer una pregunta—dijo Masaryk—. ¿Qué

debe entenderse por territorio de preponderancia alemana?

Se había dirigido a Chamberlain. Pero este le observó sin contestar, con aire algo embobado. Visiblemente no había escuchado la lectura. Léger hizo uso de la palabra, a la espalda de Masaryk, que giró en su sillón y vio a Léger de perfil.

—Se trata—dijo Léger—de mayorías calculadas según las proposiciones aceptadas por ustedes.

Mastny sacó el pañuelo, se secó el sudor de la frente y después continuó la lectura:

—"Quinto. La comisión internacional mencionada en el párrafo tercero determinará los territorios donde haya que ir al plebiscito.

Estos territorios serán ocupados por contingentes internacionales hasta que el plebiscito haya terminado."

Se interrumpió y preguntó:

—¿Estos contingentes serán efectivamente internacionales o no comprenderán más que tropas inglesas?

Chamberlain bostezó tapándose la boca con la mano y una lágrima se deslizó por su mejilla. Retiró la mano.

—Esta cuestión todavía no ha sido puntualizada. Se prevé también la participación de soldados belgas e italianos.

—"Dicha comisión—prosiguió Mastny—fijará igualmente las condiciones en que el plebiscito deberá ser instituido, tomando como base las condiciones del plebiscito del Sarre. Además, fijará, para la apertura del plebiscito, una fecha que no podrá ser posterior al fin de noviembre."

Volvió a detenerse y preguntó a Chamberlain con irónica suavidad:

—El miembro checoslovaco de esta comisión, ¿tendrá el mismo derecho a voto que los demás miembros?

—Naturalmente—dijo benévolo Chamberlain.

Una turbación, pegajosa como sangre, ocupaba muslos y vientre de Ivich. Se deslizó en su sangre. "Yo no soy una jovencita que violan." Se abrió y se dejó apuñalar

pero, mientras estremecimientos de hielo y de fuego subían hasta su pecho, su cabeza continuaba despejada, había ella salvado su cabeza y, cerebralmente, le gritaba: "Te odio."

—"Sexto. La determinación final de las fronteras será establecida por la comisión internacional. Esta comisión será también competente para recomendar a las cuatro potencias—Alemania, Reino Unido, Francia e Italia—, en ciertos casos excepcionales, modificaciones de alcance restringido a la determinación estrictamente etnológica de las zonas transferibles sin plebiscito."

—¿Debemos considerar este artículo—preguntó Masaryk—como una cláusula asegurando la protección de nuestros intereses vitales?

Se había vuelto hacia Daladier mirándole insistentemente. Pero Daladier no contestaba, su aspecto era el de un viejo abrumado. Masaryk observó que conservaba en la comisura de los labios una colilla apagada.

—Esa cláusula se nos ha prometido—dijo enérgico Masaryk.

—En cierto sentido—replicó Léger—, este artículo puede ser considerado como haciendo las veces de la cláusula de que usted habla. Pero hay que ser modesto para empezar. La cuestión de las garantías de sus fronteras será de la competencia de la comisión internacional.

Masaryk, después de una breve sonrisa, se cruzó de brazos:

—¡Ni siquiera una garantía!—comentó meneando la cabeza.

Mastny continuó leyendo:

—"Séptimo. Habrá un derecho de opción que permite ser incluidos, o excluidos, en los territorios transferidos.

Esta opción se ejercerá dentro de un plazo de seis meses a contar de la fecha del presente convenio.

Octavo. El gobierno checoslovaco licenciará, dentro de cuatro semanas a contar de la conclusión del presente acuerdo, a todos los alemanes de los Sudetes que lo de-

seen, de todas las unidades militares o policiales a las que pertenezcan.

Dentro del mismo plazo, el gobierno checoslovaco liberará a los prisioneros alemanes de los Sudetes que cumplan condena por delitos políticos.

Munich, a veintinueve de septiembre de mil novecientos treinta y ocho."

—Ya está—dijo.

Miró lo hoja como si no hubiese terminado la lectura. Chamberlain bostezó a su gusto y luego se puso a dar golpecitos en la mesa con los nudillos.

—Es todo—volvió a manifestar Mastny.

Había terminado. La Checoslovaquia de 1938 había dejado de existir. Masaryk siguió con la mirada la hoja blanca que Mastny iba a dejar encima de la mesa; luego se volvió hacia Daladier y Léger y les miró fijamente. Daladier se había dejado caer en el sillón, la barbilla sobre el pecho. Sacó un cigarrillo del bolsillo, lo examinó durante un momento y lo volvió a meter en el paquete. Léger estaba un poco colorado, parecía impaciente.

—¿Esperan—dijo Masaryk a Daladier—una declaración o una contestación de mi gobierno?

Daladier no contestó. Léger bajando la cabeza, dijo apresuradamente:

—Mussolini tiene que volver a Italia esta misma mañana; no disponemos de mucho tiempo.

Masaryk seguía mirando a Daladier. Dijo:

—¿Ni siquiera un acuse de recibo? ¿Debo entender que estamos obligados a aceptar?

Daladier hizo un ademán ambiguo y Léger contestó detrás de él:

—¿Qué otra cosa pueden ustedes hacer?

Ella lloraba, el rostro vuelto hacia la pared; lloraba en silencio y los sollozos sacudían sus hombros.

—¿Por qué te ríes?—preguntó él con voz ambigua.

—Porque le odio—respondió ella.

Masaryk se levantó; Mastny, también. Chamberlain bostezaba hasta desencajar sus mandíbulas.

VIERNES 30 DE SEPTIEMBRE

El soldadito se acercó a Gros-Louis agitando un periódico.

—¡La paz!—le gritó.

Gros-Louis dejó en el suelo su cubo.

—¿Qué me cuentas, muchacho?

—Lo que te digo: ¡La paz!

Gros-Louis le miró no muy convencido.

—Eso no puede ser la paz, ya que no ha estallado la guerra.

—La han firmado, Gros-Louis, hombrón; mira: no tienes más que leer el periódico.

Se lo daba, pero él lo rechazó.

—No sé leer.

—¡Qué mala suerte!—dijo el muchacho compadeciéndole—. En ese caso, mira la fotografía.

Gros-Louis cogió el periódico con repugnancia, se acercó a la ventana de la cuadra y miró la foto. Reconoció a Daladier, a Hitler y a Mussolini que sonreían: como buenos amigos.

—Y ahora, ¿qué dices?

Dirigió una mirada al muchacho arqueando las cejas y luego se alegró de repente:

—¿Así que se han reconciliado?—dijo riéndose—. Y yo ni siquiera sabía por qué reñían.

Los dos se echaron a reír.

—¡Adios, vieja!—dijo el soldado.

Y se alejó. Gros-Louis se acercó a la mula negra y la acarició la grupa.

—Bien, bien, bien, maja.

Se notaba algo indeciso. Dijo:

—Y ahora, ¿qué haré yo? ¿Qué haré?

Birnenschatz se tapaba la cara con el periódico; se veía ascender una columnita de humo por encima de las hojas desplegadas; la señora Birnenschatz se agitaba en su butaca.

—Tengo que ir a ver a Rose para el asunto del aspirador.

Era la tercera vez que hablaba del aspirador, pero no se iba. La observó Ella sin simpatía: la hubiese gustado quedarse sola con su padre.

—¿Crees tú que lo arreglarán?—preguntó la madre volviéndose hacia su hija.

—Siempre me preguntas lo mismo. ¿Qué se yo, mamá!

Ayer la señora Birnenschatz había llorado de alegría, estrechando a su hija y a sus sobrinas contra su pecho. Hoy ya no sabía lo que hacer de su alegría; era una alegría gorda y floja como ella, que pronto degeneraría en profecía, si no lograba compartirla.

Se volvió hacia su marido:

—Gustave—murmuró.

El marido no hizo caso.

—Apenas se te oye hoy.

—No—dijo Birnenschatz.

Pero, por fin, bajó el periódico y la miró por encima de sus lentes. Su aspecto era cansado y envejecido: el corazón de Ella estaba acongojado; tenía deseos de besarle, pero valía más no expansionarse delante de la señora Birnenschatz porque esta estaba siempre demasiado dispuesta a ello.

—Espero que estarás contento, ¿no?

—¿Contento por qué?—preguntó secamente Birnenschatz.

—Vamos—dijo la señora gimoteando—. Cien veces me has dicho que no querías esta guerra, que sería una catástrofe, que había que entenderse con los alemanes, por eso creí que estarías contento.

El señor Birnenschatz se encogió de hombros y volvió a coger el periódico. Su mujer fijó un momento su mirada llena de sorpresa y de reproche en aquella muralla de papel, su labio inferior temblaba. Después suspiró, se levantó con dificultad y se dirigió a la puerta.

—Ya no entiendo a mi marido ni a mi hija—iba diciendo al salir.

Se acercó Ella a su padre y le besó suavemente la cabeza.

—¿Qué pasa, papá?

El señor Birnenschatz se quitó los lentes y levantó la cabeza hacia su hija.

—Nada me toca decir. Yo ya no tenía edad para luchar, ¿no es así? Entonces lo más acertado es callar.

Plegó meticulosamente el periódico y murmuró como para sus adentros:

—Yo era partidario de la paz...

—¿Entonces?

—¿Entonces...?

Inclinó la cabeza a la derecha y levantó el hombro derecho con un extraño movimiento infantil.

—Me da vergüenza—dijo con voz sombría.

Gros-Louis vació su cubo en los retretes, exprimió cuidadosamente el agua de la esponja, luego metió esta en el cubo y los llevó a la cuadra. Cerró la puerta, cruzó el patio y entró en el barracón B. El interior estaba desierto. "No tienen prisa de marcharse—se dijo—. Habrá que creer que aquí están contentos." Sacó de debajo de la cama el pantalón y la chaqueta de paisano. "Yo no estoy a gusto", murmuró empezando a desnudarse. Todavía no se atrevía a regocijarse y se dijo: "Hace ya ocho días que me dan la lata." Se puso el pantalón y colocó cuidadosamente encima de la cama las ropas militares. Ignoraba si el patrón le readmitiría. ¿Quién guardará ahora sus corderos? Cogió la mochila y salió. Había cuatro tipos delante del lavadero que le miraron riéndose. Gros-Louis les saludó con la mano y cruzó el patio. No tenía ni un céntimo, pero volvería a pie. "Ayu-

daré a los granjeros y ya me darán algo que comer." De pronto, vio el cielo azul pálido encima de los brazos del Canigou, volvía a ver los culos sucios de los corderos y comprendió que estaba libre.

—Oiga, ¿adónde va?

Gros-Louis dio media vuelta: era el brigada Peltier, un tío gordo que corría sin aliento. Mientras corría decía:

—Vaya, vaya; lo que faltaba.

Se detuvo a dos pasos de Gros-Louis, rojo de furor y ahogándose.

—¿Adónde va?—volvió a preguntar.

—Me voy—contestó.

—¿Que se va?—dijo el brigada cruzándose de brazos—. ¿Que se va?... Pero ¿adónde se va?—preguntó con desesperada indignación.

—A casa.

—¡A casa!—exclamó el brigada—. ¡Se va a su casa! Seguramente que no le agrada el menú o tiene la culpa el jergón que cruje—recobró su amenazadora seriedad y ordenó—: Va usted a tener la amabilidad de dar media vuelta y al trote. Yo le cuidaré, muchacho, ¡no faltaba más!

"No sabe aún que se han reconciliado", penso Gros-Louis. Dijo:

—Se ha firmado la paz, mi brigada.

El brigada no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Está usted haciendo el idiota o es que me quiere tomar el pelo?

Gros-Louis no quería enfadarse. Dio media vuelta y continuó su camino. Pero el tío gordo corrió tras él, le cogió de la manga y se plantó delante de él. Le tocaba con su tripa y chillaba:

—Si no me obedece inmediatamente, lo hará ante el Consejo de Guerra.

Gros-Louis se detuvo y se rascó la coronilla. Pensando en Marsella le dio dolor de cabeza.

—Hace ocho días que me están dando la lata—dijo suavemente.

El brigada le sacudía tirándole de las solapas y vociferando:

—¿Qué dice?

—Que llevo ya ocho días aguantando impertinencias—dijo Gros-Louis con voz de trueno.

Cogió al brigada por el hombro y le dio un sopapo. Al cabo de un rato tuvo que pasarle un brazo bajo la axila para sostenerle, pero continuó golpeándole hasta que le sujetaron por detrás y le retorcieron el brazo. Soltó al brigada Peltier, que cayó al suelo sin decir ni pío, y la emprendió a golpes contra todos aquellos tipos que le sujetaban, pero alguien le puso una zancadilla y le hizo caer de espaldas. Empezaron a golpearle y él movía la cabeza de derecha a izquierda para evitar los golpes, diciendo sofocado:

—Muchachos, dejadme partir, dejadme marchar, puesto que os digo que se ha firmado la paz.

Gómez rebañó el fondo de su bolsillo con las uñas y sacó algunas briznas de tabaco mezcladas con polvo y trozos de hilo. Metió todo en la pipa y la encendió. El humo tenía un gusto amargo y sofocante.

—¿Se acabaron las provisiones de tabaco?—preguntó Garcin.

—Desde anoche—respondió Gómez—. De haberlo sabido hubiese traído más.

López entró trayendo los periódicos. Gómez le miró y luego bajó los ojos sobre la pipa. Había comprendido. Vio la palabra Munich en gruesos caracteres en la primera página del periódico.

—¿Y qué?—preguntó Garcin.

A lo lejos se oía tronar el cañón.

—Pues que estamos perdidos—afirmó López.

Gómez mordió la pipa. Oía el cañoneo y pensó en la noche tranquila de Juan-les-Pins, en el *jazz* a orillas del mar: Mathieu gozaría todavía de noches semejantes.

—¡Los cochinos!—murmuró.

Mathieu permaneció un instante en la puerta del cuartel, luego salió al patio y cerró la puerta. Había conservado la ropa de paisano porque no quedaba ni una guerrera en el almacén. Los soldados se paseaban en grupitos, tenían aspecto aturdido e inquieto. Dos jóvenes que venían hacia él, se pusieron a bostezar al mismo tiempo.

—¿Qué? Bromeando, ¿eh?—les dijo Mathieu.

El más joven cerró la boca y dijo excusándose:

—No sabe uno qué hacer.

—¡Salud!—exclamó alguien detrás de Mathieu.

Se volvió. Era un tal Georges, su vecino de cama, que tenía una buena cabeza lunar y melancólica. Le sonrió.

—¿Y qué, estamos bien?

—Quéjate—dijo Mathieu—. No debieras estar aquí ya, sino oyendo ¡bum!, ¡bum!

—Pues sí—dijo el otro encogiéndose de hombros—. ¿Estar aquí o en otro sitio?

—¡Claro!—aprobó Mathieu.

—Estoy contento porque voy a volver a ver a mi pequeña—dijo—. Si no... Volveré al despacho; no me entiendo muy bien con la mujer... Leeremos los periódicos, se nos inquietará con la cuestión de Dantzig: volverá a ser como sucedió el año pasado—bostezó y añadió—: La vida es igual en todas partes, ¿verdad?

—Igual en todas partes.

Se sonrieron sin ganas. No tenían nada que decirse.

—Hasta luego—se despidió Georges.

—Hasta luego.

Al otro lado de la verja, alguien tocaba el acordeón. Al otro lado de la verja, era Nancy, era París, catorce horas de clase a la semana, Ivich, Boris, Irène tal vez. La vida es igual en todas partes, siempre igual. Se dirigió a la verja a paso lento.

Unos soldados le hacían señas para que se apartara: habían trazado una raya en el suelo y se jugaban los cuartos sin gran entusiasmo. Mathieu se detuvo un instante: vio cómo rodaban las monedas, y luego más, y después más. De vez en cuando, una moneda giraba sobre sí mis-

ma como una peonza, tropezaba y caía sobre otra moneda a la que cubría a medias, entonces se erguían y prorrumpían en gritos. Mathieu siguió su camino. Tantos trenes y tantos camiones surcaban los caminos de Francia, tantas penas, tanto dinero, tanto llanto, tantos gritos en todas las radios del mundo, tantas amenazas y tantos desafíos en todos los idiomas, tanto conciliábulo para terminar en redondo en un patio o tirar el dinero en el polvo. Todos aquellos hombres se habían esforzado para partir, secos los ojos, todos habían visto de repente la muerte frente a ellos, y todos, después de muchas dificultades o modestamente, se habían decidido a morir. Ahora, permanecían embobados, brazos caídos, hundidos en esa vida a que les habían arrastrado, que todavía les consentían por un momento, por un corto momento, y en la que no sabían qué hacer. "Es la jornada de los engañados", pensó. Cogió con ambas manos los barrotes de la verja y miró al exterior: sol en la calle vacía. En las calles comerciales de las poblaciones, desde hacía veinticuatro horas, reinaba la paz. Pero en torno de los cuarteles y de las fortificaciones queda una neblina de guerra que acababa de disiparse. El invisible acordeón interpretaba la *Madelon;* un vientecillo tibio levantó en el camino un remolino de polvo. "Y mi vida, ¿qué va a ser de ella?" Era sencillísimo: había en París, en la calle Huyghens, un piso esperándole, dos habitaciones, calefacción central, agua, gas, electricidad, con butacas verdes y un cangrejo de bronce encima de la mesa. Volvería a su piso, metería la llave en la cerradura; volvería a su cátedra en el liceo Buffon. Y como si nada hubiese ocurrido. Nada en absoluto. Su vida le esperaba, familiar, la había dejado en su despacho, en su dormitorio, en ella penetraría sin comentarios, nadie los haría, nadie haría alusiones a la entrevista de Munich, dentro de un mes sería olvidada, no quedaría más que una cicatriz invisible en la continuidad de su vida, un pequeño rasguño: el recuerdo de una noche en la que había creído que se iba a la guerra.

"¡No quiero!—pensó apretando los barrotes con todas sus fuerzas—. ¡No quiero! ¡No quedará todo así!" Se volvió bruscamente, miró sonriente las ventanas resplandecientes de sol. Se sentía fuerte; había en el fondo de su ser una pequeña angustia que empezaba a conocer, una pequeña angustia que le daba confianza. No importaba ni quién ni dónde. Nada poseía, nada era. La noche oscura de la antevíspera no se perdería; aquel remolino no habría sido completamente baldío. "¡Que envainaran sus fuerzas—. ¡No quiero! ¡No quedará todo así!" Se guerra!, ¡que no la hagan!, ¡me tiene muy sin cuidado! ¡A mí no me engañan ya!" El acordeón se había callado. Mathieu reanudó su andar a través del patio. "Continuaré siendo libre", pensó.

El avión describía amplios círculos sobre Le Bourget, un polvo negruzco y ondulado cubría la mitad de la pista de aterrizaje. Léger se inclinó hacia Daladier y gritó mostrándole:

—¡Qué gentío!

Daladier miró a su vez; habló por vez primera desde que emprendieron viaje en Munich:

—Aquí están para romperme la cara.

Léger no protestó. Daladier se encogió de hombros.

—Les comprendo.

—Todo depende del servicio de orden—dijo Léger suspirando.

Entró en su habitación con los periódicos en la mano; Ivich estaba sentada en la cama, bajaba la cabeza:

—Ya está concluido: ¡han firmado esta noche!

Levantó los ojos ella; él parecía feliz, pero callaba, molesto por la mirada que ella no apartaba de él:

—¿Quiere decir que ya no habrá guerra?—preguntó ella.

—Eso es.

No habrá guerra, nada de aviones sobre París, los techos no se hundirán bajo las bombas: iba a ser necesario vivir.

—Nada de guerra—dijo ella sollozando—. Nada de guerra, ¡y usted parece contento!

Milan se acercó a Anna. Titubeaba y sus ojos estaban irritados. La tocó el vientre y dijo:

—He ahí un ser que no tendrá suerte.

—¿Qué?

—El crío. Digo que no tendrá suerte.

Se aproximó cojeando a la mesa y se sirvió una copa de alcohol. Era la quinta en aquella mañana.

—¿Te acuerdas—dijo él—cuando te caíste en la escalera? Llegué a creer que abortarías.

—¿Y adonde vas a parar?—preguntó ella secamente.

Se había vuelto hacia ella, copa en mano; parecía que iba a brindar:

—¡Mejor hubiera sido!—exclamó irónicamente.

Ella le miró: él llevaba la copa a los labios con mano que temblaba un poco.

—Tal vez—asintió ella—, puede que hubiese sido mejor.

El avión había aterrizado. Daladier salió con dificultad de la cabina y puso un pie en la escalera; estaba palidísimo. Hubo un enorme clamor y la gente emprendió una carrera, rompió el cordón de policías llevándose las barreras; Milan bebió y dijo riéndose: "¡Por Francia! ¡Por Inglaterra! ¡Por nuestros gloriosos aliados!" Y después arrojó, con todas sus fuerzas, la copa contra la pared; los de fuera gritaban: "¡Viva Francia! ¡Viva Inglaterra! ¡Viva la Paz!" Llevaban banderas y ramos de flores. Daladier se había detenido en el primer peldaño; les miraba sorprendido. Se volvió hacia Léger y dijo entre dientes:

—¡Habrá idiotas!

III

LA MUERTE EN EL ALMA

(La mort dans l'âme)

TRADUCCION POR

MIGUEL DE HERNANI

PARTE PRIMERA

SABADO 15 DE JUNIO DE 1940

Nueva York, las nueve de la mañana

¿Un pulpo? Tomó su cuchillo... Abrió los ojos... Era un sueño. No, el pulpo estaba allí, chupándolo con todas sus ventosas: el calor. Sudaba. Se había dormido hacia la una de la madrugada y el calor le había despertado a las dos. Se había zambullido en un baño de agua fría y después se había vuelto a acostar sin secarse; en seguida, el horno comenzó de nuevo a rugir bajo su piel y retornó el sudor. Con el alba, se durmió y soñó con un incendio; ahora, con el sol seguramente ya muy alto, Gómez seguía sudando. Sudaba sin descanso desde hacía cuarenta y ocho horas: "¡Cielos!", suspiró, pasándose una mano húmeda por el mojado pecho. *No era calor,* era una enfermedad de la atmósfera; el aire tenía fiebre, sudaba; se sudaba en el sudor. Había que levantarse, que sudar metido en una camisa. Se incorporó. "¡Hombre! Ya no tengo camisas." Había empapado la última, la azul, porque se había visto obligado a mudarse dos veces por día. Ahora, nada podía hacerse; había que llevar este trapo húmedo y maloliente hasta que el lavandero trajera la roja. Se levantó cautelosamente, pero no pudo evitar la inundación; las gotas corrían por sus flancos como piojos y le hacían cosquillas. La camisa, muy arrugada, estaba sobre el respaldo de la butaca. La palpó; nada se secaba jamás en este asqueroso país. Le latía el

corazón, y tenía la boca reseca, como si se hubiera emborrachado la víspera.

Se puso los pantalones, se acercó a la ventana y descorrió las cortinillas. La calle estaba inundada de luz, blanca como una catástrofe. Tenía todavía por delante trece horas de luz. Contempló la calle con angustia y cólera. Era la *misma* catástrofe; allí, sobre la fértil tierra negra, bajo el humo, sangre y gritos; aquí, entre las casuchas de ladrillo rojo, luz, nada más que luz y sudores. Pero era la *misma* catástrofe. Pasaron dos negros riéndose y una mujer entró en el *drugstore*. "¡Cielos, cielos!", suspiró. Todos aquellos colores gritaban. Aunque tuviera tiempo, aunque tuviera la cabeza para trabajar, ¿cómo era posible *pintar* con esta luz? "¡Cielos, cielos!", murmuró.

Llamaron. Gómez fue a abrir. Era Ritchie.

—Es un crimen—dijo Ritchie al entrar.

Gómez tuvo un sobresalto.

—¿Qué?

—Este calor. Es un crimen. ¿Cómo, no te has vestido todavía?—añadió Ritchie con tono de reproche—. Ramón nos espera a las diez.

Gómez se encogió de hombros.

—Me dormí tarde.

Ritchie le miró sonriente y Gómez añadió con apresuramiento:

—Hace demasiado calor. No puedo dormir.

—Así pasa los primeros días—observó Ritchie, cordial y comprensivo—. Ya te acostumbrarás—miró a Gómez atentamente—. ¿No tomas comprimidos de sal?

—Claro que sí. Pero no me surten ningún efecto.

Ritchie meneó la cabeza y su benevolencia se transformó en severidad: los comprimidos de sal *debían* suprimir la transpiración. Si no surtían efecto en Gómez, era que Gómez *no era* como los demás.

—Pero oye...—dijo Ritchie de pronto, frunciendo el entrecejo—. Deberías estar acostumbrado. También hace calor en España.

Gómez recordó las mañanas secas y trágicas de Madrid, aquella noble luz sobre la calle de Alcalá que era todavía luz de esperanza. Meneó la cabeza:

—No es el mismo calor.

—Menos húmedo, ¿no?—indagó Ritchie, con una especie de orgullo.

—Sí. Y más humano.

Ritchie tenía un diario en la mano. Gómez tendió la suya para cogerlo, pero no se decidió. La mano volvió a caer.

—Es un gran día—dijo Ritchie alegremente—: la fiesta del Delaware. Yo soy de allí, ¿sabes?

Abrió el diario en la decimotercera página; Gómez vio una foto: La Guardia estrechaba la mano de un hombre gordo y los dos sonreían con campechanía.

—Este tipo de la izquierda—dijo Ritchie—es el gobernador del Delaware. La Guardia le recibió ayer en el World Hall. Fue algo digno de verse.

Gómez tenía ganas de quitar el periódico a su amigo y recorrer la primera página. Pero se dijo: "Me importa un bledo", y pasó al cuarto de baño. Abrió el grifo del agua fría de la bañera y se afeitó rápidamente. Cuando iba a entrar en la bañera, Ritchie le gritó:

—¿En qué situación estás?

—En las últimas. Estoy sin ninguna camisa y solo me quedan dieciocho dólares. Y como Manuel vuelve el lunes, tendré que devolverle el departamento.

Pero Gómez pensaba en el diario; Ritchie, a la espera, lo estaba leyendo; podía oír cómo volvía las páginas. Gómez se secó cuidadosamente, pero era en vano: la toalla estaba empapada. Se puso con un escalofrío la camisa húmeda y volvió al dormitorio.

—Un partido de gigantes...

Gómez miró a Ritchie sin comprender.

—El béisbol de ayer. Han ganado los Gigantes.

—¡Ah, sí! El béisbol...

Se agachó para atarse los cordones de los zapatos.

Trató de leer por debajo los titulares de la primera página. Acabó por preguntar:

—¿Y París?

—¿No has escuchado la radio?

—No tengo radio.

—Acabado, liquidado...—dijo Ritchie apaciblemente—. Han entrado esta noche.

Gómez se dirigió hacia la ventana, pegó la frente al ardoroso cristal y contempló la calle, el inútil sol, la inútil jornada. Ya no habría más que días inútiles. Se volvió y se dejó caer sobre la cama.

—Date prisa—dijo Ritchie—. A Ramón no le gusta esperar.

Gómez volvió a levantarse. Tenía ya la camisa completamente mojada. Fue a anudarse la corbata frente al espejo:

—¿Está conforme?

—En principio, sí. Sesenta dólares a la semana y harás las crónicas de las exposiciones. Pero hay que hablar con él.

—Hablaremos—dijo Gómez—. Hablaremos—se volvió bruscamente—: Necesito un adelanto. ¿Crees que me lo dará?

Ritchie se encogió de hombros. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Le he dicho que venías de España y supone que Franco no es santo de tu devoción. Pero no le he hablado de tus... hazañas. No le digas que eras general. En realidad, no se sabe cómo piensa.

¡General! Gómez se contempló el raído pantalón y las oscuras manchas que el sudor hacía ya sobre la camisa. Y contestó con amargura:

—No tengas miedo. No tengo ganas de jactarme de nada. Sé lo que cuesta aquí haber intervenido en la guerra de España. Llevo seis meses sin trabajo.

Ritchie se mostró dolido.

—A los americanos no les gusta la guerra—explicó con sequedad.

Gómez se echó la chaqueta al brazo.

—Vamos—dijo.

Ritchie dobló lentamente el diario y se levantó. En la escalera, preguntó:

—¿Tu mujer y tu hijo están en París?

—Espero que no—contestó Gómez con vivacidad—. Espero que Sarah haya tenido la previsión necesaria para irse a Montpellier—y añadió—: Estoy sin noticias de ellos desde el primero de junio.

—Si consigues el *job*, podrás hacerles venir.

—Sí—dijo Gómez—. Sí, sí. Ya veremos.

La calle, el deslumbramiento de las ventanas, el sol sobre los caserones planos y sin tejado, de renegridos ladrillos. Delante de cada puerta, escalones de piedra blanca; una bruma de calor por el lado de East River. La ciudad tenía un aspecto encogido. No había la menor sombra; en ninguna calle del mundo cabía sentirse tan fuera de casa. Las torres al rojo blanco parecían meterse por los ojos; Gómez levantó una mano para hacerse sombra y sintió que la camisa se le pegaba a la piel. Tuvo un escalofrío.

—Es un crimen...

—Ayer—dijo Ritchie—, un pobre viejo cayó delante de mí, víctima de la insolación. ¡Brr...!—exclamó—. No me gusta ver muertos.

"Vete a Europa y allá los verás a miles", pensó Gómez.

—Son cuarenta manzanas—añadió Ritchie—. Tenemos que tomar un autobús.

Se detuvieron junto a un poste amarillo. Había allí a la espera una mujer joven. Les dirigió una mirada experta y malhumorada, y después les volvió la espalda.

—Guapa chica—dijo Ritchie, con la actitud de un colegial.

—Parece una zorra—comentó Gómez con rencor.

Se había sentido sucio y sudoroso bajo aquella mirada. Aquella mujer no sudaba y Ritchie tampoco; estaba fresco y pulcro con su fina camisa blanca, y su nariz

respingona apenas brillaba. El apuesto Gómez. El apuesto general Gómez. El general se había inclinado sobre ojos azules, verdes y negros, velados por el aleteo de las largas pestañas, y he aquí que esta zorra no había visto más que a un pequeño meridional a cincuenta dólares por semana que sudaba enfundado en su traje de confección. "Me ha tomado por un *dago*." De todos modos, contempló aquellas finas y largas piernas y sintió una excitación. "Hace cuatro meses que no sé lo que es una mujer." Antes, el deseo era como un sol seco en el vientre. Ahora, el apuesto general Gómez tenía las ansias vergonzosas y furtivas de un vagabundo.

—¿Un cigarrillo?—propuso Ritchie.

—No... Tengo la garganta reseca. Preferiría beber.

—No tenemos tiempo—Ritchie, con cierto embarazo, dio a su amigo una palmada en la espalda—. Trata de sonreír—dijo.

—¿Qué?

—Trata de sonreír. Si Ramón te ve esa cara, se asustará. No te pido que seas sumiso—añadió Ritchie con vivacidad, al observar el gesto de Gómez—. En el momento de entrar, sonríes de modo completamente impersonal y dejas la sonrisa olvidada en tus labios; en todo ese tiempo, puedes pensar lo que te dé la gana.

—Sonreiré—dijo Gómez.

Ritchie contempló a su amigo con solicitud.

—¿Es tu chiquito lo que te preocupa?

—No.

Ritchie hizo un doloroso esfuerzo de reflexión:

—¿Acaso es París?

—París me importa un comino—contestó Gómez con violencia.

—Vale más que lo hayan tomado sin lucha, ¿verdad?

—Los franceses pudieron haberlo defendido—respondió Gómez con un tono neutro.

—¡Bah! Una ciudad en una llanura...

—Pudieron haberla defendido. Madrid resistió dos años y medio.

—Madrid...—repitió Ritchie con un vago ademán—. Pero—continuó—, ¿para qué defender París? Es estúpido. Hubieran destruido el Louvre, la Opera, Notre-Dame... Cuanto menos destrucciones haya, mejor. Ahora —añadió con satisfacción—, la guerra acabará pronto.

—¡Claro que sí!—exclamó Gómez con ironía—. A este paso tendremos la paz nazi a los tres meses.

—La paz—dijo Ritchie—no es ni democrática ni nazi. Es la paz. Tú sabes que a mí no me gustan los hitleristas. Pero son hombres como los demás. Una vez conquistada Europa, comenzarán sus dificultades y tendrán que echar agua al vino. Si son razonables, dejarán que cada país se gobierne a sí mismo dentro de una federación europea. Algo parecido a nuestros Estados Unidos—hablaba lentamente y midiendo sus palabras—. Si eso os impide hacer la guerra cada veinte años, algo se habrá ganado.

Gómez le miró con irritación. Ritchie tenía una buena voluntad inmensa en sus ojos grises. Era alegre y un enamorado de la Humanidad, los niños, los pájaros y el arte abstracto; creía que bastaban dos ochavos de sentido común para resolver todos los conflictos. No tenía mucha simpatía por los inmigrantes de raza latina; se entendía mejor con los alemanes. "¿Qué puede suponer para él la toma de París?" Gómez volvió la cabeza y contempló la exposición policroma del vendedor de periódicos. Ritchie le parecía de pronto un ser implacable.

—Los europeos—dijo Ritchie—tenéis siempre apego a los símbolos. Se sabe ya desde hace ocho días que Francia está vencida. Bien; tú has vivido allí, tienes recuerdos y es natural que eso te ponga triste. Pero, ¿la toma de París? ¿Qué puede importarte, si la ciudad está intacta? Cuando acabe la guerra, allí volveremos.

Gómez se sintió invadido por una alegría formidable y colérica:

—¿Que qué puede importarme?—preguntó a su vez con una voz que temblaba—. ¡No sabes cuánto me alegra! Cuando Franco entró en Barcelona, meneaban la cabeza y decían que era una pena, pero nadie fue capaz

de mover un dedo. Muy bien. Ahora es su turno y pueden disfrutar de él cuanto gusten. ¡No sabes cuánto me alegra!—gritó por encima del estrépito del autobús que se detenía junto a la acera—. ¡No sabes cuánto me alegra!

Subieron detrás de la joven, y Gómez se las arregló para verle las corvas al pasar; quedaron de pie en la plataforma. Un hombre grueso con lentes de armazón de oro se apartó de ellos con precipitación, y Gómez pensó: "Debo de oler mal." En la última fila de asientos, un señor había desplegado su diario. Gómez leyó por encima de aquella espalda: "Aclaman a Toscanini en Río de Janeiro, donde ha dirigido por primera vez en cincuenta y cuatro años." Y más abajo: "Estreno en Nueva York: Ray Milland y Loretta Young en *El doctor se casa*." Había en el vehículo otros diarios que abrían sus alas: La Guardia recibe al gobernador del Delaware; Loretta Young; incendio en Illinois; Ray Milland; mi marido me ha amado desde que he usado desodorante Pitts; comprad Chrisargyl, el laxante de las lunas de miel; un hombre en pijama sonreía a su joven esposa; La Guardia sonreía al gobernador del Delaware; Buddy Smith declaraba que "no habría postre para los mineros". Todos leían; las grandes páginas blancas y negras les hablaban de ellos mismos, de sus cuidados, de sus placeres; sabían quién era Buddy Smith y Gómez no lo sabía; volvían hacia el suelo o hacia la espalda del conductor las grandes letras de la primera página: "Toma de París", o bien "Montmartre, en llamas". Leían y los diarios gritaban en sus manos como en el desierto. Gómez se sintió viejo y cansado. París estaba lejos y era el único a quien el asunto afectaba entre ciento cincuenta millones de personas; aquello no era más que una pequeña preocupación personal, apenas más importante que la sed que le abrasaba el gaznate.

—Déjame el diario—dijo a Ritchie.

Los alemanes ocupan París. Presión hacia el Sur. Toma de El Havre. Asalto a la línea Maginot.

Las letras gritaban, pero los tres negros que iban delante de él continuaban riéndose sin comprender.

El ejército francés, intacto. España ocupa Tánger.

El hombre de los lentes con montura de oro hurgó metódicamente en su cartera de negocios y sacó una llave Yale que examinó con satisfacción. Gómez sintió vergüenza. Tenía ganas de plegar el diario, como si se expusieran en él sus secretos más íntimos. Aquellos gritos enormes que hacían temblar sus manos, aquellos requerimientos desesperados y aquellos estertores eran incongruencia, como su propio sudor de extranjero, como su olor demasiado fuerte. *La palabra de Hitler, puesta en tela de juicio. El presidente Roosevelt no cree...; los Estados Unidos harán cuanto puedan para ayudar a los aliados.* El Gobierno de Su Majestad hará cuanto pueda en favor de los checos; los franceses harán cuanto puedan en favor de los republicanos de España. Vendas, medicamentos, botes de leche condensada... ¡Qué asco! *Manifestaciones de estudiantes en Madrid para reclamar la devolución de Gibraltar a los españoles.* Gómez vio la palabra Madrid y ya no pudo leer más. "Bien hecho. ¡Cochinos, cochinos! ¡Que arda París por los cuatro costados! ¡Que sea reducido a cenizas!" *Tours* (de nuestro corresponsal especial Archambaud): *La batalla continúa; los franceses declaran que la presión enemiga disminuye; grandes pérdidas nazis.*

Naturalmente, la presión disminuye. Disminuirá hasta el último día y hasta el último diario francés. Grandes pérdidas... Pobres palabras, las últimas de esperanza que ya no engañan a nadie. Grandes pérdidas fascistas frente a Tarragona; la presión disminuye y Barcelona resistirá... Y, al día siguiente, era el sálvese quien pueda.

Berlín (de nuestro corresponsal especial Brook Peters): *Francia ha perdido toda su industria; Montmédy ha caído; la línea Maginot, tomada por asalto; el enemigo, en derrota.* Canto de gloria, canto de metales, sol... Cantan en Berlín y Madrid con sus uniformes; en Barcelona y Madrid con sus uniformes; en Barcelona, Madrid, Va-

lencia, Varsovia, París... Y mañana, en Londres. En Tours, los señores de chaquet negro corrían por los pasillos de los hoteles. ¡Magnífico! ¡Que se apoderen de toda Francia y de Inglaterra! ¡Que desembarquen en Nueva York! ¡Magnífico!

El señor de los lentes de oro miraba a Gómez y este tuvo vergüenza, como si hubiera gritado. Los negros sonreían, la joven sonreía, el cobrador sonreía... *Not to grin is a sin.*

—Bajamos aquí—dijo Ritchie, también sonriente.

En los carteles, en las cubiertas de las revistas. Norteamérica sonreía. Gómez pensó en Ramón y se fabricó una sonrisa.

—Son las diez—dijo Ritchie—; llegaremos apenas con cinco minutos de retraso.

Las diez eran las tres de Francia; pálida y sin esperanza, había oculta una tarde en el fondo de esta mañana colonial.

* * *

Las tres en Francia.

—¡Nos hemos lucido!—dijo aquel individuo.

Quedó petrificado en su asiento; Sarah veía cómo las gotas de sudor corrían por aquella nuca; oía el estrépito de las bocinas.

—¡Nos hemos quedado sin gasolina!

El hombre abrió la portezuela, saltó a la carretera y se colocó delante del coche, al que contempló amorosamente.

—¡Rediós!—dijo entre dientes—. ¡Rediós y mil veces rediós!

El hombre acariciaba el recalentado capó. A través de la ventanilla, Sarah le veía, de pie y recortado en el luminoso cielo, en medio de aquel inmenso rumor. Los autos que les habían precedido desde la mañana se alejaban en una nube de polvo. Detrás, las bocinas, los sil-

bidos, las sirenas; una bandada de pájaros de hierro que entonaba el canto del odio.

—¿Por qué se enfadan?—preguntó Pablo.

—Porque les cerramos el paso.

Sarah hubiera deseado saltar del coche, pero la desesperación la tenía aplastada en el asiento. El individuo levantó la cabeza.

—¡Bajen de una vez!—dijo con irritación—. ¿No les oyen acaso? Ayúdenme a empujar el coche.

Bajaron.

—Vayan atrás—dijo el hombre a Sarah—. Y empujen con fuerza.

—Yo también quiero empujar—dijo Pablo.

Sarah se apoyó contra el coche y empujó con todas sus fuerzas, con los ojos cerrados, en una pesadilla. El sudor empapaba su blusa; a través de los párpados cerrados, el sol abrasaba sus ojos. Los abrió; delante, el hombre empujaba con la mano izquierda en la portezuela, mientras manejaba el volante con la mano derecha. Pablo había corrido al parachoques trasero, al que se agarraba dando gritos.

—No te dejes arrastrar—dijo Sarah.

El coche avanzó suavemente hacia el costado de la carretera.

—¡Paren! ¡Paren!—gritó el hombre—. Ya está bien...

Cesó el concierto de las bocinas; el río se puso de nuevo en marcha. Los coches pasaban rozando al averiado y los rostros se pegaban a las ventanillas; Sarah se puso encendida bajo aquellas miradas y se refugió detrás del vehículo. Un individuo alto y delgado que manejaba el volante de un Chevrolet se inclinó hacia ellos:

—¡Maricones!

Camiones, camionetas, coches particulares, taxis con banderas negras, cabriolés. Cada vez que un vehículo les pasaba, Sarah perdía algo de su ánimo y Gien se alejaba un poco más. En seguida, vino el desfile de los carros y Gien seguía retrocediendo, con rechinamientos. Finalmente, la carretera se cubrió con la pez negra de

los peatones. Sarah se refugió en el borde de la cuneta; las multitudes le producían miedo. Aquellas gentes avanzaban lenta y penosamente; el sufrimiento les daba un aire de familia. El que se incorporara a sus filas también se les parecería. "No quiero... No quiero convertirme en uno de ellos..." Pero no miraban; eludían el coche sin fijarse en él; carecían ya de ojos. Un hombrachón con sombrero de paja y una maleta en cada brazo rozó con el coche, acabó chocando como un ciego con el guardabarros, giró sobre sí mismo y continuó tambaleante su marcha. Estaba pálido. Sobre una de las maletas se veían etiquetas policromas: Sevilla, El Cairo, Sarajevo, Stresa.

—Está muerto de cansancio...—gritó Sarah—. ¡Va a caerse!

No se cayó. Sarah siguió con la vista al sombrero de paja de cinta roja y verde, un sombrero que se balanceaba alegremente por encima de aquel mar de sombreros.

—Cojan su maleta y continúen sin mí.

Sarah tuvo un estremecimiento y no respondió; contemplaba a la multitud con asco y terror.

—¿Me han oído?

Sarah se volvió hacia el individuo:

—¿Es que no podemos esperar a que pase un coche para pedirle un poco de gasolina? Después de los peatones, vendrán seguramente más coches.

El individuo sonrió con cara de pocos amigos.

—Pruebe, si quiere...

—¿Y por qué no? ¿Qué nos cuesta probar?

El hombre escupió desdeñosamente y quedó silencioso unos instantes.

—¿No los ha visto acaso?—dijo finalmente—. Van dándose patadas en el trasero. ¿Cómo quiere usted que se paren?

—¿Y si yo encontrara gasolina?

—Le digo que no la encontrará. ¿Cree usted que les va a hacer perder su puesto en la fila?—el hombre miró a Sarah de arriba abajo con expresión de sorna—: Si fuera usted una buena moza de veinte años, tal vez...

Sarah simuló no haber oído e insistió:

—Pero suponga usted que de todos modos encuentro la gasolina.

El individuo meneó la cabeza con obstinación:

—Nada, nada. No iré más lejos. Aunque encuentre usted veinte litros y aunque encuentre cien. He comprendido—se cruzó de brazos—. ¿No se da cuenta?—dijo con severidad—. Frenar, resbalar, embragar cada veinte metros... Cambiar de velocidad cien veces por hora... ¡En buen estado quedaría el coche—había unas manchas pardas en el parabrisas; el hombre sacó su pañuelo y las limpió con cuidado—. No debí haber cedido.

—Lo que debió hacer usted es echar gasolina suficiente—dijo Sarah.

El individuo meneó la cabeza sin responder. Sarah sentía ganas de arañarle, pero se contuvo y dijo con una voz más tranquila:

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Quedarme aquí y esperar.

—Esperar, ¿qué?

El hombre no contestó. Sarah le tomó una muñeca y se la apretó fuertemente.

—¿No sabe usted lo que le pasará si se queda aquí? Los alemanes van a deportar a todos los hombres en condiciones de trabajar.

—¡Claro que sí! Y cortarán las manos a su chiquillo y pasarán sobre usted, si tienen valor para tanto. Todo eso son tonterías; no son seguramente ni la cuarta parte de malos de lo que dicen.

Sarah tenía la boca seca y sus labios temblaban. Con voz tenue, dijo:

—Está bien. ¿Dónde estamos?

—A veinticuatro kilómetros de Gien.

"¡Veinticuatro kilómetros! De todos modos, no voy a echarme a llorar delante de este animal..." Sarah entró en el coche, recogió su maleta, volvió a salir y tomó a Pablo de la mano.

—¡Ven, Pablo!

—¿Adónde?

—A Gien.

—¿Está lejos?

—Todavía sí, pero te llevaré en brazos cuando te canses. Y además—añadió con tono de desafío—, encontraremos buenas gentes que nos ayuden.

El individuo se puso delante y les cerró el paso. Frunció el entrecejo y se rascó la cabeza con expresión de inquietud.

—¿Qué quiere usted?—preguntó Sarah secamente.

Aquel hombre no sabía lo que quería. Miraba alternadamente a Sarah y Pablo; buscaba algo.

—¡Cómo!—dijo vacilante—. ¿Se van ustedes así? ¿Sin dar siquiera las gracias?

—Gracias, gracias...—se apresuró a decir Sarah.

El hombre había encontrado lo que buscaba: la cólera. Se puso furioso, con el rostro congestionado.

—¿Y mis doscientos francos? ¿Dónde están?

—No le debo nada—dijo Sarah.

—¿No me ha prometido acaso doscientos francos? ¿Esta misma mañana? ¿En Melun? ¿En mi garaje?

—Sí, si usted nos llevaba a Gien. Pero acaba de abandonarme en la carretera con un niño.

—No soy yo quien les abandona. Es el cacharro este...

El individuo meneó la cabeza. Las venas de sus sienes se hincharon. Sus ojos brillaban y parecía contento. Sarah no le tenía miedo.

—Quiero mis doscientos francos.

Sarah buscó en su bolso.

—Tenga cien francos. No se los debo, y seguramente es usted más rico que yo. Se los doy para no discutir.

El individuo tomó el billete y lo metió en su bolsillo. Después, volvió a tender la mano. Estaba muy encendido, con la boca abierta y los ojos pensativos.

—Me debe usted todavía cien francos.

—No tendrá usted ni una moneda más. Déjeme pasar.

No se movió el hombre, en lucha consigo mismo. No quería en realidad los cien francos. No sabía lo que que-

ría. Tal vez deseaba que el niño lo besara antes de marcharse y traducía esto a su lenguaje. Avanzó hacia Sarah y esta comprendió que iba a quitarle la maleta.

—No me toque.

—Si no me da mis cien francos, le quitaré la maleta.

Se miraron. Era manifiesto que el hombre no quería apoderarse de la maleta. Por su parte, Sarah estaba tan cansada que se la hubiera cedido sin resistencia. Pero, ahora, había que representar la escena hasta el final. Vacilaron, como si ya no se acordaran de sus papeles. Después, Sarah, dijo:

—¡Pruebe! ¡Venga por ella, si se atreve! ¡Venga!

El individuo cogió la maleta por la agarradera y empezó a tirar. Hubiera podido apoderarse del bulto con una sola sacudida, pero se limitaba a tirar volviendo la cabeza. Sarah tiró a su vez y Pablo comenzó a llorar; el rebaño de peatones estaba ya lejos y se había reanudado el desfile de vehículos. Sarah se sintió ridícula. Tiró con más violencia y el hombre replicó con más fuerza y se quedó finalmente con la maleta. Contempló a Sarah y la maleta con asombro; tal vez no había querido en ningún momento apoderarse de nada, pero, ahora, se trataba de un hecho consumado: la maleta colgaba del extremo de su brazo.

—Devuélvame esa maleta—dijo Sarah.

El hombre no respondió; tenía una expresión estúpida y terca. Impulsada por la cólera, Sarah corrió hacia los automóviles.

—¡Al ladrón!—gritó.

Pasaba en aquel momento un largo Buick negro.

—¡Vamos, basta de historias!—dijo el individuo.

Tomó a Sarah por la espalda, pero ella se desprendió; palabras, gestos y ademanes brotaron de ella con soltura y precisión. Saltó al estribo del Buick y se agarró a la manilla de la portezuela.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Un brazo salió del coche y la empujó.

—Baje usted... Se va a matar.

Sarah tenía la impresión de que se volvía loca. Era una impresión agradable.

—¡Pare!—gritó—. ¡Al ladrón! ¡Socorro!

—¡Baje de una vez! ¿Cómo quiere usted que me pare? Me aplastarían...

La cólera de Sarah cesó de pronto. La pobre mujer saltó al suelo y dio un traspiés. El chófer la tomó al vuelo y le hizo recuperar el equilibrio. Pablo gritaba y lloraba. La fiesta había terminado y Sarah tenía deseos de morir. Hurgó en su bolso y sacó cien francos.

—¡Téngalos! Muy pronto le darán vergüenza.

El individuo tomó el billete sin levantar la vista y devolvió la maleta.

—Ahora, déjenos pasar.

Se apartó el chófer. Pablo seguía llorando.

—No llores, Pablo—dijo la madre con sequedad—. Vamos, vamos, ya ha pasado todo, echa a andar.

Se alejaron. El individuo gruñó a sus espaldas:

—¿Quién me hubiera pagado la gasolina?

Las largas y oscuras hormigas seguían ocupando toda la carretera. Sarah trató durante unos instantes de avanzar entre ellas, pero los furiosos bocinazos acabaron por enviarla a la cuneta.

—Sígueme...

Se torció un pie y se detuvo.

—Siéntate.

Se sentaron en la hierba. Los insectos se arrastraban delante de ellos, enormes, lentos, misteriosos. El individuo estaba de espaldas y apretaba todavía en su mano los cien inútiles francos. Los automóviles chirriaban como langostas y cantaban como grillos. Sarah tenía miedo.

—Es malo—dijo Pablo—. ¡Muy malo!

—Nadie es malo...—dijo Sarah apasionadamente.

—Entonces, ¿por qué se quería tu maleta?

—No se dice "por qué se quería". Por qué quería tu maleta.

—¿Por qué quería tu maleta?

—Tenía miedo—dijo Sarah.

—¿Qué esperamos?

—Que pasen los coches. Así podremos caminar por la carretera.

Veinticuatro kilómetros. El niño no podría caminar más de ocho. De pronto, Sarah subió a la carretera y agitó una mano. Los automóviles pasaban junto a ella y se sentía *vista* por ojos ocultos, por extraños ojos de moscas, de hormigas.

—¿Qué haces, mamá?

—Nada—dijo Sarah con amargura—. Tonterías.

Bajó de nuevo a la cuneta y tomó a Pablo de la mano. Contemplaron la carretera en silencio. La carretera y los caparazones que se arrastraban por encima de ella. Gien, veinticuatro kilómetros. Después de Gien, Nevers, Limoges, Burdeos, Hendaya. En Hendaya, los consulados, las gestiones, las humillantes esperas en las oficinas. Sería mucha suerte encontrar un tren para Lisboa. En Lisboa, sería un milagro encontrar un barco para Nueva York. ¿Y en Nueva York? Gómez no tiene dinero y tal vez vive con una mujer; sería la desdicha y la vergüenza hasta las últimas heces. Abrirá el cable y dirá: "¡Cristo!" Se volverá hacia una rubia metida en carnes y labios bestiales que estará fumando un cigarrillo y comentará: "Mi mujer viene. ¡Qué fastidio!" Después, irá al muelle. Habrá mucho agitar de pañuelos, pero él no agitará el suyo; contemplará la pasarela con expresión hosca. "¡Bah, bah! Si estuviera sola, no volverías a saber más nada de mí. Pero es necesario que viva para educar el hijo que me has hecho."

Los coches habían desaparecido y la carretera estaba ahora vacía. Por el otro lado de la carretera se extendían campos amarillentos y colinas. Pasó un hombre en bicicleta; estaba pálido, sudaba y pedaleaba furiosamente.

Miró a Sarah con desvarío y gritó sin detenerse:

—París está ardiendo. Bombas incendiarias.

—¿Cómo?

Pero el hombre se había incorporado ya al pelotón de los coches; Sarah le vio agarrarse a la trasera de un Re-

nault. París en llamas. ¿Para qué vivir? ¿Para qué proteger esta vida que apenas se iniciaba? ¿Para vagar de país en país, con amargura y miedo? ¿Para rumiar durante medio siglo la maldición que pesa sobre su raza? ¿Para morir a los veinte años en una carretera ametrallada, sosteniéndose los intestinos con las manos? Por el lado de tu padre, serás orgulloso, sensual y malo. Por el mío, serás judío. Sarah tomó a su hijo de la mano.

—¡Vamos! ¡Ven! ¡Es hora!

La multitud, densa, tenaz e implacable, había invadido la carretera y los campos. Era una inundación. No se oía otro ruido que el murmullo de las suelas que se arrastraban por la tierra. Sarah tuvo un momento de angustia y quiso huir a campo traviesa, pero se recobró, tomó a Pablo y, arrastrándolo, se dejó llevar. El olor. El olor de los hombres, cálido y rancio, de miseria, agrio, perfumado; el olor contra natura de los animales que piensan. Entre dos nucas rubicundas protegidas por sendos sombreros hongos, Sarah vio a lo lejos cómo huían los últimos coches, las últimas esperanzas. Pablo se echó a reír y la madre tuvo un sobresalto.

—¡Cállate!—dijo avergonzada—. No hay que reírse.

El chico seguía riéndose, sin ruido.

—¿Por qué te ríes?

—Es como en un entierro—explicó Pablo.

Sarah adivinaba los rostros y los ojos, a su derecha, a su izquierda, pero no tenía valor para mirarlos. Todos caminaban. Se obstinaban en caminar como ella se obstinaba en vivir. Los muros de polvo se levantaban y abatían sobre la multitud, pero nadie dejaba de caminar. Sarah, muy derecha, con la cabeza alta, fijaba su mirada muy lejos, entre las nucas, y repetía: "¡No me haré como ellos!" Pero, al cabo de cierto tiempo, esta marcha colectiva le penetró, subió de sus muslos a su vientre y comenzó a latir en su interior como un corazón forzado. El corazón de *todos*.

—¿Nos matarán los nazis si nos agarran?—preguntó Pablo de pronto.

—¡Cállate!—dijo Sarah—. No lo sé.
—¿Matarán a todos los que están aquí?
—Pero cállate, por favor. Te digo que no lo sé.
—Entonces, hay que correr.
Sarah apretó la mano del niño.
—No corras. Quédate aquí. No nos matarán.
A su izquierda había una respiración ronca. Sarah la estaba escuchando desde hacía cinco minutos, pero sin hacer caso. Esta respiración se infiltró en ella, se instaló en sus bronquios, se convirtió en *su* respiración. Volvió la cabeza y vio a una vieja de mechones grises, pegajosos por el sudor. Era una vieja de la ciudad, con mejillas muy blancas y grandes ojeras; estaba jadeante. Había vivido seguramente sesenta años en un patio de Montrouge, en una rebotica de Clichy; ahora, la habían lanzado a la carretera. Apretaba contra su costado un paquete de forma alargada; cada paso era una caída; caía de un pie sobre el otro y la cabeza caía al mismo tiempo. "¿Quién le ha aconsejado que salga a su edad? ¿Es que las gentes no tienen bastantes desdichas sin inventarlas?" La bondad subió a sus pechos como si fuera leche. "La ayudaré; me haré cargo de su paquete, su fatiga, sus penas." Sarah preguntó con dulzura:
—¿Está usted sola, señora?
La vieja no volvió siquiera la cabeza.
—¡Señora!—Sarah alzó su tono de voz—. ¿Está usted sola?
La vieja miró ahora con una expresión de recelo.
—Puedo llevarle su paquete—continuó Sarah. Esperó un instante; contemplaba el paquete con codicia. Y añadió, vehemente—: Démelo, se lo ruego; se lo llevaré mientras el niño pueda caminar.
—No doy mi paquete—dijo la vieja.
—Pero está usted agotada... No llegará a su destino...
La vieja le dirigió una mirada rencorosa y dio un paso de costado:
—No daré mi paquete a nadie.
Sarah suspiró y se calló. Su bondad sin empleo la in-

flaba como si fuera un gas. No quieren que se les quiera. Algunas cabezas se habían vuelto hacia ella y se puso encendida. No quieren que se les quiera; no tienen el hábito.

—¿Falta todavía mucho, mamá?

—Casi tanto como hace un momento—respondió Sarah con fastidio.

—Llévame, mamá.

Sarah se encogió de hombros. "Es pura comedia; está celoso porque he querido llevar el paquete de la vieja."

—Procura todavía caminar un poco.

—No puedo caminar más, mamá. Llévame.

Sarah soltó su mano, colérica. "Va a dejarme sin fuerzas y ya no podré ayudar a nadie." Se vería obligada a llevar al chiquillo como la vieja llevaba su paquete; se haría como los demás.

—Llévame—insistió Pablo, arrastrando los pies—. Llévame.

—No puedes estar cansado, Pablo—murmuró Sarah con severidad—. Acabas de bajar del coche.

El chiquillo comenzó a marchar con pasos breves y rápidos; su madre, levantada la cabeza, iba muy derecha, esforzándose por no pensar en él. Al cabo de un instante, lo miró de reojo y vio que estaba llorando. Lloraba sosegadamente, sin ruido, para sí; de cuando en cuando, levantaba sus puñitos para aplastar las lágrimas sobre sus mejillas. Sarah tuvo vergüenza y pensó: "Soy demasiado dura. Soy buena con todo el mundo por orgullo, y dura con él porque me pertenece." Se entregaba a todos, se olvidaba de sí misma y que era judía y una perseguida; se refugiaba en una gran caridad impersonal y, en momentos así, detestaba a Pablo, porque era carne de su carne y un reflejo de su raza. Puso su gran mano sobre la cabeza del chiquillo y pensó: "No es culpa tuya si tienes la cara de tu padre y la raza de tu madre." El jadeo de la vieja penetraba en sus pulmones. "No tengo derecho a ser generosa." Pasó la maleta a la mano izquierda y se agachó.

—Echame los brazos al cuello—dijo alegremente—. No me peses. ¡Upa! ¡Arriba!

Pablo pesaba; estaba ahora muy contento y sus lágrimas se secaban al sol. Sarah era ahora como los demás: un animal del rebaño; lenguas de fuego le lamían los bronquios cada vez que respiraba; un dolor agudo y nervioso le aserraba la espalda; un cansancio que no tenía nada de generoso ni deseado redoblaba en su pecho convertido en tambor. Era un cansancio de madre y de judía, *su* cansancio, *su* destino. La esperanza se desvaneció; jamás llegaría a Gien. Ni ella ni nadie. Nadie tenía esperanza: ni la vieja, ni las dos nucas protegidas por los sombreros hongos, ni la pareja que empujaba un tándem con las ruedas pinchadas. Pero la multitud nos ha aprisionado y, como la multitud avanza, avanzamos; ya no somos más que patas de este interminable gusano. ¿Para qué caminar cuando la esperanza ha muerto? ¿Para qué vivir?

Cuando empezaron a gritar, Sarah apenas se sorprendió; se detuvo, mientras las gentes se desbandaban, saltaban por los terraplenes, se tendían en el fondo de las cunetas... Dejó caer su maleta y quedó de pie en medio de la carretera, muy derecha, sola, desafiante... Oyó el runrún del cielo... Contemplaba a sus pies su sombra ya larga y apretaba a Pablo contra su pecho. Sus oídos se saturaron de estrépito; durante un instante, fue una muerta. Pero el ruido remitió y Sarah vio unos renacuajos nadando por las aguas del cielo. Las gentes salieron de las cunetas. Era preciso reanudar la vida, reanudar la marcha...

* * *

—A fin de cuentas—dijo Ritchie—, no ha sido muy malo. Nos ha invitado a almorzar y te ha dado cien dólares de adelanto.

—Sí, así es...—asintió Gómez.

Estaban en la planta baja del Modern Art Museum,

en la Sala de Exposiciones transitorias. Gómez daba la espalda a Ritchie y los cuadros; con la frente apoyada en la ventana, contemplaba el asfalto y el ralo césped del jardincillo. Sin volverse, dijo:

—Ahora, tal vez pueda pensar en algo que no sea el cocido.

—Tienes que estar muy satisfecho—indicó bondadosamente Ritchie.

Era una indicación discreta: has encontrado una buena colocación y estás perfectamente en el mejor de los nuevos mundos; conviene que manifiestes un entusiasmo edificante. Gómez dirigió a Ritchie por encima del hombro una mirada sombría. ¿Contento? Eres tú quien debes estarlo, pues ya no cargaré sobre tus espaldas.

Se sentía todo lo ingrato que podía sentirse.

—¿Satisfecho?—dijo—. Habría que verlo.

El rostro de Ritchie se endureció levemente:

—¿No estás satisfecho?

—Habría que verlo—repitió Gómez con sorna.

Volvió a apoyar su frente contra el cristal y contempló la hierba con una mezcla de ansia y asco. Hasta esta mañana, a Dios gracias, los colores lo habían dejado en paz; había sepultado los recuerdos de aquel tiempo en que vagaba por las calles de París, alucinado, lleno de orgullo ante su destino y repitiendo cien veces al día: Soy un pintor. Pero Ramón había dado el dinero y Gómez había bebido Chili White Wine y hablaba de Picasso por primera vez en tres años. Ramón había dicho: "Después de Picasso, no sé lo que puede hacer un pintor." Gómez había sonreído y replicado: "Yo, sí lo sé." En su corazón, se reanimó una llama seca. A la salida del restaurante tuvo la impresión de que había sido operado de cataratas. Todos los colores se encendieron al mismo tiempo, insinuantes y halagadores. Como en el 29, era el baile de la Redoute, el carnaval, la fantasía; las personas y las cosas se habían congestionado; el violeta de un vestido se hacía púrpura, la puerta roja de un *drug store* se transformaba en carmesí y los colores latían con

fuerza en los objetos como pulsos alocados. Eran impulsos y vibraciones que se hinchaban hasta la explosión; las cosas iban a romperse o caer de apoplejía. Todo gritaba y juraba a la vez; era la feria. Gómez se encogió de hombros; le devolvían los colores cuando había dejado de creer en su destino. "Sé muy bien lo que hay que hacer, pero será otro quien lo haga." Había tomado el brazo de Ritchie y apresurado el paso, con la mirada fija, pero los colores le asaltaban por los flancos y estallaban en sus ojos como ampollas de sangre y hiel. Ritchie lo había metido en el museo y ahora, allí, había aquel verde del otro lado del vidrio, un verde *natural,* no terminado, ambiguo, una secreción orgánica parecida a la miel, a la leche cruda. Era preciso *captar* un verde así, atraerlo, conducirlo a la incandescencia... ¿Qué puedo hacer, si ya no pinto más? Gómez suspiró: no se paga a un crítico de arte para que se ocupe de la estúpida hierba; ha de pensar sobre lo que piensan los demás. Detrás, los colores de los demás se extendían sobre las telas: extractos, esencias, pensamientos Estos colores habían tenido la suerte de triunfar; habían sido hinchados y llevados al límite extremo de sí mismos; habían cumplido su destino y ya no quedaba más que conservarlos en un museo. Los colores de los demás; en adelante, tal será tu suerte.

—Vamos—dijo—, necesito ganarme esos cien dólares.

Se volvió. Cincuenta obras de Maudrian en los muros blancos de esta clínica... Pintura esterilizada en una sala con aire acondicionado. Nada de sospechoso. Se estaba al abrigo de los microbios y las pasiones. Gómez se acercó a un cuadro y lo examinó durante mucho tiempo. Ritchie observaba el rostro de su amigo y sonreía por adelantado.

—No me dice nada—declaró Gómez.

Ritchie se puso serio, pero se mostró muy comprensivo.

—Desde luego—dijo con tacto—. No pueden volver las cosas en seguida. Tienes que ponerte de nuevo al tanto.

—¿Al tanto?—repitió Gómez con irritación—. No al tanto de *esto.*

Ritchie se volvió hacia el cuadro. Sobre un fondo gris, había una vertical negra cruzada por dos trazos horizontales; el extremo izquierdo del trazo superior, soportaba un disco azul.

—Yo creía que Maudrian te gustaba.

—También yo lo creía—dijo Gómez.

Se detuvieron delante de otro cuadro; Gómez lo contempló y trató de *acordarse.*

—¿Es verdaderamente necesario que escribas acerca de esto?—preguntó Ritchie con inquietud.

—Necesario, no. Pero Ramón quiere que le dedique mi primer artículo. Creo que piensa que eso da dignidad a las cosas.

—Ten prudencia—observó Ritchie—. No empieces con una crítica violenta.

—¿Por qué no?—preguntó Gómez, muy crispado.

Ritchie sonrió con ironía bonachona.

—Se ve que no conoces al público norteamericano. Ante todo, quiere que no lo asusten. Procura hacerte primeramente un nombre; di cosas sencillas y de buen sentido y dilas agradablemente. Y si quieres atacar a alguien, elige a otro, no a Maudrian. Es nuestro Dios.

—¡Diablos!—exclamó Gómez—. El hombre no plantea ningún problema.

Ritchie meneó la cabeza e hizo chasquear la lengua varias veces en señal de desaprobación.

—Plantea muchos problemas—dijo.

—Pero no problemas que fastidien.

—¡Ah!—dijo Ritchie—. ¿Te refieres a problemas sobre el sexo, el sentido de la vida o el pauperismo? Ya sé que has estudiado en Alemania. La *Gründlichkeit,* ¿verdad?—añadió dando una palmada a su amigo en la espalda—. ¿No crees que eso está un poco pasado de moda?

Gómez no contestó.

—Mi opinión—continuó Ritchie—es que el arte no

está hecho para plantear problemas fastidiosos. Imagínate que alguien venga a preguntarme si yo he deseado a mi madre... Le pondré en la puerta, a menos que se trate de un investigador científico. Esto supuesto, no veo por qué los pintores han de poder interrogarme públicamente sobre mis complejos. Yo soy como todo el mundo—añadió en tono conciliador—; tengo mi problema. Pero, si mi problema me acosa, no voy al Museo: telefoneo al psicoanalista. Cada cual con su oficio; el psicoanalista me inspira confianza porque ha comenzado por hacerse psicoanalizar. Mientras los pintores no hagan otro tanto, hablarán de todo a tontas y a locas y yo les pediré que no me pongan frente a frente conmigo mismo.

—¿Qué es lo que tú les pides?—preguntó Gómez distraídamente.

Contemplaba el cuadro con encarnizamiento melancólico. Y pensaba: "Es agua clara."

—Les pido inocencia—dijo Ritchie—. Esta pintura...

—¿Qué?

—Es seráfica—continuó Ritchie con éxtasis—. Nosotros, los norteamericanos, queremos pintura para gentes felices o que tratan de serlo.

—Yo no soy feliz—dijo Gómez—, y sería un puerco si tratara de serlo cuando todos mis compañeros están en la cárcel o han sido fusilados.

Ritchie dejó oír un nuevo chasquido de lengua.

—Amigo—dijo—, comprendo muy bien tus inquietudes. El fascismo, la derrota de los aliados, España, tu mujer, tu chiquillo... ¿Qué más? Pero conviene que de cuando en cuando te olvides de todo eso...

—¡Ni un segundo!—replicó Gómez—. ¡Ni un segundo!

Ritchie enrojeció un poco.

—¿Qué pintabas entonces?—preguntó dolido—. ¿Huelgas? ¿Matanzas? ¿Capitalistas de chistera? ¿Soldados disparando contra el pueblo?

Gómez sonrió.

—Mira, yo nunca he tenido mucha fe en el arte revolucionario. Y, ahora, no creo en él en absoluto.
—¿Y entonces?—replicó Ritchie—. Estamos completamente de acuerdo.
—Tal vez sea así. Pero yo me pregunto al mismo tiempo si no he dejado de creer en el arte a secas.
—¿Y en la Revolución a secas?
Gómez no respondió y Ritchie volvió a sonreír.
—Resultáis muy divertidos los intelectuales europeos. Tenéis un complejo de inferioridad respecto a la acción.
Gómez se volvió bruscamente y tomó a Ritchie del brazo.
—Ven... Ya he visto lo suficiente. Sé a mi Maudrian de memoria y podré pergeñar un artículo. Subamos.
—¿Adónde?
—Al primero. Quiero ver a los otros.
—¿Qué otros?
Cruzaron las tres salas de exposición. Gómez empujaba a Ritchie sin mirar nada.
—¿Qué otros?—repitió Ritchie de mal humor.
—Todos los demás. Klee, Rouault, Picasso. Todos los que plantean problemas fastidiosos.
Estaban al pie de las escaleras. Gómez se detuvo. Miró a Ritchie con perplejidad, casi con timidez.
—Son los primeros cuadros que veo desde mil novecientos treinta y seis.
—¡Desde mil novecientos treinta y seis!—repitió Ritchie estupefacto.
—Fue ese año cuando partí para España. Yo hacía grabados en cobre por aquella época. Hay uno que no tuve tiempo de acabar, quedó sobre mi mesa.
—¡Desde mil novecientos treinta y seis! Pero, ¿y en Madrid? ¿Los lienzos del Prado?
—Embalados, escondidos, dispersos...
Ritchie meneó la cabeza.
—Has tenido que sufrir mucho...
Gómez rió groseramente.
—No.

El asombro de Ritchie tenía matices de reproche.

—Personalmente—dijo el norteamericano—, no he tomado jamás un pincel en mis manos. Pero es *necesario* que vaya a todas las exposiciones. Me es indispensable. ¡Cómo un pintor puede estar cuatro años sin ver un cuadro?

—Espera...—dijo Gómez—. Espera un poco... Dentro de un minuto, sabré si soy todavía un pintor.

Subieron y entraron en una sala. Sobre la pared de la izquierda había un Rouault, rojo y azul. Gómez se situó delante del cuadro.

—Es un rey mago—dijo Ritchie.

Gómez no contestó.

—A mí Rouault no me gusta mucho—observó Ritchie—. A ti, en cambio, tiene que gustarte.

—¡Cállate, por favor!—Gómez continuó en contemplación unos instantes y acabó bajando la cabeza—. ¡Vámonos!—dijo.

—Si te gustan los Rouault—indicó Ritchie—, hay al fondo uno que juzgo mucho más bonito.

—No vale la pena—declaró Gómez—. Me he vuelto ciego.

Ritchie miró a su amigo y entreabrió la boca, pero no dijo nada. Gómez se encogió de hombros.

—Hubiera sido necesario no haber hecho fuego contra los hombres...

Bajaron. Ritchie iba muy tieso y serio, con un aire de circunstancias. "Me cree un sospechoso", pensó Gómez. Ritchie era un ángel, desde luego; cabía leer en sus ojos claros la obstinación de los ángeles. Sus tatarabuelos, que también habían sido ángeles, habían quemado brujas en las plazas de Boston. "Sudo, soy pobre, tengo ideas turbias, ideas de Europa; los ángeles de Norteamérica acabarán por quemarme." Allá, los campos; aquí, la pira. No había más que elegir.

Habían llegado junto al mostrador de venta, cerca de la entrada. Gómez hojeó distraídamente un álbum de reproducciones. El arte es optimista.

—Hemos llegado a hacer fotografías magníficas—dijo Ritchie—. Mira estos colores... Es exactamente el cuadro. Un soldado muerto y una mujer que llora; reflejos en un corazón sereno. El arte es optimista: el dolor está justificado, pues sirve para crear belleza. Yo *no estoy* sereno; yo *no quiero* justificar el dolor que he visto. París... Gómez se volvió bruscamente hacia Ritchie.

—Si la pintura no *es todo,* es una tontería.

—¿Cómo dices?

Gómez cerró el álbum con violencia.

—No se puede pintar el Mal.

La desconfianza había helado la mirada de Ritchie; el norteamericano contemplaba a Gómez con un aire aldeano. De pronto, rió amablemente y hundió un dedo entre las costillas de su amigo.

—¡Comprendo, muchacho! Cuatro años de guerra... Necesitas reeducarte.

—No vale la pena—replicó Gómez—. Estoy a punto para ser crítico.

Hubo un silencio. Después, Ritchie dijo muy deprisa:

—¿No sabes que hay un cine en el sótano?

—Nunca he estado aquí.

—Proyectan obras clásicas y documentales.

—¿Quieres ir?

—Debo quedarme. Tengo una cita a las cinco, a siete manzanas de aquí.

Se acercaron a una cartelera de laca y leyeron el programa.

—*La caravana hacia el Oeste*... La he visto tres veces —dijo Ritchie—. Pero la extracción de diamantes en el Transvaal puede resultar interesante. ¿Vienes?—añadió sin mucho afán.

—No me gustan los diamantes—dijo Gómez.

Ritchie se mostró aliviado. Sonrió ampliamente y dio a Gómez una palmada en la espalda.

—*See you again*—dijo, como si recobrara al mismo tiempo su lengua natal y su libertad.

"Sería el momento de darle las gracias", pensó Gó-

mez. Pero no supo decir una palabra. Estrechó la mano de su amigo en silencio.

Fuera, estaba el pulpo; mil ventosas lo chuparon, el agua salía de todos sus poros y empapó instantáneamente su camisa. Alguien pasaba una hoja al rojo blanco por delante de sus ojos. ¡No importa, no importa! Estaba contento porque acababa de abandonar el Museo; el calor era un cataclismo, pero era verdadero. Y era verdadero el salvaje cielo indio al que las puntas de los rascacielos empujaban a mayor altura que la de cualquier cielo de Europa; Gómez marchaba entre verdaderas casas de ladrillo, demasiado feas para que nadie pensara en pintarlas. Aquel alto edificio distante parecía, como las barcas de Claude Lorrain, un leve pincelazo sobre la tela, pero era verdadero y las barcas de Claude Lorrain no lo eran. Los cuadros son sueños... Gómez pensaba en aquella aldea de Sierra Madre donde se habían batido durante todo el día; sobre la carretera, había un rojo verdadero. "No volveré a pintar jamás", decidió con una amarga satisfacción. A este lado del vidrio, *aquí* precisamente, *aquí,* aplastado contra el espesor de este horno, sobre *esta* acera ardiente, la Verdad levantaba a su alrededor sus altas murallas y cerraba todas las brechas del horizonte. Fuera de este calor y de estas piedras, no había en el mundo más que sueños. Dobló al llegar a la Séptima Avenida; la multitud avanzaba sobre él como una marea, con olas que llevaban en sus crestas gavillas de ojos brillantes y muertos. La acera temblaba y los recalentados colores le salpicaban; la multitud despedía vapores como un trapo húmedo al sol; sonrisas y ojos, *not to grin is a sin;* ojos vagos o precisos, vivos o lentos, todos muertos. Intentó continuar la comedia: hombres verdaderos... Pero no, era imposible... Todo restallaba en sus manos y su alegría se extinguió; los ojos de todos eran como los de los cuadros. ¿Saben acaso que París ha caído? ¿Piensan en eso? Caminaban con el mismo rápido paso y la espuma blanca de sus miradas le tocaba levemente al cruzarse con cada uno... "No son los ver-

daderos; son sosias", pensó. ¿Dónde están los verdaderos? No importa, pero, desde luego, no aquí. "Nadie está aquí de verdad; ni yo siquiera." El sosia de Gómez había tomado el autobús, leído el periódico, sonreído a Ramón, hablado de Picasso y contemplado los Maudrian. Yo recorría París... La Rue Royale está desierta, la Plaza de la Concordia está desierta... Una bandera alemana ondea sobre la Cámara de Diputados, un regimiento de S. S. pasa bajo el Arco de Triunfo, el cielo está tachonado de aviones... Los muros de ladrillos se derrumbaron, la multitud se hundió bajo tierra y Gómez caminó solo por París. Por París, por la verdad, la *sola* Verdad; por la sangre, por el odio, por el fracaso y por la muerte. "¡Cochinos franceses!", murmuró, apretando los puños. "No han sabido resistir y han corrido como conejos. Lo sabía... Sabía que estaban perdidos." Dobló hacia la derecha, entró en la calle 56 y se detuvo delante de un bar-restaurante francés: *A la petite Coquette*. Contempló la fachada roja y verde, vaciló un instante y empujó la puerta: quería ver qué cara ponían los franceses.

En el interior había poca luz y se sentía hasta casi fresco; las cortinas estaban corridas y las luces encendidas.

Gómez se alegró de encontrar de nuevo la luz artificial. La sala del fondo, hundida en las sombras y el silencio, era el restaurante. En el bar estaba sentado un hombrachón con el pelo recortado como un cepillo y la mirada fija tras unos lentes; de cuando en cuando dejaba caer la cabeza hacia adelante, pero la levantaba de nuevo en seguida, con mucha dignidad. Gómez se sentó en uno de los taburetes del bar. Conocía un poco al barman.

—Un *scotch* doble—dijo en francés—. ¿Tiene usted un diario de hoy?

El barman sacó de un cajón el *New York Times* y se lo entregó. Era un joven rubio de aspecto triste y serio; cabía tomarlo por un francés de Lille si no fuera por su acento borgoñón. Gómez simuló recorrer el *Times*, y

repentinamente levantó la cabeza. El barman le miraba con expresión aburrida.

—No son muy buenas las noticias, ¿verdad?—dijo Gómez.

El barman asintió con un movimiento de cabeza.

—París ha caído—continuó Gómez.

El barman emitió un sonido melancólico, llenó un vasito de whisky y vertió el contenido en un vaso grande; repitió la operación y empujó el vaso grande hacia Gómez. El norteamericano de los lentes los miró durante un instante con ojos vidriosos y después inclinó levemente la cabeza, como si les saludara.

—¿Soda?

—Sí.

Gómez, sin desanimarse, insistió:

—Creo que Francia está perdida.

El barman suspiró sin responder y Gómez, con alegría cruel, se dijo que el hombre se sentía demasiado desdichado para hablar. Casi cariñosamente, continuó:

—¿No lo cree usted así?

El barman vertía el agua gaseosa en el vaso de Gómez, quien no apartaba la vista de aquel rostro lunar y compungido. En el momento oportuno, le diría: "¿Qué han hecho ustedes por España? ¡Bien; ahora es a ustedes a quienes toca bailar!"

Pero el barman levantó la vista y el dedo; habló bruscamente con una voz gruesa, lenta y pacífica, un tanto nasal, con un fuerte acento borgoñón.

—Todo se paga—dijo.

Gómez repitió con sorna:

—Sí, todo se paga.

El barman paseó su dedo por el aire, por encima de la cabeza de Gómez; era un cometa anunciando el fin del mundo. El hombre no parecía muy desgraciado.

—Francia—continuó—va a saber lo que cuesta abandonar a sus aliados naturales.

"¿Qué es esto?", pensó Gómez. El triunfo insolente y

rencoroso con que pensaba iluminar su rostro acababa de verlo asomado en los ojos del barman.

Comenzó a tantearlo con prudencia.

—Cuando Checoslovaquia...

El barman se encogió de hombros y le interrumpió.

—¡Checoslovaquia!—repitió con desprecio.

—¡Sí!... ¿Qué?—dijo Gómez—. ¿No la abandonaron acaso?

El barman sonrió.

—Señor—dijo—, bajo el reinado de Luis el Bienamado, Francia no podía ya cometer error alguno.

—¡Ah!—exclamó Gómez—. ¿Usted es canadiense?

—Soy de Montreal—dijo el barman.

—Debió usted haberlo dicho.

Gómez dejó el diario sobre el mostrador. Al cabo de un momento, preguntó:

—¿No vienen nunca franceses por aquí?

El barman señaló con su índice un punto a espaldas de Gómez. Este se volvió: sentado a una mesa cubierta con un mantel blanco, un anciano soñaba delante de un diario. Era un verdadero francés, con un rostro apretado, lleno de surcos, de ojos brillantes y duros y un bigote gris. Junto a los hermosos carrillos norteamericanos del hombre de los lentes, aquellas mejillas parecían con absoluta exactitud talladas en una materia pobre. Un *verdadero* francés, con una verdadera desesperación en el alma.

—¡Vaya!—dijo Gómez—. No me había fijado en él.

—Ese señor es de Roanne—dijo el barman—. Es un cliente.

Gómez bebió su whisky de un trago y saltó al suelo. "¿Qué han hecho ustedes por España?" El viejo le vio acercarse sin revelar asombro. Gómez se plantó delante de la mesa y contempló con avidez el arrugado rostro.

—¿Es usted francés?

—Sí—dijo el viejo.

—Le ofrezco un trago.

—Gracias. No es el día...

La crueldad hizo latir el corazón de Gómez con violencia.

—¿Por esto?—preguntó el español, poniendo el dedo en el titular del diario.

—Por eso.

—Por esto es por lo que yo le ofrezco un trago. He vivido en Francia durante diez años y mi mujer y mi hijo todavía están allí. ¿Whisky?

—Sin soda, entonces.

—Un *scotch* sin soda y otro con ella—pidió Gómez.

Se callaron. El norteamericano de los lentes había girado sobre su taburete y les contemplaba silenciosamente. De pronto, el viejo preguntó:

—Por lo menos, usted no será italiano, ¿verdad?

Gómez sonrió:

—No. No soy italiano.

—Los italianos son unos puercos—sentenció el viejo.

"¿Y los franceses?" Gómez reconquistó su voz amable para preguntar:

—¿Tiene usted allí familia?

—En París, no. Mis sobrinos viven en Moulins—el viejo contempló a Gómez con atención—. Se ve que usted no lleva mucho tiempo aquí.

—¿Y usted?—indagó Gómez.

—Me establecí aquí el noventa y siete. No es un grano de anís—y el viejo añadió—: No me gustan.

—¿Por qué se queda entonces?

El viejo se encogió de hombros.

—Gano dinero—dijo.

—¿Es usted comerciante?

—Peluquero. Mi peluquería está a dos manzanas de aquí. Cada tres años pasaba dos meses en Francia. Debía haber ido este año, y mire ahora...

—Así es.

—Desde que abrí hoy mi negocio—continuó el viejo—, han venido cuarenta clientes. Hay días así. Y querían todo: barba, corte de pelo, lavado, masajes eléctricos... Tal vez crea usted que me han hablado de mi país...: ¡Pam-

plinas! Leían sus periódicos en silencio y yo veía los títulos mientras los afeitaba. Había allí clientes de hace veinte años que no me dijeron nada. Si no les he cortado, es que han tenido suerte; mi mano temblaba. Finalmente, he dejado el trabajo y venido aquí.

—Les importa un comino—dijo Gómez.

—No es eso exactamente, pero no encuentran la palabra amable. París es un nombre que les dice algo. Pero por eso no hablarán; precisamente, porque es algo que les conmueve. Son así.

Gómez se acordaba de la multitud de la Séptima Avenida.

—¿Cree usted entonces que todos esos tipos de la calle piensan en París?

—En cierto sentido, sí. Pero, sabe, no piensan del mismo modo que nosotros. Para el norteamericano, pensar en algo que le fastidie consiste en esforzarse en no pensar en ello.

El barman trajo los vasos. El viejo tomó el suyo y lo levantó.

—Bueno...—dijo—. A su salud...

—A la suya.

El viejo sonrió tristemente.

—En realidad, uno no sabe qué puede desearse, ¿verdad?—tras una breve reflexión, el viejo continuó—: Sí, bebo por Francia. ¡Por Francia, pese a todo!

Gómez no quería beber por Francia.

—¡Por la entrada de los Estados Unidos en la guerra!

El viejo rió brevemente.

—Si es por eso, se puede quedar sentado.

Gómez vació su vaso y se volvió hacia el barman.

—Lo mismo.

Tenía necesidad de beber. Hacía un instante, se había creído el único en preocuparse por Francia; la caída de París era asunto *suyo;* a la vez, una desgracia para España y un justo castigo para los franceses. Ahora, sabía que el acontecimiento se cernía sobre el bar y, en forma más o menos vaga y abstracta, sobre aquellos seis millo-

nes de almas. La cosa resultaba casi insoportable; había roto sus lazos personales con París y ya no era más que un emigrado de cuño reciente, atravesado, como tantos otros, por una obsesión colectiva.

—No sé—dijo el viejo—si usted me comprenderá, pero yo llevo viviendo aquí más de cuarenta años y esta es la primera vez que me siento verdaderamente un extranjero. Les conozco y no me hago ilusiones, se lo juro. Pero, de todos modos, creía que encontraría alguien que me estrechara la mano o me dijera algo—sus labios comenzaron a temblar y repitió—: Clientes de hace veinte años...

"Es un francés", se decía Gómez. "Uno de esos que nos llamaban Frente Crapular." Pero no conseguía alegrarse. "Es demasiado viejo", decidió. El viejo miraba el vacío y, sin mucha fe, dijo:

—Mire, tal vez sea por discreción.

—¡Hum!—gruñó Gómez.

—Es posible—insistió el viejo—. Es muy posible. Todo es posible en ellos—y, con el mismo tono, continuó—: Tenía una casa, en Roanne. Pensaba retirarme allí. Ahora, reventaré aquí, se lo aseguro. Esto cambia el aspecto de todo.

"*Claro que sí, claro que sí,* reventarás aquí", pensaba Gómez. Volvió la cabeza, tenía ganas de marcharse. Pero se recobró, enrojeció bruscamente, miró con fijeza al viejo y preguntó con voz que silbaba:

—¿Era usted partidario de la intervención en España?

—¿Qué intervención?—preguntó el viejo estupefacto. Contempló a Gómez con interés—. ¿Es usted español?

—Sí.

—También ustedes han tenido sus desdichas.

—Los franceses no nos han ayudado mucho—observó Gómez con una voz sin pasión.

—No. Y, mire, los norteamericanos no nos ayudan. Las personas y los países son iguales. Cada uno mira únicamente para sí.

—Sí—asintió Gómez—. Cada uno para sí.

No levantó un dedo para defender a Barcelona y, ahora Barcelona ha caído. París ha caído y los dos estamos en el destierro, en las mismas condiciones. El mozo puso los vasos sobre la mesa. Los dos los tomaron al mismo tiempo, sin dejar de mirarse.

—Bebo por España—dijo el viejo.

Gómez vaciló y dijo finalmente entre dientes:

—Bebo por la liberación de Francia.

Se callaron. Era algo lamentable: dos viejos muñecos rotos en el fondo de un bar neoyorquino. ¡Bebían por Francia, por España! ¡Qué desdicha! El viejo dobló cuidadosamente su periódico y se levantó.

—Tengo que volver a la peluquería. La última ronda me corresponde.

—No—dijo Gómez—. No, no. Barman, todo corre por mi cuenta...

—Gracias, entonces.

El viejo avanzó hacia la puerta y Gómez observó que cojeaba. "Pobre viejo", pensó.

—Sírvame lo mismo—dijo al barman.

El norteamericano descendió de su taburete y se dirigió vacilante hacia Gómez.

—Estoy borracho—dijo.

—¡Ah!

—¿No lo había observado?

—No, como puede usted comprender.

—¿Y sabe usted por qué estoy borracho?

—Me importa un comino—dijo Gómez.

El norteamericano dejó escapar un eructo sonoro y se dejó caer sobre la silla que el viejo acababa de dejar.

—Porque los hunos se han apoderado de París...—declaró. Su rostro se ensombreció—. Es la peor noticia desde mil novecientos veintisiete—añadió.

—¿Qué pasó en mil novecientos veintisiete?

El norteamericano se llevó un dedo a los labios.

—Sss...—dijo—. Asunto personal.

Apoyó la cabeza sobre la mesa y pareció dormirse. El barman abandonó el mostrador y se acercó a Gómez.

—Guárdelo dos minutos—dijo—. Es su hora; voy a buscarle un taxi.

—¿Quién es este tipo?—preguntó Gómez.

—Trabaja en Wall Street.

—¿Es verdad que se ha emborrachado por la caída de París?

—Si lo dice, será verdad. Pero la semana última fue por los acontecimientos de la Argentina y la anterior a causa de la catástrofe de Salt Lake City. Se emborracha todos los sábados, pero jamás sin motivo.

—Es demasiado sensible—dijo Gómez.

El barman salió rápidamente. Gómez colocó su cabeza entre sus manos y contempló la pared; veía claramente el grabado que había dejado sobre la mesa. Hubiera hecho falta una masa oscura en la izquierda para equilibrio. Un matorral, tal vez. Sí, un matorral. Veía de nuevo el grabado, la mesa, la amplia ventana... Y se echó a llorar.

DOMINGO 16 DE JUNIO

—¡Ahí, ahí! Justo encima de los árboles.

Mathieu dormía y la guerra estaba perdida. Estaba perdida hasta el fondo de su sueño. La voz lo despertó con un sobresalto: estaba tendido de espaldas, con los ojos cerrados y los brazos pegados al cuerpo. Y la guerra estaba perdida. No se acordaba muy bien en dónde se encontraba, pero sabía que habían perdido la guerra.

—¡A la derecha!—dijo Charlot con excitación—. Justo encima de los árboles, como te digo. ¿Es que no tienes ojos?

Mathieu oyó la voz lenta de Nippert.

—¡Ah, ah! Es eso... Es eso...

¿Dónde estamos? Sobre la hierba. Ocho hombres de ciudad en el campo, ocho civiles de uniforme, envueltos por parejas en mantas del ejército, acostados sobre una lona de carpa en medio de una huerta. Hemos perdido la guerra, nos la habían confiado y la hemos perdido.

Se les había escurrido entre los dedos y había ido a perderse en algún sitio del Norte, con estrépito.

—¡Ah! Es eso... Es eso...

Mathieu abrió los ojos y vio el cielo; era gris perla, sin nubes, sin fondo, solo una ausencia. Se estaba formando lentamente una mañana; una gota de luz que iba a caer sobre la tierra e inundarla de oro. Los alemanes están en París y hemos perdido la guerra. Un comienzo, una mañana. La primera mañana del mundo, como todas las mañanas; todo estaba por hacer, todo el porvenir estaba en los cielos. Sacó una mano de debajo de la manta y se rascó la oreja; es el porvenir de los otros. En París, los alemanes dirigían la vista al cielo y leían su victoria y las consecuencias de su victoria. "Yo, ya no tengo porvenir." La seda de la mañana le acariciaba el rostro, pero sentía en su cadera derecha el calor de Nippert y en su muslo izquierdo el calor de Charlot. Había por delante años que era preciso vivir, que era preciso matar. Esta jornada triunfal que se anunciaba, rubio viento matutino en los álamos, sol de mediodía en los trigales, perfume de la tierra recalentada al anochecer, tendría que ser muerta por partes, minuto por minuto; llegada la noche, los alemanes nos harán prisioneros. El zumbido se hizo más intenso y Mathieu vio el avión en el sol naciente.

—Es un macarroni—dijo Charlot.

Las voces adormiladas dirigieron insultos al cielo. Estaban habituados a la escolta descuidada de los aviones alemanes, a una guerra cínica, parlera e inofensiva; era *su* guerra. Los italianos no seguían las normas del juego y dejaban caer bombas.

—¿Un macarroni? ¡Nada de eso!—dijo Lubéron—. ¡Hay que oír la regularidad de ese motor! Es un Messerschmidt, sí, señor. Modelo treinta y siete.

Hubo un alivio bajo las mantas; los rostros, un poco vueltos, sonreían al avión alemán. Mathieu oyó unas detonaciones apagadas y se formaron en el cielo cuatro nubecillas redondas.

—¡Cabritos!—exclamó Charlot—. Están tirando contra los alemanes...

—Van a hacer que nos maten—dijo Longin con irritación.

Y Schwartz añadió con desdén:

—Esos no han comprendido todavía.

Hubo otras dos detonaciones, y dos nubes algodonosas y oscuras aparecieron sobre los álamos.

—¡Cabritos!—repitió Charlot—. ¡Cabritos!

Pinette se apoyaba en su codo. Su fino rostro de parisiense estaba sonrosado y fresco. Miraba a sus compañeros con desprecio.

—Están cumpliendo su obligación—dijo secamente.

Schwartz se encogió de hombros.

—¿Para qué sirve eso ahora?

La D. C. A. se había callado; las nubecillas se desvanecían y solo se oía ahora un runrún glorioso y regular.

—Ya no lo veo—dijo Nippert.

—Sí, sí, allí, en la punta de mi dedo.

Salió de la tierra una legumbre blanca que señaló al avión: Charlot se acostaba desnudo bajo las mantas.

—Quédate quieto—dijo el sargento Pierné con voz inquieta—. Vas a hacer que nos descubran.

—¡Qué tontería! A esta hora, nos toman por coliflores.

Sin embargo, Charlot metió su brazo cuando el avión pasó por encima de su cabeza. Todos siguieron al aparato con los ojos. Sonreían a este rutilante trocito de sol. Era una distracción matinal, el primer acontecimiento del día.

—Está dando un paseo como aperitivo—dijo Lubéron.

Eran ocho que habían perdido la guerra: cinco amanuenses, dos observadores y un meteorólogo. Se habían acostado en medio de los nabos y las zanahorias. Habían perdido la guerra como se pierde el tiempo: sin darse cuenta de ello. Ocho: Schwartz, el fontanero; Nippert, el empleado de banco; Longin, el recaudador de impuestos; Lubéron, el gestor de negocios; Charlot Wroclaw, sombrillas y paraguas; Pinette, inspector en la T. C. R. P.,

y los dos profesores, Mathieu y Pierné. Se habían aburrido durante nueve meses, unas veces en los pinares y otras en los viñedos. Un buen día, una voz de Burdeos les había anunciado su derrota y habían comprendido que era su propia culpa. Una mano torpe tocó la mejilla de Mathieu. Este se volvió hacia Charlot.

—¿Qué quieres, chiquito?

Charlot se había colocado de costado. Mathieu veía aquellos carrillos encendidos y aquella boca grande.

—Me gustaría saber...—dijo Charlot en voz baja—. ¿Nos iremos hoy?

En el rostro alegre, la angustia revoloteaba sin conseguir posarse en parte alguna.

—¿Hoy? No lo sé.

Habían abandonado Morsbronn el doce; se había producido esta desordenada carrera y, de pronto, esta detención.

—¿Qué cuernos hacemos aquí? ¿Puedes decírmelo?

—Dicen que se espera a la infantería.

—Si los pipiolos no saben salir del atolladero, no es motivo para que nos dejemos emplumar con ellos—y, con modestia, Charlot añadió—: Soy judío, ¿comprendes? Y mi apellido es polaco.

—Lo sé—dijo Mathieu melancólicamente.

—Callaos—ordenó Schwartz—. Escuchad...

Se oía un trueno apagado y continuo. La víspera y la antevíspera había durado desde el alba hasta la noche. Nadie sabía quién hacía fuego y contra qué.

—Deben de ser las seis, poco más o menos—dijo Pinette—. Ayer, comenzaron a las cinco y cuarenta y cinco.

Mathieu levantó su muñeca hasta ponerla delante de sus ojos para consultar su reloj.

—Son las seis y cinco.

—Las seis y cinco—repitió Schwartz—. Me asombraría que nos fuéramos hoy—bostezó—. Bueno, un día más en este poblacho.

El sargento Pierné también bostezó.

—Bueno, tendremos que levantarnos—dijo.

—Sí—asintió Schwartz—. Tendremos que levantarnos.

Nadie se movió. Pasó junto a ellos, a toda prisa, zigzagueando, un gato. Se colocó de pronto al acecho y parecía dispuesto a saltar; después, olvidando su proyecto, se dejó despreocupadamente. Mathieu se había apoyado sobre el codo y lo siguió con la mirada. Vio de pronto un par de piernas zambas con polainas caqui, y levantó la cabeza: el teniente Ulmann se había plantado delante de ellos y, cruzado de brazos, les observaba enarcando las cejas. Mathieu advirtió que el oficial no se había afeitado.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Pero, ¿qué hacen ustedes aquí? ¿Han perdido el juicio? ¿Quieren decirme qué hacen ustedes aquí?

Mathieu esperó unos instantes y, como nadie contestaba, dijo sin levantarse:

—Hemos preferido dormir al aire libre, mi teniente.

—¡Miren esto! ¡Con los aviones enemigos sobrevolando toda la zona! Nos puede costar muy cara la preferencia de ustedes. Pueden ser la causa de que bombardeen la división.

—Los alemanes saben perfectamente que estamos aquí, pues hemos hecho todos nuestros desplazamientos en pleno día—dijo Mathieu pacientemente.

El teniente pareció no haberle oído.

—Se lo había prohibido—dijo—. Les había prohibido que abandonaran la granja. ¿Y qué significa eso de quedarse recostados delante de un superior?

Hubo una leve agitación indolente en el suelo y los ocho hombres se sentaron sobre las mantas, con ojos que parpadeaban de sueño. Charlot, que estaba desnudo, colocó un pañuelo sobre su sexo. Hacía frío. Mathieu tuvo un escalofrío y buscó su guerrera a su alrededor para echársela sobre los hombros.

—Y también está usted aquí, Pierné... ¿No le da vergüenza, siendo un mando? Debería usted dar el ejemplo.

Pierné frunció los labios sin responder.

—¡Increíble!—exclamó el teniente—. Vamos, ¿quieren explicarme por qué han abandonado la granja?

Hablaba sin convicción, con una voz a la vez violenta y cansada; tenía ojeras y había perdido su buen color.

—Teníamos demasiado calor, mi teniente. No podíamos dormir.

—¿Demasiado calor? ¿Qué necesitan ustedes? ¿Un dormitorio con aire acondicionado? Esta noche irán a dormir a la escuela, con los demás. ¿Es que no saben ustedes que estamos en guerra?

Longin hizo un ademán con la mano.

—La guerra ha terminado, mi teniente—dijo, con una sonrisa extraña.

—No ha terminado. Debería darle vergüenza decir que ha terminado cuando hay muchachos que se hacen matar a treinta kilómetros de aquí para protegernos.

—¡Pobres!—observó Longin—. Les ordenan que se hagan matar mientras firman el armisticio...

El teniente se puso muy encendido.

—En todo caso, ustedes son todavía soldados. Mientras no los envíen a sus casas, serán soldados y obedecerán a sus jefes.

—¿También en el campo de prisioneros?—preguntó Schwartz.

El teniente no contestó; contemplaba a los soldados con una timidez desdeñosa. Los hombres le devolvían la mirada sin impaciencia ni turbación; apenas disfrutaban del nuevo placer de sentirse intimidantes. Al cabo de un instante, el teniente se encogió de hombros y giró sobre sus talones.

—Háganme el favor de vestirse en seguida—dijo por encima del hombro.

Se alejó muy derecho, con paso de baile. "Su último baile", pensó Mathieu. "Dentro de unas horas, los pastores alemanes nos empujarán a todos hacia el Este, en rebaño, sin distinción de grados." Schwartz bostezó y lloró; Longin encendió un cigarrillo; Charlot arrancaba la hierba a puñados a su alrededor. Todos tenían miedo de levantarse.

—¿Habéis visto?—dijo Lubéron—. Ha dicho que esta

noche dormiremos en la escuela. Luego, no nos vamos hoy.

—Lo ha dicho por decir—observó Charlot—. No sabe más que nosotros.

El sargento Pierné hizo explosión:

—Entonces, ¿quién sabe?—preguntó—. ¿Quién sabe?

Nadie contestó. A poco, Pinette se levantó.

—¿Vamos a lavarnos?—preguntó.

—Yo, desde luego—dijo Charlot, con un bostezo.

Se levantó. Mathieu y el sargento Pierné le imitaron.

—¡Bebé Cadum!—gritó Longin.

Rosado, desnudo, sin un pelo, con sus mejillas encendidas y su redondeado vientre acariciado por la rubia luz matinal, Charlot parecía la más linda criatura de Francia. Schwartz se le acercó sigilosamente por detrás, como todas las mañanas.

—Tienes carne de gallina—dijo haciéndole cosquillas—. Tienes carne de gallina, bebé.

Charlot se rió y gritó retorciéndose, también como de costumbre, pero con menos entusiasmo. Pinette se volvió hacia Longin, quien fumaba con expresión sombría.

—¿No vienes?

—¿Para qué?

—Para lavarte.

—¡Cuernos!—exclamó Longin—. ¡Lavarme! ¿Para los Fritz? Me agarrarán tal como estoy.

—No es seguro que te agarren.

—¡Vamos, vamos!—replicó Longin—. ¡Vamos!

—Cabe que salgamos de esta, rediós—dijo Pinette.

—¿Crees en los Reyes Magos?

—Aunque te agarren, no es motivo para quedarte hecho un puerco.

—No quiero lavarme para ellos.

—Lo que dices es una idiotez—dijo Pinette—. ¡Una idiotez, nada más!

Longin se rió con sorna, sin contestar. Quedó recostado sobre las mantas, con actitud de superioridad. Lubéron tampoco se había movido; simulaba dormir. Ma-

thieu tomó su mochila y se acercó al abrevadero. El agua salía por dos tubos de fundición y caía en el recipiente de piedra; estaba fría y desnuda como la piel; durante toda la noche, Mathieu había oído aquel murmullo lleno de esperanzas, aquella interrogación infantil. Metió la cabeza en el abrevadero y la cancioncilla elemental se transformó en esta frescura muda y lustrada en las orejas y las ventanas de la nariz, en este ramillete de rosas mojadas y flores acuáticas en el corazón: los baños en el Loira, los juncos, el islote verde, la infancia... Cuando se incorporó, Pinette se enjabonaba el cuello con furor. Mathieu le dirigió una sonrisa. Tenía mucha simpatía por Pinette.

—Es un idiota ese Longin—dijo Pinette—. Si los fridolines nos agarran, conviene estar limpios.

Se introdujo un dedo en la oreja y lo hizo girar vigorosamente.

—Si te gusta tanto la limpieza—le gritó Longin desde su sitio—, lávate también los pies.

Pinette le dirigió una mirada de compasión.

—Los pies no se ven...

Mathieu comenzó a afeitarse. La hoja estaba gastada y le escocía la piel. "En el cautiverio, me dejaré crecer la barba." El sol subía por el cielo. Sus largos rayos oblicuos segaban la hierba; bajo los árboles era una hierba tierna y fresca, un hueco de sueño en los flancos de la mañana. La tierra y el cielo estaban llenos de signos y eran signos de esperanza. En el follaje de los álamos, a una señal invisible, una multitud de pájaros comenzó a cantar a plenos pulmones; fue una especie de ráfaga metálica de violencia extraordinaria que cesó brusca y misteriosamente. La angustia revoloteaba entre las lozanas verduras y legumbres como sobre el rostro de Charlot, sin que llegara a posarse en ninguna parte. Mathieu limpió su hoja con cuidado y la volvió a colocar en la mochila. El fondo de su corazón era cómplice del alba, del rocío, de la sombra; en el fondo de su corazón esperaba una fiesta. Se había levantado temprano y se había afei-

tado como para una fiesta en el jardín, una primera comunión o una boda, con hermosos vestidos ondulantes en las enramadas, una mesa sobre el césped y el tibio zumbido de las avispas embriagadas de azúcar. Lubéron se levantó y fue a orinar contra el seto. Longin entró en la granja, con las mantas bajo el brazo; volvió a salir, se acercó despreocupadamente al abrevadero y metió un dedo en el agua con un aire burlón y la actitud de quien no tiene nada mejor que hacer. Mathieu no necesitó mirar mucho tiempo a aquel pálido rostro para comprender que no habría fiesta, ni ahora ni nunca más.

El viejo granjero había salido de su casa. Los contemplaba fumando su pipa.

—Salud, abuelo—dijo Charlot.

—Salud—respondió el campesino, con una inclinación de cabeza—. Sí, sí, salud—dio unos cuantos pasos y se plantó delante del grupo—. Entonces, ¿no se van ustedes?

—Ya lo ve—dijo Pinette secamente.

El viejo rió con sorna; su aspecto no tenía nada de amable.

—Así lo dije. No se irán, no.

—Es posible.

El viejo escupió entre sus pies y se limpió el bigote.

—¿Y los boches? ¿Vienen hoy?

Todos se echaron a reír.

—Puede que sí, puede que no—dijo Lubéron—. Estamos como usted, a la espera; nos estamos poniendo guapos para recibirlos.

El viejo los miraba con una actitud extraña.

—Vuestro caso no es el mío—dijo—. Vosotros volveréis—dio una chupada a su pipa y añadió—: Yo soy alsaciano.

—Ya lo sabemos, abuelo—dijo Schwartz—. Cambie de disco.

El viejo meneó la cabeza.

—Es una guerra muy curiosa—dijo—. Ahora, son los

civiles quienes se hacen matar y los soldados quienes se escapan.

—¡Vamos, vamos! Usted sabe muy bien que no van a matarle.

—Te he dicho que soy alsaciano.

—También yo soy alsaciano—declaró Schwartz.

—Puede que así sea—replicó el viejo—. Pero Alsacia era de ellos cuando yo la abandoné.

—No le harán mal por eso—insistió Schwartz—. Son hombres, como nosotros.

—¿Cómo nosotros?—repitió el viejo, con súbita indignación—. ¡Cuernos! ¿Serías tú capaz de cortar las manos a un niño?

Schwartz se echó a reír.

—Nos está contando los cuentos de la otra guerra —dijo, guiñando un ojo a Mathieu. Tomó su toalla, se secó los gruesos y musculosos brazos y, volviéndose hacia el viejo, explicó—: No son locos, abuelo. Le darán cigarrillos y chocolates, sí, señor. Es lo que llaman la propaganda. Y usted no tiene más que aceptarlos. Eso no obliga a nada—siempre riéndose, agregó—: Como le digo, abuelo, hoy vale más ser de Estrasburgo que de París.

—No quiero convertirme en alemán a mi edad—dijo el campesino—. ¡Cuernos! Prefiero que me fusilen.

Schwartz se dio una palmada en el muslo.

—¿Lo oís? ¡Cuernos!—exclamó, imitando al viejo—. Yo preferiría ser un alemán vivo antes que un francés muerto.

Mathieu levantó vivamente la cabeza y lo miró; Pinette y Charlot también lo miraron. Schwartz dejó de reírse, enrojeció y sacudió los hombros. Mathieu apartó la vista; no le gustaba actuar de juez y, además, tenía simpatía a este mocetón tosco, tranquilo y recio en el trabajo; no quería en modo alguno añadir nada que aumentara aquella turbación. Nadie dijo nada; el viejo meneó la cabeza y paseó por todos una mirada rencorosa.

—¡Ah!—murmuró—. No se debió perder esta guerra. No se debió perderla...

Se callaron; Pinette tosió, se acercó al abrevadero y acarició uno de los grifos como un idiota. El viejo vació su pipa sobre la grava, removió la tierra con el talón para cubrir la ceniza y en seguida, dándoles la espalda, entró con paso lento en la casa. Hubo un largo silencio; Schwartz se mantenía muy rígido, con los brazos apartados. Pasado un instante, pareció despertarse. Se rió con un esfuerzo.

—Se lo dije para fastidiarle.

No hubo respuesta. Todos seguían mirándole. Y, bruscamente, sin que nada hubiera cambiado en apariencia, algo cedió; la tensión remitió y se produjo una especie de dispersión inmóvil. La pequeña sociedad escandalizada que se había formado en torno a Schwartz quedó abolida. Longin comenzó a limpiarse los dientes con su cuchillo, Lubéron hizo unas gárgaras y Charlot, con expresión de inocencia, se puso a canturrear. Jamás permanecían mucho tiempo indignados, salvo cuando se trataba de permisos o comidas. Mathieu percibió de pronto un tímido perfume a ajenjo y menta; tras los pájaros, se despertaban las hierbas y las flores. Como aquellos habían lanzado sus gritos, estas lanzaban sus olores. "Es verdad; hay también olores", pensó Mathieu. Eran olores verdes y alegres, todavía punzantes, todavía ácidos; se harían cada vez más dulzones, más opulentos y femeninos, a medida que el cielo se hiciera más azul y las orugas alemanas se acercarán. Schwartz resopló con fuerza y contempló el banco que habían arrastrado la víspera hasta el muro de la casa.

—Bueno—dijo—, bueno, bueno...

Se sentó en el banco. Dejó que sus manos colgaran entre sus rodillas y encorvaba la espalda, pero mantenía la cabeza levantada y miraba derechamente, con expresión dura. Mathieu vaciló un instante y fue a sentarse a su lado. Poco después, Charlot se separó del grupo y

se colocó delante de ellos. Schwartz levantó la cabeza y miró a Charlot con seriedad.

—Tengo que lavarme la ropa—dijo.

Hubo un silencio. Schwartz seguía mirando a Charlot.

—No soy yo quien ha perdido esta guerra...

Charlot parecía turbado y se echó a reír. Pero Schwartz seguía con su idea.

—Si todo el mundo hubiera hecho como yo, tal vez la hubiéramos ganado. No tengo nada que reprocharme —se rascó un carrillo con expresión de sorpresa—. Es fantástico...—dijo.

"Es fantástico", pensó Mathieu. "Sí, es fantástico." Miró al vacío y pensó: "Soy francés." Y, por primera vez en su vida, encontró esto fantástico. *Es fantástico...* No habíamos visto nunca lo que era Francia; estábamos dentro; era la presión del aire, la atracción de la tierra, el espacio, la visibilidad, la certidumbre serena de que el mundo estaba hecho para el hombre. Era tan natural ser francés... Era el medio más sencillo y económico de sentirse universal. Eran los otros, los alemanes, los ingleses, los belgas, quienes tenían que explicar por qué mala suerte o culpa no eran completamente hombres. Ahora, Francia está tendida boca arriba y la vemos como una gran máquina rota. Y pensamos: era esto, un accidente del terreno, un accidente de la historia. Todavía somos franceses, pero la cosa ya no es natural. Ha bastado un accidente para hacernos comprender que éramos accidentales. Schwartz piensa que es accidental y ya no se comprende; desconcertado, se dice: "¿Cómo se puede ser francés? Con un poco de suerte, yo hubiera podido ser alemán." Y adopta una expresión dura y se pone a la escucha, para oír cómo se acerca rodando su patria de repuesto. Espera a los ejércitos deslumbradores que van a festejarle; espera el momento en que podrá cambiar nuestra derrota por la victoria de los otros, en que le parecerá *natural* ser vencedor y alemán.

Schwartz se levantó bostezando.

—Bien, voy a lavar mi ropa—dijo.

Charlot dio media vuelta y se unió a Longin, quien charlaba con Pinette. Mathieu quedó solo en el banco. Lubéron bostezó a su vez ruidosamente.

—¡Cómo se joroba uno aquí!—comprobó.

Charlot y Longin bostezaron. Lubéron les observó bostezar y bostezó de nuevo.

—Lo que aquí faltan son mujeres—dijo.

—¿Tienes ganas de mujer a las seis de la mañana? —preguntó Charlot con indignación.

—¿Yo? A cualquier hora.

—Pues bien, yo no. Tengo en estos momentos tantas ganas de mujer como de recibir un puntapié.

Lubéron se rió con sorna.

—Si fueras casado, ya aprenderías a hacer eso sin ganas, idiota... Y lo bueno de hacer eso es que, cuando lo haces, no piensas en nada.

Se callaron. Los álamos tenían escalofríos y temblaba entre sus hojas un viejo sol; se oía, distante, el tronar bonachón del cañoneo, tan cotidiano y tranquilizador que podía ser considerado un ruido de la naturaleza. Algo se desprendió en el aire y una avispa lució su larga caída elástica en medio del grupo.

—¡Escuchad!—dijo Lubéron.

—¿Qué pasa?

Se había producido alrededor una especie de vacío, una calma extraña. Los pájaros cantaban y otro tanto hacía un gallo en el corral; a lo lejos, alguien golpeaba con regularidad un trozo de hierro. Sin embargo, era el silencio; el cañoneo había cesado.

—¡Eh!—dijo Charlot—. ¡Eh! ¿Qué es esto?

—Sí. Es verdad.

Todos escuchaban, sin dejar de mirarse.

—Así empezará—dijo Piemé con tono de hombre al tanto—. En un momento dado, a lo largo de todo el frente, se hará silencio.

—¿De qué frente? No hay frente.

—Bueno, por todas partes.

Schwartz, tímidamente, dio un paso hacia el grupo.

—¿Sabéis?—dijo—. Creo que hace falta por de pronto un toque de corneta.

—¡Vete al diablo!—replicó Nippert—. Ya no hay enlaces. Firmarán, pasarán veinticuatro horas y se seguirá a la espera.

—Puede que la guerra haya terminado a medianoche —dijo Charlot, riendo de esperanza—. Siempre es a medianoche el "alto el fuego".

—O a mediodía.

—No, hombre, no; es a medianoche. A la hora cero, ¿comprendes?

—Callaos de una vez—dijo Pierné.

Se callaron. Pierné escuchaba con muecas de nerviosidad, Charlot permanecía boquiabierto y todos, a través de aquel silencio lleno de sonidos confusos, oían la Paz. Una paz sin gloria ni campanas, sin tambores ni trompetas, muy parecida a la muerte.

—¡Cuernos!—exclamó Lubéron.

El cañoneo había comenzado de nuevo; parecía ahora menos sordo, más próximo, más amenazador. Longin entrecruzó sus largas manos e hizo restallar las falanges. Y dijo con acritud:

—Pero, cielos, ¿a qué esperan? ¿Todavía no estamos suficientemente vencidos? ¿No hemos perdido suficientes hombres? ¿Hace falta que Francia quede totalmente desangrada para que cese la matanza?

Estaban nerviosos y blandos, con la indignación del débil y ese color plomizo propio de las indigestiones. Había bastado un redoblar de tambor en el horizonte para que la terrible ola de la guerra cayera de nuevo entre ellos. Pinette se volvió bruscamente hacia Longin. Tenía una mirada tormentosa y crispaba la mano en el borde del abrevadero.

—¿*Qué* matanza? Dime... ¿*Qué* matanza? ¿Dónde están los muertos y los heridos? Si los has visto, has tenido suerte. Yo no he visto más que galgos como tú, gentes que corrían por las carreteras con más miedo que vergüenza.

—¿Qué te pasa, chiquitín?—preguntó Longin con una solicitud llena de veneno—. ¿No te sientes bien?—dirigió a los otros una mirada cómplice—. Nuestro Pinette era un buen chico; lo queríamos porque se iba hacia atrás como nosotros. No era, desde luego, de los que daban un paso al frente cuando pedían un voluntario. Es lástima que se haga el valiente cuando la guerra ha acabado.

Los ojos de Pinette despidieron llamas.

—No me hago el valiente, eh, tú, idiota.

—Sí, te haces el valiente... Estás jugando al soldadito.

—Es mejor que mancharse los calzoncillos como tú...

—¿Lo oís? Me mancho los calzoncillos porque digo que el ejército francés ha salido de estampía...

—¿Es que tú sabes que el ejército francés ha salido de estampía?—preguntó Pinette, tartamudeando de cólera—. Te lo ha dicho acaso el propio Weygand.

Longin sonrió con insolencia y aburrimiento.

—No necesito que me lo diga Weygand. La mitad de los efectivos han sido derrotados y la otra mitad está cercada. ¿No es suficiente?

Pinette barrió el aire con un ademán perentorio y dijo:

—Vamos a concentrarnos en el Loira; nos uniremos a los ejércitos del Norte en Saumur.

—¿Y tú crees eso, pajarraco?

—El capitán me lo ha dicho. No tienes más que preguntárselo a Fontainat.

—Bueno, hará falta que los ejércitos del Norte realicen maravillas, pues tienen a los boches a la espalda, ¿comprendes? Y en cuanto a nosotros, me asombraría que acudiéramos a la cita.

Pinette, la cabeza baja, miraba a Longin resoplando y golpeando el suelo con el pie. Sacudió violentamente los hombros como para desprenderse de una jauría. Furioso y acorralado, acabó diciendo:

—Aunque se retroceda hasta Marsella, aunque haya que atravesar toda Francia, nos quedará el Africa del Norte.

Longin se cruzó de brazos y sonrió desdeñosamente.

—¿Y por qué no Saint-Pierre et Miquelon, majadero?

—¿Te crees muy guapo? Di, ¿te crees muy guapo? —preguntó Pinette, avanzando hacia Longin.

Charlot se interpuso.

—¡Vamos, vamos!—dijo—. ¿Es que vais a pelearos?... Todo el mundo está de acuerdo en que la guerra no arregla nada y en que ya no hay que combatir jamás. ¡Cristo!—exclamó, con ardorosa convicción—. ¡Nunca jamás!

Miraba a todos insistentemente y temblaba de pasión. Era la pasión de conciliar a todos: a Pinette y Longin, a alemanes y franceses.

—En fin—continuó, con voz casi suplicante—, deberíamos entendernos con ellos. De todos modos, no quieren devorarnos.

Pinette dirigió su rabia contra Charlot.

—Los responsables de que la guerra se haya perdido son los tipos como tú—dijo.

Longin se rió burlón.

—Uno más que todavía no ha comprendido. Eso es todo.

Hubo un silencio; después, lentamente, todas las cabezas se volvieron hacia Mathieu. Este lo esperaba; al término de cada discusión, le pedían su arbitraje, porque era un hombre instruido.

—¿Y tú qué piensas?—preguntó Pinette.

Mathieu bajó la cabeza y no contestó.

—¿Eres sordo? Te preguntamos qué piensas.

—No pienso nada—dijo Mathieu.

Longin cruzó el sendero y se colocó ante Mathieu.

—¡No es posible! Un profesor piensa todo el tiempo.

—Pues bien, ya lo ves, no es todo el tiempo.

—Bueno, no eres un estúpido... Tú sabes muy bien que la resistencia es imposible.

—¿Cómo puedo saberlo?

Pinette se acercó a su vez. Quedaron a ambos lados de Mathieu como el ángel bueno y el ángel malo.

—Tú no estás desinflado—dijo Pinette—. Tú no puedes querer que los franceses depongan las armas sin luchar hasta el final.

Mathieu se encogió de hombros.

—Si fuera *yo* quien se batiera, podría tener una opinión. Pero son los otros quienes se hacen matar... Es en el Loira donde va a lucharse... Yo no puedo decidir por ellos.

—¿Lo ves?—dijo Longin, mirando a Pinette con expresión sarcástica—. No se puede enviar al matadero a los demás.

Mathieu miró a Longin con inquietud.

—Yo no he dicho eso.

—¿Que no has dicho eso? Acabas de decirlo.

—Si existiera una posibilidad, por pequeña que fuera...

—¿Qué...?

Mathieu meneó la cabeza.

—¿Cómo saberlo?

—¿Qué quieres decir?—preguntó Pinette.

—Eso quiere decir—explicó Charlot—, que no hay más que esperar, procurando no hacerse demasiada mala sangre.

—¡No!—gritó Mathieu—. ¡No!—se levantó bruscamente, con los puños crispados—. ¡Estoy esperando desde la infancia!—le miraron sin comprenderlo. Consiguió calmarse—. ¿Qué puede importar lo que decidamos o dejemos de decidir?—les dijo—. ¿Quién nos pide nuestra opinión? ¿Es que no os dais cuenta de nuestra situación?

Retrocedieron, asustados.

—Está bien—dijo Pinette—. Está bien. La conocemos.

—Tienes razón—declaró Longin—. Un pajarillo no tiene opiniones.

La sonrisa fría y baboseante de Longin horrorizó a Mathieu.

—Un prisionero todavía menos—respondió secamente.

—*Todo* nos pide nuestra opinión. *Todo.* Se cierne sobre nosotros una gran interrogación y es una comedia.

Nos hacen una pregunta como si fuéramos hombres; nos quieren hacer creer que somos hombres todavía. Pero no. No, no. ¡Qué farsa es esta sombra de pregunta formulada por una sombra de guerra a seres con la apariencia de hombres!

—¿Para qué sirve tener una opinión? No eres tú quien va a decidir.

Se calló. Pensó bruscamente: será necesario vivir. Vivir, recoger día a día los frutos mohosos de la derrota, cambiar en ignominias menudas esta opción total que hoy rechazaba. Pero, cielos, yo no quería esta guerra ni esta derrota; ¿con qué truco me obligan a cargar con todo? Se sintió invadido por una ira de fiera acorralada y, al levantar la cabeza, vio que la misma ira brillaba en los ojos de los demás. Tenían que gritar al cielo todos juntos: "¡Nada tenemos que ver con estas cosas! ¡Somos inocentes!" Sus impulsos remitieron; indudablemente, había inocencia en el sol de la mañana, una inocencia que se podía tocar en las briznas de hierba. Pero era una inocencia mentirosa; lo verdadero era esta culpa inasible y común, *nuestra culpa.* Fantasma de guerra, fantasma de derrota, culpabilidad fantasmal. Miró sucesivamente a Pinette y Longin y abrió las manos. No sabía si quería ayudarles o pedirles ayuda. Ellos también le miraron; después, volvieron la cabeza y se alejaron. Pinette se miraba los pies; Longin se sonreía a sí mismo con una sonrisa rígida y turbada. Schwartz se mantenía aparte con Nippert; hablaban en alsaciano y tenían ya el aspecto de dos cómplices. Pierné cerraba y abría espasmódicamente la mano derecha. Mathieu se dijo: "He aquí en lo que nos hemos convertido."

Marsella, a las catorce

Desde luego, condenaba con *severidad* la tristeza, pero, cuando se caía en ella, era muy difícil abandonarla. "Debo de tener un carácter desdichado", pensó. Tenía muchos motivos para estar contento; especialmente, de

bía felicitarse de haber escapado a la peritonitis, de estar curado. Y, en cambio, pensaba: "Me sobrevivo", y se afligía. Cuando se está triste, las razones de alegrarse se hacen tristes y uno se alegra tristemente. "Indudablemente, estoy muerto", pensaba. En lo que de él dependía, había muerto en Sedán en mayo del 40; el tedio representaba todo los años que le quedaban por vivir. Suspiró de nuevo y siguió con la mirada a una mosca verde que se dirigía al techo. Llegó a una conclusión: "Soy un mediocre." La idea le resultaba profundamente desagradable. Hasta entonces, Boris había tenido la norma de no interrogarse acerca de su persona y se había sentido muy bien; por otra parte, mientras solo se tratara de hacerse matar con pulcritud, no tenía mucha importancia ser un mediocre; por el contrario, todo resultaría menos sensible. Pero, ahora, todo había cambiado; le obligaban a vivir y tenía que reconocer que carecía de vocación, talento y dinero. En pocas palabras, de cuanto hacía falta, si se exceptuaba la salud. "¡Cómo voy a aburrirme!", pensó. Se sentía frustrado. La mosma voló zumbando y Boris pasó la mano bajo la camisa y se acarició la cicatriz que le rayaba el vientre a la altura de la ingle; le agradaba sentir los dedos sobre el surco de la carne. Contemplaba el techo, se acariciaba la cicatriz y se sentía triste. Francillon entró en la habitación, avanzó hacia Boris sin prisa, entre las camas vacías, y se detuvo de golpe, simulando sorpresa.

—Te estaba buscando en el patio—dijo.

Boris no contestó. Francillon se cruzó de brazos con indignación.

—¡A las dos de la tarde, todavía estás en la "piltra"!

—Estoy asqueado—dijo Boris.

—¿Tienes murria?

—No tengo murria; estoy asqueado.

—No te preocupes—dijo Francillon—. Ya se te pasará.

Se sentó en la cabecera de Boris y se puso a liar un cigarrillo. Tenía unos grandes ojos saltones y una gran

nariz aguileña; su aspecto era terrible. Boris lo estimaba mucho; a veces, se echaba a reír como un loco sólo con verle.

—Falta poco—dijo Francillon.

—¿Cuánto?

—Cuatro, a lo sumo.

Boris contó con los dedos.

—Eso hace el dieciocho.

Francillon lanzó un gruñido de asentimiento, chupó el papel engomado, encendió el cigarrillo y se inclinó hacia Boris, en actitud confidencial.

—¿No hay nadie aquí?

Todas las camas estaban vacías; los individuos estaban en el patio o en la ciudad.

—Ya lo ves—dijo Boris—. A no ser que haya espías debajo de las camas.

Francillon se inclinó todavía más.

—Blin estará de servicio la noche del dieciocho. El cacharro estará en la pista, dispuesto para partir. Nos hará entrar a medianoche, se levantará el vuelo a las dos y estaremos en Londres a las siete. ¿Qué te parece?

Boris no decía nada. Se palpaba la cicatriz y pensaba: "Están listos." Se sentía cada vez más triste. "Me va a preguntar qué he decidido."

—¡Vamos, vamos! ¿Qué te parece?

—Pienso que estáis listos—dijo Boris.

—¿Cómo listos? Tú tienes que venir con nosotros. No dirás que no te lo hemos pedido.

—No—admitió Boris—. No diré eso.

—¿Entonces? ¿Qué has decidido?

—No he decidido nada—contestó Boris malhumorado.

—Supongo que no pensarás quedarte en Francia...

—No lo sé...

—La guerra no ha terminado—dijo Francillon con obstinación—. Los que dicen que ha terminado son unos flojos y unos mentirosos. Es preciso que estés donde se luche; no tienes derecho a quedarte en Francia.

—Y me lo dices a mí...—dijo Boris amargamente.

—¿Y entonces?

—Entonces, nada. Espero a una amiga, como te lo he dicho. Decidiré cuando me vea con ella.

—No hay amiga que valga. Esto es un asunto de hombres.

—Bien, así son las cosas—dijo Boris con sequedad. Francillon pareció intimidado y se calló. "¿Creerá que tengo miedo?" Boris le miró a los ojos para ver, pero Francillon le dirigió una sonrisa confiada que le tranquilizó.

—¿Llegáis a las siete?—preguntó Boris.

—A las siete.

—Será una gran cosa estar en Inglaterra a primera hora de la mañana. Hay unos grandes acantilados blancos por el lado de Dóver.

—¡Ah!

—Yo nunca he viajado en avión—dijo Boris. Retiró la mano de debajo de la camisa—. ¿Tú tienes la costumbre de rascarte la cicatriz?

—No.

—Yo me la rasco todo el tiempo. Me molesta.

—Dado el lugar en que la mía está situada—declaró Francillon—, me resultaría difícil rascármela en sociedad —hubo un silencio, tras el que Francillon preguntó—: ¿Cuándo vendrá tu amiga?

—No lo sé. Tenía que venir de París. Figúrate...

—Debe darse prisa—dijo Francillon—. Nosotros no podemos esperar.

Boris suspiró y se puso boca abajo. Francillon continuó con tono indiferente:

—Yo no he dicho nada a la mía y, sin embargo, me veo con ella todos los días. La noche de nuestra salida, le dejaré unas líneas. Cuando las reciba, estaremos ya en Londres.

Boris movió la cabeza sin responder.

—¡Me asombras!—dijo Francillon—. ¡Serguine, me asombras!...

—No puedes comprender—declaró Boris.

Francillon se calló, alargó una mano y tomó un libro. Pasarían por encima de los acantilados de Dóver a primera hora. No había que pensar en ello. Boris no creía en cuentos de hadas. Sabía que Lola diría que no.

—*Guerra y Paz*...—leyó Francillon—. ¿Qué es esto?

—Una novela sobre la guerra.

—¿Sobre la del catorce?

—No. Sobre otra. Pero es siempre lo mismo.

—Sí—dijo Francillon riéndose—; siempre es lo mismo.

Había abierto el libro al azar, y leía frunciendo el ceño y con expresión de doloroso interés.

Boris volvió a tumbarse sobre el lecho. Pensaba: "No puedo hacerle esto; no puedo irme por segunda vez sin pedirle consejo. Si me quedara por ella, sería una prueba de amor. ¡Vaya! Una prueba de amor muy curiosa..." Pero, ¿tenía derecho a quedarse por una mujer? Francillon y Gabel dirían que no, desde luego. Pero eran demasiado jóvenes y no sabían qué era el amor. "Lo que yo quisiera que me dijeran no es qué es el amor; me pagan para saberlo. Es lo que el amor vale. ¿Se tiene derecho a quedarse para hacer feliz a una mujer? Planteada así la cosa, me inclinaría a la negativa. Pero ¿se tiene derecho a marcharse cuando ello supone la desdicha de alguien?" Recordaba una frase de Mathieu: "No tengo la cobardía suficiente para tener miedo de hacer sufrir cuando hace falta." Sí, desde luego, pero Mathieu hacía siempre lo contrario de lo que decía; jamás tenía el valor de hacer sufrir a los demás. Boris tuvo un sobresalto y quedó con la respiración cortada: ¿no sería una testarudez? "¿Si mis deseos de marcharme estuvieran dictados por puro egoísmo, por el pánico al asco de la vida civil...? Tal vez sea un aventurero. Tal vez resulte más fácil hacerse matar que vivir. ¿Y si me quedara por miedo, por estar cómodo, por tener una mujer a mano?" Se volvió. Francillon se inclinaba sobre el libro con una aplicación saturada de desconfianza, en la actitud del que se ha propuesto descubrir las mentiras del autor. "Si puedo decirle que me voy, si la palabra sale de mi

boca, se la digo..." Carraspeó, entreabrió los labios y esperó. Pero la palabra no salió. No podía causar este dolor. Boris comprendió que no quería marcharse sin consultar a Lola. Ella diría que no y la cuestión quedaría solventada. ¿Y si no llegara a tiempo? ¿Si Lola no estuviera aquí para el 18? Sería necesario decidir por propia cuenta. "Supongamos que me quede, que ella llegue el veinte y diga que me hubiera dejado marchar... ¡Buen papel! Otra suposición: me voy, ella llega el diecinueve y se mata. ¡Oh, cuernos!" Todo se mezclaba en la cabeza. Cerró los ojos y se dejó hundir en el sueño.

—Serguine—gritó Berger desde la puerta—. Hay una chica que te espera en el patio.

Boris tuvo un sobresalto y Francillon levantó la cabeza.

—Es tu compañera.

Boris sacó las piernas de la cama y se frotó el cuero cabelludo.

—Sería demasiada suerte—dijo bostezando—. No, es el día de mi hermana.

—¡Ah!—repitió Francillon con expresión estúpida—. ¿Es el día de tu hermana? ¿Es la chica que estaba contigo la otra vez?

—Sí.

—No está nada mal—declaró Francillon con entusiasmo.

Boris se arrolló las polainas y se puso la guerrera; saludó a Francillon con dos dedos de la mano, atravesó la sala y descendió silbando por las escaleras. A mitad de camino, se detuvo y se echó a reír. "Es fantástico... Es fantástico que esté triste..." No le agradaba la idea de verse con Ivich. "Cuando se está triste, no ayuda... Abruma."

Ivich lo esperaba en el patio del hospital. Los soldados que paseaban la miraban al pasar, pero ella no les hacía caso. Sonrió a su hermano desde lejos.

—Buenos días, hermanito...

Al ver a Boris, los soldados rieron y gritaron; le que-

rían mucho. Boris saludó con la mano, pero comprobó sin satisfacción que nadie le decía: "¡Qué suerte tienes!" o "¡Cómo me gustaría tenerla en la cama!" En realidad, Ivich había envejecido y se había afeado mucho desde su aborto. Naturalmente, Boris siempre se sentía orgulloso de ella, pero de otro modo.

—Buenos días, chiquita—dijo, tocando el cuello de Ivich con la punta de los dedos.

Ahora, siempre había alrededor de ella un olor a fiebre y agua de Colonia. La examinó imparcialmente.

—Tienes mala cara—dijo.

—Lo sé. Estoy pocha.

—Ya no te pones carmín en los labios.

—No—dijo Ivich con dureza.

Se callaron. Ivich llevaba una blusa color sangre de buey, de cuello alto, muy rusa. Esto acentuaba su palidez. Si por lo menos descubriera un poco sus hombros y su garganta... Sus hombros redondos eran muy bonitos. Pero se había enamorado de los corpiños altos y las faldas demasiado largas; se diría que tenía vergüenza de su cuerpo.

—¿Nos quedamos aquí?

—Puedo salir... Tengo derecho.

—El coche nos espera—dijo Ivich.

—No estará ahí, ¿verdad?—preguntó Boris aterrado.

—¿Quién?

—El suegro.

—¡Qué tontería!

Atravesaron el patio y salieron. Al ver el inmenso Buick verde del señor Sturel, Boris se sintió contrariado.

—La próxima vez—dijo—, haz que espere en la esquina.

Subieron al automóvil; era ridículamente grande y se perdían en él.

—Se podría jugar al escondite—dijo Boris entre dientes.

El chófer se volvió y sonrió a Boris; era un tipo servil y obsequioso, con unos bigotes grises.

—¿Adónde vamos, señora?—preguntó.

—¿Qué dices?—preguntó a su vez Boris.

Ivich reflexionó.

—Quiero ver gente.

—¿Por la Canebière, entonces?

—¡No, por la Canebière no! Bien, sí, si tú quieres.

—Por los muelles, al final de la Canebière—dijo Boris.

—Bien, señor Serguine.

"¡Gandul!", pensó Boris. El coche se puso en marcha y Boris miró por la ventanilla. No tenía ganas de hablar, porque el chófer podía oírlos.

—¿Y Lola?—preguntó Ivich.

Boris se volvió hacia su hermana, quien parecía muy a sus anchas. Fue inútil llevarse un dedo a la boca, porque Ivich repitió con voz llena y sonora, como si el chófer supusiera para ella menos de un comino:

—Lola... ¿Tienes noticias?

Boris se encogió de hombros sin contestar.

—¿Eh...?

—No. No tengo noticias.

Cuando Boris estuvo hospitalizado en Tours, Lola había ido a instalarse junto a él. A comienzos de junio, el herido había sido evacuado a Marsella y Lola vuelto a París, previendo lo peor, para sacar dinero del banco antes de reunirse de nuevo. Después se produjeron "los acontecimientos" y Boris ya no supo nada más. Una sacudida lo lanzó contra Ivich; ocupaban tan poco lugar en el asiento del Buick que recordó los tiempos en que acababan de poner el pie en París; se divertían imaginándose que eran dos huérfanos perdidos en la capital y, con frecuencia, se apretaban así, el uno contra el otro, en un banco del Dôme o de la Coupole. Levantó la cabeza para decírselo a Ivich, pero esta tenía la expresión tan lúgubre que su hermano se limitó a decir:

—París ha caído, ¿sabes?

—Sí, lo sé—dijo Ivich con indiferencia.

—¿Y tu marido?

—También estoy sin noticias.

Ivich se inclinó hacia su hermano y dijo deprisa y en voz baja:

—¡Ojalá reventara!

Boris dirigió una mirada hacia el chófer y vio que este los observaba por el espejo. Un toque con el codo hizo que Ivich se callara, aunque conservando la sonrisa rencorosa y amarga. El coche se detuvo al final de la Canebière. Ivich saltó a la acera y dijo al chófer con imperiosa soltura:

—Vendrá a recogerme al café Riche a las cinco.

—Buenas tardes, señor Serguine—dijo el chófer con suavidad.

—Muy buenas—contestó Boris con fastidio.

Se dijo que volvería en tranvía. Tomó el brazo de Ivich y subieron por la Canebière. Pasaron varios oficiales; Boris no les saludó y ellos no parecieron molestarse. Boris se sentía molesto, porque las mujeres se volvían para mirarle.

—¿Ya no saludas a los oficiales?

—¿Para qué?

—Las mujeres te miran...

Boris no contestó. Una morena le sonrió e Ivich se volvió rápidamente.

—Sí, sí, desde luego, es muy guapo—dijo a espaldas de la morena.

—¡Ivich!—suplicó Boris—. ¡No llames la atención!

Era el nuevo estribillo. Alguien le había dicho una mañana que era guapo y, desde entonces, todo el mundo se lo repetía. Francillon y Gabel le llamaban "Boris el Hermoso". Como es natural, Boris pasaba por alto la cosa, pero resultaba un fastidio, porque la belleza no es una cualidad masculina. Valdría más que todos esos bromistas se ocuparan de sus cosas y que los tipos dedicaran algún guiño a Ivich al pasar; lo necesario y suficiente para que ella se sintiera bonita.

En la terraza del café Riche, casi todas las mesas estaban ocupadas; se sentaron en medio de fáciles bel-

dades morenas, oficiales, soldados elegantes, hombres de edad madura y manos gruesas... Todo un mundo de seres inofensivos y de principios, de seres a los que se debía matar, aunque sin hacerles sufrir mucho. Ivich comenzó a dar tirones a sus pendientes. Boris le preguntó:

—¿No andan bien las cosas?

Ivich se encogió de hombros. Boris extendió las piernas y comprobó que estaba aburridísimo.

—¿Qué quieres tomar?—preguntó.

—¿Es bueno el café?

—Así, así.

—Tengo unas ganas locas de tomar buen café. El de allí es infecto.

—Dos cafés—dijo Boris al mozo. Se volvió hacia Ivich y preguntó—: ¿Qué tal te arreglas con tus suegros?

La pasión desapareció del rostro de Ivich.

—Bien—dijo la joven—. Me estoy pareciendo a ellos —y, con una leve sonrisa, añadió—: Mi suegra dice que soy como ella.

—¿Qué haces en todo el día?

—Bien, ayer me levanté a las diez, me preparé con la mayor lentitud posible, y llegué así a las once y media. Después leí los periódicos...

—Tú no sabes leer los periódicos—dijo Boris con severidad.

—No. No sé. Durante el almuerzo se ha hablado de la guerra, y mamá Sturel ha dedicado unas cuantas lágrimas a su querido hijo. Cuando llora, sus labios se levantan y siempre me parece que se va a echar a reír. Después, hemos hecho trabajo de punto y mi suegra me ha hecho confidencias de mujer. Georges fue un niño de salud delicada; tuvo enteritis a los ocho años. Si ella tuviera que elegir entre su hijo y su marido, sería horrible, pero sería también preferible que su marido muriera, porque era mayor el afecto de madre que el de esposa. En seguida, me ha hablado de sus enfermedades, de la matriz, los intestinos y la vejiga... Al parecer, las cosas andan mal...

Boris tenía en los labios una *broma* excelente. Se le había ocurrido tan de repente que se preguntaba si no la había leído en alguna parte. No, no... "Entre ellas, las mujeres, hablan de su interior o de sus interiores." En esta forma, resultaba un poco pedante; parecía una máxima de La Rochefoucauld. "Una mujer ha de hablar necesariamente de su interior o de sus interiores" o "cuando una buena mujer no habla de su interior, es que está hablando de sus interiores". De este modo, podría pasar... Se preguntó si debía comunicárselo a Ivich. Pero Ivich comprendía cada vez menos las bromas. Y Boris se limitó a decir:

—Comprendo... ¿Y después?

—Después, he subido a mi habitación hasta la hora de la cena.

—¿Y qué has hecho?

—Nada. Después de la cena, hemos escuchado las noticias de la radio y las hemos comentado. Al parecer, nada se ha perdido, hace falta conservar la sangre fría y Francia se ha visto en peores. Después, he vuelto a subir a mi habitación y me he hecho té en el calentador eléctrico. Lo tengo escondido, porque funde los plomos una vez de cada tres. Me he sentado en una butaca y he esperado a que durmieran.

—¿Y después?

—He respirado.

—Deberías dedicarte a la lectura.

—Cuando leo, las letras bailan delante de mis ojos. Pienso todo el tiempo en Georges. No puedo evitarme la esperanza de que recibiremos noticias de su muerte.

Boris no tenía ninguna simpatía a su cuñado y nunca había comprendido qué había inducido a Ivich en septiembre de 1938 a escaparse de casa y arrojarse en los brazos de aquel gran espárrago. Pero era preciso reconocer que las cosas terminaron bien; en cuanto supo que Ivich estaba embarazada, Georges se mostró incluso muy correcto. Fue él quien insistió en casarse. Pero era demasiado tarde: Ivich lo odiaba porque le había hecho un

crío. Decía que se causaba espanto, corrió a esconderse en el campo y no quiso ni ver a su hermano. Se hubiera matado, si no hubiese tenido tanto miedo a la muerte.

—¡Qué porquería!

Boris tuvo un sobresalto.

—¿Qué?

—Esto...—dijo Ivich señalando la taza de café.

Boris probó el café y dijo tranquilamente:

—No es estupendo, desde luego...—reflexionó un instante y observó—: Supongo que cada vez será peor.

—País de vencidos...—comentó Ivich.

Boris miró prudentemente a su alrededor. Pero nadie les hacía caso; las gentes hablaban de la guerra con decoro y compunción. Se diría que venían de un entierro. El mozo pasó llevando la bandeja vacía. Ivich se volvió hacia él con ojos de tinta.

—¡Es infecto!—le dijo.

El mozo miró con sorpresa. Tenía un bigote gris. Ivich hubiera podido ser su hija.

—El café...—explicó Ivich—. Es una porquería; puede llevárselo.

El mozo les miró con curiosidad; Ivich era demasiado joven para intimidarlo. Cuando el hombre comprendió con quiénes era el asunto, sonrió brutalmente:

—¿Quería usted un moka? ¿Acaso no sabe que estamos en guerra?

—Tal vez no lo sepa—replicó Ivich vivamente—, pero mi hermano, que acaba de ser herido, lo sabe seguramente mejor que usted.

Boris, muy azorado, apartó la vista. Ivich se había vuelto descarada y era pronta para la réplica, pero se echaba de menos el tiempo en que jadeaba silenciosa, con todos sus cabellos en el rostro. Eran entonces menos los conflictos.

—Yo no me quejaría de un café el día en que los boches han entrado en París—gruñó el mozo con despecho.

Se fue e Ivich golpeó el piso con el pie.

—Siempre están con la guerra en la boca; no acaban de dejarse vencer y se diría que se sienten orgullosos de ello. Que terminen de perderla, que la pierdan de una vez y que no hablen más del asunto...

Boris sofocó un bostezo; las explosiones de Ivich ya no le divertían. Cuando era soltera, era muy divertido verla hecha una furia tirándose de los pelos, golpeando el suelo con los pies y bizqueando. Uno quedaba optimista para todo el día. Ahora, los ojos se mantenían tristes; se diría que ella lo recordaba; en esos momentos se parecía a su madre. Y Boris pensó escandalizado: "Es una mujer casada. Una mujer casada, con suegros, un marido y un auto familiar." Contempló a su hermana con perplejidad y apartó la vista porque tuvo la impresión de que Ivich iba a parecerle espantosa. "¡Me iré!" Se incorporó bruscamente; había tomado su decisión. "Me iré, me iré con ellos; no puedo quedarme en Francia." Ivich estaba hablando.

—¿Qué?—preguntó él.

—Nuestros padres.

—¿Cómo?

—Digo que debieron quedarse en Rusia... No me estás escuchando.

—Si se hubiesen quedado, hubieran acabado en la cárcel.

—En todo caso, no debieron naturalizarnos franceses. Ahora, hubiéramos podido volver a nuestro país.

—Nuestro país es Francia—dijo Boris.

—No, es Rusia.

—Es Francia, pues nos han naturalizado.

—Esa es precisamente la razón de que no debieran haberlo hecho.

—Sí, pero lo han hecho.

—Es lo mismo. El que no debieran haberlo hecho es lo mismo que si no lo hubieran hecho en modo alguno.

—Si estuvieras en Rusia—dijo Boris—, la insultarías.

—Me es igual. Rusia es un gran país y me sentiría orgullosa. Aquí, todo el tiempo estoy avergonzada.

Ivich se calló un instante; parecía vacilar. Boris la contemplaba con beatitud; no tenía deseo alguno de contradecirla. "No tendrá más remedio que callarse; no veo qué puede ya añadir", pensó con optimismo. Pero Ivich tenía inventiva; levantó una mano e hizo una especie de zambullida, como si se arrojara al agua.

—Detesto a los franceses—declaró.

Un señor que leía el periódico cerca de ellos levantó la cabeza y miró a la joven con expresión soñadora. Boris lo miró fijamente. Pero, casi en seguida, el señor se levantó. Se dirigía hacia él una mujer joven y el hombre hizo una reverencia. La mujer se sentó y se tomaron las manos sonriendo. Tranquilizado, Boris se volvió hacia Ivich. Fue la gran corrida; la joven farfullaba entre dientes:

—Los detesto, los detesto...

—Los detestas porque hacen mal café.

—Los detesto por todo.

Boris había confiado en que la tempestad pasara, pero veía ahora que se había equivocado y que tenía que hacer frente con valentía.

—Yo les tengo simpatía. Ahora, cuando han perdido la guerra, todo el mundo hace leña con ellos. Pero yo los he visto en primera línea y te aseguro que han hecho lo que han podido.

—¿Ves?—dijo Ivich—. ¿Ves?

—¿Qué es lo que veo?

—¿Por qué dices que han hecho lo que han podido? Si te sintieras francés, dirías *hemos*.

Boris se había excluido por modestia. Meneó la cabeza y frunció el entrecejo.

—No me siento ni francés ni ruso—dijo—. Pero cuando estaba en el frente con los demás soldaditos, me resultaban todos muy buena gente.

—Son conejos—declaró Ivich.

Boris simuló interpretar mal estas palabras.

—Sí, sí... ¡Qué conejos!

—No, no... Conejos que corren. ¡Así, así!...—Ivich hizo correr su mano derecha sobre la mesa.

—Tú eres como todas las mujeres—dijo Boris—. Solo estimas el heroísmo militar.

—No es eso. Pero, ya que querían librar esta guerra, tenían que librarla hasta el final.

Boris levantó una mano con fastidio. "Ya que querían librar esta guerra, tenían que librarla hasta el final." Desde luego. Era lo que había estado repitiendo la víspera con Gabel y Francillon. Pero... La mano cayó blandamente. Cuando una persona no piensa como uno, ya resulta difícil y fatigoso demostrarle que está equivocada. Pero cuando tiene la misma opinión que uno y hay que explicarle que se equivoca, no hay modo de salir del atasco.

—Déjame en paz—dijo Boris.

—¡Conejos, conejos!—repetía Ivich, sonriendo con furia.

—Los tipos que estaban conmigo no eran conejos. Había algunos verdaderamente bravos.

—Me has dicho que tenían miedo de morir.

—¿Y tú?... ¿No tienes miedo de morir?

—Yo soy una mujer.

—Bien, ellos tenían miedo de morir y eran hombres. Eso es el valor. Sabían a lo que se exponían.

Ivich miró a su hermano con expresión de recelo.

—¿Vas a decirme ahora que *tú* también tenías miedo?

—Yo no tenía miedo de morir porque creía que estaba allí para eso—Boris se miró las uñas y añadió objetivamente—: Lo desconcertante es que, pese a todo, también tuve mis cosquilleos en la tripa.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez a causa del ruido.

En realidad, aquello no había durado más de diez minutos... Veinte tal vez, exactamente al comienzo del ataque. Pero no estaba mal que Ivich lo tomara por un flojo; así se haría de carne y hueso. Ivich lo miraba indecisa, estupefacta, sin comprender que se pudiera tener

miedo cuando se era un ruso, un Serguine y el propio hermano. Finalmente, Boris tuvo vergüenza y se apresuró a añadir:

—Bueno, no tuve miedo todo el tiempo.

Ivich le sonrió aliviada y Boris pensó tristemente: "Ya no estamos de acuerdo en nada." Hubo un silencio. Boris sorbió un poco de café y estuvo a punto de escupir el líquido; se diría que le habían puesto toda su tristeza en la boca. Pero pensó que iba a marcharse y esto lo reanimó.

—¿Qué vas a hacer ahora?—preguntó Ivich.

—Supongo que me van a desmovilizar—dijo Boris—. En realidad, estamos casi todos curados, pero nos guardan aquí porque no saben qué hacer con nosotros.

—¿Y después?

—Pediré un puesto de profesor...

—No perteneces a la enseñanza.

—No, pero puedo ser profesor en un colegio.

—¿Te gustará dar cursos?

—¡Ah, no!—contestó Boris con vehemencia. Se puso encendido y añadió con humildad—: No estoy hecho para eso.

—¿Para qué estás hecho, hermanito?

—Es lo que me pregunto.

Los ojos de Ivich brillaron.

—¿Quieres que te diga para qué estábamos hechos? Para ser ricos.

—No es eso—dijo Boris con fastidio. Miró a su hermana un instante y, apretando la taza entre sus dedos, repitió—: No es eso, no es eso...

—¿Qué es entonces?

—Estaba a punto de hacer explosión y, de pronto, me robaron la muerte. No sé nada, no tengo condiciones para nada y no me gusta nada.

Suspiró y se calló, avergonzado de haber hablado de sí mismo. "Lo que pasa es que no me resigno a vivir mediocremente. En el fondo, es lo que ella acaba de decirme."

Ivich seguía con su idea.

—¿Lola no tiene acaso dinero?—preguntó.

Boris dio un salto y golpeó la mesa. Ivich tenía el don de leer sus pensamientos y traducirlos en términos inaceptables.

—¡Yo no quiero el dinero de Lola!

—¿Por qué? ¿No te daba dinero antes de la guerra?

—Bien... Ya no me dará más.

—Entonces, matémonos—dijo Ivich con pasión.

Boris suspiró. "Empieza de nuevo", pensó con fastidio. Y ya no tenía edad. Ivich le miraba sonriente.

—Alquilemos una habitación en el puerto viejo y abramos el gas...

Boris agitó el índice de la mano derecha para decir que no. Ivich no insistió; bajó la cabeza y comenzó a tirar de sus rizos. Boris comprendió que su hermana tenía que pedirle algo. Al cabo de un instante, sin mirarle, Ivich dijo:

—Había pensado...

—¿Qué?

—Había pensado que tú me llevarías contigo y que viviríamos los tres con el dinero de Lola.

Boris pudo tragar saliva sin ahogarse.

—¡Ah! Habías pensado eso...

—Boris—dijo Ivich, con vehemencia repentina—, yo no puedo vivir con esas gentes.

—¿Te maltratan?

—Por el contrario, me tienen entre algodones. La mujer de su hijo... ¿Te imaginas? Pero los odio, odio a Georges, odio a sus domésticos...

—Y odias también a Lola—observó Boris.

—Lola no es lo mismo.

—No es lo mismo porque está lejos y no la has visto desde hace dos años.

—Lola canta, bebe y es bonita... ¡Boris, son *feos!*—gritó Ivich—. Si me dejas en sus manos, me mataré. No, no me mataré, pues haré algo peor. ¡Si vieras qué vieja y mala me siento a veces!

"Tonterías", pensó Boris. Bebió un poco de café para que la saliva pasara por la garganta. Y pensaba: no se puede dejar descontentas a *dos* personas. Ivich no se tiraba ya de los pelos. Su ancho rostro lívido había adquirido color. La joven tenía ahora una expresión firme y ansiosa y se parecía un poco a la Ivich de antes. Tal vez rejuveneciera... Tal vez se hiciera bonita.

—A condición de que te encargues de la cocina, monstruo—dijo Boris.

Ivich le tomó la mano y la apretó con todas sus fuerzas.

—¿Lo quieres? ¡Oh, Boris! ¿De veras?

Seré profesor en Guéret. No, no en Guéret; es un liceo. En Castelnaudary. Me casaré con Lola; un profesor de colegio no puede vivir con una concubina. Comenzaré a preparar mis cursos desde mañana. Boris se pasó una mano por el cabello y tiró de un mechón para comprobar su solidez. Seré calvo... Estoy seguro de ello... Perderé el pelo antes de morir.

—Naturalmente, lo quiero.

Veía el vuelo de un avión a primera hora de la mañana y se repetía: los acantilados, los hermosos acantilados blancos, los acantilados de Dóver...

Las tres en Padoux

Mathieu se había sentado en la hierba; seguía con la mirada los torbellinos negros, por encima del muro. De cuando en cuando, un corazón de fuego subía por el humo, le teñía de sangre y hacía explosión; entonces, las chispas saltaban al cielo como pulgas.

—Van a estropear el fuego—dijo Charlot.

Las mariposas de hollín revoloteaban alrededor. Pinette se apoderó de una y la deshizo pensativamente entre los dedos.

—Todo lo que queda de un mapa a la diezmilésima —dijo, mostrando su pulgar ennegrecido.

Longin empujó la verja y entró en el jardín; estab llorando.

—¡Longin llora!—exclamó Charlot.

Longin se secó los ojos.

—¡Cochinos! Creí que acababan conmigo.

Se dejó caer sobre la hierba; tenía en la mano un libro con la cubierta rota.

—Tenía que atizar el fuego con un fuelle mientras arro jaban los papeles. Y recibía todo el humo en la cara.

—¿Ha terminado?

—¡Narices! Nos han despachado porque querían que mar los documentos secretos. ¡Y qué secretos! Ordene que yo mismo he escrito...

—Huele mal—dijo Charlot.

—Huele a quemado.

—No, te digo; si queman los archivos, huele mal.

—Claro, huele mal, huele a quemado. Es lo que yo digo.

Se rieron. Mathieu señaló el libro y preguntó:

—¿Dónde lo has encontrado?

—Allí abajo—dijo Longin vagamente.

—¿Dónde allí abajo? ¿En la escuela?

—Sí—Longin apretó el libro contra sí, con recelo.

—¿Hay otros?

—Había otros, pero los tipos de la Intendencia se los han llevado.

—Y ese, ¿qué es?

—Un libro de historia.

—Pero, ¿cuál?

—No sé su título.

Miró la cubierta y dijo después sin ninguna amabilidad:

—Historia de las Dos Restauraciones.

—¿De quién es?—preguntó Charlot.

—Vau-la-belle—leyó Longin.

—¿Quién es Vaulabelle?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Me lo prestarás?—preguntó Mathieu.

—Cuando lo haya leído.

Charlot se tendió en la hierba y tomó el libro.

—¡Oye! Es el tomo tercero.

Longin le quitó el libro.

—¿Qué importa? Es para distraerme un poco.

Abrió el libro al azar y leyó unas líneas, para dar a la toma de posesión una mayor solemnidad. Cumplido el requisito, levantó la cabeza y dijo:

—El capitán ha quemado las cartas de su mujer.

Miraba a los demás con las cejas enarcadas y sencillo en su actitud, expresando con los ojos y los labios el asombro que pensaba provocar. Pinette salió de su ensoñación arisca y se volvió hacia él con interés:

—¿De veras?

—Sí. Y también ha quemado las fotos. La he visto en las llamas. Es una mujer estupenda.

—¿De veras?

—¿No te lo estoy diciendo?

—¿Y qué decía él?

—No decía nada. Contemplaba las llamas.

—¿Y los otros?

—Tampoco decían nada. Ullrich sacó varias cartas de su cartera y también las quemó.

—¡Qué idea!—murmuró Mathieu.

Pinette se volvió hacia él.

—¿Tú no quemarías las fotos de tu chica?

—Yo no tengo chica.

—¡Ah! Es por eso...

—¿Has quemado tú las de tu mujer?—preguntó Mathieu.

—Espero a que los fridolines estén a la vista.

Se callaron. Longin se enfrascó en la lectura. Mathieu le dirigió una mirada de envidia y se levantó. Charlot puso la mano en el hombro de Pinette.

—¿El desquite?

—Si quieres...

—¿A qué jugáis?—preguntó Mathieu.

—Al *morpion*.

—¿Pueden jugar tres?

—No.

Pinette y Charlot se sentaron a caballo sobre el banco. El sargento Pierné, que escribía sobre sus rodillas, se apartó un poco para hacerles sitio.

—¿Escribes tus memorias?

—No—dijo Pierné—; hago un poco de física.

Se pusieron a jugar. Tumbado de espaldas, con los brazos en cruz, Nippert dormía; con gorgoteo de desagüe, el aire del cielo se vaciaba en su boca abierta. Schwartz se había sentado aparte y soñaba. Nadie hablaba; Francia había muerto. Mathieu bostezó, contempló cómo los documentos secretos se desvanecían en humo en el cielo, contempló después la rica tierra negra entre las legumbres y quedó finalmente con la cabeza vacía. Había muerto; esta tarde blanca e inmóvil era una tumba.

Lubéron entró en el jardín. Comía; sus pestañas palpitaban bajo los grandes ojos de albino y sus orejas se movían al mismo tiempo que sus mandíbulas.

—¿Qué comes?—preguntó Charlot.

—Un pedazo de pan.

—¿Dónde lo has encontrado?

Señaló hacia afuera sin responder y continuó masticando. Charlot se calló bruscamente y le miró con una especie de espanto. El sargento Pierné, con el lápiz levantado y vuelta la cabeza, también le miraba. Lubéron seguía masticando, sin prisas. Mathieu observó los aires de importancia y comprendió que Lubéron traía noticias. Tuvo miedo como los demás y retrocedió un paso. Lubéron acabó tranquilamente de comer y se secó las manos en el pantalón. "No era pan", pensó Mathieu. Schwartz se acercó y esperaron en silencio.

—Bueno, ya está—dijo Lubéron.

—¿Qué? ¿Qué?—preguntó Pierné con violencia—. ¿Qué es lo que ya está?

—Ya está.

—El...

—Sí.

Un relámpago de acero y en seguida el silencio; la blanda carne azul de esta jornada había recibido la eternidad como un guadañazo. Ni un ruido, ni un soplo de aire, el ambiente parecía congelado y la guerra se había retirado; hacía un momento estaban en ella, al abrigo, y podían todavía creer en los milagros, en la Francia inmortal, en la ayuda norteamericana, en la defensa elástica, en la entrada de Rusia en la guerra; ahora, la guerra estaba detrás de ellos, cerrada, perfecta, perdida. Las últimas esperanzas de Mathieu se convirtieron en recuerdos de esperanza.

Longin se recobró el primero. Tendió sus largas manos, como para palpar cautelosamente la novedad. Y preguntó con timidez:

—Entonces..., ¿ha sido firmado?

—Esta mañana.

Durante nueve meses, Pierné había deseado la paz. La paz a cualquier precio. Ahora, estaba allí, pálido y sudoroso: la impresión lo enfurecía.

—¿Cómo lo sabes?—gritó.

—Guiccioli acaba de decírmelo.

—¿Cómo lo sabe él?

—Por la radio. Lo han escuchado hace un momento.

Lubéron hablaba con la voz paciente y neutra de un locutor; le agradaba representar su papel de inexorable.

—¿Y el cañoneo?

—El alto el fuego es a medianoche.

Charlot también estaba colorado, pero sus ojos chispeaban.

—¡No digas!

Pierné se levantó.

—¿Hay detalles?—preguntó.

—No.

Charlot carraspeó.

—¿Y nosotros?

—¿Qué, nosotros?

—¿Cuándo nos van a mandar a nuestras casas?

—Te digo que no hay detalles.

Se callaban. Pinette dio un puntapié a un guijarro que rodó entre las zanahorias.

—¡El armisticio!—dijo rabiosamente—. ¡El armisticio!

Pierné meneó la cabeza; su párpado izquierdo había comenzado a moverse en su rostro ceniciento como un postigo en día de viento.

—Las condiciones serán duras—dijo con sorna satisfecha.

Todos adoptaron una actitud sarcástica.

—¡Que lo digas!—dijo Longin—. ¡Que lo digas!

Schwartz también se reía burlón. Charlot se volvió hacia él y lo miró con sorpresa. Schwartz dejó de reírse y se puso muy encendido. Charlot seguía mirándolo; se hubiera dicho que lo veía por primera vez.

—Ya eres un Fritz—le dijo con suavidad.

Schwartz hizo un ademán violento y vago y abandonó el jardín. Mathieu se sentía abrumado de cansancio. Se dejó caer sobre el banco.

—¡Qué calor hace!—dijo.

Nos miran. Cada vez más densa, la multitud observaba cómo tragaban esta píldora histórica. Envejecía y se alejaba en el tiempo murmurando: "Los vencidos del cuarenta, los soldados de la derrota... Es por su culpa por lo que estamos encadenados." Y ellos permanecían allí, bajo las miradas cambiantes, juzgados, calibrados, explicados, acusados, disculpados, condenados, presos en esta jornada imborrable, envueltos en el zumbido de las moscas y los cañones, en el olor de las verduras recalentadas, en el aire que temblaba encima de las zanahorias, culpables hasta el infinito a los ojos de sus hijos, de sus nietos, de sus biznietos... Los vencidos del cuarenta para siempre. Bostezó y millones de hombres le vieron bostezar: "¡Bosteza! ¡Muy bonito! Un vencido del cuarenta que tiene la desvergüenza de bostezar..." Mathieu cortó en seco el ignominioso bostezo y pensó: "No estamos solos."

Miró a sus camaradas y su mirada perecedera se cru-

zó en ellos con la mirada eterna y abrumadora de la historia. Por primera vez, la grandeza había descendido sobre sus cabezas; *eran* los fabulosos soldados de una guerra perdida. ¡Convertidos en una estatua! ¡Cielos! He leído, he bostezado, examinado mis problemas y no me decidía a optar... Y he aquí que había optado ya. Había elegido por esta guerra y esta derrota. Se me esperaba en el cogollo de esta jornada. Todo debe rehacerse y nada queda por hacer. Los dos pensamientos se penetraron mutuamente y quedaron abolidos a la vez; ya solo existía la tranquila superficie de la Nada.

Charlot sacudió los hombros y la cabeza; se echó a reír y el tiempo volvió a transcurrir. Charlot se reía. Se reía contra la Historia y se defendía, con la risa, de la petrificación. Miraba a sus compañeros con malicia y decía:

—Tenéis buena cara, muchachos. Os lo aseguro: tenéis buena cara.

Se volvieron hacia él cohibidos. Después, Lubéron optó por reírse. Arrugaba la nariz con expresión de esfuerzo y la risa le salió por las ventanas.

—¡Ya puedes decirlo! ¡Cómo nos han ganado!

—¡Es la paliza descomunal!—exclamó Charlot con una especie de embriaguez—. ¡Son los azotes, las bofetadas!

Tocó a Longin el turno de reírse:

—Los soldados del cuarenta son los ases de la velocidad...

—Los gigantes de la carretera.

—Los campeones olímpicos de las carreras pedestres.

—No os preocupéis—dijo Lubéron—. Nos recibirán bien cuando volvamos. ¡Habrá votos de felicitación!

Longin emitió un estertor de felicidad.

—Irán a recibirnos a la estación. Con el orfeón y las sociedades gimnásticas.

—Y yo que soy judío, ¿qué me dices?—dijo Charlot con lágrimas de risas—. ¿Ya os dais cuenta? Los antisemitas del barrio...

Mathieu se dejó conquistar por esta risa desagradable. Hubo un momento atroz. Lo habían arrojado, temblando de fiebre, en sábanas heladas; después, su eternidad de estatua se rompió, voló en explosiones de risa. Se reían y rechazaban las obligaciones de la grandeza en nombre de la turba. No hay que preocuparse mientras haya salud, comida y bebida. "Me cago en la mitad del mundo y mando a la mismísima a la otra mitad." Rechazaban los consuelos de la grandeza por lucidez austera. Se negaban hasta el derecho de sufrir. *Trágicos*... Ni eso: *históricos*... Ni eso: somos unos cómicos de la legua y no valemos un ardite. *Predestinados*... Ni eso, porque el mundo es un azar. Se reían y chocaban con los muros del Absurdo y del Destino, que los rechazaban. Se reían para purificarse, para castigarse, para vengarse. Inhumanos, demasiado humanos, más allá y más acá de la desesperación. Eran hombres. Las bocas se abrieron todavía un momento hacia el azul, con el reproche de sus negras llagas. Nippert seguía roncando y su boca abierta también era un agravio. Después, la risa se hizo más pesada, se arrastró y se detuvo tras algunas sacudidas. La ceremonia había terminado y el armisticio quedaba consagrado; estaban oficialmente *después*. El tiempo se deslizaba suavemente, como una tisana entibiada por el sol. Había que retornar a la vida.

—Así son las cosas—dijo Charlot.

—Así son—asintió Mathieu.

Lubéron sacó a escondidas una mano de su bolsillo, la aplicó a los labios y comenzó a masticar; su boca saltaba debajo de sus ojos de conejo.

—Así son—dijo—. Así son, así son.

Pierné adoptó una actitud de hombre meticuloso y triunfante.

—¿No os lo había dicho?

—¿Qué nos habías dicho?

—No os hagáis los idiotas. Delarue, ¿te acuerdas de lo que dije después de Finlandia? Y después de Narvik, ¿te acuerdas? Tú me llamabas pájaro de mal agüero y,

como tienes más facilidad que yo, me embarullabas siempre.

Estaba encendido; tras sus gafas, los ojos chispeaban de rencor y de gloria.

—No se debió hacer esta guerra. Siempre he dicho que no se debió hacerla. No nos veríamos ahora como nos vemos.

—Hubiera sido peor—dijo Pinette.

—No hubiera podido ser peor. Nada hay peor que la guerra.

Se frotaba las manos con unción y su rostro resplandecía de inocencia. Se frotaba las manos, se lavaba las manos de esta guerra, no la había hecho, no la había siquiera vivido; había refunfuñado durante diez meses negándose a ver, a hablar, a sentir; protestando contra las órdenes con el celo de maníaco que ponía en ejecutarlas, distraído, nervioso, sumergido en una ausencia de alma. Ahora, se le premiaba. Tenía las manos limpias y sus predicciones se habían cumplido. Los vencidos eran los otros, los Pinette, los Lubéron, los Delarue y demás. Los labios de Pinette comenzaron a temblar.

—¿Entonces?—preguntó con voz entrecortada—. ¿Todo está bien? ¿Estás contento?

—¿Contento?

—Ya tienes en las manos tu derrota...

—¿*Mi* derrota? Oye, es tanto tuya como mía.

—Tú la esperabas; es tuya. Nosotros, que no la esperábamos, no queremos privarte de ella.

Pierné tuvo una sonrisa de incomprendido.

—¿Quién te ha dicho que yo la esperaba?—preguntó pacientemente.

—Tú mismo, hace un instante.

—Yo he dicho que la había previsto. Prever y esperar son dos cosas distintas, ¿no?

Pinette lo miraba sin responder; tenía todo el rostro encogido y sus labios avanzaban como un morro; sus grandes ojos se movían perplejos. Pierné aprovechó la ventaja:

—¿Por qué tenía que esperarla? ¿Puedes decírmelo? ¿Soy acaso de la quinta columna?

—Eres un pacifista—contestó Pinette penosamente.

—¿Y qué?

—Viene a ser lo mismo.

Pierné se encogió de hombros y apartó las manos como abrumado. Charlot se acercó a Pinette y le echó un brazo al cuello.

—No disputéis—dijo con bondad—. ¿Para qué sirve pelearse? Hemos perdido y no es culpa de nadie. Nadie tiene nada que reprocharse. Hemos tenido mala suerte; eso es todo.

Longin lució una sonrisa de político:

—¿Es mala suerte?

—Sí—dijo Charlot con tono conciliador—. Como desgracia, es una desgracia. Y hasta una gran desgracia. Pero ¿qué quieres? Yo me digo: la risa va por barrios. La última vez ganamos nosotros y, ahora, han ganado ellos. La próxima nos tocará a nosotros.

—No habrá próxima vez—dijo Longin. Levantó un dedo y añadió en la actitud de quien formula una paradoja—: Hemos hecho la última de las últimas; tal es la verdad. Los chicos del cuarenta han logrado lo que no lograron sus papás. Se acabaron las naciones y se acabó la guerra. Hoy, nos han puesto de rodillas; mañana, les tocará a los ingleses. Los boches se apoderan de todo, ponen orden en todo y adelante con los Estados Unidos de Europa.

—Los Estados Unidos de la mismísima...—dijo Pinette—. Seremos los criados de Hitler.

—¿Hitler? ¿Qué es eso de Hitler?—preguntó Longin magníficamente—. Claro que hacía falta uno. ¿Cómo quieres que los países se entiendan, si los dejas en libertad? Son como las personas: cada cual tira por su lado. Pero ¿quién hablará de Hitler dentro de cien años? Se habrá quedado calvo y otro tanto pasará con el nazismo.

—¡Idiota!—gritó Pinette—. ¿Quién va a vivir cien años?

Longin se mostró escandalizado.
—No hay que pensar así, chiquito. Hay que ver más allá de las propias narices. Hay que pensar en la Europa de mañana.
—¿La Europa de mañana me dará acaso de comer?
Longin levantó una mano pacificadora y la balanceó al sol.
—¡Bah!—dijo—. ¡Bah! Los vivos comerán siempre.
La mano episcopal bajó y acarició los cabellos rizados de Charlot.
—¿No lo crees así?
—Yo—contestó Charlot—, no salgo de mis trece: ya que había que firmar este armisticio, han hecho bien en firmarlo cuanto antes. Habrá menos muertos y, además, los Fritz no se encolerizarán.
Mathieu les miraba con estupor. ¡Todos, todos! Procuraban desenfilarse: Schwartz cambiaba de piel, Nippert se aferraba al sueño, Pinette recurría a la cólera, Pierné se refugiaba en la inocencia; escondido, Lubéron comía y tapaba todos sus agujeros con comida; Longin había abandonado el mundo y sus pompas y vanidades. Cada uno, a toda prisa, se había organizado una actitud que le permitiera vivir. Mathieu se levantó bruscamente y dijo con fuerte voz:
—Me dais asco.
Lo miraron sin sorpresa, con sonrisas humildes. Mathieu estaba más asombrado que ellos. La frase seguía resonando en su oído y se preguntaba cómo había podido pronunciarla. Vaciló un instante entre la confusión y la cólera y tomó el partido de la segunda; les volvió la espalda, empujó el portillo y cruzó la carretera. Estaba cegadora y desierta. Mathieu saltó entre los espinos, que arañaron sus polainas, y bajó por la pendiente del bosquecito hasta el arroyo. "¡Qué asco!", dijo en voz alta. Miró el arroyo y repitió "¡Qué asco! ¡Qué asco!", sin saber por qué. A cien metros de allí, desnudo hasta la cintura, con manchas de sol y sombra en el cuerpo, un soldado lavaba su ropa; está ahí, silba, amasa esa harina

húmeda, ha perdido la guerra y no lo sabe. Mathieu se sentó: tenía vergüenza. "¿Con qué derecho me muestro tan severo? Acaban de enterarse de que están reventados y tratan de salir del paso como pueden, porque no tienen la costumbre. Yo tengo la costumbre y no valgo más por eso. Y, a fin de cuentas, yo también he elegido la huida. Y la cólera." Oyó un leve chasquido y Pinette fue a sentarse al borde del agua. Sonrió a Mathieu. Este le sonrió y permanecieron largo tiempo sin hablar.

—Mira a ese tipo—dijo Pinette—. No sabe nada.

El soldado, inclinado sobre el agua, lavaba su ropa con una obstinación que ya a nada conducía; un avión anacrónico runruneaba encima. El soldado levantó la cabeza y miró al cielo a través del follaje con una aprensión que les hizo reír. La sencilla escena tenía todo el pintoresco colorido de las reconstrucciones históricas.

—¿Quieres que se lo digamos?

—¡Oh! Déjalo—contestó Mathieu—. Que corra el agua.

Se callaron. Mathieu hundió su mano en el agua y agitó los dedos. Era una mano pálida, plateada, con un halo azul cielo. Subieron a la superficie burbujas. Una ramita, arrastrada por un remolino local, se adhirió a la muñeca, se apartó y volvió a adherirse. Mathieu retiró la mano.

—Hace calor—dijo.

—Sí—asintió Pinette—. Dan ganas de dormir.

—¿Tienes ganas de dormir?

—No, pero voy a intentarlo, de todos modos.

Se tendió de espaldas, puso las manos debajo de la nuca y cerró los ojos. Mathieu metió una rama seca en el arroyo y la agitó. Al cabo de un instante, Pinette volvió a abrir los ojos.

—La mismísima...

Se incorporó y se pasó las dos manos por el cabello.

—No puedo dormir—dijo.

—¿Por qué?

—Ronco.

—¿Qué importa? Eso es sano.

—Cuando ronco, tengo que golpear algo. Si no, me ahogo—Pinette miró a Mathieu con curiosidad—. ¿Tú no roncas?

—Sí.

Pinette se inclinó sobre sus botas y empezó a soltarlas.

—No habré tirado un tiro siquiera—dijo con amargura.

Se quitó los calcetines; tenía unos pies pequeños, infantiles y tiernos con rayas de suciedad.

—Voy a tomar un baño de pies.

Metió el pie derecho en el agua, lo tomó en su mano y comenzó a frotarlo. La suciedad se iba en bolitas. De pronto, Pinette miró a Mathieu por encima del hombro:

—Nos recogerán, ¿verdad?

Mathieu asintió moviendo la cabeza.

—Y nos llevarán con ellos, ¿verdad?

—Probablemente.

Pinette se restregaba el pie con rabia.

—Sin el armisticio, no me hubieran agarrado tan fácilmente.

—¿Qué hubieras hecho?

—Romper algunas cosas.

—¡Miren el torito!

Se sonrieron, pero Pinette se ensombreció de repente y sus ojos adoptaron una expresión de desafío.

—Has dicho que te dábamos asco.

—No lo he dicho por ti.

—Lo has dicho por todos.

Mathieu seguía sonriendo.

—¿Es a mí a quien quieres romper algo?

Pinette bajó la cabeza sin responder.

—Pega—dijo Mathieu—. Yo también pegaré. Tal vez eso nos calme.

—No quiero hacerte daño.

—Tanto peor.

El pie izquierdo de Pinette chorreaba agua y sol. Los dos lo contemplaron y Pinette movió los dedos.

—Son curiosos tus pies—dijo Mathieu.

—Chiquitos, ¿verdad? Puedo abrir con ellos una caja de fósforos.

—¿Con los dedos de los pies?

—Vas a verlo.

Pinette sonreía, pero tuvo un repentino acceso de rabia y se agarró ferozmente el tobillo.

—¡No haber dado el pasaporte ni siquiera a un Fritz! Me llevarán con ellos; no tienen más que recogerme.

—Así es verdad—dijo Mathieu.

—No es justo.

—No es justo ni injusto. Es así.

—No es justo. Estamos pagando por los demás, por los del ejército de Corap y por Gamelin.

—Si hubiésemos estado en el ejército de Corap, hubiéramos hecho como los demás.

—¡Dilo por ti!—Pinette abrió los brazos, respiró con fuerza, apretó los puños hinchando el pecho y miró a Mathieu sombríamente—. ¿Es que tengo cara de echar a correr delante del enemigo?

Mathieu le sonrió.

Pinette lució los largos bíceps de sus brazos rubios y disfrutó durante un instante, a solas, de su juventud, su fuerza y su valor. Sonreía, pero los ojos seguían tormentosos y la expresión ceñuda.

—Me hubiera dejado matar en mi puesto.

—Eso se dice...

Pinette sonrió y murió: una bala le atravesó el corazón. Muerto y triunfante, se volvió hacia Mathieu. La estatua de Pinette, muerto por la patria, repitió:

—Me hubiera dejado matar—y en seguida, la cólera y la vida recalentaron el cuerpo petrificado—. Yo no soy culpable. He hecho todo lo que me han dicho que tenía que hacer. No es culpa mía si no han sabido emplearme.

Mathieu le miraba con una especie de ternura. Pinette era transparente al sol. La vida subía, bajaba y giraba rápidamente en el árbol azul de sus venas. Debía de sentirse tan esbelto, tan sano y tan ligero que no podía creer

en la enfermedad sin dolor que había comenzado a devorarlo, que doblaría su joven cuerpo tan nuevo sobre los campos de patatas de Silesia o las autopistas de Pomerania, que lo hincharía de cansancio, de tristeza y de pesadez. La derrota enseña muchas cosas.

—No pedía nada a nadie—dijo Pinette—. Hacía tranquilamente mi trabajo. No estaba en contra de los Fritz; no les había visto ni el rabo. En cuanto al nazismo y al fascismo, no sabía qué eran. Y Dantzig... Bien; la primera vez que vi este nombre en un mapa, estaba ya movilizado. Bien; después Daladier declara la guerra y Gamelin la pierde. ¿Qué papel representaba yo en todo eso? ¿Dónde está mi culpa? ¿Crees tal vez que me han consultado?

Mathieu se encogió de hombros.

—Hace quince años que se veía venir la guerra. Había que proceder a tiempo para impedirla o ganarla.

—Yo no soy diputado.

—Votabas.

—Desde luego—dijo Pinette sin seguridad.

—¿Por quién?

Pinette quedó silencioso.

—¿Lo ves?—dijo Mathieu.

—Tuve que hacer mi servicio militar—replicó Pinette malhumorado—. Después, caí enfermo. Solo una vez hubiera podido votar.

—Y esa vez, ¿votaste?

Pinette no respondió. Mathieu sonrió.

—Yo tampoco; yo no votaba—dijo con suavidad.

El soldado retorcía sus camisas, aguas arriba. Las envolvió en una toalla roja y volvió a subir a la carretera, silbando.

—¿No reconoces lo que está silbando?

—No—dijo Mathieu.

—"Pondremos a secar nuestra ropa en la línea Siegfried."

Se rieron. Pinette parecía un tanto aliviado.

—He trabajado mucho—dijo—. Y no siempre he comido lo que el apetito me reclamaba. Después, encontré

este puesto en la T.C.R.P. y me casé. Tenía que alimentar a mi mujer, ¿no? Es de buena familia, ¿sabes? Al principio, las cosas no iban muy bien entre nosotros. Después—añadió vivamente—se arreglaron. Pero todo es para decirte que yo no podía dedicarme a todo a la vez.

—Desde luego—dijo Mathieu.

—¿Qué otra cosa podía hacer?

—Nada.

—No tenía tiempo para dedicarme a la política. Llegaba a casa agotado. Después, eran las disputas. Después, si tú te casas, es para dedicarte a tu mujer cada noche, ¿no?

—Supongo.

—¿Entonces?

—Nada. Es así como se pierde una guerra.

Pinette tuvo otro acceso de furor.

—¡Me sacas de quicio! Aunque me hubiera dedicado a la política, aunque no hubiera hecho otra cosa, ¿sería otra la situación?

—Hubieras hecho lo que estaba en tu mano.

—¿Lo has hecho tú?

—No.

—¿Entonces?

Mathieu no contestó. Había oído el zumbido tembloroso de un mosquito y agitó la mano delante de la frente. El zumbido cesó. "Yo también en un principio creía que esta guerra era una enfermedad. ¡Qué idiotez! Soy yo, es Pinette y es Longin. Para cada uno de nosotros, es el mismo. Es una guerra a nuestra propia imagen, la guerra que merecemos." Pinette lanzó un largo resoplido sin dejar de mirar a Mathieu y este encontró que aquella expresión era estúpida y se sintió invadido por la cólera, una cólera que se le reflejó en los ojos y en la boca. "¡Basta, basta! Estoy harto de ser el tipo que ve las cosas con claridad..." El mosquito giraba alrededor de su cabeza, como una burlona corona de gloria. Si hubiese combatido, si hubiese apretado el gatillo, alguien hubiera caído en alguna parte... Levantó bruscamente la mano y

se dio un buen cachete en la sien; bajó la mano y vio sobre su índice un leve encaje de sangre, un tipo que se desangraba sobre las piedras, un cachete en la sien, la presión del índice en el gatillo... Los vidrios policromos del calidoscopio se detuvieron de golpe... La sangre formaría un encaje en las hierbas del sendero... "¡Estoy harto, estoy harto!" Lanzarse a un acto desconocido como quien se lanza al bosque... Un acto que obliga y que nunca se comprende del todo. Con vehemencia, dijo:

—Si se pudiera hacer *algo*...

Pinette le miró con interés.

—¿Qué?

Mathieu se encogió de hombros.

—Nada—dijo—. Por el momento, no se puede hacer nada.

Pinette se estaba poniendo los calcetines; sus pálidas cejas se fruncían. Con brusquedad, preguntó:

—¿Te he enseñado la foto de mi mujer?

—No—dijo Mathieu.

Pinette se incorporó, hurgó en el bolsillo y sacó una foto de su cartera. Mathieu vio una mujer bastante guapa, de expresión dura, con una sombra de bigote en las comisuras de los labios. A través de la foto, esta mujer había escrito: "Denise a su muñequito, 12 de enero de 1939."

Pinette enrojeció.

—Es así como me llama. No puedo quitarle la costumbre.

—Algún nombre tiene que darte.

—Es que tiene cinco años más que yo—añadió Pinette con dignidad.

Mathieu le devolvió la foto.

—Es guapa.

—En la cama, es formidable. No puedes ni imaginarte.

Ahora, Pinette estaba todavía más sofocado. Con expresión de perplejidad, agregó:

—Es de buena familia.

—Ya me lo has dicho.

—¡Ah!—exclamó Pinette asombrado—. ¿Te lo había dicho? ¿Te he dicho que su padre era profesor de dibujo?

—Sí.

Pinette volvió a meter cuidadosamente la foto en la cartera.

—¡Qué asco me da esto!

—¿Qué es lo que te da asco?

—Tener que volver así...—Pinette había cruzado las manos sobre las rodillas.

—¡Bah!—dijo Mathieu.

—Su padre es un héroe del catorce—declaró Pinette—. Tres citaciones y la cruz de guerra. Habla de eso todo el tiempo.

—¿Qué?...

—¡Que me revienta volver así!

—¡Pobre chiquitín!—observó Mathieu—. No volverás tan pronto.

La ira de Pinette había pasado. El hombre movió tristemente la cabeza.

—No me importa—dijo—. No tengo ganas de volver.

—¡Pobre chiquitín!—repitió Mathieu.

—Ella me quiere—dijo Pinette—, pero tiene un carácter difícil. Es presuntuosa. Y después está su madre, con muchas pretensiones. Una mujer tiene que respetarte, ¿no? Si no, la casa es un infierno—se levantó de pronto—. Estoy aburrido de estar aquí. ¿Vienes?

—¿Adónde?—preguntó Mathieu.

—No lo sé. Junto a los demás.

—Si quieres...—asintió Mathieu sin entusiasmo.

Se levantó a su vez y subieron a la carretera.

—Mira—dijo Pinette—, ahí está Guiccioli.

Guiccioli, con las piernas separadas y una mano puesta como visera sobre los ojos, los miraba con expresión de burla.

—¡Qué bueno ha sido!—exclamó.

—¿Qué?

—La broma. Todos habéis picado como besugos.

—Pero ¿qué?

—El armisticio...—dijo Guiccioli, sin dejar de reírse.
El rostro de Pinette se iluminó.
—¿Era un cuento?
—Poco más o menos. Lequier vino a fastidiarnos. Quería noticias y se las hemos dado.
—Entonces—insistió Pinette con vehemencia—, ¿no hay armisticio?
—Hay menos armisticio que flores en mi trasero.
Mathieu miró a Pinette de reojo:
—¿Qué cambia eso?
—Lo cambia todo—contestó Pinette—. Tú lo verás. Tú verás cómo cambia...

Las cuatro

No había nadie en el bulevar Saint-Germain. Nadie tampoco en la calle Danton. Ni siquiera se habían bajado las cortinas metálicas; los escaparates resplandecían. Las gentes se habían limitado a retirar la manilla de la puerta al marcharse. Era domingo. Desde hacía tres días, era domingo; en París, solo había un día para toda la semana. Un domingo completo, cualquiera, apenas más rígido que de costumbre, algo más químico, demasiado silencioso, lleno ya de inmundicias secretas. Daniel se acercó a un gran almacén: lanas y tejidos. Los ovillos policromos dispuestos en pirámides se estaban ajando y daban impresión de vejez; en la tienda inmediata, la ropa interior y las blusas amarilleaban; en las estanterías se acumulaba un polvo farináceo. Las lunas mostraban largas manchas blancas. Daniel pensó: "El vidrio llora." Detrás de las lunas, había fiesta; las moscas zumbaban a millones. Domingo. Cuando vuelvan, los parisienses encontrarán un domingo podrido tendido sobre su ciudad muerta. ¡Si vuelven! Daniel dio rienda suelta a las formidables ganas de reír que estaba paseando por las calles desde la mañana. ¡Si vuelven!
La plazuela de Saint-André-des-Arts, inerte, se abandonaba al sol; era la negra noche en plena luz. El sol era un artificio; un relámpago de magnesio que ocultaba la

noche, que se extinguiría en una vigésima de segundo, pero que no se extinguía. Daniel pegó su frente a la gran luna de la "Brasserie Alsacienne". "He almorzado aquí con Mathieu. Fue en febrero, durante su permiso. Esto estaba lleno de héroes y ángeles." Pudo distinguir al fin en la penumbra manchas vacilantes, *champignons* de bodega: eran manteles de papel. ¿Dónde están los héroes? ¿Dónde están los ángeles? Dos sillas de hierro habían quedado en la terraza; Daniel tomó una por el respaldo, la llevó al borde de la acera y se sentó como un rentista bajo el cielo militar, en medio de este calor blanco que cosechaba recuerdos de infancia. Sentía en su espalda la presión magnética del silencio; contemplaba el puente desierto, los puestos cerrados de los malecones, el reloj sin agujas. "Debieron haber tirado un poco sobre todo esto. Algunas bombas, para hacernos ver." Una silueta se deslizó a lo largo de la prefectura de Policía, al otro lado del Sena, como llevada por una acera mecánica. París no estaba vacío de modo propiamente dicho; se poblaba de pequeñas derrotas-minutos que brotaban en todos los sentidos y eran reabsorbidas en seguida bajo esta luz de eternidad. "La ciudad está hueca", pensó Daniel. Sentía bajo sus pies los túneles del Metro; detrás, delante y encima, acantilados agujereados; entre el cielo y la tierra, miles de salones Luis Felipe, comedores Imperio y *cosy-corners* lanzaban chasquidos en el abandono. Era para morirse de risa. Se volvió bruscamente; alguien había dado un golpe en la luna. Daniel miró largo tiempo el gran cristal, pero solo vio su propio reflejo. Se levantó, con la garganta atenazada por una extraña angustia, pero sin sentirse muy desdichado; era divertido tener terrores nocturnos en pleno día. Se acercó a la fuente Saint-Michel y contempló el verdoso dragón. Pensaba: "Todo está permitido." Podía bajarse los pantalones bajo la mirada vidriosa de las negras ventanas, arrancar un adoquín y lanzarlo contra la luna de la "Brasserie". Podía gritar "¡Viva Alemania!" sin que pasara nada. A lo sumo, en el sexto piso de algún inmueble

alguien pegaría su rostro asustado al panel de vidrio, pero ello no tendría consecuencias; ya no tenían fuerza para indignarse. El hombre de bien de allá arriba se volvería hacia su mujer y le diría con un tono de absoluta objetividad: "Hay un tipo en la plaza que acaba de quitarse los pantalones." Y ella, desde el fondo de la habitación, respondería: "No te asomes a la ventana; nadie sabe lo que puede ocurrir." Daniel bostezó. ¿Romper el cristal? ¡Bah! Se verían cosas mucho mejores cuando se iniciara el saqueo. "Espero que pasen todo a sangre y fuego." Bostezó otra vez; sentía una libertad inmensa y sin sentido. En ocasiones, su alegría le agitaba el corazón.

En el momento de alejarse, una caravana desembocaba de la calle Huchette. "Ahora, marchan en convoyes." Era el décimo que encontraba desde la mañana. Daniel contó nueve personas: dos viejas que llevaban sacos de mano, dos jovencitas, tres hombres duros y nudosos, con bigotes, y detrás dos mujeres jóvenes, una de ellas hermosa y pálida y la otra magníficamente encinta y conservando en sus labios una especie de sonrisa. Avanzaban lentamente y nadie hablaba. Daniel tosió y todos se volvieron hacia él, a la vez; no había simpatía ni reproche en los ojos, sino solamente asombro e incredulidad. Una de las jovencitas se inclinó hacia la otra sin dejar de mirar a Daniel, murmuró algunas palabras y las dos se echaron a reír con expresiones maravilladas; Daniel se sintió tan insólito como un gamo que fijara sobre unos alpinistas su lenta mirada virgen. El grupo pasó fantástico y declinante, ahogado en su soledad. Daniel atravesó la calzada para recostarse sobre el parapeto de piedra, a la entrada del puente Saint-Michel. El Sena estaba resplandeciente; muy lejos, hacia el Noroeste, se elevaba sobre las casas una columna de humo. De pronto, el espectáculo le pareció insoportable; Daniel se volvió, desanduvo lo andado y subió por el bulevar.

La caravana había desaparecido. El silencio y el vacío hasta perderse de vista: un abismo horizontal. Daniel estaba cansado; las calles no llevaban a parte alguna;

sin hombres, todas se parecían. El bulevar Saint-Michel, ayer largo raudal de oro hacia el Sur, era esta ballena reventada, con el vientre al aire. Daniel hizo resonar sus pasos sobre este vientre hueco e hinchado y se forzó a tener escalofríos de placer, mientras decía en voz alta: "Odiaba a París." En vano; ya no había nada vivo, salvo el verdor, salvo los grandes brazos verdes de los castaños; tenía la impresión rancia y dulzona de avanzar por la maleza. Se sentía ya tocado por el ala inmunda del tedio cuando, por fortuna, advirtió un cartel blanco y rojo pegado a una tapia. Se acercó y leyó: "Venceremos, porque somos los más fuertes." Apartó los brazos y sonrió con deleite, aliviado. Corren, corren, no han acabado de correr. Había levantado la cabeza y dirigía su sonrisa al cielo. Respiraba a sus anchas. Un proceso en desarrollo desde hacía veinte años y espías hasta debajo de la cama; cada persona con la que se cruzaba era un testigo de cargo, un juez o las dos cosas; cuanto decía podía ser repetido contra él. Y después, de un golpe, la desbandada. Corrían los testigos, los jueces, los hombres de bien; el azul aovaba aviones sobre sus cabezas. Los muros de París seguían gritando su orgullo y sus méritos: somos los más fuertes, los más virtuosos, los cruzados de la democracia, los defensores de Polonia, la dignidad humana y la heterosexualidad... El camino del hierro seguirá cerrado y secaremos nuestra ropa en la línea Sigfrido... Los muros de París trompeteaban todavía un canto de gloria que se había enfriado. Pero ellos, *ellos*, corrían, enloquecidos por el miedo; se metían de cabeza en las zanjas y pedían perdón. Perdón con honor, desde luego; todo se ha perdido menos el honor. Tomadlo todo con honor. He aquí mis posaderas; hundid en ellas vuestras botas, pero con honor; después, os lameré las vuestras, si me dejáis con vida. Corren, se arrastran. Yo, el Culpable, soy dueño de su ciudad.

Avanzaba con los ojos bajos y disfrutaba. Oía cómo pasaban junto a él los coches y pensaba: "Marcelle está lavando a su crío en Dax, Mathieu habrá caído prisionero

y Brunet probablemente se habrá hecho matar; todos mis testigos están muertos o alejados. Me he reconquistado..." De pronto, se dijo: "*¿Qué coches son?*" Levantó bruscamente la cabeza y su corazón comenzó a latir hasta en las sienes. *Los vio.* Estaban de pie, puros y serios, en grupos de quince o veinte, sobre largos automóviles camuflados que avanzaban lentamente hacia el Sena. Se deslizaban así llevados, muy derechos, de pie; lo tocaban levemente con su mirada inexpresiva. Y detrás venían otros ángeles, parecidos en todo y que también lo miraban del mismo modo. Daniel oyó una música militar distante; le pareció que el cielo se llenaba de estandartes y tuvo que apoyarse en un castaño. *Solo* en la larga avenida, el único francés, el único civil, y todo el ejército enemigo lo miraba. No tenía miedo y se abandonaba con confianza a aquellos millares de ojos. Pensaba: "Nuestros vencedores", y se sentía invadido por el deleite. Replicó audazmente a las miradas y se embriagó de cabellos rubios, de rostros curtidos en los que los ojos parecían lagos de glaciar, de talles estrechos, de muslos increíblemente largos y musculosos. Murmuró: "¡Qué hermosos son!" Ya no tocaba el suelo; lo habían levantado y le apretaban contra sus lisos pechos y vientres. Algo se precipitó desde el cielo: era la antigua ley. Se había hundido la sociedad de los jueces y la sentencia quedaba borrada; estaban derrotados los soldaditos de color caqui, campeones de los derechos del hombre y del ciudadano. "¡Qué libertad!", pensaba y sus ojos se llenaban de lágrimas. Era el único sobreviviente del desastre, el único *hombre* frente a estos ángeles del odio y de la cólera, a estos ángeles exterminadores cuyas miradas le devolvían una infancia. "He aquí los nuevos jueces; he aquí la nueva ley..." ¡Qué ridículas le parecían, encima de su cabeza, las maravillas del dulce cielo, la inocencia de los pequeños cúmulos! Era la victoria del desprecio, de la violencia y de la mala fe; era la victoria de la Tierra. Pasó un tanque, majestuoso y lento, cubierto de follaje, sin hacer apenas ruido. En la zaguera, un hombre muy joven, con la guerrera echada

sobre los hombros, con las mangas de la camisa arrolladas por encima de los codos y con los desnudos brazos cruzados... Daniel le sonrió. El joven lo miró largo tiempo, con la expresión dura y los ojos brillantes; después, de pronto, mientras el tanque se alejaba, sonrió también. Hurgó rápidamente en el bolsillo de su pantalón y arrojó un menudo objeto que Daniel agarró al vuelo: era un paquete de cigarrillos ingleses. Daniel apretó el paquete con tanta fuerza que sintió que los cigarrillos estallaban bajo sus dedos. Seguía sonriendo. Una turbación insoportable y deliciosa subió de los muslos hasta las sienes; ya no veía con claridad y, jadeando un poco, repetía: "Entran en la manteca; entran en París como en la manteca..." Pasaron otros rostros delante de su mirada nublada. Otros y otros más, todos tan bellos. Van a hacernos mal... Comienza el Reinado del Mal, ¡oh, delicia! Hubiera deseado ser una mujer para arrojarles flores.

* * *

Vuelo chillón, la mismísima de la mismísima, ciudad de eso... La calle quedó desierta y se llenó de ruido de cacerolas... Un relámpago de acero surcó el cielo... Pasaban entre las casas y Charlot, pegado a Mathieu, le gritó, en la sombra de la granja: "¡Vuelan a ras de los tejados!" Las gaviotas, ávidas e indolentes, dieron unos giros por encima de la aldea, a la busca de sus presas, y se fueron después arrastrando su cacerola, una cacerola que rebotaba de tejado en tejado. Asomaron cautelosamente las cabezas, los individuos salieron de la granja y de las casas y otros saltaron por las ventanas; todo se animó como en la feria. Silencio. Todos permanecían silenciosos. Eran unos cien, ingenieros, radiotelegrafistas, los del puesto de sondeo, telefonistas, secretarios, observadores... Estaban todos, salvo los chóferes, quienes esperaban desde la víspera junto a los volantes de sus coches. Fueron instalándose—¿para *qué* espectáculo?—; se sentaron en medio de la calzada, en cuclillas, porque

la carretera estaba muerta y los automóviles no pasaban ya. Se sentaron también al borde de la acera y sobre los alféizares de las ventanas. Otros permanecían de pie, apoyados en las fachadas de las casas. Mathieu se había sentado en un banco, frente a la tienda de comestibles; Charlot y Pierné se le unieron. Nadie hablaba; estaban allí para estar juntos y mirarse. Se veían como eran: la feria, la multitud, demasiado tranquilos, con cien caras grises. La calle se calcinaba al sol y se retorcía bajo el reventado cielo. Quemaba talones y nalgas y todos se dejaban quemar. El general estaba alojado en casa del médico, en la tercera ventana del primer piso. Pero a todos importaba un comino el general; se miraban y se daban miedo. Era como una marcha detenida; nadie hablaba del asunto, pero allí estaba dándoles golpes en el pecho. Se le sentía en los brazos y en los muslos, que dolían como el reuma. Era un trompo que giraba en los corazones. Un individuo suspiró como un perro que sueña y dijo en sueños: "En la Intendencia hay latas de carne." Mathieu pensó: "Sí, pero la puerta está guardada por gendarmes." Y Guiccioli dijo: "¡Eh, iluso! Han puesto gendarmes en la puerta." Otro individuo soñó a su vez con una voz adormilada: "Es como en la panadería; hay pan, te digo, y he visto los panecillos, pero el panadero ha cerrado su negocio." Mathieu continuó soñando; vio un lomo asado y su boca se hizo agua. Pero no hablaba. Grimaud se incorporó un poco, señaló las hileras de postigos cerrados y dijo: "Bueno, ¿qué pasa en este pueblo? Ayer nos hacían carantoñas y hoy se esconden." Las casas bostezaban la víspera como ostras y ahora estaban cerradas; en los interiores, los hombres y las mujeres se hacían los muertos, sudaban en la sombra y los odiaban. Nippert dijo: "Como estamos vencidos, somos unos apestados." El estómago de Charlot cantó y Mathieu dijo: "Tu estómago canta." Y Charlot replicó: "No canta; grita." Una pelota de goma cayó en medio de ellos. Latex la atrapó al vuelo; una niña de cinco o seis años apareció y le sonrió tímidamente. "¿Es tu pelota?

Ven a buscarla", dijo Latex. Todo el mundo miraba a la niña y Mathieu tenía ganas de sentarla en sus rodillas. Latex trató de dulcificar su vozarrón: "¡Vamos! Ven, ven sobre mis rodillas..." Hubo murmullos por todas partes: "¡Ven, ven, ven!" La niña no se movía. "¡Ven, chiquita! ¡Ven, monada!" Latex dijo: "¡Cielos! Ahora, damos miedo hasta a las chiquillas." Sus compañeros se rieron y le dijeron: "Eres tú quien la asustas con tu jeta." Mathieu se reía y Latex repetía con una voz que cantaba: "Ven, chiquitina." De pronto, se enfureció y gritó: "Si no vienes, me la guardo." Levantó la pelota por encima de la cabeza para mostrarla a la niña y fingió que se guardaba el juguete. La niña lloró y todos se levantaron y gritaron: "¡Devuélvesela! Estás haciendo llorar a una niña. ¿No te da vergüenza? ¡No, no! Métetela en el bolsillo... Tírala al tejado..." Mathieu, de pie, gesticulaba. Guiccioli, con los ojos brillantes de rabia, le apartó y se plantó delante de Latex: "Devuélvesela, rediós; no somos salvajes." Mathieu golpeó el suelo con el pie, hecho una furia. Latex fue el primero en calmarse. Bajó los ojos y dijo: "No os enfadéis. Voy a devolvérsela." Lanzó torpemente la pelota y esta dio en el muro y rebotó. La niña se echó encima de ella y se escapó. La calma. Todo el mundo volvió a sentarse. Así lo hizo Mathieu, triste y calmado. "No somos apestados", pensaba. No era nada más que el pensamiento de todos. Durante unos momentos, Mathieu se convertía en un vacío angustioso; durante otros, se transformaba en todo el mundo y su angustia se calmaba. Los pensamientos de todo el mundo brotaban gota a gota en su cabeza y salían de su boca: "No somos apestados." Latex tendió ambas manos y las contempló tristemente: "Yo, quien os habla, tengo seis. Mi primogénito tiene siete años y jamás les he pegado."

Se habían vuelto a sentar, apestados, hambrientos, marchitos, bajo el cielo habitado, apoyados en aquellas grandes casas ciegas que transpiraban el odio. Se callaban; no podían hacer más que callarse estos abyectos

gusanos que manchaban el hermoso día de junio. ¡Paciencia! Vendrá el exterminador y se rociarán todas las calles con desinfectante. Longin mostró las persianas y dijo: "Esperan que los Fritz vengan a desembarazarlos de nosotros." Nippert dijo: "Apuesto a que con los Fritz serán más amables." Y Guiccioli dijo: "¡Vaya! Si hay que estar bajo la ocupación, vale más que los ocupantes sean los vencedores. Es más alegre y además el comercio prospera. Nosotros somos portadores de desgracias." Latex dijo: "Tengo seis hijos y el mayor es de siete años. Jamás les he dado miedo." Y Grimaud dijo: "Nos odian."

Un ruido de pasos hizo que se levantaran todas las cabezas, pero estas se bajaron en seguida y el comandante Prat cruzó la calle entre cráneos. Nadie le saludó. Se detuvo delante de la casa del médico, las cabezas volvieron a levantarse y las miradas se fijaron en la cargada espalda, mientras el jefe levantaba el aldabón de hierro y daba tres golpes. La puerta se entreabrió y el comandante Prat entró por la estrecha abertura; de las cinco cuarenta y cinco a las cinco cincuenta y seis, todos los oficiales de estado mayor pasaron, uno a uno, tiesos y turbados, entre los soldados silenciosos; las cabezas se bajaban a su paso y en seguida se levantaban. Payen dijo: "Hay fiesta en casa del general." Charlot se volvió hacia Mathieu y dijo: "¿Qué es lo que estarán maquinando?" Mathieu respondió: "¡Vete al diablo!" Charlot le miró y se calló. Después del paso de los oficiales, los hombres estaban más grises, más apagados, más amontonados. Pierné miraba a Mathieu con sorpresa inquieta. "Es su propia palidez la que está descubriendo en mi cara."

Se oyó cantar a alguien. Mathieu tuvo un sobresalto.

El canto se acercó:

Si guardas el orinal,
olerá peste en el cuarto...

Unos treinta hombres doblaron por la esquina de la calle. Venían borrachos, sin fusiles, guerreras ni gorros

de cuartel. Bajaban por la calle a grandes pasos, cantaban y tenían expresiones a la vez irritadas y alegres; sus rostros estaban encendidos por el sol y el vino. Cuando percibieron aquella larva gris que se movía suavemente a ras de tierra y volvía hacia ellos sus múltiples cabezas, se detuvieron en seco y dejaron de cantar. Un hombrachón barbudo dio un paso hacia adelante; estaba desnudo hasta la cintura y tostado; tenía músculos en bola y una cadenita de oro al cuello. Preguntó:

—¿Estáis muertos?

Nadie contestó. Volvió la cabeza y escupió; a duras penas conservaba el equilibrio. Charlot le miró con la expresión del miope, con parpadeos. Y preguntó:

—Vosotros no sois de aquí, ¿verdad?

—¿Acaso este es de aquí?—dijo el barbudo, dándose una palmada en el sexo—. No, rediós, no somos de aquí. ¡Qué asco me daría!

—¿De dónde venís?

El barbudo hizo un ademán vago:

—De allí arriba...

—¿Ha habido jaleo allí arriba?

—¡La mismísima...! No, no ha habido jaleo, salvo que nuestro capitán se ha ido en cuanto comenzó a oler mal y nosotros hemos hecho lo mismo, pero por distinto camino, para no encontrarlo.

Detrás del barbudo los hombres se rieron y dos hombrachones comenzaron a cantar en visible actitud de desafío:

Arrástralas por el suelo,
llévala armada, barbián,
vamos todos a la guerra,
que hay hembras en el zaguán...

Todas las cabezas se volvieron hacia la ventana del general; Charlot, asustado, agitó una mano.

—¡Callaos!...

Los cantores se callaron; quedaron boquiabiertos, va-

cilantes; repentinamente, parecieron agotados, medio muertos de cansancio.

—Nuestros jefes están ahí—explicó Charlot, señalando la casa.

—Yo mando a la mismísima a vuestros jefes—dijo el barbudo con un vozarrón. Su cadena de oro brillaba al sol; bajó la vista hacia los hombres sentados en la carretera y añadió—: Y si os fastidian, muchachos, no tenéis más que venir con nosotros. Así no os fastidiarán más.

—¡Con nosotros!—gritaron los que estaban detrás de él—. ¡Con nosotros! ¡Con nosotros!

Hubo un silencio. La mirada del barbudo se había fijado en Mathieu. Este apartó la vista.

—¡Vamos! ¿Quién viene? A la una, a las dos, a las tres...

Nadie se movió y el barbudo dijo con desprecio:

—No son hombres, sino maricas. Vámonos, muchachos. Aquí se cría moho y voy a hacer una barbaridad.

Reanudaron su marcha. Los hombres se apartaban para dejarlos pasar. Mathieu metió sus pies bajo el banco.

Arrástralas por el suelo...

Los hombres miraban a la ventana del general; había rostros pegados a los cristales, pero los jefes no se mostraron.

Llévala armada, barbián...

Desaparecieron. Nadie dijo nada. El canto terminó por perderse a lo lejos. Solo entonces Mathieu respiró.

—Por de pronto—dijo Nippert sin mirar a sus camaradas—, no está probado que no nos marchemos. Y...

—Sí—dijo Longin—. Está probado.

—¿Qué es lo que está probado?

—Está probado que no nos vamos.

—¿Por qué?

—No hay gasolina.

—Siempre quedará para los oficiales—dijo Guiccioli—. Los depósitos están llenos.

—Pero nuestros camiones no tienen una gota.

Guiccioli dejó oír una risa seca.

—Naturalmente...

—¡Os digo que nos han traicionado!—gritó Longin alzando su débil voz—. ¡Traicionados, entregados a los alemanes!...

—Déjanos en paz—dijo Ménard con lasitud.

—¡Déjanos en paz, déjanos en paz!—repitió Mathieu.

—¡Vete a la mismísima!—dijo un telefonista—. No se habla más que de marcharnos. Es para aburrir a cualquiera...

Mathieu se los imaginaba en marcha y cantando, tal vez recogiendo las flores del camino. Tenía vergüenza, pero era la gran vergüenza común. No encontraba esto tan desagradable.

—Maricas—dijo Latex—. Nos ha llamado maricas, ese majadero. A nosotros, que somos padres de familia. ¿Y no habéis visto la cadenita que llevaba al cuello? ¿Quién será el marica? ¡Vaya!

—¡Escuchad!—dijo Charlot—. ¡Escuchad!

Se oía un zumbido de avión. Una voz cansada murmuró:

—Escondeos, muchachos. Comienzan de nuevo.

—Es la décima vez desde esta mañana—dijo Nippert.

—¿Las has contado? Yo ya no las cuento.

Se levantaron sin prisa, se aplastaron contra la puerta, se metieron en los pasillos. Un avión pasó a ras de los tejados y el ruido fue disminuyendo. Volvieron a salir, escrutaron el cielo y se sentaron.

—Era un caza—dijo Mathieu.

—Rat, rat, rat...—dijo Lubéron.

Se oyó a lo lejos el tableteo de una ametralladora.

—¿D. C. A.?

—¡Diablos, D. C. A.! Es el avión que está tirando... Así es.

Se miraron.

—No es bueno pasearse por las carreteras en un día como hoy—observó Grimaud.

No contestaron, pero los ojos brillaban y asomaban sonrisas en las comisuras de los labios. Poco después, Longin dijo sencillamente:

—No habrán ido muy lejos.

Guiccioli se levantó, se metió las manos en los bolsillos y dobló tres veces las rodillas para desperezarse. Levantó al cielo un rostro sin expresión con un feo despliegue alrededor de la boca.

—¿Adónde vas?

—A dar una vuelta.

—¿Por dónde?

—Por ahí. Voy a ver qué les ha pasado.

—Ten cuidado con los macarrones...

—No tengas miedo.

Se alejó perezosamente. Todos tenían ganas de acompañarle, pero Mathieu no se atrevió a levantarse. Hubo un largo silencio. Los rostros habían adquirido color y se miraban unos a otros con animación.

—Sería una gran cosa poder pasearse por la carretera como en tiempos de paz.

—¿Qué creían? ¿Que irían con paso de baile hasta Paname? Hay gentes que lo creen todo posible.

—Si fuera factible, no hubiéramos esperado para hacerlo.

Se callaron, nerviosos y tensos. Esperaban. Un hombre alto y delgado, apoyado en la cortina metálica del almacén de ultramarinos, tenía las manos temblorosas. Al cabo de un tiempo, Guiccioli volvió, con el mismo paso indolente.

—¡Cómo!...—gritó Mathieu.

Guiccioli se encogió de hombros. Los hombres se habían levantado sobre sus manos y miraban a Guiccioli con ojos brillantes.

—Achicharrados.

—¿Todos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No he contado.

Estaba lívido y eructos silenciosos le hinchaban los labios.

—¿Dónde estaban? ¿En la carretera?

—¡Cuernos! Si sois tan curiosos, no tenéis más que ir—Guiccioli volvió a sentarse. En su cuello brillaba una cadenita de oro. Llevó una mano hasta ella. Jugó durante unos instantes con el objeto y después lo soltó bruscamente. Como con renuencia, dijo—: He avisado a los camilleros.

¡Pobres hombres! La cadenita brillaba, fascinaba. ¿Diría alguien "¡Pobres hombres!"? Estaba en todos los labios. ¿Tendría alguien la hipocresía de decir "¡Pobres hombres!"? ¿Sería eso hipocresía? La cadenita de oro resplandecía en el cuello moreno. Giraban en torno la crueldad, el horror, la piedad y el rencor; era algo a la vez atroz y agradable. Somos el sueño de un gusano, nuestros pensamientos se hacen espesos y cada vez menos humanos. Son pensamientos vellosos, con patas, que corren por todas partes y saltan de una cabeza a otra. El gusano va a despertarse.

—¡Delarue, rediós! ¿Estás sordo?

Delarue, soy yo. Mathieu se volvió bruscamente; Pinette le sonreía a lo lejos. *Veía a Delarue.*

—¿Qué hay?

—Ven.

Mathieu tuvo un escalofrío. Se sintió repentinamente solo y desnudo, un hombre. *Yo.* Hizo un ademán para rechazar a Pinette, pero ya el grupo se había cerrado de nuevo sobre él. Los ojos de gusano lo desterraban, lo miraban con un asombro grave, como si no lo hubieran visto jamás, como si lo vieran a través de las profundidades de un recipiente. No valgo más que ellos y no tengo derecho a traicionarlos.

—Ven, hombre.

Delarue se levantó. El inenarrable Delarue, el escrupuloso Delarue, el profesor Delarue avanzó con lento paso al encuentro de Pinette. Detrás, quedaba el pantano, el animal de las doscientas patas. Detrás de él, doscien-

los ojos: tenía miedo en su espalda. Y de nuevo, la angustia. Comenzó prudentemente, como una caricia, y después se instaló, modesta y de la casa, en el hueco del estómago. No era nada; no era más que vacío. Vacío en uno mismo y vacío alrededor. Mathieu se paseaba en un gas enrarecido. El valiente soldado Delarue levantó su gorro, el valiente Delarue se pasó la mano por el cabello, el valiente soldado Delarue dirigió a Pinette una sonrisa agotada.

—¿Qué hay, chiquito?—preguntó Delarue.

—¿Te diviertes con ellos?

—No.

—¿Por qué te quedas?

—Somos iguales.

—¿Quiénes iguales?

—Ellos y nosotros.

—¿Qué?

—Que vale más que estemos juntos...

Los ojos de Pinette despidieron llamas.

—¡Yo no soy como ellos!—Pinette echó la cabeza hacia atrás. Mathieu se calló y Pinette dijo—: Ven conmigo.

—¿Adónde?

—Al correo.

—¿Al correo? ¿Hay Correos aquí?

—Sí. Hay una oficina auxiliar en la parte baja.

—¿Y qué quieres hacer allí?

—No te preocupes.

—La oficina estará seguramente cerrada.

—Para mí, estará abierta—dijo Pinette. Tomó a Mathieu del brazo y lo arrastró—. He encontrado a una chiquita—añadió. Los ojos brillaban con alegría febril y había en los labios una sonrisa de hombre distinguido—. Voy a presentártela.

—¿Para qué?

Pinette miró severamente a Mathieu.

—¿No eres mi amigo?

—Desde luego—dijo Mathieu. Y en seguida preguntó—: ¿Tu chiquita es la encargada de la oficina?

—Sí, es la señorita encargada.

—Creía que no querías asuntos de faldas.

Pinette se rió forzadamente.

—Ya que no se lucha, de algún modo hay que pasar el tiempo.

Mathieu se volvió hacia Pinette y vio que este tenía una expresión de fatuidad.

—Ya no eres el mismo, chiquito. ¿Te ha cambiado acaso el amor?

—¡Ja, ja!—exclamó Pinette—. ¡Ja, ja! Hubiera podido verme en peores. Verás qué pechos; son dos manzanas. Y culta: en geografía y cálculo, podría darte lecciones.

—¿Y tu mujer?—preguntó Mathieu.

Pinette cambió de expresión.

—¡A la mismísima!—dijo con brutalidad.

Habían llegado a una casita de un piso, con los postigos cerrados y sin picaporte en la puerta. Pinette llamó tres veces.

—Soy yo...—gritó. Se volvió sonriente a Mathieu y dijo—: Tiene miedo de que la violen.

Mathieu oyó un ruido de llave.

—Entren deprisa—dijo una voz de mujer.

Se sumergieron en el olor a tinta, cola y papel. Un largo mostrador que servía de base a una verja dividía la habitación en dos. Al fondo, Mathieu distinguió una puerta abierta. La mujer retrocedió hasta esa puerta y la cerró tras ella; se oyó correr un cerrojo. Quedaron durante unos instantes en el estrecho pasillo reservado al público. Después, la encargada apareció en su ventanilla, en seguridad. Pinette se inclinó y apoyó su frente en la verja.

—¿Estamos castigados? Es usted muy mala.

—¡Ah!—dijo la mujer—. Hay que ser juiciosos.

Tenía una bonita voz, cálida y baja. Mathieu vio brillar sus ojos negros.

—Entonces, tiene miedo de nosotros...—dijo Pinette. La mujer se rió.

—No tengo miedo, pero tampoco confianza.

—¿A causa de mi amigo, acaso? Pues es precisamente como usted: un funcionario. Terreno conocido. Esto debería tranquilizarla.

Pinette hablaba con elegancia y sonreía muy finamente.

—Vamos—dijo—, páseme un dedo por la verja. Solo un dedo.

La mujer pasó un largo y delgado dedo por la verja y Pinette depositó un beso sobre la uña.

—Basta o lo retiro.

—No sería cortés. Mi amigo debe estrecharle este dedo—Pinette se volvió hacia Mathieu—. Permíteme que te presente a la señorita que no quiere decirnos cómo se llama. Es una francesita muy valiente; podría marcharse, pero no ha querido abandonar su puesto, pues tal vez se la necesite.

Pinette se agitaba mucho y sonreía; no dejaba de sonreír ni un instante. Su voz era blanda y cantarina, con un leve acento inglés.

—Buenos días, señorita—dijo Mathieu.

La joven agitó su dedo a través de la verja y Mathieu lo estrechó entre los suyos.

—¿Es usted funcionario?—preguntó la encargada.

—Profesor.

—Yo soy de Correos.

—Ya veo.

Mathieu tenía calor y se aburría; pensaba en los rostros grises y sombríos que había dejado detrás.

—La señorita—dijo Pinette—tiene a su cargo todas las cartas de amor de la aldea.

—¡Oh, mire!—dijo la joven con modestia—. Las cartas de amor aquí...

—Pues bien, yo—dijo Pinette—, si viviera en este pueblo, enviaría cartas de amor a todas las chicas de aquí para que pasaran por sus manos. Sería usted la cartera

del amor—se reía con un poco de desvarío—. ¡La cartera del amor! ¡La cartera del amor!

—¡Muy bonito!—dijo la joven—. Mi trabajo se duplicaría...

Hubo un largo silencio. Pinette conservaba su sonrisa despreocupada, pero tenía la expresión tensa y miraba a todas partes. Había una pluma sujeta por un cordoncillo a la verja. Pinette tomó esta pluma, la metió en la tinta y escribió unas cuantas palabras en un formulario de giro postal.

—¡Tome!—dijo, entregando el formulario a la encargada.

—¿Qué es?—pregunto esta sin tomar el papel.

—Pero tómelo... Es usted la encargada. Haga su oficio.

La joven acabó por tomar el papel y leerlo:

—Páguense mil besos a la señorita Sin Nombre... ¡Ah! —exclamó, dividida entre el enfado y la risa—. ¡Vaya, me ha echado a perder un impreso!

Mathieu estaba hasta la coronilla.

—Bien—dijo—, yo los dejo.

Pinette se mostró desconcertado.

—¿No te quedas?

—Tengo que volver.

—Te acompañaré—dijo Pinette con precipitación—. ¡Sí, sí! Te acompañaré—se volvió hacia la encargada—. Vuelvo en cinco minutos. ¿Me abrirá de nuevo la puerta?

—¡Ah, qué fastidio!—gimió la joven—. Todo el tiempo entrando y saliendo... ¿Va a decidirse usted de una vez?

—Bien, bien...—dijo Pinette—. Me quedo. Pero recuérdelo: es usted quien me ha pedido que me quede.

—Yo no le he pedido nada.

—Sí...

—No...

—¡Oh, cuernos!—murmuró Mathieu entre dientes. Se volvió hacia la joven—. Hasta la vista, señorita.

—Hasta la vista—contestó la joven con bastante frialdad.

Mathieu salió y avanzó con la cabeza vacía. Caía la noche; los soldados seguían sentados, tal como los había dejado. Pasó entre ellos y les llegaron voces del suelo:

—¿Qué noticias?

—No hay noticias—dijo Mathieu.

Volvió a su banco y se sentó entre Charlot y Pierné.

—¿Los oficiales siguen en casa del general?—preguntó.

—Sí.

Mathieu bostezó; contempló tristemente a los hombres sumergidos en la sombra y murmuró: *Nosotros*. Pero esto ya no servía; estaba solo. Echó la cabeza hacia atrás y contempló las primeras estrellas. El cielo estaba dulce como una mujer; había subido al cielo todo el amor de la tierra. Mathieu parpadeó:

—Una estrella fugaz, muchachos. Expresad un deseo.

—¡Ahí va mi deseo!—dijo Lubéron. Y lanzó un cuesco.

Mathieu bostezó de nuevo.

—Bien—dijo—, voy a dormir. ¿Vienes, Charlot?

—No quiero descuidarme. Ya que nos iremos esta noche, quiero estar preparado.

Mathieu rió groseramente.

—¡Idiota!—dijo.

—Bien, bien...—murmuró Charlot con precipitación—. Ya voy.

Mathieu volvió a entrar en la granja y se echó sobre el heno completamente vestido. Se moría de sueño; siempre tenía sueño cuando se sentía desgraciado. Comenzó a girar una bola roja: unos rostros de mujer se inclinaron sobre el balcón y también empezaron a girar. Mathieu soñaba que estaba en el cielo; se inclinaba sobre el balcón y contemplaba la tierra. La tierra era verde y tenía un vientre blanco; daba saltos de pulga. Mathieu pensó: "Es necesario que no me toque." Pero la tierra levantó cinco dedos enormes y agarró a Mathieu por el hombro.

—¡Levántate! ¡En seguida!

—¿Qué hora es?—preguntó Mathieu. Sentía un aliento cálido en su rostro.

—Las diez y veinte—dijo la voz de Guiccioli—. Levántate sin hacer ruido, vete hasta la puerta y mira sin que te vean.

Mathieu se sentó y bostezó.

—¿Qué pasa?

—Los autos de los oficiales esperan en la carretera a cien metros de aquí.

—No.

—Haz lo que te digo y verás.

Guiccioli desapareció; Mathieu se frotó los ojos y llamó en voz baja:

—¡Charlot! ¡Charlot! ¡Longin! ¡Longin!

No hubo respuesta. Se levantó y avanzó soñoliento hasta la puerta. Estaba abierta de par en par. Un hombre se ocultaba en la sombra.

—¿Quién está aquí?

—Soy yo—dijo Pinette.

—Te creía acostado con la chica.

—Anda haciéndose la interesante; no la tendré hasta mañana. ¡Cielos!—suspiró—. Los labios me duelen de tanto sonreír.

—¿Dónde está Pierné?

Pinette señaló un pórtico oscuro al otro lado de la calle.

—Ahí, con Longin y Charlot.

—¿Qué hacen?

—No sé.

Esperaron en silencio. La noche era fría y clara bajo la luna. Delante, un grupo de sombras se agitaba vagamente. Mathieu volvió la cabeza hacia la casa del médico. La ventana del general estaba cerrada, pero una pálida luz escapaba por debajo de la puerta. *Yo,* estoy *ahí.* El Tiempo se derrumbó con su gran futuro-espantapájaros. No quedó más que una vacilante y pequeña duración local. Ya no había ni Paz ni Guerra, ni Francia ni Alemania. No existía más que esta leve claridad bajo una puerta que tal vez se iba a abrir. ¿Se abriría? Solo eso importaba. Mathieu no poseía más que este futuro minúsculo. ¿Se

abriría? El placer de la aventura iluminó su corazón herido. ¿Se abriría? Era importante; le parecía que la puerta proporcionaría finalmente al abrirse una respuesta a todas las cuestiones que se había planteado en la vida. Mathieu sintió que iba a nacer un escalofrío de placer en el hueco de sus riñones. Tuvo vergüenza y se dijo con un esfuerzo: "Hemos perdido la guerra." En este instante, le fue restituido el Tiempo; la perlita de futuro se diluyó en un porvenir inmenso y siniestro. El Pasado, el Futuro hasta perderse de vista, desde los Faraones hasta los Estados Unidos de Europa. Su alegría se extinguió. La luz bajo la puerta se extinguió, la puerta rechinó, giró lentamente y se abrió en las tinieblas; la sombra palpitó bajo el pórtico, la calle dio chasquidos como un bosque y después se hundió de nuevo en el silencio. Demasiado tarde: no hay aventura.

Al cabo de un instante aparecieron unas siluetas en la escalinata. Uno tras otro, los oficiales bajaron. Los primeros esperaron en medio de la calzada a los otros y la calle se metamorfoseó: 1912, una calle de guarnición bajo la nieve, era tarde y la fiesta en casa del general había terminado. Bellos como imágenes, los tenientes Sautin y Cadine iban del brazo; el comandante Prat había puesto la mano sobre el hombro del capitán Mauron; se encorvaban, sonreían y adoptaban actitudes bajo el magnesio de la luna. Todavía una, la última, el grupo entero. Ya está. El comandante Prat giró sobre los talones, miró al cielo y levantó dos dedos, como para bendecir a la aldea. El general salió a su vez y un coronel cerró tras él suavemente la puerta. El estado mayor de la división estaba completo: una veintena de oficiales. Era una noche de nieve, de cielo despejado, y habían bailado hasta la medianoche. Era el más bello recuerdo de guarnición. El grupo se puso en marcha sin hacer el menor ruido. En el primer piso se abrió, también sin ruido, una ventana; una forma blanca se inclinó hacia afuera y los observó alejarse.

—¡No digas!—murmuró Pinette.

Avanzaban tranquilamente con una dulce solemnidad; en sus rostros de estatua, saturados de luna, había tanta soledad y tanto silencio que resultaba un sacrilegio mirarlos. Mathieu se sentía culpable y purificado.

—¡No digas! ¡No digas!

El capitán Mauron vaciló. ¿Había oído algo? Su corpachón elegante y algo encorvado osciló un poco y se volvió hacia la granja. Mathieu veía cómo brillaban aquellos ojos. Pinette gruñó e hizo un movimiento para lanzarse afuera. Pero Mathieu lo agarró por la muñeca y lo sujetó con fuerza. El capitán buscó todavía un instante en las tinieblas; después, se volvió y bostezó con indiferencia, llevándose a los labios las puntas de sus dedos enguantados. Pasó el general; Mathieu nunca lo había visto de tan cerca. Era un hombre grueso e imponente, de rostro pizarroso, que se apoyaba pesadamente en el brazo del coronel. Seguían los ordenanzas con las valijas; un grupo de alféreces que hablaba y reía por lo bajo cerraba la marcha.

—¡Oficiales!—dijo Pinette casi en voz alta.

"Más bien dioses", pensó Mathieu. Dioses que volvían al Olimpo después de una breve permanencia en la Tierra. El cortejo olímpico se sumergió en la noche; una lámpara de bolsillo danzó en redondo sobre la carretera y se apagó. Pinette se volvió hacia Mathieu; la luna iluminaba aquel hermoso rostro desesperado.

—¡Oficiales!

—Así es.

Los labios de Pinette empezaron a temblar; Mathieu tuvo miedo de que su amigo se echara a llorar.

—¡Vamos, vamos! No te pongas así, muchacho. Recóbrate...

—Hay que verlo para creerlo. Es el mundo al revés —Pinette tomó la mano de Mathieu y la apretó, como si conservara una última esperanza—. ¿No crees que los chóferes se negarán a marcharse?

Mathieu se encogió de hombros; los motores habían comenzado a rugir; era un canto de cigarra agradable,

muy distante, en el fondo de la noche. A los pocos momentos, los coches arrancaron y el ruido de los motores se perdió. Pinette se cruzó de brazos:

—¡Oficiales! Empiezo a creer que Francia está perdida...

Mathieu se volvió. Las sombras se desprendían por racimos de los muros. Los soldados salían silenciosamente de las callejas de las puertas cocheras, de las granjas. Eran soldados de verdad, soldados rasos, mal vestidos, de toscas figuras, que se deslizaban con el oscuro blancor de las fachadas como fondo. En unos segundos la calle quedó llena. Tenían los rostros tan tristes que el corazón de Mathieu se angustió.

—Ven—dijo Mathieu a Pinette.

—¿Adónde?

—Afuera, con los compañeros.

—¡Oh, al diablo!—dijo Pinette—. Me voy a dormir. No tengo ganas de hablar.

Mathieu vaciló; tenía sueño y unas punzadas violentas le agujereaban el cráneo. Le hubiera gustado dormir y no pensar en nada. Pero todos estaban tristes. Veía las espaldas curvadas a la luz de la luna y se sentía uno de ellos.

—Yo, en cambio, tengo ganas de hablar—dijo—. Buenas noches.

Atravesó la calle y se mezcló con los demás. La luz calcárea de la luna iluminaba rostros petrificados; nadie hablaba. De pronto, se oyó claramente el ruido de los motores.

—¡Vuelven!—exclamó Charlot—. ¡Vuelven!

—¡No, estúpido, no! Han tomado la carretera departamental.

Escucharon a pesar de todo, con una vaga esperanza. El bramido amenguó y se desvaneció. Latex suspiró:

—Ha terminado.

—¡Al fin, solos!—dijo Grimaud.

Nadie se rió. Alguien preguntó con voz baja y angustiada:

—¿Qué va a ser de nosotros?

No hubo respuesta; todos se reían de lo que pudiera ser de ellos. Tenían otra preocupación, una pena oscura que desesperaban de expresar. Lubéron bostezó y, tras un largo silencio, dijo:

—No se gana nada con velar. ¡A la cama, chiquitos, a la cama!

Charlot hizo un gran ademán de desaliento.

—Bien, voy a acostarme—dijo—, pero va a ser enfermo de asco.

Los hombres se miraban con inquietud. No tenían ganas de separarse, pero tampoco razón alguna para permanecer juntos. De pronto, se oyó una voz amarga:

—¡Nunca nos han querido!

Este hombre hablaba en nombre de todos. Y todos asintieron:

—¡No! ¡No, no! Puedes decirlo... Tienes razón. Nada hay más cierto... Nunca nos han querido, nunca, nunca... Para ellos, el enemigo no eran los Fritz, sino nosotros... Hemos hecho toda la guerra juntos y nos han dejado en la estacada.

Ahora, Mathieu repetía con los demás:

—Nunca nos han querido, nunca...

—Cuando les he visto pasar—dijo Charlot—sufrí tal decepción que estuve a punto de caerme tieso...

Un murmullo inquieto cubrió su voz; no era esto ya lo que se debía decir. Ahora había que vaciar el absceso. Ya no cabía detenerse, sino que había que decir: nadie nos quiere; los paisanos nos echan en cara que no hemos sabido defenderlos y nuestras mujeres no están orgullosas de nosotros. Los oficiales nos han abandonado, los aldeanos nos odian y los Fritz avanzan en la noche. Era preciso decir: somos las víctimas propiciatorias, los vencidos, los cobardes, los gusanos, la hez de la Tierra. Hemos perdido la guerra, somos feos y culpables, y nadie, nadie, nadie en el mundo nos quiere. Mathieu no se atrevió, pero Latex, detrás de él, dijo con tono objetivo:

—Somos unos parias.

Hubo voces por todas partes; repetían duramente, sin piedad:

—Unos parias...

Las voces se callaron. Mathieu miraba a Longin sin motivo alguno, porque sí, porque lo tenía delante, y Longin también le miraba. Charlot y Latex también se miraban; todo el mundo se miraba, todo el mundo tenía el aspecto de esperar, como si quedara algo por decir. No quedaba nada por decir, pero, de pronto, Longin sonrió a Mathieu y este sonrió a Longin. Charlot sonrió, Latex sonrió... Sobre todas las bocas, la luna hizo brotar pálidas flores...

LUNES 17 DE JUNIO

—¡Vamos, vamos! Ven de una vez—dijo Pinette.

—No.

—¡Vamos, vamos! Ven de una vez.

Miraba a Mathieu con expresión implorante y engatusadora.

—No me fastidies más—dijo Mathieu.

Estaban los dos bajo los árboles, en medio de la plaza, con la iglesia delante y la alcaldía a la derecha. Delante de la alcaldía, sentado sobre el primer peldaño de la escalinata, Charlot soñaba. Tenía un libro sobre las rodillas. Los soldados se paseaban, solos o formando pequeños grupos; no sabían qué hacer con su libertad. Mathieu tenía la cabeza pesada y dolorida, como si hubiese bebido.

—Parece que tienes mal humor—dijo Pinette.

—Tengo mal humor.

Había habido esta agotadora embriaguez de amistad; los hombres se habían quemado a la luz de la luna y esto valía la pena de vivirlo. Después, las antorchas se habían apagado. Todos se habían ido a dormir, porque no tenían nada mejor que hacer y porque no tenían todavía la costumbre de quererse. Ahora, era el día siguiente a la fiesta y tenían ganas de matarse.

—¿Qué hora es?—preguntó Pinette.
—Las cinco y diez.
—¡Cuernos! Ya llego tarde.
—Bueno. Date prisa y vete.
—No quiero ir solo.
—¿Tienes miedo de que te reciba de uñas?
—No es eso—protestó Pinette—. No es eso...

Nippert pasó junto a ellos sin verlos, con los ojos hac dentro, ensimismado.

—Lleva contigo a Nippert—dijo Mathieu.
—¿Nippert? ¿Estás loco?

Siguieron con la vista a Nippert, intrigados por aque llas maneras de ciego y aquel paso de baile.

—¿Qué apuestas a que entra en la iglesia?

Esperó un instante y se dio una palmada en el muslo

—¡Entra, entra! He ganado.

Nippert había desaparecido. Pinette se volvió hac Mathieu y lo observó con expresión de perplejidad.

—Desde esta mañana hay ahí más de cincuent —dijo—. De cuando en cuando sale uno para orinar y vuelve a entrar en seguida. ¿Qué crees que pueden hacer —Mathieu no respondió, y Pinette, tras rascarse la cabe za, añadió—: Tengo ganas de echar un vistazo ahí dentro

—Vas a llegar tarde a tu cita.
—¡Al cuerno mi cita!

Se alejó con despreocupación. Mathieu se acercó a un castaño. Había en la carretera un grueso paquete aban donado: era todo lo que quedaba del estado mayor de una división. Cosas así se veían en todas las aldeas: los Fritz los recogerían al pasar: "¿Qué esperan, cielos? ¡Que se den prisa!" La derrota se había hecho cotidia na: eran el sol, los árboles, el aire y estas ganas disimu ladas de estar muerto. Pero quedaba de la víspera, en el fondo de la boca, un regusto de la fraternidad. Se acer caba el cabo cartero, encuadrado por dos cocineros: Ma thieu los miró; durante la noche, a la luz de la luna estas bocas le habían sonreído. Ahora, nada; los duros rostros retraídos proclamaban que hay que desconfiar de

la luz de la luna y de los éxtasis de medianoche. Cada uno en su casa y Dios en la de todos; no se está en la Tierra para vivir en la Luna. También para ellos era el día siguiente de una fiesta. Mathieu sacó su cortaplumas del bolsillo y comenzó a tallar la corteza del castaño. Tenía ganas de inscribir su nombre en alguna parte del mundo.

—¿Escribes tu nombre?

—Bien, sí.

—¡Ja, ja!

Se rieron y pasaron. Llegaron en seguida otros soldados; tipos a los que Mathieu no había visto jamás. Mal afeitados, con los ojos brillantes y aspectos extraños; uno de ellos cojeaba. Atravesaron la plaza y se sentaron sobre la acera, frente a la panadería cerrada. En seguida vinieron otros y otros a los que Mathieu tampoco conocía. Estaban sin fusiles ni polainas y tenían unas caras grises y barro seco en las botas. Cabía querer a estos hombres. Pinette, al unirse a Mathieu, les dirigió una mirada malévola.

—¿Qué?—preguntó Mathieu.

—La iglesia está llena—dijo Pinette. Y agregó, decepcionado—: Están cantando.

Mathieu cerró su cortaplumas y Pinette preguntó:

—¿Escribes tu nombre?

—Quería hacerlo—dijo Mathieu, metiéndose la navaja en el bolsillo—. Pero se tarda demasiado tiempo.

Un mocetón se detuvo cerca de ellos; el rostro reflejaba cansancio y embotamiento. Había una especie de bruma encima de su cuello desabrochado.

—Salud, muchachos—dijo sin sonreír.

Pinette lo examinó.

—Salud—dijo Mathieu.

—¿Hay oficiales por aquí?

Pinette se echó a reír.

—¿Le oyes?—preguntó a Mathieu. Se volvió hacia el tipo y añadió—: No, amigo, no. No hay oficiales; estamos en la República.

—Ya lo veo—dijo el hombre.
—¿De qué división eres?
—De la cuarenta y dos.
—¿La cuarenta y dos?—murmuró Pinette—. Nunca he oído hablar de ella. ¿Dónde estáis?
—En Epinal.
—¿Y qué demonios haces aquí?
El soldado se encogió de hombros. Pinette, con inquietud, preguntó de pronto:
—¿Va a venir aquí vuestra división? ¿Con el estado mayor y toda la basura?
El soldado se rió a su vez y señaló a cuatro tipos sentados en la acera.
—Ahí está la división—dijo.
Los ojos de Pinette brillaron.
—¿Hay jaleo en Epinal?
—Había. Ahora, debe de estar todo muy tranquilo.
El hombre giró sobre sus talones y fue a reunirse con sus compañeros. Pinette lo siguió con la mirada.
—La cuarenta y dos, ¡te das cuenta! ¿Conoces tú la cuarenta y dos? Nunca había oído hablar de ella hasta ahora.
—No era razón para admirarse—dijo Mathieu.
Pinette se encogió de hombros.
—Siempre aparecen tipos que no se sabe de dónde vienen—dijo con desdén—. Uno ya no está en su casa.
Mathieu no contestó; contemplaba las marcas que había hecho en la corteza.
—Vamos...—dijo Pinette—. Ven conmigo... Iremos los tres al campo; no veremos a nadie y estaremos bien.
—¿Qué quieres que yo haga contigo y tu chica? Para hacer lo que vais a hacer, no necesitáis de mí.
—No lo haremos en seguida—dijo Pinette suplicante—. Tendremos que hablar—se interrumpió bruscamente—. ¡Mira eso, mira eso! Otro desconocido...
Avanzaba hacia ellos un soldado, bajo y rechoncho, muy rígido. Una venda manchada de sangre le ocultaba el ojo derecho.

—Estamos tal vez en el centro de una gran batalla—dijo Pinette, con una voz vibrante de esperanza—. Tal vez haya jaleo al fin de cuentas...

Mathieu no respondió. Pinette llamó al hombre de la venda:

—¡Eh, tú!...

El hombre se detuvo y lo miró con su único ojo.

—¿Ha habido jaleo por allá?

El hombre miraba sin contestar. Pinette se volvió hacia Mathieu.

—No se puede sacar nada de esta gente.

El hombre reanudó la marcha. Unos metros más allá se detuvo, apoyó su espalda en un castaño y se dejó deslizar hasta el suelo. Ahora estaba sentado, con las rodillas en la barbilla.

—Esto anda mal—dijo Pinette.

—¡Ven!—ordenó Mathieu.

Se acercaron.

—¿Te sientes mal, muchacho?—preguntó Pinette.

El soldado no contestó.

—¡Eh! ¿Te sientes mal?

—Vamos a ayudarte—dijo Mathieu al soldado.

Pinette se inclinó para tomar al hombre por las axilas, pero se incorporó en seguida.

—No vale la pena.

El hombre seguía sentado, con el ojo muy abierto y la boca entreabierta. Tenía una expresión dulce y sonriente.

—¿No vale la pena?

—¡Claro! Mira cómo está.

Mathieu se agachó y apoyó su cabeza sobre la guerrera del soldado.

—Tienes razón—dijo.

—Bien; hay que cerrarle los ojos—observó Pinette.

Lo hizo con las puntas de los dedos, con mucho cuidado, hundida la cabeza en el cuello y adelantado el labio inferior. Mathieu miraba a Pinette, pero no al muerto. El muerto ya no contaba.

—Se diría que has hecho eso toda la vida.

—¡Oh!—dijo Pinette—. Desde luego, he visto muchos muertos. Pero este es el primero desde que estalló la guerra.

El muerto, cerrados sus ojos, sonreía a sus pensamientos. Parecía fácil morir. Fácil y casi alegre. "Pero entonces, ¿para qué vivir?" Todo flotaba ahora en el cielo. Los vivos, los muertos, la iglesia, los árboles... Mathieu tuvo un sobresalto. Una mano había tocado su hombro. Era el mocetón con el rostro de bruma; contemplaba al muerto con sus ojos pálidos.

—¿Qué tiene?

—Ha muerto.

—Es Gérin—explicó. Se volvió hacia el Este—. ¡Eh, muchachos! Venid en seguida.

Los cuatro soldados se levantaron y se acercaron corriendo.

—Gérin está aquí. Ha muerto...—les gritó el mocetón.

—¡Rediós!

Rodearon al muerto y lo miraron con recelo.

—Es raro que no se haya caído.

—A veces, así pasa. Hay quienes se quedan de pie.

—¿Estás seguro de que ha muerto?

—Ellos lo dicen.

Se inclinaron todos a la vez sobre el muerto. Uno le tomaba la muñeca, otro auscultaba el corazón y un tercero sacó un espejo del bolsillo y lo puso junto a la boca, como en las novelas policíacas. Se incorporaron, satisfechos.

—¡Este idiota!—dijo el mocetón meneando la cabeza.

Los otros cuatro también menearon la cabeza y repitieron a coro:

—¡Este idiota!

Uno de ellos, bajo y grueso, se volvió hacia Mathieu:

—Se ha tragado veinte kilómetros. Si se hubiera quedado allí, viviría todavía.

—No quería que los Fritz lo agarraran—dijo Mathieu, a modo de excusa.

—Los Fritz tienen ambulancias. Yo le hablé, en la ca-

rretera. Sangraba como un cerdo, pero no se le podía decir nada. El señor tenía que salirse con la suya. Decía que quería regresar a su casa.

—¿De dónde es?—preguntó Pinette.

—De Cahors. Es panadero allí.

Pinette se encogió de hombros.

—De todos modos, no es el camino.

—No.

Se callaron y contemplaron al muerto turbados.

—¿Qué hacemos? ¿Le tendemos en el suelo?

—No se puede hacer otra cosa.

Le tomaron por debajo de las axilas y las rodillas. El les sonreía siempre, pero, minuto a minuto, se acentuaba su aspecto de cadáver.

—Os ayudaremos...

—No vale la pena.

—Sí, sí...—dijo Pinette vivamente—. No tenemos nada que hacer y eso nos distraerá.

El soldado grande le miró con firmeza.

—No—dijo—. Esto ha de quedar entre nosotros. Es nuestro y nosotros le debemos enterrar.

—¿Adónde lo vais a llevar?

Con la cabeza, el soldado bajo y grueso señaló el Norte.

—Por ahí...

Se pusieron en marcha llevando el cadáver; parecían tan muertos como su desgraciado compañero.

—Por cierto...—preguntó Pinette—, ¿no tenía religión este camarada?

Le miraron con estupor. Pinette señaló la iglesia.

—Está lleno de curitas ahí dentro...

El mocetón levantó una mano en actitud noble y orgullosa.

—No. No, no... Esto ha de quedar entre nosotros.

Dio media vuelta y siguió a los demás. Atravesaron la plaza y desaparecieron.

—¿Qué tenía ese muchacho?—preguntó Charlot a gritos.

Mathieu se volvió. Charlot había levantado la cabeza y colocado el libro a su lado, sobre el peldaño.

—Temía que estaba muerto.

—¡Lástima!—dijo Chalot—. No se me ocurrió mirar. Vi solamente cómo se lo llevaban. ¿No es de los nuestros, por lo menos?

—No.

—¡Ah, bueno!

Se acercaron. De las ventanas de la alcaldía salían cantos y gritos humanos.

—¿Qué pasa ahí dentro?—preguntó Mathieu.

—Es un burdel—dijo Charlot sonriendo.

—¿Y puedes leer?

—No leo en absoluto—explicó Charlot con humildad.

—¿Qué libro es?

—El Vaulabelle.

—Creí que era Longin quien lo leía.

—¡Longin!—dijo Charlot irónicamente—. ¡Ah! ¡Si lo vieras! Longin ya no está en estado de leer—con un pulgar señaló el edificio por encima de su hombro—. Está ahí, borracho como un cerdo.

—¿Longin? Si no bebe más que agua...

—Bien; vete a ver si no está borracho...

—¿Qué hora es?—preguntó Pinette.

—Las cinco y treinta y cinco.

Pinette se volvió hacia Mathieu.

—¿No vienes? ¿Es definitivo?

—Es definitivo. No voy.

—Entonces, vete a la mismísima...—Pinette bajó hacia Charlot sus hermosos ojos miopes—. ¡Hay que ver lo que uno ha de aguantar!

—¿Qué tienes que aguantar, chiquito?

—Ha encontrado una chica—dijo Mathieu.

—Si te fastidia, no tienes más que pasármela.

—No puedo—dijo Pinette—. Me adora.

—Entonces, arréglate con ella.

Pinette hizo un ademán equivalente a un juramento,

les volvió la espalda y se fue. Charlot lo siguió con la mirada, sonriendo.

—Tiene mucha suerte con las mujeres.

—Así es—dijo Mathieu.

—No lo envidio—repuso Charlot—. A mí, en estos momentos, la sola idea de acostarme con una chica...—miró a Mathieu con curiosidad—. Dicen que el miedo le pone a uno en forma...

—¿Qué?

—No es mi caso; lo mío está muy encogido...

—¿Tienes miedo?

—Miedo, no. Pero hay algo que me pesa en el estómago.

—Comprendo.

Charlot agarró de pronto a Mathieu por la manga; bajó la voz.

—Siéntate; tengo que decirte algo.

Mathieu se sentó.

—Hay algunos que cuentan cosas tan estúpidas como ellos.

—¿Qué cosas?

—¿Sabes?—dijo Charlot con embarazo—. Son verdaderas estupideces...

—Dilas, de todos modos.

—Bien; ahí está el cabo Cabel que dice que nos van a castrar—Charlot se rió sin dejar de mirar a Mathieu.

—Bien, sí—dijo este—. Son idioteces.

Charlot seguía riéndose.

—Ten en cuenta que yo no lo creo. Les daría demasiado trabajo.

Se callaron. Mathieu había tomado el Vaulabelle y lo hojeaba. Esperaba disimuladamente que Charlot le dejara llevárselo. Con aparente indiferencia, Charlot preguntó:

—A los judíos, en Alemania, ¿no los castran?

—No, hombre...

—Me habían dicho algo sobre eso—dijo Charlot con el mismo tono.

De pronto, tomó a Mathieu por los hombros. Mathieu no pudo soportar la vista del aterrorizado rostro y fijó la mirada en sus rodillas.

—¿Qué van a hacerme?—preguntó Charlot.

—No más que a cualquier otro—hubo un silencio y Mathieu añadió—: Rompe tu libreta y tira tu placa.

—Hace tiempo que lo he hecho.

—¿Entonces?

—Mírame—dijo Charlot.

Mathieu no podía decidirse a levantar la cabeza.

—Te digo que me mires.

—Te miro—dijo Mathieu—. ¿Y qué?

—¿Parezco judío?

—No—dijo Mathieu—. No pareces judío.

Charlot suspiró. Un soldado salió de la alcaldía dando tumbos, bajó tres escalones, perdió pie en el cuarto, pasó entre Mathieu y Charlot y fue a caer en medio de la calzada.

—¡Buena borrachera!—dijo Mathieu.

El hombre se incorporó sobre sus codos y vomitó. Después, dejó caer de nuevo la cabeza y ya no se movió.

—Han robado vino en la Intendencia—explicó Charlot—. Si los hubieras visto pasar con garrafas que han encontrado no se sabe dónde y con un gran barreño lleno de vino... Era asqueroso.

Longin apareció en una ventana del piso bajo y eructó. Tenía los ojos rojos y un carrillo completamente negro.

—¡Te has puesto en buen estado!—le dijo Charlot con severidad.

Longin los miró parpadeando; cuando los reconoció, levantó los brazos, en actitud trágica.

—¡Delarue!

—¿Qué?

—Estoy deshonrado.

—No tienes más que salir de ahí.

—No puedo salir solo.

—Ya voy—dijo Mathieu.

Se levantó, apretando contra su pecho el Vaulabelle.

—Eres demasiado bueno—dijo Charlot.

—De algún modo hay que pasar el tiempo.

Mathieu subió dos escalones y Charlot le gritó por detrás:

—¡Eh! Devuélveme mi Vaulabelle.

—Ya voy... No grites tanto—dijo Mathieu con fastidio.

Le tiró el libro, empujó la puerta, entró en un pasillo con paredes blancas y se detuvo, asaltado por la angustia. Una voz chillona y soñolienta cantaba el *Artillero de Metz*. Le recordó el manicomio de Ruán, el 24, cuando iba a ver a su tía, viuda y loca de pena. Los locos cantaban tras las ventanas. En la pared de la izquierda, había un aviso bajo unas rejas; Mathieu se acercó y leyó: "Movilización general". Y pensó: "Yo he sido paisano." La voz se dormía durante unos instantes, caía sobre ella misma y se vaciaba con un gorgoteo para despertarse con un grito. "Yo he sido paisano; hace tiempo." Mathieu miraba, encima del aviso, las dos banderitas cruzadas y se veía con un traje de alpaca y cuello duro. Nunca había llevado ninguna de las dos cosas, pero se representaba así a los civiles. "Me espanta volver a ser paisano. Además, es una raza que se extingue." Oyó que Longin gritaba "¡Delarue!", vio una puerta a su izquierda y entró. El sol estaba ya bajo; sus largos rayos polvorientos dividían la sala en dos sin iluminarla. Asaltado por un intenso olor a vino, Mathieu parpadeó y no vio en un principio más que un mapa mural que formaba una mancha en la blancura de la pared; después, vio a Ménard, sentado en lo alto de un armario pequeño, con las piernas colgando y balanceando sus botas en la púrpura del ocaso. Era él quien cantaba; sus ojos, enloquecidos de alegría, bizqueaban encima de la bocaza abierta: su voz salía por sí misma y parecía un enorme parásito que le chupara las entrañas y la sangre para transformarlas en canciones. Inerte, con los brazos caídos, Ménard miraba con estupor al gusano que le salía de la boca. No había

un mueble; por lo visto, se habían apoderado ya de todas las mesas y sillas. Resonó en la sala un grito de bienvenida:

—¡Delarue! ¡Buenos días, Delarue!

Mathieu bajó la vista y vio a unos hombres. Uno estaba tendido sobre sus propios vómitos y otro, tumbado cuan largo era, roncaba. Un tercero apoyaba su espalda en la pared; tenía la boca abierta como Ménard, pero no cantaba; lucía una barba grisácea de oreja a oreja y, tras sus lentes, los ojos estaban cerrados.

—¡Salud, Delarue! ¡Delarue, salud!

A su derecha, había otros tipos en estado menos lamentable. Guiccioli estaba sentado sobre el piso, con una escudilla llena de vino entre sus piernas. Latex y Grimaud estaban agachados a la turca. El primero sostenía su vasija por el asa y la golpeaba contra el piso marcando el compás a los cantos de Ménard; la mano de Latex desaparecía hasta la muñeca en la bragueta. Guiccioli dijo algunas palabras que fueron ahogadas por la voz del cantor.

—¿Qué dices?—preguntó Mathieu, poniendo su mano ahuecada detrás de la oreja.

Guiccioli dirigió una mirada furiosa a Ménard.

—¿Quieres callarte un momento, por favor? ¡Nos estás rompiendo los oídos!

Ménard dejó de cantar y dijo con tono compungido:

—No puedo pararme...

Y en seguida, presa de su propia voz, comenzó a cantar *Las chicas de Camaret*.

—¡Cómo estamos! ¡Cómo estamos!—dijo Guiccioli. No estaba muy descontento y miró a Mathieu con orgullo—. ¡Esto es alegría!—dijo—. Aquí, todos están alegres. Somos unos barbianes, unos chiflados, la banda de los trituradores de vajilla...

Grimaud asintió con un movimiento de cabeza y se rió. Con esfuerzo, como si hablara una lengua extranjera dijo:

—Aquí no se engendra melancolía...

—Ya lo veo—dijo Mathieu.

—¿Quieres un trago?—preguntó Guiccioli.

En medio de la sala, había un gran recipiente de cobre lleno de espeso vino tinto de la Intendencia. En la superficie flotaban algunos objetos.

—Eso es para dulces—dijo Mathieu—. ¿De dónde lo habéis sacado?

—No te importe de dónde lo hemos sacado—dijo Guiccioli—. Bebe o vete a la mismísima—se expresaba con dificultad y apenas podía tener abiertos los ojos, pero conservaba su actitud agresiva.

—No bebo—dijo Mathieu—. He venido a llevarme a Longin.

—¿Llevártelo adónde?

—A tomar el aire.

Guiccioli cogió su plato con las dos manos y bebió.

—No seré yo quien te lo impida—dijo—. No hace más que hablar de su hermano y está fastidiando a todos. Recuerda que esta es la banda de los juerguistas; no queremos a nadie con el vino triste.

Mathieu tomó a Longin por el brazo.

—¡Vamos!...

Longin se desprendió con irritación.

—¡Un segundo! Déjame que me acostumbre...

—Tienes todo el tiempo que quieras—dijo Mathieu.

Giró sobre sus talones para echar un vistazo al armario. A través de los cristales, vio unos grandes volúmenes encuadernados en tela. Allí había lectura. Por leer, hubiera leído hasta el Código Civil. El armario estaba cerrado con llave; trató de abrirlo inútilmente.

—Rompe el cristal—dijo Guiccioli.

—No, hombre—contestó Mathieu molesto.

—¿Por qué no? Espera un poco y verás si los Fritz no lo rompen—Guiccioli se volvió hacia los demás—. Los Fritz van a quemarlo todo y Delarue no quiere romper el armario.

Los tipos comenzaron a burlarse.

—¡Burgués!—gritó Grimaud con desprecio.

Latex tiraba a Mathieu de la guerrera.
—¡Eh! Delarue, ven a ver.
Mathieu se volvió.
—¿Ver qué?
Latex sacó su sexo de la bragueta.
—Mira y quítate el sombrero. He hecho seis con él.
—¿Seis qué?
—Seis críos. Y muy guapos además. Cada uno pesaba veinte libras. No sé quién los va alimentar ahora. Pero usted nos hará otros—añadió, inclinado con ternura sobre su pene—. Los hará usted por docenas, bribonzuelo.
Mathieu apartó la vista.
—¡Quítate el sombrero, aprendiz!—gritó Latex colérico.
—No tengo sombrero—dijo Mathieu.
Latex paseó su mirada por la sala.
—Seis en ocho años. ¿Quién ha hecho más?
Mathieu volvió a Longin.
—¿Vienes?
Longin le miró con expresión sombría.
—No me gusta que me fuercen.
—Yo no te fuerzo. Eres tú quien me ha llamado.
Longin puso a Mathieu un dedo bajo la nariz.
—No te quiero mucho, Delarue. Nunca te he querido mucho.
—Estamos a la par.
—Bien—dijo Longin satisfecho—. Así, tal vez nos entendamos. Por de pronto—preguntó mirando a Mathieu con recelo—, ¿por qué no he de beber? ¿Qué salgo ganando si no bebo?
—Tienes el vino triste—declaró Guiccioli.
—Si no bebiera, sería peor.
Ménard cantó:

Cuando yo me muera, quiero que me entierren
en una bodega que tenga buen vino...

Mathieu miró a Longin.
—Puedes beber cuanto quieras—le dijo.

—¿Cómo?—gruñó Longin decepcionado.

—Te digo—gritó Mathieu—que puedes beber cuanto quieras. Me importa un pito.

"No me queda más que marcharme", pensaba. Pero no podía decidirse. Se inclinaba sobre ellos, respiraba el denso olor dulzón de su borrachera y su desgracia y pensaba: "¿Adónde iré?" Sentía vértigos. No le causaban horror estos vencidos que bebían la derrota hasta las heces. Si tenía horror de alguien, era de sí mismo. Longin se agachó para recoger su vasija y cayó de rodillas.

—La mismísima...

Se arrastró hasta el barreño, metió el brazo en el vino hasta el codo, retiró su vaso chorreando y se inclinó para beber. Por las comisuras de sus labios temblorosos, el líquido volvía a caer al recipiente.

—No me siento bien—dijo.

—Vomita—le aconsejó Guiccioli.

—¿Cómo se hace?—preguntó Longin. Estaba lívido y respiraba con dificultad.

Guiccioli se introdujo dos dedos en la boca, se inclinó a un costado, jadeó un poco y vomitó unas flemas.

—Así—dijo, limpiándose la boca con el revés de la mano.

Longin, siempre de rodillas, hizo pasar su vaso a la mano izquierda y se metió la derecha en la garganta.

—¡Eh!—le gritó Latex—. ¡Vas a vomitar en el vino!

—¡Delarue!—gritó Guiccioli—. ¡Empújale! ¡Empújale pronto!

Mathieu empujó a Longin, quien cayó sentado, sin haber sacado los dedos de la boca. Todo el mundo le miraba animándole. Longin retiró sus dedos y eructó.

—No cambies de mano—dijo Guiccioli—. Ahora viene...

Longin tosió y se puso escarlata.

—No viene...—protestó tosiendo.

—Es que tú eres un idiota—gritó Guiccioli enfadado—. Cuando no se sabe vomitar, no se bebe.

Longin hurgó en su bolsillo, volvió a ponerse de rodillas y después se agachó junto al barreño.

—¿Qué haces?—le gritó Grimaud.

—Me estoy haciendo una compresa húmeda—dijo Longin, retirando del caldero un pañuelo empapado en vino. Se lo puso en la frente y dijo con voz infantil—: Delarue, por favor, ¿puedes atármelo por detrás?

Mathieu tomó las dos puntas del pañuelo y lo anudó sobre la nuca de Longin.

—¡Ah!—dijo Longin—. Me siento mejor...

El pañuelo le tapaba el ojo izquierdo; hilillos de vino tinto le corrían por las mejillas y el cuello.

—Pareces Jesucristo—dijo Guiccioli riendo.

—En eso tienes razón—asintió Longin—. Tengo el tipo de Jesucristo.

Tendió el vaso a Mathieu para que se lo llenara.

—¡Ah, no! Ya has bebido bastante.

—¡Haz lo que te digo!—gritó Longin—. ¡Haz lo que te digo, cielos!—y añadió con voz llorosa—: Tengo morriña...

—¡Rediós!—gritó Guiccioli—. Dale en seguida un vaso. Va a empezar a hablarnos otra vez de su hermano.

Longin miró a Guiccioli con altanería.

—¿Por qué no he de hablar de mi hermano, si me da la gana? ¿Eres tú quien va a impedírmelo?

—¡Oh, déjanos en paz!

Longin se volvió hacia Mathieu.

—Mi hermano vive en Hossegor—explicó.

—¿No es soldado?

—Nada de eso. Está exento. Se pasea entre los pinos con su mujercita. Se dicen: "Pobre Paul, no ha tenido suerte." Y se soban pensando en mí. ¡Ya les daría yo con ese pobre Paul!—meditó un instante y dijo—: No quiero a mi hermano.

Grimaud reía estrepitosamente.

—¿De qué te ríes?—preguntó Longin irritado.

—¿Le vas a prohibir que se ría acaso?—preguntó Guiccioli a su vez con indignación—. Continúa, chiquito—dijo paternalmente a Grimaud—, diviértete todo lo que quieras. Bromea... Estamos aquí para pasarlo bien.

—Me río pensando en mi mujer—dijo Grimaud.
—¡Al cuerno con tu mujer!—dijo Longin.
—Tú hablas de tu hermano y yo puedo hablar de mi mujer.
—¿Qué le pasa a tu mujer?
Grimaud se llevó un dedo a los labios.
—Sss...—dijo. Se inclinó hacia Guiccioli, en actitud confidencial—. Tengo una mujer que es fea como un trasero.
Guiccioli quiso hablar.
—¡Ni una palabra!—dijo Grimaud imperiosamente—. Como un trasero, sin discusión posible. Espera...—añadió, levantándose un poco y pasándose la mano por las nalgas, a fin de alcanzar el bolsillo zaguero—. Voy a enseñártela y a hacerte vomitar—después de algunos esfuerzos infructuosos, se dejó caer de nuevo—. ¡Bueno! ¿Qué? Tienes que creerme. No voy a mentir en esto; no tengo interés.
Longin pareció interesarse.
—¿Es *tan,* tan fea?—preguntó.
—Ya te lo digo: como un trasero.
—Pero ¿qué tiene de fea?
—Todo. Tiene los pechos en las rodillas y el culo en los talones. ¡Y si vieras sus piernas! Orina entre paréntesis...
—Entonces—dijo Longin riendo—, tienes que pasármela. Es una mujer para mí. A mí siempre me han correspondido las feas. Las bonitas eran para mi hermano.
Grimaud guiñó un ojo con malicia.
—¡Ah, no, no te la pasaré, amiguito! Porque, si te la paso, ¿encontraré otra? Tampoco yo soy bonito. Así es la vida—terminó con un suspiro—. Hay que contentarse con su suerte.
Ménard cantó:

Qué buena vida que llevan
los frailes de mi convento...

—Así es la vida...—dijo Longin—. Así es la vida. Hay

muertos que se acuerdan de sus vidas. Y, rediós, eran vidas que nada tenían de bonitas.

Guiccioli le tiró el plato a la cara. Le rozó el rostro a Longin y fue a caer al barreño.

—Cambia de disco—dijo Guiccioli con rabia—. Yo también tengo mis cosas, pero no fastidio a todo el mundo. Aquí hay que divertirse, ¿comprendes?

Longin se volvió hacia Mathieu con unos ojos que reflejaban la desesperación.

—¡Sácame de aquí!—dijo en voz baja—. ¡Sácame de aquí!

Mathieu se agachó para agarrarlo por las axilas. Longin se retorció como una culebra y se escapó. Mathieu perdió la paciencia.

—Ya estoy harto. ¿Te vienes o no?

Longin se había tumbado de espaldas y le miraba maliciosamente.

—Te gustaría que fuese, ¿eh? ¿Te gustaría?

—Me importa un pito. Solo quiero que te decidas en un sentido u otro.

—Bien—dijo Longin—, toma un trago. Tienes tiempo de tomar un trago mientras reflexiono.

Mathieu no respondió y Grimaud le tendió su vaso.

—Toma...

—Gracias—dijo Mathieu rechazando con el ademán.

—¿Por qué no bebes?—preguntó Guiccioli estupefacto—. Hay para todos; no tienes que andar con remilgos.

—No tengo sed.

Guiccioli se echó a reír.

—¡Dices que no tienes sed! ¿No sabes, desgraciado, que esta es la banda de los que beben sin sed?

—No tengo ganas de beber.

Guiccioli enarcó las cejas:

—¿Por qué no tienes ganas como los demás? ¿Por qué?—miró a Mathieu severamente—. Te creía más listo, Delarue. Me decepcionas.

Longin se incorporó sobre un codo.

—¿No veis que nos desprecia?

Hubo un silencio. Guiccioli miró a Mathieu con expresión interrogante. Después, de pronto, se encogió y cerró los ojos. Sonrió melancólicamente y, con los ojos siempre cerrados, dijo:

—Quienes nos desprecian, no tienen más que irse. No se retiene a nadie; estamos aquí entre nosotros.

—Yo no desprecio a nadie—dijo Mathieu.

Se calló. "Están borrachos y yo no lo estoy." Esto le procuraba a su pesar una superioridad que le daba vergüenza. Tenía vergüenza de la voz paciente que se veía obligado a adoptar en su conversación con ellos. "Se han emborrachado porque ya no podían más." Pero nadie podía compartir su miseria, si no se emborrachaba también. "No debí entrar aquí", pensó Mathieu.

—Nos desprecia—repitió Longin con una ira linfática—. Está ahí como en el cine. Le hace gracia ver a unos tipos borrachos que disparatan.

—¡Habla por ti!—gritó Latex—. Yo no digo disparates.

—¡Oh, dejad eso!—exclamó Guiccioli con aburrimiento.

Grimaud miraba a Mathieu con expresión meditabunda.

—Si nos desprecia, le voy a orinar encima.

Guiccioli se echó a reír.

—Te orinaremos encima—repitió—. Te orinaremos encima.

Ménard había dejado de cantar. Abandonó el armario, dejándose deslizar hasta el piso, miró en torno como un animal acosado, pareció tranquilizarse, lanzó un suspiro de alivio y cayó sin sentido. Nadie le hizo caso; miraban hacia adelante y, de cuando en cuando, dirigían una mirada malevolente a Mathieu, que no sabía ya qué hacer; había entrado sin ninguna mala intención, para socorrer a Longin. Pero debió haber previsto que la vergüenza y el escándalo entrarían con él. Por su causa, los hombres habían adquirido conciencia de sí mismos; no hablaba el mismo lenguaje que ellos y, como consecuencia, se había convertido en su juez y su testigo. Le repugnaba

este recipiente lleno de vino y porquerías y, al mismo tiempo, se reprochaba esta repugnancia. "¿Quién soy yo para negarme a beber cuando mis compañeros están borrachos?"

Latex se acariciaba pensativamente el bajo vientre. En esto, se volvió hacia Mathieu, con un brillo de desafío en los ojos; después, colocó el plato entre las piernas y metió su sexo en el vino.

—Zambúllete, bribón, que esto te fortifica...

Guiccioli lanzó un resoplido. Mathieu apartó la vista y se encontró con la mirada irónica de Grimaud.

—Te preguntas hasta dónde vamos a llegar, ¿verdad? —dijo Grimaud—. ¡Ah, tú no nos conoces, amiguito! Somos capaces de cualquier cosa—se inclinó hacia adelante y gritó, con un guiño cómplice—: ¡Eh, Latex! ¡Te apuesto a que no bebes ese vino!

Latex le devolvió el guiño.

—¿Por qué no?

Levantó el plato y bebió ruidosamente mirando a Mathieu. Longin rió con sorna. Todos sonreían. "Yo soy la causa de esto." Latex dejó su plato e hizo chasquear la lengua.

—Estaba muy rico...

—¿Qué dices ahora?—preguntó Guiccioli—. ¿Somos divertidos, sí o no?

—Y todavía no has visto nada—dijo Grimaud—. Nada, nada—sus manos temblorosas trataban de desabotonar la bragueta. Mathieu se inclinó sobre Guiccioli.

—Déjame tu plato—dijo con suavidad—. Me voy a divertir con vosotros.

—Ha caído en la artesa—dijo Guiccioli con desabrimiento—. Recógelo, si quieres.

Mathieu hundió la mano en el recipiente, buscó con los dedos en el vino, palpó el fondo y sacó la vasija llena. Grimaud inmovilizó sus manos, las miró, las volvió a poner en los bolsillos y después miró a Mathieu.

—¡Ah!—exclamó Latex aplacado—. Yo sabía que no podrías resistir la tentación.

Mathieu bebió. En el vino había bolitas de una sustancia blanda e incolora. Las escupió y volvió a llenar la vasija. Grimaud se reía con expresión bonachona.

—Cuando se nos ve, resulta irresistible—dijo—. Hay que beber. ¡Ah! Es que damos envidia a cualquiera...

—Vale más dar envidia que lástima—dijo Guiccioli muy contento.

Mathieu apartó una mosca que se debatía en el vino; después, bebió. Latex lo observaba con aires de entendido.

—Eso no es emborracharse... Eso es suicidarse.

El plato estaba vacío.

—Me cuesta mucho emborracharme—dijo Mathieu.

Llenó el plato por tercera vez. El vino era espeso y tenía un extraño sabor dulzón.

—¿No habéis orinado dentro?—preguntó Mathieu, asaltado por una sospecha.

—¿Estás loco?—preguntó Guiccioli indignado—. ¿Ibamos a estropear así el vino?

—¡Oh!—exclamó Mathieu—. En todo caso, me importa un pito.

Bebió de un trago y resopló.

—¿Qué tal?—preguntó Guiccioli con interés—. ¿Te sientes mejor?

Mathieu meneó la cabeza.

—Todavía no.

Tomó el plato. Se inclinó, apretados los dientes, sobre el barreño, pero oyó en esto a su espalda la voz burlona de Longin.

—Quiere demostrarnos que resiste mejor que nosotros.

Mathieu se volvió.

—¡No es verdad! Me emborracho para divertirme.

Longin había vuelto a sentarse, completamente rígido; el pañuelo se le había deslizado nariz abajo. Por encima del pañuelo, Mathieu veía sus ojos fijos y redondos de gallina vieja.

—Yo no te quiero mucho, Delarue—dijo Longin.

—Ya me lo has dicho.

—Los compañeros tampoco te quieren mucho—conti-

nuó Longin—. Los intimidas porque tienes instrucción, pero no creas que te quieren.

—¿Por qué han de quereme?—preguntó Mathieu entre dientes.

—No haces nada como los demás—prosiguió Longin—. Hasta cuando te emborrachas, no lo haces como nosotros.

Mathieu miró a Longin con perplejidad; después, lanzó el plato contra los cristales del armario.

—No puedo emborracharme—dijo con fuerte voz—. No puedo. Como veis, me resulta imposible.

Nadie dijo nada; Guiccioli colocó en el piso un gran trozo de vidrio que le había caído sobre las rodillas. Mathieu se acercó a Longin, lo tomó por el brazo y lo puso de pie.

—¿Qué es esto? ¿Por qué te metes en lo que no te importa?—gritó Longin—. Ocúpate en tus asuntos, aristócrata...

—He venido para sacarte—dijo Mathieu—, y me iré contigo.

—¡Déjame en paz! ¡Suéltame! ¡Suéltame, te digo, rediós, o hago una barbaridad!

Mathieu forcejeó para sacar a Longin de la sala. Longin levantó la mano y trató de meterle los dedos en los ojos.

—¡Canalla!—dijo Mathieu.

Soltó a Longin y le lanzó dos puñetazos, no demasiado violentos, a la barbilla. Longin se convirtió en una masa que giró sobre ella misma; Mathieu lo agarró al vuelo y se lo echó a la espalda, como si se tratara de un saco.

—¿Veis?—dijo—. También yo, cuando me pongo a ello, sé divertirme.

Los odiaba. Salió y descendió los peldaños de la escalinata con su carga. Charlot soltó el trapo de la risa al verlos.

—¡La que lleva encima ese hermanito!

Mathieu atravesó la calzada y depositó a Longin contra un castaño. Longin abrió un ojo, quiso hablar y vomitó.

—¿Te sientes mejor?—preguntó Mathieu.

Longin vomitó de nuevo.
—¡Qué alivio!—dijo entre dos arcadas.
—Te dejo—dijo Mathieu—. Cuando hayas acabado de vomitar, trata de echar un buen sueño.
Estaba sin aliento cuando llegó a la oficina de Correos. Llamó. Pinette abrió y le miró con una expresión de entusiasmo.
—¡Ah!—exclamó—. Te has decidido al fin...
—Sí, me he decidido.
La encargada se mostró en la sombra, detrás de Pinette.
—La señorita ya no tiene miedo—dijo Pinette—. Vamos a dar un paseíto por el campo.
La joven dirigió a Mathieu una mirada hosca. Mathieu le sonrió. Pensaba: "No me tiene ninguna simpatía." Pero le importaba menos que un comino.
—Hueles a vino—dijo Pinette.
Mathieu se rió, sin contestar. La encargada se puso sus guantes negros, cerró la puerta con dos vueltas y se pusieron en camino. La joven daba el brazo a Pinette y Pinette daba el brazo a Mathieu. Los soldados les saludaban al pasar.
—Estamos dando el paseo dominical—les gritaba Pinette.
—¡Ah!—contestaban—. Sin los oficiales, es domingo todos los días.

* * *

Silencio de luna bajo el sol; toscas efigies de yeso, formado círculo en el desierto, *recordarán a las especies futuras lo que fue la raza humana.* Largas ruinas blancas lloraban en canalones sus humores negros. Al Noroeste, un arco de triunfo; al Norte, un templo romano; al Sur, un puente que lleva a otro templo; agua corrompida en un estanque; un cuchillo de piedra que señala al cielo. Piedras... Piedras confitadas con el azúcar de la Historia; Roma, Egipto, la Edad de Piedra... He aquí lo que queda de una plaza célebre. Repitió: "Lo que queda", pero el

placer se había marchitado un poco. Nada hay más monótono que una catástrofe; comenzaba a habituarse. Se apoyó en la verja, todavía gozoso, pero cansado y con un gusto febril de verano en el fondo de la boca. Se había paseado durante todo el día y, ahora, las piernas lo llevaban con esfuerzo penoso. Sin embargo, había que continuar la marcha. En una ciudad muerta, hay que caminar. "Merezco encontrar algo bueno", se dijo. No importaba qué, algo que floreciera para él solo en una esquina cualquiera. Pero no había nada. El desierto por todas partes. Había allí leves fulgores de palacios, negros y blancos, palomas, aves inmemoriales convertidas en piedras a fuerza de alimentarse de estatuas. La única nota un poco alegre en aquel paisaje mineral era la bandera nazi sobre el hotel Crillon.

¡Oh! El pabellón de carne sangrante sobre la seda de los mares y las flores árticas.

En medio del trapo de sangre, el círculo, blanco como el de las linternas mágicas sobre las telas de mi infancia; en medio del círculo, el nudo de serpientes negras. Sigla del Mal, mi Sigla. Una gota roja se forma cada segundo en los pliegues del estandarte, se desprende y cae sobre el asfalto: la Virtud sangra. Murmuró: "¡La Virtud sangra!" Pero esto ya no le divertía tanto como la víspera. Durante tres días, no había hablado a nadie y su alegría se había endurecido; hubo un momento en que la fatiga le nubló la vista y se preguntó si no debía volver a casa. No, no podía volver. "Se reclama mi presencia *en todas partes.*" Caminar. Acogió con alivio el desgarramiento sonoro del cielo: el avión brillaba al sol. Era el relevo, y la ciudad muerta tenía otro testigo. Levantaba hacia otros ojos sus mil cabezas muertas. Daniel sonrió; el avión lo buscaba a él entre las tumbas. Por mí solo está ahí arriba. Tenía ganas de ir al centro de la plaza y agitar el pañuelo. ¡Si dejaran caer sus bombas! Sería una resurrección y la ciudad vibraría con ruidos de forja, como si estuviera trabajando. Unas hermosas flores parásitas se adherirían a las fachadas. El avión pasó; en torno a Daniel volvió

a formarse el silencio planetario. Caminar sin tregua por la superficie de este astro enfriado.

Volvió a marchar arrastrando los pies; el polvo blanqueaba sus zapatos. Dio un respingo; pegada la frente a un cristal, un general ocioso y vencedor, con las manos a la espalda, observaba tal vez a este indígena perdido en el museo de las antigüedades parisienses. Todas las ventanas se convirtieron en ojos alemanes; se incorporó y comenzó a andar con soltura, moviendo un poco las caderas por pura broma. "Soy el guarda de la Necrópolis." Las Tullerías, el malecón de las Tullerías; antes de cruzar la calzada, miró a derecha e izquierda, por hábito, pero sin ver otra cosa que un largo túnel de follaje. Iba a meterse en el puente de Solferino cuando se detuvo con el corazón palpitante: ¡el regalo! Un escalofrío recorrió su cuerpo desde las pantorrillas hasta la nuca; manos y pies se le enfriaron. Quedó inmóvil y contuvo el aliento; toda la vida se le refugió en los ojos. Comía con los ojos al joven que le daba inocentemente la espalda y se inclinaba sobre el agua. "¡Maravilloso encuentro!" Daniel no hubiera estado más emocionado si el viento del atardecer se hubiera vuelto voz para llamarlo o si las nubes hubiesen escrito su nombre en el morado cielo. Así era de manifiesto que aquel chiquillo estaba allí para él, que aquellas largas y anchas manos, en el extremo de unos puños de seda, eran palabras de su lenguaje secreto: "Me lo ofrecen." El muchacho era esbelto y delicado, con una cabellera rubia revuelta y hombros redondos, casi femeninos. Tenía caderas estrechas, una grupa firme y un poco grande, y unas orejas diminutas y exquisitas; tendría diecinueve o veinte años. Daniel miraba las orejas. "¡Maravilloso encuentro!" Casi tenía miedo. Todo su cuerpo *se hacía el muerto,* como los insectos a los que amenaza el peligro. "El peor peligro para mí es la belleza." Las manos se le enfriaban cada vez más y unos dedos de hierro se incrustaban en su cuello. La belleza, la más hábil de las asechanzas, se le ofrecía con una sonrisa de connivencia y facilidad, le hacía señas, adoptaba la actitud

de esperarlo. ¡Qué mentira! Esta deliciosa nuca que se ofrecía no esperaba nada ni a nadie; se acariciaba con el cuello de la chaqueta y disfrutaba de ella misma. De ellos mismos y de su propio calor disfrutaban los largos y cálidos muslos rubios que se adivinaban en la franela gris. "Vive, contempla el río, piensa, inexplicable y solitario como una palmera; es mío y nada sabe de mí." Daniel tuvo una náusea de angustia y, durante un instante, todo se balanceó; el muchacho, minúsculo y lejano, lo llamaba desde el fondo del abismo. La belleza lo llamaba: Belleza, mi Destino. "Todo va a empezar de nuevo", pensó. Todo: la esperanza, el dolor, la vergüenza, las locuras. Y, de pronto, se acordó de que Francia estaba destrozada: "*¡Todo está permitido!*" El calor irradiaba de su vientre hasta la punta de sus dedos, el cansancio había desaparecido y la sangre afluía a sus sienes. "Unicos representantes visibles de la especie humana, únicos sobrevivientes de una nación desaparecida, es inevitable que nos hablemos. ¿Qué hay de más natural?" Dio un paso hacia quien denominaba ya el Milagro. Se sentía joven y bueno, saturado de la revelación exultante que le ofrecían. Y casi en seguida, se detuvo: acababa de observar que el Milagro estaba temblando de pies a cabeza; un movimiento convulsivo echaba unas veces su cuerpo hacia atrás y aplastaba otros su vientre contra la balaustrada, curvándole la nuca por encima del agua. "¡Chiquillo estúpido!", pensó Daniel con irritación. El jovenzuelo no era digno de este minuto extraordinario, no había acudido de modo completo a la cita. Unos cuidados pueriles distraían a un alma que debía mantenerse vacante para la buena nueva. "¡Chiquillo estúpido!" De pronto, el Milagro levantó el pie derecho en movimiento extraño y forzado, como si quisiera pasar por encima del parapeto. Daniel se preparaba a dar un salto cuando el joven se volvió, inquieto, con la pierna en el aire. Vio a Daniel y Daniel vio unos ojos de tormenta en un rostro de tiza; el muchacho titubeó un segundo, su pie cayó de nuevo rozando la piedra y, en seguida, se puso a caminar.

con despreocupación aparente y arrastrando la mano por el borde del parapeto. "¡Tú quieres matarte!"

El deslumbramiento de Daniel se heló de golpe. No era más que eso: un alocado chiquillo, incapaz de soportar las consecuencias de sus tonterías. Una bocanada de deseo le inflamó el sexo; se puso a caminar detrás del chiquillo con la alegría fría del cazador. Tenía un júbilo helado; se sentía liberado, a punto, con toda la maldad posible. En el fondo, le gustaba más esto, pero jugaba a guardar rencor al muchacho: "¿Te quieres matar, mocoso? Si crees que es fácil... Personas más avisadas que tú no lo han conseguido." El muchacho tenía conciencia de una presencia a su espalda; caminaba ahora a zancadas demasiado altas y rígidas. Al llegar a la mitad del puente, se dio cuenta de la existencia de su mano derecha, que acariciaba la balaustrada al pasar; la mano se levantó en el extremo del brazo, rígida y fatídica. El muchacho la bajó a la fuerza, la metió en el bolsillo y hundió la cabeza en los hombros. "Tiene un aspecto equívoco. Es así como me gustan." El joven apresuró el paso y Daniel hizo otro tanto. Una risa dura le subía a los labios. "Sufre y quiere acabar, pero no puede porque yo lo sigo. Camina, camina, que yo no te dejaré." En el extremo del puente, el muchacho vaciló y después optó por el malecón d'Orsay. Llegó a la altura de una escalera que llevaba a la rampa, se detuvo, se volvió hacia Daniel con impaciencia y esperó. En un abrir y cerrar de ojos, Daniel vio un delicioso rostro lívido, una nariz breve, una boca pequeña y sin energía y unos ojos altaneros. Bajó los párpados hipócritamente, se acercó con lentitud, pasó al muchacho sin mirarlo y, después, tras dar algunos pasos, miró por encima del hombro: el chico había desaparecido. Daniel se inclinó sin prisas por encima del parapeto y vio al muchacho en la rampa, con la cabeza baja, absorbido por la contemplación de una argolla de amarre a la que daba pensativamente puntapiés. Era necesario bajar en seguida y sin llamar la atención. Por casualidad, había a unos veinte metros otra escalera, una estrecha escala

de hierro disimulada por un saliente de la muralla. Daniel bajó lentamente y sin ruido; se estaba divirtiendo muchísimo. Ya abajo, se apretó contra el muro. El muchacho, en el borde de la rampa, contemplaba el agua. El Sena, verdoso y con reflejos azufrados, arrastraba extraños objetos blandos y oscuros; no era nada tentador zambullirse en este río enfermo. El joven se agachó, tomó un guijarro y lo dejó caer al agua; después, retornó a su contemplación de maníaco. "Bueno, bueno, la cosa no será hoy; antes de cinco minutos se habrá desinflado. ¿Conviene dejarle este tiempo? ¿Permanecer escondido, esperar que se sature de su abyección y, en el momento en que se aleje, soltar una carcajada? Es arriesgado; puede odiarme para siempre. Si me arrojo sobre él en seguida, como para impedirle que se tire al agua, me agradecerá que le haya creído capaz de hacerlo, aunque proteste para cubrir las apariencias, y sobre todo que le evite un frente a frente consigo mismo." Daniel se pasó la lengua por los labios, respiró profundamente y salió de un salto de su escondite. El joven se volvió asustado: se hubiera caído si Daniel no le hubiese agarrado de un brazo.

—Le...—comenzó a decir.

Pero reconoció a Daniel y pareció tranquilizarse; en sus ojos, el espanto fue reemplazado por la ira. "Tiene miedo *de otro*."

—¿Qué pasa?—preguntó con altanería.

Daniel no pudo contestar en seguida; el deseo le dejaba sin aliento.

—¡Joven Narciso!—dijo con un esfuerzo—. ¡Joven Narciso!—y, al cabo de un instante, añadió—: Narciso se inclinó demasiado y se cayó al agua.

—Yo no soy Narciso—dijo el joven—, tengo el sentido del equilibrio y no necesito sus servicios.

"¿Es un estudiante?", pensó Daniel. Y preguntó sin rodeos:

—¿Querías matarte?

—¿Está usted loco?

Daniel se echó a reír y el joven se puso encendido.

—¡Déjeme usted en paz!—dijo con actitud hosca.

—Cuando me dé la gana—contestó Daniel apretando todavía más el brazo.

El muchacho bajó sus bellos ojos y Daniel tuvo el tiempo justo de echarse hacia atrás para eludir un talonazo. "Puntapiés, ¿eh?", pensó mientras recuperaba su equilibrio. ¡Puntapiés al azar, sin mirar siquiera! Era soberbio. Jadearon en silencio. El joven se mantenía con la cabeza baja y Daniel podía admirar la asombrosa finura de los cabellos.

—¿De modo que das puntapiés a ciegas como una mujer?

El muchacho movió la cabeza de derecha a izquierda como si tratara infructuosamente de levantarla. Al cabo de un instante, dijo con grosería forzada:

—¡Vaya usted a freír espárragos!

Había en su voz más obstinación que seguridad, pero acabó por levantar la cabeza y mirar a Daniel cara a cara, con una audacia que se asustaba de sí misma. Finalmente, apartó la vista y Daniel pudo contemplar a sus anchas la delicada cabeza melancólica que parecía ofrecerse. "Orgullo y debilidad. Y mala fe. Un rostro de joven burgués, agitado por un delirio abstracto; rasgos encantadores, pero sin generosidad." En este mismo instante recibió un puntapié en la pantorrilla y no pudo reprimir una mueca de dolor.

—¡Chiquillo imbécil! No sé por qué no te pongo el trasero al rojo vivo con una azotaina...

Los ojos del muchacho brillaron.

—Inténtelo...

Daniel sacudió al joven.

—¿Y si lo intentara? Si se me ocurriera dejarte ahora mismo sin pantalones, ¿crees que podrías tú impedírmelo?

El joven se puso muy encendido y se echó a reír.

—No me da usted miedo.

—¡Por mil diablos!—exclamó Daniel. Tomó al chico por la nuca y trató de inclinarlo hacia adelante.

—¡No, no!—gritó el chico con desesperación—. ¡No, no!

—¿Tratarás todavía de darme puntapiés?

—No, pero déjeme.

Daniel le dejó incorporarse. El chico se quedó quieto; parecía acorralado. "Tú ya has tascado el freno, potro; alguien me ha prestado el servicio de comenzar el adiestramiento. ¿Un padre? ¿Un tío? ¿Un amante? No, un amante, no; más tarde, te gustará eso, pero, por ahora, eres virgen."

—Dime, pues—dijo Daniel sin soltarle—, ¿por qué querías matarte?

El joven guardó un silencio malhumorado.

—Puedes hacerte el interesante cuanto quieras—prosiguió Daniel—. ¿Qué me importa? De todos modos, has fracasado.

El joven se dirigió a sí mismo una sonrisa de valor entendido. "Estoy resbalando—pensó Daniel contrariado—. Hay que salir de este estancamiento." Volvió a sacudir al muchacho.

—¿Por qué te sonríes? ¿Quieres decírmelo?

El joven lo miró a los ojos.

—Tarde o temprano, tendrá usted que soltarme.

—Es verdad—dijo Daniel—. Y voy a soltarte ahora mismo.

Dejó al joven en libertad y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Y qué más?—preguntó.

El joven no se movió. Seguía sonriendo. "Se está burlando de mí."

—Escúchame, soy un nadador excelente. He salvado ya a dos personas. A una de ellas fue en pleno mar y con mal tiempo.

El joven dejó oír una risita de muchacha maliciosa y burlona.

—¡Es por lo visto una manía!

—No digo que no. Tal vez sea una manía. ¡Echate al agua, anda!—Daniel apartó los brazos—. Zambúllete si quieres. Te dejaré tragar una buena cantidad de agua; ya verás qué agradable es. En seguida, me quito la ropa tranquilamente, salto al agua, te reviento a bofetadas y te saco medio muerto—se echó a reír—. Deberías saber que muy raras veces se intenta de nuevo un suicidio fracasado. Cuando yo te reanimara, no pensarías más en eso.

El joven dio un paso hacia Daniel, como dispuesto a pegar.

—¿Con qué derecho me habla usted en ese tono? ¿Qué derecho tiene?

Daniel seguía riéndose.

—¡Ja, ja! ¿Qué derecho tengo? Busca, muchacho, busca...—Daniel apretó la muñeca del muchacho—. Mientras yo esté aquí, no podrás matarte, por mucho que lo desees. Soy el dueño de tu vida y de tu muerte.

—No estará usted siempre a mi lado—dijo el joven con una expresión extraña.

—Es lo que te induce a error—dijo Daniel—. Estaré *siempre* ahí—tuvo un escalofrío de placer: había sorprendido en los hermosos ojos de color castaño claro un brillo de curiosidad.

—Y si yo quiero matarme, ¿qué puede importarle? Usted ni me conoce siquiera...

—Tú lo has dicho: es una manía—contestó alegremente—. Tengo la manía de impedir a las gentes que hagan lo que desean hacer—miró al joven con expresión bondadosa—. ¿Es, pues, el asunto tan grave?

El joven no respondió. Hacía todos los esfuerzos posibles para no echarse a llorar. Daniel se sintió tan emocionado que se le llenaron los ojos de lágrimas. Durante algunos segundos todavía, Daniel resistió la tentación de acariciarle el cabello; después su mano derecha abandonó el bolsillo por sí misma y fue a posarse, en ademán de tanteo de ciego, sobre la cabeza rubia. Daniel la retiró como si se hubiera quemado: "¡Demasiado pronto! ¡Qué torpeza!..." El joven sacudió violentamente la cabeza y

dio unos pasos por la rampa. Daniel esperaba reteniendo el aliento. "Demasiado pronto, imbécil, demasiado pronto..." Y, airado, concluyó para castigarse: "Si se va, le dejaré marchar sin un gesto." Pero en cuanto oyó los primeros sollozos, corrió hacia el muchacho y lo abrazó. El joven se apretó contra su pecho.

—¡Pobre pequeño!—dijo Daniel emocionado—. ¡Pobre pequeño!

Hubiera dado su mano derecha por consolar al joven o llorar con él. Al cabo de un instante, el muchacho levantó la cabeza. Ya no lloraba, pero dos lágrimas rodaban todavía por su rostro exquisito. Daniel hubiera deseado recogerlas con dos lengüetazos y beberlas para sentir en su garganta el gusto salado de este dolor. El joven le miraba con recelo.

—¿Cómo estaba usted ahí?

—Pasaba por ahí.

—Entonces, ¿no es usted soldado?

Daniel oyó esta pregunta sin ningún placer.

—Esa guerra no me interesa—y, en seguida, añadió—: Voy a hacerte una proposición. ¿Sigues decidido a matarte?

El joven no respondió, pero adoptó una expresión hosca y decidida.

—Muy bien—dijo Daniel—. Escucha, pues. Me he entretenido inspirándote miedo, pero nada tengo que decir contra el suicidio, si este ha sido bien meditado, y tu muerte me importa un pito, pues no te conozco. No veo, en consecuencia, por qué he de impedir que te mates, si tienes motivos para ello.

Vio con alegría que el joven se ponía pálido. "Te creías ya en libertad, ¿eh?", pensó.

—Mira—continuó, mostrándole el grueso engarce de su sortija—. Tengo aquí dentro un veneno fulminante. Llevo siempre esta sortija, incluso de noche, y si me encontrara en una situación que mi orgullo no pudiera soportar...

Dejó de hablar y destornilló el engarce. El joven con-

templó las dos píldoras oscuras con un recelo lleno de repulsión.

—Me vas a explicar lo que te pasa. Si creo que los motivos valen la pena, una de estas píldoras será para ti. A fin de cuentas resulta más agradable que un baño frío. ¿La quieres en seguida?—preguntó, como si hubiera cambiado bruscamente de opinión.

Sin contestar, el muchacho se pasó la lengua por los labios.

—¿La quieres? Te la doy. Te la tragarás ante mí y yo me quedaré a tu lado.

Le tomó la mano y se dijo: "Retendré tu mano y te cerraré los ojos."

El joven meneó la cabeza.

—¿Qué pruebas tengo de que se trata de un veneno? —preguntó con un esfuerzo.

Daniel se rió alegremente.

—¿Tienes miedo de que sea una purga? Trágala y verás.

El joven no contestó; seguía con las mejillas pálidas y las pupilas dilatadas, pero sonrió de modo malicioso y amable, mirando a Daniel de reojo.

—Entonces, ¿no la quieres?

—En seguida, no.

Daniel atornilló el engarce de su sortija.

—Como tú quieras—dijo fríamente—. ¿Cómo te llamas?

—¿Es necesario que se lo diga?

—Tu nombre de pila, sí.

—Bien, si es necesario... Philippe.

—Bien, Philippe—dijo Daniel tomando al joven por el brazo—. Ya que tienes que explicarte, vayamos a mi casa.

Le empujó hacia la escalera y le hizo subir lentamente los peldaños. En seguida, avanzaron a lo largo del malecón, del brazo. Philippe bajaba la cabeza con obstinación; estaba temblando otra vez, pero se abandonaba en manos de Daniel, a quien rozaba con la cadera a cada paso. Buenos zapatos de pecari casi nuevos, pero que databan de un año por lo menos; traje de franela de buen corte,

corbata blanca sobre una camisa de seda azul. Era la moda de Montparnasse en 1938... El cabello en cuidadoso abandono... Había bastante narcisismo en todo esto. ¿Por qué no era soldado? Demasiado joven, sin duda, aunque cabía que tuviera más edad de la que representaba; la infancia se prolonga en estos chiquillos reprimidos. En todo caso, no es la miseria lo que ha inducido al suicidio. Bruscamente, cuando pasaba junto al puente Enrique IV, Daniel preguntó:

—¿Querías ahogarte a causa de los alemanes?

Philippe pareció asombrarse y meneó la cabeza. Era hermoso como un ángel. "Te ayudaré, te ayudaré", pensaba Daniel con pasión. Quería salvar a Philippe y hacer de él un hombre. "Te daré todo lo que tengo y sabrás todo lo que sé." Los mercados estaban vacíos y negros; ya no olían. Pero la ciudad había cambiado de aspecto. Una hora antes, era el fin del mundo y Daniel se sentía histórico. Ahora, las calles volvían lentamente a ser ellas mismas y Daniel se paseaba por el fondo de un domingo de antes de la guerra, a esa hora cambiante en la que, en la agonía de la semana y del sol, se anuncia un hermoso lunes completamente nuevo. Iba a comenzar algo: una semana nueva, una nueva historia de amor. Levantó la cabeza y sonrió; un vidrio en llamas le devolvía todo el poniente. Era una señal. Sintió de pronto un fuerte olor delicioso a fresa aplastada. Era otra señal. A lo lejos, una sombra atravesó corriendo la calle Montmartre. Una señal más. Cada vez que la fortuna colocaba en su camino la belleza radiante de un niño-dios, el cielo y la tierra le hacían guiños maliciosos. Desfallecía de deseo y el aliento le faltaba a cada paso, pero tenía tal costumbre de caminar en silencio junto a las jóvenes vidas sin recelos, que había acabado amando por ella misma la larga paciencia del pederasta. "Te espío y estás desnudo en el hueco de mi mirada; te poseo a distancia, sin darte nada mío, por el olfato y la vista; conozco ya tu cintura estrecha y la acaricio con mis manos inmóviles; penetro en ti y tú no te das cuenta de nada..." Se inclinó para res-

pirar el perfume de la nuca curvada y sintió de pronto un fuerte olor a naftalina. Se enderezó en seguida, frío de nuevo, divertido; adoraba estas alternativas de turbación y sequedad, de enervamiento. "Veamos si soy un buen detective", se dijo alegremente. "He aquí un joven poeta que quiere tirarse al agua el día en que los alemanes hacen su entrada en París. ¿Por qué? Indicio único, pero fundamental: su traje huele a naftalina y esto quiere decir que ya no lo llevaba. ¿Por qué ha cambiado de vestimenta el día de su suicidio? Porque ya no podía llevar la que llevaba todavía ayer. Era, pues, un uniforme lo que hubiera motivado su reconocimiento y su arresto. Es un soldado. Pero ¿qué hace aquí? Movilizado en el Hotel Continental o en los servicios del Ministerio del Aire, hace tiempo que se hubiera ido a Tours con los demás. ¿Entonces? Entonces, es muy claro. Completamente claro." Daniel se detuvo para señalar la puerta cochera.

—Es ahí.

—No quiero—dijo Philippe bruscamente.

—¿Qué?

—No quiero subir.

—¿Prefieres que te detengan los alemanes?

—No quiero—repitió Philippe, mirándose los pies—. No tengo nada que decirle y no lo conozco.

—¡Ah! ¿Conque es eso?—dijo Daniel—. ¿Conque es eso?—tomó con las dos manos la cabeza del joven y se la levantó a la fuerza—. Tú no me conoces, pero yo a ti sí... Puedo contarte toda tu historia—y hundiendo su mirada en los ojos de Philippe continuó—: Estabas en los ejércitos del Norte, se produjo el pánico en las filas y te escapaste. Después, según supongo, no hubo modo de que encontraras tu regimiento. Has vuelto a casa y tu familia había levantado el vuelo; entonces, tú te has vestido de paisano y has salido para arrojarte al Sena. No es que seas un patriota excepcional, pero no puedes soportar la idea de que eres un cobarde. ¿Me he equivocado acaso?

El muchacho no se movía, pero sus ojos se habían agrandado. Daniel tenía la boca seca y sentía una angus-

tia que subía en su interior como una marea. Con voz más violenta que segura, repitió:

—¿Me he equivocado acaso?

Philippe lanzó un leve gruñido y su cuerpo abandonó la rigidez. La angustia cesó. La alegría quitaba el aliento a Daniel, cuyo corazón parecía haberse vuelto loco y le golpeaba el pecho.

—Sube—murmuró Daniel—. Conozco el remedio.

—¿El remedio de qué?

—De todo eso. Tengo muchas cosas que enseñarte.

Philippe parecía cansado y aliviado; Daniel le empujó hacia adentro. Nunca se había atrevido a llevar a su casa a los guapos chiquillos que perseguía en Montmartre o Montparnasse. Pero, hoy, el portero y la mayoría de los inquilinos corrían por las carreteras, entre Montargis y Gien. Hoy era fiesta. Subieron en silencio. Daniel metió la llave en la cerradura sin soltar el brazo de Philippe. Abrió la puerta y cedió el paso.

—Entra.

Philippe entró con paso soñoliento.

—La puerta de ahí delante es el salón.

Daniel volvió la espalda al joven, cerró la puerta con llave y metió esta en su bolsillo. Cuando se unió a Philippe, el muchacho estaba plantado delante de la vitrina y contemplaba las estatuillas con expresión animada.

—Son formidables...

—No están mal—dijo Daniel—. No están mal. Y, sobre todo, son *auténticas*. Yo mismo las compré a los indios.

—¿Y esto?

—Esto es el retrato de un niño muerto. En México, cuando alguien revienta, llaman al pintor de los muertos. El hombre se instala y pinta el cadáver como si se tratara de un ser vivo. El resultado es lo que ves.

—¿Ha estado usted en México?—preguntó Philippe con cierto respeto.

—He vivido allí dos años.

Philippe miraba con éxtasis el retrato de este bello chi-

quillo pálido y desdeñoso que le devolvía la mirada desde el seno de la muerte con la suficiencia y la seriedad de un iniciado. "Se parecen", pensaba Daniel. Rubios los dos, insolentes y pálidos los dos, el uno a este lado del cuadro y el otro a aquel... El chiquillo que había querido morir y el chiquillo que había muerto de verdad se miraban... Solo la muerte los separaba; apenas la superficie lisa de la tela...

—¡Formidable!—repitió Philippe.

Daniel se sintió invadido de pronto por un cansancio terrible. Suspiró y se dejó caer en una butaca. "Malvina" saltó sobre sus rodillas.

—¡Vamos, vamos!—dijo acariciando a la gata—. Quieta, "Malvina"; sé buena...—se volvió hacia Philippe y dijo con voz débil—: Hay whisky en el armario de licores. No, a la derecha, ese mueblecito chino. También encontrarás vasos. Sirve tú; haz de señorita de la casa.

Philippe llenó los dos vasos, ofreció uno a Daniel y quedó de pie delante de él. Daniel vació su vaso de un golpe y se sintió reanimado.

—Si fuera usted poeta—dijo, suprimiendo inopinadamente el tuteo—, se daría cuenta de lo extraordinario que ha sido nuestro encuentro.

El joven dejó oír una extraña risa provocativa.

—¿Y quién le dice a usted que no lo sea?

Miraba a Daniel a la cara; desde que había entrado en el salón había cambiado de actitud y de maneras. Y Daniel pensó contrariado: "Son los padres de familia quienes le intimidan. Ya no le inspiro miedo porque ha comprendido que yo no lo soy." Simuló vacilar.

—Me pregunto si llegarás a interesarme—dijo pensativamente.

—Debió usted haberse preguntado eso un poco antes —observó Philippe.

Daniel sonrió.

—Todavía estoy a tiempo. Si me fastidias, te pongo en la puerta.

—No se moleste—dijo Philippe.

Se dirigió hacia la puerta.

—¡Quédate!—dijo Daniel—. Me necesitas y lo sabes.

Philippe sonrió tranquilamente y volvió para sentarse en una silla. "Poppée" pasaba por allí, y el joven la agarró y la puso sobre sus rodillas sin que ella protestara. La acarició suave y voluptuosamente.

—Un tanto para ti—dijo Daniel con asombro—. Es la primera vez que se deja agarrar.

Philippe lució una larga sonrisa sinuosa llena de fatuidad.

—¿Cuántos gatos tiene?—preguntó con los ojos bajos.

—Tres.

—Un tanto para usted.

Rascaba la cabeza de "Poppée", y la gata comenzó a ronronear. "Este chiquillo está más a sus anchas que yo; sabe que me gusta", pensó Daniel. Bruscamente, para desconcertarle, preguntó:

—¿Entonces? ¿Cómo pasaron las cosas?

Philippe soltó a "Poppée" apartando las rodillas; la gata saltó al suelo y huyó.

—Bien; como usted lo había adivinado. Nada más tengo que decir.

—¿Dónde estabas?

—En el Norte. En un villorrio que se llama Parny.

—¿Y qué pasó?

—Nada. Resistíamos desde hacía dos días y después vinieron los tanques y los aviones.

—¿A la vez?

—Sí.

—¿Y tuviste miedo?

—No es eso. O, entonces, el miedo no es lo que uno cree—el rostro del joven se había endurecido y avejentado. Philippe miraba al vacío, con expresión de cansancio—. Los hombres corrían y yo corrí con ellos.

—¿Después?

—He caminado, he subido a un camión, he vuelto a caminar, y he llegado aquí anteayer.

—¿En qué pensabas cuando caminabas?

—No pensaba.
—¿Por qué has esperado hasta hoy para matarte?
—Quería volver a ver a mi madre.
—¿No estaba en casa?
—No, no estaba—Philippe levantó la cabeza y miró a Daniel con ojos que parecían brasas—. Se equivocará usted si me cree un cobarde—dijo, con voz seca y cortante.
—¿De veras? Entonces, ¿por qué has huido?
—He corrido porque los demás corrían.
—Querías matarte, sin embargo.
—Bien, sí. En fin, tenía esa idea.
—¿Por qué?
—Sería demasiado larga la explicación.
—Nadie te acosa—dijo Daniel—. Toma, sírvete más whisky.

Philippe se sirvió el licor. Sus mejillas estaban encendidas. Dejó oír una risita.

—Si estuviera solo, me daría lo mismo ser un cobarde —dijo—. Soy pacifista. ¿Qué es la virtud militar? Falta de imaginación. Los valientes de allí eran unos pobres diablos, unos brutos. Pero, por desgracia, he nacido en una familia de héroes.

—Comprendo—dijo Daniel—. Tu padre es militar profesional.

—Oficial de la reserva—explicó Philippe—. Pero murió el veintisiete como consecuencia de la guerra. Estuvo bajo la acción de los gases un mes antes del armisticio. Su gloriosa muerte aficionó a mi madre al heroísmo. En mil novecientos treinta y tres se volvió a casar con un general.

—Corre el riesgo de sufrir una decepción—observó Daniel—. Los generales mueren en su cama.

—Este, no—replicó Philippe con entonación rencorosa—. Es un Bayardo. Se ayunta, mata, reza y nunca piensa.

—¿Está en el frente?

—¿Dónde quiere usted que esté? Estará ahora manejando personalmente una ametralladora o arrastrándose hacia el enemigo al frente de sus tropas. Puede usted

tener la seguridad de que resistirá hasta el último de sus hombres.

—Me lo imagino moreno y peludo, con bigotes.

—Exactamente—dijo Philippe—. Las mujeres lo adoran, porque huele a chivo.

Se rieron mirándose.

—No parece que lo quieras mucho—dijo Daniel.

—Lo detesto—Philippe se puso encendido y miró a Daniel fijamente—. Tengo el complejo de Edipo—dijo—. El caso típico.

—¿Estás enamorado de tu madre?—preguntó Daniel con incredulidad.

Philippe no contestó; había adoptado una actitud de personaje fatal. Daniel se inclinó hacia adelante.

—¿No será más bien de tu padrastro?—preguntó con dulzura.

Philippe dio un respingo y se puso escarlata. Después, se echó a reír, mientras miraba a Daniel a los ojos.

—¡Qué cosas tiene!—dijo.

—Bien, como quieras, pero escucha—repuso Daniel, riéndose también—: en todo caso, era él la causa de que te quisieras matar.

Philippe seguía riéndose.

—¡Desde luego, no! ¡En absoluto!

—Entonces, ¿a causa de quién? Corres al Sena porque no has tenido valor y, sin embargo, dices que el valor te resulta detestable. Tienes miedo de que te desprecie.

—Tengo miedo del desprecio de mi madre—dijo Philippe.

—¿De tu madre? Estoy seguro de que ella guarda para ti todas las indulgencias.

Philippe se mordió los labios sin responder.

—Cuando te toqué en la espalda, te asustaste—dijo Daniel—. Creías que era él, ¿verdad?

Philippe se levantó, con los ojos como brasas.

—Me puso... la mano encima.

—¿Cuándo?

—Hace menos de dos años. Desde entonces, siempre lo siento detrás de mí.

—¿Nunca has soñado que estabas desnudo en sus brazos?

—Usted está loco—dijo Philippe, sinceramente indignado.

—En todo caso, lo cierto es que te posee. Tú andas a cuatro patas, el general te monta y te hace caracolear como a una potranca. Jamás eres tú mismo; unas veces piensas como él y otras contra él. El pacifismo... Dios sabe que te importa un pito y que jamás hubieras pensado en eso si tu padrastro no fuese un militar—se levantó y tomó a Philippe por los hombros—. ¿Quieres que te libere?

Philippe se desprendió, de nuevo con recelos.

—¿Cómo puede usted hacerlo?

—Como te he dicho, puedo enseñarte muchas cosas.

—¿Es usted psicoanalista?

—Algo parecido a eso.

Philippe meneó la cabeza.

—Aunque eso sea cierto, ¿por qué razón iba usted a interesarse en mi caso?

—Soy un aficionado a las almas—dijo Daniel sonriendo. Y añadió con emoción—: La tuya tiene que ser exquisita, siempre que sea liberada de cuanto la estorba.

Philippe no contestó, pero pareció halagado. Daniel dio unos cuantos pasos frotándose las manos.

—Hará falta—dijo, con excitación jubilosa—, comenzar por la liquidación de todos los valores. ¿Eres estudiante?

—Lo era—dijo Philippe.

—¿De Derecho?

—De Letras.

—Muy bien. Entonces, comprendes lo que yo quiero decirte. La duda metódica... El desorden sistemático de Rimbaud. Lo destruiremos todo. Pero no con palabras, sino con actos. Todo lo que has recibido de otros se disipará en humo. Lo que quede serás tú. ¿De acuerdo?

Philippe le miraba con curiosidad.

—Al extremo que has llegado—repuso Daniel—, ¿qué puede importarte?

—Nada.

—Perfecto—declaró Daniel—. Te adopto. Comenzaremos en seguida el descenso a los infiernos. Pero ante todo —añadió, dirigiendo a Philippe una mirada aguda—, no vayas a hacer una transferencia sobre mí.

—No soy tan tonto—dijo Philippe, replicando a la mirada.

—Estarás curado cuando me hayas tirado como un trapo viejo—continuó Daniel sin dejar de mirar al muchacho.

—Pierda cuidado.

—¡Como un trapo viejo!—repitió Daniel riéndose.

—¡Como un trapo viejo!—repitió Philippe.

Los dos se rieron; Daniel llenó el vaso de Philippe.

* * *

—Sentémonos aquí—dijo la joven de pronto.

—¿Por qué aquí?

—Está más blando.

—Miren, miren—dijo Pinette—. Les gusta lo blando a estas señoritas de Correos...

Se quitó la guerrera y la tiró al suelo.

—Toma... Instala tus blanduras sobre mi guerrera.

Se dejaron caer sobre la hierba, al borde de un trigal. Pinette apretó el puño izquierdo, mirando a la joven de reojo. Luego, introdujo su pulgar en la boca y simuló que soplaba. Su bíceps brotó como inflado por una bola y la joven se rió un poco.

—Puedes tocar.

La joven puso un dedo tímido sobre el brazo de Pinette; inmediatamente, el músculo desapareció y Pinette imitó el ruido de un globo que se desinfla.

—¡Oh!—exclamó la joven.

Pinette se volvió hacia Mathieu.

—¿Te das cuenta? ¡Cómo se pondría Mauron si me

viera así, sentado al borde de la carretera, en mangas de camisa!...

—Mauron sigue corriendo—dijo Mathieu.

—Si corre con tantas ganas como yo le mando a la mismísima...—Pinette se inclinó hacia la encargada y explicó—: Mauron es el capitán. Está en el campo...

—¿En el campo?

—Cree que le conviene más para la salud—Pinette añadió con sorna—: Somos ahora dueños de nuestras personas. Nadie nos manda y podemos hacer lo que nos da la gana. Si quieres, podemos subir a la escuela y dormir en la cama del capitán. La aldea es nuestra.

—No por mucho tiempo—dijo Mathieu.

—Razón de más para disfrutar.

—Prefiero quedarme aquí—dijo la muchacha.

—Pero ¿por qué? Te digo que nadie puede decirnos nada...

—Están todavía los vecinos.

Pinette miró a la joven con aires soberbios.

—Tienes razón, eres una funcionaria. Conviene que no cometas ninguna tontería, a causa de la administración. En cambio, nosotros—añadió, mirando a Mathieu con expresión de cómplice—no debemos cuidarnos de nadie; no tenemos hogar ni asiento a la lumbre. Somos hombres sin fe ni ley. Vosotros os quedáis en casa, pero nosotros somos aves de paso, gitanos... Mejor dicho... Somos fieras, lobos feroces... ¡Ah!

Arrancó una brizna y comenzó a hacer cosquillas a la joven en la barbilla; sin dejar de mirar y de sonreír a la muchacha, cantó:

—¿Quién teme al lobo feroz?

La joven se puso encendida, sonrió y cantó:

—Nosotros, no... Nosotros, no...

—¡Ah!—exclamó Pinette muy contento—. ¡Ah, muñeca! ¡Ah!—continuó distraído—. ¡Muñequita, muñequita, señorita Muñeca!

Se calló bruscamente. El cielo estaba rojo; sobre la hierba había frescor y tonos azulados. Bajo sus manos y

sus nalgas, Mathieu sentía la vida entremezclada de la hierba, los insectos y la tierra, una gran cabellera áspera y mojada, llena de piojos; era una angustia desnuda que se apretaba contra sus palmas. ¡Acorralados! Millones de hombres acorralados entre los Vosgos y el Rhin por la imposibilidad de ser hombres: este bosque liso iba a sobrevivirlos, como si para continuar en el mundo fuera preciso ser paisaje, pradera o cualquier ubicuidad impersonal. Bajo las manos, la hierba era tentadora como un suicidio; la hierba, la noche que la hierba aplastaba contra el suelo, los pensamientos cautivos que se arrastraban en esta noche y la araña campesina que se balanceaba cerca del zapato y que, de pronto, pareció desprenderse de todas sus larguísimas patas y desapareció. La joven suspiró:

—¿Qué te pasa, bonita?—preguntó Pinette.

La joven no respondió. Tenía una carita decorosa y febril, con la nariz larga y una boca delgada cuyo labio inferior se adelantaba un poco.

—¿Qué te pasa, di? ¡Eh! ¿Qué te pasa?

La joven se callaba. A unos cien metros, entre el sol y el campo, pasaban cuatro soldados, oscuros en el humo de oro. Uno de ellos se detuvo y se volvió hacia el Este, borrado por la luz, no negro, sino más bien recortado en malva en los rojos del poniente; iba con la cabeza descubierta. El que le seguía chocó contra él y lo empujó. Sus torsos desfilaron por encima del trigal como navíos. Otro más se deslizó detrás del grupo con los brazos en alto. Uno rezagado azotaba las espigas con un bastoncito.

—¡Todavía!—murmuró Pinette.

Había tomado a la joven por la barbilla y la miraba. La muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Oye, no eres muy divertida que digamos...

Pinette se dedicó a hablarla con brutalidad cuartelera, pero carecía de aplomo; al pasar por su boca infantil, las palabras se impregnaban de insipidez.

—Es más fuerte que yo—dijo ella.

Pinette la atrajo hacia sí.

—No hay que llorar, chiquita... ¿Lloramos acaso nosotros?—añadió riéndose.

La joven apoyó su cabeza en el hombro de Pinette y este le acarició el cabello; se mostraba muy orgulloso.

—Os llevarán—dijo la joven.

—¡Bah, bah!

—Os llevarán—repitió la joven llorando.

El rostro de Pinette se endureció.

—No necesito que me compadezcan.

—Yo no quiero que os lleven.

—¿Quién te ha dicho que van a llevarnos? Tú verás cómo se baten los franceses; estarás en las primeras filas.

La joven levantó hacia Pinette sus grandes ojos muy abiertos; tenía tanto miedo que ya no lloraba.

—No hay que batirse.

—Ta, ta...

—No hay que batirse; la guerra ha terminado.

Pinette miró a la muchacha con expresión risueña.

—¡Ja!—dijo—. ¡Ja! ¡Ja!...

Mathieu miró a otro lado; tenía ganas de marcharse.

—Nos conocemos solo desde ayer—repuso la joven.

Su labio inferior temblaba. Inclinaba el largo rostro. Tenía una expresión noble, sombría y triste, como un caballo.

—Mañana...—dijo.

—¡Oh! De aquí a mañana...

—De aquí a mañana no hay más que una noche.

—Eso es, una noche—replicó Pinette guiñando un ojo—. El tiempo de divertirse un poco.

—No tengo ganas de divertirme.

—¿No tienes ganas de divertirte? ¿De veras que no tienes ganas de divertirte?

La joven miró a Pinette sin contestar.

—¿Estás apenada?

La joven seguía mirándolo, con la boca entreabierta.

—¿Por mí?—preguntó Pinette.

Se inclinó sobre ella con una ternura un poco ruda, pero

en seguida se enderezó con un torcimiento de labios. Ahora, su expresión era de pocos amigos.

—¡Vamos, vamos!—dijo—. No te preocupes, chiquita. Ya vendrán otros. Perderás uno y ganarás diez.

—Los otros no me interesan.

—No dirás eso cuando los hayas visto. ¡Son unos barbianes! ¡Y buenos tipos! Con unas espaldas así y unas caderas así...

—¿De quienes habla usted?

—De los Fritz, naturalmente...

—Para mí, son bestias.

Pinette sonrió objetivamente.

—Te equivocas—dijo con calma—. Son chicos muy guapos y buenos soldados. No valen lo que los franceses, pero son buenos soldados.

—Para mí, son bestias—repitió la joven.

—No lo repitas demasiado, porque te fastidiará haberlo dicho cuando hayas cambiado de opinión. Son los vencedores, ¿comprendes? Y no hay modo de luchar contra quien acaba de ganar la guerra. No hay más remedio que pasar por ello, por mucho que te pique. ¡Pregúntaselo a las parisienses! ¡Poco que se están divirtiendo en este momento! ¡Ja! Andan de fiesta en fiesta, con las piernas al aire.

La joven se desprendió bruscamente.

—Me da usted asco.

—¿Qué te ha picado, chiquita?—preguntó Pinette.

—¡Soy francesa!—dijo la joven.

—Las parisienses también son francesas. Eso no impide...

—Déjeme... Quiero irme.

Pinette empalideció y se rió con sorna.

—No se enfade—dijo Mathieu—. Se lo ha dicho para hacerla rabiar.

—Está pasando de la raya—replicó la joven—. ¿Por quién me toma?

—No es agradable ser un vencido—dijo suavemente Mathieu—. Hace falta tiempo para acostumbrarse. No

sabe usted lo amable que es cuando está natural. Es un cordero.

—¡Ja!—exclamó Pinette—. ¡Ja, ja!...

—Está celoso—insistió Mathieu.

—¿De mí?—preguntó la joven, un poco dulcificada.

—Claro... Piensa en todos esos tipos que le estarán haciendo la corte mientras él estará picando piedras.

—O bajo tierra...—agregó Pinette, siempre sarcástico.

—Le prohíbo que se haga matar...—gritó la muchacha.

Pinette sonrió.

—Hablas como una mujer—dijo—. Como una chiquilla, como una chiquitina...—añadió, haciéndole cosquillas.

—¡Malvado!—gritó la joven retorciéndose con las cosquillas—. ¡Malvado! ¡Malvado!

—No se preocupe demasiado por él—dijo Mathieu con fastidio—. Las cosas van a ser muy sencillas y, desde luego, no tenemos municiones.

Se volvieron hacia él al mismo tiempo y le dirigieron la misma mirada hostil y fría, como si les hubiera impedido hacerse el amor. Mathieu miró a Pinette con severidad y, al cabo de un momento, Pinette bajó la cabeza y arrancó malhumorado una mata de hierbas entre sus rodillas. En la carretera, los soldados haraganeaban. Uno de ellos llevaba un fusil; lo sostenía como un cirio, haciendo el payaso.

—¿A que no?—dijo un moreno rechoncho de piernas torcidas.

El soldado tomó el fusil con las dos manos por el cañón, lo balanceó un instante como un palo de golf y golpeó violentamente con la culata un guijarro que saltó a unos cuantos metros. Pinette contemplaba la escena con expresión ceñuda.

—Siempre hay abusones—dijo.

Mathieu no contestó. La muchacha había tomado la mano de Pinette sobre sus rodillas y jugaba con ella.

—¿Tiene usted una alianza?—dijo.

—¿No la habías visto?—preguntó Pinette crispando un poco la mano.

—Sí, la había visto. ¿Es usted casado?
—Desde el momento que tengo una alianza...
—Sí—asintió la joven con tristeza.
—Mira lo que yo hago con mi alianza.
Se la quitó del dedo tironeando y haciendo muecas y la arrojó al trigal.
—¡Oh, eso no!...—dijo la muchacha escandalizada.
Tomó el cuchillo de la mesa. Ivich sangraba... Se dio un buen puntazo en la palma... Ademanes, gestos, destrucciones menudas... ¿Para qué sirve todo eso? Creí que eso era la libertad... Bostezó.
—¿Era de oro?
—Sí.
La joven se enderezó y besó levemente a Pinette en los labios. Mathieu se incorporó y se sentó.
—Me voy—dijo.
Pinette lo miró con inquietud.
—Quédate un poco más.
—No me necesitáis para nada.
—¡Quédate!—insistió Pinette—. Para lo que tienes que hacer...
Mathieu sonrió y señaló a la joven.
—Ella no tiene muchas ganas de que me quede.
—¿Ella? ¡Claro que sí! Le agradas mucho—Pinette se inclinó sobre la joven y dijo con tono apremiante—: Es un camarada. ¿Verdad que lo aprecias?
—Sí—dijo la muchacha.
"Me odia", pensó Mathieu. Pero se quedó. El tiempo ni discurría ya; temblequeaba, caído sobre esta llanura enrojecida. Un movimiento demasiado brusco y Mathieu lo sentiría de nuevo en sus huesos, como el resurgimiento de un viejo reumatismo. Mathieu se tendió de espaldas. El cielo, un cielo rosado y nulo... ¡Si se pudiera caer en el cielo! Imposible, somos seres de abajo; todos los males vienen de esto...
Los cuatro soldados a los que había visto deslizarse a lo largo del trigal habían seguido el contorno de este para volver a la carretera; desembocaron en el prado, en fila

india. Eran zapadores y Mathieu no los conocía; el cabo, que marchaba al frente, se parecía a Pinette; iba, como él, en mangas de camisa y esta la llevaba abierta mostrando un pecho velludo. El siguiente, un moreno curtido, se había echado la guerrera sobre los hombros, llevaba una espiga en la mano izquierda y recogía con la derecha los granos; dio vuelta a esta mano, la llevó a la boca, sacó la lengua y se tragó con un lengüetazo los diminutos husos dorados. El tercero, más alto y de más edad, se peinaba con los dedos su cabello rubio. Avanzaban lentamente, soñando, con soltura de paisanos; el rubio bajó las manos que enredaba en el cabello y las pasó suavemente por sus hombros y su cuello, como para disfrutar de las aristas de su cuerpo, salido por fin al sol, fuera del informe embalaje militar. Se detuvieron el uno tras el otro, casi al mismo tiempo, y miraron a Mathieu. Bajo aquellos ojos de otra edad, Mathieu se sintió fundido con la hierba; era una pradera contemplada por bestias. El moreno dijo:

—He perdido mi cinturón.

La voz no perturbó este dulce mundo inhumano; no eran palabras; eran apenas el rumor que contribuye a hacer el silencio. Un rumor muy parecido salió de los labios del rubio:

—No te preocupes. Los Fritz lo habrán recogido.

El cuarto llegaba sin ruido; se detuvo, levantó la nariz y su rostro reflejó el vacío del cielo.

—¡Eh!—exclamó.

Se agachó, agarró una amapola y se la puso en la boca. Al levantarse vio a Pinette que abrazaba a la muchacha. Se echó a reír.

—¡La pelea es dura!...

—Bastante dura—admitió Pinette.

—El tiempo refresca, ¿no?

—Así parece.

—Mejor.

Las cuatro cabezas se movieron con expresiones cómplices muy francesas. La complicidad se desvaneció; solo

quedó un inmenso ocio y las cabezas comenzaron de nuevo a oscilar. "Por primera vez en sus vidas, descansan", pensó Mathieu.

Descansaban de las marchas forzadas, de las revistas de uniformes, de la instrucción, de los permisos, de las esperas y de las esperanzas. Descansaban de la guerra y de un cansancio todavía más antiguo: la paz. En medio de los trigales, en los lindes del bosque, a la entrada de la aldea, había otros grupos que también descansaban. Los cortejos de convalecientes recorrían el campo.

—¡Eh, Pirard!—gritó el cabo.

Mathieu se volvió. Pirard, el asistente del capitán Mauron, se había detenido al borde de la carretera y estaba orinando. Era un campesino bretón, avaro y brutal. Mathieu le observó con sorpresa; el poniente enrojecía su cara terrosa, sus ojos estaban muy abiertos y había desaparecido la expresión desconfiada y astuta; por primera vez acaso, Pirard contemplaba los signos trazados en el cielo y la clave misteriosa del sol. Salía un chorro claro de sus manos, de las que se diría que estaban olvidadas alrededor de la bragueta.

—¡Eh, Pirard!

Pirard tuvo un sobresalto.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó el cabo.

—Tomo el fresco—dijo Pirard.

—Estás orinando, cochino... Y hay señoritas.

Pirard bajó la vista hacia sus manos, pareció asombrado y se abotonó apresuradamente.

—Lo hice sin darme cuenta...

—Está disculpado—dijo la muchacha.

Se apretó contra el pecho de Pinette y sonrió al cabo. Sus faldas se habían levantado, pero no se molestó en bajárselas; se vivía en plena inocencia. Le miraron los muslos, pero cariñosamente, con una especie de deslumbramiento melancólico. Eran ángeles y sus miradas no herían.

—Bien—dijo el moreno—. Salud a todos. Continuamos el paseo.

—El paseo aperitivo—dijo el muchachón rubio riéndose.
—Que no falte el apetito—dijo Mathieu.
Se rieron. Todos sabían que no quedaba nada de comer en la aldea. Las reservas de la Intendencia habían sido saqueadas en las primeras horas de la mañana.
—No es el apetito lo que faltará.
No se movieron; dejaron de reírse y se reflejó un poco de angustia en los ojos del cabo. Se diría que tenían miedo de marcharse. Mathieu estuvo a punto de invitarles a sentarse.
—¡Vamos!—dijo el cabo con una voz demasiado tranquila.
Reanudaron su marcha para volver a la carretera. Su partida formó una rápida grieta en el frescor del atardecer; por este desgarramiento se coló un poco de tiempo; los alemanes dieron un salto hacia adelante y cinco dedos de hierro se crisparon en el corazón de Mathieu. Después, la hemorragia se detuvo, el tiempo se cuajó de nuevo y ya no hubo más que un parque en el que se paseaban los ángeles. "¡Qué vacío está esto!", pensó Mathieu. Alguien de tamaño inmenso se había ido, dejando a la Naturaleza custodiada por soldados de segunda clase. *Una voz corre bajo un antiguo sol: Pan ha muerto y han experimentado la misma ausencia.* ¿Quién ha muerto ahora? ¿Francia? ¿La cristiandad? ¿La esperanza? La tierra y los campos volvían dulcemente a su inutilidad primera; en medio de los campos que no podían cultivar ni defender, estos hombres se hacían superfluos. Todo parecía nuevo y, sin embargo, la tarde estaba bordeada por los lindes negros de la cercana noche; en el corazón de esta noche, un cometa se lanzaría sobre la Tierra. ¿Habría bambardeo? La ceremonia no tardaría. ¿Era el primer día del mundo o el último? Los trigales... Las amapolas que se oscurecían por momentos... Todo parecía nacer y morir a la vez. Mathieu recorrió con la vista esta serena ambigüedad y pensó: "Es el paraíso de la desesperación."
—Tus labios están fríos—dijo Pinette.
Estaba inclinado sobre la joven y la besaba.

—¿Tienes frío?—preguntó.

—No.

—¿Te gusta que te bese?

—Sí. Mucho.

—Entonces, ¿por qué tus labios están fríos?

—¿Es verdad que violan a las mujeres?—preguntó la muchacha.

—Estás loca.

—Bésame—dijo la joven con pasión—. No quiero pensar en nada ya.

Tomó la cabeza de Pinette entre sus manos y, echándose hacia atrás, la atrajo hacia sí.

—¡Muñeca!—dijo Pinette—. ¡Muñeca!

Se tumbó sobre ella y Mathieu ya no vio más que cabellos en la hierba. Pero, casi en seguida, la cabeza volvió a levantarse. La máscara áspera y soberbia había caído; los ojos, en una dulce desnudez lisa, miraban a Mathieu sin verlo. Desbordaban de soledad.

—Querido mío... Ven, ven...—suspiraba la joven.

Pero la cabeza no se bajaba, rígida, blanca, ciega. "Está haciendo su oficio de hombre", pensó Mathieu mirando aquellos ojos sombríos. Pinette había tendido a esta mujer bajo él, la aplastaba contra la tierra, la fundía con la tierra, con la hierba vacilante; tenía bajo su vientre a la pradera y esta le llamaba. Echaba raíces en ella por el vientre; el campo se hacía agua, mujer y espejo; reflejaba en toda su superficie al héroe virgen de las batallas futuras, al varón, al soldado glorioso y vencedor. La Naturaleza, por el contrario, jadeante, lo absolvía de todas las derrotas y murmuraba: "¡Querido mío!... Ven, ven..." Pero él quería representar su papel de hombre hasta el fin; apoyaba las palmas en el suelo y sus brazos acortados parecían aletas. Levantaba la cabeza por encima de esta docilidad espesa; quería ser admirado, reflejado, deseado por debajo, en la sombra, sin saberlo; desdeñar esta gloria que pasaba de la tierra a su cuerpo como un calor animal; salir al vacío y a la angustia, para pensar: "¿Y después?" La muchacha le echó los brazos al cuello y

presionó su nuca. La cabeza se hundió en la gloria y el amor, la pradera volvió a cerrarse. Mathieu se levantó sin ruido y se marchó; atravesó el prado y se convirtió en uno de los ángeles que paseaban por la carretera todavía clara, entre las manchas de los álamos. La pareja había desaparecido en la hierba negra; pasaron unos soldados con ramilletes de flores; uno de ellos, sin dejar de caminar, hundió la nariz en las flores y aspiró así su ocio, su pena y su injustificable superfluidad. La noche arañaba los follajes y los rostros. Todos se parecían. Mathieu pensó: "Soy como ellos." Caminó todavía un poco, vio cómo brotaba una estrella y se rozó con un paseante oscuro que silbaba. El paseante se volvió. Mathieu vio sus ojos. Se sonrieron: era una sonrisa de la víspera, una sonrisa de amistad.

—Hace fresco—dijo el hombre.

—Sí—asintió Mathieu—, empieza a hacer fresco.

No tenían más que decirse y el paseante se alejó. Mathieu lo siguió con la mirada. ¿Hace falta que los hombres lo hayan perdido todo, hasta la esperanza, para que pueda leerse en sus ojos que el hombre podría ganar? Pinette hacía el amor; Guiccioli y Latex, completamente borrachos, estaban tendidos en el piso de la alcaldía; por los caminos, ángeles solitarios paseaban su angustia. Nadie me necesita. Mathieu se dejó caer en el suelo, al borde de la carretera, porque ya no sabía adónde ir. La noche le entró en la cabeza por la boca, los ojos, las narices, las orejas... Ya no fue nadie ni nada. Pensó: "¡Charlot!", y se levantó de un salto. Pensaba en Charlot, solo con su miedo, y tuvo vergüenza. "He actuado de hombre siniestro con esos borrachos y, entre tanto, Charlot estaba solo y tenía miedo, calladamente. Hubiera podido ayudarle..."

Charlot seguía sentado en el mismo lugar; se inclinaba sobre su libro. Mathieu se acercó y le pasó la mano por el cabello.

—Te estás desojando...

—No leo—dijo Charlot—. Pienso.

Había levantado la cabeza y sus gruesos labios trataban de sonreír.

—¿En qué piensas?

—En mi tienda. Me pregunto si la habrán saqueado.

—No lo creo—dijo Mathieu. Señaló hacia las ventanas negras de la alcaldía—. ¿Qué hacen ahí dentro?

—No lo sé—dijo Charlot—. No oigo nada desde hace un rato.

Mathieu se sentó sobre un peldaño.

—No estás muy alegre, ¿verdad?

Charlot sonrió melancólicamente.

—¿Has vuelto por mí?—preguntó.

—Me aburro. Me he dicho que tal vez desees compañía. Sería un bien para mí.

Charlot meneó la cabeza, sin contestar.

—¿Quieres que me vaya?—preguntó Mathieu.

—No—dijo Charlot—, no me molestas. Pero no puedes ayudarme. ¿Qué vas a decirme: que los alemanes no son unos salvajes? ¿Que hace falta tener valor? Ya sé todo eso.

Suspiró y dejó el libro a su lado, con precaución.

—Sería necesario que fueras judío—continuó—. De otro modo, no puedes comprender—puso su mano sobre la rodilla de Mathieu y dijo excusándose—: No soy yo quien tiene miedo; es mi raza, que está dentro de mí. Y esto no tiene remedio.

Mathieu no dijo nada. Permanecieron juntos en silencio, uno en el desamparo y el otro completamente inútil, a la espera de que la oscuridad les envolviera.

* * *

Era la hora en que los objetos desbordan sus contornos y se funden en la bruma algodonosa del anochecer: las ventanas se deslizaban en la penumbra con un largo movimiento inmóvil; la habitación era una barcaza y derivaba; la botella de whisky era un dios azteca; Philippe

era aquella larga planta gris que no intimidaba; el amor era mucho más que el amor, y la amistad no era completamente amistad. Daniel, escondido, hablaba de amistad; no era más que una voz cálida y tranquila. Tomó aliento y Philippe aprovechó el instante para decir:

—¡Qué oscuridad! ¿No cree usted que deberíamos encender la luz?

—Siempre que no hayan cortado la electricidad—dijo Daniel secamente.

Se levantó malhumorado; había llegado el momento de soportar la prueba de la luz. Abrió la ventana, se inclinó sobre el vacío y respiró el olor a violeta del silencio. "¡Cuántas veces, en este mismo sitio, he querido huir de mí y he oído pasos cada vez más fuertes que caminaban sobre mis pensamientos!" La noche era dulce y feroz; la carne de la noche, tantas veces desgarrada, se había cicatrizado. Una noche llena y virgen, hermosa noche sin hombres, hermosa naranja sin pepitas. Cerró las persianas con fastidio, hizo girar el conmutador y la habitación se arrojó fuera de las sombras; las cosas entraron en sí mismas. El rostro de Philippe avanzó hacia los ojos de Daniel; este sentía agitarse en su mirada la cabeza enorme y precisa, recién cortada, tirada, con dos ojos llenos de estupor que se fascinaban como si lo vieran por primera vez. "Habrá que jugar con cuidado", pensó. Levantó la mano, turbado, deseoso de poner término a toda la fantasmagoría. Pellizcó la solapa de su chaqueta y sonrió; tenía miedo de ser descubierto.

—¿Por qué me miras así? ¿Me encuentras guapo?

—Muy guapo—dijo Philippe con voz serena.

Daniel se volvió y encontró de nuevo en el espejo, sin desagrado alguno, su bello rostro tormentoso. Philippe había bajado la vista; se había llevado una mano a la boca para ocultar su risa.

—Te ríes como una colegiala.

Philippe dejó de reírse. Daniel insistió:

—¿Por qué te ríes?

—Porque sí.

Estaba medio borracho, de alcohol, de incertidumbre, de cansancio. Daniel pensaba: "Está a punto. Con tal que se hagan las cosas *riéndose,* como una broma de colegio, este pequeño se dejará tirar sobre el diván, cosquillear, besar tras la oreja... Solo se defendería con sus risas." Daniel le dio bruscamente la espalda y dio varios pasos por la habitación: "Demasiado pronto... Nada de tonterías... Mañana iría a matarse o tal vez yo intentaría matarlo." Antes de volver hacia Philippe, se abotonó la chaqueta y la ajustó con tirones sobre sus caderas, a fin de ocultar su turbación.

—Bueno, henos aquí...—dijo.

—Henos aquí—repitió Philippe.

—Mírame.

Miró a Philippe a los ojos y meneó la cabeza con satisfacción.

—No eres un cobarde; estaba seguro de ello—dijo lentamente. Avanzó el índice y lo hundió en el pecho del joven—. ¿Huir tú por el pánico? ¡Vamos! Eso no es propio de ti. Te has ido, sencillamente; has dejado que el asunto se solucione sin tu intervención. ¿Qué motivos tenías para hacerte matar por Francia? ¿Eh? ¿Por qué? Francia te importa un comino, ¿no? ¡Un comino, granujilla!

Philippe asintió moviendo la cabeza. Daniel volvió a pasear por la habitación.

—Se acabó todo eso—dijo, con una agitación jubilosa—. Acabado, liquidado. Tienes una oportunidad que yo no tuve a tu edad. No, no—dijo vivamente y levantando una mano—, no quiero hablar de nuestro encuentro. Tu oportunidad es la coincidencia *histórica:* ¿quieres minar la moral burguesa? Bien, los alemanes acudirán en tu ayuda. ¡Ah! Tú verás qué escobazos. Vas a ver cómo los padres de familia se arrastran, lamen las botas del vencedor y ponen sumisos los traseros para que le den los puntapiés. Tú verás a tu padrastro por los suelos. Es el gran vencido de la Tierra. ¡Cómo vas a poder despreciarlo!—se rió hasta derramar lágrimas repitiendo: "¡Qué

escobazos!" Después se volvió bruscamente hacia Philippe y dijo—: ¡Hay que quererlos!

—¿A quiénes?—preguntó Philippe asustado.

—A los alemanes. Son nuestros aliados.

—Querer a los alemanes...—repitió Philippe—. Pero yo... no los conozco...

—Ya los conoceremos; no tengas miedo. Cenaremos en casa de los Gauleiter, de los Feldmarschal; nos pasearemos en sus grandes Mercedes negros, mientras que los parisienses irán a pie.

Philippe ahogó un bostezo; Daniel le sacudió por los hombros.

—Hay que querer a los alemanes—le dijo, con una expresión muy intensa—. Será tu primer ejercicio espiritual.

El joven no pareció emocionarse gran cosa; Daniel lo soltó, abrió los brazos y dijo con cierta pomposidad maliciosa:

—He aquí que llega el tiempo de los asesinos...

Philippe bostezó por segunda vez; Daniel vio su lengua en punta.

—Tengo sueño—dijo Philippe excusándose—. Hace dos noches que no pego ojo.

Daniel pensó en enfadarse, pero también él estaba agotado, como después de cada nuevo encuentro. A fuerza de haber deseado a Philippe, sentía ahora pesadez en la ingle. Tuvo el afán repentino de encontrarse solo.

—Muy bien—dijo—, te dejo. Encontrarás pijamas en el cajón de la cómoda.

—No vale la pena—dijo el joven con suavidad—. Tengo que volver a casa.

Daniel le miró sonriendo:

—Haz lo que quieras, pero corres el riesgo de tropezar con una patrulla y sabe Dios lo que harán contigo. Eres bonito como una jovencita y los alemanes son pederastas sin excepción. Y después, en el supuesto de que llegues a casa, te encontrarás con aquello de lo que quieres huir. Hay fotos de tu padrastro en las paredes, ¿no? Y el perfume de tu madre flotará en su habitación, ¿no?

Philippe parecía no oír. Hizo un esfuerzo por levantarse, pero cayó de nuevo sobre el diván.

—¡Aaah!—exclamó con voz adormilada. Miró a Daniel y sonrió con expresión de perplejidad—. Creo que vale más que me quede aquí.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches—contestó Philippe con otro bostezo.

Daniel atravesó la habitación: al pasar cerca de la chimenea, se apoyó sobre una moldura y un estante de la biblioteca giró sobre sí mismo, poniendo al descubierto una ringlera de libros de cubiertas amarillas.

—Esto es el Infierno—dijo—. Ya leerás todo ello más adelante. Hablan de ti.

—¿De mí?—preguntó Philippe sin comprender.

—En fin, de tu caso.

Daniel empujó el estante y abrió la puerta. La llave había quedado en el exterior y Daniel la arrojó a Philippe.

—Si tienes miedo de los fantasmas o los ladrones, puedes encerrarte—dijo con ironía.

Cerró la puerta tras él, llegó a oscuras hasta el fondo de su habitación, encendió la luz de cabecera y se sentó en su cama. ¡Por fin, solo! Seis horas de caminata y después, durante cuatro horas más, este difícil papel de príncipe del mal. "Estoy deshecho." Suspiró, por el placer de experimentar su soledad; por el placer de no ser oído, gimió de modo infantil: "¡Cómo me duelen los testículos!" Por el placer de no ser visto, hizo una mueca llorona. Después sonrió y se echó hacia atrás, como cuando se toma un buen baño; tenía la costumbre de estos largos deseos abstractos, de estas vanas y furtivas erecciones; sabía por experiencia que sufriría menos permaneciendo tendido. La luz formaba un círculo luminoso en el techo y las almohadas estaban frescas. Daniel, inerte, muerto, sonriente, descansaba. "Calma, calma... He cerrado con llave la puerta de entrada y tengo la llave en el bolsillo; además, está deshecho de cansancio y dormirá hasta el mediodía. Pacifista... ¡Qué risa! En fin de cuentas, el rendimiento no ha sido extraordinario. Cabía apelar a

otros recursos, pero no he sabido encontrarlos..." Con los Nathanaël y los Rimbaud, cabía entenderse, pero la nueva generación resultaba desconcertante. "¡Qué mezcla más rara! Narcisismo e ideas sociales... Es algo sin sentido común." De todos modos, en general, las cosas no habían ido tan mal: el chiquillo estaba allí, bajo llave. En la duda, no estaría de más jugar a fondo la carta del desorden sistemático. Esto siempre daba algún resultado, halagaba... "Serás mío... Liquidaré tus principios, angelito... ¡Ideas sociales! Ya verás en qué se convierten..." Este fervor enfriado le pesaba en el estómago y era preciso una buena dosis de cinismo para barrerlo. "Si puedo guardármelo durante largo tiempo, será una gran cosa. Tengo necesidad de liberarme, de poseer uno a domicilio..." Las *kermesses,* Graff y Toto, el marica de Honfleur, Marius, el Sentido prohibido... Liquidado todo esto. Acabadas las esperas en las proximidades de la estación del Este y la ordinariez abyecta de los soldaditos con permiso... y con pies malolientes. Ahora, me instalo... *¡Terminó el Terror!* Se sentó en la cama y comenzó a desnudarse; decidió que sería un asunto serio. Tenía sueño y se sentía tranquilo. Se levantó para coger sus cosas y comprobó que estaba tranquilo. "Es curioso que no sienta angustia", pensó. Y al instante, hubo alguien a su espalda... Se volvió, no vio a nadie y la angustia lo partió en dos... "¡Otra vez! ¡Otra vez!" Todo empezaba de nuevo... Lo sabía todo y podía preverlo todo. Podía contar minuto por minuto los años de infelicidad que le esperaban, los larguísimos años cotidianos, aburridos y sin esperanza... Y después, al final, inmundo y doloroso... Todo estaba allí. Miró la puerta cerrada, sufría. "Esta vez, reventaré", pensaba. Y tenía en la boca toda la hiel de los sufrimientos futuros...

* * *

—¡Buena hoguera!—dijo un viejo.

Todo el mundo estaba en la carretera: soldados, viejos,

muchachas... El maestro señaló con su bastón el horizonte; en el extremo del bastón giraba un falso sol, una bola de fuego que ocultaba auroras lívidas: Roberville estaba ardiendo.

—¡Buena hoguera!

—¡Hum! Sí, sí.

Los viejos caminaban un poco, balanceándose, con las manos a la espalda y diciendo: "¡Hum! Sí, sí" con sus voces profundas y serenas. Charlot soltó el brazo de Mathieu y dijo:

—¡Qué desdicha!

Un viejo le contestó:

—Es el sino del campesino. Cuando no hay guerra, es el granizo o la helada. Para el campesino, no hay paz en la Tierra.

Las manos de los soldados palpaban a las chicas en la sombra y provocaban risas; a su espalda, Mathieu oía gritos de chiquillos que jugaban en las abandonadas callejas de la aldea. Se acercó una mujer; tenía una criatura en sus brazos.

—¿Son los franceses quienes han pegado fuego al pueblo?—preguntó.

—¿Está usted delirando, madrecita?—preguntó Lubéron—. Son los *frisous*, desde luego.

Un viejo meneó la cabeza, incrédulo.

—¿Los *frisous?*

—Eso es, los *frisous*... Es decir, los boches.

El viejo no parecía muy convencido.

—Ya vinieron los boches durante la otra guerra. No hicieron gran daño; no era mala gente.

—¿Para qué íbamos nosotros a incendiar el pueblo? —preguntó Lubéron bastante indignado—. No somos salvajes.

—¿Y para qué lo van a incendiar ellos? ¿Qué pueden ganar con eso?

Un soldado barbudo levantó una mano y dijo:

—Ya será algún idiota de los nuestros que habrá que-

rido lucirse. Habrán tirado contra ellos. Si los Fritz han tenido un muerto, habrán quemado la aldea.

La mujer se volvió hacia él con inquietud.

—¿Y ustedes?—preguntó.

—Nosotros, ¿qué?

—¿No harán ustedes tonterías?

Los soldados se echaron a reír.

—¡Ah!—dijo uno de ellos con convicción—. Con nosotros, puede usted dormir a pierna suelta. Sabemos lo que es la vida.

Se miraron y se rieron con expresiones de connivencia.

—Sabemos lo que es la vida y cómo se hacen las cosas.

—¿Quién va a ir a buscar camorra a los boches la víspera de la paz?

La mujer acariciaba la cabeza de su pequeño; con voz vacilante, preguntó:

—¿Es la paz?

—Sí, es la paz—dijo el maestro con fuerza—. Es la paz. Es lo que cada uno tiene que decirse.

Hubo un estremecimiento en la multitud: Mathieu sintió a su espalda una brisa confusa de palabras casi alegres.

—Es la paz, es la paz...

Veían cómo ardía Roberville y repetían: "La guerra ha terminado; es la paz." Mathieu contempló la carretera: se escapaba de la noche, a unos doscientos metros; corría con blancura incierta hasta sus pies e iba a bañar detrás de él las casas de cerradas ventanas. Hermosa carretera aventurera y mortal; hermosa carretera de sentido único. Había vuelto a encontrar el salvajismo de los ríos antiguos; mañana traería hasta la aldea navíos cargados de asesinos. Charlot suspiró y Mathieu le apretó el brazo sin decirle nada.

—¡Ahí están!—dijo una voz.

—¿Eh?

—Los Fritz, te digo. ¡Ahí están!

La sombra se había movido. Del agua negra de la noche salían uno a uno soldados con el fusil bajo el brazo. Avanzaban lenta, cautelosamente, preparados para tirar.

—¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

Mathieu fue empujado y zarandeado; la multitud a su alrededor estaba sacudida por una oscilación amplia y vaga.

—Corramos, muchachos—gritó Lubéron.

—¿Estás loco? Nos han visto y no hay más remedio que esperarlos.

—¿Esperarlos? Van a tirar contra nosotros.

La multitud, abrumada, dejó escapar un enorme suspiro. La voz del maestro rasgó la noche:

—¡Atrás las mujeres! Los hombres, dejad los fusiles, si los tenéis. Y poned las manos en alto.

—¡Cuadrilla de imbéciles!—gritó Mathieu indignado—. ¿No ven ustedes que son franceses?

—Franceses...

Hubo una pausa, una especie de resbalamiento en el mismo sitio. Después, alguien dijo con recelo:

—¿Franceses? ¿De dónde salen?

Eran franceses; una quincena de hombres mandados por un teniente. Tenían unos rostros negros y duros. Las gentes de la aldea se congregaron a ambos lados de la carretera y los observaron llegar sin simpatía. Franceses, sí, pero que venían de una región extranjera y peligrosa. Con fusiles. A la caída de la noche. Franceses que salían de la sombra y de la guerra, que traían la guerra a esta localidad ya pacificada. Franceses. Tal vez parisienses o bordeleses, no alemanes, desde luego. Pasaron entre dos filas de blanda hostilidad, sin mirar a nadie; tenían expresiones altivas. El teniente dio una orden y se detuvieron.

—¿Qué división hay aquí?—preguntó.

No se dirigía a nadie en particular. Hubo un silencio y repitió la pregunta.

—La sesenta y una—dijo un tipo sin ninguna amabilidad.

—¿Dónde están sus jefes?

—Se fueron.

—¿Cómo?

—Se fueron—repitió el soldado, con manifiesta complacencia. El teniente torció la boca y no insistió.

—¿Dónde está la alcaldía?

Charlot, siempre servicial, se adelantó.

—A la izquierda, en el extremo de la carretera. Son unos cien metros.

El oficial se volvió bruscamente hacia Charlot y le miró de arriba abajo:

—¿Qué modos son esos de hablar a un superior? ¿No puede cuadrarse? ¿Y va a ahogarse si dice "mi teniente"?

Hubo unos segundos de silencio. El oficial miraba a Charlot a los ojos; alrededor de Mathieu, los hombres miraban al oficial. Charlot se cuadró.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Así está bien.

El oficial dirigió una mirada despreciativa alrededor e hizo un ademán. La reducida tropa se puso de nuevo en marcha. Los hombres la vieron sumergirse en la noche sin decir una palabra.

—¿No se han acabado todavía los oficiales?—preguntó Lubéron, muy compungido.

—¿Los oficiales?—repitió una voz nerviosa y amarga—. No los conoces. Nos reventarán hasta el final.

Una mujer gritó de pronto:

—¿No se batirán aquí por lo menos?

Hubo risas en la multitud y Charlot, con entonación bonachona, dijo:

—¡Qué disparate, mamita! No están locos.

De nuevo silencio. Todas las cabezas se habían vuelto hacia el Norte. Roberville, aislada, fuera del alcance, ya legendaria, ardía por mala suerte en país extranjero, al otro lado de la frontera. El jaleo, el tumulto y el incendio eran buenas cosas para Roberville, pero no cosas que pudieran sucedernos a nosotros. Lentamente, perezosamente, los hombres se desprendieron de la multitud y se dirigieron hacia la aldea. Volvían. Iban a echar su sueñecito, a fin de encontrarse descansados para cuando los Fritz

se los llevaran, a primera hora de la mañana. "¡Qué asquerosidad!", pensó Mathieu.

—Bien, me voy—dijo Charlot.

—¿A dormir?

—Eso parece.

—¿Quieres que te acompañe?

—No vale la pena—dijo Charlot con un bostezo.

Se alejó y Mathieu quedó solo. "Somos esclavos; esclavos, sí." Pero no echaba la culpa a sus compañeros. No, no era su culpa. Habían soportado diez meses de trabajos forzados y, ahora, se producía la transmisión del poder; pasaban a manos de oficiales alemanes. Saludarían al *Feldwebel* y al *Oberleutnant;* no habría mucha diferencia, porque la casta de los oficiales es internacional. Los trabajos forzados continuaban; eso era todo. Pero Mathieu se reprochaba el recriminarse, porque era un modo de colocarse por encima de los demás. Indulgente con todo el mundo y severo consigo mismo: era otra añagaza del orgullo. Inocente y culpable, demasiado severo y demasiado indulgente, impotente y responsable, solidario de todos y rechazado por cada uno, perfectamente lúcido y totalmente engañado, esclavo y soberano... "Soy como todo el mundo, ¿qué?" Alguien le tomó del brazo. Era la del correo. Los ojos de la joven despedían llamas.

—Impídaselo, si es usted su amigo.

—¿Qué?

—Quiere luchar... Impídaselo.

Pinette apareció detrás de ella, pálido, con los ojos empañados y una fea sonrisa.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?—preguntó Mathieu.

—Le digo que quiere luchar; se lo he oído... Ha ido en busca del capitán y le ha dicho que quiere luchar.

—¿Qué capitán?

—El que acaba de pasar con sus hombres.

Pinette se reía con sorna, las manos a la espalda.

—No es un capitán; es un teniente.

—¿Es verdad que quieres combatir?—preguntó Mathieu.

—Me estáis todos reventando—contestó Pinette.

—¿Lo ve usted?—dijo la joven—. ¿Lo ve usted? Ha dicho que quería luchar. Se lo he oído.

—Pero ¿quién le dice a usted que se va a luchar?

—¿No los ha visto usted acaso? Tenían en sus ojos el brillo del crimen. Y él—añadió la joven, señalando con el dedo a Pinette—es un monstruo... ¡Mírelo, me da miedo!

Mathieu se encogió de hombros.

—¿Qué quiere usted que yo haga?

—¿No es usted su amigo?

—Por eso precisamente...

—Si es usted su amigo, debe decirle que no tiene derecho a hacerse matar—la joven agarró a Mathieu por los hombros—. ¡No tiene derecho ya, no!

—¿Por qué?

—Usted lo sabe muy bien.

Pinette sonrió blandamente y con crueldad.

—Soy soldado y he de luchar; para eso son los soldados—dijo.

—Entonces, no debiste haber venido a buscarme...—la joven le tomó del brazo y dijo con voz temblorosa—: Eres mío...

Pinette se desprendió.

—No soy de nadie.

—Sí—insistió ella—, eres mío—se volvió hacia Mathieu y le interpeló con vehemencia—: Pero ¡dígaselo usted! ¡Sí, usted! Dígale que ya no tiene derecho a hacerse matar. Tiene usted el deber de decírselo.

Mathieu no contestó. La joven avanzó hacia él, con el rostro llameante. Por primera vez, Mathieu la encontró deseable.

—¿Se llama usted su amigo y le da igual que lo maten?

—No me da igual.

—¿Encuentra usted bien que vaya a tirar como un chiquillo contra un ejército entero? ¡Si eso sirviera para algo! Pero usted sabe muy bien que ya nadie lucha.

—Lo sé—dijo Mathieu.

—¿Entonces? ¿A qué espera usted para decírselo?
—A que me pida mi opinión.
—¡Henri! Por favor, pídele su opinión. Tiene más edad que tú y debe saberlo.
Pinette levantó la mano para negarse, pero tuvo una idea y dejó caer el brazo con un pliegue de ojos de persona astuta que Mathieu no le conocía.
—Bueno, ¿quieres que discuta el asunto con él?—preguntó Pinette.
—Sí, ya que no me quieres lo suficiente para escucharme a mí.
—Bien. Estamos de acuerdo. Pero vete entonces...
—¿Por qué?
—No vamos a discutir en tu presencia.
—Pero ¿por qué?
—Porque no. No son cosas de mujeres.
—Son cosas *mías,* pues se trata de ti.
—¡Ah!—exclamó Pinette con exasperación—. Me estás fastidiando...
Dio con el codo a Mathieu en un costado y este dijo vivamente:
—No vale la pena que se vaya usted. Pasearemos un poco por la carretera. Usted puede esperarnos aquí.
—Sí, y ustedes no volverán.
—¡Tú estás loca!—dijo Pinette—. ¿Adónde quieres que vayamos? Estaremos a veinte metros y nos verás todo el tiempo.
—Y si tu amigo te dice que no luches, ¿le escucharás?
—Claro que sí. Hago siempre lo que él dice.
La joven se colgó del cuello de Pinette.
—¿Me juras que volverás? ¿Aunque decidas luchar? ¿Aunque tu amigo te lo aconseje? Prefiero eso a no volverte a ver. ¿Me lo juras?
—Sí, sí, sí.
—Di que lo juras. Di: te lo juro.
—Te lo juro.
—Y usted—continuó la joven—, ¿jura que me lo traerá de vuelta?

—Naturalmente.

—No pasen ustedes mucho tiempo... Y no se alejen demasiado.

Avanzaron un poco por la carretera, en dirección a Roberville. Las matas y los árboles surgían de la sombra... Al cabo de un momento, Mathieu se volvió; muy derecha, tensa, casi borrada por la noche, la joven trataba de distinguirlos en las tinieblas. Unos cuantos pasos más y desapareció. Y en el mismo instante gritó:

—¡No se vayan muy lejos, ya no los veo!

Pinette se echó a reír; se puso las manos en bocina ante la boca y gritó:

—¡Ooo...! ¡Ooo...! ¡Ojojó...!

Continuaron avanzando. Pinette seguía riéndose.

—Quiere hacerme creer que era virgen. Eso es todo.

—¡Ah!

—Lo dice ella, ¿sabes? Pero yo no me di cuenta.

—Hay chicas así. Crees que te están mintiendo y son verdaderas vírgenes.

—¡No digas!—exclamó Pinette con sorna.

—Eso pasa.

—¡No digas! Aun admitiéndolo, sería mucha casualidad que eso tuviera que ocurrirme a mí.

Mathieu sonrió sin responder. Pinette dio un cabezazo al vacío.

—Y, mira, yo no la he violado..., ¡qué diablos! Cuando una chica es seria, ya puedes andar tras ella cuanto quieras. Mira, ahí está mi mujer: los dos estábamos muertos de ganas, pero no hubo nada hasta la noche de bodas —braceó en el aire con determinación—: ¡Nada de tonterías! A esta chica le picaba donde yo sé y, en realidad, soy yo quien le ha hecho el favor.

—¿Y si le has hecho un crío?

—¿Yo?—dijo Pinette estupefacto—. ¡Bah! ¡No me conoces! Soy de una regularidad perfecta. Mi mujer no quería hijos porque éramos demasiado pobres y he aprendido a vigilarme. No, no. Ella tuvo su gusto y yo el mío. Estamos en paz.

—Si verdaderamente fue la primera vez, no es probable que ella tuviera mucho gusto...

—Bueno, peor para ella—dijo Pinette secamente—. En ese caso, su culpa es.

Se callaron. Al cabo de un instante, Mathieu levantó la cabeza y buscó los ojos de Pinette en la sombra.

—¿Es verdad que van a luchar?

—Es verdad.

—¿En la aldea?

—¿Dónde quieres que luchen?

El corazón de Mathieu dio un salto. Y, de pronto, Mathieu pensó en Longin, vomitando bajo el árbol, en Guiccioli, tendido en el suelo, en Lubéron, que veía arder Roberville y gritaba: "Es la paz." Rió de ira.

—¿Por qué te ríes?

—Por los compañeros—dijo Mathieu—. Van a tener una buena sorpresa.

—Puedes decirlo.

—¿Y el teniente te acepta?

—Si tengo un fusil. Me ha dicho: "Ven, si tienes un fusil."

—¿Estás decidido?

Pinette se rió con altanería.

—Tienes...—comenzó Mathieu.

Pinette se volvió bruscamente hacia él:

—Soy mayor de edad. No necesito consejos.

—Bueno—dijo Mathieu—. Está muy bien; volvamos.

—No. Sigamos adelante...

Anduvieron unos pasos y Pinette dijo de pronto:

—Salta la zanja.

—¿Qué?

—¡Vamos! ¡Salta!

Saltaron, subieron por el talud y se encontraron en medio de los trigales.

—A la izquierda—explicó Pinette—hay un sendero que lleva a la aldea.

Mathieu tropezó y cayó sobre una rodilla.

—¡Cristo!—exclamó—. ¿Qué bellaquería me obligas a hacer?

—No puedo verla ya ni en pintura—respondió Pinette.

Oyeron una voz de mujer que llegaba de la carretera:

—¡Henri! ¡Henri!

—Es una verdadera lapa—dijo Pinette.

—¡Henri! ¡No me abandones!

Pinette tiró a Mathieu de la manga y se escondieron en el trigal. Oyeron cómo la joven corría por la carretera. Una barba de espiga acarició la mejilla de Mathieu; un bicho se escurrió entre sus manos.

—¡Henri! No me abandones... Vuelve, Henri, no diré nada, te lo prometo, pero vuelve, no me abandones así... ¡Henriii!... No me abandones sin darme un beso...

La muchacha pasó cerca de ellos, jadeante.

—Por fortuna, no hay luna todavía—murmuró Pinette.

Mathieu sentía un fuerte olor a tierra; la tierra estaba húmeda y blanda bajo sus manos. Oía la respiración ronca de Pinette y pensaba: "Van a luchar en la aldea." La joven gritó todavía dos veces, con una voz enronquecida por la angustia y, de pronto, volvió sobre sus pasos y echó a correr en sentido inverso.

—¡Te quiere!—dijo Mathieu.

—¡Que se vaya al diablo!—respondió Pinette.

Se levantaron. Mathieu vio hacia el Noreste, justamente encima del trigal, la bola de fuego que parpadeaba. *Si han tenido solamente un muerto, los Fritz lo habrán quemado todo.*

—¿Y—preguntó Pinette con actitud retadora—por qué no vas a consolarla?

—Me fastidia esa chica—dijo Mathieu—. Y, de todos modos, no tengo hoy el menor interés por las historias de bajo vientre. Pero no debiste montarla para dejarla en seguida.

—¡Vete al diablo!—dijo Pinette—. Contigo, siempre se está en falta.

—Ahí está el sendero—dijo Mathieu.

Caminaron un poco y, en esto, Pinette dijo:

—Ahí está la luna.

Mathieu levantó la cabeza y vio otro fuego en el horizonte; era un incendio de plata.

—Habrá buenos blancos—dijo Pinette.

—De todos modos—observó Mathieu—, no creo que vengan antes de mañana por la mañana—al cabo de cierto tiempo, sin mirar a Pinette, añadió—: Creo que os vais a hacer matar todos.

—Es la guerra—dijo Pinette con voz ronca.

—Precisamente, no—replicó Mathieu—. Precisamente no es *ya* la guerra.

—No se ha firmado el armisticio.

Mathieu tomó la mano de Pinette y la apretó levemente entre sus dedos; estaba helada.

—¿Estás seguro de que quieres que te conviertan en un colador?

—No quiero eso. Lo que quiero es matar a un Fridolin.

—Las dos cosas van juntas.

Pinette desprendió su mano sin contestar. Mathieu quería hablar y pensaba: "Va a morir tontamente." La idea le sofocaba. Pero, de pronto, tuvo frío y no dijo nada. "¿Qué derecho tengo para impedírselo? ¿Qué puedo ofrecerle?" Se volvió hacia Pinette, lo miró y silbó con suavidad. Pinette estaba fuera de alcance; caminaba ciegamente en su última noche. Caminaba, pero no avanzaba. Había llegado ya. Su muerte y su nacimiento se habían unido de nuevo; caminaba bajo la luna y el próximo sol alumbraba ya sus heridas. Había dejado de correr tras de sí y estaba ahora presente por completo en sí mismo, todo Pinette a la vez, denso y cerrado. Mathieu suspiró y le cogió del brazo en silencio. Era el brazo de un joven empleado del Metro, noble, cordial, valiente y tierno que había sido muerto el 18 de junio de 1940. Pinette le sonrió, sonrió a Mathieu desde el fondo del propio pasado. Mathieu vio la sonrisa y se sintió solo, completamente solo. "Para romper este caparazón que lo separa de mí, haría falta no desear más porvenir que el suyo, más sol que el que verá mañana por última vez; para vivir al

mismo tiempo los mismos minutos, haría falta desear morir de la misma muerte." Y Mathieu dijo lentamente:

—En el fondo, soy yo quien debería ir al jaleo en tu lugar. Porque yo no tengo ya verdaderas razones para vivir.

Pinette lo miró alegremente; habían vuelto a ser casi contemporáneos.

—¿Tú?

—Me he equivocado desde el principio.

—Bien—dijo Pinette—. No tienes más que venir. Se borra todo y se empieza de nuevo.

Mathieu sonrió:

—Se borra todo, pero no se empieza de nuevo—dijo.

Pinette le echó el brazo al cuello.

—Delarue, mi buen amigo—dijo apasionadamente—, ven conmigo, ven. Me alegrará mucho que estemos nosotros dos. A los demás, no los conozco.

Mathieu vaciló: morir, entrar en la eternidad de esta vida ya muerta, morir los dos... Meneó la cabeza.

—No.

—¿Qué, no?

—No quiero.

—¿Tienes miedo?

—No. Lo encuentro estúpido.

Clavarse un cuchillo en la mano, arrojar la alianza, tirar contra los Fritz... ¿Y después? Romper, estropear... No era la solución. Una cabezonada no era la libertad. Si por lo menos pudiera uno ser *modesto*...

—¿Por qué es estúpido?—preguntó Pinette irritado—. Quiero matar a un Fritz. A eso no lo encuentro nada de estúpido.

—Aunque mates a cien, la guerra estará perdida.

Pinette rió con sorna.

—¡Salvaré el honor!

—¿Ante quién?

Pinette caminó cabizbajo, sin contestar.

—Y aunque te levantaran un monumento...—dijo Mathieu—. Aunque colocaran tus cenizas bajo el Arco del

Triunfo... ¿Es que eso vale la pena de ser la causa de que quemen a todo un pueblo?

—Que se queme—replicó Pinette—. Es la guerra.

—Hay mujeres y niños.

—No tienen más que irse al campo. ¡Ah!—insistió Pinette, con una expresión estúpida—. ¡Tiene que haber un poco de ruido!

Mathieu le puso una mano en el hombro.

—¿Es así como quieres a tu mujer?

—¿Qué tiene que ver ella en este asunto?

—¿No es por ella acaso por lo que te quieres hacer matar?—preguntó Mathieu.

—¡No me revientes!—gritó Pinette—. Estoy harto de tus majaderías. Si es eso lo que procura la instrucción, no siento no tenerla.

Habían llegado a las primeras casas de la aldea; de pronto, Mathieu también comenzó a gritar:

—¡Estoy harto! ¡Estoy harto! ¡Estoy harto!

—¿Qué mosca te ha picado?

—Ninguna—dijo Mathieu estupefacto—. Es un ataque de locura.

Pinette se encogió de hombros.

—Tengo que entrar en la escuela—dijo—. Los fusiles están en la sala de clase.

La puerta estaba abierta. Entraron. Los soldados dormían sobre las baldosas del vestíbulo. Pinette sacó su linterna de bolsillo; en el muro se recortó un círculo luminoso.

—Es ahí.

Había un montón de fusiles. Pinette tomó uno, lo inspeccionó largo tiempo a la luz de la linterna, lo dejó, tomó otro y repitió el examen. Mathieu tenía vergüenza de haber gritado; había que esperar y mantener la cabeza despejada. Reservarse para una buena ocasión. Las cabezonadas no solucionaban nada. Sonrió a Pinette.

—Parece que estás eligiendo un cigarro.

Pinette, satisfecho, se echó el fusil al hombro.

—Me llevo este. Vámonos.

—Dame la linterna—dijo Mathieu.

Pasó la luz por los fusiles; tenían un aspecto fastidioso y administrativo, como máquinas de escribir. Resultaba difícil creer que se pudiera matar con cacharros así. Se agachó y tomó uno al azar.

—¿Qué haces?—preguntó Pinette asombrado.

—Ya ves—dijo Mathieu—. Cojo un fusil.

* * *

—No—dice la mujer cerrándole la puerta en las narices.

El se queda en la escalinata, con los brazos colgando y el aspecto compungido que adopta uno cuando ya no puede intimidar. Murmura "vieja bruja", lo bastante alto para que yo lo oiga y lo bastante bajo para que no lo oiga ella. No, mi pobre Jacques, cualquier cosa menos "vieja bruja". Baja ahora tus ojos azules y mira el suelo entre tus pies. La justicia, tu lindo juguete de hombre, está hecha pedazos. Vuelve al auto con *tu* paso infinitamente doloroso. Ya lo sé: Dios tiene cuentas pendientes contigo, pero ya arregláreis eso el día del Juicio. (Vuelve al auto con *su* paso infinitamente doloroso.) Desde luego, "vieja bruja", no; él hubiera encontrado otra cosa, hubiera dicho "arpía", "trasto roñoso" o "pajarraco", pero no "vieja bruja"; tienes envidia de su jerga. No, él no hubiera dicho nada; las gentes nos hubieran abierto la puerta de par en par y nos hubieran dado su cama, sus ropas y sus camisas. El se hubiera sentado en el borde de la cama, con su manaza puesta sobre la colcha roja, y hubiera dicho poniéndose encendido: "Odette, nos toman por marido y mujer." Yo no hubiera dicho nada y él hubiera dicho: "Voy a dormir en el suelo." Y yo hubiera dicho: "No, no, qué se le va a hacer, una noche pasa pronto, qué se le va a hacer, durmamos en la misma cama..." Ven, Jacques, ven, ciérrame los ojos con tus besos, aplasta mis pensamientos, ocúpame, sé pesado, exigente, acaparador;

no me dejes sola con él... Vino, descendió los peldaños, tan transparente y previsible que se parecía a un recuerdo. Resoplarás enarcando la ceja derecha, tamborilearás sobre la cubierta, me mirarás profundamente... Y él hizo *su* resoplido, *su* arqueamiento de ceja, *su* mirada profunda y pensativa. Estaba allí, inclinado sobre ella. Flotaba en esta espesa noche en bruto, que ella acariciaba con la punta de los dedos; flotaba, inconsistente, rutinario y antiguo... Veo a través de él la granja oscura y densa, la carretera, el perro que merodea... Todo es nuevo, salvo él; no es un marido, sino una idea general. Le llamo, pero no ayuda. Odette le sonrió, porque hace falta siempre la sonrisa; le ofreció la calma y la dulzura de la naturaleza, el optimismo confiado de la mujer feliz... Por debajo, se fundía con la noche, se diluía en esta gran noche femenina que escondía, en alguna parte de su corazón, a Mathieu. El no sonrió, pero se frotó la nariz... "Es un ademán que ha tomado de su hermano." Odette tuvo un sobresalto. "¿En qué estoy pensando? Estoy durmiendo de pie; no soy todavía esta vieja cínica... He soñado." La palabra se hundió en la noche de su garganta... Todo está olvidado. En la superficie, no quedaba más que su doble y tranquila generalidad. Preguntó alegremente:

—¿Qué?

—No hay modo. Dicen que no tienen granero, pero yo veo muy bien dónde está su granero. Está al fondo del patio. Y no creo tener el aspecto de un salteador de caminos.

—Mira—dijo Odette—, después de catorce horas de carretera, no debemos de estar muy relucientes.

Jacques miró a Odette con más atención y, bajo esta mirada, Odette tuvo la impresión de que su nariz brillaba como un faro. "Va a decirme que mi nariz está brillante."

—Tienes ojeras, querida; estás agotada...—dijo Jacques.

Odette sacó apresuradamente la polvera del bolso y se miró en el espejo con severidad. "Estoy como para ins-

pirar espanto." A la luz de la luna, el rostro parecía tachonado de manchas negras. La fealdad podía pasar, pero la suciedad era algo horrible...

—¿Qué podemos hacer?—preguntó Jacques perplejo.

Odette había sacado la borla y se la pasaba cuidadosamente por los pómulos y bajo los ojos.

—Lo que tú quieras.

—Te pido un consejo.

Jacques había tomado al paso la mano que sostenía la borla y la inmovilizó con una autoridad sonriente. "Te pido un consejo... Por una vez que te pido un consejo... Cada vez que te pido un consejo... Amigo mío, sabes muy bien que no vas a seguirlo." Pero tenía la necesidad de criticar el pensamiento de los demás para adquirir conciencia del suyo. Odette dijo al azar:

—Sigamos... Tal vez encontremos gentes más amables.

—¡Gracias! La experiencia es suficiente. ¡Ah!—exclamó Jacques con fuerza—. Odio a los campesinos...

—¿Quieres que viajemos toda la noche?

Jacques abrió mucho los ojos:

—¿Toda la noche?

—Estaríamos mañana por la mañana en Grenoble. Podríamos descansar en casa de los Blériot, reanudar el viaje a mediodía y pasar la noche en Castellane. Llegaríamos a Juan pasado mañana.

—¡Ni pensarlo!—Jacques adoptó su expresión grave y añadió—: Estoy demasiado cansado. Me dormiría sobre el volante y nos despertaríamos en la cuneta.

—Puedo reemplazarte.

—Querida, parte del supuesto de que no te dejaré conducir de noche. Con tu miopía, sería un asesinato. Las carreteras están llenas de carros, camiones y automóviles, de gentes que jamás han tocado un volante y que han salido a ciegas, impulsadas por el pánico. No, no; hacen falta reflejos de hombre.

Se abrieron unos postigos y apareció una cabeza en la ventana:

—¿Es que no se va a poder dormir en paz?—preguntó

una voz áspera—. ¡Váyanse a charlar más lejos, rediós!

—Muchas gracias, señor—dijo Jacques con una ironía cortante—; es usted muy fino y muy hospitalario.

Se metió en el automóvil, cerró la portezuela con un golpe y partió como una exhalación. Odette lo miró de reojo; valía más callarse. "Va por lo menos a ochenta y con todas las luces apagadas, porque tiene miedo a los aviones; por suerte, tenemos luna llena." En esto Odette fue lanzada contra la portezuela.

—¿Qué haces?

Sin apenas aminorar la marcha, Jacques había metido el coche por un atajo. Avanzó todavía un poco; luego, frenó bruscamente y colocó el auto al borde del camino, bajo una arboleda.

—Vamos a dormir aquí.

—¿Aquí?

Jacques abrió la portezuela y bajó sin contestar. Odette se deslizó tras él. Hacía casi fresco.

—¿Quieres dormir fuera?

—No.

Odette contempló con pena la hierba negra y suave; se bajó y la palpó, como si se tratara de agua.

—¡Oh, Jacques! Estaríamos tan bien... Podríamos sacar las mantas y un almohadón.

—No—repitió Jacques. Y añadió con firmeza—: Dormiremos en el coche; no se sabe qué pasa en las carreteras en este momento.

Odette le observó pasearse, con las manos en los bolsillos, con su paso juvenil y danzarín; el viento gime entre los árboles y Jacques está obligado a seguir el compás. Se volvió hacia Odette con cara aviejada y mirada huidiza. "Hay algo que anda mal; se diría que tiene vergüenza." Volvió hacia el auto; había caído sobre él la juventud y los impulsos de la música del viento; habían invadido hasta sus pies y le levantaban alegremente: "No le gusta dormir en el coche. ¿A quién está castigando? ¿A él o a mí?" Odette se sentía culpable sin saber por qué.

—¿Por qué estás con esa cara?—preguntó Jacques—. Henos en plena carretera, a la ventura... Deberías estar contenta.

Odette bajó la vista. "Yo no quería marcharme. Jacques, los alemanes me importan muy poco. Quería quedarme en casa. Si la guerra dura, estaremos sin comunicación con él y ni sabremos si está vivo o muerto..."

—Pienso en mi hermano y en Mathieu—dijo.

—En estos momentos—dijo Jacques con amarga sonrisa—, Raoul está en Carcassonne, en su cama.

—Pero no Mathieu.

—Piensa—replicó Jacques malhumorado—que mi hermano está en servicios auxiliares y, por consiguiente, a salvo de cualquier peligro. Lo harán prisionero; eso es todo. Tú crees que todos los soldados son héroes. Pero no, chiquita; Mathieu es un chupatintas en un vago estado mayor y está tan tranquilo como en la retaguardia. Tal vez más tranquilo de lo que estamos nosotros en este momento. En su jerga, llaman a eso un "enchufe". Desde luego, me alegro por él...

—No es nada agradable ser un prisionero—dijo Odette sin levantar la vista.

Jacques miró a Odette con seriedad.

—¡No me hagas decir lo que no he dicho! La suerte de Mathieu me inquieta mucho. Pero es un tipo que sabe arreglarse y no se amilana. Sí, se arregla mucho mejor de lo que supones, a pesar de su aspecto de distraído. Le conozco mejor que tú; tiene la afectación de sus vacilaciones constantes. Se hace así una personalidad. Pero, una vez allí, no parará hasta situarse bien. Le veo ya de secretario de un oficial alemán... O tal vez sea cocinero... Le sentaría como un guante—sonrió y repitió complacido—: Cocinero, sí, cocinero; le sentaría como un guante... Si quieres saber lo más íntimo de mis pensamientos —añadió en tono confidencial—, te diré que creo que el cautiverio le hará sentar la cabeza; volverá hecho otro hombre.

—¿Cuánto durará el cautiverio?—preguntó Odette, con un nudo en la garganta.

—¿Cómo quieres que lo sepa?—Jacques meneó la cabeza y añadió—: Lo que puedo decirte es que no veo el modo de que la guerra pueda continuar mucho tiempo. El próximo objetivo del ejército alemán será Inglaterra... y el Canal es muy estrecho...

—Los ingleses se defenderán—dijo Odette.

—Desde luego, desde luego—Jacques apartó los brazos con desesperación—. Yo no sé si debemos desearlo.

"¿Qué debemos desear? ¿Qué debo desear?" Al comienzo, las cosas parecían muy sencillas; Odette había creído que se debía desear la victoria, como en el 14. Pero nadie parecía desearla. Había sonreído alegremente, como había visto sonreír a su madre a raíz de la ofensiva de Nivelle, y había repetido con fuerza: "Sí, sí, venceremos. Hay que decirse que *no podemos* no vencer." Y esto hacía que se odiara a sí misma, porque odiaba la guerra hasta en la victoria. Pero las gentes meneaban la cabeza sin responder, como si hubiera incurrido en una falta de tacto. En vista de lo cual se había callado; trató de hacerse olvidar por todo el mundo, escuchaba hablar de Alemania, Inglaterra y Rusia y no sabía qué se quería. Pensaba: "Si estuviera él aquí, me lo explicaría." Pero no estaba allí y ni siquiera escribía; en nueve meses, había enviado dos cartas a Jacques. ¿Qué piensa? Debe saber y debe comprender. ¿Y si no comprendiera? ¿Si nadie comprendiera? Odette levantó bruscamente la cabeza; hubiera deseado volver a encontrar en Jacques esa expresión de seguridad confortable que la tranquilizaba todavía a veces; hubiera deseado leer en la mirada de Jacques que todo iba bien, que los hombres tenían razones, que a ella se le escapaban, para esperar. ¿Para esperar qué? ¿Era verdad que una victoria de los aliados solo podía beneficiar a Rusia? Odette interrogó este rostro tan conocido y, de pronto, le pareció nuevo; vio unos ojos negros llenos de inquietud; había todavía un poco de desdén altanero en las comisuras de los labios, pero era la

arrogancia malhumorada de un niño sorprendido en falta. "Tiene algo; no está pisando terreno firme." Desde que salieron de París, Jacques había estado poco natural; en ocasiones se había mostrado muy violento y en otras demasiado cariñoso. ¡Era terrible cuando los mismos hombres tenían el aspecto de sentirse culpables!

—Tengo unos deseos locos de fumar—dijo Jacques.

—¿No te quedan ya cigarrillos?

—No.

—Toma—dijo Odette—. A mí me quedan cuatro.

Eran "De Rezske". Jacques hizo una mueca de desagrado y tomó uno con recelo.

—Esto es paja—dijo, mientras metía el paquete en su bolsillo.

Con la primera bocanada de humo, Odette sintió el olor a tabaco; el deseo de fumar le secó la garganta. Durante mucho tiempo, mucho después de haber dejado de amarlo, se había complacido en sentir sed cuando él bebía a su lado, en sentir hambre mientras él comía, en tener sueño mirándole dormir... Era algo tranquilizador; Jacques le quitaba los deseos, los santificaba y los satisfacía, todo de un modo más viril, más moral y más definitivo. Y ahora...

Con tono superficial, Odette dijo:

—Dame por lo menos uno.

Jacques la miró sin comprender; después, enarcó las cejas.

—¡Oh, perdón, chiquita! Fue una cosa maquinal...

Sacó el paquete del bolsillo.

—Quédate con él—dijo Odette—, pero dame un cigarrillo.

Fumaron en silencio. Odette tenía miedo de sí misma: se acordaba de los deseos violentos e irresistibles que la asaltaban cuando era una jovenzuela. Tal vez volvieran ahora. Jacques carraspeó dos o tres veces para aclarar la voz. "Me quiere hablar. Pero necesita tiempo, como siempre." Odette fumaba pacientemente. "Abordará el tema como los cangrejos: de costado." Jacques se había ende-

rezado; adoptó una expresión de circunstancias y miró a Odette con severidad.

—Bien, mi pobre Odette—dijo.

Odette sonrió vagamente. Jacques le puso la mano en el hombro.

—Reconocerás ahora que es un desatino.

—Sí, es un desatino.

Jacques seguía mirándola. Apagó el cigarrillo contra el estribo del coche y lo aplastó con el pie; se acercó a Odette y, con fuerza, como intentando persuadirla, dijo:

—No corríamos el menor riesgo—Odette no respondió y Jacques prosiguió con voz insistente y suave—: Estoy seguro de que los alemanes se portarán bien; tendrán especial empeño en hacerlo.

Era lo que Odette siempre había pensado. Pero Odette leyó en los ojos de Jacques la respuesta que este esperaba de ella.

—¿Quién sabe? ¡Tal vez hayan entrado en París a sangre y fuego!

Jacques se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que hagan eso? ¡Qué ideas tiene una mujer!—se inclinó sobre Odette y explicó pacientemente—: Escucha, Odette, y trata de comprender: Berlín deseará seguramente, sobre todo después del armisticio, que Francia figure entre los socios del Eje; tal vez cuente incluso con nuestro prestigio en América para mantener a los Estados Unidos al margen de la guerra. ¿Me escuchas con atención? En pocas palabras, aun vencidos, tenemos cartas de triunfo. Hasta habrá—dijo con una risita—una buena partida por jugar, siempre que nuestros políticos se sientan capaces de jugarla. Bueno. En estas condiciones, no cabe ni imaginar siquiera que los alemanes se arriesguen a enfrentarse con la opinión francesa mediante violencias inútiles.

—Esa es mi opinión—dijo Odette con fastidio.

—¿Cómo?

Jacques la miró mordiéndose el labio; estaba tan desconcertado que Odette se apresuró a añadir:

—Pero, de todos modos, ¿cómo saberlo? Supongamos que tiran desde las ventanas contra ellos...

Los ojos de Jacques brillaron.

—Si hubiese habido peligro, me hubiera quedado. Me resigné a marcharme, porque estaba seguro de que no lo había.

Odette volvía a verlo entrando en el salón con una gran calma alocada y le escuchaba decir de nuevo con su voz más serena, mientras encendía el cigarrillo con mano temblorosa: "Odette, prepara tus cosas. El coche está abajo y nos vamos dentro de media hora." ¿Qué buscaba ahora? Jacques se rió de un modo desagradable.

—En fin—dijo a modo de conclusión—, es lo que se llama un abandono de puesto.

—Tú no tenías puesto alguno.

—Era jefe de zona—replicó Jacques. Rechazó con la palma de la mano una objeción posible—. Ya lo sé; es ridículo. Acepté eso ante la insistencia de Champenois. Pero incluso ahí hubiera podido ser útil. Y, además, nosotros debíamos dar el ejemplo.

Odette lo miró sin simpatía alguna. "Bien, sí, sí, *sí*, debiste haberte quedado en París. No pienses que voy a decirte lo contrario." Jacques suspiró.

—¡Qué se le va a hacer! Lo hecho, hecho está. Sería demasiado cómodo que todos los deberes resultaran conciliables. Te estoy aburriendo, querida—añadió—. Son escrúpulos masculinos.

—Creo que los comprendo.

—Naturalmente, chiquita, naturalmente—Jacques sonrió virilmente, de modo solitario; luego, cogió a Odette la muñeca y dijo en tono tranquilizador—: ¿Qué podía sucederme? A lo sumo, habrían enviado a los hombres útiles a Alemania. Mathieu estará bien allí. Es verdad que no tiene este desdichado corazón mío. ¿Te acuerdas cuando aquel estúpido mayor me declaró inútil?

—Sí.

—Yo estaba furioso y hubiera hecho cualquier cosa. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cómo perdí los estribos?

—Sí.

Jacques se sentó sobre el estribo del coche y puso la cabeza entre las manos; miraba derechamente hacia adelante.

—Charvoz se ha quedado—dijo, con la mirada fija.

—¿Cómo?

—Se ha quedado. Me lo encontré esta mañana en el garaje y se asombró de que me fuera.

—Su caso no es el mismo—dijo Odette maquinalmente.

—No, en efecto—dijo Jacques con amargura—. Es soltero.

Odette, de pie a su izquierda, miraba el cráneo que brillaba a trechos, bajo el cabello. "¿De modo que fue eso?", pensaba.

Jacques tenía una expresión vaga en los ojos. Y dijo entre dientes:

—No sabía a quién confiarte.

Odette se crispó.

—¿Cómo?

—Digo que no podía confiarte a nadie. Si te hubiera dejado sola en casa de tu tía...

—¿Quieres decir—preguntó Odette con voz temblorosa—que yo fui la causa de que te fueras?

—Era un caso de conciencia—contestó Jacques. Miró a Odette afectuosamente—. Estos últimos días estabas nerviosa; me dabas miedo.

Odette estaba muda de estupor. "Pero ¿por qué? ¿Por qué se cree obligado?" Jacques prosiguió con una alegría nerviosa:

—Tenías las persianas cerradas todo el día, hacíamos del día noche, amontonabas conservas y yo solía andar pisando latas de sardinas. Y, además, creo que Lucienne era una mala influencia; no eras la misma cuando ella salía de nuestra casa. Era una loca y una crédula y no hacía más que hablarte de violaciones y manos cortadas.

"No quiero. No quiero decirle lo que él quiere que le diga. ¿Qué me quedará en el mundo, si lo desprecio?" Odette dio un paso hacia atrás. Jacques le dirigió una

mirada acerada; parecía decir: "Dilo. Dilo de una vez." Y de nuevo, bajo esta mirada de águila, bajo esta mirada de marido, Odette se sentía culpable. "¿Ha creído tal vez que yo quería marcharme? ¿Revelaba yo acaso miedo, tenía acaso miedo sin saberlo? ¿Quién dice la verdad? Hasta ahora, la verdad era lo que decía Jacques. Si no le creo ya, ¿a quién podré creer?" Bajando la cabeza, Odette dijo:

—No me hubiera gustado quedarme en París.

—¿Tenías miedo?—preguntó Jacques bondadosamente.

—Sí. Tenía miedo.

Cuando Odette levantó la cabeza, Jacques la miraba muy risueño.

—¡Vamos!—dijo—. Todo esto no importa gran cosa; una noche al aire libre no es cosa exactamente de nuestra edad. Pero todavía somos bastante jóvenes para encontrar en esto cierto encanto—Jacques acarició levemente la nuca de Odette—: Hyères, el treinta y seis, ¿te acuerdas? Habíamos dormido en la tienda de campaña... Es uno de mis buenos recuerdos.

Odette no contestó; había agarrado la manilla de la portezuela y la apretaba con todas sus fuerzas. Jacques sofocó un bostezo.

—Es muy tarde. ¿Quieres que nos acostemos?

Odette asintió con un movimiento de cabeza. Se oyó el grito de un animal nocturno y Jacques se echó a reír.

—¡Muy campestre todo!—dijo—. Instálate atrás—añadió con solicitud—. Podrás estirar un poco las piernas. Yo dormiré junto al volante.

Entraron en el coche. Jacques cerró con llave la portezuela de la derecha y empujó el pestillo de la izquierda.

—¿Estás bien?

—Muy bien.

Jacques sacó el revólver y lo examinó con expresión risueña.

—He aquí una situación que hubiera encantado al pirata de mi abuelo—y añadió alegremente—: Todos en la familia tenemos algo de corsario.

Odette no decía nada. Jacques se volvió en su asiento y tomó la barbilla de Odette.

—Un beso, querida.

Odette sintió la boca cálida y abierta que se apretaba contra la suya. Jacques le lamió suavemente los labios como antaño y Odette tuvo un estremecimiento. Al mismo tiempo sintió que una mano se deslizaba bajo su axila y le acariciaba el pecho.

—Mi pobrecita Odette—dijo Jacques cariñosamente—. Mi chiquitina, mi nenita...

Odette se echó hacia atrás.

—Me muero de sueño—dijo.

—Buenas noches, cariño—dijo Jacques sonriente.

Se volvió, cruzó los brazos sobre el volante y dejó caer la cabeza sobre sus manos. Odette permaneció sentada, muy derecha, oprimida; estaba al acecho. Dos suspiros... No es eso todavía... Todavía se mueve... No había modo de pensar en nada mientras Jacques estuviera despierto, con la imagen de su mujer en la cabeza. "Nunca he podido pensar en nada con él a mi lado." Ya estaba... Había lanzado *sus* tres breves gruñidos. Odette abandonó algo de su rigidez. "Ya no es más que un animal." Dormía... La guerra y el mundo de los hombres dormían metidos en esa cabeza. Derecha en las sombras, entre las dos ventanas calizas, en el fondo de un lago de luna, Odette velaba... Llegó hasta ella una impresión muy lejana. Corría por un sendero rosado... "Tenía doce años y me detuve con el corazón latiendo de alegría inquieta. Dije en voz alta: soy indispensable..." Repitió: soy indispensable, pero no sabía para qué. Trató de pensar en la guerra. Creyó posible encontrar la verdad: "¿Es verdad que la victoria solo beneficiará a Rusia?" Abandonó en seguida la empresa y su alegría se transformó en desánimo: "No sé lo suficiente."

Tenías ganas de fumar. En realidad, no eran ganas, sino nerviosismo. Las ganas fueron en aumento y le hincharon los senos. Eran unas ganas perentorias y arrolladoras, como en los tiempos de su imperiosa infancia. "Tiene el

paquete en el bolsillo de su chaqueta." ¿Por qué fuma Jacques? El gusto a tabaco en su boca debe de ser muy fastidioso y convencional... ¿Por qué ha de fumar más que yo? Odette se inclinó sobre Jacques; este dormía... La mano se deslizó en el bolsillo, retiró los cigarrillos, descorrió después el pestillo de la portezuela... Odette salió. La luna a través del follaje, las manchas de la luna en la carretera, la brisa fresca, ese grito de animal nocturno... "Todo es mío." Odette encendió el cigarrillo. "La guerra duerme, Berlín duerme. Moscú, Churchill, el Politburó y nuestros políticos duermen... Todo duerme y nadie ve *mi* noche. Soy indispensable. Las latas de conserva eran para mis ahijados de guerra." Odette advirtió de pronto que detestaba el tabaco; dio todavía dos chupadas al cigarrillo y lo arrojó; no podía comprender ya por qué había querido fumar. El follaje murmuraba dulcemente y el campo daba chasquidos como un suelo de madera. Las estrellas eran animales y Odette tuvo miedo. Jacques dormía y ella había vuelto a encontrar el mundo oscuro de su infancia, el bosque de las preguntas sin respuesta. Era él quien sabía los nombres de las estrellas, la distancia exacta entre la Tierra y la Luna, el número de habitantes de la región, la historia y las actividades de la gente... "Duerme... Yo lo desprecio y no sé nada." Odette se sentía perdida en este mundo inutilizable, en este mundo para *ver* y *tocar*. Corrió hacia el auto; quería despertarlo en seguida; despertar a la Ciencia, la Industria y la Moral. Puso la mano en el picaporte, se inclinó sobre la portezuela y vio, a través del cristal, una gran boca abierta. "¿Para qué?", se dijo. Se sentó en el estribo y se dedicó, como cada noche, a pensar en Mathieu.

* * *

El teniente subía corriendo por la escalera en sombras; los dos corrían y giraban tras él. Se detuvo en plena no-

che, empujó una trampa con su nuca y todos quedaron cegados por la luz de plata.

—Síganme.

Salieron al cielo frío y claro, lleno de recuerdos y leves ruidos. Una voz dijo:

—¿Quién es?

—Soy yo—dijo el teniente.

—¡Firmes!

—Descanso.

Se encontraban en una plataforma cuadrada, en lo alto del campanario. En los cuatro ángulos, sendos pilares sostenían el tejado. Entre los pilares corría un parapeto de piedra de aproximadamente un metro de altura. El cielo estaba en todas partes. La luna proyectaba sobre el piso la sombra oblicua de un pilar.

—¿Y?—dijo el teniente—. ¿Todo en regla aquí?

—Todo en regla, mi teniente.

Tres hombres miraban al teniente; los tres eran altos y delgados y los tres tenían fusiles. Mathieu y Pinette se mantenían detrás del teniente, intimidados.

—¿Nos quedaremos aquí, mi teniente?—preguntó uno de los tres cazadores.

—Sí—dijo el teniente. Y añadió—: He instalado a Closson con cuatro hombres en la alcaldía; los demás ocupan la escuela conmigo. Dreyer actuará de enlace.

—¿Cuáles son las órdenes?

—Fuego a discreción. Podéis liquidar las municiones.

—¿Qué es eso?

Oyeron llamadas apagadas y pies que se arrastraban. Era un rumor que venía de la calle. El teniente sonrió:

—Son las monadas del estado mayor, que por orden mía van a pasar la noche en el sótano de la alcaldía. Estarán un poco apretados, pero es solo por una noche Mañana por la mañana, los boches se harán cargo de ellos, una vez que hayan terminado con nosotros.

Mathieu miró a los cazadores; tenía vergüenza por sus compañeros, pero los tres rostros permanecieron impasibles.

—¡Ah!—dijo el teniente—. A las once, los habitantes del villorrio se reunirán en la plaza; no vayáis a tirar contra ellos. Los envío para pasar la noche en el bosque. Una vez que se vayan, fuego contra todo aquel que pase por la carretera. Y no bajen ustedes con ningún pretexto; entonces, seremos nosotros los que tiraremos contra ustedes.

Se dirigió hacia la trampa. Los cazadores miraban a Mathieu y Pinette en silencio.

—Mi teniente...—dijo Mathieu.

El teniente se volvió.

—Los había olvidado... Estos hombres quieren luchar —dijo a los otros—. Tienen fusiles y he hecho que les den cartucheras. Vean ustedes lo que pueden hacer con ellos. Si tiran demasiado mal, les quitan las cartucheras—miró a sus cazadores con simpatía—. Adiós, muchachos, adiós...

—Adiós, mi teniente—dijeron cortésmente los cazadores.

El teniente vaciló un momento moviendo la cabeza. Luego, descendió a reculones los primeros peldaños y bajó la trampa sobre su cabeza. Los tres hombres miraban a Mathieu y Pinette sin curiosidad ni simpatía. Mathieu dio dos pasos hacia atrás y se apoyó en un pilar. Su fusil le estorbaba; a veces lo llevaba con demasiada desenvoltura y en otros momentos lo sostenía como un cirio. Acabó por colocarlo cuidadosamente sobre el suelo. Pinette se le unió; los dos daban la espalda a la luna. Por el contrario, los tres cazadores estaban en plena luz. El mismo moho negro manchaba sus rostros gredosos; tenían la misma mirada fija de aves nocturnas.

—Se diría que estamos de visita—dijo Pinette.

Mathieu sonrió, pero los tres hombres no sonrieron. Pinette se acercó a Mathieu y le dijo en voz baja:

—No parece que nos quieran mucho.

—¡Cuernos!—dijo Mathieu.

Se callaron, turbados. Mathieu se inclinó y vio, justamente debajo, el amontonamiento sombrío de los castaños.

—Voy a hablarles—dijo Pinette.
—Quédate tranquilo.
Pinette se acercaba ya a los cazadores.
—Me llamo Pinette. Y este otro es Delarue.
Se calló y esperó. El más alto movió la cabeza, pero ninguno de ellos se identificó. Pinette carraspeó y dijo:
—Estamos aquí para batirnos.
Siguieron sin responder. El hombrachón rubio adoptó una expresión hosca y volvió la cabeza. Pinette vaciló, desconcertado.
—¿Qué debemos hacer?—insistió Pinette.
El hombretón rubio se había tumbado boca arriba; bostezó. Mathieu vio que era un cabo.
—¿Qué debemos hacer?—repitió Pinette.
—Nada.
—¿Cómo, nada?
—Nada por ahora.
—¿Y después?
—Ya lo sabrán.
Mathieu les sonrió:
—Somos un estorbo, ¿verdad? ¿Preferirían ustedes estar solos?
El hombrachón rubio lo miró pensativamente; luego, se volvió hacia Pinette:
—¿Tú qué eres?
—Empleado del Metro.
El cabo se rió brevemente. Pero sus ojos no se reían:
—¿Te crees ya un civil? Espera un poco.
—¡Ah! ¿Quieres decir aquí?
—Sí.
—Observador.
—¿Y él?
—Telefonista.
—¿Auxiliar?
—Sí.
El cabo miraba a Mathieu con un esfuerzo, como si le costara fijar la atención en él.
—¿Qué te pasa? No pareces muy a tus anchas...

—El corazón.
—Nunca has tirado contra hombres, ¿verdad?
—Nunca—dijo Mathieu.
El cabo se volvió hacia sus compañeros. Los tres menearon la cabeza.
—Haremos lo que podamos—dijo Pinette con voz ahogada.
Hubo un largo silencio. El cabo miraba a los dos novicios rascándose la cabeza. Finalmente, suspiró y pareció decidirse. Se levantó y dijo con brusquedad:
—Yo soy Clapot. Es a mí a quien tendréis que obedecer. Los otros son Chasseriau y Dandieu. No tenéis que hacer más que lo que se os diga, pues estamos luchando desde hace quince días y tenemos la costumbre.
—¿Desde hace quince días?—repitió Pinette incrédulo—. ¿Cómo es eso?
—Cubriendo vuestra retirada—respondió Dandieu.
Pinette se puso encendido y bajó la cabeza. Mathieu sintió que sus mandíbulas se contraían. Con tono más conciliador, Clapot explicó:
—Misión de retardación.
Se miraron sin hablarse. Mathieu se sentía a disgusto. Pensaba: "Jamás seremos de los suyos. Han luchado quince días seguidos mientras nosotros escapábamos por las carreteras. Sería demasiado cómodo que bastara unirse a ellos cuando llega el ramillete final de los fuegos artificiales. Jamás seremos de los suyos, jamás. Los nuestros están abajo, en el sótano, arrastrándose en la vergüenza y la desgracia, y nuestro lugar está entre ellos. Los hemos abandonado en el último momento por orgullo." Se inclinó y vio las casas negras y la carretera que brillaba. Se repetía: "Mi lugar está abajo, mi lugar está abajo..." Y, sin embargo, sabía en lo más íntimo de su ser que ya no podría bajar jamás. Pinette se colocó a horcajadas sobre el parapeto, sin duda para ponerse a tono.
—¡Baja de ahí!—dijo Clapot—. Vas a hacer que nos descubran.
—Los alemanes están todavía lejos.

—¿Qué sabes tú?... Te digo que bajes.

Pinette saltó al piso, malhumorado, y Mathieu pensó: "No nos aceptarán jamás." Pinette le fastidiaba; se movía y hablaba por los codos, cuando debía encogerse, retener el aliento y hacerse olvidar. En esto, Mathieu tuvo un sobresalto: una enorme detonación, pastosa y pesada, le había estallado en la oreja. Hubo una segunda, una tercera; eran gritos de bronce y el piso vibraba bajo los pies. Pinette se rió nerviosamente:

—No hay que asustarse. Es el reloj que está dando la hora.

Mathieu dirigió una mirada hacia los cazadores y vio con satisfacción que también ellos se habían sobresaltado.

—Son las once—dijo Pinette.

Mathieu se estremeció; tenía frío, pero no resultaba desagradable. Estaba muy alto en el cielo, encima de los tejados y de los hombres; tenía frío y todo estaba muy oscuro. "No, no bajaré. No bajaré por nada del mundo."

—Los civiles se van...

Todos se inclinaron por encima del parapeto. Mathieu vio los seres negros que se movían bajo el follaje; se hubiera dicho que era el fondo del mar. En la calle principal, las puertas se abrieron suavemente; hombres, mujeres y niños se deslizaban al exterior. La mayoría llevaba paquetes o maletas. Se formaron en la calzada pequeños grupos; parecían esperar. Después, los grupos se fundieron en un solo cortejo que se desplazó hacia el Sur.

—Parece un entierro—dijo Pinette.

—¡Pobres gentes!—exclamó Mathieu.

—¡No te preocupes por ellos!—respondió secamente Dandieu—. Ya volverán a su pueblo. Sería muy raro que los alemanes lo incendiaran.

—¿Y eso?—dijo Mathieu, señalando a Roberville.

—No es lo mismo; los campesinos tiraban con nosotros.

Pinette se echó a reír.

—Bien, no era lo mismo que aquí, en ese caso. ¿Dónde tenían aquí los riñones estos calzonazos?

Dandieu le miró.

—Vosotros no luchabais. No era cosa de que comenzaran los civiles.

—¿De quién es la culpa?—preguntó Pinette con ira—. ¿De quién es la culpa de que no lucháramos?

—No sé nada.

—¡De los oficiales! Son los oficiales quienes han perdido la guerra.

—No hables mal de los oficiales—dijo Clapot—. No tienes derecho.

—No pienso callarme.

—No hablarás mal de ellos delante de nosotros—dijo Clapot con firmeza—. Porque quiero decirte una cosa: aparte del teniente, que no ha sido por su culpa, todos los demás se han quedado en el campo.

Pinette quiso explicarse; tendió los brazos hacia Clapot y los dejó caer abrumado.

—No hay modo de entenderse—dijo.

Chasseriau miraba a Pinette con curiosidad.

—Pero ¿qué demonios habéis venido a hacer aquí?

—Hemos venido a luchar; ya te lo he dicho.

—Pero ¿por qué? No estabais obligados...

Pinette adoptó una actitud de sorna jactanciosa.

—Porque sí. Por divertirse.

—Pues bien, os vais a divertir—dijo Clapot con aspereza—. Tan verdad como que yo te lo digo.

Dandieu se reía compasivamente.

—¿Les oyes? Vienen a hacernos una visita, para divertirse, para ver cómo es el jaleo. Quieren apuntarse unos tantos, como en el tiro de pichón. ¡Y nadie les obliga!

—¡Eh, tú, pajarraco!—replicó Pinette—. ¿A ti quién te obliga a luchar?

—Con nosotros no es lo mismo. Somos cazadores.

—¿Y qué?

—Si eres cazador, te bates—meneó la cabeza—. De otro modo, oyéndote, se diría que íbamos a matar a semejantes por puro placer.

Chasseriau miraba a Pinette con una mezcla de estupor y repulsión.

—¿Ya te das cuenta de que te estás jugando la pelleja?

Pinette se encogió de hombros sin contestar.

—Porque, si te das cuenta—prosiguió Chasseriau—, eres todavía más tonto de lo que pareces. No tiene sentido arriesgar la pelleja si no se está obligado a ello.

—Estábamos obligados—dijo bruscamente Mathieu—. Estábamos obligados. Estábamos hartos y, además, no sabíamos qué hacer—señaló la escuela, allí debajo—. Para nosotros, no había más que el campanario o el sótano.

Dandieu pareció impresionado; sus rasgos se hicieron menos rígidos. Mathieu quiso sacar provecho de su ventaja.

—¿Qué hubierais hecho vosotros en nuestro lugar? —preguntó.

No contestaron. Mathieu insistió:

—¿Qué hubierais hecho vosotros?

Dandieu meneó la cabeza y contestó:

—Tal vez hubiera elegido el sótano. Tú lo verás; no tiene nada de divertido.

—Pues bien, tampoco tiene nada de divertido estar en un sótano cuando los demás luchan.

—No creo que lo sea, no—dijo Chasseriau.

—Sí—reconoció Dandieu—. Uno no puede sentirse muy orgulloso.

Tenían actitudes menos hostiles. Clapot miró a Pinette con una especie de sorpresa; después, se volvió y se acercó al parapeto. La dureza febril de su mirada se borró. Ahora, su aspecto era vago y dulce. Miraba vagamente la dulce noche, la campiña infantil y legendaria. Mathieu no sabía si era la dulzura de la noche que se reflejaba en el rostro o la soledad del rostro que se reflejaba en la noche.

—¡Eh, Clapot!—dijo Dandieu.

Clapot se enderezó y tomó ese aspecto de especialista.

—¿Qué hay?

—Voy a dar una vuelta por el rellano de abajo: he visto algo.

—Vete.

En el momento en que Dandieu levantaba la trampa, llegó hasta ellos una voz de mujer:

—¡Henri! ¡Henri!

Mathieu se inclinó sobre la calle. Los rezagados corrían en todos los sentidos, como hormigas alocadas. En la carretera, cerca de la oficina de Correos, se veía una menuda sombra.

—¡Henri!

El rostro de Pinette se ensombreció, pero Pinette no dijo nada. Unas mujeres habían tomado a la encargada por el brazo y trataban de llevársela. La encargada se debatía sin dejar de gritar:

—¡Henri! ¡Henri!

Consiguió zafarse, se metió en la oficina y cerró la puerta tras ella.

—Es estúpido—dijo Pinette entre dientes. Arañaba la piedra del parapeto—. Tenía que irse con las demás...

—Así es—asintió Mathieu.

—Puede pasarle algo.

—¿De quién es la culpa?

Pinette no contestó y la trampa se levantó.

—Ayudadme...

Echaron la trampa hacia atrás. Dandieu surgió de las sombras; traía a cuestas dos colchonetas.

—He encontrado esto.

Clapot sonrió por primera vez; parecía entusiasmado.

—Tenemos suerte—dijo.

—¿Qué vais a hacer con eso?—preguntó Mathieu.

Clapot lo miró con sorpresa.

—¿Para qué crees que sirve una colchoneta? ¿Para hacerse un collar de perlas?

—¿Vais a dormir?

—Por de pronto, vamos a tomar un bocado.

Mathieu les vio agitarse alrededor de las colchonetas. Sacaron latas de carne de sus mochilas. ¿Es que no comprenden que van a morir? Chasseriau había descubierto un abrelatas. Abrió tres latas con movimientos precisos y

rápidos. Luego, se sentaron y sacaron los cuchillos de sus bolsillos.

Clapot miró a Mathieu por encima del hombro.

—¿No tenéis hambre vosotros?—preguntó.

Hacía dos días que Mathieu no había comido; la boca se le hacía agua.

—¿Yo? No.

—¿Y tu compañero?

Pinette no contestó. Inclinado sobre el parapeto, miraba hacia la oficina de Correos.

—Vamos—dijo Clapot—. Venid a comer; comida no falta.

—Quien lucha tiene derecho a comer—declaró Chasseriau.

Dandieu hurgó en uno de los sacos y retiró dos latas, que ofreció a Mathieu. Este las tomó y dio a Pinette una palmadita en la espalda. Pinette se estremeció.

—¿Qué pasa?

—Es para ti; ¡come!

Mathieu tomó el abrelatas que Dandieu le tendía; lo apoyó sobre el reborde de la lata y presionó con todas sus fuerzas, pero la hoja se deslizó sin morder, saltó de la ranura y fue a dar en su pulgar izquierdo.

—¡Qué torpe eres!—dijo Pinette—. ¿Te has hecho daño?

—No.

—Dámelo.

Pinette abrió las dos latas y comieron en silencio, cerca de un pilar; no se habían atrevido a sentarse. Cortaban la carne con el cuchillo y clavaban los pedazos en la punta de la hoja. Mathieu masticaba concienzudamente, pero su garganta estaba paralizada; no sentía el sabor de la carne y le costaba trabajo tragar. Sentados en sus colchonetas, los tres cazadores se inclinaban sobre su comida con mucha aplicación, brillando sus cuchillos a la luz de la luna.

—Con calma...—dijo Chasseriau soñadoramente—. Estamos comiendo en el campanario de una iglesia.

En el campanario de una iglesia. Mathieu bajó los ojos. A sus pies había el olor a pimienta e incienso, la frescura del ambiente y los ventanales que brillaban levemente en las tinieblas de la fe. A sus pies había confianza y esperanza. Hacía frío; veía el cielo, respiraba cielo, pensaba con cielo. Estaba desnudo en un glaciar, muy arriba; muy lejos, allá abajo estaba su infancia.

Clapot había echado hacia atrás la cabeza y comía mirando al cielo.

—Estoy contemplando la luna—dijo a media voz.

—¿Qué?—dijo Chasseriau.

—La luna... ¿No está más grande que otras veces?

—No.

—¡Ah! Yo la veía más grande—bajó la vista de pronto—. Venid a comer con nosotros, vosotros dos. No se come de pie.

Mathieu y Pinette vacilaron.

—¡Vamos, vamos!—dijo Clapot.

—Ven...—dijo Mathieu a Pinette.

Se sentaron; Mathieu sentía el calor de Clapot a su costado.

No hablaron; era su última cena y había allí algo sagrado.

—Tenemos ron—dijo Dandieu—. No gran cosa; solo un trago para cada uno.

Hicieron circular la cantimplora y cada cual puso sus labios donde otros habían bebido. Pinette se inclinó hacia Mathieu:

—Creo que nos han adoptado.

—Sí.

—No son malos muchachos. Me gustan.

—A mí también.

Pinette se enderezó con un estremecimiento de orgullo; sus ojos brillaron.

—Seríamos como ellos si hubiéramos tenido buenos mandos—dijo.

Mathieu observó los tres rostros y movió la cabeza.

—¿No es verdad lo que digo?—insistió Pinette.

—Tal vez—dijo Mathieu.

Pasado un momento, Pinette miró las manos de Mathieu y acabó dando a este con el codo.

—¿Qué tienes? Estás sangrando...

Mathieu se miró las manos; se había hecho un corte en el pulgar izquierdo.

—¡Ah!—exclamó—. Ha debido de ser con el abrelatas, hace un instante.

—¿Y has dejado las cosas así, tonto?

—No he sentido nada.

—¡Oh!—murmuró Pinette en tono de reprimenda y muy satisfecho—. ¿Qué sería de ti si no me tuvieras a tu lado?

Mathieu se miraba el pulgar, sorprendido de tener un cuerpo. No sentía ya nada, ni el gusto de la carne, ni el del alcohol, ni el dolor. "Me creía de hielo." Se echó a reír.

—Una vez, en un baile, tenía una daga...

Se calló y Pinette le miró con sorpresa.

—¿Qué?

—Nada. No tengo suerte con los instrumentos cortantes.

—Dame la mano—dijo Clapot.

Había sacado de su mochila una venda y un frasco azul. Vertió sobre el pulgar de Mathieu el ardoroso líquido e hizo un rápido vendaje. Mathieu movió su pulgar y lo examinó sonriente. ¡Tantos cuidados para impedir que la sangre corra demasiado pronto!

—Ya está—dijo Clapot.

—Ya está—asintió Mathieu.

Clapot miró en su reloj.

—A dormir, muchachos. Van a dar las doce.

Lo rodearon.

—Dandieu...—dijo, señalando a Mathieu—. Harás la guardia con él.

—Muy bien.

Chasseriau, Pinette y Clapot se tendieron sobre las colchonetas. Dandieu sacó una manta de su equipo y cubrió

con ella los tres cuerpos. Pinette se estiró voluptuosamente, hizo un guiño malicioso a Mathieu y cerró los ojos.

—Yo vigilaré por aquí—dijo Dandieu—. Tú, por allí. Si ocurre algo, me avisas.

Mathieu se fue a su rincón y oteó el campo. Pensaba que iba a morir y esto le parecía raro. Contemplaba los oscuros tejados, la dulce fosforescencia de la carretera entre los árboles azules, toda esta tierra suntuosa e inhabitable... Y pensaba: "Muero por nada." Oyó un rumor sedoso y se volvió con sobresalto. Los tres estaban durmiendo ya; Clapot, con los ojos cerrados, rejuvenecido, sonreía en sueños. Pinette también sonreía. Mathieu se inclinó sobre él y lo miró largo tiempo. "Es una pena", se dijo. En el otro extremo de la plataforma, Dandieu, inclinado hacia adelante, apoyaba las manos en los muslos, como un portero de fútbol.

—¡Eh!—dijo Mathieu en voz baja.

—¿Qué?

—¿Eras guardameta?

Dandieu se volvió, asombrado.

—¿Cómo lo sabes?

—Se ve—y Mathieu añadió—: ¿Eras bueno?

—Con un poco de suerte, hubiera sido profe.

Se saludaron con la mano y Mathieu volvió a su puesto. Pensaba: "Voy a morir por nada." Tenía compasión de sí mismo. Durante un segundo, sus recuerdos murmuraron como el follaje movido por el viento. *Todos* sus recuerdos: "Yo amaba la vida." Quedaba en el fondo de su garganta una interrogación inquieta: "¿Tenía yo el derecho de abandonar a mis compañeros? ¿Tengo el derecho de morir por nada?" Se enderezó, apoyó las dos manos en el parapeto y sacudió la cabeza con ira. "Estoy harto. Que se fastidien los de ahí abajo y que se fastidie todo el mundo. Se acabaron los remordimientos, las reservas, las restricciones; nadie puede juzgarme, nadie piensa en mí, nadie se acordará de mí, nadie puede decidir por mí." Decidió sin remordimientos, con pleno conocimiento de causa. Decidió y, en el mismo instante, su

corazón escrupuloso y lamentable cayó de rama en rama. Se acabó el corazón. "Decido que la muerte era el sentido secreto de mi vida, que he vivido para morir. Muero para testimoniar que es imposible vivir. Mis ojos apagarán el mundo y lo cerrarán para siempre."

La tierra levantaba hacia este moribundo el vuelto rostro y el cielo volcado se deslizaba a través de él, con todas sus estrellas: pero Mathieu vigilaba sin dignarse recoger estos regalos inútiles.

MARTES 18 DE JUNIO

Las cinco y cuarenta y cinco

—¡Lola!

Lola se despertó con la repugnancia de cada mañana; como cada mañana, volvió a instalarse en su viejo cuerpo podrido.

—¡Lola! ¿Duermes?

—No... ¿Qué hora es?

—¿Las cinco y cuarenta y cinco? ¿Y mi chiquito está despierto? Me lo han cambiado.

—Ven...—dijo Boris.

"No... No quiero que me toque."

—Boris...

"Mi cuerpo me da asco. Aunque a ti no te dé asco, es una estafa. Está podrido y no lo sabes. Si lo supieras, te causaría espanto..."

—Boris, estoy cansada...

Pero Boris ya la había tomado por los hombros y estaba sobre ella. "Vas a entrar *en una herida*. Cuando me tocaba, yo me hacía de terciopelo. Ahora, mi cuerpo es tierra seca; bajo sus dedos, me agrieto y reseco. Me hace cosquillas." Boris la desgarraba hasta el fondo del vientre, removía en su vientre como un cuchillo, tenía un aspecto solitario y maníaco, como un insecto, como una mosca que sube por el cristal, cae y vuelve a subir. Lola solo

sentía el dolor. "Resopla, transpira, disfruta... Disfruta en mi sangre, disfruta en mi mal..." Y Lola pensó: "¡Vaya! Hace seis meses que no ha tenido mujer. Hace el amor como un soldado en el lupanar." Algo se movió en ella, un batir de alas. Pero no, nada, Boris se apretó contra ella y solo movía el pecho; después, se apartó bruscamente y los pechos de Lola hicieron el ruido de una ventosa que se despega. Lola tuvo ganas de reírse, pero miró el rostro de Boris y las ganas desaparecieron. Boris tenía una expresión dura y tensa. "Está sobre mí como quien se emborracha; seguramente, quiere olvidar algo." Boris acabó dejándose caer sobre Lola, medio muerto. Lola le acarició maquinalmente la nuca y el cabello; estaba fría y tranquila, pero sentía grandes campanazos que le subían del vientre al pecho. Era el corazón de Boris que latía en ella. "Soy vieja, soy demasiado vieja." Toda esta gimnasia le pareció grotesca y rechazó suavemente a Boris.

—Quítate de encima.

—¿Qué?

Boris había levantado la cabeza y la miraba con sorpresa.

—Te lo digo por mi corazón—dijo Lola—. Está trabajando demasiado y me sofocas.

Boris le sonrió, se deslizó a un costado y quedó tendido boca abajo, con la frente sobre la almohada, los ojos cerrados y un curioso pliegue en la comisura del labio. Lola se apoyó en un codo y lo miró: era tan conocido, tan habitual, que ya no podía observarlo. No más que si hubiera sido su propia mano. "No he sentido nada. Y ayer, cuando apareció en el patio, bonito como una muchacha, no sentí nada. Nada, ni siquiera ese gusto de fiebre en mi boca, ni siquiera esa espesa pesadez en mi vientre." Miraba esta cabeza tan conocida y pensaba: "Estoy sola." ¡Cabecita, cabecita que ocultaba tantas veces secretos y trapisondas!... ¡Cuántas veces la había apretado entre sus manos! Se encarnizaba, interrogaba, suplicaba... Hubiera deseado abrirla como una granada y lamer su interior... Finalmente, el secreto se escapaba y,

como en las granadas, no era más que un poco de agua azucarada. Lola lo miraba con rencor y estaba resentida porque Boris no hubiera conseguido turbarla. Contemplaba el pliegue amargo de la boca: "Si ha perdido su alegría, ¿qué le queda?" Boris abrió los ojos y le sonrió:

—¡Cuánto me alegra tenerte a mi lado, vieja loca!

Lola le devolvió la sonrisa. "Ahora soy yo quien tiene un secreto y puedes, si quieres, tratar de que te lo diga." Boris se incorporó, retiró la sábana y contempló el cuerpo de Lola con atención. Le acarició levemente los pechos. Lola se sentía molesta.

—Es mármol—dijo Boris.

Lola pensaba en la bestia inmunda que proliferaba en la noche de su carne y la sangre se agolpó en sus mejillas.

—Estoy muy orgulloso de ti—dijo Boris.

—¿Por qué?

—Porque sí. En el hospital has armado todo un revuelo.

Lola se rió brevemente.

—¿No te han preguntado qué podías hacer con este trasto viejo? ¿No me han tomado por tu madre?

—Lola...—dijo Boris con tono de reproche. Se rió, alegrado por un recuerdo y la juventud reapareció un instante en su rostro.

—¿De qué te ríes?

—De Francillon. Su chica tiene una linda figura y no ha cumplido los dieciocho. Pues bien, me ha dicho: si quieres, hago el cambio en seguida.

—Muy fino—dijo Lola.

Por el rostro de Boris, se deslizó un pensamiento como se desliza una nube; los ojos se ensombrecieron. Lola lo miraba sin cordialidad: claro que sí, tienes tus preocupaciones como todo el mundo. ¿Qué haría si yo le dijera las mías? ¿Qué harías si yo te dijera: "Tengo un tumor en la matriz. Me tienen que operar y, a mi edad, las cosas pueden acabar mal"? Abrirías tus ojazos y me dirías: "No es verdad." Yo te diría que sí y tú me dirías que es imposible, que eso se cura con drogas y con rayos, que me estoy montando la cabeza con tonterías. Yo te diría:

"No volví a París en busca de dinero, sino para ver a Le Goupil. Y Le Goupil ha estado terminante." Tú me dirías que Le Goupil es un idiota, que no debía haber acudido a él... Negarás, protestarás, agitarás tu cabeza como un animal acorralado y, por último, te callarás, entre la espada y la pared, mirándome con ojos de espanto llenos de rencor. Lola levantó su brazo desnudo y agarró a Boris por el cabello.

—¡Vamos, pillastre! Suelta eso... Dime qué te pasa.

—Nada, nada—dijo Boris con insinceridad manifiesta.

—Me asombras. No tienes la costumbre de despertarte a las cinco de la mañana.

—No me pasa nada—repitió Boris sin convicción.

—Comprendo—dijo Lola—. Tienes que decirme algo, pero quieres que yo te lo vaya sacando.

Boris sonrió y hundió la cabeza bajo el brazo de Lola. Respiró y dijo:

—¡Qué bien hueles!

Lola se encogió de hombros.

—¿Hablas o no hablas?

Boris meneó la cabeza, aterrado; Lola se calló y se tendió de espaldas a su vez: "Bien, no hables. ¿Qué me importa? Me habla y me hace el amor, pero moriré sola." Oyó suspirar a Boris y volvió la cabeza hacia él. Boris tenía una expresión triste y dura que no le conocía. Sin entusiasmo, Lola se dijo: "Bien, tendré que ocuparme de tus cosas." Sería necesario interrogarle, espiarle, interpretar sus caras como en los tiempos en que estaba celosa, molestarse hasta lo infinito para que confesara lo que tenía unos deseos locos de confesar. Lola se sentó:

—Bueno. Dame mi bata y un cigarrillo.

—¿Por qué la bata? Estás mejor así.

—Dame la bata. Tengo frío.

Boris se levantó, desnudo y moreno. Lola apartó la vista. Boris tomó la bata al pie de la cama y la pasó. Lola se la puso. Boris vaciló un segundo; luego, se puso los pantalones y se sentó en una silla.

—¿Has encontrado una virgen y quieres casarte?—preguntó Lola.

Boris la miró con tal desconcierto que se puso encendida.

—Bueno, bueno...—dijo Lola. Tras un breve silencio, repuso—: Entonces, ¿qué piensas hacer cuando te licencien?

—Me casaré contigo—dijo Boris.

Lola tomó un cigarrillo y lo encendió.

—¿Por qué?—preguntó.

—Tengo que ser una persona respetable. No te puedo llevar a Castelnaudary, si no eres mi mujer.

—¿Y qué diablos vas a hacer en Castelnaudary?

—Ganarme la vida—declaró austeramente Boris—. No, no es broma; seré profesor del colegio.

—Pero ¿por qué en Castelnaudary?

—Ya verás, ya verás. Será en Castelnaudary.

—¿Y quieres decir que yo me llamaré la señora Serguine y que me pondré el sombrero para ir a ver a la mujer del director de la escuela?

—Le llaman el principal—observó Boris—. Sí, eso harás. Y yo, al fin de curso, pronunciaré el discurso de la distribución de premios.

—¡Hum!—murmuró Lola.

—Ivich vendrá a vivir con nosotros.

—No puede soportarme.

—Bien, así es. Pero vendrá.

—¿Es ella quien lo quiere?

—Sí. Está fastidiada en casa de sus suegros. Se está momificando. No la reconocerías.

Hubo un silencio; Lola observaba a Boris por el rabillo del ojo.

—¿Está ya todo arreglado entre los dos?

—Sí.

—¿Y si a mí no me gustara?

—¡Oh, Lola! ¿Cómo puede ser?

—¡Claro!—contestó Lola—. Desde el momento en que

voy a vivir contigo, tú crees que yo tengo que estar en la gloria.

Lola creyó advertir un brillo en los ojos de Boris.

—¿No es eso verdad acaso?—preguntó este.

—Sí, es verdad. Pero eres un granujilla y estás demasiado seguro de tus encantos.

El brillo se apagó; Boris se contemplaba las rodillas, y sus mandíbulas, según advirtió Lola, temblaban.

—¿Y te agrada esa vida?—preguntó Lola.

—Me agradará que puedas vivir conmigo—dijo cortésmente Boris.

—Decías que te espantaba la idea de ser profesor.

—¿Qué otra cosa puedo hacer ahora? Quiero decirte lo que pasa—continuó Boris—. Cuando estaba en el frente, no me hacía preguntas. Pero, ahora, me estoy preguntando para qué sirvo.

—Querías escribir.

—Nunca he pensado seriamente en eso. No tengo nada que decir. Mira, creí que no saldría de allí. Esto me ha cogido de sorpresa.

Lola lo miraba atentamente.

—¿Sientes que la guerra haya acabado?

—No ha acabado—dijo Boris—. Los ingleses siguen luchando y, antes de seis meses, los yanquis estarán en la danza.

—En todo caso, ha acabado para ti.

—Sí; para mí, sí.

Lola seguía mirándolo.

—Para ti y para todos los franceses—dijo.

—¡Para todos, no!—replicó Boris con pasión—. Hay quienes están en Inglaterra y que lucharán hasta el final.

—Comprendo—dijo Lola. Dio una chupada a su cigarrillo y tiró la colilla al suelo. Añadió suavemente—: ¿Tienes medios para ir allí?

—¡Oh, Lola!—exclamó Boris con una expresión de admiración y reconocimiento—. Sí, sí; tengo los medios...

—¿Qué medios?

—Un avión.

—¿Un avión?—repitió Lola sin comprender.

—Cerca de Marignane hay un pequeño aeródromo privado, entre dos colinas. Allí aterrizó hace quince días con algunas averías un avión militar. Ahora, está reparado.

—Pero tú no eres aviador.

—Tengo compañeros que lo son.

—¿Qué compañeros?

—Por de pronto, Francillon, el amigo que te he presentado. Después, están Gabel y Terrasse.

—¿Y te han propuesto que te vayas con ellos?

—Sí.

—¿Y qué?

—Me he negado—dijo Boris apresuradamente.

—¿De veras? ¿No has aceptado en seguida diciendo: prepararé a la vieja poco a poco?

—No.

Boris miraba a Lola con ternura. Era raro que tuviera aquellos ojos líquidos. Lola se dijo: "Antes, hubiera dado la vida por una mirada así."

—Eres una máquina vieja y destartalada—dijo Boris—. Pero no puedo abandonarte. Harías muchas tonterías si yo no estuviera a tu lado y te hiciera andar derecha.

—¿Y entonces?—preguntó Lola—. ¿Cuándo nos casamos?

—Cuando quieras—dijo Boris con indiferencia—. Lo esencial es que estemos casados para cuando se inicien los cursos.

—Es en septiembre, ¿no?

—No. En octubre.

—Muy bien—dijo Lola—. Tenemos tiempo.

Se levantó y comenzó a pasear por la habitación. Sobre el piso había colillas manchadas de carmín. Boris se agachó y las recogió con una expresión estúpida.

—¿Cuándo se van tus compañeros?—preguntó Lola.

Boris estaba alineando cuidadosamente las colillas sobre el mármol de la mesita de noche.

—Mañana a la noche—dijo sin volverse.

—¡Tan pronto!

—Bien, sí; hay que hacer las cosas deprisa.

—¡Tan pronto!—repitió Lola.

Se acercó a la ventana y la abrió. Miraba los mástiles oscilantes de las embarcaciones de pesca, los muelles desiertos y el cielo rosado. Y pensaba: "Mañana a la noche." Quedaba una amarra por soltar, una sola. Cuando se soltara, Lola se volvería. "Lo mismo da mañana a la noche que cualquier otro día." El agua agitaba dulcemente sus charcos de aurora. Lola oyó la distante sirena de un barco. Cuando se sintió completamente libre, se volvió.

—Si quieres irte—dijo—, no seré yo quien te detendrá.

Costó soltar la frase, pero ahora, Lola se sentía vacía y aliviada. Miraba a Boris y, sin saber por qué, pensaba: "Pobre pequeño, pobre pequeño..." Boris se levantó bruscamente y tomó a Lola del brazo.

—¡Lola!...

—Me haces daño...

Boris la soltó, pero la miraba con expresión recelosa.

—¿No te dará pena?

—Sí—dijo Lola con un tono de persona razonable—. Me dará mucha pena, pero prefiero eso a que seas profesor en Castelnaudary.

Boris se mostró algo tranquilizado.

—¿Tampoco tú podrías vivir allí?—preguntó.

—No—contestó Lola—. Tampoco yo.

Boris curvaba la espalda y dejaba caer los brazos; por primera vez en su vida, no sabía qué hacer con su cuerpo. Lola le agradeció que no mostrara su alegría.

—¡Lola!—dijo Boris.

Avanzó una mano y la puso sobre el hombro de Lola. Esta tuvo ganas de apartar con violencia la mano de su hombro, pero se contuvo. Sonreía a Boris, sentía el peso de la mano y comprendía que Boris ya no le pertenecía. Boris estaba en Inglaterra. Los dos, cada uno por su lado, habían muerto.

—¡Me había negado! ¿Sabes?—dijo Boris, con una voz temblorosa—. ¡Me había negado!

—Ya lo sé.

—No te engañaré. No me acostaré con nadie.

Lola sonrió.

—Mi pobre chiquitín...

Boris sobraba ahora. Lola hubiera deseado estar en la noche del día siguiente. Boris se dio de pronto un golpe en la frente.

—¡Cuernos!—exclamó.

—¿Qué hay todavía?

—¡No me voy! ¡No puedo irme!

—¿Por qué?

—Ivich... Ya te he dicho que quería vivir con nosotros.

—Boris...—dijo Lola furiosa—. Si no te quedas por mí, te prohíbo que te quedes por Ivich.

Pero era una cólera de *antes* que se extinguió en seguida.

—Yo me encargo de Ivich—dijo.

—¿Vivirá contigo?

—¿Por qué no?

—No podéis soportaros.

—¿Y eso qué importa?

Lola se sentía horriblemente cansada.

—Vístete o acuéstate... Vas a resfriarte—dijo.

Boris tomó una toalla y comenzó a frotarse el torso. Parecía aturdido. "Es curioso; acaba de decidir toda su vida", pensó Lola. Se sentó en la cama. Boris se restregaba enérgicamente, pero seguía enfurruñado.

—¿Qué hay todavía?—preguntó Lola.

—Nada más—contestó Boris—. ¡Cuánto he transpirado!

Lola se levantó penosamente, tomó a Boris por el cabello y le levantó la cabeza.

—Mírame. ¿Qué hay todavía?

Boris apartó la vista.

—Te encuentro rara...—dijo.

—¿Por qué, rara?

—No pareces muy enfadada por mi partida. Y eso me extraña.

—¿Te extraña?—repitió Lola—. ¿Te extraña?
Y soltó una carcajada.

Las seis de la mañana

Mathieu gruñó, se sentó y se rascó la cabeza. Cantaba un gallo. El sol era un sol cálido y alegre, aunque todavía estaba bajo.

—Buen tiempo—dijo Mathieu.

Nadie contestó. Todos estaban arrodillados detrás del parapeto. Mathieu miró su reloj de pulsera y vio que eran las seis; oía un rumor distante y muy denso. Se acercó a sus compañeros andando a gatas.

—¿Qué es? ¿Un avión?

—No, hombre. Son ellos. Infantería motorizada.

Mathieu se incorporó por encima de las espaldas de los demás.

—No hagas tonterías—dijo Clapot—. Agáchate bien; tienen gemelos.

Unos doscientos metros antes de las primeras casas, la carretera doblaba hacia el Oeste; desaparecía tras un montículo herboso, pasaba, oculta, entre los altos edificios de la fábrica de harinas y llegaba a la aldea oblicuamente, con dirección Suroeste. Mathieu vio a mucha distancia unos vehículos que parecían inmóviles y pensó: "¡Son los alemanes!" Tuvo miedo, un miedo extraño, casi religioso; una especie de horror sagrado. La aldea estaba siendo devorada por miles de ojos extranjeros. Eran ojos de superhombres y de insectos. Y Mathieu se sintió invadido por una evidencia espantosa: "*Van a ver* mi cadáver."

—Estarán aquí antes de un minuto—dijo, muy a su pesar.

Nadie contestó. Al cabo de un momento, Dandieu dijo con voz lenta y pesada:

—No haremos fuego a distancia.

—Atrás—ordenó Clapot.

Retrocedieron. Los cuatro se sentaron en una de las colchonetas. Chasseriau y Dandieu parecían dos ciruelas,

y Pinette comenzaba a parecérseles. Tenían el mismo color terroso y los mismos grandes ojos dulces y sin fondo. "Yo tengo esos ojos de gacela", pensó Mathieu. Clapot estaba en cuclillas y les habló por encima del hombro.

—Van a detenerse a la entrada del pueblo y enviarán motociclistas en reconocimiento. No tiréis contra ellos.

Chasseriau bostezó. El mismo bostezo, suave como una náusea, abría la boca de Mathieu. Este trataba de luchar contra la angustia y de animarse con la ira. "¡Somos combatientes, rediós! ¡No somos víctimas!", se dijo. Pero no era una ira *auténtica*. Bostezó de nuevo. Chasseriau lo miró con simpatía.

—Es duro al principio—dijo—. Después, tú lo verás, se está mejor.

Clapot giró sobre sí mismo y se agachó dándoles la cara.

—No hay más que una consigna—dijo—: defender la escuela y la alcaldía. No deben acercarse a ellas. La señal corresponde a los compañeros de abajo; en cuanto empiecen a tirar, fuego a discreción. Y acordaos: mientras puedan batirse, nosotros no representaremos más que un papel de protección.

Lo miraron con expresiones dóciles y atentas.

—¿Y después?—preguntó Pinette.

Clapot se encogió de hombros.

—¡Oh, después!...

—No creo que se resista mucho tiempo—dijo Dandieu.

—Nunca se sabe. Es probable que traigan su cañoncito de infantería. Tendremos que procurar que no puedan colocarlo en posición. Costará trabajo, pero también les costará a ellos, pues la carretera y la plaza forman un ángulo.

Volvió a andar a gatas y llegó hasta el parapeto. Observaba el campo al abrigo de un pilar.

—¡Dandieu!

—¿Qué?

—Ven aquí—sin volverse, Clapot explicó—: Nosotros dos nos situaremos de frente. Chasseriau se colocará a la

derecha y Delarue a la izquierda. Pinette, tú vete al otro lado, por si tratan de atacarnos por detrás.

Chasseriau arrastró una colchoneta al Oeste, arrimándola al parapeto; Mathieu tomó la manta y se dejó caer de rodillas encima de ella.

Pinette estaba rabioso.

—Estoy dando la espalda a esos canallas...

—¡Quéjate!—dijo Chasseriau—. Yo tengo el sol de cara...

Aplastado contra su pilar, Mathieu daba la cara a la alcaldía; inclinándose un poco hacia la derecha, podía ver la carretera. La plaza era un foso de sombra venenosa, una trampa; hacía mal mirarla. En los castaños, los pájaros cantaban.

—Atentos todos...

Mathieu contuvo el aliento. Dos motociclistas negros con cascos entraron en la calle. Eran dos caballeros sobrenaturales. Mathieu trató en vano de distinguirles los rostros; no tenían rostros. Dos finas cinturas, cuatro largos muslos paralelos, un par de cabezas redondas y lisas, sin ojos ni bocas... Avanzaban con sacudidas mecánicas, con la rígida nobleza de los personajes articulados que se presentan bajo la esfera de los viejos relojes cuando la hora suena. La hora iba a sonar.

—¡No tiréis!

Los motociclistas dieron la vuelta a la plaza con estrepitoso tableteo. Nada se movió, salvo los pájaros que levantaban el vuelo. Esta plaza falsificada se hacía la muerta. Mathieu, fascinado, pensaba: "Son alemanes." Caracolearon delante de la alcaldía, pasaron justamente debajo de Mathieu, quien vio temblar las gruesas patas de cuero sobre los manubrios, y se metieron en la calle Mayor. Al cabo de un instante reaparecieron, muy derechos, clavados a sus sillines rebotantes, y tomaron a toda marcha el camino por donde habían venido. Mathieu estaba contento de que Clapot hubiera prohibido tirar; parecían invulnerables. Los pájaros revolotearon todavía durante unos instantes; después, volvieron al follaje. Clapot dijo:

—Ahora, nosotros.

Chirrió un freno y se oyeron golpes de portezuelas. Mathieu percibió rumor de voces y pasos. Sintió una depresión parecida al sueño; tenía que luchar para mantener los ojos abiertos. Miraba la carretera con los ojos entornados y se sentía conciliador. Si bajáramos arrojando los fusiles, nos rodearían y tal vez nos gritarían: "Amigos franceses, la guerra ha acabado." Los pasos se acercaban. No nos han hecho nada, no piensan en nosotros, no nos quieren mal... Mathieu cerró los ojos por completo; el odio iba a salpicar hasta el cielo. "Verán mi cadáver y lo patearán."

No tenía miedo de morir; tenía miedo del odio.

¡Ya está!... Aquello golpeaba duramente en los oídos. Mathieu volvió a abrir los ojos... La calle estaba desierta y silenciosa. Pretendió creer que había soñado. Nadie ha tirado, nadie...

—¡Idiotas!—murmuró Clapot.

Mathieu se sobresaltó:

—¿Qué idiotas?

—Los de la alcaldía. Han tirado demasiado pronto. Hay, por lo visto, muchos nervios. De otro modo, los hubieran dejado acercarse.

La mirada de Mathieu subió penosamente a lo largo de la calzada, se deslizó sobre las losas y las hierbas entre las losas y llegó al extremo de la calle. Nadie. El silencio: *es una aldea en agosto y los hombres están en el campo.* Pero sabía que estaban ideando su muerte al otro lado de los muros. "Tratan de hacernos el mayor daño posible." Se sumergió en la bondad; quería a todo el mundo, a los franceses, a los alemanes, a Hitler. En un sueño pastoso, oyó gritos seguidos de una violenta explosión y de estrépito de vidrios rotos. Después, se reanudó el tiroteo. Mathieu apretó el fusil para que no se le cayera.

—Demasiado corta esa granada—dijo Clapot entre dientes.

Ahora, el tiroteo era continuo. Los Fritz tiraban; hicieron explosión otras dos granadas. "Si pudiera suspen-

derse esto un solo minuto para que yo me recobrara..." Pero los tiros y las explosiones aumentaban. En su cabeza, una rueda dentada giraba con velocidad cada vez mayor y cada diente representaba un disparo. ¡Cielos! ¡Si encima de todo lo demás, fuera un cobarde! Mathieu se volvió y miró a sus camaradas: en cuclillas, lívidos, con ojos brillantes y duros, Clapot y Dandieu observaban. Pinette daba la espalda, con la nuca rígida; tenía el baile de San Vito o estaba en un ataque de risa; sus hombros saltaban. Mathieu se protegió detrás del pilar y se inclinó prudentemente. Podía mantener los ojos abiertos, pero le resultaba imposible mirar hacia la alcaldía; miraba el Sur desierto y tranquilo, huía hacia Marsella, hacia el mar. Hubo una nueva explosión seguida de precipitaciones secas sobre las pizarras del campanario. Mathieu abrió mucho los ojos, pero la carretera desfilaba abajo a toda marcha; las cosas corrían, se deslizaban, se enturbiaban, se alejaban... Era un sueño. El foso se agrandaba y lo atraía. *Era un sueño.* La rueda de fuego giraba y giraba como la rueda de un barquillero... Mathieu estaba a punto de despertarse en su cama cuando percibió un sapo que se arrastraba hacia la batalla. Durante un instante, Mathieu miró a este animal aplastado con indiferencia. Luego, el sapo se convirtió en un hombre. Mathieu veía con una nitidez extraordinaria los dos pliegues de la nuca afeitada, la guerrera verde, el cinturón, las botas blandas y negras... "Ha dado la vuelta por el campo y ahora se arrastra hacia la alcaldía para arrojar su granada." El alemán avanzaba apoyándose en codos y rodillas; su mano derecha, mantenida en alto, agarraba una vara terminada en un cilindro de metal en forma de marmita. "¡Pero, pero, pero...!" La carretera cesó de correr; la carretera se inmovilizó. Mathieu se incorporó, se echó el fusil a la cara y adoptó una expresión dura. De pie, denso, en un mundo de sólidos, tenía al enemigo en la mira de su fusil y le apuntaba tranquilamente a los riñones. Hubo una breve risa sarcástica de superioridad: el famoso ejército alemán, el ejército de superhombres, el ejército de saltamontes, no era más que

este pobre tipo que enternecía a fuerza de estar equivocado, que se hundía en el error y la ignorancia, que se afanaba en un celo cómico de niño. Mathieu no se daba prisa; contemplaba a su hombrecito, porque tenía tiempo de sobra. El ejército alemán es *vulnerable*. Tiró... El tipo dio un extraño salto sobre su vientre, tendiendo los brazos hacia adelante; parecía que estaba aprendiendo a nadar. Divertido, Mathieu disparó de nuevo y el pobre hombre dio dos o tres brazadas y soltó su granada, que rodó por la calzada sin estallar. Ahora estaba inmóvil, inofensivo y grotesco, reventado. "Lo he dejado seco, lo he dejado seco...", dijo Mathieu a media voz. Miraba al muerto y pensaba: "Son como todo el mundo." Se sentía un barbián.

Una mano se posó en su hombro. Clapot venía a ver el trabajo del aficionado. Miró meneando la cabeza al animal reventado y luego se volvió:

—¡Chasseriau!

Chasseriau se acercó a gatas.

—Vigila un poco por aquí—dijo Clapot.

—No me hace falta Chasseriau—manifestó Mathieu, muy dolorido.

—Volverán a la carga—explicó Clapot—. Y, si vienen varios, te desbordarán.

Hubo una ráfaga de ametralladora. Clapot enarcó las cejas.

—¡Eh!—exclamó volviendo a su puesto—. ¡Esto va animándose!

Mathieu se volvió hacia Chasseriau.

—¡Bueno!—dijo con animación—. Creo que están recibiendo lo suyo los Fritz.

Chasseriau no contestó. Se mostraba pesado, lento, casi dormido.

—¿No ves cuánto tardan?—preguntó Mathieu molesto—. Yo me decía que nos arreglarían las cuentas con dos bofetadas.

Chasseriau le miró con asombro y después consultó su reloj de pulsera.

—No han pasado tres minutos desde que aparecieron los de las motos—dijo.

La excitación de Mathieu desapareció. Era de risa. Chasseriau vigilaba y Mathieu miraba a su muerto y se reía. Durante años, había tratado de actuar en vano; le robaban sus actos a medida que los proyectaba y nunca había podido hacer nada. Pero esta vez, nadie le había robado. Había apretado el gatillo y, por una vez, había sucedido algo. Algo definitivo... Se reía cada vez más. Su oído estaba lleno de detonaciones y gritos, pero apenas oía. Miraba a su muerto con satisfacción y pensaba: "Ese me ha sentido, rediós... Ese ha comprendido, sí, ha comprendido..." *Su* muerto, *su* obra, la huella de *su* paso por la Tierra. Sintió el deseo de matar a otros; era divertido y fácil. Quería llevar el duelo a Alemania.

—¡Cuidado!

Un tipo avanzaba a lo largo del muro, con una granada en la mano. Mathieu apuntó a este ser extraño y deseable; el corazón latió con fuerza.

—¡Cuernos!

¡Había fallado! Aquella cosa se acurrucó, se convirtió en un hombre aturdido que miraba a su alrededor sin comprender. Chasseriau disparó. El tipo se estiró como un resorte, se levantó, saltó haciendo un molinete con el brazo, lanzó su granada y cayó de espaldas en medio de la calzada. En seguida, los cristales saltaron en mil pedazos. Mathieu vio, en una cegadora luz lívida, unas sombras que se retorcían en el piso bajo de la alcaldía y después la noche; por sus ojos pasaban unas manchas amarillas. Estaba furioso contra Chasseriau.

—¡Cuernos!—repitió con rabia—. ¡Cuernos, recuernos!

—¡No importa!—dijo Chasseriau—. Ha caído, de todos modos, y los compañeros están en el primero.

Mathieu guiñaba los ojos y meneaba la cabeza para desprenderse de las manchas amarillas que lo cegaban.

—¡Ten cuidado!—dijo—. Estoy ciego.

—Ya te pasará—dijo Chasseriau—. ¡Rediós!—dijo—. Tira contra el caído, si se mueve.

Mathieu se inclinó; veía un poco mejor. El Fritz, tumbado de espaldas y con los ojos abiertos, se retorcía. Mathieu se echó el fusil a la cara.

—¿Estás loco?—dijo Chasseriau—. No desperdicies tus tiros.

Mathieu bajó el fusil malhumorado. "Tal vez consiga salvarse ese granuja", pensó.

La puerta de la alcaldía se abrió de par en par. Un tipo apareció en el umbral y avanzó con una especie de nobleza. Estaba desnudo hasta la cintura; parecía que le habían arrancado la piel. De sus carrillos rojos, y como cepillados por un carpintero, colgaban unos pedazos de carne. De pronto, comenzó a aullar... Se oyeron a la vez veinte disparos y el tipo osciló, se fue hacia adelante, y cayó sobre los peldaños de la escalinata.

—No es de los nuestros—dijo Chasseriau.

—Sí—dijo Mathieu con una voz ahogada por la rabia—. Es de los nuestros. Se llama Latex.

Sus manos temblaban y le dolían los ojos. Con voz llorosa, repitió:

—Se llamaba Latex. Tenía seis hijos.

Y en seguida, se inclinó y apuntó al herido cuyos grandes ojos parecían mirarle.

—Vas a pagarla, cochino.

—¿Estás loco?—dijo Chasseriau—. Te digo que no malgastes los tiros...

—No jorobes...—dijo Mathieu.

No se apresuró a disparar. "Si me ve ese marrano, no estará muy a sus anchas." Apuntó a la cabeza y disparó. La cabeza estalló, pero el tipo seguía pataleando.

—¡Cochino!—gritó Mathieu—. ¡Cochino!

—¡Cuidado, rediós! ¡Cuidado! ¡A la izquierda!

Acababan de aparecer cinco o seis alemanes. Chasseriau y Mathieu comenzaron a tirar, pero los alemanes habían cambiado de táctica. Se mantenían de pie, se escondían en los ángulos y parecían esperar.

—¡Clapot! ¡Dandieu! ¡Venid aquí!—dijo Chasseriau—. Hay jaleo.

—No puedo—dijo Clapot.
—¡Pinette!—gritó Mathieu.
Pinette no contestó y Mathieu no se atrevió a volverse.
—¡Cuidado!
Los alemanes habían echado a correr. Mathieu disparó, pero ya habían cruzado la calzada.
—¡Cristo!—gritó Clapot desde su sitio—. Los Fritz están ahora debajo de los árboles. ¿Quién les ha dejado pasar?
No contestaron. Había ahora mucho movimiento bajo los árboles. Chasseriau tiró al azar:
—¡Buen trabajo va a costar sacarlos de ahí!
Los hombres de la escuela comenzaron a disparar y los alemanes, escondidos tras los árboles, les replicaban. La alcaldía estaba ahora silenciosa. La calle humeaba suavemente, a ras de tierra.
—No tiréis a los árboles—gritó Clapot—. Son tiros perdidos.
En aquel mismo instante, una granada hizo explosión contra la fachada de la alcaldía, a la altura del primer piso.
—Se suben a los árboles—dijo Chasseriau.
—Si suben a los árboles los cazaremos—dijo Mathieu.
Su mirada trataba de atravesar el follaje. Vio un brazo que se levantaba y disparó. Demasiado tarde; la alcaldía hizo explosión y las ventanas del primer piso saltaron... Mathieu fue cegado de nuevo por aquella horrible luz amarilla. Tiró al azar; oyó cómo unos grandes frutos maduros caían de rama en rama... No sabía si aquellos hombres caían o bajaban.
—La alcaldía ya no tira—dijo Clapot.
Escucharon conteniendo el aliento. Los alemanes seguían haciendo fuego, pero la alcaldía no contestaba. Mathieu tuvo un estremecimiento. Muertos. Cuartos de carne sanguinolenta sobre el piso hundido, en las salas vacías...
—No es nuestra culpa—dijo Chasseriau—. Eran demasiados.

De pronto, salieron por las ventanas del primer piso unos torbellinos de humo. A través del humo, Mathieu distinguió llamas rojas y negras. Alguien comenzó a gritar en la alcaldía. Eran unos gritos agudos y blancos. Mathieu sintió bruscamente que iba a morir. Chasseriau hizo fuego.

—¡Tú estás loco!—gritó Mathieu—. Me dices que no malgaste los tiros y ahora tú tiras contra la alcaldía...

Chasseriau apuntaba a las ventanas de la alcaldía; disparó tres veces contra las llamas.

—Es ese tipo que grita—dijo—. No puedo oírle.

—Sigue gritando—observó Mathieu.

Escuchaban helados. La voz se debilitó.

—Terminó.

Pero, en esto, los gritos se reanudaron. Eran unos gritos inhumanos, sonidos enormes y graves que subían trepando por el oído hasta los agudos. Mathieu también tiró contra la ventana, pero sin resultado.

—¡No quiere reventar!—dijo Chasseriau.

De pronto, los aullidos cesaron.

—¡Uf!—exclamó Mathieu.

—Terminó—sentenció Chasseriau—. Reventó... Está asado.

Ahora, nada se movía ni bajo los árboles ni en la calle. El sol doraba la fachada de la alcaldía en llamas. Chasseriau consultó su reloj.

—Siete minutos—dijo.

Mathieu se retorcía en las llamas. Era todo él una quemadura; se ahogaba. Tuvo que ponerse las manos en el pecho y bajarlas lentamente hasta el vientre para cerciorarse de que estaba indemne. De pronto, Clapot dijo:

—Están en los tejados.

—¿En los tejados?

—Justo delante de nosotros. Tiran contra la escuela. ¡Cuernos, ya está!

—¿Qué?

—Están colocando una ametralladora. ¡Pinette!—gritó.

Pinette se arrastró hacia atrás.

—¡Ven aquí! Los de la escuela están muy mal...

Pinette se puso a cuatro patas. Les miraba con expresión de ausencia. Tenía una cara cenicienta.

—¿No te sientes bien?

—Me siento muy bien—dijo Pinette secamente.

Se arrastró hacia Clapot y se arrodilló.

—Tira—dijo Clapot—. Tira a la calle, para entretenerlos. Nosotros nos encargamos de la ametralladora.

Pinette, sin decir una palabra, se puso a hacer fuego.

—¡Mejor que eso, rediós!—gritó Clapot—. No se tira con los ojos cerrados.

Pinette tuvo un estremecimiento y pareció hacer un violento esfuerzo para dominarse. Sus mejillas se colorearon un poco. Apuntaba abriendo mucho los ojos. Clapot y Dandieu, a su lado, tiraban sin parar. En esto, Clapot lanzó un grito de triunfo.

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Se calló esa marrana!

Mathieu escuchó; ya no se oía nada.

—Sí—dijo—. Pero los compañeros de la escuela tampoco tiran ya.

La escuela estaba silenciosa. Tres alemanes que estaban escondidos bajo los árboles cruzaron corriendo la calzada, se tiraron contra la puerta de la escuela y la abrieron. Entraron y se les vio segundos después asomados a las ventanas del primer piso, haciendo ademanes y gritando. Clapot disparó y los tres desaparecieron. Segundos después, por primera vez en la mañana, Mathieu oyó el silbido de una bala. Chasseriau consultó el reloj:

—Diez minutos—dijo.

—Sí—asintió Mathieu—; es el principio del fin.

La alcaldía ardía y los alemanes estaban en la escuela; era como si Francia hubiera sido vencida por segunda vez.

—¡Tirad, rediós!

Un grupo de alemanes se había mostrado cautelosamente a la entrada de la calle Mayor. Chasseriau, Pinette y Clapot dispararon. Las cabezas desaparecieron.

—Esta vez nos han localizado.

Otro silencio. Un largo silencio. Mathieu pensó: "¿Qué están preparando?" En la calle vacía, cuatro muertos;

un poco más lejos, otros dos. Es todo lo que hemos podido hacer. Ahora, había que acabar la tarea: hacerse matar. Y para ellos, ¿qué significa esto? Diez minutos de retraso respecto al horario previsto.

—Aquí, aquí...—dijo Clapot de pronto.

Rodaba hacia la iglesia un pequeño monstruo panzudo. Brillaba al sol.

—Schnellfeuerkanon—dijo Dandieu entre dientes.

Mathieu se arrastró hacia ellos. Disparaban, pero no se veía a nadie; el cañón parecía desplazarse por sí solo. Tiraban por escrúpulos de conciencia, porque traían todavía cartuchos. Sus rostros eran unos rostros hermosos, serenos y cansados; sus últimos rostros.

—¡Atrás!

Un hombre grueso en mangas de camisa apareció de pronto a la izquierda del cañón. No trataba de protegerse; daba tranquilamente las órdenes levantando el brazo. Mathieu se incorporó bruscamente; aquel regordete con el cuello al aire le inflamaba de deseos.

—¡Atrás y cuerpo a tierra!

La boca del cañón se elevó lentamente. Mathieu no se había movido; arrodillado, apuntaba al feldwebel.

—¿Me oyes?—le gritó Clapot.

—¡Déjame en paz!—gruñó Mathieu.

Tiró el primero y la culata del fusil le golpeó en el hombro. Hubo una enorme detonación, como un eco amplificado del disparo del fusil. Mathieu vio un resplandor rojo; después, oyó un prolongado ruido sordo de desgarramiento.

—¡Fallaron!—dijo Clapot—. Demasiado alto...

El feldwebel se debatía en el suelo, con las piernas en alto. Mathieu lo miraba sonriendo. Iba a acabarlo cuando aparecieron dos soldados que se lo llevaron. Mathieu retrocedió arrastrándose y se fue a tender junto a Dandieu. Clapot estaba ya levantando la trampa.

—¡Pronto, bajemos!

Dandieu meneó la cabeza.

—Abajo no hay ventanas—dijo.

Se miraron.

—No podemos desperdiciar estos cartuchos—declaró Chasseriau.

—¿Te quedan muchos?

—Dos cargadores.

—¿Y a ti, Dandieu?

—Uno.

Clapot volvió a bajar la trampa.

—No podemos desperdiciarlos—dijo—. Tienes razón.

Mathieu oyó a su espalda una respiración ronca. Se volvió.

Pinette había empalidecido hasta los labios y jadeaba.

—¿Estás herido?

Pinette le miró con altanería.

—No.

Clapot miró a Pinette atentamente.

—Si quieres bajar, pequeño, nadie te obliga a quedarte. Ya no debemos nada a nadie. Pero, en nuestro caso, ¿sabes?, son los cartuchos. No podemos desperdiciarlos.

—¡Cuernos!—replicó Pinette—. ¿Por qué he de bajar yo si Delarue no baja?

Se arrastró hasta el parapeto y comenzó a hacer fuego.

—¡Pinette!—gritó Mathieu.

Pinette no contestó; las balas silbaban por encima de ellos.

—¡Déjalo!—dijo Clapot—. Eso le entretiene.

El cañón disparó dos veces, cañonazo tras cañonazo; oyeron un choque sordo encima de sus cabezas y un alud de cascotes se desprendió del techo. Chasseriau consultó su reloj.

—Doce minutos.

Mathieu y Chasseriau se acercaron al parapeto. Mathieu se agachó junto a Pinette; Chasseriau, a su derecha, se mantenía de pie, inclinado hacia adelante.

—No están tan mal doce minutos—dijo—. No están tan mal...

El aire silbó, aulló y golpeó a Mathieu en pleno rostro. Era un aire cálido y espeso como papilla. Mathieu cayó

sentado. La sangre lo cegaba; tenía las manos rojas hasta las muñecas; se frotaba los ojos y mezclaba la sangre de sus manos con la de su cara. Pero no era su sangre: Chasseriau estaba sentado sobre el parapeto del Sur, sin cabeza; salía de su cuello un borboteo de sangre y burbujas.

—¡No quiero!—gritó Pinette—. ¡No quiero!

Se levantó bruscamente, corrió hacia Chasseriau y le golpeó en pleno pecho con la culata del fusil. Chasseriau osciló y cayó por encima del parapeto. Mathieu lo vio caer sin emoción: era precisamente el comienzo de su propia muerte.

—¡Fuego a discreción!—gritó Clapot.

Bruscamente, la plaza se había llenado de soldados. Mathieu volvió a ocupar su puesto y se puso a tirar. Dandieu hacía fuego allí cerca.

—¡Es una carnicería!—dijo riéndose.

Soltó el fusil, que cayó a la calle, y se recostó sobre Mathieu diciendo:

—¡Amigo, amigo! ¡Ay, amigo!

Mathieu lo rechazó con una sacudida de hombro. Dandieu cayó hacia atrás y Mathieu continuó disparando. Disparaba todavía cuando el techo se hundió sobre él. Recibió una viga sobre la cabeza, soltó el fusil y cayó. "¡Quince minutos!", pensó con rabia. "¡Daría cualquier cosa por resistir quince minutos!" La culata de un fusil surgía del caos de maderos rotos y pedazos de pizarra. Mathieu tiró del arma; estaba pegajosa de sangre, pero cargada.

—¡Pinette!—gritó Mathieu.

Nadie le contestó. El hundimiento del techo obstruía toda la parte norte de la plataforma; los escombros y las vigas cerraban la trampa; una barra de hierro colgaba del desfondado techo. Mathieu estaba solo.

—¡Rediós!—dijo en voz alta—. Nadie podrá decir que no hemos resistido quince minutos.

Se acercó al parapeto y comenzó a disparar de pie. Era un enorme desquite; cada disparo lo vengaba de un antiguo escrúpulo. "Un tiro sobre Lola, a la que no me atreví

a robarle; un tiro sobre Marcelle, a la que debí abandonar; un tiro sobre Odette, con la que no he querido acostarme. Este por los libros que no me atreví a escribir; este por los viajes que me negué; este por todos los tipos, en bloque, a los que tenía ganas de odiar y a los que intenté comprender." Disparaba... Las leyes volaban por el aire... Amarás a tu prójimo como a ti mismo: pan, sobre ese idiota... No matarás: pan, sobre ese títere de ahí adelante... Disparaba contra el hombre, contra la Virtud, contra el mundo... La Libertad es el Terror... Ardía la alcaldía y ardía el cerebro... Las balas silbaban... "Libre como el aire... El mundo saltará en pedazos y yo con él..." Disparó y miró el reloj: catorce minutos y treinta segundos. Ya bastaba con pedir treinta segundos más, justo el tiempo necesario para tirar contra el apuesto oficial tan arrogante que corría hacia la iglesia... Disparó contra el apuesto oficial, contra toda la Belleza de la Tierra, contra la calle, las flores y los jardines, contra todo lo que había amado. La Belleza se zambulló obscenamente y Mathieu disparó todavía. Disparó: era puro, era todopoderoso, era libre...

Quince minutos.

PARTE SEGUNDA

La noche, las estrellas... Un fuego rojo al Norte: una aldea que arde. Al Este y al Oeste, largos relámpagos de calor, secos y parpadeantes: sus cañones. "Están por todas partes y me agarrarán mañana." Entra en la aldea dormida; atraviesa una plaza, se acerca al azar a una casa y llama... Nadie contesta. Se apoya sobre el picaporte y la puerta se abre. Entra y cierra la puerta; oscuridad. Un fósforo... Está en un vestíbulo; un espejo sale vagamente de la sombra, se ve dentro: "Necesito afeitarme a toda prisa." El fósforo se apaga. Ha tenido tiempo de distinguir una escalera que desciende por la izquierda. Se acerca a tientas; la escalera es de caracol. Brunet baja, percibe una claridad difusa y sigue bajando: la bodega. Huele a vino y a setas. Barriles y un montón de paja. Un hombre grueso con camisón de noche y pantalones está sentado sobre la paja junto a una rubia medio desnuda que tiene un chiquillo en brazos. Miran a Brunet, los tres boquiabiertos; tienen miedo. Brunet baja por la escalera y el hombre le sigue mirando. Brunet baja y el tipo dice de pronto: "Mi mujer está enferma." "¿Y qué?", pregunta Brunet. "No he querido que pase la noche en el bosque." "Tú me lo dices, pero a mí eso me importa un comino", dice Brunet. Está ahora en la bodega. El tipo lo mira con recelo. "Entonces, ¿qué quiere usted?" "Dormir aquí", dice Brunet. El tipo hace una mueca; no deja de mirar. "¿Es usted suboficial?" Brunet no contesta. "¿Dónde están sus hombres?", pregunta el hombre con sospechas. "Muertos", dice Brunet. Se acerca al montón de paja y el

tipo dice: "¿Y los alemanes? ¿Dónde están?" "Por todas partes." "No quiero que lo encuentren aquí", dice el hombre. Brunet se quita la guerrera, la dobla y la coloca sobre un tonel. "¿Me oye usted?", grita el hombre. "Oigo", dice Brunet. "Tengo una mujer y un hijo; no quiero pagar sus tonterías." "No te preocupes", dice Brunet. Se sienta y la mujer lo mira con odio: "Hay franceses que van a batirse ahí arriba; usted debería estar con ellos." Brunet la mira y ella se cubre los pechos con la camisa y grita: "¡Váyase! ¡Váyase! Después de haber perdido la guerra, no haga que nos maten." Brunet le dice: "No se preocupe. No tienen ustedes más que despertarme cuando lleguen los alemanes." "¿Y qué hará usted?" "Iré a entregarme." "¡Qué vergüenza! Cuando se piensa que hay hombres que se han hecho matar...", dice la mujer. Brunet bosteza, se estira y sonríe. Lucha desde hace ocho días, sin dormir y casi sin comer; ha estado a punto de morir veinte veces. Acabó la lucha, la guerra está perdida y, ahora, hay trabajo que hacer. Mucho trabajo. Se tumba sobre la paja, bosteza y se duerme. "¡Fuera de aquí! ¡Ya llegan!", dice el hombre. Brunet abre los ojos, ve un rostro colorado y oye tiros y explosiones. "¿Están ahí?" "Sí. Y hay jaleo. No puedo tenerlo en mi casa." La mujer no se ha movido. Mira a Brunet con ojos feroces y aprieta al niño dormido contra el pecho. "Voy a irme", dice Brunet. Se levanta, bosteza, se acerca a un tragaluz, hurga en su mochila y saca un trozo de espejo y una maquinilla de afeitar. El hombre lo mira, estúpido en su indignación: "¿Cómo, es que se va a afeitar?" "¿Por qué no?", pregunta Brunet. El hombre está encendido de cólera: "Le he dicho que me fusilarán si lo encuentran aquí." "Terminaré muy pronto", dice Brunet. El hombre le tira de la manga para hacerle salir: "No quiero estas cosas. Tengo una mujer y un chiquillo. Si lo hubiese sabido, no le hubiera dejado entrar." Brunet se desprende con una sacudida y mira con asco a este blando que se obstina en vivir, que vivirá bajo todos los regímenes, humilde, crédulo, coriáceo, sin finalidad alguna.

El hombrecito vuelve a la carga, y Brunet lo lanza contra el muro de un empujón. "Déjeme en paz o le doy..." El tipo se queda quieto, resopla, mueve sus ojos de alcohólico, despide un fuerte olor a muerto y a estiércol. Brunet comienza a afeitarse, sin jabón y sin agua; la piel le escuece. A su lado, la mujer se estremece de miedo y de odio. Brunet se apresura; si esto dura mucho tiempo, va a volverse loca... Vuelve a colocar la maquinilla en el morral; la hoja servirá todavía dos veces. "¿Ves? Ya he acabado. No valía la pena hacer tantas historias..." El tipo no contesta y la mujer grita: "¡Váyase, cochino, cobarde; va a ser causa de que nos fusilen!..." Brunet se pone la guerrera; se siente limpio, nuevo y tieso; tiene el rostro encendido. "¡Váyase, váyase!" Saluda con dos dedos y dice: "Gracias, de todos modos." Sube por las oscuras escaleras, atraviesa una antesala; la puerta de entrada está abierta de par en par; fuera, es la cascada blanca del día y el tableteo maníaco de las ametralladoras. La casa está a oscuras y fresca. Se acerca a la puerta de entrada; hay que zambullirse en la mohosa luz. Una plazuela, la iglesia, el monumento a los muertos, montones de estiércol delante de las casas... Entre dos casas que arden, la carretera nacional, toda rosa de mañana. Los alemanes están ahí; son una treintena de hombres atareados, obreros en pleno trabajo; tiran contra la iglesia con un schnellfeuerkanon. Desde la iglesia tiran contra ellos. Se está trabajando. En medio de la plaza, bajo los fuegos cruzados, hay soldados franceses en mangas de camisa; con ojos enrojecidos de sueño, marchan sobre las puntas de los pies, con pasos breves y apresurados, como si desfilaran en un concurso de belleza. Levantan sus pálidas manos por encima de la cabeza y el sol juega entre los dedos. Brunet los mira y mira también el campanario; a su derecha, un gran edificio está en llamas. Siente el calor en la mejilla. "¡Cuernos!", dice. Desciende los tres peldaños de la escalinata. Ya está; es un prisionero. Sigue con las manos, pesadas, como de plomo, en el bolsillo. "¡Levantar manos!" Un alemán le apunta con

un fusil. Se pone encendido; sus manos se levantan lentamente y están ya por encima de la cabeza. "Me pagarán esto con sangre." Se incorpora a los franceses y baila con ellos. Es como en el cine. Nada es real; las balas que silban no pueden matar y el cañón tira con pólvora. Un francés hace una reverencia y cae; Brunet lo alcanza. Dobla sin prisas la esquina de la casa oscura y entra en la gran carretera en el momento en que el campanario se derrumba. Se acabaron los Fritz, se acabaron las balas, se acabó el cine; está en el campo y vuelve a meter las manos en los bolsillos. Se está entre franceses. Una masa desordenada de franceses en caqui, mal lavados, sin afeitarse, con rostros ennegrecidos por el humo, que ríen, bromean y hablan. Un rebaño de cabezas desnudas y gorros de cuartel; ni un solo casco. Los hombres se reconocen y se saludan: "Te vi en Saverne el mes de diciembre. ¡Eh, Girard! ¿Qué tal? Hizo falta la derrota para que nos encontráramos. ¿Qué tal está Lisa?" Un soldado alemán, con aire de fastidio y el fusil colgando del hombro por la correa, guarda el rebaño de los vencidos y acompaña con largas y lentas zancadas el apresurado paso breve de la columna. Brunet trota como los demás, pero es tan grande como el Fritz y está tan bien afeitado. La carretera rosada discurre entre los herbales; no sopla la menor brisa y hay un calor de derrota. Los hombres huelen mal, se agitan; los pájaros cantan. Brunet se vuelve hacia su vecino, un hombre grueso de aspecto amable que respira por la boca. "¿De dónde venís vosotros?" "Bajábamos desde Saverne; hemos pasado la noche en las granjas." "Yo he venido completamente solo. Es curioso; creí que no encontraría a nadie en la aldea." Un joven rubio y bronceado camina dos filas delante de Brunet, desnudo hasta la cintura, con una ancha costra sanguinolenta entre los omóplatos. A espaldas de Brunet brota un inmenso rumor natural: risas, gritos, pies que se arrastran... Es algo que recuerda el rumor del viento entre los árboles. Brunet se vuelve; detrás, hay ahora miles de hombres; los han recogido de todas partes: de los cam-

pos, de las aldeas, de las granjas... Los hombros y la cabeza de Brunet se elevan solitarios sobre esta llanura ondulante. "Me llamo Moulu; soy de Bar-le Duc", dice el grueso. Y añade con orgullo: "Conozco la región." A un lado del camino, arde una granja; las llamas parecen negras al sol; se oyen los ladridos de un perro... "¿Oyes al chucho? Lo han encerrado dentro", dice Moulu a su vecino. Este vecino es seguramente del Norte, rubio, no muy pequeño, con una piel de leche; se parece al Fritz que los guarda. Frunce el entrecejo y mira con sus grandes ojos azules a Moulu. "¿Qué?" "El perro... Está dentro." "¿Y qué? Es un perro", dice el norteño. "¡Guau, guau, guau...!" Ahora, no ladra el perro; es el joven del torso desnudo. Alguien lo arrastra y le pone la mano en la boca. Brunet ha tenido tiempo de ver un gran rostro pálido y agitado de ojos sin pestañas. "Charpin no parece estar muy bien", dice Moulu al norteño. El norteño le mira: "¿Qué?" "Digo que Charpin, tu compañero, no parece estar muy bien." El norteño se ríe y muestra sus blancos dientes: "Siempre ha sido algo raro." La carretera sube; les acompaña un buen olor a piedra recalentada y a madera quemada; el perro sigue ladrando a sus espaldas. Llegan a lo alto de la cuesta; la carretera baja ahora con mucha pendiente. Moulu muestra con el dedo la interminable columna: "Pero ¿de dónde salen todos estos?" Se vuelve hacia Brunet: "¿Cuántos somos?" "No lo sé. Tal vez diez mil: tal vez más..." Moulu mira a Brunet con incredulidad: "¿Puedes calcular así, a simple vista?" Brunet piensa en el Catorce de Julio, en el Primero de Mayo; los hombres colocados en el bulevar Richard-Lenoir hacían los cálculos de acuerdo con la duración del desfile. Multitudes silenciosas y cálidas: cuando se estaba en medio de ellas, se ardía. Esta era más ruidosa, pero fría y muerta. Sonríe y dice: "Tengo la costumbre." "¿Adónde vamos?", pregunta el norteño. "No lo sé." "¿Dónde están los Fritz? ¿Quién manda aquí?" No hay alemanes, salvo unos diez esparcidos por la carretera. El inmenso rebaño se deja deslizar cuesta abajo, como si

obedeciera a su solo peso. "Es curioso", dice Moulu. "Sí, es curioso", asiente Brunet. Es curioso; podrían arrojarse sobre los alemanes, ahogarlos y escaparse a campo traviesa... ¿Para qué? Siguen caminando, hacia donde la carretera los lleve. Ya están abajo, en una hondonada; ahora, suben y tienen calor. Moulu saca de su bolsillo un paquete de cartas sujetas por una goma; da vueltas al paquete con sus torpes dedos. El sudor mancha el papel y la tinta violeta se corre en algunos lugares. Moulu quita la goma y comienza a romper las cartas, metódicamente, en menudos pedazos que va dispersando con movimientos de sembrador. Brunet sigue con la mirada el vuelo sofocado de los pedacitos de papel; la mayoría caen como confetis sobre los hombros de los soldados o a sus pies; hay un trozo que revolotea unos instantes y se posa sobre una mata de hierbas. Estas se inclinan un poco y lo sostienen como un dosel. Hay otros papeles a lo largo de la carretera: rotos, arrugados, hechos pelotas; los hay en las zanjas, entre fusiles destrozados y abollados cascos. Cuando la letra es grande y alta, Brunet lee alguna palabra al pasar: "Come bien, no te expongas. Hélène ha venido con los niños, te abraza tu amor..." Toda la carretera es una larga carta de amor manchada. Hay unos pequeños monstruos que se arrastran por el suelo y miran el rebaño de los alegres vencidos con sus ojos sin pupilas: son las máscaras contra el gas. Moulu da un codazo a Brunet y señala una máscara: "Siempre ha sido una suerte que no las hayamos necesitado..." Brunet no contesta y Moulu busca otros cómplices: "¡Eh, Lambert!" Un tipo, que iba delante de Brunet, se vuelve. Moulu le señala una máscara, sin comentarios; se echan a reír y contagian la risa a los que les rodean. Odiaban a estas larvas parasitarias; les tenían miedo y, sin embargo, había que alimentarlas y cuidarlas. Ahora, están en el suelo, bajo sus pies, aplastadas: las ven y recuerdan que la guerra ha terminado. Como todos los días, los campesinos han salido al campo y, ahora, apoyados en sus azadones, les ven pasar. Lambert, muy alegre, les grita: "¡Sa-

lud, abuelo! ¡Nos licencian!" Diez voces, cien voces, repiten, con una especie de desafío: "¡Nos licencian! ¡Nos licencian!" Los campesinos no contestan y parecen no oír. Un rubio de cabello rizado con aspecto parisiense pregunta a Lambert: "¿Cuánto tiempo crees que nos retendrán?" "Poco, muy poco, Blondinet", contesta Lambert. "¿De veras? ¿Estás seguro?" "¿No lo ves? ¿Dónde están nuestros guardianes? Si fuéramos prisioneros de verdad, verías cómo nos encuadraban." "Entonces, ¿por qué nos llevan?", pregunta Moulu. "¿Nos llevan? No nos llevan. Nos ponen a un lado, para que no tropecemos con ellos mientras avanzan." "Aun así, esto puede durar mucho tiempo", suspira el apodado Blondinet. "¿Estás loco? Lo que pasa es que no pueden correr tanto como los que se escapan." Lambert está muy contento y ríe con sorna: "No tienen prisa estos Fridolines. Se pasean: una chica en París, un vaso de vino en Dijon, una *bouillabaisse* en Marsella... ¡Qué diablos! En Marsella el paseo se acaba; tienen el mar delante. En ese momento, nos soltarán. A mediados de agosto estaremos en nuestras casas." Blondinet menea la cabeza: "Eso hace dos meses. Es mucho." "Tienes mucha prisa. ¡Oye! Hace falta que reparen las vías para que los trenes puedan pasar." Moulu dice: "Yo no necesito trenes. Si no es más que eso, puedo volver a pie." "¡Vete al cuerno! Yo, no. Llevo quince días caminando y estoy hasta las narices. Quiero descansar un poco." "¿No tienes ganas de acostarte con tu chica?" "¡Eh, oye! ¿Con qué voy a jugar con ellas? He andado demasiado. No me queda nada en los pantalones. Quiero dormir, sin nadie a mi lado." Brunet los escucha, contempla sus nucas y se dice que será mucho el trabajo. Alamos, álamos, un puente que cruza un riachuelo, más álamos. "Tengo sed", se dice Moulu. "Más que sed, yo tengo hambre; no he comido desde ayer", dice el norteño. Moulu trota, suda y resopla; se quita la guerrera, se la pone al brazo y se desabotona la camisa. Sonríe: "Ahora, uno puede quitarse la guerrera; somos libres." Brusca detención; Brunet da con el pecho en la espalda de Lambert.

Este se vuelve; su barba forma un collar; tiene unos ojillos vivos bajo las espesas cejas. "¿No puedes mirar delante, idiota? ¿Dónde tienes los ojos?" Observa el uniforme de Brunet con insolencia y añade: "Se acabaron los galones. Nadie manda aquí. No hay más que hombres." Brunet lo mira sin cólera y el tipo se calla. Brunet se pregunta qué es lo que puede hacer este hombre en la vida civil. ¿Comerciante modesto? ¿Empleado? Clase media, en todo caso. Hay cientos de miles, sin el menor sentido de la autoridad ni del decoro personal. Hará falta una disciplina de hierro. Moulu pregunta: "¿Por qué nos hemos detenido?" Brunet no contesta. Este es un pequeño burgués, igual que el otro, aunque más tonto; no será cómodo trabajar con esta gente. Moulu suspira de alivio y se abanica: "Tal vez podamos sentarnos en el suelo." Coloca su mochila en la carretera y se sienta encima; el soldado alemán se acerca, vuelve hacia ellos su largo rostro inexpresivo y bello y aparece un brillo de simpatía en sus ojos azules. "Pobres franceses... Acabada la guerra... Volver a casa, volver a casa..." "¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Que vamos a volver a casa? Claro que vamos a volver a casa. ¡Cuernos!, Julien, ¿oyes? Volvemos a casa. Pregúntale cuándo vamos a volver a casa..." "Oye, Frisou, ¿cuándo vamos a volver a nuestras casas?" Lo tutean, serviles y confianzudos. Es todo el ejército victorioso, aunque no sea más que un soldadito. El alemán repite, con ojos sin expresión: "Volver a casa... Volver a casa..." "Pero *¿cuándo?*" "Pobres franceses... Volver a casa..." Se reanuda la marcha; álamos y álamos. Moulu se lamenta; tiene hambre y sed y está cansado; desearía detenerse, pero nadie puede frenar esta marcha obstinada que nadie dirige. Un hombre gime: "Me duele la cabeza." Pero sigue caminando. La charla se hace más pesada y se corta con largos silencios. Algunos dicen: "¿Es que vamos a ir así hasta Berlín?" Caminan, caminan; siguen a los de delante y son empujados por los de atrás. Una aldea; un montón de cascos, máscaras y fusiles en la plaza. "Poudroux: pasé por aquí anteayer", dice Moulu. Y Blondinet

dice: "Pues yo, anoche; iba en camión; había vecinos en todas las puertas; no nos miraban con mucha simpatía." Y ahí siguen en las puertas, con los brazos cruzados, silenciosos. Mujeres de cabellos negros, de ojos negros, de ropas negras. Y viejos. Los miran. Ante estos testigos, los prisioneros se enderezan y adquieren expresiones cínicas y agresivas; ríen y gritan: "¡Hola, mamita! ¡Hola, abuelo! ¡Nos licencian! Acabó la guerra... ¡Salud!" Pasan y saludan, dirigen miradas y sonrisas provocadoras... Los testigos se callan y miran. Solo la de la tienda de comestibles, una mujer gruesa y de aspecto bonachón, murmura: "¡Pobres muchachos!" El norteño sonríe beatíficamente y dice a Lambert: "Es una suerte, pese a todo, que no estemos en el Norte." "¿Por qué?" "Porque nos tirarán los muebles a la cabeza." Una fuente... Diez hombres, cien hombres salen de las filas y corren a beber. Moulu así lo hace, se inclina torpemente, con ansia; acarician su cansancio y sus hombros tiemblan; el agua corre por sus caras. El centinela ni parece verlos; pueden quedarse en la aldea, si quieren y pueden soportar las miradas. Pero no; vuelven uno a uno; se apresuran como si temieran perder su puesto. Moulu corre como una mujer, haciendo girar las rodillas. Se empujan, ríen y gritan, escandalosos y provocativos como mujerzuelas; sus bocas se parten en muecas hilarantes bajo sus ojos de perros apaleados. Moulu se seca los labios y dice: "¡Qué rica estaba!" Mira a Brunet con asombro: "¿Tú no has bebido? ¿No tienes sed?" Brunet se encoge de hombros sin responder; es una lástima que el rebaño no esté encuadrado por quinientos soldados con bayoneta calada, que pincharan las posaderas de los rezagados y baldaran a culatazos a los charlatanes. Pronto se callarían todos. Mira a derecha e izquierda, se vuelve, busca un rostro parecido al suyo en este bosque de rostros abandonados, borrachos, torturados por una alegría irrefrenable. ¿Dónde están los camaradas? Cabe reconocer a un comunista a primera vista. Una cara. Una sola cara dura y tranquila, una cara de hombre. Pero no: pequeños, vivos y viles,

marchan inclinados hacia adelante, con sus cuerpos debiluchos y nerviosos arrastrados por la velocidad. Toda la inteligencia francesa retoza en sus caras sucias, tirando como con hilos de las comisuras de los labios, frunciendo o dilatando las ventanillas de la nariz, plegando las frentes, inflamando los ojos; valoran, distinguen, debaten, juzgan, critican, sopesan el pro y el contra, paladean una objeción, demuestran y concluyen, en interminable silogismo del que cada cabeza es una proposición. Caminan sumisamente, razonan al caminar y están tranquilos: la guerra ha terminado, no ha habido lucha y los alemanes no parecen demasiado brutos. Están tranquilos porque creen que han valorado desde el primer momento a los nuevos amos; sus caras han comenzado a segregar inteligencia, porque se trata de un artículo de lujo específicamente francés que se podrá ofrecer a los Fritz en tiempo oportuno a cambio de menudas ventajas. Alamos, álamos y un sol que pega. Es mediodía. "¡Aquí están!" La inteligencia desaparece y todo el rebaño lanza gemidos de voluptuosidad. No es un grito, ni siquiera un suspiro: es una especie de derrumbamiento admirativo, de murmullo de follaje que se pliega bajo el peso de la lluvia. "¡Aquí están!" La exclamación corre de la cabeza a la cola, pasa de hombre a hombre como una buena nueva: "¡Aquí están, aquí están!" Las filas se aprietan, se empujan a los lados... La larga cadena se estremece: los alemanes pasan por la carretera en motos, orugas, camiones; afeitados, descansados, bronceados, con hermosos rostros vagos y serenos como prados. No miran a nadie. Su mirada está fija en el Sur. Se están metiendo en Francia. ¿Te das cuenta? Se les transporta gratis; es un ejército sobre ruedas. ¡A eso llamo yo hacer la guerra! ¡Mira qué ametralladoras y qué cañoncitos! ¿Qué puede extrañar que se haya perdido la guerra? Están encantados de que los alemanes sean tan fuertes. Se sienten así menos culpables: "Imbatibles... No hay que darle vueltas, imbatibles..." Brunet observa a estos vencidos maravillados y piensa: es el material. Vale lo que vale, pero no tengo

otro. Siempre se puede trabajar y habrá en el montón gente recuperable. Los alemanes han pasado y la columna de prisioneros sale de la carretera. Helos ahora en un campo de baloncesto, lleno muy pronto de su negror. Se sientan, se tumban, se hacen, con periódicos del mes de mayo, grandes sombreros contra el sol; se diría que es la popular de un hipódromo o el bosque de Vincennes en domingo. "¿Por qué nos hemos detenido?" "No lo sé", dice Brunet. Mira con irritación a esta multitud envilecida. No tiene ganas de sentarse. Pero es estúpido; no hay que despreciarlos, pues tal es el modo mejor de hacer un mal trabajo. Además, no se sabe adónde se va y conviene administrar las fuerzas. Se sienta. Un alemán pasa por detrás. Pasa un segundo... Se ríen cordialmente y preguntan con ironía paternal, mirándole: "¿Dónde están los ingleses?" Brunet mira las botas negras y blandas sin contestar. Se van. Pero se queda un alto feldwebel que repite con una melancolía llena de reproches: "¿Dónde están los ingleses? Pobres franceses, ¿dónde están los ingleses?" Nadie contesta y menea la cabeza varias veces. Cuando los Fritz están lejos, Lambert les contesta entre dientes: "Los ingleses están en mi trasero y poco que os están reventando..." "Sí...", dice Moulu. "¿Qué?" Y Moulu explica: "Puede que los ingleses revienten a los alemanes, pero es muy fácil que los alemanes acaben reventando a los ingleses." "Habría que verlo..." "¡Claro que sí, idiota! Se hacen los fuertes porque están en su isla, pero espera que los Fridolines crucen la Mancha... Porque yo te digo que, si los franceses no han podido resistir, no serán los Engliches quienes ganen la guerra..." ¿Dónde están los camaradas? Brunet se siente solo. Hace diez años que no se ha sentido tan solo. Tiene hambre y sed y vergüenza de estar hambriento y sediento. Moulu se vuelve hacia él: "Nos van a dar de comer." "¿De veras?" "Sí, parece que el feldwebel lo ha dicho: van a distribuirnos pan y conservas." Brunet sonríe; sabe que no distribuirán nada. Hace falta que baboseen; nunca babosearán bastante. De pronto, algunos se levantan; des-

pués otros y después todo el mundo. Se reanuda la marcha. Moulu está furioso: "¿Quién ha dicho que hay que seguir...?" Nadie contesta y Moulu grita: "¡No os vayáis, muchachos, que nos van a dar de comer!" Ciego y sordo, el rebaño se mete de nuevo en la carretera. Caminan. Un bosque: rayos pálidos y rojizos atraviesan el follaje; tres cañones de 75, abandonados, amenazan todavía al Este; los hombres están contentos porque hay sombra; desfila un regimiento de zapadores alemanes. Blondinet los mira pasar con una leve sonrisa; se divierte observando a sus vencedores con los párpados entornados; juega con ellos como el gato con el ratón; disfruta de su superioridad. Moulu toma el brazo de Brunet y lo sacude: "¡Allí, allí! La chimenea gris..." "¿Y?" "Es Baccarat." Se pone en puntillas, hace bocina con las manos y grita: "¡Baccarat! Muchachos, pasad la noticia... ¡Llegamos a Baccarat!" Los hombres están cansados y tienen el sol de frente; repiten dócilmente "Baccarat, Baccarat", pero les importa un comino. Blondinet pregunta a Brunet: "Baccarat, ¿son los encajes?" "No, son las cristalerías", contesta Brunet. "¡Ah! ¡Ah!, ¡ah!", exclama Blondinet vaga y respetuosamente. La ciudad está negra bajo el cielo azul, los rostros se entristecen y un hombre dice melancólicamente: "Resulta raro ver una ciudad." Bajan por una calle desierta, trozos de vidrio cubren la calzada y las aceras. Blondinet ríe con sorna, señala con el dedo y dice: "Mirad, mirad, los cristales de Baccarat..." Brunet levanta la cabeza; las casas están indemnes, pero no hay un vidrio sano. Detrás de él, una voz repite: "Es raro ver una ciudad." Un puente; la columna se detiene y miles de ojos se vuelven hacia el río: cinco Fritz completamente desnudos juegan en el agua y se salpican lanzando gritos. Veinte mil franceses, cenicientos y sudorosos en sus uniformes, completan esos vientres y posaderas que estuvieron protegidos diez meses por los cañones y los tanques y que ahora se exhiben, en toda su fragilidad, con insolencia serena. Era esto, no era más que esto: sus vencedores eran esta carne blanca y vulnerable.

La multitud es desgarrada por un suspiro bajo y profundo. Han soportado sin cólera el desfile de un ejército victorioso en carros triunfales, pero estos Fritz en pelota que juegan en el agua son un insulto. Lambert se inclina por encima del parapeto, contempla el agua y murmura: "¡Qué buena debe de estar!" Es menos que un deseo; es solamente la lamentación de un muerto. Muerta, olvidada, envuelta en una guerra liquidada, la multitud reanuda la marcha en la sequedad, en el calor y en los torbellinos de polvo. Se abren rechinando unas puertas, se acercan unos altos muros; al fondo de un patio inmenso, a través del aire que tiembla, Brunet ve un cuartel de ventanas cerradas; avanza, le empujan por detrás y se vuelve: "No empujéis; entraremos todos..." Cruza el umbral. Moulu ríe de alivio: "Se acabó por hoy." Se acabó el mundo de los civiles y los vencedores, de los álamos y los ríos temblorosos de sol; van a sepultar entre estos muros su vieja guerra mugrienta, van a cocerse en su propia salsa, sin testigos, entre ellos. Brunet avanza, le empujan... Avanzan hasta el fondo del patio y se detienen al pie del largo acantilado gris. Moulu le da con el codo: "Es el cuartel de los guardias móviles." Cien persianas cerradas; una escalinata de tres peldaños da acceso a una puerta cerrada con cadena. A la izquierda de la escalinata, a dos metros del cuartel, han construido un murete de ladrillos de un metro de altura y dos de longitud. Brunet se acerca y se apoya en él. El patio se llena: una corriente continua apretuja a los primeros, los envía contra el muro. Siguen entrando... De pronto, las pesadas puertas giran sobre sí mismas y se cierran. "Ya está; estamos en casa", dice Moulu. Lambert mira las puertas y dice con satisfacción: "Hay un montón que no han podido entrar; tendrán que dormir fuera." Brunet se encoge de hombros: "Que duermas en el patio o en la calle..." "No es lo mismo", replica Lambert. Blondinet aprueba moviendo la cabeza: "Nosotros estamos dentro." Y Lambert recalca: "Estamos en una casa sin tejado." Brunet da media vuelta; de espaldas al cuartel,

examina el lugar: el patio desciende en suave pendiente hasta el muro que limita el recinto. A cien metros el uno del otro, hay dos puestos de vigilancia sobre el muro; están vacíos. Una serie de estacas recién colocadas y unidas con alambres y cuerdas dividen el patio en dos partes desiguales. La más pequeña—una banda de terreno relativamente estrecha que se extiende entre el muro y las estacas—sigue sin nadie. En la otra, entre las estacas y el cuartel, se apretujan los hombres. Están poco a sus anchas, como en visita; nadie se atreve a sentarse. Llevan sus morrales y sus equipos bajo el brazo; el sudor corre por sus mejillas; la inteligencia francesa ha desaparecido de sus rostros y el sol entra en sus ojos vacíos. Huyen del pasado y del porvenir inmediato con una especie de muerte provisional muy incómoda. Brunet no quiere confesarse que tiene sed; ha puesto en el suelo su morral y, con las manos en los bolsillos, silba. Un sargento le hace el saludo militar; Brunet le sonríe sin contestar el saludo. El sargento se acerca: "¿A qué se espera?" "No lo sé." El sargento es un hombre delgado, alto y vigoroso, con ojos en los que se refleja la conciencia de la propia importancia; el huesudo rostro está cruzado por unos grandes bigotes; los ademanes son vivos y enérgicos, aprendidos. "¿Quién manda?", pregunta el sargento. "¿Quién quiere usted que mande? Los Fritz." "Pero ¿entre nosotros?... ¿Dónde están los responsables?" Brunet se le ríe en las narices. "Búsquelos." Los ojos del sargento se llenan de un reproche despreciativo; el hombre desearía mandar como segundo, unir la embriaguez de obedecer al placer de dar órdenes, pero Brunet no quiere ya mandar. Su mando terminó cuando cayó el último de sus hombres. Ahora tiene otra cosa en la cabeza. El sargento pregunta con impaciencia: "¿Por qué se deja de pie a estos pobres muchachos?" Brunet no contesta; el sargento le dirige una mirada furibunda y se resigna a actuar como comandante en jefe. Se planta, hace bocina con las manos y grita: "¡A sentarse todo el mundo! Pasad la orden." Las cabezas se vuelven inquietas, pero los cuerpos no se mue-

ven. "¡A sentarse todo el mundo! ¡Todo el mundo!", repite el sargento. Los tipos se sientan con aires adormilados y las voces repiten como un eco que hay que sentarse. La multitud ondula y se recuesta. El grito gira por encima de las cabezas—todo el mundo sentado—, llega al extremo del patio, rebota contra el muro y vuelve misteriosamente invertido: todo el mundo de pie, hay que continuar de pie, a la espera de órdenes. El sargento mira a Brunet con inquietud: hay un competidor, allá lejos, junto a las puertas de entrada. Los hombres se levantan sobresaltados, recogen sus sacos de costado y los aprietan contra el pecho, mientras dirigen a todas partes miradas aturdidas. Pero la mayoría siguen sentados y, poco a poco, los que se habían levantado vuelven a sentarse. El sargento contempla su obra con una risita fatua. "Solo hacía falta mandar." Brunet lo mira y le dice: "Siéntese, sargento." El sargento parpadea y Brunet repite: "Siéntese; hay orden de sentarse." El sargento vacila y luego se deja caer entre Lambert y Moulu; abraza sus rodillas, mira a Brunet de arriba abajo y queda boquiabierto. Brunet le explica: "Yo me quedo de pie porque soy suboficial." Brunet no quiere sentarse; tiene calambres que suben de las pantorrillas a los muslos, pero no quiere sentarse. Ve millares de hombros y omóplatos, nucas que se agitan, espaldas que se sobresaltan; esta multitud tiene tics nerviosos. Esperan, rígidos; ya no parece que tengan hambre; el calor ha hecho que se les revuelva el estómago. Los observa cocerse y palpitar y piensa sin fastidio ni placer: es el material. Tienen miedo y esperan. ¿Qué esperan? Una orden, una catástrofe o la noche; cualquier cosa que los libere de ellos mismos. Un grueso reservista levanta su cabeza lívida y señala a una de las garitas: "¿Por qué no tienen centinelas? ¿Para qué sirven?" Espera un momento, con sus ojos vueltos inundados de sol; acaba por encogerse de hombros y decir con una voz severa y decepcionada: "Entre ellos, pasa lo mismo que entre nosotros: carecen de organización." El único de pie, Brunet, mira las cabezas y piensa: los camaradas están

aquí, perdidos como agujas en el pajar; hará falta algún tiempo para agruparlos. Mira el cielo y el avión negro en el cielo; luego, baja la vista, vuelve la cabeza y observa a su derecha a un mocetón que no está sentado. Es un cabo y fuma un cigarrillo. El avión pasa ruidosamente y la multitud, agitada como un campo, pasa del negro al blanco y florece: a millares, en lugar de las cabezas duras y negras, hay ahora camelias; los lentes brillan, como chispas de vidrio en medio de los flores. El cabo no se ha movido; con la espalda curvada, contempla el suelo entre sus pies. Brunet advierte con simpatía que está afeitado. El cabo se vuelve y mira a Brunet a su vez: tiene unos grandes ojos profundos y sombreados; sin su nariz ancha, sería casi guapo. Brunet piensa: "Yo he visto esta cara en alguna parte." Pero ¿dónde? Ya no se acuerda. ¡Ha visto tantas caras! Abandona el asunto; no tiene importancia y, desde luego, el tipo no parece reconocerlo. De pronto, Brunet llama: "¡Eh!" El tipo levanta la vista: "¿Qué?" Brunet no está contento; no tenía ninguna gana de llamar al hombre. Lo único que pasaba era que también estaba de pie y poco más o menos limpio y afeitado... "Ven por ahí—dice Brunet sin entusiasmo—. Si quieres seguir de pie, podrás apoyarte en este murete." El tipo se agacha, recoge su equipo y se une a Brunet pasando por encima de los demás. Es fornido, aunque con algunas grasas. "Salud, amigo", dice. "Salud", contesta Brunet. "Me voy a instalar aquí", declara el tipo. "¿Estás solo?", pregunta Brunet. "Los míos han muerto", dice el tipo. "Los míos también. ¿Cómo te llamas?" "¿Cómo?", pregunta el tipo. "Te he preguntado cómo te llamas..." "¡Ah, sí! Bien, me llamo Schneider. ¿Y tú?" "Brunet." Se quedan silenciosos. ¿Qué necesidad tenía yo de llamar a este pobre diablo? Me va a fastidiar. Brunet mira en su reloj: las cinco. El sol se ha ocultado tras el cuartel, pero el cielo sigue abrumador. Ni una nube ni un movimiento: el mar muerto. Nadie habla; alrededor de Brunet, los hombres tratan de dormir, hundiendo la cabeza en los brazos, pero la inquietud los mantiene despiertos. Se en-

derezan, suspiran o se rascan. "¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!", exclama Moulu. Brunet se vuelve; detrás de él, conducidos por un centinela alemán, pasan unos diez oficiales pegados al muro. "¿Existen todavía?—se pregunta Blondinet entre dientes—. ¿No se escaparon todos?" Los oficiales se alejan en silencio, sin mirar a nadie; los hombres se ríen con sorna y turbación y miran a otro lado; se diría que se tienen mutuamente miedo. Brunet cruza su mirada con la de Schneider y los dos se sonríen. Hay una explosión de gritos a ras de tierra: es el sargento que discute con Blondinet. "¡Todos! En auto, en moto, todos se escaparon y nos dejaron en la estacada", dice este. El sargento se cruza de brazos: "¡Qué desgracia que se hable así! ¡Qué desgracia!" "Los mismos boches nos lo han dicho. Cuando nos han agarrado, nos han dicho: el ejército francés es un ejército sin jefes." "Y la otra guerra, ¿no la ganaron acaso los jefes?" "No eran los mismos." "¡Claro que eran los mismos! Pero tenían otros soldados." "¿Entonces somos nosotros quienes hemos perdido la guerra? ¿Somos los soldados rasos? Dilo, pues, ya que estás en eso..." "Y lo digo. Digo que habéis tomado las de Villadiego y entregado Francia al enemigo." Lambert, que los escuchaba sin decir nada, se puso encendido y se inclinó hacia el sargento: "Pero oye, mi chiquitín, ¿cómo es que estás aquí, si no has tomado las de Villadiego? ¿Te crees acaso que has muerto en el campo de batalla y que estás en el Paraíso? Yo creo más bien que te han agarrado porque no supiste correr lo suficiente." "Yo no soy tu chiquitín; soy sargento y podría ser tu padre. Después, yo no me he escapado. Me agarraron porque se me acabaron las municiones." Los hombres se arrastraban hacia ellos desde todas partes; Blondinet les tomó por testigos y dijo riéndose: "¿Le oís?" Todos se rieron; Blondinet se volvió hacia el sargento: "Pero ¿quién lo duda, abuelo? Te has cargado a veinte paracaidistas y has detenido un tanque sin ayuda de nadie. Yo puedo decir otro tanto; no hay pruebas." El sargento señala tres lugares más claros en su guerrera y sus ojos despiden llamas: "Medalla militar,

legión de honor y cruz de guerra: las conquisté en mil novecientos catorce, cuando vosotros ni siquiera habíais nacido. Esas son mis pruebas..." "¿Dónde están tus cintajos?" "Me los arranqué cuando llegaron los alemanes." Todos gritan alrededor del sargento; están boca abajo, arqueados de los pies a la nuca, como si fueran focas; vociferan y la pasión enciende sus rostros. El sargento, sentado a lo sastre, los domina, solo contra la multitud. "¡Eh, tú, presuntuoso!", grita uno. "¿Crees que yo estaba dispuesto a batirme cuando la radio de papá Pétain nos decía una y otra vez que Francia había pedido el armisticio?" Y otro: "¿Querías que nos dejáramos matar mientras nuestros generales charlaban con los Fritz en un castillo histórico?" "¿Por qué no?—preguntó el sargento con vehemencia—. La guerra está hecha para matarse, ¿no es así?" Los hombres se callan inhibidos por la indignación. El sargento aprovecha el silencio para continuar: "Hacía tiempo que os veía venir... Sois los chicos del cuarenta, los fastidiosos, los niños bonitos, los del pero permanente... No se sabía cómo hablaros; el capitán tenía que llevarse la mano al quepis para dirigiros la palabra. Perdón, por favor, ¿sería usted tan amable que se prestara a pelar las patatas? Yo me decía: ¡cuidado! Un día habrá jaleo, ¿y qué van a hacer entonces estos valientes, estos caídes? Después, encima de todo esto, vinieron los permisos. ¡Ah! Cuando veía marcharse a la gente con permiso, yo pensaba que no había nada que hacer. ¡Permisos! Por lo visto, estabais muy hinchados y hacía falta que vuestras chicas os deshincharan un poco. ¿Teníamos acaso permisos el catorce?" "Claro que los teníais; eso es sabido..." "¿Cómo lo sabes tú, calabacín? ¿Estabas allí acaso?" "Yo no estaba, pero estaba mi padre y me lo ha dicho." "Tu padre por lo visto hacía la guerra en Marsella, porque nosotros esperamos los permisos durante dos años. Y aun así nos los suspendían por un quítame allá esas pajas. ¿Sabes cuánto tiempo pasé yo en casa durante cincuenta y dos meses de guerra? Veintidós días. Sí, veintidós días, chiquito. Y aún decían que me

mimaban..." "Bueno, basta, no nos cuentes tu vida", dijo Lambert. "No os cuento mi vida, sino que os explico por qué nosotros ganamos nuestra guerra y vosotros habéis perdido la vuestra." Los ojos de Blondinet brillaron de cólera: "Ya que eres tan listo, ¿podrías explicarnos por qué perdiste la paz?" "¿La paz?", preguntó el sargento asombrado. Los hombres gritaron: "Sí. La paz, ¡la paz! Tú has perdido la paz." Y Blondinet insistió: "Sí, vosotros, los antiguos combatientes de las dos, ¿qué habéis hecho para defender a vuestros hijos? ¿Hicisteis que Alemania pagara? ¿La habéis desarmado? ¿Y la Renania? ¿Y el Ruhr? ¿Y la guerra de España? ¿Y Abisinia?" "Y el tratado de Versalles, ¿lo he firmado yo acaso?", preguntó un muchacho alto con una cabeza en forma de pan de azúcar. "¡Tal vez lo haya firmado yo!", exclamó el sargento riendo de indignación. "Sí, eres tú. ¡Tú mismo! Votabas, ¿no es así? Yo no votaba. Tengo veintidós años y jamás he votado." "Y eso, ¿qué prueba?" "Eso prueba que tú votabas como un idiota y que nos has metido en esta basura. Tuviste veinte años para preparar o evitar esta guerra, ¿y qué has hecho? Porque, mi chiquitín, yo te digo que valgo tanto como tú. Si hubiese tenido jefes y armas, me hubiera batido tan bien como cualquiera. Pero dime, ¿con qué iba a batirme? No tenía ni cartuchos..." El sargento replica: "¿De quién es la culpa? ¿Quién es el que votaba por Stalin? ¿Quién hacía huelga por cualquier tontería, nada más que por fastidiar al patrono? ¿Quién pedía aumentos? ¿Quién se negaba a hacer horas extraordinarias? Los autos y las bicis, ¿eh? Las chicas, las vacaciones pagadas, los domingos de campo, las hosterías de la juventud y el cine, ¿eh? No sé de qué teníais hechas las manos. Yo he trabajado, incluidos los domingos, toda mi perra vida..." Blondinet se pone escarlata; se acerca a gatas al sargento y le grita en la cara: "¡Repite que no he trabajado! ¡Anda, repítelo! ¡Soy hijo de viuda, idiota! Dejé la escuela a los once años para sostener a mi madre." En el fondo, le importa un comino haber perdido la guerra, pero no tolera que le

acusen de no trabajar. Brunet piensa: tal vez se pueda sacar algo de aquí. El sargento también se ha puesto a cuatro patas y los dos, cara a cara, se desgañitan. Schneider se ha inclinado, como para intervenir. Brunet le pone la mano en el brazo: "Déjalos; es un modo de pasar el tiempo." Schneider no insiste y se endereza dirigiendo a Brunet una extraña mirada. "¡Vamos, vamos! No es cosa de pelearos...", dice Moulu. El sargento vuelve a sentarse con una risita: "Sí, tienes razón. Es un poco tarde para pelearse. Si quería danza, ahí tenía a los alemanes para trabarse con ellos." Blondinet se encoge de hombros y también se sienta: "¡Mira! Me das dolor de tripas..." Un largo silencio; Blondinet arranca hierbas y se entretiene en trenzarlas. Los demás esperan un momento y vuelven después a gatas a sus respectivos sitios. Moulu se estira, sonríe y dice con tono conciliador: "No es serio todo esto... No es serio." Brunet piensa en los camaradas: perdían batallas con los dientes apretados y, de derrota en derrota, avanzaban hacia el triunfo. Mira a Moulu: no conozco esta especie. Tiene necesidad de hablar; Schneider está ahí y Brunet le habla. "¿Ves? No valía la pena de intervenir." Schneider no contesta. Brunet se ríe burlón e imita a Moulu: "No era serio." Schneider no contesta; su denso y hermoso rostro continúa sin réplicas. Brunet se molesta y le vuelve la espalda; odia la resistencia pasiva. "Me gustaría comer", dice Lambert. Moulu señala con el dedo el espacio entre el muro y las estacas: habla con voz lenta y ferviente, como si recitara un poema: "La comida vendrá por ahí. Se abrirá la verja, entrarán los camiones y nos arrojarán el pan por encima de los alambres." Brunet mira a Schneider de reojo y dice con burla: "¿Ves? No hay que tomar las cosas demasiado a pecho. La derrota y la guerra no eran cosas serias. Lo que importa es la comida." Una breve mirada irónica se escapa de los párpados de Schneider. Y este dice en un tono compasivo: "¿Qué te han hecho, amigo? No parece que les tengas mucha simpatía..." Brunet, secamente, contesta: "No me han hecho nada, pero les estoy

oyendo." Schneider tiene la vista baja y fija en su mano derecha medio cerrada; se mira las uñas y, con su pastosa voz indiferente, observa: "Es difícil ayudar a las gentes a las que no se tiene simpatía..." Brunet frunce el entrecejo: Salía frecuentemente en la primera plana de la *Huma* y me pueden reconocer fácilmente. "¿Quién te dice que les quiero ayudar?" El rostro de Schneider se ha apagado; el hombre dice con suavidad: "Todos nos debemos ayudar." "Desde luego." Brunet está furioso contra sí mismo; por de pronto, no ha debido jadear. Pero, sobre todo, está enfadado por haber revelado su ira a este imbécil que no quiere compartirla. Sonríe, se tranquiliza y dice: "No son ellos los que me indignan." "¿Quiénes son, entonces?" Brunet mira a Schneider con atención y dice: "Los que han abusado de su credulidad." Schneider deja oír una risita mala. Y rectifica: "De la *nuestra*. Todos estamos metidos en el mismo saco." Brunet siente que renace su irritación, pero se domina y dice con voz tranquila: "Bien, será así, pero yo jamás me hice ilusiones." "Yo tampoco, pero eso, ¿qué cambia? Engañados o no, estamos aquí." "¿Y qué? ¿Por qué no aquí como en cualquier otra parte?" Brunet está ahora completamente tranquilo y piensa: "Allí donde haya hombres, tengo mi puesto y mi trabajo." Schneider mira ahora hacia la entrada; ya no habla. Brunet le mira sin antipatía preguntándose: "¿Qué es este tipo? ¿Un intelectual? ¿Un anarquista? ¿Qué hacía de paisano? Demasiadas grasas y cierto abandono, pero, en conjunto, está bien; tal vez sirva." Anochece con grises y rosas sobre los muros y sobre la ciudad negra que no se ve. Los hombres tienen las miradas fijas; miran la ciudad a través de los muros; no piensan en nada, ya no se mueven y, con el anochecer, ha caído sobre ellos la gran paciencia militar: esperan. Han esperado el correo, los permisos y el ataque alemán; era su modo de esperar el fin de la guerra. La guerra ha terminado y siguen esperando. Esperan los camiones cargados de pan, los centinelas alemanes y el armisticio, sencillamente para tener delante un pedacito de futuro, para no

morir. Muy lejos en el anochecer, en el pasado, se oye una campana. Moulu sonríe: "¡Eh, Lambert! Tal vez es el armisticio." Lambert se echa a reír y cambian entre los dos guiños maliciosos. Lambert explica a los otros: "Nos habíamos prometido una buena juerga para entonces..." "La tendremos el día de la paz", dijo Moulu. Blondine bromea con la idea: "Mi borrachera del día de la paz va a durar quince días." "¡Ni quince días ni un mes! ¡Vamos a reventar, rediós!", dicen los demás. Hará falta destruir, pacientemente, una a una, sus esperanzas, quitarles sus ilusiones, hacerles ver en toda la desnudez su espantosa condición, asquearles de todo y de todos y, para comenzar, de ellos mismos. Solo entonces... Esta vez es Schneider quien lo mira, como si le estuviera leyendo el pensamiento. Es una mirada dura a la que Brunet replica. "Será difícil", dice Schneider. Brunet espera, con las cejas enarcadas. Schneider repite: "Será difícil." "¿Qué será difícil?" "Procurarnos una conciencia. No somos una clase. No somos más que un rebaño. Pocos obreros; muchos campesinos y pequeños burgueses. Ni trabajamos siquiera; somos abstractos." "No te preocupes—dijo Brunet a su pesar—; ya trabajaremos..." "Sí, desde luego. Pero como esclavos. No es un trabajo que emancipe, y no seremos más que baratillo. ¿Qué acción común puedes reclamarnos? Una huelga proporciona a los huelguistas la conciencia de su fuerza. Pero, aun en el caso de que todos los prisioneros franceses se cruzaran de brazos, la economía alemana no se resentiría ni poco ni mucho." Se miran fríamente. Brunet piensa: "Me has reconocido, ¿verdad?; tanto peor para ti, pues no te perderé de vista." De pronto, el odio ilumina el rostro de Schneider. Después, del mismo modo, se extingue. Brunet no sabe contra quién está dirigido este odio. Una voz sorprendida y entusiasmada: "¡Un Fritz!" "¿Dónde, dónde?" Todo el mundo levanta la nariz. En el puesto de vigilancia de la izquierda acaba de aparecer un soldado, con casco, el fusil-ametralladora bajo el brazo y la granada al cinto; le sigue otro con un fusil. "Bueno, ya era hora de que se

ocuparan de nosotros", dice alguien. Todos están contentos. He aquí que vuelve el mundo de los hombres con sus leyes, sus constancias y sus prohibiciones; he aquí el orden humano. Las cabezas se vuelven hacia el otro puesto. Está todavía vacío, pero los hombres esperan confiados, como se espera que abran las ventanillas de Correos o el paso del tren. Un casco, dos cascos aparecen a ras del muro: son dos monstruos que traen una ametralladora, que la instalan sobre su trípode y la apuntan hacia los prisioneros. Nadie tiene miedo. Los alemanes se instalan; los dos puestos están ahora guarnecidos; esos centinelas en lo alto del muro anuncian una noche sin aventuras; ninguna orden vendrá a sacar a los prisioneros de su sueño y arrojarlos a la carretera; todos se sienten en seguridad. Un hombrachón con unos lentes de montura de hierro ha sacado un breviario y lo lee entre dientes. "Ese la anda a la caza", piensa Brunet. Pero la cólera resbala sin penetrar. Brunet descansa. Por primera vez desde hace quince años, la jornada se arrastra lentamente y acaba un bello anochecer sin que tenga nada entre manos. Llega desde la infancia una ociosidad muy antigua; el cielo está ahí, posado sobre el muro, rosado, muy próximo, inutilizable. Brunet la mira con timidez; después, contempla a los hombres a sus pies: se mueven, hablan en voz baja, deshacen y rehacen sus equipos... Parecen emigrantes en el puente de un barco. Piensa: "No es culpa suya", y tiene deseos de sonreírles. Advierte que le duelen los pies; se sienta junto a Schneider y se suelta las botas. Bosteza, tiene conciencia de su cuerpo, inútil como el cielo, y dice: "Empieza a hacer fresco." Mañana, comenzará a trabajar. La tierra está gris. Oye un breve tableteo, un ruidito apretado e irregular; escucha y trata de encontrar el ritmo. Piensa un instante que es alfabeto Morse y, de pronto, se dice: "Es un tipo al que le castañetean los dientes." Se incorpora; delante de él distingue una espalda desnuda con costras negras. Es el hombre que gritaba en la carretera. Brunet se arrastra hasta él. El hombre tiene la carne de gallina. "¡Eh!", dice Brunet.

El hombre no contesta. Brunet saca una camiseta de lana de su saco. "¡Eh!" Toca la espalda desnuda y el tipo se pone a gritar; se vuelve y mira jadeante a Brunet; el moquillo corre desde las dos ventanas de la nariz hasta la boca. Brunet contempla esta cara por primera vez: es un guapo muchacho muy joven, con mejillas amoratadas y unos ojos profundos, pero sin pestañas. "No te excites, chiquito; no es más que para darte esta camiseta", dice suavemente Brunet. El tipo toma la camiseta con actitud temerosa, se la pone dócilmente y queda inmóvil, con los brazos apartados. Las mangas son demasiado largas y le llegan hasta las puntas de los dedos. Brunet se ríe: "Vuélvetelas." El tipo no contesta y sus dientes siguen castañeteando; Brunet le toma los brazos y le vuelve las mangas. "Es para esta noche", dice el tipo. "¿De veras? ¿Y qué es para esta noche?", pregunta Brunet. "La hecatombe", contesta el tipo. "Bueno, muy bien, muy bien...", dice Brunet. Busca en el bolsillo del tipo, saca un pañuelo sucio y con manchas de sangre, lo tira, toma su propio pañuelo y lo ofrece: "Entre tanto, quítate los mocos." El muchacho se suena, mete el pañuelo en su bolsillo y comienza a hablar de modo ininteligible. Brunet le acaricia la cabeza, como a un animal, y le dice: "Tienes razón." El hombre se calma y sus dientes ya no castañetean. Brunet se vuelve hacia sus vecinos: "¿Quién lo conoce?" Un morenito de aspecto muy vivo se incorpora sobre los codos. "Es Charpin", dice. "Vigílalo de cuando en cuando. Que no haga tonterías..." "No lo perderé de vista", promete el morenito. "¿Cómo te llamas?", pregunta Brunet. "Vernier." "¿Qué hacías en la vida civil?" "Era tipógrafo en Lyon." Tipógrafo: una probabilidad sobre tres. Le hablaré mañana. "Buenas noches", dice Brunet. "Buenas noches", contesta el tipógrafo. Brunet vuelve a su puesto. Se sienta y hace el balance. Moulu: comerciante, con toda seguridad. Poco se sacará de él. Tampoco del sargento; no hay modo de arrancar esa costra; es del género Cagoule. Lambert: el eterno descontento. Por el momento, en plena descomposición bajo su cinismo. Es posible ga-

nárselo. El norteño: un calzonazos. Despreciable. Los calzonazos no agradan nada a Brunet. Blondinet, el rubio: es como Lambert, pero más inteligente y, además, tiene respeto por el trabajo; es un muchacho a punto. El tipógrafo: probablemente, un joven camarada. Brunet dirige una mirada a Schneider, quien está fumando, inmóvil y con los ojos muy abiertos. "En cuanto a este, ya veremos." El sacerdote ha dejado su breviario y habla; recostados cerca de él, tres jóvenes le escuchan con piadosa familiaridad. Ya son tres; va a ir más deprisa que yo, por lo menos al principio. Estos tipos tienen suerte... Pueden trabajar a la vista de todo el mundo; mañana, dirán su misa. Moulu suspira: "Ya no vendrán esta noche." "¿Quiénes?", pregunta Lambert. "Los camiones: no hay luz", explica Moulu. Se tumba en el suelo y pone la cabeza sobre el saco. Lambert dice: "Espera. Tengo una lona de tienda. ¿Cuántos somos?" "Siete." "¿Siete?" "Cabremos todos. Los siete nos podremos acostar sobre la lona." Lambert extiende su lona delante de la escalinata. "¿Quién tiene mantas?" Moulu saca la suya y el sargento y el norteño despliegan otras dos. Blondinet y Brunet no tienen mantas. "No importa; ya nos arreglaremos", dice Lambert. Sale de las sombras una cara tímida y sonriente: "Si me dejáis acostarme sobre la lona, aporto mi manta." Lambert y Blondinet miran fríamente al intruso: "Ya no hay sitio para ti." Y Moulu, más amablemente, explica: "¿Comprendes? Estamos entre amigos..." La sonrisa desaparece, tragada por la noche. Helo, pues: se ha formado un grupo en medio de esta multitud, un grupo al azar, sin amistad ni verdadera solidaridad, pero que ya hace frente a los demás. Y Brunet está dentro. "Ven; nos acostaremos los dos bajo mi manta", dice Schneider. Brunet vacila: "En seguida... Ahora no tengo sueño." "Yo tampoco", dice Schneider. Quedan sentados el uno al lado del otro; mientras, los demás se envuelven en sus mantas. Schneider fuma ocultando su cigarrillo en la mano, a causa de los centinelas. Saca un paquete de *gauloises* y lo ofrece a Brunet. "¿Un cigarrillo? Para encenderlo, vete

detrás del murete; así no ven el resplandor." Brunet tiene ganas de fumar, pero rechaza el ofrecimiento. "Gracias. Por ahora, no." No procederá como un colegial; no tiene ya dieciséis años. Desobedecer a los alemanes en las cosas sin importancia es una manera de reconocer su autoridad. Aparecen las primeras estrellas; del otro lado del muro, de muy lejos, llega una música áspera, la música de los vencedores. Sobre veinte mil cuerpos agotados, el sueño ondula; cada cuerpo es una ola. Este amontonamiento oscuro jadea como el mar. Brunet comienza a hartarse de no hacer nada; un cielo bonito es cosa que se hojea al pasar. Vale más dormir. Se vuelve hacia Schneider bostezando y, de pronto, sus ojos se endurecen y se incorpora. Schneider no está en guardia. Se le apagó el cigarrillo y no lo volvió a encender; está colgando de su labio inferior. El hombre mira melancólicamente al cielo. Es el momento de saber qué lleva dentro. "¿Eres de París?", pregunta Brunet. "No." Brunet adopta una actitud de abandono. "Yo vivo en París, pero soy de Combloux, cerca de Saint-Etienne." Al cabo de un instante, Schneider dice sin ganas: "Soy de Burdeos." "¡Ah, ah! —exclama Brunet—. Conozco bien Burdeos. Una ciudad bonita, pero triste, ¿verdad? ¿Trabajabas allí?" "Sí." "¿Que hacías?" "¿Qué hacía?" "Sí." "Era pasante, pasante de procurador." "¡Ah!", exclama Brunet. Bosteza; habrá que arreglarse para ver la cartilla militar de Schneider. "¿Y tú?", pregunta Schneider. Brunet se sobresalta. "¿Yo?" "Sí." "Representante." "¿Qué representabas?" "Un poco de todo." "Comprendo..." Brunet se deja deslizar murete abajo, sube sus rodillas hasta la nariz y dice con una voz lejana, como si hiciera el balance de la jornada antes de dormirse: "Así son las cosas..." "Así son las cosas...", repite Schneider con la misma voz. "Buena paliza", dice Brunet. "Buena carrera", dice Schneider. "Ya que nos han vencido, vale más que haya sido tan deprisa; así, la sangría ha sido menor." Schneider ríe con sorna. "Ya nos desangrarán poco a poco; el resultado será el mismo." Brunet le dirige una mirada: "Me haces el efecto de un

derrotista...” “Yo no soy un derrotista; no hago más que comprobar la derrota...” “¿Qué derrota? Aquí no hay derrota de ninguna clase”, declara Brunet. Se interrumpe, pensando que Schneider va a protestar, pero se equivoca. Schneider se limita a mirarse los pies con una expresión neutra; la colilla sigue colgando de su labio. Brunet no puede detenerse ahora; tiene que desarrollar su idea, pero *ya no es* la misma idea. Si este imbécil hubiese replicado, la idea hubiera sido lanzada como un proyectil; ahora, es un fastidio hablar; las palabras resbalarán sin conseguir entrada en esta masa indiferente. “Es pura patriotería creer que la guerra se ha perdido. Los franceses se imaginan siempre que son los únicos en el mundo y, cuando su invencible ejército recibe una paliza, creen que todo está irremediablemente perdido.” Schneider lanzó un breve gruñido nasal. Brunet decidió contentarse con tan poco. Y continuó: “La guerra no ha hecho más que empezar, amigo. Antes que transcurran seis meses, se estará luchando desde el Cabo hasta el estrecho de Behring.” Schneider toma la cosa a broma. “*¿Nosotros?*”, pregunta. “Nosotros, los franceses, continuaremos la guerra en otros terrenos. Los alemanes querrán militarizar nuestra industria. El proletariado puede y debe impedirlo.” Schneider no revela la menor reacción; su cuerpo atlético sigue inerte. A Brunet no le gusta esto: los silencios tensos y desconcertantes son su especialidad y acaba de dejarse vencer en su propio terreno. Quería que Schneider hablara y, finalmente, ha sido él, Brunet, quien ha picado el anzuelo. Se calla a su vez. Schneider también continúa callado, y esto puede durar mucho tiempo. Brunet comienza a inquietarse: esta cabeza está demasiado vacía o demasiado llena. No lejos de ellos, un tipo ladra débilmente. Ahora, es Schneider quien rompe el silencio. Habla con cierta vehemencia: “¿Le oyes? Se cree un perro...” Brunet se encoge de hombros; no es el momento de enternecerse por un muchacho que está soñando. No tengo tiempo que perder... “¡Pobres hombres! ¡Pobres hombres!”, exclama Schneider con una voz profunda y apasionada.

Brunet se calla. Schneider prosigue: "No volverán jamás a sus casas. Jamás." Se ha vuelto hacia Brunet y le mira con odio. Brunet se ríe: "¡Eh, tú! No me mires así; no tengo yo la culpa..." Schneider se ríe también; su expresión se ablanda y sus ojos se apagan: "No, así es; tú no tienes la culpa." Se callan. Brunet tiene una idea; se acerca a Schneider y le pregunta en voz baja: "Si crees eso, ¿por qué no intentas escaparte?" "¡Bah!" "¿Eres casado?" "Y con dos niños." "¿No te arreglas bien con tu mujer?" "¿Yo? Nos idolatramos." "¿Y entonces?" "¡Bah!", repite Schneider. Después, dice: "¿Y tú? ¿Piensas escaparte?" "No lo sé; ya veremos más adelante", contesta Brunet. Trata de ver la cara de Schneider, pero la noche envuelve el patio; ya no se ve nada, salvo la sombra de los puestos de vigilancia que se recorta en el cielo. "Voy a dormir un poco", dice Brunet bostezando. "Bien, entonces, yo también", declara Schneider. Se tienden sobre la lona y apoyan sus sacos contra el muro; Schneider despliega la manta y se envuelven en ella. "Buenas noches", dice Schneider. "Buenas noches." Brunet se pone boca arriba y apoya la cabeza en el saco. Tiene los ojos abiertos, siente el calor de Schneider y adivina que este tampoco duerme. Piensa: "¿Qué necesidad tenía de complicarme la vida con este tipo?" Se pregunta quién ha sido juguete del otro. De cuando en cuando, entre los matorrales de estrellas, surca el cielo una leve luminosidad. Schneider se mueve un poco bajo la manta y murmura: "¿Duermes, Brunet?" Brunet no contesta y espera. Pasa un momento y oye un leve rumor nasal: Schneider está durmiendo. Brunet vela solitario, como única luz en medio de estas veinte mil noches. Sonríe, cierra los ojos y se abandona... Dos árabes ríen en el bosquezuelo. "¿Dónde está Abd-el-Krim?" La vieja responde: "No me extrañaría que estuviera en el almacén de ropas." Y así es. Allí está, muy tranquilo, sentado a una mesa, gritando: "¡Asesinos! ¡Asesinos!" Se arranca los botones de la guerrera y cada botón, al saltar, produce una detonación seca y un fogonazo. "¡Detrás del murete, estúpido!", dice

Schneider. Brunet se sienta, se rasca la cabeza y se encuentra con una noche extraña de ruidos. "¿Qué pasa?" "¡Estúpido, estúpido!" Brunet aparta la manta y se tiende tras el murete con Schneider. Una voz se lamenta: "¡Asesinos!" Alguien grita en alemán y, en seguida, se oye el tableteo seco de las ametralladoras. Brunet se arriesga a mirar por encima del murete y, a la luz de los fogonazos, ve todo un pueblo de árboles achaparrados que levantan hacia el cielo unas ramas nudosas y retorcidas. Siente mal en los ojos y su cabeza está vacía. "La humanidad doliente", dice. Schneider le obliga a ocultarse. "¡Qué humanidad doliente ni qué cuernos! Nos están asesinando..." La voz gime: "¡Como a perros! ¡Como a perros!" La ametralladora ya no dispara. Brunet se pasa la mano por la frente y se despierta por completo. "¿Qué pasa?" Y Schneider explica: "No lo sé. Han tirado dos veces; la primera tal vez al aire, pero la segunda de verdad." La selva se agita alrededor: ¿qué es, qué pasa, qué ha sucedido?... Los jefes improvisados responden: "Callaos, no os mováis; seguid tendidos..." Los puestos de vigilancia se recortan negros en el cielo lechoso: en el interior de los mismos, hay hombres al acecho, con el dedo sobre los gatillos de las ametralladoras. De rodillas tras el murete, Brunet y Schneider ven a lo lejos el ojo redondo de una linterna eléctrica. Se acerca, balanceada por una mano invisible, y barre con su claridad las larvas grises y aplastadas. Dos voces roncas hablan alemán; Brunet recibe la luz en plena cara; cierra los ojos, cegado, y una voz pregunta con fuerte acento: "¿Quién ha gritado?" Brunet dice: "No lo sé." El sargento se levanta; está muy contento. Se mantiene muy derecho bajo la luz, correcto y distante a la vez. "Es un soldado que se ha vuelto loco y se ha puesto a gritar; sus compañeros se han asustado y se han levantado. Entonces, el centinela ha hecho fuego." Los alemanes no han comprendido; Schneider les habla en alemán. Gruñen y hablan a su vez. Schneider se vuelve hacia el sargento: "Dicen que se pregunte si hay heridos." El sargento se endereza, hace bo-

cina con las manos en ademán vivo y preciso y grita: "¡A ver, los heridos!" Le responden de todas partes débiles voces. Se encienden bruscamente dos faros y una luz fantástica acaricia a la multitud prosternada. Unos alemanes cruzan el patio con camillas y pronto tienen la ayuda de enfermeros franceses. "¿Dónde está el loco?", pregunta el oficial alemán trabajosamente. Nadie contesta, pero el loco está allí, de pie, con los labios lívidos y temblorosos y llorando a lágrima viva. Los soldados lo encuadran y se lo llevan; él se deja hacer, aturdido, mientras se seca la nariz y la boca con el pañuelo de Brunet. Medio incorporados, los hombres miran a este desgraciado que ha sufrido el dolor de todos hasta el final; se huele a derrota y a muerte. Los alemanes desaparecen. Brunet bosteza; la luz le causa escozor en los ojos. Moulu pregunta: "¿Qué van a hacerle?" Brunet se encoge de hombros y Schneider dice sencillamente: "Los locos no son del agrado de los nazis." Los hombres van y vienen con camillas y Brunet dice: "Creo que podemos acostarnos de nuevo." Así lo hacen. Brunet se echa a reír: en el mismo sitio donde había estado acostado, hay un agujero en la lona. Es un agujero de bordes rojizos. Lo muestra, Moulu se pone verde y sus manos tiemblan: "¡Oh, oh, oh!" Brunet dice sonriendo a Schneider: "Bien, me has salvado la vida." Schneider no sonríe: mira a Brunet muy serio y dice lentamente: "Sí. Te he salvado la vida." "Gracias de todos modos", dice Brunet, envolviéndose en la manta. "Yo voy a dormir detrás del murete", anuncia Moulu. Los faros se apagan bruscamente y la selva chasquea, cruje y murmura. Brunet se incorpora... Tiene los ojos llenos de sol y la cabeza llena de sueño. Mira en su reloj: las siete. Los hombres se dedican a plegar sus lonas de tienda y a arrollar sus mantas. Brunet se siente sucio y pegajoso; ha sudado durante la noche y tiene la camisa adherida al cuerpo. "¡Rediós, así la dejo!...", exclama Blondinet. Con los ojos, Moulu interroga melancólicamente la gran puerta de entrada, siempre cerrada. "¡Otro día sin comer!" Lambert, rabioso, abre los ojos:

"¡No seas pájaro de mal agüero!" Brunet se levanta, inspecciona el patio y divisa un grupo alrededor de una manga de riego. Se acerca: un hombre grueso, completamente desnudo, se hace duchar y lanza gritos de mujer. Brunet se desviste, espera su turno y recibe sobre su espalda y su vientre el chorro duro y frío; vuelve a vestirse sin secarse, toma la manga y ducha a los tres siguientes. La ducha tiene pocos adeptos; los hombres prefieren quedarse con el sudor de la noche. "¿A quién ahora?", pregunta Brunet. Nadie contesta. Brunet deja la manga con una especie de ira y piensa: "Se están abandonando." Mira a su alrededor y piensa: "Estos, estos son los hombres." Va a ser algo muy duro. Se pone la guerrera bajo el brazo, para ocultar los galones, y se acerca a un grupo que habla a media voz. Conviene tomar la temperatura de las gentes. Hay nueve probabilidades contra una de que estén hablando de comer. Brunet no se quejaría, porque la comida es un excelente punto de partida; es algo sencillo, concreto y auténtico; es muy fácil trabajar a quien tiene hambre... No hablan de la comida; un hombre alto y delgado de ojos congestionados le reconoce: "Tú eras el que estaba al lado del loco, ¿no?" "Sí", dice Brunet. "¿Qué había hecho, en realidad?" "Había gritado." "¿Nada más? ¡Rediós! Total: cuatro muertos y veinte heridos." "¿Cómo lo sabes?" "Gartiser nos lo ha dicho." Gartiser es un hombre rechoncho de carrillos fláccidos; tiene unos ojos presuntuosos y graves. "¿Eres enfermero?", le pregunta Brunet. Gartiser hace un movimiento de cabeza: sí, es enfermero y los Fritz lo llevaron a las cuadras, detrás del cuartel, para que cuidara a los heridos. "Uno se me murió en las manos." Un hombre dijo: "Es terrible... Es terrible morir así, a ocho días de que nos licencien..." "¿A ocho días?", pregunta Brunet. "A ocho o a quince, si quieres. Pero, desde luego, nos mandarán a casa, pues no pueden alimentarnos." Brunet pregunta: "¿Y el loco?" Gartiser escupe entre sus pies: "¡No hables de eso!" "¿Qué?" "Han querido hacerle callar y uno le ha puesto la mano en la boca. El loco le

ha mordido. "¡Ay, mi madre! ¡Si los hubieras visto! Empezaron a gritar en galimatías y ya no había modo de entenderse. Lo llevaron a un rincón de las cuadras y todos se dedicaron a darle una paliza, a puñetazos y culatazos. Acabaron tomándolo a risa y algunos de los nuestros los animaban porque, según decían, ese hijo de perra era la causa de todo. Bueno, el chico quedó hecho una lástima. Su boca era una compota y tenía un ojo saltado. Lo arrojaron a una camilla y se lo llevaron no sé adónde, pero la diversión debió de continuar, pues le he oído aullar hasta las tres de la madrugada." Saca de su bolsillo un menudo objeto envuelto en un trozo de papel de periódico. "Mira", dice. Despliega el papel: "Es un diente. Lo he encontrado esta mañana en el sitio donde cayó el pobre diablo." Vuelve a hacer cuidadosamente el paquete, lo mete de nuevo en el bolsillo y dice: "Lo guardo como recuerdo." Brunet les vuelve la espalda y regresa lentamente hacia la escalinata. Moulu le grita de lejos: "¿Sabes el saldo?" "¿Qué saldo?" "El de esta noche: veinte muertos y treinta heridos." "¡Diablos!", dice Brunet. Moulu sonríe, vagamente halagado, y dice: "No está mal... Para la primera noche, no está mal." Lambert pregunta: "¿Qué necesidad tienen de malgastar cartuchos? Si quieren desembarazarse de nosotros, tienen un medio muy sencillo: dejarnos morir de hambre, como han comenzado a hacerlo..." "No nos dejarán morir de hambre", dice Moulu. "¿Qué sabes tú?" Moulu sonríe: "No tienes más que hacer lo que yo hago: mira las puertas; eso te distraerá y, además, es por ahí por donde entrarán los camiones." Un ruido de motor cubre su voz. "Mirad el avión", dice el norteño. Es un avión de observación que vuela a unos cincuenta metros; vira sobre su ala izquierda, una, dos y tres veces; veinte mil cabezas lo siguen; todo el patio se vuelve hacia él: "Tal vez nos bombardee", dice Blondinet con una especie de indiferencia. "¿Bombardearnos? ¿Por qué?", pregunta Moulu. "Porque no pueden alimentarnos." Schneider contempla el avión, parpadeando; haciendo muecas frente al sol, dice:

"Creo más bien que nos está fotografiando..." "¿Para qué?", pregunta Moulu. Schneider explica lacónicamente: "Corresponsales de guerra..." Los gruesos carrillos de Moulu se ponen como la grana. El miedo se transforma en rabia y el hombre se endereza súbitamente, levanta los brazos hacia el cielo y comienza a gritar: "Sacadles la lengua... Muchachos, sacadles la lengua... Nos están fotografiando..." Brunet se divierte. Un estremecimiento de cólera ha recorrido la multitud. Un soldado levanta el puño. Otro hunde el pecho, saca el vientre, mete el meñique en la bragueta y levanta el pulgar, como si se tratara de su sexo. El norteño se ha puesto en cuatro patas, baja la cabeza y la grupa en alto: "Van a fotografiar mi trasero." Schneider mira a Brunet y dice: "¿Ves? Algo nos queda todavía..." Brunet contesta: "¡Bah! Eso no prueba nada." El avión se va, bañado de sol. "Bueno... Verán nuestros traseros y otras cosas en el Franqueforteur", dice Moulu. Lambert ha desaparecido y vuelve muy excitado: "Parece que podemos amueblar nuestra casa por poca cosa." "¿Cómo?" "Hay detrás del cuartel muebles, colchones, jarras, jofainas... No hace falta más que molestarse en agarrarlos. Pero hay que darse prisa, pues es el Puerto de Arrebatacapas." Mira a sus compañeros, con ojos brillantes: "¿Venís, muchachos?" "Yo, sí", dice Blondinet, levantándose. Moulu no se mueve. "Ven, Moulu", dice Lambert. "No. Tengo que economizarme. Mientras no coma, no me muevo." "Entonces, guarda nuestras cosas", dice el sargento. Se levanta y se une corriendo a los otros. Cuando han llegado ya a la esquina del cuartel, Moulu les grita con una voz blanda: "¡Estáis gastando vuestras fuerzas, idiotas!" Suspira y mira a Brunet y Schneider con severidad. "No debería ni gritar siquiera", dice en un murmullo. "¿Vamos?", pregunta Schneider. "¿Qué vamos a hacer con una jofaina?", pregunta Brunet. "Para estirar las piernas..." Al otro lado del cuartel, hay un segundo patio y una gran construcción de un solo piso con cuatro puertas: las cuadras. En un rincón, en desorden, se amontonan viejos colchones, muelles y cajas de

camas, armarios desvencijados y mesas cojas. Los soldados se empujan en torno a estos restos. Un hombre atraviesa el patio cargado de un colchón y otro se lleva un maniquí de mimbre. Brunet y Schneider pasean por las cuadras y descubren un montículo cubierto de hierba. "¿Subimos?", pregunta Schneider. "Subamos." Brunet no se siente a sus anchas: ¿qué quiere este muchacho? ¿Una amistad? No es propio de mi edad. En lo alto del montículo ven tres fosas recientemente rellenadas. "¿Ves? Los muertos no han sido más que tres", dice Schneider. Brunet se sienta sobre la hierba, junto a las tumbas. "Déjame tu cuchillo." Schneider se lo pasa. Brunet lo abre y comienza a descoser sus galones. "Haces mal; los suboficiales están exentos del trabajo", observa Schneider. Brunet se encoge de hombros sin contestar, se mete los galones en el bolsillo y se levanta. Vuelven al primer patio. Los hombres se están creando sus hogares. Un muchacho apuesto y guapo, de expresión insolente, se balancea en una mecedora; delante de una tienda perfectamente montada, dos hombres han colocado una mesa y dos sillas y juegan triunfalmente a las cartas; Gartiser está sentado a lo árabe en una alfombrita persa tachonada de quemaduras. "Esto recuerda el Rastro", dice Brunet. "O un bazar de Arabia", dice Schneider. Brunet se acerca a Lambert. "¿Qué habéis traído vosotros?" Lambert levanta la cabeza con orgullo: "¡Unos platos!" Señala una pila de platos desconchados y ennegrecidos. "¿Qué vais a hacer con eso? ¿Los vais a comer?" Moulu replica: "Déjalos, déjalos... Están llamando a la comida." Va pasando la mañana; los hombres vuelven a caer en el sopor. Tratan de dormir y se tienden boca arriba, cara al cielo, con los ojos abiertos y fijos; tienen hambre. Blondinet arranca la hierba que brota entre las piedras y la mastica. El norteño ha sacado su cuchillo y está tallando un trozo de madera. Un grupo ha encendido el fuego bajo una olla roñosa. Lambert se levanta, va a ver y vuelve decepcionado: "Es sopa de ortigas... Eso no alimenta." Se deja caer entre Blondinet y Moulu. Llega el relevo de los cen-

tinelas alemanes. "Esos van a comer", dice el sargento con expresión abstraída. Brunet va a sentarse junto al tipógrafo. "¿Has dormido bien?", le pregunta. "Bastante bien", dice el tipógrafo. Brunet lo mira satisfecho: aspecto pulcro y limpio, con un brillo alegre en los ojos. Hay dos probabilidades sobre tres. "¡Oye! Quería preguntarte... ¿Trabajabas en París?" "No, en Lyon", contesta el tipógrafo. "¿En qué sitio?" "En la imprenta Levrault." "¡Ah, Levrault, no conozco otra cosa! Hicisteis el treinta y seis una bonita huelga, muy valiente y bien dirigida", dice Brunet. El tipógrafo se ríe orgullosamente. Brunet pregunta: "Entonces, ¿conoces a Pernu?" "¿Pernu, el delegado sindical?" "Sí." "¡Claro!" Brunet se levanta: "Ven a dar una vuelta. Tengo que hablarte." Cuando llegan al otro patio, Brunet mira al joven: "¿Eres del Partido?" El tipógrafo vacila y Brunet añade: "Soy Brunet, de la *Huma*." "¡Ah, es eso! También yo me decía..." "¿Tienes compañeros aquí?" "Dos o tres." "¿Gente de fiar?" "Muy de fiar. Pero los perdí de vista ayer." "Procura encontrarlos de nuevo. Y ven a verme con ellos; hace falta que nos reagrupemos." Brunet vuelve a sentarse junto a Schneider, a quien dirige una mirada furtiva. El rostro de Schneider está tranquilo y carece de expresión. "¿Qué hora es?", pregunta Schneider. "Las dos", contesta Brunet. "Mirad ese perro", dice Blondinet. Un gran perro negro atraviesa el patio con la lengua colgando; los hombres lo miran con expresiones muy raras. "¿De dónde sale?", pregunta el sargento. "No lo sé", dice Brunet. Tal vez estuviera en las cuadras. Lambert se ha incorporado sobre el codo y sigue al perro con la mirada. Revela cierta perplejidad. Y, como hablando consigo mismo, dice: "La carne de perro no es tan mala como aseguran..." "¿La has probado acaso?" Lambert no contesta; hace un gesto de fastidio y vuelve a tumbarse con fatalismo. Los dos hombres que jugaban a las cartas delante de la tienda se han levantado calmosamente dejando la baraja sobre la mesa; uno de ellos lleva bajo el brazo una lona. "Demasiado tarde", dice Lambert. El

perro desaparece detrás del cuartel; los dos hombres lo siguen sin prisas y desaparecen tras él. "¿Lo alcanzarán? ¿No lo alcanzarán?", pregunta el norteño. Al cabo de cierto tiempo, los dos hombres vuelven; han arrollado la lona alrededor de un objeto voluminoso; cada uno de ellos sostiene un extremo de la lona y hace el efecto de que transportan una hamaca. Cuando pasan delante de Brunet, la lona deja caer una gota que, roja, se aplasta en las piedras. "Mal material; esa lona debería ser impermeable", observa el sargento. Menea la cabeza y farfulla: "Por todas partes, es lo mismo. ¿Cómo queríais que se ganara la guerra?" Los dos hombres arrojan el bulto dentro de la tienda. Uno de ellos entra allí a cuatro patas y el otro va en busca de madera para encender el fuego. Blondinet suspira: "Eso supone dos sobrevivientes." Brunet se duerme y es despertado bruscamente por un grito de Moulu: "¡Ahí, ahí! Comida..." Las puertas se abren lentamente. Se han levantado cien hombres: "Un camión." El camión entra, camuflado, con flores y hojas sobre la cubierta, convertido en un jardín. Ahora, hay mil hombres levantados. El camión se mete entre el muro y las estacas de separación. Brunet, que se ha levantado, se ve empujado, tironeado y arrastrado hasta los alambres. El camión está vacío. En su zaguera, un Fritz, desnudo hasta la cintura, les observa acercarse con indolencia. Con la piel morena, el cabello rubio y los músculos alargados, parece un hombre de lujo, uno de esos hermosos jóvenes que esquían semidesnudos en Saint-Moritz. Miles de ojos lo miran y esto parece divertirle; contempla con una sonrisa a estos animales nocturnos y hambrientos que se aprietan contra los barrotes de su jaula para verle mejor. Al cabo de un instante, se inclina hacia atrás e interpela a los centinelas del puesto de vigilancia, que le contestan riendo. La multitud espera, deslumbrada; espía los movimientos de su amo; jadea de impaciencia y placer. El Fritz se agacha, recoge una hogaza de pan del fondo del camión, saca un cuchillo, lo afila en su bota y corta una rebanada. Detrás de Brunet, un hombre se ha puesto a

resoplar. El Fritz se lleva la rebanada a la nariz y finge olfatearla con deleite, entornados los ojos; los animales gruñen. Brunet se siente sofocado por la cólera. El alemán los mira de nuevo, sonríe y toma la rebanada entre el pulgar y el índice, por los bordes, como si se tratara de un tejo. El tiro resulta corto—tal vez deliberadamente—, y la rebanada cae entre el camión y la alambrada. Algunos hombres se agachan ya para pasar bajo los alambres; el centinela del puesto da una orden seca y les apunta con el fusil-ametralladora. Los hombres quedan apretados contra la barrera, boquiabiertos, con los ojos fuera de las órbitas. Moulu, aplastado contra Brunet, murmura: "Esto va a acabar mal. Me gustaría irme." Pero la multitud le sigue aplastando contra Brunet; trata infructuosamente de zafarse y grita: "¡Atrás, atrás, idiotas! ¿No veis que van a empezar de nuevo como esta noche?" En el camión, el alemán corta una segunda rebanada; el pedazo de pan gira en el aire y cae sobre las cabezas levantadas. Brunet se ve arrastrado por un enorme remolino, recibe varios golpes y ve que Moulu, con las manos en alto, se aleja llevado por la corriente y como si se estuviera ahogando. "¡Cochinos, cochinos", piensa. Le gustaría dar puñetazos y puntapiés a su alrededor. Caen una segunda y una tercera rebanadas... Los hombres se pelean; un mocetón se escapa con una rebanada en la mano; lo agarran, lo abrazan por la cintura, y él recurre a meterse la rebanada entera en la boca, empujando con la palma de la mano. Lo sueltan y se aleja dirigiendo a todas partes miradas inquietas. El Fritz se divierte; envía rebanadas a derecha e izquierda y hace lanzamientos en falso, para engañar a la multitud. Un trozo de pan cae a los pies de Brunet. Un cabo primero se zambulle y empuja a Brunet al pasar; Brunet lo agarra, lo levanta y lo mantiene sujeto. La jauría cae sobre la rebanada que yace en el polvo; Brunet pisó el trozo de pan y lo restrega con la suela, pero diez manos agarran su pierna, la separan y recogen las sucias migajas. El cabo primero se debate hecho una fiera; acaba de golpear su bota otra rebanada: "¿Quieres

soltarme, idiota? ¿Quieres soltarme?" Brunet no lo suelta. El hombre lanza un puñetazo y Brunet para con el codo y sigue apretando con todas sus fuerzas. Está contento. "¡Me ahogas!", dice el cabo primero con débil voz. Brunet sigue apretando, mientras ve pasar por encima de su cabeza el vuelo blanco de las rebanadas; aprieta, está contento y el tipo se abandona en sus brazos: "¡Se acabó!", dice una voz. Brunet vuelve la cabeza; el alemán está cerrando su cuchillo. Brunet abre los brazos; el cabo primero vacila, da dos pasos de costado buscando el equilibrio y tose mirando a Brunet con un estupor rencoroso. Brunet sonríe y el tipo, tras observar el corpachón de Brunet, vacila, luego dice: "Idiota asqueroso", y finalmente se aleja. la multitud discurre ahora lentamente, decepcionada, humillada. Algunos privilegiados mastican todavía, con vergüenza, llevada la mano a la boca y moviendo infantilmente los ojos. El cabo primero se ha apoyado en una estaca; una rebanada de pan ha quedado en el polvo carbonoso, entre el camión y la barrera; la mira. El alemán salta del camión, avanza a lo largo del muro y abre la puerta de una caseta. Los ojos del cabo brillan; es un hombre al acecho. Los centinelas han vuelto la cabeza; el cabo se pone en cuatro patas, se desliza bajo los alambres y alarga una mano... Un grito... El centinela se echa el arma a la cara. El cabo quiere retroceder, pero el otro centinela le ordena con una señal que se quede quieto. Y el hombre queda así, lívido, con la mano todavía tendida y el trasero al aire. El alemán del camión vuelve sobre sus pasos, se acerca sin prisas, levanta al tipo con una mano y le abofetea con la otra. Brunet se ríe a carcajadas. Una voz dice dulcemente detrás de él: "Tú no nos quieres mucho..." Brunet da un respingo y se vuelve. Es Schneider. Hay un silencio; Brunet sigue con la mirada al cabo primero, a quien el Fritz lleva hacia la caseta a puntapiés. Luego, Schneider dice con una voz sin entonación: "Tenemos hambre." Brunet se encoge de hombros: "¿Por qué dices nosotros? ¿También has andado tú recogiendo rebanadas?" "Naturalmente, he hecho lo que

todos los demás." "No es verdad; yo te he visto", dice Brunet. "Las haya recogido o no, es lo mismo." Brunet, baja la cabeza, rasca el suelo con el talón para hundir en la tierra las migajas. Una extraña sensación le hace levantar bruscamente la cabeza; en el mismo instante, algo se apaga en los ojos de Schneider; solo queda en él una cólera sorda que le ensombrece la expresión. Schneider dice: "Sí, somos unos glotones... Sí, somos unos cobardes y unos serviles... ¿Es acaso nuestra la culpa? Nos lo han quitado todo: nuestros oficios, nuestras familias, nuestras responsabilidades. Para ser valiente es preciso tener que hacer algo; de otro modo, no se hace más que soñar. No tenemos ya *nada* que hacer, ni siquiera ganarnos el cocido, no contamos ya. Soñamos; si somos cobardes, lo somos en sueños. Danos un trabajo y verás cómo nos despertamos." El Fritz ha vuelto a salir de la caseta; está fumando. Tras él, sale el cabo primero, cojeando y llevando un pico y una pala. "Yo no puedo daros ningún trabajo, pero, aun sin trabajo, cabe comportarse con decoro", dice Brunet. Un tic levanta el labio de Schneider, quien dice: "Te hubiera creído más realista. Claro que puedes comportarte con decoro. Pero ¿qué diferencia hay? No ayudarás a nadie; eso solo servirá para tu satisfacción personal." Y añade irónicamente: "A menos que creas en la virtud del ejemplo..." Brunet mira fríamente a Schneider y le dice: "Me has reconocido, ¿verdad?" "Sí. Eres Brunet, de la *Huma.* He visto muchas veces tu retrato." "¿Leías la *Huma?*" "A veces." "¿Eres de los nuestros?" "No, pero no estoy contra vosotros." Brunet hace una mueca. Vuelven lentamente hacia la escalinata pasando por encima de los cuerpos tendidos: agotados por la violencia de su deseo y su decepción, los hombres han vuelto a tumbarse; están lívidos y sus ojos brillan. Cerca de su tienda, los dos jugadores de cartas están en plena partida; bajo la mesa, hay huesos y cenizas. Brunet mira a Schneider de reojo; trata de encontrar en este rostro aquel algo de conocido que le había llamado la atención la víspera. Pero ha visto ya demasiado tiempo

esta nariz ancha y estos carrillos; la impresión se ha desvanecido. Dice entre dientes: "¿Sabes lo que significa ser comunista cuando se ha caído en manos de los nazis?" Schneider sonríe sin contestar. Brunet añade: "Seremos duros con quienes se vayan de la lengua." Schneider sigue sonriendo y dice: "Yo no me voy de la lengua." Brunet se detiene y Schneider le imita. El primero pregunta: "¿Quieres trabajar con nosotros?" "¿Qué vais a hacer?" "Ya te lo diré. Responde antes." "¿Por qué no?" Brunet trata de descifrar este rostro grueso, liso y un poco blando y, sin dejar de mirar a Schneider, dice: "No será fácil todos los días." "No tengo ya nada que perder", declara Schneider. Y agrega: "Además, eso me entretendrá." Vuelven a sentarse. Schneider se tiende, con las manos anudadas bajo la nuca, y, cerrando los ojos, dice: "Eso no obsta. Tú no nos quieres y ello me inquieta." Brunet se tumba a su vez. ¿Qué es este tipo? ¿Un simpatizante? ¡Hum! Tú lo has querido... Tú lo has querido. Ahora ya no te suelto. Se duerme, se despierta, es el atardecer; vuelve a dormirse y es de noche; se despierta y es el sol; se incorpora, mira en torno, se pregunta dónde está, lo recuerda y siente la cabeza vacía... Blondinet está sentado, con una expresión embrutecida y siniestra; sus brazos cuelgan entre las piernas separadas. "¿No te sientes bien?", pregunta Brunet. "No muy bien; tengo hambre. ¿Crees que nos darán de comer esta mañana?" "No lo sé." "¿Crees que quieren hacernos morir de hambre?" "No lo creo." "¡Me aburro! No estoy acostumbrado a no hacer nada", dice Blondinet con un suspiro. "Entonces ven a lavarte." Blondinet mira sin entusiasmo hacia la manga de riego: "Será frío..." "Ven, hombre." Se levantan. Schneider duerme. Moulu duerme y el sargento, tendido de espaldas y con los ojos muy abiertos, se muerde el bigote. Hay miles de ojos por el suelo, miles que están abiertos y otros miles a los que el calor y el sol hacen brotar poco a poco. Blondinet vacila sobre sus piernas: "¡Cuernos! Ya no puedo tenerme en pie; me voy a caer..." Brunet desenrolla la manga y la fija en el grifo. Abre la

llave. Se siente pesado. Blondinet se ha desnudado; es duro y velloso, con músculos en bola. Su carne se enciende y encoge bajo el chorro, pero su rostro continúa gris. "A mí ahora", dice Brunet. Blondinet toma la manga y dice: "¡Cómo pesa!" La suelta y la recoge. Dirige el chorro sobre Brunet; vacila y abandona de pronto la manga. "Me canso", dice. Vuelven a vestirse. Blondinet queda largo tiempo sentado en el suelo, con una polaina en la mano, en contemplación del agua que discurre barrosa entre los guijarros. "Estamos perdiendo fuerzas", dice. Brunet cierra la llave, ayuda al rubio a levantarse y se lo lleva hacia la escalinata. Lambert se ha despertado y los mira con expresión risueña: "Andáis haciendo eses; se diría que estáis con indigestión." Blondinet se deja caer sobre la lona y gruñe: "Estoy agotado. No me agarrarán en otra." Contempla sus gruesas manos temblorosas y velludas: "Y no viene la reacción..." "Ven a dar un paseo", invita Brunet. "¡Estás fresco!" Blondinet se envuelve en las mantas y cierra los ojos. Brunet se va al patio zaguero; está desierto; treinta vueltas a paso gimnástico. A la décima, siente vértigos; a la decimonona, tiene que apoyarse en un muro, pero logra vencerse, porque hay que dominar al cuerpo, y llega hasta el final. Se detiene sin aliento. El corazón le late hasta en la cabeza, pero está contento: el cuerpo debe obedecer. Haré esto todos los días y llegaré a las cincuenta vueltas. No siente hambre y esto le hace feliz. Hoy, es mi quinto día de ayuno y sigo sintiéndome bien. Vuelve al patio delantero, Schneider sigue durmiendo, con la boca abierta; todos los hombres están acostados, inmóviles y mudos; parecen cadáveres. Brunet desea hablar al tipógrafo, pero el tipógrafo duerme todavía. No hay más remedio que sentarse de nuevo. El corazón sigue latiendo con fuerza. El norteño se ríe, con la mirada fija en el bastón que está tallando. Ha esculpido ya una fecha y, ahora, está dibujando unas flores a punta de cuchillo. "¿Qué es lo que te hace tanta gracia? ¿Encuentras esto divertido?", pregunta Lambert. El norteño sigue riéndose y, sin levantar la

vista, explica: "Me río porque hace tres días que no he hecho de vientre." "Es natural. ¿Con qué vas a hacer?", comenta Lambert. "Sin embargo, algunos van... Yo los he visto", observa Moulu. "Son los hombres de suerte; los que tenían en sus sacos latas de carne", dice Lambert. El sargento se incorpora. Mira a Moulu atusándose el bigote: "¿Qué? ¿Dónde están tus camiones?" "¡Ya llegarán! ¡Ya llegarán!", dice Moulu. Pero su voz carece ya del acento de la convicción. "Conviene que se den prisa; de otro modo, no encontrarán a nadie", dice el sargento. Moulu no deja de mirar la entrada. Se oye un borboteo líquido y cantarino. Moulu se excusa: "Son mis tripas." Schneider se ha despertado. Se restriega los ojos, sonríe y murmura: "Un café con leche..." "Y medias lunas", dice Blondinet. "Yo preferiría una buena sopa con un poco de vino tinto dentro de ella", dice el norteño. El sargento pregunta: "¿Nadie tiene cigarrillos?" Schneider le ofrece un paquete, pero Brunet detiene el ademán con fastidio; no le gustan las generosidades individuales. "Pongamos los cigarrillos en común", dice. "Si quieres... Yo tengo paquete y medio", declara Schneider. "Yo uno", dice Brunet. Lo saca de su bolsillo y lo pone sobre la lona. Moulu saca una caja de hojalata de su saco y la abre: "Me quedan diecisiete..." "¿Es todo? Lambert, ¿tú no tienes?", pregunta Brunet. "No." "Eso no es verdad; tu paquete estaba lleno anoche", dice Moulu. "He fumado mucho durante la noche." "¡Eso es un cuento! Te he oído roncar..." "Mira, vete al diablo... Daré un cigarrillo al sargento si me lo pide, pero no quiero poner mis cigarrillos en común... Eso es cosa mía." Brunet interviene: "Lambert, eres muy dueño de recoger tu lona y de irte a otra parte, pero, si quieres quedarte con nosotros, tendrás que adoptar el espíritu de equipo y acostumbrarte a poner las cosas en común. ¡Vengan esos cigarrillos!" Lambert se encoge de hombros y arroja rabiosamente su paquete sobre la manta de Schneider. Moulu cuenta los cigarrillos: "Ochenta. Esto hace once para cada uno con tres de sobra que pueden ser sorteados. ¿Los distribuyo yo?"

"No, no los distribuyas", advierte Brunet. Y añade: "Si lo haces, algunos habrán fumado todos los suyos para esta noche. Los guardaré yo. Tendréis tres cigarrillos al día durante tres días y dos el cuarto. ¿De acuerdo?" Los hombres lo miran; comprenden vagamente que están señalándose un jefe. Brunet repite: "¿De acuerdo?" En fin de cuentas, el asunto les importa muy poco; lo que quieren es comer. Moulu se encoge de hombros y dice: "De acuerdo." Los demás asienten moviendo la cabeza. Brunet distribuye tres cigarrillos a cada uno y mete los demás en su saco. El sargento enciende uno de sus cigarrillos, le da cuatro chupadas y, tras de apagarlo, se lo coloca detrás de la oreja. El norteño toma uno de los suyos, lo deshace sobre la palma y se mete el tabaco en la boca. "Esto engaña al hambre", explica, masticando. Schneider no ha dicho nada; es él quien ha perdido más en la operación, pero no ha dicho ni una palabra. "Tal vez sea un buen recluta", piensa Brunet. Piensa en Schneider, luego en otra cosa y, de pronto, se pregunta bruscamente en qué está pensando y no puede acordarse. Queda un momento con los ojos fijos y un puñado de guijarros en la mano. Después, se levanta pesadamente; el tipógrafo se ha despertado. "¿Qué?", pregunta Brunet. "No sé dónde están. He dado tres vueltas al patio y no he podido echarles la vista encima", explica el tipógrafo. "Continúa: no te desalientes", dice Brunet. Va a sentarse de nuevo. Consulta su reloj y dice: "¡No puede ser! ¿Qué hora tenéis, muchachos?" "Las cuatro y treinta y cinco", dice Moulu. "Entonces, está bien..." Las cuatro y treinta y cinco y no ha hecho nada; creía que eran las diez de la mañana. Tiene la impresión de que le han robado su tiempo. "Y el tipógrafo que no ha encontrado a sus compañeros..." Todo es lento aquí. Lento, vacilante, complicado; harían falta meses para organizar algo. El cielo es de un azul crudo y el sol es duro. Se calma poco a poco, el cielo se pone encendido... Brunet mira al cielo, piensa en las gaviotas, tiene sueño, siente zumbidos en la cabeza, no tiene hambre y piensa; no ha tenido hambre en todo

el día. Duerme, sueña que tiene hambre, se despierta, no tiene hambre, sino más bien una sensación de náusea y de que le han colocado un anillo de fuego alrededor de la cabeza. El cielo está azul y alegre y el aire fresco; muy lejos, en el campo, canta un gallo. El sol está escondido, pero sus rayos forman una bruma de oro por encima del muro; sobre el patio, se extienden todavía grandes sombras violetas. El gallo se ha callado y Brunet piensa: "¡Qué silencio!" Tiene por un instante la impresión de que se halla solo en el mundo. Se incorpora penosamente y se sienta: los hombres están aquí, a su alrededor; son miles de hombres inmóviles y tendidos. Se diría un campo de batalla. Pero los ojos están abiertos. En torno, Brunet ve rostros vueltos con cabellos enmarañados y ojos al acecho. Se vuelve hacia Schneider y ve sus ojos fijos. "¡Schneider! ¡Eh! ¡Schneider!", llama suavemente. Schneider no contesta. A lo lejos, Brunet ve una larga serpiente que está babeando: es la manga de riego. Piensa que debe lavarse. La cabeza le pesa y parece empujarle hacia atrás; vuelve a acostarse y tiene la impresión de flotar. "Tengo que lavarme." Trata de incorporarse, pero el cuerpo no le obedece; sus brazos y piernas están blandos e insensibles; se diría que son objetos colocados al lado de su persona. El sol se muestra por encima del muro. "Tengo que lavarme." Brunet se rebela ante la idea de ser un muerto en medio de estos muertos de ojos abiertos, se crispa, concentra sus miembros y se lanza hacia adelante... Ya está de pie. Las piernas vacilan, transpira y da algunos pasos, con miedo de caerse, se acerca al tipógrafo y le dice: "¡Salud!" El tipógrafo se incorpora y lo mira con una expresión extraña. "¡Salud, salud!", repite Brunet. "¿No quieres sentarte? ¿No te sientes bien?", pregunta el tipógrafo. "Me siento bien. Muy bien. Prefiero estar de pie..." Si se sienta, no tiene la seguridad de que podrá levantarse de nuevo. El tipógrafo está sentado y tiene un aspecto animado y fresco; sus ojos castaños brillan en su agradable cara de muchacha. Y el tipógrafo dice alegremente: "He encontrado a uno. Se llama Perrin. Es

ferroviario en Orleans. Ha perdido a sus compañeros y los está buscando. Si los encuentra, vendrán los tres a mediodía." Brunet consulta su reloj; son las diez. Se seca con la manga su frente sudorosa y dice: "Magnífico." Tiene la impresión de que quería decir algo más, pero no puede recordarlo. Queda un instante vacilando delante del tipógrafo y repitiendo: "Magnífico, magnífico..." Después, se pone en marcha con esfuerzo. Le arde la cabeza y se deja caer pesadamente sobre la lona. Piensa: "No me he lavado." Schneider se apoya en un codo y le observa con inquietud: "¿No te sientes bien?" "Sí, sí, sí. Me siento bien..." Brunet saca un pañuelo y lo extiende sobre su cara para defenderse del sol. No tiene sueño; no es eso exactamente. Su cabeza está vacía y tiene la impresión de que desciende en ascensor. Alguien tose encima de su cabeza. Se quita el pañuelo: es el tipógrafo con los otros tres compañeros. Brunet los mira con sorpresa y pregunta con voz pastosa: "¿Es ya mediodía?" Trata de incorporarse. Tiene vergüenza de haber sido sorprendido. Piensa que no está afeitado, que está tan sucio como los demás. Hace un violento esfuerzo y se levanta. "¡Salud!", dice. Los tipos lo miran con curiosidad; son muchachos como le gustan: fuertes, pulcros, con los ojos duros. Buenos elementos. Lo miran, piensa: "Aquí, solo me tienen a mí", y se siente mejor. "¿Paseamos un poco?", dice. Le siguen. Dobla por la esquina del cuartel y va hasta el fondo del otro patio. Se vuelve y les sonríe. "Yo te conozco", dice un moreno de cabeza pelada. "También a mí parecería haberte visto en algún sitio", dice Brunet. "Fui a verte el treinta y siete. Me llamo Stephen; estaba en la brigada internacional." Los otros también se presentan: Perrin, de Orleans; Dewrouckère, minero de Lens. Brunet se apoya en la tapia de las cuadras. Los mira y piensa, sin placer, que son jóvenes. Se pregunta si tienen hambre. "¿Qué podemos hacer?", pregunta Stephen. Brunet los mira y ya no se acuerda de lo que quería decirles; se calla, lee el asombro en las miradas y murmura por fin entre dientes: "Nada. Por el momento no se puede hacer

nada. Contarse y permanecer en contacto." "¿Quieres venir con nosotros? Tenemos una tienda...", invita Perrin. Brunet responde vivamente: "No. Quedémonos donde estamos y tratad de veros con cuantos podáis. Descubrid a los camaradas y arreglaos para ver qué piensan los otros. Y nada de propaganda. Todavía no." Dewrouckère, hace una mueca: "Ya sé lo que piensan. Nada de nada. Piensan en sus estómagos." Brunet tiene la impresión de que su cabeza se hincha; entorna los ojos y dice: "Pueden cambiar las cosas. ¿Hay curas en vuestros sectores?" Perrin contesta: "Sí. En el mío, sí. Y se mueven mucho..." "Dejadlos. No os descubráis. Y si se insinúan, no les mandéis a paseo. ¿Comprendido?" Asienten moviendo la cabeza y Brunet les dice: "Nos reuniremos mañana a mediodía." Lo miran, vacilan un poco y él les dice con cierto fastidio: "¡Idos, idos! Yo me quedo aquí." Se van. Brunet los ve alejarse y espera que hayan doblado la esquina para avanzar un pie; tiene miedo de caerse redondo. Piensa: "Treinta vueltas a paso gimnástico." Da dos pasos vacilantes y la cólera le enciende el rostro. Siente martillazos en la cabeza. ¡Treinta vueltas, en seguida! Se separa del muro, avanza tres metros y cae de bruces. Se levanta y vuelve a caer haciéndose daño en una mano. Treinta vueltas todos los días. Se agarra a un anillo de hierro empotrado en el muro, se levanta una vez más y reanuda la marcha. Diez vueltas, veinte vueltas... Sus piernas se doblan y cada paso es como una caída, pero sabe que está perdido si se detiene. Veintinueve vueltas... Después de la última, dobla corriendo la esquina del cuartel y disminuye el paso únicamente cuando entra en el patio delantero. Pasa por encima de los cuerpos y llega a la escalinata. Nadie se ha movido: es un banco de peces muertos y con las tripas al aire. Sonríe. Es el único que está de pie. Ahora, debo afeitarme. Recoge su saco, se acerca a una ventana, toma su maquinilla, coloca el trozo de espejo inclinado sobre el alféizar y se afeita en seco; el dolor le obliga a entornar los ojos. Se le cae la maquinilla, se agacha para recogerla, suelta el espejo que

se rompe a sus pies y queda de rodillas. Esta vez *sabe* que no podrá levantarse. Vuelve a su puesto andando a gatas y se tumba de espaldas; su corazón está alocado y da grandes saltos en el pecho. A cada latido, un puntazo de fuego le taladra el cerebro. Schneider le levanta la cabeza sin decir una palabra y desliza una manta plegada en cuatro bajo su nuca. Pasan las nubes; una parece una monja, otra una góndola. Le tiran de la manga: "¡De pie! ¡Nos vamos!" Se levanta sin comprender y le empujan hacia la escalinata. La puerta está abierta y una corriente ininterrumpida de prisioneros se sumerge en el cuartel. Siente que está subiendo por unas escaleras, quiere detenerse, le empujan por detrás y una voz le dice: "¡Más arriba!" Le falla un pie y lleva las manos hacia adelante. Schneider y el tipógrafo le toman cada uno por un brazo y lo llevan. Quiere desprenderse, pero no tiene fuerzas. Dice: "No lo comprendo." Schneider ríe suavemente: "Necesitas comer." "Como vosotros, no más." "Eres más alto y más grueso; tú necesitas más comida que nosotros", dice el tipógrafo. Brunet no puede ya hablar. Lo llevan hasta el desván. Un largo corredor oscuro atraviesa el cuartel de parte a parte. A ambos lados del pasillo hay compartimientos separados por barreras de rejilla. Entran en uno de ellos. Hay tres cajas vacías; nada más. Ninguna ventana. Hay un tragaluz cada dos o tres compartimientos; el del compartimiento vecino les procura una luz oblicua que proyecta diagonalmente sobre el suelo las sombras de los barrotes de madera. Schneider extiende su manta en el suelo y Brunet se deja caer sobre ella. Ve un instante el rostro del tipógrafo sobre él y dice: "No te quedes aquí; instálate en otro sitio y nos veremos mañana a mediodía." El rostro desaparece y el sueño comienza. La sombra de los barrotes se desliza lentamente sobre el piso, se desliza y gira sobre los cuerpos tendidos..., sube por las cajas, gira, gira y empalidece... La noche está subiendo por el muro. A través de los barrotes, el tragaluz parece una herida, una herida pálida, una herida negra y, de pronto, un ojo claro y alegre... Los ba-

rrotes reanudan su ronda, giran y la sombra gira como un faro... La fiera está en la jaula y los hombres se agitan un instante para desaparecer después. El barco va a la deriva con todos los forzados hambrientos en las jaulas... Una llama de fósforo y una palabra surge, pintada en diagonal con letras rojas, de la penumbra: FRAGIL. Está sobre una de las cajas. En la jaula vecina hay chimpancés que aprietan sus cabezas curiosas contra los barrotes, que tienden enre los barrotes sus largos brazos, que tienen unos ojos tristes y ribeteados. Después del hombre, el mono es el animal que tiene los ojos más tristes. Ha sucedido algo... Se pregunta qué ha sucedido: una catástrofe. ¿Qué catástrofe? Tal vez el sol se ha enfriado. Una voz se eleva del fondo de las jaulas: "Una noche os diré cosas muy hermosas." Una catástrofe y todo el mundo está en el presidio. ¿Qué catástrofe? ¿Qué va a hacer el partido? Es un gusto delicioso a ananá fresco, un gusto juvenil y alegre, infantil... Mastica el ananá, rumia su dulce elasticidad fibrosa... ¿Cuándo comió ananá por última vez? "Me gustaba el ananá; era como madera sin defensa, sin corteza." Mastica. El gusto juvenil y amarillo a madera tierna *sube* dulcemente del fondo de su garganta como una salida vacilante del sol y se extiende por la lengua. *Quiere decir* algo... "¿Qué quiere decir este jarabe de sol? Me gustaba el ananá... ¡Oh, sí! Era cuando me gustaban el esquí, la montaña, el boxeo, los balandros, las mujeres... Hace tiempo... Frágil. ¿Qué es frágil? Todos somos frágiles." Sobre la lengua el gusto gira como un torbellino solar. Es un gusto antiguo, olvidado. "Me había olvidado. *El hormigueo del sol en las hojas de los castaños; la lluvia de sol sobre mi frente, mientras leía en la hamaca... La casa blanca a mi espalda... Sí, a mi espalda, la Turena... Me gustaban los árboles, el sol y la casa... Me gustaba el mundo, la felicidad... ¡Oh, era antes...!*" Se agita. "Tengo que hacer algo. Tengo que hacer algo en seguida." Tiene una cita urgente. ¿Con quién? Con Krupskaya. Vuelve a caer. Frágil. "¿Qué he hecho con mis amores? Me han dicho: No nos quieres bastante. Me han

cogido, me han *descortezado un vástago tierno y lleno de savia.* Cuando salga de aquí, me comeré un ananá entero." Se incorpora a medias... Una cita urgente... Vuelve a caer en una infancia serena, en un parque... *Apartad las hierbas y encontraréis un sol. ¿Qué has hecho de tus deseos?* "No tengo deseos; soy una corteza y la savia ha muerto." Los monos que se agarran a los barrotes lo miran con ojos febriles. Algo ha sucedido. Se acuerda, se incorpora y grita: "¡El tipógrafo!" Pregunta: "¿Ha venido el tipógrafo?" Nadie le contesta y vuelve a caer en la savia pegajosa, en la SUBJETIVIDAD. "Hemos perdido la guerra y voy a pudrirme aquí. Mathieu se inclina y murmura: tú no nos quieres bastante, tú no nos quieres bastante... Los monos se ríen dándose palmadas en los muslos: tú no quieres a nadie ni te gusta nada. ¡No, no!" La sombra de los barrotes gira lentamente sobre su rostro. La sombra, el sol, la sombra... "Es divertido. Soy del Partido y quiero a los camaradas. En cuanto a los demás, no tengo tiempo que perder. Tengo una cita. Una noche os diré cosas muy dulces, os diré que os quiero..." Se ha sentado, resopla y los mira... Moulu sonríe, con el rostro vuelto hacia el techo; una sombra fresca lo acaricia y se desliza por sus mejillas; el sol hace brillar sus dientes: "¡Eh, Moulu!" Moulu sigue sonriendo y dice sin moverse: "¿Los oyes?" "¿Qué es lo que oigo?", pregunta Brunet. "Los camiones." No oye nada; Brunet tiene miedo de este enorme deseo que le invade, un deseo de vivir, de amar, de acariciar pechos blancos. Schneider está acostado a su derecha. Le pide socorro: "¡Eh, Schneider!" Schneider dice con voz débil: "No me siento bien." Brunet dice: "Encontrarás cigarrillos en mi saco. Tres por día." Su espalda se desliza lentamente por el piso; está de nuevo acostado, mirando al techo. "Los quiero, no cabe duda de que los quiero, pero *es necesario que sirvan.*" ¿Qué significa este deseo? El cuerpo, el cuerpo mortal, bosque de deseos... Sobre cada rama un pájaro. Sirven jamón de Westfalia en platos de madera y el cuchillo corta la carne; se siente la leve adherencia de la

madera húmeda. "Me han vencido. No soy más que un deseo y estamos todos en el muladar, de donde no saldré. ¿Qué deseo?" Lo levantan, lo sientan y Schneider le hace tomar una sopa. "¿Qué es?" "Una sopa de cebada." Brunet se echa a reír; era esto, nada más que esto. Este inmenso deseo culpable no era más que hambre. Se duerme, velan su sueño y toma su segunda sopa. Siente quemaduras en el estómago; los barrotes giran y la voz se ha callado. "Había un tipo que cantaba", dice. "Sí", asiente Moulu. "Pues ya no canta." "No. Ha muerto. Se lo llevaron ayer." Una sopa más y esta vez con pan. "Me siento mejor", dice. Se sienta sin ayuda y sonríe: la infancia, el amor y la "subjetividad" no eran nada; apenas un sueño de inanición. Interpela alegremente a Moulu: "Entonces, ¿vinieron por fin tus camiones?" "Claro que sí, claro que sí..." Moulu raspa una hogaza con su cuchillo; en algunos lugares, la ahueca. La está tallando. Explica sin levantar la vista: "Este pan está mohoso. Si tomas la parte mala, agarrarás un buen cólico. Pero ahora puedes hartarte." Ofrece una rebanada a Brunet, se mete otra en su bocaza y dice orgullosamente: "Seis días sin comer. Me estaba volviendo loco." Brunet se ríe y piensa en la "subjetividad". "Yo también", dice. Se duerme y es despertado por el sol; se siente todavía débil, pero puede levantarse. Pregunta: "¿Ese tipógrafo no ha venido a verme?" "Mira, estos días no hacíamos mucho caso a las visitas." "¿Dónde está Schneider?", pregunta Brunet. "No lo sé." Brunet sale al pasillo; Schneider está hablando con el tipógrafo; los dos se están riendo. Brunet los mira con irritación. El tipógrafo se acerca y le dice: "Nosotros dos, Schneider y yo, hemos estado trabajando." Brunet se vuelve hacia Schneider y piensa: "Se mete por el ojo de una aguja." Schneider le sonríe y dice: "Desde anteayer, nos hemos movido por todas partes; hemos descubierto nuevos compañeros." "¡Hum! Conviene que yo los vea", dice secamente Brunet. Baja por las escaleras. Schneider y el tipógrafo le siguen. En el patio, se detiene y parpadea, deslumbrado: es un hermoso día. Sentados

en los peldaños de la escalinata, los hombres fuman apaciblemente; parece que están en su casa y que descansan después del trabajo de la semana; de cuando en cuando, uno de ellos mueve la cabeza y pronuncia unas cuantas palabras; en seguida, todos los demás mueven la cabeza del mismo modo. Brunet les mira con ira y piensa: "¡Ya está! Helos aquí instalados..." El patio, los puestos de vigilancia, el muro del recinto... Todo les pertenece; están sentados a la puerta de su casa y comentan con la lenta sensatez campesina todos los incidentes de la aldea. "¿Qué se puede hacer con hombres así? Tienen la pasión de la posesión; se les mete en chirona y, al cabo de tres días, ya no se sabe si son presos o propietarios de la prisión." Otros se pasean, en grupos de dos o tres; caminan con paso vivo, charlan, ríen y bromean; son burgueses en el paseo. Pasan dos cadetes con uniformes de fantasía, sin mirar a nadie; Brunet oye sus distinguidas voces: "No, amigo mío, perdona, pero no se han declarado en quiebra; se convino en que así lo hicieran, pero el Banco de Francia los ha puesto a flote." Muy rodeados, dos tipos de lentes juegan al ajedrez, con el tablero sobre sus rodillas. Un hombrecito calvo lee frunciendo el entrecejo; de cuando en cuando, deja a un lado su libro y consulta un enorme libraco. Brunet pasa por detrás: el libraco es un diccionario. "¿Qué haces?", pregunta Brunet. "Aprendo el alemán." Alrededor de la manga de riego, unos cuantos hombres completamente desnudos gritan, se empujan y ríen. Apoyado en una estaca, Gartiser, el alsaciano, habla en alemán con un centinela alemán que asiente con movimientos de cabeza. ¡Ha bastado un bocado de pan! Con un bocado de pan este patio siniestro donde agonizaba el ejército vencido se ha transformado en una playa, en un solario, en una feria. Dos tipos desnudos se broncean al sol tendidos sobre una manta. Brunet siente deseos de emprenderla a puntapiés con sus doradas posaderas. Quemadles sus ciudades y sus aldeas y llevadlos al destierro... Allí donde estén, se empeñarán en reconstruir su humilde y tozuda felicidad, su felicidad de pobres... ¿Cómo se

puede trabajar con gente así? Brunet les vuelve la espalda y se va al otro patio. Se detiene impresionado. Espaldas, miles de espaldas... El tintineo de una campanilla... Miles de cabezas que se inclinan... "¡No puede ser!", exclama. Schneider y el tipógrafo se ríen: "¡Claro que puede ser! Es domingo. Queríamos darte esta sorpresa." "De modo que es esto... Es domingo..." Brunet mira a los hombres sin salir de su asombro. ¡Qué tozudez! Se han fabricado un domingo sintético, un domingo de ciudad y de aldea, por la simple razón de que han leído que era domingo en un calendario. En el otro patio, era el domingo en la aldea, en la calle mayor provinciana; aquí, es el domingo en la iglesia; solo falta el cine. Brunet se vuelve hacia el tipógrafo: "¿No habrá cine esta noche?" El tipógrafo sonríe: "Los de la juventud obrera católica han organizado una reunión." Brunet aprieta los puños; piensa en los curas. ¡Qué bien han trabajado mientras yo estaba enfermo! No debería caer enfermo jamás. El tipógrafo dice tímidamente: "El día es muy hermoso." "Desde luego", dice Brunet entre dientes. Desde luego, un hermoso día. Un hermoso día en toda Francia; los rieles arrancados y retorcidos brillan al sol; el sol dora las hojas de los árboles caídos; el agua refleja las cosas en el fondo de los cráteres de las bombas; los muertos se pudren en los trigales y su vientre canta bajo un cielo sin nubes... ¿Lo habéis olvidado ya? Los hombres son de goma. Las cabezas se han levantado y el sacerdote habla. Brunet no le oye, pero ve su cabeza rubicunda, su cabello gris, sus lentes de montura de hierro y sus anchos hombros. Lo reconoce: es el hombrachón del breviario que había visto la primera noche. Se acerca. A dos pasos, con los ojos brillantes y la actitud humilde, el sargento de los bigotes escucha apasionadamente: "... que muchos entre vosotros son creyentes, pero sé también que hay otros que me escuchan por curiosidad, para instruirse o simplemente por matar el tiempo. Todos sois mis hermanos, mis muy queridos hermanos, mis hermanos de armas y mis hermanos en Dios; me dirijo a todos vosotros, católicos,

protestantes, ateos, porque la Palabra de Dios es para todos. El mensaje que os transmito en este día de duelo, que es también el día del Señor, consiste en dos sencillas palabras: ¡no desesperéis!, porque la desesperanza no es solamente un pecado contra la bondad divina. Los mismos descreídos convendrán conmigo en que es un atentado del hombre contra sí mismo y, si cabe decirlo, un suicidio moral. Hay sin duda entre vosotros, queridos hermanos, quienes, engañados por una enseñanza sectaria, han aprendido a no ver en la sucesión admirable de los acontecimientos de nuestra historia más que una sucesión de accidentes sin significado ni relación. Hoy andan repitiendo que hemos sido vencidos porque no teníamos suficientes tanques, porque no teníamos suficientes aviones. De esos, el Señor ha dicho que tienen oídos y no quieren oír, que tienen ojos y no quieren ver, y, desde luego, cuando la cólera divina se desencadenó sobre Sodoma y Gomorra, hubo en las impías ciudades pecadores tan endurecidos como para afirmar que la lluvia de fuego que reducía a cenizas sus poblaciones no era más que una precipitación atmosférica o un meteoro. Hermanos, ¿no pecaban contra sí mismos? Porque, si el rayo cayó sobre Sodoma por azar, no hay obra del hombre, no hay producto de su paciencia y su ingenio, que no pueda, de la noche a la mañana, ser reducido a la nada, sin motivo ni razón, por las fuerzas ciegas. ¿Para qué construir? ¿Para qué plantar? ¿Para qué fundar una familia? Henos aquí, vencidos y cautivos, humillados en nuestro legítimo orgullo nacional, sufriendo en nuestro cuerpo, sin noticias de los seres que nos son queridos. ¿Y qué? ¿Todo esto no tendría objeto? ¿No tendría más origen que el juego de las fuerzas mecánicas? Si esto fuera verdad, hermanos míos, yo os digo: deberíamos abandonarnos a la desesperación, pues nada hay más desesperante y más injusto que sufrir por nada. Pero, hermanos míos, yo pregunto a mi vez a esos espíritus incrédulos: ¿por qué no teníamos suficientes tanques? ¿Por qué no teníamos suficientes cañones? Responderán sin duda: 'Porque no producíamos lo sufi-

ciente.' Y he aquí que, de pronto, queda al descubierto el rostro de esta Francia pecadora que, desde hace un cuarto de siglo, se había olvidado de sus deberes y su Dios. ¿Por qué, en efecto, no producíamos lo suficiente? Porque no trabajábamos. ¿Y de dónde viene, hermanos míos, esta ola de pereza que ha caído sobre Francia como las langostas sobre los campos de Egipto? Porque estábamos divididos por las querellas intestinas; los obreros, dirigidos por agitadores cínicos, habían llegado a odiar a los patronos; los patronos, cegados por el egoísmo, no se molestaban en satisfacer las reivindicaciones más legítimas; los comerciantes tenían celos de los funcionarios y los funcionarios vivían como el muérdago en el roble; nuestros elegidos, en la Cámara, en lugar de discutir con serenidad sobre el interés público, chocaban, se insultaban y a veces llegaban a las manos. ¿Y por qué estas discordias, queridos hermanos míos, por qué estos conflictos de intereses, por qué este relajamiento de las costumbres? Porque un sórdido materialismo se había extendido por el país como una epidemia. ¿Y qué es el materialismo sino el estado del hombre que se ha separado de Dios?; piensa que ha nacido de la tierra y que a la tierra vuelve y solo cuida de sus intereses terrenales. Yo respondería, pues, a nuestros escépticos: tenéis razón, hermanos míos; hemos perdido la guerra porque no teníamos suficiente *material*. Pero solo tenéis razón en parte, porque vuestra respuesta es *materialista* y es por ser vosotros materialistas por lo que habéis sido derrotados. Es Francia, hija mayor de la Iglesia, la que ha inscrito en la historia la deslumbrante sucesión de sus victorias; es la Francia sin Dios la que ha conocido la derrota en mil novecientos cuarenta." El sacerdote hace una pausa; los hombres escuchan en silencio, boquiabiertos; el sargento asiente moviendo la cabeza. Brunet observa al sacerdote y queda impresionado por su actitud triunfal. Sus ojos brillantes recorren el auditorio, sus mejillas se encienden, una mano se levanta y el orador sagrado reanuda el hilo de su discurso con una vehemencia casi alegre: "Así, pues, herma-

nos míos, abandonemos la idea de que la derrota es el fruto del azar; es a la vez nuestro castigo y nuestra culpa. No es el azar, hermanos míos; es el castigo... He aquí la buena nueva que hoy os traigo." Hace una nueva pausa y escruta las cabezas que se estiran hacia él. Está juzgando el efecto producido. Luego, se inclina y continúa con voz más insinuante: "Nueva dura y desagradable, convengo en ello, pero buena nueva, no obstante. A aquel que se cree la víctima inocente de una catástrofe y se retuerce las manos sin comprender, ¿no se le anuncia acaso una buena nueva cuando se le revela que está expiando su propia falta? Tal es la razón de que os diga: ¡alegraos, hermanos míos! ¡Alegraos en el abismo de vuestros sufrimientos, porque, si hay culpa y hay expiación, hay también redención! Y yo os digo: alegraos todavía, alegraos en la Casa de vuestro Padre, porque hay otro motivo para el júbilo. Nuestro Señor, que ha sufrido por todos los hombres, que ha cargado con todos nuestros pecados, que ha sufrido y sufre todavía para expiarlos, os ha elegido. Sí, a todos vosotros, campesinos, obreros, burgueses, que no sois completamente inocentes, pero tampoco, desde luego, los más culpables, os ha elegido para un destino incomparable. Ha decidido que vuestros sufrimientos, a ejemplo de los suyos, rediman los pecados y las faltas de toda Francia, a la que Dios no ha dejado de amar y ha castigado contrariando sus propios sentimientos. Hermanos míos, se llega aquí a la necesidad de optar. ¿Vais a gemir y arrancaros el cabello preguntándoos cuál es el motivo de que las desgracias caigan precisamente sobre vosotros? ¿Por qué sobre mí antes que sobre mi vecino, que era un mal rico, o sobre los políticos que han conducido mi país a su pérdida? Entonces, nada tiene sentido y solo os queda morir en el odio y el rencor. O bien, vais a deciros: no éramos nada y he aquí que somos los elegidos del dolor, los mártires. Entonces, mientras que un hombre providencial, digno hijo de los que el Señor ha ofrendado a Francia, cuando el país estaba al borde de la ruina..." Brunet se aleja de puntillas. En-

cuentra a Schneider y al tipógrafo junto al muro del cuartel y dice: "Ese conoce su oficio..." El tipógrafo observa: "Puedes decirlo. Duerme a dos compartimientos del mío y, por las noches, todos quieren oírle. Arrastra a los compañeros..." Pasan cerca de ellos dos hombres, uno alto y delgado, de cabeza alargada y con lentes, y el otro bajo y grueso y con labios de expresión desdeñosa. El alto dice con entonación suave y justa: "Ha hablado muy bien. Con mucha sencillez. Ha dicho lo que se debía decir." Brunet suelta una carcajada: "¡Diablos!" Dan algunos pasos. El tipógrafo mira a Brunet con confianza. "¿Qué?", pregunta. "¿Qué?", repite Brunet. "Ese sermón, ¿qué te parece?" "Tiene cosas buenas y cosas malas. En cierto sentido, el hombre trabaja por nosotros; les ha explicado que el cautiverio no será una fiesta y creo que subrayará eso mucho. Ahí, tenemos intereses comunes. Mientras esta gente crea que va a poder estar con su amiguita a fin de mes, no habrá nada que hacer." "¡Ah!" El tipógrafo ha abierto mucho sus grandes ojos y sus mejillas se han puesto lívidas. Brunet continúa: "Por ese lado, cabe que os sirváis del cura. Tomáis a vuestros tipos y les decís: ¿habéis visto al curita? Dice que esto va a ser duro." El tipógrafo preguntó con un esfuerzo: "¿Es que tú crees que esto va a durar mucho tiempo?" Brunet lo mira con dureza: "¿Es que tú crees en los reyes magos?" El tipógrafo se calla y traga saliva; Brunet se vuelve hacia Schneider y continúa: "Pero, por otro lado, no pensaba que tomaran posiciones tan deprisa. Pensaba que iban a esperar y ver. Pues bien, nada de eso. Este sermón era un verdadero programa político: Francia es la hija mayor de la Iglesia y Pétain es el jefe de los franceses. ¡Es asqueroso!" Brunet miró al tipógrafo bruscamente: "¿Qué piensan de ese cura los que te rodean?" "Lo quieren." "¡Ah!" "No se le pueden echar muchas cosas en cara. Reparte todo lo que tiene, aunque te lo hace sentir. Siempre parece estar diciendo: te doy esto por el amor de Dios. Yo preferiría no fumar a fumar su tabaco, pero soy el único." "¿Es todo lo que sabes de

él?" "Mira, solo está allí por la noche", dijo el tipógrafo, como excusándose. "¿Y qué hace durante todo el día?" "Está en la enfermería." "¿Hay ahora una enfermería?" "Sí, en el otro edificio." "¿Es enfermero?" "No, pero es amigo del mayor y juega al bridge con él y dos oficiales heridos." "¡Ah, ah! ¿Y qué dicen de eso los hombres?" "No dicen nada; lo sospechan, pero no tienen interés en averiguarlo. Yo lo he sabido por Gartiser, que es enfermero." "Bueno, tú tienes que intervenir ahí. Tienes que preguntarles por qué los curas andan siempre mezclados con los oficiales." "De acuerdo." Desde hace algún tiempo, Schneider les mira con una sonrisa extraña. "El otro edificio es el de los Fritz", dice. "¡Ah!", exclama Brunet. Schneider se vuelve hacia el tipógrafo; sonríe siempre y dice: "Ahí está lo que tienes que decir: el curita abandona a sus compañeros para lamer a los Fritz." "¡Oh, mira! No creo que vea a muchos alemanes", dice el tipógrafo sin mucho vigor. Schneider se encoge de hombros con impaciencia fingida; Brunet tiene la impresión de que Schneider se está divirtiendo. "¿Es que tú tienes acaso el derecho de pasearte por el edificio de los alemanes?", pregunta Schneider al tipógrafo. Este se encoge de hombros sin contestar. Schneider triunfa: "¿Lo ves? Me importan un comino sus intenciones; tal vez quiera salvar a Francia. Pero, *objetivamente,* es un prisionero francés que pasa sus días con el enemigo. Eso es lo que deben saber los compañeros." El tipógrafo, desconcertado, se vuelve hacia Brunet. Este no está nada contento del tono empleado por Schneider, pero no quiere desmentirle. Y dice: "Haz las cosas poco a poco. No trates de deshacerlo de primera intención. Además, hay aquí más de cincuenta y tú no bastarías. Arréglate para decir en la conversación: el cura dice que tardaremos en volver y debe saberlo, pues siempre anda con los oficiales y los Fritz. Es necesario que comprendan poco a poco que el cura y ellos no son de la misma madera. ¿Entendido?" "Sí", dice el tipógrafo. "¿Hay alguno que sea nuestro en el compartimiento del cura?" "Sí." "¿Hombre despierto?"

"Bastante." "Que se deje engatusar y parezca un convencido; necesitamos a alguien que nos informe." Se apoyó en el muro, reflexionó un momento y dijo al tipógrafo: "Búscame a tus compañeros. Dos o tres. De los nuevos..." Una vez solos, Brunet dice a Schneider: "Hubiera preferido esperar un poco; dentro de un mes o dos, los hombres estarán a punto. Pero los curitas tienen mucha fuerza. Si no comenzamos en seguida, nos sacarán mucha ventaja. ¿Sigues dispuesto a trabajar con nosotros?" "¿En qué?" Brunet frunce el entrecejo: "Creí que querías trabajar con nosotros. ¿Has cambiado de opinión?" "No he cambiado de opinión. Te pregunto en qué hay que trabajar." "Bien, ya has oído al cura... Esos tipos no viven en las nubes; al cabo de un mes, los encontrarás por todas partes. Además, no me extrañaría que los Fritz encontraran entre nosotros unos cuantos Quisling a los que encargarán de traernos la buena doctrina. Antes de la guerra, cabía oponerles formaciones sólidas: el Partido, los sindicatos, los comités de vigilancia. Aquí, no hay nada. Por tanto, se trata de reconstruir *algo.* Naturalmente, todo se reducirá, con frecuencia, a palabras, cosa que nunca me ha gustado, pero no tenemos opción. En consecuencia: descubrir los elementos sanos, organizarlos, crear una contrapropaganda clandestina... Esos son los objetivos inmediatos. Hay dos temas para desarrollar: nos negamos a reconocer el armisticio, y la democracia es la única forma de gobierno que podemos aceptar hoy. Es inútil ir más lejos; al principio, conviene ser prudentes. Yo me encargo de encontrar a los camaradas del Partido Comunista. Pero hay los otros, los socialistas, los radicales, todos los tipos más o menos vagamente *de izquierda,* los simpatizantes como tú." Schneider sonrió fríamente: "Los blandos." "Digamos los tibios." Brunet se apresura a añadir: "Pero cabe ser tibio y honrado. Yo no sé si sabría hablar el lenguaje de esta gente. Tú no tendrás dificultad, pues es el tuyo." "De acuerdo. En resumen, se trataría de resucitar más o menos el espíritu del Frente Popular, ¿no?" "No estaría nada mal", dice Brunet. Schneider

menea la cabeza y dice: "Bien, ese será mi trabajo. Pero ¿estás seguro de que será el *tuyo?*" Brunet le mira con asombro: "¿El mío?" Schneider replica con indiferencia: "¡Oh! Si estás seguro..." "Explícate. No me gustan las medias palabras." "No tengo nada que explicar. Solamente quería decir: ¿qué hace ahora el partido? ¿Cuáles son sus órdenes, sus directrices? Supongo que las conoces." Brunet lo mira sonriendo: "¿Te das cuenta acaso de la situación? Los alemanes están en París desde hace quince días y toda Francia es un revoltijo. Hay camaradas que han sido muertos o hechos prisioneros, otros que se han ido sabe Dios dónde con su división, a Pau o Montpellier, y otros que están en la cárcel. Si tú quieres saber lo que hace el partido en estos momentos, te lo diré: está reorganizándose." Schneider contesta blandamente: "Comprendo. Y tú, por tu parte, tratas de ponerte en contacto con los camaradas que están aquí. Perfecto." "Bien. Si estás de acuerdo...", dice Brunet para terminar. "Pero, amigo, claro que estoy de acuerdo. Y con más motivo por tratarse de algo que no me afecta. Yo no soy comunista. Tú me dices que el partido se reorganiza... Bien; yo no quiero nada mejor. Lo que yo desearía saber, si estuviera en tu lugar..." Schneider hurga en el bolsillo de su guerrera, como si buscara un cigarrillo, saca la mano al cabo de un instante y la deja resbalar a lo largo del muro. "Sobre qué bases se reorganiza... Esa es la cuestión." Y añade sin mirar a Brunet: "Los Soviets son aliados de Alemania." Brunet replica con impaciencia: "No, hombre, no. Han llegado a un pacto de no agresión y de carácter puramente provisional. Reflexiona un poco, Schneider: después de Munich, la U.R.S.S. ya no podía..." Schneider suspira: "Ya lo sé. Sé todo lo que vas a decirme. Vas a decirme que la U.R.S.S. ha perdido la confianza en los aliados y está ahora contemporizando, a la espera de tener la fuerza necesaria para declarar la guerra a los Fritz. ¿Es eso?" Brunet vacila. "No es exactamente eso. Yo creo, más bien, que está segura de ser atacada." "Pero tú crees que está haciendo todo lo posible para retrasar el mo-

mento del ataque, ¿no?" "Me imagino." Schneider dice lentamente: "Entonces, si fuera tú, yo no estaría muy seguro de que el partido se colocará decididamente frente a los nazis. Eso podría perjudicar a la U.R.S.S." Fija en Brunet la mirada de sus ojos profundos. Es una mirada apagada, melancólica, pero difícil de sostener. Brunet, fastidiado, vuelve la cabeza: "No te hagas más tonto de lo que eres. Tú sabes muy bien que no se trata de adoptar una posición pública. El partido está fuera de la ley desde mil novecientos treinta y nueve y su acción continuará siendo clandestina." Schneider sonríe: "Clandestina, sí. Pero ¿qué quiere decir eso? Por ejemplo, ¿que van a imprimir clandestinamente *L'Humanité?* Entonces, escucha: si se difunden diez mil ejemplares, habrá cada vez cien por lo menos que caerán en manos de los Fridolines. Es fatal; en la ilegalidad, cabe, con un poco de suerte, ocultar el lugar de origen de las publicaciones, las imprentas, la redacción, etc., pero no las publicaciones mismas, ya que están hechas para ser distribuidas. Doy tres meses a la Gestapo para que se ponga perfectamente al tanto de la política del Partido Comunista." "¿Y qué? No pueden imputarla a la U.R.S.S." "¿Y el Komintern?—pregunta Schneider—. Tú te imaginas, por lo visto, que nunca se menciona al Komintern entre Ribbentrop y Molotov." Schneider habla sin agresividad, con una voz neutra. Sin embargo, hay algo sospechoso en esta insistencia blanda. Brunet dice: "No seamos estrategas de café. No sé lo que Ribbentrop dice a Molotov, porque no estoy debajo de la mesa. Pero lo que sé, porque se trata de una evidencia, es que están cortadas las relaciones entre la U.R.S.S. y el partido." "¿Lo crees?", dice Schneider. Y añade al cabo de un instante: "En todo caso, si están cortadas hoy, serán restablecidas mañana. Ahí está Suiza." La misa ha terminado y los soldados pasan delante de ellos, silenciosos y distantes. Schneider baja la voz: "Estoy convencido de que el Gobierno nazi hace a la U.R.S.S. responsable de las actividades del Partido Comunista." "Admitámoslo. ¿Adónde nos lleva eso?" Schneider contesta: "Imagí-

nate que la U.R.S.S., para ganar tiempo, pone una sordina a los comunistas de Francia y Bélgica." Brunet se encoge de hombros. "¡Pone! ¿Cómo te imaginas tú las relaciones entre la U.R.S.S. y el Partido Comunista? ¿No sabes que hay en el Partido Comunista células cuyos componentes discuten y votan?" Schneider sonríe e insiste pacientemente: "No quería molestarte. Digo lo mismo de otro modo: imagínate que el Partido Comunista, deseoso de no crear dificultades a la U.R.S.S., se pone una sordina..." "¿Sería eso nuevo?" "No tan nuevo. ¿Qué habéis hecho con motivo de la declaración de guerra? Desde entonces, la situación ha empeorado para la U.R.S.S. Si Inglaterra capitula, Hitler tendrá las manos libres." "La U.R.S.S. ha tenido tiempo de prepararse. Espera el choque." "¿Estás seguro? El ejército rojo no se ha lucido mucho este invierno. Y tú mismo decías que Molotov contemporiza..." "Si existen esas relaciones que dices entre la U.R.S.S. y el Partido Comunista, los camaradas estarán al tanto en el momento oportuno del grado de preparación del ejército rojo." "Los camaradas, sí. Allí, en París. Pero no tú. Y eres *tú* el que trabaja *aquí*..." "¿Adónde quieres ir a parar?—pregunta Brunet, levantando la voz—. ¿Qué es lo que quieres probar? ¿Que el Partido Comunista se ha hecho fascista?" "No, pero que la victoria nazi y el pacto germano-soviético son dos realidades que no agradan tal vez al Partido Comunista y a las que, sin embargo, el Partido Comunista tiene que adaptarse. Y tú no sabes precisamente *cómo* se está adaptando." "Entonces, ¿hay que cruzarse de brazos?" "Yo no digo eso. Estamos charlando..." Al cabo de un instante, pasándose el índice por un costado de su gruesa nariz, Schneider prosigue: "El Partido Comunista no es más entusiasta que los nazis de las democracias capitalistas, aunque por razones muy distintas. Mientras ha sido posible imaginar una alianza de la U.R.S.S. con las democracias de Occidente, habéis elegido como plataforma la defensa de las libertades políticas contra la dictadura fascista. Estas libertades son ilusorias; esto lo sabes mejor que yo. Hoy,

las democracias están de rodillas, la U.R.S.S. se ha acercado a Alemania y Pétain se ha adueñado del poder; es en una sociedad fascista o de tendencias fascistas donde el partido ha de continuar trabajando. Y tú, sin jefes, sin consignas, sin contactos, sin noticias, vas a tomar de nuevo esa plataforma anticuada por propia iniciativa. Hablábamos hace un momento del espíritu del Frente Popular, pero el Frente Popular ha muerto. Está muerto y enterrado. Tenía un sentido en el treinta y ocho, en la coyuntura histórica. Ya no lo tiene hoy. Anda con los pies de plomo, Brunet; vas a trabajar a oscuras." La voz de Schneider se había hecho áspera; de pronto, se rompió y se hizo dulce: "Tal era el motivo de que te preguntara si estabas seguro de lo que tenías entre manos." Brunet se echó a reír: "¡Vamos, vamos! Todo eso no es tan terrible. Agrupemos a nuestros hombres y hagamos frente a los curas y los nazis; en cuanto a lo demás, ya veremos. Las tareas surgirán por sí mismas." Schneider asiente moviendo la cabeza. Brunet le mira a los ojos: "Eres tú el que me inquieta. Te encuentro muy pesimista." Con indiferencia, Schneider dice: "¡Oh, yo! Si quieres saber mi opinión, te diré que creo que cuanto hagamos no tendrá ninguna importancia política. La situación es abstracta y nosotros somos irresponsables. Los que vuelvan de nosotros encontrarán una sociedad organizada con sus cuadros y sus mitos. Por lo menos, en ese terreno. Porque, por otro lado, si pudiéramos infundir algún valor a los compañeros, impedir que se desesperen, darles una razón de existencia en este sitio, valdría la pena hacer el intento..." Brunet dice: "Bien, ¿qué más queremos? Vamos...—dijo al cabo de un breve silencio—. Voy a pasear un poco, ya que es mi primera salida. Hasta luego." Schneider le saluda con dos dedos y se va. Un espíritu negativo, un intelectual... ¿Qué necesidad tenía de buscarme un estorbo así? ¡Tipo curioso, tan pronto cordial y fervoroso y tan pronto frío, casi cínico! ¿Dónde lo he visto? ¿Por qué dice *los* camaradas al hablar de los hombres del partido y no *tus* camaradas, como cabría esperar de él? Ten-

go que echar un vistazo a su cartilla militar. En el patio endomingado, los hombres tienen las caras de los días de salida; en estas caras lavadas y afeitadas se observa la misma expresión de ausencia. Esperan y su espera ha hecho levantar al otro lado del recinto toda una ciudad de guarnición, con jardines, lupanares y cafés. En medio del patio, alguien toca la armónica. Bailan unas parejas y la ciudad fantasma levanta sus techos y sus follajes por encima de los muros de la prisión y se refleja en las caras ciegas de estos bailarines fantasmales. Brunet da media vuelta y vuelve al otro patio. Cambio de decoración: han desarmado la iglesia y los hombres juegan gritando y corriendo como locos. Brunet acaba subiendo al montículo de detrás de las cuadras, contempla las tumbas y se siente a sus anchas. Han arrojado flores sobre la removida tierra y puesto tres cruces. Brunet se sienta entre dos tumbas; los muertos están debajo, tendidos a lo largo; esto le calma; también llegará para él el día de la inocencia. Desentierra una lata de sardinas abierta y roñosa y la arroja delante de él; es un domingo de comida en el campo y visita al cementerio. "Me paseaba por una colina y, allí abajo, los chicos jugaban en el pueblo; sus gritos llegaban hasta mí." ¿Dónde era? Ya no lo recuerda y piensa: "Es verdad que voy a trabajar a oscuras. ¿Y entonces? ¿No hay que hacer nada?" Ante esta idea, su fuerza se rebela. "Volveré cuando la guerra termine y diré a mis camaradas: heme aquí. He logrado vivir. ¡Muy bonito! ¿Escaparme?" Observa los muros, que no son muy altos. "Bastaría llegar a Nancy; los Pullain me esconderían." Pero hay tres muertos debajo y hay los niños que gritan en esta tarde eterna; coloca la palma de la mano en la tierra recién removida y decide no evadirse. Hace falta agilidad. Agrupar a los muchachos, esperar los acontecimientos, infundir poco a poco confianza y esperanza; en todo caso, hay que incitarles a denunciar el armisticio y luego hay que mantenerse preparados para modificar las orientaciones a medida que las cosas sucedan. "El partido no nos abandonará", piensa Brunet. El

partido *no puede* abandonarnos. Se tiende cuan largo es, como los muertos, sobre los muertos; contempla el cielo; se levanta, baja lentamente y piensa que está solo. La muerte le rodea como un olor, como el fin de un domingo; por primera vez en su vida, se siente vagamente culpable. Culpable de estar solo, culpable de pensar y vivir. Culpable de no estar muerto. Más allá del muro, hay casas muertas y negras con todos sus ojos vacíos: la eternidad de la piedra. Este clamor de multitud dominguera sube hacia el cielo desde siempre. Solo Brunet no es eterno, pero la eternidad está sobre él como una mirada. Camina... Cuando regresa, cae la noche. Se ha paseado durante todo el día. Tenía que matar algo y no sabe si lo ha logrado. Cuando no se hace nada, se tienen estos estados de ánimo; es forzoso. El corredor del desván huele a polvo y las jaulas zumban: el domingo arrastra su cola. Por el suelo, hay todo un cielo de constelaciones con estrellas fugaces; los tipos están fumando a oscuras. Brunet se detiene y, sin dirigirse especialmente a nadie, dice: "Tened cuidado, los fumadores. No peguéis fuego al barracón." Los tipos gruñen al oír esta voz que les cae sobre las espaldas desde la altura. Brunet se calla, desorientado; se siente de más. Da unos cuantos pasos; un astro rojo surge y rueda blandamente a sus pies. Lo pisa. La noche es dulce y azul, las ventanas se recortan en la sombra, moradas de color, como las imágenes que se demoran en los ojos cuando se ha mirado demasiado tiempo al sol. No encuentra su jaula y grita: "¡Eh, Schneider!" "¡Aquí, aquí! ¡Por aquí!", dice una voz. Vuelve sobre sus pasos y un hombre canta en voz baja, para sí: "Camino arriba, caminito adelante, un joven cantaba..." Brunet piensa: "Les gusta la noche." "Por aquí... Avanza un poco más. Ya estás." Es Schneider. Brunet entra, contempla el tragaluz a través de los barrotes y piensa en un farol de gas que se encendía cuando la noche era azul. Se sienta en silencio y contempla el tragaluz. El farol, ¿dónde era? A su alrededor, los hombres hablan en voz baja. Por la mañana gritan, pero por la noche murmuran porque la noche

les gusta. Con la noche, la Paz entra con pasos de lobo en la gran caja oscura. La Paz y los años de otrora; hasta se diría que han amado sus vidas. Moulu dice: "Yo preferiría una cerveza bien tirada. A esta hora, estaría tomando una en el Cadran Bleu, viendo pasar a la gente." "¿Dónde cae el Cadran Bleu?", pregunta Blondinet. "En los Gobelinos. En la esquina de la avenida de los Gobelinos y del bulevar Saint-Marcel. ¿Te orientas así?" "¡Ah, sí! ¿Donde está el cine Saint-Marcel?" "A doscientos metros. Si conoceré eso bien... Vivía delante del cuartel Lourcine. Después del trabajo, volvía a casa a tomar un bocado y en seguida bajaba de nuevo. Me iba al Cadran Bleu o, a veces, al Canon des Gobelins. Pero en el Cadran Bleu hay una orquesta..." "Había variedades en el cine Saint-Marcel..." "Claro que sí. Estaba Trenet. Estaba Marie Dubas... La he visto salir en carne y hueso. Tenía un cochecito no mayor que esto..." Blondinet dice: "Yo solía ir allí. Vivo en Vanves y solía volver a pie cuando la noche era buena." "No está a un paso." "No, pero se es joven." Lambert dice: "Yo no echo de menos la cerveza. Nunca he sido aficionado a ella. Pero el vino, en cambio... Podía echarme al coleto dos litros al día. A veces, tres. Pero tenía que sudarlos. ¿Te das cuenta? Si tuviéramos vino esta noche, un lindo Médoc..." "¡Oye! ¿Tres litros?", pregunta Moulu. "¿Qué te extraña?" "Yo, si bebo más de uno, tengo acidez." "Es que tú tomarás blanco." "¡Ah, sí! Blanco, claro está. Nunca tomo otro." "¿Para qué seguir? Mira, mi vieja tiene sesenta y cinco años y vivo con ella. Pues bien, a su edad, todavía se toma su litro de tinto al día. Pero, claro está, es tinto..." Lambert se calla y sueña. Los otros sueñan también; escuchan tranquilamente, sin tratar de interrumpir, esas voces que hablan en nombre de todos. Brunet piensa en París, en la calle Montmartre, en un modesto bar adonde iba a tomar un vinito blanco aperitivo al salir de la *Huma*. El sargento dice: "En un domingo así, yo hubiera ido con mi mujer a mi huerta. Está a veinticinco kilómetros de París, poco después de Villeneuve-Saint-Georges; da unas

verduras excelentes." Un vozarrón aprueba desde el otro lado de los barrotes: "¡Ah! Es muy buena tierra la de todo ese lado." El sargento continúa: "Esta es la hora en que volvíamos. Tal vez un poco antes, con la puesta del sol; no me gusta andar en bici de noche. Mi mujer llevaba flores en su manubrio y yo metía las verduras en mi portaequipaje." Lambert dice: "Yo no salía los domingos. Hay demasiada gente en las calles y, además, trabajaba el lunes y la estación de Lyon no está muy cerca." "¿Qué diablos hacías en la estación de Lyon?" "Estoy en Informaciones, el edificio que se halla afuera. Cuando quieras hacer un viaje, no tienes más que venir a buscarme para tener un buen asiento. Incluso la víspera podría arreglarse." Moulu dice: "Yo no podría quedarme en casa. Tendría una murria espantosa. Claro está que vivo solo." Lambert se explaya: "Yo no salía incluso muchos sábados." "¿Y las chicas? ¿Cómo te las arreglabas?" "¿Las chicas? Subían a mi casa." Blondinet pregunta estupefacto: "¿A tu casa? ¿Y qué decía tu madre?" "No decía nada. Nos hacía la cena y después se iba al cine." Blondinet dice: "¡Ah, bien! Ya puedes decir que es tolerante. A mí, mi madre me molía a bofetadas, incluso a los dieciocho años, cuando me veía con una chica." "¿También tú vives con ella?" "Ahora, no; ahora, vivo con una chica." Blondinet se calla y, al cabo de unos instantes, prosigue: "Esta noche no hubiéramos salido tampoco... Nos hubiéramos hecho el amor." Hay un largo silencio. Brunet los escucha; se siente cotidiano, eterno. Casi tímidamente, dice: "Yo, a esta hora, estaba en un tabernucho de la calle Montmartre bebiendo un blanco aperitivo con los compañeros." Nadie le contesta. Un tipo canta *Mon cabanon* con una voz metálica. Brunet pregunta a Schneider: "¿Quién es ese?" Schneider contesta: "Es Gassou, un recaudador; es de Nîmes." El tipo sigue cantando, y Brunet piensa: "Schneider no ha dicho qué hacía los domingos."

* * *

Con un estremecimiento, una larga llamada melodiosa... ¿Qué era? Blanco el cristal del tragaluz; sobre el blanco piso de madera, los barrotes proyectan sus sombras... Las tres de la madrugada... Las viñas se agitan bajo el azufrado de la luna, el Allier se acaricia en sus islas frondosas y en Pont-de-Vau-Fleurville los viñadores esperan el tren de las tres pateando el suelo. Brunet pregunta alegremente: "¿Qué era?" Se sobresalta, porque alguien le contesta: "Ssss... Sss... Escucha..." *No estoy* en Maçon en mi cama; *no son* las vacaciones. De nuevo la gran llamada blanca: tres silbidos se tienden, se estiran y se hunden... Algo ha sucedido. El desván se agita y el enorme animal se mueve sobre el piso. En el fondo de la noche sin edad, una voz de vigía: "¡Un tren! ¡Un tren! ¡Un tren!" Era esto, pues: ¡el primer tren! Algo comienza: la noche abstracta se va a espesar, va a revivir, volverá a cantar. Todos hablan a la vez: "El tren, el primer tren, la vía está reparada; hay que reconocer que han hecho las cosas deprisa; el alemán siempre ha sido buen obrero; claro que les interesaba; hace falta que pongan las cosas en orden; a este paso, ya veréis cómo anda Francia; tal vez va a Nancy, tal vez al mismo París... ¡Ah, muchachos! Si hubiera ahí dentro prisioneros, prisioneros que vuelven... ¿Os dais cuenta?" El tren corre fuera por una vía provisional y toda una gran casa sombría está al acecho. Brunet piensa: es un tren de municiones; trata, por prudencia, de rechazar su infancia. Trata de ver los vagones enroñados, las lonas, un desierto de fundición y de acero... No puede: unas mujeres duermen a la luz de una lamparilla, en un olor a salchichón y vino: un hombre fuma en el pasillo y la noche, posada en las ventanillas, le devuelve su imagen; mañana por la mañana, París. Brunet sonríe, vuelve a acostarse envuelto en su infancia, bajo la luz murmurante de la luna. Mañana, París; dormita en el tren, apoyada la cabeza en un suave hombro desnudo, y se despierta en una luz de sedas... ¡París! Vuelve los ojos hacia la izquierda sin mover la cabeza: seis murciélagos se agarran a los muros

por las patas y sus alas caen como faldas. Se despierta por completo: los murciélagos son las negras sombras de las guerreras que cuelgan de la pared. Naturalmente, Moulu no se ha quitado su guerrera. Hay que obligarle a quitársela para dormir. Y a cambiarse de camisa; acabará por llenarnos a todos de piojos. Brunet bosteza; una mañana más. ¿Qué ha pasado esta noche? ¡Ah, sí, el tren! Se incorpora bruscamente, aparta la manta y se sienta. Su cuerpo es de madera, con curvas en zigzag... Hay una alegría de líneas en sus músculos entumecidos, como si la dureza del piso hubiera pasado a su carne. Se estira y piensa: "Si vuelvo, jamás me acostaré en una cama." Schneider duerme todavía, con la boca abierta y la expresión dolorosa; el norteño sonríe; Gassou, con el cabello enmarañado y los ojos irritados, recoge cortecillas de pan sobre la manta y las come; de cuando en cuando, abre la boca y pasa el pulgar por la punta de la lengua, para retirar una pelusa que ha quedado adherida a una miga. Moulu se rasca la cabeza con perplejidad y sus arrugas están acentuadas por trazos de suciedad; se juraría que se ha dado algo en los ojos... Hay que buscar el modo de que se lave. Blondinet parpadea con una expresión sombría e interrogante. De pronto, su rostro se ilumina: "¡Vaya!" De la manta emerge solamente su cabeza; parece extrañado y encantado. "¿Qué te pasa, pequeño?", pregunta Moulu. "¿Qué me pasa? Que la tengo a punto..." "¿A punto?—dice Moulu, con incredulidad—. ¡Narices!, como un trapo..." Blondinet aparta la manta; su camisa está recogida y deja al descubierto sus piernas rubias y velludas. "¡Es verdad! ¡Qué suerte!", exclama Moulu. Gassou dice, algo picado: "¿Suerte? Eso es más bien una desgracia..." "¡Envidioso! Poco que te gustaría una desgracia así", replica Blondinet. Moulu sacude a Lambert por el brazo y Lambert grita y se sobresalta: "¿Qué pasa?" "Mira..." Lambert se frota los ojos y comprueba. "¡Cuernos!", dice sencillamente. Sigue mirando y pregunta: "¿Se puede tocar?" "Me harías daño", dice Blondinet. "Podría ser postiza." Blondinet, escandalizado, repite:

"¡Postiza, postiza! Cuando era paisano, me despertaba todas las mañanas con una tranca el doble de gorda que esta." Está tumbado de espaldas con los brazos en cruz y los ojos entornados, sonriendo como un niño. Observa a través de sus pestañas cómo su miembro sube y baja al ritmo de la respiración y dice: "Empezaba a inquietarme. Tengo una mujer..." Se ríen. Brunet aparta la vista y siente un acceso de cólera. Moulu dice: "Yo iba al burdel; es decir, si eso no me sucediera, haría economías." Siguen riéndose. Blondinet se acaricia el sexo con una mano negligente y paternal y concluye: "¡El paraíso terrenal!" Brunet se vuelve bruscamente hacia Blondinet y le dice con los dientes apretados: "¡Tapa eso!" "¿Por qué?", pregunta Blondinet con una voz empañada por la voluptuosidad. Gassou, que es hombre leído, parodia a Brunet: "¡Tapad esos pechos que yo no debo ver!" Brunet les dice secamente: "¡Sois todos unos puercos!" Han vuelto las cabezas hacia él, lo miran y Brunet piensa: "No me tienen ninguna simpatía." Gassou murmura algo. Brunet se inclina hacia él: "¿Qué dices?" Gassou no contesta. Moulu, con suavidad conciliadora, observa: "De cuando en cuando, no es un crimen hablar de amor; eso cambia las ideas." Brunet dice: "Son los impotentes quienes hablan de amor. El amor se hace cuando se puede." "¿Y cuando no se puede?" "Lo mejor es callarse." Todos tienen expresiones turbadas y ladinas; lentamente, con renuencia, Blondinet atrae la manta hacia sí. Schneider sigue durmiendo. Brunet se inclina sobre el norteño y lo sacude. El otro gruñe y abre los ojos. "¡Un poco de gimnasia!", dice Brunet. "Sí, sí..." El norteño se levanta, toma su guerrera... Los dos bajan al patio de las cuadras. Delante de uno de los barracones, el tipógrafo, Dewrouckére y los tres cazadores los esperan. Brunet les grita de lejos: "¿Qué tal?" "Muy bien... ¿Has oído el tren esta noche?" Con fastidio, Brunet responde: "Sí, lo he oído." Su irritación desaparece pronto; estos muchachos son jóvenes, vivos, pulcros; el tipógrafo se ha ladeado un poco el gorro de cuartel, con una sombra de presunción.

Brunet les sonríe. Está lloviznando; al fondo del patio, los grupos esperan la misa. Brunet advierte con satisfacción que son menos numerosos que el primer domingo. "¿Has hecho lo que te dije?" Dewrouckére, sin contestar, abre la puerta del barracón; ha extendido paja sobre el piso. Brunet siente un olor húmedo de cuadra. "¿Dónde la has encontrado?" Dewrouckére sonríe: "Uno se las arregla." Brunet dice: "Está bien." Los mira cordialmente. Entran, se desvisten y no retienen más que sus calzoncillos y calcetines; Brunet hunde los pies en la blandura quebradiza de la paja. Está satisfecho y dice: "Vamos." Los hombres se ponen en fila, dando la espalda a la puerta. Brunet, dándoles cara, hace los movimientos contando. Le imitan y su respiración silba entre dientes. Brunet los observa con satisfacción mientras se doblan sobre los talones, con las manos detrás de la nuca, fornidos, con largos músculos en forma de huso. Dewrouckére y Brunet son los más fuertes, pero tienen músculos de bola; el tipógrafo está demasiado delgado. Brunet lo mira con cierta inquietud; luego, le asalta una idea, se levanta y grita: "¡Alto!" El tipógrafo está contento de la pausa y resopla. Brunet se le acerca: "¡Oye! Estás muy delgado." "Desde el veinte de junio he perdido seis kilos." "¿Cómo lo sabes?" "Hay una balanza en la enfermería." "Tienes que recuperar el peso. No comes bastante..." "¿Cómo quieres...?" "Hay un medio muy sencillo. Cada uno de nosotros te daremos una parte de nuestras raciones." "Yo...", comienza el tipógrafo. Brunet le impone silencio: "Yo soy el médico y te ordeno la sobrealimentación. ¿De acuerdo?" Brunet se dirige ahora a los demás. "De acuerdo", dicen. "Bien, tú pasarás todas las mañanas por nuestros compartimientos para recoger lo que te dejemos. ¡Vamos ahora!..." Flexión y rotación del tronco. Al cabo de un tiempo, el tipógrafo vacila y Brunet se pone ceñudo: "¿Qué te pasa ahora?" El tipógrafo sonríe excusándose: "Me resulta un poco duro." "No te detengas; sobre todo, no te detengas", dice Brunet. Los troncos giran como ruedas, las cabezas desafían

al cielo y se arrojan entre las piernas; vuelven a levantarse y se precipitan de nuevo. "¡Alto!" Se tumban de espaldas para hacer los movimientos abdominales; acabarán con el puente de espaldas; es algo que les divierte, pues se imaginan luchadores. Brunet siente que sus músculos trabajan y un dolor fino y largo tira de su ingle; está muy contento. Es el único momento agradable del día. Las vigas negras del techo giran hacia atrás, la paja le salta al rostro, respira su olor amarillo y sus manos tocan el suelo muy delante de sus pies. "¡Vamos, vamos!", dice. "El músculo tira...", observa el cazador. "Tanto mejor. ¡Vamos, vamos!" Brunet se levanta. "Tu turno, Marbot." Marbot practicaba luchas antes de la guerra; es masajista de oficio. Se acerca a Dewrouckére y le agarra por la cintura. Dewrouckére se ríe, con cosquillas, y se deja tirar hacia atrás sobre las manos vueltas. Ahora, es el turno de Brunet. Siente las manos calientes sobre sus costados y se echa hacia atrás. Marbot dice: "No, no, con suavidad. No te pongas rígido, rediós... No hagas fuerzas." Brunet tira de sus muslos. Oye crujidos. Está demasiado viejo y apenas toca el suelo con la punta de los dedos. Se levanta satisfecho a pesar de todo. Transpira. Les vuelve la espalda y hace el ejercicio del salto a la cuerda. "¡Alto!" Se vuelve bruscamente; el tipógrafo ha caído de bruces. Marbot lo instala suavemente sobre la paja y dice con un leve reproche: "Es demasiado para él." "No, no—replica Brunet, molesto—. Lo que pasa es que no tiene costumbre." El tipógrafo vuelve a abrir los ojos. Está pálido y respira penosamente. "¿Qué tal te sientes, calamidad?", le pregunta Brunet cordialmente. El tipógrafo le sonríe con confianza: "Bien, Brunet, bien... Siento que..." Brunet dice: "Bueno, bueno, todo irá mejor cuando comas más... Por hoy basta, muchachos. A la ducha y al paso gimnástico." En calzoncillos, con sus ropas bajo el brazo, corren hasta la manga de riego; tiran sus prendas sobre una lona de tienda, hacen así un paquete impermeable y se duchan bajo la llovizna. Brunet y el tipógrafo sostienen la manguera y dirigen el chorro sobre

Marbot. El tipógrafo dirige una mirada angustiada a Dewrouckére, se rasca la garganta y dice a Brunet: "Desearíamos hablar contigo..." Brunet se vuelve hacia el tipógrafo sin soltar la manguera y el tipógrafo baja la vista. Brunet está un poco irritado; no le gusta causar miedo. Dice secamente: "Esta tarde, a las tres, en el patio." Marbot se frota con un trozo de camisa caqui y vuelve a vestirse. De pronto, dice: "¡Eh, muchachos! Hay novedades." Un hombrachón moreno perora en medio de un grupo de prisioneros. Marbot dice: "Es Chaboche, el secretario. Voy a ver qué pasa." Marbot está muy excitado; Brunet le observa alejarse: el muy majadero no ha tenido tiempo de ponerse las polainas y lleva una en cada mano. "¿Qué crees que pueda ser?", pregunta el tipógrafo. Ha adoptado un tono indiferente, pero su voz no engaña: es la voz que toman todos cien veces al día, la voz de la esperanza. Brunet se encoge de hombros: "Será que los rusos han desembarcado en Bremen o que los ingleses han pedido el armisticio. Eso no cambia las cosas." Mira al tipógrafo sin simpatía. El muchacho se muere de ganas de ir a reunirse con los demás, pero no se atreve. Brunet no le agradece nada esa timidez; sabe que, en cuanto le vuelva la espalda, correrá hasta allí y se plantará delante de Chaboche con los ojos muy abiertos, las narices dilatadas, las orejas tiesas... "Dúchame", dice Brunet. Se quita los calzoncillos y su carne se alegra bajo el granizo astringente; bolitas de granizo y millones de diminutas bolitas de carne, fuerza... Se restriega el cuerpo con las manos, fija la mirada en los bobalicones. Marbot ha conseguido colocarse en medio del grupo y levanta hacia el orador su nariz respingona. ¡Cielos! Si al menos perdiera la esperanza; si al menos tuvieran *algo que hacer*... Antes de la guerra, era el trabajo lo que les servía de piedra de toque, lo que decidía acerca de la verdad, lo que regulaba sus relaciones en el mundo. Ahora, cuando ya no significan nada, creen que todo es posible, sueñan y no saben qué es lo cierto. Esos tres paseantes, que avanzan con largas ondulaciones naturales, con soltura y

lentitud, con sonrisas vegetales en la parte inferior del rostro, ¿están despiertos? De cuando en cuando, sale una palabra de su boca, como en sueños, y parece que no se dan cuenta de que han hablado. ¿En qué sueñan? Fabrican de la mañana a la noche, como una autotoxina, lo sensacional de que están privados; se cuentan día por día la historia que han dejado de hacer, una historia llena de golpes teatrales y de sangre. "Ya está bien." El chorro baja y se convierte en un hervidero de espuma entre los guijarros. Brunet se seca y Marbot vuelve hacia ellos con una expresión ciega y feliz. Se balancea un poco y después se decide a hablar. Con indiferencia fingida, dice: "Vamos a tener visitas." El rostro del tipógrafo se pone como la grana: "¿Cómo? *¿Qué* visitas?" "Las familias." "¿De veras? ¿Cuándo?", pregunta Brunet con ironía. Marbot se endereza bruscamente y le mira a los ojos, con la expresión de quien dice algo sensacional: "Hoy." "Desde luego... Y han encargado veinte mil camas para que los prisioneros puedan hacer el amor a sus mujeres", dice Brunet. Dewrouckére se ríe. El tipógrafo no se atreve a reírse, pero sus ojos siguen hambrientos. Marbot sonríe con tranquilidad: "No, no... Es oficial, Chaboche lo asegura." "¡Ah, si es Chaboche...!", exclama Brunet burlándose. "Dice que será anunciado mañana..." "Sí, en mi trasero", replica Dewrouckére. Brunet le sonríe. Marbot se muestra sorprendido: "Es en serio. Gartiser también lo ha dicho. Se lo ha dicho un camionero alemán. Parece que vienen de Epinal y Nancy." "¿Quiénes?" "Las familias, hombre... Han venido ayer en bici, en carros, a pie, en el tren de mercancías... Han dormido sobre colchonetas en la alcaldía y esta mañana han pedido al comandante alemán... Mira... *¡Mira!* El anuncio..." Un tipo está pegando un papel en la puerta y, en seguida, es el revuelo y el amontonamiento de la gente junto a la escalinata. Marbot muestra la puerta con un amplio ademán. "¿Qué? —pregunta triunfalmente—. ¿Es en tu trasero donde iban a poner el anuncio? Di, ¿es en tu trasero?" Dewrouckére se encoge de hombros. Brunet se pone lentamente la ca-

misa y el pantalón, molesto por haberse equivocado. "Salud, muchachos. Cerrad el grifo", dice. Va tranquilamente a incorporarse a la multitud que se apretuja junto a la puerta; hay todavía una esperanza de que sea un cuento como los demás. Brunet detesta las menudas alegrías inmerecidas que solazan de cuando en cuando a los corazones cobardes: un plato de sopa, la visita de las familias... Esto complica el trabajo. Lee desde lejos, por encima de las cabezas: "El comandante del campo autoriza a los prisioneros a recibir las visitas de sus familias (parentesco directo). Se acondicionará una sala del piso bajo a este fin. Las visitas se efectuarán hasta nueva orden el domingo, de catorce a diecisiete. Nunca podrán pasar de veinte minutos. Si la conducta de los prisioneros no justifica esta medida excepcional, será suspendida." Godchaux levanta la cabeza con un jadeo de felicidad: "Hay que hacerles justicia; no son unos canallas." A la izquierda de Brunet, el pequeño Gallois se echa a reír. Es una risa extraña de persona dormida. "¿Por qué te ríes?", pregunta Brunet. "¡Eh! Ya llega. Ya llega, poco a poco." "¿Qué es lo que llega?" Gallois, desconcertado, hace un vago ademán, deja de reírse y repite: "Ya llega." Brunet se abre paso entre la multitud y sube por las escaleras; a su alrededor, en las sombras del bajo, hay un hormiguero. Levanta la cabeza y ve manos de un azul pálido sobre la barandilla y una larga espiral oscilante de caras azules. Empuja, le empujan y sube tirando de los barrotes; le aplastan contra el pasamano, que cede un poco. Durante todo el día, los tipos suben y bajan sin el menor motivo. Piensa: "No hay nada que hacer; no son demasiado desgraciados." Se han convertido en rentistas, en propietarios; el cuartel es de ellos; han organizado expediciones al tejado y a los sótanos; han descubierto libros en una bodega. Desde luego, no hay medicamentos en la enfermería ni víveres en la cocina, pero tienen una enfermería, una cocina, una secretaría y hasta peluqueros. Se sienten administrados. Han escrito a sus familias y, desde hace dos días, ha retornado el tiempo de las ciudades.

Cuando la Kommandantur les ha prescrito que pongan sus relojes de acuerdo con la hora alemana, se han apresurado a obedecer, incluso aquellos que, desde el mes de junio, tenían parados sus relojes de pulsera en señal de duelo. La duración vaga que crecía como cizaña se ha militarizado; les han dado el tiempo alemán, el verdadero tiempo del vencedor, el mismo tiempo que pasa en Dantzig y en Berlín: el tiempo sagrado. No se sienten muy desdichados; están encuadrados, administrados, alimentados, alojados, gobernados y sin responsabilidades. Esta noche ha llegado ese tren y he aquí que van a venir las familias con los brazos cargados de conservas y consuelo. ¡Qué de lloriqueos, abrazos y besos! "Tenían mucha necesidad de esto, vaya... Hasta ahora, eran por lo menos modestos. Ahora, se van a sentir interesantes." Sus mujeres y sus madres han tenido tiempo de sobra para crearse el gran mito heroico del Prisionero; ahora, los infectarán a todos. Brunet llega al desván, avanza por el corredor, entra en su compartimiento y mira a sus compañeros con ira. Allí están, tumbados como de costumbre, sin hacer nada, entregados a sus ensoñaciones, cómodos y crédulos. Lambert, con las cejas enarcadas y la expresión rezongona y sorprendida, lee *Les petites filles modèles*. Basta una mirada para comprender que la noticia no ha llegado todavía al desván. Brunet vacila: ¿debe anunciarla? Se imagina el brillo de los ojos, la excitación jaranera. "Muy pronto lo sabrán." Se sienta en silencio. Schneider ha bajado a lavarse. El norteño no ha vuelto a subir todavía. Los otros miran a Brunet con consternación. "¿Qué pasa ahora?", pregunta Brunet. No le contestan en seguida; luego, bajando la voz, Moulu dice: "Hay piojos en el seis." Brunet se sobresalta y hace una mueca. Se siente nervioso, se encoleriza más aún, dice con violencia: "No quiero piojos aquí." Se calla bruscamente, se muerde el labio inferior y mira a los demás con incertidumbre. Nadie reacciona; las caras que se vuelven hacia él siguen serias y vagamente compungidas. Gassou pregunta: "Di, Brunet, ¿qué vamos a hacer?" Sí, sí, no me

tenéis ninguna simpatía, pero, en cuanto os veis en un apuro, recurrís a mí... Brunet responde con más suavidad: "No quisisteis mudaros cuando os lo dije..." "¿Adónde mudarnos?" "Había compartimientos libres. Lambert, te dije que vieras si la cocina del bajo estaba libre..." Moulu replica: "¿La cocina? Muchas gracias... Hay que dormir sobre las baldosas, exponiéndote a una pulmonía y, además, están las cucarachas..." "Son preferibles a los piojos. Lambert, te estoy hablando a ti. ¿Estuviste en la cocina?" "Sí." "¿Y qué?" "Ocupada." "¡Claro! Hace ocho días que debiste ir..." Brunet siente que la cara se le congestiona, levanta la voz y grita: "¡No habrá piojos aquí! ¡No, no los habrá!" Blondinet dice: "¡Vamos, vamos! No te pongas así... No es nuestra culpa." Pero el sargento grita a su vez: "¡Tiene mucha razón para gritar! ¡Mucha razón! Yo hice toda la guerra del catorce y jamás tuve piojos. No voy a tenerlos ahora por unos cochinos como vosotros que ni siquiera saben lavarse." Brunet se ha dominado y dice con voz tranquila: "Hay que tomar medidas inmediatas." Blondinet dice con sorna: "Estamos dispuestos... Pero ¿cuáles?" Brunet dice: "En primer lugar, *todos* pasaréis todas las mañanas por la ducha. Luego, cada cual se despiojará *todas las noches*." "¿Qué quiere decir eso?" "Que os pondréis en pelota, tomaréis vuestras guerreras, vuestros calzoncillos y vuestras camisas y miraréis si hay liendres en las costuras. Si lleváis fajas de franela, tened en cuenta que se meten ahí preferentemente..." "Va a ser divertido", suspira Gassou. Brunet prosigue: "Al acostaros, colgaréis vuestras ropas de los clavos, incluidas las camisas. Dormiremos en pelota bajo las mantas." "¡Cuernos! No quiero agarrar una bronquitis", dice Moulu. Brunet se vuelve vivamente hacia él: "Ahora, va por ti, Moulu. Eres un nido de piojos. Y esto no puede continuar." "¡No es verdad!—grita Moulu, sofocado por la indignación—. ¡No es verdad! No tengo piojos..." "Tal vez no los tengas ahora, pero, si hay un piojo en un radio de veinte kilómetros, acudirá a ti, con tanta seguridad como que hemos perdido la gue-

rra." "No veo el motivo—dice Moulu, muy picado—. ¿Por qué a mí y no a ti? Verdaderamente, no veo razón alguna..." Brunet, con voz tonante, le grita: "Hay una: la de que estás tan sucio como un cerdo..." Moulu le dirige una mirada llena de veneno y abre la boca para replicar, pero todos los demás se ríen e increpan: "Tiene razón: hiedes, apestas, hueles a jovencita que no se lava; eres un excremento, nos quitas el apetito, nos dejas sin respiración cuando te acercas..." Moulu se incorpora y los mira de arriba abajo. Y dice sorprendido: "Yo me lavo. Yo me lavo tal vez más que vosotros. Pero yo no soy como ciertos tipos que se ponen en pelota en medio del patio para llamar la atención..." Brunet le pone un dedo bajo la nariz: "¿Te has lavado ayer?" "Naturalmente." "Entonces, enseña tus pies." Moulu se sobresalta: "Déjate de tonterías." Dobla las piernas y se sienta sobre sus talones, a la turca. "No estoy dispuesto a enseñar mis pies a nadie." "¡Quitadle las botas!", ordena Brunet. Lambert y Blondinet se echan sobre Moulu, le agarran por la cintura y lo tumban en el suelo, de espaldas. Gassou le hace cosquillas en los costados. Moulu se estremece, jadea, escupe, ríe y suspira: "¡Basta! ¡Basta, muchachos! ¡No seáis brutos! No puedo soportar las cosquillas." "Pues quédate quieto", dice el sargento. Moulu obedece, todavía con estremecimientos. Lambert se sienta sobre su pecho. El sargento suelta el cordón de la bota derecha, tira de esta y aparece el pie. Ahora, el sargento se pone pálido, suelta la bota y se levanta súbitamente: "¡Cielos!", exclama. "¡Sí, cielos!", repite Brunet. Lambert y Blondinet se levantan en silencio y miran a Moulu con sorpresa admirativa. Moulu, sereno y digno, vuelve a sentarse. Llega una voz furiosa del compartimiento vecino: "¡Eh, los del cuatro! ¿Qué estáis haciendo ahí? ¿Qué peste es esa? Huele a manteca rancia." "Es Moulu, que se está descalzando", explica Lambert, con sencillez. Contemplan el pie de Moulu; el dedo gordo, negro, sale del calcetín roto. Lambert pregunta: "¿Te has visto las plantas de los pies? Eso no es un calcetín;

es encaje." Gassou respira con el pañuelo en las narices. Blondinet menea la cabeza y murmura con una especie de respeto: "¡Ah, el muy cochino! ¡Ah, el muy cochino!" Brunet dice: "Es el colmo... ¡Tapa eso!" Moulu mete de nuevo con precipitación el pie en la bota. Muy serio, Brunet continúa: "Moulu, eres un peligro público. Vas a tomar una ducha ahora mismo. Si no estás lavado dentro de media hora, no comerás y, desde luego, tampoco dormirás aquí esta noche." Moulu le mira con rabia, pero se levanta sin protestar. Se limita a decir: "Entonces, ¿eres tú quien manda aquí?" Brunet no contesta. Moulu sale y los demás bromean. Pero Brunet no bromea, piensa en los piojos y se dice: "En todo caso, *yo* no los tendré." Blondinet pregunta: "¿Qué hora es? Tengo el estómago en los talones." "Las doce", dice el sargento. "¿Las doce? Es la hora del rancho." "¿Quién está de servicio?" "Gassou." "Bueno, muévete, Gassou." "Hay tiempo." "Muévete, te digo. Cuando estás de servicio, siempre somos los últimos..." "¡Ya va!" Gassou se pone rabiosamente el gorro de cuartel y sale. Lambert vuelve a su lectura. Brunet siente una picazón nerviosa en los omóplatos y Lambert se rasca el muslo mientras lee. Blondinet le mira: "¿Tienes piojos?" "No, pero desde que hemos hablado de eso..." "¡Mira! A mí me pasa lo mismo", dice Blondinet. Se rasca el cuello y pregunta: "Brunet, ¿a ti no te pica?" "No", contesta Brunet. Se callan. Blondinet se rasca con una sonrisa crispada; Lambert lee y se rasca; Brunet se mete las manos en los bolsillos y no se rasca. Gassou reaparece y dice con la expresión hosca: "¿Es que os estáis burlando de mí?" "¿Dónde está el pan?" "¿El pan? Pedazo de idiota, no hay nadie abajo y las cocinas ni siquiera están abiertas." Lambert mira a Gassou con aturdimiento: "¿Es que van a empezar como en junio?" Sus almas proféticas y perezosas están siempre dispuestas a creer lo mejor o lo peor. Brunet se vuelve hacia el sargento: "¿Qué hora tienes?" "Las doce y diez." "¿Estás seguro de que tu reloj anda bien?" El sargento sonríe y mira su reloj con complacen-

cia. "Es un reloj suizo", dice con sencillez. Brunet grita a los tipos del compartimiento inmediato: "¿Qué hora tenéis?" "Las once y diez", responde una voz. El sargento se muestra triunfal: "¿Qué os había dicho?" "Nos habías dicho las doce y diez, idiota", le contesta rencorosamente Gassou. "Eso es; las doce y diez en Francia y las once y diez entre los boches." "¡Estúpido!", grita Gassou rabiosamente. Pasa por encima del cuerpo de Lambert y se deja caer sobre la manta. El sargento continúa tranquilamente: "No es precisamente cuando Francia está hundida el momento de abandonar la hora francesa." "Ya no hay hora francesa, tú, payaso. De Marsella a Estrasburgo, no hay más hora que la de los Fritz." El sargento insiste, apacible y tozudo: "Tal vez sea así. Pero no ha nacido todavía quien cambie *mi* hora." Se vuelve hacia Brunet y explica: "Cuando los Fritz tengan que salir de estampía, ¡veréis cómo os agrada encontrar de nuevo la hora francesa!" Lambert grita: "¡Eh! Mirad a Moulu convertido en un elegante." Moulu entra, rosado y fresco, con aspecto de persona endomingada. Todos se ríen. "¿Qué tal, Moulu? ¿Estaba buena?" "¿Qué?" "El agua." "Sí, sí, muy buena", dice Moulu distraídamente. "Muy bien—dice Brunet—. En adelante nos enseñarás tus pies todos los días." Moulu parece no oír y luce una sonrisa importante y misteriosa. "Hay novedades, muchachos: agarraos bien..." Los rostros brillan, se encienden, se distienden... Moulu dice: "Vamos a recibir visitas." Brunet se levanta sin ruido y sale. A su espalda, se grita. Apresura el paso y se mete en la selva trepadora de la escalera. El patio está muy animado; los hombres dan lentamente vueltas bajo la llovizna, los unos detrás de los otros. Miran todos hacia el interior del círculo que describen. Todas las ventanas están guarnecidas por cabezas que miran. Ha ocurrido algo. Brunet entra en las filas y se pone también a dar vueltas, pero sin curiosidad. Todos los días, en este mismo sitio, ocurre algo. Unos hombres se inmovilizan y parecen esperar; otros, giran alrededor de ellos, mirándolos. Brunet pasea y el sargento André le

sonríe: "Hombre, Brunet... Apostaría que estás buscando a Schneider." "¿Lo has visto?", pregunta vivamente Brunet. André contesta bromeando: "Claro... Y te anda buscando." Se vuelve a los otros y dice con sorna: "Estos dos son la soga y el caldero. Si no están juntos, es que el uno corre tras el otro." Brunet sonríe: soga y caldero, ¿por qué no? Tolera su amistad con Schneider porque no le quita tiempo; es una amistad de transatlántico, que no compromete; si retornan algún día del cautiverio, ya no se verán más. Una amistad sin exigencias, sin derechos, sin responsabilidades: nada más que un poco de calor en el hueco del estómago. Pasea y André pasea a su lado, en silencio. En el centro de este lento maelström hay una zona de calma absoluta: unos hombres con capote, sentados en el suelo o sobre sus sacos. André detiene a Clapot al paso: "¿Quiénes son esos?" "Castigados", dice Clapot. "¿Qué dices?" Clapot se desprende con impaciencia: "Castigados, te digo." Vuelven a pasear sin apartar la vista de aquellos hombres inmóviles y mudos. André farfulla: "¡Castigados! Primera vez que veo castigados... ¿Castigados por qué? ¿Qué es lo que han hecho?" Brunet siente un alivio: Schneider está allí, en el borde del maelström; examina el grupo de castigados frotándose la nariz. A Brunet le gusta el modo que Schneider tiene de ladear la cabeza. Piensa con placer: "Vamos a charlar." Schneider es muy inteligente. Más inteligente que Brunet. No tiene mucha importancia la inteligencia, pero es algo que hace las relaciones agradables. Pone la mano en el hombro de Schneider y le sonríe. Schneider le devuelve una sonrisa sin alegría. Brunet se pregunta a veces si Schneider disfruta en su compañía; siempre andan juntos, pero si Schneider tiene simpatía por Brunet, no se la manifiesta muchas veces. En el fondo, Brunet se lo agradece, porque odia las expansiones. André pregunta: "¡Qué! ¿Ya has encontrado a tu Schneider?" Brunet se ríe, pero Schneider no. André pregunta a Schneider: "¡Oye! ¿Por qué están esos castigados?" "¿Quiénes?" "Esos muchachos..." Schneider dice: "No están

castigados. Son los alsacianos. ¿No ves a Gartiser en la primera fila?" "¡Ah! Es eso..." André tiene una expresión de satisfacción; queda un momento junto a los dos amigos, con las manos en los bolsillos, enterado, saturado. Luego, siente una preocupación repentina. "¿Por qué están ahí?", pregunta. Schneider se encoge de hombros: "Vete a preguntárselo." André vacila; luego, se acerca al grupo con pasos lentos, fingiendo indiferencia. Los alsacianos, tensos e inquietos, sentados muy derechos, inseguros, con sus capotes como faldas alrededor, parecen emigrantes en el puente de un barco. Gartiser está sentado como un sastre, con las manos sobre los muslos; sus grandes ojos se mueven de un lado a otro en su ancha cara. André dice: "¡Eh, muchachos! ¿Hay alguna novedad?" No le contestan; el rostro de expresión incierta de André se balancea por encima de las cabezas inclinadas. "¿Hay alguna novedad?" No hay respuesta. "Yo creía que había alguna novedad al veros así sentados. ¡Eh, Gartiser!" Gartiser se decide a levantar la cabeza y mira a André con melancolía. "¿Por qué os habéis reunido los alsacianos?" "Porque nos lo han ordenado." "Pero ¿os han dicho que recojáis los capotes y los equipos?" "Sí." "¿Por qué?" "No lo sé." La cara de André está roja de excitación: "En fin, ¿no lo sospecháis?" Gartiser no contesta; detrás de él, hablan alsaciano con impaciencia. André se ofende: "¡Muy bien! Este invierno no estabais tan orgullosos y os cuidabais de no usar vuestro *patois,* pero, ahora, como nos han vencido, ya no sabéis hablar francés." Las cabezas ni siquiera se levantan; el alsaciano es ese murmullo continuo y natural del follaje movido por el viento. André habla con sorna, con la vista fija en la alfombra de cabezas: "No es muy divertido ser francés hoy, ¿verdad, muchachos?" "No te preocupes por nosotros; no vamos a serlo mucho tiempo", le dice vivamente Gartiser. André vacila, frunce el entrecejo, busca la réplica mordaz y no la encuentra. Da media vuelta y vuelve hacia Brunet. "¡Vaya...!" A espaldas de Brunet, se alzan unas voces irritadas: "¿Qué

necesidad tenías de hablarles? No tenías más que dejarles en paz. Son boches..." Brunet se vuelve y mira: caras agrias y lívidas, de leche cortada: la envidia. La envidia de pequeños burgueses, de modestos comerciantes de barrio... Han envidiado a los funcionarios y luego a los destinados a servicios especiales. Ahora, envidian a los alsacianos. Brunet sonríe; observa los ojos inflamados por el despecho. Les duele ser franceses; esto ya es mejor que la resignación pasiva; cabe trabajar hasta con la envidia... "¿Es que te han prestado alguna cosa o ayudado en algo?" "¡Qué disparate! Tenían comida los primeros días y la comían en tus narices, dejándote que reventaras..." Los alsacianos oyen; vuelven hacia los franceses sus caras encendidas y rubias; tal vez haya jaleo. Un grito ronco... Los franceses dan un salto hacia atrás... Los alsacianos se levantan y se cuadran. En la escalinata, acaba de aparecer un oficial alemán alto y delgado, con unos ojos hundidos en una cara bronca. Habla y los alsacianos escuchan. Gartiser, muy colorado, alarga el cuello. Los franceses también escuchan, sin comprender, con un interés lleno de consideración. Su cólera se ha calmado; se dan cuenta de que asisten a una ceremonia oficial. Una ceremonia siempre resulta halagadora. El oficial habla, el tiempo pasa, tenso y sagrado, y esta lengua extraña es como el latín de la misa. Ya nadie envidia a los alsacianos; tienen la dignidad de un coro. André menea la cabeza y dice: "No es idioma tan feo su galimatías..." Brunet no contesta; son como monos y no pueden prolongar sus cóleras más allá de los cinco minutos. Pregunta a Schneider: "¿Qué dice?" "Les dice que están liberados." La voz del comandante sale en sacudidas entusiastas de la cara morena; la voz grita, pero los ojos no brillan. "¿Qué dice?" Schneider traduce en voz baja: "Gracias al Führer, Alsacia va a volver al seno de la madre patria." Brunet se vuelve hacia los alsacianos, pero tienen rostros lentos, siempre retrasados respecto a sus pasiones. Sin embargo, dos o tres se han puesto encendidos. Brunet se divierte. La voz alemana se eleva y se precipita, salta de escalón en escalón... El oficial

levanta los puños por encima de su cabeza y siguen con los codos el compás de su voz de gloria... Todo el mundo está emocionado, como cuando pasa la bandera o una banda militar. Los dos puños se abren y saltan en el aire y los hombres se estremecen. El oficial ha gritado: "Heil Hitler!" Los alsacianos han quedado petrificados; Gartiser se vuelve hacia ellos y los fulmina con la mirada; luego, mira al comandante, tiende los brazos hacia adelante y grita: "Heil!" Hay un silencio imperceptible y, en seguida, los brazos se levantan; involuntariamente, Brunet agarra la muñeca de Schneider y la aprieta con fuerza. Ahora, se grita. Hay quienes gritan "Heil" con pasión y otros que se limitan a abrir la boca sin emitir sonido, como las gentes que fingen cantar en la iglesia. En la última fila, baja la cabeza y con las manos hundidas en los bolsillos, un hombrachón parece estar sufriendo. Los brazos descienden, Brunet suelta la muñeca de Schneider; los franceses se callan y los alsacianos vuelven a cuadrarse. Tienen unos rostros marmóreos, ciegos y sordos, bajo la llama dorada de sus cabellos. El comandante da una orden, la columna se pone en movimiento, los franceses se apartan y los alsacianos desfilan entre dos hileras de curiosos. Brunet se vuelve y mira los rostros jadeantes de sus camaradas. Le gustaría leer en ellos el furor y el odio, pero no lee más que un dulce deseo parpadeante. A lo lejos se ha abierto la verja; de pie en la escalinata, el comandante alemán contempla con sonrisa bonachona a la columna que se aleja. "¡Hay que ver, hay que ver...!", murmura André. Y un barbudo dice: "¡Rediós! Cuando pienso que he nacido en Limoges..." André menea la cabeza y repite: "¡Hay que ver...!" "¿Qué te pasa?", le pregunta Charpin, el cocinero. "¡Hay que ver...!", dice André. El cocinero se muestra muy alegre y animado. Pregunta: "¡Oye, muchacho!, si bastara que gritaras "Heil Hitler" para que te mandaran a casa, ¿no gritarías, acaso? Eso no compromete a nada. Tú gritas, pero no dices lo que piensas." "¡Oh, desde luego! Yo gritaría lo que me pidieran, pero el caso de ellos no es el

mismo. Son alsacianos y tienen deberes con Francia." Brunet hace una señal a Schneider; se escapan y se refugian en el otro patio, que está desierto. Brunet se apoya en el muro, bajo el cobertizo, frente a las cuadras; no lejos de ellos, sentado en el suelo, hay un soldado larguirucho de cráneo puntiagudo y cabello ralo; está abrazándose las rodillas y tiene el aspecto del tonto del pueblo. Brunet se mira los pies. "¿Has visto a los dos socialistas alsacianos?", pregunta. "¿Qué socialistas?" "Había entre los alsacianos dos socialistas; Dewrouckère entró en contacto con ellos la semana última; querían comerse al mundo." "¿Y?" "Han levantado el brazo como los demás." Schneider no contesta. Brunet fija su mirada en el tonto del pueblo; es un joven, con una nariz aguileña, a cincel, verdadera nariz de rico; sobre su rostro selecto, modelado por treinta años de vida burguesa, con finas arrugas, transparencias y todas las sinuosidades de la inteligencia, se ha instalado la desorientación serena del animal. Brunet se encoge de hombros: "Es siempre lo mismo. Conoces un día a un tipo y está de acuerdo; al día siguiente, ha cambiado de bando o simula que no te conoce." Señala con el dedo al idiota: "Estaba acostumbrado a trabajar con hombres. Pero no con eso..." Schneider sonríe: "*Eso* era un ingeniero de la Thompson. Lo que se llama un chico de porvenir." "Bien, ahora tiene su porvenir detrás", comenta Brunet. "Bien, ¿cuántos somos?", pregunta Schneider. "Como te digo, no hay modo de saberlo; la cifra cambia cada día. En fin, supongamos que somos unos cien..." "¿Cien entre treinta mil?" "Sí. Cien entre treinta mil." Schneider ha hecho la pregunta con una voz indiferente; no hace ningún comentario y, sin embargo, Brunet no se atreve a mirarlo. "Hay algo que no funciona —prosigue Brunet—. De acuerdo con las bases del treinta y seis, deberíamos agrupar holgadamente a una tercera parte de los prisioneros." "Ya no estamos en el treinta y seis", observa Schneider. "Ya lo sé." Schneider se toca la nariz con la punta del índice: "Lo que pasa es que reclutamos sobre todo a los fastidiados. Eso ex-

plica la inestabilidad de nuestra clientela. Un fastidiado no es necesariamente un descontento; por el contrario, está contento de protestar. Si le propones que saque las consecuencias de lo que dice, simula que está de acuerdo, naturalmente, para que no parezca que se desinfla, pero, en cuanto le vuelves la espalda, se convierte en corriente de aire. He hecho ya diez veces esta experiencia." "Yo también", dice Brunet. "Sería necesario reclutar a los verdaderos descontentos, a todos esos valientes tipos de izquierda que leían *Marianne* y *Vendredi,* que creían en la democracia y el progreso." "Eso es verdad", asiente Brunet. Mira las cruces de madera en lo alto del montículo y la hierba barnizada por la llovizna y añade: "De cuando en cuando, me cruzo con un tipo que se pasea solo con aspecto de convaleciente y me digo: este es uno. Pero ¿qué quieres? En cuanto te acercas a él, se asusta. Se diría que desconfían de todo." Schneider dice: "No es eso solo. Creo más bien que se trata de pobres vergonzantes. Saben que son los vencidos de la guerra y que ya nunca levantarán cabeza." Brunet observa: "En el fondo, no quieren reanudar la lucha; prefieren convencerse de que su derrota es irremediable; es más halagador." Schneider dice entre dientes, con una expresión extraña: "Y bien, ¿qué? Eso consuela..." "¿Cómo?" "Siempre consuela pensar que tu fracaso es el de la especie entera." "¡Son suicidas!", exclama Brunet con asco. "Si quieres...", dice Schneider. Y agrega con suavidad: "Pero ¿sabes?, Francia es ellos. Si no llegas a ellos, lo que haces no sirve para nada." Brunet vuelve la cabeza y mira al idiota. El rostro desierto le fascina. El idiota bosteza voluptuosamente y llora; un perro bosteza, Francia bosteza, Brunet bosteza... Deja de bostezar y pregunta, sin levantar los ojos, con una voz baja y rápida: "¿Hay que continuar?" "¿Continuar qué?" "El trabajo." Schneider se ríe en forma seca y desagradable: "Y me preguntas eso a mí..." Brunet levanta rápidamente la cabeza y sorprende en los gruesos labios de Schneider una sonrisa sádica y dolorosa que está borrándose. Schneider pregunta: "¿Qué

harías si dejaras este trabajo?" La sonrisa ha desaparecido y el rostro ha vuelto a ser un rostro liso, pesado y tranquilo, un mar muerto; jamás comprenderé esta cara... "¿Qué es lo que haría? Saldría de aquí; iría a reunirme con los camaradas de París." "¿De París?" Schneider se rasca la cabeza. Brunet pregunta vivamente: "¿Crees que allí será lo mismo?" Schneider reflexiona: "Si los alemanes son corteses..." Brunet dice: "Dalo por supuesto. Puedes tener la seguridad de que están ayudando a los ciegos a cruzar la calle." "Entonces, sí, será lo mismo." Schneider se endereza bruscamente y mira a Brunet con una curiosidad sin dolor: "¿Qué es lo que esperas?" Brunet se pone tenso: "Yo no espero nada; jamás he esperado nada. Me importa un comino la esperanza. Yo *sé.*" "Entonces, ¿qué es lo que sabes?" Brunet dice: "Sé que tarde o temprano la U.R.S.S. entrará en el baile; sé que espera su hora y quiero que nuestros muchachos estén preparados." Schneider dice: "Su hora ha pasado. Antes del otoño, Inglaterra estará deshecha. Si la U.R.S.S. no ha intervenido cuando había la esperanza de crear dos frentes, ¿cómo quieres que intervenga ahora, cuando tendrá que luchar sola?" "La U.R.S.S. es el país de los trabajadores. Y los trabajadores rusos no permitirán que el proletariado europeo quede bajo la bota nazi." "Entonces, ¿por qué han permitido que Molotov firme el pacto germano-soviético?" "En ese momento no cabía hacer otra cosa. La U.R.S.S. no estaba preparada." "¿Y qué te demuestra que está más preparada hoy?" Brunet apoya su palma en la tapia con irritación: "No estamos en el café del Comercio y no voy a discutir eso contigo; soy un militante y no he perdido mi tiempo dedicándome a la alta especulación política; tenía mis tareas que cumplir y las cumplía. Para lo demás, confiaba en el Comité Central y en la U.R.S.S. No voy a cambiar ahora." Schneider dice tristemente: "Es lo que yo me decía: vives de esperanzas." Este tono fúnebre exaspera a Brunet; le parece que la tristeza de Schneider es fingida. Sin levantar la voz, dice: "Schneider, no es imposible que todo el Politburó

se haya vuelto loco. Pero, si vamos a eso, tampoco es imposible que este cobertizo te caiga encima y, sin embargo, no te pasas la vida vigilando el techo. Después, puedes replicarme, si te agrada, que confías en Dios o en el arquitecto. Son palabras. Tú sabes muy bien que hay leyes naturales y que los inmuebles tienen la costumbre de mantenerse en pie si han sido construidos conforme a esas leyes. ¿Entonces? ¿Por qué quieres que me pase la vida interrogándome acerca de la política de la U.R.S.S., y a qué viene hablarme de la confianza en Stalin? Tengo confianza en él, sí, y en Molotov y Zdanov; en la misma medida en que tú tienes confianza en la solidez de esos muros. Dicho de otro modo: yo sé que hay leyes históricas y que, en virtud de esas leyes, el país de los trabajadores y los proletariados europeos tienen intereses idénticos. Desde luego, yo no pienso en estas cosas a menudo, del mismo modo que tú no piensas a menudo en los cimientos de tu casa; es el piso bajo mis pies, el techo sobre mi cabeza... Es una certidumbre que me lleva, me abriga y me permite perseguir los objetivos concretos que el partido me asigna. Cuando tú tiendes la mano para tomar tu plato, tu ademán, por sí solo, postula el determinismo universal; en mi caso, es lo mismo: el menor de mis actos afirma implícitamente que la U.R.S.S. es la vanguardia de la Revolución mundial." Brunet mira a Schneider con ironía y concluye: "¿Qué quieres? No soy más que un militante." Schneider no ha abandonado su aspecto de desaliento; deja que sus brazos cuelguen y tiene los ojos empañados. Se diría que quiere esconder la agilidad de su espíritu tras la lentitud de su mímica. Brunet lo ha observado con frecuencia: Schneider trata de retardar su inteligencia, como si quisiera aclimatar en él cierto género de meditación paciente y tenaz que considera, sin duda, que es lo que corresponde a los campesinos y a los soldados. ¿Por qué? ¿Para afirmar hasta el fondo de sí mismo su solidaridad con ellos? ¿Para protestar contra los intelectuales y los jefes? ¿Por odio a la pedantería? Schneider dice: "Muy bien, amigo. Milita,

milita. Sin embargo, tu actuación se parece mucho a la palabrería del café del Comercio; hemos reunido apenas a cien idealistas desdichados y les dedicamos una serie de tonterías acerca del porvenir de Europa." "Es fatal —replica Brunet—. Como no trabajan todavía, no puedo encomendarles ninguna *tarea;* hablamos y establecemos contactos. Espera que nos transporten a Alemania; verás entonces si no hay cosas que hacer." Con voz adormilada, Schneider replica: "¡Oh, sí esperaré! Claro que esperaré; ¿qué remedio me queda? Pero los curas y los nazis no esperan. Y su propaganda es mucho más eficaz que la nuestra." Brunet mira a Schneider a los ojos: "Entonces, ¿adónde quieres llegar?" "Yo—contesta, asombrado, Schneider—, verdaderamente... No quiero llegar a parte alguna. Hablábamos únicamente de las dificultades del reclutamiento..." Brunet replica con violencia: "¿Es culpa mía acaso que los franceses sean unos cochinos sin empuje ni coraje? ¿Es culpa mía acaso que...?" Schneider le interrumpe. Se endereza, con la expresión dura y una voz tan rápida y balbuceante que se creería que otro le ha robado la boca para insultar a Brunet: "Tú eres... siempre el mismo... ¡Eres *tú* el cochino, *tú!* Es fácil sentirse superior cuando se tiene un partido detrás... Cuando se tiene una cultura política y se está habituado a los golpes duros, es fácil despreciar a los pobres muchachos hundidos hasta el cuello..." Brunet no se conmueve; lo único que siente es haber perdido la paciencia. "Yo no desprecio a nadie. En cuanto a los compañeros, estoy dispuesto a concederles todas las circunstancias atenuantes." Schneider no le escucha; sus grandes ojos se dilatan y parece que está a la espera de un acontecimiento interior. De pronto, comienza a gritar: "Sí, es tu culpa... ¡Sí, es tu culpa!" Brunet lo mira sin comprender; hay un color malsano en las mejillas de Schneider; es más que cólera; se diría un viejo odio, un odio de familia largo tiempo escondido y que disfruta estallando por fin. Brunet mira esta cabeza enorme y congestionada, una cabeza de confesión pública, y piensa: algo va a pasar.

Schneider le agarra por el brazo y le señala al ingeniero de la Thompson, quien da vueltas a sus pulgares con inocencia. Hay un instante de silencio, porque Schneider está demasiado emocionado para hablar. Brunet se siente frío y tranquilo; siempre le calma la cólera de los demás. Espera; va a saber lo que Schneider guarda dentro. Schneider hace un violento esfuerzo: "¡Ahí tienes a uno! A uno de los que carecen de empuje y coraje. Un tipo como yo, como Moulu, como todos nosotros, no como tú, desde luego. Es *verdad* que se ha convertido en un cochino, tan verdad que él mismo está convencido de ello. Pero yo le he visto en Toul, en septiembre; le aterraba la guerra, pero la aceptaba, porque creía que había razones para batirse. Te juro que no era entonces un cochino... Y mira lo que has hecho de él. Estáis todos de acuerdo: Pétain con Hitler, Hitler con Stalin... Todos les decís que son doblemente culpables: culpables de haber ido a la guerra y culpables de haberla perdido. Estáis quitándoles ahora todas las razones que ellos habían creído tener para batirse. A este pobre hombre, que creía que iba a la cruzada del Derecho y la Justicia, queréis convencerlo ahora que se dejó meter por aturdimiento en una guerra imperialista; ya no sabe lo que quiere ni comprende lo que hace. No solamente está triunfando el ejército del enemigo; también triunfa su ideología. Y este hombre queda ahí, fuera del mundo y de la Historia, con ideas muertas, tratando de defenderse, de volver a examinar la situación. Pero ¿con qué? Hasta sus medios de pensar han sido liquidados; le habéis metido la muerte en el alma." Brunet no puede dejar de reírse: "Pero, oye, ¿a quién estás hablando? ¿A mí o a Hitler?" Schneider dice: "Hablo al redactor de la *Huma,* al miembro del Partido Comunista, al hombre que escribía el veintinueve de agosto del treinta y nueve para celebrar a dos columnas la firma del pacto germano-soviético." "¡Ya estamos!", exclamó Brunet. "Bien, sí, ya estamos", dice Schneider: "El Partido Comunista era contrario a la guerra; lo sabes muy bien", observa Brunet apaciblemente. "Contrario a la gue-

rra, sí. Por lo menos, así lo decía a gritos. Pero, al mismo tiempo, aprobaba el pacto que la hacía inevitable." "No —dice Brunet con fuerza—, el pacto que era nuestra única posibilidad de impedirla." Schneider se echa a reír; Brunet sonríe y se calla. Schneider cesa de reírse bruscamente: "Pero sí, mírame, mírame... Adopta tu actitud de médico de los muertos. Cien veces te he sorprendido mirando a nuestros compañeros con tus ojos fríos, como quien levanta un acta. ¿Y bien? ¿Qué constancias registrabas? ¿Soy un desecho del proceso histórico? De acuerdo. Todo lo desecho que tú quieras. Pero no estoy muerto, Brunet, *no estoy muerto,* por desgracia. Tengo que vivir mi ignominia; ese mal sabor de boca que tú no comprenderás jamás. Eres un abstracto, y sois los abstractos quienes nos habéis convertido en desechos." Brunet se calla y mira a Schneider, quien vacila, con ojos duros y asustados, como si tuviera en la punta de la lengua palabras irreparables. Se pone repentinamente pálido y una bocanada de terror empaña su mirada; cierra la boca. Al cabo de un instante, continúa con una gruesa voz tranquila y monótona: "Bien, bien... Estamos todos hasta el cuello, tú como nosotros; es tu excusa. Desde luego, tú continúas considerándote el proceso histórico, pero ya no estás en él. El Partido Comunista se reconstruye sin ti y sobre bases que ignoras. Podrías escaparte, pero no te atreves, porque tienes miedo de lo que puedes encontrar allí. Tú también tienes la muerte en el alma." Brunet sonríe. No; así, no. No le dominarán así; son palabras que no le afectan. Schneider se calla y se estremece; a fin de cuentas, no ha pasado nada. Absolutamente nada; está un poco nervioso, eso es todo. En cuanto a la cantilena del pacto germano-soviético, Brunet la ha oído cien veces por lo menos desde septiembre. El soldado ha debido de comprender que estaban hablando de él; se despliega lentamente y se va sobre sus largas piernas andando de costado, como un animal temeroso. *¿Quién* es Schneider? ¿Un intelectual burgués? ¿Un anarquista de derecha? ¿Un fascista inconsciente? Los fascistas tam-

poco querían la guerra. Brunet se vuelve hacia él; no ve más que un soldado harapiento y perplejo que no tiene nada que defender ni perder y que se frota distraídamente la nariz. Brunet piensa: "Ha querido molestarme." Pero no tiene resentimiento. Y pregunta con suavidad: "Si piensas así, ¿por qué has venido con nosotros?" Schneider parece viejo y cansado y dice con una voz dolorosa: "Para no estar solo..." Hay un silencio; luego, Schneider levanta la cabeza con una sonrisa incierta: "Hay que hacer algo, ¿no? Lo que sea... Cabe discrepar en ciertas cosas..." Se calla y Brunet también. Pasado un momento, Schneider consulta su reloj: "Es la hora de las visitas. ¿Vienes?" "No lo sé... Vete; tal vez me reúna contigo allí." Schneider mira a Brunet un segundo, como si quisiera decirle algo, se vuelve, se aleja y desaparece. El incidente ha terminado. Brunet se pone las manos a la espalda y se pasea por el patio, bajo la llovizna; no piensa en nada y se siente hueco y sonoro; percibe en sus mejillas y sus manos los minúsculos burbujeos húmedos. La muerte en el alma... Bien, ¿y qué? "¡Eso es psicología!", se dice con desprecio. Se detiene y piensa en el partido. El patio está vacío, inconsistente y gris; huele a domingo. Es un destierro. De pronto, Brunet echa a correr y se precipita al otro patio. Los hombres se apretujan contra la barrera y se callan; todas las cabezas están vueltas hacia la entrada: *están* ahí, al otro lado del muro, bajo la misma llovizna. Brunet ve en primera fila las poderosas espaldas de Schneider; se abre paso y pone la mano en el hombro del amigo. Schneider se vuelve y le sonríe cordialmente: "¡Ah, eres tú!..." "Sí, soy yo..." "Son las dos y cinco; van abrir las puertas", dice Schneider. A su lado, un suboficial se inclina hacia un compañero y murmura: "Tal vez vengan chicas." Con animación, Schneider dice: "Me agrada ver a los paisanos. Me recuerda los domingos del colegio." "¿Eras interno?" "Sí; hacíamos cola delante del locutorio para ver a nuestros padres." Brunet sonríe sin contestar; los paisanos le importan un comino; está contento porque le procura calor el espectáculo de

todos estos hombres que lo rodean. Las puertas se abren rechinando y se escucha un murmullo de decepción: "¿No son más que estos? Son unos treinta; por encima de las cabezas, Brunet ve el grupo negro y apretado, terco bajo los paraguas. Dos alemanes van a su encuentro, les hablan sonrientes, les examinan los papeles y, en seguida, se retiran para dejarles el paso libre. Mujeres y viejos, casi todos de negro: un entierro bajo la lluvia. Traen maletas, sacos y cestas cubiertas por servilletas. Las mujeres tienen rostros grises, ojos duros y aspecto de cansancio; avanzan con paso breve, con los muslos muy unidos, turbadas bajo las miradas que las devoran. "¡Cuernos! No valen nada...", suspira el suboficial. "Hombre..., algo se podría hacer... Mira las curvas de la morena", observa su compañero. Brunet mira a las visitantes con simpatía. Desde luego, son mujeres ajadas y tienen expresiones duras y reconcentradas; se diría que vienen a decir a sus maridos: "¿Cómo te has dejado agarrar? ¿Cómo quieres que me arregle, sola con el pequeño?" Pero, pese a todo, han venido, a pie o en furgones, con sus pesadas cestas de alimentos; siempre son ellas las que acuden y esperan inmóviles, inexpresivas, en las puertas de los hospitales, los cuarteles y las prisiones; las lindas muñecas de mirar tembloroso llevan luto a domicilio. En los rostros de estas mujeres, Brunet encuentra de nuevo con emoción la angustia y la miseria de la paz; tenían estos mismos ojos febriles, reprochadores y fieles cuando sus maridos hacían la huelga en la obra y venían a traerles el cocido. Los hombres son en su mayoría viejos grandes y fornidos de aspecto sereno. Caminan lenta y pesadamente; son libres. Ganaron la guerra de su tiempo y se sienten con la conciencia tranquila. Esta derrota no es *su* derrota y, sin embargo, aceptan la responsabilidad; la llevan sobre sus anchas espaldas, porque cuando se tiene un hijo, hay que pagar los cristales que el chiquito rompe; sin cólera y sin vergüenza, vienen a ver al granujilla que ha hecho su última tontería de jovenzuelo. En estos rostros medio campesinos, Brunet encuen-

tra de pronto lo que había perdido: el sentido de su vida. Les hablaba y no se apresuraban a comprender; escuchaban con esta misma expresión serena y reflexiva, atentos un poco a las minucias; pero lo que habían comprendido ya no lo olvidaban. En su corazón, levanta la cabeza un viejo deseo: trabajar, sentirse bajo miradas adultas y responsables. Se encoge de hombros, se aparta de este pasado y mira a los *otros,* la banda de muchachuelos nerviosos de rostros inexpresivos en constante mueca: he aquí lo que me ha cabido en suerte. De puntillas, estiran el cuello y siguen a los visitantes con una mirada de mono, insolente y temerosa. Contaban con la guerra para hacerse hombres, para adquirir los derechos de cabeza de familia y antiguo combatiente: era un rito solemne de iniciación, algo que debía eclipsar a la otra guerra, la *Grande,* la *Mondiale,* cuya gloria había sofocado sus infancias. Esta iba a ser todavía más grande, más mundial. Al tirar contra los Fritz, hubieran realizado la matanza ritual de los padres, por la que cada generación se inicia en la vida. No han tirado contra nadie ni han matado a nadie; han fracasado. Siguen siendo menores de edad y los padres desfilan, muy vivos, delante de ellos, desfilan odiados, envidiados, adorados y temidos, y sumergen de nuevo a veinte mil guerreros en la infancia hipócrita de los holgazanes. De pronto, un viejo se vuelve y mira a los prisioneros. Todas las cabezas se echan hacia atrás. Es un viejo de espesas cejas negras y mejillas encendidas que lleva un paquete atado a su bastón. Se acerca, apoya una mano en el alambre y los mira por debajo de sus gruesos párpados estriados de sangre. Bajo esta mirada animal, inexpresiva, indómita, los hombres esperan, encogidos, reteniendo el aliento, dispuestos a protegerse; están esperando un par de bofetadas. El viejo dice: "Bien, aquí estáis, pues..." Hay un silencio y luego alguien murmura: "Sí, abuelo, aquí estamos..." El viejo dice: "¡Qué desdicha más grande!" El suboficial carraspea y se pone colorado; Brunet lee en su rostro el mismo temor crispado: "Sí, abuelo, aquí estamos: veinte mil tipos que querían

ser héroes y que se han rendido sin combatir en campo abierto." El viejo menea la cabeza y dice profunda y pesadamente: "¡Pobres muchachos!" Todos sienten un alivio; le sonríen y se inclinan hacia él. El centinela alemán se acerca y toca el brazo del viejo cortésmente. Luego, le hace la señal de que debe alejarse. El viejo se vuelve apenas y dice: "Un momento, por favor; acabo en seguida." Hace un guiño cómplice a los prisioneros y estos se sonríen. Están contentos porque es un viejo que no teme, un viejo coriáceo de su país; se sienten libres por poder. El viejo pregunta: "¿No resulta demasiado duro?" Y Brunet piensa: "Ya está: van a llorar..." Pero veinte voces alegres responden: "No, abuelo. No, no, se puede aguantar." Y el viejo dice: "Bien, tanto mejor, tanto mejor." No tiene más que decirles, pero se queda allí, pesado, clavado, rocoso... El centinela le tira suavemente de la manga. El viejo vacila, recorre los rostros con la mirada... Se diría que busca el de su hijo; al cabo de un instante, una idea llega de muy lejos a sus ojos; su expresión es de incertidumbre y, finalmente, dice con su voz nudosa: "Desde luego, muchachos, no es culpa vuestra..." Los hombres no contestan; se mantienen rígidos, casi cuadrados. El viejo quiere precisar su idea y prosigue: "Nadie en el país piensa que sea vuestra la culpa." Los hombres siguen sin responder y el viejo les saluda: "Hasta pronto, muchachos..." Y se va. En esto, hay un estremecimiento en la multitud; todos gritan apasionadamente: "¡Hasta pronto, abuelo! ¡Hasta pronto, hasta pronto!" Las voces suben de volumen a medida que el viejo se aleja. Pero el viejo no se vuelve. Schneider dice a Brunet: "¿Lo ves?" Brunet se estremece y dice: "¿Qué es lo que veo?" Pero sabe muy bien lo que Schneider quiere decir. Schneider añade: "Basta que se nos otorgue un poco de confianza." Brunet sonríe y dice: "¿Es que tengo el aspecto de un médico de muertos?" "No, en este momento, no", contesta Schneider. Se miran cordialmente y, de pronto, Brunet se vuelve y dice: "Mira a esa buena mujer." La mujer cojea, se detiene, menuda y gris; deja

caer su paquete en el barro, pasa a su mano derecha el ramillete que tiene en la izquierda y levanta el brazo derecho por encima de su cabeza. Pasa un momento y se diría que el brazo se ha levantado por sí mismo; es un brazo que le tira del hombro y del cuello. Para acabar, la mujer arroja el ramillete con un torpe movimiento y las flores se esparcen por el suelo. Son flores campesinas, campánulas, amargones y amapolas, recogidas probablemente al borde del camino. Los hombres se empujan; arañan la tierra y clavan en los tallos sus uñas negras; se incorporan riéndose y muestran las flores a la buena mujer, como si quisieran ofrecérselas. Brunet tiene un nudo en la garganta; se vuelve hacia Schneider y dice rabiosamente: "¡Flores! ¿Qué sería si hubiésemos ganado la guerra?" La mujer no sonríe; recoge su paquete y se va; ya no ven más que su espalda que zigzaguea bajo el impermeable. Brunet abre la boca para hablar, pero ve la cara de Schneider y se calla. Se diría que se siente mal. Brunet le sigue y le pone una mano en el hombro: "¿No te sientes bien?" Schneider levanta la cabeza y Brunet aparta la vista; está molesto de su propia mirada, de su mirada de médico de los muertos. Y repite, mirándose los pies: "¿Qué? ¿No te sientes bien?" Están solos en medio del patio, bajo la llovizna. Schneider dice: "Es una tontería." Tras un silencio, añade: "Es la impresión de haber visto de nuevo a los paisanos." Brunet dice: "A mí me ha pasado lo mismo." "No, para ti no es lo mismo —replica Schneider—. Tú no tienes a nadie." Pasado un tiempo, Schneider se desabotona la guerrera, busca en el bolsillo interior y saca una cartera extrañamente delgada. Brunet piensa: "Lo ha roto todo." Schneider abre la cartera; no queda allí más que una fotografía del tamaño de una tarjeta postal. Schneider se la ofrece a Brunet sin mirarla. Brunet ve a una joven de ojos oscuros. Bajo los ojos hay una sonrisa; Brunet nunca ha visto una sonrisa así. Se diría que esta mujer sabe muy bien que hay en el mundo campos de concentración, guerras y prisioneros encerrados en cuarteles. Sabe esto y sonríe, pese a todo;

ofrece su sonrisa a los vencidos, a los deportados y a los desechos de la Historia. Y, sin embargo, Brunet busca inútilmente en estos ojos el brillo sádico e innoble de la caridad. Esta mujer les sonríe confiada y tranquilamente, sonríe a la fuerza de los derrotados, como pidiéndoles que sean generosos con los vencedores. Brunet ha visto en estos últimos tiempos muchas fotos y muchas sonrisas. La guerra ha arrinconado a todas ellas y ya no hay posibilidad de contemplarlas. Pero cabe contemplar esta sonrisa; parece nacida ahora mismo y estar dedicada a Brunet, solo a Brunet. A Brunet el prisionero, a Brunet el desecho, a Brunet el victorioso. Schneider se ha inclinado sobre el hombro de Brunet. "Está estropeándose", dice. "Sí—asiente Brunet—, deberías recortarle los bordes." Devuelve la foto, en la que brilla la llovizna. Schneider la seca cuidadosamente con la manga y la vuelve a meter en la cartera. Brunet se pregunta: "¿Es bonita?" No lo sabe; no ha tenido tiempo de darse cuenta. Levanta la cabeza, mira a Schneider y piensa: "Le sonreía a él." Tiene la impresión de que Schneider es ahora otra persona. Pasan dos hombres, muy jóvenes, cazadores; se han colocado amapolas en los ojales; no hablan y, con la vista baja, tienen un aspecto cómico de comulgantes. Schneider los sigue con la mirada. Brunet vacila, pues una vieja palabra ha subido a sus labios: "Los encuentro conmovedores", dice. "¡No digas!", exclama Schneider. Tras ellos, el grupo de curiosos se ha disuelto y los visitantes han entrado en el cuartel. Dewrouckère se acerca con torpe andar, seguido de Perrin y el tipógrafo. "Es verdad: son las tres", se dice Brunet. Los tres tienen caras reconcentradas; Brunet se siente molesto al comprender que han hablado entre ellos; son cosas que no se pueden impedir. Grita desde lejos: "¿Qué hay, muchachos?" Se aproximan, se detienen y se miran, intimidados. "Vamos, soltad lo que tenéis ahí dentro", dice Brunet sin rodeos. El tipógrafo detiene en Brunet la mirada de sus grandes ojos inquietos; su cara tiene verdaderamente mal aspecto. "Hemos hecho siempre lo que nos pedías, ¿no es así?",

dice. "Sí, desde luego. ¿Y qué más?" Brunet se muestra impaciente. El tipógrafo no puede añadir nada más y es Dewrouckère quien habla en su lugar, sin levantar la vista. "Nosotros queremos continuar y continuaremos mientras nos lo ordenes. Pero es tiempo perdido." Brunet no dice nada y Perrin agrega: "La gente no quiere escuchar nada." Brunet sigue callado y el tipógrafo continúa con una voz neutra: "Solamente ayer, me he peleado con un tipo porque yo decía que los Fritz nos van a llevar a Alemania. Ese hombre estaba furioso y me dijo que yo era de la quinta columna." Levantan la vista y miran a Brunet con expresiones reconcentradas. "Sencillamente, no se puede ni hablarles mal de los alemanes." Dewrouckère concentra todo su valor y mira a Brunet cara a cara: "Francamente, Brunet, no nos negamos a trabajar y, si las cosas van mal así, se comenzará de nuevo por otro lado. Pero debes comprendernos. Andamos por todas partes. Es raro el día en que no hablamos a doscientos tipos. Tomamos la temperatura del cuartel. Tú, necesariamente, te ves con menos gente y no puedes darte cuenta." "¿Y qué?" "Bien, tal como está la gente, si mañana pusieran en libertad a veinte mil prisioneros, habría veinte mil nazis más." Brunet siente que la sangre le enciende las mejillas y mira a los tres uno a uno. "¿Esa es vuestra opinión?", pregunta. Le contestan afirmativamente y vuelve a preguntar: "¿Estáis los tres de acuerdo?" Vuelven a contestar "Sí", y Brunet hace explosión: "Hay aquí obreros y campesinos, y os debería dar vergüenza pensar que se harán nazis. En todo caso, sería vuestra la culpa. Un hombre no es un leño, ¿comprendéis? Hay que moverle, persuadirle, rediós. Si no conseguís darle vuelta, es que no sabéis hacer vuestro trabajo." Les da la espalda, se aleja tres pasos y vuelve bruscamente sobre ellos, señalándoles con el dedo: "Lo que pasa es que os consideráis superiores. Despreciáis a vuestros camaradas. Pues bien, tened en cuenta esto: un hombre del partido no desprecia a nadie." Ve la estupefacción en los ojos de los tres, se irrita todavía más y grita: "¡Veinte mil nazis! ¿Estáis

locos? No conseguiréis nada, si los despreciáis. Procurad ante todo comprenderlos: esos muchachos tienen la muerte en el alma y no saben ya a qué santo encomendarse; serán del primero que les otorgue su confianza." La presencia de Schneider le fastidia. Le dice: "Bueno, vamos..." Y, al marcharse, se vuelve hacia los otros, quienes permanecen mudos y compungidos: "Creo que habéis tenido un momento de desfallecimiento. Está la cosa olvidada. Pero no volváis con esas majaderías. Hasta mañana." Sube corriendo por las escaleras y Schneider jadea tras él. Brunet entra en el compartimiento, se deja caer sobre su manta, alarga la mano y toma un libro: *Leurs Soeurs,* de Henri Lavedan. Lee concentrándose, línea por línea, palabra por palabra. Se calma. Cuando el día comienza a declinar, abandona el libro y se acuerda de que no ha almorzado: "¿Habéis guardado mi pan?" Moulu se lo da. Brunet corta el pedazo que debe dar mañana al tipógrafo, lo guarda en el saco y comienza a comer. Cantrelle y Livard aparecen en la entrada; es la hora de las visitas. "¡Salud, salud!", dicen todos sin levantar las cabezas. "¿Qué se dice de bueno?", pregunta Moulu. "Se dice que hay tipos con cara de cemento—dice Livard—. ¿Y quién paga los platos rotos, como es natural? Nosotros." "¡Ah! Entonces, ¿hay alguna novedad?", indaga Moulu. "Hay que un suboficial se ha evadido", dice Livard. "¿Evadido? ¿Por qué?", pregunta Blondinet, embrutecido por la sorpresa. Todos necesitan algún tiempo para digerir la noticia; hay en sus ojos una leve turbación, un leve horror, como el que se observaba en las estragadas multitudes del Metro, cuando inopinadamente un loco comenzaba a aullar. "Evadido", repite lentamente Gassou. El norteño abandona el bastón que estaba tallando. Lambert mastica en silencio, con los ojos fijos y duros. Al cabo de un instante, con una risa desagradable, dice: "Siempre hay quien se considera con más prisa que los demás." Y Moulu añade: "Y también quien prefiere hacer el viaje a pie." Brunet, con la punta del cuchillo, desprende fragmentos de miga podrida y los hace caer sobre

la manta; se siente muy turbado. El ambiente gris del exterior ha entrado en el cuartel; fuera, en la ciudad muerta, hay un tipo perseguido que se esconde. Nosotros estamos aquí, comemos y esta noche dormiremos bajo techo. Brunet pregunta con renuencia: "¿Cómo se las ha arreglado?" Livard le mira con expresión de hombre importante y dice: "¡Adivina!" "Bien, no lo sé... ¿Por el muro de atrás, acaso?" Livard menea la cabeza sonriendo, se toma un tiempo y finalmente dice: "Por la puerta, a las cuatro de la tarde, en las mismas narices de los Fritz." Todos quedan aturdidos. Livard y Cantrelle gozan durante unos segundos del estupor general. Luego, con su voz aguda y rápida, Cantrelle explica: "Su vieja venía preparada para la visita; le traía ropa de paisano en una maleta. El suboficial se ha mudado dentro de un armario y después ha salido dando el brazo a la mujer." "¿No había entonces nadie que lo detuviera?", pregunta Gassou indignado. Livard se encoge de hombros: "¿Detenerle? ¿Cómo quieres?" Gassou dice: "Pues bien, si yo lo hubiese reconocido a la salida, hubiera llamado a un Fritz y hubiera hecho que lo encerraran." Brunet lo mira con estupor: "¿Estás chiflado?" Gassou replica con vehemencia: "¿Chiflado? ¡Pobre Francia! Ahora, cuando uno quiere cumplir su deber, le llaman chiflado." Dirige una mirada en torno para ver si le aprueban y continúa con más pasión todavía: "Tú verás si estoy chiflado cuando supriman las visitas. Porque las han permitido sin tener ninguna obligación de permitirlas. ¿No sois de mi misma opinión, muchachos?" Moulu y Lambert asintieron moviendo la cabeza. Gassou añade con un tono severo: "¡Así es la verdad! Por una vez que los Fritz se portan bien, ¿cómo se les agradece? Escupiéndoles en la mano tendida. Ahora, van a apretar los tornillos y tendrán razón." Brunet abre la boca para llamarle cochino, pero Schneider dirige a su amigo una rápida mirada y grita: "Gassou, eso es innoble..." Brunet se calla y piensa amargamente: "Se ha apresurado a insultarle para evitar que yo le *juzgue*. El no juzga a Gassou ni juzga jamás a na-

die; se avergüenza de ellos delante de mí; pase lo que pase y hagan lo que hagan, está con ellos." Gassou mira a Schneider con ojos que relampaguean y Schneider sostiene la mirada. Gassou baja los ojos: "¡Bueno, bueno, bueno! Haced lo que queráis. Que supriman las visitas... ¿Qué me importa a mí? Mis viejos están en Orange." Moulu dice: "¿Y a mí? Soy huérfano. Pero, de todos modos, hay que pensar en los compañeros." Brunet interviene: "En efecto. Y está muy bien que seas tú quien lo digas, Moulu. Tú, que te lavas tan cuidadosamente todos los días para evitar que tus compañeros agarren piojos." Blondinet tercia bruscamente: "No es lo mismo. Moulu es un puerco, desde luego, pero no nos revienta más que a nosotros. Pero ese tipo ha reventado a veinte mil por pura conveniencia personal." Lambert dice: "Si los Fritz lo agarran y le arreglan las cuentas, no seré yo quien me queje." Moulu observa: "¿Te das cuenta? Cuando faltaban seis semanas para la licencia, el señorito se va. ¿No podía esperar como nosotros?" Por una vez, el sargento está de acuerdo con ellos. Dice suspirando: "Es el carácter francés... Tal es el motivo de que hayamos perdido la guerra." Brunet se ríe con sorna y dice: "Lo que no impide que deseéis estar en su lugar y que os dé vergüenza no haberos atrevido a intentar el golpe." Cantrelle replica vivamente: "En eso te equivocas. Si hubiese corrido algún riesgo, lo que fuera, un tiro en el trasero, por ejemplo, cabría pensar: es un loco, un insensato, pero tiene coraje. Pero, en lugar de eso, el señorito se va tranquilamente, protegido por su mujer, como un cobarde. Eso no es una evasión, sino un abuso de confianza." Un escalofrío helado recorre la espina dorsal de Brunet. Se endereza y los mira a la cara, uno a uno: "Bien; en esas condiciones, quiero advertiros esto: mañana a la noche, voy a saltar por el muro. Veremos si hay alguien capaz de denunciarme." Todos se sienten turbados, pero Gassou no está dispuesto a arriar bandera. Dice: "Nadie te denunciará, lo sabes muy bien; pero, en cuanto salga de aquí, iré a pedirte cuentas, pues puedes tener la seguri-

dad de que tu evasión nos habrá reventado." Con una risa insultante, Brunet exclama: "¿Pedirme cuentas tú? ¿Tú...?" "Bien, si hace falta, seremos varios." "Volveremos a hablar de eso dentro de diez años, cuando vuelvas de Alemania." Gassou quiere replicar, pero Livard se interpone: "No discutas con él. Nos ponen en libertad el catorce. Es noticia oficial." "¿Oficial?—pregunta Brunet burlándose—. ¿Lo has visto escrito?" Livard finge no responderle y, volviéndose hacia los otros, dice: "No lo he visto escrito, pero es como si lo hubiera visto." Los rostros se iluminan en la sombra: son válvulas de radio, sombrías y lechosas. Livard los contempla con sonrisa bonachona y luego explica: "Lo ha dicho Hitler." "¡Hitler!", repite Brunet, atónito. Livard pasa por alto la interrupción y prosigue: "No es que yo tenga simpatía a ese tipo; ya sé que es nuestro enemigo. Y en cuanto al nazismo, no estoy ni a favor ni en contra. Con los Fritz puede dar buen resultado, pero no con el temperamento francés. Ahora bien, hay una cosa en favor de Hitler: es un hombre que hace siempre lo que dice. Ha dicho: el quince de junio estaré en París. Y, en efecto, estuvo, incluso adelantándose." "¿Ha dicho que nos va a poner en libertad?", pregunta Lambert. "Así es. Ha dicho: el quince de junio estaré en París y el catorce de julio bailaréis con vuestras mujeres." Se eleva una voz tímida, la del norteño: "Yo creía que había dicho: *bailaremos* con vuestras mujeres. Nosotros, es decir, los Fritz..." Livard lo mira de arriba abajo: "¿Estabas tú, acaso?" "No, es lo que me han dicho", contesta el norteño. Livard se ríe y Brunet le pregunta: "Y tú, ¿estabas acaso?" "Claro que estaba. Yo estaba en Haguenau. Los compañeros tenían una radio y, cuando yo entré, acababa de decirlo." Menea la cabeza y repite muy complacido: "El quince de junio estaremos en París y el catorce de julio bailaréis con vuestras mujeres." Y todos repiten alegremente: "¡Ah! El quince de junio en París y el catorce de julio nosotros a bailar." Las mujeres, el baile... Con el cuello hundido en los hombros y la cabeza echada hacia atrás,

apoyando sus palmas en las lonas, los hombres bailan; el piso cruje, gira y valsa bajo las estrellas, entre los altos farallones de la plaza Châteaudun. Aplacado, Gassou se inclina hacia Brunet y le explica con voz lógica: "¿No comprendes? Hitler no es un loco. ¿Me quieres decir para qué instalaría a un millón de prisioneros en Alemania? ¿Un millón de bocas que alimentar?" "Para hacerles trabajar", dice Brunet. "¿Trabajar? ¿Con los obreros alemanes? Bonito sería el ánimo de los Fritz después de haber hablado un poco con nosotros..." "¿En qué idioma?" "En cualquiera, en negro africano o en esperanto. El obrero francés es un rebelde nato, un revolucionario, y abriría los ojos a los Fritz en un santiamén. Puedes tener la seguridad de que Hitler ha pensado en eso. No tiene nada de tonto, no. Yo pienso como Livard: no me gusta ese hombre, pero lo respeto y no hay muchos de los que pueda decir tanto." Los demás aprobaban moviendo la cabeza gravemente. "Hay que reconocerle eso por lo menos: es un hombre que quiere a su país." "Tiene un ideal. No es el nuestro, desde luego, pero, de todos modos, es respetable." "Todas las opiniones son respetables, siempre que sean sinceras." "¿Y las nuestras? Di, ¿qué tenían de respetables? ¿Qué tenían nuestros diputados como ideal? Llenarse los bolsillos, tener queridas y todo lo demás. Se daban la gran vida con nuestro dinero. Entre los alemanes, no pasa eso; pagas los impuestos, pero sabes qué se hace con tus cuartos. Todos los años, el recaudador envía una carta: 'Señor, usted ha pagado tanto, y eso representa tanto de medicamentos para los enfermos y tantos metros cuadrados de autopistas.' Así, como te lo digo." Moulu dice: "No quería luchar con nosotros; somos nosotros quienes le hemos declarado la guerra." "Espera un poco: no fuimos ni siquiera nosotros; fue Daladier, sin siquiera consultar a la Cámara." "Es lo que yo digo. Y él no es un calzonazos. Ha dicho: 'Buscáis camorra y la tendréis.' Y nos ha puesto el trasero al rojo vivo. Bueno. ¿Y ahora? ¿Creéis que está contento con un millón de prisioneros? Vais a ver: dentro de unos

días nos dirá: 'Muchachos, sois más bien un estorbo para mí, de modo que quedaos en vuestras casas.' Luego, se volverá contra los rusos y se liarán a bofetadas entre ellos. ¿Qué le puede interesar Francia? No la necesita para nada. Nos quitará otra vez Alsacia por cuestión de prestigio, estoy de acuerdo. Pero yo quiero deciros una cosa: los alsacianos me importan un comino; nunca los he podido tragar." Livard ríe silenciosamente, con expresión de fatuidad: "Poco a poco... Si nosotros hubiéramos tenido un Hitler..." Gassou asiente: "¡Ay, amigo! Hitler con el soldado francés... ¡Algo terrible! A estas horas estaríamos en Constantinopla. Porque—añade con un alegre guiño—el soldado francés es el mejor del mundo, cuando está bien mandado." Brunet se dice que Schneider debe de tener vergüenza; no se atreve a mirarle. Se levanta, vuelve la espalda a los mejores soldados del mundo y piensa que no queda nada por hacer. Sale. Sobre el descansillo, vacila y contempla las escaleras que se sumergen girando en las sombras. A esta hora, la puerta está cerrada. Por primera vez, siente que es un prisionero. Tarde o temprano, tendrá que volver a su celda y a tumbarse en el suelo junto a los otros, para oír sus ensoñaciones. Allí abajo, el cuartel está alborotado: los gritos y los cantos suben por el hueco de las escaleras. El piso cruje y Brunet se vuelve vivamente: Schneider avanza hacia él por el corredor en sombras, cruzando uno a uno los últimos rayos del día. Voy a decirle: "¿Tendrás todavía la desfachatez de defenderlos?" Schneider está ya enfrente. Brunet lo mira, no dice nada y se acoda en la barandilla. Schneider lo imita y Brunet dice: "Dewrouckère tenía razón." Schneider no contesta. ¿Qué puede contestar? Una sonrisa, unas flores rojas bajo la llovizna... Basta que se confíe un poco en ellos, un poquito nada más... Sí, sí, ya lo vemos... Brunet repite rabiosamente. "No se puede hacer nada. Nada, nada..." Claro está que no basta la confianza. ¿Confianza en quién? ¿Confianza en qué? Hace falta el dolor, el miedo y el odio; hace falta la rebelión y la sangre; hace falta una

disciplina de hierro... Cuando no tengan nada que perder, cuando su vida sea peor que la muerte... Los dos se inclinan sobre la oscuridad; huele a polvo. Schneider pregunta bajando la voz. "¿Es verdad que quieres escaparte?" Brunet le mira sin responder y Schneider dice: "Lo sentiría." Brunet replica amargamente: "Serías tú el único." En el piso bajo se ha organizado un coro: "A beber, a beber, bebamos a la salud de los novios..." Escaparme, hacer una cruz sobre veinte mil hombres, dejarles que se pudran en su propia inmundicia... ¿Se tiene acaso el derecho de decir alguna vez que no se puede hacer nada? ¿Y si me estuvieran esperando en París? Piensa en París con un asco cuya violencia le sorprende. Dice: "No me escaparé; lo he dicho a impulsos de la ira." "Si crees que ya no se puede hacer nada..." "Siempre se puede hacer algo. Hay que trabajar donde se está y con los medios que se tienen. Más adelante, ya veremos." Schneider suspira y Brunet le dice bruscamente: "Eres tú quien deberías escaparte." Schneider mueve negativamente la cabeza y Brunet añade con timidez: "Tienes allí a tu mujer." Schneider repite su negativa y Brunet pregunta: "Pero ¿por qué? No hay nada que te retenga aquí." Schneider dice: "En cualquier otra parte será peor." A beber, a beber, bebamos a la salud de los novios... Brunet dice: "¡Viva y reviva Alemania!", y, por primera vez, Schneider repite con una especie de vergüenza: "¡Viva y reviva Alemania!" Y a la mismísima el rey de Inglaterra que nos ha declarado la guerra.

* * *

Veintisiete hombres... El vagón rechina y el canal se estira a lo largo de la vía. Moulu dice: "A la postre, no es tan grande la destrucción." Los alemanes no han cerrado la puerta corredera y la luz y las moscas entran en el vagón; Schneider, Brunet y el tipógrafo están sentados en el suelo, en la abertura de la puerta, y sus piernas

cuelgan por fuera. Es un hermoso día de verano. Moulu dice con satisfacción: "No, la destrucción no es tan grande." Brunet levanta la cabeza. Moulu, de pie, contempla el desfile de los campos muy contento. Hace calor y los hombres huelen mucho; un tipo ronca al fondo del vagón. Brunet se inclina: en el furgón, los cascos alemanes brillan por encima de los cañones de los fusiles. Un hermoso día de verano y todo está tranquilo; el tren corre y el canal discurre; de distancia en distancia, una bomba ha hundido un camino o abierto un cráter en el campo; en el fondo de los agujeros, el agua refleja el cielo. El tipógrafo dice para sí: "No sería muy difícil saltar." Schneider le enseña los fusiles con un movimiento del hombro: "Te tirarían como a un conejo." El tipógrafo no contesta y se inclina como si fuera a zambullirse: Brunet le sujeta por los hombros. "No sería muy difícil", repite el tipógrafo, como fascinado. Moulu le acaricia la nuca: "Pero, hombre, si vamos a Châlons..." "¿Es verdad? ¿Vamos allí?" "Tú has visto el anuncio lo mismo que yo." "No se decía que fuéramos a Châlons." "No, pero se decía que nos quedábamos en Francia. ¿No es verdad, Brunet?" Brunet no contesta en seguida: *es verdad* que la antevíspera había en el muro un aviso firmado por el comandante del campo: "Los prisioneros del campo de Baccarat van a quedarse en Francia." Pero aquí estaban metidos en un tren con destino desconocido. Moulu insiste: "¿Es verdad o no es verdad?" Y detrás de ellos, impacientadas, gritan varias voces: "Sí, sí, es verdad. Basta ya de coplas; sabéis de sobra que es verdad." Brunet dirige una mirada al tipógrafo y le dice suavemente: "Es verdad." El tipógrafo suspira y sonríe tranquilizado: "Es curioso, pero siempre me siento raro cuando viajo." Ahora, ríe francamente, vuelto hacia Brunet: "Habré tomado el tren hasta veinte veces en mi vida y cada vez me ha impresionado." Ríe. Brunet lo observa reír y surge el temor: "Este muchacho no está muy bien." Lucien está sentado un poco atrás; abrazado a sus tobillos, dice: "Mis padres iban a venir el domingo." Es un joven con

lentes, de expresión dulce y apacible. Moulu le dice: "¿No prefieres verlos en casa?" "Bien, sí, pero, ya que venían el domingo, hubiera preferido salir el lunes." Todo el vagón protesta: "He aquí uno que hubiera querido quedarse tres días más. ¿Adónde vamos a llegar? Oye, ¿por qué no esperar hasta las Navidades?" Lucien sonríe dulcemente y explica: "No son ya jóvenes, ¿comprendéis?, y me fastidia que se hayan molestado por nada." Moulu dice: "¡Bah! Cuando vuelvan, los recibirás tú." Lucien replica: "Mucho me gustaría, pero no espero tener esa suerte. Tardarán por lo menos ocho días en desmovilizarnos." "¿Quién sabe? ¿Quién sabe? Con los Fritz, las cosas pueden ir deprisa." "Yo—dice Jurassien—todo lo que pido es estar en casa para la recolección del espliego." Brunet se vuelve: el vagón está blanco de polvo y de humo; unos están de pie y otros sentados; a través de los troncos arqueados de una selva de piernas, ve rostros apacibles y vagamente sonrientes. Jurassien es un hombre grueso de expresión dura, con una cabeza completamente afeitada y un parche negro sobre un ojo. Está sentado a lo sastre, para ocupar menos sitio. "¿De dónde eres?", le pregunta Brunet. "De Manosque; estaba en la marina. Ahora, vivo con mi mujer. No me gustaría que hiciera la recolección sin mí." El tipógrafo sigue mirando a la vía y dice: "¡Ya era hora!" "¿Qué te pasa, muchacho?", pregunta Brunet. "Digo que ya era hora de que nos soltaran." "¿Sí?" "Estaba ya con una murria espantosa", dice el tipógrafo. Brunet piensa: "¡El también!" Pero observa los ojos brillantes y hundidos y se calla. Piensa: "Se dará cuenta demasiado pronto." Schneider dice: "Es verdad, pequeño: ya nunca nos haces reír... ¿Qué te pasa?" El tipógrafo dice: "¡Oh! Ahora, ya estoy bien." Desearía explicar algo, pero no encuentra las palabras. Hace un ademán de excusa y se limita a decir: "Soy de Lyon." Brunet se siente turbado y piensa: "Me había olvidado de que era de Lyon. Hace dos meses que le hago trabajar y no sé nada de él. Ahora, está furioso contra mí y tiene la nostalgia del terruño." El tipógrafo se ha

vuelto hacia él. Brunet observa en el fondo de los ojos que le miran una especie de dulzura angustiada. "¿Es verdad que vamos a Châlons?", pregunta bruscamente el tipógrafo. "¡Volvemos a las andadas!", dice Moulu, impaciente. "¡Vamos!...—dice Brunet—. ¡Vamos, vamos!... Aunque no vayamos a Châlons, acabaremos volviendo." "Hace falta que vayamos a Châlons, hace falta que vayamos a Châlons..." Parece que el tipógrafo está rezando. De pronto, dice a Brunet: "¿Sabes? Sin ti, hace tiempo que me hubiera tirado." "¿Sin mí?" "Bien, sí. Desde el momento en que había un responsable, tenía que quedarme." Brunet no contesta y piensa: "Naturalmente, yo soy el motivo." Pero esto no le causa ninguna satisfacción. El tipógrafo prosigue: "Estaría en Lyon hoy mismo. ¿Te das cuenta? Estoy movilizado desde octubre del treinta y siete y me he olvidado de mi oficio." "Eso se recupera pronto", observa Lucien. El tipógrafo menea la cabeza con expresión de persona juiciosa: "¡Oh! No tan pronto... Ya veréis: va a ser muy duro ponerse de nuevo a trabajar." Queda silencioso, con ojos vacíos, y luego dice: "Por las noches, en casa de mis padres, lo pulía todo. No me gustaba quedarme con los brazos cruzados, y conviene que las cosas estén limpias." Brunet le mira por el rabillo del ojo: el muchacho ha perdido su expresión decidida y alegre y las palabras salen blandamente de su boca; la barba, muy desigual, cruza al azar sus mejillas chupadas. Un túnel devora los primeros vagones; Brunet mira el agujero negro por donde el tren se mete y se vuelve bruscamente hacia el tipógrafo: "Si quieres tirarte, es el momento." "¿Cómo?" "No tienes más que saltar cuando estemos en el túnel." El tipógrafo mira a Brunet y luego todo se hace negro. Brunet recibe el humo en la boca y los ojos; tose. El tren disminuye la marcha. "Salta —dice Brunet tosiendo—. Salta, pues." No hay respuesta; el día surge gris a través del humo, Brunet se restriega los ojos y, de pronto, se ven inundados de sol. El tipógrafo sigue allí. "¿Qué?", pregunta Brunet. El tipógrafo hace un guiño y dice: "¿Para qué, si vamos a Châlons?" Bru-

net se encoge de nombros y mira al canal. Hay un tabernucho al borde del agua: un hombre está bebiendo; cabe ver su gorra, su vaso y su larga nariz por encima de los arbustos. Otros dos van por el camino de sirga; llevan sombreros de paja y charlan tranquilamente; ni se vuelven para mirar al tren. "¡Eh! ¡Eh, muchachos!", les grita Moulu. Pero ya se han perdido de vista. Otra taberna, muy nueva: "La Buena Pesca". El temblor relinchante de un organillo golpea a Brunet al paso y desaparece; ahora, son los Fritz del furgón de cola quienes lo oyen. Brunet ve un *château* que ellos todavía no ven, en el extremo de un parque; es un *château* todo blanco, con dos torres puntiagudas. En el parque, una chiquilla con un aro mira muy seria al tren; a través de estos jóvenes ojos, toda una Francia inocente e inútil los ve pasar. Brunet mira a la chiquilla y piensa en Pétain; el tren pasa a través de esta mirada, a través de este porvenir lleno de juegos juiciosos, buenos pensamientos y menudos cuidados; pasa en dirección a los patatales, los talleres y las fábricas de armamento, hacia el porvenir negro y auténtico de los hombres. Detrás de Brunet, los prisioneros agitan las manos; pero la chiquilla no responde y aprieta el aro contra ella. "Por lo menos, deberían saludar—dice André—. En septiembre, estaban muy contentos de que fuéramos a rompernos la crisma para defenderlos." Lambert observa: "Bien, sí; pero mira: resulta que ninguno de nosotros se ha roto la crisma." "¿Y qué? ¿Es culpa nuestra, acaso? Somos prisioneros franceses y tenemos derecho al saludo." Un viejo pesca con caña sentado en una silla plegable; ni siquiera levanta la cabeza. Jurassien dice sarcástico: "Parece que han vuelto a la buena vida..." "Así parece, en efecto", asiente Brunet. El tren corre a través de la paz: pescadores de caña, tabernuchos, sombreros de paja y este cielo tan sereno. Brunet dirige la vista hacia atrás y ve rostros gruñones, pero contentos. Martial dice: "Poco a poco. No hay que reprochar nada a ese viejo. Dentro de ocho días, quien saldrá de pesca seré yo." "¿Cómo pescas? ¿Con caña?" "¡Ah, no! ¡Con

moscas!" *Ven* su liberación, casi la tocan en este paisaje conocido, sobre estas aguas tranquilas. La paz, el trabajo; el viejo volverá esta noche a casa con su pesca y dentro de ocho días serán libres... La prueba está ahí, insinuante y dulce. Brunet se siente molesto; no conviene ser el único en conocer el futuro. Vuelve la cabeza y observa cómo huyen las traviesas de la otra vía. Piensa: "¿Qué puedo decirles? No me creerán." Piensa que debería alegrarse, que van a acabar comprendiendo y que finalmente se podrá trabajar. Pero siente en su hombro y su brazo el calor febril del tipógrafo y le invade un desánimo sombrío que se parece al remordimiento. El tren disminuye la marcha: "¿Qué pasa?" Moulu, con fatuidad, dice: "¡Ah! Es el cambio de vías... ¡Si conoceré esta línea! Hace diez años, era comisionista y viajaba por aquí todas las semanas. Vais a ver: tomaremos hacia la izquierda. Por la derecha se va a Lunéville y Estrasburgo." Blondinet pregunta: "¿Lunéville? Yo creía que teníamos que pasar por Lunéville." "No, no... Te digo que conozco muy bien esta línea. Probablemente, estará cortada por Lunéville. Hemos bajado por Saint-Dié dando un rodeo y, ahora, volvemos a subir." "¿Alemania está a la derecha?", pregunta la voz ansiosa de Ramelle. "Sí, sí... Tomamos hacia la izquierda, hacia Nancy, Bar-le-Duc y Châlons." El tren sigue disminuyendo la marcha y se detiene. Brunet se vuelve y mira a sus compañeros. Tienen caras bonachonas y serenas y algunos sonríen. Solo Ramelle, el profesor de piano, se muerde el labio inferior y se toca los lentes con una expresión agitada y deprimida. Hay un silencio y, de pronto, Moulu comienza a gritar: "¡Eh, chiquitas! Un beso, monadas, un besito..." Brunet se vuelve bruscamente: son seis, con vestidos leves, gruesos brazos colorados y rostros sanos; los están mirando desde el otro lado de la barrera. No sonríen; una de ellas, morena y algo gruesa, nada fea, suspira; los suspiros levantan sus grandes pechos. Las otras miran con ojos desolados; las seis bocas hacen muecas de niño que va a llorar en los rostros rústicos e inexpresivos. Moulu sigue

gritando: "¡Vamos, vamos, un poco de cariño! ¿No se envían unos besos a unos muchachos que se van a Alemania?" Detrás, algunos protestan: "¡Eh, tú! No seas pájaro de mal agüero." Moulu se vuelve, muy a sus anchas: "Callaos. Les digo eso para que nos dediquen alguna sonrisa." Los hombres se ríen y gritan: "¡Vamos, vamos...!" La morena mira con ojos asustados; levanta una mano que vacila, la apoya sobre sus labios entreabiertos y la proyecta con un movimiento mecánico. "¡Mejor que eso, mejor que eso!", grita Moulu. Una voz furiosa increpa en alemán y Moulu esconde precipitadamente la cabeza. Jurassien le dice: "¡Idiota! Vas a hacer que nos cierren el vagón." Moulu no contesta y gruñe para sí: "¡Qué estúpidas son las chicas de este poblacho!" El tren rechina y reanuda lentamente la marcha. Los hombres se callan. Moulu espera con la boca entreabierta. El tren corre y Brunet piensa: "Este es el momento." Hay una sacudida y Moulu pierde el equilibrio y se agarra al hombro de Schneider, lanzando un grito de victoria: "¡Ya está, muchachos! ¡Ya está! Vamos a Nancy." Todo el mundo ríe y grita. Se oye la voz nerviosa de Ramelle: "Entonces, ¿es seguro que vamos a Nancy?" "No tienes más que mirar", dice Moulu señalando la vía. Y, en efecto, el tren se dirige a la izquierda, describiendo un arco de círculo; en este momento, cabe ver la pequeña locomotora sin necesidad de inclinarse. "¿Y después? ¿Se va directamente?" Brunet se vuelve: la cara de Ramelle está todavía pálida; los labios siguen temblando. Moulu pregunta riéndose: "¿Directamente? ¿Crees que nos van a hacer cambiar de tren?" "No, pero lo que quiero saber es si no hay otros cambios de vías..." "Hay otros dos: uno antes de Frouard y otro en Pagny-sur-Meuse. Pero no tienes necesidad de preocuparte. Vamos por la izquierda, siempre por la izquierda: a Bar-le-Duc y Châlons." "¿Cuándo se tendrá la seguridad?" "¿Qué más seguridad quieres?" "Me refiero a los cambios de vías..." Moulu dice: "¡Ah! Si te refieres a eso, en el segundo. Si nos fuéramos hacia la derecha, significaría Metz y Luxembur-

go. El tercero ya no cuenta; por la derecha, es la línea de Verdún y Sedán. ¿Qué quieres que vayamos a hacer allá?" "Entonces, es el segundo... El que viene...", dice Ramelle. Se calla y se acurruca, con las rodillas en la barbilla, la expresión destemplada y compungida. André le dice: "Oye, no revientes... Vas a verlo en seguida." Ramelle no contesta; cae sobre el vagón un pesado silencio; los rostros carecen de expresión, pero están un poco tensos. Brunet oye el sonido finamente metálico de una armónica. André da un salto: "¡Ah, no! Nada de música." "Tengo derecho a tocar la armónica", dice una voz al fondo del vagón. "¡Nada de música!", repite André. El músico se calla. El tren ha recuperado suavemente su velocidad y pasa por un puente. "Se acabó el canal", suspira el tipógrafo. Schneider duerme sentado y su cabeza da tumbos. Brunet se aburre; contempla el campo y no piensa en nada. Al cabo de un momento, el tren disminuye su marcha y Ramelle se incorpora, con los ojos muy abiertos: "¿Qué pasa?" Moulu le dice: "No te preocupes; es Nancy." El balasto se eleva por encima del vagón; ahora, es un muro. En lo alto del muro hay una cornisa de piedras blancas; por encima de la cornisa, una balaustrada de hierro de piezas espaciadas. "Hay una calle ahí arriba", dice Moulu. Brunet se siente de pronto aplastado por un peso enorme. Los hombres se inclinan apoyándose en él; levantan la cabeza hacia el cielo; el humo entra formando grandes vellones en el vagón. Brunet tose. "Mirad a ese tipo ahí arriba", dice Martial. Brunet echa la cabeza hacia atrás; siente en ella un contacto duro y las manos le empujan por los hombros. Hay, en efecto, un tipo apoyado en la balaustrada. A través de los hierros cabe ver su chaqueta negra y su pantalón a rayas. Lleva una gran cartera de cuero; puede tener unos cuarenta años. "¡Salud!", le grita Martial. "Buenos días", dice el hombre. Lleva un bigote muy cuidado en su cara delgada y hosca: tiene unos ojos azules muy claros. "¡Salud, salud!", dicen todos. Moulu pregunta: "¿Qué tal están las cosas en Nancy? ¿No hay mucha destrucción?" "No",

dice el hombre. "Mejor, mejor...", dice Moulu. El hombre no contesta; los mira fijamente, con una expresión de curiosidad. "¿Ha vuelto la normalidad?", pregunta Jurassien. La locomotora silba; el hombre ahueca la mano detrás de la oreja y grita: "¿Qué?" Jurassien hace ademán por encima de la cabeza de Brunet para explicar que no puede gritar más fuerte. Lucien le dice: "Pregúntale qué es de los prisioneros de Nancy." "Pero ¿qué?" "Si sabe algo acerca de los prisioneros..." "Esperad, no hay modo de entenderse", dice Moulu. "Pregúntale pronto; el tren se va a poner en marcha..." Los silbidos han cesado. "¿Qué tal los negocios? ¿Van bien?", grita Moulu. El civil contesta: "¡Ya se pueden imaginar! Con la cantidad de alemanes que hay en la ciudad..." "¿Funcionan otra vez los cines?", pregunta Martial. "¿Qué?", pregunta el civil. Lucien interviene: "La mismísima... Déjanos en paz con tus cines. Yo le hablaré." Y añade sin tomar aliento: "¿Qué es de los prisioneros?" "¿Qué prisioneros?", pregunta el civil. "¿No había aquí prisioneros?" "Sí, pero ya no están aquí." "¿Adónde han ido?", grita Moulu. El civil los mira con un poco de asombro y responde: "Bueno, a Alemania..." "¡Eh, muchachos! No empujéis así", dice Brunet. Se apoya con las dos manos en el suelo del vagón; los hombres lo aplastan y gritan todos juntos: "¿A Alemania? ¿Estás loco? Querrás decir a Châlons... ¿A Alemania? ¿Quién te ha dicho que iban a Alemania?" El civil no contesta y los mira con su expresión tranquila. "Callaos, muchachos; no habléis todos a la vez", dice Jurassien. Los hombres se callan y Jurassien grita: "¿Cómo lo sabe usted?" Hay un grito furioso; un centinela alemán salta del furgón, calada la bayoneta, y se planta delante de los prisioneros. Es un hombre muy joven, encendido por la ira, y grita muy deprisa en alemán, con una voz ronca. Brunet se siente de pronto libre del peso que le aplastaba; todos han tenido que sentarse de nuevo con precipitación. El centinela se calla y queda delante de ellos, con el fusil apoyado en tierra. El civil sigue allí, inclinado sobre la balaustrada,

mirando. Brunet adivina en la sombra del vagón que todos esos ojos febriles levantan la vista e interrogan en silencio. "¡Qué idiotez! ¡Qué idiotez!", murmura Lucien. El hombre está inmóvil, mudo, inutilizable y, sin embargo, saturado de una ciencia secreta. La locomotora silba y un torbellino de humo se mete en el vagón; el tren da unas cuantas sacudidas y se pone en marcha. Brunet tose, el centinela espera que el furgón llegue a su altura. Tira el fusil al furgón y Brunet ve que dos pares de manos, en los extremos de unas mangas verdigrises, lo toman por los hombros y lo levantan. "Bueno, por de pronto, ¿qué puede saber ese idiota?" "Sí, ¿qué puede saber? Se han ido y él los ha visto irse; eso es todo." Las voces coléricas hacen explosión detrás de Brunet, quien sonríe sin decir nada. Ramelle dice: "Se lo supone; nada más. *Supone* que se han ido a Alemania." El tren corre ahora más deprisa y pasa a lo largo de grandes andenes desiertos. Brunet lee un cartel: "Salida. Pasaje subterráneo." El tren corre. La estación está muerta. Apoyado en el hombro de Brunet, el hombro del tipógrafo tiembla. El hombre hace explosión: "Entonces, si no estaba seguro, es un puerco al decirlo..." "Puedes decirlo, un grandísimo puerco", asiente Martial. "Claro que sí... Esas cosas no se hacen. Hace falta ser un imbécil." Ahora, es Moulu. Jurassien interviene: "¿Imbécil? ¡No lo has visto! Ese tipo no tenía nada de imbécil; sabía perfectamente lo que hacía." Brunet se vuelve. Jurassien sonríe con expresión feroz. Dice: "Ese es uno de la quinta columna." Lambert tercia: "Y decidme, muchachos: ¿si tuviera razón?" "¡Cállate, idiota! Si quieres ir a Bochilandia, preséntate voluntario, pero no vengas a fastidiar a los demás." "Además, rediós, lo sabremos en el cambio de vías", dice Moulu. "¿Cuándo llegamos al cambio?", pregunta Ramelle. Está verde y tamborilea con los dedos sobre su capote. "Dentro de quince o veinte minutos." Los hombres ya no dicen nada; esperan. Tienen unas expresiones duras y unas miradas fijas que Brunet no les ha visto desde el desastre. Luego, todo queda en silencio; se oye el rechi-

namiento de los vagones. Hace calor y Brunet desearía quitarse la guerrera, pero no puede hacerlo porque está apretado entre el tipógrafo y la pared. Siente que las gotas de sudor ruedan por su nuca. El tipógrafo le dice sin mirarle: "¡Eh, Brunet!" "¿Qué?" "¿Te estabas burlando de mí hace un momento, cuando me dijiste que saltara?" "¿Por qué?", pregunta Brunet. El tipógrafo vuelve hacia Brunet su rostro infantil y gracioso, al que las arrugas, la suciedad y la barba no consiguen envejecer. "No podría soportar que me llevaran a Alemania", dice. Brunet no contesta nada y el tipógrafo prosigue: "No podría soportarlo. Allí reventaría. Estoy seguro de que reventaría." Brunet se encoge de hombros y dice: "Harás como todos los demás." "Pero todo el mundo va a reventar. Todo el mundo, todo el mundo, todo el mundo..." Brunet libera una mano y se la pone en el hombro: "No te pongas nervioso, pequeño." Es una voz muy afectuosa y el tipógrafo tiembla. Brunet prosigue: "Si te pones así, vas a amargar el viaje a todos." El tipógrafo traga saliva y murmura dócilmente: "Tienes razón, Brunet." Hace un leve ademán de desesperación e impotencia y añade tristemente: "Siempre tienes razón." Brunet le sonríe. Al cabo de un instante, el tipógrafo prosigue con voz sorda: "Entonces, ¿era una broma?" "¿Qué?" "Cuando me has dicho que saltara, ¿era en broma?" "¡Oh, no recuerdes eso!", dice Brunet. "Si saltara ahora, ¿te enfadarías?" Brunet mira los cañones de los fusiles que salen del furgón y brillan. Y dice: "No hagas tonterías; no te hagas matar." "Déjame que pruebe suerte... Déjame que pruebe suerte..." "No es el momento." "No importa. Si voy allá, reviento. Y reventar aquí o allí..." Brunet no contesta y el tipógrafo dice: "Dime solamente si te enfadarías." Brunet sigue mirando los cañones de los fusiles. Lenta y fríamente, dice: "Sí, me enfadaría. Y te lo prohíbo." El tipógrafo baja la cabeza; Brunet observa que la mandíbula del muchacho se mueve. "Eres un bárbaro", dice Schneider. Brunet vuelve la cabeza y ve que Schneider le está mirando con una expresión dura. Pero Brunet no contesta: se

apoya contra la puerta. Desearía decir a Schneider: "¿No ves que, si no se lo prohíbo, se va a hacer matar?" Pero no puede decirlo, porque el tipógrafo lo oiría. Brunet tiene la impresión desagradable de que Schneider le está juzgando. "¡Qué tontería!", piensa. Y, al cabo de un instante: "¿Y si efectivamente reventara en Alemania?" Y luego: "¡Rediós! Ya no soy el mismo." El tren disminuye la marcha: es el cambio de vías. El tren se detiene y todos quedan silenciosos. Saben seguramente que es el cambio, pero no dicen nada. Brunet levanta la cabeza. Inclinado por encima de él, Moulu contempla la vía, boquiabierto; está lívido. En la hierba del terraplén, los grillos cantan. Tres alemanes saltan a la vía para desentumecerse las piernas; pasan riéndose por delante del vagón. El tren reanuda la marcha y los alemanes dan media vuelta y corren para subir de nuevo. Moulu lanza un aullido: "¡Por la izquierda, muchachos! ¡Tomamos por la izquierda!" El vagón vibra y rechina; se diría que va a saltar de los rieles. Una vez más siente Brunet sobre sus hombros el peso de diez cuerpos inclinados hacia adelante. Los hombres gritan: "¡A la izquierda! ¡A la izquierda! ¡Vamos a Châlons!" Por las puertas de los otros vagones asoman cabezas risueñas, negras de humo. André grita: "¡Eh, Chabot! ¡Vamos a Châlons!" Y Chabot, que se inclina en el cuarto vagón, ríe y grita: "¡Por poco, muchachos, por poco!" Todos se ríen. Brunet oye la voz de Gassou: "¿Habéis visto? Han tenido miedo como nosotros." Jurassien dice: "¿Veis, compañeros? Aquel tipo era de la quinta columna." Brunet mira al tipógrafo. Este no dice nada; sigue temblando y una lágrima corre por su mejilla izquierda trazando un surco en la suciedad y el carbón. Un tipo toca la armónica y otro canta con la música: "Mi soldadito, te seré fiel." Brunet se siente horriblemente triste. Mira el discurrir de la vía y tiene ganas de saltar. El vagón va de jarana y el tren canta. Como los trenes-sorpresa de antes de la guerra. Brunet piensa: "Tendremos una sorpresa al final." El tipógrafo lanza un gran suspiro de alivio y feli-

cidad. Dice: "¡Ah, la, la...!" Mira maliciosamente a Brunet y le dice: "Tú creías que íbamos a Alemania." Brunet se pone un poco serio; comprende que su prestigio ha quedado afectado, pero no dice nada. Además, el tipógrafo se muestra conciliador y añade con vivacidad: "Todo el mundo puede equivocarse; yo creía lo mismo que tú." Brunet se calla y el tipógrafo silba. Al cabo de un tiempo dice: "Cuidaré de prevenirla antes de presentarme." "¿A quién?", pregunta Brunet. "A mi chica. No quiero que se desmaye de la impresión." Brunet dice: "¿Tienes una chica? ¿A tu edad?" Claro que la tengo... Como que nos hubiéramos casado sin esta guerra." "¿Qué edad tiene?", pregunta Brunet. "Dieciocho años." "¿La has encontrado en el partido?" "No..., no—dice el tipógrafo—. En un baile." "¿Piensa como tú?" "¿Sobre qué?" "Sobre todo." "Bien, no sé lo que piensa. En el fondo, no creo que piense nada; es una chiquilla. Pero es valiente, trabajadora..., y nada tonta." El tipógrafo sueña un poco, y agrega: "Es tal vez eso lo que me hacía ver todo de color negro. La echaba muy de menos. ¿Tú no tienes una chica, Brunet?" "No tengo tiempo." "¿Y cómo te arreglas?" Brunet sonríe: "De cuando en cuando, al pasar... Así." "Yo no podría vivir así. ¿No te dice nada un rincón que sea tuyo, verdaderamente tuyo, con una mujercita?" "No estaría en casa nunca." "Bien, sí, comprendo..." El tipógrafo se siente confundido y dice, como para excusarse: "Yo no necesito gran cosa ni ella tampoco. Tres sillas y un catre." Sonríe al vacío y añade: "Sin esta guerra, hubiéramos sido felices." Brunet se impacienta y mira al tipógrafo sin simpatía; en este rostro al que la delgadez hace demasiado expresivo, se lee un apetito glotón de felicidad. Suavemente, Brunet dice: "Esta guerra no ha sido un azar. Y tú sabes que no se puede vivir feliz bajo un régimen de opresión." El tipógrafo replica: "¡Oh! Ya me hubiera hecho mi rinconcito..." Brunet se encoge de hombros y dice secamente: "Entonces, ¿por qué te hiciste comunista? Los comunistas no están hechos para meterse en rinconcitos." "Me

hice por los demás. Había tanta miseria en mi barrio que quería que las cosas cambiaran." Brunet dice: "Cuando se entra en el partido, solo el partido cuenta. Debiste saber a qué te comprometías." El tipógrafo replica vivamente: "Lo sabía. ¿Es que me he negado alguna vez a hacer lo que me ordenabas? Pero oye, cuando yo estoy en la cama con mi chica, el partido no está a mi lado para tenerme la vela. Hay momentos en que..." Mira a Brunet y se calla. Brunet no dice nada y piensa: "Está así porque cree que me he equivocado. Uno debería ser infalible." Hace cada vez más calor y tiene la camisa empapada; el sol le da en plena cara. Haría falta saber por qué ingresan en el Partido Comunista todos estos jóvenes; cuando se ingresa por ideas generosas, llega siempre el momento en que se empieza a flaquear. *Y tú, tú, ¿por qué ingresaste?* ¡Bah! Fue hace tanto tiempo que ya no tiene importancia; soy comunista porque soy comunista; eso es todo. Libera su mano derecha, se seca el sudor que empapa sus cejas y mira la hora. Las cuatro y media. Con todos estos rodeos, estamos todavía lejos. Los Fritz cerrarán los vagones esta noche y dormiremos en una vía muerta. Brunet bosteza y dice: "Schneider, estás mudo." "¿Qué quieres que diga?", pregunta Schneider. Brunet vuelve a bostezar, mira cómo corre la vía... Hay un rostro lívido que ríe entre los rieles. ¡Ja, ja, ja! La cabeza cae y Brunet se despierta sobresaltado. Los ojos le duelen y se echa hacia atrás para huir del sol. Alguien ha dicho: "Condena a muerte." Vuelve a caer la cabeza. Se despierta una vez más y se lleva la mano a la barbilla húmeda. "Estoy hecho un baboso. He debido de dormir con la boca abierta." La idea le causa espanto. "¿Quieres vaciarla?" Le tienden una lata abierta; está caliente. Dice: "¿Qué es...? ¡Ah, bueno!" La vacía fuera y el líquido amarillo cae como una lluvia sobre la vía. "¡Eh, tú! Pásamela pronto." La tiende sin volverse, se la quitan de la mano, quiere volver a dormitar, le dan en el hombro... Toma la lata y la vacía. "Dámela", dice el tipógrafo. Brunet tiende la lata al tipógrafo, quien se levanta penosa-

mente. Brunet se seca los dedos húmedos en la guerrera; al cabo de unos instantes, un brazo se extiende por encima de su cabeza, inclina la lata y el agua amarilla se dispersa y va en gotas blancas hacia la cola del tren. El tipógrafo vuelve a sentarse secándose los dedos. Brunet apoya su cabeza sobre el hombro del tipógrafo, oye la armónica, ve un hermoso jardín lleno de flores y se duerme. Un choque le despierta: "¿Qué pasa?" El tren se ha detenido en pleno campo. "¿Qué pasa?" Moulu dice: "No es nada; puedes seguir durmiendo. Estamos en Pagny-sur-Meuse." Brunet se vuelve. Todo está tranquilo. Los hombres se han habituado a su alegría. Unos juegan a las cartas, otros cantan y otros, silenciosos y hechizados, se cuentan cosas a sí mismos, con los ojos llenos de recuerdos que por fin se han atrevido a sacar del fondo de sus corazones. Nadie se fija en que el tren se ha detenido. Brunet se duerme profundamente. Sueña con una llanura extraña en la que unos hombres completamente desnudos y delgados como esqueletos, con barbas grises, están sentados en torno a un gran fuego. Cuando se despierta, el sol está ya cerca del horizonte. El cielo tiene un color malva. Dos vacas pastan en un prado y el tren sigue quieto. Unos tipos cantan. En el terraplén, los soldados alemanes están recogiendo flores. Uno de ellos, bajo y rechoncho, muy fuerte, de carrillos muy colorados, se acerca a los prisioneros con una flor entre los dientes y les sonríe. Moulu, André y Martial le sonríen también. El alemán y los franceses se miran sonriéndose durante algún tiempo. Luego, Moulu dice bruscamente: "*Cigaretten. Bitte schön, cigaretten.*" El soldado vacila y se vuelve hacia el terraplén; sus tres compañeros, agachados, muestran los traseros. Hurga rápidamente en su bolsillo y arroja al vagón un paquete de cigarrillos. Brunet escucha tras él todo un alboroto. Ramelle, que no fuma, se ha levantado y grita con una sonrisa: "*Danke schön.*" El soldado rechoncho le hace seña de callarse. Moulu dice a Schneider: "Pregúntale adónde vamos." Schneider habla en alemán al soldado; el soldado contesta sonriendo.

Los otros han terminado de recoger sus flores y se acercan con los ramilletes en la mano izquierda. Las flores están cabeza abajo. Son un sargento y dos soldados. Sus expresiones son alegres; se mezclan en la conversación. "¿Qué dicen?", pregunta Moulu, sonriendo también. "Espera un poco, déjame que los comprenda", contesta Schneider impacientado. Los soldados dicen una última chuscada y vuelven sin prisas hacia el furgón. El sargento se detiene para orinar contra una rueda del vagón. Se cierra la bragueta con las piernas abiertas, dirige una mirada a sus hombres y, al ver que están de espaldas, arroja un paquete de cigarrillos. Con un jadeo de felicidad, Martial exclama: "¡Ah! Son buenas personas..." Jurassien dice: "Es porque nos ponen en libertad. Quieren dejarnos un buen recuerdo." Martial observa: "Cabe que sea así. Por cierto, todo lo que hacen es propaganda." "¿Qué han dicho?", pregunta Moulu a Schneider. Este no contesta; tiene una expresión extraña. André insiste: "Sí, ¿qué han dicho?" Schneider traga penosamente saliva y dice: "Son de Hannover. Se han batido en Bélgica." "¿Adónde dicen que vamos?" Schneider aparta los brazos, sonríe como excusándose y dice: "A Tréveris." "¿A Tréveris? ¿Dónde cae eso?", pregunta Moulu. "En el Palatinado", dice Schneider. Hay un imperceptible silencio y luego Moulu dice: "¿Tréveris, en Bochilandia? Entonces, es que se han reído de ti." Schneider no contesta. Moulu dice con mucho aplomo: "No se va a Bochilandia pasando por Bar-le-Duc." Schneider sigue sin hablar. André pregunta despreocupadamente: "¿Se estaban burlando o qué?" Y Lucien dice: "Claro que se estaban burlando. Se desternillaban de risa." "No se burlaban cuando me han contestado eso", declara Schneider con renuencia. Martial se encoleriza: "¿No has oído lo que ha dicho Moulu? No se pasa por Bar-le-Duc cuando se va a Bochilandia. Eso no tiene sentido." "No vamos a pasar por Bar-le-Duc. Tomaremos por la derecha", explica Schneider. Moulu se echa a reír. "¡Ah, no! No vas a pretender que conoces el camino mejor que yo. A la derecha, están Verdún y

Sedán. Si continuaras por la derecha, irías tal vez a Bélgica, pero no a Alemania. ¡No, no!" Se vuelve hacia los demás y dice con seguridad tranquilizadora: "Ya os he dicho que yo recorría esta región todas las semanas. En ocasiones, dos veces por semana." Su rostro expresa desesperadamente la convicción. Todos dicen: "¡Naturalmente! ¿Cómo va a equivocarse?" "Vamos a pasar por Luxemburgo", indica Schneider. Habla forzándose. Brunet tiene la impresión de que Schneider, tras haber comenzado, quiere meterles la verdad en la cabeza. Está pálido y habla sin mirar a nadie. André acerca su rostro al de Schneider y grita a este: "Pero ¿por qué se ha dado ese rodeo? ¿Por qué?" Los demás hacen coro: "¿Por qué? ¿Por qué? Es estúpido... No había más que pasar por Lunéville." Schneider se pone encendido, mira decididamente hacia el fondo del vagón y hace frente a los hombres que gritan: "¡Yo no sé nada!—grita a su vez—. ¡Yo no sé nada! *¡Nada!*—está colérico—. Tal vez estén destruidas las vías o tal vez pasen convoyes alemanes por las otras líneas. No me hagáis deciros más de lo que sé y creed lo que os dé la gana." Una voz domina a las demás: "No os preocupéis, muchachos; vamos a saberlo muy pronto." Los hombres repiten: "Es verdad, pronto lo sabremos; no hay necesidad de que nos hagamos mala sangre." Schneider vuelve a sentarse sin contestar. En el penúltimo vagón asoma una cabeza rizada y una joven voz grita: "¡Eh, muchachos! ¿Qué os han dicho?" "Pregunta adónde vamos..." Hay una explosión de carcajadas en el vagón: "Es oportuno el tipo. Tiene olfato. Es el momento de preguntarlo." Moulu se inclina, hace bocina con las manos y grita: "Vamos a la mismísima..." La cabeza desaparece. Todo el mundo se ríe. Cuando las carcajadas cesan, Jurassien dice: "¿Jugamos, muchachos? Vale más que estar rumiando..." "Vamos", dicen. Los hombres se sientan a lo sastre alrededor de un capote plegado en cuatro. Jurassien ha recogido las cartas y las distribuye. Ramelle se come las uñas en silencio; la armónica toca un vals; apoyado en la pared del fondo, uno

de los hombres fuma un cigarrillo alemán, con expresión meditabunda. Como hablando consigo mismo, dice: "¡Qué agradable es fumar!" Schneider se vuelve hacia Brunet y, como excusándose, le dice: "No podía mentirles." Brunet se encoge de hombros sin responder y Schneider prosigue: "No, no podía", Brunet dice: "No hubiera servido de nada; de todos modos, van a saberlo en seguida." Se da cuenta de que ha hablado con blandura; está irritado con Schneider, a causa de los otros. Schneider lo mira con una expresión extraña y le dice: "Es una lástima que no sepas el alemán." "¿Por qué?", pregunta Brunet, sorprendido. "Porque a ti te hubiera gustado informarles." "Te equivocas", replica Brunet con cansancio. "Sin embargo, tú deseabas que fuéramos a Alemania." "Bien, sí, lo deseaba." El tipógrafo está de nuevo tembloroso. Brunet lo abraza y lo aprieta torpemente contra sí. Con un movimiento de cabeza, señala al muchacho y dice a Schneider: "Cállate." Schneider mira a Brunet con sorpresa; parece decir: "¿Desde cuándo te has vuelto compasivo?" Brunet vuelve la cabeza, pero es para encontrarse con la joven cara ávida del tipógrafo. El tipógrafo lo está mirando, sus labios se mueven y sus grandes ojos de expresión dulce se muestran inquietos en su rostro crepuscular. Brunet está a punto de decirle: "¿Me he equivocado?" Pero no dice nada. Mira cómo sus pies cuelgan de las ruedas inmóviles y silba. El sol declina y hace menos calor. Un muchachuelo persigue a las vacas con un palo; los animales corren. Luego, se calman y avanzan majestuosamente por el camino. Un muchachuelo que vuelve a su casa, las vacas que vuelven a su establo... Es una angustia. Muy lejos, sobre un campo, giran tres aves negras: no todos los muertos están bajo tierra. Brunet no sabe si la angustia que lo devora es la suya propia o la de los demás. Se vuelve y los mira para tenerles a distancia: rostros grises y distraídos, casi tranquilos... Reconoce la expresión de ausencia de las multitudes que van a llamear de cólera. Piensa: "Está bien. Está muy bien." Pero sin alegría. El tren se pone en marcha, corre durante

unos minutos y vuelve a detenerse. Inclinado fuera del vagón, Moulu escruta el horizonte. "El cambio está a cien metros", dice. "¿No crees que nos dejarán aquí hasta mañana?", pregunta Gassou. "¡En buen estado estaríamos!", exclama André. Brunet siente hasta en los huesos la inmovilidad pesada del vagón. Alguien dice: "La guerra de nervios empieza de nuevo." Recorre el vagón un chisporroteo seco: es una risa. Se extingue y Brunet oye la voz imperturbable de Jurassien: "¡Triunfo y triunfo!" Siente una sacudida. La mano de Jurassien, que tenía un as de corazones, queda en alto. El tren se ha puesto de nuevo en marcha. Moulu vigila. Al cabo de un instante, el tren toma un poco de velocidad; luego, surgen de debajo de las ruedas dos rieles, dos relámpagos paralelos, que van a perderse por la izquierda, entre los campos... "¡La mismísima...! ¡La mismísima...!", dice Moulu. Los hombres se callan: han comprendido. Jurassien deja caer su as sobre el capote y plancha el pliegue con la mano; el tren corre ahora con suavidad, con un leve jadeo regular. El sol poniente enciende el rostro de Schneider. Comienza a sentirse francamente fresco. Brunet mira al tipógrafo y le agarra bruscamente por los hombros: "No hagas tonterías, ¿eh? ¡No hagas tonterías, pequeño!" El delgado cuerpo se crispa y Brunet aprieta con más fuerza. El cuerpo afloja y Brunet piensa: "Lo tendré así hasta la noche." A la noche, los Fritz vendrán a cerrar el vagón y, a la mañana siguiente, el muchacho se habrá calmado. El tren corre bajo el cielo malva, en un silencio absoluto. Ahora, lo saben en todos los vagones; sí, lo saben. El tipógrafo se ha abandonado como una mujer sobre el hombro de Brunet. Este piensa: "¿Tengo derecho a impedirle que salte?" Pero sigue apretando. Detrás, una risa y una voz: "Y mi mujer quería un niño... Tendrá que hacérselo el vecino." Se ríen. Brunet piensa: "Se ríen de angustia." La risa ha invadido el vagón: la cólera va subiendo... Una voz risueña exclama: "¡Qué idiotas éramos! ¡Qué idiotas éramos!" Los patatales, los altos hornos, las minas, los trabajos forzados... ¿Con qué derecho,

con qué derecho impedírselo? "¡Qué idiotas éramos!", repite la voz.

La cólera sigue subiendo. Bajo sus dedos, Brunet siente que los delgados hombros se mueven, que los blandos músculos se agitan. "No podrá resistir el golpe", piensa. Aprieta, pero, ¿con qué derecho? Aprieta más y el tipógrafo dice: "Me haces daño." Brunet no afloja; es una vida de comunista, nos pertenece mientras viva... Mira la menuda cara de ardilla: mientras viva, sí, pero ¿vive todavía? Está deshecho; sus resortes han saltado; ya no trabajará más. "¡Suéltame, rediós, suéltame...!", grita el tipógrafo. Brunet tiene una impresión rara: está en sus manos este despojo, un miembro del partido que ya no sirve. Desearía hablarle, exhortarlo, ayudarle, pero no puede; sus palabras pertenecen al partido y es el partido lo que les da sentido. Dentro del partido, Brunet puede querer, persuadir y consolar. El tipógrafo ha salido de este inmenso haz de luz y Brunet no tiene ya nada que decirle. Y, sin embargo, este chiquillo sigue sufriendo. Lo mismo da reventar aquí que allí... Bien, que decida él. Tanto mejor si sale con bien; en caso contrario, su muerte será útil. El vagón ríe cada vez más. El tren avanza lentamente; se diría que va a detenerse de nuevo. El tipógrafo dice con una voz astuta: "Páseme la lata; tengo que orinar." Brunet no dice nada, mira al muchacho y ve la muerte. La muerte, esa libertad... "¡Rediós! ¿No me puedes pasar la lata? ¿Quieres que me orine en los pantalones?" Brunet se vuelve y grita: "¡La lata!" De las sombras que resplandecen de cólera, surge una mano que tiende la lata. El tren sigue disminuyendo su marcha. Brunet vacila, incrusta sus dedos en los hombros del tipógrafo y, luego, suelta todo y toma la lata... ¡Qué idiotas éramos! ¡Qué idiotas éramos! Los hombres han dejado de reírse. Brunet siente una fuerte raspadura en su codo... El tipógrafo se ha zambullido bajo su brazo... Brunet alarga la mano y agarra el vacío; la masa gris ha caído doblada en dos, en pesado vuelo. Moulu grita. Una sombra se aplasta contra el terraplén, con las piernas aparta-

das y los brazos en cruz. Brunet espera los disparos... Están *ya* en sus oídos. El tipógrafo se incorpora. Hele ahí de pie, completamente negro, libre... Brunet *ve* los disparos: cinco fogonazos espantosos. El tipógrafo corre a lo largo del tren. Se ha asustado y quiere subir de nuevo. Brunet le grita: "¡Salta el talud, rediós! ¡Salta!" Todo el vagón le grita: "¡Salta, salta!" El muchacho no oye, corre desesperadamente, llega a la altura del vagón, tiende los brazos y grita: "¡Brunet... Brunet!" Brunet ve los ojos aterrados y le grita: "¡El talud!" El tipógrafo está sordo y ya no es más que esos ojos inmensos. Brunet piensa: "Si sube en seguida, tiene una probabilidad..." Se inclina; Schneider ha comprendido ya y agarra a Brunet por la cintura con el brazo izquierdo para que no se caiga. Brunet tiende sus brazos. La mano del tipógrafo toca la suya. Los Fritz tiran tres veces... El tipógrafo se deja caer blandamente hacia atrás... El tren se aleja. Las piernas del tipógrafo saltan al aire, caen de nuevo... La traviesa y las piedras están negras de sangre alrededor de la cabeza. El tren se detiene bruscamente. Brunet se deja caer sobre Schneider y dice con los dientes apretados: "Han visto muy bien que iba a subir. Le han matado por puro placer." El cadáver está allí, a veinte metros, ya una simple cosa, libre. *Me hubiera hecho mi rinconcito...* Brunet se da cuenta ahora de que tiene todavía la lata en la mano. Había tendido los brazos al tipógrafo sin soltarla. Está tibia y la deja caer sobre las piedras. Cuatro Fritz salen del furgón y corren hacia el cadáver. Detrás de Brunet, los hombres rugen; la cólera se ha desencadenado. Del vagón de cabeza han salido unos diez alemanes. Suben al terraplén y dan cara al tren con los fusiles-ametralladoras en la mano. Los hombres no tienen miedo y alguien grita detrás de Brunet: "¡Cochinos! ¡Cochinos!" El fornido sargento alemán parece furioso. Se inclina, levanta el cuerpo, lo deja caer de nuevo y le da un puntapié. Brunet se vuelve bruscamente: "¡Eh, vosotros! Me vais a tirar abajo..." Hay veinte hombres inclinados. Brunet ve veinte pares de ojos saturados de instintos de

muerte. "No saltéis, muchachos, os matarán a todos...", grita. Se levanta con un esfuerzo, lucha contra ellos y grita: "¡Schneider!" Schneider se levanta también. Se agarran por la cintura y, con el brazo libre, se sujetan a los extremos de la puerta. "No pasaréis." Brunet ve todo este odio, *su* odio, *su* instrumento, y tiene miedo. Tres alemanes se acercan al vagón y apuntan a los hombres. Los hombres rugen y los alemanes los miran; Brunet reconoce al rechoncho del pelo rizado que les había tirado cigarrillos; ahora, tiene ojos de asesino. Los franceses y los alemanes se miran: *es la guerra.* Es la guerra por primera vez desde septiembre de 1939. Poco a poco, la presión cede y los hombres se retiran. Brunet puede respirar. El sargento se acerca y grita: "Hinein! Hinein!" Brunet y Schneider se aprietan contra los pechos; tras ellos, un Fritz corre la puerta. El vagón queda a oscuras. Huele a sudor y carbón, la cólera hierve y los pies raspan el piso; se diría que hay una multitud en marcha. Brunet piensa: "No lo olvidarán. Está conseguido..." Se siente mal y respira con dificultad; sus ojos, muy abiertos, miran las sombras. De cuando en cuando, los siente hinchados, como dos gruesas naranjas que quisieran saltar de las órbitas. Llama en voz baja: "¡Schneider! ¡Schneider!" "Estoy aquí", dice Schneider. Brunet busca a tientas a su alrededor; siente la necesidad de tocar a Schneider. Una mano toma su mano y la aprieta. "¿Eres tú, Schneider?" "Sí." Se callan, juntos, tomados de la mano. Una sacudida y el tren reanuda su marcha, rechinando. ¿Qué han hecho del cadáver? Siente el aliento de Schneider en su oreja. De pronto, Schneider retira su mano. Brunet quiere retenerla, pero Schneider se desprende con un movimiento brusco y se diluye en la oscuridad. Brunet queda solo y rígido, incómodo, en un calor de horno. Se sostiene sobre un pie, pues el otro está atrapado a cierta altura del suelo, en un revoltillo de piernas y botas. No trata de desprenderse; necesita permanecer en lo provisional. Está de paso, su pensamiento está de paso en su cabeza, el tren está de paso en Francia... Las

ideas brotan, indistintas, y caen a la vía, tras él, antes que haya podido reconocerlas. Se aleja, se aleja, se aleja... Solo a esta velocidad la vida resulta soportable. Detención completa: la velocidad resbala y cae a sus pies. Sabe que el tren sigue su marcha: hay rechinamientos, golpes, vibraciones. Sin embargo, ya no siente el movimiento. Está en un gran cajón de basura y alguien da puntapiés en el interior. A su espalda, sobre el talud, hay un cadáver, un cuerpo sin vida. Brunet sabe que se aleja de él cada segundo. Quisiera percibirlo, pero no puede; todo está estancado. Por encima del muerto y del vagón inerte pasa la noche, única cosa con vida. Mañana, el alba los cubrirá con el mismo rocío; la carne muerta y el enroñado acero rielarán con el mismo sudor. Mañana, vendrán las aves negras...

INDICE

INDICE



